



MARIBEL CARVAJAL

LA CIUDAD  
DE LOS LIBROS  
PROHIBIDOS



Lectulandia

*La ciudad de los libros prohibidos* sumerge al lector en una lectura ágil y amena a través de tramas vertiginosas y de una exquisita ambientación histórica. Un sorprendente debut literario que cuesta abandonar.

Año 68 de nuestra era: la apacible colonia hispana de Augusta Emerita se ve envuelta en sorprendentes acontecimientos que pondrán a prueba la fe y el valor de sus habitantes. *La ciudad de los libros prohibidos* teje un laberinto de intrigas en el que los personajes perderán el alma para renacer libres y recuperar sus ideales.

En las páginas de este libro asistimos a la virulencia de unas muertes que terminarán por sacar a la luz unos libros proféticos que persiguen poderosos grupos imperiales dispuestos a todo para impedir su difusión.

La trama sirve a la autora para mostrarnos el retrato de una fascinante sociedad con sus cultos, sus leyes, sus dioses, su ocio o su imagen.

Una gran historia de amor, que atraviesa la novela, nos hace reflexionar sobre el valor de la amistad, la lealtad y el deber.

**Lectulandia**

Maribel Carvajal

# **La ciudad de los libros prohibidos**

ePub r1.0  
Titivillus 12.07.16

Título original: *La ciudad de los libros prohibidos*

Maribel Carvajal, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi madre, Dolores.  
Ejemplo de tenacidad, de esfuerzo  
a lo largo de toda una vida.  
Ejemplo de generosidad.*

*A mi padre, Socorro.  
Un amor, lleno de ternura, al servicio de  
las necesidades de quienes le rodean.  
Él siempre está.*

## Personajes principales

**Otón:** emperador romano (15 de enero-16 de abril de 69 d. C.), gobernador de La Lusitania.

**Galba:** emperador romano (8 de junio de 68 d. C.-15 de enero de 69 d. C.) gobernador de La Tarraconensis.

**Furnio:** senador y duunviro de Augusta Emerita.

**Arria Pale:** patricia de Augusta Emerita y esposa de Furnio.

**Marcia:** hija de Furnio y Arria Pale.

**Diophanes:** médico de Augusta Emerita, liberto de Furnio, originario de Tracia.

**Cornelio Severo:** flamen provincial de La Lusitania, miembro del concilio provincial y senador de Augusta Emerita.

**Capito:** abogado e hijo de Cornelio Severo.

**Sulpicio Superster:** miembro del concilio provincial y antiguo duunviro de Metellinum.

**Calpurnia:** esposa de Sulpicio Superster.

**Pompeyo Prisco:** senador asesinado de Augusta Emerita.

**Sabina:** esposa de Pompeyo Prisco y creadora de la asociación de mujeres de la colonia.

**Pompeyo y Marciano:** hijos de Pompeyo Prisco que viven en Roma.

**Servilio Modesto:** procurador de La Lusitania que llega a Augusta Emerita a sustituir a Cassio.

**Polonia:** esposa de Servilio Modesto.

**Cassio:** procurador de La Lusitania, destituido por Nerón.

**Terencio:** empresario con la concesión de explotación de las canteras de mármol de Eborá.

**Aulo Gayo:** maestro escultórico itálico con renombre y despacho en Augusta Emerita.

**Demetrio:** maestro escultórico con taller en Augusta Emerita y presidente de la Asociación de las Artes.

**Halys:** liberto imperial que llega a Augusta Emerita con la orden de Nerón de crear una biblioteca.

**Euterpe:** liberta imperial esposa de Halys.

**Ploto:** antiguo flamen provincial de La Lusitania originario de Olisippo.

**Valerio Hymino:** senador y duunviro de Augusta Emerita.

**Lorenza:** esposa de Valerio Hymino.

**Tito Emilio:** senador y edil de Augusta Emerita.

**Julia:** esposa de Tito Emilio.

**Marco Emilio:** hijo de Tito Emilio.

**Claudia:** novia de Marco Emilio y amiga de Marcia.  
**Cayo Voconio:** senador y edil de Augusta Emerita.  
**Antestio Persico:** senador de Augusta Emerita y empresario de caballos.  
**Emiliano Paculo:** senador de Augusta Emerita.  
**Ulpio Rufo:** senador de Augusta Emerita.  
**Manlio Celio:** senador de Augusta Emerita.  
**Antonio Murena:** senador de Augusta Emerita.  
**Lucio Fabio:** senador de Augusta Emerita.  
**Quinto Julio:** senador de Augusta Emerita.  
**Silano Anso:** empresario de Olissippo.  
**Abelardo Aldo Cecilio:** nuevo procurador que sustituye a Servilio Modesto.  
**Fabiana:** esposa de Abelardo Aldo Cecilio.  
**Faustina, Felicia y Clementina:** hijas de Abelardo Aldo Cecilio y Fabiana.

## Sucesos inquietantes

«Buscamos ese espacio interno en el que descansar junto a nuestros secretos. Su hallazgo nos hace poseedores de un gran tesoro, nuestra morada».

Las calendas de marzo se mostraron levantiscas aquel año en el que habría de morir Nerón. Representaban días de buenos presagios, mas nunca deben otorgarse certezas absolutas, pues burda ignorancia devienen tales aseveraciones. Así lo cantaron los poetas, en aforismos los filósofos: el destino, como los dioses caprichosos que desatienden las leyes de los mortales, ni obedece sus deseos ni sus llantos consuela.

El duunviro Sexto Furnio Juliano se sintió en paz cuando la expedición de la que formaba parte, procedente de Roma, atravesó la puerta norte de la muralla en fecha tan señalada como el inicio del mes de marzo, aunque solo una semana después se desbarataría su placidez al comprobar la rebeldía de los hados, pues vientos de guerra y muerte llegaban a Augusta Emerita para quedarse, aunando la suerte de quienes se hallaban ligados a ella.

Recuperadas las gastadas fuerzas del viaje a la gran urbe y cumplimentadas las visitas de rigor a las que se debía un gobernante local, una semana después de su vuelta a la colonia, Furnio emprendía su rutina. Apenas los rayos de sol clarearon la oscuridad de la alcoba, se colocó la túnica con bandas púrpuras propia de los magistrados y, tras rodear el atrio, llegó hasta los baños asistido por un enjambre de esclavos que revoloteaban hacía tiempo por la casa.

La domus de Furnio había sido comprada por su padre a los Tutilio Pontiano, familia que participó en la fundación de la colonia y que había poseído propiedades en La Bética y La Lusitania, aunque más tarde vinieron a menos. Su padre y el de Cornelio Severo emigraron desde Roma a Emerita a comienzos del gobierno de Tiberio. Ambos contaban pocos años por aquel entonces, pero en estos momentos se consideraban tan emeritenses como los de nacimiento y se sentían tan hermanados como los de sangre.

La domus del duunviro estaba situada a la izquierda de la puerta del puente y había terminado por adosarse a la muralla de la colonia. La puerta principal conducía a un vestíbulo con bancos de piedra entre los que se intercalaban estatuas de mármol de las canteras de Macael, en La Bética, caracterizadas por la pureza de su tono blanco. Su pavimento lo formaba un enorme mosaico con formas geométricas. El vestíbulo daba paso a la pieza central de la casa, el atrio, un patio porticado rodeado por un corredor desde el que se distribuían las diferentes estancias de la vivienda y que constaba de un peristilo en su parte anterior y un altar doméstico en el fondo. Un



magnífico estanque y un pozo ocupaban el centro y, envolviendo todo el conjunto, hermosas pinturas al fresco cubrían las paredes del corredor.

Tras la reforma realizada por Furnio, la casa destacaba por su doble altura y, sobre todo, por ser de las primeras en tener baños privados y tuberías de plomo.

Furnio se aseó brevemente, acostumbraba a lavarse con más esmero en las termas, luego se dirigió al altar doméstico. Antes de cumplir con los dioses Lares y Penates, espíritus protectores de la vivienda, Furnio llamó al nomenclátor, un esclavo de confianza que recibía diariamente a los clientes que acudían a saludar a su señor a primera hora de la mañana.

—En breve llegarán los clientes y los deudores. Que permanezcan en el vestíbulo. Necesito ver a solas a Diophanes. En cuanto llegue, que pase al atrio.

Lucio Furnio Diophanes había sido esclavo de Furnio, lo manumitió a la edad de tres años junto a su padre, dos semanas después de ser aceptados entre su servidumbre, en gratitud por haber curado a su primogénita de unas fiebres, perdida ya toda esperanza de salvación. El padre de Diophanes y él mismo formaban parte de la gran herencia recibida por Furnio de su tío Cayo Furnio Arruntio, muerto en Roma en pleno florecimiento de sus negocios de aceite y vino y al que se le auguraba una brillante carrera política. El padre de Diophanes ya era médico cuando la pérdida de una guerra contra Roma lo convirtió en esclavo, profesión que continuaría realizando pese a su privación de libertad dados sus excelentes conocimientos. Diophanes había seguido la misma carrera que su padre. Y era considerado, junto a Publio Sertorio Niger, el mejor médico de que disponía la colonia. Tras la muerte de su padre, Diophanes seguía visitando a Furnio y prestándole servicios médicos en señal de agradecimiento, como cualquier liberto lo haría con su antiguo señor.

Furnio terminó de dar instrucciones al nomenclátor.

—Prepara unas bolsas con cuatro y seis sestercios para las visitas. Será el donativo de hoy. Ya sabes a quién entregar una cantidad u otra.

—Estaba disponiendo la comida y la bebida que ofreceremos a los dioses domésticos —comentó el nomenclátor.

—Muy bien, cuando termines, ponte con el donativo.

Furnio se dirigió a la cocina, solía tomar un desayuno frugal. Comió un pedazo de pan con queso. Al momento volvió a aparecer el nomenclátor, Diophanes había llegado, esperaba en el atrio.

—Que pase a la tablinum y se acomode. Y tranquilízale, solo tardaré unos minutos. —Diophanes odiaba perder el tiempo cuando tenía trabajo.

Tal y como le había adelantado el esclavo, el señor apenas se demoró unos minutos.

—Buenos días, venerable —auspició Diophanes al ver a Furnio en el recinto.

—¡Que Vesta nos proteja como protege mi hogar! —Furnio emitió un sonido largo—. Por todos los dioses..., mi querido Diophanes, eres terco como una mula. Ese protocolo que te empeñas en mantener terminará con mi paciencia. Me tratas

como a un extraño, cuando eres como un hijo para mí.

—Es respeto, Furnio —respondió Diophanes.

El duunviro cerró los ojos, levantó las cejas y cabeceó. Gesticulaba revelando incompreensión.

—¿Cómo sigue la salud de nuestros conciudadanos? —preguntó Furnio, interesándose por el quehacer del médico.

—Diría yo que a punto de alcanzar su estado óptimo. Ya sabes, con buena salud, hay mayor dedicación al trabajo y se produce más, por lo que auguro una recogida de impuestos memorable. Nerón en persona se empeñará en felicitar-me.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa. El médico era el de siempre: directo e incansable en su ataque al gobierno romano.

Furnio comenzó a andar despacio por la tablinum, entrelazó sus manos a la espalda y contrajo la frente con gravedad. Después de pasear en círculo, anunció:

—Ha sido un duro golpe para Emerita el fallecimiento de Cayo Pompeyo Prisco. Para mí también. Recibir la noticia de su muerte ha empañado la felicidad de hallarme de nuevo entre los míos.

—Me consta vuestra amistad —intentó consolar Diophanes—. Si necesitas algo...

—Cornelio Severo me ha informado de que la curia decretó los mayores honores fúnebres que un hombre de su talla merece, un lugar público para su sepultura, lectura de elogio fúnebre en el foro y una estatua, que ha sido encargada al taller de Aulo Gayo. La concesión de estos merecimientos me sosiega. Es justo que Pompeyo Prisco reciba de los emeritenses una dignidad semejante al compromiso que siempre manifestó con esta colonia.

—Tú dirás entonces el motivo de tu preocupación —dijo Diophanes.

—Tal vez te parezca una locura lo que te voy a decir, por eso te pido la máxima discreción —continuó Furnio.

—Así será —manifestó Diophanes.

—Arria Pale insiste en que debo hablar con Sabina —alegó Furnio—. Le he prometido que iría a verla. Sabina no deja de repetir que su esposo fue asesinado.

Diophanes se revolvió en el diván. La confesión de tal sospecha le había dejado boquiabierto. Él certificó la muerte de Pompeyo Prisco por causa natural.

—¿Alguien más es partícipe de esta noticia? —preguntó Diophanes.

—Por supuesto que no. Mi esposa, tú y yo. Arria Pale me ha hecho prometer que no lo contaría a nadie. Por otro lado, no tengo pruebas que apoyen esta teoría, que bien pudieran ser elucubraciones de la pobre Sabina. Nunca se sabe cómo podemos reaccionar ante el dolor.

El médico no salía de su asombro. Hasta ese momento no había escuchado nada tan inverosímil, y no sabía cuál era su sitio en una historia semejante. El duunviro continuó hablando.

—¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Le dio uno de esos ataques que lo hacían convulsionar.

—Pero siempre se había recuperado. ¿No notaste nada raro esta vez? —insistía Furnio.

—Esas convulsiones han arremetido contra Pompeyo Prisco desde que lo conozco. Como médico diagnosticué ataques de epilepsia, pero tú sabes que su familia ha preferido la presencia de augures y sacerdotes a la de los médicos. Se han consolado organizando sacrificios a los dioses. Nunca me dejaron prestarle servicios médicos. Este ataque solo ha sido el último. —El médico procuraba medir sus palabras para no herir al duunviro. Luego comenzó a enumerar los síntomas—. Sufrió vómitos, dificultad al respirar, el corazón se le disparaba y se le paraba alternativamente; por último, llegaron las convulsiones y finalmente la muerte.

—Hay ciertos venenos que provocan síntomas parecidos, ¿no?

—¡Esculapio nos prevenga de la locura! —Diophanes explotó haciendo gestos que rechazaban tal teoría—. Como médico certifiqué parada del corazón, sin aludir a las convulsiones por expreso deseo de Sabina. Nunca sostendré que este último ataque tuvo características distintas de los que Pompeyo venía sufriendo desde la adolescencia. Primero, porque no lo sé, llegué cuando las últimas convulsiones pararon definitivamente su corazón. Segundo, porque nunca lo traté de su enfermedad. Y tercero, porque no existen ni indicios ni argumentos para hablar de asesinato. ¿O sí?

La respuesta del médico sumió al duunviro en el silencio. Era evidente que él no podía aportar nada significativo a los hechos, no debía insistir.

—Es posible que tengas razón. —Furnio parecía vencido—. ¿Olvidarás esta conversación?

—Ya sabes que sí.

El duunviro y el médico se despidieron calurosamente. Antes de que Diophanes abandonara la sala, Furnio concluyó con una invitación.

—Mi querido Diophanes, no te entretengo más, sé lo ocupado que estás. Solo tienes que prometerme que vendrás a cenar a mi casa. Estarás cómodo, no lo dudes, conoces al resto de invitados —explicó Furnio—. Ya sabes que Capito volvió de Roma conmigo y en su honor celebraremos un exquisito banquete. En beneficio de mi invitación, te adelantaré que conocerás de primera mano qué se cuece en Roma, si es que no te lo ha contado todo tu amigo.

—Cornelio Severo me informó de su vuelta y el mismo día de su llegada corrí a saludarlo. Es el de siempre. ¡Cuánto me alegra su regreso! De todas formas, está muy querido y nuestros encuentros han sido breves. Así que acepto con regocijo tu invitación, no faltaré a tan especial ocasión. La política de la gran urbe alcanza y dirige nuestras vidas, bien merece el tiempo que tengamos disponible. —Diophanes contestaba enardecido, consciente del poder de Roma, que gobernaba el destino del mundo como gobernó, lejano ya en el tiempo, el destino de su padre.

—Excelente, veo que he captado tu interés.

Madre e hija permanecían sentadas en los bancos de mármol que adornaban el peristilo, cerca del pozo. Contemplaban los brotes de los rosales que poblaban el jardín y que ya no tardarían mucho en florecer. Marcia acababa de saludar a Diophanes con una cercanía que su madre juzgó incorrecta; ya no era una chiquilla. Aquellas confianzas debían acabarse o la gente empezaría a hablar. Madre e hija poseían un parecido físico asombroso, excepto por la tez pálida y el pelo rizado de Arria Pale que se imponían como señas de distinción entre ambas. Arria Pale pronto cumpliría los cuarenta; era una emeritense de curvas pronunciadas, entrada en carnes sin llegar a resultar voluminosa. Sus sinuosos atributos femeninos habían levantado pasiones durante su juventud, pero ella solo había mirado a Furnio desde que lo conoció. De estatura mediana, su cara gozaba de una bella armonía, destacando unos almendrados ojos verdes que llamaban poderosamente la atención dada su rareza por tierras lusitanas.

—Madre, ¿debo acompañarte esta mañana a algún sitio?

—Quiero visitar a Calpurnia. Tiene algunas dolencias y le vendrá bien un poco de distracción; aprovecharé y le pediré algunas recetas para el banquete de Capito.

—Te acompaño —se ofreció entusiasta Marcia.

—No, demasiada compañía le provoca dolor de cabeza —atajó Arria Pale.

El tono de su madre no admitía discusión, inútil insistir. Por otra parte, ahora nada impedía a Marcia presentarse a la cita con Diophanes. El médico le permitía ir con él a visitar a sus pacientes. La muchacha mostraba interés en aprender, consolaba bien a los enfermos y hacía lo que se le decía. Diophanes no podía aspirar a una compañía mejor, sobre todo porque esos ojos verdes, rasgados e inquietantes, le habían robado el corazón desde que tenía recuerdos.

—Furnio, aquí, aquí —exclamó Arria Pale levantando el brazo.

El duunviro se giró buscando la procedencia de la voz.

—Mi dulce y amada Arria Pale, sigues tan hermosa como el día que te vi por vez primera. —Acto seguido besó su cabello dividido al medio y recogido en la nuca en una gruesa coleta, como se llevaba en la época de Claudio.

Furnio cuidaba con esmero la relación con su mujer y su hija. Un hogar presidido por el amor era la base de una vida feliz, así pensaba él.

—¿Querías pedirme alguna cosa? Todavía debo cumplir con nuestros dioses y con los clientes, he de apresurarme, me espera un largo día.

—Me has prometido visitar a Sabina —le recordó Arria Pale—. Hace tiempo que acabaron los rituales fúnebres en honor de Pompeyo Prisco y su casa ya ha sido purificada.

—Hoy mismo iré, no lo pospondré más.

La vida en la colonia transcurría entre el incesante ir y venir de sus habitantes y

de los forasteros de paso o temporalmente establecidos. En sus vías se mezclaban rústicos, esclavos, señores en literas y a pie, vendedores de todo tipo de artículos, visitantes en busca de alguna oportunidad, viajeros..., pero era en el foro donde este tumulto de transeúntes cobraba mayores dimensiones. Allí se encontraba la basílica donde se celebraban los juicios y se cerraban los negocios, la curia, sede del gobierno local. También los magistrados, elegidos por el pueblo en número de dos para evitar los abusos de poder, resolvían los asuntos políticos y administrativos en el foro. Y, por último, coronaba la plaza un impresionante templo dedicado a la Dea Roma, realizado en granito estucado y cuyo podio albergaba todo tipo de carteles de bronce que daban a conocer las últimas leyes, y desde no hacía mucho el testamento de Augusto, que suscitaba las mayores atenciones del vecindario. Al esplendor de la plaza contribuía incipiente la enorme cantidad de mármol que revestía buena parte de los elementos que la conformaban, mármol procedente de las canteras de Eborá, una explotación que proporcionaba grandes recursos económicos a la provincia y al imperio.

Ese día Furnio no solo debía visitar a Sabina, también el gobernador Otón le esperaba. El duunviro emeritense traía un mensaje secreto de parte de Servio Sulpicio Galba, gobernador de la provincia de La Tarraconensis. Galba conocía desde hacía tiempo a Furnio a través de su tío Cayo Furnio Arruntio y no dudó en aprovechar su paso por Tarraco para mantener al corriente a Otón de los nuevos actos de Nerón contra su persona. Galba, como muchos otros, era sabedor de las rivalidades del emperador con Otón y quería prevenir a este de la mano asesina que se cernía sobre ellos pese a la distancia que los separaba de aquel gobierno del terror, que no era apoyado ni por el senado de Roma ni por la guardia pretoriana, que comenzaba a desconfiar del rumbo que había tomado.

El aspecto del duunviro lucía un tanto descuidado, así que, antes de comenzar las visitas de rigor, Furnio acudió al tonsor. El local del barbero se situaba dos manzanas al este de la entrada central del foro y disponía de una ancha acera porticada que caracterizaba a Emerita desde sus orígenes.

—Duunviro, ni Thalamo podría arreglar esta madeja que trae sobre los hombros —dijo Póstumo, el tonsor.

—No exageres, Póstumo, he vuelto de Roma hace ocho días y con miles de problemas por resolver.

—Y por lo que veo ha decidido imitar a Nerón —contestó con sorna el barbero—. Nos llegan noticias de sus artísticos peinados. Podría intentar rizarle el pelo —dijo chasqueando una tijera de hierro de hojas separadas con unos anillos de presión en su base.

—¿Con esa tijera con la que consigues los trasquilones de siempre? —continuó Furnio la burla.

—No está muy familiarizado con las nuevas técnicas, duunviro —rió el barbero—. Se lo haría con esta varilla de hierro, que se calienta y se coloca dentro de aquella

funda de metal. Lo demás lo lograrán mis expertas manos.

—Dejemos los experimentos para los más atrevidos, ya sabes que me gusta lo sencillo y lo de siempre, el pelo corto y peinado hacia delante, como nuestro divino Augusto. Y el afeitado sin cortes, como le dijo Gerión a Hércules.

A Furnio le relajaba hablar de cualquier cosa que no tuviese que ver con la barba. Afeitarse le daba pavor. Imaginaba a Póstumo con la navaja y tenía que hacer un gran ejercicio de contención para no mostrar pánico, que era lo que sentía. Todavía recordaba las ocasiones en que los cortes fueron tan profundos que el barbero debió recurrir a la vieja fórmula de Plinio para detener las hemorragias, un emplasto de telarañas empapadas en aceite y vinagre. Póstumo siguió exhortando al duunviro para que mantuviera el máximo cuidado de su barba mientras mojaba con agua su cara, única loción que restregaba sobre la piel antes de pasar el hierro afilado sobre ella.

—Me va a costar algún tiempo arrastrar todo ese vello que tiene en la cara, ya sabe que me gusta ir lento para evitar los cortes.

—No hay prisa, Póstumo, tómate el tiempo necesario. —Furnio mantenía el control, el miedo estaba a raya.

—Podíamos guardar el vello en un cofre de oro y ofrecerlo a Jupiter Capitolino —el barbero no dejaba de burlarse—. Thalamo nos contó que eso hizo Nerón cuando celebró su primer afeitado, que fue el mismo día en que vistió la toga viril. Igual que Calígula.

—Por todos los dioses, ¿quién es ese Thalamo?

—Duunviro, no me puedo creer que venga de Roma y me pregunte eso. Thalamo es el barbero de Nerón.

Hacía solo unos minutos que Arria Pale esperaba en el atrio cuando Calpurnia apareció con una tela atada en la cabeza. Su atuendo y el gesto contraído evidenciaban la presencia del dolor en la mujer y generaban aún mayor contraste entre la figura de ambas. Calpurnia podría ser algo mayor que Arria Pale y poseía una estatura más propia de una mujer germana. Todo en ella era alargado, el óvalo de su cara, su nariz, su barbilla, los dedos de las manos y su delgado cuerpo. La primera impresión al conocerla no dejaba indiferente a nadie. Su rostro resultaba desconcertante. Tenía la frente pequeña, los ojos, demasiado separados de la nariz, más bien grisáceos, y su boca convergía bastante gruesa dada la estrechez y el alargamiento de la cara. Cada uno de sus rasgos parecía escogido por la genética sin ningún orden. No obstante, Calpurnia sabía sacar partido a esa herencia poco agradecida con que fue dotada. El peinado, el maquillaje, la indumentaria y especialmente la esbeltez de su porte y la exquisitez de los gestos con los que intentaba compensar su antagónico rostro conseguían crear en ella un halo de refinamiento que desaparecía cuando la de Metellinum dejaba suelta su venenosa lengua.

Después de un efusivo saludo, las dos mujeres se dirigieron al peristilo que se situaba en la parte de atrás de la casa. Calpurnia vivía en una bonita mansión situada extramuros, frente a la gran puerta que daba al anfiteatro y al teatro; la habían arrendado por intercesión de Otón a Aulo Gayo. Su esposo, Sulpicio Superster, antiguo duunviro de Metellinum, había sido elegido miembro del concilio provincial y debía permanecer durante un tiempo en Augusta Emerita.

—Las jaquecas no me abandonan al llegar la primavera —anunció Calpurnia con cierta resignación y bastante amargura—. Lo único que me calma este incesante dolor es el silencio y la oscuridad.

—¿Los brebajes con plantas medicinales no te ayudan? —Recondujo la conversación Arria Pale.

—Por supuesto, si no fuera por mis remedios caseros..., no sé qué sería de mí —aventuró Calpurnia—. Y por tus visitas, amiga mía —posó una mano sobre la de Arria Pale—. Y las de tu hija; qué graciosa es Marcia. Con su espontaneidad, es un bálsamo de inocencia; cuánto me río con ella, cómo me gusta su compañía. ¿No ha venido a verme hoy?

—Quería hacerlo, querida, pero no he consentido que me acompañara, ya sabes lo entrometida que es, y necesitaba preguntarte algunas cosas que requieren más prudencia de la que otorga su alocada edad y su insaciable curiosidad.

La confesión de Arria Pale sacó a Calpurnia de su indolencia.

—Tú dirás en qué puedo servirte.

—Pues bien; siempre he utilizado tus sabios conocimientos sobre las plantas curativas con resultados positivos, a veces excelentes, y otras un poco más regulares, pero nunca me hicieron mal. Me preguntaba si también conoces plantas que maten.

Calpurnia se quedó completamente en silencio, frunciendo el entrecejo, en una expresión que parecía hostil y que Arria Pale no lograba descifrar.

—¿Quieres matar a alguien? —soltó Calpurnia para salir de dudas.

—Ceres, madre de la tierra, llévame al polvo del que nacemos si mi mente organizara tanta maldad, mi corazón acogiera tanto odio y mis manos le sirvieran de apoyo —Arria Pale pronunció estas palabras con los brazos cruzados sobre su pecho—. Ni de mi peor enemigo me llevaría su vida. Solo los dioses deciden cuándo nacemos y cuándo hemos de volver a la madre tierra.

—Querida, si no quieres matar a alguien —cortó Calpurnia la retahíla de su visitante—, ¿para qué quieres saber cómo hacerlo?

—Prometí a alguien que me enteraría de los síntomas que causan las plantas venenosas.

—¿Cree que la están envenenando o es a él a quien envenenan?

—No, no, no, ha conocido la muerte de un pariente lejano en circunstancias excepcionales —Arria Pale intentaba despistar a su amiga—. Me ofrecí a ayudar pensando en ti. No conozco a nadie que domine tanto el tema de las plantas.

Calpurnia decidió salvar sus reticencias, al fin y al cabo ningún delito cometía

mostrando su sabiduría.

—En un primer momento creí que ibas a pedirme alguna planta venenosa o preguntarme dónde conseguirla. Me has dado un buen susto. —Calpurnia colocó su mano en el corazón en señal de tranquilidad. A continuación agregó—. ¿Cuáles fueron los síntomas de su muerte?

—Por lo visto, la víctima no podía respirar, tenía vómitos y convulsiones, y finalmente se le paró el corazón.

—¿Labios azulados? ¿Músculos paralizados? ¿Sequedad en la boca o espumarajos? ¿Pulso débil? ¿Temblores o alucinaciones? ¿Mareos? ¿Escalofríos? ¿Qué más me cuentas? —El dominio de Calpurnia dejó a Arria Pale un tanto turbada.

—Solo los síntomas que te he mencionado, tengo entendido.

—Lo que más nos puede ayudar a identificar el veneno son las convulsiones. Podría ser acebo, entonces, además de las convulsiones, habría tenido visión borrosa y no podría tragar. Los mismos síntomas provoca el acónito, que convierte la cara en el más rígido de los espartos, con fuerte hormigueo en la boca y mucha saliva. También se me ocurre que podría ser el ricino, es altamente tóxico, con solo diez semillas se puede provocar la muerte de un adulto.

Arria Pale no salía de su asombro, el conocimiento y la seguridad que mostraba su nueva vecina la inquietaban. Ciertamente estaba familiarizada con la materia. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sabía que existían los venenos, pero allí, delante de ella, parecía encontrarse con una auténtica experta.

Apenas obtuvo la información excusó su marcha. La respuesta que llevaba para Sabina, la viuda de Pompeyo Prisco, era que sí, en principio existían venenos que provocaban síntomas como los que había padecido su esposo el día de su muerte. Claro que Sabina tampoco debía olvidar que esos desmayos y convulsiones habían acompañado a Pompeyo Prisco desde siempre, y que su esposo padecía epilepsia, aunque nunca habían atendido las prescripciones de Diophanes sobre tal enfermedad.

La hora quinta había pillado a Furnio en casa de Sabina, quien se empeñó en que tomara algún alimento antes de marcharse de allí, era lo mínimo que ella podía hacer ante el compromiso adquirido por el duunviro. Furnio fue incapaz de decir que no a la solicitud de la viuda: investigar el posible asesinato de su esposo. No había ninguna evidencia de tal hecho, pero tampoco le costaba nada averiguar qué le quitaba el sueño a Pompeyo Prisco semanas antes de su muerte. Sabina le había contado, mientras el duunviro tomaba de pie un poco de carne fría con espárragos y champiñones acompañados de un vino de la tierra y un poco de fruta, que Pompeyo vivía una lucha por dentro. Había descubierto un secreto y estaba sopesando todos los pormenores antes de sacarlo a la luz. Sabina estaba segura de que afectaba a alguien importante, porque no dejaba de culparse por el revuelo que su acusación ocasionaría de llegar a saberse. La viuda no aseguraba que su marido finalmente revelase tal



secreto, desde luego a ella no, pero parecía evidente en vista de su trágico final.

Sabina no encontraba consuelo para su desdicha. La mayor parte del encuentro transcurrió entre constantes lágrimas solo acalladas por el recuerdo incesante de su esposo, del que se empeñaba en hablar como si aún siguiera en el mundo de los vivos. Furnio intentaba comprender su dolor. Años atrás, bastantes, tantos como la edad que contaba Capito, había acompañado en semejante circunstancia a su amigo Cornelio Severo al morir Matidia en el parto. Una máxima se expandía por su cabeza: cuán breve era el tiempo que empleábamos en hacer felices a quienes más queríamos y cuánto lo lamentábamos luego, siendo como es la muerte un destino tan predecible.

Terminadas las confesiones de la doliente matrona, el duunviro prometió indagar buscando algún resultado, luego excusó su marcha aludiendo a la cita pendiente con el gobernador.

La capital del imperio era una olla a punto de explotar, pero nadie se atrevía a dar el primer paso. Los tentáculos de Nerón alcanzaban todos los territorios, ni siquiera los más lejanos se salvaban de sus fauces. Los gobernadores hispanos lo temían y lo odiaban. Galba llevaba ocho años administrando la provincia de La Tarraconensis en Hispania. Contaba una edad próxima a los setenta años. Había ejercido el gobierno de forma variable, sin mantener siempre el mismo criterio ni la ecuanimidad de acción. En los primeros años se mostró cruel y sanguinario. Se contaba, entre otras muchas tropelías, que en una ocasión ordenó cortar las manos de un orfebre y clavarlas en su mostrador porque abarató las monedas con fraude. Sin embargo, pasados unos años, su política cambió radicalmente y cayó en la desidia para no dar motivo de sospechas a Nerón; decía que a nadie se le exigían responsabilidades por lo que dejaba de hacer. La cabeza de Galba estaba presidida por una calvicie milenaria. Sus ojos eran de color azul y su estatura media. Aficionado al exceso en la comida, durante la cena se servía con tanta abundancia que hacía recoger las sobras que se acumulaban a su alrededor para distribuir las entre los esclavos de su servicio. Tal glotonería fue el detonante de que sus manos y sus pies acabasen contrahechos por la gota, hasta el punto de que no podía sostener un pergamino ni tampoco calzarse. Para terminar de rematar este retrato de desahucio, en el costado derecho le colgaba una masa carnosa que apenas lograba sujetar con un vendaje. Sin embargo, todos respetaban al anciano Galba, cuya vida había estado presidida por el éxito en la política y en el ejército.

El duunviro llegó al palacete de Otón a la hora señalada. Las noticias de las que Galba le hizo portador revelaban un futuro amenazante y eran la causa de que sus tripas estuvieran revueltas; estaba nervioso. La guardia estaba al corriente de la visita de Furnio y al instante se abrieron las puertas para él. Una oleada de esclavos primero, y funcionarios después, le hicieron llegar al recinto que servía a Otón para las recepciones oficiales. Era un salón envuelto en mármol, con triclinios y bancos forrados en coloridas muselinas, que poseía dos mesas de trabajo con incrustaciones

de piedras preciosas. Otón se hallaba reclinado en el magnífico sillón de plata regalo de Galba, procedente de las minas de Carthago Nova que producían este mineral con sobrada abundancia.

—Sexto Furnio Juliano —Otón pronunciaba el nombre despacio, dando gran solemnidad a sus palabras—. Mis ojos te dan la bienvenida deseosos de saber de ti, pero mi lengua te reclama la explicación que debe existir para que no hayas acudido a verme tras tu elección como magistrado duunviro de Emerita.

—Gobernador, presento formalmente todas las disculpas que vuestra persona necesite para hacerme perdonar esta incorrección cometida contra mi deseo. —A Furnio le desconcertaba el gobernador, nunca sabía cuándo el tono recio que de vez en cuando utilizaba obedecía a enfados reales o trataba simplemente de dar pompa a su discurso con él—. Asuntos públicos de primera magnitud y otros privados me obligaron a partir hacia Roma enseguida, ni siquiera he presentado mis saludos al pueblo.

—Creo que podré perdonarte, viejo amigo —el gobernador bajó el tono rimbombante del comienzo—. ¿La salud acompaña a tu familia?

—En mi hogar quieren los dioses que gocemos de bienestar. Seguiremos cumpliendo fielmente nuestras obligaciones con ellos para que nos abandonen lo más tarde posible —contestó Furnio.

—Cuando resolvamos nuestros asuntos políticos, me gustaría que conversáramos de otros pormenores. Ahora, permíteme que vaya al grano. El nuevo procurador provincial, Servilio Modesto, por cuya boca me consta el afecto que mutuamente os profesáis a raíz del viaje que lo ha traído desde Roma hasta nosotros, me ha hecho saber que viste a Galba en Tarraco. ¿Me traes alguna noticia de él?

—Así es —Furnio obvió consideración alguna sobre el recién nombrado procurador lusitano—. El mensaje debo transmitirlo de viva voz. Galba no deseaba escribirlo, opina que este medio es más seguro.

Otón se movió colocando todo su cuerpo en el filo del trono de plata.

—Nerón ha intentado matar a Galba. Me manda decirle que debe tener cuidado, su excelencia también está condenado por el emperador. Y yo añado que debe tomar en serio esta advertencia. Su rencor es obsesivo y sus medios todopoderosos.

—¿Cómo han sucedido los hechos? —se interesó Otón.

—Galba se dirigía a los baños por una estrecha callejuela donde le esperaban unos esclavos que un liberto de Nerón le había regalado. Habían sido adiestrados para acabar con su vida, pero en el último momento dudaron de la conveniencia de llevar a cabo sus planes y se delataron solos. Sometidos a tortura, confesaron su propósito.

—Sin duda, detrás está la mano asesina de Nerón —dijo Otón, que bien conocía a su enemigo. El gobernador mantuvo silencio, ensimismado en tiempos pasados, cuando Nerón había sido su compañero más fiel de juergas, festines y correrías y no había movimiento del emperador que él desconociese. Miró a los ojos de Furnio con complicidad—. Seguro que mi buen amigo el duunviro conoce el motivo de mi

nombramiento como gobernador de la provincia lusitana.

Furnio vaciló, no quería parecer un chismoso. El gobernador seguía sin quitarle la vista de encima, aunque parecía estar a miles de millas de distancia de allí.

—Nerón me odia —Otón seguía desahogándose en un ataque de sinceridad—. Me mandó a gobernar estas tierras porque un destierro le ponía en evidencia. No sé cómo me permitió vivir entonces, supongo que ahora el tiempo le ha quitado la poca vergüenza que paraba sus desmanes. Me odia porque me casé con Sabina Popea. Hasta ese momento éramos amigos inseparables. Sin embargo, Sabina Popea era un ser de las tinieblas, la maldad envuelta en el diamante más bello que se podía contemplar. Sabina Popea lo sabía y utilizaba esa belleza para colmar su ambición. Todos los días se bañaba en leche de burra, tenía quinientas y las hacía trasladar con ella cuando viajaba.

A Furnio no le asombraba el relato de Otón, hablaba como un hombre que había amado y había sido conquistado. Su historia era de sobra conocida.

—Cuando yo la conocí, repudió a su primer marido, Rufo Crispino, para casarse conmigo. Supongo que yo era más rico y más poderoso. Creí que me amaba, pero su extraordinaria belleza y retorcida inteligencia podían engañar al hombre que ella desease. Nerón también se enamoró de ella y quería que se la entregara, a lo que me negué. Y por eso vine a gobernar esta provincia. Pero todo se paga en esta vida. Sabina Popea consiguió deshacerse de Agripina, madre de Nerón, de la virtuosa Octavia, su primera mujer, y cuando lo tenía todo, a punto de darle un sucesor al emperador, un puntapié de él, borracho como una cuba, la mató. ¡Qué impredecible es la vida, amigo mío!

Furnio se sentía incómodo mientras el odio de Otón, soterrado bajo las buenas maneras, salía a la luz.

—El Olimpo ya cobró su deuda con ella. Incluso su vástago murió. El asesino Nerón también pagará. Y el destino me devolverá todo lo que me arrebató —miraba a Furnio sonriendo con placidez—. Y ese día no ha de tardar.

Tras esto, Otón despachó ansioso al duunviro, apenas le concedió el tiempo indispensable para que este le expusiera orgulloso la carrera de carros que organizaría en el circo en pago de sus munera. Durante su estancia en Roma había asistido a una carrera vivamente impresionado y tuvo claro que así sería como agradecería al pueblo su nombramiento para la máxima magistratura. Desde luego, con esos munera gastaría más de los dos mil denarios a que estaba obligado por ley, pero quería agasajar a sus vecinos sin freno de ningún tipo. Aplaudida su iniciativa por el gobernador, que ofreció su experiencia llegado el caso, poco más dio de sí el encuentro, salvo que Otón le adelantó el banquete de bienvenida que organizaría en honor de Servilio Modesto y Polonia y al que él y Arria Pale serían invitados como el resto de viajeros que acompañaron al procurador y a su esposa hasta Emerita.

Furnio salió satisfecho de la reunión. Otón no le había tomado en cuenta la tardanza en visitarlo tras su designación como magistrado. Por otra parte, le agradó la

buena acogida de la actividad con que pagaría sus munera y la disponibilidad mostrada por Otón, del que temió pudiera sugerirle otras opciones más sanguinarias, como la lucha de gladiadores. Él detestaba la violencia.

Con el propósito de elaborar el discurso que aún debía dirigir al pueblo, pospuesto por el viaje a Roma, se encaminó a su domus y ocupó la biblioteca intentando aprovechar la luz solar que a comienzos de la primavera ya empezaba a estirarse empujando horas a la noche. Se hallaba enfrascado escribiendo, cuando uno de sus esclavos golpeó con firmeza la puerta de la biblioteca, y le comunicó que un despavorido joven al que no conocía de nada y que decía ser empleado de la joyería de Alexander deseaba verlo sin pérdida de tiempo. Cuando oyó el nombre del joyero se acordó del encargo que su esposa le había transmitido hacía unos días y del que se había olvidado por completo.

—Hacedle pasar —ordenó Furnio.

El joven apareció poco tiempo después en la biblioteca y sin mediar palabra se abalanzó sobre Furnio con un inconsolable llanto. El duunviro, pese a no conocer al muchacho, fue incapaz de retirarle su apoyo, observando la demanda de refugio que arrastraba.

—Bueno, bueno, joven, a ver qué sucede. Vamos, tranquilízate, nada debes temer.

—Alexander ha sido asesinado. La joyería está destrozada —el llanto le hacía hablar cortando las palabras—. Me lo he encontrado yo, ahora, hace un momento, lleno de sangre, y con muchas puñaladas.

El ataque de histeria reavivó su llanto. Furnio se sentó a su lado y esperó unos minutos hasta que poco a poco la calma fue volviendo sobre el empleado del joyero. El duunviro le pidió que le relatase la historia, pero el muchacho solo pudo decirle que Alexander tenía previsto marcharse enseguida, la tienda llevaba dos días cerrada para acelerar el remate de las nuevas piezas. Él acudía por las tardes, y ese día se encontró cristales por todos lados, el mobiliario destrozado y a su jefe en el suelo, muerto, lleno de sangre y con muchas señales en su cuerpo. No había llamado a ningún vecino. Había corrido a casa del duunviro, porque Alexander una vez le dijo que, si algo le ocurría, debía entregarle una caja a él.

—Pero si yo solo conozco al joyero de vista. Sé que tiene un gran negocio y que vienen de todos los sitios a comprar sus creaciones, pero nada me une a él.

—Me dijo que le entregara una caja que tengo en mi casa —insistió el joven—. Nunca he mirado su contenido. Hago lo que me dicen, y por eso, me dijo Alexander, me entregaba la caja a mí, porque estaba seguro de que no la abriría.

El duunviro estaba perplejo. Desconocía por completo a Alexander, que además realizaba largos viajes y permanecía mucho tiempo ausente de la colonia. Sí sabía de la fama y la pasión que las creaciones del joyero levantaban, el próspero negocio que tenía y los relatos que contaba fascinando a sus compradores sobre las bárbaras aventuras que vivía en exóticos territorios, aunque todo el mundo sospechaba de la veracidad de tales extravagancias, según le había informado Arria Pale. Lo cierto era

que tenía fama de aventurero consumado y anunciaba que cuando la edad le ganase el pulso, se casaría y narraría todas sus experiencias, que a veces y en su opinión, superaban las vividas por los grandes héroes nacionales.

—Debes tranquilizarte, muchacho. Por la caja no te preocupes, ya me la darás.

—Hoy mismo, yo no la quiero —refunfuñó el mozuelo presa del pánico.

—Lo cual no es sensato —Furnio inspiraba confianza con su serenidad—. Si el joyero ha sido asesinado como dicen tus palabras y esa caja fue el motivo, quizás vigilen el movimiento de las personas más cercanas a él. El canje se hará en los próximos días, yo me pondré en contacto contigo. Ahora es necesario que vayamos a la joyería a examinar los hechos.

Furnio permaneció pensativo, observando al muchacho. Al final lo vio más relajado y confió en enviarlo a los despachos municipales.

—Le entregas esta nota al joven que está en la sala, él mandará recado al edil que le corresponda y al otro duunviro. De la caja no digas nada a nadie.

Furnio llamó a uno de los siervos y le pidió que acompañara al empleado del joyero al foro y luego a la joyería. Inmediatamente ordenó a otro ir a casa de Cornelio Severo con un recado urgente. Poco tiempo después, Furnio y Cornelio Severo se dirigían a la tienda del joyero. Mientras caminaban, el duunviro relató a su amigo la historia que el empleado del joyero acababa de contarle y luego le confesó lo de la caja.

—Entenderé que no quieras involucrarte en conocer el contenido de esa caja, la supongo relacionada con la muerte del joyero. Quizás sea peligroso. Sin embargo, he acudido a ti porque todo el mundo se ha puesto de acuerdo para ver asesinatos a cada paso y no sé qué puedo hacer con tantos misterios sobre mi humilde entendimiento.

—¿De qué otras muertes misteriosas hablas? —preguntó Cornelio Severo.

Furnio caminaba a toda prisa. Los nervios le comían por dentro. Deseaba confesar las confidencias que prometió no contar.

—Querido Furnio, te conozco, déjalo. Más adelante, quizás puedas explicarte mejor.

El duunviro agradeció las consideraciones y se centró en el último acontecimiento.

—¿Querrás ver qué contiene la caja? —interrogó Furnio directamente.

—Claro.

La joyería estaba destrozada. Las lujosas estanterías y mostradores que hasta el día anterior forraban las paredes de la tienda figuraban esparcidas por el suelo y el cristal yacía amontonado, hecho añicos, y cubría a trozos el negocio. Un grupo de esclavos municipales se encargaba de impedir la entrada de los curiosos que, cada vez en mayor número, se agolpaban en la puerta. Junto a los cristales, se apreciaban diseminadas numerosas joyas. Alexander presentaba cinco puñaladas en el abdomen,

además de una mano sin dedos y la cabeza llena de magulladuras y sin una oreja. Sobre su cadáver habían dejado caer una estantería con abundante cristal, a juzgar por la multitud de gotas brillantes incrustadas en el cuerpo. Realmente, aquel caos rojizo y centelleante constituía un espectáculo espeluznante. Publio Sertorio Niger, el otro médico de la colonia, examinaba el cuerpo, horrorizado. De un primer examen dedujo que la puñalada mortal le había atravesado el corazón, pero que antes había sido torturado. Varios esclavos envolvieron el cadáver y lo trasladaron al consultorio médico, donde le extraerían los cristales uno a uno. Cayo Voconio, el edil de guardia ese día, daba órdenes a otros esclavos para que retirasen las esquirlas y levantasen las estanterías y todo el amasijo herrumbroso que hacían impracticable el recorrido por la tienda, y advirtió severamente de que estarían a pan y agua una buena temporada si se les encontraba alguna pieza de la joyería.

El empleado de Alexander, agobiado, moviéndose incontrolablemente a causa de los nervios, intentaba acordarse de detalles que esclarecieran la muerte de su jefe. Cayo Voconio, asistido por un escriba, interrogaba al tembloroso muchacho bajo la mirada de Valerio Hymino, el otro duunviro. Después llegaría el turno de otros dos empleados que llevaban menos tiempo en la tienda y solo se encargaban de la venta de artículos. El ayudante principal era el único al que Alexander había enseñado el oficio. Durante las largas travesías en barco que acompañaban la vida del joyero, era este el que dedicaba su tiempo a engarzar el oro y la plata en grandes pedruscos, creando entre puerto y puerto las principales obras de sus colecciones. El interrogatorio resultaba una tremenda frustración. Nadie sabía nada que pudiera ser relevante. Como Furnio le había ordenado, el ayudante principal nada comentó sobre la existencia de una misteriosa caja. Cayo Voconio preguntó por la familia del joyero, pero se ignoraba su existencia. Sí se confirmó que Alexander tenía una relación con la dueña del lupanar más famoso de la colonia, romance que los años oficializaron convirtiendo la temporalidad en permanente. Por lo menos hacía quince años que eran amantes, les dijeron. En cuanto a los amigos más íntimos, dado que Alexander otorgaba ese título con prodigalidad, se apuntaron los nombres de algunos que serían emplazados en los días venideros para ser interrogados.

—Cayo Voconio —llamó Valerio Hymino la atención del edil.

—¿Sí? —contestó este acercándose.

—Debemos saber si este hombre ha hecho testamento, aquí hay una fortuna. Además, parece que el robo no ha sido el motivo del asesinato, ¿no crees? —Y señaló la cantidad de joyas que los ladrones se habían dejado—. Han preferido destrozarlo todo. No sé, ¿qué opinas?

—Creo que buscaban alguna cosa; si no es así, no veo la necesidad de tirar todo. Estoy seguro de que alguien habrá oído algo, con tanto cristal roto —dijo con resolución el edil—. Interrogaremos a los vecinos más próximos a la tienda.

—Es una idea estupenda.

El entorno de la joyería era un espacio impracticable atestado de curiosos. Furnio

y Cornelio Severo tardaron lo suyo en acceder, tal era el revuelo. El empleado del joyero se abalanzó sobre Furnio al verlo. El duunviro levantó las manos ordenando no hacer nada, era natural su conmoción y una especie de enajenación de la que se serenaba por momentos. A él no le importaba servir de refugio.

—¿El joyero? —preguntó Cornelio Severo.

—Es lamentable el estado en que lo hemos hallado, refulgía más que el cristal — el edil describía al detalle su imagen y la escombrera que lo enterraba.

—¡Jupiter divino! ¡Cuánta crueldad! —masculló sorprendido Cornelio Severo.

Valerio Hymino relató la escasa información de la que disponían del joyero aventurero.

Alexander era de origen macedonio. Hacía veinte años recaló en Augusta Emerita y, empezando por las perlas, consiguió el prestigioso negocio que todos conocían. No tenía familia en la colonia, aunque habían conseguido el nombre de sus amigos más cercanos. Algunos vecinos confesaron oír la noche anterior un tremendo ruido que salía de la joyería, y uno de ellos, al asomarse, había visto a dos hombres correr en dirección a la puerta norte de la muralla. Él mismo mandó a la cama al resto del vecindario. Era normal la vocinglería pendenciera de los juerguistas y, aunque la bullanga arreciaba, tampoco les pareció demasiado extraño. El vecino se excusaba por no haber hecho nada más.

Cayo Voconio informó a Furnio sobre los interrogatorios previstos y Valerio Hymino nada opuso a que su colega estuviera al mando de la investigación. Mientras, en la joyería proseguía el minucioso registro.

—Citaré a mi admirado Séneca y a su máxima me atenderé —se reconfortó Furnio en los ojos de Cornelio Severo ante el impactante lugar.

—Delítame con las palabras de tu mentor —afinó Cornelio Severo en tono sarcástico.

—No es momento para burlas.

—Ciertamente no, ni mi intención era esa.

—Él dijo: la desgracia es ocasión para la virtud —el tono elevaba el lema a los cielos.

—Posees cualidades que te guiarán por ese sendero —sentenció Cornelio Severo.

—Ojalá, porque la muerte de Alexander es obra de un demente o, peor, de un lémur reencarnado. Esto es gordo y el asesino busca la caja.

—Estoy de tu parte. Estate tranquilo, cogeremos a ese canalla, le llevamos ventaja. —Furnio levantó los ojos, parecía no comprender—. La caja, me refiero a que tenemos lo que él busca.

—Ojalá tengas razón.

## Augurios

«El poder de un misterio reside en su fuerza para cambiar el futuro».

Seleuco detuvo el galope de su caballo. El sudor corría por su cuerpo; sus músculos contraídos y el bombeo incesante de su corazón eran la prueba del esfuerzo que había realizado por hallarse en presencia del gobernador Otón en el menor tiempo posible. Acarició las crines del caballo y levantó la vista al frente. Entonces contuvo el aliento. Por fin quedaba a un paso la muralla de Augusta Emerita. Continuó avanzando, observando todo cuanto le rodeaba, por aquella impresionante avenida arbolada. A ambos lados de la vía de acceso a la colonia se encontraban dispersos y alternados con espacios despejados multitud de monumentos funerarios delatores de las pocas décadas transcurridas desde la fundación de la colonia. La diversidad resultaba llamativa, aras y estelas de granito y de mármol, unas con esculturas, otras con pedestal, todas con inscripciones. Mausoleos destinados a contener las urnas con las cenizas de los miembros de la familia, de piedra, cerámica, vidrio o plomo, sepulcros a cielo abierto. Seleuco observó, bajando el ritmo de su galope, cómo un ama con dos esclavas, arrodillada ante un mausoleo de ladrillo y mármol, introducía por el tubo de libaciones distintas sustancias utilizadas en cualquier banquete funerario. Todo el espacio estaba rodeado de olivos y cipreses, algo de vegetación autóctona y algunas zonas ajardinadas que Seleuco juzgó mal cuidadas. Sin embargo, fue el hallazgo del circo lo que motivó en el astrólogo un fuerte tirón de las riendas del caballo, que con un relincho potente se detuvo casi en seco.

—¡Estos lusitanos ignorantes y medio bárbaros son incansables! Están en el culo del mundo y mira el circo que tienen. ¿Para qué lo querrán tan grande? Ni que los caballos lusitanos necesitaran tantos lujos. Demasiadas gracias se les otorgan en el imperio aunque su pedigrí sea de primera —el viejo hablaba entre dientes—. Seguro que esto es cosa de Otón. Aunque bien pronto podrá salir de aquí.

Desde la última vez que Seleuco visitó Emerita, el circo había sufrido numerosas modificaciones y ciertamente gozaba de unas dimensiones envidiables. Eran los nuevos monolitos de la spina, que sobresalían a gran altura, lo que mantenía la atención del viajero que aún conservaba intacta en la memoria la carrera de caballos a la que asistió invitado por el gobernador y el terrible infortunio sufrido por un imponente equino, que arrastrado en la caída salió tan mal parado que, allí mismo, en la arena del circo, lo mataron. Después de un breve tiempo para el recuerdo, Seleuco azuzó al caballo hasta conseguir un trote suave. El camino pasaba por una doble



arquería del acueducto que transcurría al lado del circo. Parecía una monumental puerta que anunciara la entrada en la colonia. Tras ella se divisaba un gran arrabal de suntuosas villas que algunos ciudadanos con suficientes recursos económicos se habían construido fuera de las murallas de la colonia para descansar del trajín que invadía la capital. No hacía tanto tiempo desde la última visita del astrólogo a Emerita y sin embargo todo le parecía muy cambiado. Las espléndidas residencias que el viejo no dejaba de admirar y que no parecían propias de un lugar tan alejado de Roma, por su similitud con las de allí, convivían en perfecta armonía con otras viviendas más humildes y gozaban de una cierta vecindad con las áreas funerarias. Por el arrabal, además, se diseminaban cuadras, almacenes y distintos negocios, la mayoría de ellos aprovechando la cercanía del acueducto para abastecerse de agua, tan necesaria para los curtidores, en la elaboración del tinte o los talleres de vidrio, cuyo incesante humo denunciaba su presencia.

Seleuco reavivó el galope; en pocos segundos el polvo del camino era todo lo que quedaba de él. Al poco se detuvo frente a la muralla de Augusta Emerita con sus múltiples puertas que comunicaban sus calles rectilíneas. Desmontó del caballo, y dio a su entrada cierta solemnidad. Accedió por la puerta norte, por el arco mayor, rematado bajo una cornisa con moldura, y flanqueado, a su vez, por dos arcos más pequeños y dos torres semicirculares con sus almenas. Sin perder tiempo, bajó por el decumano máximo hasta llegar a la intersección con el cardo principal; entonces torció a la derecha. Cada paso que daba llenaba de asombro su mirada ante la aparición espléndida del arco del triunfo en conmemoración de las guerras cántabras que daba entrada a la inmensa plaza reservada al culto imperial de la provincia. La residencia de Otón ocupaba la manzana más próxima a él, y a sus puertas Seleuco recobró el ritmo pausado de la respiración. ¡Al fin alcanzaba su destino! Los soldados que hacían la guardia le saludaron con un gesto de cabeza. El astrólogo era un viejo conocido de la corte provincial y todos sabían de su amistad con Otón, quien confiaba ciegamente en sus dictados. Lo acompañaron al vestíbulo y allí solicitó que lo llevaran con urgencia ante el gobernador. Apenas unos minutos después, Otón en persona salía a recibirlo.

—Bienvenido, mi honorable astrólogo. Ansiaba tu llegada. ¡Ni te imaginas cuánto! Desde que recibí tu mensaje no ha pasado un solo día en que mi tiempo no se organizase contando con tu vuelta a mi casa. —Otón gesticulaba exagerando el recibimiento—. Esta mañana ni siquiera he asistido a la purificación de los caballos. Por si acaso. Y por fin, te ven mis ojos. ¡Por fin!

Seleuco permanecía postrado ante el gobernador.

—Mi querido amigo, levántate por Jupiter —exclamó Otón al ver la torcida figura del anciano cimbreado. Demasiada reverencia mostraba para tantos años de amistad.

Ante la insistencia del gobernador, el astrólogo irguió su cansino y frágil cuerpo ayudándose de las manos.

—Mi paciente gobernador lusitano, los dioses se han pronunciado. ¡La fortuna

está próxima! Apenas faltan unos meses.

Marco Salvio Otón abrió los ojos y caminó por el vestíbulo hasta situarse frente a Seleuco.

—Ya sabes a qué me refiero —murmuraba misteriosamente el astrólogo—. Ha llegado tu tiempo. Un tiempo marcado por la sangre, en el que tu dinastía será divina como tu destino. Debes prepararte para gobernar el imperio más grande que se conocerá a través de los siglos.

Acto seguido, volvió a arrodillarse ante Otón, el futuro César.

La intrigante muerte del joyero seguía ocasionando conjeturas variopintas en las conversaciones del vecindario. Poco se había esclarecido la misma y ello contribuía al incremento de los rumores. Esa mañana Furnio y el edil Cayo Voconio habían citado en los despachos municipales a Partula, como se hacía llamar la prostituta que durante quince años fue dueña del corazón del joyero muerto. El asesinato de Alexander había ocurrido estando ella ausente de Emerita y, cuando volvió y se enteró de lo sucedido, necesitó ayuda médica para enfrentar unos hechos que le parecían irreales. De modo que aún se demoró el interrogatorio unos días a causa de su estado. Esa mañana, la prostituta se explicaba adelantándose a las preguntas de los magistrados, entre lágrimas y suspiros que descomponían su acicalamiento. Alexander la amaba como a ninguna otra mujer, había insistido en retirarla de aquel mundo de agravios y vergüenzas en que descansaba su oficio, pero nunca quiso unirse en matrimonio a la dueña del más conocido burdel de Emerita, por principios, alegaba él, motivo por el cual esta tampoco quiso esperarlo en la soledad de un hogar de segunda, como ella lo consideraba. Partula sabía que de haber deseado casamiento, Alexander la hubiera escogido como su esposa y habría sido buen padre para sus hijos, pero el joyero no podía regalar su libertad a nadie, y ella lo sabía, de igual manera que sentía que le entregaba su alma en cada encuentro y que era la única mujer a la que veía durante su estancia en la colonia. Mientras él navegaba por todas las provincias del imperio y más allá aún, ella incrementaba copiosamente los beneficios de su negocio año tras año. Las mujeres de su prostíbulo eran las mejor alimentadas y vestidas. Presumía de que incluso podían ofrecer a sus clientes interesante conversación, en el caso de que estos buscasen ese tipo de desahogo, poco común para un prostíbulo; y desde luego, según la ambiciosa jefa, eran las más eficientes trabajadoras del gremio. Pese a su edad madura, Partula gozaba de encanto, su fisonomía, su arrogancia y su elocuencia la convertían en una mujer con gancho, muy capaz de defender su oficio con gallardía de las miradas más severas. Los magistrados escucharon con paciencia los lamentos de la prostituta, que deseaba dejar fuera de toda duda el amor que ambos se profesaban. Por lo demás, poca información pudieron obtener de ella que fuera de interés para la investigación, que no avanzaba en ninguna dirección. Partula sabía que de este último viaje Alexander había traído

un tesoro. Furnio conocía mejor que nadie de qué hablaba la mujer a la que intentaban sonsacar.

—Estaba obsesionado con el tesoro que tenía escondido. A menudo me hablaba de él como de algo que cambiaría nuestras vidas. Y luego se reía cuando yo le relataba las dimensiones de enormes diamantes —dijo Partula.

—¿Y por qué se reía? —preguntó Cayo Voconio totalmente despistado.

—Supongo que imaginé un tesoro demasiado pequeño, yo qué sé —contestó la prostituta.

—¿Nunca le habló de que su vida corriera peligro? —intervino el duunviro.

—Al principio, no, pero dos semanas antes de su muerte me dijo que tenía la impresión de que le vigilaban —explicó la mujer—. Cuando pregunté si a causa del tesoro, dijo que él jamás me había contado nada sobre ningún tesoro y que debía enterrar por completo esa idea. Su mirada lo dejó muy claro. Y olvidé el tema. No necesito tesoros para vivir bien. Además, está mal que yo lo diga, pero Alexander solía contar aventuras que una escuchaba con atención y asombro dado su entusiasmo, pero de las que nunca creí ni la cuarta parte.

—¿Y admite que existe ese tesoro? —Cayo Voconio se centró en encontrar un posible móvil que explicara la muerte del joyero.

—No sé, nunca lo vi, puede que Alexander lo inventara como el resto de sus historias —contestó Partula sin más.

—Es probable —se adelantó el duunviro impidiendo que Cayo Voconio pudiera confundir las pocas conclusiones que hasta ahora tenían claras—. ¿Sus cuentas, su testamento? ¿Familia, amigos? ¿Puede decirnos algo sobre esto?

Sobre su familia, la prostituta les contó que nunca habló de ese tema con Alexander, aunque hacía quince años que se conocían. Luego Partula les nombró algunos conocidos de Alexander que le acompañaban en las correrías por la colonia. Esos amigos ya habían sido interrogados y se limitaron a contar sus peripecias por Emerita bajo financiación del próspero macedonio. Partula destacó también otros nombres con más posición en la colonia, entre ellos figuraba el de un senador emeritense que, según la mujer, llevaba las cuentas de la joyería y custodiaba su testamento. Y además, y por todos conocido, gozaba de la amistad de Demetrio el escultor.

Demasiado tiempo había tardado Otón en organizar un banquete de bienvenida al nuevo procurador provincial Servilio Modesto. Las noticias de Galba le habían mantenido ocupado en otros menesteres. En las nonas de abril, el mes dedicado a Venus, madre de Eneas, de quien descendían Rómulo y Remo, se decidió a celebrar la cena en un ambiente íntimo, de pocos invitados. Por petición expresa del nuevo procurador provincial, asistirían a la misma los integrantes que le acompañaron en el viaje hasta Emerita, solicitud a la que Otón no pudo negarse, y algunos convidados

más, funcionarios de la corte provincial y amigos del anfitrión.

El gobernador disfrutaba de dos grandes viviendas entre las que repartía su tiempo a conveniencia de su cargo. Junto al monumental arco que daba entrada al foro provincial poseía un palacete escogido como residencia oficial. Y extramuros de Emerita, una gran mansión que poco a poco se había ido extendiendo. La última idea del gobernador era adquirir la casa que lindaba con la suya por el lado norte, situada junto al depósito de una de las conducciones que traían el agua a la colonia. Allí celebrarían el esperado ágape.

El gobernador Otón era querido por los lusitanos. Su gestión al frente de la administración provincial se revelaba eficaz, contribuyendo al auge de su territorio y en particular de la capital, Augusta Emerita. De linaje esclarecido, pertenecía a una de las más distinguidas familias de Roma. El prestigio de su padre se acrecentó cuando el senado le erigió una estatua en el monte Palatino, tras informar al emperador Claudio de una conjura urdida contra su vida. Por el matrimonio de su única hermana, emparentó con la familia real, al casarse esta con Druso, hijo de Germánico. Pronto intimaron Otón y Nerón, llegando a ser el primero confidente de los designios y secretos del emperador, hermanados ambos por la vida disoluta que compartían, camaradas de correrías y diversiones; se comentaba incluso que Otón llegó a estar al tanto de los planes de Nerón para asesinar a su madre. Sin embargo, gozar de una vida libertina y disipada no impidió al aristócrata aprovechar su excelente educación y su aguda inteligencia para procurarse un brillante futuro a la altura de sus ascendientes y, así, llegó a formar parte del grupo de políticos, artistas e intelectuales que rodeaban al emperador, y de esta etapa heredó su afición a las reuniones literarias y las conversaciones filosóficas, y el gusto por la música y el deporte.

Las estrellas pululaban emergentes bajo el cielo raso de la colonia. Era una noche templada con aroma a jazmín. Con ocasión del banquete se habían esparcido por los pasillos de la gloriosa domus unos tubos de oro y plata que arrojaban perfumes como si de agua se tratara. En los papiros confeccionados a modo de invitación, el gobernador puso en conocimiento de sus huéspedes que antes de la cena tendría lugar una lectura pública en el auditorio.

—Mis honorables y queridos amigos, nada me llena más de orgullo esta noche que contar con la presencia de todos vosotros en mi humilde morada para dar la bienvenida con manifiesta alegría a Servilio Modesto y a su bella esposa Polonia a tierras lusitanas, donde nada ha de faltarles. A poco que sepan dar tiempo al tiempo, encontrarán en este lugar un amable hogar, como yo encontré el mío hace ya casi diez años.

El aplauso de los presentes interrumpió el soliloquio del gobernador. El nuevo procurador y su esposa se levantaron de sus asientos y dirigieron gestos emocionados a sus nuevos vecinos.

—Arria Pale, querida —Calpurnia tiró del brazo de su amiga y se esforzó por

colocarse a la altura de su oreja sin llamar demasiado la atención—, apuesto lo que quieras a que a la romana se le caen las trenzas de la frente antes de que termine la cena.

—No consienta Juno tal escarnio de la pobre forastera —Arria Pale hablaba entre dientes; su mirada reprobaba la malicia de Calpurnia—. Debemos procurarle un sitio a nuestro lado, no conoce a nadie en Emerita.

Calpurnia no perdía detalle de la indumentaria y de la puesta en escena del saludo de Polonia.

—Debe llevar toda la tarde embadurnándose de potingues —criticaba la de Metellinum sin parar.

—Los pómulos y los labios se los ha pintado con los posos del vino, me lo dijo antes, cuando me la presentaron —respondió inocente Arria Pale.

—A mí me parece un exceso tanta pintura. Me recuerda a la gente del teatro. Mírala bien, no solo lleva la cara de blanco, también los brazos. ¿Cómo habrá conseguido una pigmentación tan clara?

—Podrías preguntárselo —propuso Arria Pale—. Antes me pareció una persona generosa y dicharachera, yo diría que estará encantada de compartir sus secretos de belleza.

Calpurnia miró a su amiga de reojo. No tenía tan buena disposición como Arria Pale para hacer un hueco a la primera persona que llegaba de fuera, era de natural desconfiada y algo altanera.

Terminado el saludo de Otón, la tarima fue ocupada por el joven amigo del gobernador, Fabio, cuyo oficio consistía en ser creador de versos, inventor de tragedias, filósofo en sus ratos libres y promotor de cuantas actividades le encargara el gobernador en su intento por mantener aquel rincón del imperio a salvo de la desidia intelectual. A pesar de su interés por los aspectos culturales, Otón detestaba las creaciones del muchacho, por eso, tan pronto pudo, se zafó de escuchar la última composición de este y haciendo un gesto a Capito le indicó que saliera del auditorio. Al poco, el joven abogado fue al encuentro del gobernador, que le esperaba en una sala contigua con la cabeza sujeta por las manos, en actitud reflexiva. En cuanto lo vio, avanzó hacia él con el tono más amable que exteriorizara el mejor de los anfitriones.

—¡Cuántas ganas tenía de conocerte! Vengo siguiendo tus pasos desde que te marchaste a Roma a estudiar leyes. Tu padre me ha mantenido al tanto de tus brillantes logros, dice que eres magnífico en la oratoria. Lograrás hacer carrera muchacho.

Otón alargaba el brazo y palmeaba el hombro de Capito, que guardaba la distancia y mantenía el silencio. Nunca había estado en presencia de Otón y la deferencia del gobernador le abrumaba y le sorprendía a un mismo tiempo. ¡Si no le conocía de nada, a qué tanto entusiasmo por él!

—Y dime, ¿te dedicarás al derecho?

—Sí, excelencia. Los negocios de la familia no me exigen demasiado tiempo. Mi padre está al mando.

—¿Sabes que yo también estudié leyes? —preguntó Otón en su intento por ganarse a Capito.

—Y ejerció la abogacía en Roma, donde logró prestigio en esta profesión, excelencia —contestó el joven abogado, demostrando que el gobernador de su tierra no era una persona desconocida para él—. En la Academia repasamos un caso famoso que usted defendió y ganó con notable éxito pese a lo difícil de la situación.

El gobernador puso cara de no tener buena memoria.

—Usted defendía a un varón consular condenado por concusión y no solo probó su inocencia, sino que logró restablecer su dignidad reintegrándolo al senado. Es decir, un éxito rotundo.

El gobernador sonreía henchido de vanidad. Nerón no había conseguido arrebatarse toda la gloria. Aprovechando la buena disposición del joven Capito, que empezaba a relajarse mostrando más confianza, decidió preguntar lo que de verdad le interesaba.

Hacía tres años que Nerón había descubierto una conspiración para asesinarlo. Iba a ser sustituido por Cornelio Pisón, descendiente de una vieja familia aristocrática de tradición republicana. Los conjurados fueron severamente castigados y una ola de condenas y suicidios obligados diezmó la nobleza, personajes hasta entonces tan influyentes como Séneca, el propio Pisón, Lucano o Petronio pusieron fin a sus vidas.

—Me contó tu padre que gozabas de la amistad de Lucano, el sobrino de Séneca —inquirió Otón.

—Sí, una provechosa vida que se llevó por delante las falsas sospechas de nuestro emperador —convino Capito disgustado al recordar la muerte de su amigo.

—Tú comprenderás que tengo mis informadores sobre los acontecimientos que se suceden en la gran Urbe —explicó Otón midiendo sus palabras—. Sin embargo, me gustaría conocer tu opinión particular al respecto. —Después de un breve silencio el gobernador continuó hablando—. Recompensaré con generosidad tu información.

Capito se sintió ferozmente humillado. La encantadora bienvenida del gobernador se había convertido en una encerrona. Sus amables palabras y su plácida sonrisa obedecían a una estrategia para sonsacarle. Rápidamente se repuso del golpe, al fin y al cabo nada le unía a Otón, que, por otra parte, debía gobernar.

—Nada quiero por mi opinión. Cualquier denario que recibiera de mi gobernador me quemaría en las manos, puesto que nunca he sido contratado para misión alguna. Solo puedo ofrecerle lo que mi humilde condición de estudiante hispano me ha permitido conocer, que tampoco puedo garantizar que sea lo que su excelencia busca.

—Magnífico, espléndido, maravilloso. En verdad tu padre puede sentirse orgulloso por tus años de estudios, no han caído en saco roto. Una respuesta digna de Cicerón. Dentro de poco quizás me acuerde de tu respuesta y te llame conmigo a Roma.

Capito se encogió de hombros, no quería hablar más de lo necesario en vista de los pareceres tan cambiantes que acompañaban al gobernador. Entonces, Otón miró a los ojos del abogado y le preguntó sin contemplaciones.

—¿Qué sucede en mi añorado senado de Roma?

—De seguir así, pronto nos quedaremos sin senadores, excelencia. Nerón los está ejecutando sin piedad. Ve opositores por todos los rincones. Nadie se atreve a hacer nada, hay mucho miedo. Ha renovado completamente su corte con arribistas y aduladores. Los viejos senadores que le servían como consejeros han sido sustituidos por libertos imperiales, artistas, hombres de negocios y provinciales. La mano derecha de Nerón es Tigelino, un personaje en mi opinión siniestro.

—¿Y el ejército?

—Desde la muerte, entre otros, del gran jefe militar Corbulón, el ejército anda de uñas. En realidad, detestan al emperador por pasarse la vida entre cómicos y cortesanas, bailando y cantando, y encima ahora se ha negado a arengar a las tropas para no ponerse ronco. —Capito movía la cabeza reconociendo el malestar del ejército—. Y lo más importante son sus pagas, cuando las reciben, vienen con retraso. Permítame que le subraye que al ejército se le debería pagar bien y con regularidad.

—Coincido contigo, a nuestro ejército no habrá de faltarle nada. Mueren conquistando en nombre del imperio. ¡Jupiter nos conserve la cordura! ¡Eso lo es todo! —exclamó Otón intentando sosegar. Cuando al fin recobró la compostura, siguió con la retahíla de preguntas—. Y el pueblo, ¿qué dice?

—El pueblo lloró mucho la muerte de su esposa Octavia cuando trajeron la cabeza en una bandeja desde su destierro, al parecer, por exigencia de Sabina Popea —Capito vaciló.

—Habla con libertad. Estuve casado con ella, como sabrás, pero ahora, muerta, ya nada podemos temer. Muchacho créeme, era tan letal como el áspid de Cleopatra. —Otón hizo una pausa—. Pero continúa, continúa.

—También protestó mucho el pueblo por el incendio de Roma y por los asesinatos de tantos inocentes, pero Nerón los entretiene con festivales artísticos y deportivos en los que les obsequia con regalos y alimentos, incluso rifan animales.

—Pan y juegos, y la plebe se consuela —Otón hablaba con rabia—. Antes de venirte, ¿viste al emperador?

—No, gobernador. Además, cuando yo regresaba a Emerita, ya llevaba el emperador varios meses en Grecia participando en sus juegos nacionales. Los griegos le dejan ganar en todo y el infeliz no cabe en sí de gozo.

Un ruido de alegres castañuelas y alocadas risas interrumpió la provechosa conversación entre el gobernador romano y el lusitano. Un esclavo llamó a la puerta y esperó la señal de Otón para entrar.

—Excelencia, las bailarinas gaditanas por fin han llegado.

—Debes disculparme, Capito, estoy muy agradecido por esta información de primera mano. En otro momento me gustaría seguir conversando. —Otón sonreía

mientras se recolocaba su toga—. Y por favor no comentes nada de las bailarinas. Quiero sorprender a mis invitados, a ti entre ellos, espero. Estas morenas bailan como ninfas en el Olimpo. Son de Gades, las más hermosas.

Capito volvió al auditorio y recuperó el sitio junto a su padre, que le interrogaba con la mirada.

—No debes preocuparte, el gobernador quería saber cómo andan los asuntos políticos en Roma —aclaró para su tranquilidad.

—Y tú, ¿qué le has dicho? —insistió Cornelio Severo.

—Lo que todo el mundo sabe, ni más ni menos.

Capito dirigió una mirada al público de la sala. Fabio había terminado su repertorio y Halys ocupaba su lugar.

Halys y Euterpe, su esposa, formaban parte del grupo de viajeros que llegaron a Emerita junto a Servilio Modesto y Polonia. Viajaban con tres carromatos tirados por dos mulas cada uno, en los que transportaban un tesoro increíble: multitud de pergaminos con las obras más conocidas que existían desde la antigüedad. Ya hacía unos años que Nerón había tenido la feliz idea de reproducir en las provincias romanas la primera biblioteca creada en Roma por Julio César y continuar así su legado. Había nombrado funcionarios a algunos de sus libertos más cultos y los había mandado bajo las órdenes del prefecto de la civitas a reproducir las más célebres, textos de filósofos, de poetas, de historiadores, la arquitectura de Vitrubio, el tratado sobre medicina de Celso, la geografía de Estrabón y hasta los libros de agricultura de Columela, bastante recientes.

Halys era uno de estos libertos, de origen griego. Poseía las medidas de un Adonis. De hecho, se contaba que había sido modelo en Roma antes de que sus conocimientos de gramática, aritmética y filosofía lo convirtieran en digno merecedor de la libertad a los ojos del emperador, quien, reputándose gran artista, respetaba a todo ser elevado por la gracia de las artes. Las malas lenguas contaban que Nerón se fijó pronto en él y su manumisión fue un pago por algunos servicios prestados. Tales eran los comentarios que se extendían por el círculo más amplio de Nerón. Euterpe, su esposa, de cuerpo menudo y rostro alargado, apenas sinuoso, inspiraba fragilidad; sin embargo, poseía una voluntad firme y una sensibilidad exquisita, el mejor apoyo que Halys pudiera desear. Ambos estaban encantados con la misión encomendada por Nerón: organizar una biblioteca pública en Augusta Emerita. De este modo, además, lograban alejarse de ese foco infesto de rumores y persecuciones en el que Roma se había convertido y de la propia presencia del emperador.

Cada cuatro o cinco años deberían volver a Roma a recoger todos los pergaminos que hubiesen sido copiados por otros funcionarios. A la vez, debían llevar ante el emperador las obras que se produjesen en el territorio de La Lusitania, por si fuese de interés para la gran biblioteca de Roma, aspirante a superar la sabiduría de la de Alejandría.

Halys se había animado a recitar las *Odas* de Horacio, que hacían un canto a la



paz, al patriotismo y al amor. El bibliotecario admiraba a Horacio, le fascinaba el ritmo, la ironía y el refinamiento de sus *Odas*, en las que se apreciaba la herencia de la poesía griega, su patria. Por otra parte, se veía reflejado en Horacio, al ser el poeta hijo de liberto.

Diophanes, que también había sido invitado al banquete como médico de Otón, se emocionó cuando Halys leyó la biografía de Horacio. En ella se contaba cómo su progenitor, aunque pobre, invirtió mucho dinero en su educación, y consiguió que estudiara en Roma y luego en Atenas. Aquellas palabras le trajeron el recuerdo de su amado padre, que tanto se había preocupado por procurarle un buen futuro.

Los pensamientos de Capito iban por otros derroteros. El joven abogado se sentía sugestionado por la nostalgia que le inspiraban los versos que tan bien evocaban sus secretas creaciones literarias. Su espíritu palpitaba pleno rememorando composiciones que desbordaban su pensamiento y excitaban su sentimiento más allá de la moderación que ponderaba su vida. Su corazón henchido reclamaba poesía. Se sentía cerca de los grandes. De Ovidio, Horacio y, sobre todo, de Virgilio, su preferido. También de Fedro, Persio y, claro, de su amigo Lucano, sobrino de Séneca, al que lloró tres años atrás, cuando Nerón obligó a ambos al suicidio, y que su conversación con Otón rescató del recuerdo. A él le hubiese gustado leer en público sus versos secretos, no obstante, conocidos por sus amigos Lucano y Petronio. Pero era demasiado vergonzoso y exigente para exponer su obra sin miedo a la crítica. Y, además, allí estaba su padre, que no conocía esta faceta suya y del que no imaginaba cuál podría ser su reacción. Pese a las circunstancias, la mente del abogado volaba, soñaba con los aplausos de un público que respondía con entusiasmo a cada estrofa suya. Su madre la primera, aunque no estuviera ya en este mundo, y luego su padre y la joven Marcia, que en solo unos días había conseguido abrir el corazón del muchacho otra vez y arrancarle talentosas poesías, que él le contó pertenecían a otro.

—Capito, hijo —Furnio le hablaba con cariño desde la fila de atrás—. Tú que eres un chico instruido, seguro que habrás leído bellas historias, podrías relatarnos alguna. Anímate, nos encantaría escucharte.

—Lo mío son las leyes —cortó el abogado de raíz—. Son más aburridas, pero llegado el momento te sacan de un apuro.

Otón pretendía trasladar el modelo de vida en la corte de Roma a su pequeña capital de provincias. Las lecturas públicas se habían puesto de moda en tiempos de Julio César y, desde entonces, esta costumbre arraigó sin freno tras la primera convocatoria dirigida por Asinio Pollino, el director de la primera biblioteca pública de Roma, que consistió en una lectura de las guerras civiles. El gobernador estaba decidido a conservar esta costumbre de leer en público en aquel recóndito territorio, pese al aburrimiento que provocaba en ocasiones, pues, se tuviera talento o no, cualquiera podía leer sus escritos sin filtros de ningún tipo.

—Euterpe, qué alegría poder compartir la cena contigo —Polonia se dirigía a la muchacha sentada en la última fila del auditorio—. ¿Cómo te tratan estas gentes?

Estamos tan lejos de nuestra Roma. Echo de menos su bullicio, allí estaba entretenida todo el tiempo, las fiestas, los juegos, el teatro, aquí no hay nada, aburrida estoy, como una esclava sin ama.

—Yo no, señora. Me estoy acostumbrando a la vida en la colonia muy bien, aunque sea todo tan distinto. A veces, no entiendo lo que hablan, parece que tienen un huevo en la boca, y he de reconocer que su aseo y su educación dejan bastante que desear, huelen a rancio, a aceite quemado, no sé cómo decirle. Aunque la falta de aseo también frecuente Roma, bueno... son inconvenientes menores. Halys y yo preferimos esta vida más tranquila, sin duda mejor que la que llevábamos allí. Estamos encantados, aquí todo está a la mano, tenemos más tiempo para estar juntos, son grandes ventajas —contestó la liberta mirando a su hombre.

—Sí, querida, pero los inconvenientes ganan para mí. ¿Has visitado las termas? —murmuró Polonia tapándose la boca—. Nada que ver con las de Roma, son pequeñísimas, y luego están las cremas de los masajes, no penetran en la piel, terminas grasienta, así que hay que volver a bañarse. Ya le he dicho a Servilio Modesto que lo primero que cambiaremos en nuestra casa son los baños, yo no puedo pasar más tiempo sin sitio para arreglarme. Aquí todo es pequeño.

—Llevo la estola de seda que me regaló —dijo Euterpe, cambiando de conversación.

La generosa romana miró a la liberta griega. Ciertamente estaba hermosa, lo que ratificaba el convencimiento de su filosofía sobre la belleza: mitad arreglo, mitad herencia.

—Te sienta estupendamente. Ahora que estamos en Hispania, tengo el firme propósito de conseguir tejidos de las ovejas de Córdoba; me acordaré de ti. Su lana es de calidad superlativa, oscura con matices dorados. ¡Preciosa! Cruzaron las ovejas de Tarento con machos traídos de África y han conseguido producir en la capital de La Bética las lanas más caras y buscadas del imperio.

Polonia tenía, como mínimo, veinte años menos que su esposo. Su madurez en nada enturbiaba su aspecto; era bella a rabiar, hasta las pestañas y el seductor lunar de su pómulo contribuían a ello. A su natural atractivo se unía el cuidado en cada detalle que ella, como mujer coqueta, fomentaba al límite, favoreciendo una imagen perfecta. En la noble romana todo estaba orientado a resaltar el lujo, el brillo propio de la clase social a la que pertenecía, y la esclavitud a la que era sometida por su vanidad no resultaba ningún inconveniente para Polonia, al compensarse ampliamente con los piropos que recibía. Calpurnia empujaba suavemente a Arria Pale hacia la esposa del procurador; deseaba que se la presentase. Entre tanto, Cornelio Severo, aprovechando el alboroto de los invitados en el auditorio, tomó del brazo a Furnio y le habló como si le estuviera confesando sus más íntimos deseos.

—Amigo mío, desde la vuelta de Capito a Emerita hay una idea que no deja de rondar por mi cabeza.

—Tú dirás —respondió Furnio con interés.

—Me doy cuenta de que mi hijo ya no es un niño. En estos años fuera de mi alcance ha madurado mucho y lo veo capaz de administrar mis negocios con buen juicio y de llevar adelante con éxito su carrera de abogado. Además, no dudo de que hará feliz a la esposa que escoja. Por mi parte, creo que ya es hora de ir pensando en su matrimonio. ¿Tú, qué opinas? —preguntó Cornelio Severo al duunviro.

—Capito es un excelente joven. Será buen marido, buen padre y mejor abogado. Y como te conozco, lo único que te digo es que le des tiempo para enamorarse, ¿o estás pensando en sugerirle el casamiento?

—Había pensado emparentarme con tu familia. La bulliciosa alegría de Marcia colmará el pacífico corazón de Capito. Son un complemento perfecto —soltó Cornelio Severo.

Furnio cabeceó hacia atrás. No es que le desagradase la idea que acababa de sugerirle Cornelio Severo, bien al contrario. Pero él no deseaba apañar el matrimonio de Marcia.

En esos momentos Otón entró en el auditorio reclamando la atención de todos los invitados. Les prometió que disfrutarían de una cena digna de la misma corte del emperador, y un grupo de músicos tocando la tuba, la cítara y los címbalos encabezó la comitiva que dirigía la marcha de los invitados al triclinio más grande de la casa, que contaba con un enorme mosaico que representaba variadas especies de la fauna marina: merluzas, morenas y meros. Durante el recorrido, el olor penetrante de los perfumes recreaba una atmósfera de placer y relajación. Los dieciocho convidados al banquete se fueron aposentando en el diván designado para ellos; varios esclavos con palanganas de plata les lavaban los pies que luego perfumaban. Otón no paraba de derrochar simpatía y atenciones con todos los comensales.

—Espero, bella señora, que esta celebración le proporcione la exquisitez que su persona requiere —dijo el gobernador, adulando descaradamente a Polonia.

—No dudo de que la cena será tan refinada como el buen gusto que aprecio en nuestro anfitrión —correspondió ella a la cortesía de Otón—. Hasta los lechos están dispuestos en círculo. ¡Es magnífico! En los últimos destinos de mi esposo ni siquiera conocían esta nueva manera de colocarlos, que a mí me parece mucho más cómoda. ¡Cuánto atraso hay por ahí, excelencia!

El centro de la estancia lo ocupaban dos mesas redondas de cedro no muy altas. Alrededor de estas se habían ubicado dieciocho divanes cubiertos por un sinfín de cojines bordados en oro y plata. La música seguía sonando mientras los esclavos se paseaban con los aguamaniles y las toallas, cumpliendo con agilidad su tarea y entregando a los invitados vomitivos y laxantes.

—Cornelio Severo, me preguntaba si pasaste tiempo con Pompeyo Prisco antes de su muerte —preguntó Furnio aprovechando el vocerío generalizado—. No sé. ¿Lo notaste alterado? ¿Te contó alguna cosa que le preocupara?

—Lo veía mucho, sí, casi a diario, en los últimos días tenía mala cara. Se lo dije en varias ocasiones. ¡Viejo cabezota! —respondió Cornelio Severo con la mayor

tranquilidad—. Decía que no dormía bien, supongo que algo le preocuparía, pero..., ya sabes cómo era nuestro Pompeyo Prisco, siempre husmeando cualquier problema en busca de soluciones. Se sentía bien así, velando por su pueblo.

—Supongo que no te contó nada especial —Furnio indagaba a ciegas.

—¿Qué andas buscando? —preguntó el otro mirándolo fijamente.

—Pues no sé. ¿De qué te hablaba? —El duunviro era consciente de la extrañeza de sus preguntas.

—Viejo amigo, un decurión como él siempre quería saber cómo marchaban los asuntos políticos. Pasaba mucho tiempo ayudando a los ediles, pregúntale a Cayo Voconio o a Tito Emilio. Valerio Hymino, en tu ausencia, derivó algunos asuntos temporalmente a los ediles con el consentimiento de la curia. Pompeyo Prisco les ayudaba. Un día me dijo que no cuadraban las cuentas, pero también decía lo mismo de la administración de la provincia y hacía tiempo que no formaba parte del concilio provincial.

—Sin embargo, apuesto a que tenía información de primera mano —sonrió el duunviro.

—Con Pompeyo Prisco es fácil ganar —bromeó Cornelio Severo—. Siempre lo sabía todo. No sé quién le informaba de las sesiones del concilio, pero estaba enterado hasta de los pormenores más insignificantes.

—Pues, esta vez, creo que su vocación de salvador no le benefició —atajó Furnio cabizbajo.

—Desde luego, la salud y las preocupaciones son incompatibles —confirmó Cornelio Severo sin sospechar el motivo de las palabras de su amigo.

Después de los primeros brindis, entraron una tunda de esclavos portando bandejas repletas de variados entremeses. Huevos duros y aceitunas abrían la cena. Setas y espárragos adornados con finas hierbas, ostras crudas y en vinagre, sobresalían exquisitos. Abundaban los erizos de mar, almejas y mejillones, pequeñas fruslerías poco habituales en la rutina gastronómica lusitana. Acompañando estos primeros platos se bebía mulsum, el rico vino con miel.

—¡Qué salsa más sabrosa llevan los huevos! Nunca la había probado —comentó Calpurnia saboreando lentamente el bocado.

—Es hígado de salmonete hervido con vino, así se prepara este condimento, delicioso para cualquier plato —explicó Polonia intentando granjearse su amistad—. Pero prepara una buena bolsa para comprar los salmonetes. Por tres piezas se han llegado a pagar en Roma treinta mil sestercios, aunque su valor habitual es bastante más bajo.

—Esos precios congelan el apetito, querida, no soy tan caprichosa. Me conformaré con disfrutarlo en ocasiones como esta —Calpurnia hablaba con disimulada sorna—. Tal vez volveré a probarlo en la cena a la que ha prometido invitarnos. En una casa tan selecta como la de su excelencia no debe faltar lo mejor de lo mejor.

Arria Pale llevaba un rato temiendo cualquier comentario inapropiado por parte de la de Metellinum, a la que no le había llenado el ojo la romana.

—Todos podemos darnos un capricho cuando se trata de demostrar aprecio hacia los que acompañan nuestra mesa. En mi casa probarás los bocados más refinados sin tener que someter tu paladar a la bolsa —Polonia hablaba lentamente para que sus palabras se escucharan bien—. Aunque confío en que la bolsa de los demás te merecerá tanta consideración como se ve te merece la tuya.

A Servilio Modesto le seguía sorprendiendo su esposa pese al paso del tiempo. A Polonia le gustaba estar rodeada de gente y podía parecer que su simpatía y buena disposición hacia los demás la convertían en presa de aprovechados, pero cuando eso sucedía, una inteligencia sutil se aliaba con su refinada educación y su carácter, y traían hasta su boca las palabras necesarias en el momento oportuno para anunciar con flechas certeras que su sociabilidad tenía límite.

Para animar esta primera parte de la cena, el gobernador había contratado a cómicos que con sus chascarrillos y payasadas hacían reír a los comensales. Mezclándose con los actores entraban y salían acróbatas cuyas piruetas causaban la admiración de todos. En medio de aquel vaivén de gente, la presencia de enanos intentando molestar a los cómicos se convertía en el momento estrella del espectáculo. Diophanes y Halys turnaban la sonrisa con un gesto medio escondido de reprobación, pues a veces se humillaba a los enanos por demás. En cambio, esta distracción era muy bien acogida por otros invitados. El antiguo procurador provincial, de nombre Cassio, y el dueño de la sociedad contratista para la explotación de las canteras de mármol de Eborá, conocido por Terencio, resaltaban con sus enérgicas risotadas la velada.

—¿Alguien podría decirme si Nerón ha terminado por fin la construcción de su palacio dorado? —Lanzó Otón su pregunta al aire—. Aulo Gayo, no puedo creer que no te haya pedido el emperador alguna creación para su pequeña casita.

El gobernador no perdía el tiempo a la hora de sembrar la animadversión sobre su enemigo el emperador. Había interpelado a un escuálido y canoso hombrecillo que también integraba la caravana de Servilio Modesto. Aulo Gayo era un prestigioso escultor originario de tierras itálicas, dueño de múltiples talleres a lo largo del imperio, con delegación también en Augusta Emerita, cuyas creaciones, bustos, estatuas y todo tipo de elementos decorativos figuraban en las casas y en las tumbas de los senadores y caballeros más influyentes del imperio. Su fama se había extendido especialmente tras el incendio que Roma sufrió y que había destruido dos tercios de la urbe. Tras ser llamado por el emperador, contribuyó a embellecer el nuevo trazado urbanístico que resultó de aquellas trágicas cenizas.

—Es una vergüenza para el nombre del imperio tolerar a un gobernante los desmanes más infames, máxime cuando luego nos impone tributos extraordinarios para financiar sus locos caprichos. ¿No pensáis lo mismo? —exclamó Diophanes dirigiendo su pregunta a todo el auditorio.

—Por Jupiter que es así, y más si recaen sobre las provincias, que ya venimos soportando año tras año un aumento desproporcionado de los impuestos —apoyó Sulpicio Superster la queja del médico.

—No pretendía montar una pequeña rebelión contra el primer hombre de Roma —dijo el gobernador con evidente hipocresía.

—Amamos el imperio, excelencia, son las excentricidades sin sentido de Nerón las que nos disgustan —explicó sus palabras Sulpicio Superster, recién nombrado provincial.

—Querido, no es momento de tratar asuntos políticos de tanta envidia —sonrió la esposa, advirtiéndole con la mirada de sus temerarias palabras sin saber de qué lado estaba Servilio Modesto.

—Para serenar el espíritu de mis invitados quizás deberíamos inmolar algún buey a Jupiter, en la petición de que oriente mejor los actos de nuestro César o lo llame cuanto antes a la gloria del Olimpo —exclamó Otón arrancando sonrisas de los invitados a tan sarcásticas palabras, mientras añoraba la hora en que las predicciones de Seleuco se cumplieren y él accediese a la relevancia de su destino divino.

—Brindemos por la generosidad con que nos agasaja nuestro anfitrión y dejemos que otros en Roma aconsejen a quien gobierna nuestra vida en el presente —inquirió el nuevo procurador Servilio Modesto haciendo gala de la gran diplomacia con la que sorteaba las dificultades de un cargo como el suyo.

Al conjunto musical que animaba el banquete se le había sumado un pequeño coro que, colocado en un rincón del comedor, entraba y salía según habían ensayado. Cuando vieron cruzar la puerta a varios esclavos portando las ánforas con vino de Falerno, elevaron de nuevo sus voces. Habían dejado una de las mesas auxiliares vacías para proceder a la mezcla de este con el agua. El vino se conservaba en unas ánforas de las que prendían una etiqueta con su origen y el año de la cosecha, y pasaba a través de un colador a la cratera, recipiente en el que se mezclaba con el agua que se añadía en la proporción de un tercio. Beber el vino sin mezclar solo era ocurrencia de viciosos. Mientras el ceremonial se realizaba, los invitados no paraban de hablar, cruzando conversaciones con miembros de otros divanes. La bebida recortaba la vergüenza y aumentaba el ritmo de la lengua. El ruido había ido subiendo ostensiblemente. Arria Pale y Calpurnia estaban excitadas por la curiosidad de saber cómo era la casa dorada de Nerón e insistieron a Euterpe para que les describiera los detalles de la famosa residencia que se estaba construyendo el emperador tras el incendio de Roma.

—Delante del palacio hay un gran lago. Y entre el lago y la entrada está el vestíbulo, que es donde ha colocado una estatua suya de oro y plata de ciento diez pies de alto. El pórtico mide más de una milla y tiene tres filas de columnas, dicen que en su interior hay frisos de pinturas cargadas de oro y piedras preciosas —describía la liberta imperial ante la cara de estupefacción de las dos mujeres.

Mientras, Diophanes interrogaba a Halys y a Capito sobre la crisis financiera del

imperio.

—No entiendo muy bien cómo se ha podido producir un agotamiento del erario público —observaba sin contemplaciones—. Roma manda en el mundo; su gran obra de urbanismo no ha podido provocar por sí sola este caos financiero, digo yo.

—Claro que no. Han ayudado otras cuestiones, por ejemplo los enormes gastos que se han generado por el programa populista de espectáculos del emperador —explicaba Halys—, y también por la política exterior que se ha seguido. Ha costado mucho esfuerzo y dinero someter a los de Britania. El nuevo procurador provincial debe saberlo bien, estuvo destinado allí, en el territorio de esos rebeldes malolientes e indomables. Y luego está la guerra de Judea, que se ha llevado igualmente muchos hombres y dinero por delante.

—Yo creía que ese territorio estaba dominado —dijo Diophanes.

—El territorio estaba controlado, pero los de allí se cansaron de tanto robo por parte de nuestros procuradores, esa es la verdad. Así que se negaron a pagar el tributo que tenían pendiente —continuaba Halys sin pelos en la lengua ante la expectación que su información producía—. El procurador Gesio Floro amenazó con apoderarse del tesoro del templo de Jerusalén si no se pagaban los impuestos pendientes, y eso desencadenó la rebelión de toda Jerusalén.

—Para pagar ya estamos los demás, que lo hacemos con gusto —protestó de nuevo el médico.

—Por lo menos vosotros estáis a salvo aquí, en este rincón del imperio, es mucho peor estar a la vista del emperador. ¿No crees, Capito? —Halys decía verdades.

—Que se lo cuenten a la cantidad de senadores a los que se les ha acusado falsamente de un delito contra el emperador con tal de confiscarles sus bienes —Capito fue contundente.

Nada más servir el vino de Falerno, los esclavos entraron en el triclinio con grandes bandejas humeantes. El primer plato se componía de vulvas de cerdas negras, manjar apreciadísimo, igual que las cabezas de jabalí que también serían servidas. A continuación se añadieron asados de liebre, pichones con miel de Frigia, pechugas de perdiz rellenas de frutos secos y anguilas en gran cantidad. A todas estas exquisiteces les acompañaba el garum.

—Me han asegurado que las cerdas han sido engordadas con higos para que su vulva resulte más blanda —comentaba Otón ante las miradas de sus comensales que seguían con atención el desparpajo de los esclavos trinchando los alimentos.

La cubertería del gobernador era de plata, aunque se observaba de buena educación comer con la punta de los dedos, sin mancharse de grasa ni la cara ni el resto de la mano. El gobernador se fijaba en Halys, que intentaba eructar disimulando el gesto.

—Está dentro de las normas de urbanidad echar los gases durante la comida, querido bibliotecario —le dijo con amabilidad.

—Lo sé, gobernador, pero es una manía que tengo y no puedo evitar, soy un poco

escrupuloso para los gases —contestó Halys.

—Te sorprenderá saber que nuestro emperador Claudio redactó un edicto autorizando la expulsión de otros ruidos gaseosos además de los eructos —concluyó Otón—. Nuestros filósofos estiman que no podemos ir contra la naturaleza.

—Cuestión de costumbres, gobernador —repitió Halys mientras se tapaba la boca.

Los divanes, con nueve lechos cada uno, se habían colocado de forma semicircular. Un grupo de nueve frente al otro, formando un círculo alrededor de las dos mesas de cedro. En el grupo de lechos en el que se reclinaba Otón, se habían acomodado, según el protocolo y empezando por el extremo, el centurión romano Albano, al servicio directo de Servilio Modesto, el dueño de la sociedad que explotaba las mayores canteras de mármol lusitano, Terencio, y a continuación, tras ellos, el antiguo procurador, Cassio, al que no se veía demasiado afectado por su cese en el cargo. No era práctica habitual que la persona que dejaba una procuratela esperase la llegada de su sustituto y menos que se ofreciese a acompañar a este en el viaje que había preparado para conocer las minas y canteras de la provincia. No obstante, ante la insistencia de Cassio, Otón había accedido a su deseo. En unos días saldrían de viaje de reconocimiento a las canteras un grupo de personas, entre ellos figuraban Servilio Modesto, Cassio, Terencio, Albano y los escultores Aulo Gayo y Demetrio. Otón no entendía por qué Nerón cesaba a Cassio, que llevaba en el cargo desde antes que él llegase a Emerita. Las canteras habían resultado más rentables que nunca, y aunque la reputación de Servilio Modesto le precedía, quizás la marcha de Cassio supondría un altibajo en el negocio. Otón se había limitado a aceptar el nuevo nombramiento; su posición no le permitía maniobrar de ninguna manera y menos siendo ambos enemigos acérrimos. Sin embargo, esta nueva designación que no obedecía a razones que él alcanzase se producía en un momento crucial y eso le inspiraba desconfianza. Ya le había avisado Galba de que no se fiase de nadie.

—¿Cómo crees que debemos entender el cambio en la ruta de viaje del procurador? —La pregunta la dirigía Terencio a Cassio.

—No sé. Servilio Modesto goza de una reputación inmejorable. En Britania tengo entendido que organizó en poco tiempo y con gran éxito el censo y toda la estructura de la administración, incluido el control de los impuestos. Es muy trabajador. Dicen que dormía poco y se pasaba todo el tiempo con su caballo visitando y resolviendo cualquier incidencia sobre el terreno, sin intermediarios —respondió Cassio con parsimonia—. No me extraña en absoluto que quiera viajar a las canteras. Quiere ver las cosas con sus propios ojos, ese es su lema.

—¿Peligrará la concesión sobre las canteras que tengo a mi favor? —preguntó Terencio con ansiedad.

—Eres el contratista con el precio más ventajoso y la mayor experiencia, ¿no? —sonrió Cassio.

—Ya, pero tengo miedo de que me quite la adjudicación —insistió Terencio,



viendo peligrar el gran negocio con el que había incrementado su patrimonio en poco tiempo.

—Tú preocúpate de preparar bien los planes que hemos acordado y disfruta de esta magnífica cena con que nos ha obsequiado Otón —resolvió Cassio mirando hacia el otro lado del diván para atender los requerimientos de Polonia.

La cena seguía transcurriendo al tiempo que los ánimos se iban excitando por la bebida. Antes de servir la segunda remesa de viandas, los esclavos habían repartido a los invitados amplias servilletas para que recogiesen las sobras del banquete según la costumbre. Los nuevos manjares consistían en esturión adornado con caracoles y pez espada condimentado con mostaza. Presentadas sobre hojas de higuera se servían langostas y langostinos de un tamaño excelente. Y para finalizar tal colección de platos escogidos entre los más selectos, se trinchó un cabrito con guarnición de coles y alcachofas que era desmenuzado con asombrosa maestría por el cocinero principal, cuyos excelentes servicios resultaron premiados con vítores y ovaciones. Una vez los sirvieron, y antes de los dulces, el gobernador se levantó para presentar el plato fuerte.

—Queridos amigos, pensando en que os llevéis el mejor recuerdo de esta noche, es un honor comunicaros que he conseguido traer, no sin cierta dificultad, las mejores bailarinas que se reclaman en el imperio. Que pasen las bailarinas de Gades.

Se hizo un silencio en la sala que fue el preludio del repiquetear de las castañuelas de las bailarinas, que entraron moviendo con garbo y seducción su cuerpo al compás. Los convidados recibieron con gratitud y sorpresa el maravilloso espectáculo con que el gobernador les obsequiaba. En medio del estruendo de las castañuelas, un esclavo se acercó a Otón y le musitó al oído unas palabras, acto seguido se lavó las manos y salió del comedor. Cuando llegó al salón su rostro se contrajo. Allí le esperaba un emisario con escolta que Galba le había enviado con un mensaje de guerra.

—Haré que os traigan vino y algo de comer —comunicó Otón al emisario y los soldados.

—Gracias —respondieron los tres, con evidentes signos de consancio.

—Háblame, cuéntame las noticias que traes de mi buen amigo Galba —atajó el gobernador.

—Galba se ha levantado en armas contra Nerón. Ha mandado emisarios a otras provincias recabando el apoyo de estas para su causa y quiere saber si estáis con él. Está decidido a librar cuantos combates sean necesarios.

—Marte glorioso, dios de la guerra, por fin escuchan mis oídos noticias de alivio para mis deseos de venganza —Otón hablaba mirando el techo—. Decid a Galba que mañana a primera hora empezaré a reclutar cuantos efectivos me sea posible y en pocas semanas, conmigo a la cabeza, nos incorporaremos al grueso de su ejército. Contádmelo todo.

El emisario relataba los acontecimientos teatralizando la narración.

Al parecer, el gobernador de la Galia Lugdunense, Julio Vindex, se había

sublevado contra Nerón, enviando a Galba la oferta de asumir la corona imperial. Este ofrecimiento venía respaldado por su estirpe, una de las más ilustres de Roma, por su prestigio en las misiones que con éxito había llevado a cabo al servicio de los emperadores Tiberio, Calígula y Claudio, y especialmente por ser Galba el gobernador de una provincia con tropas de guarnición y oro, que siempre ayudaba a comprar las voluntades necesarias. Galba había pasado algún tiempo reflexionando sobre la oferta de Julio Vindex, pero el intento de Nerón de acabar con su vida y las predicciones favorables sobre su futuro determinaron finalmente su consentimiento.

Mientras el emisario se esmeraba describiendo todo tipo de detalles sobre lo que estaba aconteciendo en la provincia Tarraconense y cómo Galba iba resolviéndolo, Otón, lejano a los sonidos de aquellas palabras, imaginaba al anciano Galba como el próximo emperador y a él como su digno sucesor.

## Una visita a las canteras

«Cómo no glorificar el trabajo, cuando asistimos al proceso que convierte la dura piedra en ojos que hablan al alma».

Apenas unos días después del compromiso de Otón con la causa de Galba, el gobernador de La Lusitania reunió al concilio provincial y explicó la situación en que se hallaban, justificando la necesidad del levantamiento contra Nerón en un discurso plagado de honores a la memoria de un imperio que no merecía un gobierno marcado por la injusticia de un demente. Exhibiendo sus dotes de buen orador, Otón relató cómo Nerón gobernaba despóticamente sin contar con el senado, sin pensar en el pueblo, asesinando a hombres ilustres y a los de su propia sangre. ¿Qué podían esperar de un ser depravado sin conciencia y sin visión de futuro para su imperio, preocupado como estaba exclusivamente por recitar poesía, tocar la cítara o ganar compitiendo como auriga en los juegos, entre otras aficiones? Habló de la situación del ejército y por supuesto de la gran carga impositiva que había recaído en las provincias, sabedor de que este tema inclinaría definitivamente el parecer y las voluntades de los provinciales a su causa, pues ya habían manifestado su malestar en reiteradas ocasiones por el aumento descarado de los impuestos.

Por otra parte, el concilio provincial lusitano no podía hacer otra cosa que esperar a que se resolvieran los acontecimientos que otros con poderes más nobles habían instado. Su sitio estaba del lado de los sublevados. Hasta entonces su voz en Roma había sido escuchada a través del Despacho de Epístolas, ministerio creado por la Cancillería imperial cuya competencia consistía en mantener la correspondencia con las provincias y las relaciones con los embajadores. Los grandes recursos económicos de la provincia pertenecían al estado y los provinciales deseaban un nuevo emperador que los recibiera en persona y mirase mejor estos bienes enclavados en su territorio. El concilio provincial apoyaría decididamente a su gobernador Otón y a Galba, el futuro emperador, en quien acababan de depositar su confianza y sus vidas, pues el precio que pagarían sería caro en caso de perder esta guerra civil. Para asegurar el éxito rotundo en la contienda, los provinciales habían prometido ofrecer sacrificios a los dioses, hacer campaña en favor del alistamiento de los jóvenes para el improvisado ejército con que Otón contribuiría a la que ahora, también, era causa de ellos, y finalmente, se habían comprometido con el gobernador en poner a su disposición el dinero que les permitieran sus finanzas domésticas. Por su parte, el gobernador procuraba acarrear todo el oro y la plata que caía en sus manos, incluyendo sus pertenencias. Había mandado fundir su cubertería de plata y todo lo

que pudiera servir a la victoria, convencido como estaba de que su amistad con Galba y su formidable posición le hacían ser el candidato más favorable a suceder al anciano general.

Terminada la reunión con los miembros del concilio provincial, Otón mandó recorrer la colonia al pregonero y al flautista, anunciando que al día siguiente el gobernador daría un discurso en el foro para explicar públicamente a sus ciudadanos los últimos acontecimientos que, desde Hispania, iban a impulsar un cambio de rumbo en el imperio. Del mismo modo, había enviado emisarios a todos los asentamientos de la provincia para lograr el reclutamiento del máximo número de jóvenes, bajo promesa de un buen salario y el honor de servir a su Patria siendo protagonistas de un destino que el nuevo emperador sabría recompensar más tarde.

El día que el gobernador decidió dirigirse al pueblo ya lo tenía ganado para su causa, después de haberse extendido de boca en boca las mil locuras y atrocidades que Nerón había cometido. Tanta perversión llenó de odio el corazón de los de Emerita.

Esa mañana Otón se levantó más temprano de lo que tenía por costumbre, la sombra de la noche cada vez era menos densa, en una hora repicarían los gallos. El gobernador había acordado encontrarse con Sulpicio Superster antes del amanecer en la plaza porticada contigua al foro, donde se enseñaba a los escolares la historia del pueblo romano. Sulpicio Superster, augur, decurión de Metellinum y recién elegido miembro del concilio provincial, órgano que asesoraba al gobernador en la administración de la provincia y cuya sede estaba en la capital, tenía esa mañana un cometido decisivo. Otón le emplazó al ejercicio de su sacerdocio para conocer de qué lado estaban los dioses en esta guerra. Ser augur suponía un sacerdocio vitalicio compatible con las demás magistraturas. Su quehacer estaba regulado por el derecho augural; no eran adivinos, sino intérpretes de la voluntad divina. La costumbre de recurrir a ellos para conocer los designios celestiales había caído en desuso desde que comenzara el imperio, pero Otón, bastante supersticioso, todavía confiaba en este recurso para adivinar el favor de los dioses.

Marco Salvio Otón llegó custodiado por dos lictores y acompañado de Servilio Modesto. Lo estaban esperando Cornelio Severo, Furnio y el segundo duunviro de Augusta Emerita, Valerio Hymino. Varios funcionarios cerraban la comitiva. Entre ellos se encontraban Halys, que había obtenido consentimiento expreso de Otón, un escriba que tomaría nota de cuanto aconteciese y el pulario encargado de llevar los pollos sobre los que habría de observarse la voluntad de los dioses, al que seguía un esclavo tirando de una cajón con ruedas repleto de estas aves.

Sulpicio Superster llamó la atención del grupo, salía de uno de los corredores de la plaza porticada. Este recinto monumental se dedicaba a honrar la memoria de los personajes que habían hecho grande a Roma. Un grandioso pórtico de mármol delimitaba la plaza rectangular, cuya parte más alta había sido coronada por una sucesión de medallones con las imágenes protectoras de Jupiter y Medusa y de

cariátides. Un canal recorría todo el borde del pórtico recogiendo las aguas de lluvia vertidas por la cubierta. Y del centro emergía con magnetismo un altar de primorosa factura. El augur llevaba la toga con listas púrpuras, un bastón curvo y una corona sobre la cabeza, observando estrictamente las formalidades del ritual.

—Momento es ya de comenzar nuestra observación, antes de que el lugar se llene de gente —advirtió Sulpicio Superster en su papel.

Colocados cada uno en el sitio designado por el augur, el pulario y el esclavo dejaron salir a los pollos blancos de la caja cuidando de que no se dispersaran.

Los augures podían observar la voluntad de los dioses por diversos medios. En este caso se había escogido a las aves; su modo de comer y su posterior sacrificio traducirían la señal.

—¡Jupiter! Oh, Padre eterno. ¡Juno! Gran Madre divina protectora de la familia. Invocamos vuestra voluntad en esta hora precisa. Deseamos que nos habléis a través de estas aves. Os solicitamos, ¡supremos reyes del cielo y de la tierra!, vuestro divino apoyo que todo lo consigue, en esta guerra que se inicia contra Nerón, con la única razón de recuperar los grandes ideales de nuestro imperio, de nuestra gran familia, destruidos hoy por quien es enemigo de todos los hombres de noble corazón — imploró el augur arrodillado mirando al cielo y con los brazos abiertos.

El esclavo recogió del cajón de madera en el que habían sido trasladados los pollos dos bolsas con alimentos que esparció donde señaló el augur. Al momento, los pollos comían con avidez.

—Estos pollos están hambrientos —susurró con cautela Furnio a Servilio Modesto.

—Los han tenido sin comer, amigo mío —sonrió el nuevo procurador—. Se necesita un buen augurio, empezar la guerra con el favor de los dioses.

—¿Y si Nerón también deja sin comer a sus pollos? —preguntó Furnio.

—Apúntate esta máxima y no la olvides —sentenció Servilio Modesto intentando hacer comprender al duunviro—. Todo lo que se hace por el bien de la patria, se hace siempre con los mejores augurios, lo que se hace contra la patria, siempre se lleva a cabo contra los augurios.

Las aves devoraban toda la comida que se les ponía a su alcance, mientras el sol iluminaba el rostro feliz de los complacidos asistentes al acto divino.

—Los dioses han hablado y todos hemos sido testigos del beneplácito de su voluntad para nuestra causa —el augur hablaba con tono musical sin disimular su alegría—. Por un lado, nuestros pollos no solo comen, además se les caen del pico algunos trozos. Y por otro, el estado de las entrañas confirma el mejor de los augurios posibles.

—¡Ganaremos esta guerra! ¡Los dioses están de nuestra parte! —Otón gritaba entusiasmado, dirigiendo su mirada al círculo de personas presentes en la auguración—. Escriba, toma buena nota del desarrollo del augurio, que el pueblo lo conozca.

Los pollos fueron enjaulados en el cajón de madera una vez terminaron el festín.

Los presentes se pusieron a charlar amigablemente antes de dirigirse al foro para realizar un voto a Jupiter. Furnio, que había asistido por primera vez a un acto de auguración, estaba un poco defraudado; le había parecido un teatro que no servía para nada, pues la voluntad de los dioses no podía conocerse haciendo trampa. Había confiado en que el dictado divino manifestado e interpretado por Sulpicio Superster daría cierto sosiego a su cuerpo, pues desde que supo la implicación de La Lusitania en la guerra civil estaba rígido como el pan duro. Era lógica su preocupación por la situación en que quedaría la colonia si perdían la guerra. Ante su decepción, se dirigió a Sulpicio Superster en tono confidencial, necesitaba encontrar alguna respuesta sobre la certeza de los resultados augurales.

—Es la primera vez que asisto a la manifestación de la voluntad de los dioses —explicó el duunviro al augur.

—¿Y qué te ha parecido, Furnio?

Al titubeo del duunviro siguió su confesión, recordando con nostalgia su niñez.

—De niño me fascinaba mi abuelo. Decía haber sido elegido por los dioses para pronosticar el tiempo. Aseguraba: «esta tarde tendremos agua» y, en efecto, llovía. Muy pocas veces se equivocaba. Cuando crecí me contó el secreto, observaba si se cubría de nubes el cerro que hay a poniente de la civitas. Creo que aquellos augurios tenían más fundamento que lo que acabo de presenciar.

—Entiendo. Mira, Furnio —Sulpicio Superster intentó hacerle entrar en razón—. Es necesario conservar las creencias, porque llevan la fe a los hombres y nos hacen más fuertes, repercutiendo en la fortaleza del imperio. Los augurios deben mantenerse para ratificar la voluntad de quienes nos gobiernan y calmar a la plebe, y porque así lo quieren la costumbre, la religión, la disciplina, el derecho augural y la autoridad de nuestro colegio.

—Cicerón criticaba algunos aspectos de los augurios y amaba a su patria como el que más —dijo Furnio sin dejarse manipular.

—Pero él mismo era augur, no sé si me entiendes amigo.

¿Cicerón augur?, ahora sí que tenía el duunviro un buen lío en la cabeza.

El foro de la colonia se iba llenando de gente. En la hora cuarta el gobernador se dirigiría a ellos. La colocación de nuevas estatuas y el acondicionamiento de un lateral del templo de la Concordia para fijar nuevos carteles de bronce con edictos impidieron que tal evento se celebrase allí.

Otón era seguidor de la diosa egipcia Isis, la gran madre. Incluso se había iniciado en el conocimiento de sus misterios. En Roma los dioses orientales habían encontrado buena fuente de expansión entre la aristocracia culta, un poco desilusionada con la religión tradicional que, basada en el puro formalismo, no daba plenitud a la satisfacción espiritual de muchos de ellos. Otón, sin embargo, para una ocasión como esta, estimó que no habiendo penetrado en el territorio lusitano con fuerza suficiente los cultos de Oriente, salvo el de Mitra traído por los soldados que fundaron la colonia, era mejor dirigir su voto a los dioses tradicionales, evitando ofender

cualquier sensibilidad.

El gobernador entró en el templo acompañado de los magistrados provinciales y locales para rogar a Jupiter. Si Jupiter, el padre de los dioses, les concediera la victoria, como parecía ser su voluntad, él le obsequiaría con un templo más grande que el que acogía su majestad en el monte Palatino de Roma. Este voto fue pronunciado por el gobernador sellando un contrato que, de ser cumplido por el dios, obligaba al oferente incluso después de la muerte.

El foro de Augusta Emerita era una magnífica plaza porticada de mayor tamaño que la contigua en la que acababa de realizarse el acto de auguración. En el centro se levantaba un templo dedicado a Dea Roma, erigido sobre un podio de al menos quince pies al que se accedía por unas enormes escaleras. El edificio estaba rodeado de columnas con fuste estriado y capiteles corintios, y adornando la entrada al interior, un pórtico de otras seis columnas que soportaba un frontón. La decoración exterior se complementaba con una serie de estatuas pertenecientes a la familia imperial del divino Augusto y unos apliques de bronce que recorrían el contorno del templo. Delante de las escalinatas se elevaba una tribuna de oradores con figuras femeninas también en bronce que representaban alegóricamente a las provincias.

Cassio y Terencio esperaban la salida del gobernador junto a uno de los dos estanques que flanqueaban los laterales del edificio religioso.

Terencio tenía un porte distinguido, de estatura superior a la media latina y con un fornido y apretado cuerpo que disimulaba la barriga que el paso de los años no le había perdonado y comenzaba a despuntar. Su cabellera rizada conservaba la abundancia juvenil y le daba un toque viril, y su rostro, en forma de trapecio y con el mentón cuadrado, le confería un aire atlético apenas mitigado por una suave papada, que a buen seguro desaparecería una vez suprimidos los lujos de los numerosos banquetes nocturnos a los que asistía. Cassio, sin embargo, era más bien bajo, calvo, delgado y algo jorobado, consecuencia de sus muchos años, rozaba los sesenta, y de una enfermedad en los huesos para la que no había cura. Su nariz aguileña y su mirada penetrante y oscura otorgaban a su presencia la confianza de estar ante un hombre inteligente, de éxito en los negocios, como demostraban sus finanzas privadas.

—¿Cómo terminará esta guerra? —se preguntaba en alto Terencio, el contratista.

—Ánimo, amigo, esta situación nos beneficia de algún modo —respondió suspicaz el antiguo procurador—. Otón no se fía de Servilio Modesto, que al fin y al cabo ha sido enviado por Nerón, nuestro enemigo. Me ha pedido que lo vigile de cerca.

—Pero si le ha encargado el gobierno de la provincia en su ausencia —porfió el rico empresario.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Apartarlo de sus funciones? ¿Encarcelarlo? ¿O matarlo? Otón no se creará enemistades innecesarias. Por jerarquía le corresponde gobernar al procurador en ausencia del gobernador —dijo Cassio.

—Todavía no le he escuchado pronunciarse en contra de Nerón —se lamentó Terencio.

—Y no creo que lo haga, lo que no quiere decir que esté de su parte, tampoco creo que diga algo en contra de nadie. Así es como lleva tanto tiempo sin enemigos. Es una habilidad asombrosa de algunos, que sin arriesgar nada lo tienen todo —filosofó Cassio—. Nosotros debemos ejecutar nuestros planes con los cambios que hemos acordado y cerrar nuestros compromisos en espera de los nuevos tiempos.

—Creo que nuestros días felices se han acabado —auguró Terencio.

—De momento tenemos que parar los envíos, es demasiado peligroso, luego ya veremos —anunció Cassio, que parecía llevar la voz cantante.

—Yo opino lo contrario. Debemos aprovechar la guerra para incrementarlos, hay más descontrol. Mira, el pueblo corre, debe estar saliendo Otón del templo —anunció el contratista del mármol.

Una turba de gente se arremolinaba en torno a la tribuna desde la que el gobernador saludaba con los brazos en alto. El vocerío se volvía más agudo y los chillidos de gloria al gobernador y de muerte a Nerón se mezclaban formando un estruendo ensordecedor. Otón dejó transcurrir un tiempo para permitir que la cólera de la plebe dominase el foro, pensando en el efecto sugestivo que sus palabras causarían en un ambiente tan propicio. Todos necesitaban creer en la victoria, pues la apuesta era fuerte. Luego comenzó a bajar sus manos con gesto pausado, solicitando silencio para elevar su voz.

—¡Pueblo de Augusta Emerita, la victoria contra el tirano es nuestra, así se han pronunciado los dioses!

Los vítores por la noticia impedían al gobernador continuar su discurso. Algunos emeritenses más sosegados intentaban apaciguar la excitación desbordada que se había instalado en la plaza. Otón, maestro en el arte de la oratoria, dejó transcurrir un tiempo prudente antes de volver a solicitar la atención de sus conciudadanos.

—Galba, el gobernador de La Tarraconensis, va a encabezar este levantamiento para restablecer el respeto a la ley y a los grandes ideales que han permitido construir nuestra civilización. Y son los crueles y despiadados actos de Nerón los que nos han obligado a intentar apartarlo del poder que, heredado de su divina familia, no ha sabido administrar para gloria del imperio. ¿Qué harían el divino Augusto o Tiberio el grande si se hallaran ante un monstruo como Nerón? Ellos no son dignos de una descendencia tirana que ensucia el nombre de su venerada estirpe. Tiene atemorizado al senado de Roma, que debería ser la luz que nos gobierne, sin cobrar a sus soldados que entregan la vida en su nombre. No hay dinero en el tesoro imperial porque lo malgasta, y viene aquí a por él. Mientras vosotros trabajáis más duro, él se pasea por Grecia recitando —Otón hubo de parar, los gritos contra el emperador volvían a cobrar un protagonismo desenfrenado.



El gobernador iba enumerando todos los crímenes de Nerón que su memoria le traía, terminando de ganarse definitivamente al pueblo que deseaba la heroicidad de una guerra en nombre de la cordura.

—Mis amados lusitanos, nos llama el deber y la gloria. Ha llegado el día en que el honor del pueblo romano debe restaurarse, y el vuestro también. Apenas termine la guerra, que ganaremos, se ha de extender a todo el territorio de La Lusitania el derecho latino. No ha de pasar un solo día en que me olvide de esta promesa que hoy os hago, pueblo mío. Todos los lusitanos seréis ciudadanos romanos por el sacrificio que hoy se os exige, perteneceréis al imperio con las prerrogativas jurídicas que gobiernan la vida de los ciudadanos romanos. El derecho latino regirá vuestras vidas, como ahora rige en ellas el deber de alistarse en el ejército que en unos días saldrá para Tarraco.

Este era el punto esencial de su discurso. Él ya sabía que el pueblo apoyaba el levantamiento contra el tirano, ahora debía pedirle que le prestaran a sus hijos para la misma, compromiso mucho más generoso, como cabía suponer. Debía conseguir el máximo de efectivos para aumentar el pequeño ejército destinado en la provincia lusitana, que había quedado reducido a unos cuantos de cientos, los suficientes para la custodia de las minas, las canteras, la protección de los caminos y algunos puntos estratégicos de un territorio enteramente pacificado.

—¿Irás a la guerra? —le preguntó Diophanes a Capito.

—Acabo de volver de Roma, pensaba no regresar en algún tiempo, estar con mi padre en la colonia, disfrutar de la paz de estas tierras, y ya ves. Comparto las razones de Otón, debemos ser héroes, ejemplo para nuestros descendientes —de repente Capito se calló.

—¿Qué ocurre? —dijo Diophanes.

—Mi padre no quiere que vaya. Él siempre ha sido un ferviente devoto del deber y ahora dice que esta guerra no es nuestra, que se maten otros; no sé, me parte el corazón. Supongo que no puede soportar la idea de que yo también muera, todavía echa en falta a mi madre después de tantos años —le explicó—. ¿Y tú?

—Yo quiero ir —exclamó entusiasmado Diophanes.

El discurso de Otón llegaba a su fin en medio de un ambiente que parecía festivo.

—¡Salve a Galba, el emperador!

—¡Salve! —gritó el pueblo emocionado.

Dos días después del anuncio de Otón, la pequeña expedición encabezada por el procurador Servilio Modesto se había puesto en marcha camino de las canteras de mármol de Eborá. Un solo carro tirado por dos caballos llevaba las pertenencias personales de los miembros del grupo. Tres esclavos municipales servían de escolta a la caravana dirigida por el veterano centurión Albano, a cuyos servicios no había querido renunciar Servilio Modesto, impidiendo su marcha a las órdenes de Otón. El

procurador había aceptado el ofrecimiento que en su día le hicieron Cassio y Terencio, entendía favorable que el antiguo procurador y el contratista encargado de explotar las canteras les acompañaran en su viaje de reconocimiento a las mismas. Deseaba controlar sus nuevas competencias en el menor tiempo posible y resultaba evidente que ellos podían contribuir a tal proceso mejor que nadie. También se sumaron al grupo Aulo Gayo y Demetrio aprovechando la visita comprometida con un amigo escultor de Eborá. Servilio Modesto les había pedido que echaran un pequeño vistazo al taller donde se les daba la primera forma al bloque de mármol extraído de la roca, situado a pie de cantera. Este primer esbozo era especialmente significativo en el caso de los togados. Los moldes imitados por los distintos marmolistas eran de yeso y los obreros especializados en la talla del mármol los utilizaban, logrando un considerable avance en la producción y la uniformidad del producto. Lucio Alfio Lucano era el jefe del despacho de marmolistas, uno de los mejores escultores con que había contado tiempo atrás el taller de Aulo Gayo en Augusta Emerita. Abandonó su trabajo en la capital por la beneficiosa oferta que recibió de Terencio, su excelente preparación en la talla del mármol le permitía ejercer de maestro y jefe del despacho de escultores, aparte de ocuparse de otras tareas de tipo administrativo.

A finales de abril, el sol lusitano del mediodía calentaba los cuerpos de los viajeros empapados por el sudor de la cabalgada. Pararon la marcha bajo un frondoso alcornoque con la intención de ingerir alimento y descansar antes de culminar el viaje al anochecer.

—Es la primera vez que mi predecesor en un cargo se digna ofrecerme sus conocimientos, gesto que le honra y que me gustaría agradecerle; espero que estos momentos tan conflictivos no me lo impidan —dijo el procurador dirigiéndose con modestia a Cassio.

—No es necesario, Servilio Modesto, después de tanto tiempo en estas tierras me resulta difícil abandonarlas. Nerón no me ha ofrecido la posibilidad de reengancharme a su servicio, supongo que mi amistad con Otón habrá pesado en su decisión —contestó Cassio.

—¿Y por eso aún no ha vuelto a Roma? —preguntó el procurador.

—Pues mire, Servilio Modesto, temo que mi proximidad a Otón no sea bien vista por quien todavía es emperador. Con menos motivos ha actuado contra otros. Me he quedado aquí para quitarme del medio —abundó Cassio con sinceridad—. Mis negocios en Roma están bien atendidos. No tengo prisa por volver, y mientras, ¿por qué no ser útil? ¿No cree?

—Me alegro de que su generosidad nos permita ser amigos. Créame, no todo el mundo se toma tan bien los cambios —sonrió Servilio Modesto.

—Supongo que su excelencia no obligó a Nerón a cesarme, ¿no? —respondió Cassio guiñando el ojo al procurador.

—Bien puede contar con eso. Más bien podríamos decir que estuve obligado a

aceptar. Después de mi dura experiencia en Britania y con mi edad, necesitaba tranquilidad. Además, Polonia quería quedarse en Roma, este destino casi me cuesta un divorcio, pero Nerón la convenció, no me diga cómo —era la primera vez que el procurador hablaba directamente del emperador.

—¿Podemos entender que es amigo de Nerón? —le preguntó Terencio, que vio su oportunidad de indagar en la vida de Servilio Modesto.

—El trabajo es lo que me emparenta con Nerón. Y mi trabajo es servir, pero no a las personas, querido empresario, sirvo a lo que ellas representan —sentenció el procurador.

—No creo que Nerón tenga tan presente lo que representa cuando lo utiliza para cometer atrocidades. Díganos qué piensa al respecto, procurador —presionó Terencio, queriendo ratificar lealtades.

—No me corresponde a mí juzgar a nuestro César. Nunca he pretendido cambiar las cosas, esa es una tarea más propia de los dioses. Gane quien gane esta guerra, yo cumpliré fielmente con mi trabajo —dijo el procurador, evitando el tono agrio con que Terencio le había increpado.

—Con todos mis respetos, Servilio Modesto, imagine que Nerón mata a su esposa, por ejemplo. —Terció en la conversación Demetrio. El procurador se giró hacia su nuevo interlocutor más blanco que la sal—. ¿Se consideraría entonces con el derecho de juzgarlo?

—He servido al imperio desde antes de la coronación de Nerón con solo diecisiete años. Temo que el fin de Nerón suponga el fin de algo más grande que él —arguyó Servilio Modesto.

El único que faltaba por intervenir era Aulo Gayo, que escuchaba pensativo la conversación. Le gustaba la filosofía y era firme defensor de la era republicana, aunque nunca se metía en política, pues su oficio le hacía trabajar al lado de los más diferentes pareceres ideológicos. Entendía que el procurador era de esas personas que creía en los ideales, creía en la idea de imperio. Pero ¿qué sentiría si Nerón matara a su esposa? ¿Realmente justificaría esta actuación del emperador para no ir contra lo que representaba su cargo? ¿Qué tenía que ver una cosa con otra? Aulo Gayo decidió dar su opinión.

—A lo mejor lo que falla es el sistema. Ciertas prerrogativas no se deberían heredar, y no creo que ningún modelo sea bueno si no prevé la manera de eliminar a quienes, en su nombre, se permiten el lujo de destruirlo. Augusto pervive en la memoria de todos nosotros divinizado porque engrandeció el ideal de Roma con sus actos. Nerón es solo un tirano. Espere a ver en qué queda su nombre cuando todo acabe.

Servilio Modesto se sentía atrapado, comprendía las razones de sus compañeros, pero su política personal era actuar en lo que le correspondía siendo fiel a los compromisos contraídos. El levantamiento de Otón contra Nerón hacía difícil la relación del procurador con algunos miembros de la colonia, que no se fiaban de un

nombramiento que llegaba en un momento tan decisivo, aunque bien podía asegurar él que Nerón nunca imaginó lo que se avecinaba. No sabía cómo restablecer la armonía en el grupo. Superado por tanta hostilidad, su actitud dialogante intentaba imponerse a duras penas.

—Quisiera pedirles que Nerón no enturbie nuestras relaciones. No hice carrera en el ejército porque detesto la violencia, no sirvo para ajusticiar a nadie. No apruebo las muertes que Nerón ha decretado como tampoco otros aspectos de su política —el procurador mantenía el silencio entre sus frases, como si no fuera su intención confesar sus más íntimos pensamientos—. En lo que se esperaba y se espera de mí como procurador, siempre mantuve el mismo objetivo que Nerón, aunque por motivos diferentes. Él quiere llenar el tesoro, yo, evitar la corrupción. No estoy orgulloso de cómo gasta el dinero el emperador, pero hasta ahí no puedo llegar, mi única competencia es mantenerme fiel al compromiso de hacer de la gestión pública un motivo de orgullo —mientras Servilio Modesto explicaba su postura personal cediendo a la presión de sus acompañantes, Cassio y Terencio se miraron deseando poner fin a una conversación muy reveladora.

—Perdónenos, acepte nuestras disculpas sinceras —Cassio habló con los brazos cruzados sobre el pecho, bajando la cabeza—. La guerra nos hace ver fantasmas. El prestigio de su gestión le precede, no podemos culparle de los actos de Nerón. Lo siento, por mi parte Nerón no terminará con nuestra amistad.

Todos siguieron el ejemplo de Cassio, confirmando al procurador que nada tenían en su contra, y este dio por zanjado el incidente sin buscar revancha. Servilio Modesto necesitaba comprobar cómo funcionaba el negocio de las canteras desde su origen, con la extracción de la roca y la distribución de hasta el más insignificante capitel. Debía controlar todo el proceso; era la única manera de acertar en sus conclusiones. Nerón creía que las canteras y minas lusitanas funcionaban por debajo de sus posibilidades y había nombrado nuevo procurador a Servilio Modesto con la finalidad de que lo averiguase. En realidad pensaba lo mismo de las canteras de Almadén de la Plata y Macael en La Bética, o de la impresionante mina de plata de Carthago Nova; sin llamarse a engaños, se presumía que Nerón necesitaba dinero, e incrementar este era el objetivo de su política de nuevos nombramientos. Cómo se lograra, le daba lo mismo.

Todo estaba preparado en las canteras para recibir a las ilustres autoridades. Amplias tiendas de piel, cómodas y con ciertos lujos, albergarían a los viajeros. Habían sido instaladas junto al pequeño poblado de casas donde vivían esclavos y hombres libres, trabajadores todos del mármol. Menos de media milla separaba el polvo de las canteras del refugio y el descanso que encontraban los obreros del mármol tras finalizar su jornada. El poblado estaba formado por humildes casas de adobe, construidas rápidamente, cuando el comercio del mármol se expandió favorecido por el programa de propaganda política de Augusto. El mármol era el material escogido para rendir culto a la memoria del emperador, cubriendo los

templos levantados en su nombre y convirtiéndose, de este modo, en un negocio muy rentable desde los primeros tiempos.

Las antorchas de los esclavos que acompañaban a los excelentísimos viajeros se confundían con las que portaban Alfio Lucano y otros escultores que habían acudido a recibirlos. Después de un breve espacio de bienvenida y presentaciones, los extenuados forasteros fueron conducidos a sus tiendas en medio de un ambiente de general curiosidad. Los obreros salían al paso de la comitiva. Las lucernas y antorchas que portaban los improvisados espectadores habían convertido el camino en un vivaz espectáculo de luz. Servilio Modesto no dejó de saludar hasta que llegó a la tienda, en la que encontró un magnífico banquete preparado con todo tipo de viandas y una descomunal bañera de cobre con agua templada que agradeció más que la propia cena.

A la mañana siguiente, Terencio y Alfio Lucano darían a conocer al procurador todos los pormenores del negocio del mármol.

—¿Por qué no has querido que nos alojemos en tu casa? Hubiésemos estado más cómodos que en estas tiendas. Me pica todo el cuerpo, eso por no hablar del insoportable olor del cuero —preguntó Cassio al empresario del mármol camino de sus respectivas tiendas.

—Ya has oído a tu sustituto, viene dispuesto a todo —contestó Terencio con preocupación—. Después de ver el trabajo de extracción y de visitar los despachos, quiere examinar nuestra documentación. Además, tiene intenciones de hablar con los operarios, desde los serradores hasta los escultores.

—Sí, lo sé. Yo tuve que proporcionarle los controles de la temporada anterior —dijo Cassio mirando las estrellas—. La concesión es tuya por tres años más, no debes agobiarte en exceso.

—En mi casa guardo demasiados pergaminos para alguien con tanta curiosidad. —Terencio mezclaba su agobio con la indignación por los controles que Servilio Modesto pretendía llevar a cabo, le incomodaban tantas dudas.

El cansancio acumulado por los días de marcha ayudó a los viajeros a conciliar el sueño, excepto a Servilio Modesto, que tenía la sensación de que lo miraban como el espía de Nerón, lo que le hacía sospechar conspiraciones a cada paso, temiendo que el ardor contra el César se extendiera a su persona. Pese al esfuerzo del viaje, el procurador ordenó una salida temprana a las canteras. Estaba decidido a realizar su trabajo en el menor tiempo, pues consideraba conveniente volver a Emerita cuanto antes a esperar las noticias que Otón había prometido hacerle llegar.

A la hora señalada, Alfio Lucano condujo a las autoridades hasta las canteras de la mano de Hermes, un condenado a trabajos forzados por un delito de sangre al que le faltaban diez años para cumplir su pena pero al que la guerra civil que se avecinaba había traído la fortuna a su puerta brindándole la oportunidad de obtener la libertad. Esa había sido la promesa de Otón, a cambio de que eligiese a un grupo de compañeros fuertes y dispuestos a todo para controlar el trabajo de extracción, ya que

las cohortes estacionadas en las canteras debían marcharse inmediatamente para unirse a las fuerzas de Galba en Tarraco. A Hermes se le daba carta blanca en los métodos de dominio, con tal de que mantuviese el orden y evitase la fuga de sus antiguos camaradas o la rebelión de aquella masa violenta que poco tenía que perder.

A medida que el grupo avanzaba por el estrecho camino que comunicaba las rocas horadadas, los esclavos que ya picaban la piedra se incorporaban para ver al nuevo procurador y a su jefe, a quien apodaban el Pica-pica en recuerdo de las terribles consecuencias que ocasionó al empresario una compañía de saltimbanquis y cómicos que llegó hasta el poblado, cuando le brindaron los servicios de sus jóvenes mujeres que al parecer no gozaban de tan buena salud como correspondía a su bella presencia. Reírse de Terencio, aunque fuera por detrás, era el único recurso que les quedaba a los esclavos para redimir una suerte como la de ellos, encadenada a la dura piedra. Los gestos continuos de intimidación de los vigilantes de Hermes y las armas que portaban disuadían de alborotos y zanganerías a sus camaradas de antaño.

Las canteras ocupaban un vasto espacio. Los ojos de los visitantes no acertaban a hallar el final. El color de la piedra era blanco y con el paso del tiempo se tornaba marfil, a veces combinaban vetas grises, rosas y excepcionalmente rojas.

Con Alfio Lucano encabezando el desfile llegaron hasta una explanada abarrotada de bloques de mármol numerados y de obreros trajinando de un lado para otro. Tres edificios cubrían la superficie en la que recalaban los bloques y que parecía una isleta en medio de una combinación de agujeros y elevaciones a su alrededor. El edificio central hacía las veces de despacho administrativa; era el lugar donde se practicaban las anotaciones necesarias para clasificar los bloques extraídos, sus medidas, su destino, la parte del monumento que completaba o la urgencia del pedido.

Aulo Gayo permanecía ensimismado observando el lugar de origen del material que una y mil veces habían cincelado sus manos. Sentía la esencia de su arte en aquel lugar, el orgullo de su oficio que daba dignidad imperecedera al esfuerzo de tanta gente.

—Aulo Gayo, maestro, venga para acá —Alfio Lucano movió la mano con nervio—. No sabe cómo deseo que vea este lugar, es el taller donde damos forma a los togados. Precisamente realizamos una serie para el teatro de Emerita que pronto podrá engrandecerlo, por supuesto, tras pasar por su taller —sonrió.

En los talleres de las canteras los escultores conocían a los admirados maestros Aulo Gayo y Demetrio, muchos aspiraban a ser admitidos entre sus empleados. Al entrar en el edificio una nubecilla de polvo se advertía difuminada por la atmósfera. Algunos canteros fraccionaban los bloques de mármol insertando cuñas de madera en la línea perforada previamente por el puntero y la maceta, otros utilizaban una sierra para evitar cualquier riesgo de un mal corte.

—¿Solo mandáis piezas a Augusta Emerita? —preguntó Aulo Gayo curioseando el trabajo de los operarios.

—Qué va, maestro, trabajo es lo que nos sobra. En este momento, además de

Augusta Emerita, enviamos material a Itálica, a Eborac, Conimbriga, Beja y Corduba.

—Esos de la sierra deberían echar agua sobre la ranura del bloque para evitar el calentamiento excesivo del hierro. Y además malgastan la arena. Aunque sea un buen abrasivo, no es necesario echar tanta sobre el mármol.

Alfio Lucano llamó la atención de los operarios, debían hacer caso de las recomendaciones del gran artista.

—Gracias, Aulo Gayo, sigues siendo generoso con tu sabiduría. ¡Cuánto le debo a tu taller! Todo lo aprendí allí —comentó con nostalgia el antiguo empleado.

—Querido colega, me abandonaste por voluntad propia, y no es un reproche —se aventuró Aulo Gayo a precisar sus palabras—. El amor al arte es estupendo, pero si además nos hace prosperar, mejor que mejor, ¿no?

Alfio Lucano no contestó a la pregunta de su antiguo jefe, prefería hacer oídos sordos a sus insinuaciones, su inesperada y rápida despedida ocasionó algún que otro trastorno en el taller y no quería recordar aquella vieja historia.

Las herramientas sonaban sobre el mármol con dureza obligando a los escultores a hablar a voces. Las macetas y los mazos golpeaban sobre cinceles de bisel liso o dentado, gradinas, y sobre otros cinceles de filo cimbreado, gubias, utilizados para realizar molduras cóncavas. En las manos de los escultores se veían todo tipo de herramientas, los punteros conocidos como de morro de asno cuando su filo era más grueso que ancho, los escafiladores que permitían tallar aristas. Con la escoda los canteros comenzaban a dar forma al bloque y una vez hecho el desbaste afinaban su trabajo con los cinceles. Aulo Gayo observaba el desparpajo de un joven en su manejo del martillo trinchante y la picola. Detrás de él, había una inmensa estantería repleta de herramientas de medición; se acercó y observó una regla graduada de dos pies, dividida a su vez en medios pies, palmos y dedos, también había algún compás y varias escuadras, además de objetos personales, trapos y mucho polvo. Aulo Gayo se dirigía hacia la puerta cuando uno de los escultores lo reconoció y la exagerada proclama de su presencia paralizó de inmediato el trabajo, formándose un círculo en torno a la figura del artista. ¡Era un sueño que Aulo Gayo estuviera allí! Casi no podían creerlo. Todos querían saber sobre él, sobre las nuevas tendencias de Roma, las nuevas técnicas y herramientas que eran empleadas en otros sitios, si había venido a contratar empleados... El interés de los escultores era tal que Aulo Gayo no consiguió esquivar la conversación.

—En Pompeya he visto un procedimiento nuevo a la hora de pulir la roca. Se utiliza una copa de bronce semiesférica, que tiene una longitud de medio palmo, con una anilla para sujetarla y una piedra dentro.

—Maestro, esa manera de pulir parece más cómoda que la nuestra. Aquí seguimos frotando la piedra, que mojamos antes con arenisca o roca volcánica —explicó uno de los canteros.

Los escultores se quitaban la vez para hablar con Aulo Gayo apenas terminaba de contestar. El ruido de las mil preguntas formuladas al mismo tiempo trepanaba los

oídos del gran artista.

—Maestro, hace poco estuve en Emerita y he visto que las cabezas de nuestros mandatarios han cambiado —habló el marmorista más viejo—. ¿Qué se lleva?

—Como sabéis, hemos venido rematando los cabellos de nuestros césares y otros ilustres con un corte semicircular en la nuca, dejando el cuello despejado. Todo eso ha cambiado, ahora el remate es rectilíneo. Antes los mechones del cabello partían de la coronilla en bandas lisas y superpuestas y ahora estas bandas van paralelas y pueden cambiar de dirección desde la frente a la nuca. También se llevan los rostros con barba corta y escasa.

—Y en las mujeres, este cambio en los peinados será más llamativo aún, ¿no? —preguntó otro escultor.

—Olvidaos de la sencillez para las mujeres, todo menos eso. He traído los bocetos en pergamino, pensé que os gustaría echarles un vistazo, aunque aquí no esculpáis las cabezas —respondió el maestro itálico, en medio de un murmullo de agradecimiento—. De todas formas, podéis practicar con los deshechos. Debéis aprender a manejaros con las figuras si aspiráis a entrar en mi taller.

—Maestro, estoy perdido. Por más que practico en mi tiempo libre mis resultados no son muy allá. Y mi mujer me amenaza con dejarme si me quedo mucho por aquí —explicó uno de los jóvenes aprendices desde atrás—. Tardé mi tiempo en dominar el peinado básico para las féminas, raya central que dividía el cabello descendiendo hasta la nuca para recogerse en una coleta o moño. ¿Nada de esto es igual?

—Eres muy torpe —le espetaron los compañeros entre risas—. Tendrás que volverte a ocupar de vaciar los sarcófagos.

Aulo Gayo sonreía como uno más, el ambiente invitaba a la cordialidad. La inocente confesión del cantero desembocó en burlas generalizadas que divertían al gremio.

—Sobre todo se peinan adornando mucho el flequillo. Tengo bocetos muy variados. Se los dejaré a Alfio antes de marcharme. A veces llevan en el flequillo una gran masa de rizos colocados en capas hacia arriba que acaba sobre las orejas, y el resto del cabello partiendo de la coronilla se va agrupando en dos cuerpos de tirabuzones. En otros casos, el flequillo está formado por mechones largos en forma de eses. También se llevan las patillas curvas sobre las mejillas. En fin, mucha variedad con gran abundancia de rizos.

—¿Es difícil cincelar los rizos y los tirabuzones? —indagó el mismo aprendiz en medio de las continuas risas de sus colegas.

—No creo en las manos torpes, joven —respondió Aulo Gayo mirando a Alfio Lucano—. La técnica se aprende, la cuestión está en tener un buen maestro y voluntad para mejorar día a día.

Lucio Alfio Lucano puso fin a la conversación entre el maestro itálico y sus empleados en medio de protestas, solo acalladas bajo el compromiso de Aulo Gayo de visitar el taller tras su vuelta de Eborá.



—Cuando vuelva me gustaría conocer cómo te organizas con la gran cantidad de trabajo que tenéis —comentó Aulo Gayo en la explanada, que parecía aún más abarrotada por el desorden de los nuevos depósitos de mármol.

—No tengo inconveniente, de un tiempo a esta parte todo el mundo parece estar interesado en la organización —agregó Alfio Lucano tras la petición del maestro.

—¿Cómo dices? —preguntó Aulo Gayo.

—Servilio Modesto me ha pedido los controles que hago personalmente. La verdad, pienso que con los documentos que transfiero a mi jefe debería tener bastante. No sé para qué quiere cientos de pergaminos, en los que he escrito todo lo que me ha ido pasando, que no va ni a entender.

—El procurador sabe lo que se hace, algún motivo tendrá. —El escultor intentó razonar ante la cara de susto del otro—. Yo no quiero documentos, amigo. Basta una explicación sencilla que me oriente, tengo tantos talleres, que me cuesta atenderlos.

—Cuando quieras, vuelvo gustoso contigo a Emerita, o a Roma, incluso, y organizamos tu próspero negocio, maestro —aprovechó la ocasión Alfio Lucano para brindarse a su antiguo jefe.

—No podría pagarte tanto como seguro cobras con Terencio —le respondió este.

—Llevo demasiado tiempo aquí. El dinero no me importa en este momento y me gustaría mucho volver al mejor taller de La Lusitania. En las canteras cada vez me exigen más, y ahora, tras la guerra, se producirán nuevos cambios en Roma y más trabajo para mí —confesó con gesto cansino el escultor—. Pero no quiero agobiarte con mis preocupaciones, dime, ¿cuándo te vas a Eborá?

—Ahora, en cuanto me despida del grupo. Nuestro colega de Eborá nos ha mandado un mensajero para que no retrasemos más nuestro encuentro, nos espera en el campamento. Hemos venido a conocer el camino de las canteras, pero ni siquiera visitaremos la extracción del mármol.

Alfio Lucano rodeó los hombros de su maestro y en voz baja a modo de confidencia volvió a insistir en lo sincera y gustosa de su anterior propuesta.

—Este trabajo no es todo lo maravilloso que pudiera parecer. Echo de menos la talla del mármol. A veces pienso si estas manos aún sabrán hacerlo bien... —Alfio Lucano miraba sus dedos—. Y dime, maestro, ¿todavía pones tu firma sobre las rodillas de los togados?

El maestro mostraba serenidad y cautela ante el deseo insistente de su antiguo jefe de taller. Necesitaba personal, pero debía meditar la propuesta. Su pensamiento sobre el ofrecimiento fue interrumpido por la llegada del nuevo procurador, que caminaba al lado de Hermes, cuyo continuo movimiento de brazos hacía pensar en pormenorizadas explicaciones. Regresaban del otro lado de la explanada desde donde se divisaba mejor el trabajo de extracción. Hermes era un tipo enorme, fornido, alto y de mediana edad. Al lado del procurador, enjuto y entrado en la vejez, formaban una extraña pareja que parecían complementarse a la perfección. El ansia por obtener la libertad del recién nombrado jefe de vigilancia le hacía entregarse en cuerpo y alma a

su nueva misión, sentía que cualquier pequeño error, por insignificante que fuera, le cerraría las puertas de esta oportunidad que la guerra le ofrecía. Había sido propietario de una reputada lavandería y tintorería, hasta que fue condenado a las canteras por matar de una paliza a un empleado al que sorprendió robándole. La ira aún le duraba cuando llegaron los soldados a detenerle.

—Aulo Gayo, le presento a Hermes, el nuevo jefe de la guardia en la cantera — Servilio Modesto trataba de ser amable, de inclinar en su favor al mayor número de personas, lo cual era del todo conveniente en el caso de que el ardor contra el emperador le alcanzase—. Un buen mozo que seguro mantendrá el orden en las canteras y un buen ritmo en la extracción.

—A su servicio, maestro. En este lugar usted es como un dios —dijo Hermes haciendo una reverencia y llevándose el puño al pecho.

—Es un alivio conocerlo —correspondió el saludo Aulo Gayo—. Sus proporciones, y lo digo como elogio, es lo que necesita un sitio como este, alguien con su vigor que dé seguridad a los que aquí trabajan.

Al momento llegaron a la explanada Cassio, Terencio y Albano. Aulo Gayo y Demetrio aprovecharon para despedirse. El procurador seguía interrogando a Hermes sobre los serradores y el ritmo de extracción que alcanzaban, le hizo saber que confiaba en la sabiduría que le había otorgado la experiencia y que su criterio no caería en saco roto. La desmesurada atención que Servilio Modesto prestaba a las palabras del antiguo condenado molestaba a Terencio, que contenía la rabia a duras penas.

—Yo opino que es muy precipitado, no olvides que mañana volveremos —le comentó Cassio a Terencio en voz baja, aprovechando la algarabía de la despedida.

—Cuanto antes, mejor, que no tenga tiempo de revisar nada —contestó Terencio crispado.

Los antiguos socios no se ponían de acuerdo.

—Las prisas nunca fueron buenas, tú verás —finalizó la controversia Cassio.

Servilio Modesto volvió a insistir en su intención de visitar algún lugar donde se estuviera extrayendo mármol ese mismo día; iría acompañado de Hermes, que asintió con la cabeza cuando el procurador le nombró.

—No es necesario que suban conmigo —siguió hablando el procurador.

—Por nada del mundo le dejaría solo. Compartimos el negocio, Servilio Modesto. Las canteras son de Roma, pero no olvide que yo las exploto —contestó Terencio al momento con una gran sonrisa forzada—. No estaría bien que hiciese dejación de mis responsabilidades, ¿no cree?

—Pues, entonces, vayamos preparándonos —dijo Servilio Modesto poniendo punto final a la conversación.

De la explanada partían multitud de caminos que comunicaban las otras canteras de las que despuntaban las grúas. A medida que la piedra se extraía, su altitud se remplazada por montones de escombros que se apilaban sustentándose desde una

base más amplia hasta formar una cima de material inservible. El trajín del lugar permanecía azuzado por los nuevos vigilantes que pretendían mantener un buen ritmo en el trabajo. Los operarios y los esclavos se mezclaban en sus quehaceres con los bueyes utilizados como medio de transporte ordinario. Por esos estrechos caminos eran acarreados los bloques desde su lugar de extracción hasta la planicie. El descenso del material se hacía sobre pesados carros que eran arrastrados por un número variable de parejas de bueyes. Para frenar su marcha se practicaban a ambos lados de la roca unas cavidades, donde se insertaban enormes postes a los que se enroscaban las maromas que sujetaban el bloque.

Tomaron el camino situado al lado de la instalación de forja de la cantera, en la que se reformaba el filo y la punta de los hierros que se estropeaban. Eran los propios canteros los que aseguraban el mantenimiento y la revisión de su material. Hermes explicaba que en las canteras a cielo abierto era necesario eliminar la capa superficial, que solía estar recubierta de tierra y vegetación, y alterada por la intemperie y las filtraciones de agua.

—Eso es lo que todos conocemos como la cabeza de la cantera —Terencio completaba la explicación del vigilante—. Y luego, la capa inferior de esta cubierta la utilizamos para producir los guijarros que se utilizan en el empedrado.

El camino escogido mostraba un escenario bien diferente dependiendo del lado del mismo que se observara. En la parte izquierda se veía una explotación en gradas con desniveles muy pronunciados. Poco tiempo hacía que se había iniciado la excavación de esa zona. Hermes explicaba que de esa parte se extraían bloques de más de dos metros de altura y de ancho variable.

—Con el pico se hacen unas ranuras, en las que metemos cuñas de madera que luego empapamos de agua, incluso le ponemos paños mojados —decía—. Poco a poco la madera se infla y el bloque se desprende.

—Más abajo vi cuñas metálicas —observó el procurador.

—También las utilizamos. Las introducimos en la ranura y con el mazo golpeamos hasta que la roca se abre, y si la ranura es lo suficientemente profunda, hacemos presión con una palanca y también conseguimos traernos el bloque —especificó Hermes su antiguo trabajo.

La parte derecha del camino, en cambio, mostraba una pared vertical sobre la que se había extraído abundante material. Ya llevaban años perforando la roca, como indicaba el cambio de color en los cortes. Servilio Modesto fue tomando conciencia de la difícil empresa que Nerón le había encomendado.

La explotación de las canteras de mármol lusitanas representaba un floreciente negocio cuyo volumen de producción había ido en aumento desde la época de Claudio, alcanzando en la actualidad un montante destacado entre los negocios de la provincia. La economía lusitana contaba, además, con el importante yacimiento de hierro y cobre de las minas de Vipasca, mirado con muy buenos ojos por Roma, ya que la abundancia y la facilidad de extracción y exportación de los minerales

constituían una fuente de ingresos considerable. En la provincia existían además recursos auríferos procedentes de la cuenca central del Tajo y de sus afluentes, cuya producción, sumada a la de las minas de Gallaecia y Asturias, suministraba al tesoro imperio veinte mil onzas romanas de oro al mes, lo que significaba un nivel de beneficios contundente. Servilio Modesto estaba informado de la impresionante fuente de riquezas que suponía Hispania para Roma, que había llegado a ser a comienzos del imperio el distrito minero más rico, con yacimientos de plomo, hierro, cobre, plata y oro. El procurador sabía que La Lusitania no disponía de las magníficas minas de plata de Carthago Nova, con una superficie de setenta y cinco millas y cuarenta mil obreros, sin embargo, representaba una importante fuente de ingresos, así se lo había hecho saber Nerón, cuyas órdenes habían sido claras: debía conseguirse más dinero para sus arcas y debían revisarse las concesiones de explotación a favor de las sociedades privadas. Daba lo mismo si se explotaban minas, canteras o la recogida de impuestos que, en ocasiones, se daba a los particulares. El César estaba convencido de que estas sociedades gozaban de unas condiciones privilegiadas que menoscababan los ingresos del imperio. Detrás de tanta queja y retórica, Nerón pretendía aumentar los beneficios sobre sus propiedades o derechos y había otorgado a sus procuradores y gobernadores total libertad para alcanzar tal objetivo.

Servilio Modesto subía al compás de sus acompañantes sin pensar en la misión encomendada por el emperador, solo podía centrarse en el imponente paisaje que lo rodeaba. Cientos de esclavos y hombres libres trabajaban en esas canteras a cielo abierto, sometidos al criterio de una única persona. La belleza de las gloriosas construcciones del imperio era conseguida con el sufrimiento y la muerte de miles de hombres, y cuando reparó en ello, no sintió vergüenza por los actos de su imperio o pena por el destino de sus semejantes, sintió miedo de que esa masa humana tomase el control; entonces su vida valdría menos que la de cualquiera de los esclavos que bajaban la mirada ante su presencia. Quizás fuese la edad o la ausencia de soldados, pero era la primera vez que sentía un miedo tan paralizante. Hermes llamó su atención; debía situarse en el borde del camino y tener cuidado de no caerse. Una procesión de bueyes en pareja bajaban tirando de un carro cargado al máximo. Hermes no paraba de explicarle al procurador todo tipo de detalles. La hora en la que empezaban a trabajar los esclavos y el escaso rancho que les servían, el agua que siempre era motivo de riña por la avaricia con la que se repartía, los turnos y los descansos y cualquier información que se le venía a la cabeza.

—¿Hasta qué profundidad se explota así? —preguntó el procurador señalando las gradas que se advertían sobre la piedra del lado derecho.

Terencio tomó la iniciativa deseando callar al vigilante por la explosión de información que soltaba se le preguntase o no.

—Hasta el nivel más bajo, al pie del declive natural —dijo con resolución—. Después, si se desea seguir extrayendo, se baja verticalmente una o varias hiladas,

con lo que queda una pared vertical, el frente de cantera.

—¿De mucha profundidad? —volvió a preguntar Servilio Modesto.

—Depende de qué nos encontremos. Un cambio del tipo de subsuelo puede producir el fin de la veta rocosa. Otras veces, no se sigue hacia abajo por la dificultad de tener que subir los materiales desde el fondo de una cavidad demasiado profunda o por las dificultades de sacar el agua —contestó nuevamente Terencio.

—En el otro lado del camino, creí ver una galería al final de la pared vertical, ¿no? —advirtió el procurador.

Con solo dar unos pasos la comitiva se dirigió al otro extremo del trazado.

—Las galerías son un procedimiento de extracción poco productivo, la mayor parte de la roca debe permanecer en su sitio para garantizar la contención y la cubierta —explicó Cassio.

Terencio y Cassio se disputaban la vez para intervenir en la charla evitando la participación de Hermes. El ruido y el polvo formaban parte de la extraña atmósfera de inseguridad que percibía el procurador, cuya sensación se acrecentaba con el eco retumbón del hierro sobre la piedra. El corazón le latía cada vez más rápido, le costaba respirar y temió que un ataque de vértigo le hiciera perder el equilibrio. Solamente una vez se había apoderado de él la ansiedad, allá en Macedonia, hacía muchos años. El viejo intentaba controlar la respiración, tranquilizarse, aferrándose al recuerdo de su esposa en Emerita.

—Bajaré a ver esa galería con Hermes —espetó Servilio Modesto interrumpiendo el discurso de Cassio que abiertamente alababa su propia gestión; de extraordinaria la calificaba sin pudor, según decía, en aras a la verdad.

—Lo acompañaremos —dispuso enseguida Terencio.

—No. Bajaré solo con Hermes, lo prefiero así —ordenó el procurador con una autoridad hasta entonces inusual que no dio lugar a réplicas.

Mientras iniciaban el descenso se agarró al fuerte brazo del vigilante, al que confesó su indisposición.

—Bajaremos sin prisa, excelencia, agárrese fuerte, no se caerá.

Ir descendiendo al lado del enorme vigilante proporcionó al procurador una disminución de su nivel de angustia, que fue desapareciendo a medida que se aproximaban a la planicie. En el camino varios bloques de mármol permanecían sujetos por unas sogas, esperando la llegada de los bueyes para su traslado. Durante el recorrido se cruzaron con operarios afanados en su trabajo. Vestían calzón largo ajustado al tobillo, y algunos llevaban un mandil que rodeaba sus caderas y sus muslos o bien unas tiras anchas de cuero que servían para evitar el roce de los calderos o de cualquier otro material.

Un fuerte sonido que se iba haciendo más intenso por instantes provocó el estupor del procurador. Parecía como si un terremoto echara sobre su espalda el peso de las montañas y los escombros que los rodeaban. Se oyeron algunos gritos y a continuación un brusco impulso de Hermes arrolló, de un tremendo empujón, a

Servilio Modesto del camino. Todo fue tan rápido que la sorpresa del suceso permanecía en el rostro del procurador mientras volaba por los aires antes de recibir el impacto contra la tierra de la excavación. El jefe de los vigilantes cayó a su lado.

Un bloque de mármol estacionado en el camino se había soltado y bajaba frenético arrasándolo todo. Durante unos minutos aquel paisaje se convirtió en un caos. El choque con otros bloques de mármol agrupados en la llanura por fin frenó la caída de esa masa demoledora, cuya potencia había sido impulsada por la pendiente del camino. El ruido del choque fue ensordecedor y las consecuencias fatales. Los materiales que sirvieron de muro de contención se dispararon hacia los lados, devastando todo lo que se encontraba a su paso y arrastrando en su caída otros cascotes. Se oían gritos enloquecidos y una gran nube de polvo desdibujaba la realidad de la tragedia.

Hermes apenas tardó unos minutos en recuperar la movilidad. Su musculoso cuerpo presentaba magulladuras, moratones y sangre abundante que le bajaba de la cabeza y le inundaba la boca. Se tocó los labios y escupió. Se fue incorporando lentamente; el gesto de dolor de su cara reflejaba la contundencia del impacto y la dificultad en la movilidad del hombro hacía pensar en algún tipo de fractura. Pese a su estado, socorrió rápidamente al procurador, que permanecía inconsciente unos metros más allá. Limpió el rostro de Servilio Modesto. Su quietud anunciaba su fin, en cambio su corazón aún no se había rendido. Respiraba con dificultad. Hermes colocó sus manos sobre el pecho y sin saber muy bien cómo hacerlo, intentó ayudarlo a respirar. De vez en cuando paraba sus cuidados para dirigirse a los dioses, implorando ayuda. Si moría el procurador, nunca le concederían la libertad. Antes habían ocurrido otros accidentes en la cantera, pero este, si perecía el enviado del emperador, sería el más grave y le devolvería a las canteras hasta el final de sus días. La desesperación se apoderó de él. No dejaba de llorar, rezar y atender al procurador, mojado con su sangre el cuerpo tendido de Servilio Modesto. Un movimiento del maltrecho anciano le anunció que seguía con vida. El moribundo logró acercarse al oído del enloquecido vigilante tirando de la ropa.

—Hermes, llévame a Emerita, creo que me muero —dijo en un susurro.

Al escucharlo, el hombre se derrumbó llorando sin consuelo.

Al día siguiente la evaluación de los sucesos fue dramática. Hasta el momento habían muerto más de una docena de esclavos, un vigilante y un escultor, además de cuatro bueyes. Los heridos eran muchos y los daños materiales considerables. El taller donde se daba la primera forma a los sarcófagos, basas, fustes y cornisas, entre otros elementos arquitectónicos, había quedado destruido en una tercera parte y casi por entero el despacho administrativo, cuyos pergaminos habían sido dispersados a varias millas de distancia desde su antigua cámara de depósito.

El procurador tenía rotas dos costillas y el tobillo derecho. Su cuerpo dolorido se hallaba contusionado por completo y dos vistosas brechas coronaban su cabeza. Este había sido el diagnóstico del médico de las canteras, que se oponía a su traslado a la

capital. Sin embargo, nadie lograba hacer entrar en razón al herido, que después de la visita de aquel mandó llamar a Hermes a su tienda.

—Prepárate para mañana. Vindrás conmigo a Emerita. Así que tienes unas horas para pensar a quién vas a dejar como vigilante jefe de las canteras. ¿Será difícil esta elección? —Servilio Modesto le habló de forma entrecortada, pues hasta eso le producía dolor.

—No. Respondería con mi vida por la lealtad de quien ha de quedarse en mi lugar —atajó Hermes, sin mostrar sorpresa por el giro que tomaba su destino.

—A partir de hoy serás mi escolta personal, mi nuevo lictor. Confío en ti. Gracias por salvarme la vida.

Ante las últimas palabras del procurador, los dos hombres se miraron fijamente. Las muecas de sus caras revelaban una emoción que intentaban esconder. Los dioses estaban con ellos; de otro modo, no habrían sobrevivido a la caída.

—¿Y Albano? No quiero enemigos, excelencia —preguntó el nuevo lictor.

—No te preocupes por él, no le relevaré de sus funciones —contestó Servilio Modesto—. Quiero que sepas que a partir de ahora eres libre, no me importa lo que hubieras hecho antes.

—Procurador... yo...

Hermes se dio la vuelta y bajó la cabeza, tratando de contener sus emociones. Luego se arrodilló ante el lecho de su señor y lloró abiertamente. No podía controlarse. Era incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Había vivido su condena imaginando día tras día el momento de su libertad. Esa esperanza le permitió aguantar la dureza de las condiciones de trabajo y la falta de libertad. Algunos días sintió que no sobreviviría a ella. Y ahora, aquel viejo romano hacía realidad su sueño.

—Ahora vete, debo resolver otros asuntos —ordenó el procurador.

—Antes debo comunicarle algo que lo cambia todo —confesó el vigilante.

El procurador levantó los dedos dándole permiso para hablar.

—Mis hombres han investigado lo que ocurrió ayer, han inspeccionado los amarres del bloque de mármol y dicen que las sogas que lo sujetaban fueron cortadas sin duda alguna. Creo que alguien intenta matarlo excelencia —dijo Hermes.

—¡Jupiter Sagrado! —Fue todo lo que salió por la boca del procurador, que estimó conveniente mantener la versión del accidente.

## Se reúne la curia de Emerita

«No hay fortuna más peligrosa para un Pueblo que encontrar un Salvador que haga de esta misión el sentido de su vida».

Sexto Furnio Juliano tenía cara de circunstancias. Las preocupaciones contribuían a envejecer un rostro ya de por sí curtido bajo el sol lusitano y cuyas arrugas, levemente pronunciadas en su tez morena, le hacían parecer algo mayor que su esposa. Sus hundidos ojos marrones otorgaban a su mirada una profundidad que lo hacía respetable. Su cara era redonda, de labios gruesos y ancha nariz. Conservaba un fino y lacio cabello que peinaba como Augusto y al que había dedicado cumplido tiempo de conservación. No quería quedarse calvo; le desagradaba ese hecho, al que catalogaba entre sus pocas obsesiones. Su intento por llevar una vida basada en la virtud del punto medio, actitud que incluía una alimentación frugal, le había dotado de una figura delgada que realizaba su estatura. Furnio era un tipo gallardo, agraciado. Con todo, su principal atractivo residía en que inspiraba confianza apenas se le conocía.

Sentado en el despacho que le pertenecía temporalmente como duunviro de Augusta Emerita, permanecía pensativo. Parecía que todos se hubieren puesto de acuerdo para hacer recaer en su humilde persona secretos de una inmensa importancia. Sabina creía que su marido fue asesinado. Su viejo amigo Cornelio Severo quería casar a su hijo con Marcia. Luego estaba el legado del joyero, que aún no había recogido y aumentaba su zozobra. Y la última noticia la recibió del procurador. Solo hacía dos días que le confesó que únicamente se fiaba de Hermes y de él. Estaba convencido de que en las canteras lo habían intentado matar, aunque le había pedido que divulgara la versión del accidente. Por otra parte, el procurador le transmitió las noticias que Otón le había hecho llegar y que anunciaban dificultades; los acontecimientos seguían un curso cuyo final resultaba impredecible. Por el momento no corrían buenos tiempos para la causa de Galba y de Otón, que era la de todos los lusitanos. Esa misma mañana, en la sesión de la curia municipal, debía trasladar a los decuriones la realidad de tales hechos y debía hacerlo con ánimo optimista, maquillando ciertamente los sucesos, era un favor personal que le había pedido Servilio Modesto hasta ver en qué quedaba la aventura de los gobernadores hispanos. El procurador le convenció de que era demasiado pronto para trasladar la desesperación e incertidumbre que algunos días se vivía en la provincia Tarraconense. Furnio maquinaba versiones verosímiles sin dejar de preguntarse cómo comunicaría a sus semejantes el curso que seguía la guerra logrando engañar sin



engañar.

Valerio Hymino, el otro duunviro, ultimaba ciertos puntos del orden del día que necesitaba tratar con su colega antes de la reunión del senado. Los dos duunviros representaban la autoridad máxima en la colonia, tenían el mismo rango y podían vetar cada uno la decisión del otro. Tanto Valerio Hymino como Furnio preferían consensuar posturas para evitar semejante trance y repartir las competencias para hacer más eficiente su trabajo. El entendimiento entre los dos magistrados estaba sometido a tensiones, pues tenían caracteres muy contrarios y a veces chocaban, y aunque mantenían una aparente imagen de sintonía, nadie dudaba de los desencuentros entre ellos, al fin y al cabo, reflejo fiel de la competitiva naturaleza humana, como solían decir cuando las discrepancias se hacían más que evidentes.

El edil Cayo Voconio acudió al despacho de Furnio a primera hora, necesitaba hablarle antes de la reunión del senado.

—Dioses Lares que protegéis mi casa, proteged la vida de mi siempre bien hallado Cayo Voconio, nieto del gran Voconio, centurión del ejército romano que tras ocupar estas tierras nuestras hace más de noventa años fundó junto a otros Augusta Emerita.

Furnio se había levantado y se dirigió sonriente hacia el edil mientras pronunciaba con tono rimbombante su saludo. Los magistrados estrecharon calurosamente sus manos.

—¡Cómo te gusta decirme lo que sabes que tanto me satisface! —comentó Cayo Voconio en actitud complaciente.

—Mantengo una deuda de gratitud con tu familia. Ya sabes la amistad que unía a tu padre Voconio Próculo con el mío —dijo Furnio, evidenciando que era un hombre con memoria—. Y dime, ¿qué te trae por aquí?

—Antes de la sesión del senado necesito hablar contigo —Cayo Voconio cambió el tono, adoptando una expresión severa.

Furnio esperaba temeroso que le pidiera la mayor discreción para sus palabras, últimamente se había acostumbrado a escuchar esa introducción como preludeo de las más sorprendentes revelaciones.

—Mientras estabas en Roma, Valerio Hymino, con el consentimiento de la curia, nos propuso a Tito Emilio y a mí que nos ocupásemos temporalmente de algunos asuntos, porque no podía con todo. Nuestro querido Pompeyo Prisco se ofreció a colaborar y nosotros accedimos gustosos a aprovechar su experiencia —Cayo Voconio habló mientras el interés de Furnio se acrecentaba.

—Pompeyo Prisco era el amante más ferviente de Augusta Emerita y de su gente —Furnio se expresó con amargura.

—No lo dudo, Furnio. Te decía que una tarde se presentó en mi despacho Terencio, quería una lista de todas las obras públicas que saldrían a contrata, en particular preguntó por las obras del acueducto, luego por la gestión de las termas y por último se empeñó en convencerme de lo beneficioso de contratar una empresa

para el cobro de impuestos. Me dejó una propuesta sobre la mesa con una sustanciosa cantidad para mí —Cayo Voconio recalcó sus últimas palabras— si influía positivamente en sus intereses.

El asombro de Furnio fue mayúsculo.

—Nadie me ha informado de nada —contestó.

—Se lo dije a Valerio Hymino y me dijo que no le hiciera caso.

—Así que te ofreció dinero. ¡Vaya sorpresa! —habló Furnio cabizbajo. Durante su estancia en Roma habían pasado demasiadas cosas.

—Hay algo más. El día que Terencio me visitó, apareció Pompeyo Prisco para ayudarme, como de costumbre. Cuando vio a Terencio... —Cayo Voconio se interrumpió.

—¿¿Qué?! —preguntó Furnio con exigente interés.

—No sabes cómo se miraron, solo fue un segundo, pero había algo, algo —el edil no sabía explicar su sensación—. Y luego, al rato, cuando se marchó Terencio, Pompeyo Prisco insistió en saber qué le había llevado a visitarme. Por supuesto, le mentí, estaba obsesionado con que nunca debíamos tener tratos con él, que manchaba lo que tocaba. Yo no le pregunté a qué se refería, chismorreos sin pruebas no conducen a nada, y pasé del viejo.

—Pero ¿Valerio Hymino sabe todo esto?

—Se lo conté todo —Cayo Voconio siguió explicando los hechos—. Valerio Hymino le quitó importancia. Me dijo que Terencio fue esclavo. Su señor lo manumitió vía testamentaria. Según Valerio Hymino, está empeñado en hacerse rico y realizar donaciones a la comunidad para entrar en la curia y borrar así su procedencia, insistió en que no debíamos prestarle más atención, y que esta obsesión le hacía cometer excesos, como intentar sobornarme. Eso es lo que vengo a decirte. Si Terencio es uno de los nombres que vais a proponer en la elección extraordinaria de nuevos miembros de la curia, podéis contar con mi enfrentamiento directo a tal propuesta. Aunque sea una tontería, contaré lo que pasó. No me gusta ese hombre.

En ese momento Valerio Hymino entró en el despacho con un buen fajo de pergaminos bajo el brazo. Al ver al edil, le tendió la mano y los rollos rodaron por la habitación. El lugar de trabajo de cada duunviro era un habitáculo pequeño y cuadrado ubicado en el edificio situado a la izquierda del senado, en el foro municipal. Este edificio contenía, además, un despacho para los ediles, un archivo, un almacén y una espaciosa sala atendida por varios funcionarios municipales. Por allí pululaban los pregoneros, que cobraban trescientos sestercios mensuales, igual que los flautistas, cuatrocientos los carteros, quinientos los harúspices, los ordenanzas setecientos y algo mejor pagado resultaba el trabajo de los escribas, que percibían mil doscientos sestercios y que ejercían de secretarios en el devenir de la vida administrativa.

—¡Valerio Hymino! —Furnio llamó la atención de su compañero—. ¿Cómo no se me ha informado del intento de soborno de Terencio, ofreciendo dinero a nuestros

decuriones?

—¡Ah!, eso —Valerio Hymino contestó contrariado. La vieja historia de Cayo Voconio salía a relucir justo antes de la sesión del senado—. No debemos darle ninguna importancia, es una pamplina. Escuchadme los dos. No apoyo los métodos de Terencio, pero ya le he contado a Cayo Voconio por qué actúa así, y la colonia puede beneficiarse. ¿Habéis escuchado hablar de Quinto Torio Culeón? Fue contratista minero en Cástulo.

Tanto Furnio como Cayo Voconio negaron con la cabeza.

—Terencio ya me ha hablado varias veces de él. Trata de emular a este hombre, muerto hace unos años; es como una obsesión para él. Realizó la mayor donación de la que se tiene constancia en el imperio, más de veinte millones de sestercios, construyó la calzada de Almadén a Castulo y gran parte de la muralla del municipio, cedió terreno para baños públicos y perdonó deudas de más de diez millones de sestercios. Terencio está obsesionado con ganar todo lo que pueda. El mármol le genera importantes beneficios que desea invertir en Emerita para ser admitido como decurión en el senado. Trata de elevar su posición social.

Furnio resopló. Todo eso del origen no podía excusar una conducta tipificada como delito en el Código, y además, conseguir metas a cualquier precio terminaba por quebrantar el valor de la ética, que Furnio estimaba, como buen estoico, la virtud que debía presidir todo acto. Por mucho dinero y posición que Terencio tuviera, nunca sería feliz, así opinaba él, pues la felicidad descansaba en una vida virtuosa bajo el autocontrol y el desapego, liberada de pasiones, que a simple vista no sería nunca la vida de Terencio. Esta reflexión recalaba con convicción en el estoico Furnio, mientras escuchaba a Valerio Hymino relatar la dura vida del contratista del mármol.

—Valerio Hymino, durante estos días has estado convenciéndome de que sumáramos a los nombres de Ulpio Rufo y Emiliano Paculo el de Terencio para proponerlos en la elección extraordinaria de nuevos miembros de la curia. Te pregunto. ¿Te ha ofrecido dinero?

Valerio Hymino no sabía si estallar bajo la cólera que sentía por las palabras de Furnio que ponían en evidencia su integridad o llorar bajo la sensación de incompreensión y menosprecio que lo convertían en una víctima de la rectitud de Furnio. Hubo un silencio, casi se podía medir la tensión. El duunviro herido decidió contestar con valentía.

—Terencio me ha prometido algo, es cierto, pero no para mí. Las obras del acueducto están paralizadas. Tu visita a Roma no ha conseguido del emperador el envío de fondos para terminarlas. Terencio me ha prometido que él se haría cargo de los costes de un buen tramo. Y necesitamos el agua en Emerita, por eso quiero que entre en nuestra curia. ¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en ello? Todos salimos ganando, ¿no? Sin un acueducto nuevo, nuestra colonia no podrá convertirse en una capital de primer orden.

—¿Y por qué no entrega el dinero para las obras estando fuera de la curia si tanto le importa la colonia? Nos está pagando su ascenso social a un estamento superior.

—¿Y a nosotros, por qué deben importarnos sus motivos? —preguntó Valerio Hymino encendido.

—Porque los motivos son importantes —respondió Furnio.

—No todos somos tan virtuosos como tú, gran Furnio —apostilló humillado Valerio Hymino.

—Mira, querido colega, ese nombre va a quedar fuera de la propuesta que haremos hoy durante la sesión de la curia. Sobre este asunto debemos hablar bastante, pero será otro día. Y ahora debemos marcharnos si queremos ser puntuales.

Cayo Voconio se despidió de ambos con un sabor amargo. Había conseguido el propósito de su visita, pero era consciente de que al airear esta historia se abriría una brecha en el senado. Antes o después los decuriones conocerían las pretensiones de Terencio y sus promesas de financiación para la colonia, de las que cabía esperar buena acogida, pues albergaban aires de prosperidad para los lusitanos.

La curia de Emerita se emplazaba en una esquina del foro municipal y disponía de un vestíbulo que a su vez servía de tránsito hacia las restantes dependencias administrativas. El vestíbulo contenía estatuas de Augusto y otros personajes ilustres de la historia de Roma y de La Lusitania. Junto al fundador de la colonia se erigía también una recreación de su yerno Agripa, patrono de Augusta Emerita, impulsor de grandes obras que en el inicio de su fundación ya dieron cierta distinción a la colonia. Junto a ellos, el legado Publio Carisio, de cuya mano se asentaron los veteranos de las legiones v Alaudae y x Gémina, que lucharon en las guerras cántabras. La curia disponía de un estrado con cuatro asientos elevado por seis escalones y de un aforo de cien escaños, aunque en la actualidad solo ochenta permanecían ocupados. Estos escaños se repartían en número de veinte a lo largo de cinco filas, con un pasillo en el medio para hacer más cómodo el acceso de los senadores a la tribuna de oradores, y en la parte trasera se habían instalado dos bancos corridos para personal autorizado.

Tras el preceptivo acto de encomienda a los dioses, el escriba, con gesto rutinario, indicó que se hallaba dispuesto a levantar acta.

Valerio Hymino comenzó dando lectura al acta perteneciente a la sesión anterior, que fue aprobada con el consentimiento unánime de los decuriones. Pasó luego con rapidez a informar del estado de ejecución de algunos asuntos de su competencia.

—Os comunico que la estatua encargada a Aulo Gayo para honrar la memoria de Pompeyo Prisco está terminada. Debemos elegir el día de su colocación y los actos que celebraremos en su honor.

El duunviro no pudo terminar la frase ante el encendido aplauso que el resto de senadores tributó al viejo decurión muerto. Apenas se sentaron, de nuevo Valerio Hymino expuso los asuntos pendientes abreviando para entrar en la materia del día.

—La proposición del nombramiento de Diophanes como augustal quedará pendiente de votación hasta su vuelta de la guerra. He tenido una reunión con el colegio de augustales y me han comunicado que pueden esperar hasta entonces.

Los decuriones asintieron. Valerio Hymino continuó su intervención.

—Os informo de que las reformas en el frente escénico del teatro han finalizado y por tanto podemos comunicar formalmente al colegio de flámenes, del que está presente entre nosotros Cornelio Severo, nuestro insigne flamen provincial, que no es necesario retrasar por más tiempo la procesión de culto al divino Augusto.

Valerio Hymino levantó la vista del pergamino y al obtener el silencio como respuesta siguió con la lectura de las cuestiones pendientes.

—Tema de la asociación del gremio de las artes. Supongo que imagináis que en estos momentos están paralizados todos los permisos que Roma debe otorgar, con lo cual, informaremos a su presidente, el escultor Demetrios, que se tramitará su solicitud de asociación en cuanto las circunstancias lo permitan. Y, por último, quiero trasladaros que los ediles ya han empezado a conceder los permisos para vender en el anfiteatro.

Valerio Hymino se sentó mientras el escriba terminaba de anotar sus últimas palabras. Un cuchicheo generalizado se fue instalando en la sala en espera de que el funcionario municipal leyera los cinco puntos que anunciaban el orden del día previstos para esa sesión. El escriba proclamó con voz fuerte.

—Punto primero: debate sobre la creación de una nueva magistratura para administración y custodia de fondos públicos. Elección, en su caso, de un cuestor.

»Punto segundo: establecer los gastos para los rituales públicos.

»Punto tercero: elección extraordinaria de nuevos miembros para la curia. Se proponen los nombres de Ulpio Rufo y Emiliano Paculo.

»Punto cuarto: determinación de las jornadas gratuitas de trabajo y de las aportaciones particulares de cada ciudadano en beneficio de la colonia.

»Punto quinto: Sexto Furnio Juliano informará sobre los munera de dos mil sestercios que adeuda a las arcas públicas por su elección como duunviro, y de la carrera de carros que organizará en el circo donde empleará tal contribución, e informará igualmente del curso de la guerra en nombre de Servilio Modesto.

Arria Pale y Calpurnia formaban parte a esa misma hora de una realidad bien distinta. Se encaminaban a visitar al batanero, que les había mandado recado de que las telas procedentes de Roma habían llegado. Desde que Calpurnia intimó con Polonia y conoció la moda impuesta por Statilia Mesalina, la tercera esposa de Nerón, seguida en todo el imperio, su cuidada imagen se renovó sin escatimar en gastos; incluso la emperatriz podría copiar algunas de sus estolas o sus exuberantes peinados.

El batanero emeritense tenía muy buena fama entre los vecinos de la colonia; ninguna prenda salía de su tienda sin estar perfectamente limpia. Utilizaba el

procedimiento más habitual de cualquier lavandería, carbonato de sosa mezclado con orín, pero su obsesión por la limpieza le llevaba a pisar las prendas y a trasladarlas de un pilón a otro las veces que fueran necesarias. La batanería se situaba en una de las calles más próximas a la zona noreste de la muralla y, aunque molestara el olor del orín, ningún vecino se había quejado. Solamente una vez apercibieron los ediles al batanero, al que recomendaron estar al tanto de las ánforas de orín colocadas en la fachada de su establecimiento. En cuanto las ánforas estuvieran llenas del milagroso y repugnante líquido debían ser retiradas de la calle. Los transeúntes podían desahogar sus necesidades en estos sufridos recipientes, realizando con ello la labor social del día, como le gustaba repetir con sorna al lavandero, que se ahorraba ir a las letrinas públicas a por el desengrasante natural más poderoso que se conocía. Con todo, los viandantes no solo meaban en las ánforas, también se divertían alargando el chorro en otras direcciones. Inconveniente menor, consideraba el batanero, que limpiaba gustoso el orín con tal de ahorrarse un sestercio.

—Y dime, querida, ¿cuándo se han marchado al balneario? —preguntó con interés Calpurnia.

—Ayer, según me dijo Furnio. Todo el mundo ha recomendado al procurador para alivio de sus dolores las beneficiosas aguas del balneario —respondió Arria Pale—. Así que, aunque a regañadientes, se han marchado. El procurador no quería dejar a Emerita sin cabeza, ahora que también falta Otón.

—Con que Polonia deje en la colonia sus postizos tenemos cabeza suficiente, ¿no crees? —insinuó Calpurnia dando rienda suelta a su lengua viperina.

—Querida, pues a ti te ha faltado tiempo para encargarte pelucas y postizos rubios a su peluquera, debe ser que te gustan. —Arria Pale pestañeaba con garbo mientras recibía las miradas iracundas de la de Metellinum.

El batanero, muy reputado también por sus tintes, había comprado un almacén situado dos casas por encima de su negocio de limpieza y lo había acondicionado hasta convertirlo en una coqueta tienda con mercaderías, en la que despachaba lo último que se recibía en Roma, trayéndolo de allí. La mayoría de la población tejía sus propias túnicas comprando la lana al peso entre los ovejeros de la zona. Pero al batanero ese negocio no le interesaba. Sacaba mayor tajada vendiendo exquisiteces, aunque solo accediera a ellas una parte mínima del vecindario. Las sedas traídas de Oriente hacían furor entre la clase pudiente. En Emerita solo las más atrevidas las utilizaban, su precio y los vivos colores en que las teñían servían de acicate para la contención. Sin embargo, la llegada de la rumbosa Polonia despertó entre las patricias locales admiración por su indumentaria, impulsando las ventas del floreciente negocio. Todas querían imitar el estilo de Polonia, presidido por la exageración como característica definidora de su esencia. El batanero sacaba a las mujeres la nueva mercadería, lino cómodo y suave para las túnicas, lana procedente de Apulia de pelo corto, ideal para confeccionar capas. También habían llegado tejidos más lujosos, fino algodón de Egipto elaborado con hilos de oro y plata, incluso había recibido un

nuevo tejido sumamente ligero y transparente llamado viso, tan caro como la seda. Calpurnia protestaba por todo, rastrea cualquier imperfección que hiciera bajar el precio. El batanero ya la conocía, así que, haciendo la rebajita que ella reclamaba con insistencia, influía en su monedero con generosidad. En cambio, Arria Pale resultaba más difícil de convencer, gastaba menos y rara vez adquiría prendas ostentosas o llamativas, para ella el lino era perfecto. El ejemplo de su marido, que rechazaba el lujo y proclamaba la moderación como virtud de una vida feliz, condicionaba su impulso consumista.

Mientras las dos patricias peleaban con el batanero, Marcia visitaba el magnífico despacho de abogados que Capito había instalado cerca del foro municipal.

—¿Te acuerdas de las clases del gramático? —preguntó Marcia mientras sus recuerdos regresaban a la infancia.

—¡Cómo olvidar sus pellizcos! —contestó Capito.

—Pero si tú eras su preferido —dijo ella—, nunca probaste la palmeta. «Joven Capito, demuestre a sus compañeros el alma de un poeta», «Joven Capito, enseñe a estos brutos cómo se rebate una controversia». Sí, sí, era así, Capito.

—Exageras bastante —la amonestó él negando con la cabeza.

Los jóvenes mostraban afecto y confianza mientras intercambiaban sus burlas. Marcia hacía gala de la curiosidad que la dominaba, preguntando a Capito sin descanso el contenido de las leyes que cubrían las estanterías. Ahora que Diophanes se había marchado a la guerra, su interés por la medicina había decrecido en beneficio del derecho.

—Lex Iulia Municipalis, Lex Salpensana, Lex Malacitana... —Leía Marcia vocalizando lentamente.

—Vaya, vaya, te veo muy interesada en el derecho. ¿Quieres leer algunos artículos de las leyes? —le preguntó Capito divertido.

—No sé, ¿de qué hablan? —dudó Marcia.

—La primera contiene disposiciones relativas a la constitución de los municipios, las otras dos son ordenanzas municipales —explicó Capito.

—Es la primera vez que escucho estas palabras tan raras. Estudiar leyes debe ser difícilísimo y un poco aburrido —la cara de Marcia confirmaba sus palabras—. ¿Y las de ese mueble? —volvió a preguntar.

—¿Aquellas? —Quiso corroborar Capito señalando un grueso estante de madera de nogal—. Son las Constituciones Imperiales.

—Diophanes dice que el emperador manda en todo. ¿Solo él puede escribir esas Constituciones? —indagó Marcia—. La verdad, no sé si tantas leyes sirven para algo. Mi padre dice que la mayoría de nuestros vecinos cuando salen de la basílica hacen lo que les da la gana y que se apañan entre ellos.

Capito observaba los dedos de la muchacha recorrer rollos y pergaminos. Desde

que su padre le hablara de un posible matrimonio con Marcia, por supuesto si él así lo deseaba, los sentimientos del abogado abrasaban su ser. Desde siempre la había querido, y el solo hecho de pensar que ahora pudiera ser suya le inundaba de felicidad y le atormentaba al mismo tiempo. Soñaba despierto con ella, contando los segundos que faltaban para verla. El deseo de sentirla entre sus brazos ocupaba continuamente su pensamiento. Sin embargo, Capito era una persona tímida, y la duda sobre cómo acercarse a Marcia paralizaba todo intento de conquistarla, no sabía si explorar directamente su corazón o indagar por sendas paralelas. Le fascinaba el deseo de conocer de Marcia y la inocencia con que se atrevía a preguntar las cuestiones más descabelladas. Adoraba su pelo, su sonrisa, sus ojos verdes, su manera de andar..., se sentía preso de amor por una diosa sin defectos. Así la percibía. Y cuando llegaba a este punto de entrega, el miedo lo embestía con la misma intensidad que el amor. Esta corrosiva sensación solo le duraba unos instantes, cerraba los ojos y se imaginaba en el regazo de su madre, a la que no conoció, y entonces toda su angustia se transformaba en calma. Y recobrando de nuevo un pensamiento positivo, la confianza en sí mismo que le había permitido avanzar de modo sobresaliente en la vida, se divisaba como un hombre enamorado con un brillante futuro, correspondido por la más hermosa de las muchachas. Un amor que colmaría su corazón.

—Pues sí, debo admitir que Diophanes tiene algo de razón —concluyó Capito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marcia.

—Los emperadores empezaron por impedir a las asambleas populares hacer leyes en favor del senado, y luego recortaron poco a poco el poder del senado hasta convertirlo en un instrumento a su servicio, donde se impone la voluntad del César.

—Quieres decir que manda Nerón, ¿no? ¿Y si alguien no está de acuerdo? —insistió ella.

—Si alguien no está de acuerdo con el emperador, será mejor que él no se entere —respondió Capito deseando besar a Marcia.

La joven lo observaba con ojos muy abiertos, asombrada por sus palabras. El emperador era un mal bicho, había escuchado historias terribles que la gente contaba sobre él. Por fortuna, Emerita estaba lejos, nada debían temer de aquel monstruo, o eso creía ella. La muchacha estaba acostumbrada a la tranquilidad de su pueblo; había peleas, las menos, mortales, y otros delitos y también bastantes borrachos. Los que venían de Roma decían que había mucho atraso, ignorancia y pobreza por estas tierras. Pero su padre defendía que era un buen sitio para vivir y que la propia Roma estaba plagada de mendigos, que había tanta gente allí que no cabía en las calles. ¡Qué mundo más diferente era el de Roma! Pese a todo, Marcia soñaba con viajar allí algún día. ¡Cómo le gustaría visitar la gran metrópolis! Siempre que podía, se lo sugería a su padre. Había escuchado hablar de sus grandes edificios, que ocupaban millas y millas, de sus espectáculos y de tantas cosas que no conocía... Marcia suspiró con profundidad, olvidando ese lejano mundo al que su padre le había prometido que viajarían cuando la paz se impusiese en el imperio. Desenrolló uno de



los rollos clasificados por años y leyó en voz alta.

—Edictos del Emperador, Decretos, Respuestas, Mandatos y Epístolas —cuando terminó de pronunciar el último nombre, sus ojos se clavaron en los de Capito a modo de interrogación.

—Los edictos son órdenes generales promulgadas por el emperador y dirigidos a todos los ciudadanos —le contestó este, y luego calló—. ¡Oh, no, no! —El joven lanzó su queja al ver que Marcia demandaba más explicaciones—. No puedes aprender todo a la vez. Si quieres, al atardecer puedes venir a mi casa, que celebraremos una lectura pública, y seguimos hablando.

—Dependerá de la hora en que acabe la sesión del senado. ¿Cuándo formarás parte de la curia?

—Muy pronto —confirmó Capito—. ¿Te gusta la idea?

—Claro, tu destino es ese —rio con alegría la muchacha.

Cuantas cosas habría podido añadir Capito sobre el destino de ambos si se hubiera atrevido. Decididamente, debía poner una fecha para declararse a la joven, o quizás debería consultar con Furnio el asunto; de nuevo le asaltaban las dudas de siempre.

—Me voy, a ver si encuentro a mi madre —dijo Marcia.

—Te espero esta noche, si quieres, paso a recogerte —propuso él.

—¿Leeréis un trozo de *La Eneida*? —le preguntó con interés la joven.

—Para que luego digan que los emeritenses somos ignorantes —rio el abogado, sabiendo excepcional la educación de Marcia—. Mejor aún, si te atreves podrías leerla tú misma. En Roma las mujeres leen en público, ya no es como antes —insinuó retando a su enamorada.

—Estaré en mi casa esperándote —le contestó ella asomando la cara tras el quicio de la puerta.

Poco tardó la joven patricia en encontrar a su madre y a Calpurnia, que llevaba un envoltorio bajo el brazo y cara de haber conseguido satisfactorias rebajas.

—Hoy la fortuna me sonrío y el batanero se ha prodigado más que de costumbre —anunció la de Metellinum.

—Lo que tú no consigas, Calpurnia, pero ¿no te da vergüenza achucharle tanto? —Marcia no valía para eso.

—A ver si te crees, jovenzuela, que el calvo no se lleva lo suyo —advirtió en referencia al batanero—. Si no pudiera, no lo haría, y no voy a ser yo quien le pague de más.

—Algún día querría salir contigo de compras. ¿Puedo, madre?

—Eso está hecho. Ya eres más que una mujercita y debes lucirte bastante más. Arria Pale —miró a su amiga con reprobación—. Debes comprar a Marcia modelos un poquito más elegantes, a veces va un poco sosa.

—Querrás decir recargados, porque la sencillez es elegancia.

—Perdona, querida, pero la moda no es lo tuyo. También opino que debe salir más adornada, con joyas llamativas, que digan aquí estoy yo. Arria Pale, ¿Marcia no

tiene joyas? Yo le presto lo que haga falta, querida, se tiene que lucir más, se le está pasando la edad de casarse —y aun añadió en voz baja—. No sé cómo permites que siga soltera.

—Tengo de todo, mi madre me ha enseñado el ajuar —salió al quite la jovencuela—. Pero los collares me estorban, los alfileres me rozan y...

—Tu problema es que no estás acostumbrada y te puede la comodidad —le interrumpió Calpurnia—. Todo ayuda, y debes ir pensando en casarte pronto, Marcia. Arria Pale, ¿esta niña no tiene pretendientes?

Marcia explotó. Su madre alguna vez le hablaba de ese tema, pero ella hacía oídos sordos. «No me ha llegado la hora», era toda la contestación que daba cuando le sacaban el asunto en cuestión. Arria Pale le había prometido que se casaría con quien ella eligiese, que no la obligarían, pero debía tener en cuenta su posición. Ante el bufido de Marcia, Calpurnia decidió cambiar de tema y no excitarla más.

—¿Furnio irá a almorzar? —preguntó.

—No. Me dijo que el senado tenía una jornada larga, comerá en alguna taberna del foro —respondió Arria Pale.

—Entonces no habrá ningún inconveniente en que vengáis a tomar algo a mi domus —invitó la de Metellinum—. Marcia, si te apetece, podemos visitar mi jardín privado, te enseñaré mis famosas plantas, ya sabes que con la variedad adecuada, la cantidad y el rito necesario, las plantas pueden ayudarnos a conseguir muchas cosas.

—Por ejemplo, ¿hechizos de amor? —dijo entre risas la muchacha.

—No debes reírte de estas cosas —la amonestó Calpurnia muy seria—. Las plantas pueden devolverte la salud o privarte de ella para siempre. Por cierto, Arria Pale, ¿puede saberse cómo terminó el misterio de las plantas venenosas?

—No, amiga mía. Prohibido hablar del tema. ¿Lo has olvidado? —soltó Arria Pale tajante y con disgusto.

—Vivo rodeada de intrigas —se quejó Calpurnia—. Mi esposo y Pompeyo Prisco también andaban investigando cosas a escondidas cuando el pobrecillo falleció, pero yo no soy tan tonta como todos se creen y, aunque no me quieran contar nada, me entero de todo.

—¿Pompeyo Prisco y tu marido? —preguntó perpleja Arria Pale.

—Ahora te interesa el tema, ¿eh? Pues no voy a soltar prenda —respondió la otra con el brío de quien se sabe ganadora en el juego—. Vamos, Marcia, pequeña, ya verás cuántas cosas te voy a enseñar sobre las plantas.

La casa que Calpurnia y Sulpicio Superster habían alquilado a Aulo Gayo contaba con un espacioso huerto en la parte trasera. La voluntariosa matrona lo había reconvertido en un magnífico jardín repleto de plantas que vendía para uso cosmético y medicinal. Unas veces preparaba ella los remedios y otras vendía los tallos o las raíces de las plantas a los interesados. Su jardín era su pasión, y no escatimaba recursos para lograr las variedades más apreciadas de cualquier parte del mundo. Procedente de Arabia había conseguido cardamomo, que mezclado con vino era un

remedio magnífico para las afecciones del riñón o para la picadura del escorpión. También contaba con el mejor anís que existía, importado de Creta y Egipto, potente analgésico, afrodisíaco y diurético. El perejil de Macedonia, el comino de Etiopía, la mejorana de Chipre y otros muchos tipos de plantas. Nada más llegar a su casa, ordenó preparar la mesa mientras conducía a sus invitadas al lugar al que había dedicado ingentes horas de estudio, cuidados y mimos. De su abuela había heredado esta pasión, y sus prácticas habían conseguido acrecentar esa sabiduría, hasta lograr que su casa fuera reputada como el mejor punto de venta de medicinas y de cremas y aceites para el cabello y la piel.

—Marcia, ¿ves esa planta de ahí? —dijo Calpurnia.

—Sí, es tomillo —respondió la joven.

—Además de su uso en la cocina, si lo mezclamos con vinagre podría quitar la verruga de tu mano y el callo que tiene tu madre en el pie derecho —comentó con burla la dueña del jardín.

—¿Y para las pecas de tu espalda no tienes nada? —preguntó Marcia con retintín.

—He sabido que las patricias romanas pintan lunares en sus cuerpos, así que... — Calpurnia hablaba despacio—. No voy a quitarme ninguna peca de ningún sitio, pero, si quisiera —agregó—, utilizaría el lirio, que además de un remedio contra la tos y la ciática y contra la mordedura de serpiente, bebido con vinagre también quita las pecas.

—Yo sé que el laurel sirve para las picaduras de avispa —decidió sumarse Arria Pale a la conversación—. ¿Tiene alguna aplicación más?

—Pues sí, querida, se aplica contra el cansancio y para las enfermedades nerviosas —contestó Calpurnia—. Sabina solía llevarse mis preparados para las crisis de su esposo. Unos días antes de que muriese Pompeyo Prisco me visitó muy preocupada, porque el viejo no conseguía dormir y andaba muy nervioso. Sulpicio Superster me prohibió que hablase con nadie de las reuniones entre Pompeyo Prisco y él, incluso de sus visitas.

—¿Y cómo te enteras de tantos asuntos? —preguntó Arria Pale.

—Tengo mis métodos, querida, hasta ahí podíamos llegar, en mi propia casa y no enterarme de qué se habla con tanto secretismo. Aunque no me incumba, meto las narices; pero esta vez me pilló Sulpicio Superster espiándolos y me asustó su enfado. Pocas veces lo he visto así, por eso no puedo contarte nada —recalcó Calpurnia.

Furnio se encontraba en su despacho revisando el acta que el escriba había redactado y que recogía, paso a paso, la sesión matinal de la curia. Debían hojearla los cuatro magistrados, exponiendo las pertinentes modificaciones, antes de ser leída y aprobada en su caso, en la siguiente reunión del senado. A Furnio le gustaba revisarla enseguida, porque conservaba el discurrir de los hechos con más precisión en su memoria. En poco tiempo volverían a la curia para tratar el último punto del

orden del día. Estaba satisfecho con las resoluciones que se habían adoptado hasta ese momento, algunas de gran importancia para la vida de la colonia. Tras un acalorado debate con argumentaciones a favor y en contra de crear una nueva magistratura para temas económicos, las votaciones concluyeron favorables a ello. La cuestura se ejercería de forma colegiada, sus titulares serían elegidos por la asamblea del pueblo y realizarían el mismo tipo de juramento público que los duunviros o los ediles, igualmente debían antes presentar garantías de sus bienes y tendrían prohibido arrendar, comprar o ser socios de arrendadores o compradores de bienes públicos. Furnio estaba muy satisfecho con la creación de la nueva magistratura, que ya existía en otros municipios, pues dada la rapidez con que crecía Augusta Emerita y la gran cantidad de competencias que recaía en los duunviros, consideraba que aliviaría la tarea de estos en beneficio de la calidad en sus responsabilidades. El duunviro leía el acta en voz alta: «Los cuestores tendrán derecho y potestad para cobrar, gastar, guardar, administrar y pagar de los fondos públicos de esta colonia conforme hayan decidido los duunviros. Podrán tener a su servicio a esclavos públicos para el desempeño de sus funciones en la colonia». El texto estaba perfectamente claro.

Cornelio Severo dio dos toques en la puerta y asomó el rostro con decisión. Furnio no lo percibió en un primer momento, pues estaba absorto en la lectura. Cornelio Severo era un tipo alto, de espalda ancha, brazos hercúleos y abdomen recto, cuidado por el ejercicio y las tareas del campo, que se empeñaba en realizar para mantener a tono su musculatura. Contaba pocos años más que Furnio y con bastante menos pelo que este. Su calvicie era casi total, excepto por la corona de cabellos que asomaba indomable desde el cuello rodeando la superficie más baja de su testa. Sus ojos eran negros, con cejas anchas y abundantes, su nariz aguileña y sus labios pocos pronunciados.

—Dime que has distraído la mente y has salido de aquí después de la sesión.

—Tengo tarea pendiente —contestó Furnio.

—Eres incansable, pero todos tenemos un tope —le advirtió Cornelio Severo—. Últimamente te veo preocupado. ¿Qué ocurre?

Furnio se levantó y dio algunas palmadas en la espalda de su colega. Le agradecía el gesto, Cornelio Severo era su mejor amigo.

—Debes estar contento con el desarrollo de la sesión, has conseguido aprobar todas tus propuestas, incluso ha salido adelante el incremento de las jornadas de trabajo gratuito para la colonia.

—De cuatro a cinco, no es un triunfo tan exagerado —señaló Furnio.

—Sí lo es, hay gente que debe trabajar mucho y cumple esta obligación con gran esfuerzo —dijo Cornelio Severo.

—En realidad sí, tienes razón —contestó Furnio.

Cornelio Severo observaba al duunviro cabizbajo, falto de energía, y no sabía si obedecía al esfuerzo de todo el día o a otros problemas. Decidió tratar de avivar su ánimo.

—Y por fin parece que emplearás tus munera en una carrera de carros.

—Sí, después de pensarlo bien, me he inclinado por las carreras en el circo —contestó Furnio.

—Ya veo que no logré variar tu parecer, eres terco como diez mulas.

—Sabes que detesto el espectáculo cruel de la lucha de gladiadores —contestó con tono cansino el duunviro—. Y que Séneca opinaba igual que yo.

—Debéis ser los únicos que no os divertís con los combates y él ya no cuenta —reprochó Cornelio Severo—. El pueblo prefiere estos espectáculos a cualquier otro, y yo estoy con ellos. El valor de esos hombres que se enfrentan a la muerte es digno de admiración. Ese valor es el que ha hecho del pueblo romano una gran civilización. El pueblo quiere a los gladiadores.

—Con mi dinero organizaré lo que quiero, y ya sabes lo tercas que son diez mulas. Además, tengo mucho trabajo y poco tiempo para buscar gladiadores.

Cornelio Severo cambió de tema. Los munera de Furnio devenían batalla perdida. En cuanto a la cuestura, le unía a su amigo un mayor consenso. Ambos convenían importante servirse de la experiencia de otras poblaciones que contaban con esta magistratura. En cuanto las cosas se tranquilizasen un poco, viajarían a otros municipios recopilando información y experiencia precisa. Antes de marcharse y ante la insistencia de Cornelio Severo, Furnio prometió contarle su pesadumbre otro día.

Media hora después daba comienzo el último tramo de sesión. El punto pendiente del orden del día, el quinto, condujo a Furnio a informar sobre sus munera, la contribución honorífica de dos mil sestercios a la que estaba obligado por ser elegido duunviro y que sería ingresada en las arcas públicas al día siguiente. Furnio organizaría una carrera de carros. La curia nunca se había opuesto a la decisión de ninguno de sus miembros sobre cómo invertir un dinero privado que beneficiaba a la comunidad, pese a que cada uno tuviera sus preferencias a la hora de divertirse. Furnio describió fogoso el espectáculo con que obsequiaría a su pueblo, no había perdido detalle de las carreras a las que asistió en Roma y prometió un espectáculo insuperable. Los comentarios sobre los munera no daban más de sí. Se aproximaba el momento en que el duunviro debía contar cómo iba la guerra contra Nerón, por más que intentaba estirar sus predicciones de diversión en el circo. Casi todos los decuriones habían mostrado voraz interés por saber el curso de la guerra, pero Furnio les hizo esperar, no soltó prenda hasta el último momento. El silencio de la sala evidenció la ansiedad de los presentes por escuchar las noticias.

—Nuestro procurador Servilio Modesto hubiera deseado estar entre nosotros para transmitir las noticias que Otón le ha enviado desde la provincia Tarraconense, pero su desgraciado accidente en las canteras, del que os supongo enterados, le ha obligado a trasladarse al balneario de Aqua en espera de una pronta recuperación. —Una vez justificada la ausencia del procurador, Furnio abordó el tema de la guerra civil—. Ya conocéis que Julio Vindex, gobernador de la Galia Lugdunense, fue el primero en alzarse contra Nerón, ofreciendo a Galba la sucesión del imperio. Logró

reunir junto a las poblaciones de la Galia meridional un ejército de cien mil hombres, con juramento de obediencia al senado y al pueblo romano. El poderoso ejército del Rin asentado en territorio germano nada había dicho hasta entonces sobre este levantamiento, y el éxito de esta guerra dependía en buena parte del partido que tomara este numeroso contingente. Desafortunadamente, Lyon, que no se había sumado a la rebelión, pidió ayuda a Virginio Rufo, que al mando de las tropas del Rin acudió en su auxilio y con solo treinta mil hombres logró derrotar a las fuerzas de Vindex, quien, desesperado, se ha dado muerte.

En la curia de Augusta Emerita se hizo el silencio. No podían dar crédito a las palabras de Furnio. En el ánimo de todos estaba la buena disposición de los dioses para su causa, que, unida al noble propósito del levantamiento, hacía difícil creer las noticias que estaban escuchando. El silencio lo invadió todo.

—Otón no nos ha comunicado que vayan a combatir contra las tropas del Rin. Están esperando los próximos movimientos de Virginio Rufo. Al parecer, no todo está perdido. Las noticias que llegan desde Roma al campo de las Galias donde siguen instaladas las legiones germanas están incitando a estas a sumarse al levantamiento. Por lo visto en Roma las cosas pintan mal, hay tumultos populares ocasionados por la carestía y la guardia pretoriana no apoya a Nerón, al que ya ve cadáver. Así que Virginio Rufo y sus hombres, después de haber sido aplastado el levantamiento de Vindex en las Galias, ahora no saben qué hacer. Supliquemos a los dioses por que decidan tomar partido por nuestra causa. Por su parte, Galba, a través de Ninfidio Sabino, ha prometido un donativo de treinta mil sestercios a cada soldado de la guardia pretoriana de Nerón, siempre que apoyen su proclamación como nuevo emperador.

La curia no sabía si debía acoger la última parte del comunicado con algún tipo de esperanza. Nadie se atrevía a hacer comentario alguno. El mal comienzo en la guerra, con la muerte de Vindex, había destruido cualquier gozo posible. Por eso, cuando Furnio sugirió suplicar a los dioses y organizar una jornada de sacrificios públicos para cambiar el curso de los acontecimientos, el clamor de los decuriones emeritenses se aunó en una sola voz.

## Los munera

«El honor de ser político: la entrega desinteresada».

Como todas las mañanas, Furnio se había levantado antes de que los primeros rayos de sol asomasen en el cielo. Se aseó y a continuación cumplió sus obligaciones con los dioses Lares y Penates que protegían su hogar. Luego recibió a sus clientes, a los que entregó el donativo acostumbrado, y a continuación se acercó al salón donde se hallaba Arria Pale confeccionando coronas y guirnaldas de flores. Al día siguiente, nueve después de las calendas de junio, se celebraba la fiesta dedicada a la diosa Vesta, la Vestalia, y Arria Pale trabajaba sin descanso creando unas alegres combinaciones de flores con las que participar en la celebración dedicada a esta diosa. Para honrarla, ese día descansaban los panaderos, y los burros y los molinos, engalanados de flores, no se usaban.

Los esposos se besaron, apenas un roce en los labios. Furnio masajeó los hombros de su esposa mientras esta seguía confeccionando la última guirnalda.

—En cuanto acabe, me marcharé al foro a entregar al flamen las flores y los panes para la celebración de mañana —dijo Arria Pale.

—Esta vez te han salido las coronas más pequeñas —observó su esposo.

—¿Todavía te acuerdas de las que hice en abril? —se sorprendió ella.

Furnio frunció el cejo y la miró de soslayo, esbozando una sonrisa.

—No te acuerdas —ratificó la mujer de buen talante.

—Claro que sí, de todo lo tuyo me acuerdo siempre —señaló él, zalamero.

—Hacía tiempo que no estabas tan relajado, querido —puntualizó Arria Pale.

—Me hace mucha ilusión comunicar a nuestros vecinos los munera —dijo Furnio—. Un poco de diversión me vendrá bien después de tanta tensión. Tengo el discurso preparado, le daré el último repaso y luego me marcharé al foro. ¿Estarás allí para verme en la tribuna de oradores?

—Pues claro, mi visita a Sabina será rápida —respondió la emeritense—. ¡Ah, Furnio, se me olvidaba! Calpurnia me ha contado que hasta el mismo día de su muerte Pompeyo Prisco y su esposo estaban bastante atareados investigando asuntos que no ha querido explicarme porque Sulpicio Superster le ha prohibido hablar del tema.

Furnio miró a su esposa con asombro. Lo mismo no era nada, pero, al menos, tenía una pista que seguir. ¡Qué tenacidad la de las mujeres! Lo que ellas no consiguieran...

—Seré discreto, querida —le agradeció Furnio, mesándole el cabello.

El duunviro volvió sobre sus pasos, pero, apenas llegó al peristilo, se acordó de la propuesta de casamiento de Cornelio Severo, un tema que le rondaba la mente desde hacía semanas y que había pospuesto.

—Arria Pale, esta noche recuérdame que hablemos de un asunto que concierna a Marcia.

Inmediatamente intuyó la esposa que se trataba de un candidato para casar a su hija.

—Al menos, dime su nombre.

—¿Cómo sabes lo que voy a decirte? —preguntó Furnio.

—Sobre nuestra hija, solo puede ser una cosa —señaló sin titubeos la mujer.

—Capito quiere casarse con Marcia. Cornelio Severo demanda arreglarlo cuanto antes y yo también lo deseo.

Arria Pale sonrió, no sabía si Marcia sería del mismo parecer que todos ellos, pero realmente no podría tener un candidato mejor.

Mientras el esposo repasaba el discurso que pronunciaría en breve, Arria Pale ordenó a los esclavos empaquetar los presentes que entregarían al flamen para la fiesta. Aunque a ella le gustaba involucrarse y participar en todos los acontecimientos de la colonia, la fiesta en honor de Vesta, cuya misión era proteger los hogares y mantener la concordia, la seducía especialmente.

Había leído una y mil veces sobre las sacerdotisas de la diosa, las vestales. A ella le habría encantado un destino semejante. Furnio le había relatado historias realmente tristes sobre ellas para que entendiera que, además del honor del sacerdocio, soportaban una pesada carga. El servicio a la diosa Vesta duraba treinta años, durante los cuales debían mantenerse castas. Furnio le describió el enterramiento viva de una de ellas por faltar a este voto, él mismo lo presencié durante uno de sus viajes a Roma. Además, le hizo saber que, si el fuego del templo de Vesta se extinguía, era considerado una desgracia nacional y la culpable era azotada, incluso hasta la muerte. Pese a los aspectos negativos del sacerdocio de las seis vestales, Arria Pale siempre recalca los positivos. Las tenían en tanta estima que eran las únicas mujeres con autorización para hacer testamento ya en tiempos de la monarquía y administrar sus bienes sin tutores. Además, Polonia le había contado que, si se encontraban con un reo camino de la muerte, este quedaba absuelto, que tenían tribuna en los juegos públicos y su veredicto era decisivo para acabar o conservar la vida del gladiador. La tradicional mujer que raras veces se permitía soñar, cuando llegaban los días que rodeaban la Vestalia, caía en una sufrida nostalgia, imaginándose vestida de blanco y coronada con una ínfula, cual auténtica vestal.

Los esclavos sacaron a la señora de sus ensoñaciones al anunciarle que tenían todo preparado para marcharse al foro.

Furnio repasaba las fechas de su discurso. Había recurrido a las pocas anotaciones que con excelente criterio habían conservado los primeros magistrados de la colonia y que servirían para dar pompa a sus palabras y ensalzar la importancia del lugar en



el que vivían. Él consideraba que en momentos como estos, en que nadie sabía quién ganaría la guerra y qué imposiciones recaerían sobre Augusta Emerita por haber auspiciado el levantamiento, caso de perder, un poco de aliento no vendría mal para robustecer el corazón de sus vecinos.

A media mañana partió hacia el foro. El discurso había sido anunciado unos días antes por el pregonero con el resultado una gran afluencia, pues el duunviro debió abrirse paso entre la multitud congregada en el foro. Pocos pisaban la plaza casualmente. El calor se dejaba sentir bajo la turba apelotonada de curiosos. Los forasteros preguntaban la razón de la concentración, los vecinos, en cambio, voceaban sus prisas ante la tardanza del magistrado y el mucho trabajo pendiente. Los aromas se mezclaban delatando el variopinto público. Los perfumes más envolventes convivían con el sudor más pegajoso, fruto de la temprana llegada del verano y los trabajos físicos.

Furnio subió a la tribuna de oradores entre silbidos, voces y aplausos.

—Pueblo de Augusta Emerita, ha llegado el día en que os tribute mi mayor agradecimiento por la responsabilidad que me habéis otorgado en las pasadas elecciones, ostentando junto a Valerio Hymino, experimentado en el cargo, los más altos honores de representación y gobierno de nuestra colonia. Prometo no decepcionar la confianza que me habéis cedido, y trabajaré sin descanso por vuestro bienestar. Más de noventa años hace desde el día en que nuestro divino Augusto encargó al legado Publio Carisio la fundación de un nuevo pueblo, que solo diez años después ya era elevado a la categoría de capital de La Lusitania. Augusta Emerita fue creada para servir de retiro, premiando a los veteranos legionarios que lucharon en las guerras cántabras. La v Alaudae y la x Gémina fueron las legiones que plantaron el embrión de nuestra sociedad. El espíritu de lucha y progreso que presidió la vida de nuestros fundadores debe servirnos de ejemplo para afrontar con decisión cualquier destino que hayamos de compartir, queridos vecinos. Esperemos que los dioses nos brinden sus favores y la guerra en la que participan nuestros hijos, amigos, esposos y padres nos sea favorable y llegue pronto a su fin. Hasta ese momento, nuestra vida debe continuar con ánimo templado y optimista. En pocos días celebraremos la procesión de culto imperial, sirva mi anuncio para pedirnos una participación solícita a pesar de las circunstancias, como lo ha sido siempre la vuestra, y convirtamos ese día en una plegaria de súplica a los dioses y a los divinos antepasados de Nerón para que promuevan el fin de la tiranía.

La plebe elevó los brazos y la voz, suplicando apoyo de los cielos para los gobernadores Otón y Galba, cuyos destinos corrían un futuro tan incierto, como las noticias recibidas revelaban.

—Querido pueblo mío, además, he venido a anunciaros que mis obligados y por otra parte gustosos munera servirán para celebrar una espectacular carrera de cuadrigas en el circo, que será inigualable, fiel a las de la gran Roma.

El pueblo emeritense agradeció la contribución del duunviro con escandalera

revoltosa. Festejaba por anticipado los fastos del circo desterrando las penas.

—Las grandiosas proporciones de nuestro circo, cuyas reformas le conceden la altura de pocos en el imperio, me permitirán organizar una carrera que sobrepasará los límites de nuestra colonia. Preparaos para asistir al mayor espectáculo que hasta ese día se haya celebrado.

Capito se había sumado tarde al discurso del duunviro y observaba el gesto orgulloso de Marcia cuando veía a los vecinos jalearse a su padre.

—¿Estás contenta con los munera? —le preguntó.

—Mucho. Si fuera hombre, participaría, conduciría un bonito carro —agregó ella. La respuesta conmovió a Capito.

—Eres la mujer más increíble y más hermosa del mundo. ¿Te quieres casar conmigo? —soltó el joven abogado.

Marcia dio un respingo; su cuerpo quedó frente a Capito, que, de repente, se asustó por haberse dejado llevar por unos impulsos tan inhabituales en él.

—Espero no haberte incomodado, querida Marcia, ha sido una broma.

El corazón de la muchacha palpitaba encendido.

—Creí que hablabas en serio. De todas formas, ya debo ir pensando en casarme o me adjudicarán algún candidato que no quiera.

Capito se quedó boquiabierto, esas palabras significaban un sí, un no, un quizás o ¿qué?! La chica siguió con el tema.

—A lo mejor te parezco entrometida, pero ¿tú no tienes ninguna prometida en Roma? Nunca hablas de mujeres.

—Ante todo, soy un hombre respetuoso y galante. No hablaré de ninguna mujer delante de ti —respondió Capito.

La gentileza del abogado cortó el impulso de Marcia, y cuando él se dio cuenta de que perdía una oportunidad para indagar en los sentimientos de la joven, Furnio continuó su discurso y fue imposible recobrar su atención.

—Para terminar, aprovecho este gran aforo para sumarme al sentir del pueblo de Emerita por la muerte de nuestro ilustre joyero macedonio Alexander. Debéis tener el convencimiento de que su asesinato no quedará impune. Desde el gobierno se trabaja sin descanso, aunque no se encuentran demasiadas pistas al respecto, de manera que cualquier detalle de interés en la resolución del asesinato se premiará convenientemente.

El duunviro volvió a agradecer su nombramiento a los vecinos y terminó solicitando plegarias para los gobernadores hispanos y elevando salves a los dioses y a los césares que habían servido bien al pueblo romano.

Sabina agradecía cualquier visita con exquisitas atenciones. No salía de casa casi nunca desde que falleció Pompeyo Prisco y día a día iba sintiendo más la soledad de su falta. Sus dos hijos vivían en Roma. Al enterarse de la muerte del padre, acudieron

sin demora, aunque no llegaron a tiempo de asistir al funeral. En verano volverían sin prisas, le habían prometido a su desconsolada madre, a la que habían propuesto trasladarse con ellos. Ella se había negado, por mucho que fuese la capital del mundo. Nunca se iría de Augusta Emerita. Moriría allí y la enterrarían junto a su esposo. Últimamente le asaltaba la idea de crear una asociación para las mujeres de la colonia. Pompeyo Prisco, que había instigado el proyecto, estaría orgulloso de ella si lo llevaba a cabo. Entonces, Sabina le había mostrado sus reticencias, la edad la echaba para atrás, en cambio su esposo sostuvo que libre de la responsabilidad de la maternidad y con la experiencia que concede el paso del tiempo, era el momento apropiado. Y ahora la matrona emeritense estaba pensando preparar en su casa una sala donde sus vecinas pudieran reunirse igual que hacían sus maridos en el senado. Más vale tarde que nunca, se animaba a sí misma. Sabina y Arria Pale se conocían desde siempre, el gusto de sus maridos por la conversación las había llevado a tratarse con frecuencia.

—Pompeyo Prisco ha sido honrado como se merecía —dijo Arria Pale.

—Sí, querida, estoy muy agradecida a la colonia. Hoy he visto su estatua, Aulo Gayo le ha retratado con maestría.

—Ya veo que por fin te decides a salir. ¿Acudirás mañana a la celebración de la Vestalia? —le preguntó Arria Pale.

—Un rato, sí. No quiero hundirme. Mi esposo querría que asistiera a la fiesta, y eso es lo que vale para mí —contestó con amargura la vieja matrona—. Me criticarán por hacerlo, aún no ha pasado el tiempo de luto, pero me da igual.

—Vendré a buscarte, Sabina, me hace ilusión que vayamos juntas —confirmó la otra.

La idea de acudir acompañada por Arria Pale, con la que se entendía tan bien, llenó de gozo a la triste viuda.

—Sabina, ¿tú sabías qué investigaban Sulpicio Superster y tu esposo antes de morir? —La interrogó Arria Pale con voz suave.

—Cuando le arrebataron la vida, querida. Siempre defenderé que lo asesinaron para que ninguna conciencia criminal descanse en paz. ¿Tú me crees, no? —preguntó al cabo.

—Por supuesto, y Furnio también, pero lleva este asunto con prudencia.

Arria Pale no podía contestar otra cosa, era incapaz de imaginarse sin Furnio, de modo que comprendía el sufrimiento de su vecina.

—Un día fui a casa de Calpurnia a por el remedio para Pompeyo Prisco. Ya le conté a tu marido que había descubierto algo que lo tenía intranquilo, sin pegar ojo, y... como te iba diciendo, Calpurnia, muy misteriosa, me dijo que los dos, su marido y el mío, habían descubierto cosas sobre personas relevantes de la colonia; que además el mío sabía algo más, que no quería contar al suyo hasta tener pruebas. Me dijo que ella intentaría sonsacar a Sulpicio Superster y que yo hiciera lo mismo con Pompeyo Prisco. Por supuesto, al primer intento, Pompeyo Prisco me mandó callar,

me dijo que si los oídos oportunos me escuchaban, me sacarían los ojos —Sabina rompió a llorar—. Querida, yo deseaba su tranquilidad, nunca sospeché ningún peligro real, él siempre andaba metiéndose en todo. ¿Me comprendes Arria Pale?

—Claro, ¿qué hubieras podido hacer tú? —respondió con cariño.

Arria Pale pasó el brazo por los hombros de Sabina intentando consolarla. Al cabo de unos minutos se recompuso y, más serena, condujo a su vecina hasta un amplio salón.

—Me gustaría crear una asociación para mujeres; me sobra sitio en la casa y especialmente tiempo. Tiraré las paredes de atrás y podremos reunirnos.

—Apúntame la primera —dijo con entusiasmo Arria Pale.

Al bajar de la tribuna, la atención de Furnio se dividió entre saludar a los vecinos atendiendo sus demandas y buscar con la mirada al empleado del joyero. Ya iba siendo hora de recoger el legado del que le habían hecho heredero, quizás arrojase luz a la muerte de Alexander. Un cuarto de hora después, el muchacho llamaba su atención y con artificios de mago el magistrado se desentendió del grupo que lo rodeaba y desapareció del bullicio de la plaza siguiendo al empleado, al que no se le había quitado el susto del cuerpo.

—No pego ojo, duunviro, sueño todas las noches con el rostro desfigurado de mi maestro. ¿Quién ha podido hacerle eso? No llego a creer que haya acabado sus días así.

—Imagino lo mal que lo estarás pasando.

—Era muy buena persona, se fiaba de nosotros y nos pagaba a punto. Si alguna vez me salieron regular los engarces, no me reñía, ni me lo quitaba de lo del mes. Vuelvo a repetirlo, era muy buena persona. ¿Cómo han podido hacerle algo así? Es inhumano.

—Perdona, hijo, tengo entendido que pasaba temporadas fuera de la colonia. ¿Cómo os pagaba?

—A través del senador Norbano Mensor. Él le llevaba los papeles y las cuentas; aparecía de vez en cuando por la joyería.

Después de un tiempo callejeando sin sentido para averiguar si los seguían, el empleado señaló una humilde casa; allí vivía con sus padres y tres hermanos. El patio trasero lo utilizaban para desahogo de herramientas y otros chismes inservibles, como le gustaba repetir a la madre cuando tropezaba con ellos, maldiciendo la miseria. En verano les servía de aseo. El pozo del fondo, con agua abundante, cual maná, les permitía arrastrar la mugre de la piel y malgastar un bien tan codiciado. Al lado de la cocina había una amplia habitación. Allí comían, acercando y alejando una rústica mesa de madera a la chimenea. Solo la madre, que canturreaba a pleno pulmón, ocupaba la casa a esas horas cocinando; del fondo provenía un ruido de cazuelas. El muchacho rebuscó debajo del colchón de paja y de allí sacó una caja antigua de

madera labrada, cuyos bordes relucían por la incrustación de oro. Enseguida se la entregó al duunviro, que se maravilló por la extraordinaria belleza que sostenían sus dedos.

—No me gustaría tener nada que ver con lo que está pasando, yo soy inocente —recalcó el ayudante temeroso.

—Claro —resolvió el duunviro.

—No sé nada más. Por eso le agradecería que no me busque por este motivo —insistió el aprendiz—. Ya he cumplido con lo que a mí se me encomendó, y si hubiera sabido lo que pasaría, nunca hubiese escondido esa caja.

—Lo comprendo, no te molestaré, aunque deberás acudir como los demás a las citaciones que te hagamos a causa de la investigación, en eso no puedo ayudarte. Recuerda no hablar de la caja. Alexander te encargó que me la entregases y yo soy el responsable. Ahora debo marcharme, antes de que mi visita pueda comprometernos.

El intenso dolor de cabeza que atenazaba a Furnio no impidió su presencia en los interrogatorios de la tarde. Se citó a nuevos vecinos del joyero por si pudieran aportar novedades. Cayo Voconio parecía entusiasmado con su nueva profesión de investigador. Furnio se mantenía en un segundo plano y solo intervenía en ocasiones y para reconducir la postura del edil, recordándole que Alexander había muerto, disipando la florida banalidad con que este abordaba el interrogatorio. Nadie sabía nada, al menos relevante. Todos rescataban chismorreos que a ningún puerto conducían. Quizás la recompensa anunciada por Furnio sirviera para algo. Pronto finalizaron las preguntas de los magistrados ante las escuetas e inútiles respuestas de los vecinos. Cayo Voconio se sentía frustrado, no sabía por dónde coger el asunto.

—Me voy a tomar un rojizo aquí enfrente —dijo el edil refiriéndose a la taberna—. ¿Te apuntas, Furnio?

—Ya sabes que bebo poco. Aprovecharé para ir a las termas. Veremos si el agua calma este terrible dolor de cabeza que me alcanza incluso el oído.

—Mejor vete a casa y aplícate un remedio de Calpurnia —señaló Cayo Voconio.

—Quizás —contestó el duunviro levantando el brazo.

Las termas de la colonia estaban situadas en la calle Baños, paralela al foro municipal, a la altura del recinto porticado anexo al mismo, entre las dos plazas. Furnio tardó un periquete en sumergirse en el agua templada.

En las termas se reunían todas las clases sociales, la única separación era por sexos. Las mujeres tenían un horario propio, aunque podían coincidir con los hombres en el pequeño jardín de la palestra, donde la vestimenta actuaba de freno contra la lujuria. Últimamente se producían robos al amparo del bullicio y el senado de la colonia había instalado vigilancia en los vestuarios, aunque las clases pudientes preferían llevar esclavos para cuidar de sus pertenencias. Furnio saludó a Capito, que se entrenaba en la palestra con gran éxito de público. Practicaba ejercicio desde niño, Cornelio Severo le había inculcado que una mente clara iba acompañada del esfuerzo físico, de modo que Capito poseía un cuerpo vigoroso que más parecía el de un

legionario que el de un futuro senador. El muchacho encontraba alguna dificultad, el recinto era demasiado pequeño y casi no disponía de útiles deportivos. Los que querían trabajar a fondo su cuerpo se fabricaban sus propias herramientas. Y los otros, la mayoría curiosos que utilizaban este espacio para el ocio, molestaban sin complejos a quienes intentaban correr, saltar o realizar otras actividades. A Capito le fastidiaba esta costumbre. No entendía por qué se empeñaban en ir hasta la palestra para hablar; eso se prohibiría en cuanto él accediera al senado. Los pocos que se empleaban físicamente miraban al abogado culminar con gran destreza y método magistral sus ejercicios. A Capito le gustaba especialmente la lucha. ¡Cómo echaba de menos las palestras de Roma! ¡Allí se iba a sudar y no a conversar! Además de la lucha, en la palestra se practicaba la gimnasia, la jabalina y el disco y también el juego de pelota. A Furnio el deporte nunca le había llamado la atención, y solamente cuando Cornelio Severo se ponía muy pesado jugaba a la pelota para complacerlo. El dolor de cabeza persistía por lo que se sumergió en la bañera evitando la cháchara de los más parlanchines. Su cabeza clamaba silencio. ¡No debió ir a las termas!, pensaba con los ojos cerrados, cuando Sulpicio Superster acudió a saludarlo.

—¡Por Marte guerrero, que justa es nuestra causa y victoriosos saldremos de esta maldita guerra! ¡Bienvenido, Furnio, al imperio de los mortales! Por fin te encuentro entre el pueblo, lejos de tribunales y leyes. —Sulpicio Superster hablaba mientras sus hechuras ágiles originaban un maremoto, obligando al duunviro a emerger del agua temeroso de que esta se lo tragase.

—Tenía necesidad de relajarme un poco, no sabes cómo me duele la cabeza —devolvió Furnio el saludo sin más ceremonial.

—Cuando termines el baño, podías pasarte por casa. Calpurnia estará encantada de colocarte sobre la frente un poco de menta para frenar el dolor, a ella no le importará —le ofreció el provincial.

—No me hables de los remedios de Calpurnia, los tenemos todos, para las dolencias más urgentes, comunes y ocasionales, y sobre todo disponemos de mejunjes para el embellecimiento, palabras de mi esposa. —Furnio daba por perdida la batalla contra los potingues de las féminas—. Arria Pale confía ciegamente en Calpurnia y yo también, pero intentaré detener el dolor con la medida templada del agua.

—Como quieras, pero tenemos una edad, ya sabes. —El provincial le hablaba moviendo de sitio a los acomodados bañistas—. Al ver la aglomeración de los baños me daba cuenta de que debéis ampliarlos... Sé que va para largo..., primero tendremos que ver cómo acaba esta guerra. —Sulpicio Superster hablaba enlazando una idea tras otra—. Cuando ganemos, apuesto a que Galba accederá gustoso a finalizar el tan solicitado acueducto para Emerita.

Furnio cortó la perorata.

—No sabemos quién ganará la guerra, conviene no planear tan largo. ¿No?

—La ganaremos, sin duda la ganaremos, ya viste cómo comían nuestros pollos.

—El optimismo del augur y provincial le pareció a Furnio un despropósito—. Te decía, cuando Galba financie este acueducto que tanto se necesita, luego, deben ampliarse las termas, que se quedan pequeñas, andamos pegados unos con otros, además habría que pensar también en un ala propia para las mujeres, que ahora tienen un horario bastante reducido para disfrutar de los baños. ¿Qué piensa nuestro duunviro?

Sulpicio Superster era un trabajador infatigable, de grandes ideas, pero no era capaz de frenar su mente voraz, que le desbordaba con todo tipo de ocurrencias. Así ocupaba su tiempo de forma productiva, era su excusa cuando alguien le recordaba que estaban allí para divertirse; también yo, contestaba ufano. Menuda pareja, Pompeyo Prisco y él trabajando juntos. Furnio se acordó del difunto. Vaya dos que se habían juntado, serían capaces de remover cielo y tierra persiguiendo una quimera.

—Desde luego no me sorprende que un político de tu talla vea las mismas necesidades que el senado de Emerita tiene previstas cubrir —dijo el duunviro elogiándolo, aprovechando para meter mano al asunto de Pompeyo Prisco—. Debo reconocer que necesitamos unas termas más grandes. Lo primero es el acueducto, que nos hace más falta, y luego, aprovechando que este pasa junto al circo, se levantarán unas magníficas termas frente a él. Ya tenemos algunas ideas. Las termas se abastecerían directamente del acueducto mediante un depósito de distribución y la evacuación se haría al Barraeca, que está muy cerca. La palestra tendría una piscina de enormes dimensiones. Pero este proyecto no verá la luz inmediatamente.

—Ya imagino —añadió el provincial pensativo.

—Ahora estudiamos construir una piscina de agua helada —siguió Furnio.

—¿Como la que tiene Otón en su casa?

—Sí. A la colonia le vendría muy bien una piscina de esas. Ahora estamos calculando si el hielo que produce el pozo de nieve sería suficiente para abastecer nuestras necesidades —concluyó el duunviro su explicación.

—Interesante, interesante —fueron las palabras de su amigo.

Al cabo de un rato Furnio se levantó seguido de Sulpicio Superster. Le había comentado con mucho misterio que necesitaba hablar con él en privado. El augur saludaba a sus nuevos vecinos en tanto adecentaban convenientemente la sala de masajes. Por su parte, Furnio observaba el espacio que tenía delante y que servía para distribuir las diferentes estancias que componían las termas. Se trataba de un área cubierta por varias bóvedas de crucería que apoyaban sobre columnas adosadas a la pared. El pavimento estaba formado por amplias placas de mármol con discos de granito, mientras que las paredes estaban recubiertas por un zócalo de mármol policromado. El duunviro, que había visitado las termas de Agripa en el Campo de Marte, soñaba con reproducir esa belleza en Augusta Emerita, contentándose de momento con la semejanza de ambas en la gratuidad de sus servicios. Este deseo trajo a su mente el recuerdo de una de sus últimas lecturas. Durante la época de la República, muchos romanos consideraban el baño un lujo griego que hacía perder la

fuerza física. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces! Halys le contó que hacía más de dos siglos que el empresario Sergio Orata inventó la calefacción bajo el pavimento y las paredes, reproduciendo de forma artificial el fenómeno natural del agua y el vapor caliente. Con este descubrimiento nacieron las termas, y con ellas, una nueva forma de reunión y de ocio. ¡Qué maravilloso invento! ¡Cómo admiraba Furnio esas fascinantes mentes! ¡Esa primera ocurrencia que solo tienen los genios!

Sulpicio Superster llamó la atención del duunviro y en breves instantes se hallaban embadurnados y sumergidos en aceites y ungüentos olorosos que manos expertas restregaban sobre la reseca piel de ambos. Poco tardó el de Metellinum en abordar los intereses del duunviro, incitándolo a aclarar la misteriosa solicitud.

—Sí, bueno, no sé muy bien cómo empezar —dudaba Furnio—. Es algo delicado.

—No me arredro con facilidad —invitó Sulpicio Superster.

—Quizás Pompeyo Prisco fuese asesinado —soltó el duunviro, después de un rato discurriendo fórmulas sintácticas que no llegaban.

—¿Hay más gente que piensa como tú? —El provincial simulaba serenidad.

—No hay denuncia al respecto. Esta opinión la comparto con Sabina, que es de quien partió tal sospecha. Puedes estar tranquilo. Ella encontró a Pompeyo Prisco muy nervioso los días anteriores a su muerte y este le confesó algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Eso debes decírmelo tú —dijo el duunviro casi en tono de mando.

—Furnio, te recomiendo que no te metas en asuntos que no conoces. No estoy obligado a darte ninguna explicación —se defendió Sulpicio Superster—. Esta conversación ha llegado a su fin.

El duunviro se calló, había ido al grano demasiado rápido. ¡Había sido un bocazas! Debía buscar otra fórmula, pero le pareció empresa difícil por la falta de pistas. Dio palos de ciego, no tuvo suerte. Sulpicio Superster no soltaba prenda, se encontraba incómodo, el único motivo que lo mantenía allí era averiguar qué personas estaban al tanto de las ideas de Furnio. El duunviro jugó una última baza para sonsacar.

—Me pones en un aprieto. Te diré algo, pero promete mantener esta conversación en el más estricto secreto. El edil Cayo Voconio se entrevistó con Pompeyo Prisco antes de morir —mintió el duunviro.

—Maldito cabezota. Pompeyo Prisco no atendía a razones. ¿Así que el edil también está en el ajo? —interrogó Superster—. Le dije que no debíamos fiarnos de nadie, que debíamos esperar, pero Pompeyo Prisco tenía menos paciencia que yo.

Por fin lo había hecho reaccionar. El provincial se levantó de la camilla y mandó fuera a los masajistas. Furnio esperaba ayuda divina para salir del lío en el que estaba.

—¿Por quién sabes lo de la entrevista? —preguntó Superster.

—Por Cayo Voconio, que también cree que suceden cosas raras, y yo te aseguro que él no forma parte de ninguna conspiración —siguió Furnio con la mentira.

—Así que no fue él con el último que se entrevistó Pompeyo Prisco. Aún así, no



creas nada de lo que te diga el edil, tampoco debemos fiarnos de él —dijo en tono concluyente el provincial—. A lo mejor lo que sabía Pompeyo Prisco era sobre él, en la entrevista se lo dijo y lo mató... —hablaba en voz alta, siguiendo el hilo de una trama desconocida por completo para el duunviro—. Esto es un escándalo, cada vez hay más gente implicada y yo estoy aquí solo y sin ayuda de nadie.

Furnio creyó ver en su derrota una oportunidad para él.

—Yo estoy contigo, puedes confiar en mí.

—¡Cómo voy a confiar en ti! A lo mejor te ha mandado Cayo Voconio o cualquier otro para que averigües cuánto sé yo.

Aquello se liaba, debía encontrar rápidamente un anclaje firme para sustentar la confianza del de Metellinum o perdería la única pista que tenía.

—Sulpicio Superster, soy yo, Sexto Furnio Juliano, me conoces desde hace años, conoces a mi familia, en mi casa eres uno más y Calpurnia también. Conozco a tu familia, he ido contigo a Metellinum invitado por ti. Nuestras esposas son amigas, cenamos y honramos a nuestros dioses juntos. Yo no podría conspirar contra ti, tampoco contra Pompeyo Prisco. Sabina quiere saber qué descubrió su esposo que le costó la vida. Y yo también, se lo debo a los dos.

El provincial torció el gesto, le temblaba el pulso y tardaban las palabras.

—Es que realmente no sé qué había descubierto —por fin se sinceró.

—Pero vosotros dos trabajabais juntos, ¿en qué?

—Poco antes del levantamiento, coincidiendo con el nombramiento del nuevo procurador provincial, Otón me llamó y me hizo un encargo, mientras tú estabas en Roma. Para llevarlo a cabo me asignó la ayuda de Pompeyo Prisco. El gobernador sospechaba que la explotación de mármol cercana a Eborá estaba siendo objeto de un grave expolio. Me entregó las últimas cuentas que Cassio presentó en la reunión del concilio provincial. Ya se conocía el nombramiento de Servilio Modesto, que añadió más tensión. Otón desconfiaba de él, no sabía por qué motivo Nerón lo había nombrado en ese momento. Otón no sabía quién podía estar metido en esto, no descartaba incluso que las órdenes viniesen de arriba, me refiero al propio emperador.

—¿Y con vuestras investigaciones qué habéis descubierto?

—Por supuesto, Otón tenía razón en sus sospechas. Los números cantaban. Pompeyo Prisco y yo hicimos dos visitas a las canteras; se necesitan pruebas antes de acusar a nadie. Por otra parte, resulta imposible saber el nombre de todos los implicados en el robo. Planeábamos una estrategia cuando la muerte de Pompeyo Prisco suspendió nuestros trabajos, y el tema de la guerra ha terminado definitivamente con este asunto, del que no quiero volver a hablar.

—No reconozco la derrota en ti, y menos con todo lo que sabes —se opuso Furnio.

—Qué fácil es decir eso. No olvides que Pompeyo Prisco está muerto. Yo estoy solo, Otón no está aquí, no me fío de nadie y, por supuesto, las personas a las que probablemente salpicará el escándalo son muchas, con poder y dinero —advirtió el

provincial.

—Aparte de lo que me has contado. ¿Pompeyo Prisco sabía algo más? —El duunviro necesitaba controlar todos los pormenores.

—Sí. Pero no tengo idea de qué se trataba. Solo me dijo que primero se iba a entrevistar con una persona y luego me lo contaría todo. Y eso fue lo último que supe —concluyó Sulpicio Superster—. Esa misma noche, la de la entrevista, digo, murió.

—¿Tú crees que Pompeyo Prisco fue asesinado? —preguntó sin florituras el duunviro.

—Puede ser. Él estaba muy asustado —respondió el provincial.

El pesar se ciñó sobre ambos. Realmente se hallaban en una situación difícil. Furnio se sintió cerca de Sulpicio Superster, a la deriva. La desconfianza se apoderó del ánimo del senador emeritense, sintiéndose dentro de una gran burbuja sin aire que lo asfixiaba y lo inmovilizaba. Le fallaban las fuerzas. Creyó que perdería el conocimiento y, antes de que eso sucediera, susurró a su amigo.

—Vamos a tu casa a que me ponga Calpurnia menta sobre la frente.

## La procesión de culto imperial

«Años después todavía tributaba  
Augusta Emerita honores a quien la fundó.  
¿Qué más prueba de gratitud puede desear un hombre  
que ser adorado cual Dios Inmortal?».

Quince días después de una fecha tan señalada como el nueve de junio, durante la noche, conocieron los emeritenses las noticias traídas por un grupo de legionarios de parte de Marco Salvio Otón. Les hicieron saber que las legiones del Rin finalmente se sumaron al levantamiento de los hispanos, pero ofreciendo la púrpura a su jefe, Lucio Virginio Rufo, hombre honorable que rechazó aquel acto que lo hubiese elevado a la más alta magistratura del imperio. De acuerdo con Galba, decidieron que se debía remitir al senado de Roma la elección del nuevo emperador. El senado, envalentonado por tales acontecimientos, declaró a Nerón enemigo público, lo que fue conocido por este en la villa del liberto Faonte, a cuatro millas de Roma, donde estaba refugiado. Los legionarios anunciaron que el decreto del senado lo condenaba a perecer apaleado públicamente, con el cuerpo desnudo y un lazo alrededor de su cuello. Al parecer, cuando el tirano oyó el galope de los caballos enemigos, ayudado por su secretario, el liberto Epafrodites, se suicidó clavándose un puñal en la garganta. Eso sucedió el nueve de junio, coincidiendo con el aniversario del asesinato de Octavia, su primera mujer. Por último, habrían de saber que tanto el senado de Roma como la guardia pretoriana habían optado por elegir nuevo César a Galba. Habían ganado la guerra.

Esa mañana se celebraría en Augusta Emerita una procesión de culto imperial que partiendo del foro municipal llegaría hasta el teatro. Cornelio Severo la presidiría en calidad de flamen provincial, un sacerdocio de la más alta dignidad. Para la ocasión había donado un busto de Augusto con la cabeza cubierta, que sería portado en la procesión junto a los retratos de Julio César y Tiberio, que acompañaban al fundador en el peristilo del teatro, en la sala que habían construido en su memoria y la de sus herederos.

El flamen ultimaba su indumentaria. No era la primera vez que celebraba esta procesión, y pese a conocer a la perfección los pormenores, se encontraba algo nervioso por las circunstancias en que tendría lugar. La invocación saludando al emperador se había obviado y todo lo que guardaba relación con su persona. No habían dejado de llegar a la colonia rumores de todo tipo sobre el discurrir de la guerra. Capito lo acompañaba en esos momentos, también con inquietud, pero sus motivos eran bien distintos. Su padre le había comunicado que Furnio había aceptado

con enorme gratitud y honor el deseo del joven abogado de prometerse en matrimonio con Marcia y que le había asegurado que intentaría conducir a su hija hacia la confirmación de la propuesta, pues estaban seguros de que Capito la colmaría de felicidad. El abogado celebraba el agrado de Furnio y Arria Pale, pero dudaba del corazón de Marcia. Él quería que la joven le amase; debía conquistarla, lograr una proeza que lo convirtiese en un héroe. No podría destacar en una guerra en la que no participaba como hubiera sido su intención, sin embargo, después de escuchar las palabras de su amada, estaba considerando participar en la carrera de carros que pagaría su futuro suegro.

Por su parte, Furnio se había marchado a primera hora para revisar los preparativos del ceremonial en el templo, mientras Arria Pale y Marcia se acicalaban convenientemente para estar a la altura de la celebración. Marcia deseaba moldear sus cabellos, lograr unos rizos perfectos; según les había contado Polonia, era lo último que lucían las más bellas y poderosas mujeres en Roma a imagen de la emperatriz. Resplandecía feliz. Se reuniría con Calpurnia y Polonia, que siempre se disputaban la última palabra, las dos querían tener razón, de modo que los encontronazos estaban servidos. En esas situaciones su madre intentaba mediar al borde del colapso, pero ella disfrutaba viendo cómo se devolvían insultos soterrados bajo unas maneras exquisitas. El interés de Calpurnia en los últimos días residía en evitar que Polonia formara parte de la asociación de mujeres de Sabina, en el que la pomposa romana había solicitado entrar nada más enterarse. La de Metellinum abogaba porque la asociación tuviera un carácter local, lo que significaba que la esposa del procurador quedaría fuera. Su madre, en cambio, no quería excluir a nadie, y menos a tan primorosa señora. Intentaba hacer comprender a Calpurnia el beneficio para la asociación de contar con una socia tan distinguida, pero la otra contestaba que Sulpicio Superster formaba parte del concilio provincial, y esa ya devenía suficiente preeminencia.

—Joven Marcia, no debes moverte tanto —le dijo la nana, que había recibido unas rápidas instrucciones para rizar los cabellos.

Arria Pale había seguido con atención la conversación que Marcia le refería, esperando el momento adecuado para expresarle los sentimientos y las intenciones de Capito.

—¿Qué te parece lo que te cuento de Valeria? —insistía Marcia.

—Chiquilla, eso debe resolverlo cada persona y no es bueno interferir —recalcó la madre—. Son asuntos de dos, y tú no debes entrar.

—Pero tengo mi opinión.

—Aplicala si te llega la ocasión.

—¡Madre! —La joven alzó la voz mostrando su total desacuerdo.

—Querida niña, nunca se sabe lo que la vida nos deparará.

Arria Pale observó el rostro pensativo de la joven, y dado que el adulterio era el tema de la conversación que trataban, creyó buen momento para indagar en los

sentimientos de Marcia y recomendar un matrimonio juicioso.

—¿Te gusta algún joven, Marcia? —preguntó su madre.

La muchacha se giró absolutamente perpleja. Tenía confianza con su madre, pero nunca le había abierto su corazón hablándole de amor.

—No sé qué decirte —respondió aturdida.

—Entonces supongo que no te gusta ningún chico, porque a mí me puedes contar tus sentimientos —trató la madre de facilitarle el camino—. Nunca hemos hablado de tu casamiento, pero sabes que debes ir pensando en él.

—Sí, lo sé. De mis amigas soy la única que no tiene fecha de boda, bueno, y Flora, pero ella está prometida —dijo Marcia enfurruñando el gesto.

—Tú también podrías estarlo si quisieras, tienes un pretendiente que desea matrimonio. Te diré que está muy enamorado de ti y que es una persona excelente —comentó Arria Pale.

—¿Lo conozco? —preguntó la joven con desbordado entusiasmo.

La madre comprendía el alborozo de su hija por saberse querida.

—Sí.

Entonces Marcia comenzó a inquietarse, y dos grandes rosetones aparecieron en sus mejillas. Se levantó de la silla con los nervios a flor de piel y se puso a pasear de un lado a otro con media cabeza de rizos brincando a cada paso. No se atrevía a preguntar el nombre del pretendiente. La madre la tranquilizó, pues lo mismo parecía estar excitada de gozo que triste por la noticia.

—No tienes que casarte con él a la fuerza. Tu padre y yo dejaremos que busques la felicidad junto al hombre que decidas, pero hija, debes pensar en ese tema y decidirte pronto. Tranquilízate, no voy a decirte quién es.

Saber que no la obligarían a casarse la hizo abalanzarse cubriendo de besos a su madre.

—Dime quién es, por favor.

—Capito te ama con todo su corazón, así se lo ha hecho saber a tu padre.

Marcia se tiró sobre la cama, su mirada flotaba perdida. No había pensado en el abogado, y se sentía feliz por la noticia.

—¡Es tan guapo! ¡Y tan fuerte! ¡Siempre me cuenta cosas que no sé! Me gusta estar con él. ¿Crees que le quiero, madre? —preguntó Marcia en tono infantil.

—¡Divina Juno! Tú que proteges el matrimonio, no nos desampares —exclamó su madre ante el disparate que acababa de escuchar.

Arria Pale no dijo nada más. Ella todavía recordaba su noviazgo, cuando le ardía la piel y su cuerpo era materia inflamable asida al pulso de Furnio. No había dudas, su hija enamorada de Capito no estaba. Pero quizás le ocurriera lo que a otras mujeres, que de un día para otro les nacía la pasión.

—Solo tú puedes saberlo, no debes apresurarte en dar una respuesta, pasa más tiempo con él, conócelo —le propuso—. Y no te agobies. Si ahora no lo sabes, lo sabrás.

—Pero sí quiero casarme con él —dijo alegremente la hija.

—Mañana hablaremos más despacio.

Arria Pale temía que Marcia escogiera un esposo locamente. Cuando se hablaba del matrimonio, la muchacha opinaba que no era una decisión tan importante, porque si te equivocabas existía el divorcio. A Furnio le crispaba los nervios escucharla hablar con tanta frivolidad. Deseaba que reflexionara más sus opiniones, pero estaba claro que su hija no era tan cerebral como él.

—¿Y cuándo podría casarme? —preguntó la joven.

—Debes pensar en Capito. No me gustaría que le dieras un sí sin estar totalmente segura, no debes jugar con los sentimientos de los demás —dijo Arria Pale reprendiéndola con ternura.

Marcia se entristeció. Entonces su madre la abrazó, sabía que no actuaba de mala fe.

—Debes pensarte con tranquilidad lo que te acabo de decir, insisto, pasa tiempo con él y después hablaremos —volvió a recomendarle Arria Pale—. De todas formas, si te casases con Capito, antes deberíamos celebrar los esponsales.

—¿Y cómo lo celebraríamos?

—Conforme a la tradición, como lo han hecho tus amigas. Daríamos un banquete para sellar el compromiso y Capito te regalaría un anillo y una cantidad de plata.

Apenas le transmitió Arria Pale el deseo de su pretendiente, la imaginación de Marcia comenzó a volar transportándola al día mismo de la boda, donde ya se veía con el velo anaranjado cubriendo su cabeza y sobre él una corona con mejorana y flor de naranjo, y a su lado Capito, al que casi creía amar con frenesí.

—Marcia, hija, levanta de la cama y termina de arreglarte o llegaremos tarde al templo —concluyó Arria Pale.

Cornelio Severo se hallaba en el altar del templo dirigiendo los rituales que darían inicio a la procesión. Todos los senadores de Augusta Emerita y sus familias, además de los que pertenecían al concilio provincial y los representantes de otras curias lusitanas que habían podido desplazarse para la celebración del acto de culto, se hallaban en el recinto. En representación del gobierno de Roma figuraba el procurador Servilio Modesto, repuesto ya del incidente en las canteras.

El foro y las calles más próximas se iban llenando de vecinos que esperaban con paciencia la salida de las estatuas de sus emperadores, la de Nerón por el momento permanecía a buen recaudo, unos seres con un destino tan elevado que merecían las mismas consideraciones que los dioses, y ellos como pueblo los veneraban y vitoreaban con auténtica devoción de creyentes romanizados gracias al impulso de la maquinaria del potente estado, que trasladaba poco a poco su modelo de vida al resto del mundo conquistado: desde un lenguaje común hasta sus leyes.

Terminados los rituales, el flamen, vestido de púrpura y con el gorro cónico, salió

del templo a la par que el procurador. Las estatuas de los emperadores les seguían. Los aplausos y vítores de la multitud convirtieron el acto en una fervorosa manifestación de apoyo al imperio. Todavía no era de conocimiento público el suicidio de Nerón, de modo que las consignas coreadas elogiaban a los generales hispanos, cuya valentía podría salvarles del tirano. La guerra estaba presente en el corazón de todos los participantes en la procesión. El pueblo convertía esta entrega en un acto de amor que aseguraba la pervivencia de los césares en la memoria de los tiempos. En este rincón del imperio, los lusitanos, alimentados por la excitación desbordante de estos actos de culto, se sentían partícipes de un destino grande: de perder la guerra pagarían un alto precio; en cambio, con la victoria, escribirían una página en la historia como protagonistas principales. Solo la fe mantenía la esperanza de los lusitanos. La excitación de los congregados llegaba al límite. El calor y la densidad de la multitud provocaban desmayos. Los aguadores aprovechaban la oportunidad llevando vino entre sus reservas de agua. Hasta el momento ninguna pelea había enturbiado el ambiente.

Desde la tribuna de oradores las palabras de Cornelio Severo provocaron un sobrecogedor silencio poniendo fin al bullicio imponente de la turba, habló a la multitud con fuerza y entusiasmo sobre la guerra que habían apoyado como pueblo. Les dijo lo orgulloso que se sentía de pertenecer a una pequeña provincia del imperio que había sabido dar lo mejor de su sangre al ser requeridos por la ocasión. Cuando Capito escuchó esas palabras en boca de su padre quiso morir, se sintió un cobarde, nunca debió hacerle caso y quedarse junto a él. Debería haber participado en la guerra.

Tras el flamen provincial tomó la palabra Servilio Modesto, sosegando el ánimo del pueblo. Su intervención fue más didáctica, pues habló de las grandes hazañas de los más ilustres emperadores que habían servido con provecho a su pueblo y olvidó, a propósito, las locuras de algunos otros. Habló poco tiempo, la atención de la gente se dispersaba y el ruido entorpecía el sonido de su suave voz. Servilio Modesto finalizó precisando el recorrido de la procesión y la organización de la jornada: durante la tarde habría representaciones teatrales y de mimos gratuitas, por cuenta de Cornelio Severo. Y para poner fin a la jornada, se celebraría un banquete público.

La procesión se puso en marcha. Muchos caminaban detrás de las veneradas estatuas, aguantando el calor con sufrida paciencia, otros en cambio se dirigían a las tabernas o a las puertas del teatro para coger buen sitio. Furnio se desmarcó del séquito que marchaba a la cabeza de la procesión para buscar a su esposa y a su hija. El gentío hacía imposible su misión. A la altura del recinto anejo al foro se hizo la primera parada. Como en un papel mil veces representado, los asistentes detuvieron la marcha guardando un silencio absoluto y, tras sonar una campana de bronce, se leyeron algunos pasajes de filósofos y literatos que describían con bellas palabras la vida de los césares que glorificaban. A cada lectura le seguía el canto del coro colocado tras las imágenes. Furnio localizó a Aulo Gayo entre la multitud y le saludó

con un movimiento de ojos que fue correspondido por la sonrisa del escultor. Cuando la muchedumbre volvió a recobrar el paso, el duunviro alcanzó al artista.

—Cuánto tiempo fuera, querido maestro. ¿Le han tratado bien? —preguntó Furnio, que se alegraba de ver al escultor.

—Mi apreciado duunviro, me tratan de lujo en La Lusitania. Ya debería ir camino de Roma y aquí me tiene. El viaje a las canteras se ha alargado en exceso.

—¡Qué rápido pasa el tiempo!

—Al final, Demetrio y yo nos alargamos hasta Olissippo. Y convencí a Julio Ploto de que volviera a la colonia con motivo de la procesión; se aloja en casa de Demetrio conmigo. Está deseando saludarte —Aulo Gayo miró detrás de Furnio—. No veo a Arria Pale ni a tu chiquilla.

—No sé por qué se retrasan, también yo las busco —dijo Furnio—. Así que, el viejo Ploto anda por Emerita, de hoy no pasa que lo salude, dígaselo, maestro. ¡Es un gran amigo de la familia! ¿Se encuentra bien?

—En su mejor momento, según asegura él mismo —sonrió Aulo Gayo—. La colonia en cambio está revuelta desde la muerte de Alexander. ¿No lo nota, duunviro? Hasta el aire tiene mal olor. Para Demetrio la noticia de su fallecimiento ha sido terrible.

—Sí, eran muy amigos. Es necesario encontrar al asesino cuanto antes. Hay miedo en la ciudadanía —señaló el duunviro con el rictus serio—. Aunque poco hemos avanzado.

—Ha sido tan cruel su muerte.

El rostro de los dos se acompasó en la perplejidad.

—Quisiera cambiar de tema, maestro. ¡Cómo me agrada volver a verlo, Aulo Gayo! Debemos conversar. ¿Qué le parece venir a cenar cualquier noche con nosotros? Arria Pale estará encantada. Por supuesto la invitación se hace extensiva también a Ploto y a Demetrio.

—Lo haremos con mucho gusto, claro que sí —confirmó el artista con emoción.

En ese momento tiró de la toga de Aulo Gayo una señora de las muchas que a diario le atosigaban esperando que aceptase un encargo. Furnio se apartó de la abarrotada procesión para despejar su visión.

Pequeñas lucernas encendidas brillaban sobre las manos de muchos acólitos que marchaban tras los pasos de las imágenes veneradas. Furnio saludaba con parsimonia. Todavía no había abierto la caja que recibió del empleado del joyero. La tenía a buen recaudo. Cornelio Severo le había ofrecido su casa como depósito y le incitaba continuamente a conocer su contenido. El problema ya existe y se agrava a cada minuto que le volvemos la espalda, explicaba este. Y tenía razón, claro, pero de momento no se abriría.

El duunviro divisó a Capito, que hablaba animadamente con la pareja de libertos Halys y Euterpe. El bibliotecario estaba haciendo un trabajo exquisito, pensó Furnio, tanto en el senado, embelleciéndolo con mucho gusto, como en la biblioteca. Ya



podían hojearse muchos de los pergaminos, manuscritos y libros que trajo consigo desde Roma. ¡Admirable la dedicación del liberto! El duunviro observaba a la muchedumbre, la mayoría ni siquiera sabía quién era Tiberio. Se acordó de Diophanes, de su agudo juicio crítico; de haber estado allí, habría arremetido contra estos actos propagandísticos de Roma. Según él, estas procesiones servían para convertir a los emperadores en dioses, lo que le parecía una manera simple e inteligente de transformar la lealtad religiosa en política. Diophanes tenía alma de filósofo. ¿Qué sería del médico? Debía preguntar por él. Averiguar cuál era su suerte. Al fin y al cabo, era considerado uno más en su casa y ellos su única familia. El duunviro distrajo su mirada paseándola entre la multitud. La cola de la procesión se mostraba festiva, sin la formalidad observada en los primeros puestos de la misma. Poco a poco iba disminuyendo la aglomeración. Y entonces su pensamiento se centró en el procurador Servilio Modesto, al que había considerado gran amigo desde que lo conociera en el viaje, igual que al maestro Aulo Gayo. Sin embargo, el curso de los acontecimientos parecía convertirlo en un enemigo dudoso. Era lo peor que le podía pasar al duunviro. Él sabía manejarse cuando conocía al que tenía enfrente, pero no discernir si podía confiar en alguien lo sacaba de quicio, porque cuestionaba cada paso obsesivamente. La desconfianza se había instalado entre él y Servilio Modesto, y no sabía cómo tratarlo. El procurador ya le había mandado algunos recados para que se acercara a verlo desde que llegó del balneario. A sus invitaciones contestaba que iría enseguida, tan pronto el trabajo le dejara un respiro. Responder eso al procurador era un despropósito en toda regla. Furnio era consciente de que debía acudir a visitarlo o no habría excusa que alegar. Esta obligación azuzaba su angustia. Y entonces, paralizando su acción, se repetía como un credo manido al que no podía aferrarse: la peor amenaza es la invisible.

Al rato, sus pensamientos cedieron el pulso del momento presente, y cuando ya se había resignado a no encontrar a su familia, vio tres figuras conocidas a lo lejos.

—Sabina, mis ojos celebran verte entre mis mujeres y con tan buena presencia —dijo Furnio sincero.

—Se agradecen las palabras en estos tiempos en que pocas son las galanterías para las viejas señoras, querido Furnio —señaló con pesadumbre la matrona.

—Y, sin embargo, cumplir años es el mejor regalo que nos brinda la vida —contestó filosóficamente el duunviro.

Sabina corroboró sus palabras y se incorporaron a la cola de la procesión.

Después de algo más de una hora recorriendo las principales calles de Emerita, el flamen, con el consentimiento de otras autoridades, decidió acortar el itinerario debido al calor e iniciaron la recta final, en dirección al teatro.

La procesión finalizó con la entrada de las estatuas en la sala del peristilo, construido a instancias municipales para honrar a su fundador. Tras la siesta daban comienzo las representaciones teatrales, que no era la diversión favorita de los emeritenses, pero sí la más conveniente a esta celebración. A las autoridades se

reservaban los primeros puestos en las gradas, según la categoría de las magistraturas, de manera que detrás de Polonia, había de situarse Calpurnia, y, tras esta, Arria Pale junto a Sabina.

—Querida amiga —llamó Calpurnia la atención de la romana—. El calor está derritiendo tu maquillaje, deberías retocártelo un poco.

—Gracias, Calpurnia, tú siempre tan servicial, quizás podrías acompañarme, tengo a mi doncella esperando junto a la primera entrada. Seguro que trae algo para taparte esas feas manchas de tus pómulos, o ¿son pecas? —Devolvió el golpe Polonia—. Aunque si son del sol, no lograrás disimularlas, pero hemos de intentarlo, querida. ¿Vienes tú también, Arria Pale?

—No, tengo los pies caldeados, me gustaría descansar, gracias. —La emeritense evitaba la penitencia del camino.

—¡Venus divina! Te quejas con razón, hija —dijo Sabina en cuanto pudo—. Creo que pasaremos unos días bastante entretenidos en la asociación.

En ese momento llegó Quinto Julio Ploto, que había divisado a Arria Pale y se dirigió hacia ella con el más efusivo de los saludos, molestando al pasar a senadores y magistrados que ocupaban los primeros asientos en el teatro. Él era así, si había que molestar, se molestaba, y si era por una mujer, entonces con más motivo. Tenía un encanto bruto. Todo el mundo se enteró de lo espléndida que se conservaba la mujer de Furnio. En poco tiempo, hasta Sabina encajó permanentemente una sonrisa gracias a ese truhán grandullón, al que sus exageradas maneras le conferían un estilo particular y al que todos acababan acostumbrándose y aceptando por pura camaradería en el trato. Quinto Julio Ploto, de ascendencia itálica, vivía en Olissippo. Diez años atrás formó parte del concilio provincial, ocupando además el sacerdocio más ilustre al que se podía aspirar en una provincia, el flaminado. Vivió varios años en Augusta Emerita. Justo cuando llegó Otón, decidió marcharse a su casa para ocuparse personalmente de los asuntos de su municipio y de su boyante negocio de barcos. Poseía la mayor flota que navegaba por el Atlántico. El puerto de Olissippo cada vez daba más entrada y salida a las mercancías que transitaban de un lado a otro del imperio, aunque por supuesto aún no podía compararse con Gades o Carthago Nova, pero se les iba acercando. Julio Ploto no podía quejarse, su flota había aumentado considerablemente en pocos años, igual que su capital. Furnio esperó que el gran empresario, que se deshacía en adjetivos elogiosos cortejando a las dos mujeres, acabara, para saludarlo. Entonces, este se abalanzó sobre el duunviro con una intensidad equivalente a los años que llevaban sin verse, forzando el balanceo de su amigo, a quien doblaba en peso.

—Estás más calvo, y seguro que más sordo, mi buen amigo Furnio, debiste instalarte conmigo en la costa, la brisa rejuvenece. ¿No ves mi piel? —dijo chispeante el cordial Ploto.

Furnio se rio a pleno pulmón, elevando la voz en contraste con su habitual moderación.

—Un poco más delgado sí te veo. Crispula te tiene a raya con la comida, ¿eh? —dijo el duunviro compartiendo la actitud desenfadada de su amigo.

—Eso ha sido un golpe bajo, bribón —contestó el de Olissippo—. Es lo que le digo a mi mujer, tus cuidados terminarán por matarme. Ni caso me hace, no me deja comer y tampoco beber, que es peor aún, pero pienso resarcirme con creces estos días.

—En mi casa tienes pendiente una cena, te pondré un faisán exquisito con relleno, como a ti te gusta, eso sí, vigilaré que comas poquito —puntualizó Arria Pale—, para que aguantes muchos años más a Crispula.

—Esto es la guerra, Furnio —dijo el empresario de barcos guiñándole un ojo.

—No puedes quejarte, canalla. Crispula te quiere con locura —confirmó Arria Pale.

—Me ha dado un presente para ti y para Marcia —explicó Ploto—. Le hubiese gustado acompañarme, pero los dolores de huesos no le permiten viajar. Os aviso que vengo con intenciones de llevaros a Olissippo. Podremos salir a navegar, Furnio, que sé cuánto te gusta. Bueno, y dónde está Marcia. ¿Se ha casado o no? Todavía me queda un hijo soltero.

A las dos familias las unía un largo tiempo de amistad.

—¿Qué te trae hasta Emerita? ¿Puro ocio? —preguntó Furnio.

—Luego en el banquete te contaré, cuando podamos apartarnos de los oídos ajenos —contestó Ploto bajando la voz—. ¿Y Cornelio Severo? —retomó el diálogo en el tono jocosos que acostumbraba—. Lo suyo es la política. Al terminar el discurso tenía al pueblo comiendo de su mano, ¿eh, Furnio? Y no ese Nerón, un puñal en el pecho es lo que se merece. ¿Se sabe algo de la guerra? A Olissippo llegan noticias poco fiables.

Furnio le contó los últimos movimientos de los bandos, nada estaba claro. Y en esa conversación les pilló el anuncio de las representaciones teatrales.

El espectáculo comenzó con una pantomima. Un coro con instrumentos musicales cantaba las letras del pasaje interpretado a través de la danza y la mímica.

—No creas que no tiene su dificultad —dijo Halys a Capito—. Date cuenta de que van enmascarados y no pueden ayudarse de la expresividad de los ojos y el rostro. Todo su cuerpo es puro movimiento, en especial las manos.

—No me convences, amigo. No me gustan los pantomimos —concluyó Capito.

—¿Has conocido a Paris? —preguntó el bibliotecario.

—Lo vi actuar alguna vez, sí —contestó el abogado.

—Es el mejor de los pantomimos de Roma, a mí me encanta, su cuerpo es pura expresión, habla por sí solo —terció Euterpe.

—Pues bien, una vez Demetrio el cínico —continuó Halys.

—¿El filósofo? —interrumpió Capito.

—Sí. A Demetrio se le ocurrió hablar con desprecio de las pantomimas. Y Paris, al escucharlo, bailó ante él el adulterio de Ares y Afrodita haciendo cambiar de opinión al filósofo, que hubo de retractarse.

—Cuando sean representadas las pantomimas por mujeres a lo mejor cambio de parecer. ¿No crees Euterpe? —comentó Capito con cara de burla.

La construcción del teatro de Augusta Emerita la había instado el patrono de la colonia, Marco Vespasiano Agripa, diez años después de su fundación. Había sufrido varias remodelaciones desde entonces. La más importante, apenas hacía unos años, embelleciendo el frente escénico, que contaba con un podio de elevadas proporciones sobre el que resplandecían dos cuerpos de columnas corintias repletos de estatuas de miembros de la casa imperial y divinidades del panteón clásico. Capito admiraba extasiado aquella monumental obra arquitectónica, la pantomima la dejaba para otros, le fascinaban sobre todo las estatuas de Ceres y Serapis. El teatro seguía las normas de Vitrubio, contaba con un graderío dividido en tres sectores con cabida para más de cinco mil personas.

Capito despertó de su ensimismamiento. El graderío reía a carcajadas. Se representaba una farsa de Plauto, cuyo protagonista era un engreído soldado de quien todos se burlaban solapadamente: *El soldado fanfarrón*. El pueblo toleraba con gusto las obras de Plauto por su lenguaje coloquial, cargado de obscenidades y groserías. Sus personajes se prestaban a ello, jóvenes alocados y calaveras, cortesanas, alcahuetes, traficantes de esclavos, viejos verdes y gruñones, parásitos.

—¿Quién es ese? —preguntó distraído Capito.

—¿No sigues la obra? —se sorprendió Halys—. Es el criado Palestrion, está haciendo una abertura en la pared para que su anterior amo pueda visitar a la prometida de su señor actual. Le está bien empleado por fanfarrón.

Capito tenía sus preferencias en literatura.

—Si he de ver comedias, prefiero las de Terencio. Son más ingeniosas y sutiles. El humor de Plauto se basa en el chiste fácil y en los juegos de palabras, que para la plebe está bien, claro —dijo Capito con evidente desprecio—. Terencio me parece más refinado; domina la trama y los personajes y de ahí obtiene las situaciones graciosas. No me negarás que tiene más talento.

—A mí me gusta Terencio, pero también Plauto. No se diferencian tanto, has de admitir que los dos se apoyan en tramas dobles para construir sus obras —señaló Halys con sabiduría—. Plauto recurre con más frecuencia al engaño y a la confusión, mientras que Terencio pone mayor énfasis en la falsa identidad de los personajes. Pero no veo tanta diferencia entre ellos, me gustan los dos.

—¿Has estudiado la obra de estos autores? —preguntó Capito absolutamente sorprendido por el razonamiento del liberto imperial.

—Leo bastante y en general me suele gustar lo que se escribe. Recuerda que estoy montando la biblioteca de Augusta Emerita. Vivo entre libros —rio Halys.

—Todavía no me he acercado a verte, discúlpame. No sabes lo liado que estoy —

se sinceró el abogado—. Aunque la semana próxima me tienes en la biblioteca sin falta.

Entre los espectadores del teatro había de todo. Algunos acudían cargados de chacina, agua y vino, que consumían alegremente convidando a los demás. Otros llegaban directamente de la taberna, molestando sin complejos, y su atrevida embriaguez provocaba las risas de los más comprensivos y las miradas iracundas de los que deseaban escuchar la representación. Los había que increpaban desde las gradas a los actores a voces, con bravuconadas propiciadas por las escenas obscenas o de situaciones límites, siendo correspondidos a veces eufóricamente por otros. Los magistrados procuraban mantener el decoro, pese a ello, los más juerguistas, y después de unos tragos, también hacían gala de una cierta relajación.

Marcia localizó a Capito y aprovechando la desenvoltura en el escenario se acercó a él.

—¿No te gusta la obra? —le preguntó el abogado achuchándose contra Halys.

—Sí, ya va desenredándose la maraña. Me encantan las comedias de Plauto —contestó Marcia—. Siempre le digo a mi padre que no contraten tragedias, son tremendamente aburridas y tristes, no le gustan a nadie. El año pasado representaron otra de Plauto, *El Aparecido*, de un esclavo que consigue hacer creer a su amo que en la casa hay fantasmas. Fue muy divertida.

—Yo también la he visto representar en Roma —correspondió Capito.

—¡Qué suerte, en Roma! Mi padre nos ha prometido a mi madre y a mí que la visitaremos cuando la guerra acabe. Estoy deseando conocerla. ¡Tiene un millón de habitantes! —Marcia hablaba con el entusiasmo de estar cerca de realizar un sueño.

—Quizás pueda acompañaros. Echo de menos aquellas tierras después de seis años, además, nadie mejor que yo puede enseñaros Roma —se ofreció Capito.

—Sería perfecto ir contigo —dijo la joven, melosa.

Y en ese momento le besó en la mejilla con fingida ingenuidad.

—¡Marcia! —La nombró él, sorprendido, con su corazón latiendo como en el fragor de una batalla.

—¿Podemos quedar mañana? —preguntó la chica tomando la iniciativa.

—Después del baño en las termas. ¿Qué te parece?

—Conforme —asintió ella con coquetería.

—¿Sabes? Voy a participar en la carrera del circo —dijo el abogado animado por las circunstancias.

A lo que Marcia le contestó con otro inocente beso.

La tarde caía. El calor disminuía de intensidad, una brisa suave aireaba los sudorosos cuerpos que habían callejeado expuestos al ajeteo de lúdicas actividades y al clima lusitano. Los juegos escénicos daban a su fin y como pieza de cierre se había escogido el sainete más famoso de los mimos, el *Laureolo* de Catulo, cuyo éxito era

tal que se venía representando en Roma desde el reinado de Caligula. Un jefe de bandoleros es arrestado por la justicia, pero consigue escapar una y otra vez en los momentos más críticos, hasta que finalmente es ajusticiado, con lo que el sainete terminaba en drama. El triste final no impidió que los espectadores se agolpasen con premura, empujando al gentío que se aglutinaba delante. Les esperaba un gran banquete en el foro municipal y era vital espabilarse para degustarlo, pues los había que se arrimaban a las mesas y no se despegaban, como si pasasen gran hambruna. Los patricios de la provincia tenían mesa propia en el recinto anexo al foro, así se evitaban agravios comparativos.

Julio Ploto caminaba al lado de Furnio y de Cornelio Severo refiriéndoles las inseguridades de un negocio como el suyo. Con el transporte marítimo se ganaba bien, era una fuente de riquezas bárbara a poco que la suerte te acompañase, pero, si esta te abandonaba, el fin se avistaba próximo, pues se vivía a discreción de los elementos.

—Todos los años realizo un ofrecimiento más que generoso a Jupiter y a Neptuno. Creo que los dioses están contentos conmigo, no escatimo gastos en mis ofrendas, por eso me va tan bien.

El duunviro y el flamen provincial, por su parte, respondían a los interrogantes de Ploto sobre sus antiguos vecinos emeritenses.

—Ha sido una descortesía imperdonable no dar mi pésame a Sabina, me di cuenta luego, aunque en su día ya envié mis condolencias y un espejo de plata para el viaje al otro mundo —dijo Ploto—. Pasaré mañana por su casa.

Cassio y Terencio adelantaron con paso firme a los tres hombres. Julio Ploto resopló cuando creyó suficiente la distancia.

—¿Qué sucede? —preguntó enseguida el duunviro.

—Son esos dos. No sé qué pensar, ni qué pasos dar, la verdad —Ploto había cambiado radicalmente el tono de su voz, haciéndolo apenas perceptible para sus acompañantes—. Aulo Gayo también cree que aquí hay algo raro.

—¿Podrías explicarte un poco mejor? —apremió el duunviro.

—Desde hace bastantes años y hasta el mismo día de hoy, embarco mármol procedente de las canteras de Eborá, aunque no solo de allí, y no solo transporto mármol, también otras mercancías. En relación con el mármol y con Eborá, siempre he recibido la orden de nuestro gobernador Otón con su sello, todo en regla. El destino de este material es variado, Carthago, Alejandría, Syracusa, Thesalonica, Athenas, Marsilla, Tarraco y hasta la misma Roma, en fin, como veis, navegamos por todo el imperio.

—Y si todo está en regla. ¿A qué tanto misterio? —intervino Cornelio Severo.

—La orden del último envío, de hace quince días, también me llegó firmada por Otón, y me extrañó porque llevaba la fecha del día en cuestión —explicó Ploto—. Y el gobernador hace tiempo que está en la guerra. Así se lo dije a Terencio. La primera vez en ocho años que hago alguna objeción, debéis creerme, mi hijo mayor es el que

está al tanto, y su reacción fue descomunal, llegó incluso a amenazarme con destruir mi negocio. Al día siguiente volvió a verme y se disculpó, comprendió que me pareciera rara una firma de Otón en esa fecha. Dijo que el gobernador había dejado permisos firmados sin fechas por si la guerra se alargaba y que me enseñaría esa orden en la que les otorgaba poder para utilizar su firma, llegado el caso.

Furnio y Cornelio Severo miraron al de Olissippo sin entender del todo. Julio Ploto se iba calentando conforme avanzaba en el relato.

—Hace mucho que no trato con Terencio, pero es un pájaro... un pajarraco. Me dijo que no se sabía cómo iba a terminar la guerra y entre tanto debíamos aprovechar por el bien de todos. Está claro que quiere ganar dinero sea como sea. «Tú ya me entiendes —fueron sus palabras exactas—. Eres empresario como yo». Mi hijo dice que todo anda bien, pero no sé, me dio mala espina.

—A lo mejor el gobernador ha dejado preparados los documentos necesarios para que nada se detenga, en previsión de una guerra larga —Furnio trataba de atemperar las sospechas de Ploto—. Dinos, Cornelio Severo, en el concilio de la provincia, ¿se ha hablado algo de esto?

—El gobernador nos transmitió la máxima de mantener el mismo ritmo y orden en los quehaceres cotidianos. Dejé firmados los documentos que habrían de necesitarse de forma más inmediata y una delegación de sus funciones en el nuevo procurador. Que yo sepa, Servilio Modesto ya está firmando documentos oficiales —explicó Cornelio Severo—. Pero no sé nada más.

—Entonces, he venido con buen juicio al lugar exacto —comentó Ploto—. No he solicitado audiencia con el procurador, no quiero que Terencio sospeche que tengo mis dudas y he tenido que convencerlo de que a Emerita me han traído motivos de negocios con Aulo Gayo. Sé que está mosqueado, así que no sé muy bien cómo pedir una entrevista con el procurador sin que él se entere; ese hombre está desquiciado.

—Tranquilízate, amigo, quizás antes deberías visitar a Sulpicio Superster —dijo el duunviro—. Es de Metellinum, augur y provincial, de fiar, te acompañaremos Cornelio Severo y yo, seguro que será una reunión interesante.

—¿Por qué has mencionado antes a Aulo Gayo? Dices que él cree que hay algo raro en todo esto —quiso saber Cornelio Severo.

—Aulo Gayo dice que tenía un antiguo empleado en su taller, el maestro Alfio Lucano, que se marchó para hacerse cargo de las piezas que se esculpen en las canteras —explicó el empresario marítimo.

—Lo conocemos —señaló Cornelio Severo.

—Quería volver con Aulo Gayo a su taller aunque le pagara menos de lo que gana en las canteras —siguió contando Ploto—. Hablando de su trabajo actual, le dijo que el mármol que extraen se envía a Eborá, Conimbriga, Itálica, creo que Beja y Corduba, y por supuesto a Emerita.

—Ya —dijeron al unísono los otros, estimando irrelevante tanta explicación.

—Aulo Gayo y Demetrio han visitado el taller de un amigo escultor en Eborá,

ahora no me acuerdo de su nombre —continuó Ploto, haciendo memoria.

—Es lo mismo, es lo mismo —cortó Cornelio Severo.

—El de Eborá les aseguraba que el mármol iba para Conimbriga y Olisippo, extremo que les confirmé yo mismo en la porfía que mantenían —dijo Ploto.

—Me he perdido —se quejó Furnio.

—Y yo —añadió Cornelio Severo.

—Pues que Aulo Gayo volvió a las canteras como había prometido a Alfio Lucano y le preguntó el destino de los envíos de mármol, y dice que este le dio la misma información que la primera vez, hasta que el maestro insinuó que había quien mantenía que a Olisippo también llegaba mármol, y entonces el chico, nervioso, rectificó y le dijo que no sabía con seguridad el destino del mármol y que tendría que revisar los libros, labor bastante complicada después del accidente en las canteras —concluyó Ploto—. El maestro Aulo Gayo cree que el mármol que va a Olisippo no figura en los registros que hacen. Sin embargo, juro por Neptuno que mis barcos transportan mármol de allí.

A ninguno de los emeritenses sorprendió demasiado la información de Ploto, de hecho, Sulpicio Superster y Pompeyo Prisco ya observaron irregularidades en las canteras de Eborá, estaba claro que se extraía mármol que no figuraba en ningún sitio. Pero cuánta cantidad, desde cuándo y quiénes estaban al corriente era toda una incógnita.

Las risas, las voces y la música aislaban de los problemas a cualquiera que lo intentara con cierto interés. Cuando los tres amigos aparecieron en el recinto para sumarse a la fiesta, ya se habían escanciado algunas barricas que Cornelio Severo había donado de sus bodegas. Parte del banquete lo financiaba él, igual que parte de las representaciones del teatro. Cornelio Severo estaba satisfecho con el discurrir del día, la respuesta del pueblo había sido aceptable. Otros detalles, en cambio, empañaban esa hora de celebración. El relajo por el deber cumplido lo perseguía como la falta de su amada esposa Matidia. Observaba la presencia de Polonia en el papel de primera dama e imaginaba a su mujer en un papel similar; siempre fue una excelente anfitriona. Él ya no era un simple senador de una colonia, y la postinera familia de su esposa, que siempre lo tuvo en poca estima, podría mirarlo con mejores ojos. Pero Matidia ya no vivía.

—Cornelio Severo, no le veo muy animado. No me diga que aún no ha probado su curtido caldo. Es excelente, probablemente le compramos algunas ánforas, si no las tiene todas vendidas —dijo Polonia con entusiasmo.

—Siempre me reservo los mejores vinos para obsequiar a los amigos —se mostró agradecido.

—¿Y para un sencillo senador del concilio lusitano quedará alguna medida? —preguntó Calpurnia con gesto vivaracho.

Cornelio Severo se giró para dejar paso a la mujer, que llegaba presumiendo desde el otro extremo del recinto, luciendo un vistoso peinado en el que destacaba



una brillante diadema con pequeñas gemas, última adquisición de la joyería de Alexander.

—Querido flamen, ¿todavía no se sabe nada de quién ha podido asesinar con tanta crueldad a nuestro admirado joyero? —preguntó con tristeza la de Metellinum.

—Hay muy pocas pistas sobre su muerte —afirmó el provincial.

—Calpurnia, tendremos que indagar nosotras, que tenemos más astucia que estos hombres nuestros —señaló Polonia—. Fíjate que mi esposo cree que ha sido un robo, cuando está claro que hay algo más. Ya me encargaré yo de llamar a esa especie de concubina con la que vivía aquí.

—Es la dueña del burdel —aclaró Calpurnia, para que no se diera a engaños.

—No hay que precipitarse, señoras —llamó a la calma Cornelio Severo, ante el contundente frente que asomaba.

La música no dejaba de sonar. El ambiente relajado y distendido mostraba el cansancio acumulado del ir y venir del día. Las risas acompañaban los cantos solitarios de los convidados más ebrios. Furnio reclamó la atención de Cornelio Severo, señalando la entrada de un grupo de soldados que buscaban entre la multitud, probablemente al procurador. Siguieron con interés el movimiento de los legionarios, en los que algún que otro invitado ya había reparado. Hermes, el jefe de la guardia de Servilio Modesto, salió al encuentro de los soldados pidiendo las explicaciones pertinentes. Poco después, el procurador era todo oídos. La música cesó y un ruido agudo atrajo la atención hacia la persona de Servilio Modesto.

—Senadores lusitanos y demás dignidades que acompañáis al pueblo de Augusta Emerita, tenéis el honor de ser los primeros en conocer las magníficas noticias que nos traen estos soldados, que enviados por nuestro gobernador Otón, con galope firme y sin descanso, han llegado prestos hasta nosotros para traernos las mejores nuevas que pudiéramos soñar. Nerón se ha suicidado. El senado de Roma y los pretorianos han prestado juramento de fidelidad a Servio Sulpicio Galba, convirtiéndose este en el nuevo César. Ya ha emprendido la marcha hacia Roma revestido con el manto de los generales. ¡Salve a Galba, nuestro nuevo emperador! Emeritenses, ¡hemos ganado la guerra!

El grito de los congregados fue unánime: ¡Salve a Galba!

## Promesas de matrimonio

«Si perdemos la fe, lo hemos perdido casi todo».

Antes de la celebración del banquete para festejar los esponsales de Marcia y Capito, Arria Pale, alentada por Calpurnia, había previsto una sesión ritual de magia para alejar las malas lenguas de la vida de su hija. Todo era perfecto y Arria Pale deseaba que ese destino no se enturbiara con la energía negativa que corroe el alma de quienes disfrutan con las desgracias ajenas, que ni la lengua pueden detener. La superstición formaba parte de las creencias más íntimas de los emeritenses en la misma medida que otras prácticas religiosas marcaban el calendario de las celebraciones más sociales. Desde que nacía un niño, se le protegía de las querencias nefastas, ajo en las mantas para evitar la presencia de espíritus malignos, un colgante con diente de lobo para asegurar una perfecta dentición y ojos de lechuza para protegerlo del mal de ojo. Así pues, ahora que Marcia iba a prometerse, más que nunca se hacía necesario ahuyentar las malas energías del camino de los enamorados.

—Voy a buscar a Valeria y a Claudia y nos marchamos a casa de Sabina —señaló Marcia, a la que esperaba un día tan ajetreado como especial.

Arria Pale esperaba impaciente la llegada de Calpurnia, entre tanto, ultimaba los detalles del gran banquete que celebrarían esa noche en casa de Cornelio Severo y que debía resultar espléndido. A pesar de los esfuerzos de Arria Pale por idear algún sistema que permitiera la reunión en su propia casa, resultó imposible debido al límite que imponía la muralla, de manera que se decidió el encuentro en casa del futuro novio, habilitando para ello su imponente jardín trasero con dos niveles, tan conocido por el vecindario. El novio y su padre vivían en una casa cercana a la muralla, próxima al puente, del lado contrario a la de Furnio, la primera en instalar una zona termal privada distribuida en dos pisos. Arria Pale había advertido machaconamente a Cornelio Severo y a la esclava que dirigía su casa que no olvidaran refrescar el lugar a lo largo del día regando en abundancia, todas las previsiones parecían insuficientes para un mes como julio, cuya esencia es consumir cualquier fluido corporal.

Esa noche se convendría formalmente la dote de Marcia. Furnio y Cornelio Severo habían resuelto sin obstáculos el futuro económico de los jóvenes, al ser ambos herederos únicos de todas las posesiones de sus padres. Con este matrimonio se consolidaba una de las grandes fortunas de Emerita. Por encima de intereses monetarios, los padres de los novios mostraban su dicha porque el enlace venía a culminar una relación de amistad de muchos años. Arria Pale se hizo cargo de la casa de Cornelio Severo a la muerte de su esposa Matidia, y, desde entonces, la suerte de

ambas familias había corrido de la mano. Por eso, los sentimientos que habían surgido entre los jóvenes eran el mayor regalo que la vida les podía brindar.

Arria Pale marchaba absorta pensando en lo que faltaba por ultimar y no prestaba atención a Calpurnia, que le contaba la última discusión que había tenido con su esposo. Dos toques suaves en la domus de Sabina bastaron para que el esclavo abriera al instante. Valeria, Claudia y Marcia disfrutaban junto a la vieja matrona que hablaba sin cesar de los avatares de la vida matrimonial, con especial recuerdo para los primeros momentos de convivencia junto a su esposo en que descubrió tantas cosas nuevas. La mirada pícaro de Sabina era entendida por las muchachas, que reían alegremente.

—Ahora ya nada os causa extrañeza, descubris con prontitud demasiados caminos, y eso le quita encanto a los momentos —decía la viuda—. No corráis tanto, conoced los misterios poco a poco, ya veréis como es mejor.

Calpurnia escuchaba las recomendaciones con muecas evidentes de desacuerdo, zarandeando la cabeza en espera de encontrar el hueco que le permitiera intervenir.

—Menudos consejos, Sabina. No hagáis ni caso, jovencuelas. Lo siento, pero no estoy de acuerdo; esas mojigaterías solo conducen a que vuestros maridos busquen fuera lo que ignoráis dentro, así que vosotras veréis. A los deberes conyugales no pongáis barreras, practicad mucho, no veo ningún impedimento para ello, es bueno y gustoso, no os costará nada aprender, y si necesitáis saber algo, a mí me podéis preguntar.

—Hablas así porque no tienes hijos —espetó Arria Pale.

—Te diré que todas mis sobrinas de Metellinum acuden a mí a preguntarme los secretos que deberían contarles sus madres, así que no me vengas con historias.

De repente, Valeria, una de las amigas de Marcia, rompió a llorar. Había descubierto las infidelidades de su esposo hacía poco tiempo y la amargura la invadía. Sabina consoló a la joven con ternura.

—Pues divórciate, en Roma es bastante normal el divorcio. Me lo ha asegurado Capito —concluyó Marcia con resolución.

—Mis hijos también me hablan de la degeneración que hay en Roma. Allí tanto las mujeres como los hombres coleccionan cónyuges, por lo visto —añadió Sabina—. Marcia, eso del divorcio aquí no es tan normal, no está bien visto hija.

—Pues alguien tiene que empezar y dejará de ser raro, ¿no? —insistió ella.

—Marcia, te he dicho mil veces que estos asuntos son muy delicados y no se puede animar a ciegas a nadie —cortó en seco la madre.

—Valeria —Calpurnia llamó la atención de la joven—. Considero que tu problema es que estás enamorada de tu esposo y no sabes distinguir el papel que tenemos las mujeres en el matrimonio. ¿Qué te prohíbe tu esposo? ¿En qué se mete?

—Yo le quiero. Mis padres concertaron el matrimonio, pero yo estaba y estoy enamorada de él, es bueno conmigo, me permite hacer lo que quiero y me deja manejar el dinero a mi antojo, aunque le informo de ello, claro. Pero pensar que está

con otras me mata —la joven volvió a gimotear.

—Tienes que pasar alguna tarde por mi casa, te voy a dar unas infusiones y unos consejos —Calpurnia intentaba ayudar.

—Juno proteja los oídos de Valeria, porque nada bueno vas a enseñarle —dijo Sabina.

La joven despechada se sintió reconfortada por la seguridad que mostraba la de Metellinum. Quizás existiese algún remedio para lo suyo.

Marcia insistía en su versión y explicaba a Valeria que Capito estaría gustoso en asesorarla sobre los derechos que le asistían si deseaba divorciarse por adulterio, incluso podría quedarse con una parte de los bienes de su esposo, eso creía haber escuchado a Capito, que le contó que la Ley Iulia de Adulterio fue una de las muchas medidas de Augusto para restablecer el orden y la moral a comienzos del imperio.

—Marcia, ¡cállate! Te lo suplico, yo no me quiero divorciar, quiero a mi marido. Además, todo el mundo hablaría de mí en la colonia. ¿Quién se ha divorciado? Así se hará en Roma, pero en Emerita no. Mi madre se moriría del disgusto —despotricó Valeria.

La tercera amiga se mostraba conmovida por la escena, solo deseaba que Juno protegiera su futuro matrimonio y Vesta el hogar que deseaba formar, y que a ella no le ocurriera nada parecido a lo de Valeria. El prometido de Claudia se marchó con Otón a la guerra, a reforzar el ejército que Galba mantenía en su provincia. Hacía tres días que había vuelto a Emerita aquejado por altas fiebres de las que no lograba recuperarse. Diophanes le había prescrito reposo y lo había obligado a volver a casa. Claudia disimulaba su contento ante su prometido, que vivía la indisposición de su enfermedad como una tragedia, un mal trago del destino que le impedía llevar a cabo su deseo de hacer carrera a los más altos niveles. La joven, en cambio, no dejaba de dar gracias a los dioses que habían permitido que volviera junto a ella, lejos de la locura de muerte y desolación.

Las matronas emeritenses preparaban todo lo que la vieja esclava de Sabina les había indicado para el ritual: granos de incienso, aceitunas, alfileres, vino y un sinfín de pequeños objetos. La vieja esclava era temida en la colonia por las historias que corrían de boca en boca sobre su dominio en el arte de la magia, llegando a contarse de ella asombrosas invenciones que la hicieron poderosa en tiempos pasados. La vida estuvo a punto de costarle tal fama, acusada por algunos vecinos de ser la responsable del desastre de sus fortunas, que solo la influencia y posición de Pompeyo Prisco consiguió frenar a cambio de que la vieja bruja dejara para siempre de practicar la magia. Excepcionalmente, cuando Sabina se lo pedía, la vieja accedía a ejercer su oficio en secreto, como en aquella ocasión.

La hechicera llegó acompañada de dos esclavas más jóvenes que la introdujeron en la sala. Casi no podía andar y hasta la vista le fallaba, poca cosa teniendo en cuenta sus muchos años. El silencio cubrió como la bruma en invierno el lugar. La cara verde oliva surcada por miles de arrugas, hendiduras en la piel y un par de

verrugas confería a la anciana un carácter de espectro viviente que sobrecogió lo mismo a las jóvenes que a las demás. Calpurnia mostró su repulsión nada más ver aparecer la figura enjuta de la esclava, vestida de negro y encorvada. Sabina se acercó a ella y colocó a su alcance los objetos del rito. Cuando el incienso se encendió y la atmósfera que rodeaba a las mujeres se hubo impregnado del olor y del vaho de la combustión, la hechicera se sentó frente a las tres muchachas que permanecían estupefactas ante su presencia. Luego comenzó a canturrear, alternando el soniquete con palabras ininteligibles que salían de su boca, y pareció entrar en trance. Las mujeres seguían cada movimiento suyo totalmente aleladas. Con tres dedos torcidos colocó unos granos de incienso en el suelo. Al lado pintó unas rayas y a continuación situó tres bolas de lana mientras susurraba algunos ensalmos. Las amigas seguían todos los movimientos de la anciana con los ojos desencajados, alertadas por las rarezas que realizaba. A medida que el rito iba avanzando, la energía de la hechicera se hacía mayor, profiriendo sus rezos con voz más alta cada vez, como el resto de gritos y otras melodías que acompañaban al acto. Luego, de repente, enmudeció, permaneciendo un rato en silencio con los ojos cerrados. A continuación tomó nueve aceitunas, que masticó con abundante gesticulación de su boca, casi sin dientes. Cuando se sacó el emplasto para envolverlo en una masa blanca las jóvenes se miraron con asco, porque preveían que deberían participar del mismo festín que la anciana. El mejunje de su boca lo traspasó a un cuenco de barro con vino y a la plasta le añadió unas bolitas verdes de las que nadie supo determinar su procedencia. Mientras revolvía la mezcla, comenzó de nuevo a entonar otro de los cánticos que ya venían siendo habituales, esperó que el contenido del cuenco se enfriase y lo ofreció a las tres chicas, haciendo que Marcia bebiera dos veces, ya que para ella principalmente se había organizado el ritual, y de lo que sobró, bebió ella misma. El humo del incienso que se consumía volvía más denso aún el ambiente, haciendo sudar en abundancia a las congregadas en el salón de la asociación. La vieja hechicera se levantó del suelo tambaleándose con la misma desidia que un borracho apipado hasta las trancas; a pesar de ello, logró pronunciar unas últimas palabras con solemnidad. A continuación se marchó.

—Hemos conseguido callar las lenguas hostiles y cerrar los corazones enemigos.

Una vez que desapareció, las mujeres salieron a toda prisa hacia el atrio, necesitaban respirar un poco de aire fresco, casi se habían asfixiado con el humo abundante. Nadie hizo alusión al ritual. La magia pertenecía al mundo del silencio y lo invisible. Luego de airear los pulmones, Arria Pale encomendó a su hija que no tardara en la visita que iban a realizar al novio de Claudia.

—Recuerda que Polonia vendrá con su peluquera. Ni se te ocurra hacerla esperar.

—¿Has invitado al procurador a los esponsales de Marcia y Capito? —preguntó sorprendida Calpurnia.

—Polonia insistió en acudir cuando se enteró de la celebración —confirmó Arria Pale—. Dice que Emerita es un poco aburrida, echa de menos el bullicio de Roma y

el ajetreo de su antigua vida social. El procurador sin embargo no vendrá. Yo no me meto en nada, querida, si quiere venir, será bien recibida, ya le dije que en mi casa su presencia es un honor, con o sin esposo.

—Lo que pasa es que se aburre con su viejo marido, a ella lo que le gusta es estar en todos los convites y, de paso, lucirse un poco —dijo la de Metellinum—. ¿Cuántos años se llevan? Yo creo que más de veinte.

Arria Pale hizo oídos sordos a Calpurnia; era mejor no darle cancha en las críticas.

Enseguida llegaron las tres amigas al lecho que la familia de Marco Emilio había colocado en las habitaciones de abajo, en espera de que el trajín de la casa, con sus quehaceres y visitas cotidianas, pudiera mitigar un poco el aburrimiento del hijo enfermo. Marcia y Valeria paseaban por el corredor que daba al atrio observando con interés las pinturas de las paredes. Intentaban dejar intimidad a la pareja, antes de que la madre del enfermo regresara. Julia acudía fielmente al foro a comprar del mismo vendedor la mejor mercadería que podía adquirirse en muchas millas. Hacía tantas horas en la cocina como la esclava al cargo de la misma, pues nada le atraía más que conseguir sabrosos guisos e innovar con aderezos nuevas recetas.

—Mis hijas, qué visita más agradable. ¡Cuánto se alegrará Marco al verlas! —anunció la madre del enfermo acercándose desde el otro extremo.

—Claudia está con él —dijo Marcia para evitar sorpresas.

—Entonces los dejaremos un ratito a solas, ¿no? Hace tanto tiempo que no se veían y todavía tendrán bastantes cosas que decirse.

—Claro, claro —contestaron al unísono las dos amigas.

—Entre el calor que ya se deja sentir y los espectáculos que se ven en la calle, vengo casi mareada. Voy a tomar algo que me reponga. ¿Vosotras qué queréis? —preguntó la madre de Marco Emilio.

—¿Qué espectáculos? —quiso saber Marcia.

—Tres esclavos de Valerio Hymino en el pórtico de su casa, uno de ellos vigilaba y el otro azotaba a un tercero. ¡Qué crueldad! Si los esclavos merecen un castigo, que los dejen sin comer un tiempo, es lo que le digo a Tito Emilio, pero azotarlos debería estar prohibido —explicó la mujer—. Y encima en público.

Claudia salió a saludar a su futura suegra, de la que siempre obtenía consuelo, ella que era tan pesimista y siempre esperaba lo peor.

—¿Marco? Está mejor, niña, cada día que pasa tiene la cara un poco más sonrosada, es verdad que la fiebre todavía no ha bajado, pero es pronto. Ya nos dijo el médico que hay que esperar como mínimo un mes para su total recuperación, aunque cree que la fiebre no durará más de diez o quince días. Así que paciencia y a levantar el ánimo, que es como mejor podemos ayudarlo.

Marcia estaba deseando ver al enfermo. No había tenido noticias de Diophanes

desde que se marchó con el gobernador. Marco Emilio podría darle razón cierta de su estado. Temía por su vida. El médico era un hombre de acción, estaría donde se le necesitase. No sería de extrañar que se prestase voluntario para alguna misión.

Las primeras palabras de Marco Emilio se centraron en las fiebres que lo habían devuelto a su hogar. Y luego no paró de hablar de su aventura al lado de Otón, absolutamente entusiasmado por la experiencia.

—Emerita debe estar tranquila, las tropas de nuestra provincia no han realizado ningún movimiento militar ni hemos entablado combate. Las pocas bajas se han registrado por enfermedad o accidente.

—Entonces Diophanes ha tenido poco trabajo —intervino Marcia, que no sabía cómo preguntar por su amigo el médico.

—Me ha mandado saluciones para ti, dice que te contará muchas cosas cuando vuelva —dijo Marco—. ¿Diophanes sabe lo de tu compromiso?

—¿Por qué? —Se alborozó la emeritense.

—No, por nada —siguió contando el joven—. Él está bien, hubo una epidemia de infecciones estomacales y fue lo que más trabajo le dio, eso y la gota de Galba. Otón se ha hecho inseparable de él, más que su médico parece su confesor.

—Y Galba, el nuevo emperador, ¿cómo es? —Valeria cambió de tercio, fastidiando sin querer a su amiga.

—Tiene más de setenta años, apenas fue elegido emperador y ya había apuestas entre los soldados sobre quién le sucederá.

—Será nuestro gobernador, ¿no? Para eso le ha ayudado —insinuó Valeria.

—Otón parece estar convencido de que así será. Nombrar un heredero ayudaría a estabilizar la situación. De todas formas aún no se sabe el parecer de los poderosos generales de otras legiones, parece que Vespasiano ha mandado a su hijo Tito a felicitar a Galba y a recibir instrucciones sobre la guerra en Judea —explicaba Marco a las muchachas, que le prestaban atención como si les hablara el mismo Jupiter.

—Y ese Vespasiano, ¿es muy importante? —quiso saber Marcia.

—Mucho. Comanda las legiones del Danubio y de Asia.

Al hilo de las legiones, Marco Emilio explicaba que parte de las tropas rearmadas para la imprevista guerra civil, que por suerte había tocado a su fin, volvían a sus lugares de origen. Él en cambio había decidido quedarse con Otón, que prometió a los lusitanos que así lo desearan, engancharse a la carrera militar con graduación significativa como recompensa por su fidelidad.

—Claudia sabe que las legiones son lo mío. Y ahora he perdido mi oportunidad de tener un buen futuro —reclamaba el joven mirando a su prometida.

—Primero debes recuperarte, y luego ya verás qué haces —consideró atenta Valeria intentando ayudar a su amiga, que no quería ni oír hablar del ingreso en la legión—. Pronto serás senador, aquí tienes un destino bueno. ¿Qué te falta en Emerita? Tu padre es edil, sus influencias te abrirán las puertas.

—Vosotras las mujeres no lo entendéis, yo quiero servir a mi patria luchando.

Claudia suspiraba abatida mientras Marco Emilio hacía gala imperiosa de sus deseos. Marcia cambió el rumbo de la conversación.

—¿Y las cosas cómo siguen por allí?

—Diophanes dice que la política que practica Galba no es nada inteligente, que premiar a los que apoyaron el levantamiento y castigar a los que se opusieron solo aumentará ambiciones y enemistades —sentenció el enfermo—. Y eso es exactamente lo que está haciendo Galba. A los cantones de las Galias que apoyaron a Julio Vindex les ha perdonado la cuarta parte de sus tributos y les ha concedido la ciudadanía romana; sin embargo, a los que se opusieron a él y a Julio Vindex, especialmente Lyon, les ha confiscado parte de sus posesiones. Y lo peor ha sido lo de las legiones del Rin, que en principio tampoco apoyaron la sublevación, porque Galba ha sustituido a Virginio Rufo por un débil y anciano general llamado Ordeonio Flacco. Este cambio ha sido un duro golpe para las legiones germanas, que aceptan mal el castigo, porque ellas también creían defender la patria en los albores del levantamiento. Además, como dice Diophanes, Galba no debería olvidar que Virginio Rufo podía haberle arrebatado el poder si hubiera querido con mover un dedo y no lo hizo. Prefirió que el senado de Roma tomase esa decisión. Su generosidad no se ha tenido en cuenta. Diophanes está harto de insinuárselo a Otón: a las legiones germanas conviene tenerlas contentas.

Marco Emilio relataba los avatares de una guerra que él había vivido en primera fila. Consumían un rancho diario de ochocientos cincuenta gramos de pan, cien gramos de tocino, treinta de queso y medio litro de vino, y el adiestramiento para el combate era diario y durísimo, pero muy satisfactorio a su espíritu. En el poco rato que tenían libre, debían preparar su espada y su coraza, ayudar en la limpieza del campamento y recibir lecciones de táctica y estrategia militar, que era lo que más le gustaba junto con el ambiente de hermandad, de ayuda mutua, entre los viejos soldados y los principiantes. La vida en el campamento era bien diferente a la tranquila vida emeritense. Todos los días les comunicaban noticias de primer orden. A Marco Emilio le pareció estar en la cima del mundo. Y lo definitivo para él fue estar presente cuando llegaron los mensajeros de Roma anunciando el suicidio de Nerón y la nueva condición de Galba como emperador tras el juramento de fidelidad prestado por el senado en representación del pueblo. El muchacho relató, casi con lágrimas de emoción al recordar el momento, cómo los allí presentes se habían arrodillado ante el nuevo César proclamando su nombre al viento.

Furnio había pasado la mañana junto a Cornelio Severo ultimando los esponsales. Apenas aparecieron Arria Pale y Calpurnia, desaparecieron los dos, su trabajo había terminado y se debían a otros quehaceres, pero prometieron que a media tarde se colocarían sus mejores galas con puntualidad. Cornelio Severo visitaría al procurador.

—En realidad vamos a negociar sobre el vino, quiere que le venda parte de la



próxima cosecha, si es buena, claro —rio el provincial.

—¿Y por qué anda con esos disimulos? —preguntó Furnio.

—Dice que Polonia cuando se aburre quiere estar presente en sus reuniones —contestó Cornelio Severo—. Solo se la quita de encima cuando le dice que son temas de gobierno. Supongo que también querrá estar al día con los acontecimientos de la colonia, y como tú no vas a verlo, me ha llamado a mí.

—Ya sabes que yo he disculpado mi tardanza por el caos y el trabajo extra que ha generado el asesinato de Alexander. Si te pregunta, dile que pienso visitarlo esta semana —le informó Furnio de sus propósitos.

—Bueno, y algo hay de cierto en esto, ¿no? Últimamente tienes muchos frentes abiertos. Me ha dicho Capito que dentro de un rato interrogaréis a Norbano Mensor —continuó Cornelio Severo.

—Sí, tu hijo está un poco nervioso por la celebración y prefiere mantenerse distraído. Cayo Voconio no ha puesto ninguna pega en que Capito esté presente en el interrogatorio, y puesto que es abogado, nos vendrá de perlas para conocer el testamento de nuestro joyero.

Los consuegros se despidieron encaminando sus pasos en direcciones diferentes. Furnio se acercaría pronto al despacho del foro; antes de la reunión, quería echarle un vistazo a la recaudación de impuestos, estaba preocupado por el descenso de las arcas municipales.

Capito deambulaba por el foro. Desde hacía unos días sentía una necesidad inmensa de escribir poesía para verter en ella los sentimientos de felicidad que inundaban su corazón. Pero era incapaz de cumplir su anhelo. Le fastidiaba que su obra poética, como le gustaba referirse a los escritos que apenas nadie conocía y que permanecían amontonados en una caja sellada, solo pudiera recoger los momentos más oscuros de su existencia, aquellos en que se sentía tan solo e invisible que hasta el brillo de un pétalo de rosa, con su tacto de terciopelo, le parecía luz suficiente para acallar su dolor. Pero ahora era feliz, solo pronunciar el nombre de Marcia le devolvía el sabor dulce de una gran pasión. Siempre se había preguntado a qué se parecería el sentimiento del amor. Y ahora, con seguridad, se contestaba que a las letras que componían el nombre de su amada Marcia, a su olor, a su sonrisa. Más allá de esta plenitud amorosa, le atormentaba su incapacidad de escribir siendo feliz, y es que ninguna de las poesías que había escrito hasta entonces albergaba algún contenido optimista. Odiaba ser un poeta, como otros, condenado a tener que sufrir para componer su arte. Él quería disfrutar haciendo poesía y no utilizar los versos como medio de catarsis personal. Su necesidad de sufrir para crear fue el último descubrimiento sobre su mundo artístico. El hallazgo lo dejó perplejo, e intentaba desasirse de él, pues no era momento de entregarse a esa reflexión. De modo que trataba de interesarse por cualquier actividad que le apartase de pensamientos

semejantes, observando la vivacidad del mundo que componía el foro. Aquellos trabajadores no tenían tiempo para disquisiciones filosóficas; su prioridad era más mundana, muchos dependían de su esfuerzo cotidiano para poder llevarse algo de comer a la boca. Como siempre, el foro era un avispero humano repleto de vendedores ambulantes. Las pieles de las cabras y las ovejas se exhibían junto a los perfumes más exóticos, conformando un colorido mosaico de olores antagónicos y con gran diversidad de artículos, desde bienes de primera necesidad hasta algunos otros más estrambóticos. Los vendedores pregonaban las magníficas cualidades de sus productos a grandes voces y, si a pesar de ello no tenían éxito, salían a la captura de compradores, sometiéndolos a la tortura de llevarlos a empujones a conocer las bondades de su pregón. Después de enjugar su frente con un pañuelo, harto de vagar por el foro y con el sol calentando su coronilla, Capito se dirigió hacia el despacho de Furnio.

—Un día ajetreado el del duunviro —comentó el vigilante del edificio.

Capito hizo ademán de llamar a la puerta, pero una voz agria, de enfado, detuvo sus intenciones.

—Esa política suya es mala para Emerita. Cualquiera que se precie de amar el pueblo en el que vive mira mejor los intereses del mismo. Con su negativa a considerar mis proposiciones me decepciona, le tenía en mejor opinión.

—Terencio, se presenta ante mí con las manos llenas de dinero para emplearlo a favor de la colonia y, a cambio, solo me pide que lo nombremos senador, y por esta designación estaría dispuesto a retribuirme. Debo decirle que tiene una manera distinguida de llamar al soborno. Supongo que mi intervención consistirá en convencer a otros senadores de los beneficios de su ingreso en el senado.

—Efectivamente. Me ha entendido muy bien; como ve, le pido poca cosa para la cantidad que ofrezco.

—¿Y luego qué será lo siguiente que quiera comprar? Porque la gente como usted tiene metas más altas que, por supuesto, nada tienen que ver con ser un benefactor generoso, aunque se presente ante mí con esa imagen, disfrazando sus verdaderas intenciones. Pero no me engaña.

—En la última sesión del senado se eligió senadores de forma extraordinaria a Ulpio Rufo y Emiliano Paculo, por ser grandes benefactores para Emerita.

—Pero nunca sometieron sus acciones a un premio posterior. Aman a la colonia. No pidieron nada y ofrecieron generosamente lo que tenían.

—¿Y piensa que ellos no esperan alguna recompensa por sus actos? —masculló con ironía y prepotencia Terencio, que se echó a reír a boca llena.

—Pues entonces, le respondo: siga el mismo camino que ellos, haga y espere.

Terencio dio un puñetazo sobre la mesa y Capito corrió precipitadamente hacia la esquina más cercana para esconderse.

—Esta decisión no le corresponde tomarla exclusivamente a su ilustrísima excelencia. Téngame por enemigo. Y sepa que acudiré a otras personas más abiertas a

la prosperidad de la colonia.

Un retortijón de tripas hizo encogerse a Furnio hacia un lado. Terencio se rio ante la mueca de dolor. El duunviro bajó la mirada dando por zanjada la conversación, mientras el empresario del mármol se mordía los labios con furia, conteniendo a duras penas su rabia.

Capito lo vio marcharse desde su escondite en un pequeño hueco tras la estatua de Tiberio. Su corazón latía como si estuvieran a punto de pillarle cometiendo un terrible delito. Cuando Terencio desapareció, salió de su escondrijo y respiró con soltura. Luego hizo tiempo para que Furnio pudiera recuperar la compostura.

—Estás pálido, Furnio —le dijo Capito, con la esperanza de que le contase lo ocurrido.

—No es nada. El poder conlleva problemas y responsabilidades; es inevitable el enfrentamiento, lo de siempre —el duunviro pretendía transmitir naturalidad.

—¿Algún problema grave? —siguió insistiendo Capito.

—Bueno, hay gente que se toma peor que otras una negativa —comunicó el duunviro.

—Verás, llegué antes de tiempo y he escuchado, sin pretenderlo, parte de la conversación —se sinceró al fin. Ahora Furnio no escondió su disgusto—. Quiero que sepas que existen leyes que penalizan hechos de esta naturaleza.

El duunviro escuchó atentamente al joven abogado, mientras se llenaba de orgullo por él; agradecía profundamente tener a alguien así de su parte, que pudiera enfrentar la razón de la ley y la ética a la lacra de la corrupción, tan propia de la naturaleza del hombre, máxime si se presentaba disfrazada con la cínica mirada bienhechora y bondadosa del que siempre se sirve a sí mismo. Departieron un rato largo sobre la corrupción y las maneras de atajarla. En esas divagaciones se hallaban cuando aparecieron Cayo Voconio y Norbano Mensor con el testamento de Alexander. Se hacía necesario conocer sus estipulaciones, por si ofrecían alguna pista sobre el caso. Sin demora, Norbano Mensor extrajo de su cartera el legajo, que leyó con toda solemnidad. Y a continuación, Cayo Voconio asaeteó al abogado a preguntas, rastreando cualquier menudencia que pudiera mostrar alguna pista sobre el oscuro asunto, que parecía indescifrable.

A media tarde, el calor de julio hacía correr el sudor por el cuerpo de los emeritenses. Polonia conminaba machaconamente a Marcia sobre la necesidad de aguantar las incomodidades de los polvos que le esparcían, con especial cuidado de la cara y de otras zonas visibles expuestas a la mirada de todos. La joven accedía con gusto a llevar todo tipo de complementos de lo más variado. Arria Pale la observaba estupefacta, jamás pensó verla peripuesta de arriba abajo sin quejarse, más bien al contrario, disfrutando.

—Y ahora, los ojos quietos, procura no cerrarlos —aconsejaba Polonia—, que la

peluquera te va a dar con polvos de antimonio para realzar el negro de las pestañas y el contorno.

—¿Y el cuerno molido? —preguntó Marcia—. Mesalina lo utiliza para los dientes.

—Por Vesta, hija, ¿de dónde sacas todo eso? —se sorprendió Arria Pale.

Los finos cabellos de Marcia destacaban ondulados en su flequillo después de un intenso trabajo de tenacillas. Acompañaba al pelo natural un brillante postizo negro ébano que Polonia había recibido de la India. Además, la romana había conseguido que la prometida tolerara unos rodetes trenzados más gruesos y altos para sujetar la brillante diadema que le había regalado. Marcia se dejaba llevar por el entusiasmo de la esposa del procurador y de Calpurnia, que le había recomendado que aprovechara los recursos de Polonia sin miramientos. De manera que al terminar la sesión la joven no parecía la misma, como reconocía atónita la madre. Una estola de seda tornasolada cubría el redondo cuerpo de Marcia, rematada en pequeños bordados de oro que se apretaban en la cintura y recogidos por un espléndido cinturón con algunas incrustaciones de piedras preciosas. La última pieza del atuendo la componía un brillante y transparente chal largo que le cubría los hombros y caía hasta sus pies.

—¡Cómo me gustaría asistir a tu boda, pequeña! —confesó Polonia—, pero es probable que para junio del próximo año ya no estemos en la colonia.

—¿Tenéis que marcharos tan pronto? No hace ni medio año que habéis llegado —mostró su pesar Arria Pale.

—Es demasiado pronto para saber los planes del viejo Galba, pero Servilio Modesto cree probable que puedan sustituirse los nombramientos realizados por Nerón —explicó la esposa del procurador—. Tanto mi esposo como yo estamos maravillados de haber conocido tanta gente buena aquí en Emerita, pero él ya es viejo y no quiere tantos problemas como tiene, y yo, querida, prefiero un lugar con más entretenimiento. Vuestro pueblo es demasiado tranquilo para mi espíritu —rio con garbo la mujer.

—De momento, no creo que llegue esa destitución —agregó Marcia, a la que la peluquera colocaba las últimas cintas sobre el tocado.

—Va a resultar que tienes más información que mi esposo —insinuó Polonia con evidente ironía.

—Esta mañana hemos visitado al prometido de mi amiga Claudia que acaba de llegar de las Galias. Ha estado al lado de Otón y del nuevo César —dijo Marcia con el tono de quien se cree portadora de información importante.

—¿Tan cerca de ellos? —A Polonia le hacía gracia el desparpajo de Marcia.

—No le hagas caso, mujer —terció la madre.

—¡Cómo que no! —atajó Polonia—. A ver, Marcia, cuéntanos lo que sepas.

—Según Marco Emilio —dijo la muchacha al punto—, Galba ha sancionado con tributos exorbitantes a las civitas que vacilaron más de la cuenta en reconocerle como emperador tanto de Hispania como de las Galias, incluso ha derribado sus murallas, y

también nos ha dicho que ha hecho decapitar a oficiales y procuradores con sus respectivas esposas e hijos. —En este punto se paró al darse cuenta de la cara de Polonia.

—¡Marcia, ya está bien! Estás asustando a nuestra invitada —reprobó Arria Pale—. Polonia, no le hagas caso, tu esposo nunca se ha opuesto al levantamiento. —A continuación, para impedir que la muchacha continuara con su cháchara, llamó a las esclavas para que acabaran de preparar las literas y los abanicos, pues se acercaba la hora de la celebración.

Capito encabezaba el grupo de familiares y amigos que se dirigían a casa de Furnio. El abogado relataba a su padre a toda velocidad el interrogatorio de Norbano Mensor. Nada raro había observado en las estipulaciones testamentarias. Alexander poseía mucho más dinero del que en principio podría pensarse, una gran fortuna, por otra parte normal, puesto que su fama excedía las fronteras lusitanas. En resumidas cuentas, repartía bastante su dinero. La primera beneficiaria era su amada Partula, para quien había tenido bellas palabras de amor y agradecimiento por el tiempo que habían compartido. Luego figuraban algunos amigos, a quienes dedicó uno a uno elogios en abundancia. A continuación, seguía nombrando y repartiendo su capital entre varias asociaciones de Emerita, la principal, el gremio de las artes con Demetrio a la cabeza, al que personalmente dejaba cientos de denarios y algunas joyas de creación espectacular que él sabría apreciar. También se beneficiarían de su fortuna los seguidores del dios Mitra, culto practicado por Alexander, conminando en su testamento a construir un templo que alentara el ejercicio de su praxis y difundiera su creencia. Los bienes restantes serían subastados y, junto al capital sobrante, todavía un buen pellizco, pasarían a manos de la colonia para sufragar cualquier obra pública que redundara en beneficio de sus vecinos, a cambio solo pedía que una estatua con su nombre recordara el gesto. En relación con su entierro y a esta última cantidad destinada a la colonia, el senado debía garantizarle que sería digno, con plañideras incluidas, y que lo organizaría Partula, encabezando asimismo la marcha fúnebre. Si el senado no accediese a esta última voluntad, dada la ocupación de su amada, la colonia no recibiría ni un despreciable denario.

—No veas lo contento que se puso Furnio cuando escuchó lo de Emerita —dijo Capito sonriendo a su padre—. Y en cuanto a la prostituta, añadió que debíamos respetar la voluntad del muerto, y a quien no le gustase, que no fuera al entierro.

—Ya veremos qué opina la curia al respecto. ¿Y qué dijo Norbano Mensor sobre el asesinato de su cliente? —preguntó Cornelio Severo.

—Según parece, una noche en que cenaron juntos le confesó que tenía escondido unos libros que valían más que la vida del emperador, que había obtenido en uno de sus fabulosos viajes poniendo en peligro su propia vida, pero que bien valían el riesgo que corrió —respondió el hijo—. Según nos ha contado, Alexander estaba asustado,

decía que lo vigilaban y que andaban buscando los libros. Al parecer estaba borracho cuando le habló de ello, por lo que Norbano Mensor nunca le dio importancia. Además, unos libros, piensa él, no pueden ser tan valiosos como para que mataran al joyero de forma tan atroz. Se inclina por achacar su muerte a un ajuste de cuentas.

—¿Unos libros, dices? —preguntó el padre.

Pero ya estaban ante la puerta de Marcia, y Capito, nada más verla, deslumbrante y feliz, dejó de atender al resto del mundo.

Los esponsales de Marcia y Capito se adivinaban magníficos, y las familias debían cumplir tan altas expectativas. Habían contratado a una compañía de teatro que realizaría varias actuaciones a lo largo de la cena, y cantarían y bailarían acompañados de instrumentos musicales que ellos mismos tocaban, la flauta, la tuba y la bucina y unas claquetas con fuelle que maniobraban con el pie. También representarían algún escarceo satírico, en el que los prometidos sufrirían sus burlas, por supuesto con comedimiento, advirtió Furnio. Por su parte, el único requisito exigido por Capito a los comediantes fue la lectura de Ovidio en medio de su declaración de amor a Marcia, de la obra *Los amores de la musa Galante*, pues él se sentía incapaz de dar a conocer sus propias composiciones poéticas.

Los invitados se fueron acomodando en varias mesas rectangulares de madera de nogal dispuestas a lo largo de los dos renombrados jardines de la extensa casa de Cornelio Severo. Sulpicio Superster, en calidad de augur y amigo de ambas familias, teatralizó una exhortación invocando a los dioses familiares de los prometidos y al gran Jupiter para que velaran por la unión. La ofrenda dio lugar al primer brindis, para el que se sirvieron los mejores caldos que Cornelio Severo reservaba; además destapó dos ánforas de vino de falerno, el caldo de los dioses, siendo aplaudido el generoso gesto por los invitados.

—Querida, a mi esposo le sulfura el falerno —solicitó Polonia a Arria Pale—. ¿Podría llevarle alguna medida?

—A primera hora un esclavo acercará a vuestra residencia un ánfora, con los mejores deseos de nuestras familias —respondió solícita la mujer.

—Desde luego, lo que hay que aguantar —criticaba Calpurnia en voz baja tanta generosidad—, después de la grosería que ha soltado al ver las mesas. ¿Tú la has oído, Arria Pale? ¿Pues no dice que así solo comen los esclavos y los de las provincias? ¡Ella! ¿Quién se cree, la esposa del César? Seguro que en Roma no se da tantos aires. Me gustaría verla allí.

—Calpurnia, Polonia me ha ayudado mucho con los esponsales, ha sido muy buena con Marcia, le ha regalado muchas cosas y le ha prestado otras. Estoy convencida de que no pretendía ofender con su comentario —resolvió Arria Pale.

Tras el primer brindis, Capito se puso en pie dirigiéndose a Marcia para formalizar públicamente la petición de matrimonio. Habló de su amor por ella, que había crecido con los años hasta ocupar por completo su alma. Siempre sintió un inmenso deseo de protegerla y formar una familia a su lado, y ahora, que se hacía

realidad su más íntimo sueño, prometía delante de todos que la honraría hasta que la muerte separara sus cuerpos, que nunca sus corazones. Cuando terminó de hablar, Marcia hacía pucheros, y luego lloró abiertamente, después de que el joven colocase el anillo de diamantes en su dedo anular. Por último, y siguiendo la tradición, el abogado entregó al padre de su prometida una cantidad de plata junto a otros regalos.

A continuación tocó el turno a Furnio, que habló correspondiendo las bellas y entrañables palabras de Capito, recordando momentos de su infancia. Le había visto crecer como el hijo varón que nunca tuvo y siempre le había querido como a tal. Además, confesó ante todos la gran estima que sentía hacia su persona por las cualidades que poseía. También recordó a Matidia, su madre, un ser hecho de amor de quien había heredado su noble corazón, lo que impregnó los ánimos de cierta tristeza. Al rato, el zambombazo de los músicos la templó. Marcia y Capito se besaron y los cabezas de familia estrecharon sus cuerpos en un sentido abrazo, como si de hermanos se tratara. La música sonó con fuerza y la alegría alborozando a los presentes, que chocaban sus copas y proclamaban vítores de buena vida. La prometida abría los regalos exultante de dicha. El sudor corría por las cabelleras y la piel de los invitados apenas amortiguado por el ligero viento que se había levantado.

—¡Quién pillara sus años! —Ploto estiraba el brazo para coger aceitunas aliñadas, mientras espurreaba un huevo duro al hablar.

—Nadie diría que no has aprovechado tu tiempo —le respondió Aulo Gayo.

—Eso da igual, maestro. Me gustaría volver a ser joven, ¿a ti no? —Y comía y bebía con el gozo de saberse sin prescripciones.

Furnio y Cornelio Severo discreparon sobre el menú del banquete, eran conocedores de las grandes comilonas de Roma, tan de moda en los ambientes selectos. A Furnio no le extrañaban las palabras de Séneca al respecto criticando a los aristócratas, pues comían para vomitar y vomitaban para comer. De modo que, dada la singular celebración, las costumbres más en boga y el talante fanfarrón y exagerado de Cornelio Severo, Furnio debió ceder en la moderación ideada por él y se consensuó un menú que no pudiera recordarse por insustancial. Entre los entremeses que sirvieron para despachar los primeros platos coronaban la mesa espárragos silvestres adornando amplias fuentes de mejillones, huevos cortados en pedacitos que se elevaban sobre anchoas revestidas de habas y tiernas coles verdes. La lechuga machacada y el puerro cortado en rodajas servían de fina alfombra para las tetillas de cerda aderezadas con salmuera de atún y, por último, variados patés de aves. Los platos que esperaban su turno para ser servidos en segundo lugar consistían en cabrito asado regado con el mejor garum de Gades y rodaballo rociado con abundantes especias de la India. El aderezo se añadió confiando en una receta de Polonia, que alababa sin parangón el sabor de las especies de Oriente.

—Por tierras lusitanas tenemos una excelente repostería, ya te enseñaré el postre que he preparado. Se conoce como el plato adornado, y te chuparás los dedos, querida —Calpurnia hablaba a Polonia con misticismo, como si revelara misterios iniciáticos.

—¿Y recuerdas la receta? —Mostraba sumo interés la romana.

—Lavas bien las lechugas y las machacas en un mortero añadiéndole vino. Este jugo que suelta lo mezclas con harina y lo dejas reposar un tiempo. Ahora es cuando hay que tener un poco de maña. Hay que lograr que esta pasta quede perfectamente compacta con manteca de cerdo y pimienta. Cuando esto se consigue, la masa se extiende con un rodillo y luego se corta en finas bandas y se fríe con aceite muy caliente.

Los actores transitaban el cenit de su actuación, representando escenas de alcoba que causaban gran divertimento. Amplias risas y palmas se mezclaban con comentarios obscenos de lenguas desmandadas que subían el tono picante de las obras.

Llegaron los postres y los comediantes recogieron los bártulos; habían hecho de todo durante la cena. Marcia y Capito se prepararon para bailar, incapaces de resistir por más tiempo la demanda ferviente de los convidados.

Arria Pale observó a Furnio, que había estado alerta todo el banquete. Le hizo señas que el esposo supo interpretar y cabeceó hacia un lado mientras subía los párpados. Arria Pale le exhortaba a relajarse, debía entender que los festejos eran así; la gente se desfogaba con la bebida perdiendo el control de sus actos, las paparruchas estaban permitidas y las tonterías también.

—Furnio, me ha dicho Capito que Norbano Mensor ha hablado de unos libros que escondía Alexander —Cornelio Severo se dirigió al duunviro, mientras el ruido atenuaba certero sus palabras—. De modo que ya sabemos lo que hay dentro de la caja del difunto. Unos libros que valen más que la vida humana.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —se quejó Furnio.

—Me acabo de enterar. ¿No sientes curiosidad por tu legado?

—Más que curiosidad lo que estoy... es harto de la caja, la verdad. —El duunviro retardó sus palabras dando un giro a su cara hasta quedar frente a los ojos de su amigo—. Sigue en tu biblioteca, ¿no?, como acordamos. ¿Quieres que la abramos?

La propuesta fue secundada por una rápida maniobra de Cornelio Severo, puro impulso, que obligó a Furnio a seguirlo con decisión, temeroso de que pudiera hacerlo sin su presencia.

La caja contenía dos libros muy antiguos escritos en griego, en cuyas páginas se intercalaban signos ininteligibles.

Los dos hombres sintieron una decepción terrible. Por más que releían no comprendían la importancia del legado.

—¿Y ahora qué? —dijo Furnio molesto.



## El descubrimiento de los libros sibilinos

«Hasta los actos más sublimes pueden ser mirados con recelo. Es relativo casi todo».

Era el quinto día, el último de los dedicados por Furnio a cumplir con la obligación de realizar trabajos gratuitos en beneficio de la colonia. Prestaba su servicio comunitario en la reparación del decumano máximo, cuyo incesante tránsito requería adecentamientos más frecuentes que otras calles no tan principales. Las obras bajo el ardiente sol del mes de julio convertían la tarea en algo parecido a un suplicio. Arria Pale había intentado convencer a su esposo de que había más días a lo largo del año para cumplir con esta obligación y, desde luego, otras prestaciones menos ingratas, como los servicios de vigilancia en las termas que hacían otros senadores, pero él ya había tomado una determinación y marchaba temprano sorteando bajo los portales los primeros rayos que inundaban de luz Emerita. El encargado de la obra, ayudado de un grupo no muy numeroso de esclavos y de unos cuantos obreros, intentaba nivelar los socavones y allanar las piedras que sobresalían, pavimentando la calle con diorita y cuarcita, bastantes, resistentes al desgaste del trote diario. Furnio pretendía disminuir los numerosos accidentes de los peatones y los frecuentes vuelcos de carros en la calle, para reducir la lista interminable de vecinos que se quejaban de los incesantes ruidos nocturnos que producían estos, el relincho de los animales, el golpeteo del transporte y los alaridos de los carreteros cuyos lamentos y gritos traspasaban los muros del más que harto vecindario. El duunviro había ordenado que se repararan también algunas de las cloacas que pasaban por debajo y que se desatrancaran los sumideros que no recogieran bien las aguas sucias, para evitar en lo posible la proliferación de epidemias y el nacimiento en los alrededores de un interminable lodazal. Por nada del mundo se hubiera perdido Furnio visitar las cloacas, una de las obras de ingeniería que más asombro le causaban, construida a la par que la colonia. Estaban formadas por una red de túneles subterráneos que recogían las aguas sucias y las de las lluvias y las conducían hasta el río Ana.

—Y esto no es tan duro, senador —le decía uno de los obreros que había trabajado en la reparación de la vía domitia que unía Italia con Hispania por la Galia Narbonense—. ¿Sabe cómo se construyen las calzadas romanas?

—Creo que me lo va a contar, ¿no? —Se anticipó el duunviro.

El obrero se quedó perplejo, no sabía si tomárselo a mal, pero la intervención del duunviro le devolvió el sosiego.

—Estoy esperando, joven.

—Primero abríamos una zanja de unos seis palmos de profundidad y luego la rellenábamos con piedras de cuatro tamaños, las primeras más pequeñas. No vea duunviro lo que costaba el acarreo de tantas piedras, demasiado esfuerzo, poca comida y poco descanso, y eso, tanto en invierno como en verano.

—Algo le compensaría, supongo.

—No pagaban mal, siempre hay prisa por terminar las calzadas.

—Yo he utilizado una groma —puntualizó el duunviro.

—¿Usted?, ¿para qué? —se sorprendió el obrero.

—Furnio, deja de barrer, vas a acabar con el trabajo de los esclavos —saludó al duunviro Valerio Hymino, que llegaba acompañado de Norbano Mensor—. A ver qué hacemos luego con ellos, sin trabajo con que doblegar su fuerza.

Los esclavos siguieron con su rutina sin apartar siquiera la vista, acostumbrados a ser tratados sin el más mínimo miramiento. El duunviro se dirigió a sus colegas.

—Las cuadrillas de vigilancia no paran de advertir a la gente que si los pillan tirando basura los multarán, pero ni por esas dejan de verter a la calle las sobras. Hasta que no les cuesten bien los sestercios no van a parar.

—Ayer bajaste a las cloacas, me han dicho —le refirió Valerio Hymino.

—Quería ver su estado. Afortunadamente, de las catorce que existen solo dos tienen filtraciones que hay que tapar enseguida —informó Furnio.

—Creí que la red de cloacas estaba formada por trece galerías —Norbano Mensor mostró su sorpresa.

—Trece son las que desembocan en el río Ana, la otra en el Barraeca —aclaró Valerio Hymino su confusión.

—¡Ah, bien! —respondió el abogado—. Os dejo; me espera una larga jornada. No olvidéis que mañana subastamos los bienes de Alexander y debéis asistir los dos.

Valerio Hymino permaneció en silencio hasta que Norbano Mensor desapareció.

—¿Hoy te toca administrar justicia?

—Sí, a la basílica voy, varias denuncias, todas por robo, lo de siempre, ya sabes —contestó Valerio Hymino—. Furnio, tenemos una conversación pendiente sobre Terencio que me gustaría mantener cuanto antes.

—No tengo ningún problema —dijo el duunviro.

—También quería preguntarte por la muerte del joyero. Cayo Voconio está desesperado con este asunto, no encuentra ninguna pista sobre los asesinos, dice que está hecho un lío sobre el motivo del crimen, que puede ser el robo o un ajuste de cuentas. Resumiendo... que estamos como al principio.

—Sin duda, estamos en un callejón sin salida —mintió Furnio—. Estoy pensando en alguna alternativa. Quizás deberíamos mandar al pregonero por las calles insistiendo en el tema de la recompensa y añadiendo el término «gran» a ella por alguna información que nos conduzca al arresto de los culpables. ¿Qué te parece? Después de la sustanciosa cantidad que Alexander va a dejar en beneficio de la colonia, deberíamos corresponder a su generosidad intentando por todos los medios

detener a sus asesinos.

—Lo hablaremos más tranquilamente —contestó su colega.

Valerio Hymino se marchó a la basílica a impartir justicia. Entre tanto, Furnio, apoyado en el rastrillo con el que acarreaba la basura, observaba la cantidad de despojos que sus vecinos habían arrojado a la vía pública. Las ordenanzas municipales no se cumplían, no existía el civismo, solo se vislumbraba el camino del castigo.

Quinto Julio Ploto había prometido a Crispula que no tardaría en regresar a Olissippo. Había conseguido una entrevista con el procurador que se mantenía en secreto y le asaltaba el vago temor de que Terencio se enterase, pues no quería andar con mentiras. El empresario del mar era un tipo al que no le gustaban los cuentos. La verdad merecía el mayor respeto, era su lema. Servilio Modesto recibió a Ploto puntual, haciendo gala de unos modales exquisitos que ya formaban parte de su carta de presentación.

—Un regalo de nuestro empresario Terencio —expuso Servilio Modesto observando la admirada expresión del visitante ante el lujo del mármol que recubría casi por entero la sala—. Después de concedérsele el contrato de explotación de las canteras de Ehora tuvo esta deferencia con nuestro querido gobernador, extra de mármol, y no es la única habitación.

Ploto se derrumbó. ¡Por el clamor de los dioses!, aquello solo podía tomarse como una advertencia. Él venía a expresar sus dudas sobre la veracidad de las firmas presentadas por un hombre que parecía contar con el aprecio sincero de la misma persona ante la cuál él cuestionaría su honradez.

—Es un poco temprano para beber mulsum —continuó hablando el procurador—. No es una costumbre instalada en mis hábitos, pero si me acompaña, tomaremos un poco. En estas tierras la miel es riquísima y le da al vino un sabor exquisito. El mismo Baco, de probarlo, convocaría a los dioses hermanos.

—Bienvenido sea un poco de mulsum —dijo el de Olissippo. Dada las circunstancias, no vendría mal relajar un poco el ambiente.

Servilio Modesto había amanecido charlatán. Se mostró muy interesado en conocer el negocio del rico empresario naviero, preguntó por las cargas de sus embarcaciones, las rutas marítimas y los lugares de destino, y hasta por los desastres que provocaba el mar furibundo, que seguro le habría ocasionado más de una desgracia, le dijo suavizando el término tragedia, el primero que se le vino a la mente y que interpretó desafortunado. Julio Ploto era un buen interlocutor, refería verdaderas historias épicas de naufragos supervivientes que erizaban el vello. El procurador correspondió relatando otras tantas aventuras en que se había visto envuelto consecuencia de sus múltiples destinos en tierras hostiles, sombrías, como las de Britania, en las que imponer las costumbres más civilizadas de Roma había

costado mucho dinero y la vida de valientes legionarios que no merecieron morir ante aquellos odiosos y sanguinarios rebeldes. Así expresaba Servilio Modesto su antipatía por Britania. Después de dos vasos de mulsum, el procurador encauzó la conversación hacia la solicitud un tanto misteriosa de Ploto.

—Nadie sabe de nuestra reunión, excepto Hermes, mi guardia personal, en quien confío ciegamente —comenzó—. Con este añadido se me solicitó su comparecencia.

—A veces uno no conoce por qué vericuetos camina y es mejor pasarse de prudente —contestó Ploto.

—Entiendo. Soy todo oídos y discreción.

El de Olissippo hizo un gesto agradeciéndolo.

—Debe saber, procurador, que el primer barco con el que empecé mi negocio ya servía para el transporte del mármol que se extraía de las canteras de Ehora. Mi negocio fue creciendo y seguí prestando mis servicios trasladando este material que nos convierte en una rica provincia. Así hasta el día de hoy. Mi licencia siempre ha estado en orden y firmada por la autoridad competente, desde hace diez años nuestro gobernador Otón. Dadas las actuales circunstancias, he venido expresamente a conocer de su boca si Otón ha dejado firmadas las autorizaciones pertinentes para los viajes que están programados respecto al mármol que corresponden a mis barcos, o si bien tiene usted la potestad de suplir su firma en esas licencias —dijo Ploto, que limpió su sudor cuando terminó de hablar.

—Otón dejó algunas firmas para evitar la paralización y el caos en algunos sectores. Hasta el nombramiento de un nuevo gobernador, yo tengo la potestad de firmar en su ausencia y evitar que la economía lusitana y la del imperio se vean menoscabadas.

Servilio Modesto se levantó y hojeó unos pergaminos. El silencio se le hacía eterno a Ploto, que veía al romano releer una y otra vez volviendo sobre lo mismo. Luego el procurador lo miró con perplejidad, no entendía nada.

—A ver si conseguimos entendernos —prosiguió el procurador al cabo de un rato—. Desde hace más o menos tres años la empresa de su propiedad no tiene licencia para cargar de Ehora. El mismo tiempo que hace que las canteras dejaron de enviar mármol a Olissippo. Esto que le transmito es lo que reflejan los pergaminos sobre el estado de la cantera que he estado estudiando, comprenda que no controlo del todo este asunto del que he sido ajeno. No puedo decirle por qué se le retiró la licencia y por qué no se envía mármol a Olissippo.

Ploto lo miró sin ninguna reacción en su rostro. No había entendido muy bien las palabras del procurador, por eso le pidió que las repitiera.

—Eso no puede ser. La semana pasada misma embarcamos mármol para el puerto de Ostia en Roma, tengo la licencia firmada por el gobernador y desde luego puedo asegurarle que llevamos haciéndolo una o dos veces al mes desde nuestra primera autorización.

—¿Y quién firmaba sus licencias? —preguntó sin inmutarse Servilio Modesto.

—El gobernador —contestó Ploto con la seguridad de tener respaldo suficiente en su persona.

—Y dígame, querido empresario, ¿venía usted mismo a Augusta Emerita a recogerlas de manos del propio gobernador?

—No, esa es tarea de un cuerpo más joven. El mayor de mis hijos se ocupa de ese asunto. La mayoría de las veces se acercaba a la cantera y Terencio se las facilitaba. —Y mientras iba comunicando su respuesta, un gesto de seriedad se instaló en el rostro.

El procurador quiso saber los destinos del mármol que el empresario llevaba transportando por mar durante tanto tiempo, cuánto se le pagaba y quién y cómo lo hacía. A lo largo de la reveladora conversación bastantes preguntas se quedaron sin respuesta. Ploto contenía sus sentimientos, en los que se mezclaban la rabia del engaño y la culpa de saberse utilizado en una trama de corrupción a la que había contribuido sin reparos y sin conocimiento. Estaba avergonzado; quizás nadie creyese que él no sospechaba lo que sucedía. En los últimos tiempos había declinado responsabilidades en favor de sus tres hijos, con edades suficientes para hacerse cargo por completo del negocio, sin que ninguno de ellos expresase nunca cualquier suspicacia al respecto. Su testimonio podría ser relevante para detener al contratista, al menos eso tenía a su favor si pretendía probar su inocencia en el robo del mármol. De momento todo era un cúmulo de incertidumbres que le abrumaban.

Ploto informó con detalle al procurador de cuanto sabía. Debía contribuir plenamente al esclarecimiento de lo que estaba sucediendo. Le dijo que su visita a Emerita se había complicado. Le refirió que había compartido con Furnio y Cornelio Severo el motivo real de su estancia en la capital, y que los citados senadores le habían puesto al corriente de que el propio Otón tenía recelos sobre las extracciones practicadas en las canteras, porque había encargado una investigación secreta de las cuentas presentadas al concilio provincial por la empresa contratista.

—No quiero ni pensar que fuera Terencio quien intentó matarme durante mi visita a las canteras —Servilio Modesto iba encajando una pieza tras otra.

—¿Han intentado matarle, procurador? —dijo el empresario sin dar crédito al rumbo que había tomado la conversación.

—Ahora estoy seguro. Bien me anunció mi valiente Hermes que aquello no había sido un accidente —confirmó la suposición el procurador.

Servilio Modesto solicitó para estas confesiones la misma reserva que la pedida por el empresario, no eran menudencias las confidencias que allí quedaron al descubierto. Relató con todo lujo de detalles los acontecimientos de aquel día en las canteras, la tremenda catástrofe que causó el bloque que se desató, mejor dicho, cuya cuerda habían cortado de los amarres. Por primera vez estaba pudiendo desahogarse con alguien sobre todos sus temores, remontándose al día en que llegó y creía que todo el mundo le miraba como un sicario mandado por Nerón.

—Furnio vendrá a verme dentro de un rato. Espéralo conmigo, Ploto.

La asociación de mujeres de Augusta Emerita se había reunido esa mañana. Sabina había preparado una ligera comida para incitar a sus socias a quedarse más tiempo. Cada una había llevado algo de material para confeccionar los monigotes que se lucirían en la próxima fiesta de la colonia. Debía pedirse explícitamente a los dioses, con fervor y dádivas, que las cosechas fueran abundantes.

—Sé por conducto cierto que la dueña del lupanar encabezará el entierro del joyero —dijo Calpurnia con tono irónico—. Por lo visto, ante la muerte y en la cama somos todas iguales. ¿Qué os parece?

—Yo acompañaré a Furnio con mucho gusto. Cada cual tiene derecho a enterrarse como desee, y encima, si lo paga de su bolsa, con más motivo. No sé si sabrás que Alexander ha repartido su herencia pensando en mucha gente y en la colonia, y eso es de alabar —concluyó Arria Pale molesta.

—No será para tanto —le contestó la otra.

—Quizás, si te hubiese dejado algo a ti, estarías más conforme —soltó Arria Pale.

—No sé a qué viene esa contestación, ni que a mí me hiciera falta el dinero —se ofendió Calpurnia.

Sabina cortó la conversación llamando a una de sus esclavas para que tocara la lira. Pompeyo Prisco tuvo ese capricho, le encantaba el instrumento e instruyeron a una esclava en su manejo, y parece que escogieron manos con aptitudes y buen oído. Mientras sonaba la lira, las de la asociación metían paja y cosían el armazón y la cabeza que representaba a la diosa Ceres, a quien rogarían en el mes de agosto que propiciara una cosecha de cereales en abundancia, y a Saturno, que mandaba sobre los cielos y traía el agua, líquido divino origen de la vida y la prosperidad.

—En unos días llegarán mis hijos de Roma, lo estoy deseando, para principios de agosto. Me lo prometieron la última vez que estuvieron aquí, ya sabéis que no llegaron a tiempo de enterrar a su padre —dijo Sabina—. Piensan que voy a cambiar de opinión y que me marcharé con ellos a Roma, pero yo me muero aquí, que me entierren con mi Pompeyo Prisco, juntos para siempre. A veces, tengo ganas de que llegue ese momento cuanto antes.

—Sabina, no quiero escucharte decir eso nunca más —Arria Pale se emocionó.

—Querida, tengo una sed terrible, tanta paja me hace sudar y me provoca picores —cambió el rumbo de la conversación Julia, la mujer de Tito Emilio.

Las otras confirmaron la necesidad de tomar algún refrigerio. Sabina organizó en poco tiempo una mesita con toda clase de brebajes. Calpurnia había llevado varias raíces y hojas para hacer infusiones y ahora recomendaba algunas de ellas.

—El anís, por ejemplo, sirve para usos variados, tiene propiedades analgésicas, afrodisíacas y diuréticas, sí, sí, he dicho afrodisíacas —repitió entre risas y pícaras miradas—. Si lo bebemos, quita la sed, y si lo inhalamos, mitiga el dolor de cabeza. Además, tengo el de mejor calidad, procedente de Creta y Egipto. Esta noche lo mezcláis con algo en la cena y que lo tomen vuestros maridos, hacedme caso. Os he

preparado un regalito que no podéis rechazar, pasaréis una noche divina. Ya me diréis, ya. —Y sacó unas bolsitas que repartió.

—Eres tremenda, Calpurnia —le decían bromeando las demás.

En ese momento, Polonia hizo su entrada en el atrio de la casa de Sabina precedida por un esclavo que anunciaba la visita. Algunas socias no habían tenido oportunidad de codearse con ella y la observaron con interés.

—Voy a las termas, tengo a las esclavas fuera esperando. ¿No os animáis a acompañarme? —Polonia hablaba para el corro que se hizo en torno suyo.

—¿Y para qué necesitas ir a las termas? Seguro que tus bañeras son más grandes que nuestros humildes baños —Calpurnia intentaba arañar para la colonia—. Quizás podrías influir en tu esposo, a ver si consigue fondos de Roma y preparan las termas como las que tenéis allí, por lo visto a todo lujo.

—Cuenta con ello, Calpurnia —sonrió amable Polonia—. Y vosotras, deberíais quejaros a vuestros maridos a ver si cambian el horario de las mujeres y le añaden un ala para nosotras, como en Roma.

La fugaz visita de la romana produjo en las emeritenses una pequeña revolución. Algunas alabaron su porte delicado, la belleza de su indumentaria y su elegancia en el habla. Otras, en cambio, veían mil motivos para criticarla. Los chismorreos sobre ella y otros romanos notables eran tema que encantaba a la mayoría.

—Dicen que tienen un arcón lleno de joyas de oro y plata. Y ni se sabe cuántos de vestidos y zapatos.

—Claro, luego con subirnos los impuestos a las provincias tienen bastante —contestaba otra.

—A mí me ha parecido muy agradable, yo misma vestiría así de poder permitírmelo, no me creo que vosotras no —añadió la más joven.

—Es una mujer generosa —terció en favor de ella Arria Pale—. No nos ha hecho nada malo y le gusta conocer a la gente de aquí; ya sabéis que otras ni se dignaron saludarnos, así que no la critiquéis tanto. Calpurnia, tú también la conoces, di algo bueno de Polonia.

—Es un poco presumida, pero se puede contar con ella —terminó por decir la de Metellinum—. Creo que la echaremos de menos cuando se marche.

—Hablando de joyas —dijo Julia dirigiéndose a Arria Pale más de cerca—. La última vez que fui a ver a Alexander tuve que esperar a que terminase una fuerte discusión con un forastero.

Arria Pale la miró sin comprender la importancia que Julia daba a sus palabras.

—A lo mejor no quiere decir nada —siguió la mujer—, seguro que no, pero me llamó la atención su estado de excitación y la fuerte discusión que mantenían. Nunca había visto así a Alexander, él que siempre estaba de buen humor y era tan alegre. Pobre hombre, cómo ha terminado. Dijo que a él nadie lo amenazaba, luego echó a aquel hombre de la tienda y después de atenderme cerró la joyería. El otro día volví a ver al hombre de la discusión, parecía un mendigo.

—¿Cómo que parecía? —preguntó Arria Pale.

—Iba vestido como un mendigo, estaba en la entrada del foro. Me acerqué a darle una limosna y, créeme, no eran manos de mendigo las que recogieron los sestercios.

—Si te parece importante, díselo a tu marido o al mío —animó Arria Pale.

—No sé, ya veré, a lo mejor es una tontería.

Furnio se deshacía en explicaciones ante el procurador. La colonia era un hervidero de problemas y la muerte de Alexander lo complicaba todo aún más: no pudo acudir antes a visitarlo. El procurador lo disculpó para descarga de su conciencia.

—Polonia nos ha hecho saber lo bien que te han venido las termas del balneario de Aqua —dijo Furnio.

—Seguro que cuando el tiempo se haga más inestable notaré dolor en el costado —se lamentó el procurador—. Pero de momento y para hacer tan poco tiempo del accidente, debo decir que me encuentro bastante bien.

—Es un balneario con mucho renombre, procurador —convino Ploto—. Durante mi estancia en Emerita, en mis tiempos como flamen —y el de Olissippo levantó la vista dando a entender lo insuperable de aquellos días—, mi esposa Crispula pasaba algunas temporadas en él para aliviar sus problemas de huesos.

—Sí, sí, a mí también me ha venido muy bien. Es la primera vez que he visto en un balneario una cúpula coronada por una apertura, y que además han utilizado como reloj de sol, y he visitado balnearios, podéis imaginaros —comentó Servilio Modesto.

—¿Y qué le parecen, procurador, las gradas del borde de la piscina? —Ploto era su más firme defensor.

—Me parece buena idea, pero ya las había visto en otros lugares, en cambio lo del reloj me ha sorprendido.

De pronto el procurador guardó silencio manteniendo la mirada en un punto fijo, parecía pensativo. Sus dos acompañantes esperaron.

—Tenemos un problema y parece grave —dijo Servilio Modesto mirando al duunviro.

A continuación, y resumiéndolo lo mejor que pudo, planteó a Furnio el asunto del robo que tenía lugar en Eborá. Lo que de verdad preocupaba al procurador era su creencia de que en esa trama de corrupción debía haber mucha gente implicada, pues era imposible llevar a cabo una sustracción a ese nivel sin una organización poderosa. Y él pretendía desarticular todo ese entramado.

Después de escuchar a Servilio Modesto, Furnio respiró en paz. Había deseado con ardiente dolor que las sospechas de Sulpicio Superster sobre la posibilidad de que el nuevo procurador formara parte de la trama de corrupción fueran infundadas. Furnio había confiado en aquel anciano, que había sido llamado por Nerón en el último momento de su carrera política para ejercer una procuratela en una tierra que



nada significaba ni añadía a su brillante carrera. Servilio Modesto ansiaba quedarse a resguardo de la madre Patria, donde aspiraba a disfrutar de un retiro bien merecido después de media vida de sinsabores en lugares alejados, deseaba ocupar su tiempo escribiendo y leyendo, sin más preocupaciones. Eso le había contado a Furnio durante el viaje de Roma a Emerita, y este, que lo había ido conociendo en medio de la fatiga por la dureza del camino y sus muchos años, intuyó que era de los hombres que siempre se comprometían. El duunviro estaba feliz por no haberse equivocado, pues lo tenía en alta estima.

—Debo ver cuanto antes a Sulpicio Superster, y a ese encuentro debéis asistir también vosotros dos y Cornelio Severo —dijo el procurador—. Mientras tanto, y de cara al exterior, las cosas seguirán como si no supiéramos nada.

Los otros dos asintieron.

—Furnio, ahora que sabemos la hipócrita calaña de Terencio, ¿te parece probable que intentara matarme durante mi visita a las canteras? —preguntó Servilio Modesto.

—No lo sé, procurador. Pero no habría que descartarlo. Hermes dice que las cuerdas fueron cortadas, ¿no? —respondió el duunviro.

—Hay que trazar un plan —fueron las últimas palabras de Servilio Modesto.

Capito sudaba y jadeaba. Desde que decidió presentarse a la carrera del circo que Furnio organizaría en septiembre, acudía sin faltar una sola tarde a entrenarse concienzudamente en la palestra de las termas. Su vigoroso cuerpo moldeado por el ejercicio continuo y la genética mostraba una dureza que contrastaba con la sensibilidad de su mundo interior. Su timidez, disimulada con el esfuerzo de la superación constante, afloraba en los momentos en que se relajaba y no se mantenía alerta. En Roma había levantado pasiones entre muchas mujeres, y aunque provenía de una provincia, su familia materna tenía una posición envidiable. Su abuelo materno fue gobernador de La Lusitania antes de Otón, además de contar con otros nombramientos sobresalientes, lo que permitía augurar al nieto una carrera profesional de primer orden y, por qué no, quizás también política. Era cuestión de contactos, y el joven los tenía. Todo ello lo convertía en un candidato magnífico para emparentarse con las familias de posición más relevante de Roma, como de hecho demostraban algunas peticiones formuladas. Moreno de piel y pelo, de ojos negros y mentón afilado que resaltaba su aspecto atlético, como su padre, poseía una espalda ancha y un torso imponente, en el que cada músculo ocupaba su lugar. Y de su madre había heredado una altura destacable y unas anchas articulaciones. Pese al éxito del joven en sus estudios y en la adaptación a la vida de la capital, él siempre quiso volver a Augusta Emerita, su lugar de origen, junto a su padre. Y ahora que Marcia sería su esposa, podía reconocer lo acertado de su decisión de volver a la colonia, renunciando quizás a un futuro con más reconocimiento y brillo.

Todos los días, mucho antes de la salida del sol, se levantaba para faenar en el

campo y robustecer así su cuerpo. Nunca había participado en una carrera de carros, aunque sí sabía conducirlos. La pared de entrada al foro municipal había sido pintada con cal anunciando la fecha de la competición. Era el mejor lugar para publicitarla. En las principales poblaciones de la Lusitana ya se tenía conocimiento de ella. El duunviro había aprovechado la procesión de culto imperial como medio de difusión de la carrera. A pesar de las carencias, el abogado se entrenaba como podía en la palestra de las termas, que, por otra parte, era un lugar de reunión espontáneo en el que recalaba todo tipo de información.

—Dicen que los pretorianos en Roma están deseando que llegue —refería uno de los jóvenes, rodeado de un corro de gente, en alusión a Galba.

—Les prometió dinero para que apoyaran su causa y ha resultado una estrategia eficaz —confirmaba otro—. Llegado el momento, dieron la espalda a Nerón.

—Pues que los tenga contentos, sí, no creo que empiece con buen pie si no los mima. Serían unos enemigos bien poderosos —continuó el primero.

—¿Los pretorianos están enfadados con Galba? —preguntó Capito.

—No, me refiero al ejército germano. Están revueltos con la destitución de su jefe, creen que Galba no debió castigarlo. Virginio Rufo podría haber sido nombrado emperador por las legiones del Rin y la aventura de Galba hubiese terminado —le contestó el joven—. Pero Galba lo ha acusado de haber obstruido su camino al trono.

—¿Y de Otón, se sabe algo? —siguió preguntando Capito.

—Se oyen rumores de que sucederá a Galba, por lo viejo que es —intervino otro.

—¿Galba ya ha dicho algo sobre su heredero? —continuó Capito asombrado.

—No. Dicen que es Seleuco, el inseparable astrólogo de Otón, quien le ha anunciado que será emperador. Estos días entre la tropa son todos rumores, no hay que hacer mucho caso, parecen una panda de mujeres ociosas —le respondió su informante.

—Lo que sí es cierto es que Galba está siendo bastante inflexible con las poblaciones que no apoyaron la sublevación, se está derramando mucha sangre —dijo otro de los jóvenes, que había regresado hacía poco a Emerita.

—Yo he llegado de Tarraco hace dos días —interrumpió un anciano, desconocido de los asiduos a los baños—. Soy de allí, y os diré que sobre Galba se dicen cosas de todo tipo; se le critica y se hacen burlas de él en algunos corrillos y se oyen muchos cuentos sobre su crueldad y su avaricia, pero hemos tenido que esperar a que llegase un viejo enfermo de gota con más de setenta años para que se enfrentara al monstruo que todos deseábamos ver muerto, Nerón. Pronto se nos ha olvidado que nos ha salvado de aquel loco, con los gallardos generales que hay por todo el imperio. Vergüenza debería darnos pronunciar su nombre y no arrodillarnos para glorificarlo.

Después de tan sentido homenaje en favor del nuevo César, el grupo se dispersó sin mediar palabra.

Las calles de la colonia rebosaban vida, el sol comenzaba a declinar, y junto a sus poderosos rayos, el calor y la luz. Capito bajaba por la calle del foro. El vistoso

anuncio de la próxima carrera le incitó a revelar a su acompañante su participación en la misma. Su amigo lo miró con sorpresa. Era una empresa peligrosa la de conducir los carros, a veces había costado la vida a más de uno, incluso de afamada competencia en el oficio. La calle del foro mantenía un tránsito intenso durante todo el día y bien entrada la noche. Las tabernas que se esparcían a lo largo de ella, sacaban algunos bancos que situaban bajo los pórticos coincidiendo con el límite de la acera. Los taberneros gritaban para controlar a sus clientes. El amigo de Capito insistía en tomar algo, y este cedió bajo promesa de marchar en media hora, era su máxima prórroga, le esperaban en casa de Furnio para cenar junto a otros convidados. Acababan de limpiar la taberna y el olor del desinfectante se confundía con los vapores del vino, que, pese a estar en barricas, desprendían un aroma denso, y al del aceite quemado que también formaba parte de la rancia atmósfera que se respiraba dentro del local, del que eran muy estimadas sus tortitas de aceite con pan, huevo, vino y miel que freían en el rincón más próximo a la puerta. El tabernero sudaba y se limpiaba con un pañuelo la calva y las gotas que le caían por el cuello y que bajaban por los pliegues de las orejas. Unas aceitunas ralladas guisadas con pimienta, ajo y orégano acompañaban la jarra de vino con especias que pidieron. En la pared del fondo, pintada con teja, se describían los precios y las variedades del vino que permanecía almacenado en barricas incrustadas a lo largo del mostrador. Otras pintadas situadas en la parte inferior de las paredes daban fe del paso por Augusta Emerita de los más insólitos viajeros, también podían leerse desahogos contra gobernantes y vecinos de la colonia, obscenidades varias, declaraciones de amor y cualquier otro tema que se antojara a los clientes.

—No sabía que Galba tuviera fama de avaro —dijo el amigo.

—Se escuchan muchos chismorreos —contestó Capito—. No hay que hacer caso.

—¿Qué se oye? —continuó el otro.

—Bueno, dicen que para premiar el celo de su administrador cuando le presenta sus cuentas le sirve un plato de legumbres. —Los dos rieron ante la anécdota—. O también se habla del caso de un exitoso flautista llamado Cano. ¿Lo conoces?

—No.

—Es muy aclamado en Roma, con público propio. Pues se cuenta que Galba, después de una actuación, le entregó cinco denarios como propina, imagínate, ni los mendigos son tan escasos —comentó Capito.

A esa misma hora, Furnio y Cornelio Severo llevaban encerrados algún tiempo en la biblioteca mientras Arria Pale servía una limonada dando conversación a los invitados que llegaban a su casa para cenar.

—¡Furnio! —La mujer golpeó la puerta.

El duunviro salió de la estancia en dirección al atrio para saludar a Aulo Gayo, Demetrio y Ploto, que permanecían aposentados cómodamente alrededor del brocal

del pozo. Mientras intercambiaban comentarios y Ploto los hacía reír con los últimos chistes que había escuchado en el foro, Capito llegó y saludó levantando el brazo para a continuación dirigirse hacia la otra esquina del atrio donde Marcia se abanicaba con resolución y le dirigía gestos infantiles. Los convidados vaciaban las bandejas que los esclavos les ofrecían con frutos secos y verduras. Aulo Gayo relataba anécdotas divertidas con personajes de carne y hueso. Su dilatada carrera daba para una animada conversación. Refirió situaciones ciertamente curiosas y atrevidas que levantaron los colores de Arria Pale, mientras algunos oyentes pedían entre risas detalles más concretos. Furnio aprovechó la buena marcha del momento para excusar brevemente su partida, indicando con claridad a Capito que lo siguiera. Entraron nuevamente en la biblioteca y atracaron tras ellos la puerta. Cornelio Severo seguía pasando las páginas del libro que tenía entre sus manos sin levantar la vista. Estaba maravillado con los dos ejemplares. Parecían toda una obra de arte.

—Hemos reflexionado mucho sobre el objeto que vamos a enseñarte —dijo Furnio manteniendo la expectación del muchacho, que parecía atónito por el misterioso comienzo de su suegro y la evidente presencia ensimismada de su padre.

—¿Y tanta reflexión? —preguntó el abogado con sorna.

—Una vez que lo hayas visto y nos des tu opinión, debes olvidarte del asunto para siempre —respondió el duunviro.

—¡Cuánto misterio! No sé qué pensar —contestó Capito.

—Está escrito en griego, pero no sabemos qué es. Por el bien tuyo, debes olvidar lo que vas a examinar —insistió Furnio.

—Se trata entonces de un libro, por lo que dicen tus palabras —intentó aclarar Capito.

—Insistimos en que debes olvidar el asunto que te proponemos al salir de la biblioteca y, por supuesto, jamás hablarás con nadie de esto. —El padre se había levantado del asiento y miraba al hijo sin pestañear, con una seriedad que revelaba que ellos tomaban este asunto muy en serio.

Después de tantas muestras de reserva, Capito se revolvió en su asiento, tosió y se frotó el cabello que rodeaba su nuca. Luego les contestó que tomaba con el mayor respeto lo que tuvieran que comunicarle. Cornelio Severo le entregó uno de los libros. Capito lo sostuvo entre sus manos con delicadeza. Después de un rato, miró a su padre y al duunviro, maravillado por la pieza que tenía ante sí, y lo levantó a la luz de la lucerna para examinarlo con más detalle. Lo palpó con suavidad, lo olió y durante un rato toqueteó sus páginas.

—Está escrito en griego, tenéis razón —fueron sus primeras palabras.

Los dos hombres se miraron esperanzados, quizás pudiera decirles de qué libro se trataba.

—¿De dónde lo habéis sacado? —dijo totalmente confundido Capito.

—No te diremos nada más; es mejor que te mantengas al margen —contestó su padre.

—¡Oh, divino Jupiter! No pongas esa cara, muchacho, tu padre y yo no hemos hecho nada malo. Supongo que confiarás en nosotros, ¿no? —intervino Furnio al ver el rictus contrariado de Capito.

—Claro, claro que confío en vosotros, pero es que me cuesta imaginar el conducto por el que ha llegado a vuestras manos algo así —habló el joven con absoluto desconcierto—. Dejad que le eche otro vistazo.

Mientras Capito seguía extasiado en su lectura, el duunviro puso al día a Cornelio Severo sobre su visita al procurador.

—A ver —dijo el muchacho al cabo de un rato—. Los libros que me habéis entregado se conocen como libros sibilinos. No los había visto antes, como casi nadie. ¿Sabéis de qué os hablo?

Ambos negaron con la cabeza.

—Los libros sibilinos son libros de profecías —explicó Capito—. Por lo que sé, hace unos ciento cincuenta años un incendio en el templo de Jupiter Capitolino en Roma acabó con ellos, o al menos, eso se dijo. Unos años después, el senado nombró una comisión de tres miembros para que recuperara la trágica pérdida.

—¿Existían varias copias de estos libros? —quiso saber Furnio.

—No, bien al contrario. Estos libros se guardaban ocultos de la curiosidad de todos, solo los decenviros, un colegio sacerdotal creado para interpretarlos, podían acceder a ellos —siguió contando el joven—. Pero al desaparecer, se hizo necesario recuperar un saber tan importante como el que se había perdido.

—¿Y qué saber contenían esos libros? —preguntó el duunviro totalmente excitado por el relato.

—Fórmulas para aplacar la cólera de los dioses, otras para evitar los desastres de las guerras y las sediciones, modos de acabar con las epidemias, los temblores de la tierra y cualquier otro fenómeno incontrolable. En definitiva —concluyó Capito—, en ellos se encuentran las claves para preservar el imperio de las amenazas externas, internas y de la naturaleza. Para muchos son el alma de nuestro imperio y el motivo de que este siga existiendo después de tantos siglos.

—Y si no existían copias de los libros sibilinos, ¿cómo pretendía recuperar la comisión esa información? —preguntó Cornelio Severo.

—Ni idea —contestó Capito frunciendo los labios—. No sé cómo lograron recuperar las profecías que contenían los libros, pero parece que lo hicieron. La historia de estos libros es larga. El caso es que, en época más reciente, después de su nombramiento como sacerdote máximo, Augusto ordenó una nueva colección de libros sibilinos. Fue seleccionando la información que le presentaron aquellos ciudadanos que creyeron conocer las profecías. Después de un riguroso examen, la mayoría de estas ardieron en el fuego, y las que se consideraron válidas fueron copiadas a mano por los decenviros para salvaguardar el secreto. Luego llevaron al templo de Apolo en el monte Palatino los nuevos libros sibilinos para depositarlos al pie de la estatua de este dios. Por último, Tiberio también aportó su huella personal a

los libros sibilinos y durante su gobierno se suprimieron algunas profecías y se añadieron otras.

Furnio y Cornelio Severo escuchaban atentamente la retahíla de información. Trataban de comprender la importancia de los libros que Alexander había legado al duunviro.

—Y ahora, ¿dónde están los libros sibilinos? —se aventuró a señalar Furnio.

—Siguen en el mismo sitio donde fueron depositados en la época de Augusto —indicó el joven—. Para que puedan ser consultados en los momentos de crisis.

—¿Y dices que los libros que te hemos enseñado son los mismos libros de los que estamos hablando? —A Furnio todo aquello le parecía una locura.

—Estos libros parecen muy viejos, quizás sean anteriores a la época de Augusto —respondió Capito.

—¿Pueden ser dos de los auténticos libros sibilinos que dices se perdieron cuando se produjo el incendio? —intervino Cornelio Severo.

—No puedo responder a la pregunta, aunque sí conozco a alguien que quizás podría darnos más información —resolvió el abogado.

Cornelio Severo y Furnio se mantenían a la expectativa.

—La persona de la que os hablo está en Augusta Emerita. Me refiero a Halys. Sabe mucho y sobre muchas materias. Más de una vez hemos hablado de los libros sibilinos; la mitad de lo que os he contado me lo ha dicho él.

—¡Por todos los dioses! ¡A cuánta gente vamos a tener que contarle esto! —Furnio estaba irritado, no quería difundir más la posesión de su legado, era una cuestión de prudencia, no quería poner en peligro ni su vida ni la de los demás.

—¡Padre! ¡Capito! ¿Estáis ahí? —La voz de Marcia sacó a los tres hombres de la conversación en la que se hallaban.

La puerta de la biblioteca se abrió. Había pasado un buen rato desde que se encerraron bajo la tenue luz de las lucernas y el resto de invitados no dejaban de preguntar por ellos. Furnio y Cornelio Severo salieron, visiblemente sorprendidos por el rumbo de la historia de esos libros. Luego Capito agarró la cintura de su prometida y le susurró al oído algo que hizo enrojecer a la muchacha.

—Puedo volver a repetirlo todas las veces que desees escucharlo.

A Marcia le llenó de pasión el arrebató de su prometido, por lo común bastante comedido en sus gestos amorosos.

—No sabes cuánto te quiero —susurró nuevamente el abogado.

## La colonia asiste al funeral

«Hasta los actos más sublimes pueden ser mirados con recelo. Es relativo casi todo».

El cadáver de Alexander desprendía un hedor difícil de describir. Desde Corduba, la capital de La Bética, los magistrados emeritenses habían llamado a un embalsamador de animales para que hiciera lo propio con el cuerpo del joyero, contando siempre con la aquiescencia de Partula y gozando tal medida de un carácter absolutamente excepcional, por haber sido dictaminada en su testamento. Dada las circunstancias que rodeaban su muerte, la necesidad de subastar sus bienes y la organización de un entierro digno de una economía tan envidiable como la suya, el último adiós tenía lugar casi dos meses después de su asesinato. Se acordó que lo organizase Furnio en representación de la colonia y siempre en consonancia con la dueña del lupanar, que bien quedaba reconocida tras la muerte del joyero con todos los méritos que nunca tuvo en vida. Era el caluroso y agobiante mes sexto, al que el senado de Roma cambió el nombre en honor de Augusto, antes mes de la diosa Ceres, que mandaba en la agricultura. En los sufridos y exhaustos cuerpos de los emeritenses se acumulaban las temperaturas de aquel clima extremo, que pasaba del calor al frío sin intervalos para la aclimatación. Partula no se había separado del cadáver de Alexander desde el instante en que fue instalado en su casa, y hasta entonces lo había visitado a diario en las dependencias médicas. Cada día lo perfumaba y esparcía los ungüentos que le entregó el embalsamador.

—Desde luego, hay que reconocer que se ha portado usted con Alexander de forma inmejorable —dijo Arria Pale dirigiéndose a Partula.

—Usted habría hecho lo mismo con su esposo, ¿o no? —contestó la prostituta a la defensiva.

—Sí, claro —afirmó la matrona.

Arria Pale se había propuesto tratar a Partula con el máximo respeto; mediaría, en caso de surgir tensiones, ante la reunión de sensibilidades tan dispares. Era momento de olvidar el oficio de la amante del joyero. La prostituta dirigía los ritos funerarios desenvolviéndose con la mayor dignidad, obviando las miradas de reprobación de la mayoría de los allí presentes, que debían permitir su presencia, pensaba ella, por la obligación testamentaria y por los sustanciosos beneficios que su amado había legado a la colonia.

—Debemos facilitar su tránsito al Más Allá, purificarlo para que sus manes lo acojan y su alma no sea condenada a vagar por la tierra como un fantasma. Es lo

mínimo que puedo hacer por él —los ojos de Partula se humedecieron—. Siempre lo quise.

Arria Pale colocó la mano en su hombro en señal de apoyo. En casa de Alexander estaban sus amigos, unos cuantos vecinos y un quinto del senado. Era el momento de dar el adiós definitivo a quien siendo hijo adoptivo tanto se había acordado de su pueblo en su última voluntad. El senado de Augusta Emerita había discutido cómo honrar al difunto. Finalmente, descartaron dedicarle un elogio fúnebre al paso del cortejo por el foro; optaron por donar en su favor el lugar de la sepultura. Se veló al muerto durante un día. Partula había contratado plañideras que se lamentaban con lloros y gritos y gestos atormentados, unas veces llevándose las manos a la cabeza, otras dejándolas descansar sobre el pecho o abrazando sus cuerpos en actitud de recogimiento.

Por fin indicó a Demetrio que había llegado el momento de llamar al difunto. Y este, con gran ceremonial, alzó su voz y por tres veces lo llamó.

Entre tanto Furnio se dirigió a Aulo Gayo en tono confidencial:

—¿Hemos tenido noticias de tu antiguo empleado?

—Sí. Me ha mandado un mensaje dando muestras de alegría por mi proposición. En quince días dejará las canteras y volverá a Emerita —respondió el escultor.

—¿Crees que se huele algo? —quiso saber el duunviro.

—No creo. No le quedará más remedio que colaborar con nosotros. Después de abandonar su trabajo en las canteras y sabiendo que estamos tras la pista de su antiguo jefe, ¿qué opciones tiene? Además, yo pienso que debería estar contento con el trato que le vamos a proponer, porque estoy seguro de que él es sabedor de lo que allí ha estado sucediendo, pues llevaba el control de todo. Mucho habrá costado su silencio —explicó Aulo Gayo la evidencia.

—Maestro, lo que no comprendo es por qué Alfio Lucano quiere volver a tu taller.

—Yo también me pregunto lo mismo —dijo Aulo Gayo colocando sus manos a la espalda—. El motivo que me dio fue que echaba de menos el trabajo creativo propio de un escultor. No obstante, pronto sabremos la verdad.

A media mañana colocaron al joyero en un lecho sobre un catafalco en torno al cual dispusieron adornos florales y velas encendidas para alejar los malos espíritus. Los pies señalaban hacia la puerta de la calle. El mismo Demetrio introdujo una moneda en la boca de su amigo; era el pago al barquero Caronte por conducir a Alexander al otro mundo. El desconsuelo se avivó. Partula mantenía un control férreo sobre las plañideras, a las que se acercaba exigiendo el cumplimiento de sus obligaciones si observaba un descanso largo en exceso. En breve se trasladaría el cuerpo al crematorio público, situado por ley en las afueras de la muralla. El cortejo fúnebre quería iniciar este acto cuanto antes, para no hacer demasiado peligrosa la combustión. Además de plañideras, también se contrató a un grupo de actores, que aceptaron el encargo aunque los funerales no fueran su especialidad, pues les iban a



pagar en demasía.

—Nos vamos a derretir como esperemos mucho más —Calpurnia había decidido ir al funeral en el último momento.

—Querida, parece que te han oído —señaló Arria Pale al ver cómo los empleados del muerto y algunos de sus amigos elevaban el féretro y salían a la calle.

El grupo de actores y plañideras abría el desfile fúnebre. A continuación, y con gran pompa, Partula encabezaba la representación de los familiares, acompañada de algunos amigos y unos cuantos senadores. La jefa del mayor lupanar de la colonia iba escoltada por dos empleadas de las que se asía del brazo, ante la mirada jocosa de algunos vecinos que disfrutaban viendo en actitud tan compungida y pudorosa a las prostitutas. El ruido ocasionado por el llanto y la música que habían contratado evitaba que los cuchicheos y las risas de los espectadores menos sensibles pudieran llegar a los oídos de las alegres mujeres, lo que era de agradecer. El funeral había levantado bastante polémica. Entre los emeritenses que esperaban el paso del entierro había de todo, algunos mantenían una actitud de respeto ante los restos del joyero, pero otros aprovechaban la exposición pública de las prostitutas para ridiculizarlas y reírse de ellas, en un papel que estimaban era una desvergüenza que se atrevieran a representar. Junto a ellas marchaban los magistrados. Nadie quería perderse esa estampa. Parecía irreal ver mezclados a personajes tan contrapuestos; los respetables y distinguidos senadores acompañaban a quienes ejercían un oficio tan denostado socialmente como visitado desde la antigüedad, algo de locos.

El paso del cortejo fúnebre era rápido. Debía quemarse el cuerpo cuanto antes.

—Arria Pale, mira allí —dijo Julia señalando la silueta de dos forasteros.

—¿Qué dices, querida?

—Tú mira a esos dos —y volvió a señalar a dos hombres que se mezclaban entre el gentío de los portales tratando de pasar desapercibidos.

—No son de aquí, ¿no? —concluyó Arria Pale.

—Uno de ellos fue el que discutió con Alexander el día que se enfadó tanto. ¿Te acuerdas? Te lo comenté el otro día —explicó Julia.

—Pero también me dijiste que vestía como un mendigo —recordó la otra.

—Pues ahora, ya ves, desde luego no es un mendigo. A mí esto me parece raro —insistió la esposa de Tito Emilio.

—Debes decírselo a Furnio, Julia. A lo mejor te dan la recompensa si la pista es buena —Arria Pale la miraba divertida.

—No es broma, mujer, ya viste con qué saña destrozaron al joyero. Solo pensarlo me aterroriza —Julia se tomaba todo aquello con absoluta seriedad.

La comitiva fúnebre llegó al crematorio público. Depositaron el cadáver abriéndole los ojos sobre la pira, formada por varias láminas rectangulares de leña que se elevaban unas sobre otras, culminando en una altura de apenas seis palmos donde yacía el difunto rodeado de ofrendas. En ese momento le colocaron vasos de cerámica con alimentos para renovar su vitalidad con comida y bebida en su nueva

vida.

—Con la cantidad de comida y bebida que le han colocado en la pira, no me extrañaría que el difunto resucitase. ¡Jupiter divino! No han visto el fin —dijo Capito dirigiéndose a Halys.

—¿Qué opinas sobre la muerte? —preguntó el bibliotecario de sopetón.

—¿A qué viene esa pregunta? —El abogado se atusó el pelo asombrado.

—Pienso a menudo en eso. ¿Habrás algo después de esta vida? —comentó el griego ensimismado—. Muchas religiones dicen que sí.

—¡Menuda pregunta, amigo! A mí que me entierren siguiendo nuestros ritos, por si acaso —contestó medio en broma Capito—. ¡Vete a saber! No sé muy bien qué creer. Me pasa como a Séneca, tengo muchas dudas. A veces sí creo en la inmortalidad del alma y otras veces pienso que para llegar a ella, el único camino es la sabiduría y la perfección.

—Tu padre me dijo que él pensaba como Catón, creía en el alma cósmica. Había leído que tras la muerte del cuerpo, el alma acaba desintegrándose en el aire o el fuego cósmico, en un periodo de tiempo que depende de las virtudes acumuladas por el difunto —subrayó el liberto imperial—. No te rías, Capito, todavía hay teorías más rebuscadas.

—¡No sabía que mi padre se dedicara a leer sobre esos menesteres! —exclamó con sorna el joven—. ¡Qué barbaridad! Sí, hay teorías muy rebuscadas.

—Por ejemplo, la de los seguidores de Pitágoras. Ellos creen que nos reencarnamos en personas diferentes. —El liberto aprovechó la ocasión para seguir hablando de la muerte, tema al que había dedicado abundantes horas de estudio—. A mí me gusta esta teoría, es un poco enrevesada, pero muy poética.

—Sobre la muerte nunca vamos a saber qué es cierto, podríamos elucubrar teorías y teorías y seguiríamos igual que hasta ahora. No tendríamos ninguna certeza. Lo más práctico es hacer ofrendas a nuestros dioses pidiendo que nos comuniquen el gran misterio en torno a ella —concluyó el abogado entre risas—. Bueno, a ver, ¿qué dicen los pitagóricos?

—Creen en la transmigración de las almas, que forman parte del espacio al que volverán tras la muerte, alcanzando la luna, el sol o las estrellas según el grado de virtud que practique el individuo durante su vida. Y luego, nos reencarnaríamos periódicamente en personas —explicó Halys con soltura—. Pero tú ya sabes esto, seguro, me cuesta creer que una educación tan esmerada como la tuya tenga estas deficiencias.

—Querido amigo, me gusta escuchar la extensa cultura de un griego ilustrado como tú —Capito parecía disfrutar con la conversación—. ¡Venga, hombre! —El abogado veía decaído a Halys—. ¿Qué sucede? ¿Estás nervioso o me lo parece?

—Estoy preocupado por los libros que me enseñaron tu padre y Furnio el otro día. Mañana mismo me marcho y me los llevo —contestó Halys—. Si la muerte del joyero ha sido ocasionada por estos libros, deben estar buscándolos como locos.

—¿Tan importantes son?

—Puede. Antes de emitir un juicio debo asegurarme —dijo el bibliotecario.

—Debes decírselo a mi padre y a Furnio —indicó Capito.

—Luego. —Su tono continuaba siendo de desasosiego—. Hay demasiada gente en la calle y me siento incómodo. Cualquiera podría ser un criminal.

La pira ardió apenas pronunciaron los asistentes el nombre de Alexander en voz alta. El fuego prendió enseguida, pues entre la leña había paja que facilitaba la combustión. Algunos símbolos rodeaban el cadáver: clavos de hierro que protegerían al difunto de la mala suerte, lucernas alumbrando el camino y una pequeña escultura de un joven matando con sus manos un toro, que representaba al dios solar Mitra, cuyo culto practicaba Alexander. El cortejo fúnebre fue abandonando el lugar, y solo permanecieron en él los que habrían de acompañar los huesos quemados y las cenizas del difunto al enterramiento definitivo. Regando con vino la pira, terminaron de apagar los restos y la pequeña comitiva depositó las cenizas en la tumba a la que se trasladaron sin dilatar más el ritual, apremiados por un sol que hacía justicia al mes que más encendía sus terribles rayos.

El senado había otorgado un lugar público para el enterramiento de Alexander en señal de reconocimiento por su labor benefactora en Emerita. Debería construirse el monumento que había diseñado meticulosamente el finado en el testamento y que consistía en un basamento de cinco palmos de altura recubierto de mármol sobre el que figuraría una estatua de la misma longitud, entre columnas, representando al joyero. Estaría coronado por un fino friso y un adorno en forma de triángulo en la parte más alta. Lo más particular de la tumba era la representación con la que Alexander había decidido immortalizarse. En sus múltiples viajes por los territorios del imperio y bajo la influencia del mundo griego, él había observado a muchos difuntos representados a la manera heroica, desnudos total o parcialmente y con poses propias de las principales divinidades del panteón grecorromano.

—Tengo entendido que Alexander quería que le immortalizasen con el torso desnudo —comentó Furnio a Demetrio mientras limpiaba el sudor de su nuca.

—Así era él; es lo menos raro que podía ocurrírsele —señaló Demetrio apenado—. Era una persona excelente, un tanto fantasiosa, pero buena y generosa, como ha demostrado al final. Una pérdida irremediable; tenía unas manos que valían la fortuna que consiguió en vida.

—Ha dejado una buena cantidad, que administrará Partula para conservar su tumba —dijo Furnio.

—Nada exagerada, por cierto. Dada su fortuna y lo que vieron sus ojos, creo que el dinero que dedica a su tumba no es tanto —contestó Demetrio.

—¡Pues sí que cuesta mantener el lecho eterno! —observó el duunviro.

—Dice Aulo Gayo que en la vía Appia, en Roma, hay un monumento funerario dedicado a una tal Cecilia Metella que ha costado un millón de sestercios. Claro, que los precios también dependen de los lugares, pero está todo muy caro. Por ejemplo,

en las tierras de Carthago, un territorio con precios medios, un altar puede costar entre cuatrocientos y mil sestercios, una estela entre noventa y seis y cinco mil y el monumento funerario entre mil y ochenta mil.

—¡Vaya precios! Ciertamente, no deberíamos morirnos, con lo caro que cuesta. ¿Qué te parece mi sugerencia?

Esbozaron una ligera sonrisa sabiendo que ese nunca sería un final a tener en cuenta.

—¡Pobre hombre! ¡Quién iba a decirle cómo hallaría la muerte! —dijo Demetrio.

—Como todo siga igual, nos quedaremos sin resolver su asesinato. Este crimen es un misterio que no conseguimos despejar —se lamentó Furnio.

—¡Senador! —interrumpió con determinación Halys asiendo su brazo—. De camino a casa me gustaría comentarle algo importante sobre su encargo.

—Muchacho, puedes hablar delante de mí —se atrevió a subrayar Demetrio.

—Querido escultor, en esta ocasión mucho me temo que debemos despedirnos aquí —indicó el duunviro presentando su mano para un saludo oficioso.

El escultor se quedó un tanto perplejo ante la contestación de Furnio. Miró a los dos hombres, agachó la cabeza y se fue.

Furnio buscó a Arria Pale, que le hacía gestos indicándole que volvía a casa acompañada de Julia. No obstante, se acercó a ella.

—No olvides purificarte antes de tocar la puerta de entrada —le recordó el marido.

—Pues claro, siempre lo hago, es lo normal —respondió ella.

—Perdona, es que el asunto del asesinato me hace recelar sin ningún motivo.

Furnio volvió junto a Halys y Cornelio Severo, que acababa de incorporarse y que lo esperaba bufando por el intenso calor que empapaba su túnica de sudor.

—Mañana me marcho para visitar a un amigo gran entendido en los libros sibilinos —anunció sin ningún preámbulo el liberto.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Cornelio Severo.

—No hace falta. Estos libros son peligrosos y quiero saber si es lo que imagino.

—Siento mucho haberte metido en este embrollo, es que no sabía qué hacer con ellos —se disculpó el duunviro.

—Que hayan llegado a mis manos ha sido, junto con mi libertad y mi esposa, lo mejor que me ha pasado en la vida. Estoy dispuesto a asumir cualquier riesgo que haya que correr por ellos —dijo Halys con valentía disipando todo género de culpa sobre la conciencia de Furnio—. Estos libros son muy valiosos, pero no sé cuánto exactamente, no sé si solo valen una muerte o podrían valer miles de ellas.

—Pero ¿qué dices, joven? —se alarmó Furnio ante estas palabras.

—Digo que es normal que maten por estos libros. Si a través de ellos pudieras controlar el imperio, controlar lo que pudiera suceder... —El liberto bajó la voz—. Hay mucha gente dispuesta a matar por ese motivo, no se me ocurre un fin más glorioso para un mortal que poder anticiparse o disponer de la voluntad de un pueblo,

poder aplacar a los dioses que pueden destruirnos o detener a nuestros enemigos sin derramar sangre romana. Es algo parecido a gobernar a tu antojo el destino que marca nuestras vidas.

Furnio y Cornelio Severo se sintieron pequeños ante aquellas palabras. Furnio no salía de su asombro, se sentía metido en un gran lío.

—¡No puedo creer que hayan llegado hasta mí semejantes libros! —Furnio no daba crédito a las palabras de Halys.

—Pues ya ves, Alexander te eligió para entregártelos, supongo que confiaba en tu buen juicio. Hemos de tener cuidado, la gente que los busca intentará seguir su pista. No creo que desistan tan pronto —concluyó Halys.

—¿Y tú qué más necesitas saber? —interrogó Cornelio Severo.

—Para empezar, no puedo asegurar la fecha cierta de estos libros, cuestión sumamente importante, y además debo averiguar otros detalles, que sabréis a mi vuelta, espero.

Los senadores de Augusta Emerita pretendían prestar toda la asistencia posible a Halys, tras haberle metido en el embrollo. En cambio, el liberto se sentía feliz, disfrutaba con su nueva embajada. La vida le sonreía. Tener en sus manos los libros sibilinos constituía el acontecimiento más increíble que jamás habría de sucederle, le parecía un sueño. Pero el destino nos tiene preparadas las mejores dádivas en los momentos más inverosímiles, se decía el muchacho. ¡Qué feliz se sentía Halys! Cuando su amigo viera lo que tenía que enseñarle se quedaría sin habla.

—Yo cumplí mi parte asistiendo al funeral esta mañana —dijo Capito a Marcia—. Cuando llegue la hora, nos marchamos a cenar. ¿Qué te parece? Estoy deseando encontrarme con Pompeyo y Marciano. Han sido para mí auténticos hermanos en Roma, se portaron mejor que algunos de mis parientes.

—Mi madre me ha dicho que ella y mi padre estarán el tiempo indispensable, pero deben volver al banquete fúnebre de por la tarde, es lo natural y sería una descortesía no hacerlo. En cuanto se desenreden se presentarán en casa de Sabina.

Marcia y Capito paseaban por el foro. Capito la había invitado a limonada, que, pese a pregonarse fresca, enfriaba poco el paladar.

—Además de caliente está agria —se lamentó la joven, que tragó el líquido en vez de escupirlo por educación.

—Déjame que la pruebe —dijo Capito, y arrugó la frente ante el mal sabor.

El abogado devolvió el refresco en medio de un vaivén de improperios que la vendedora lanzó contra su persona, pues advertía en el hecho del joven mala propaganda para la venta. Sin hacer caso a la mujer, Capito abrazó a su prometida, atrayendo su cuerpo hacia él y acercando sus labios, que fueron rechazados por Marcia, más pendiente de mirar alrededor.

—Venga, Marcia, somos dos seres insignificantes en medio de un enjambre de

gente para la que no existimos.

—Es que estamos rodeados y me siento incómoda —se defendió la joven.

—Solo quiero darte un beso inocente, nada más —le suplicó Capito.

Marcia cedió a las presiones de su prometido y le brindó un beso mucho más corto de lo que hubiera deseado él.

—Eres tan impetuosa que me cuesta creer que te dé vergüenza besarme —dijo.

—Es que hay mucha gente —insistió ella.

Arria Pale solía decir que su hija tenía el mismo temple que su abuela. Desde luego, en nada se parecía su carácter al prudente y reflexivo propio de Furnio y al que tanto valoraban de Arria Pale quienes la conocían hecho de paciencia, concordia y comprensión. En cambio, físicamente, Marcia era un retrato de Arria Pale con menos edad. Su redonda figura contribuía a señalar con más ahínco su mediana estatura. Sus generosos pechos sufrían la caída propia del peso, pese a que la muchacha los sujetaba con fuerza sometién dose a la intransigente dictadura de gruesas telas que más bien simulaban vendajes de guerra. Las dimensiones de su trasero parecían ajustadas para mantener un equilibrio con la parte delantera. Con todo, a Marcia no le sobraban kilos. Su figura resultaba bella y bien proporcionada, igual que su cara redonda de labios regulares, nariz pequeña y ojos verdes rasgados, luminosos y transparentes, llenos de vida. Su tez morena y su lacio pelo eran los únicos rasgos que marcaban la diferencia con su progenitora y las huellas visibles de la genética de su padre.

Los novios paseaban por el foro contándose las incidencias del día, entrelazando las manos y avivando los pequeños juegos que permitían mantener el contacto físico entre ellos. A su alrededor se mezclaban todo tipo de personajes. La atmósfera del foro estaba impregnada por el olor a carbón de algunos puestos que servían a bajos precios piezas de cordero y cerdo asadas. El humo sofocaba a los viandantes y disipaba el poco aire de la tarde de verano. Las mujeres más pudientes se enfrentaban combativas a los efluvios impregnadas de perfumes, y las restantes, que eran la mayoría, oreaban las ropas de diario al acostarse, intentando ahuyentar el humo que las acompañaba como una segunda piel.

Aquel día un grupo de titiriteros contorneaban sus cuerpos al son de instrumentos que blandían de forma intermitente. Los cómicos vendían sus muecas y gestos en medio de brincos y saltos que causaban admiración en los presentes. Un grupo de acaloradas adivinadoras con tarifas asequibles a los bolsillos más rotos llamaba la atención de todos los que se cruzaban en el radio de acción de sus manos, parando y persiguiendo a sus presas hasta que conseguían atención para sus previsiones sobre el futuro. Una de estas mujeres tomó la mano de Marcia sin pedir permiso. La joven la retiró persistiendo en su negativa, hasta que la futuróloga la convenció con maneras más dulces. La curiosidad de la emeritense no resistió al parloteo de la mujer acostumbrada a convencer en las circunstancias más adversas.

—Los vientos de Roma te traerán el amor —leía en la mano de Marcia la

adivinatora.

—Ya han llegado esos vientos —sonreía la joven mirando a Capito.

—Sufrirás, tú y los tuyos.

Aquellas palabras hicieron dar un respingo a Marcia.

—Está escrito en tu destino y no te librarás de él aunque escondas la mano.

—No vas a recibir ni un sestercio, así que no asustes más a mi prometida —  
Capito salió en defensa de Marcia al ver la pernicioso influencia que estas palabras causaban en su ánimo.

—Te prevengo contra el amor, la pasión y el deseo, un arrebato incontrolable surgirá de ti y no parará hasta destruir tu vida —continuó la vidente—. Esto no tiene nada que ver con el dinero, aunque si recibo lo mío quizás pueda ver algo más que te ayude a superar este futuro sombrío.

—¡Maldita embaucadora! —dijo Capito viendo a Marcia acongojada—. Toma diez sestercios y cállate de una vez.

La adivinadora se echó a reír con total descaro. El joven condujo a su prometida fuera del bullicio del foro mientras utilizaba todas las artes argumentativas para hacerla comprender que no podía dejarse sugestionar por una buscavida sin escrúpulos. En poco tiempo las cualidades profesionales del abogado surtieron efecto y cuando llegaron al puente ya habían olvidado los funestos presagios.

El puente que comunicaba Emerita con Olisippo y La Bética era un lugar muy transitado por las parejas de novios, que compartían el espacio del paseo con los carros que esperaban la llegada de la noche para circular por la colonia. Marcia y Capito daban un breve paseo antes de dirigirse a cenar invitados por la buena Sabina. Hacía unos días que sus dos hijos habían llegado de Roma con toda su familia. La inesperada muerte de su padre y la lejanía de su residencia les impidió asistir a su entierro y a los rituales funerarios cercanos a su fecha de defunción. Aprovecharon el festejo de los Lemuria en mayo para honrar a Pompeyo Prisco, y se marcharon inmediatamente, no sin antes prometer a su madre que dejarían los negocios convenientemente asistidos y volverían en verano para dedicarle más tiempo. Capito los conocía bien, especialmente al pequeño. El lugar de procedencia estimuló el vínculo de mutua ayuda y amistad durante su estancia en Roma. Y Capito les estaba agradecido de todo corazón, porque fueron un refugio acogedor en aquella inmensa y agresiva urbe.

Marcia parecía más proclive a los jugueteos amorosos durante su tránsito por el puente, dividido en dos partes y coronado en el centro por una lengüeta de tierra que, a modo de isla, permitía celebrar el mercado de ganado.

—Es un puente precioso y bastante largo, si no me falla la memoria, creo que el más largo de Hispania —señaló Capito pellizcándole la mejilla—. ¡Es increíble que tenga treinta arcos!

—¡El segundo más largo! —repitió la chica—. ¡Aquí en Emerita! ¿Cuánto medirá? ¿Lo sabes?

—Calculo que media milla —agregó Capito.

—Esos agujeros en medio de los arcos, ¿para qué sirven? —preguntó Marcia.

—Son pequeñas bóvedas de medio punto. Cuando crece el río, estas bóvedas permiten el paso del agua impidiendo que aumente la presión de empuje sobre el puente —le explicó su prometido—. Otro día podemos descender; te enseñaré una cosa que hay sobre un sillar del primer arco.

—¡Uffff! ¡Cuánto misterio! ¿De qué se trata? —rio Marcia.

—Es un relieve grabado sobre la piedra que representa un falo —respondió con gesto pícaro Capito.

La joven lo miró sorprendida. Era evidente que esperaba otra contestación.

—Vaya —dijo sin más interés.

Puntuales a la cita en casa de Sabina, Marcia y Capito llegaron en medio de una inmensa algarabía, gritos y pataletas de los nietos de la matrona emeritense, cuatro en total, dos de cada hijo, que se negaban a abandonar el atrio para marcharse a la cama. Finalmente, varios esclavos se los llevaron para entretenerlos hasta que el sueño los rindiese. El encuentro de Capito con Pompeyo y Marciano, el mayor y el pequeño de los hijos de Pompeyo Prisco y Sabina, se celebraba como si de parientes cercanos se tratase. Se abrazaron con cariño simulando un forcejeo más propio del entrenamiento de gladiadores, luego se gastaron bromas sobre el paso del tiempo y el aspecto físico en medio de risas, elogios y frases inacabadas consecuencia de la ansiosa participación de los tres hombres. En medio de la animada conversación, Marcia tosió y Capito enmendó el reprochable olvido de su presencia.

—¡Menudo cara dura! —exclamó alegre Pompeyo—. Así que estás prometido a Marcia. Mis felicitaciones a los dos. Desde luego un motivo inmejorable para que quisieras volver a la colonia. ¡Y qué callado lo tenías!

Marcia se sintió halagada.

—Y sepa usted, joven —Marciano, con quien Capito había compartido paseos y baños, se dirigió a Marcia— que en Roma se hubiera defendido muy bien como abogado.

—Y tampoco le faltaban las mujeres, ¿eh? —Pompeyo confirmaba la buena estrella del abogado.

—No creo que todo eso importe mucho ahora —interrumpió Capito para evitar molestar a su novia—. ¡Cuánto me alegra veros! —Y en ese momento tomó conciencia del motivo del viaje e intentó explicarse—. Claro que mejor sería que vuestro padre pudiera acompañarnos esta noche.

—No te preocupes, hermano —se hizo eco Marciano de los pensamientos del abogado—. Esa hora ha de llegarnos a todos. Sabemos que sientes la muerte de nuestro padre.

Ambos se abrazaron en un acto breve, sin rozar sus cuerpos, espabilando las



penas y recobrando enseguida la alegría del encuentro. Al cabo de pocos minutos llegaron a la cena otros invitados, entre ellos Calpurnia, Sulpicio Superster y Ploto. Acompañaban el refrigerio unos entrantes fríos servidos con generosidad. La atmósfera entusiasta y distendida impuesta por el carácter de los hijos de Pompeyo Prisco propiciaba el disfrute de los invitados.

—Roma está esperando a Galba con los brazos abiertos —respondió Marciano a una pregunta de Sulpicio Superster.

—Dejemos la política para otro momento —pidió Sabina con ternura a su hijo.

—Mis disculpas a nuestra venerada anfitriona, he sido yo quien ha preguntado —dijo Sulpicio Superster levantando el brazo con gracia—. Perdona mi ansiedad, pero comprende la situación, querida. Estamos en la colonia medio aislados, recibiendo las noticias que nos llegan de cualquier lugar, de unos y otros, y esta noche tenemos la oportunidad de saber por tus hijos qué sucede en Roma. ¡Jupiter nos ampare y nos guíe! Vienen de allí, no nos prives de esta fortuna —imploró Sulpicio Superster con excitación.

La vieja matrona se retiró tras la apasionada intervención del senador. A todos interesaban las noticias de Roma.

—Se espera que en menos de un mes llegue a Roma el nuevo emperador triunfante —retomó el hilo Marciano—. Hay mucha expectación y un ambiente de euforia, sobre todo porque nadie cree que Galba pueda ser peor que Nerón. Las cosas han de mejorar, por lo menos el miedo que corroía a los senadores ha desaparecido. Y por lo que respecta a la plebe, nunca ha sido un problema para nadie, y menos para el César. Mientras siga recibiendo su limosna, está controlada.

—¿Y la guardia pretoriana? —interrumpió Ploto.

—A ellos se les ve contentos, he escuchado que Galba les ha prometido subir su paga. Y el senado, ya digo, parece haber descansado con la muerte de Nerón —contestó Marciano.

—Sí, pero el senado es más prudente en su valoración del nuevo emperador. Sufrió una tremenda persecución con Nerón, y aunque este habla de gobernar contando con la voluntad de ellos, no se fían mucho —Pompeyo daba su versión—. Y es lógico, claro.

Continuaron la conversación sentados a la mesa, incitados por Sabina, temerosa de que el vino hiciera mella en el apetito.

—Voy a retirar el vino de tu lado —le dijo a Ploto—. Te va a pasar como aquel día en que Pompeyo Prisco y tú imitabais a todo tipo de bichos. Te acuerdas, ¿no?

Ploto sonrió rememorando viejos tiempos.

—A decir verdad, no me acuerdo de nada.

—Sí, claro, debería estar aquí Crispula, que también imitaba muy bien la berrea de los ciervos —le recordó Sabina siguiendo la broma.

No habían servido el plato fuerte cuando entró uno de los esclavos conduciendo a los restantes comensales que llegaban del banquete fúnebre.

—Cuánto habéis tardado, Arria Pale. Estoy segura de que te habrá costado la misma vida arrancar a estos dos del banquete, ¿no? Por lo menos es lo que siempre me decía Pompeyo Prisco, las responsabilidades son lo primero Sabina. —La matrona emeritense irradiaba felicidad por la llegada de sus hijos.

—Me ha costado horrores que nos dejaran venir. ¡No sabes la cantidad de comida y bebida que ha comprado Partula! —contestó Arria Pale—. Ha sido una exageración, podría haber asistido toda la colonia al convite.

—Pensaré que se nos va a olvidar a qué se dedica. Por mucho dinero que tenga esa, es lo que es —intervino Calpurnia, que no dejaba pasar oportunidad de ajustar cuentas con el gremio de Partula.

—Calpurnia, las prostitutas también sienten —convino Arria Pale.

—No me hagas reír. ¡Cuántos miramientos tienes con ellas! —Siguió atacando la de Metellinum—. Si quieres les preguntamos qué sienten cuando están en la cama con nuestros hombres, a lo mejor se acuerdan de nosotras.

—Nadie le pone un cuchillo en el cuello a ninguno para que visite el lupanar —apoyaba Marcia a su madre.

—Jovencita, ya tienes edad para ir comprendiendo la naturaleza de los hombres: no hay que ponerles la miel en los labios. Y que conste que hablo así por todas nosotras, que no se os olvide —reclamó un poco de comprensión Calpurnia.

—Nos metes a todos los hombres en el mismo saco. Si tú conocieses cómo se las gastan algunas respetables matronas en Roma... —intervino Capito intentando repartir juicios morales.

—Yo solo pretendo mirar a Partula como una mujer que ha perdido a su esposo, se ve que le quería y me da lástima —se justificaba Arria Pale.

—¡Qué comparaciones se te ocurren! —La amiga no daba tregua. No había perdón para aquellas mujeres.

Furnio y Cornelio Severo hacían oídos sordos a la pequeña reyerta. Saludaron a Pompeyo, a Marciano y a sus esposas. Habían visto crecer a los varones de Pompeyo Prisco hasta que emprendieron la aventura de marchar a Roma. Allí compraron buenas tierras con las que ampliaron principalmente el negocio del aceite que tan buen patrimonio rentó a su padre. Se habían asociado con una familia de La Bética en un momento en que esta pasaba apuros económicos, y ello resultó muy ventajoso para todos, pues los hispanos contaban con los contactos necesarios para prosperar. Y ahora los hijos de Pompeyo Prisco poseían tierras en La Lusitania, en La Bética y en la parte norte de la península itálica, y controlaban un pellizco del comercio que exportaba este género a buena parte de los territorios recién conquistados. Los jóvenes pero ya experimentados empresarios del aceite contestaron los múltiples y singulares interrogantes de los amigos de su padre. Eran cuestiones personales. Estos querían dejar claro que si alguna cosa les faltaba podían acudir a ellos sin dudar, con confianza. Pompeyo y Marciano se emocionaron ante el inmenso apoyo que les brindaban sus paisanos y agradecieron el ofrecimiento. Donde quiera que su padre se

hallase, sería feliz de saber que los suyos no habían sido abandonados por los amigos a los que tanto estimó.

—Y, por cierto, en unos días celebraremos una sesión de la curia. Antes de que os marchéis de nuevo a Roma propondré organizar un acto en honor de vuestro padre ante la estatua que hemos erigido para recordarlo —dijo Furnio, que siempre estaba en todo—. ¿Qué os parece?

Los hermanos se miraron. Habló el mayor.

—Estamos muy agradecidos por la estima que se le tributa a nuestro padre. Augusta Emerita será siempre nuestro hogar, como tenéis en Roma el vuestro, ofrecimiento auténtico y sincero. Por supuesto, asistiremos a cualquier acto que se celebre en su nombre.

Sabina suspiraba cabizbaja consolada por Arria Pale.

—Probad la nueva salsa de adobo del avestruz —dijo la anfitriona tratando de contener la emoción—. Me han dicho que con ella se ablanda su carne.

El intento de Sabina por devolver la normalidad a la cena no pudo evitar el silencio en memoria del honorable Pompeyo Prisco. La viuda lloraba de forma entrecortada y nadie se atrevía a impedirle tal desahogo. Furnio lamentaba que sus palabras hubieran traído el dolor y Arria Pale, contagiada por todo un día fúnebre, como había sido ese, acompañaba con el mohín contraído a su vecina. Llegó un punto en el que se hacía necesario sobreponerse a la pena si la pretensión de cenar seguía vigente. Ploto alzó su copa invitando a los presentes a brindar por la memoria del familiar y del amigo que allí faltaba, no consiguió levantar el ánimo al punto de hacía unos minutos, pero al menos el silencio se doblaba con el brindis.

Momentos después, Sabina no dejó pasar la promesa que se había hecho a ella misma. Nadie debía olvidar que la muerte de su esposo no fue natural.

—Ya sé que no es el momento más idóneo, pero también sé que comprendéis mi posición —dijo en alto la vieja matrona.

—¡Madre, por favor, nuestros invitados! —Marciano ponía objeciones.

—Déjala, joven, no nos puede hacer ningún mal escuchar sus palabras —Calpurnia se compadeció del dolor de Sabina.

—Cuando Pompeyo Prisco murió, le dije a Furnio que había sido asesinado, yo creo que lo envenenaron. Os lo quería decir a todos porque cada noche me atormenta haberme mantenido al margen. Yo veía a mi esposo de día en día más preocupado, ni el sueño conciliaba al final, pero él me dijo que no me entrometiese en sus asuntos y así lo hice. A veces pienso que si hubiera compartido su carga quizás habría sido otro su final. Y ahora que están aquí mis hijos, conmigo, os digo que no me equivoco, a Pompeyo Prisco lo asesinaron —y la mujer rompió a llorar.

Pompeyo la abrazó sentándola, temeroso de que pudiera caer al suelo.

—Vamos a ver, madre —le hablaba bajito—, pero todo eso que cuentas no tiene mucho fundamento. Dices que padre estaba preocupado por algo, pero de ahí a que lo matasen...

—Ya te dije cuando viniste en mayo que tu padre andaba metido en algún lío antes de morir, que estaba nervioso y pesaroso, y encima el encargado que enviaste desde Roma con las cuentas para él no ayudó en nada, enturbiaba todavía más su espíritu. No sé de qué tenían tanto que hablar.

—Pero si ya le hemos preguntado una y mil veces al empleado. La relación de ambos se ciñó al negocio. ¿Cómo iba eso a matarlo? Debes creernos madre — Pompeyo intentaba tranquilizarla.

Sulpicio Superster intervino al ver la desazón que perseguía el alma de aquella mujer. Ella necesitaba saber en qué líos andaba metido su esposo para poder descansar.

—Sabina, debes escucharme. Pompeyo Prisco y yo investigábamos un asunto que nos encomendó nuestro gobernador Otón, cuando desgraciadamente murió. Esa era la causa de su preocupación, ya sabes que se lo tomaba todo muy en serio, pero yo sigo con vida y sé lo mismo que sabía él. Tú no pudiste hacer nada más de lo que hiciste, debes convencerte, Sabina, y encontrar paz.

—Bueno, Pompeyo, ¿y se puede saber por qué dice tu madre que la visita de vuestro empleado fue perjudicial para tu padre? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —preguntó Furnio intrigado ante las nuevas noticias.

—Parece que nuestro contable reconoció a un tal Terencio, que está instalado aquí en Augusta Emerita pero que proviene de Roma. Esta noticia dejó perplejo a mi padre, según nos contó el empleado —dijo Marciano tomando el relevo.

Aquellas palabras causaron preocupación en los invitados masculinos. De nuevo hacía su aparición Terencio, siempre asociado a asuntos turbios y peligrosos.

—Yo sé por Valerio Hymino, el otro duunviro —señaló Furnio informando a los hijos de Pompeyo Prisco—, que Terencio y sus padres eran esclavos. Él fue manumitido por su amo cuando murió, vía testamentaria. Pero su posición ahora es bien distinta, parece que le sobra el dinero. Quiere ingresar en nuestro senado a toda costa y para ello intenta convencer al resto de los senadores, no para de proponer obras que financiaría gustoso en la colonia, deseando ganarse el favor de todos nosotros. Parece que está empeñado en borrar sus orígenes.

—Hay algo más sobre la manumisión de Terencio. Lo que el encargado le contó a nuestro padre —quiso completar la explicación Pompeyo— es que Terencio desapareció de Roma después de ser juzgado por un tribunal de la capital y absuelto debido a la falta de pruebas.

—¿Y de qué le acusaron? —preguntó Cornelio Severo.

—De asesinar a su amo y falsificar el testamento para quedar en libertad —respondió Pompeyo—. Pero la cosa nunca se aclaró. Fue otro esclavo el que le acusó, un asunto siniestro. Esto es lo que le comentó nuestro encargado a mi padre, pero no es ningún secreto. Mucha gente en Roma recuerda esos hechos después de tanto tiempo por la expectación que levantaron.

—A mí lo que de verdad me sorprende —dijo Marciano— es que alguien que ha

sido esclavo igual que su familia haya conseguido en tan poco tiempo tanto dinero. Creo que debemos pedirle asesoramiento en los asuntos financieros. ¿No creéis?

Ni siquiera esta apreciación sarcástica arrancó un guiño de complicidad en los convidados. La cena de bienvenida se había torcido definitivamente. Sabina excusó su retirada. Un fuerte dolor de cabeza se había adueñado de ella. Tras la viuda, poco tardaron los demás en anunciar su marcha. Únicamente Pompeyo, Marciano y Capito decidieron prorrogar la jornada disfrutando del reencuentro. Fueron los supervivientes exclusivos de un día marcado por la presencia de la muerte desde el comienzo hasta el final.

## Se celebra en Proserpina la fiesta agrícola

«Las tradiciones marcan la identidad de un pueblo».

Augusta Emerita tenía su forma particular de celebrar las fiestas agrícolas. En sus rituales se habían mezclado las costumbres llegadas de Roma con la propia idiosincrasia de la colonia. Durante dos días se pedía y agradecía a una variedad de dioses, todos relacionados con la agricultura, una cosecha abundante. Cada emeritense reservaba su fe y sus ofrendas a uno de estos dioses, al que elegía bajo criterios tan privados como misteriosos. El dios Consus hacía germinar la simiente y florecer la mies. La diosa Ops, de la tierra y la abundancia, representaba la prosperidad en la agricultura y debía proteger el grano. Vulcano, el dios del rayo, también formaba parte de las divinidades que los de Emerita no osaban excluir de sus sacrificios y ofrendas, temerosos de los efectos adversos que pudiera ocasionar en sus economías. Este dios protegía el grano almacenado contra las inundaciones y las llamas del fuego. Algunos honraban a la diosa Fortuna para celebrar la siega y otros pedían a Jupiter protección para las uvas que empezaban a madurar. Con el paso del tiempo las celebraciones agrarias habían sufrido modificaciones. No hacía mucho tiempo que la curia de Emerita, intentando emular los rituales de Roma, había construido un altar que representaba a las divinidades más veneradas del pueblo. El peculiar altar era colocado en el circo, donde cada familia depositaba las ofrendas que más tarde se sacrificarían para celebrar un banquete.

Desde que Arria Pale se enteró de que las vestales asistían al flamen del Quirinal en la celebración del día dedicado al dios Consus en Roma, hostigó con tal determinación a su esposo que hacía varios años que sus ofrendas se repartían por partida doble. Para la diosa Ops y el recién incorporado dios Consus, la familia de Furnio entregaba en el novedoso y temporal altar del circo fruta seca y fresca, una oveja, vino, aceite y panes con especias variadas.

—Estoy segura de que todavía habrá vecinos que te pregunten por el acueducto —bromeaba Marcia mirando a su padre.

Furnio cabeceó con resignación. Él también se temía lo peor. La evidente paralización de las obras del acueducto provocaría las repetidas reclamaciones de los vecinos. Desde que llegó de Roma, no había día que no le hiciesen la misma pregunta. El duunviro siempre había contestado con franqueza: habrán de pasar años hasta reunir fondos suficientes para reanudar una obra de tal envergadura, y eso contando con que la paz se instalara pronto en el destino de Roma, cuya ayuda económica era imprescindible. Marcia relataba las grandiosas dimensiones de otros

acueductos del imperio con elogios de cumplida admiración. Su prometido la tenía al día. A Capito le gustaba repetir con suspicacia que esas obras de ingeniería emparentaban a algunos hombres con los dioses. El duunviro no escuchaba la perorata de la joven.

—Padre, ¿no me contestas? —llamó su atención la hija.

—Tu padre tiene muchas preocupaciones, no le atosigues, habrá tiempo para todo. ¡Ve a preparar tus cosas! —le señaló la madre.

Furnio miró a Marcia ajeno a su demanda, mientras Arria Pale le informaba de sus requerimientos antes de que él lo solicitara.

—Hasta que no la llesves a Roma no parará de insistir. Y si no va contigo, conseguirá que Capito la lleve a la primera oportunidad.

—Querida, ese asunto no me preocupa en absoluto —observó Furnio—. Ahora solo me quita el sueño lo que ocurre aquí. No sé cómo hemos llegado a esto.

—Son extrañas estas muertes, por lo menos las circunstancias en que se producen —continuó Arria Pale.

—Desde luego, están relacionadas —afirmó con rotundidad el duunviro.

—Supongo que tienes información confidencial —insinuó la esposa, a la que azuzaba la curiosidad.

—Todo lo que puedo contarte lo sabes —dijo con amabilidad Furnio percatándose de su interés.

—No sé si Julia le ha contado a Tito Emilio el episodio de Alexander con un desconocido que lo amenazó. Ella misma lo presenció —le informó Arria Pale acordándose de las palabras de su amiga.

—No sé nada —contestó el esposo.

Fiel a la versión de su vecina y sin más recreación que la fuerte impresión de esta al relatar lo vivido, Arria Pale contó que tras el desafortunado encontronazo de Alexander con el forastero, el joyero cerró la tienda encendido de ira. Furnio pidió a su esposa que le tuviera al tanto si volvía a saber de aquel hombre.

La semana anterior había sido asesinado Norbano Mensor, cuyo cuerpo torturado hallaron en su despacho. Quien lo mató, lo hizo con saña, disfrutaba viendo sufrir a sus víctimas o bien intentaba obtener alguna cosa que no accedían a entregarle ni costándoles la vida. Para Furnio era evidente la segunda opción. Él sabía qué buscaban. Esta situación de privilegio lo colocaba al borde del precipicio. A pesar de todas las precauciones, demasiadas personas conocían la existencia de los libros sibilinos y saber de ellos ya era peligroso. Halys lo había dejado claro. De modo que Furnio intentaba templar sus nervios a cada rato. Ahora no solo desconfiaba de todo el mundo como un paranoico, cualquiera podría ser un asesino, además sentía una inmensa zozobra por la vida de quienes compartían su secreto.

El agudo canto de un gallo hizo salir al duunviro de los pensamientos que tanto le

atosigaban. Debían ponerse en camino o llegarían tarde al circo, donde Cornelio Severo y Capito les esperaban para hacer las ofrendas a los dioses antes de iniciar el camino hacia el santuario de Proserpina.

Habiéndose adelantado a la hora convenida, Cornelio Severo se encontraba delante del altar del circo escuchando las quejas del flamen de la colonia. El reglamento le exigía estar al cargo de los depósitos de los vecinos durante la semana completa, haciéndole directamente responsable de la falta de cualquier ofrenda, que debía reponer de sus propios fondos, de manera que no le quedaba otra opción que custodiar personalmente las entregas y perderse la animada celebración en el campo.

El altar poseía unas dimensiones ridículas que se hacían más evidentes comparadas con el lugar elegido para su colocación. En aquel extremo del circo, bajo la insignificante sombra del bloque de mármol cuyo peculiaridad más sobresaliente eran sus onduladas letras latinas reproduciendo el nombre de las divinidades agrícolas que se honraban, se extendían multitud de ofrendas, algunos animales, alimentos, flores, y hasta una variedad curiosa de objetos que la mayoría de emeritenses entregaban con intención de apaciguar la ira vengativa de los dioses. Cornelio Severo había propuesto a la curia pocos años atrás que el día de la celebración del banquete se hiciese pública una lista con las donaciones de cada familia, medida que contribuyó a mejorar en calidad y cantidad las ofrendas del vecindario.

Mientras Marcia y Capito se saludaban entre carantoñas de enamorados, Furnio acudió al extremo del circo donde se hallaba el altar. A medida que avanzaba, empezó a reparar en Cornelio Severo, inmóvil, y el flamen de la colonia gesticulando sin parar de mover los brazos al compás de los labios. El sacerdote, con grandes aspavientos, esbozaba su pesar; no comprendía por qué debía quedarse al cargo de las ofrendas.

—Este trabajo es más propio de esclavos que de un sacerdote —decía indignado el flamen municipal.

La llegada de Furnio interrumpió brevemente la reclamación del hombre, que apenas calló el tiempo suficiente para no parecer un plebeyo iracundo sin educación.

—Mientras yo permanezco en la soledad de este circo rodeado de ovejas y cabras, algunos esclavos pueden hasta participar en los juegos que se organizan en el campo —el sacerdote hablaba visiblemente ofendido—. Por este camino conseguiremos que los esclavos y los mendigos de este pueblo tengan más derechos que nosotros, sin olvidar que es nuestro esfuerzo y dinero el que saca adelante a la colonia. ¡No hay derecho, provincial! ¡A esto no hay derecho!

—¡Cálmate, cálmate! —dijo Cornelio Severo poniéndole la mano sobre el hombro.

—Si quieres, podemos tratar este asunto en la curia —intervino Furnio—. ¿Qué quieres proponer? ¿Lo has pensado ya?

—Es justo que se cambien algunas reglas de este sacerdocio, de lo contrario, nadie querrá ejercer este cargo. —El flamen tenía claro su planteamiento—. Se lo



digo yo, nadie aceptará un cargo que solo trae dolores de cabeza, obligaciones y nula rentabilidad para las finanzas privadas.

—Querido vecino, puedo asegurarte que si me llevas tu propuesta con suficiente antelación la trataremos en la próxima reunión de la curia —convino Furnio, esperando calmar con ese anuncio la rabia del sacerdote—. Además, podrás asistir tú mismo a la sesión y defender los cambios que desees. ¿Qué te parece? Es la oportunidad de que todos te escuchemos y el lugar adecuado para ello.

Aquellas palabras sosegaron al flamen municipal, circunstancia que aprovechó Cornelio Severo para zafarse del cansino discurso de su acompañante.

—Perdónanos. Vamos a por las ofrendas para llevarlas cuanto antes al altar —indicó Cornelio Severo dando media vuelta y tirando del brazo de Furnio.

—¡Uff! Supongo que llevas un buen rato escuchándolo —contemporizó el duunviro por lo bajo, en vista de la reacción y las prisas del otro.

—Lo que ocurre —respondió el flamen provincial— es que todos queremos el prestigio y los privilegios del cargo, nos gusta el poder que sentimos sobre los demás, pero las obligaciones no nos hacen tanta gracia. Las cosas están cambiando, viejo amigo, cada vez escucho más quejas sobre lo gravoso que resulta cualquier magistratura. No te extrañe que un buen día nadie quiera estas responsabilidades que hasta el día de hoy celebramos con devoción, como el gran honor que son. Todo cambia, Furnio, llegan nuevos tiempos.

Capito había ordenado a los esclavos colocar las ofrendas en un carro pequeño del que tiraban atravesando el circo hasta llegar al altar. El ritual era corto. El flamen de la colonia y sus ayudantes se situaban detrás del altar y recogían las ofrendas de manos de los que hacían las entregas. Cada donativo era precedido de un agradecimiento a los dioses por sus acciones benefactoras y de una petición referente a la agricultura. Este paso se desarrollaba de viva voz, aunque algunos preferían la intimidad del silencio. Por último, el ayudante leía la relación de las ofrendas que habían sido entregadas por esa familia y que luego serían publicadas.

El camino desde Emerita hasta el santuario de Proserpina era un peregrinaje presidido por la alegría y la fiesta. Los carros, con alambres engarzados en sus extremos de los que pendían finas telas para frenar el sol, marchaban prestos, así como los vinos caseros con que los ciudadanos se convidaban. El menú se basaba en chacinas, frutas y hortalizas, dulces y una torta de pan frita rellena con huevos cocidos, calabacines y frutos secos, que no faltaba en ninguna familia.

El camino hasta el santuario de Ataecina Proserpina Turibrigensis pasaba por una zona de canteras de cal y granito que un tramo más adelante desembocaba en un embalse, al que terminaron por adjudicar la misma denominación de Proserpina por ocupar el mismo paraje agreste, y que era recorrido por los emeritenses entre cánticos. Los carros y los animales iban engalanados con flores y cintas. Dos cruces a

lo largo del trayecto marcaban las paradas para venerar a los dioses agrícolas; sin embargo, el paso del tiempo había convertido esos puntos en lugares de encuentro donde reinaba un ambiente de euforia, que se iría intensificando con el transcurso de la jornada. Era un día de exceso en el que se comía y se bebía sin más contención que la dictada por la elasticidad del estómago y se fornicaba sin más límite que la vergüenza de ser pillado por ojos ajenos y el peligro de que te sacaran cantares. Así había ocurrido con más de una pareja, que debieron aguantar las burlas del vecindario tras una exhibición de sus virtudes sexuales, o de otras, que días después del impúdico espectáculo público se casaron evitando el bochorno de una reputación cuestionada.

Las fiestas daban para todo. Desde el gobierno se preparaban algunas diversiones que gozaban de gran prédica y multitudinaria participación. Se celebraban carreras con pellejos untados en aceite, que eran las competiciones preferidas por los mozos de la zona. También las carreras de burros reunían un buen aforo de público en sus dos modalidades, de velocidad y de carga. Los pobres animales soportaban el creciente protagonismo a causa del succulento premio con que se convidaba a sus dueños. Otro de los juegos con más espectadores consistía en subir por un palo lleno de grasa clavado al suelo. Era un juego por equipos, cada uno tenía cinco oportunidades de llegar arriba y un cerdo como recompensa; si ninguno lo conseguía, ganaba el equipo que escalaba más palmos.

Ese año la fiesta de la agricultura contaba como novedad con una degustación de dulces y vinos caseros elaborados por las mujeres de la colonia, actividad organizada por la asociación de mujeres. Habían corrido la voz de que la ganadora del manjar sólido y líquido más votado se llevaría a casa una garrafa de aceite, una gallina y medio saco de trigo.

El gobernador y otros magistrados procedentes de Roma no participaban en este festejo, opinaban que se mezclaban demasiado las clases sociales durante la fiesta, motivo sobrado para rechazar la invitación. Habían advertido a los senadores locales que ese comportamiento daba pie a equivocaciones entre el pueblo, pues olvidaba el lugar que le correspondía. Con el tiempo, los magistrados emeritenses habían dejado de invitar a los de Roma, cansados de recibir una respuesta que los hacía sentirse inferiores e ignorantes.

Furnio detestaba la manera de divertirse de la mayoría de sus vecinos. Hasta él bebía durante la fiesta agrícola, pero no aprobaba que se llegara al descontrol total. Arria Pale le había hecho prometer que se relajaría y no criticaría los excesos de los otros, aunque no esperaba que lo cumpliera. Cornelio Severo era menos estricto en sus juicios. No le parecía tan displicente la gracia y la alegría que unos tragos ocasionaban en el ánimo; incluso le gustaba apiparse con holgura bajo los efectos del vino que él mismo producía.

Furnio y Cornelio Severo cabalgaban sobre caballos lusitanos. Dos carros, uno pequeño y otro más grande, componían la escueta caravana de las dos familias. En

uno de ellos, bien acomodada, iba Arria Pale con su sirvienta personal. En la piedra del pájaro debían encontrarse con Sabina y sus hijos, así lo habían convenido la noche anterior. Y en el último cruce se encontrarían con Sulpicio Superster y Calpurnia. Por su parte, Capito y Marcia también escogieron la piedra del pájaro como punto de unión con Marco Emilio y Claudia. Furnio y Cornelio Severo cabalgaban inspeccionando el camino, saludando a los viajeros más madrugadores y volviendo sobre sus pasos para hacer compañía a Arria Pale. No tardarían demasiado en recorrer las casi cuatro millas que separaban Emerita del santuario.

—Duunviro, ahí va el mejor vino que probará este año. ¡Por Jupiter que no encontrará otro mejor! —le ofreció un campesino a pie, con un montón de cachivaches colgando de un saco, con gesto amistoso.

—No, gracias, demasiado pronto para mí —espetó Furnio con cara de desaprobación.

—Le aseguro que es lo mejor que beberá en estas fiestas —insistía con cortesía el vecino.

—Yo sí daré un trago —interrumpió Cornelio Severo evitando que el duunviro soltara algún discurso sobre la moderación.

—Duunviro, hay que refrescar el paladar y alegrar el ánimo antes de que el carnicero termine con nosotros —soltó el campesino con una sonrisa bobalicona.

—¿Cómo dice? —preguntó Cornelio Severo limpiándose la boca.

—El carnicero, ya saben, el criminal que anda suelto por el pueblo, así le apodan, y bien puesto está el nombre. Dicen que a Norbano Mensor le cortó la nariz y le sacó los ojos. Hay que pasarlo bien, no sea que mañana nos toque a cualquiera de nosotros —explicaba con soltura ante la cara estupefacta de los magistrados.

—¿Y quién dice todo esto? —dijo Furnio con voz temblona.

—Se dice por todo el pueblo. Aunque ustedes deben saberlo mejor que yo, ¿no? —continuaba hablando el campesino con total despreocupación—. Debemos cogerlos cuanto antes, hay miedo, la gente no quiere salir sola por la noche. Hasta Partula ha bajado el precio de sus servicios, imaginen qué mal anda la cosa.

—¿También se dice que son varios? —El flamen provincial quería enterarse de todos los chismorreos que corrían de boca en boca.

—Yo creo que sí. ¡Cómo no va a tener un ayudante el carnicero! —contestó el hombre inventando nuevos rumores—. Que se preparen si los pillan, porque de la colonia no salen vivos, el pueblo quiere justicia, tienen afilados los cuchillos.

—¡Celso, compadre! —Alguien gritó desde un carro—. Sube. El gordo tiene fuerza para los dos.

—Ha sido el único negocio que te ha salido bien. ¡Menudo burro compraste! —dijo Celso entre risas subiendo con su amigo.

Los magistrados permanecieron parados mientras veían alejarse al pobre animal tirando de aquellos tablones medio cuarteados que se sostenían milagrosamente.

Cornelio Severo giró la cabeza hacia el duunviro, que aún no se había repuesto de

las palabras del vecino.

—Furnio, no debes darle más importancia a las palabras de este buen hombre. Ante el peligro, cada cual reacciona como puede. Seguro que tiene tanto miedo como tú y como yo. No piensa lo que dice —intentaba hacerle razonar.

—Pobre Mensor, ¿cómo habrán inventado lo de los ojos y la nariz? Destrozaron su cuerpo, solo faltaba que además le hubieran desfigurado el rostro —dijo el duunviro tapándose la cara con horror.

Los dos hombres sentían un inmenso dolor por la pérdida del abogado. Lo peor de todo era la falta de pistas. La frustración ante el escaso avance de la investigación se dejaba sentir en el ánimo de Cayo Voconio, que no lograba infundir un mínimo de confianza en nadie. Parecía imposible encontrar al asesino. Furnio no acertaba a imaginar quién o quiénes podrían estar detrás de estas crueldades. La información acerca de los libros sibilinos excedía la consideración del magistrado; no lograba hacerse una idea clara de la importancia de su legado. El liberto Halys les había contado una historia que sobrepasaba su entendimiento. Deseaba que volviese el joven con los libros para hacerle todas las preguntas que noche tras noche surgían en su cabeza, desterrando el sueño de su descanso. Hasta el momento, la única medida que se le había ocurrido era proteger a las personas más cercanas al joyero. Los esclavos municipales, en parejas, recibieron órdenes de custodiar a los empleados de Alexander, a su concubina Partula, a su amigo Demetrio y a otros conocidos suyos. Además, también protegían a algunos senadores locales, entre los que figuraba el propio duunviro.

—Dime, Cornelio Severo. ¿Crees que podemos hacer algo más aparte de la vigilancia? —preguntó Furnio.

—No se me ocurre otra cosa. Hacemos lo correcto —contestó el amigo—. Sabemos que buscan los libros que te dio el muchacho. Hasta que no vuelva Halys y conozcamos más información estamos atados de pies y manos.

—Esta mañana Arria Pale me contó que la mujer de Tito Emilio vio discutir al joyero con un desconocido —explicó Furnio—. No quiero hacerme ilusiones..., lo sé, lo sé, pero como la historia de estos libros parece traspasar los límites de nuestra colonia, es comprensible que los criminales sean forasteros, ¿no?

—Puede ser. En Emerita entra y sale mucha gente —Cornelio Severo contestó pensativo—. Solo podemos esperar e implorar a los dioses. No vamos a detener sin más a todos los forasteros que cruzan nuestras murallas.

—No podemos detenerlos, pero podemos cerrar las puertas —alegó Furnio.

—Claro y a continuación echamos a los que ya están aquí y nos quedamos únicamente los del pueblo. ¡Qué idea más loca! —Cornelio Severo se mostró atónito—. ¡Pero bueno, Furnio! ¡Ni siquiera sabes si los asesinatos los ha cometido alguien de fuera! Esta situación te está afectando. ¡No hablarás en serio!

El duunviro movió la cabeza negando sus palabras. Se había dejado llevar por el pánico. Durante unos momentos creyó hallar una solución excelente para garantizar

la seguridad de sus conciudadanos, que le preocupaba tanto como dar con el culpable.

—Por cierto —continuó Cornelio Severo—, habrás advertido a los esclavos que van al prostíbulo que tienen prohibido estar con las furcias.

—¡Imagínate! Todos querían ir allí —Furnio sonrió, el tema lo relajaba—. Ya les advertí de que, si les pasaba algo a aquellas mujeres, pagarían bien caro su descuido.

El duunviro contó a su amigo sin omitir ningún detalle cómo se habían peleado entre ellos por conseguir la vigilancia del lupanar.

Poco a poco la opacidad de la madrugada cedió espacio al calor y al brillante esplendor de la luz del día. Muchos habían llegado al destino y se dirigían al pantano a refrescarse. La vista sobre este gran depósito aliviaba la fatiga del viaje. Ese verano estaba rebosante de agua. Los sillares de granito que revestían el hormigón de la estructura central del dique casi no se veían. Los magistrados habían tenido miedo de que pudiera desbordarse y se rompiera este muro debido a las frecuentes lluvias de la primavera. La curia tenía pendiente aprobar la construcción de un aliviadero que permitiera desaguar el exceso de agua del pantano; era una obra menor a la que no acababan de dar el visto bueno. De momento se conformaban derivando el exceso de caudal hacia la cuenca del arroyo adyacente al pantano.

Ya hacía un rato que Furnio, Cornelio Severo y los dos hijos de Pompeyo Prisco habían bajado hasta el agua para quitarse el sudor que les corría desde la coronilla y empapaba sus axilas. El duunviro mantenía la vista fija en el dique que servía de contención a la acumulación natural del valioso líquido.

—Los asesinatos han quitado el protagonismo al acueducto —dijo Furnio—. Nadie me ha preguntado si seguiremos con su construcción. El pueblo está pendiente del loco que anda suelto.

—A lo mejor es el espíritu de Nerón —concluyó Cornelio Severo con burla.

—Seguro que es así. Donde quiera que Caronte nos lleve con su barca, a él le han cerrado las puertas —insinuó Furnio convencido.

Los cuatro hombres rieron, aunque la ocurrencia les produjo un intenso escalofrío.

—Hasta en Roma levantarían revuelo estos asesinatos —opinó Marciano—. Son muertes muy violentas y despiertan expectación. El género humano es así...

—La verdad es que estos crímenes tan enigmáticos parecen más propios de las grandes urbes y vienen a darme la razón. Desde que llegué de Roma no dejo de decir que la colonia ha cambiado mucho en poco tiempo. Ha crecido una barbaridad, ya ni sé de qué familia es la mayoría de la gente con la que me cruzo —dijo el hermano mayor—, y eso que no hace tanto que nos marchamos.

Pompeyo añoraba la Emerita que sus recuerdos le devolvían: cuando eran pequeños y la colonia era un lugar seguro en el que todos se conocían, se saludaban y se ayudaban. Ahora veía demasiados rostros extraños, le molestaba tanto anonimato;

eso ya lo tenía en Roma.

—A mí me ha sorprendido la cantidad de villas que se han construido fuera de la muralla. —Marciano también veía muy cambiado su pueblo.

—Y dinos, duunviro, ¿tenéis pensado levantar un nuevo acueducto? —preguntó con interés Pompeyo.

—Sí, ya hay una parte construida, aunque mínima. El acueducto de la zona norte no tiene suficiente caudal —contestó Cornelio Severo.

—¿Ah sí? —se asombró Pompeyo.

—Es subterránea, por eso no la has visto. Va por allí. —El flamen provincial señaló hacia una zona cercana a un extremo del dique—. Es una galería de mampostería abovedada con ladrillo, tiene varios codos de alto y la mitad de ancho, y cabe una persona de pie. Hemos construido casi una milla, lo que nos dio de sí el dinero.

—Pero el resto también está previsto, solo faltan unos cuantos denarios más, bueno... mejor dicho, millones —explicó el duunviro alzando las cejas—. La galería subterránea terminará en una piscina y a partir de ahí la conducción del agua deberá elevarse mediante arcos. Es necesaria la ayuda de Roma, nosotros no tendremos nunca fondos suficientes para una obra de esta magnitud, y desde luego, hasta que no construyamos este nuevo acueducto, seremos una civitas de segunda. El agua es fundamental en nuestro desarrollo.

—A lo mejor deberíais aceptar la ayuda de benefactores privados —recordó Marciano—. Como el tal Terencio.

—Chiquillo, tu padre no podía ver a ese hombre. No debes sugerir semejantes soluciones —aconsejó Cornelio Severo.

—No pretendía... —Marciano se disculpó.

—Todos te entendemos, hijo —se adelantó Furnio—. Quizás os gustaría participar en alguno de los juegos que tenemos preparados. Capito quería correr con el pellejo.

A Pompeyo y Marciano les pareció buena idea asistir como espectadores.

—Digamos... que somos algo más pasivos que Capito, pero gustosos animaremos a nuestro valiente camarada —dijo con gran ceremonial Pompeyo.

—Y creo que también participará en el palo trepador —anunció el padre—. En la palestra conoció a los que tienen la panadería enfrente del foro y le pidieron que formara parte del grupo. Hará de soporte para los más delgados.

—Vaya con Capito. Es un aventurero nato —constató Pompeyo.

—Mi hijo se atreve con todo, y eso me agrada —el padre pronunció estas palabras con orgullo—. Sabrás, Furnio, que se ha inscrito en las carreras del circo.

—Sí, él mismo me lo contó —contestó el duunviro.

—Nosotros nos marcharemos a Roma el día después de las carreras, vamos a quedarnos exclusivamente para animar a Capito. Yo he estado algunas tardes con él montando los caballos y entrenando con el carro. Ya le he dicho que tenga cuidado,

que esto no es un juego, y que no arriesgue tanto —dijo Marciano.

—Mi hermano y yo hemos apostado por él —informó Pompeyo—. Veremos qué pasa.

La caseta de la asociación de mujeres se inauguró temprano, y los primeros visitantes llenaban el recinto curioseando y observando el resultado de la actividad pública que se habían atrevido a organizar. La disponibilidad de recursos financieros de las socias facilitó bastante el éxito de la empresa. Las matronas locales utilizaron a sus propios esclavos en las tareas laborales que requería la organización del evento, lo que les permitía dedicarse a actividades sociales más limpias. Hasta la hora cuarta recogerían todo tipo de dulces, postres y bebidas variadas. Después de esta hora los vecinos podrían degustar y votar las maravillosas muestras de los fogones caseros lusitanos. Al final de la tarde entregarían el premio, y para animar a las participantes tenían a la vista el aceite, el trigo y la gallina.

Calpurnia se sumaría a la actividad de la caseta algo más tarde. Un esclavo esperaba a Cornelio Severo y Furnio en el lugar convenido para disculpar la tardanza de sus amos. Al parecer había surgido un imprevisto que el senador provincial debía atender con urgencia inexcusable. Sulpicio Superster había sido llamado por el procurador provincial para estar presente en el acta que se iba a levantar ese mismo día. Para ello había llegado un pretor de Roma. Por fin iban a meter mano a la trama de corrupción por medio de Alfio Lucano, que aceptó la propuesta de su maestro para marcharse de las canteras, temía que se descubriera el robo del mármol ante las magnitudes del negocio y acudió a la reunión ingenuo. Para su sorpresa, se encontró con Servilio Modesto y algunos miembros del concilio provincial. Allí, hostigado por la multitud de evidencias que ponían de manifiesto una actividad ilegal en las canteras, había confesado pormenorizadamente el funcionamiento del negocio y a todas las personas implicadas en la venta fraudulenta de mármol de Eborá. A cambio, le habían garantizado la libertad, aunque debería poner a disposición de las autoridades las pruebas necesarias para encerrar a los delincuentes, cuya estafa alcanzaba las altas esferas de la misma Roma. Se acordó el traslado de la documentación probatoria durante la fiesta agrícola, cuando el pueblo se vaciaba. Realizaron esta labor los legionarios que llegaron con el pretor romano.

El antiguo escultor quería estar lejos cuando se celebrase el juicio. Temía a Terencio; su mano era larga y su dinero un puñal mortal. Si no se escondía del empresario, su vida no valdría ni un triste sestercio. Por eso quería presentar todos los papiros que harían irrelevante su presencia durante el proceso. Había pactado con Servilio Modesto la historia que debía contarse sobre su detención. Llegado el momento, dirían que al ir a ser arrestado por los legionarios, el muchacho intentó huir y tuvieron que matarlo. Alfio Lucano se marcharía lejos y empezaría de nuevo. El imperio era grande, y algún sitio habría para él. El ansia de dinero había vuelto al

destino en su contra; aún así, debía agradecer no dar con su pellejo en la cárcel. Al menos su madre, muerta ya, no vería cómo había destruido su vida, ella que estaba segura de que las manos de su hijo harían salir a su familia de la miseria.

Sulpicio Superster había prometido a su esposa que antes del ritual del mediodía estaría en el santuario dedicado a Ataecina Proserpina Turibrigensis. Calpurnia no quiso esperarlo en casa hasta esa hora, le encantaba el jolgorio que se organizaba en el campo. Su naturaleza vivaracha y nerviosa encontraba un ambiente inmejorable para expandirse y el concurso de la asociación era un marco perfecto de reunión. Pronto la caseta se llenó de vecinas, Calpurnia entre ellas. Había preparado un rico y sencillo postre llamado bizcocho cartaginés. Un postre antiguo del recetario de Catón.

—No he querido traer ninguna receta muy elaborada, al fin y al cabo nosotras no participamos en el concurso, ¿no? —se excusó la de Metellinum sin melindres.

—Querida, yo no consigo que mi bizcocho tenga el mismo sabor que el tuyo, no sé qué hacer —expresó Julia sus dudas.

—Ya te he dicho lo que lleva —replicó la otra—. Remojas una libra de harina y la escurres y luego la mezclas con tres libras de queso fresco, media libra de miel y un huevo. Más sencilla no puede ser la receta. Eso sí, los ingredientes que yo utilizo son de primera calidad. Mira a ver a quién le compras el queso y los huevos. Cuando queremos ahorrarnos los sestercios, se nota.

—No creo que sea eso —contestó Julia sin ofenderse—. Yo compro lo mejor que ven mis ojos. Bien sabes que voy al foro en persona y elijo sin escatimar en el precio.

—Serán las manos. Las de Calpurnia son especiales —dijo Arria Pale con retintín.

—A continuación tienes que mezclar bien toda la masa y cocerla en una olla de barro hasta que espese —añadió la aludida dirigiéndose a Julia.

—¡En una olla de barro! Es la primera vez que me dices lo de la olla, ahí debe estar la diferencia —concluyó Julia, que iba al encuentro de su prima de Iulipa.

La propuesta de la asociación de mujeres estaba siendo un éxito. Dos horas después hacían hueco para recibir nuevos postres y vinos. El calor, no demasiado intenso todavía, permitía mantener el porte gallardo de los postres más elaborados, aunque poco tardarían en desmoronarse si no eran consumidos en breve. Por ese motivo, los dulces cocidos en el fuego de leña y sin relleno eran la modalidad por la que habían apostado la mayoría de las concursantes. Había roscas de harina y miel, otras de huevo y almendra, algunas fritas con aceite y rebozadas en azúcar. Frente a las mesas con los postres se encontraban los vinos. Los hombres probaban los caldos empinando bien el codo. Las socias debían prestar atención y explicar amablemente que se degustaba con un buche y no con un trago largo.

De momento el día transcurría sin ningún incidente. Las de la asociación gozaban orgullosas por la excelente acogida que sus vecinos dispensaban al concurso. Estaban felices, ya no temían convertirse en el hazmerreír de la colonia por el atrevimiento de organizar un concurso público que nadie secundase. La caseta era un hervidero de



voces que se cruzaban entre sí. Las risas y algún cántico aislado contribuían a aumentar el repiqueteo sonoro de las conversaciones, que se sucedían movidas por el entusiasmo.

—¡Arria Pale, Sabina! —gritó Julia.

Las dos mujeres avanzaron hacia ella.

—Esta es mi prima, vive en Iulipa —señalaba Julia a una mujer canosa y grande que sonreía a su lado—. Hacía años que andaba detrás de ella para que viniera a nuestras fiestas y por fin la he convencido.

Las mujeres se saludaron amablemente, agradeciendo a la de Iulipa su estancia en la colonia.

—Prima, cuando mis vecinas se enteraron de que venía a Emerita no dejaron de insistir en el criminal que tenéis aquí, creemos que debe ser un loco. Solo alguien tocado por la locura puede actuar así. En Iulipa hay miedo por si decide trasladarse a otra zona —contó la mujer con dramatismo.

—Tranquila, aquí todavía quedan bastantes cabezas que arrancar antes de mudarse —soltó Calpurnia, que llegaba de otro corro.

—Mi prima no quería ofender —se disculpó Julia con las mejillas al rojo vivo.

—Por supuesto, querida, ya sabemos lo guasona que es nuestra amiga de Metellinum —Sabina hablaba sonriendo a la prima mientras Arria Pale pellizcaba a Calpurnia—. En Emerita también tenemos miedo, han reforzado la vigilancia.

—Para ponérselo más difícil al carnicero, así le llaman. Esté al tanto, señora, su pelo es bastante llamativo —Calpurnia miraba a la prima con gesto pícaro.

—Oye, querida, parece que en la puerta hay algo de lío. ¿Por qué no vas a ver qué pasa? Tienes más arrojo que nosotras y a ti te hacen más caso —Arria Pale quería quitar de en medio a Calpurnia, que andaba rabiosa con Sulpicio Superster y contaminaba el ambiente con su mal humor.

—Si es de Metellinum, comprendo bien su carácter —dijo decidida la prima.

—¿Cómo es eso? —preguntó Julia.

—Acuérdate de las palabras de nuestra abuela —le contestó la parienta—. Yo todavía las recuerdo, las repetía con frecuencia.

—¿Y qué os decía? —se interesaron las otras.

—Pues que las de Metellinum tenían un palo metido por el culo, ustedes ya comprenden... Vamos, que no les gustó nada a los de allí que Emerita al poco de fundarse se convirtiera en la capital y les robase el protagonismo y la importancia que ellos tenían. Se ve que aún están indignados, esta mujer es un vivo ejemplo —contestó con garbo la prima—. ¡Es una pena que la abuela no esté aquí! Esa se habría llevado lo suyo.

Parecía evidente que la de Iulipa se había ofendido y se desquitaba por detrás.

—No debes dar importancia a las palabras de nuestra amiga —Arria Pale intentaba enmendar la situación—. ¿Te quedarás muchos días?

—No lo sé. Hasta que llegue el médico que tenéis en Roma. Ha salvado la vida de

mi pequeño, y quiero agradecerérselo en persona. Las fiebres le persiguieron sin tregua y sus cuidados le salvaron la vida, estuvo pendiente de él continuamente, me ha dicho mi hijo. Y también de mi sobrino. Les convenció a los dos para que volvieran a casa a descansar —contestó la prima.

—¿Y cómo está tu hijo? —preguntó Arria Pale.

—Afortunadamente, todo ha quedado en el susto. Anda por ahí probándolo todo —contestó la de Iulipa—. Y yo he querido aprovechar la invitación de mi prima para conocer a ese joven médico. Tengo una deuda con él para toda la vida, ya sabéis lo que duele un hijo, y él ha salvado al mío.

—Pero no sabemos cuándo llegará —le informó Arria Pale.

—Viene de camino. En unos días lo tendremos aquí, tengo entendido.

El hijo de la prima saboreaba con gula todos los postres que caían en su mano, hasta que la madre lo llamó para que contestara las preguntas que le hacían a ella. El muchacho había acompañado al nuevo César casi todo el recorrido, soportando un espantoso dolor de tripas y unos sudores que lo agotaban, y había regresado a casa doscientas millas antes de llegar a Roma. No pudo estar al lado de Galba cuando entró en la capital.

El corro que formaba al grupo fue haciéndose más grande. Todo el mundo sentía curiosidad cuando alguien hablaba sobre Roma, aunque ni de oídas conocían a los protagonistas de aquellos sucesos. El hijo de la prima explicó con tono rimbombante que poco antes de la llegada a Roma del nuevo emperador, Ninfidio Sabino, prefecto del pretorio bajo Nerón, intentó sublevar a la guardia pretoriana contra Galba, y allí encontró la muerte, a manos de sus antiguos subordinados. Les describió el porte gallardo del nuevo emperador, un anciano que, revestido con el manto de los generales y un puñal colgado del cuello, prometió no ponerse la toga hasta haberse librado de todos los que le disputaron el poder. Aquellas palabras del César fueron el anuncio de la muerte del legado en Germania, Fonteyo Capitón, y el de África, Clodio Macro. El público escuchaba atento unos hechos que ya formaban parte de la historia.

—Joven, y de Otón qué nos cuenta —reclamaban unos y otros.

—A lo mejor es el futuro emperador —respondió con misterio el muchacho.

—¿Ah, sí? —se sorprendieron los oyentes.

—Galba es muy viejo, además —y el muchacho bajó la voz para dar más emoción al relato—, dicen que Seleuco le había anunciado que sería emperador antes de la guerra. Cuenta con el favor de los soldados, que le adoran y con razón. Yo conocí a uno que me contó que cada vez que come con el emperador reparte entre la guardia una moneda de oro. Los soldados confían en él. Cuentan, por ejemplo, que un soldado le pidió que fuera el árbitro en una contienda que tenía sobre unos lindes y dicen que compró todo el campo y se lo regaló.

Una tras otra, el joven fue contando las historias que sabía. Después el público volvió a la degustación sin prisas, sugestionados por palabras que hablaban de

personajes ilustres, intrigas, poder y muerte.

La fiesta de la agricultura seguía su curso. Ya hacía rato que la carrera de pellejos había terminado. Capito finalizó el cuarto, se había mantenido el primero un tramo largo, luego, inesperadamente, se cayó retrasando a otros corredores, y cuando quiso estar listo de nuevo, ya le sacaban una ventaja decisiva. Marcia esperaba a Capito al lado de Marco Emilio y Claudia, a orillas del pantano de Proserpina. Era un extremo que solía ser muy transitado por los jóvenes, donde intimaban unos con otros con mayor libertad. Los muchachos se exhibían viriles ante las chicas, que los observaban riendo sin parar. Algunos llevaban a su burro para mostrar las destrezas que habían enseñado al animal. Otros luchaban simulando un combate entre legionarios. También los había que saltaban al agua exhibiendo piruetas atrevidas. Las mujeres se mostraban solícitas a los requerimientos masculinos. Y es que esta fiesta se había convertido en una buena ocasión de flirtear en busca de pareja. Las escaramuzas amorosas se sucedían entre la juventud menos pudorosa. La arboleda del entorno cobijaba las avenencias sexuales marcadas por la impaciencia juvenil. Las chicas debían conservar buena reputación, aunque a veces el ardor de la edad no hacía distinción entre los sexos.

Marco Emilio estaba recuperado de las fiebres y ansiaba conocer la nueva situación del imperio para decidir qué hacer. Claudia no quería un prometido en Roma y lo amenazaba con romper la relación, aún a sabiendas de que sería incapaz de ello. Marcia no escuchaba la comedida discusión que ambos mantenían. Las alusiones a la guerra le hicieron acordarse de Diophanes. Lo echaba de menos, deseaba que volviese. Los recuerdos del médico se difuminaron al asomar la figura de su prometido. Capito apareció totalmente aseado. El agua teñía su cabello y proporcionaba una higiénica y agradable visión en un ambiente lleno de polvo y de tierra caliente. Marcia ardió en deseos de tirarse a sus brazos, corrió hasta él y lo estrechó contra su cuerpo. Tras los arrumacos, comentaron los pormenores de la carrera. Marcia le había animado gritando sin parar, y aún chilló más fuerte cuando su prometido cayó y rodó por una pequeña pendiente retrasando a los corredores que venían tras él. La caída del abogado perjudicó a sus inmediatos seguidores y benefició a corredores más atrasados. Eran las contradicciones de la vida, se decían los participantes más aficionados a filosofar y también los menos agresivos, porque a otros no les hubiera importado corresponder a su mala suerte con un puñetazo en el ojo de Capito. El abogado, ajeno a la bulla, continuó la carrera envalentonado por la adversidad y remontó posiciones hasta quedar el cuarto. Todo un triunfo. Marcia y Capito entrelazaban sus cinturas con las manos.

—¡Yo lo he visto todo, Capito! —dijo Marco Emilio con rabia—. La culpa ha sido mía por no advertirte de los trucos de por aquí. Debiste quejarte al juez. Yo vi al que te vertió la tierra y al que tiró de la cuerda después. ¡Menudos caraduras!

Las chicas miraban al joven atónitas. Parecía que no habían asistido al mismo espectáculo.

—¡Explícate! —pidió Marcia.

—A esos todo el mundo los conoce. Son de la misma pandilla, unos compiten y otros se las ingenian para molestar a los que van ganando. Nadie dice nada, porque luego se toman la justicia por su mano, pero si algún día entro en la curia me encargaré de que reciban lo que ya les viene tocando.

—¡Entonces te vas a quedar en Emerita! —proclamó Claudia instintivamente.

Él no dijo nada. Ahora se trataba de vengar los contratiempos de Capito.

—¿Viste al del árbol? —preguntó el hijo del edil.

—No. Dejó caer la tierra muy tarde, le dio de lleno a los dos de atrás. A mí me hizo más daño el que levantó la cuerda. Estaba avisado de que podrían ocurrirme ciertas incidencias si me colocaba entre los primeros —confirmó Capito sin dar mucha importancia al tema.

—¿Y eso? —Marco Emilio mostró sorpresa.

—Los panaderos del foro me pidieron que formara parte de su equipo para el juego de mañana... ya sabes... debemos subir por el palo lleno de grasa... y entonces me pusieron al día de lo que pasaba en la carrera de pellejos —Capito lo explicaba mitad divertido, mitad dolido—. Me dijeron que las bandas se enfrentan durante la carrera. Cada grupo intenta que ganen los suyos poniendo obstáculos a los otros para evitar que les alcancen.

Marco Emilio no tenía ni idea de las rivalidades envenenadas entre grupos de las que hablaba Capito.

—¿Y por qué has participado sabiendo esto? Podía haberte pasado algo grave —Marcia no aprobaba los hechos.

—Si no es nada, me he divertido, créeme —contestó el abogado.

—Te has raspado la piel, un corte en los tobillos y otro en las rodillas, y una herida en el labio —la chica enumeraba las contusiones.

—Poca cosa, mujer —la consolaba su prometido.

—Hablando de heridas, Marcia. ¿Tú sabes lo peligrosas que son las carreras de carros? —observó Marco Emilio sin ninguna reserva.

—Eso será en Roma. ¿Tú has visto que en Emerita haya pasado algo grave? —Marcia respondió con gesto ofuscado.

—Bueno, en la última carrera que pagó Pompeyo Prisco hubo dos heridos, y uno de ellos acabó mutilado. Tú ya estabas en Roma, Capito —Marco Emilio creyó que hacía un favor a su amigo si le abría los ojos y este desistía de participar.

Marcia se echó a llorar. Ella deseaba que Capito participase en la carrera, pero no se le había ocurrido que pudiera sucederle alguna desgracia. El abogado la abrazó y le habló en susurros para disipar los malos presagios.

El almuerzo en el campo era respetado por las personas de todas las edades, que acudían junto a sus familias para celebrar el ritual de veneración a los dioses agrarios.

Sulpicio Superster llegó después de los postres; para entonces Calpurnia echaba chispas. Se había ido calentando poco a poco. El ritual obligaba al cabeza de familia a ofrecer a los dioses las mejores alabanzas y lo mejor de sus alimentos, de modo que la esposa del provincial, supersticiosa sin parangón, se hallaba en ayunas. La mujer intentaba tranquilizar su mal humor pensando qué concesión de su esposo compensaría su larga espera y su estómago vacío. Ese pensamiento entretenía su ánimo cuando llegó Sulpicio Superster. El senador provincial aguantó la bronca como pudo. Calpurnia explotó su abandono machaconamente hasta que escuchó «lo siento» y «te prometo que te compensaré» repetidamente. Luego la mujer intentó, sin suerte, sonsacarle información sobre la reunión secreta y la negativa de él a hacerla partícipe del más mínimo detalle la puso rabiosa de nuevo. Entre rabietas y avenencias iba pasando la tarde. Llegó la hora del veredicto del concurso y Calpurnia volvió a la caseta. Entonces el provincial bajó al pantano, necesitaba soledad, descanso.

Sulpicio Superster estaba cabizbajo, llegaban días difíciles. Alfio Lucano les había explicado, con documentos en la mano, cómo se camuflaba el desvío de mármol a clientes particulares de todo el imperio. Había señalado una a una a las personas implicadas en el robo, el papel que desempeñaban y la comisión que se llevaban. Parte de la extracción del mármol no figuraba registrada en ningún sitio. Alfio Lucano sabía que Terencio no manejaba solo la urdimbre del robo, había alguien por encima con más poder, pero no conocía su nombre. A veces surgían problemas que el contratista no resolvía en el momento, pues los debía consultar. Alfio Lucano no pudo precisar más acerca del gran jefe, así llamaba al compinche de Terencio. Llegado el momento, Servilio Modesto utilizaría métodos que hacían hablar a los muertos, arrancar la piel a Terencio si no había otra manera de saber el nombre del número uno.

El procurador maldecía la suerte que le había tocado. Todos sus deseos de una procuratela tranquila, como preveía La Lusitania, se habían esfumado. El viejo procurador creía que le perseguía una especie de maldición; ninguno de los lugares en los que había ejercido su poder fue nunca un destino pacífico. Y ahora un asunto como el de las canteras de Eborá, que olía a corrupción desde las altas esferas. El anciano llegaría hasta el final; aunque le sobrasen las ganas de dimitir, no dejaría el asunto en manos de un sustituto. El equipo que había participado en la reunión junto al pretor venido de Roma se comprometió en la misma empresa; había que detener aquel grave expolio. Ya habían enviado a Roma noticias precisas y habían solicitado refuerzos para las futuras detenciones. A Sulpicio Superster le había sorprendido la determinación con que se había enfrentado el nuevo procurador a unos hechos tan graves, pues él había dudado de su persona alentado por el propio Otón. Ahora todo estaba claro, Servilio Modesto era inocente. El provincial reflexionaba sobre los nombres que habían salido a relucir en la declaración de Alfio Lucano. Algunos eran amigos. Le invadía una mezcla de sentimientos. Estaba triste, decepcionado y furioso. Además, y a la vista de estos descubrimientos, parecía más que probable que

Pompeyo Prisco fuese asesinado. Furnio debía estar al corriente de lo que sucedía, y con esta idea salió a buscarlo. Vagó por el campo, y cuando los conocidos le invitaban a beber y comer, paraba lo imprescindible para no faltar a las buenas maneras. Por fin su tenacidad fue premiada, le dijeron que habían visto al duunviro en una caseta dando instrucciones a los esclavos. Tomó esa dirección y enseguida lo divisó organizando las rondas de vigilancia. El carnicero tenía atemorizado al vecindario.

—El asesinato de Norbano Mensor ha disparado los fantasmas de todo el mundo —dijo el duunviro secando su frente.

El provincial torció el labio.

—Calpurnia lleva todo el día enfadada contigo, habrás aguantado una buena reprimenda. Te veo serio; ánimo un poco. Espero que al menos la reunión con Servilio Modesto haya sido de interés, ¿no? —le interrogó Furnio.

Sulpicio Superster dramatizó más el gesto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó dando la espalda a los esclavos.

—No sabes la cantidad de gente que está implicada —el provincial necesitaba desahogarse—. Conoces a algunos; también hay gente de Roma. Servilio Modesto no cree que antes de un mes podamos detener a nadie. Alfio Lucano nos ha facilitado gran cantidad de pruebas. Si no hubiera sido por él, no creo que hubiésemos pillado ni a la mitad, lo tienen bien montado.

—¿Tan grave es la cosa? —Furnio había mandado a los esclavos a dar una vuelta.

—Ni te lo imaginas. Prefiero dar más detalles cuando esté presente Cornelio Severo, estoy cansado y no quiero explicar dos veces lo mismo.

—¿Y ya está concretada la desaparición de Alfio Lucano?

—Sé la versión oficial, la que se hará pública. Dónde vaya a parar el escultor, quizás no lo sepa nadie —le contestó el del Metellinum.

—¡Ah!

Sulpicio Superster se sujetaba la cara entre las manos, pensativo. El silencio le hacía compañía a rachas. El duunviro esperaba, por si deseaba contar algo más.

—¿En qué piensas, compañero? —preguntó Furnio.

Desde la confesión de Alfio Lucano, Sulpicio Superster no dejaba de acordarse de las palabras de Pompeyo y Marciano durante su cena de bienvenida, cuando relataron algunos trapos sucios de la vida en Roma. Aquella noticia sobre Terencio, su pasado esclavo y el modo en que recuperó su libertad, que fue incluso objeto de un juicio, parecía explicar el rencor de Pompeyo Prisco por el empresario. Todo era tan turbio. Y el difunto odiaba tanto a Terencio. Quizás había descubierto algo más sobre ese asunto. En la investigación que se había propuesto realizar, el provincial no tenía otra opción que seguir esa pista, parecía la mejor de todas. De momento solo eso se le ocurría para descubrir al asesino de su amigo. El cansancio de Sulpicio Superster se dejaba traslucir en la lentitud de sus movimientos.

—Desde que esta mañana he escuchado a Alfio Lucano, un pensamiento me

obsesiona. Yo también creo que a Pompeyo Prisco lo mataron. Nosotros no sabíamos la dimensión de lo que ocurría en las canteras, pero apuntábamos en la dirección correcta. Quiero que sepas que no descansaré hasta descubrir a su asesino —el hombre miraba a Furnio a los ojos, certificando con firmeza la empresa que marcaría el devenir de los días siguientes.

—¿Y qué haremos? ¿Tienes alguna idea? —El duunviro estaba feliz de que Sulpicio Superster tomara esa decisión. Debían intentar esclarecer la muerte del amigo.

—Terencio lo tenía frito. Pompeyo Prisco no dejaba de decir que si había justicia los dioses le harían pagar por lo que hizo. Lo odiaba a muerte. ¿Te acuerdas de lo que nos contaron sus hijos? —dijo el provincial—. A lo mejor Pompeyo Prisco averiguó nuevas pruebas sobre la muerte del amo de Terencio que lo implicaban.

—Yo sabía lo de su pasado esclavo, pero me sorprendió mucho que hubiera juicio por la muerte de su amo. ¿Tú crees que después de tanto tiempo descubrió algo nuevo? —cavilaba Furnio.

Cornelio Severo hizo su aparición en ese momento con una bota de vino en la mano y una sonrisa más espléndida de lo normal. Venía de las carreras. Hablaba sin parar del burro ganador. Ni un sestercio hubiera apostado él por aquel animal, que parecía el más viejo. Y sin embargo, y contra todo pronóstico, ganó. ¡Qué carrera más increíble! El burro parecía tener inteligencia. Los otros le escuchaban sin interrumpirlo. El alcohol le había disparado la lengua, estaba eufórico, no paraba de reír y animar a sus amigos a beber. Al cabo de un rato y ante tanta negativa, Cornelio Severo se fijó en el rostro y la compostura de Sulpicio Superster y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que este había tenido una reunión con el procurador, que presumió de lo más derrotista, a juzgar por su actitud.

—Antes de que me contéis nada, es mejor que demos un trago, un poco de medicina no nos vendrá mal —dijo el flamen refiriéndose a la bota de vino.

Furnio tomó la bota y bebió dos tragos largos, lo mismo hizo Sulpicio Superster, y de nuevo Furnio alargó el brazo para recuperar la bebida.

—Sí que debe haber una buena montada —anunció con chispa Cornelio Severo.

—¡No lo sabes bien! —confirmó el otro con pesar.

—Pues bebamos un poco más antes de conocer tantas miserias. Es mejor seguir el ejemplo de Ploto, que siempre recibe las peores noticias delante de un buen trozo de carne y algo de mulsum.

—Pues que coma y beba a gusto estos días, porque en prisión la comida estará racionada —soltó furioso Sulpicio Superster.

—No puedo creer que el viejo Ploto esté metido en el ajo, pero si se enfrentó con Terencio y vino aquí para aclarar las cosas y hablar con Servilio Modesto —espetó Furnio limpiándose el vino que le corría por la túnica.

—Parece que sí. El viejo es astuto como un zorro. Incluso consiguió que le pagasen la mitad de los gastos de los barcos que el mar se tragaba. Era una concesión

que él consideraba digna por el riesgo que asumía.

—¡Por todos los dioses! ¡Sulpicio Superster, debes explicarte mejor antes de manchar el nombre de nuestro amigo! Mira bien qué vas a contar —exclamó Cornelio Severo con lengua torpe.

El provincial resumió desde el principio, remontándose a la primera reunión a la que asistió Alfio Lucano. Al principio el joven escultor no colaboró con ellos, pese a que el procurador le mostraba evidencias imposibles de negar. Sin embargo, todo cambió cuando este lo acusó de intentar matarlo durante su visita a las canteras. Fue entonces cuando el escultor se vino abajo implorando piedad en nombre del Olimpo. Quería dejar claro que él nunca conoció ningún plan para matarlo. A partir de ese momento todo fue sencillo. Alfio Lucano se puso a largar todo lo que sabía. Y lo sabía casi todo. Sulpicio Superster insistió en que había pruebas de todo lo que les estaba contando. Efectivamente, en esta última reunión pudieron comprobar la veracidad de las palabras del escultor. Ya habían mandado informes a Roma. Servilio Modesto deseaba atar bien todos los cabos para tener un juicio sin sobresaltos. Su apuesta era fuerte. Con la detención de tanta gente poderosa y rica, el procurador pretendía dar ejemplo público de lo que Roma no estaba dispuesta a consentir: la Roma de tiempos de Augusto, ese emperador al que tanto admiraba por intentar restituir la moral en el Imperio. Al procurador le apasionaba servir a elevados ideales y el destino le brindaba una despedida de su labor pública a lo grande, fiel a su magnífica trayectoria. Mientras Sulpicio Superster les informaba, se iban pasando de mano en mano la botella de vino. Fue una tarde de emociones intensas y de grandes desengaños. Consuelo, pedían a los dioses. En medio de la tormenta que se les venía encima, los tres amigos se asían al presente conocido, el mañana se anunciaba traidor, como Ploto, entre otros, que habría de pagar cara su felonía.



## Carreras de carros en el circo

«Perder es una lección que no todos deseamos conocer, aunque sea el más ventajoso de los aprendizajes».

Los crímenes habidos en la colonia habían cedido el protagonismo a los juegos públicos que se desarrollarían al día siguiente. Desde hacía una semana no se hablaba en Augusta Emerita de otra cosa que no fuera del magnífico espectáculo con que Furnio obsequiaba a su pueblo, cumpliendo con creces la obligación que su elección como duunviro le imponía. Para él su responsabilidad era un honor. Por eso gastaría bastante más de los dos mil denarios que las leyes municipales exigían para el ejercicio de su magistratura. Al duunviro le gustaba creer que seguía las huellas de su amigo Pompeyo Prisco y de su padre; de momento, había conseguido que el espectáculo circense tuviera amplia repercusión en el territorio lusitano. Las numerosas pintadas a favor y en contra de los corredores que llenaban las paredes del pueblo anunciaban el inmenso revuelo que se había organizado con las carreras y el imponente negocio de apuestas que florecía. En una de las esquinas del foro permanecía colgada una tela que daba publicidad al estado de los números. Favoreciendo el ambiente de euforia, Furnio había enviado al pregonero anunciando que durante los juegos se sortearían una oveja y un saco de trigo. Quería dejar un buen recuerdo en el corazón de sus vecinos.

El circo, que había sido reformado continuamente, se confirmaba de primer orden, y contaba con ocho carceres distribuidas por igual a cada lado de la magnífica puerta de los desfiles, el acceso principal. El senado había acordado construir otras cuatro, hasta llegar a doce. Desde estos recintos los carros accedían a las posiciones de salida. Se habían inscrito catorce corredores, solo tres profesionales, uno de La Lusitania y dos venidos de La Bética. Habrían de dar siete vueltas alrededor de la spina. En la primera carrera saldrían siete corredores y se clasificarían los dos primeros. El mismo esquema se seguiría en la segunda. Y por la tarde, en la carrera definitiva, se disputarían la palma los cuatro finalistas, cada uno bajo un color. Furnio había tomado buena nota de la carrera de carros a la que asistió en Roma. Le pareció fascinante el entusiasmo del pueblo y de las altas esferas por las facciones representadas bajo los cuatro colores, rojo, blanco, azul y verde, y acudió a visitar sus cuadras, todas en el noveno distrito, entre el Capitolio y el circo Flaminio. Allí le contaron que Calígula, apasionado seguidor de los verdes, pasaba gran parte del día entre los caballos de esa cuadra, incluso comía con ellos. Capito le había confesado la semana anterior que por fortuna Antestio Pérsico representaba al color blanco, si

hubiera sido de los verdes, jamás le habría comprado a él los caballos, porque Nerón también era seguidor de ese color, y él no quería, ni por azar, significarse bajo la misma enseña.

Esa tarde, la anterior a las carreras, Capito visitaba el circo, llevaba unos días bastante silenciosos, parecía ausente. Caminaba pisando fuerte la arena, quería fusionarse con el lugar, como si eso pudiera ayudarle a obtener la victoria. Por la mañana realizó un sacrificio a la diosa Fortuna. Necesitaba ganar, ser un héroe, nadie le llamaría cobarde si había corrido en el circo y Marcia caería rendida de amor definitivamente. Capito sabía que en Roma los aurigas pertenecían a la clase baja de la sociedad y que se entrenaban durante años para el oficio, pero todo eso le daba lo mismo. Al final, nadie se acordaba del origen del ganador mientras admiraban su proeza y coreaban su nombre al unísono, como si de un semidiós se tratara. Él pidió permiso a su padre antes de inscribirse en la carrera, y el flamen accedió viendo la gran pasión que lo guiaba; no se atrevía a frustrar de nuevo sus ilusiones.

El abogado estaba satisfecho con los animales que había comprado al senador Antestio Persico, cuatro caballos de su mejor yeguada. Antestio Persico exportaba sus caballos lusitanos a medio mundo a un precio de vértigo bajo el sello de la calidad. Los caballos que participaban en las carreras circenses requerían un severo entrenamiento antes de competir. Se les habían dedicado tres años a la doma y otros dos al entrenamiento en la arena del circo. Las vueltas al final de la spina eran muy peligrosas, muchos carros se partían, además los animales debían aprender a zigzaguear con velocidad para adelantar sin excesivos riesgos y debían estar preparados para evitar a los oponentes que pretendieran cerrarles el paso o inhabilitarlos contra el podio de las gradas o la spina.

Antestio Persico explicó a Capito que los dos caballos de dentro iban emparejados con un suave yugo, sujeto a un eje que partía del carro, y debían ser los animales más seguros y obedientes a las indicaciones del corredor, y los caballos exteriores iban solo bridados, por lo que eran más ágiles y ligeros. El abogado había adquirido un buen equipo, aunque presumía veloces corceles en manos de sus adversarios. En Augusta Emerita solo Antestio Persico contaba entre sus empleados con aurigas, y uno de ellos, el gran Rufino, había levantado una expectación sin igual, que cambió el orden de las apuestas desde que se conoció su participación, sus numerosas palmas lo avalaban. Rufino era el preferido por el pueblo. Además, se habían inscrito dos corredores procedentes de La Bética que figuraban en la nómina de gente adinerada.

Marciano acompañaba todos los días a Capito en su entrenamiento junto a un instructor cuyos servicios había contratado el abogado; casi una fortuna le costó que accediera a dedicarle su tiempo. Era difícil y peligroso conducir los carros, pero él confiaba en el esfuerzo y el valor, no era la primera vez que se enfrentaba a un reto importante y no se achantaría ante la adversidad. Capito pisaba la arena desechando de su mente la valía de Rufino, debía confiar en sus posibilidades y en el favor de los

dioses. Siempre crucial el favor de los dioses. ¡Ojalá la diosa Fortuna y la diosa Victoria estuvieran de su parte! El recinto que lo rodeaba, con capacidad para quince mil espectadores, imponía. El graderío elevado sobre la arena por un alto podio contaba con once filas separadas por un pasillo y dos tribunas en cada lateral, una para los jueces y otra para las autoridades. La grada sur estaba edificada sobre la ladera de una vaguada y la grada norte sobre una estructura de arcos. Capito divisaba el esplendoroso conjunto desde la tribuna de autoridades, su prometida se sentaría al día siguiente allí, casi podía distinguir su voz entre la algarabía enloquecida del público. Servilio Modesto había aceptado presidir la tribuna de autoridades y había consentido que el duunviro y su familia ocuparan también aquel lugar principal. Al procurador le sobraba el trabajo, que le ocupaba día y noche: se detendría a los implicados en el robo de mármol unos días más tarde, pero fue incapaz de negarse a la petición de su amigo el duunviro.

Entre ensoñaciones, con cierto retraimiento, pasaba Capito la tarde. Al día siguiente a esa misma hora se hallaría disputando la palma. Al servicio de ese deseo pondría sus fuerzas. Mientras el abogado se infundía valor, Furnio firmaba las órdenes que autorizaban la venta de mercadería en la fachada exterior del circo. Esta fachada estaba decorada con arcos ciegos y pilastras de placa de granito, aunque su fábrica interna era de mampostería y hormigón. Cornelio Severo lo esperaba para marcharse a las termas. El duunviro levantó la vista preguntando al flamen de donde venía aquel ruido. Unos segundos después alguien aporreaba la puerta con mucha urgencia. Un esclavo municipal entró con las manos y la ropa ensangrentada.

—Dos forasteros han entrado en el local de Partula. Nosotros vigilábamos el lugar con disimulo, para no espantar la clientela, y gracias a que estamos atentos a lo que se nos manda, hemos evitado una desgracia —dijo el esclavo intentando sacar partido a las circunstancias.

—¡Abrevia, abrevia! —atajó el duunviro que no terminaba de enterarse.

Poco después de que comenzaran las muertes en la colonia, Furnio ordenó que pusieran protección a Partula. Ella era una pieza clave. La dueña del lupanar había disfrazado la presencia de los esclavos en su local, debía parecer que nada había cambiado. Partula les había ordenado discreción para no espantar a los clientes. Por empeño expreso del duunviro, tenían acceso a un corredor desde el que podían observar las habitaciones de las prostitutas y la que utilizaba la propia Partula para controlar el buen desempeño del trabajo de sus empleadas. Este exceso por parte de la dueña era motivo continuo de motines entre ellas, a las que no quedaba otro remedio que soportar los abusos, dada la consideración social de su profesión. Era mucho mejor eso que estar en la calle, aguantando insultos e incluso agresiones y pasando frío y demás penalidades. Ahora, con la medida impuesta por el duunviro, debían consentir también que las espiasen los esclavos. Las mujeres protestaron al conocer la noticia. ¡Qué tendrían que ver ellas con las muertes de la colonia! No querían que los esclavos las mirasen; ellos que valían menos que los perros y nada eran para la

sociedad. Las mujeres afirmaban que se aprovechaban de ellas con sus miradas y encima sin pagar. Pese al revuelo que levantó esta medida, el duunviro habló claro, «él era la autoridad competente y estaba en su condición pública garantizar la vida de los habitantes de la colonia, de modo que, o bien accedían a que los esclavos pudieran vigilarlas a través del corredor o el lupanar se cerraría». Y así, no les quedó otra que aguantar, y los esclavos se paseaban por el corredor mirando por los agujeros. Todos los días se peleaban por vigilar el prostíbulo, prestando sus servicios con la misma alegría que si hubiesen recobrado la libertad.

El duunviro exigió concreción.

—Dos forasteros han atacado a Partula y a otra prostituta —explicó el esclavo.

—¿Cómo están las mujeres? —preguntó Furnio.

—Vivas, vivas... ¡Por todos los dioses, el africano está medio muerto! —dijo el hombre refiriéndose al otro esclavo, con las lágrimas a punto de brotar.

—¡Cornelio Severo, vamos al lupanar! —pidió el duunviro guardando en el cajón los permisos firmados.

La asociación de mujeres de Augusta Emerita tomó impulso gracias al éxito de participación en el concurso culinario de los festejos agrícolas. Sus socias se habían envalentonado adquiriendo un ánimo bien dispuesto para convocar otras actividades y una vez por semana asistían a los mendigos que se cobijaban bajo los pórticos. Aparte, quedaban sus reuniones, les gustaba juntarse para hablar. La guerra, las horribles muertes en la colonia y desde hacía unos días los movimientos de legionarios que llegaban desde Roma mantenían el desconcierto, la expectación y el miedo de toda la población. Las matronas emeritenses componían su propia opinión con informaciones extraoficiales. Esa tarde ultimaban los adornos que marcarían la distinción de su estatus en la celebración del día siguiente. Por suerte para ellas, Polonia accedía con gusto a ilustrarlas sobre las tendencias de Roma a fin de otorgar merecimiento a las patricias emeritenses, cuya imagen estaba algo ensombrecida por la lejanía de la capital, en palabras de aquella.

Arria Pale se vestiría siguiendo los consejos de la esposa del procurador, junto a la que estaría en el palco de autoridades; su imagen estaba comprometida y no podía desentonar, espetaba Polonia con claridad. Por otra parte, debía respetar las normas que el protocolo imponía respecto a las autoridades de Roma. Polonia comunicó a Arria Pale que debía ocupar un segundo lugar, y ya que ella pretendía resaltar y destacar los enormes pedruscos que la adornarían, la mujer del duunviro debía ser discreta en sus joyas, para no privarla del protagonismo propio de la primera dama. La emeritense acató la sugerencia sin ofenderse, su carácter tampoco la animaba a ser la receptora principal de tantas miradas y, además, la belleza de Polonia no admitía competencia. Había de prestarse dedicación extra a la colocación del cabello, pues era fundamental para remarcar el señorío, reiteraba Polonia con absoluta convicción.

Ella lo llevaría todo rizado, con grandes bucles cubriendo su frente y algún postizo algo elevado sobre la coronilla para realzar sus pómulos. Arria Pale, que hasta ese momento no había mostrado oposición al estilismo sugerido por la romana, fue clara en cuanto al peinado: nada de llevar el pelo como si fuera una oveja. Tenía miedo a un cambio excesivo y convertirse en el hazmerreír del pueblo por seguir con tanto rigor a su edad las modas de fuera. Con amabilidad pero también con determinación, dijo que ella tenía un estilo propio y le espantaba mirarse en el espejo y no reconocerse. Así que convenció a Polonia para que solo colgaran de sus orejastres tirabuzones, el resto del pelo se lo recogería en su habitual coleta junto a la nuca o quizás en un moño bajo, ya vería.

—¿Dónde está Marcia, querida? —preguntó Sabina mientras servía las infusiones—. Mañana el pueblo estará especialmente pendiente de ella.

—Anda un poco nerviosa. Lleva dos semanas de intensos sacrificios y súplicas por Capito —contestó Arria Pale.

—Debe de estar recibiendo muchas lecciones médicas, por si acaso. —Las socias se volvieron hacia Calpurnia atraídas por su tono malicioso—. Yo la veo a todas horas con el médico, y no parece adolecer de nervios u otros males, más bien al contrario —siguió explicándose.

Arria Pale se levantó del asiento y se colocó frente a Calpurnia con los brazos en jarra.

—Tus palabras son ofensivas. No hables mal de Marcia. Todas sabemos que ella y Diophanes son amigos desde la infancia. Capito dedica todo su tiempo a entrenar. Tienes una lengua envenenada, dirigida por lémures, y te juro por Vesta que la mantienes a raya o acabaré por negarte el saludo.

El ambiente se tensó. Nadie se atrevía a decir o hacer nada. Era evidente que Calpurnia se merecía aquella respuesta por las muchas impertinencias que repartía. La de Metellinum miró al grupo. Encontraba el reproche en cada una. Y en un arrebato de orgullo, se levantó y se marchó, sin decir palabra y sin pedir perdón. Sabina acudió al lado de Arria Pale.

—Lo siento, Sabina, sabes que no me gustan los enfrentamientos, pero no puedo permitir que se ponga en entredicho la reputación de mi hija delante de mí —su voz tembló al pronunciar estas palabras.

Sabina la apoyó.

Polonia asistía a la disputa un tanto desconcertada. Nunca habría imaginado que tener amigos de otro sexo pudiera acarrear un enredo tan embarazoso. En Roma la gente iba y venía con mayor libertad.

—¡Amigas de Emerita! —exclamó con teatralidad—. La paz y la cordialidad deben instalarse entre nosotras. Tenemos suficiente con las guerras en las que mueren nuestros hombres y destrozan nuestro corazón para siempre. Estamos obligadas a compartir con armonía los bellos momentos en que nos reunimos. A fin de que podamos olvidar este malentendido que nos aflige, os diré que poseo información

sobre los últimos sucesos de la corte imperial que solo relataré si me prometéis que será un bálsamo benevolente para recuperar el ambiente de siempre.

Nunca se habían alegrado tanto de no prohibir la visita de la generosa aristócrata a la asociación, solo ofrecía ventajas.

—Llamado por mi esposo nada más volver de Roma, este famoso médico de Emerita —obvió pronunciar el nombre de Diophanes— que tan de cerca ha convivido con el emperador, nos ha puesto al corriente de los últimos acontecimientos sucedidos allí y que no parecen albergar sosiego para el corazón de un pueblo tan guerrero como el romano.

Hablar de Roma era uno de los entretenimientos que más apasionaban en las provincias.

Polonia se crecía con público. Las socias admiraban su manera de hablar, aunque percibían un deje más bien cursi. En aquel aforo entusiasta solo Arria Pale seguía herida, acongojada y triste, haciendo gran esfuerzo por mostrar normalidad. Su cabeza luchaba por escuchar a Polonia, que tan buena intención había mostrado con su pequeño discurso a favor de la paz.

—Diophanes es un joven bastante apasionado, ¿no? Es la impresión que me ha dado las dos veces que ha comparecido ante mi esposo.

—Es muy buen médico —dijo una de las mujeres.

—Y tiene muy buen corazón, atiende a gente que no le da ni un mendrugo de pan —añadió otra.

—Ha sido el médico de Otón y de Galba hasta que llegaron a Roma. Dice que el nuevo César come demasiado —continuó Polonia—, y no parece que sea el único exceso que está cometiendo.

—Pues con la edad que tiene, su peso y la gota, además de comer, pocos excesos más podrá hacer, ¿no os parece? —La picardía y la gracia del comentario hicieron reír a las mujeres.

—¡Hay excesos peores! En alguno de los viajes de mi marido he visto correr ríos teñidos de rojo, cabezas cortadas, cuerpos mutilados. ¡Yo he visto el espanto! —Las palabras de Polonia asustaron a las emeritenses.

—¡Jupiter se apiade de nosotras y la gran Madre vele por la paz del imperio! —Julia se estremecía pensando en otra guerra civil. Su hijo añoraba la disciplina del ejército.

—Otón tiene gran confianza en Diophanes, y hasta que volvió a Emerita ha seguido visitándolo como médico, así que sus noticias son de primera mano y no parecen nada esperanzadoras. —Polonia gesticulaba sin parar—. Nuestro antiguo gobernador de Tarraco gobierna una galera sin rumbo, y nunca mejor dicho. Esperemos que no siga la misma estela de crueldad que su antecesor. Nadie aguantará a otro Nerón, y bien lo sabe él.

—Querida, nos asustas nombrando a ese bicho, yo ni lo miento aunque esté bien muerto —dijo Julia.

—Parece mentira que, tras haberse sublevado contra él, ahora Galba cometa actos tan canallas —Polonia se hacía de rogar.

—Cuéntenos, señora —acabaron por pedirle algunas socias.

—Pues bien, el infame Nerón sacó en los últimos años de su gobierno a unos remeros de las galeras para formar con ellos una legión y ahora Galba les ha quitado la condición de legionarios pretendiendo que vuelvan al lugar de donde salieron. Esta decisión no ha sido bien acogida por los antiguos remeros y, por lo visto, hace poco más de veinte días se presentaron ante Galba pidiendo conservar sus águilas e insignias legionarias. Este se las negó y, como los hombres insistieron con brío, el César envió la caballería contra ellos y causó una terrible matanza. Después de eso, Diophanes no ha querido estar al lado de los altos mandatarios. Dice que no quiere ser cómplice de ninguna atrocidad guardando silencio.

—¡Marte guerrero! La muerte llama a la muerte. ¡Estamos perdidas! Pero ¿es que nadie piensa en gobernar para hacer la paz? —Sabina estaba sobrecogida por aquellas palabras.

Parecía que había durado poco la tranquilidad que todos añoraban en el imperio.

—Pero si mi sobrino dice que la entrada de Galba en Roma fue una fiesta. Ya escuchasteis lo que nos contó en Proserpina —dijo Julia en tono escéptico—. No había una sola persona que no se alegrase de su levantamiento. Todos deseaban servir y venerar al gran salvador.

—Pues, como ves, poco ha tardado en sembrar de nuevo el miedo y el odio el antiguo gobernador de Tarraco. Va perdiendo poco a poco la confianza del senado y del pueblo, aunque lo peor es que el ejército cada día está más molesto con él, pues anda diciendo demasiadas barbaridades.

Las oyentes abrían los ojos y aguantaban la respiración. Pensaban en llegar a casa e informar a sus maridos; ya no se reírían estos de la asociación donde iban a cuchichear, según el decir de algunos.

—Diophanes contó a mi esposo que Galba prometió a los soldados un donativo bastante cuantioso si llegaba la victoria, y ahora, no solo no ha cumplido la promesa, sino que va diciendo a boca llena que tiene por costumbre reclutar soldados, no comprarlos.

Un ¡¡¡¡ooooohhhh!!!! salió de la boca de las socias.

—Encima, ha jubilado al cuerpo de guardia germano. Esta cohorte lleva décadas al servicio del emperador y nunca ha dado muestras de traición, más bien al contrario, se les conoce por su fidelidad. Las ha mandado a Germania sin ninguna recompensa. Un desastre. Diophanes dice que nadie está contento con él, porque gobierna al capricho de tres monstruos que hacen y deshacen a su gusto. De modo que han vuelto a Roma los fantasmas del pasado y se ha enturbiado el feliz y añorado cambio.

—Y vuestra situación, querida, ¿cuál es? Seguiremos viéndote, ¿no? —preguntó Sabina.

—Esa misma pregunta le hago yo a mi esposo todos los días. No nos pudimos

negar a complacer a Nerón cuando nombró a mi marido para venir de procurador a Emerita, ya podéis imaginaros por qué, pero ahora todo ha cambiado. Mi esposo está muy mayor, llegan tiempos que requieren la energía de la juventud, y a mí me gusta la vida social de Roma. Comprendedme, llevamos aquí muchos meses, si no fuera por estos ratos en que me escapo, me moriría de aburrimiento.

Fuera de la sede de la asociación se oía un bullicio de voces y pisadas que corrían de un lado a otro de la casa. El jaleo obligó a Sabina a salir.

—Son las prostitutas. ¡Han matado a dos! —dijo una esclava a voces.

—Pero ¿de dónde sacas, eso criatura?

—En la calle lo dicen. La gente corre para el lupanar. Yo he visto pasar al duunviro con el flamen Cornelio Severo —aseveró la esclava.

—Enciende unas lucernas para nuestros manes —ordenó la vieja matrona—. Vamos a necesitar toda la protección de nuestros muertos.

Las socias de la asociación se dirigieron al lupanar y Polonia a su residencia, no debía mezclarse con el populacho sin tomar medidas.

Conforme se fue conociendo el intento de asesinato de Partula por parte de unos forasteros, se iba confirmando que se trataba del carnicero y su compinche. Nada más pillarlos, los esclavos se habían ido de la lengua.

Al poco de detener a estos hombres, en los alrededores del lupanar se fue concentrando una pequeña marabunta de vecinos. Fue la primera vez que las trabajadoras del sexo se sintieron algo integradas en la vida del pueblo, aunque tampoco faltaron los comentarios obscenos de algunos y algunas que ironizaban con la suerte de las ramera; ya les hubiera gustado a ellos y ellas que se hubieran salvado Alexander y Norbano Mensor antes que aquellas pécoras. Sin embargo, y a pesar de esas oscuras sensibilidades, el vecindario en general apoyó a las mujeres.

Los forasteros habían sido atendidos por Partula. No era la primera vez que visitaban el lugar, de modo que conocían la manera de proceder. Ese día estaban dispuestos a pagar la cantidad de dinero necesaria para practicar algunas excentricidades sexuales, de modo que Partula se aseguró de obtener algo más personal de ellos. Y fue en ese momento, al depositar sus pertenencias en el despacho de la dueña, cuando la agredieron. Los esclavos tenían órdenes de vigilar especialmente los movimientos de Partula, de modo que enseguida supieron que algo pasaba, y al verla salir tan pegada a aquellos dos personajes se abalanzaron sobre ellos sin pensarlo. Un torbellino de movimientos se sucedió entre el pasillo y la puerta de salida. Los gritos y los golpes anunciaron la fechoría. Los clientes pretendían escabullirse sin dejar el menor rastro. El alboroto que se había montado situaba al lupanar en el centro de las miradas. Y el resultado final fue que Partula y una de sus chicas terminaron heridas de cierta consideración, aunque la peor parte se la llevó uno de los esclavos municipales, al que llamaban el africano por su color, a



quien le habían clavado un puñal en el hombro.

Los asesinos fueron arrestados y apaleados por las residentes del prostíbulo, y luego, al salir a la calle, también recibieron lo suyo, y probablemente hubieran hallado la muerte de no ser por Furnio, que ordenó se les condujera hasta las dependencias municipales bajo protección. Aún así, uno de los hombres llevaba una brecha en la cabeza que chorreaba abundante sangre y necesitaba atención médica. A Furnio no le preocupaba en exceso el estado iracundo de los vecinos. Estaba contento por haber dado con aquellos salvajes que tanto dolor, daño y miedo habían causado a la colonia. Algo se había relajado en su interior. No cabía duda, habían cazado a los asesinos del joyero y el abogado, y una suerte de euforia lo animaba. Cumplir con sus obligaciones le hacía sentirse plenamente satisfecho.

Los asesinos permanecieron con las manos atadas en los calabozos del foro municipal. El duunviro no había enviado recado a los magistrados locales, quería interrogarlos a solas; necesitaba ganar tiempo.

—Debemos hacer que confiesen los asesinatos de Alexander y Norbano Mensor, la cosa está clara —pronunció su parecer Cornelio Severo.

—No es tan sencillo. Si el móvil de los asesinatos fueron los libros sibilinos, voy a tener que dar muchas explicaciones —le dijo el duunviro.

—Nadie sabe que los libros los tienes tú.

—¿Cómo voy a preguntar por ellos sin levantar sospechas?

—Estoy deseando ver la cara que ponen esos cerdos cuando les hablemos de los libros, se llevarán una sorpresa de muerte. ¿Cómo van a imaginarse que sabemos de su existencia! —El flamen estaba deseando enfrentarse a ellos.

—No sé si será buena idea que les hablemos de los libros.

—¿Por qué no, si los vamos a interrogar a solas? A nadie le importará el motivo de sus crímenes si confiesan —volvió a recalcar el flamen provincial.

—Ya, ya... —El duunviro cavilaba mientras tanto—. ¿Tú crees que nos dirán algo?

—Podemos intentarlo. Hay métodos que moverían la voluntad de un toro, y ningún esclavo se opondrá a utilizarlos.

Un escalofrío recorrió la espalda del duunviro ante las palabras de Cornelio Severo, detestaba la crueldad y la idea de su amigo le revolvió las tripas.

—También podemos esperar a que llegue Halys con más información.

—Pero nuestros colegas querrán juzgarlos enseguida y el pueblo está deseando verlos morir —dijo Cornelio Severo.

Ninguna propuesta parecía convencer al duunviro, que dudaba del camino a seguir. Cualquier iniciativa arriesgaba en demasía su legado, y él deseaba protegerlo.

—Yo tampoco tengo la solución, Furnio, pero lo que sí sé es que tarde o temprano habrá que interrogarlos, piensa en cómo han muerto nuestros amigos. Estos salvajes no tuvieron piedad, los torturaron, tú viste sus cuerpos —le recordó Cornelio Severo.

La alegría inicial del duunviro se iba tornando preocupación. Debía hilar

demasiados cabos sueltos y temía meter la pata, no controlaba las variables y eso le ponía nervioso.

—La agresión a Partula y las muertes de Alexander y Norbano Mensor están conectadas. Solo tú y yo sabemos el elemento de unión. Ahora tengo que explicar al senado por qué le puse vigilancia a la prostituta.

—No debes preocuparte tanto. El entorno de Norbano Mensor tiene vigilancia, ¿por qué no la amante de Alexander? Además, gracias a esta medida tenemos a los culpables.

Bajaron a las celdas y mandaron subir a la mayoría de los esclavos. Los que permanecieron en los calabozos fueron advertidos de su destino si sus orejas escuchaban o sus lenguas reproducían alguna de las palabras pronunciadas.

La hemorragia de uno de los detenidos, el más viejo, había cesado después de la atención médica. El hombre miraba al suelo sin levantar la vista. El otro, cercano a la treintena, se levantó de un montón de paja y refuló hasta encajarse contra el rincón.

—Me llamo Sexto Furnio Juliano y soy uno de los dos duunviros de Augusta Emerita, la colonia a la que habéis venido a sembrar el pánico y quitar la vida de algunos de nuestros vecinos, hecho que pagaréis bien caro.

—Nosotros solo hemos atacado a la dueña del prostíbulo porque intentó...

—¡Intentó qué! ¡Malnacido! —Cornelio Severo estalló, haciendo gestos con las manos, como si fuera a apretarle el cuello al más joven—. Si no estuviera aquí el duunviro, te estaría arrancando la piel a cachos. ¡Asesino! —Y dio un puñetazo a los barrotes lo que soltó la arena del techo.

Uno de los esclavos blandió el látigo contra el muchacho. El duunviro movió la mano en señal de que parara. Se dio la vuelta y miró a su amigo. Estaba perdido, no sabía cómo abordar aquella situación. El flamen provincial tomó el mando y fue directamente al grano, increpando al joven.

—¿Por qué te crees que os hemos cogido, sinvergüenza? ¡Sabemos lo que buscáis! —Cornelio Severo intentaba hacerlos reaccionar—. Os vamos a tirar a las fieras para que devoren vuestras entrañas poco a poco, pero eso será después de haberos torturado mil veces. ¿Visteis el dolor en los ojos de Alexander y Norbano Mensor? Lo vuestro será peor. Os torturaremos lentamente para que nos supliquéis la muerte, y entonces, os curaremos para volver a clavar el puñal en vuestro agonizante cuerpo. ¡Os mortificaremos como bárbaros! ¡No sabéis lo que os espera! ¡Estaríais hablando, si lo supieseis!

—No tenemos nada que contar —le contestó el joven.

—¡Maldito seas! ¡Cómo te atreves a mentirme! —Y levantó el brazo para que el esclavo lo azotase.

El látigo contaba con algunas tiras de las que pendían puntiagudas estrellas de hierro bien afiladas. Cornelio Severo se dirigió al más viejo.

—¡Y tú, viejo! ¿Nada tienes que decir? ¿Quién os ha mandado? ¿Por qué los habéis matado? Sabed que terminaremos conociendo la verdad, es inútil vuestro

sufrimiento. ¡Asesinos! —Y levantó de nuevo el brazo para que golpearan al más viejo.

Ante su quejido, el compañero acudió a socorrerlo con la palabra «señor», «señor» en sus labios.

—¡Inútil, te he dicho que no digas nada! —Trató de acallar el otro.

—De manera que es tu siervo —dijo Furnio mirándolo—. Pues que sepas que nos da igual tu condición, os torturaremos sin piedad, pero además vamos a traer los libros que buscáis y los vamos a quemar ante vuestros ojos. Hoja por hoja. Habéis matado por ellos, pues sabed que no ha servido de nada —Furnio lo soltó, por fin se desprendía de la servidumbre de los libros.

—¡Eso es mentira! Si supieseis de qué estáis hablando, no nos amenazaríais con quemar nada —el viejo salía de su mutismo.

—Sí sé de qué hablo. Hablo de los libros sibilinos.

El viejo clavó los ojos en Furnio y luego miró al más joven. La cosa se complicaba, decía su expresión. Aquellos incultos serían capaces de destruir los libros y aventurar con ello el fin del imperio y ni siquiera podían sospecharlo.

—Los he matado yo, lo confieso, yo maté a los dos emeritenses. Mi señor no tiene nada que ver —dijo el siervo—. Él debe quedar libre. ¡Por todos los dioses, ustedes no saben a quién están amenazando!

—¡Eres un bastardo, digno de la espada más afilada! ¡No digas nada, rufián! —le cortó el otro—. ¡Están jugando con nosotros!

En ese momento bajó uno de los esclavos a informar al duunviro y al flamen de que habían llegado varios senadores preguntando por ellos.

—Muy pronto podréis comprobar que nuestras palabras no han sido una broma —dijo Furnio. Luego increpó directamente al señor—. ¿Me entiendes, viejo? Tenemos los libros y si no hablas desaparecerán.

Furnio y Cornelio Severo los habían hecho reaccionar. Ahora les tocaba preservar el secreto. Y eso no era tarea fácil.

Los detenidos se miraban abatidos. El joven hacía señas a su señor indicándole que era el final de todo.

—Lo único que tienes que hacer es callarte. ¡No sé cuántas veces tengo que repetirlo! Se te olvida demasiado pronto que tenemos amigos poderosos. Estos dos no saben dónde se están metiendo. Recuérдалo, pronto tendremos noticias de los nuestros, no nos dejarán tirados. Y juro por lo más sagrado y lo más divino que si estas fieras no nos matan, como no te muerdas la lengua, lo haré yo con mis propias manos. ¡Animal! ¡Insensato! ¡Maldito seas! —Y otros mil improperios salieron de la boca del amo.

El resto de la tarde, las dependencias municipales fueron un trajín. Los senadores querían bajar a los calabozos a ver a los dos forasteros, parecían fieras de exhibición. Los ánimos se fueron crispando al confirmar el duunviro que se trataba del carnicero y su compinche. Tras conocer el alcance de las detenciones, surgieron dos bandos, los

que pujaban por interrogarlos y obtener la confesión a cualquier precio, incluido la muerte, y otro que apostaba por celebrar juicio y no aplicar la barbarie del látigo.

Un grupo de ciudadanos, que fue disminuyendo conforme caía la tarde, permanecía ante las puertas del senado gritando que les entregasen a los dos hombres o sus cabezas. Diversas conjeturas de los hechos corrían de boca en boca entre los vecinos, aunque ninguna superaba en extravagancia a la verdad. Afortunadamente, el evento que se celebraría al día siguiente distrajo la voluntad de los emeritenses más acérrimos del uso de la espada y ayudó a calmar la mala sangre que latía en sus corazones.

El día fue pasando. Calpurnia penaba en la soledad de la casa alquilada a Aulo Gayo. Se sentía a muchas millas de distancia de Metellinum y de su familia. En cuanto volviera Sulpicio Superster le haría saber que a la semana siguiente marcharía a su pueblo. Sentía nostalgia de él, echaba en falta a sus sobrinos y demás parientes. Ellos hubieran entendido el comentario que hizo a Arria Pale, su gente sabría que no había mala fe en sus palabras y no la juzgarían tan severamente. Se sentía maltratada por su antigua amiga y no le apetecía nada asistir a la carrera de carros de la colonia. Los petulantes emeritenses olvidaban bien pronto que, más de cincuenta años antes de que levantaran esta colonia, el cónsul Quinto Cecilio Metello Pío ya había fundado Metellinum. Su colonia tenía más historia, era más romana y más civilizada que la de aquellos jactanciosos que se creían los dueños del mundo. Calpurnia añoraba Metellinum, cuyos recuerdos la embargaban de melancolía. Ensimismada y decaída, con una cinta sobre la cabeza repleta de hojas curativas, permaneció la mujer en el diván hasta que Sulpicio Superster llegó a casa acompañado del impulso de los acontecimientos y la sacó de su estado de apatía.

Capito seguía reconcentrado en su empresa. De su visita al circo marchó al encuentro de su prometida, aunque estuvieron poco rato juntos. Ni la fuerte impresión de Marcia tras las detenciones influyó en su mente, al contrario de lo que le ocurría a ella. La zozobra la mantenía en un estado de alerta, hablando y actuando sin sosiego ni descanso. Arria Pale observaba cómo atusaba con garbo y energía su cabello, aunque pensó que aquel nerviosismo nada tenía que ver con la detención del carnicero, sino más bien con la carrera de Capito. Y estaba en lo cierto. La mente de Marcia no dejaba de recordar el día en que alegremente le dijo a Capito que si ella pudiera participaría en la carrera de carros. ¡Qué loca ocurrencia! De haber previsto las consecuencias no habría hablado así, incitando a su prometido a enrolarse en una empresa en la que no era experto. Le abrumaba que alguien la hiciera responsable de poner en peligro la vida de Capito. Al día siguiente acabaría todo.

A la hora convenida, la banda de música paró frente a la casa del duunviro

anunciando el comienzo de los grandes fastos. Hacía rato que la familia de Furnio esperaba apoyada en el pozo. Las mujeres estaban deslumbrantes, incluso Furnio se interesó por el atuendo y los adornos de su esposa, que parecía una gran aristócrata, como las de Roma. La imagen lucida por la parentela llenaba de confianza al duunviro. Todo saldría perfecto, se decía. Cuando el director de la banda de música llamó a la puerta del mandatario, las mujeres corrieron apresuradas hacia el vestíbulo, gozosas, dispuestas y nerviosas. Para acompañar con gracia la comparsa, Furnio había contratado un grupo de saltimbanquis que portaban estandartes y banderas, y animaban la marcha con pasos ensayados y ágiles movimientos de brazos. El cortejo se dirigió al palacete del procurador provincial. La puntualidad debía ser escrupulosa, había advertido Polonia, erigida en jefa de protocolo.

La salida de Servilio Modesto y Polonia ricamente ataviados produjo un barullo ensordecedor mientras caminaban hacia su litera bajo las reverencias de las autoridades municipales. Un buen número de vecinos permanecía agolpado en torno a su residencia; verlos salir embutidos en aquellos trapos, resplandeciendo al compás de las piedras que adornaban su porte era una ocasión única. La algarabía atraía a un número mayor de público. Polonia ejercía con altanería su papel de señora principal; le encantaba recibir las miradas de todos y sentirse el foco de atracción. Algunos vecinos manifestaban dolorosamente la penuria y precariedad de sus existencias plebeyas, y no desperdiciaban la ocasión de cargar contra el imperio, mofándose por lo bajo de sus representantes. Era su manera de intentar vengar la miseria y el hambre que les aplastaba. Otros emeritenses, en cambio, mostraban inmensa admiración por sus gobernantes y su honorable destino. Los ojos del pueblo manifestaban infinidad de sentimientos, desde agradecimiento, orgullo o aceptación, hasta resignación o rabia.

Servilio Modesto, que saludaba con sobriedad y recato, pronto metió sus viejos huesos en la litera y dejó a su joven y guapa mujer lucirse sin pudor ante los súbditos. El procurador estaba cansado y sus grises ojeras palidecían descolgando sus pómulos un poco más. Los muchos años evidenciaban su presencia. Dos días más tarde mandaría detener en Augusta Emerita a los cabecillas del expolio del mármol para ser juzgados en Roma en un macro proceso ejemplarizante. Los tentáculos de la corrupción serían arrancados desde el origen acabando con el monstruo de la codicia. Entre los detenidos se hallaba Julio Ploto. El procurador había apostado por su inocencia, pero no era la primera vez que le traicionaba su fe y confianza en el género humano; esa lección le era conocida. Confiar o no confiar, una tesitura en que se erraba fácilmente. Pocos sabían de las futuras detenciones y nadie del nuevo destino de Alfio Lucano, una segunda oportunidad de los hados que lo reintegraban a la legalidad bajo una nueva identidad. El gobernador no estaba para festejos. Las circunstancias aminoraban su ánimo y su esmirriado cuerpo dejaba traslucir su agotamiento. Aún así, su deber le obligaba a situarse junto a Furnio, en el palco de autoridades del circo.

Ajena a los pesares de su esposo, Polonia se desvivía por lucirse en esta primera parte del evento. Desde luego sabía ganarse a la gente y lo hacía con naturalidad, como si improvisase por mandato del corazón, aunque había planificado hasta los gestos más simples e inesperados. Teatralizar con estilo y bajo la más pura inocencia tantos detalles no era falsedad, quizás obedecía a un carácter nacido para el éxito, pensó Arria Pale. Ellas, por su parte, madre e hija, seguían el guion ensayado con voluntarioso interés. Marcia estaba tan excitada que daba pequeños saltitos incontrolados. A un gesto de Furnio, la banda de música recuperó la posición de marcha y se dirigieron hacia la puerta norte de la muralla, donde les esperaban los ediles con dos carros.

A esa hora la calle era un hormiguero incesante que hacía difícil el tránsito. A las personas se sumaba un buen número de caballos y mulas, literas y sillas portátiles. Entre el pueblo se decía que Galba había declinado su asistencia en el último momento, pero que tenía pensado visitar Emerita aprovechando la ocasión; eran los chismes que andaban de boca en boca; tan lejos de Roma podían permitirse algunas vanidades sin temor a reprimendas. Las piedras exteriores de la muralla estaban llenas de pintadas, ya no cabía ninguna buenaventura o chanza más sobre los corredores. Menos de media milla era el trecho que el duunviro y el procurador debían recorrer sobre los carros, y una eternidad tardaron en hacerlo. El procurador llevaba las riendas con naturalidad. En cambio, Furnio intentaba mantenerse en pie mostrando soltura, como vio hacer a los generales en Roma, y las pasaba canutas, por momentos pensaba que se caería y agradecía el desbordante gentío que le obligaba a marchar lentamente manteniendo la hombría al aparentar dominio de aquel trasto.

Capito y los demás corredores esperaban con los caballos y los carros junto a la puerta de los desfiles para hacer su entrada en el circo tras las autoridades. Darían una vuelta a la spina antes de celebrar el sorteo que revelaría el nombre de los siete primeros participantes. El reencuentro de los gobernantes con los corredores fue un momento de intensa emoción. Los esclavos debían hacer un enorme esfuerzo por contener a la inmensa masa de seguidores que empujaba para tocar a los jinetes. Miles de voces coreaban los nombres de sus favoritos. Entre ellos sonó varias veces el de Capito, pues Marciano se había asegurado de comprometer a la clientela de su padre en esta empresa. Furnio también lo coreó, sin sentir un ápice de vergüenza por mostrar su favor; era el prometido de su hija, el hijo de su amigo y casi un hijo para él.

La puerta de los desfiles se abrió completamente para permitir el paso de Servilio Modesto y Furnio bajo el sonido de los tambores y platillos. Apenas los dos pisaron el circo, la muchedumbre, inmersa en un agitado entusiasmo, empezó a colarse en tromba al compás de los aurigas con sus caballos y sus carros, por lo que fueron inevitables los pisotones, golpes y hasta algunos heridos por las patadas de los equinos. En la entrada se originó un farragoso follón, y eso que el circo ya estaba lleno en más de un tercio de su aforo. Cuatro caveas marcaban la distinción de las

clases sociales. Las gradas de la parte inferior eran ocupadas por senadores y caballeros, gente de destacada posición económica. El público se levantó y, con pañuelos unos y trapos otros, dieron la bienvenida al procurador provincial y al duunviro. Antes de iniciar el paseíllo alrededor de la spina, Servilio Modesto hizo un gesto a Furnio para que acercara su carro, darían la vuelta los dos juntos. El duunviro se emocionó un par de veces durante el recorrido. La primera, cuando resonó el nombre de Capito como un eco ensordecedor lleno de fuerza, y la segunda, cuando leyó la pancarta que habían colocado junto a la puerta del triunfo, en el otro extremo del circo, donde le decían que era el mejor duunviro que Augusta Emerita había tenido. La entrega del público lusitano admitía comparaciones con el de Roma, se vanaglorió Furnio conmovido.

Polonia, Arria Pale y Marcia hacía rato que estaban en el palco destinado a las autoridades. Las de Emerita en la fila de atrás. La joven miraba a su alrededor buscando a Diophanes, quería saludarlo y de paso demostrarle que era verdad que el procurador había cedido a su familia un lugar en el palco junto a ellos.

—Querida, habéis afinado con mucha elegancia vuestros gestos, estoy muy orgullosa —alagó Polonia como una maestra a sus alumnas—. Ha merecido la pena las tardes que he invertido en enseñaros. Si mis amigas de Roma me viesan, os aseguro que retirarían todas las fealdades que me dijeron cuando conocieron el nuevo destino de mi esposo, seguro que relincharían como jacas tordas por estar aquí.

Madre e hija miraron a la gran dama al escuchar una expresión tan lusitana. La memoria devolvió a Arria Pale la reacción de esta al oír por vez primera esas mismas palabras tan extrañas, casi se desmayó por lo vulgar que entonces le parecieron.

—Parece que te has acostumbrado a nuestros dichos —insinuó Arria Pale.

—Cuando escuché lo de jaca torda, me pareció tan tan... —Y la mujer se quedó pensativa— Tú ya sabes, en fin..., ahora me divierte. Cuando vuelva a Roma lo soltaré a la primera ocasión que se me presente.

—A tus amigas les pasará como a ti, que no lo entenderán.

—Esa es la cosa, querida, mejor que no lo entiendan —y se rio con ojos vivarachos—. Tengo amigas que son peores que Calpurnia.

—A Calpurnia le pierde esa lengua loca a la que no pone frenos, pero le tengo aprecio —midió Arria Pale sus palabras, no quería dar explicaciones a Marcia.

—¿Te ha pedido perdón?

Afortunadamente, Marcia estaba entretenida mirando la arena y buscando a Diophanes.

Concluido el desfile, llegó el sorteo. El corazón de Capito brincaba, parecía que se le iba a salir del pecho. Gracias al ruido, nadie escuchaba los suspiros agitados que emitía el abogado intentando librarse de la ansiedad que lo atenazaba. Los nombres de los primeros siete corredores ya estaban en poder de Furnio, que comenzó a leerlos con inmediatez. «¡Querida Venus, poderosa diosa!», fueron las palabras del valeroso abogado cuando acabó la lectura. Él no correría en la primera tanda, pero su alegría

se debía especialmente a que el sorteo había emparejado en la primera carrera a Rufino y a los béticos. La suerte no había podido favorecerlo más. Los competidores que debían enfrentarse se miraban con resentimiento, el odio los marcaba como a animales, en sus labios se leían las dedicatorias más mezquinas: «Voy a reventar tu carro y pisaré tu cuerpo ya destrozado en la arena». Estas bondades eran respondidas con otras semejantes, ninguno quería quedarse atrás, y Capito sintió pánico al verlos actuar así. ¡Por Jupiter, la carrera iba más allá de lo tolerable! Apostaban sus vidas. Y entonces se dio cuenta de la locura en la que se había embarcado. Él era un hombre de leyes y no un salvaje bárbaro como aquellas bestias, que no dudarían en invocar a los lémures del contrario si con ello se aseguraban el triunfo. Los corredores maniobraban para situarse en las carceres donde estaba la línea de salida o para marcharse fuera del circo en espera de su turno. La agresividad acompañaba cada maniobra. Capito miraba el movimiento de sus contrincantes como si surgiese de una realidad ajena, estaba paralizado. Marciano le habló, luego le gritó, debía dejar paso a los corredores que marchaban hacia las cocheras, pero el abogado estaba en otro mundo. Hasta que un empujón lo tiró al suelo y lo devolvió a la realidad. El público aulló. ¡Menudo espectáculo! Aquellos corredores eran peor que fieras hambrientas. Marciano tiró de su amigo sacándolo del círculo donde había quedado expuesto a los golpes de aquellos bichos. El muchacho intentó buscar a Marcia, como el náufrago un asidero.

—¡Diophanes! ¡Eh, aquí, aquí, Diophanes! —gritó Marcia.

—Jovenzuela, si el médico quiere acercarse al palco, puede hacerlo, pero tú no debes gritar. Eres el segundo escenario que más se mira. ¿Me entiendes, mozuela?

—Perdón, Polonia, perdón, madre, me he dejado llevar por los nervios —susurró la joven avergonzada.

—Querida, tu prometido se ha quedado parado ahí en medio hasta que le han golpeado. ¿No sabe cómo funciona esto? —le preguntó Polonia con cierta sorna.

Arria Pale miraba la arena, encogida. Estaba sentada en el borde, con las manos unidas en actitud suplicante sin dejar de moverlas arriba y abajo, sus labios susurraban una plegaria. Por fortuna, aquella situación duró poco. Marcia ya atendía a Diophanes, que subía con Euterpe hacia el palco.

—Señoras, ¡Venus se sentiría desnuda, despojada de sus atributos, si visitara hoy nuestra Emerita! ¡Están radiantes como el sol que ha decidido acompañarnos con generosidad! —saludó el médico.

—Diophanes querido, deberías cambiar la medicina por la oratoria, dedicarte a los versos. Si algunos generales nuestros usaran las espadas como tú el lenguaje, no perderían batallas —correspondió la romana el elogio del liberto.

—La oratoria solo da para chupar huesos, no insinúes tal cambio, Polonia, con eso no se come. Además, la colonia necesita los servicios de este gran médico —



Arria Pale se alegraba de ver a Diophanes.

—¡Euterpe, guapísima criatura! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde te escondes? Deberíamos organizar más juegos solo para sacarte de casa y conversar contigo. ¡Pero qué muchacha más tímida! Anda, dame un beso —dijo cariñosa la esposa del procurador.

Polonia le había tomado cariño a pesar de lo poco que la veía. Apenas se instaló en la colonia, desapareció del bullicio de la calle.

—He tenido que convencerla con argumentos profundos para traerla al circo —el grupo reía con las ocurrencias del médico.

—Pero ¿dónde está nuestro Adonis? ¿Has cambiado de pareja, niña? ¡Vaya hombre guapo que tienes! Lo digo sin ofenderte Diophanes, pero es que su esposo hasta en Roma era conocido por su belleza.

Un color bermellón asomó decorando las mejillas de Euterpe.

—Lo espero en una semana más o menos —contestó la chica.

—¿Dónde está?

—Volviendo de Gades o de Roma, no sé bien.

—Ten cuidado con las bailarinas de Gades, dicen que embaucan a los hombres. No sería el primero que se vuelve loco por esas mujeres.

—Halys sabe la joya que tiene en casa —señaló Diophanes con galantería—. Nuestra amiga puede dormir tranquila. Además, él también debería temer el atractivo de los hombres de esta tierra, ¿o no? —El médico hacía gala de su sentido del humor—. ¡Por Marte el guerrero! ¿Ninguna mujer sale en mi favor? ¡Definitivamente, estoy perdido! Moriré soltero —y volvió a reírse de sus propias palabras.

—Amigo Diophanes, si mi esposo me deja por alguna bailarina, tienes mi permiso para pedirme matrimonio —agregó Euterpe.

Todos reían excepto Marcia, que no cruzó palabra en toda la conversación.

—Marcia, hija, ¿te pasa algo? —preguntó Polonia—. Tienes mala cara.

—Está nerviosa por Capito —respondió la madre por ella.

—Marcia, no temas nada, mucha gente ha hecho sus ofrendas a favor de Capito. Me bajaré a la arena cuando corra por si sucediera algo —dijo el médico para tranquilizarla, pero no recibió ninguna respuesta—. Bueno, gentiles señoras, nos marchamos a nuestros asientos que ya salen los púgiles a luchar.

—No me gustan nada estos combates, la sangre me mareo, yo prefiero el teatro, pero, en fin, conviene salir de casa, dice el médico —añadió Euterpe consiguiendo una sonrisa en las mujeres, luego las besó antes de marcharse.

—Sepan ustedes, bellas damas, que el boxeo está recomendado por mis colegas contra el dolor de cabeza y los vértigos —Diophanes informaba de los beneficios de la práctica de este ejercicio—. Además, fortifica los músculos y endurece el cuerpo. Te vuelves más rápido en la acción y en la defensa.

—Bueno, querido, pero eso estará bien para nuestros soldados, por lo demás, no me negarás que los golpes deben ser bien malos para la salud, ¿no?

El médico se encogió de hombros y haciendo una reverencia abandonó la tribuna de las autoridades para acomodarse con Euterpe antes de que empezara el combate de boxeo. El procurador y el duunviro subían escoltados por Hermes, que organizaba a los soldados bajo su tutela. Todos le guardaban un severo respeto a pesar de su falta de graduación y el viejo romano jamás se había sentido más a salvo.

El circo estaba a rebosar. La expectación había llegado al límite con el inicio del boxeo, muchos espectadores seguían los golpes entre los adversarios de pie, molestando con pisotones y codazos a los más tranquilos.

Cuando el combate subió de intensidad, Arria Pale reprendió con seriedad a Marcia.

—No se me va de la cabeza que has sentido celos de Euterpe a causa de Diophanes.

—Madre, no sabes lo que dices.

—Sí que lo sé, te conozco bien. Estás prometida, recuérdalo.

Marcia se quedó sin respiración. Las palabras de su madre eran una reprimenda clara, pronunciadas sin ternura ni calor, lejos de su habitual comprensión.

—Ni se te ocurra llorar. Debes ofrecer apoyo a tu prometido, correrá pronto.

La lucha de púgiles terminaba cuando uno de ellos no se levantaba del suelo. Y aunque existían normas en el boxeo, el árbitro sufría ceguera si las circunstancias lo aconsejaban, bien por darle emoción a la pelea, por mediar algún soborno o incluso si el público tenía algún favorito y convenía no desagraviar a aquella masa de gente. Se celebraban dos combates al mismo tiempo, uno a cada lado de la spina. Los dos concluyeron. Los púgiles se habían empleado a fondo y luchado hasta el final, por lo que se necesitaron camillas para trasladar a los vencidos. Con buen juicio, Furnio había solicitado a Metellinum y Norba Caesarina los servicios de sus médicos. El espectáculo de Emerita pretendía ser tan inocente como el de Roma, y aún así en la capital se necesitaron abundantes sanitarios.

El campeón del combate de la izquierda alzaba los puños y golpeaba su pecho buscando el favor de los espectadores, sus gritos de furia no se habían relajado tras la victoria, parecía aún hambriento de violencia. Pronto el graderío comprendió la calaña del vencedor y no les quedó otra que celebrar con él su triunfo, pues temieron que en caso contrario volviera su cólera, que hubiera atemorizado a los propios dioses, contra ellos. Nadie se atrevía a contrariarlo. Los rugidos y alaridos que escapaban de su pecho parecían traspasar la barrera de protección. Con este comportamiento provocó enseguida el odio de las gradas, que no tenían otra opción que tolerar sus malos modales, reír sus gracias y conceder los caprichos que se le antojaban con más reverencia que si se tratara de Nerón. En esta actitud, casi desnudo, sudoroso y rociado por la sangre del vencido, el macedonio, como le gritaban los espectadores, recorría la arena agitando brazos y puños con la mirada extraviada. Era un hombre algo más fuerte y alto que el oponente al que debía enfrentarse, que continuaba con las rodillas hincadas contra el suelo y sangrando por

la nariz. Tenía la cabeza afeitada en contraste con el resto de su cuerpo, peludo como el de un mono, y sus movimientos recordaban al de un león enjaulado. Nadie apostaba por el vencedor del otro combate, que permanecía de cuclillas, sin aliento. A medida que se iba aproximando a su adversario, el macedonio emitía sonidos atronadores, invitando a la muerte a salir de cacería, y movía la mandíbula, descolgada de la cara, sin tregua. Tan envalentonado estaba el peludo que en ocasiones parecía que fuera a pelear contra los espectadores, a los que dirigía sus garras de animal salvaje. El infernal ruido de sus labios reseco y babosos cesaba cuando el público se humillaba. Los del lado opuesto reían al ver la cara desencajada de aquellos mirones cobardicas, como les gritaban desde la distancia, entonces el macedonio hacía el amago de correr hacia el otro lado y un silencio sepulcral cubría la zona; el propio verdugo vengaba a sus oprimidos. Nadie apostaba por la vida del otro contrincante. La máquina rabiosa acabaría la pelea en pocos minutos, era la creencia generalizada. A medida que se iba aproximando al germano, el circo emitía un chillido de dolor, adelantándose al golpe certero del gigante macedonio, pero entonces y contra todo pronóstico, el rubio del Rin, que había calculado con precisión la distancia, levantó la vista y se arrastró de un salto por la arena, hasta quedar bajo la hombría del peludo macedonio, acto seguido, con un rápido movimiento de su brazo, ejecutó de forma inesperada un golpe bestial contra las partes bajas del odiado y temido adversario. Luego todo fue rápido. Aprovechó el momento para repartir una sarta de golpes que impidieron levantarse de la arena al fortachón. El golpe en los testículos estaba prohibido en el arte del boxeo, pero el árbitro no dijo nada, dejó hacer, guiado por el favor del público que estaba con el germano, feliz por la inesperada victoria. El destino había dado su merecido al perro macedonio y había resarcido a las gradas de la sumisión tiránica sufrida. El público se emocionó con el rubio y le apodaron Alejandro, gritando apasionados el sobrenombre que repuntaba tras las piedras del circo.

—Hacía tiempo que no te veía vibrar. Te ha gustado el combate —señaló Polonia a su esposo.

—¡Ha sido fabuloso! —Servilio Modesto volvía la cabeza mirando a Furnio—. Los germanos son temibles, no te fíes de ellos nunca, hasta esperando la barca de Caronte te clavarán la espada.

Furnio asentía. Debía reconocer que él también había disfrutado con el trágico final del macedonio. El juicio del árbitro había sido muy acertado, aunque la inesperada treta que hizo ganar al germano no estuviera permitida.

—Te vi con Euterpe —confirmó Furnio—. ¿Sabes cuándo vuelve su esposo?

—Dice que lo espera en una semana —contestó Arria Pale.

La banda de música daba una vuelta alrededor de la spina, en unos minutos se retiraría la cuerda de las cuerdas. Cornelio Severo aprovechó y subió a saludar al procurador.

—Capito no corre en esta primera salida —afirmó el flamen preocupado—. Los

dioses han querido concederle una oportunidad. Ahora salen los tres corredores profesionales.

—Furnio dice que tu hijo es testarudo como una vieja matrona, y eso es bueno para triunfar —dijo Servilio Modesto.

—¡Vesta ha de castigar tus necias palabras, querido! Pero ¿qué tienes tú en contra de las matronas mayores? No deberías hablar así de ellas y menos de la vejez —Polonia teatralizaba su defensa del género femenino.

—Procurador, estoy deseando que acabe la carrera, tengo miedo por mi hijo. Cuando estás involucrado, se ve todo con ojos muy distintos. Mucho ha entrenado, y es valiente y fuerte, pero él no se dedica a esto.

—Entiendo.

—Procurador —aproveché Furnio la ocasión—. ¿Cómo va lo de las canteras?

—Furnio, no es momento para hablar de eso.

—Perdonad mi atrevimiento.

—Venid mañana a verme los dos y avisad también a Sulpicio Superster, os informaré de algunos pormenores. Vuestro amigo el de Olissippo es el último que falta por llegar a Emerita y lo hará esta noche. No tengo pruebas que comprometan al que manejaba los hilos, pero sé quién es y os aseguro por mi honor que lo pillaré, aunque desolle a sus compinches para que hablen.

—Si no lo sabía Alfio Lucano, mucho me temo que los demás...

—Furnio, no vuelvas a pronunciar el nombre de un muerto, debe descansar en paz. ¿Me entiendes? —reprendió de nuevo el procurador.

El duunviro bajó la cabeza, avergonzado. Parecía no atinar con las palabras. Servilio Modesto tenía razón. Si no olvidaba ciertos nombres, acabaría por meter la pata.

Por fin retiraron la cuerda que cerraba las carceres. El público se levantó apenas los equinos asomaron a la arena. Debían dar siete vueltas. Lo más peligroso llegaba con el giro de la spina, pues era fácil volcar. Los aurigas blandían el látigo sobre el lomo de los caballos desde el primer momento. La vestimenta de todos era similar, un casco, túnica corta y espesas vendas en las piernas por si se producían caídas. El pecho lo llevaban recubierto de tiras de cuero a modo de escudo flexible y, por supuesto, ninguno olvidó atar un cuchillo a su cintura, en caso de accidente podía salvarles la vida. Se conocían historias de aurigas arrastrados por los caballos que perecieron por olvidar esta sencilla herramienta para cortar las riendas. Los carros de competición eran endebles y de poco peso, pese a llevar una armadura bien ornamentada que reflejaba otra apariencia. En ocasiones llegaban a partirse si el encontronazo era considerable, bien contra la barrera de las gradas u otros vehículos. Rufino, el gran corredor de La Lusitania, había cosechado un buen número de victorias, casi llegaban a la treintena, y eso que no había dado el gran salto a Roma, donde era más frecuente la celebración de estos espectáculos. Vivía de ello, que en provincias no era fácil, y sus ingresos ya daban para lujos. El corredor no sentía culpa

alguna por utilizar el látigo si la ocasión lo requería, incluso se había aficionado a ayudarse de pequeñas estratagemas, como él las denominaba en pleno dominio del eufemismo, si se aseguraba con eso la victoria. Las malas artes, unidas al buen dominio de las riendas, le daban claro vencedor en las apuestas. Por Capito solo había apostado la clase alta de la colonia, dando ejemplo de solidaridad de clan. Los otros que tenían alguna posibilidad de hacerse con el triunfo eran los béticos, también corredores profesionales. Estos ya habían competido más veces contra Rufino y sabían cómo se las gastaba en la arena, así que habían venido preparados con ciertos recursos por si fueran necesarios. Las primeras cinco vueltas habían transcurrido con normalidad entre los gritos y vítores del público. Desde el comienzo había quedado clara la superioridad de los corredores profesionales, que nunca habían abandonado las primeras posiciones, turnándose entre ellos. A falta de dos vueltas para acabar la carrera, uno de los béticos decidió arriesgar algo más y se colocó el primero colándose por la zona de la barrera, el otro bético, sabedor de que solo ganarían los dos primeros, también decidió probar suerte, y entonces los espectadores supieron lo que era disputar una victoria entre auténticos titanes. Cuando Rufino se vio adelantado, azuzó a los equinos para intentar la remontada en la curva, que por ser una maniobra peligrosa contaba con pocos adeptos. Había que ser un maestro en la conducción de las riendas y llevar unos caballos bien entrenados para tal pirueta. Rufino retenía la cabalgada de los caballos internos, soltando las riendas de los del otro extremo y balanceando su cuerpo en dirección contraria para equilibrar el peso. Su conducción era arriesgada, el carro parecía que fuera a deshacerse, los músculos del corredor se dibujaban en el ropaje. El intento de pasar a los béticos en la curva no funcionó, pero su empuje ocasionó un retraso en el ritmo de estos y una brecha entre ambos cuyo espacio resultaba suficiente para pelear la primera posición en la línea recta que iniciaban. El hombre profería palabras ininteligibles y movía los brazos y el látigo a un ritmo frenético; al menos debía quedar el segundo para participar en la carrera de la tarde. Poco a poco consiguió ganar terreno y meterse entre sus dos contrincantes, y cuando estuvo a suficiente altura del más atrasado, ladeó los caballos hacia él y atizó con el látigo en la espalda del conductor. El golpe lanzó su cuerpo hacia delante y le hizo perder el control de las riendas. A esa velocidad y sin dirección alguna, los corceles frenaron su marcha contra la barrera y destrozaron el carro, y el bético cayó y quedó tirado en medio de la pista. Una sonrisa perforó la cara de Rufino; uno menos, pensó, y sin tregua se lanzó a castigar al que todavía iba por delante. Los otros cuatro corredores venían a cierta distancia de los primeros, de modo que intentaron maniobrar para no pisar el cuerpo de su compañero y los trozos del carro que habían quedado esparcidos aquí y allá, y en ese intento los dos últimos también perdieron el control. Uno de ellos, tras el choque inicial, consiguió recomponer el trote de los caballos con bastante dificultad y terminar la carrera. Peor fortuna tuvo el otro auriga, que terminó con los huesos en el suelo de la pista, dando aullidos a causa de una fractura de la clavícula y con los caballos relinchando

enloquecidos. El final estaba cerca, casi nadie en las gradas respiraba ni permanecía sentado, la emoción los tenía al borde del colapso. La última caída había dispersado la atención del público. Algunos gritaban al corredor tirado en la arena, temían que nadie retirara su cuerpo y fuera pisado por el carro de cualquiera de los dos que iban en cabeza. Para Rufino y el otro bético la carrera continuaba sin tregua. Había llegado el momento más emocionante. Tras la curva de la última vuelta, se situaron en la recta final, emparejados. El bético no dejaba de hostigar con el látigo a Rufino, que hacía lo mismo a su vez. La velocidad había disminuido, al ser imposible azuzar a los caballos y a la vez moler a latigazos al adversario; de todos modos, la enorme ventaja que llevaban hacía ganador a cualquiera de ellos. Rufino consiguió ponerse una cabeza por delante del bético, que no dejaba de luchar furiosamente. Después, este ganó un poco de terreno sobresaliendo apenas tres palmos. El de Emerita era jaleado por el público de la colonia, y cambió de táctica y apostó por azuzar solo a los caballos con el látigo para obtener un rendimiento óptimo, de modo que esquivaba como podía la punta del látigo rival. ¡Qué emocionante final! Nadie estaba indiferente, hasta las autoridades permanecían de pie en la tribuna sobrecogidos por la energía de los treinta mil espectadores que ocupaban el recinto. Se acercaban a la meta, los dos árbitros mantenían la máxima atención. El triunfo parecía no definirse del todo, aunque quizás Rufino empezaba a destacar definitivamente sacando dos cabezas al bético, que peleaba sin descanso, y fue entonces, en ese momento, cuando este recibió un puñado de arena en los ojos que le hizo dar, instintivamente, un tirón a las riendas, suficiente para que lograra la victoria por el cuerpo de un caballo su avispado y tramposo adversario. Los apostantes por Rufino celebraban su alegría a pleno pulmón. Algunos no dejaban de temer algún percance en las gradas y predecían todo tipo de peligros debido al entusiasmo desbordante de la mayoría. Rufino se había montado en uno de sus corceles y celebraba el triunfo recorriendo el circo con piruetas acrobáticas sobre el caballo. A casi nadie le importaban las trampas que le habían llevado a la victoria, y tampoco recordaban ya el cuerpo del bético medio muerto, atendido con urgencia por Publio Sertorio Niger.

Los corredores de la segunda carrera llegaron nerviosos a las carceres. Los hechos acaecidos los habían dejado impávidos. Marciano discutía con Capito, trataba de convencerlo de que llevara en el carro algunas armas defensivas, de que se jugaba la vida con unos competidores como aquellos, sin honor y sin escrúpulos. El joven abogado no entraba en razón y se opuso a tal propuesta con absoluto convencimiento; no ocasionaría daños gratuitos a nadie ni permitiría que su pueblo lo viera como a un animal sin entrañas. Marciano se deshacía en argumentos, él no era más fuerte ni más diestro que los otros para permitirse semejantes gallardías, finalmente fue a buscar a su padre, a ver si este le hacía comprender las consecuencias de salir a la arena en condiciones inferiores, en vista del espíritu que gobernaba la competición.

—¡Cornelio Severo, vengo a buscarte! —exclamó entre hondos jadeos.

Todo el grupo se puso en pie al ver a Marciano con cara de espanto.

—¡Jupiter nos proteja! Tranquilos, nada sucede a Capito, está bien —dijo, intuyendo la impaciencia colectiva.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó el padre con exigencia.

—¿Habéis visto la carrera?

—Pues claro.

—Capito no quiere llevar ni un insignificante látigo en el carro, y es una locura. ¿Y si los demás corredores le atacan? ¿Cómo se defenderá? A ti te hará caso, debes obligarle, Cornelio Severo.

—Está bien, vamos a la cuadra.

Cornelio Severo y Marciano se toparon con una fila bulliciosa de apostantes de última hora al final de un pasillo interior del circo. Cornelio Severo tiró de un pliegue de la toga de Marciano y con el pulgar indicó un cambio de dirección.

—Yo también evito su presencia —dijo Marciano con cara de asco—. Temo no aguantarme y liarla. Si Sulpicio Superster está convencido de que algo tiene que ver con la muerte de mi padre, será así. Mi hermano quiere que le hagamos una visita antes de marcharnos, pero temo mi reacción ante cualquier impertinencia. ¿Me entiendes?

Hablaban de Terencio, que, acompañado de Cassio, apostaba para la carrera de la tarde.

—Es un mal bicho, debéis alejaros de él todo lo que podáis, solo puede traeros problemas. ¿Cuándo os marcháis a Roma?

—En pocos días, antes de que se nos eche el frío encima.

Marciano no dejaba de mirar hacia atrás.

—¿Te pasa algo?

—¿Quién acompaña al despreciable? Yo le conozco de Roma.

—Cassio, el antiguo procurador de La Lusitania. ¡No sé cómo puede pasearse con semejante escoria! ¡Un romano de su posición!

Marciano había preparado una red más pequeña que la portada por los reciaros para inutilizar al rival si la cosa se ponía fea. Entre los radios de las ruedas del carro había colocado una pequeña malla por si decidían atentar contra el coche. En Roma era frecuente destruir el carro bloqueando sus ruedas. Además, había comprado a Calpurnia unas hojas que producían un picor insoportable en pocos segundos y las había enroscado a unos palos pequeños para que adquirieran peso y pudieran volar hacia el destinatario y, por supuesto, había enganchado en un lateral del carro un buen palo. Ante el temor del padre, el abogado fue incapaz de rechazar las defensas de Marciano, accedió y luego se despidió de ambos infundiéndoles tranquilidad, sobreponiéndose a su propia tensión. Necesitaba concentración y pidió que lo dejaran solo antes de empezar la carrera.

Marcia llevaba un rato de pie. Los nervios la tenían en una zozobra permanente. Diophanes miraba hacia el palco alzando el pulgar en señal de triunfo y buena suerte. La muchacha correspondía al gesto moviendo la cabeza en agradecimiento. Por fin se

bajó el pañuelo blanco y comenzó la segunda carrera. La salida fue más lenta que la anterior. Durante la primera recta, todos corrieron a la par, ninguno era profesional. La proximidad de la curva desaceleró el ritmo de algunos corredores. El abogado aprovechó la frenada de estos para sacar algo de ventaja apretando las riendas, y a punto estuvo de costarle bien cara la imprudencia, porque casi volcó el carro, su fuerza evitó el contratiempo. La maniobra de Capito había levantado a la mitad del circo de sus asientos, pronto empezaba la batalla entre los noveles. Los espectadores aplaudían excitados. Cuando el abogado volvió a tener las riendas bajo control, ya se habían definido algunas posiciones, que nada significaban de momento. Él iba tercero, a poca distancia de los dos primeros. Todo podía pasar.

—Furnio, su futuro yerno los tiene bien puestos. ¡Es valiente! Tiene el cuerpo de un general romano y la determinación de un Escipión —dijo Servilio Modesto sin dejar de mirar a la arena.

—Yo preferiría, procurador, algo más de prudencia. Me gustaría casar a mi hija.

—Es que algo debe arriesgar si quiere tener posibilidades. En Roma, un corredor de los verdes de nombre Fusco, muerto ya, posee el record de ganar la primera vez que corrió, hace más de veinte años. Hay que tener esperanza, amigo, su yerno también puede conseguirlo.

Al duunviro poco le importaban las marcas, tenía el corazón en un puño. Seguía con la mirada a Capito. Arria Pale agarraba a Marcia, que tenía las lágrimas retenidas y rechinaba los dientes sin parar.

—Yo no estoy a favor de que Capito participe en el circo. Primero, por los peligros que entraña, y segundo, porque esto es para otra clase de gente, ya me entiende, pero se empeñó y no hubo manera de convencerlo.

—Ya no es como antes, duunviro, las cosas cambian, no siempre para bien, desde luego —el procurador rio con cierta amargura—. Pero también es natural.

—¿A qué se refiere, procurador?

—Me refiero a que si los emperadores son los primeros que miran hacia un lado con buenos ojos, eso al final se contagia. Podría contarle bastantes ejemplos de lo que digo. Me acuerdo de Calígula, que tenía un favorito, Eutico se llamaba, de la facción verde, que recibió un regalo del emperador de dos millones de sestercios durante un festín, delante de todos. ¡Imagínese! Después de aquello, más de uno deseaba cambiar de empleo. Lógico, ¿no?

La carrera estaba siendo limpia, bastante más lenta que la primera. Las nubes de polvo eran menos espesas, las narices disfrutaban de un sano descanso. Capito marchaba en segunda posición. Marciano temía que agotara a los caballos antes de la última vuelta y no le quedaran fuerzas para disputar el tramo final. El corredor de cabeza era lusitano, de Iulipa. Los nombres de Capito y Silverio eran coreados por una marea espontánea. Marcia miró a su madre, pues no sabía si ella también podía gritar el nombre de su prometido. Arria Pale lo consultó con Polonia y esta decidió que debía mantener cierta elegancia, era inadecuado desgañitarse como la plebe, ya



era suficiente con el soniquete que tarareaba desde hacía rato, estas fueron sus frías palabras. Arria Pale y Marcia no se atrevieron a protestar, aunque les pareció exagerado que primara la compostura.

Faltaban dos vueltas para el final de la carrera.

—Gordito, César mío, en total, ¿qué distancia recorren? —preguntó Polonia a media voz.

—En Roma son veintiocho mil pies al final de la vuelta séptima. Este circo es más pequeño, no lo sé exactamente —respondió el procurador avergonzado. No le gustaba mostrar intimidad en público, pero se había resignado a esos mimos tan inapropiados.

Esta segunda carrera parecía gobernada por la prudencia y los tres competidores que más arriesgaban marchaban en cabeza. A Silverio y Capito se había agregado un corredor de Norba Caesarina, y juntos figuraban en las primeras posiciones luchando sin denuedo. El resto parecía haberse retirado de la carrera, en Roma les hubieran acusado de haber salido a dar un paseo. La buena forma física del abogado le estaba siendo de gran ayuda, ahora marchaba el primero, seguido muy de cerca por los otros dos. Al terminar la sexta vuelta, Silverio se lanzó a la conquista del primer puesto restallando el látigo sobre la espalda de Capito, que se encogió tras el inesperado zurriagazo. El de Iulipa lo adelantó y comenzó a correr en zigzag obstaculizando la marcha del rival, a pesar de lo cual, la anchura de la arena permitió al tercer corredor colarse por el extremo más descubierto, y liderar la disputa. La estrategia había sido astuta, aunque originó un resultado contrario al deseado. Silverio gritó de rabia al observar cómo le había pasado sin el menor contratiempo, entonces se olvidó de Capito y comenzó otra persecución. Los espectadores emitían todo tipo de sonidos acompañando el trasiego de la arena. El nombre de los tres corredores sonaba a destiempo en las gradas, el público vibraba, el final prometía. Capito se encontró más libre sin el látigo de Silverio silvando sobre sus hombros ni su carro bailando ante sus equinos. Debía aprovechar que nadie tenía la vista puesta en él, se aproximaba la meta. Había de concretar una táctica definitiva. El de Iulipa lanzó sus caballos en persecución del corredor de Norba Caesarina. Capito vio un hueco en el lateral opuesto. Los dos primeros se enzarzaron en una pelea a latigazos que el público celebraba imitando el silbido del cuero sobre la piel. Silverio logró atrapar el látigo del rival y de un golpe seco lo arrancó de sus manos. Luego, aprovechando la debilidad del contrincante, introdujo un palo entre las ruedas de su carro y lo inutilizó de un plumazo, pero las consecuencias fueron imprevistas. El corredor se encontró en cuestión de segundos sin plataforma que lo sustentara y arrastrado por los caballos, que lo zarandeaban sin piedad dejando un reguero de sangre. Por fortuna, el de Norba Caesarina cortó las riendas. Las heridas tenían muy mala pinta, la sangre era abundante y el público auguraba un trágico final. A Silverio sus actos también le pasaron factura. Parte del carro que salió despedido cayó sobre el lomo de sus animales y otra parte impactó contra su cuerpo arrojándolo del suyo. El público gozó

ante su mala fortuna, y los familiares y amigos de Capito celebraron por anticipado una victoria en solitario del abogado, al que la suerte sonrió definitivamente. Cornelio Severo se abrazó a Sulpicio Superster. Más arriba, Marcia se fundió en un llanto sin consuelo, la tensión se había disipado y afloraron todas las emociones contenidas. Capito cruzó la meta relajado y los espectadores lo vitorearon. Enseguida se entregó al paseo del vencedor, mientras el circo dividía sus favores entre los dos emeritenses que disputarían la carrera de la tarde.

Cuando llegó al palco, saludó con respeto al procurador y gritó con furia el nombre de Roma, dando vivas. El ímpetu de aquel grito conmovió a todo el circo, que correspondió la dedicatoria con un eco atronador de sentir colectivo, mostrando con ardor su deseo de pertenecer al Imperio. Tal fue la catarsis del espectáculo en la voluntad de los lusitanos, que reconocieron con sublime devoción ser herederos de la gran madre patria. El circo vibraba, la entrega emocionada del público desprendía una energía que se extendía a todos los corazones. Servilio Modesto y Polonia recompensaron los gestos de Capito, el primero moviendo la cabeza y los brazos sin restar protagonismo al victorioso abogado que debía tener su momento de gloria por la valentía mostrada y la primera dama, en cambio, saludando elegante, mirando la inmensidad del circo, como si toda aquella masa estuviera allí por ella, para aclamarla, sintiéndose como la esposa del César, importante, poderosa y con súbditos ante los que lucir su resplandeciente imagen. Cuando el clamor bajó de intensidad, el joven tuvo un gesto amoroso para Marcia y luego entregó la fusta a su padre. Fueron momentos muy emotivos, con el recuerdo presente de Matidia.

Poco a poco la euforia del espectáculo fue bajando de nivel, hasta que el público comenzó a entonar cánticos para entretenerse durante el tiempo de espera. Entre tanto se rastrillaba y se regaba la arena, cubriendo con paja la sangre de los competidores. Diophanes había acudido al improvisado consultorio médico a visitar a los heridos, algunos en estado grave. Furnio le había pedido que lo mantuviera informado de cualquier cambio. El duunviro se encontraba raro y tenso, había sufrido mucho durante la carrera de Capito, a lo que había que añadir la cantidad de percances que se produjeron en la arena y las terribles heridas de los accidentados. Estos incidentes le impedían disfrutar. Por otra parte, se hallaba decepcionado por la masa circense, no podía comprender por qué a la mayoría de sus semejantes le divertía tanto el sufrimiento ajeno; se sentía como un bicho raro en medio de aquella multitud hambrienta de dolor y sangre.

—¡Cornelio Severo, te felicito, tienes un valiente en casa! —exclamó Servilio Modesto mientras el flamen terminaba de subir hasta el palco.

—Gracias, procurador. Si su madre pudiera verlo, sería la persona más feliz del imperio. Todavía falta la carrera más difícil, no dejo de pensar en ella.

—Te entiendo. Debes decirle a tu hijo que se rocíe con excrementos de jabalí —le aconsejó el procurador—. En Roma todos los corredores lo hacen, disuelven el excremento en alguna bebida y se embadurnan con él todo el cuerpo.

—¿Ah sí? —preguntó con extrañeza el de Emerita.

—Claro, lo emplean como medicamento para curar las heridas, es un remedio eficaz, muy bueno, eso dicen.

Cornelio Severo y Furnio se abrazaron. Sus ojos se encontraron a medio camino entre la alegría del triunfo y el futuro incierto y oscuro que se avecinaba. Más abajo, Pompeyo y Marciano celebraban también la victoria de Capito, cantando apoyados uno sobre el hombro del otro, hasta que el más pequeño se giró y llamó la atención de su hermano.

—Pompeyo, ¿tú sabes quién es el acompañante de Terencio? —le dijo pensativo.

Pompeyo no hizo caso a Marciano. ¡Solo deseaba diversión! ¿A qué venía esa pregunta? El tono de su hermano le pareció tosco. ¡El circo no era lugar para preocupaciones serias! Sin embargo, ante la insistencia del otro, atendió sus requerimientos a cobijo del bullicio que los hacía casi invisibles.

—Ya lo he visto. Bien, ¿y qué?

—Es el antiguo procurador de La Lusitania. Yo le conozco de Roma, pero no consigo acordarme de qué me suena tanto su cara.

—Yo también le conozco, pero no sé, déjame que piense... ¿Cómo se llama?

—Cassio.

—Cassio, Cassio, Cassio... —Pompeyo hacía por acordarse—. Ahora no consigo asociarlo a nada.

—¡Sulpicio Superster! —llamó su atención Marciano—. Mi hermano y yo conocemos de algo al acompañante de Terencio.

—¡No sé cómo Cassio se pasea con él! Parecen grandes amigos, no se separan. Míralos. Ni que fuesen los amos del imperio.

—Quizás se conociesen de antes —soltó el mayor, misterioso.

—¡Explícanos eso! No te seguimos —pidieron los otros.

—Antes debo asegurarme de una cosa —concluyó Pompeyo.

Al escuchar aquellas palabras, el provincial sintió un pinchazo en el pecho.

—Escucha, hijo, parece que estoy oyendo a tu padre. No quiero que hagas nada por tu cuenta, ni te metas en líos. No te acerques a esos dos hombres —el de Metellinum temía otra desgracia en la familia de Pompeyo Prisco.

—No te preocupes, con ellos nada se me ha perdido. Iré a saludar al procurador provincial acompañado de mi madre, a ver si ella pregunta a su esposa una cuestión sencilla. Las mujeres tienen más memoria que nosotros, y si se trata de cotilleos de los que levantan ampollas, no se olvidan de ningún detalle. ¡Apuesto mi cabeza!

Los alrededores del circo recobraron nuevamente el bullicio durante el mediodía. Los vendedores de cojines de juncos aprovechaban para ganar buenos sestercios. Hacía rato que a los espectadores de las gradas se les había entumecido el trasero y salían a comprarlos. Algunos echaban un trago o se daban una vuelta para ver qué se movía. Unas pocas rameritas pululaban buscando clientes, que no faltaban. Los adivinos y astrólogos también se valían del festejo para asaltar a los más

sugestionables. Había un ajetreo constante y el movimiento del sol señalaba el paso del tiempo.

—¿Qué te ha parecido el espectáculo, amiga? —Polonia saludó a Sabina, que acudió a la tribuna presidencial con la misión encomendada por su hijo.

—Mi edad no es buena aliada del circo. No llevo bien los pisotones ni tanto bullicio, hay demasiada gente, no paran de moverse, se ponen como locos. He venido por mis nueras. Pero a nuestra gran romana le maravillan estos espectáculos, ¿o me equivoco?

—Si Augusta Emerita tuviera más eventos de primer rango como este, puedo asegurarte que no tendría tantas ganas de marcharme. No me negarás lo emocionante que son las carreras. ¡Parecía encontrarme en la misma Roma!

Era evidente que Polonia había disfrutado como nadie.

—El circo está a reventar, yo creo que no cabe ni una túnica más —comenzó Sabina a desviar la conversación hacia el terreno que le interesaba.

—Sí. Me ha dicho Servilio Modesto que Furnio aprovechó la procesión de los césares para dar publicidad de las carreras con tiempo suficiente, y parece que fue una buena idea, porque este circo es grande y está lleno.

—Ha venido todo el mundo. Fíjate, querida, que saliendo con uno de mis hijos me he encontrado con Cassio. Hasta él, romano desde el cognomen, se habrá quedado todavía en Emerita para ver el espectáculo. ¿Tú le conoces?

—Claro, es un ilustre romano. No tengo mucha confianza con él, pero sí le conozco, incluso he asistido a banquetes en Roma de amigos comunes, hace tiempo, eso sí.

—Mi hijo dice que antes de venir aquí fue pretor en la capital y que luego ejerció otros cargos, y también que fue el juez que absolvió a Terencio cuando le acusaron de matar a su amo. Por lo visto, un asunto que levantó mucha polémica en Roma. ¿Te acuerdas de aquello?

—¿Quién es Terencio? Me suena el nombre —preguntó Polonia.

Unos breves apuntes de Sabina fueron suficientes para refrescar la memoria de Polonia, que enseguida recordó el banquete de bienvenida de Otón.

—¡Claro...! ¡Ahora me acuerdo de Terencio! Llevo tiempo diciéndole a Servilio Modesto que conocía de algo a ese hombre. Y va a ser por aquel juicio. Esa muerte levantó ampollas en mucha gente importante, y fue tema común durante un tiempo... ya hace bastante de aquello. La carrera de Cassio se arruinó un poco a raíz de ese famoso juicio del que me hablas. Me acuerdo muy bien de todo, y de ese hombre también, ¡Terencio el esclavo! Deberíamos hacer más sacrificios a Mercurio o dejará de velar definitivamente por nuestros negocios. ¡El antiguo esclavo es ahora empresario! ¡Este esposo mío...! Seguro que recuerda perfectamente la identidad del liberto empresario y apuesto mis pelucas que también los detalles de aquel famoso y turbio hecho. ¡Vesta, luz del hogar, lo que tenemos que aguantar! Mira que le he insistido con Terencio, diciéndole que me sonaba su cara... pues nada, Sabina, ni me

ha contestado.

—¡Ya sabes cómo son algunos, hija! Cuando les conviene, te tienen al margen de todo, pero cuando no... —Sabina ya tenía la información que había ido a buscar—. ¿Y qué ocurrió?

—A Terencio lo manumitió su señor al morir, a través del testamento. Pero otro esclavo le acusó de matar al amo y después falsificarlo. Parece ser que la versión de este otro siervo fue creída por un amigo del muerto, que le denunció formalmente. La familia también le apoyó. Cassio fue el juez de la causa y terminó absolviéndolo.

—¿Y por qué hubo tanta polémica?

—Porque, al parecer, nada estaba claro. En principio no era a Cassio a quien le correspondía juzgar ese hecho. Hubo problemas con el testamento, no me acuerdo si es que apareció otro o no se distinguía bien la letra... no sé, algo de eso hubo... pero, claro, el esclavo que lo acusó no fue manumitido en el testamento, y eso fue decisivo para que sus palabras no fueran creídas. Eso, y que Terencio no sabía escribir. Luego hablaban de que el señor fue envenenado, aunque finalmente se certificó su muerte por parada del corazón. Lo que sí me sorprende es encontrarme aquí a los dos después de tanto tiempo y además como amigos tan íntimos, ¿no?

—Y te sorprenderías más si supieras lo rico que es Terencio.

—¿Tan rico es? ¡Pero si hace veinte años era un esclavo! —Polonia no daba crédito.

—Ahora es un empresario importante. El mármol debe dar para mucho.

—Créeme cuando te digo que esta será la muerte de Roma. Si permitimos que los esclavos tengan dinero, antes o después querrán poder. ¡Vamos mal, querida! Nos quitarán nuestro sitio, vamos mal. Acuérdate de mí.

—Mis ojos no lo verán —respondió la matrona.

—Querida, no te pongas tan negativa, para eso ya tenemos a nuestra Calpurnia. Por cierto, ¿sigue enfadada?

Las mujeres hacían hueco a Arria Pale que se acercaba a la tribuna con el rostro iluminado por una sonrisa, venía de acompañar a Marcia, deseosa de ir al encuentro de Capito. Apenas se saludaron, Sabina se marchó a informar de los términos del encargo. No comprendió lo reveladora que resultaría su conversación con Polonia hasta días más tarde, cuando todo salió a la luz. Pompeyo recibió la información con seriedad. Se confirmaban sus sospechas. Quizás la realidad y su versión no fueran exactas, pero la historia que imaginaba cada vez se veía más apoyada por las evidencias que tenía ante sus ojos. Al momento, Pompeyo puso al corriente de sus averiguaciones a Sulpicio Superster, y este pensó hacer lo mismo con Furnio y Cornelio Severo; sin embargo, debió esperar, ellos dos se hallaban en otros menesteres. El provincial escupió de rabia. La historia encajaba. Él sabía que a Terencio le quedaban pocos días, conocía su implicación en el expolio del mármol, pero Cassio no podía quedar impune. Tenía el palpito de que el antiguo pretor estaba de por medio en la muerte de Pompeyo Prisco.

El sol era un magnífico reloj que nunca fallaba, y si algún día las nubes empañaban esta función, el estómago humano era su fiel aliado. La plebe acudía al circo con comida y bebida. Los más pudientes también llevaban buenos bocados custodiados por la servidumbre.

Los cuatro corredores finalistas ya se hallaban en las carceres repasando el estado de sus caballos y carros. Capito acariciaba las crines del que iba por la parte interior, el que marcaba el ritmo y tiraba de los otros, lo mimaba lo mejor que podía y pedía a Epona que velara por él. Solo su padre y su amigo Marciano lo acompañaban, el resto de las visitas se habían marchado hacía rato. Cornelio Severo hizo prometer a su hijo que disputaría la final sin poner en peligro su vida, le daba igual si quedaba el primero o el cuarto, para él era un ganador. Lo único importante era preservar la vida. También le hizo prometer que si le atacaban se defendería con todas las armas que pudiera. El muchacho miró al padre antes de dar su palabra, y este insistió al notar su reticencia, lo debía comprender, no podía ser tan obstinado y exponer su vida a la ligera; él no era un mártir como esos cristianos. Los principios del abogado cedieron ante la angustia del padre. Los temores de Cornelio Severo crecían al escuchar las letales palabras que se dirigían los dos favoritos. Si él pudiera intervenir, cerraría las fauces de un cabezazo a aquellos dos bocazas. El bético no había dejado de insultar y amenazar a Rufino constantemente durante el tiempo de espera. Parecía que solo ellos dos fueran a salir a la arena. Marciano insistía en la estrategia que había que seguir: debía dejarlos que se moliesen a palos, no interponerse entre ellos, dejar que se enfrentasen, quizás obtuviera beneficios imprevistos. Las apuestas parecían claras. La mayoría señalaba la tercera y la cuarta posición como si la suerte estuviera echada y los dos primeros puestos eran los que mantenían divididos a los apostantes. Por supuesto, el entorno del abogado, por razones emocionales ajenas a la lógica, apostaba por él a pesar de su improbable triunfo.

La estrategia para vencer sugerida por Marciano constituía la oportunidad más clara y real de hacerse con la palma de la victoria. Capito era consciente de ello y trataría de hacerle caso; no obstante, seguía pensando que tenía demasiados flancos confiados a la suerte y le fastidiaba tener tan poco control de la situación, pero también reconocía que los otros dos eran mejores que él. Marciano había dado órdenes precisas a los esclavos que custodiaban las pertenencias del abogado. No debían perder de vista a los caballos ni un minuto, no se fiaba de las tretas que pudieran aventurar los dos favoritos, cuya calaña espoleaba la imaginación con indignas tretas. El bético persistía en escupir maldades y azuzaba a Rufino bajo oscuros augurios, a lo que este correspondía con risas estridentes y fieros rugidos que traspasaban los muros de las carceres y hacía partícipe al resto de corredores de la guerra que ambos libraban. Capito temía más a Rufino, pese a la continua bravura del bético, cuyas insolencias obedecían más al deseo de vengar a su camarada, malherido por las garras de aquel lémur engendrado y cuya vida pujaba por buscar a Caronte con demasiada insistencia.

—Bético, ni la lengua ni los dientes han de quedarte en esa boca mal oliente cuando acabe contigo.

El abogado sintió un escalofrío al escuchar las terribles risas del emeritense, se encogió por segundos y al advertir el miedo en su cuerpo se irguió luchando contra él, dio un paso hacia adelante con carácter simbólico y con lentitud fue abriendo su pecho. Nada estaba perdido. Él no se encogía, no se echaba hacia atrás; pelearía como pudiera contra sus magníficos rivales. Luego gritó al aire con fuerza.

—¡Retírate, abogadocho! ¡Gritas como un imberbe! Cuando haya acabado con el bético iré a por ti y me reiré viendo cómo te meas encima —escupió Rufino entre risotadas provocadoras—. ¡Aquí no pintas nada! Esto es para hombres de verdad.

Marciano tapó la boca de su amigo impidiéndole contestar. No debía derrochar la fuerza. Capito cerró los ojos y guardó la ira dentro. Al cabo de un rato, intentó recuperar el sosiego y se acordó de su madre, del refugio que siempre le brindaban aquellos brazos grandes, fuertes, acogedores, y que en su mente reproducía como si le estuvieran acunando. Ese calor le dio fuerza. Al fin y al cabo, sus rivales no eran dioses, eran humanos como él, y por tanto se les podía vencer. También pensó en sus poemas, cuando todo acabase, escribiría uno muy largo sobre las carreras de carros y los aurigas. El muchacho había reforzado su protección con más tiras de cuero sobre su pecho y sobre los brazos. El latigazo del corredor de Iulipa le había dejado una marca en el bíceps izquierdo que sangraba al estirarlo y que le escocía. Antestio Persico llevaba un buen rato cuchicheando con Rufino. Capito percibía su continuo parloteo y se arrepentía de haber acudido a él para comprar sus caballos, sabedor de que tenía intereses contrarios a los suyos.

—Antestio Persico ante todo es un empresario. Si gana Rufino, él también gana, es normal que desee su triunfo, pero eso no significa que tus caballos sean inferiores o no estén bien entrenados —trató de tranquilizarle Marciano.

—Ya.

—No entiendo por qué estás enfadado con él. ¿Por ser diplomático?

—Déjalo, Marciano, él es quien menos me preocupa.

—Eres fuerte como una roca, y sin embargo a veces te afectan más que a nadie las cosas simples.

—Ya me conoces, mi debilidad es mi fortaleza.

Alguien de la organización avisó a los corredores de que sus acompañantes debían salir de las cuadras y ellos debían subir a los carros. Los jueces ya se habían levantado, pronto retirarían las cuerdas y se bajaría el pañuelo blanco. Cornelio Severo se había marchado hacía poco. Ahora tocaba el turno a Marciano, que abrazó con fuerza a Capito.

—Ya sabes, hermano. Esos dos animales salen a matarse, ¡déjalos que lo hagan! —dijo en voz baja.

—¡Que gane el mejor! —exclamó Antestio Persico asomando la cabeza desde el muro que separaba las cuadras.

El abogado asintió con una mueca, imitando una sonrisa del todo forzada.

Capito se esforzó por concentrarse. Se acercaba el momento. Los corredores tomaron las riendas. El empleado dio el último aviso, su voz se apagó y unos segundos después las cuerdas que cerraban las carceres se bajaron y los caballos dejaron de relinchar ante la libertad que ofrecía el cielo abierto y la potencia de sus patas galopando a tope.

El público llevaba un rato en pie, antes incluso del inicio de la carrera. Fuera del circo solo las prostitutas metidas en faena continuaban su labor. Lo demás se paralizó todo, incluso quienes no veían qué sucedía en la arena, mantenían la máxima expectación contagiados por la loca excitación del público cuyo soniquete variable constituía un indicador fidedigno del transcurrir de los acontecimientos. Algunos corrían para hacerse un hueco entre la multitud, empujando para asomar la cabeza.

El segundo de la segunda carrera marchaba sin precipitación. Desde el comienzo su ritmo fue más lento. El público se reía de él, y las burlas se convertían en azarasas porfías que no inmutaban al hombre, cuya supervivencia primaba por encima de cualquier ambición o complacencia de los espectadores. Capito intentó seguir el ritmo de los otros dos sin forzar demasiado su equipo y lo consiguió durante media vuelta, pero en la salida de la primera curva ya le habían tomado la delantera y le iban dejando atrás. El bético corría por el lado más externo. Durante las cuatro primeras vueltas el ritmo fue trepidante, pero ninguno de los dos atacaba, corrían más o menos paralelos. La experiencia de la mañana evidenciaba las consecuencias de una carrera loca e invitaba a desarrollar tácticas más prudentes. El público gritaba entusiasmado y se escuchaba una especie de ronroneo con el nombre de los corredores profesionales, los demás no generaban ilusión. Algunos pedían sangre, reclamaban el látigo para el rival. Rufino se puso en cabeza, sin demasiada ventaja, pero con cada nueva zancada sus equinos la iban incrementando. El bético azuzaba sin piedad a sus caballos restallando el látigo sobre el lomo de estos, temía que Rufino se distanciara demasiado y después fuera imposible la remontada. A la salida de la curva, en el inicio de la vuelta número seis, el bético consiguió colocarse a la altura de su rival, corrieron parejos por la recta y luego ambos frenaron al iniciar el giro y rápidamente recobraron otra vez el ritmo vertiginoso, hostigando a sus equinos con despiadados latigazos. Estaba siendo una gran carrera. El procurador admiraba la valentía y la profesionalidad de los aurigas.

—¡La velocidad de esos dos es propia de grandes aurigas! —exclamaba Servilio Modesto, feliz por haber asistido al circo, aunque al principio lo estimó una carga onerosa—. ¡Qué buen espectáculo! Furnio, debes estar satisfecho con tus munera.

—Me halaga, procurador, si usted lo dice, que está más acostumbrado que nosotros a estos espectáculos, será así —dijo el duunviro con el miedo en el cuerpo.

Furnio estaba deseando que llegara la séptima vuelta. Su contribución le estaba dejando un sabor agridulce, ya le había dicho Diophanes que por lo menos el bético no vería un nuevo amanecer, y eso le reconcomía el corazón. Los corredores de



cabeza no conseguían destacar el uno sobre el otro. Ninguno quería quedarse atrás, daban el cien por cien y no frenaban ante la llegada de la siguiente curva. Con ese ritmo no conseguirán girar, comentaban los espectadores vivamente emocionados y convencidos de la inminencia de una catástrofe o de alguna hazaña que cantar. Prácticamente todo el circo estaba en pie. Los árbitros habían bajado a la arena, parecía que se decidiría la victoria antes de tiempo. El bético seguía por el lado de fuera y tenía más espacio para girar que Rufino, al que no parecía importar demasiado la bestial maniobra que debería realizar, confiando en su suerte. Pero esta vez los dioses no le acompañaron. La velocidad era excesiva y el giro demasiado cerrado desequilibró el carro, que no respondió y pareció que fuera a romperse en mil pedazos, entonces Rufino abrió las riendas, evitando el descalabro inmediato, y sin querer embistió contra el bético. Tras unos segundos en los que nadie podía asegurar cómo terminaría el choque, los caballos del bético reaccionaron mostrando una raza inmejorable y contuvieron el golpe, dejando así sitio a los lusitanos para recomponer el galope e impidiendo una desgracia. El bético se volvió loco. ¡Aquello era lo último! ¡Ese rufián no respetaba ni a las bestias! Su mejor caballo estaba malherido, se había llevado la peor parte, y había perdido toda su fuerza aunque seguía en pie trotando. ¡Rufino lo pagaría caro! En cuestión de segundos el escenario del circo había cambiado. La paz miraba hacia otro lado. Cornelio Severo se puso en pie. El encontronazo entre los dos primeros tendría gran repercusión. Marcia mantenía la cabeza escondida entre las manos y de vez en cuando separaba los dedos para mirar. Rufino llevaba una rueda que pujaba por salir del engranaje que la unía al carro, lo que motivó una reducción drástica de su velocidad. Con un palo retenía la rueda retirándola hacia atrás cada vez que se aflojaba. También el bético se vio obligado a reducir la cabalgada, pues el caballo malherido era arrastrado por los otros tres. El abogado esperó a pasar la curva para perseguir a sus rivales con todas sus fuerzas. A falta de una vuelta para el final, lo separaba de estos algo más de la distancia de media pista, pero ellos marchaban ahora a paso de tortuga. El resoplido permanente del caballo herido hervía la sangre del bético, que sin pensarlo dos veces e iniciando la lucha esperada, lanzó el látigo contra el rostro de Rufino. Su aullido profundo de dolor y desesperación traspasó las gradas, y con la locura instalada en los ojos se lanzó contra el carro del rival y con el palo que sujetaba la rueda comenzó a pegar sobre el lomo del caballo herido. El bético echaba espuma por la boca viendo sufrir a su animal y vociferaba palabras ininteligibles, escupiendo y maldiciendo al de Emerita mientras movía el látigo castigándolo con furia. Aquella lucha había detenido a los dos hombres. Ahí llegaba la oportunidad de Capito, que lograba alcanzarlos, pero no iba a ser tan fácil como parecía, y antes de concluir el adelantamiento recibió un latigazo de Rufino, que no le había perdido de vista. El abogado se encogió de dolor, el carro frenó y, sin esperar que volviera a golpearlo, descolgó el palo enganchado en el lateral y terminó de destrozar la holgada rueda del paisano, destruyendo cualquier posibilidad de victoria para él, que permanecía tirado

en la arena conjurando a los dioses contra el muchacho. El público no daba crédito a la actuación del abogado, los pocos apostantes por él abrían los ojos, calculando las ganancias por anticipado. El bético se había puesto en cabeza durante el enfrentamiento entre Rufino y Capito, pero la distancia que los separaba era mínima. El caballo del bético, que sangraba abundantemente, no podía aguantar más. El auriga lloraba al ver el esfuerzo y la lealtad del animal, que no había abandonado la competición en ningún momento. Capito había llegado a la altura de su contrincante a falta de media vuelta para la meta. Parecía que Marciano había acertado la predicción, la mala sangre de los aurigas profesionales les traía los beneficios deseados. El abogado comenzaba a adelantarse. Los espectadores no se creían lo que veían, gritaban como locos, ahora el nombre de Capito era el único que se coreaba. El triunfo del auriga abogado, natural de Augusta Emerita, sería recordado como una hazaña, quizás lo cantarían en algún epigrama o poema. Media calle faltaba para terminar la carrera, cuando Rufino cruzó la spina andando con un puñal en cada mano dispuesto a impedir que sus adversarios cruzaran la línea blanca, matándolos si hacía falta, tal era su fiera determinación. El procurador provincial dio orden a Hermes de bajar con algunos soldados a la arena para detener a aquel bárbaro. Capito aflojó la marcha al verlo, pero el bético, hambriento de venganza, lanzó los caballos contra él. Rufino esquivó el carro y lanzó un puñal sobre el auriga, con trágicas consecuencias, pues al impactar el acero en su nuca soltó las riendas y los caballos se desbocaron. Había llegado su final. La arena era un hormigueo de soldados que corrían para detener al asesino. El espectáculo se había detenido, el odio de Rufino había cegado el noble espíritu de la competición. El silencio del público hacía presagiar lo peor. Capito azuzó a los caballos para distanciarse del criminal que venía en su búsqueda. Ni siquiera vio la línea de meta mientras la cruzaba, un puñal le alcanzó en la espalda. Todo se paró en ese instante, la luz se tornó grisácea, se escuchaban gritos aislados que iban y venían. Capito se levantó con el puñal en la mano. Se lo había quitado. El público le aclamó, aquella gesta habría de recordarse. ¡Qué valentía y fortaleza la del abogado! Herido, se bajó del carro. Era el ganador. Miró al circo como si se hallara en una tribuna de oradores, allá en el foro de Roma. Lo había logrado. Todos aplaudían su valor. Había demostrado al mundo ser un hombre de honor y un valiente. Y a Marcia le había demostrado su amor. De repente, la luz de la victoria se apagó, llegó la oscuridad, y de su costado comenzó a brotar sangre apenas contenida por las tiras de cuero. El ganador dio tres pasos más y luego se desmayó sobre la arena, satisfecho por marcharse junto a su madre y con su sueño cumplido.

## Las detenciones

«—El ojo por ojo disuade males futuros,  
transitemos el camino hacia el bien.  
—Esa es la senda del odio.  
—No, es la del límite.  
—Así nunca hallarás paz, tenlo en cuenta».

Ya hacía tres días que Halys había regresado de Gades y ocho desde que se celebrara la memorable carrera en el circo que aún mantenía a los habitantes de la colonia en un apasionado estado de ensoñación, que había eclipsado en gran parte el interés suscitado por la detención del carnicero y su compinche. Los dos primeros días de su estancia en Emerita el bibliotecario decidió atender en exclusividad a su mujer y al descanso mal hallado durante el viaje. El resultado de su misión no se vería afectado por comunicar sus averiguaciones algo más tarde, se hallaban en una senda tortuosa. La búsqueda de pistas que hicieran más comprensible el tesoro legado le había llevado de Gades a Roma. Euterpe nada le preguntó sobre el motivo de su precipitada salida, las palabras de su esposo habían sido tajantes y ella solo insistió en que tuviera mucho cuidado, que pensara en el dolor que le causaría de meterse en algún lío. La joven sabía que guardaba relación con el duunviro, lo que de alguna manera la tranquilizaba, por lo menos no parecían asuntos de falda y relax los que impulsaban un viaje tan largo como fatigoso. Nunca había dudado de la fidelidad de Halys, pero su apabullante belleza lo convertía en presa atrayente. Los placeres corporales constituían un señuelo poderoso y la carne un terreno frágil en el que pocas seguridades cabía encontrar. El joven había dormido mucho, dedicando el tiempo restante a su esposa, a la que describió los pormenores del viaje. En Gades había visitado la importante factoría de salazones perteneciente a la conocida familia de los Balbos.

—¿No te has mareado con el olor? —reía Euterpe entrelazando sus dedos con los del esposo.

—Claro que no, las piletas con el material se alinean en una sala a cielo abierto.

—Sí, pero tú has estado allí un rato, imagínate un día tras otro respirando ese olor nauseabundo... será peor que la peste de algunas calles de Roma.

—Por ley, esas factorías se ubican extramuros de la civitas y la conserva se prepara bajo el suelo, junto a unas cisternas que recogen las aguas de lluvia desde el patio.

—¡Qué interesante, un viaje tan precipitado para ver factorías de salazones! —dijo con retintín la esposa.

—No, es que me sorprendió encontrar un dibujo del faro de Gades en estas cisternas. No las ve nadie, ¿para qué lo habrán pintado ahí? Es precioso, se ve la torre escalonada de doce cuerpos rodeada por haces de luz en la parte superior —describió la pintura mientras la cara de ella se arrugaba.

—¿Y tú qué hacías en un sitio así? Oscuro y profundo... —añadía con sarcasmo Euterpe—. A lo mejor con alguna bailarina de las que comen el sentido.

Halys prorrumpió en una carcajada inesperada y sincera. Los celos de su joven mujer le habían asombrado y debía confesar que hasta le habían gustado un poco. Nunca la había visto así, ni siquiera en Roma, con la cantidad de habladurías que por temporadas corrían sobre él. Halys abrazó a Euterpe y le hizo un sinfín de carantoñas hasta que consiguió despejar cualquier duda sobre el amor que sentía por ella. Las caricias dieron paso a un deseo ardiente y profundo que la pareja sació con premura, bajo la necesidad de aproximar sus cuerpos y fusionarse en el otro, aún vivo el recuerdo hiriente de la separación. Parecía que llevaran años sin verse. Solo el contacto borraba la añoranza del otro. La distancia había acrecentado en ellos la conciencia de una vida en común plena, a veces no valorada por su disfrute continuo. Y así transcurrió la mañana del tercer día, cuyo final acortaba el tiempo de espera para las importantes detenciones que se practicarían esa misma noche. El bibliotecario no se cansaba de escuchar el relato de las carreras que a trozos le transmitía Euterpe. A cada rato y según le devolvía la memoria los sucesos de ese día, la joven detallaba lo ocurrido en el circo. Euterpe estaba indignada por la falta de pudor y de piedad exhibida por la masa ante la muerte, por supuesto, con el beneplácito de las autoridades. Con esa vivencia aún impregnada en la piel se afianzaba su rechazo por las celebraciones romanas, más propia de salvajes. Los conquistadores habían conseguido contagiar a sus súbditos el estilo inhumano del goce del ocio. Halys nada contestaba a la sentida perorata de Euterpe, solo chasqueaba los labios, aunque su pesar no obedecía a las mismas razones. A él le hubiera maravillado llegar a la colonia una semana antes y participar de aquel jolgorio; le gustaban mucho las carreras de carros, y aunque no deseaba la muerte de ningún auriga, lo de Emerita había sido digno de verse. A medida que la joven contaba más y más, él no daba crédito a sus palabras. ¡Qué fantásticos hechos! ¡Eran increíbles! Menos mal que Jupiter había perdonado la vida a Capito. ¡Cuántas cosas pasaban en aquella pequeña colonia! Desde que abandonaron Roma con el encargo de organizar en Emerita una biblioteca para extender la cultura, nada había sido trivial en sus vidas. El destino gestionaba la reclamada tranquilidad en sorbos pequeños.

—Menos mal que nos marchamos de Roma —apuntó Halys contestando a su esposa.

—¿Por qué lo dices, vida mía?

Los estrambóticos y decisivos episodios de la colonia dejaban paso a los avatares en Roma.

—Hay demasiada gente descontenta con Galba, y no solo en Roma.

—¿Fuera de Roma también?

—Sí, me refiero al enojo de las legiones del alto Rin, las que lucharon contra Galba cuando este se sublevó. El emperador destituyó a su jefe Virginio Rufo en cuanto pudo como represalia y parece que las tropas están muy contrariadas. No sería raro que se levantasen contra el nuevo emperador.

—¿A tanto llega el enfado? —se asombró la joven.

—Palabras textuales de un centurión del Rin. Según él, todo puede pasar. ¿Nos puede extrañar? El ejército es más poderoso que el senado, las espadas mandan en el imperio.

—¿Y las demás legiones qué opinan?

—Galba todavía es emperador porque las legiones del Danubio y de Asia sí le apoyan. El general en jefe de estas, el encumbrado Vespasiano, mandó a su hijo Tito a felicitarlo y reconocerlo como nuevo César.

¡Todo era probable! Una mezcla de conjeturas cabía en el futuro del imperio. La locura y la crueldad parecían devorar a los Césares apenas tomaban posesión de su destino.

Esa mañana Capito había aceptado la visita de Antestio Persico. El abogado se recuperaba sin dificultades del acero envenenado de Rufino, el canalla, condenado a morir por las fechorías del circo. Antestio Persico se había llevado un gran disgusto, había llorado lo indecible, pues perdía a su mejor empleado, el que más dinero le había hecho ganar, pero nada se podía hacer por él, se había vuelto loco, finalmente había ganado la batalla el delirio que los dioses le enviaron, afirmación que repetía para su consuelo. Con el designio divino de por medio, pronto se recuperó el jefe de la pérdida de Rufino. La vida seguía y el negocio se esfumaba sin cuidados. Durante la visita, Antestio Persico propuso una empresa a medias a Capito cuyos beneficios sumarían al capital de los socios una tajada magnífica. Nunca se arrepentiría de asociarse con él, aseguraba el hombre con determinación. Aquella visita sacó a relucir definitivamente la falta de escrúpulos del empresario equino, ni dos minutos había empleado en averiguar el estado de salud del enfermo, menos aún había aludido a su antiguo empleado, ni siquiera para disculparlo o lamentarse. Su tiempo se gastaba en provecho de los grandes negocios. Capito le habló con educación, pero también con claridad, nunca más sería auriga, él era abogado, y pensaba regalar los caballos que le compró.

Aquellas palabras tranquilizaron a Marcia, que desde la carrera estaba irascible y nerviosa y solo se separaba de su prometido lo indispensable. No era propio de su carácter tantos melindres. Aquella tosquedad y tristeza tan presentes en su ánimo la conducían en una deriva sorprendente. Capito la observaba sin preguntar, ya se le pasaría, suponía, al fin y al cabo él seguía vivo. Diophanes había atendido personalmente y con desvelo las heridas de su amigo. Su desmayo con el puñal en la mano hizo presagiar lo peor, al estilo de las mejores tragedias de Sófocles. La

hendidura había sido profunda y la sangre derramada abundante, pero la diosa Fortuna había sonreído decididamente al joven, que debía agradecer tales bondades, dada las siniestras circunstancias de ese día. Rufino fue capturado por Hermes y otros soldados que debieron utilizar un par de redes para sujetar el frenesí que lo guiaba, parecía una fiera enjaulada. Hermes no se anduvo con maneras amables y una vez atrapado lo azotó y apaleó incluso después de rendirse. Los espectadores del circo habían pasado de venerar su nombre a desear su muerte sin denuedo y allí mismo pretendían que lo decapitasen, imitando los excesos pregonados desde Roma. Servilio Modesto prefirió ajusticiarlo como a un vulgar asesino, humillándolo con la crucifixión y despojándolo de la gloria de morir en la arena del circo. También hallaron su final entre las piedras de Emerita los dos corredores béticos. La muerte se cebaba con la colonia, algunos creían que Nerón los castigaba por apoyar la sublevación contra él.

El duunviro sufría un agudo estado de abatimiento, apenas disimulado, consecuencia del desatino de los hechos que se encadenaron en el circo, convirtiendo el brillante inicio del día en una funesta pesadilla. Los ciudadanos, que no compartían la opinión de su gobernante, y elogiaban con admiración el espectáculo al que asistieron, aún lo paraban en la calle para repetir una y otra vez que ni en Roma se celebraban carreras tan emocionantes. Sus conciudadanos le querían, respetaban y admiraban. Para el duunviro cada elogio laceraba su alma y le causaba remordimientos difíciles de acallar. La piedad no le sería otorgada por su conciencia, se le negaba ese privilegio, debía entregarse al sufrimiento como instrumento de catarsis. Así purgaría sus culpas y luego podría renacer libre.

La alegría de Emerita era compartida sin embargo por su héroe, Capito. Él había cumplido su sueño. No fue el mejor auriga de la competición, y aún así, los dioses le entregaron la victoria, lo que a sus ojos tenía un valor incalculable. Capito se sentía un valiente soldado que no había dudado en entregar lo máximo al servicio de una causa poderosa y principal. Había demostrado sus agallas y también el amor a su prometida, por eso no entendía muy bien qué le ocurría a Marcia. No parecía la misma de siempre, no se la veía tan dichosa como estaba él. Marcia lo acompañaba a todas horas, estaba decidida a ser pieza esencial en su recuperación y le obligaba a seguir las prescripciones de Diophanes al pie de la letra. La ingrata visita mañanera de Antestio Persico se compensó con el encuentro de la tarde. Halys y Diophanes acudían a ver al héroe con información principal. El médico les relató su fatal experiencia cerca de los césares, que le había dejado una huella de decepción irreparable.

—Yo me vine después de la masacre que causó a los pobres remeros —dijo con tristeza e indignación Diophanes—. Reclamaban lo suyo, y fueron vilmente asesinados, sin piedad ninguna, alegremente. Eran de Hispania, ¿lo sabéis?

—Sí, lo sé, pertenecían a la legión Adiutrix —contestó Halys—. Después de aquello, Galba ha intentado hacerse perdonar y ha concedido diplomas militares a los

veteranos de esa legión, pero ya ha sido tarde.

—¡Menudo insensato! ¿Y qué pretendería arreglar con unos diplomas? Yo me pregunto, ¿no se puede hacer nada para limitar el poder de los emperadores e impedir que gobiernen según se les antoje? —reflexionaba el médico, cuya experiencia en Roma no terminaba de asimilar—. Apenas son nombrados, pierden el sentido. Mi padre decía que Augusto fue el mejor emperador que podía tener Roma. Yo no le conocí, pero parece que debió ser así, a diferencia de los últimos dueños del imperio, que han sucumbido envenenados por el odio. Quizás debíamos volver al régimen de la república.

—Ahora mandan las espadas y no creo que haya vuelta atrás. El tiempo de la razón, los ideales y la cordura se perdió en el limbo —resolvió Capito desde el lecho.

—Suscribo que mandan las espadas. Esta mañana le comentaba a Euterpe que las legiones del Rin podrían sublevarse contra Galba por haberlas castigado; se sienten humilladas y no creen merecerse ninguna reprimenda por haber cumplido con su deber.

—Lo que parece claro es que de seguir por este camino pondrá en su contra a todo el ejército y será su fin —el abogado hablaba sujetándose el vendaje.

—No hagas ningún esfuerzo, pídemelo lo que necesites y no te muevas —Marcia atendía el mínimo menester del prometido.

—Solo pretendo hablar, no puede hacerme ningún mal mover la lengua —rezongó el abogado, al que atosigaba por momentos el exceso de celo de Marcia.

—Pero te alteras.

—Como médico, receto conversación a nuestro valiente héroe —dijo Diophanes en actitud risueña.

—¡Vaya médico! Cómo se nota que a ti no te duele —escupió Marcia con ademanes agresivos.

—¡Marcia! —Capito recriminó sus palabras mientras ella se marchaba airada.

—Lo está pasando mal, Capito, sigue afectada por el horrible espectáculo del circo. No te apures, no estoy molesto —dijo el médico, deseando volver al estimulante tema sobre Roma—. Escuchemos a Halys, que tendrá novedades, ¿no?

—Desde luego —todos escuchaban su voz como si emanara de las alturas—. Nuestro Galba no solo indispone en su contra al ejército, también se enfrenta a otros estamentos... Amigo Capito, te diré que a los jueces les ha anulado el privilegio que tenían para no administrar justicia en invierno ni a principio de año.

—Pero si disfrutaban de tal prebenda desde tiempos de Claudio.

—Pues la ha anulado, imaginaros cómo están, en público achantados, temen que si protestan les caiga algún mal peor, pero en privado no tienen pelos en la lengua y dicen con saña que si pudieran lo degollarían —explicaba el bibliotecario—. Por si no fuera suficiente, también está revocando las liberalidades otorgadas por Nerón; solo permite que sus beneficiarios se queden con una décima parte de lo que se les entregó, lo demás deben devolverlo.

—¡Pues estas medidas parecen de justicia! ¿No? —exclamó Diophanes, al que nada mal parecía que devolvieran lo que el capricho de Nerón sacó de las arcas del Estado.

—En los círculos más próximos al emperador se rumorea que también quiere reducir a dos años la duración de los cargos reservados a senadores y caballeros y otorgárselos únicamente a los que rechacen tales cargos cuando se los propongan.

—Pero ¿qué forma es esa de hacer política? —preguntó Capito.

—Pues no has escuchado todo. El miedo se ha vuelto a instalar en los senadores y caballeros, pues ha condenado a muchos por vanas sospechas y sin expediente previo. Esto no parece tan justo, ¿verdad? Y hay más... apenas otorga la ciudadanía romana, aunque proclamó a los cuatro vientos que la entregaría de forma masiva. Tampoco ha concedido los beneficios que conlleva ser familia numerosa, medidas que afectan al pueblo, al que tampoco dedica demasiados mimos. Parece gobernar por encima de todo y de todos.

—Estás muy bien enterado —dijo Capito.

—Conozco a mucha gente cercana a la corte del emperador.

—¡Claro, claro!

—Tengo un buen amigo dentro de palacio, dice que el problema a su juicio es que se deja manejar por sus asesores, que son malos bichos. Así que sus medidas no tienen ni pies ni cabeza. Unas veces tiene una manga demasiado ancha y otras veces una vara demasiado corta, porque igual que ha hecho que los amigos de Nerón devuelvan lo que este les entregó, está tolerando que esos perniciosos asesores, por dinero, otorguen todo tipo de favores.

—¿Sí? ¡Vaya con el justiciero! Da y quita a su antojo. ¡Será la edad! —insinuó Capito con benevolente ironía.

—Parece más bien una enfermedad que ataca solo a los emperadores —corroboró Diophanes la gracia.

—Si solo fuera a los emperadores, a veces son peores los que les rodean —dijo Halys.

—No estoy de acuerdo, al final las órdenes las firman ellos y su palabra es la última —el médico buscaba la discusión constructiva que tanto le gustaba.

—Pues este está perdonando tributos, exculpando a culpables y haciendo pagar a inocentes, todo al revés —arguyó Halys sin entrar en la polémica.

—¿Y Otón? —preguntó Capito.

—No sé mucho de él. Dicen que su objetivo es suceder a Galba, así que le parezca bien o mal lo que hace, nada dice al respecto. Está callado, en espera de su turno.

Realmente el cambio de emperador no había impuesto la ansiada paz, y lo peor era el temor de la población: que tomara el relevo un nuevo Nerón. Halys y Capito compartían su experiencia de los años vividos en Roma, una civitas impresionante con más de un millón de habitantes, poblada por gente venida de todos los rincones



del mundo, con un sinfín de dioses y costumbres que acababan por mezclarse logrando un mosaico de posibilidades enriquecedoras. El imperio incorporaba la fe de sus conquistados y trasladaba a los mismos su ideario: el César era un dios, y como tal, su voluntad prevalecía.

Diophanes los escuchaba mientras pensaba que la eterna Roma no era tan perfecta, él cambiaría decenas de costumbres, y desde luego no permitiría a una camada de sinvergüenzas decidir el destino de miles de personas. Había visto centenares de mendigos pulular por las calles en busca del trigo que el emperador les regalaba para acallar sus protestas, también sabía que los cristianos no eran bien mirados, se les acusó del incendio de Roma solo por intereses políticos. No eran tan tolerantes en esa civitas, ni era la más bella de todas, él había escuchado relatos maravillosos sobre ciudades encantadas.

Diophanes se mordía la lengua esperando manifestar su contrariedad. Esa sociedad hacía aguas por muchos flancos, por ejemplo, no compartía la política imperial de conquistar otras tierras y esclavizar a sus habitantes. ¿Qué mal habían hecho esos hombres? Así fue como su padre se convirtió en esclavo y cambió el destino de su familia para siempre. Una familia de médicos de prestigio reconocido y buena posición económica convertidos en esclavos por la espada conquistadora de Roma. Halys apoyaría su postura, dada su condición de liberto, pero quizás Capito la entendiera menos, él era libre y además rico. El padre de Diophanes siempre transmitió a su hijo el amor por su patria, le recordó cuál era su tierra y cuáles sus raíces y cómo se torció la vida para ellos cuando perdieron la guerra y su territorio fue anexionado por la gran madre del mundo. Su historia era la de otros muchos. Un tío de Furnio se los cedió en herencia. Así llegaron a Augusta Emerita procedentes de Roma. Diophanes solo contaba tres años, no había conocido a su madre y su padre se negó a dejarlo en manos de familiares cuando los romanos incorporaron los servicios del gran médico a la legión para cubrir las necesidades del campamento militar. Arria Pale siempre estuvo pendiente del pequeño Diophanes y Marcia creció tan cerca de él como de Capito. Furnio nunca trató al médico tracio como a un esclavo al que había dado la libertad. Nada más conocerlo, advirtió la presencia de un extraordinario hombre condenado por la vida, siempre fue amigo de él y siempre lo trató con respeto y aprecio, como si perteneciera a su mismo estamento. Diophanes hijo no se sentía inferior a ninguno de aquellos seres, nunca creyó en las normas impuestas por los mismos carceleros que los trataban como a perros tras la conquista, condenándoles por nacer fuera de los territorios de Roma. Él sabía que la vida de esos conquistadores dependía de su pericia médica y, a las malas, de su voluntad, podía curarlos o dejarlos morir, lo que le daba gran poder sobre ellos.

Miraba a sus amigos negando sus palabras con un movimiento constante de cabeza. Le extrañaba tanto adorno en el discurso del bibliotecario sobre la misma civitas de la que había huido a la primera oportunidad. Conocía la vida de Halys y Euterpe. Ellos habían escuchado la doctrina de los cristianos y a punto estuvieron de

formar parte del grupo al que Nerón culpó del incendio de la civitas. Algunas lenguas incautas cacareaban que la pareja salvó la vida gracias a la belleza del bibliotecario. No era desconocido en el círculo próximo al emperador que las poesías declamadas por este elogiando la belleza, cualidad sublime a la que debía aspirar todo individuo en opinión del César, encontraron su inspiración en las gracias del joven. A partir de ahí, los chismes proliferaron sin más límites que la buena conciencia en su deseo de no ofender a otros. Antes de que Diophanes pudiera tomar la palabra y largar la mejor disertación sobre el lado oscuro de Roma y la crueldad del imperio, llamaron a la puerta. Se sumaban visitantes, el edil Tito Emilio y Marciano, que había pospuesto su marcha a Roma. El médico aprovechó para ir en busca de Marcia, que permanecía en el atrio triste y ensimismada, últimamente padecía un mal tan indescifrable como insólito en su naturaleza.

—¿Está peor Capito? —preguntó la chica dispuesta a salir en ayuda del enfermo.

—Tranquila, Capito es tan fuerte como valiente. Si la costura no se abre, la herida curará sin problemas, créeme. Lo peor ha pasado. Me preocupas más tú. ¿Qué te sucede? Deja pasar lo sucedido en el circo. La hora de Capito no ha llegado, deberías alegrarte por el final feliz.

—¿Feliz? Murieron dos aurigas —contestó Marcia histérica.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó el médico, que no entendía su actitud.

—Sí, porque no saliste a la arena a salvar a Capito —respondió con rabia.

—Pero Marcia, ¿qué podía hacer yo?

—Pues algo, seguro que alguna cosa, pero te quedaste allí mirándome...

El médico abrazó a la muchacha, que rompió a llorar sin consuelo. Algo después y un tanto más calmada volvió a la carga contra él.

—Esperaba más de ti, me has decepcionado como amigo, no moviste nada para detener a aquella fiera... Mira —y tomó aire—, no puedo perdonarte, te agradecería que no volvieras a dirigirme la palabra.

Marcia soltó lo que sentía. Diophanes no tuvo oportunidad de defenderse, y tampoco lo deseaba. Aquellas palabras le produjeron un escalofrío que recorrió su piel, sintió un terrible vacío que le heló el alma. Nunca hubiera pensado que su amiga pudiera decir algo así. No asimilaba aquel despropósito. Se quedó quieto, apoyado sobre una de las columnas del atrio, reflexionando. Al rato, se convenció de que era cuestión de tiempo que su amiga de tantos años le pidiera perdón. No comprendía la causa de su enfado. Otros motivos que los alegados la tendrían alterada y en su contra. Como profesional, había cumplido con éxito su papel. Su mente se llenó de todos los razonamientos que acudieron en su ayuda, pese a todo, los conceptos no lograban disfrazar la profunda soledad que sentía. No tenía madre, ni padre, ni otros familiares, solo unos cuantos amigos que dormitaban en el refugio de sus esposas al caer la noche, y ahora había perdido a Marcia, que le daba la alegría que necesitaba su corazón. La pena le embargaba. Decidió quedarse en el atrio escondiendo sus miserias. Últimamente sentía una gran pesadumbre, su trabajo no le satisfacía como

antes y cada día cobraba más sentido cambiar de civitas.

Se mantuvo silencioso y pensativo entre las columnas, en la penumbra que anunciaba la caída de la tarde, a cobijo del fatigoso trabajo de mostrar buena cara sin el ánimo conveniente. Halys salió a despedirse, había quedado con Furnio. El médico manifestó una repentina dolencia abdominal, de modo que el bibliotecario se encargó de despedirlo ahorrándole el trago de ver a Marcia. Diophanes salió presuroso, huyendo, deseando desaparecer de aquellas murallas que cobijaban su resentido esqueleto.

Tres personas, además del procurador provincial y algunos auxiliares del mismo, sabían que esa noche en Augusta Emerita se practicarían las detenciones de importantes personajes de la vida emeritense añadiendo un nuevo capítulo en la historia de las provincias del Imperio. Servilio Modesto creía en el enorme beneficio de hacerlas, pues con ello se mandaría un mensaje claro: en cualquier parte del Imperio la mano de la justicia caería sobre los desalmados. Nada menos que el antiguo procurador provincial Cassio iba a ser detenido junto a su lugarteniente, el gran benefactor Terencio. ¡Aquello era una noticia extraordinaria! El trabajo minucioso de Servilio Modesto sobre las pruebas facilitadas por Alfio Lucano permitió dar con el gran jefe del expolio. Los nuevos acontecimientos no dejarían a nadie indiferente, por ello a la mañana siguiente, bien temprano, saldrían para Roma todos los culpables, custodiados por un buen número de soldados, para ser juzgados en instancias imperiales; se había delinquido contra las propiedades de la madre patria, contra el corazón que la sustentaba. El procurador provincial marcharía poco después. El interés de Servilio Modesto obedecía principalmente a una cuestión de principios, a la que se sumaban motivos personales. Al fin y al cabo, su vida fue objeto de un atentado, hecho que refulgía en su memoria; no cesaría hasta saber quién quiso atentar contra él, aunque tenía una idea.

Los soldados esperaban en el palacete de Servilio Modesto la hora exacta en que debían practicar las detenciones, a la salida de las termas, según había dictaminado el procurador, a fin de someterlos a escarnio público. Furnio, a su vez, había dejado una celda vacía para Cassio y Terencio, la del carnicero y su compinche, que habían sido trasladados. Eran esclavos municipales quienes realizaban la tarea de vigilancia en los sótanos, condición que molestaba a los detenidos sobremanera, al recibir de esas manos siervas y perras los latigazos que habían de mermar sus fuerzas. El carnicero y su compinche tenían claro que su cometido consistía en pasar inadvertidos. Cuanto menos se acordaran de ellos y más tiempo tardaran en procesarlos, más posibilidades tenían de recibir ayuda externa; debían aguantar sin desmoronarse. Los dos individuos que los habían interrogado el primer día se habían esfumado, unos mamarrachos ordinarios que se creían seres superiores por ser magistrados en una ridícula provincia, comentaba el carnicero absolutamente ofendido. Después de aquel

horrible encuentro, nadie les había importunado, y ellos evitaban contrariar las órdenes. El más anciano, el que mandaba, aleccionaba al que parecía ser su siervo. Si llegaban de nuevo los individuos del primer día, debía aguantar sin soltar prenda y no debía preocuparse por él, solo estar preparado por si la muerte se cernía sobre ellos durante las torturas. Una misión superior a sus vidas bien valía el sacrificio de estas, debían estar orgullosos por servir a una causa grande.

El siervo no decía nada, solo imploraba y pedía misericordia a los dioses para que aquellos sujetos no aparecieran. Él era un criado y en la tierra se debía a su amo, así pues, sus manos asesinas no tuvieron más opción que obedecer el dictado del alto dignatario al que servía, esta era su justificación. Todavía recordaba el día en que su vida cambió para siempre, hacía ahora dos años. Su amo, sacerdote de Apolo, recibió a dos individuos con semblante fantasmagórico que trajeron la desgracia y la fatalidad. Aquella visita transformó la vida del siervo, que apenas un mes después emprendió viaje junto a su amo, conociendo lugares que no existían en los mapas ni en los libros. Habían errado como vagabundos en busca de los libros sibilinos. Un viaje épico, su amo repetía esa frase continuamente, tal era el calibre de sus aventuras. Y ahora, a él le parecía que sus andanzas finalizaban y que el presente caía como afilada daga, ajusticiándolos por las fechorías que en nombre de la salvación del Imperio habían cometido. Todo se paga, era lo que comentaba cuando quería quejarse de las órdenes recibidas, a lo que el sacerdote, convencido, le respondía, nosotros actuamos fuera de las normas de los hombres. Y en esas se hallaban, sometidos a las leyes terrenales, que ahora los condenarían sin ningún miramiento.

El cambio de celda de los dos prisioneros había revuelto a los demás. El carnicero y su compinche hubieron de compartir el espacio con Ploto y otros dos acusados. Julio Ploto apenas alzó la vista para conocer a sus nuevos compañeros. El antiguo flamen lusitano y gran empresario naviero llegó preso desde Olisippo ya hacía casi una semana. El hombre sufría un agudo estado de depresión, no hablaba y la comida era la única cosa por la que experimentaba algo de interés, estaba desmejorado, parecía otra persona, sin ilusión ni ganas de vivir. El aire del mar, que había tostado su rostro confiriéndole un aspecto saludable y juvenil, ahora le iba a la contra, envejeciéndole hasta mostrar a un hombre sin aliento, con tantos problemas como arrugas dibujaron los últimos rayos del sol antes de ser detenido.

Mientras ataban sus manos, Julio Ploto no daba crédito a lo que sus oídos traducían por boca del legionario. La orden venía firmada por Servilio Modesto. No había confusión posible. Además, le fue entregada una especie de nota redactada por el procurador: «Hace tiempo retiré la confianza en mis semejantes, sin embargo, por tu inocencia hubiera apostado la mano derecha». Tras leer estas palabras, el empresario se derrumbó. «Por fortuna tu inteligente plan de cargar las culpas a otros no ha salido bien. No dudaré en ir contra ti hasta que recibas el castigo que mereces. No tendré misericordia, porque viniste a mi casa a engañarme». No había pasado un solo día en prisión sin recordar aquellas palabras. No pudo despedirse de su esposa ni

de su hijo mayor, que estaba de viaje. Los otros dos embarcaron inmediatamente rumbo a Roma para averiguar qué significaba todo aquel lío. Ploto prefería ir allí directamente, sin parar en Augusta Emerita, sentía una terrible vergüenza y un gran malestar.

¿Qué podría decirles a Furnio o a Cornelio Severo? Oraba a los dioses por no tener que mirar a sus ojos. Una encrucijada similar se les presentaba a los dos emeritenses, que no lograban barajar sus antagónicos sentimientos. El flamen provincial le apreciaba como amigo auténtico, lo habría defendido con su propia vida... Tan grande era el cariño, tan grande la decepción... que prefería no verlo... no, no bajaría a la celda, había decidido. El de Olissippo se había reído de ellos, les había embaucado, mentido. ¿Qué podía importarle sus sentimientos? Nada. Absolutamente nada. Nunca demostraría lo afectado que estaba por sus patrañas. Furnio, en cambio, lo vería, pero era un trago amargo y esperaría hasta el último momento.

—¡Bienvenido! Dichosos los ojos, por fin te veo —saludó Furnio a Halys.

Las muestras de estima eran sinceras y exteriorizaban una efusiva alegría por el reencuentro. Apenas serenaron el saludo, Halys felicitó a Furnio por los munera, aunque este cambió de tema radicalmente aprovechando el interés común por los libros sibilinos. En cuanto al discurrir del viaje, ninguna adversidad asaltó al bibliotecario, los animales salvajes no le salieron al camino, ni ningún rufián con ganas de jugársela y por último los elementos naturales le fueron favorables. El duunviro debió calmar su ansiedad por conocer las averiguaciones sobre los libros sibilinos, pues el liberto insistía en preguntar acerca de la detención del famoso carnicero. Furnio le contó cómo se le había ocurrido la idea de capturar a los asesinos, que eran dos, uno viejo y otro más joven, también le informó de manera general del curso del interrogatorio al que fueron sometidos. El duunviro se mostraba satisfecho por la buena actuación de Cornelio Severo y la suya propia. En cambio, Halys, cuanto más escuchaba su relato, más blanco se volvía. Los emeritenses se habían mostrado poco precavidos al informar tan abiertamente de la identidad que protegía los libros. Se habían ido de la lengua. Halys explicó al duunviro que aquellos dos sujetos formaban parte de una red más extensa de gente sumamente importante y con infinitos medios y que la finalidad que les unía era casi divina. A este grupo poco importaba la vida de dos magistrados de la provincia lusitana, podían aniquilarlos sin inmutarse y sin dar demasiadas explicaciones. De modo que la actuación de ambos había sido temeraria del todo y a esa hora las manos custodias de los libros sibilinos eran conocidas por otros más. El duunviro se quedó atónito ante las palabras de su interlocutor, que acababa de arrebatarse el orgullo de un interrogatorio con agallas.

—De ahí no pueden salir y no hablan con nadie —aseguró Furnio.

—¡Jupiter divino! Tu cabeza todavía no capta la proyección del asunto que nos

traemos entre manos. ¿Cuánto tiempo llevan encerrados?

—No llega a quince días.

—Hay que llevarlos a otro lugar. Toda la colonia sabe donde están, de modo que habrá llegado a los oídos precisos, y créeme, a estas horas habrán maquinado un plan. Déjame que baje a verlos.

—No puedes, hay más detenidos.

—¿Y qué importa eso? ¡Furnio, debo verlos! Los demás detenidos me dan igual.

—Las otras detenciones están firmadas por el procurador imperial. Se trata de un delito contra el imperio, y Servilio Modesto no quiere que baje nadie a los calabozos hasta que se hagan públicos los hechos, lo cual no tardará demasiado. Mañana podrás ver al carnicero.

—Pero ¿qué me he perdido mientras estaba fuera? —preguntó extrañado Halys—. Euterpe no me ha dicho nada.

—Solo lo sabemos Cornelio Severo, Sulpicio Superster y yo. Dentro de un rato, Cornelio Severo ha citado al otro duunviro y a los dos ediles por orden del procurador, que no desea que se enteren en la calle de este asunto. Mañana será partícipe la colonia de delitos que se venían cometiendo en la provincia con la mayor impunidad, hasta entonces no puedo decirte más, compréndeme —añadió Furnio—. Si quieres más información, vete a las termas y en poco tiempo asistirás a la detención de algunos personajes públicos poderosos.

—¡Por todos los dioses! No haré más preguntas hasta mañana, pero prométeme que me contarás lo que puedas.

El duunviro dudó, pero la decidida cara del chico le acabó por convencer.

—Está bien, mañana te contaré lo que pueda.

—¿Y me dejarás ver al carnicero y al otro?

—¿Por qué tanto interés en ellos?

—Quiero ver la cara de nuestros enemigos cuanto antes. Además, y lo digo muy en serio, ve pensando otro lugar para trasladar a los prisioneros o te quedarás sin ellos, hazme caso —señaló Halys con gravedad—. Nadie debe saber dónde está el carnicero.

El duunviro apartó unas instrucciones sobre la venta de fruta y comenzó a maquinar un lugar al que trasladar a los asesinos. Esa noche habría movimiento en los calabozos, se organizaría la caravana de prisioneros, quizás fuese el momento de conducirlos a otro lugar sin levantar sospechas. Todos estarían pendientes del resto de los detenidos. ¿Cómo explicaría al senado su traslado? Era un grave problema que resolvería más tarde. Furnio se hundía en las ciénagas del caos saltándose las normas, pero se sentía obligado a preservar su legado. Al rato de la marcha de Halys, se oyó un ruido en el pasillo. Cornelio Severo hizo su aparición acompañado del procurador provincial de improviso, nadie les esperaba. En breve se detendría en las termas a Cassio y a Terencio, y el procurador deseaba inspeccionar el estado del calabozo municipal, debía gozar de la mayor intimidad durante el interrogatorio, y Cornelio

Severo le había advertido de que eso sería imposible.

—¡Los dioses nos honran y alegran el día con su presencia, magistrado! Pero tal sorpresa impide que tenga nada preparado conforme a su dignidad y esto algo más adecentado, excelencia —trató de disculpar el duunviro la falta de protocolo.

—Querido emeritense, viejo amigo ya, no necesito ningún ceremonial, más bien el mayor recato que podáis proporcionarme. Cuanto menos se me vea, mejor —y el anciano gesticulaba como si tanta solemnidad sobrase entre ellos—. Ante el trabajo que tenemos por delante, que se amontona por momentos, sobran los protocolos, nada importa salvo el tiempo que necesitamos para nuestra tarea... ¿Puedes concederme unas horas? Es lo que necesito.

El duunviro sonrió.

—Ni yo mismo tenía pensado venir, buen Furnio —continuó Servilio Modesto sin detenerse en preámbulos—, pero Cornelio Severo me ha explicado que el calabozo de la colonia está a reventar, por lo visto apenas caben los prisioneros. Cree que no tengo sitio para interrogatorios más íntimos, ni siquiera en la habitación del fondo. Necesito absoluto secreto. He venido a inspeccionarlo, porque sus palabras me han llenado de inquietud.

—Desde luego, este no es un buen sitio, procurador —confirmó el duunviro.

—Vamos a verlo. Tengo prohibido por mi esposa llevar detenidos al mismo lugar en el que vivo. Nunca ha consentido que mi trabajo le impidiese disfrutar de un hogar relajado, cómodo, lujoso... en fin, nada de sangre alrededor.

—Es normal —dijo Cornelio Severo.

—Vamos a los calabozos, no puedo perder tiempo.

—Procurador, si no tiene inconveniente, le acompañará Furnio —pidió el flamen provincial, que no quería encontrarse con Julio Ploto.

La bajada angosta y pronunciada que conducía a los calabozos estaba iluminada día y noche por antorchas cuya luz, débil y a ráfagas, convertía el estrecho pasillo en una macabra pasarela, maloliente y asfixiante. La ventilación llegaba por unas rendijas no cubiertas por la piedra en el techo del pasillo. La mezcla de sudor y excrementos perturbaba el sentido de los nuevos inquilinos, cuya adaptación se hacía por momentos más difícil. Cada nuevo día se contaminaba algo más el viciado ambiente. Había cuatro dependencias de reducidas dimensiones. Los prisioneros dormían con las piernas encogidas, amontonados, a veces amanecían unos sobre otros, lo que daba lugar a pequeñas broncas. El duunviro y el procurador provincial bajaron resguardados por el manto con capucha que escondía su identidad. Con un pañuelo protegían su respiración de aquel nauseabundo olor. La visita fue rápida. El duunviro aleccionó a los guardianes.

—Quizás no vengan los esperados visitantes esta noche y quizás haya traslados de detenidos antes de la cuenta. A su debido tiempo lo sabréis. Nada de relajos. Ya sabéis qué os espera si no estáis atentos, de sobra os vengo avisando.

—Sí, señor —contestaron los dos esclavos al unísono.

La convincente afirmación retumbó caótica coincidiendo con la retirada del procurador, que dio la vuelta haciendo señas a Furnio para que salieran a la superficie enseguida.

—¡Estas celdas parecen cloacas! Es imposible respirar. Menos mal que estos sinvergüenzas se van para Roma, de lo contrario morirían envenenados o asfixiados antes de ser procesados. Cassio y Terencio no caben aquí.

—Nunca se nos había presentado en la colonia una situación como esta, procurador, con tantos detenidos...

—Hablando de detenidos. ¿Se puede saber qué hace encarcelado el presidente del colegio sacerdotal para las cosas sagradas?

—¿Cómo dice? —preguntó Furnio.

—En la misma celda de Ploto me ha parecido reconocer a este importante sacerdote de Roma. ¿Se puede saber qué hace ahí? ¿Estás loco, Furnio? ¡Tú no sabes que pueden matarte solo por ponerle la mano encima! Debes sacarlo enseguida, pedirle perdón y orar a los dioses porque acepte las disculpas. No se puede detener a los sacerdotes de Roma así por las buenas. Pero, vamos a ver, ¿qué hace ahí encerrado?

El duunviro lo miraba a los ojos revelando un desconocimiento total. ¿A quién se refería el procurador? ¿Al carnicero? ¿A su compinche?

—Procurador, ¿me habla usted del carnicero o de su compinche?

—Pero ¿qué patrañas son esas, Furnio?

Un buen rato tardaron en entenderse el procurador y el duunviro. Finalmente, parecía que el carnicero, el más viejo de los detenidos por los crímenes de la colonia, era el presidente de los quinceviro, un colegio antiquísimo formado por quince sacerdotes designados directamente por el emperador. Un sacerdocio del máximo rango creado para interpretar los libros sibilinos, ser ministros del culto de Apolo y administradores de otras ceremonias. Junto con el colegio de los sacerdotes y de los arúspices, constituían la base religiosa del Imperio. De manera que le iba quedando claro a Furnio que se hallaba ante un ilustre personaje, cercano al emperador, influyente en Roma, admirado y consultado en casos de suma importancia y a veces extrema gravedad, y cuya voluntad y palabra pesaba sobremanera en la vida de todas las personas ligadas al Imperio. Además, explicaba también el procurador que este colegio se encargaba de introducir en la vida de los romanos el culto de los nuevos dioses, los griegos y los asiáticos, que constituían la última moda. De modo que el carnicero presidía un importante colegio, centro crucial de la evolución religiosa del pueblo romano. Un bastión que ofrecía anclaje a las necesidades más profundas y espirituales de las personas que vivían bajo él. ¡Qué rimbombantes sonaban estas palabras!, pensaba Furnio, que hacía auténticos esfuerzos por no dejarse sugestionar por ellas, reproduciendo en su retina machaconamente los dos cuerpos mutilados por el carnicero. Las manos de ese gran sacerdote estaban manchadas de sangre, y su crueldad era moneda de presentación suficiente para no dejarse engañar por el papel



que le confería el sacerdocio, que precisamente le obligaba a proteger la vida de los romanos y no a arrebatárselas sin piedad, bajo el velo impune de su grandiosa magistratura. Este discurso no salió de la cabeza del duunviro, pues no se atrevía a contrariar a Servilio Modesto, aunque tampoco estaba dispuesto a entregar al carnicero tan fácilmente.

—Procurador, en esa celda en la que dice que está el presidente de los quincecenviros...

—Quincecenviros, Furnio —corrigió Servilio Modesto.

—Disculpe, que le decía, procurador, que en la misma celda de Ploto están encerrados el carnicero y su compinche. Con las prisas quizás no se ha fijado bien en estos detenidos, porque ¿usted cree que semejante dignidad se va a involucrar personalmente en matar a nadie? Si estuviera interesado en algo así pagaría por ello y no vendría hasta Augusta Emerita... Digo yo...

El duunviro intentaba ganar tiempo. Si efectivamente el carnicero fuese el presidente del colegio sacerdotal del que habían hablado y su vida ya no valiera lo más mínimo, le daba igual retenerlo un poco más y mentir al procurador. Iría a buscar a Halys para que bajara a la celda, a ver si confirmaba la identidad del asesino de los libros sibilinos y le indicaba las pautas a seguir. Servilio Modesto se quedó pensativo ante las palabras de Furnio.

—La naturaleza humana es impredecible, duunviro, nunca podemos asegurar hasta dónde seríamos capaces de llegar en una situación límite. No dudo de que un quincecenviro pueda llegar a matar. ¡Jupiter me libre de ser ingenuo a mis años! Pero lo que sí resulta bastante raro es que el presidente se involucre personalmente en la muerte de un joyero y un abogado de Emerita, en eso estoy contigo —y volvió a callarse—. Tienes razón, es imposible que esté ahí abajo.

Servilio Modesto dio por zanjado el asunto. Llevaba prisa. Debía apresurarse e informar a los soldados del cambio de destino de los detenidos. Apenas abandonó las dependencias municipales, Furnio, en medio de un irrefrenable estado de nervios, comunicó a Cornelio Severo el descubrimiento facilitado por el procurador sobre la identidad del carnicero. Estaban metidos en un lío estrepitoso. El duunviro marchó en busca de Halys para que bajara a la celda y confirmara tal sospecha. Sin embargo, debieron darse la vuelta camino del calabozo, cuando vieron acercarse en dirección a las termas a un contingente de soldados cuya misión bien conocían.

Un equipo de cuatro hombres abría la comitiva, luego marchaba el procurador en una litera cerrada y tras él una formación de treinta soldados más, con el atuendo completo de campaña. El pequeño grupo llamaba la atención. La colonia no contaba con destacamento militar y la soldadesca agrupada siempre suscitaba curiosidad. Para avergonzar a los cabecillas del delito, pretensión del procurador en venganza por intentar matarlo, sería suficiente la detención de estos fuera de la intimidad de sus hogares, lo que seguro provocaría un terrible impacto. Se les detendría delante de todos, y, si se resistían, el procurador estaba decidido a atarlos, todo valía con tal de

cumplir su principal afán: darles un escarmiento.

Al llegar a las termas uno de los soldados anunció a media voz y mirando al horizonte que traían en la litera al procurador de la provincia, y sin pensarlo dos veces, el empleado comenzó a hacer reverencias frente a la cortina que cubría la litera hasta provocar la risa de los legionarios. A continuación fue a buscar ayuda e inmediatamente se lanzó a la tarea de gritar a los ciudadanos que se echaran a un lado, acompasando sus órdenes con un movimiento de brazos que provocaba el quejido de la muchedumbre. Intentaban dejar libre un pasillo suficiente para comodidad del grupo que portaba la litera de la primera autoridad de La Lusitania. Rápidamente se extendió la noticia de la presencia de su excelencia y en torno de él se fue formando un remolino de gente que obligó a emplearse con brío y persistencia al cuerpo de guardia. Servilio Modesto dio orden de detenerse al finalizar la palestra. Al poco, unos soldados le informaron del lugar preciso en que se hallaban los hombres, entonces, salió de la litera en medio de jubilosos aplausos y un fuerte tronío de voces, y avanzó hasta el edificio termal.

Los cuatro soldados que encabezaban la comitiva se dirigieron a la sala de relajación y en ella hallaron a Cassio y Terencio disfrutando cómodamente de un masaje de espalda. Les ordenaron que se vistieran rápidamente y les acompañaran, pues el procurador de la provincia deseaba verlos. La cara de ambos revelaba la más absoluta sorpresa acerca de aquella petición, que resultaba tan informal como estrambótica. Mientras se vestían hacían conjeturas sobre la convocatoria, concluyendo en que Servilio Modesto había tenido el capricho de visitar las termas e, informado de la presencia de ambos, había estimado buena idea compartir con ellos su tiempo. Ya se habían bañado; lo peor que podía suceder es que debieran repetir el baño. ¡Ojalá a Servilio Modesto no le gustase el agua caliente! A ellos no les entusiasmaba tanto calor y casi nunca utilizaban el caldarium.

Con una amplia sonrisa, encantados por acompañar al gran romano, vestidos con ricas telas almidonadas y relajados por manos expertas, aparecieron Cassio y Terencio dejando a su paso un abundante rastro de untuosos aceites. El procurador departía amigablemente ante un corro con un estricto control de la situación. No albergaba ninguna excitación, parecía que tenía una armadura que lo protegía del exterior, permanecía tranquilo y gozoso en medio del huracán que se avecinaba. Servilio Modesto sonreía a sus contertulios dejando que dirigiesen la conversación mientras él paseaba la mirada por las bóvedas de crucería del techo y se fijaba en las losetas de mármol instaladas en el pavimento y en el zócalo policromado de la amplia estancia. ¡El mismo mármol que había generado una avaricia capaz de corromper a decenas de personas! Los cabecillas del expolio se dirigieron hacia Servilio Modesto con un porte firme y solemne, andares de gladiador imbatible y la sonrisa más agradecida y complaciente que les brindaba su inmejorable estado de ánimo. Situados frente al procurador, el corro se abrió ofreciendo un hueco a tan dignos señores, que no dudaron en escenificar un saludo altanero y cómico, igualado por Plauto en sus

representaciones satíricas. El procurador les permitió terminar su presentación con increíble sangre fría y luego, viendo que el protocolo se alargaba en exceso, no dudó en parar con acritud las siguientes intenciones de los dos hombres.

—Antes de que sus ilustres señorías sigan tan ceremonioso saludo, deben conocer el motivo que me ha traído a las termas.

—¡Desde luego! —respondieron desconcertados.

—¡Vengo a detenerles en nombre de nuestro César, el gran Servio Sulpicio Galba, sacerdote máximo de Roma y general en jefe de todas las legiones!

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó Terencio con el ceño fruncido—. Desde luego de bastante mal gusto, aunque venga de nuestro procurador.

—Aquí tenéis la orden firmada por el emperador.

Cassio alargó el brazo hasta tener entre sus dedos el papiro que contenía la acusación contra ellos, lo leyó haciendo muecas con los labios y al llegar al final sus manos comenzaron a temblar. Luego lo entregó a Terencio sin decir nada.

—¿Y era necesario detenernos en las termas? —preguntó el antiguo procurador con gesto de rabia contenida.

—¡Esto es un error! —Se puso a gritar Terencio—. ¡Y un agravio contra nosotros! El César conocerá esta terrible injusticia de la que somos objeto. ¡Esto es una venganza personal, procurador! ¿No se da cuenta? ¡Alguien desea perjudicarnos!

—Creo que vais a tener suerte, porque mañana mismo emprenderéis la marcha hacia Roma junto a otros detenidos y podréis explicar personalmente a Galba qué significan las múltiples pruebas que os acusan a los dos de haber creado un negocio ilícito para llenar vuestros bolsillos con la venta del mármol de Eborá, que es propiedad del Imperio. Habéis estado robando lo que se os entregó para gestionar. ¡Sinvergüenzas! ¡Ladrones! Y me atrevo a decir, delante de todos, que también sois unos asesinos.

—¡Es usted...! Usted es el artífice de esta ignominia —Terencio bufaba como si estuviera a punto de explotar.

—¡Esas palabras te van a costar caro! —dijo a media voz Cassio.

—¡Soldados, detenedlos! Y si se resisten, utilizad los medios adecuados para domesticar a estas bestias.

—Ni se te ocurra ponerme un dedo encima, inútil —vociferó el antiguo procurador a uno de los soldados que intentó atarle las manos—. Mis padres ya cenaban con el buen Tiberio cuando los tuyos se arrastraban a por la limosna del emperador, conque mucho cuidado con olvidar quién es cada uno. ¡Y tú! —clamó contra Servilio Modesto—. Haré que te mueras de asco en un calabozo de Roma mientras tu mujer se convierte en la mayor ramera del arrabal. Cuando informe al César de todo, desearás no haber venido a Augusta Emerita, ¡miserable!

—¡Soldados, dadle dos latigazos! Para que aprenda a tener la boca cerrada.

Al ver cómo trataban a su amigo, Terencio se lanzó a puñetazos contra los legionarios, que no tardaron mucho en reducirlo, azotarlo y amordazar su boca. La

noticia se extendería como la pólvora. La venganza casi estaba concluida. Los que acababan de presenciar lo sucedido permanecían callados, había sido tan increíble e inesperada la detención de los hombres que se miraban entre ellos como protagonistas de un suceso hurtado al destino.

A esa hora el sol ya había caído por completo. Por la vía de acceso al foro municipal, procedente de las termas, bajaba una importante comitiva que se abría paso a codazos cuando la aglomeración del tránsito lo requería. La gente se arremolinaba en los portales conforme divisaban los estandartes imperiales. Muchos se mofaban de los detenidos con comentarios hirientes, sin importarles su identidad. El aire se colaba entre las mellas de sus malolientes bocas, adornando con musiquilla palabras alejadas de cualquier sensibilidad y buena intención, sin ningún disimulo. La condición de preso permitía tales excelencias. Halys y Furnio caminaban a paso ligero hacia los calabozos municipales, iban en silencio, a solo cincuenta pasos del grupo de los romanos, escuchando la cantinela de recreadas maldades que espetaban los bebedores. Pronto los perdieron de vista. El duunviro había prometido contar al bibliotecario la historia de aquellos dos hombres que ahora marchaban humillados para sufrir un castigo bien merecido y cuyo delito estaba emparentado directamente con la muerte de Pompeyo Prisco. Halys se sentía atónito por los acontecimientos de Augusta Emerita. ¡No paraban de suceder cosas! Y todo giraba a un ritmo de vértigo. Ahora, Furnio le rogaba encarecidamente la identificación del famoso carnicero.

—¡Esclavos, dejad pasar a este ciudadano! —ordenó Furnio.

—Como usted mande, duunviro —contestó un guardián.

—Cuando nos marchemos, trasladáis de nuevo al carnicero y al compinche a su celda y dejáis solo al preso de Olissippo. Meted a los otros dos en donde quepan. ¡Ah! Los nuevos detenidos no vendrán. Esta noche se producirá la marcha de todos estos a Roma. De madrugada vendré con el procurador a organizar el traslado, y si os encuentro dormidos, podéis temblar.

—Hecho, Furnio, subamos —dijo derrotado el bibliotecario.

Fuera de aquel lugar, que recordaba un desván donde apilar deshechos humanos y un almacén de salmuera por el mal olor, el futuro se vislumbraba menos mortecino, aunque no había esperanza para un buen augurio tras la identificación del carnicero. Los dos hombres aspiraban grandes bocanadas de aire al salir del agujero. El solo hecho de respirar con soltura aliviaba la sensación de opresión que sentían. Sin dirigirse la palabra, Furnio y Halys se encaminaron al encuentro de Cornelio Severo, que les esperaba en el despacho del duunviro rodeado del resto de magistrados de la colonia, en medio de unas alocadas risas que dadas las circunstancias parecían provenir de otro mundo, pero que se agradecían para sobrellevar los tragos amargos con los que debían lidiar.

—Tito Emilio nos pide ayuda para atender las necesidades amorosas de su esposa

—soltó Cornelio Severo ante la pregunta del duunviro.

—Teme que llegue la noche... ¡Pero hombre, Tito Emilio! Te la cambio por la mía que nunca tiene ganas —añadió el duunviro Valerio Hymino.

—Lo que necesita nuestro edil es una de las plantas que vende Calpurnia para elevar el apetito sexual —determinó Cayo Voconio sumándose a la broma.

—¡Qué bien conoces los brebajes de la esposa de Sulpicio Superster! ¿Tampoco puedes aguantar el ritmo de tu mujer? Y luego se ríe cuando yo me quejo —encontró Tito Emilio ocasión de restaurar su cuestionada hombría.

—¡Uff! ¡Qué ardientes son las mujeres de Augusta Emerita! Yo no tendré ningún problema si a Euterpe se le pega eso.

—Muchacho, no te metas en conversaciones de mayores si no quieres salir trasquilado como las ovejas —azuzó Cornelio Severo desde el asiento de Furnio.

—Las de Augusta Emerita dan mucha y buena lana, ¿no? —preguntó zumbón el chico.

—¡Pero bueno, Furnio! Nuestro romano sabelotodo tiene ganas de guerra. ¡Vaya, vaya! Nos ha salido buena la adquisición —dijo Tito Emilio pasando su mano por la cabeza del joven—. Debes juntarte más con nosotros, lo pasaremos bien.

El duunviro escuchaba las bromas de sus amigos con una sonrisa. ¡No todo iban a ser penas! Así que prefirió dejar que el ambiente se apagase solo antes de comunicar que las detenciones de Cassio y Terencio se habían producido. El flamen de la provincia ya había informado a los otros magistrados de las elevadas toneladas de mármol que habían sido robadas de las minas de Eborá, en beneficio de una red de personajes que utilizaron su influencia para amasar grandes fortunas. También les había puesto al corriente sobre otros detalles, como el traslado de los presos a Roma en la madrugada siguiente. El conocimiento de esa trama de corrupción tan bien orquestada desde Augusta Emerita, camuflando en las propias narices del concilio lusitano una empresa tal, fue levantando la más absoluta admiración y asombro en todos aquellos a los que se les fue informando.

Furnio se disculpó, debía bajar a los calabozos a resolver un asunto.

—¡Furnio, espera! —Halys había salido tras él—. El carnicero... Tú sabes quién es, ¿no? Por eso tenías tanta prisa en que lo viera yo. ¿Quién te ha revelado su identidad?

—El procurador provincial llegó al rato de marcharte tú y bajó a inspeccionar las celdas, y entonces, de buenas a primeras, me dijo que mi vida no valía ni un mal sestercio por haber detenido al presidente de un importante colegio sacerdotal de Roma.

—En algo tiene razón nuestro procurador, el carnicero es el presidente de los quinceviro.

—¿Y tan importante es? ¿Tanto... que no importa que mate a gente? ¿Tiene carta blanca? ¿Puede hacer lo que le venga en gana? —Furnio estaba fuera de sí—. ¿Disponer de la vida de los hombres a su antojo, como si fuera un dios?

—¡Cálmate, Furnio! En la biblioteca que estoy montando hay un volumen de Tito Livio, afamado historiador, donde puedes leer todo lo que se ha escrito sobre este colegio sacerdotal. Eso de que tu vida está acabada es una exageración... Pero, te digo... Nadie debe conocer la identidad de este hombre o estamos perdidos... Además, debemos trazar un plan, nada de improvisaciones. Mañana mismo nos reuniremos con Cornelio Severo, os informaré sobre mis averiguaciones en Roma y buscaremos alguna salida al legado que te hicieron.

—¡Maldigo el día en que me entregaron los libros! ¡Un legado manchado por tanta sangre! ¡Qué pueden importarme a mí esos malditos libros! ¡Ahora mismo los quemaría de buena gana! No los quiero, muchacho, ni verlos deseo. Si no los entrego es por no poner a nadie en peligro, el destino me ha escogido a mí para esta responsabilidad. La verdad es que tengo miedo, Halys. No sé qué debo hacer.

—Alguna solución encontraremos, ya lo verás... Lo primero de todo es sacar de aquí al quincecenviro y esconderlo en otro lugar. ¿Quiénes lo han visto?

—Salvo los esclavos y los detenidos, nadie más.

—No solo ellos, también Servilio Modesto.

—Estaba pendiente del asunto de Cassio y Terencio y me costó poco convencerlo de su error. Esta noche ayudaré en la organización de los detenidos para su traslado a Roma, y luego, cuando todos hayan salido de nuestra muralla, daré un nuevo escondite al sacerdote. Ahora debo atender el llamamiento de la amistad... debo bajar de nuevo al calabozo.

Halys no preguntó más, se despidió del resto de magistrados y de Cornelio Severo y se marchó a casa, dispuesto a dejarse hechizar y caer prisionero bajo las poderosas garras del tentador cuerpo de su querida Euterpe.

La celda donde llevaba preso una semana Julio Ploto era parecida a las otras tres, unos quince por ocho pies de largo. Permitía a un individuo tumbarse y, si no había más de seis, incluso disponían de un cuadrilátero para variar la postura de sus cuerpos. La paja, de la que se amontonaba bastante en un rincón, cubría la piedra del suelo atemperando un poco su frialdad. La celda del antiguo flamen provincial era oscura, solo una poca luz se colaba por las rendijas del pasillo de entrada que igualmente actuaban como conducto de ventilación. Las cuatro celdas con las que contaban los calabozos de la colonia se encontraban alineadas una tras otra, en una sola fila y separadas lateralmente por anchos muros de piedra. El frontal estaba abierto, delimitado por unos barrotes de hierro medio oxidados que daban al pasillo, y la separación entre las rejas no permitía sacar la cabeza, solo el antebrazo. Los detenidos podían comunicarse pegando la cara contra la reja más próxima a la celda contigua, eso sí, si los oían, los esclavos aprovechaban la ocasión para entrenarse con el látigo. Al final del pasillo, al lado de la cuarta celda, se abría una habitación más grande al no estar cerrada a él, pero no contaba con ventilación, era un lugar destinado a los interrogatorios. Este espacio disponía de una puerta de entrada y otra de salida que prácticamente no se utilizaba. Nadie sabía qué había detrás de la puerta

del fondo y la leyenda le otorgaba una siniestra función de cámara mortuoria, destino confirmado por algunos presos que decían escuchar vagos quejidos provenientes de allí y habían resuelto que se trataba de los lémures de quienes habían muerto en ese lugar. Pocos ruidos nocturnos oían los ocupantes de las concurridas celdas que no provinieran de sus propios cuerpos, aunque la imaginación era libre. De los muros del temido cuarto colgaban hasta siete instrumentos de tortura, aunque normalmente el látigo era método suficiente para tirar de la lengua. El duunviro ordenó a uno de los esclavos que llevara a Ploto allí. Mientras el de Olissippo arrastraba los pies fuera de la celda, los compañeros le tocaban el brazo en señal de compasión y metían los morros resoplando palabras de aliento.

—¡Dame un abrazo! —Furnio obligó a Julio Ploto, que acabó cediendo y pasando sus brazos por la espalda del otro.

Después del afectuoso saludo, el duunviro interrogó con la mirada a su amigo, que bajó la vista de inmediato.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Loco! ¿Qué necesidad tenías? ¡Ya eras rico! ¿Por qué tanta codicia? —preguntó Furnio esperando una respuesta.

Los ojos del empresario se llenaron de lágrimas, mientras las babas caían de su reseca boca que intentaba articular palabras que no salían.

—¡Cuida de Crispula! Ella no tiene ninguna culpa y esto le va a acarrear la muerte —dijo Ploto haciendo un esfuerzo para que su voz pudiera entenderse.

—Dame una explicación. ¿Estabas en la ruina? ¿El negocio iba mal y no dijiste nada? Es que no lo entiendo... ¿Por qué te metiste en esto?

—Para eso has venido, ¿no? Para que te explique ¿qué...? Que me he vuelto loco..., que no tengo juicio..., que me ha podido la avaricia... No tengo ninguna explicación. Solo dime si podrás perdonarme sabiendo que he robado.

—Tu visita de hace poco... ¿Qué significó aquello? Tu entrevista con el procurador... ¿Intentaste engañarlo?

—Se había llegado muy lejos con los envíos de mármol, cada vez más material y más gente implicada, creí que podrían pillarnos y vine a salvarme.

—No te conozco, Julio Ploto... Parece que estoy en presencia de otra persona. Pasaste aquí en Augusta Emerita ocho años. Día tras día nos vimos. Me ayudaste cuando lo necesité y siempre has estado ahí... ¡A ti te han envenenado! ¡Te han quitado el juicio! Alguien te ha echado mal de ojo...

—No te engañes, Furnio —respondió el otro secándose las mejillas.

El duunviro se quedó paralizado, prefería mentirse. ¿A qué clase de desengaño podría conducirlo ver a un hombre al que creía justo y honorable convertido en un vulgar ladrón? El fiel amigo de Olissippo que él había tratado, minucioso en sus responsabilidades como demostró ejerciendo el flaminado, no era aquel deshecho al que nada juicioso escuchaba y que se culpaba sin remordimientos, como si le diese todo igual. Pedía a gritos una condena. ¡Qué insensato! ¡Y Crispula! En algo tenía razón, esta detención acabaría con ella. ¡Venían malos tiempos para la familia de

Julio Ploto! Cuando Arria Pale supiera de estos hechos se llevaría un disgusto terrible. Furnio temía ese momento, lo mismo se le metía en la cabeza marcharse a Olissippo a ver a su parienta, como llamaba a Crispula con cariño.

—¿Y tus hijos? —preguntó Furnio.

—A ellos no les metas en esta mierda, los envíos están firmados por mí. Nada conocían sobre el transporte ilegal del mármol.

—Pero dime... ¿Cómo están ellos? ¿Te han abandonado?

—Se han marchado a Roma con el fin de estar presentes en el juicio. Ellos creen que ha habido algún error. El mayor se enterará cuando vuelva de Macedonia.

Las últimas palabras se ahogaron en su garganta. Hablar de sus hijos, que confiaban en su inocencia, le hizo venirse abajo. Se revolvió contra el muro y comenzó a llorar sin consuelo.

—Me lo he buscado, hermano —dijo al fin.

—Y por eso mismo cumplirás tu condena, tus acciones te han conducido a este destino y debes aceptarlo, pero no olvides que en mi corazón hay un hueco para ti. Tampoco quiero que te lleves a engaño. Si se me pide que testifique contra ti, lo haré, y luego cargaré con mi propia desgracia. Ese es el problema de amar a alguien, que sus desdichas te acompañan.

Julio Ploto escurrió el cuerpo hasta dar con los huesos en el suelo, no paraba de gimotear.

—¿Tienes suficiente comida? —preguntó el duunviro.

—Esos esclavos que nos vigilan nos tratan como a perros —fue su respuesta.

—¡Ya!

—Furnio, ten misericordia.

El duunviro sacó una bolsa de tela que llevaba escondida bajo la toga, había en ella alimentos excluidos del menú de los presos y dos medidas de vino.

—Le diré al esclavo que te deje un rato a solas. Come bien, lo necesitarás. El camino hasta Roma es largo, partiréis esta madrugada. Os acompañarán Cassio y Terencio, que también acaban de ser detenidos.

El viejo Ploto comía, las lágrimas caían de unos ojos que no tenían espacio más que para la tristeza. Furnio abandonó el lugar con un fuerte dolor de estómago. No era fácil dejar en aquella situación a su amigo, nada más podía hacer por él, quizás interceder ante el procurador, que estaba firmemente ofendido por las triquiñuelas con las que había intentado salvarse.

En los sótanos del palacete de Otón había llegado el momento de las confesiones. El procurador había entrado con mal pie en su prestada residencia. Polonia se había enterado de las detenciones en la asociación de mujeres, avisadas por una esclava de Sabina, y reclamaba explicaciones. Servilio Modesto le expuso algunos detalles acerca del robo de Ehora bajo promesa de guardar silencio hasta que se hiciera



público. Poco le contó que no fuera a conocerse enseguida, pues sabía que Polonia no aguantaría con la boca cerrada, y sobre todo él pretendía ganársela para la causa que debía lidiar, no podía ocultarle que los presos estaban en los sótanos del palacete.

La romana asumió la noticia sin violentarse, los argumentos de su marido sobre un cobijo decente para los antiguos dignatarios, omitiendo crueles interrogatorios, bastó para que la mujer no opusiese reparos. Desde luego influía en su benevolencia el rango de los detenidos, no hubiera sido lo mismo guarecer a vulgares ladrones. Por fin comprendía Polonia el fatigoso trabajo de su esposo en los días anteriores, el movimiento de soldados que iban y venían y la cantidad de personas que lo requerían y obtenían su máxima atención. Ella conocía bien a Servilio Modesto. No se mostraba irascible por el peso de los grandes acontecimientos, simplemente dejaba de dormir y se pasaba las noches medio en vela. Excepto por ese comportamiento, nada importante parecería que fuera a ocurrir, pero ella sabía que algo se avecinaba. Polonia admiraba la integridad de su esposo y su firme carácter poco dado a dejarse influenciar. ¡Se había atrevido a detener a su antecesor en el cargo! ¡La cosa era gorda! Altos ideales guiaban sus pasos, y aunque se había topado con grandes obstáculos en su vida, como la insubordinación permanente de los britanos, los galos de la provincia Narbonensis de los que no podía fiarse porque jugaban a dos bandas o el gobernador del exótico Egipto que pretendía hincharse los bolsillos..., siempre había salido victorioso de esas batallas. Polonia confiaba en su esposo. La diosa Fortuna lo tuviera bajo su protección, porque el antiguo procurador tenía linaje honorable, mucho poder y dinero.

Cassio procedía de una familia emparentada con la dinastía Julia en grado decimoquinto, lo que suponía en realidad que pertenecía a otra gens, pero al antiguo procurador le gustaba presumir, recordando la majestuosa estirpe de sus antepasados, que en Roma era una excelente carta de presentación. Cassio contaba pocos años menos que Servilio Modesto, la artrosis castigaba sus huesos, curvando con pronunciada hondura la columna, y ahora también sus dedos, que comenzaban a torcerse. Había ejercido en Roma algunas magistraturas de alta distinción, con la pretura como colofón. Por entonces, se especulaba que le entregarían una propretura y gobernaría una provincia del Imperio, pero suerte tuvo de que le asignasen una procuratela en una provincia menor, en lugar de haberlo castigado por encubrir a un esclavo que dio muerte a su amo. Cassio fue el pretor que juzgó el famoso y presunto asesinato del amo de Terencio. Se difundieron todo tipo de habladurías sobre aquel hecho, que llegaban incluso a implicar al propio pretor en la falsificación del testamento del finado, pero nunca pudieron probar nada al respecto, por más que intentaron sus familiares y allegados aportar pruebas. La familia del muerto era de rango menor a la de Cassio, y Claudio optó por quitarlo del medio enviándolo a Augusta Emerita, soportando la cantinela reivindicativa de los parientes, que no se conformaban con la decisión del emperador.

En esas circunstancias llegó a la colonia lusitana el antiguo procurador, hacía casi

dos décadas. Servilio Modesto sabía hasta dónde debía llegar con un personaje como Cassio, debía ser prudente en el empleo del látigo. Se habían creado muchas expectativas respecto al interrogatorio de esa noche, se deseaban confesiones no avaladas por pruebas; ese era el caso del intento de asesinato de Servilio Modesto y del supuesto crimen de Pompeyo Prisco. Ni Furnio ni Sulpicio Superster estarían presentes en el interrogatorio, pues confiaban ciegamente en Servilio Modesto. Las conjeturas de los lusitanos eran confusas, aunque la intuición las anunciaba de suma importancia. Contaron a Servilio Modesto lo que sabían, remontándose más de veinte años atrás al territorio de la gran metrópolis. En Roma mucha gente creyó que Terencio había matado a su amo, un caso que levantó mucha polémica y que se resolvió a decir de muchos por la puerta de atrás, sin una auténtica investigación. Los de Emerita creían que Terencio había matado a su amo, y después a Pompeyo Prisco, porque este había descubierto un dato sobre la motivación del antiguo esclavo para el crimen de antaño, y en este punto Sulpicio Superster comunicó las repetidas palabras de su amigo que ahora cobraban significado, «él ya conocía las minas de Eborá, no vino aquí ciego». Lo que Sulpicio Superster descubrió tras conocer que Cassio y Terencio estaban relacionados por la muerte del amo de este, Vindelio se llamaba, es que Pompeyo Prisco había investigado sobre las minas de Eborá en la época en que murió aquel y se enteró de que tenía la concesión para explotar Eborá otorgada por el emperador Claudio, que al poco de su muerte la cedió a la provincia lusitana al formar parte de su territorio y poder realizarse un control más exhaustivo desde aquí. Ese dato debió abrir los ojos a Pompeyo Prisco, pensando que era el punto de conexión para demostrar por qué mató a su amo. ¡Veinte años después, él era el contratista minero! Mucha casualidad era aquello. ¡Esa coincidencia debía significar algo! A lo mejor Pompeyo Prisco visitó a Terencio y le amenazó con difundir su hallazgo, desencadenando su propia muerte. Algo así creían los lusitanos que ocurrió, y fue la historia que contaron al procurador, que, a su vez, recordaba aquel episodio. No eran conjeturas fantásticas.

Servilio Modesto estuvo reflexionando sobre esta información, sin parar de darle vueltas en su cabeza: algunas claves de la historia aún no acababan de encajar y debían investigarse para llegar a una conclusión definitiva. ¿Por qué había ayudado Cassio a un esclavo al que no conocía de nada? ¿Por qué se había jugado su carrera política para salvarlo? ¿Verdaderamente creía en su inocencia? Esta hipótesis no se mantenía en pie. Cassio no era de los que apostaban por las causas perdidas, y menos aún si iban acompañadas de tan elevado coste personal. Además, había otro flanco débil. ¿De dónde había sacado tanto dinero Terencio para competir por la contrata de la explotación minera? No se había hecho empresario hasta casi cinco años después de su libertad. El procurador sabía que había llegado a Augusta Emerita un poco más tarde que el antiguo pretor y que entró al servicio de este como administrador para ayudar en la tarea de organizar y gestionar las finanzas públicas de la provincia. ¿Cómo creció su fortuna tan rápido? El cargo, aunque bien remunerado, no podía dar

para tanto. ¿Por qué el antiguo procurador lo había acogido bajo su mano? Estaban lejos de Roma, pero las noticias, tarde o temprano, llegaban a todos los sitios y se exponía a que la sospecha sobre el incidente pasado no acabase por desaparecer y tampoco el motivo de su destierro a Emerita. ¿Por qué exponerse tanto? ¿Por qué no pasar página y seguir vinculado a aquel esclavo que ninguna suerte le había traído? Todas estas preguntas iban y venían en su cabeza.

Entonces cambió la premisa principal y el rompecabezas comenzó a ensamblarse. La historia encajaba si hubiera sido Cassio quien hubiera matado a Vindelio, y no Terencio. En realidad, el antiguo esclavo lo habría estado protegiendo todo el tiempo aguantando sobre sí las sospechas de culpabilidad. Así parecía lógico que el pretor se molestase tanto en procurar que aquella acusación sobre aquel no fuese a ningún sitio. Quizás la obtención de la libertad fue el precio que puso Terencio a su silencio, así se entendería la problemática del testamento, que probablemente fuese falsificado. Quizás también fuese el motivo por el que tiempo después le dio trabajo entre su personal, acogiéndolo a pesar de saber que le traería más perjuicio que otra cosa. Este nuevo planteamiento unía los hechos componiendo una historia sin fisuras, y aunque no tenía pruebas concluyentes, Servilio Modesto apostó por transitar la senda confusa del difícil interrogatorio asido a tales argumentos.

Despidió a Polonia y bajó a los sótanos. Había ordenado separar a los dos detenidos antes de iniciar el procedimiento, solo de esa manera podría crear una duda razonable en sus testimonios. Empezó por Cassio.

—El origen de tu actual situación se remonta a los tiempos en que disfrutabas de tu pretura en Roma y ambicionaste la enorme fortuna con que Vindelio hacía crecer su patrimonio gracias a las minas que explotaba en tierras lusitanas. Esperabas un pronto nombramiento como propretor. Poco te costaría convencer al bueno de Claudio de que te diese el gobierno de La Lusitania y la gestión de sus propiedades. El imperio recibiría lo mismo y él se ahorraría trabajo, posiblemente fue así como lo argumentaste. La Lusitania es una provincia poco deseada por la mayoría, pero no por ti, que pensabas en sus minas y en las ganancias que podrías obtener. En este territorio, lejos de Roma, pensabas hacer y deshacer a tu antojo, pero ¿qué pasó con Vindelio? ¿Conocía tu pretensión? Porque está claro que se puso en tu camino y no dudaste en asesinarlo y hacer que pareciera obra de su siervo Terencio. Pero fuiste tú. Claro que él también obtuvo beneficios infinitos. ¡Veinte años después explotaba las mismas minas que su amo! ¡Imagínate las sorpresas que nos depara el destino! — Servilio Modesto hablaba como si estuviera explicando una lección ante decenas de alumnos—. Me pierdo en los detalles, por favor, cuéntame, estoy deseando conocer los pormenores de aquel turbio asunto.

El sótano ocupaba casi el mismo perímetro de lo construido en superficie. Tenía bastantes recovecos y divisiones. Algunos espacios se destinaban a cobijar documentación del gobierno de La Lusitania, como si fueran una especie de archivo. Otra parte se usaba para guardar provisiones cuya perdurabilidad aumentaba por las

virtudes de la piedra y la paja. El procurador había elegido dos habitaciones separadas a las que apenas llegaba el eco de las voces. El receptáculo que albergaba al derrotado Cassio, cuyas oscuras y profundas cuencas bajo los ojos demostraban el ánimo agotado del hombre, solo contenía una silla de juncos y una mesa rectangular medio desvencijada. Presentes en el interrogatorio se hallaban dos soldados y Hermes. La primera intervención de Servilio Modesto no hizo reaccionar a Cassio, cuya mirada permaneció como perdida en el limbo, sin pestañear, sin interés ante la escena, despreciando aquella pantomima, como calificaba a los esperpénticos cambios que lo situaban en el mundo delictivo.

—Y a Pompeyo Prisco, ¿quién de los dos lo mató? O lo hicisteis juntos.

El silencio fue la respuesta.

—Y luego pasamos a un asesinato frustrado. Digo bien, frustrado... porque no conseguisteis matarme... ¡Qué rabia debió daros! Solo me ocasionó la fractura de dos costillas y otras pequeñas lesiones. No dices nada... lo entiendo. También conseguiré demostrar que has matado al joyero de Augusta Emerita y al senador Norbano Mensor.

—¡Viejo chocho, no sabes lo que dices! Más de una semana hace que detuvieron al asesino de los emeritenses.

—Protestas —canturreó Servilio Modesto con vivacidad—. Es normal, no quieres pagar por lo que no has hecho.

—¡Bastardo de los infiernos! Cuando llegemos a Roma, te arrepentirás de esta canallada.

—¡Soldados!

No hizo falta que dijera más, los soldados levantaron el látigo y golpearon con fuerza los muros de piedra. Dos veces cada uno. El estallido produjo un silbido imposible de silenciar. Debía infundirse miedo a Terencio, la parte más débil de aquella unión, el que más tenía que perder.

—Quiero que tengas muy clara una cosa, Cassio. —Servilio Modesto se situó frente a él—. Tu vida vale tan poco como la del servil Terencio. Un patricio de noble cuna y estratégicos contactos en la administración imperial como tú debe sentirse a salvo de cualquier condena. Pero te equivocas. El emperador está perfectamente informado de la cantidad de piedra que habéis esquilado en Eborá, el tiempo que lleváis haciendo esto y el suculento negocio con el que se han lucrado vuestros bolsillos, que son las mismas pérdidas que ha tenido el Imperio. Habría dado para varios acueductos de los que reclaman en Roma con tanta insistencia los de Emerita, y solo es un ejemplo. Otón fue el promotor de la investigación sobre las cuentas que habéis presentado en el concilio lusitano e imaginarás su fuerza en la corte de Galba. Muy contento no están con vosotros en Roma, y cuando vean las pruebas que avalan nuestra denuncia, no dudarán en condenarte a ti y a quien haga falta.

—¿Y qué quieres? ¿Un aplauso?

—Lo que quiero es que confieses tus crímenes y yo intercederé por tu vida.

—¡Es intolerable! ¡Tú serás el que bese mi culo! ¡Apuesta tu vida, malnacido!

Hermes golpeó con tal fuerza el pecho del anciano al levantarse que ocasionó su caída y le hizo una pequeña brecha en la cabeza por la que se filtraba la sangre. La rabia le engordaba la vena del cuello, que a punto estaba de reventar.

En ese estado, Servilio Modesto prefirió abandonarlo y probar suerte con Terencio, y hasta su celda se trasladaron.

—Vuelve enseguida, Terencio —dijo el procurador refiriéndose al soldado que salía—. Va a por vendas para limpiar la sangre de su excelencia.

La voz se elevó potente, con la intención de hacer añicos la confianza y entereza del antiguo esclavo.

—Tu compañero de fechorías lo ha confesado todo y te ha culpado a ti.

—Tus palabras ofenden —Terencio no pudo callar, su prepotencia era irrefrenable—. Una burda estrategia que no hace justicia a la inteligencia de su señoría, y desde luego, si espera una confesión mía, ya puede marcharse y no perder más tiempo.

—Verás, no hablo del robo a gran escala que teníais organizado los dos. Por cierto, te felicito. ¿Cuántos años llevabais en esto? ¡Qué buen trabajo! En fin... lo que cuenta es que os hemos pillado, las pruebas son claras y concluyentes, y os condenarán por mucho tiempo. Pero... yo me refería a los asesinatos.

—No deja de sorprenderme, excelencia, su imaginación no tiene límites, igual que su odio hacia nosotros. ¿Por qué nos hace esto?

Servilio Modesto contó la misma versión de los hechos que había trasladado minutos antes al antiguo procurador.

—El problema del asesinato de Pompeyo Prisco reside en su clase, él era un senador, un patricio del Imperio, y te condenarán a muerte sin posibilidad de conmutar la pena. En cambio, no es lo mismo para tu amigo Cassio, conoce gente y tiene poder, aunque se pruebe su culpabilidad, no le condenarán a lo mismo... Entonces te planteo, ¿por qué no te devuelve el favor que hace veinte años le hiciste tú? Ya sabes. Él podría echarse las culpas, como hiciste tú con Vindelio, su condena nunca será la misma que la tuya, ni su edad tampoco lo es, piénsalo, porque en caso contrario te espera el filo de la espada o los maderos de la cruz, yo intentaré que te maten de este último modo, por pretender quitarme de en medio durante mi visita a las canteras... ¿Te acuerdas de aquello? Murieron varias personas.

Terencio se puso nervioso. Solo imaginar que Cassio podría vivir y él cargaría con toda la responsabilidad le había revuelto el estómago. Terencio sabía que Servilio Modesto intentaría jugar con ellos para hacerlos confesar, pero había supuesto que se referiría al tráfico ilegal de mármol, nunca había pensado que saldría a la luz el antiguo asesinato de Vindelio y el de Pompeyo Prisco, y además el fracasado crimen del obstinado procurador. Ciertamente, no sabía qué pensar. Ya le cargó Cassio otra muerte. ¿Y si pretendía hacer lo mismo ahora? Terencio era consciente de que su origen esclavo y la sospecha por la muerte de su dueño pesarían en su contra si Cassio decidía involucrarle. Ya lo arregló todo en el pasado, y si pretendía zafarse de

las nuevas acusaciones, también lo conseguiría; él, en cambio, cargaría con unos muertos que no eran suyos, por lo menos no todos. A Vindelio y a Pompeyo Prisco los asesinó Cassio. La ejecución de la frustrada muerte de Servilio Modesto sí la hizo él. Pero ¿a quién iban a creer? La cara del antiguo esclavo se volvió pálida y sus tripas se revolviéron zahareñas.

—Como veo que no te decides a hablar, vamos a traer a nuestro inteligente y brillante romano, compañero tuyo de actividades delictivas, para que formule delante de ti todas las acusaciones que hizo en mi presencia. Te aseguro que no le costará nada. Así te convencerás de lo que te conviene —farfulló Servilio Modesto sin tenerlas todas consigo.

Al cabo de unos minutos, Cassio entraba con la silla de juncos entre las manos y la mirada clavada en su colega de tropelías.

—¡Ni se te ocurra hablar, porque yo no he dicho nada! —ordenó.

—¡Deja de mandarme! Ya no eres nadie —le reprochó su socio—. Sabe que tú mataste a Vindelio.

—¡Inútil! Yo no he dicho nada de eso. ¿Cómo voy a inculparme? ¿Estás loco?

—Pero acusarme a mí no te resulta tan difícil.

—Te repito que no he dicho nada. ¡Te está tratando de engañar! —gritó Cassio.

—Ni se te ocurra darme una voz más. Estás acabado.

—¡Maldito esclavo! Debí dejar que te pudieras sin obtener la libertad.

—Sí, pero no podías hacerlo...

—Me las hubiera apañado muy bien sin ti.

—Bonita escena —dijo entre risas el procurador.

—¡La culpa de todo es tuya! —vociferó Terencio fuera de sí mirando a su carcelero.

Con la ira de sentirse como una rata sin escapatoria lanzó el cuerpo y el puño contra Servilio Modesto, que recibió a medias el golpe gracias al rápido movimiento de Hermes. Dos latigazos redujeron a quejidos la potencia del empresario.

—No es conveniente que sigas acumulando delitos —matizó el procurador moviendo la mandíbula de un lado a otro.

Terencio no podía contenerse y comenzó a golpearse contra la piedra de la pared hasta que los soldados lo detuvieron y lo amarraron a la silla.

—Vayamos al grano. No estoy dispuesto a perder más tiempo. El crimen de Vindelio no puedo demostrarlo, pero el de Pompeyo Prisco sí, y voy a imputártelo a ti, Terencio. Las pruebas que poseo no son concluyentes, pero conseguiré implicarte, además, por tu origen y con tu historial, será más fácil obtener una condena a muerte. Y lo que sucedió en las canteras se lo voy a cargar a Cassio, contra él tengo el testimonio de Hermes, que no dudará en refrendar mi acusación.

—¡Por supuesto, excelencia! Lo que usted ordene.

—Sé que sois culpable, así que me da igual quién hiciese una cosa y quién otra. Al final os condenarán a los dos como merecéis.

—Terencio, no le hagas caso, si pudiera demostrar algo no hablaría con nosotros. No creas nada de lo que dice, juega con los dos. —Cassio intentaba que su compañero no se hundiera. Si ninguno confesaba no había pruebas definitivas.

—Os voy a dar una única oportunidad. Solo esperaré un rato a que os decidáis. Estaré arriba. El primero en colaborar recibirá un trato ventajoso, yo personalmente intercederé por su vida.

El procurador había pensado una última estrategia. Transcurrido un tiempo prudente llamaría a Cassio, cuando Terencio lo viese subir imaginaría lo peor y no haría falta ninguna medida nueva de presión. Cantaría de un tirón. Sin embargo y contra todo pronóstico no fue necesario esperar tal plazo. Apenas cinco minutos después, el mismísimo Cassio reclamaba su derecho a salvarse. El antiguo esclavo se volvió loco al ver la traición de su jefe y hubieron de volverlo a atar y amordazar antes de que pudiera ocasionarse daños de importancia. Al poco, también decidió confesar y no cargar con todas las culpas. Servilio Modesto hubiera apostado que la simbiosis se desmembraría por el lado de Terencio, fue una sorpresa comprobar el aguante de quien más tenía que perder. Al final las acusaciones de uno y otro permitieron obtener la verdad. El antiguo procurador acabó por enterarse de la investigación que Sulpicio Superster y Pompeyo Prisco realizaban sobre las cuentas de la explotación minera, y convocó a este último a fin de sonsacarle información y derivar las sospechas hacia Terencio para ganar tiempo. Durante quince días lo mantuvo a su disposición, con la excusa de ayudarle a desenmarañar las cuentas, envenenándolo tacita a tacita. Respecto al fallido plan para asesinar a Servilio Modesto haciendo que pareciera un accidente, se supo que fue planificado por Cassio y ejecutado por Terencio. ¡Por fin! ¡La verdad veía la luz! Todo estaba al descubierto y todo se acababa. La justicia había triunfado, no era una quimera.

El procurador lusitano respiró aliviado, ya podía retirarse. Ningún emperador volvería a convencerlo de ocupar cargo alguno; no cedería, ni aunque lo amenazasen con el exterminio del mundo. Después de tanta tensión, la salud del magistrado se resentía, se revelaba frágil. Su cuerpo sufrió un bajón repentino, le faltaba el aire y un sudor frío recorría su frente. Necesitaba descansar, aislarse de tantos problemas. Se retiró a su dormitorio y en la oscuridad de aquellos lujosos muros, recubiertos con el mejor mármol de Eborá, solo Polonia lo vio llorar sin consuelo, abatido frente al escritorio. Nunca había deseado con más ahínco soltar su responsabilidad y dedicar sus días a la vida contemplativa, a la lectura y los paseos.

Tres horas antes de que el alba brindara la naciente luz al nuevo día, se puso en marcha la operación que conduciría a los presos hacia Roma. Los soldados que habían llegado desde la capital para participar en las múltiples detenciones, ahora acompañarían tal contingente. La organización del grupo se preparaba tras los muros de la puerta norte. Los prisioneros habían subido en fila india por el decumanus principal hasta llegar a esta puerta, el trayecto había sido breve, allí les esperaban la mayor parte de los legionarios, los carros, los caballos y las mulas. Escuchaban las

órdenes mientras les ataban las manos de cada uno con otro. Las normas eran claras, no permitirían ningún resbalón; a la mínima se quedarían sin comer, sin descansar en las carretas o, en caso de intentar la huida, debían saber que hallarían la muerte. Solo faltaba la llegada del gran magistrado romano y de los grandes jefes del expolio. Los carros con las provisiones, las lonas y las tiendas de campaña militares cedidas para la ocasión se habían colocado en último lugar. Los presos permanecían de pie con una capa que les había sido entregada para proteger sus cuerpos. Los soldados marcharían a caballo, un grupo de cuatro encabezaría la marcha, uno de los cuales ya tenía preparado el estandarte que portaría y que los identificaba como una de las legiones del César en misión oficial para disuadir a los grupos organizados de asaltantes. Detrás de estos soldados marcharían dos carros destinados al transporte de los más viejos y los enfermos, y por último se colocarían los detenidos en fila. Todo estaba preparado. Tomarían la calzada que llegaba hasta Toletum y de ahí a Carthago Nova, donde embarcarían rumbo al puerto de Ostia en Roma. Furnio y Cornelio Severo habían estado junto al procurador inspeccionando la marcha de los presos. El breve descanso de Servilio Modesto le había devuelto la fortaleza necesaria para terminar su deber. Una vez el contingente de detenidos comenzara la andadura su labor habría concluido hasta el juicio. Estaba deseando que pasasen los pocos minutos que faltaban.

Los emeritenses acompañaron a Servilio Modesto hasta la puerta norte, estaban de un humor excelente, ya se habían enterado de las confesiones de Cassio y Terencio. Los soldados estaban advertidos, debían vigilar a ambos, especialmente al antiguo esclavo, que había jurado acabar con Cassio antes de llegar a Roma; como él mismo había señalado, su vida la daría por bien empleada si terminaba con aquel jorobado traidor. Furnio había recobrado un entusiasmo vigoroso, perdía a Julio Ploto, pero había ganado una honrosa memoria para Pompeyo Prisco. Todos sus vecinos conocerían su historia. Tenía pensado proponer a la curia un día de fiesta en su nombre. En cuanto a su viejo amigo Julio Ploto, el duunviro había logrado que lo subieran a la carreta, le obligarían a andar para evitar protestas, pero solo el tiempo imprescindible. Cornelio Severo deseaba olvidarse de Ploto y no mostró ningún interés por él, le dolían demasiado sus mentiras y no podía perdonarlo. Servilio Modesto tenía tal agotamiento que evitó el discurso preparado días atrás que versaba sobre el triunfo del bien a poco que el destino, los dioses y la honrada y comprometida conciencia de los hombres ayudaran en algo. Conversó con el oficial que tenía a su cargo el traslado de los detenidos y se marchó incluso antes de que partiera el contingente rumbo a Roma. Los magistrados emeritenses hicieron lo mismo. A Furnio le urgía una tarea trascendental.

—¿No puedes dejar para mañana el traslado del carnicero? —preguntó Cornelio Severo al ver la impaciencia que guiaba los pasos de su amigo.

—Halys me ha insistido en que los lleve a algún lugar que nadie conozca. Por la mañana será imposible, así pues, aprovechando el madrugón de hoy, los trasladaré



ahora mismo.

—¿Y dónde los vas a llevar?

—No se lo voy a decir a nadie, ni siquiera a ti. Creo que así protejo tu vida.

—Estamos juntos en esto.

—Ya has escuchado mi última palabra. No se hable más —insistió el duunviro.

—¡Eres un cabeza dura!

Al flamen provincial no le quedó otra, su amigo no cedería. El duunviro tenía pensado sacar al carnicero y su compinche y trasladarlos a una casa de campo que poseía camino de Hispalis, a una hora a caballo de Augusta Emerita. No se le había ocurrido otro lugar.

—¿Por qué está abierta la reja de entrada a las celdas? —interrogó Furnio nada más entrar.

—Hemos creído que ya no importaba —contestó con miedo uno de los esclavos municipales.

—Pero mis órdenes siempre han sido claras. ¡Nada de tener esa puerta abierta!

—¡Como ya no hay presos! —contestó el otro.

—¿Y cómo llamas tú al carnicero y a su compinche? —preguntó Furnio enfadado por las contestaciones de los esclavos.

—Se los han llevado. ¡Como usted ha ordenado!

—Pero ¡qué dices...!

El duunviro no acabó la frase temiendo lo peor. Corrió hasta la celda del fondo, estaba vacía. La puerta de atrás aún seguía abierta, daba entrada a una cámara que conducía a la libertad, aunque pocos lo sabían en Augusta Emerita. El duunviro siguió el recorrido, primero una rampa, luego un largo pasadizo y finalmente un muro y una tapadera, costosa de mover, pero que permitía acceder directamente al campo. Furnio llegó hasta la salida, asomó la cabeza por el hueco de la tapadera y la vio allí, tirada entre la abundante maleza, luego salió al campo y miró alrededor, quizás esperando ver a los fugitivos, pero solo divisó, a lo lejos, al grupo de detenidos camino de Roma. ¡El carnicero y su compinche se habían escapado! ¡Las peores predicciones de Halys se cumplían! El duunviro sintió un descanso y un alivio sin iguales; debía sentirse fatal, pero no fue esa la sensación que invadió su interior, al contrario. Él sabía que no habían matado al azar, los crímenes estaban relacionados con los libros sibilinos, así que la mayoría de la población estaba a salvo. Sin embargo, se convertiría en un problema grave comunicar este acontecimiento a los ciudadanos, el miedo se apoderaría de ellos y arreciarían las críticas contra su persona... Luego estaba el veredicto de la curia... Pero eso pertenecía al futuro, por el momento él se sentía un hombre libre. Era una extraña percepción que no obedecía a la realidad. Lo cierto era que sus problemas se habían incrementado. Todas las predicciones lo convertían en la próxima presa del carnicero, que había escuchado

decir de sus propios labios que los fabulosos libros estaban en su posesión.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Furnio a los esclavos, que ya tenían plena conciencia de haber metido la pata.

—Era un senador, excelencia. ¡Seguro! Nos enseñó el anillo que ustedes llevan y nos dijo que había órdenes nuevas dadas por el duunviro Sexto Furnio Juliano. Se iba a trasladar a los detenidos ante su presencia y que si dudábamos un segundo más recibiríamos tantos latigazos como pelos hay en nuestra cabeza.

—¿Y cómo era su aspecto?

—No pudimos verlo, llevaba capa con capucha.

—¡Sois unos inútiles! ¡Os han engañado!

Los hombres se arrodillaron suplicando perdón. Ellos eran esclavos y no se atrevieron a contrariar las órdenes de un decurión emeritense. Tenía la llave para entrar en el calabozo, el anillo para identificarse como senador y la otra llave, guardada en secreto en el despacho de Furnio, para salir por detrás. Ellos no desconfiaron, creyeron obrar bien.

—Cuando todo esto termine pensaré en el castigo que recibiréis los dos. Y ahora espero el más absoluto silencio sobre la fuga de esta noche. Vuestras bocas deben permanecer selladas ante todos, hasta que personalmente yo os diga lo contrario. Si volvéis a fallar y contáis a alguien lo que ha ocurrido, os esperará la muerte. ¡Ya lo sabéis! Espero que lo hayáis entendido, porque dos veces no perdonaré vuestras vidas y tampoco escucharé las razones y excusas que tengáis, ni vuestros lloros y súplicas.

Los esclavos besaban los pies de Furnio y pedían perdón entre lágrimas, mientras el magistrado les rogaba calma, intentaba averiguar cualquier detalle significativo sobre la fuga. Inmediatamente les ordenó que cogieran las antorchas e inspeccionaran el pasadizo, cualquier rastro era crucial. ¡Estaba deseando hablar con Halys! ¿Qué haría cuando se enterase? ¿Qué le diría? Le dolía no haber estado a la altura de las circunstancias. Se sentía un inútil. Siempre creyó que los calabozos eran seguros. Desde el principio no concibió el alcance del legado; ahora los hechos, y no solo las palabras de Halys, le anunciaban la magnitud de una dádiva que excedía de sus competencias. ¿Qué poderosos personajes andaban tras los pasos de los libros sibilinos? Una cosa sí podía deducirse, la fuga del carnicero y su compinche revelaba traidores en el corazón del senado emeritense. Furnio reducía las sospechas a los magistrados de la colonia, solo ellos sabían determinados detalles. Así pues, debían extremarse las confidencias, porque Furnio tenía claro que él trabajaba codo a codo con el estratega de la fuga.

## Secretos que salen a la luz

«La verdad se impone frente a la falsa realidad».

Ya habían transcurrido veinte días desde las detenciones y la capital de La Lusitania seguía revuelta. Los emeritenses llevaban algo más de medio año envueltos en inimaginables acontecimientos. Muchos de ellos habían recurrido a los amuletos y a las supersticiones más antiguas de su tradición para que enderezasen la situación, porque la mayoría creía que Nerón les atormentaba por el apoyo prestado al levantamiento contra él. Los más racionales veían la mano del hombre, cruel y egoísta, en muchas de sus desgracias, pero eran pocos los que no achacaban a los espíritus del siniestro emperador el destino plagado de muertes que rodeaba a la colonia. Y eso que no sabían que el carnicero y su compinche se habían escapado, Furnio solo lo había contado a Cornelio Severo y a Halys, quien al día siguiente de la fuga les puso al corriente sobre las pesquisas obtenidas en su investigación. De toda la información hallada acerca de los libros sibilinos, lo más difícil fue cribar la cantidad de bulos que muchos vendían al precio de información verídica y que no conducían a ningún lugar.

Sin embargo, el bibliotecario tenía un contacto en la corte cuya información era fiable. Este conocía los secretos que se cocían en las altas instancias, su ceguera proporcionaba a los confidentes una seguridad y confianza imprescindibles para subsistir en la alta política, un mundo plagado de traiciones al servicio de la mejor estrategia para alcanzar el poder. Este administrador de secretos vivía de vender información, era una puerta abierta solo al alcance de unos pocos que perfeccionaban su negocio entrando en el juego. Todo lo que sabía lo vendía. Con el tiempo aprendió a quién. Si querías verdades, tenías que ofrecer algo, dinero, información, influencia, algo valioso. De la visita al ciego, Halys sacó en claro lo que de alguna manera intuía: el legado del joyero muerto consistía en los auténticos libros mitológicos y proféticos de la antigua Roma, los que el rey Tarquino el Soberbio compró a la sibila de Cumas, depositados en el templo de Jupiter en Roma y que se creía que habían arduo, hacía más de ciento cincuenta años, en el gran incendio. Muy pocos sabían que los libros se salvaron de las llamas y seguían existiendo. Su informante no podía asegurar el destino de estos libros, se hallaban en Hispania, pero no podía precisar dónde. Esa fue la parte de la información que él debió entregar: los libros estaban en la provincia lusitana. Además el ciego le informó de quiénes y por qué estaban tras su búsqueda, recordando los terribles días en que él mismo poseyó esos originales y lo cara que le costó tal posesión, los ojos y una herida de puñal en el abdomen que casi

le mata. Desde entonces, nada quería saber de esos libros, malditos para él. ¿Para qué gobernar el destino del imperio si no podía ver nada hermoso? Pero no todos pensaban igual, y últimamente el hallazgo de los libros parecía interesar bastante, muchos se habían acercado hasta él con ese deseo. Existían dos sectores enfrentados en la consecución de los libros. Uno, el colegio de los quinceviro. Y luego había un grupo de siete senadores cuyos nombres no podía precisar salvo el de su portavoz.

Furnio y Cornelio Severo escucharon al bibliotecario como si relatará una historia mitológica ajena a ellos. ¡Cuántos vericuetos recorría el poder con sus tentáculos y a cuánta gente seducía! Pero estaba claro que no era ficción lo que escuchaban. Como si leyese el pensamiento de Furnio, el bibliotecario aclaró otra vez la trascendencia del legado. Si el propietario de los libros sibilinos originarios utilizara su misterio con inteligencia tendría una herramienta de poder frente al emperador, al que podría chantajear, lo mismo gobernando el destino de millones de individuos como acaparando riquezas. El valor de esta reliquia era incalculable. Halys se esforzaba para lograr la comprensión de los de Emerita, explicando mediante ejemplos lo que ya deberían haber alcanzado a ver por la fuerza de la sangre derramada hasta entonces.

Ahora gobernaba Galba, continuaba el guapo liberto imperial, que dada la edad no duraría mucho, y entonces Otón ocuparía su lugar, así lo esperaban todos, que también conocían su gran afición a la astrología y su amistad con Seleuco, cuyas predicciones sugestionaban al mandatario en grado extremo. Por tanto y dadas las circunstancias, no debía resultar extraño que la búsqueda de estos libros se hubiera intensificado por momentos. Urgía hacerse con ellos. Galba podría palmarla el día menos pensado, su edad y sobre todo la urdimbre loca y los tejemanejes que rodeaban a los césares, sin olvidarnos del poderoso ejército, no presagiaban un final demasiado bueno como tampoco tardío. Parecía evidente que ninguna de las dos facciones dejaría de pelear para alcanzar el ansiado tesoro de la sibila de Cumas. Ya habían visto la calaña de los sacerdotes, la de los senadores no tardaría en salir a la luz, debían estar preparados. Cuando Halys metió en su explicación al César todo cambió para los de Emerita, que comprendieron al instante la repercusión de su posesión y permanecían boquiabiertos mientras les narraba el resultado de su investigación. Estaba claro que irían a por la herencia de Furnio y que ningún freno sería obstáculo para ellos. El colegio sacerdotal conocía al custodio de los libros, de modo que dos guardaespaldas se pegarían al duunviro día y noche, sin ellos su vida no valía nada, y sobre todo se hacía imprescindible proteger la vida de sus allegados. El duunviro creía que amenazarían la vida de estos para lograr los libros, y eso era un grave problema, incontrolable e insalvable, porque él entregaría los libros de existir el más mínimo peligro para sus vecinos, cuyas vidas le importaban más que un posible chantaje al emperador o cualquier otro uso que las mentes maquiavélicas de sus perseguidores hubieran planificado.

Esa mañana, con el otoño cambiando los tonos verdes, Furnio, Cornelio Severo y

Halys subieron a las termas temprano para evitar el gentío que poblaba los baños a media tarde.

—Séneca seguro que estaba en contra de las profecías y de nuestros libros sibilinos, son remedios contra la razón, para los bobos —esgrimió el duunviro palmeteando sobre el agua caliente.

—Séneca está en el hoyo, Furnio —dijo Cornelio Severo devolviendo a su amigo en forma de olas el agua que había salpicado su cara—. No hay que ser tan extremista, hermano, yo también soy estoico, pero creo en esto igual que mucha gente, y no somos tontos, como tú crees.

—Por supuesto —confirmó Halys—. Podría contaros casos importantes en que se tuvieron en cuenta los dictados de los libros. Por ejemplo, cuando Aníbal derrotó a las legiones romanas en Cannas se siguieron las recomendaciones de los libros sibilinos de enterrar vivos a dos galos y a dos griegos bajo el mercado de Roma, y Escipión el Africano trasladó una imagen de la diosa Cibeles de Pessino a Roma y estableció allí su culto.

—¡Oh, vamos, joven! —exclamó Furnio un pelín alterado—. Verdad es que no poseo tantos conocimientos como tú, pero biblioteca hay en mi casa, pequeña, pero consultada... no me digas nada sobre Aníbal, lo sé todo sobre él, es el militar más grande de todos los tiempos, por encima de Alejandro Magno y de Julio César, nadie como él ha existido, sus proezas solo pueden compararse a los milagros del dios de los cristianos —insistió el duunviro con la pasión de un acólito enardecido.

—Séneca y Aníbal Barca no se pueden mencionar delante de nuestro general en jefe del senado de Emerita si no tienes tiempo de escuchar o te duele la cabeza, créeme Halys, has cometido un error —azuzaba Cornelio Severo a su colega esperando la mejor de las defensas para sus ídolos.

—Querido Cornelio Severo, flamen de nuestra provincia, instruido senador, si hubieses leído lo que hizo este magnánimo ser, más divino que muchos de nuestros césares, no osarías hablarme con tanta ironía —entró al trapo Furnio—. Bien apoya tu hijo, más versado que tú, mi opinión sobre Séneca y Aníbal. Cuando Escipión el Africano venció a Aníbal en la batalla de Zama, este llevaba quince años combatiendo en tierras itálicas sin ser vencido por los romanos, que estaban en su propio territorio, tenían víveres, mejor armamento, más hombres y, aún así, no pudieron con él. Aníbal no tenía nada, ni hombres ni equipo, y pese a todo los tenía tan atemorizados que no querían una confrontación directa con él, hasta que atacó los suministros de Cannas y resolvieron enfrentarse al general cartaginés, provocando la batalla más admirable de cuantas haya habido. Fue felicitado y admirado por los propios romanos, a los que venció a pesar de su aplastante inferioridad; por si fuera poco, su victoria fue magnánima. Los datos hablan por mí, los romanos perdieron entre veinticinco y setenta mil hombres y el ejército cartaginés solo seis mil. Colocó su infantería en semicírculo y reforzó sus flancos con jinetes númeridas y galos. Cuando el ejército romano atacó, los pocos efectivos cartagineses se combaron en

forma de u, encerrando a los legionarios, luego la caballería por el flanco izquierdo atacó a la caballería romana capitaneada por Varrón. En fin, ¿qué más queréis escuchar? —Las caras de sus acompañantes sonreían viendo disfrutar al duunviro—. Vamos, que a Aníbal lo venció la fatiga y no los libros sibilinos.

—¡Bien dicho! —gritaron los otros dos en medio de unas risas francas y un remojón total antes de cambiar de bañeras.

El nuevo escenario devolvió a Furnio al tiempo actual y a sus graves problemas. Los tres hombres se sumergieron en el agua templada moviendo el cuerpo para a continuación relajarse en la quietud de un calor tan agradable.

—Invoca a los manes de Aníbal a ver si te dan una receta para resolver lo que tenemos encima —dijo el flamen.

—Si leyese más, tus opiniones no serían tan simplonas. Sabes que tengo razón.

El silencio se instaló entre los amigos apenas alterado por las idas y venidas de otros bañistas que comenzaban a llenar el edificio termal.

—¿Cuándo llegaba el correo de Roma? —preguntó Halys.

—Llegó ayer. Me llamó Servilio Modesto para entregarme las cartas y paquetes de nuestros ciudadanos. Por cierto, Cornelio Severo, había una carta para Capito. Además el procurador me confirmó que partirá para Roma la próxima semana. Está ansioso por recluirse de la vida pública. Me dijo el nombre del nuevo procurador, pero ahora no me acuerdo, y también me anunció que muy pronto nombrarán al gobernador.

—Creo que Aulo Gayo volverá a Roma con Servilio Modesto si este no se opone.

—Serán un grupo amplio como siga sumándose gente —agregó el duunviro.

—¿Quién más quiere marcharse? —se interesó el joven liberto imperial.

—Me temo que Diophanes, nuestro gran médico, quiere marcharse a Roma. Me lo dijo ayer mismo cuando le conté la partida de Servilio Modesto.

—Eso es imposible. Aborrece Roma, no soporta ni admite las decisiones que se toman en las instancias imperiales —contestó el muchacho.

—Yo sé poco más, joven —contestó el duunviro.

—Debo impedir que se marche —y a continuación salió de la bañera—. No podemos permitirnos el lujo de perder a un amigo como él y a un excelente conversador, preparado y culto, por aquí no hay mucha abundancia de eso.

—Y también magnífico médico, humano y experimentado, que conoce desde pequeño a la gente de la colonia y la trata como si fueran familia. Es insustituible —apostilló el duunviro—. Aunque me parece que su decisión es inamovible, le conozco bien y no dará su brazo a torcer, de todas formas, si se puede hacer algo para que se quede, no dudes en acudir a mí, estoy a tu disposición, le quiero como un hijo, es una lástima que esté tan solo.

El bibliotecario tardó poco en vestirse y calzarse las mismas sandalias que utilizaba durante el verano enseñando sus dedos, pese al fresquito del otoño que se instalaba en tierras lusitanas. El ciclo sabio de la naturaleza seguía su curso.

—Cornelio Severo, mi cabeza no para de dar vueltas al asunto de los libros. No sé, tengo muchas dudas, quizás no deberíamos esperar a que estos criminales tomen la iniciativa y ataquen por sorpresa. Temo poner en peligro a Arria Pale, a Marcia o a cualquier otra persona. Ya sabes que entregaría los libros a las primeras de cambio. A lo mejor podríamos dar el primer paso nosotros y tomar el control de la situación.

—No se me ocurre nada aparte de esperar. A menos que colguemos los libros en la plaza y esperemos que vengan por ellos.

El gesto de Furnio decía «ojalá pudiéramos hacer algo así», estaba harto. Sin dar más pábulo a tal idea que un pestañeo resignado, continuó hablando.

—Verás, hay un detalle sumamente importante relacionado con la fuga del presidente del colegio y su compinche que podíamos aprovechar.

El flamen le miraba extrañado, a él no se le ocurría opción alguna aparte de esperar o colgar los libros en el foro, como ya había sugerido. Los magistrados emeritenses pasaron a la sala de masajes.

—¡Cuéntame! —dijo impaciente Cornelio Severo—. Miedo me dan tus sugerencias.

—Lo que te voy a decir debe guardarse en secreto, puesto que no me gustan las acusaciones falsas, o fundamentadas en indicios y no en pruebas sólidas.

—Nunca he faltado a mis promesas, ya lo sabes, Furnio.

—La llave del calabozo, la que abre la habitación última, ya sabes, el famoso pasadizo del que se rumorea está habitado por las almas del otro mundo, precisamente el lugar por donde escaparon..., te decía, que la ubicación de la llave no solo era conocida por mí, desafortunadamente yo informé de su ubicación al resto de magistrados, y supongo que ahora tendríamos un problema menos si no lo hubiera hecho.

—Oh, vamos, Furnio, no debes culparte, los de Roma tienen mucho poder, se las habrían ingeniado para sacar a esos asesinos del calabozo de cualquier modo. Pero, dime, ¿sospechas de Valerio Hymino, Cayo Voconio o Tito Emilio? Eso parece imposible, yo no lo creo.

—Escucha, es verdad que en mi despacho entra diariamente gente y que cualquiera pudo cogerla, pero la mayoría ni siquiera sabe que existe esa llave, mucho menos su ubicación. Por otra parte, ellos podían entrar en mi despacho sin levantar sospechas. Te aseguro que sabían dónde estaba guardada la llave, no han revuelto nada. Luego hay otro dato que durante estos días se me ha venido a la cabeza, ellos conocieron esa tarde el traslado de los detenidos por el robo de Eborá durante la madrugada, circunstancia que favorecía sus planes. Para mí todo encaja. Desde el mismo instante en que supe que habían utilizado el pasadizo para la fuga y que no habían forzado la puerta, pensé en esta posibilidad, y desde entonces no dejo de darle vueltas a lo mismo —Furnio comprendía la reticencia de Cornelio Severo a admitir como posible su versión—. También tenían el anillo que entrega la curia a los senadores tras su elección, aunque no creo que los esclavos pudieran identificar si era

falso o no. Estás muy callado, sé que no te gustan mis sospechas, pero dime, ¿por qué no? Te recuerdo el caso de nuestro común amigo Julio Ploto. ¿Quién lo hubiera dicho? Si él nos ha mentado durante tanto tiempo y nunca sospechamos lo más mínimo, más bien le hemos querido siempre como a uno más de los nuestros, ¿por qué no van a venderse los magistrados de la colonia? Les habrán ofrecido un buen premio. Así que, ¿no lo ves posible? Piénsalo. Por lo menos admite que cabe esta posibilidad. ¿Cuánta gente sabía dónde estaba esa llave? Y el que la cogió fue directamente a su sitio.

Cornelio Severo miraba a Furnio fijamente y con cara de derrota; en una cosa tenía razón, no podías fiarte de nadie. Efectivamente, ahí estaba el ejemplo de Julio Ploto que todavía recomía su corazón por mucho que él intentaba zafarse de sus sentimientos. ¡Era cierto, cabía la posibilidad de que cualquiera de los magistrados emeritenses o todos estuvieran implicados en la fuga! Además, tal como lo planteaba su amigo, parecía la opción más verosímil. ¡Jupiter divino! ¡Vesta, madre protectora, quisiera ella amparar a sus hijos lusitanos, de los que parecía olvidarse! Cuando todo esto acabase, propondría al flamen la organización conjunta de actos de purificación de la colonia y de toda la provincia, por lo menos durante dos días, a ver si la mala suerte desaparecía de La Lusitania. Debían prestar más atención a los dioses o estos seguirían castigándolos sin compasión.

—Ya te dije que no tengo ninguna prueba contra ninguno de los magistrados, por eso me gustaría que nada cambiase en relación con ellos.

El flamen provincial seguía sin decir nada, solo escuchaba.

—Podríamos tenderles una trampa.

—¿En qué piensas?

—No he llegado a ninguna conclusión definitiva, antes debo hablar con Halys, no quiero mover un dedo sin su aprobación. Pero ¿qué opinas de que tomemos la iniciativa? Si ninguno de nuestros colegas está al servicio del colegio sacerdotal de Roma, nada debemos temer, pero, en caso contrario, quizás podamos hacerles salir de su escondite y acabar de una vez con todo el asunto.

—Mi opinión es favorable. Cuenta conmigo —dijo con preocupación el otro.

—Es hora de volver al trabajo —señaló alegremente el duunviro emeritense, al que el apoyo de su amigo le proporcionaba cierto optimismo.

Abandonaron las termas camino del foro de la colonia.

—¿Cómo está Capito? —preguntó el futuro suegro.

—Esta mañana le dio el alta Diophanes. Ya puede empezar a dar paseos más largos, pero nada de excesos. Marte, el valiente guerrero, ha querido estar junto a él, y sobre todo gracias a los manes de su madre, que seguro han suplicado por su vida, puedo contar con mi hijo. —Los ojos del flamen brillaban recordando a su gran mujer, a la que se sentía unido como si el paso del tiempo no pudiera desdibujar sus sentimientos de amor por ella—. Por cierto —dijo mientras secaba la leve humedad de sus ojos—. ¿Sabes algo de Julio Ploto?



Furnio palmeó su espalda.

—Mandé a uno de mis empleados a visitar a su familia en Olisippo. El hijo mayor volverá en breve de un viaje de negocios a la otra punta del Imperio, por lo visto una de las últimas conquistas de Roma, una provincia con un nombre extraño que ni recuerdo. Los más pequeños ya deben estar en Roma, fletaron un barco a la capital a los dos días de la detención de su padre. Sin embargo, Crispula está derrotada, no se levanta de la cama, está como ausente y apenas puede respirar. Parece un cadáver, sin comer ni dormir, me dijo el que mandé. Según él, no durará mucho. Está comida por los dolores de huesos y repite un «Ay» constante peor que el lamento de un lémur encadenado. Yo no le he dicho nada a Arria Pale, porque se empeñaría en ir a visitarla y no podría negarme, y como tú sabes, ahora no puede ser.

Una vez en la plaza de la colonia, el duunviro se marchó a su despacho y el flamen al templo a ver a su colega; de repente, le asaltaron las prisas por organizar una ceremonia de purificación. Debían acabar de una vez por todas con la racha de mala suerte y el destino funesto enviado por Nerón para vengarse. Durante dos días recorrerían las calles en procesión cantando los cámina, himnos con fórmulas mágicas de purificación.

Arria Pale y Marcia llevaban varias semanas enclaustradas, salían lo imprescindible, Furnio se lo había prohibido y apenas les había explicado por qué. No les precisó el tiempo que tardarían en recuperar la normalidad de sus vidas, les había pedido confianza en él, motivos importantes le llevaban a tomar esa decisión y les pidió que no trasgredieran su orden nunca. Él debía estar al tanto de todo, si necesitaban salir debían advertirle del lugar al que iban, y si algo extraño sucediese en sus vidas, algo que no fuera habitual, debían contárselo por mínimo que fuera. Además, agregó, cuando salieran a la calle lo harían bajo la protección de dos esclavos de la colonia que estaban a su servicio y que las seguirían a corta distancia, era vital para ellas tener esta vigilancia. Volvió a repetir, en cuanto pudiera, lo aclararía todo, solo debían saber que eran razones de estado las que obligaban a tal protocolo. Preguntado con insistencia por ambas sobre tan excepcionales medidas de seguridad, añadió, aventurando más explicaciones de las convenientes, que hasta el César de Roma se veía afectado por lo que ocurría en Emerita, lo que provocó el más absoluto desconcierto en las dos mujeres. Marcia no dejaba de protestar a cada palabra de su padre. Arria Pale, en cambio, no emitió sonido alguno, nunca le había pedido su esposo nada parecido y nunca le había contado una historia rodeada de tanto misterio, nada bueno podía salir de aquel lío que ni Furnio parecía controlar, el fuerte palpar de su corazón se lo anunciaba, y ella creía a pies juntillas en su corazón y en Vesta, a la que acudió inmediatamente a suplicar y a prometer unas ofrendas para que ningún mal destruyera su hogar. Nada había quedado claro del discurso del duunviro, pues precisamente al intentar decir mucho sin decir nada, solo

consiguió formar un barullo en la mente de su parentela. La esposa sabía que razones poderosas imponían tal prohibición, pues confiaba en Furnio. Marcia, en cambio, lo tomó fatal, su rabia crecía cada día y su progenitor debió escuchar a diario su queja permanente, hasta que tal actitud propició que la castigara. Esa tarde habían recibido la visita de Calpurnia. Sobre el antiguo enfrentamiento nada habían hablado las mujeres, aquello parecía haberse zanjado con el perdón mutuo. Calpurnia intentaba convencer a Arria Pale sobre las bondades de la última idea que había expuesto en la asociación de mujeres. Consideraba conveniente pedir a Polonia algún presente de su paso por Emerita.

—Es que no se me ocurre con qué podría obsequiarnos Polonia. ¿Con un busto suyo? —preguntó la de Emerita para sonsacar.

—Mujer, a mí me parece excesivo pedirle algo así. Cualquier objeto personal sin tanto valor sería un recuerdo, ¿no?

—Ya, pero qué.

—Algún alfiler, o un anillo, no sé, lo que quiera ella. Si nos regalase un collar, le podríamos encargar una estantería con una placa. Tampoco estaría mal, creo yo, su peluca rubia, ese postizo rizado y largo que tiene. Eso sería un buen regalo, aquí en la colonia nunca se ha visto nada así.

¡Qué bien la conocía Arria Pale! La de Metellinum no se atrevía a pedirle la peluca germana que tanto le gustaba y abría brecha de este modo. El día que Polonia lució el postizo rizado germano, su amiga no le había quitado ojo, no había dejado de mirarla y de hablar del color tan excepcional y llamativo y de lo bien que le quedaría a ella teniendo en cuenta su gusto en el vestir.

Marcia apareció en la sala con unas infusiones que había preparado. Desde que no podía salir a la calle, le había dado por la cocina y traía de cabeza a las viejas esclavas encargadas de los guisos. No paraba de leer recetas raras e intentar hacerlas, sin la paciencia necesaria ni tampoco la experiencia, así que algunos experimentos no resultaron muy comestibles.

—¡Qué buena anfitriona eres, cuando te cases, dará gusto visitarte!

La joven dio las gracias y salió de la habitación indisputada, no le había sentado bien el comentario. Tenía las lágrimas a punto de desbordarse. En realidad llevaba una temporada bastante rara. Su carácter alegre, espontáneo y algo ingenuo se había convertido en triste e irascible, todo le molestaba y pocas cosas conseguían sacarla de un estado de ánimo visiblemente deprimido, que se alternaba en ocasiones con una actitud rebelde y protestona.

—Querida, no creo haber dicho nada ofensivo.

—Por supuesto, no debes preocuparte por ella, disculpa su comportamiento, está enfadada por el encierro. Es muy callejera y se pasa el día aburrida entre estas cuatro paredes, aunque vienen a verla sus amigas y, desde que pudo levantarse y pasear, también viene todas las noches Capito.

—Pues tendrá que acostumbrarse a estar en casa y dirigirla, si no, cuando se case,

no sé qué va a pasar.

—Se acostumbrará como lo hicimos las demás —salió al quite la madre.

—De todas formas y habiendo detenido al procurador por la muerte de Pompeyo Prisco y al carnicero por los otros dos crímenes, no veo por qué tenéis que estar encerradas.

Arria Pale no contestó.

—Sabina parece haber rejuvenecido desde que dieron con el que envenenó a su esposo. ¡Parece mentira que un procurador del Imperio pueda haber hecho esto! Nuestra vecina no dice nada de los romanos, como sus hijos terminarán siendo de allí, está callada, pero seguro que no volverá a mirar bien a los que vengan de Roma, vaya gentuza.

—Querida, tu marido también procede de allí.

—Pero fue su bisabuelo el romano, ya tiene más mezcla de sangre lusitana que romana, aunque dicen que allí en la capital del mundo son todos extranjeros, hay gente de todas las provincias, más mezcla imposible, a mí no me gusta mucho Roma.

—¿Cómo no te va a gustar Roma? —espetó Arria Pale.

—Me refiero a las calles, están sucias y llenas de lodo, y luego no puedes caminar por ellas a menos que tengas litera, porque en ellas no cabe un alfiler. El olor es horroroso y la altura de los pisos donde vive la chusma no deja entrar la luz.

—¿Y eso de chusma?

—A los pobres los llaman así.

—¡Ah! Es la primera vez que lo oigo —la mujer lo repitió varias veces en voz baja, le hacía gracia la palabra, sonaba extraña—. De todas formas, no me puedo creer que no te guste Roma, es la capital del mundo.

—Bueno, sí, mujer, tiene edificios y plazas que no están mal.

—Anda, háblame de los venenos —Arria Pale pretendía cambiar de tema, cada día aguantaba menos los gestos despreciativos de su singular amiga—. La verdad es que entiendes bastante de esto, fíjate que acertaste con el de Pompeyo Prisco.

—Todavía me acuerdo del día en que me interrogaste sobre los venenos, supongo que no lo habrás olvidado. Estabas tan misteriosa que pensé que querías matar a alguien.

—Pero ¡qué cosas se te ocurren, querida!

La de Metellinum cerró la boca, como si hubiera pensado hablar y luego se arrepintiese. Arria Pale se dio cuenta y la dejó que se tomara su tiempo, convencida de que acabaría por contarle lo que fuera.

—Tengo que contarte un secreto —se arrancó—. No puedo aguantarme más, pero ni se te ocurra decir que yo te he comentado algo o tu hija no volverá a hablarme en la vida.

Aquellas palabras suscitaron el interés de la matrona.

—La otra tarde, cuando fuiste a atender a tu prima y me dejaste a solas con ella, me sonsacó de pe a pa sobre plantas que provocan la muerte sin dolor, había

escuchado decir que con algunas de ellas te quedas dormida y no sufres. Solo te digo que la vi demasiado interesada.

—¡Vesta, divina madre! Esta criatura nos va a dar un disgusto. ¿Y tú qué le dijiste?

—Que no conocía ninguna planta así. A tu hija le pasa algo gordo, créeme, cuando alguien sufre, lo huelo.

Marcia había subido a la habitación y lloraba sin consuelo como todos los días. Arria Pale preguntaba a la nana noche tras noche; si alguien sabía qué le pasaba, sería ella, pero o la chica no soltaba prenda, o disimulaba muy bien que no sabía nada. Cuando la joven comenzó a perder peso, la madre empezó a preocuparse; su permanente estado de abatimiento se alteraba con rabietas y enfados sin motivos, por lo menos conocidos. Su redonda silueta había cedido más protagonismo a su esqueleto y la clavícula comenzaba a despuntar pese al cobijo del ampuloso pecho cuyo contorno también había cedido. Las ojeras pronunciadas y su mirada seca y sin alegría parecían presagiar alguna desgracia. El descuido había hecho mella en su imagen. Los cabellos lacios sobre los que ideara atrevidos recogidos ahora iban anudados en una coleta baja sin ninguna gracia y sin demasiado aseo; repetía día a día las prendas de vestir hasta que alguna mancha la obligaba a cambiárselas. Todo en ella era desidia.

Marcia sentía que habitaba una prisión cuyos barrotes eran su propia vida, bien sabía que debía olvidarse de sus sentimientos pero no podía controlarlos, tampoco cambiarlos; eran ellos los que mandaban en su ánimo, los que la ponían triste o alegre. Ella deseaba dirigir su vida, pero parecía una misión hartamente imposible. ¡A veces las cosas se tuercen! Pero ¿por qué se tuercen?, se preguntaba repetidamente. En su vida todo había funcionado bien, y de buenas a primeras, desde hacía varias semanas y de un día para otro, empezó a sentirse mal sin saber por qué. Su vida se había llenado de tristeza y su corazón parecía marcar pautas desconocidas. Todo lo que vislumbraba respecto a su futuro tenía forma de caos y color negro. Marcia quería seguir con Capito, quería casarse con él, quería amarlo, tener muchos hijos y envejecer a su lado, él era su prometido, el hombre más bueno del mundo, por eso no entendía por qué le surgían tantas dudas ahora. Con su edad casi todas las mujeres ya se habían casado y tenían sus hijos. Ella también quería lo mismo y, sin embargo, le agobiaba la proximidad del casamiento. Si dejaba a Capito, sus padres la echarían de casa y ningún hombre se volvería a comprometer con ella. La otra opción era seguir con él, pero no resultaba tan fácil, cuanto más se afanaba en mirar hacia ese lado, peor se encontraba de ánimo.

La nana no le daba una solución clara y rápida, le decía que debía disimular lo que ahora sentía y dejar que el tiempo cumpliera su función. Tenía miedo, a algunas personas les pasaba, pero no debía darle más importancia, debía hacer como que no le pasaba, y con el tiempo así sería. Esa era la respuesta de su cuidadora, y de su boca el remedio sonaba sencillo y fácil, y además ella parecía segura de sus propias palabras.

Sin embargo, Marcia no podía aferrarse a tal remedio, no sabía prescindir de sus sentimientos, los vivía todos con la misma pasión e intensidad. Debía aprender a convivir también con los aspectos desagradables de la vida sin hundirse, y dicho aprendizaje parecía llegarle en este momento y bajo estas circunstancias. La joven empezaba a comprender que no somos libres, totalmente no, porque el corazón nunca piensa y su dictado está sometido a leyes incomprensibles para la naturaleza humana. La nana deseaba ser su mejor apoyo, veía la cara de extrañeza de Marcia cuando le hablaba, pero tampoco se atrevía a decirle las cosas claras, y parte de lo que le pasaba sucedía porque era una consentida. Ella le hubiera explicado que le agobiaba su compromiso porque sentía que perdía su libertad, pero que en la vida se pagaba un precio por todo. Perder la libertad era el precio de recibir el gran bienestar que genera la entrega y el compromiso con el otro. Marcia no había tenido que luchar mucho en la vida, casi todo lo bueno lo había recibido gratis, y ahora empezaba a aprender que no siempre podía ser así. Su ignorancia ponía de manifiesto su inmadurez y azuzaba su interior con ahínco, donde se libraba una batalla agotadora. La nana comprendía la profundidad de su malestar y la trataba con dulzura, aunque a veces sintiera la tentación de zarandearla y decirle que siempre había vivido en una burbuja y que el mundo real no era su vida. Por otra parte, Marcia le había hecho prometer que nada diría a su madre de su estado, y, aunque no le gustaba mentir, mantenía su promesa de silencio intacta.

Arria Pale, que al principio no le dio importancia al cambio de comportamiento de su hija, ahora mostraba más recelo y preocupación al ver que tal actitud persistía y había pensado de todo; primero que podría estar embarazada, luego que se había peleado con alguien, no desde luego con Capito, quizás de las pocas personas ante la que se esforzaba en mostrarse como siempre. También pensó que Diophanes pudiera ser el problema, pero Furnio les había anunciado la noche anterior que el médico se iba y su hija ya llevaba así algún tiempo. Y encima acababa de escuchar a Calpurnia referir la consulta sobre los venenos, después de eso, la desazón y el agobio se instalaron en Arria Pale y hasta los vellos del brazo se le erizaban con vocación de permanencia. Calpurnia le había prometido que no le vendería nada y que mandaría un mensaje a los otros dispensarios de hierbas y demás remedios para que hicieran lo mismo. Nadie le vendería planta alguna, debía estar tranquila por ese lado, Calpurnia intentaba consolar a Arria Pale, pero también le advirtió que debía vigilar a la muchacha, porque todos agudizamos el ingenio para conseguir lo que ansiamos. La madre no creía que Marcia pudiera tomar ningún veneno para suicidarse, pero también era verdad que su volubilidad convertía sus actos en impredecibles.

El esclavo anunció a Arria Pale que el médico se hallaba en el atrio, había preguntado por madre e hija, quería trasmitirles una noticia, apenas les ocuparía tiempo, pero era importante. Arria Pale ya conocía el contenido de la información, dejó la estola que bordaba para recibir al joven médico y averiguar esas prisas repentinas por marcharse de Augusta Emerita. La generosa y buena emeritense se

sentía muy unida a Diophanes, no eran palabras vacías las que expresaba cuando decía considerarse como una segunda madre. El padre de Diophanes había perdido a su mujer con el nacimiento de su único hijo, y luego a la mayoría de su familia con la invasión romana. El médico pertenecía al pueblo de los tracios, guerreros indomables con los que debieron emplearse a fondo las legiones romanas que consiguieron incorporar esta nueva provincia al imperio en el año cuarenta y seis, bajo el mandato del emperador Claudio. Tracia se extendía desde Macedonia hasta el mar Negro y desde el mar Egeo hasta el Danubio. Tras la victoria romana, al médico lo habían despojado de todo, excepto de su hijo de meses, y lo habían destinado a sanar a los soldados, los mismos que invadieron su territorio y lo convirtieron en esclavo. El hijo del médico creció fuerte pese a la dura vida del campamento militar y a los pocos cuidados de un entorno violento y falto de comodidades. Su padre le enseñó a leer pronto, temeroso de que el niño careciera de sensibilidad por las circunstancias en las que debía educarse, y le transmitió todos sus saberes médicos. Cuando Diophanes contaba tres años, el emperador Claudio, en una de sus visitas a las legiones acampadas a las puertas de Roma, se interesó por la excepcional vida de aquel pequeño y decidió que no era lugar para un niño y tampoco para el padre. Vendido al tío de Furnio, a los seis meses Furnio Arruntio murió y ellos fueron enviados a Augusta Emerita.

—¿Qué es eso de que estarás poco tiempo con nosotras? ¿Tienes mucho trabajo?

—Arria Pale lo recibió con los brazos abiertos, desde que supo que se marchaba, quería mimarlo un poquito.

—No quería incomodar, no sé qué tareas requieren de vuestro tiempo.

—Pero bueno, vaya hombre letrado y galante —Calpurnia se levantó a saludar al médico cuyos servicios poco había necesitado.

Diophanes conocía a la de Metellinum, sus grandes conocimientos sobre plantas habían llegado hasta sus oídos. No hacía mucho que había visitado aquel dispensario y quedó impresionado por la cantidad y variedad de remedios de que disponía la mujer y lo meticulado de su trabajo, pero sobre todo le sorprendió los grandes conocimientos que poseía la dueña de aquel jardín, incluso tenía plantas que él no conocía. Tan encendida era su admiración y tan prendado había quedado por los remedios curativos de Calpurnia, que perdonaba la atrevida lengua de esta y salía en su defensa sin ningún pudor.

—Ante semejantes señoras es imperdonable no esforzarse por agradar.

—Mi querido Diophanes —Arria Pale lo abrazó con dulzura—. Desde pequeño eres así, siempre tan dispuesto para todo, sin pereza ninguna, con el ánimo presto a ayudar, sin miedo a los cambios. Siempre has sido un chico valiente y sumamente inteligente, nunca ha hecho falta decirte nada.

Dijo estas palabras con tanto amor que el médico se emocionó y tuvo que tragar fuerte, y se dio cuenta de que aquella mujer bien parecida, a la que siempre recordaría con una sonrisa en su boca y una voz suave, le había querido desde pequeño y estaría

ahí para él si la necesitaba. Su certeza era absoluta y le devolvió un momento de gran felicidad que intentó retener para ahuyentar el vacío aposentado en su persona desde hacía algún tiempo.

—¿Cuándo te vas? —dijo la de Emerita sin más preámbulos.

—Me marcho con el procurador la semana próxima. Quería decíroslo con tiempo a Marcia y a ti.

—Pero ¿por qué te vas?

El médico tomó la mano de la mujer con suavidad y con una emotividad pocas veces exteriorizada.

—La gran Arria Pale, el pilar de esta familia y de muchas otras de las que siempre se ha ocupado. Siempre que hemos necesitado de ella, Arria Pale ha estado sin condiciones y sin pedir nada a cambio. Nunca podré olvidarte.

Se abrazaron y la matrona empezó a llorar en silencio.

—Pero ¿por qué te vas? En ningún sitio estarás mejor que aquí, donde tienes a tanta gente que te quiere y a la que puedes recurrir si necesitas cualquier cosa.

—Lo que yo necesito, Emerita no me lo puede dar.

—No digas eso, me partes el corazón, si alguna vez no te atendí...

Diophanes no la dejó seguir, no podía consentir ni un solo segundo que pudiera sentirse responsable de su decisión una mujer como ella, que siempre estaba pendiente de las necesidades de todos a los que cobijaba bajo el manto de su ternura.

—Debes comprender que hay decisiones personales que se toman pese al sufrimiento propio y de los demás.

—Te echaremos mucho de menos, sobre todo Marcia, que pasaba tanto tiempo contigo y te quiere como a un hermano. ¿Te quedarás en Roma o te marcharás a Tracia?

¡Arria Pale no había olvidado el nombre de su patria! Diophanes sintió palpar su corazón de alegría. Realmente, era una persona entrañable.

—De momento, voy a Roma, tengo un hueco al lado de Otón, seguro que se alegrará al ver que regreso. El aire de aquella gran civitas huele a traición, y tener un médico de la confianza de uno es muy tranquilizador en estos tiempos. Después ya veré.

—Bueno, y digo yo —interrumpió Calpurnia— que me estoy enterando de todo sin querer.

Los otros dos rieron, les pareció cómica su manera de reclamar un poco de atención para ella que no tenía la menor idea de que el médico se marchaba.

—Pues, como ya sabes, me marcho a Roma la semana que viene.

La nana le había transmitido a Marcia la petición del médico de verla. Pero ella dijo que un fuerte dolor de cabeza le impedía bajar, otro día hablarían, en ese momento no se encontraba nada bien. La nana se lo comunicó al nomenclátor, que no esperó contestación de la otra parte para informarle de que, por lo visto, el médico se iba de Augusta Emerita, así se lo había escuchado a Arria Pale. Sin perder tiempo,

subió la nana a comentarlo con Marcia.

—Mi padre nos lo dijo anoche —se limitó a resumir.

—Me parece terrible que venga Diophanes a trasmitirte una noticia así y no te dignes bajar, te vas a arrepentir, has crecido con él, le conoces desde niño y se supone que te importa, pero tu respuesta a tantos años de amistad se resuelve con una patada en el culo. Pues te diré, Marcia, que eres una egoísta malcriada. ¡Cuidado con lo que siembras!

—Me encuentro mal.

—¡Mal!... —La nana prefirió marcharse antes de escuchar su soniquete diario—. Si quisieses a la gente no le harías ese feo a tu amigo el médico, que no se lo merece.

Las duras palabras de la mujer hicieron reaccionar a la joven, que bajó al atrio a recibir a Diophanes pese a su evidente desgana. Pronto apareció el médico, que la vio llegar desde la punta contraria de la estancia en la que conversaba con las dos mujeres, contándoles detalles de la provincia Tracia a todas luces guardados en su memoria bajo una bella y fantaseada invención infantil.

—Tengo entendido que te marchas a Roma —dijo la muchacha sin dar demasiada importancia a la noticia—. ¿Cuándo?

—La próxima semana, con el procurador.

—¿Por qué te vas?

La chica hablaba mirando el pozo. Su voz no dejaba traslucir ningún matiz emocional. El hombre se sintió incómodo percibiendo tanta indiferencia y frialdad. Todo en su amiga decía «me da igual». La indignación del médico fue creciendo.

—Porque sí.

—Vaya respuesta.

—No quería que te enterases por ahí de mi marcha, por eso, en cuanto he tomado la decisión he venido a decíroslo a ti y a tu madre, después de tantos años siendo amigos, pensé que querrías saberlo, pero me parece que estoy equivocado y además molesto.

—No, Diophanes, no digas eso, te lo agradezco de verdad, perdona mi actitud, es que me duele la cabeza —su tono cambió radicalmente—. Ni te imaginas lo que voy a echarte de menos, bueno, tú ya lo sabes.

—Pues no, no lo sé.

—Sabes que sí.

Marcia miró a su amigo de la infancia con los ojos llenos de lágrimas. La tensión había cedido y casi no podía tenerse en pie, todo su cuerpo le temblaba. Diophanes la abrazó al verla tan desvalida mientras ella se dejaba caer en sus brazos.

—Tienes que perdonarme, me asola un mal que no tiene remedio, y aunque creas que soy egoísta y malcriada, lo que sucede es que me estoy muriendo por dentro —sus palabras apenas fueron un susurro en el oído de Diophanes.

—Lo tienes todo, Marcia. ¿De qué mal me hablas?

—De uno que no le puedo decir a nadie. Solo quiero que sepas que tu marcha será



tinieblas para mí. No quiero que pienses que no me importas.

Diophanes abrazó fuerte a su amiga y la estrechó de nuevo contra su pecho. Ella se dejó, se agarró a su cintura y permaneció así un rato. Cuando se separó de él, las lágrimas correteaban por sus mejillas desbordadas, recordando un generoso manantial con abundante reserva, y su boca temblaba manifestando un alto nivel de ansiedad.

—Si te veo así, no me marcharé.

—Si no te vas, será peor.

Marcia no podía contener el llanto, que se alternaba con hipo provocando una imagen patética y lastimera. Miró a Diophanes mientras subía la escalera y sintió la proximidad del fin del mundo. Todo parecía acabarse. Aquella mirada triste y sin rumbo, desconocida en el carácter optimista y alegre de la muchacha, se le clavó a su amigo en el corazón. No ayudaba mucho en su partida verla deprimida, estado más que notorio. Él había pensado que tenía algo en su contra, ahora comprobaba que no era así, aunque sus últimas palabras, nada claras, le habían dejado un tanto confundido sobre el mal que le embargaba. Lo mejor sería no hacer demasiado caso, su espíritu parecía estar en el peor momento, no sería nada inteligente, ni ayudaría lo más mínimo, buscar explicación a cada palabra de la joven. El médico intentó calmarse, la impresión causada por el nuevo encuentro con Marcia lo había aturdido, intentaba recuperarse a resguardo de las plantas que plagaban el atrio, tenía una impresión extraña, confusa, y un presentimiento que le pellizcaba el pecho. Su pensamiento inmediato evidenció su condición de médico, lo primero, concluyó, sería conseguir que Marcia tomara algo para el ánimo, iría a hablar con Calpurnia, a ver qué planta era la más potente que tenía. Al levantar la vista se sintió observado, la servidumbre paseaba la mirada por el atrio con poco disimulo. Aligeró las piernas para terminar cuanto antes la visita, no sería la última que realizaría al hogar de Furnio, ya le había anunciado Arria Pale que organizaría una cena para despedirlo, no se iría como si nada, él era un hijo de Augusta Emerita y se merecía un adiós hermoso y digno; sin embargo, en ese instante primaba la urgencia de salir a la calle, ver a Marcia se había convertido en un suplicio y quería escapar de allí enseguida.

Diophanes intentó pasar el resto de la tarde entretenido; debía mantener la cabeza ocupada, en caso contrario acabaría con dolores, no era la primera vez que la tensión le provocaba jaqueca. Se acercó a casa de los enfermos más graves a comprobar su estado y luego se marchó a la palestra a desfogar la rabia que sentía por dentro, para finalizar el día visitando a Capito, a su amigo de la infancia, al que cada noche retiraba el vendaje y miraba la cicatriz.

El abogado era un año mayor que él y dos mayor que Marcia. Los tres eran buenos amigos, se conocían desde pequeños y habían crecidos juntos, compartiendo el tutor con otros chicos de clase alta a los que educaban en un modelo similar al de las mejores escuelas de Roma. Su amistad se había consolidado año tras año, y

aunque el grupo de amigos estaba formado por más chicas y otros jóvenes, ellos tres coincidían continuamente a causa de la relación entre sus progenitores. Durante la pubertad, Capito parecía haberse separado algo más de todo el grupo, durante ese tiempo, poco antes de marcharse a Roma a estudiar, le invadió la timidez y el retraimiento y pasaba menos tiempo con los amigos y más en su casa, rodeado de libros. Por esa época también murió el padre de Diophanes y él se hizo cargo de sus enfermos, por lo que también dispuso de un tiempo menor para el entretenimiento. Con todo, el distanciamiento venía provocado por las circunstancias de la vida y siempre procuraban juntarse para aliviarlo.

Diophanes se había entendido siempre bien con Capito, le quería y le respetaba. El abogado era más calmado que él y en sus apreciaciones siempre había una parte prudente que complementaba bien la impaciencia y temeridad del otro, cuyos juicios y críticas iban más allá de lo conveniente. Debía moderar su afán reformista y su exceso de perfección en todo, porque siempre andaba generando batallas a su alrededor. Capito se lo dijo repetidamente y con seriedad cuando decidió marcharse al lado de Otón: «Cuidado con hablar demasiado en Roma, allí te puede costar cara tu pasión por la verdad, cuidado a quién hablas», precauciones que siguió al pie de la letra. Hasta físicamente podía advertirse la oposición en el talante de ambos. Capito poseía un cuerpo de gladiador que levantaba pasiones en las mujeres, sentimientos que solían reafirmarse tras un conocimiento más íntimo del joven: su sensibilidad, su generosidad, su inteligencia y su naturaleza bondadosa calaban en el corazón de las féminas a la primera de cambio. Era el compañero perfecto, según decían, porque comprendía el corazón femenino. Pero también poseía una voluntad férrea cuando estaba convencido, y entonces se volvía inmanejable, si él mandaba, su convicción prevalecería, de modo que aquella aparente docilidad y calma había sorprendido a más de uno que pretendió tratarlo como a un títere. Capito sabía hacerse respetar por cualquier medio si las circunstancias lo exigían, incluido la fuerza.

En Roma había mantenido relaciones pasajeras y otros escauceos amorosos, sin comprometerse nunca en serio hasta tentar el corazón de Marcia, a la que siempre quiso por esposa. En cuanto a Diophanes, su figura no era tan llamativa. Era alto, espigado y muy delgado, su pierna casi equivalía al contorno del brazo de Capito. Su cuerpo era fibroso como el de los corredores de maratón. Sus ojos achinados, castaños, del mismo tono que su piel, conferían a su cara un aire misterioso, no era guapo, ni feo, pero su ovalada mirada, más penetrante gracias a sus largas, rizadas y espesas pestañas, seducía a poco que se aposentara sin prisas en otros ojos. A Diophanes le gustaba seducir a las mujeres. Tenía una chispa especial a la hora de tratarlas, las bromas, risas y piropos se alternaban con el gusto por implicar a su entorno en el misterio de intereses más sofisticados, trascendiendo la rutinaria existencia con alimento para el intelecto, fruto de un espíritu activo e inconformista como el suyo. Estos dos polos de su carácter perfectamente integrados lo convertían en un individuo atractivo; en él las gracias más mundanas y los saberes más insólitos

se aunaban sin fisuras. Su personalidad despertaba entusiasmo floreciendo sobre su físico, cuyo aspecto más descompensado recaía en la nariz, demasiado gruesa y grande para armonizar con su fisonomía. La nariz y los ojos constituían dos versiones distintas de un mismo rostro, no pegaban entre sí; pese a ello, la belleza de los ojos atemperaba la fealdad de la nariz provocando un resultado final singular que nunca ocasionó el más mínimo problema en la carrera de conquistas del médico, al que no le habían faltado propuestas indirectas e incluso bien directas de casamiento y compromiso con muchachas de la más esclarecida distinción. Diophanes no abusó nunca de sus encantos, y sus desahogos físicos los cubrió con cautela, sin participar del ambiente machista que las visitas al prostíbulo despertaban entre las amistades masculinas. Su posición social y económica no desmerecía en nada a la de muchos patricios emeritenses, además, su último nombramiento como augustal le otorgaba un sacerdocio con el que aumentaba su prestigio dentro de la comunidad.

—Todavía me molesta si hago movimientos amplios con el brazo y la cintura — confirmó Capito ante las pruebas de estiramiento que su amigo el médico le hacía para comprobar el estado de la cicatriz.

—Estás completamente curado, pero el recuerdo del costado es inolvidable y para siempre. ¿Cómo se te ocurrió inscribirte en la carrera?

—Locuras de amor.

—El loco siempre he sido yo, no vayas a quitarme el título, ¿eh? —dijo Diophanes bromeando—. Aunque, puestos a hacer locuras, debemos temerte, buena ha sido esta. Creo que corren voces por ahí sobre lo de ese día, el final fue apoteósico, ningún cantar podrá igualar el filo de los cuchillos de aquel fantasmal Rufino volando sobre las cuádrigas... —Pareció recordar aquel momento, mientras un escalofrío recorría el cuerpo del abogado— ¡Hay que estar loco, amigo, para subirse a un carro y correr como lo hiciste! ¿Te lo pidió Marcia?

—No, pero la estupidez a veces guía nuestros pasos y se nos mete en la cabeza demostrar la hombría por todo lo alto.

—Pues, si te sirve de algo, conseguiste tu objetivo, a mí me dejaste perplejo...

—Igual que tú a mí con tu partida a Roma, mi padre me lo ha dicho hace un rato. No sabía que quisieras marcharte. ¿Es por un tiempo? Siempre te he escuchado hablar bien de tu vida en la colonia, nunca hubiese imaginado que querrías volver a Roma; porque me lo dijo mi padre, en caso contrario no habría creído la noticia. Pero cuéntame, ¿por qué quieres marcharte?

—Mi idea es rehacer mi vida en un sitio distinto de Augusta Emerita.

—Eso suena fuerte, parece que huyes de aquí —dijo Capito un tanto molesto—. ¿Tienes algún problema? ¿Puedo ayudarte?

Diophanes sonrió. «¡Ojalá!», parecía decir, pero ni los dioses podían arreglar su mal, tenía el corazón hueco y necesitaba llenarlo. Su mirada estaba triste y perdida. Hubiera querido desahogarse con Capito, pero era imposible, lástima que su situación no tuviera remedio.

—No quiero hablar sobre los motivos de mi marcha.

Aquella respuesta sí que era una novedad. El abogado sabía que pocas cosas pertenecían al mundo más íntimo y exclusivo de su amigo, era un hombre de contar, no de guardar. ¡Una decisión como esa! Trascendental incluso para los colonos de Emerita, que perdían un buen médico, y Diophanes no quería comentarla, desde luego no era normal para un genio como el suyo. Esta actitud le pareció sospechosa a Capito y le sumió en una conciencia profunda del distanciamiento entre ambos, habían estado separados demasiado tiempo. Primero sus estudios en Roma y luego la guerra, apenas habían intimado desde que el abogado volvió. Capito sintió cómo la culpa castigaba su estómago, instalándose en el ombligo a modo de hormigueo. Su compromiso con Marcia, el entrenamiento con el carro y finalmente las heridas causadas por la competición habían sacado fuera de su vida a Diophanes. Poco a poco fue quedando al margen y había tenido que comunicarle una noticia así para verlo claro. La cara de Capito reflejaba su estado interno, estaba serio, cabizbajo y con los labios apretados. Se sentía mal y no sabía cómo restaurar el poco tiempo dedicado a su amigo. A su mente venía una y otra vez el estribillo de un famoso poema «la muerte es el olvido y se halla en la distancia». Su amigo se marchaba para siempre de su vida, en poco menos de una semana solo podría recordarlo, ya no compartirían ningún momento, ni escucharía su voz apasionada y sincera animando al debate, ni percibiría su arrolladora energía.

—No es el fin del mundo, Capito —trató de animarle Diophanes.

—Respeto tu decisión. Sabes que si no deseas hablar no voy a insistir, pero es que no entiendo por qué te vas, yo creía que estabas bien en Augusta Emerita —dijo Capito.

El abogado se cortó, parecía no atreverse a terminar su frase.

—¿Qué pasa? —preguntó el otro.

—Creo que te conozco y hubiera jurado por todos los dioses que una decisión así, por lo menos en otro tiempo, hubiera merecido alguna explicación... bueno, quizás ya no soy una persona digna de tu confianza. Desde que volví de Roma, me he volcado mucho en Marcia y en ponerme al día con los negocios de mi padre y no he pasado demasiado tiempo contigo. Ya es tarde, lo sé, pero quisiera pedirte perdón... y ahora te vas, y sé lo mucho que voy a echarte de menos y yo...

—Por favor, Capito, mi decisión no tiene nada que ver contigo, comprende mis razones.

—Es que no sé cuáles son.

—Las hay, de peso, créeme.

—Ya sabes lo impaciente que eres... supongo que habrás recapacitado bien...

—No quiero hablar más sobre este tema. Te escribiré desde Roma y podréis venir a verme, ya sabes lo deseosa que está Marcia de conocer la capital del mundo, por mi parte sabes que volveré a tierras lusitanas... espero que con un pequeño Diophanes al que enseñar la segunda patria de su padre...

Un nudo atravesó la garganta del médico al mencionar el deseo de un hijo. No podía hablar, estaba a punto de romper a llorar y temió desmoronarse. De repente todos los motivos que le obligaban a marcharse aparecieron como un fantasma cruel y traidor, sin esperar a la soledad del techo y al cobijo de las mantas. Capito sintió la profundidad de la pena de su amigo, y cuando este volvió a hablar diciendo que se marchaba, no insistió más, en otro momento leería la carta que había recibido el día anterior desde Roma.

El otoño alegraba el descanso nocturno de la colonia. La oscuridad y las temperaturas obligaban a la comunidad a aligerar las charlas veraniegas improvisadas hasta altas horas en la calle poco tiempo atrás. El inicio del frío, de momento tenue, favorecía más las reuniones varoniles en las tabernas. Excepto las calles del centro, cuyo tránsito permanente no venía marcado por ningún termómetro, las zonas más alejadas dejaban entrever la proximidad de un clima inhóspito. Diophanes vagaba cerca de la puerta sur de la muralla, uno de los lugares menos concurridos de su patria chica. Habría querido evitar la comunicación a Capito de su marcha de Emerita con tanta antelación. Sus apreciaciones le calaban en el alma, siempre le dejaban huella, siempre le merecían consideración y las tenía en cuenta, y ahora que su amigo lo sabía, tendría que aguantar, día tras día, sus bienintencionadas muestras de amistad y demás querencias, lo que le provocaría mayor tensión y dolor. Todavía resonaban en su cabeza las palabras del abogado, «por qué te vas», «es que no sé cuáles son tus razones»... El médico aprovechó la noche para recostar su espalda sobre un corralón y desahogar la tristeza de un día como aquel. Las lágrimas corrían silenciosas por su cara, sus ojos recordaban los de Marcia unas horas antes. La espalda comenzó a deslizarse por la torcida pared hasta terminar con las nalgas sobre el suelo. El corazón palpitaba agitado y parecía desbocarse por momentos sobre el pecho, y temió no controlar un ataque de ansiedad, así que instintivamente profundizó las bocanadas de aire para rebajar el ritmo respiratorio mientras intentaba olvidarse de sus trágicas circunstancias, no era el único al que el destino había traicionado. Se marchaba porque estaba enamorado de Marcia y esta iba a casarse con su mejor amigo. Nada tenía que objetar a ese amor. Ya desde pequeños ambos parecían competir por agradar a Marcia, en un juego inconsciente al que ninguno daba más importancia porque la chica era bastante diplomática y les premiaba sus atenciones y galanterías por igual. Ninguno se había sentido perdedor en aquella batalla, ambos creían poder conquistar el corazón de la muchacha, porque el juego de ella, a su vez, consistía en mantener el interés de ambos. Pero esa situación no podía prorrogarse eternamente y el final llegó con el compromiso de ambos. Ya se habían levantado las cartas y los ases estaban en manos ajenas. Marcia se casaría con Capito en el siguiente mes de junio, dentro de nueve meses. Lo peor de todo es que Diophanes se había dejado ganar la partida, había tenido muchas ocasiones para declararse a la joven, especialmente

aprovechando la larga estancia de Capito en Roma y el contacto diario con ella, su gran amor secreto; pero no, él no quiso luchar, prefirió perder por orgullo, y estaba comprobando el precio de un dolor tan miserable. Durante todos los días en que su amiga le había acompañado en el cuidado de los enfermos, y habían sido muchos, había él fantaseado con la manera en que deseaba declararle su amor y pedirle matrimonio, imaginaba situaciones llenas de romanticismo y originalidad, pero todo quedaba en su cabeza, nunca fue capaz de poner nada en práctica. La excusa para su pasividad era su orgullo, no quería que su amiga le rechazara, porque él estaba convencido de que Marcia no lo amaría nunca debido a su origen esclavo. De modo que había optado por que esa voz se quedara en su cabeza y no pudiera ser escuchada por sus oídos, confirmando su peor pesadilla. Y ahora que ya nada podía hacerse, sentía su error como un punzón abriendo sus venas. Había perdido la batalla más importante de su vida, la única por la que moriría sin pensarlo y, en cambio, no había sido capaz de exponerse al «no» de Marcia. Su conducta no tenía perdón y merecía el sufrimiento que vivía. El médico no dejaba de castigarse repitiendo sin cesar que tenía lo suyo, que se lo había buscado. Así que su pena era doble. «Lo he perdido todo», insistía machacando su suerte mientras limpiaba sus ojos, que sin control vertían cientos de lágrimas. Voces cada vez más cercanas, ebrias voces cantarinas, recordaron al médico su patético estado, tirado en mitad de la calle, con la cara cubierta de mocos y lágrimas y la cabeza a punto de estallar. Era hora de marcharse a casa, allí podría llorar hasta agotarse, bien lo merecía la derrota más agria de cuantas pueden vivirse: aquella en la que uno mismo decide perder antes de luchar.

## La despedida

«Toda despedida conlleva una pérdida.  
Si es valiosa, se convierte en un amargo vacío».

—Debes disfrutar un poco más de todo lo que ofrece Roma y no intentar salvar a todo el mundo de las injusticias que se cometen —comentó Halys lentamente al compás de las gotas que caían de su frente.

—Me condenas a convertirme en una marioneta —contestó Diophanes.

—Todos lo somos, un poco por lo menos.

—Yo me niego.

—En Roma es peligroso levantar los ánimos contra el César, ten cuidado, dile a Capito que te lea la carta de su amigo Marcial de Bilbilis, que le llegó hace unos días, ya verás cómo están las voluntades de alteradas.

—¿Vamos a visitarlo?

—Como quieras, pero debe ser ahora. Más tarde debo volver a la biblioteca.

El médico y el bibliotecario salieron de la bañera al tiempo. El ímpetu de su movimiento levantó las quejas de los compañeros que permanecían aposentados en el mismo cubículo, al recibir unos sorbos de agua gratuitos en medio del más relajante descanso.

—¡Vaya con el médico! Luego me riñe por lo mal que cuido mi corazón. Pero... ¡Jupiter sagrado!, si no hay nada peor que estos sustos. La juventud no tiene respeto por la ancianidad, son unos descarados. Con semejantes sorpresas, el corazón nos explotará —y levantó la mano señalando el vaivén del agua.

—Y el de Roma, bien que pide silencio en la biblioteca, ni al oído nos deja hablar, pero ahora él molesta sin contemplaciones. ¡Mira cómo se ríe!... —añadió otro que dormitaba con la boca abierta en la bañera y tragó un buen chorro de agua.

—¡Disculpen nuestras prisas! —repitió hasta tres veces Halys manteniendo la sonrisa a raya para no enfurecer más a los damnificados.

Haciendo caso omiso de las protestas de los viejos que parecían aprovechar el tirón para soltar una ristra de reclamaciones que nada tenían que ver con ellos y que sobrepasaban con mucho el agravio causado, los jóvenes caminaban con liviandad tras el largo remojo. Toda la colonia de Augusta Emerita sabía que el médico se marchaba en dos días a Roma. Muchos habían acudido a su casa a mostrar un vivo interés por su nuevo destino y su suerte, a desearle lo mejor; otros habían acudido a quejarse de su marcha, sentían que su partida los dejaba desprotegidos ante el barquero. La mayoría, y habían sido muchos vecinos los que llamaron esos días a su

puerta, había llevado algún presente al médico. El atrio de su casa estaba repleto de viandas, algunos le convidaron con morcillas de las matanzas más tempranas y tocino bañado en abundante sal, otros con pieles de abrigo, las mujeres que sabían tejer le regalaban túnicas de abigarrada lana confeccionadas para las inclemencias del viaje, incluso variopintos amuletos contra el mal de ojo ocupaban los divanes. Diophanes no sabía qué hacer con ellos, no creía en las propiedades de estos objetos, tales supersticiones obedecían a la oscuridad de la mente, opinión que se abstuvo de trasladar a sus benefactores por no incomodar su buena voluntad.

Desde que se extendió la noticia de su marcha no salía a la calle ni visitaba lugar sin que lo parasen o le preguntasen por qué se iba a Roma. Una sensación de desamparo recorría la colonia. Pese a la juventud de Diophanes, muchos habían sido los años en que este había cumplido los cometidos de su profesión con eficiencia y esmero, siguiendo el ejemplo de su padre, poco importaban las molestias personales y los riesgos de contagios, que afrontó como peligros propios de su profesión, a la que brindó la mayor de las entregas. Salvar la vida humana era un principio al que se debía en cuerpo y alma, procurando así honrar el prestigioso legado paterno, cuya memoria recordaban los colonos agradecidos. El padre de Diophanes tenía un pequeño busto en la entrada del consultorio médico con una inscripción que decía «Da lo mejor de ti, nadie podrá arrebatártelo». A su muerte y por petición de los habitantes de Augusta Emerita, el senado concedió este honor.

—¡Diophanes, cuidado con el mármol! No creo que el viejo procurador pueda llevar a costas a un lisiado —bociferó un joven desde la bañera de agua fría al observar el traspíe de este.

—Tú preocúpate del agua —soltó el médico guiñando un ojo a Halys—. Demasiado tiempo bajo esa frialdad, hará que tu mujer visite al nuevo médico, porque te quedarás sin miembro. Así que vela mejor por tus intereses matrimoniales.

Todos los que oyeron al médico se echaron a reír, carcajadas que aumentaron cuando el emeritense del frigidarium salió de la bañera, más valía prevenir.

—Mi miembro nunca ha tenido ningún problema, ni siquiera conoces su buena categoría, a lo mejor te has quedado con las ganas... —contestó el del agua fría. No le había hecho ninguna gracia el comentario.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó uno de los ancianos del tepidarium.

—El médico dice que la tiene chica y el otro, el hijo del zapatero, le ha contestado que la tiene más grande que el mejor pepino del tío Anastasio.

Los viejos reían enseñando las abundantes mellas con que celebraban sus muchos años. El eco del aire silbaba entre los huecos de sus dientes. Salvo estas pinceladas de alboroto, la temprana hora del baño mantenía en un ambiente silencioso a la clientela, que elegía ese momento por razones de paz y comodidad.

La actividad intensa en las calles cercanas al foro municipal anunciaba que era día de mercado. El encargado recaudaba el impuesto de venta en espacio público a primera hora de la mañana arrancando la indignación de los comerciantes, sin caja



suficiente para hacerle frente. Cada quince días, el funcionario escuchaba la misma cantinela, debían cobrarles al final de la venta. Los esclavos de la colonia ejercían las funciones de vigilancia y orden tutelados por un encargado que, a su vez, seguía instrucciones de los ediles y acompañaban al funcionario en su labor recaudatoria. Gracias a tal protección recibía este los sestercios correspondientes de los acalorados comerciantes.

El médico y el bibliotecario divisaron a Furnio entrando en el foro. La prisa de Halys por volver a la biblioteca ocasionó que los jóvenes pasaran de largo.

—Furnio tiene hoy trabajo de sobra... vaya que sí... —comentó Halys con aire misterioso.

La cara de asombro del médico obligó al amigo a explicarse.

—Algún día te contaré una historia increíble, pero será cuando todo acabe.

—Pero ¿qué dices? No te entiendo.

—Olvídalo, es largo de contar y no viene al caso.

El médico lo miró extrañado, su curiosidad innata yacía aletargada bajo la exigencia de su partida. No quiso indagar, ya tenía bastante con ver a Marcia por última vez en la cena de esa noche. Arria Pale había convertido una despedida íntima, como hubiera deseado él, dado su estado anímico, en un banquete multitudinario donde debía emplear su mejor imagen al servicio de los buenos deseos que animaban a sus amigos a despedirlo. El recuerdo de Marcia le causó un cosquilleo en el estómago imposible de controlar, en cambio, su relación con Capito no le originaba efectos físicos de tipo alguno, ni acusaba cambios en su ánimo de los que él fuese consciente, detalle que a Diophanes le pareció raro. No sentía recelos ni envidia, tampoco rabia contra Capito, quizás porque siempre jugó limpio en ese trío de amores en el que todos habían dejado hacer al destino, por eso, él solo maldecía su suerte. A Diophanes le hubiera gustado estar en la posición de su amigo el abogado, pero a él le había tocado ser esclavo. Su pelea era con la madre conquistadora que lo había humillado, relegándolo a la indigna consideración de quienes nada representaban para la misma sociedad en la que sus cuidados y conocimientos médicos sumaban días a las vidas de sus ciudadanos. Los romanos, además de dominadores y crueles destructores, eran unos desagradecidos prepotentes que se permitían infinidad de lujos amparados en el repique de sus salvajes espadas, tal era el pensamiento del médico.

—¿Por qué no convencemos a Capito y venimos a divertirnos un poco a la taberna? —Diophanes buscaba el remedio del vino.

—Hasta la tarde no. Tengo un trabajo urgente que hacer.

—¿Se puede saber qué es tan importante?

—Antes de venir a Augusta Emerita estuve copiando tres libros de la *Historia Natural* de Plinio para traérmelos a esta biblioteca. En mi último viaje a Roma conseguí que Plinio, buen amigo mío, me prestase los cinco siguientes para copiarlos, le prometí devolvérselos lo antes posible y no puedo faltar a mi palabra. Me hizo un

gran favor. Ha recopilado todo el saber en treinta y siete volúmenes. Imagínate lo importante que es para Emerita tener semejante colección. Poco a poco los copiaré todos. Tendremos una biblioteca envidiable.

—Te veo entusiasmado.

—Soy un ferviente admirador de Plinio —replicó Halys dispuesto a hacer el mejor alegato con que soñara todo buen jurista—. Es la primera vez que he visto un índice al principio de un libro, puedes buscar con facilidad lo que desees consultar. Estoy convencido de que si leyese a Plinio serías su mejor defensor.

—Si tú lo dices... —La cabeza de Diophanes estaba muy lejos de la *Historia Natural* de Plinio.

—¿Alguna vez has visto elefantes?

Aquella pregunta le devolvió el recuerdo de su padre. Un nudo apretó su garganta a modo de filtro y retuvo las lágrimas que pujaban por salir y cuya contención le provocaba una ligera asfixia. Cuanto más retenía la emoción, más opresión sentía en la garganta. La alteración de su estado emocional lo hacía sensible al recuerdo de otros trances dolorosos. Quedarse sin padre fue un duro golpe, mitigado en parte por la compañía y la ayuda de Marcia y de Arria Pale. Durante esos días había soñado mucho con él, por fortuna siempre momentos agradables, lo peor llegaba al abrir los ojos y sentir el vacío de la soledad. Se sentía terriblemente solo; era imposible explicar el sumidero que lo tragaba convirtiéndolo en una mancha en el universo. No era momento de sumar pérdidas dolorosas, pero su voluntad fluctuaba desgobernada, marginando su necesidad de regocijo. El dolor por la pérdida de un amor oculto florecía en los últimos días sin control, y Diophanes temía desmoronarse en cualquier momento y mostrar su sufrimiento. Había negado sus sentimientos por Marcia durante los últimos años, en los que, además, había disfrutado de su compañía casi en exclusividad. Al final debía afrontar lo inevitable. Había vuelto de Roma asqueado por la impunidad con que se cometían las más repugnantes injusticias, eso era verdad, pero también lo había hecho por Marcia, aunque ya de nada servía, ahora sería una incógnita averiguar si se hubiese atrevido a decirle cuánto la amaba.

—Dime, ¿los has visto? —insistió Halys sobre los elefantes.

—Antes de llegar a Augusta Emerita pertenecimos al tío de Furnio que vivía en Roma. Me contó mi padre que los vi allí, yo tendría tres años. Tú sabes que fuimos esclavos, ¿no? —preguntó de repente—. ¡Maldita Roma!

—Todos somos esclavos, Diophanes... —Pretendió Halys atenuar el dolor de la confesión de su amigo.

—Sí, pero sé sincero. ¿Hay algo peor que ser esclavo de otro hombre, tu igual?

—Todos tenemos un pasado. Créeme, el mío también tiene oscuridad.

Diophanes agradeció las palabras del bibliotecario, al escucharlo no se sintió tan solo. Las injusticias habían sido muchas, y muchos los seres humanos que estaban en su bando. Aquella especie de compañerismo disipó parte de la gravedad con que juzgaba el torcido destino que le había tocado a su familia.

—Tengo memoria de elefante... —Ambos rieron—. Así que me acuerdo perfectamente de ellos aunque los viese con tres años... —Volvieron a reír—. Me han dicho que tienen una nariz parecida a una serpiente, larga y ancha, con grandes colmillos a cada lado. ¡Qué animal más fantástico! En cuanto pueda, iré a verlos.

—Plinio dice que es el animal terrestre más grande y el más cercano al hombre por sus sentimientos. Según él, tienen inteligencia, memoria, obedecen las órdenes, sienten pasión por el amor y la gloria y dulzura hacia los débiles, también dice que son honrados...

—Entonces, querido Halys —cortó el médico—, concluirás conmigo que son mejores que los hombres.

La basura era un problema creciente en la colonia emeritense. Furnio había hecho cálculos, cada emeritense orinaba una cuadragésima parte de ánfora al día, sus heces, si comían y defecaban bien, pesarían en torno a las cinco onzas y media, al mes catorce libras y tres onzas, y también había calculado los residuos sólidos urbanos por habitante, mensualmente cada uno de ellos generaría algo menos de ciento veinte libras. El día que echó números casi se mareó. Por eso no era de extrañar que los vertederos terminaran por ocupar las áreas funerarias cercanas, un simple vistazo al paisaje lo confirmaba, como por demás venían repitiendo los encargados de recoger las basuras.

Furnio había instado al otro duunviro y a los dos ediles a reunirse en su despacho para hablar del asunto antes de proponer alguna solución a la curia, y allí estaban todos. Tito Emilio era un tipo tranquilo y gordinflón con casi sesenta años, lo que negaba con rotundidad. Todo en él inspiraba ternura, su barba canosa y su poco pelo reafirmaban aún más el rechoncho óvalo de su cara, marcado por perpetuos rosetones brillantes y rojizos en las mejillas. Podría decirse que era la antítesis de Valerio Hymino, un tipo picudo cuyo perpetuo movimiento, de pies o manos, levantaba el nerviosismo de sus acompañantes. Hymino tenía menos años que Tito Emilio, pero bastantes más arrugas que él. No estaba gordo, aunque la barriga despuntaba prominente bajo la toga, consecuencia del exceso de chacina, carne y tocino, que le gustaba a rabiar. El último de los presentes, Cayo Voconio, hijo de Voconio Proculo de la tribu Papiria, era el más joven de los cuatro. De tez muy morena y pelo negro rizado, estatura media y más bien flaco. Sus rasgos anchos, nariz escarranchada y gruesos labios ocasionaban más de una broma por su parecido con los hombres que vivían en las tierras del otro lado del mar Mediterráneo. Los cálculos ofrecidos por el duunviro como preámbulo de la reunión provocaron un divertido receso a costa del curioso informe, cada uno salió por un lado relatando divertidas incidencias en torno al maloliente asunto. Furnio apenas se dejó llevar por las bromas de los demás. La premura de la reunión obedecía a otro significado solo conocido por el flamen provincial y el bibliotecario. Furnio estaba convencido de que uno de ellos había

ayudado al carnicero y a su compinche a escapar. Como nadie movía ficha, él quería probar suerte con su idea, si se equivocaba, tampoco se perdía nada. El barullo del mercado provocaba un zumbido incómodo. En la pared de fuera del despacho había situado un puesto de sandías y melones tardíos. El duunviro elevó el tono de voz tratando de superar el berrido de un comprador estafado.

—Los alfareros de la zona sur tiran el material de deshecho al río; todo lo que no pueden quemar en sus hornos lo tiran al Ana para que la corriente lo arrastre —informó Furnio cuando las risas se apagaron—. Debemos vigilar esos márgenes del Ana y multarlos si descubrimos cerámica en él o abandonada en la orilla.

—¿Y cómo sabremos quién tira estos residuos? ¿O pretendes multar a todos?

—La vigilancia debe ser permanente.

Los otros asintieron. Tito Emilio hizo amago de levantarse.

—Este no es el único problema relacionado con las basuras.

—¿Tienes una lista? —consultó Valerio Hymino.

—Sí. Os voy a informar de los problemas que he detectado y de otros que me han referido —Furnio extrajo un papiro de un montón de la mesa—. Hay que reubicar el vertedero del lado norte. Me han dicho los trabajadores que dentro de cuatro meses, si seguimos al mismo ritmo, la basura se depositará en el espacio funerario de al lado. Como veis, es un tema urgente que debemos resolver cuanto antes o los ciudadanos no perdonarán tal desidia.

—Cuenta con ello, la familia de mi mujer está enterrada en esa zona —alertó Valerio Hymino como futuro afectado.

—Desde luego, desde luego —mostraron su conformidad los demás magistrados.

—Las letrinas situadas en el peristilo del teatro necesitan más agua del acueducto si queremos que estén suficientemente limpias.

—¡Pero si se envía mucha agua! —contestó de nuevo el otro duunviro.

—Pues no es suficiente, Valerio Hymino. Son las letrinas más grandes de la colonia, recuerda que tienen veinticinco agujeros. El otro día pillé a algunos esclavos echando a suerte quién iba a limpiarlas y terminaron por admitir que ninguno quiere hacerlo, falta agua y hay suciedad repegada y un olor nauseabundo.

—Es que tenemos unos esclavos muy finos —resolvió Valerio Hymino indignado—. Seguro que de donde vienen cagan en el suelo y lo entierran sin más.

—Ya, pero lo que tienes que mirar es que los culos que se aposentan allí son los nuestros y no los suyos. —Tito Emilio utilizaba las letrinas públicas con mucha frecuencia, siempre tenía el vientre suelto, así que estaba sumamente interesado en la buena limpieza de las mismas.

—Otro problema a solventar rápido es que tenemos varios sumideros taponados y el agua no vierte a las cloacas, corre libre formando charcos, sería conveniente limpiarlas antes de que el otoño nos regale algún chubasco fuerte.

Nadie opuso su parecer.

—También me han informado de que el colector del circo que drena la arena y

lleva los líquidos hasta el río Barraeca se ha estropeado. He mandado arreglarlo sin más. Y por último, debemos buscar una solución al problema de siempre, si es que la tiene, yo no sé qué hacer.

—Te refieres al vertido de basura y pis en las calles, ¿no? —supuso Tito Emilio—. En algunas de ellas el tufo es terrible, hay que taparse la nariz.

—Pues sí, a eso me refiero, ni multando a la gente mantienen limpia Emerita, acabaremos por vivir en una pocilga inhabitable.

Los magistrados se sentían desesperanzados en cuanto a la tarea de mantener limpia la colonia. Era el asunto más simple y a la vez más irrealizable con el que se habían topado.

—Pues yo añado otra cuestión —continuó Cayo Voconio sin exasperarse—. Furnio, tú debes estar bien enterado, supongo.

—¡Tú dirás!

—Me refiero a la tapadera del registro para limpiar las cloacas que hay al lado de tu casa, en el cruce de las calles, creo que la han levantado dos veces en lo que va de mes, y los carros en medio de la noche se topan con ese pedrusco. ¡Cualquier día tendremos un accidente gordo!

—Será un grupo de borrachos que se divierten así —respondió Furnio—. Las dos veces mandé a los esclavos a las cloacas y no encontraron nada raro en ellas.

—Pues menuda gamberrada. ¡Qué mala idea! Si no hacemos algo, acabaremos por lamentarlo —se quejó con razón Valerio Hymino—. ¡Con lo que pesa la dichosa piedra! Menuda juventud, lo que necesitan es mano dura en látigo firme.

—Tampoco sabemos que sean jóvenes —agregó Tito Emilio—. Propongo hacer un breve receso y llenar la panza, la mía pide a gritos un choricito a la brasa.

A Valerio Hymino le pareció una idea excelente, la morcilla de tripa ancha era su delirio.

—La mía no me pide nada —dijo Furnio sonriendo.

—Tú eres un soso que no come nada, saboreas la vida a medias, con esa teoría del punto medio —contestó el grueso edil—. Por cierto, seguro que no llegas ni a las cinco onzas que hay que cargar al día.

—Lo mío se compensa con lo tuyo.

Los magistrados volvían a bromear con las cifras del informe de Furnio, y este aprovechó el buen entendimiento para comunicarles la noticia esencial de su convocatoria.

—Quería comentaros una gracia con la que me ha premiado el destino.

Nadie imaginaba su siguiente revelación.

—¿No puede esperar? —preguntó el otro duunviro, impaciente por una buena presa.

Furnio no le hizo caso y prosiguió.

—Un pariente me ha dejado en su testamento dos libros antiguos y han resultado ser un tesoro. Tengo en mi poder los libros sibilinos.

Ninguno de los magistrados mostró ningún tipo de interés especial, tampoco un pestañeo delator, como había pensado Furnio que ocurriría al revelar su legado. Aún así, siguió con su plan.

—Son tan importantes que unos senadores de la mismísima Roma se han puesto en contacto conmigo a través de un mensajero —añadió el duunviro con un tono musical.

—¿Senadores de Roma? —repitió vivamente Cayo Voconio—. ¿Y qué te dicen?

—Pues que saben de mis libros, que están interesados y que si accedo a venderlos propondrán al emperador mi designación como senador de Roma.

—¡¿Qué?! —Los rostros de los otros reflejaron extrañeza y cierta hilaridad—. ¡Qué barbaridad y qué disparate! —Y no dijeron más a la espera de nuevas explicaciones.

—¿Y cómo se han enterado de que te han legado esos libros a ti? —preguntó uno al fin.

—No sé —respondió el duunviro como si le hubieran pillado—. Son gente importante. ¡Senadores de Roma! Ellos se enteran de todo.

—¡Ahhh! —mascullaron los demás.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le vas a dar al mensajero los libros? —preguntó con interés Valerio Hymino mirando a sus compañeros.

—No. Se los venderé a los senadores romanos, que vienen la próxima semana a verme.

—Furnio, ¿tú estás seguro de que son senadores de Roma? —recalcó Tito Emilio.

—Sí lo son de verdad, no me están engañando.

—Pero cómo te van a hacer a ti senador en Roma, Furnio —Valerio Hymino cuestionó el supuesto regalo del duunviro.

—¿Por qué no? ¿No tengo yo suficientes riquezas para estar allí? No sería el primer decurión de provincias que llega a lo más alto, o tengo que recordaros al gaditano Cornelio Balbo, el Menor, como le llamaban.

—¿Y qué pariente tuyo se ha muerto? Yo creía que no te quedaba más familia en Roma —Tito Emilio hacía recuento de lo allegados del duunviro.

—¡Esto parece un interrogatorio! —exclamó entonces, atosigado por la mentira que había contado y para la que no tenía tantas respuestas como el interés suscitaba.

—Todo esto es muy raro, tú entregas dos libros muy antiguos, que encima vendes, y ellos te dan un sillón en Roma. Además, aunque no te engañen, ¿te marcharías a Roma?

—También me ofrecen tierras allí. —La imaginación de Furnio se disparaba al compás del desconcierto de sus colegas. Si inventaba más, metería la pata.

—¡A ti te van a engañar! ¡Ten cuidado! Lo que cuentas no tiene ni pies ni cabeza. ¡Furnio!... ¡No puede ser! —Cayo Voconio expresaba así su incredulidad sobre lo que escuchaba, máxime siendo Furnio tan desconfiado.

—Ya os he dicho que los libros valen un tesoro.

—Pero ¡cómo te van a hacer senador en Roma! —decía uno.

—Yo no creía que fueses tan ingenuo, Furnio —alegaba otro.

—¡Si no me creéis, peor para vosotros! —se defendió el duunviro, que parecía creerse sus propias mentiras.

—Vale, Furnio, lo que tú digas —resolvió Valerio Hymino moviendo los dedos de la mano sobre la pared una y otra vez—. ¿Y debemos recibirlos de forma oficial?

—Es que quieren hacer todo esto en secreto, por la importancia de los libros.

—¡Claro, si quieren engañarte, qué van a decirte! Pero ¡tú no te das cuenta de que nada de lo que dices tiene sentido! —insistió Cayo Voconio.

—¿Y dónde están esos libros que los veamos? —Valerio Hymino quería pruebas palpables.

—Guardados y bien guardados. El mensajero me contó cosas y me entró miedo. Los he escondido.

Los magistrados parecían ver claramente el engaño en el que el duunviro se estaba metiendo. Aquella historia era bien rara y poco clara, y él tampoco parecía explicarse abiertamente. Además, no comprendían tanta seguridad, a pesar de su naturaleza desconfiada.

—Halys posee en la biblioteca documentos que hablan de estos libros sibilinos, allí podéis informaros. Me tomáis por tonto, pero habla vuestra ignorancia.

—Párate ahí, amigo —lo cortó Tito Emilio—. Nos preocupamos por ti y nos llamas ignorantes, no se hable más del asunto. Si te engañan, como si no, a mí me da igual, a mi edad no está uno para milongas. Si te hacen senador de Roma, me alegraré por ti, y si te toman el pelo y te quedas aquí... perdona que te diga, tampoco será tan horrible, Augusta Emerita contará con el privilegio de tus servicios, que buena falta nos hace. Asunto zanjado. Vamos a por los choricillos, Valerio Hymino, que parece que estoy oliendo el aceite derretido y tengo las tripas de un lado a otro.

—Tito Emilio, no pensaba que fueses tan viejo... —A Valerio Hymino le gustaba meterse con el edil—. Cuarenta no son muchos para tener esas tripas tan mal...

—Pensaba dejar una morcilla para ti —soltó con sorna el otro, que no conseguía sacar a los demás del despacho—. Pero ahora, por insolente... ni aunque me dé un apretón te reservaré ninguna. ¡Yo me marchó!

Furnio agradeció el receso. Las muchas preguntas de sus camaradas para las que no tenía una meditada respuesta le aconsejaban evitar la conversación. La falta de control y la nefasta puesta en escena del plan le produjo malestar y una sensación de asco se instaló en su estómago. Salió al mercado intentando olvidar lo ocurrido, pero la vista parecía nublársele. Tito Emilio y Valerio Hymino, que buscaban el puesto de la Arriscá, caminaban decididos. La cabeza del duunviro no dejaba de dar vueltas sobre su patética invención, como ahora le resultaba la patraña inventada acerca de los libros sibilinos y su nombramiento como senador romano. Sentía escozor en la boca y algunas náuseas comenzaban a instalarse con persistencia en su estómago. Su malestar aconsejaba la vuelta al despacho. Tiró de la toga de Cayo Voconio, que

caminaba tras los hambrientos magistrados, para advertirle de que él volvía al despacho, allí les esperaría hasta que repusiesen fuerzas. La cara de Furnio palidecía desencajada.

—No debes preocuparte por nuestras palabras —convino el edil al observar la pesadumbre de Furnio—. ¡Ojalá te nombren senador y podamos verte en Roma! Yo me alegraré mucho y ellos también, créeme. Lo que cuenta es que estés tú conforme. No le des más vueltas —le exhortó Cayo Voconio comprensivo—. Cuando saque un rato, voy a preguntarle al bibliotecario por los libros que dices, y tú piensa si quieres que recibamos a los senadores romanos. Que te acompañemos, por si acaso, ¿no?

—Gracias —agradeció el duunviro su tacto.

Las termas de que disponía la domus de Cornelio Severo, repartidas en dos pisos, constituían una innovación si se comparaban con las de las restantes edificaciones de la época. Cornelio Severo hizo la obra poco tiempo antes de la vuelta de Capito de Roma, a fin de que no echara demasiado en falta los avances de la capital. El abogado agradeció semejante bienvenida, aunque él no necesitaba tales comodidades. Regresaba porque Roma no le daba el calor que sentía con solo ver las murallas de su pueblo. La casa de Capito era conocida por su inmenso jardín a dos alturas, aunque recientemente las termas le habían robado protagonismo, un lujo al alcance de pocos. Tenía un mobiliario sencillo, según la tradición que ahora se derrumbaba a causa del creciente interés por la decoración interior. Se extendía a un ritmo de vértigo el gusto por la imitación de los muebles orientales, como sucedía con todo lo que se ponía de moda en Roma. Desde la muerte de la madre de Capito, poco había cambiado el interior de la casa. Arria Pale había repuesto algún mueble dañado por el paso del tiempo, y sobre todo piezas de la vajilla y utensilios de cocina.

Se había convenido con la aquiescencia de Capito y Marcia que la morada de ambos tras la boda fuera la casa del abogado. Cornelio Severo poseía servidumbre de sobra para atender las necesidades de los cónyuges. Además, con exquisito miramiento, se había ofrecido a agrandar el piso superior de la casa para que el joven matrimonio pudiera disfrutar en exclusividad de ese espacio. Consultada Marcia acerca de las reformas previstas para su futura vivienda, no mostró ningún interés en tales cambios, su respuesta consistió en un triste y simplón «vale». Su única condición apreciable estribaba en asegurarse la compañía de la nana. Capito intentó estimular a su prometida describiéndole los muebles que había encargado a un afamado ebanista de Emerita, que imitarían el estilo asiático tan en boga en Roma, incluso le había enseñado los bocetos elaborados durante su convalecencia. Sería una casa elegante, cosmopolita y de gusto exquisito. Las reformas le darían un aire actual y no faltaría ninguna comodidad. Capito se entusiasmaba con cada paso relacionado con su futuro hogar, en cambio, Marcia permanecía como neutra y ajena a todo ello. Acogía cualquier iniciativa de su prometido con una indiferencia que al joven le dolía



en el alma. Al principio Capito se mostró comprensivo, pero poco a poco, y aunque nada decía, la poca implicación de ella empezó a exacerbar su paciencia.

El ebanista se marchaba cuando Diophanes y Halys llegaron a casa de Capito, llevaba el dibujo de un escritorio de estilo egipcio que el abogado pensaba colocar en la habitación de matrimonio por si debía trabajar hasta tarde y le rendía el sueño en esos quehaceres. Los amigos admiraron el boceto que les mostró el creador entusiasmado. Después de un rato escuchando el significado de cada rasgo y cada símbolo, el bibliotecario bromeó sobre su colocación en la alcoba, en clara alusión a la poca utilidad que presumiblemente tendría. A pesar de la inocencia del comentario, al médico casi le da un desmayo al imaginar el cuerpo de Marcia junto al de Capito consumidos de pasión sobre el escritorio egipcio. Diophanes manifestó una urgencia repentina e irrefrenable y se marchó a la zona termal, y allí, entre el frío mármol que recubría la estancia, trató de recomponerse de su abatimiento. Se hallaba en el mismo espacio, pensó, en el que su amada se acicalaría para resaltar sus encantos. Su mente recreaba sin límites las formas carnales de Marcia, su masoquismo la representaba entregada sin pudor a saciar el deseo acuciante de su amigo, una y otra vez su imaginación reverberaba las escenas sexuales más tormentosas para cualquier enamorado. Debía acabar con esos pensamientos o caería enfermo.

—Yo también he leído a Plinio, pero solo su libro sexto, que habla de geografía —informaba mientras el abogado tras escuchar las bondades de los elefantes de los que Halys se admiraba—. No sé cómo habrá obtenido las mediciones de la tierra.

—Es que para escribir sus treinta y siete volúmenes de la *Historia Natural* creo que ha leído más de dos mil obras de más de cien autores.

—¡Jupiter sagrado! ¡Qué tenacidad! Es envidiable.

—¿Qué has leído sobre geografía? —se interesó el bibliotecario—. Es el libro que estoy copiando.

—Ya no me acuerdo de mucho, solo de algunas cosas que me llamaron la atención. Dice que la tierra habitada mide de este a oeste de ocho mil a diez mil millas, y de norte a sur, algo más de la mitad de la anchura, aunque él cree que hay zonas inexploradas. Por ejemplo, reconoce que hay amplios territorios que no entran en sus cálculos, territorios que están al norte del Tanais, en el país de los sármatas, y también parte del territorio de los germanos.

—¡¡¡Ahhh!!!

—Dice que más allá de Hispania y de la India solo hay océanos, y que la Tierra es la noventa y seisava parte del mundo entero.

El abogado y el bibliotecario miraban el techo como si pudieran traspasarlo y observar el horizonte en toda su amplitud.

—Plinio critica abiertamente a Tito Livio aunque ya no viva, no tiene pelos en la lengua —enlazó Halys—. Dice que escribe para su propia gloria, como un ejercicio de elocuencia destinado a complacer, y no mirando la gloria del pueblo romano. Él, sin embargo, afirma que escribe para la gente humilde, en nombre de la utilidad y

como deber a la humanidad.

—Catón el Viejo le gustará más, ¿no? Lo digo por su rectitud y su sentido de la moral —preguntó Capito.

—Supongo que sí. Plinio cree que el engrandecimiento del Imperio es la causa esencial de su decadencia. Idea que, de vivir Catón, compartirían. Además, dice que es un crimen contra la humanidad el número de muertos de los que se vanaglorió César en su momento. ¡A más de un millón mató! Detesta que el espíritu humano esté tan orgulloso y tan sediento de historias de sangre, que son las que parecen complacer al pueblo romano con ardiente pasión.

Las palabras de Halys ponían de manifiesto la realidad del mundo en el que vivían, donde pocos cuestionaban la crueldad que gobernaba parte del ocio romano, a pocos repugnaba el acero atravesando la piel y ninguna piedad merecían las víctimas. En el mundo en que vivían, era normal la violencia.

Los pasos de Diophanes rompieron el ambiente de reflexión. Halys había encajado a la perfección en el mundo del abogado y del médico. Eran buenos amigos los tres.

—Ya ha pasado, perdonad —se disculpó.

—Bien, yo debo marcharme, me espera abundante tarea —ante el interrogante de Capito, el bibliotecario añadió—. Ya sabes, debo copiar el libro sexto de la *Historia Natural* de Plinio. Es una labor lenta.

El abogado bajó a despedirle y a por la carta de su amigo Marcial, poeta de la provincia Tarraconensis que marchó a Roma buscando gloria para sus versos. Capito deseaba apereibir a Diophanes. La carta de Marcial sería testigo revelador de la situación de Roma. Allí, un día estabas arriba y al siguiente suplicando por tu vida.

«Querido y buen amigo, poeta grande y humilde donde los haya, mi añorado Capito, emeritense de La Lusitania..., Marcial de Bilbilis, el también hispano, te recuerda, te echa de menos y te escribe pretendiendo ganar al tiempo la batalla del olvido».

Capito sintió vergüenza, no es que Diophanes no supiera de su afición por la escritura, pero los elogios en ese campo le producían un pudor difícil de acallar.

—Se mezcla lo personal con otros detalles, perdona Diophanes, procuraré leer más despacio y saltarme lo que no interesa.

—A mí ningún mal me hace, ni me molesta a los oídos escuchar buenas cosas sobre ti, léela entera, por favor, porque será difícil dar sentido a la carta a trozos.

«Todavía recuerdo el día que te conocí por el año sesenta y cuatro. Tú ya llevabas dos años en Roma, tus referencias eran inmejorables. “Será mejor jurista que Quintiliano”, decían de ti. ¿Recuerdas ese día? Yo sí, porque pensé que tendría que soportar a un tipo jactancioso y de provincias y... no hay cosa peor, ya sabes de quién hablo. Sin embargo, encontré un hermano gemelo, luego supe lo de tus poesías y pensé que Roma me devolvía la paz que me quitó con la muerte de Séneca, mi protector. ¡El año de su muerte fue el peor año de mi vida! Tuve suerte de ser un

mentecato en quien nadie se había fijado, porque su sobrino y gran amigo tuyo, Lucano, no corrió gran fortuna. ¿Sabes? Apenas murió Nerón escribí un epigrama para recordar el nacimiento de Lucano, fue mi manera de celebrar su cumpleaños. ¡Pero olvidemos los malos tiempos! Yo sigo viviendo de alquiler, en el mismo habitáculo inhumano del tercer piso de la calle del Peral en el Quirinal, con las mismas quejas de siempre. Me refiero al estruendo mañanero del maestro de por bajo, cuya palmeta parece un pico entresacando mármol. Pero ¡tú sabes cómo me las gasto! ¡Nadie escapa a mi pluma, virulento puñal! Y ese memo tiene un hueco entre mis adversarios. Ya le escribí que cobre por callar, ganaríamos todos más. Son muchos los años que llevo aguantando sus locos chillidos, algún día subo y le doy mi paga a ver si toma vacaciones. ¡Menos mal que tengo mis epigramas para desquitarme! Si no fuera por estos tristes pergaminos, qué solo me sentiría. Al menos a través de ellos puedo llegar a todos, no hay flaco, gordo, viejo, sordo, filósofo, abogado y demás que no tengan un lugar entre mis composiciones, y aunque no las he llegado a publicar, te aseguro buen amigo que a todos gusta escuchar mis versos, salvo a los protagonistas, quizás. Reconozco que de buena gana me cambiaría de esta ratonera, pero no todo en ella es tan malo... También sigo viendo desde mi balcón a la vieja meretriz de la otra calle que sigue follando sin correr las cortinas, preferiría una más joven, la verdad. Pero algo es algo, y el ojo lo recoge con alegría. Bueno, tú ya conoces mi pequeña morada y sus alrededores, nada que ver con la casa donde tú vivías, con servidumbre y todo, pero conste que no lo digo con envidia, siempre fuiste generoso y me invitabas a cenar por amistad, para disfrutar de mi compañía y, supongo, de mi lengua parlanchina, cuya mordacidad tanto gusta y disgusta a mi público, pero reconoce, querido amigo, que sus finas ocurrencias siempre nos dieron mucho juego. ¡Cómo echo de menos tus cenas! Nada que ver con otras cenas, que ni una hoja de lechuga me dan si no llevo mis poesías. ¡Qué destino más pérfido vive el que con su pluma a otros entretiene y enseña! No es tan mala profesión que deba ser pagada con miseria. Tú seguro que me entiendes, apelo a tu comprensión y a tu vena de poeta. Como imaginarás, sigo buscando patrono, no pierdo la esperanza. Algún día seré grande y mi estómago estará servido. No he pensado volver a Hispania. Vine a terminar mis estudios de leyes y no puedo presentarme desamparado, sin techo ni hucha, como un vulgar esclavo. Pero, todo ha de llegar. ¡Tengo esperanza! Y si no, mira el caso del famoso barbero Cinamo, se ha convertido en caballero. ¡Sí, sí, por Jupiter que no miento! Por regalo de su dueña, que le entregó los cuatrocientos mil sestercios que necesitaba para ello. Por eso, buen amigo, se debe ser persistente en las decisiones que uno toma. De momento, estoy pensando en solicitar el derecho de los tres hijos, aunque ni esposa tenga. Por intentarlo no se pierde nada. Conozco algunos casos en que los emperadores han tenido a bien conceder tal privilegio, y más de uno estaba en mi misma situación, pero con las decisiones de los césares no se puede contar, porque son libres como las espadas que los apoyan. De momento, me conformaré con una túnica de la mejor lana que me ha regalado Partenio. Me vienen risas porque a esta

túnica debo acompañar con la capa que poseo. Sí, es para reírse, lo sé, la capa parece de mendigo y la túnica de senador. ¡Bien me criticarán mis enemigos al verme! Pero eso me da igual, lo que más me duele es que critiquen mis textos; como Lelio, al que le he dedicado unos versos por poeta vil y mordaz y le digo: “Aunque no publiques los tuyos, criticas mis versos, Lelio: o no critiques mis versos o publica los tuyos”. La próxima vez que vuelva a meterse conmigo no tendré piedad y le dedicaré líneas hirientes por su nefasto escribir, que parece propio de analfabeto, sí, sí. Hasta eso me atreveré a decirle, y luego, lo repartiré por el foro para escarnio suyo. ¡Estoy harto de sus insultos! De momento, no tengo otra opción, hasta que la suerte me sonría.

»Después de estas líneas, en las que poco hablo de abundancias, riquezas, lujos y fama, quizás estés repitiendo lo que me has dicho tantas veces, que ejerza la abogacía, que me dará buenos sestercios, pero mi naturaleza no me deja, ya conoces mi infierno, prefiero vivir de la escritura aunque alguna que otra noche recuerde que soy tonto y paso hambre porque quiero. Pero no desespero, vuelvo a repetir, encontraré patrono que me ponga casa, otros con menos talento lo han conseguido, solo debo esperar, además la inspiración se alimenta de la penuria. Tú también has sufrido escribiendo, aunque no fuese por hambre, en fin. Para variar, suplicaré a los dioses y haré todas las ofrendas que me sea posible. ¡Suplica tú, querido Capito, aunque nunca hayas padecido de hambre! A veces me embarga la desilusión, ya son muchos años sin que llegue la fortuna. Gracias a mi optimismo aguanto las penurias, pero temo que se gaste, como todo en la vida.

»Cuando me acuerdo de ti, me acuerdo de tu renombrada Augusta Emerita, ya ves, no me olvido de Augusta, aunque tú ya sabes que Bilbilis también es Augusta y también tenemos río, el Jalón. Cuando me acuerdo de ti, me acuerdo de Bilbilis, de mis padres Frontón y Flacila y de los amigos que allí dejé. Hace poco he conocido a otro poeta hispano que busca gloria para sus versos, tan hambriento como yo, es de Gades, se llama Canio Rufo, no he llegado a intimar mucho con él, pues hay algo que no me gusta, no sé. De todas formas, aunque hispano y de La Bética, tan cerca de tu casa lusitana, no creo que lo conozcas y desde luego en nada se parece a tu sobriedad y a tu grandeza de corazón. Como ves, tengo muchos competidores pujando por hacerse un hueco en la gran urbe del mundo, que si te acoge te encumbra a lo más alto, cerca del monte de los dioses, pero que nadie se llame a engaño, si te deja caer, llegarás a conocer las miserias más profundas.

»Querido Capito, a ti te fueron muy bien las cosas en Roma. Hubieses tenido renombre como abogado. No es necesario nacer en Roma para alcanzar alguna magistratura, y tus protectores y amigos ya te veían con mando. Tienes madera de gobernante, con esa templanza bondadosa de ánimo con la que acoges y disciernes las mayores disputas sin agrandar las fuerzas que las ocasionan. Además, aquí dejaste no solo grandes amigos y bien relacionados, también más de una dama de la mejor casa dispuesta a entregarse en cuerpo y alma al amor en mayúsculas que siempre has buscado, que todo hay que decirlo. En fin, bien te trató Roma, no te olvides de los

que aquí habitamos. Para ello, relataré algunas menudencias graciosas que, a buen seguro, te traerán a la mente grandes ratos. Ya sabes, en Roma hay cosas que no cambian. El otro día, uno contaba en el foro algunos chistes a costa de un rico senador cuyo nombre mejor no escribo, por si acaso, decía que era imposible que tal eminencia hubiera acabado borracho como una cuba en la cena que dio, porque su vaso no bajó en toda la noche, claro que hacía incesantes escapadas para controlar a los sirvientes. ¡Menuda excusa! Cada vez que volvía de controlar a la servidumbre se le observaba más ebrio... Ahora, también te digo que no consiguieron saber dónde tenía escondido el vino bueno. Y ¡menos mal! Tú sabes cómo las gastan algunos. A ese, ni las escurrajas le habrían dejado sin dan con la tinaja que tenía guardada solo para gusto de su paladar. Estas son las famosas cenas romanas donde, a poco que cometas un desliz, chanzas te salen por los rincones. Mira, hace poco menos de un mes asistí a una lectura pública en casa de nuestro conocido Galimao, me acordé mucho de ti porque leyeron a tu amadísimo Virgilio. ¡Te acordarás cuántas noches inolvidables asistimos a lecturas en los salones de moda! Y también recordarás lo malos que eran algunos de los que a la altura de los ya consagrados se consideran y que, encima, no paran de leer en todos los sitios donde hay público, esos aprovechados debían quedarse sin escenario. Porque aburren tanto que la gente termina por odiar la literatura, pero claro, la de estos usurpadores, que nada son, excepto chupones. Como decía, la otra noche en casa de Galimao la cosa se enredó, la gente comenzó a lanzar pullas contra algunos de los lectores y aquello terminó como una trágica comedia digna del mejor epigrama, el caso es que una crítica llevó a otra y al final la reunión se convirtió en un hervidero de chismes. La gente reía como loca, yo entre ellos. Ahí van algunos. Contaban que a la tetona del Palatino le cobraron una entrada en las termas equivalente a la de tres, por el tamaño de sus peras. Lo mejor es que la boba la pagó. También reímos bien a costa del avaro Gelio, del que critican que cada vez que algún amigo le pide dinero se lo niega y lo justifica con reformas en la casa, por lo visto lleva diez años reformándola, o el de un fino senador que presenta cubertería de plata en las cenas y cristal labrado, perfuma hasta el último cojín y luego, sin embargo, los platos están repletos de lechuga, algunos decían que así se puede apreciar mejor la calidad de la vajilla. A mí me hizo mucha gracia otro chisme que contaron, dicen que Etonte se peyó en el templo durante la ceremonia de no sé qué fiestas, decían que tanto olió la ventosidad que los que estaban a su lado creyeron que se había cagado y se largaron de allí, después de su hazaña. Se tiró sin salir de casa más de quince días, del bochorno, pero las bromas a su costa se siguen haciendo. Ya ves, los de Roma son tan humanos como los bárbaros a los que dicen conquistar, cagan y mueren como los demás. De aquella velada no solo buenas risas obtuve, también me enteré de un cotilleo que a buen seguro te interesará. El poeta Silio Itálico ha comprado el terreno donde se halla la tumba de Virgilio, sí, Capito, parece ser cierta la noticia, antes de escribirte me he asegurado, por lo visto le tiene bastante devoción a su maestro, como le llama, y piensa velar sus

cenizas. ¡Qué labor más humana! Seguro que esta noticia te alegra el corazón y te inclinará a volver a tu patria adoptiva, donde podrás saludar a los que tanto nos acordamos de ti. ¡Ah! Y también ha comprado Silio Itálico una finca que había pertenecido a Cicerón. Como ves, resulta posible con la pluma alcanzar gloria y dinero.

»Hablemos de ti y de tu poesía, espero que no hayas perdido tu buena costumbre de escribir, también deseo que encuentres en tu Emerita buenos oídos que sepan apreciar las cualidades de tus versos y por supuesto te animo a que intentes publicar tus poemas. Son sensibilidad y armonía para el espíritu. Te convoco a cambiar la métrica. Ya sé que a ti te gustan los endecasílabos, pero deberías probar con el dístico elegíaco, te lo he repetido muchas veces, resulta más fácil componer siguiendo su esquema. Yo lo tengo claro, he usado los dos y me resulta más práctico el dístico elegíaco. Y no soy el único, tu admirado Ovidio lo usó para su *Arte de Amar*. Y hablando de él. Perdona que cambie de tema así. Pero debo confesar que terminaré por leer esta obra. Por lo menos el libro segundo, sobre cómo mantener el amor ya conseguido, porque no encuentro fortuna entre las féminas. A veces hablo con otros del tema, me dicen que no solo los ricos tienen esposa. O sea, que no es mi falta de dinero lo que hace que con ninguna mujer encuentre sosiego. Me dicen que reflexione. No sé, creo que quieren decirme algo más y no se atreven. Capito, ¿tú crees que tengo algún problema? Si quisieras responderme, aliviarías las vueltas que le doy a la cabeza sobre este asunto, no sé qué pensar, y claro, a las damas no les puedo preguntar. No te creas que me he olvidado de tu amiga de Augusta Emerita, a la que pensabas pedir matrimonio si comprometida aún no estaba. No dejes de escribir y contarme si tuviste suerte. ¡Ojalá y así haya sido, amigo!

»Desde que murió Nerón poco han cambiado las cosas. Algunas sí, desde luego. Por ejemplo, los verdes ya no ganan tanto en el circo. Nada te extraña, ¿no? Si es que les favorecía claramente el demente Nerón. Aquel polvo verde, crisocolo creo que se llama, con el que hacía cubrir la arena del circo despejando cualquier duda sobre su color favorito, ha sido retirado, la arena vuelve a ser de color arena. ¡Me parece estupendo! Desde que él murió, el resto de facciones tienen de nuevo entusiasmo y ponen ardor en la conquista del pañuelo. Antes, de poco servía el esfuerzo de los corredores y sus cuadrigas. Los dueños de las casas de apuestas también están contentos, el negocio ha vuelto a subir. ¡Ah! Lo que comienza a escucharse cada vez con más rotundidad es que al parecer el senado ha propuesto a Galba que apruebe alguna norma para evitar que las ramera cumplan con su trabajo en medio de la calle, porque los días en que se llena el circo no hay sombra o hueco que no lo aprovechen para el ejercicio de su profesión, y no veas la demanda, parece que tenemos más necesidad de la que confesamos o más lujuria de la necesaria. Está por ver que el César quiera aprobar un decreto de este tipo, aunque te puedo asegurar que se hace necesario. Y fíjate, te lo digo yo, que no pierdo vez mirando a la vieja del prostíbulo, pero es que realmente los alrededores del circo se han convertido en un

lupanar al aire libre, donde nada se respeta. ¡A ver qué decide el hispano de adopción!

»La política y el César es otro tema, amigo, con él termino mi correspondencia. Perdona la extensión de la carta, pero estás lejos y debo aprovechar el viaje.

»El día que entraron en Roma los hispanos fue una fiesta en cada rincón, y te aseguro que nadie estaba más contento que yo. Hispanos gobernando el Imperio por fin. Sé que ninguno es natural de nuestra tierra, son romanos de linaje antiguo y sangre esclarecida, pero aquí conocen a Otón y a Galba como los hispanos adoptivos. Su entrada fue gloriosa. El viejo Galba, con su toga medio raída y sus muchos años auestas, parecía un salvador pariente de los dioses. El pueblo lo adoraba, porque se había atrevido a plantar cara a Nerón, y abiertamente criticaban al senado con gran inquina, diciendo que son unos viejos inútiles que no sirven para nada y que habría que acabar con ellos. Tú no sabes el enfado de la plebe, a la menor ocasión se desahogan a boca llena contra el senado, por cobardes, no dejan de repetir; claro que los precedentes no invitaban a tomar demasiadas iniciativas en este sentido. Pero el populacho ya no recuerda el pasado, se ha olvidado del sacrificio de la mejor gente que tenía el Imperio, gente como Séneca y otros. ¡Qué muertes más inútiles! ¡Qué pena más grande, amigo! Solo ven que ha sido Galba el que ha quitado del medio a Nerón. Durante algún tiempo se vivieron días de esperanzado entusiasmo. Fueron días felices. A mí incluso se me pasó por la cabeza pedir audiencia con el antiguo gobernador de La Tarraconensis, al que había visto muchas veces durante mi estancia en Tarraco como estudiante; si no me atreví a hacerlo fue porque no tenía claro qué pedirle, de tanto como necesito. Y menos mal que no me empeciné y dejé que el tiempo hablase de él. Supongo que las noticias llegan hasta todos los lugares y también que conocerás los desatinos del nuevo emperador y el malestar que vivimos aquí, así pues, al ser mi carta bastante extensa no la alargaré innecesariamente, pero te contaré algunas cosas. Y lo peor que puedo contarte es que no han entrado en el gobierno de Roma la razón y la cordura, y mucho menos la piedad. Los primeros incidentes más siniestros de Galba ya pusieron los pelos de punta a los de Roma, a todos, a los senadores, porque la espada seguía persiguiéndolos sin escrúpulos, y al pueblo, porque vio la calaña del salvador. Me refiero a la atrocidad cometida contra los antiguos remeros de Nerón, esa chusma era pueblo antes de ser legión, y el pueblo lloró y sufrió por los de su clase como si de un hijo se tratara, eran hispanos y ni eso conmovió a Galba, que los masacró con crueldad. Pero en esta vida se paga todo y él poco saboreará las mieles del éxito. Por lo pronto, nuestro nuevo César nada seguro tiene el poder. Nadie sabe cómo acabará la aventura del viejo emperador, cuyo comportamiento es impredecible, unas veces dice blanco y otras negro. Corren malos tiempos en la capital. Hay demasiada gente resabiada desde el gobierno de Nerón, demasiadas cuentas pendientes, muchas mentiras y abusos. En resumen, aquí se mastica el peligro. Con todo, yo creo que el peligro principal para Galba le viene de la frontera germana, donde siguen vigilantes las poderosas legiones del Rin de cuyo parecer se está especialmente pendiente, esto me ha dicho alguien muy importante.

Galba está convencido de que nombrando sucesor se terminarán sus problemas, pero mi conocido me dice que se equivoca, que más le convendría contentar al ejército del Rin. De momento, ha vuelto a nombrar a un nuevo general llamado Aulo Vitelio que ya ha marchado al encuentro de las legiones, destino Germania. ¡Ya veremos! Al parecer, le espera tarea difícil, porque los dos legados al mando de las ocho legiones allí apostadas odian a muerte a Galba. Cada uno de ellos tiene razones personales para tal odio, pero, al margen de lo personal, dicen que no están de acuerdo con la elección de Galba, que a ellos nadie les ha consultado y que dado su excelente historial militar no serán las espadas de otros las que decidan el nombre del César. A mí esas palabras me parecen muy significativas, tras ellas no esperemos época próspera para la paz. ¿No lo ves claro tú también? Además, por lo visto, las propias legiones germanas andan voceando que van necesitando contienda militar con la que atenuar el aburrimiento que los rodea, que ya tienen entreno en demasía, severo y grande, y que están hartos del horrible clima germano. Traduzco que tienen ganas de camorra y recuerda mi carta cuando la lías. No sé si Galba sabe todo esto, supongo que habrá quien se atreva a abrirle los ojos, porque él con decidirse a nombrar sucesor tiene bastante. Bueno, imaginarás que todas las apuestas llevan un solo nombre. Tu antiguo gobernador provincial Otón es a todas luces y a ojos de todos el probable sucesor de Galba. Otón también lo cree así, porque a veces lo deja caer. Pero yo creo que nombrarlo sucesor sin consultar a los del Rin es condenar al sucesor a una nueva guerra... Como ves, el panorama en Roma sigue oliendo a sangre. ¡Cuándo llegará la paz! Todo son incertidumbres e incógnitas, y encima por aquí abundan los enfados, los pretorianos los primeros, y luego los propios soldados de Galba, que se sienten engañados, no les llega la recompensa prometida por su viejo general cuando se sublevó. Además, los presagios tampoco le son favorables. Sé de buena tinta, perdona que me cuide y no dé nombres, que el día de la entrada de Galba en Roma, cuando llegó a la residencia imperial, le acogió un temblor de tierra. Y durante su viaje desde Tarraco a Roma también ocurrieron ciertos hechos significativos, no te los cuento por cansancio de mi mano y por quedarme sin tinta.

»La madrugada hace rato que me acompaña, mis fuerzas finales las emplearé en despedirme de ti, pero quisiera ser breve, porque dime, mi añorado Capito, amigo, qué de nuevo podría añadir que no te haya expresado ya con reiteración.

»Espero encuentres en tu camino las mismas virtudes que presiden tus actos, la misma alegría que nos regalas, la misma comprensión que nos impulsa a confesar sin pudor nuestros males ante ti, y el mismo amor con el que tus ojos miran al mundo y a quienes en él habitamos. Con estas concisas palabras te deseo lo mejor de mis bienintencionados anhelos, como hermano que te quiere y te recuerda.

»En mis ofrendas presente estarás y por ti suplicaré a los dioses. Larga vida, Capito, y por afortunado me tendré cuantas veces se crucen nuestros destinos. ¡Ojalá vuelva a verte!

Valerio Marcial



Septiembre del año en que murió Nerón».

Al terminar de leer la carta, Capito respiró profundamente.

—Parece que te aprecia de corazón tu amigo Marcial —dijo Diophanes un tanto ofuscado.

—¡Ojalá le sonría la diosa fortuna! No dejaré de hacer sacrificios en su nombre —se limitó a decir el otro mientras enrollaba los pergaminos sin apretar demasiado por temor a resquebrajarlos—. Nunca he comprendido por qué no quiere alternar las dos profesiones —Capito reflexionaba en voz alta—. Cada vez que pienso que más de una noche se acostará sin cenar, se me encoge el pecho.

Diophanes le dejaba hablar, estaba serio, con la mirada perdida.

—Halys y yo queríamos que conocieras la carta para que no vayas engañado a Roma. Piénsalo bien, todavía estás a tiempo de quedarte, y esta noche, mejor celebración será tu permanencia en Emerita que tu marcha a Roma. Galba de momento es emperador, pero quizás mañana no.

A Diophanes poco importaban las precauciones que en su nombre pretendía tomar su amigo. Agradecía la carta, había sido muy instructiva, pero qué podría pasarle a un ser insignificante como él.

—Mis conocimientos como médico me mantendrán con vida y ennobleceré mi nombre con más dinero y posición de la que he hallado en Emerita.

—La seguridad y la confianza en uno mismo son buenos aliados hasta que se llevan a un extremo y se convierten en prepotencia y soberbia —añadió Capito—. Además, advierto en ti un cierto enfado con Emerita. ¿No te ha dado suficiente? ¿Te hemos tratado mal, somos ingratos contigo? ¿Por eso te vas?

—Mira, Capito, agradezco de corazón tu pretensión de mostrarme la realidad de Roma. A lo demás contesto diciendo que me voy, me quiero ir y nadie me detendrá.

El abogado percibía una reacción agresiva en su amigo, parecía enfadado, seguramente sería la proximidad de la partida.

—Marcial parece muy buen amigo tuyo, ¿no?

—Sí, tampoco lo tenía entre los mejores, pero ya ves, la vida sorprende.

—Sabía muchas cosas de ti, cosas importantes considero yo, me refiero a lo de Marcia, debe ser mejor amigo que yo, ¿no? Porque a mí nunca me lo contaste.

—Qué cosas se te ocurren, Diophanes, en verdad estás negativo, más ofrendas necesitan tus lares para protegerte de tanta idea nefasta. Gracia me haría esta queja por infantil si no se te viera tan cabreado —concluyó Capito bajo el más severo estupor.

—A mí no me lées con tus peroratas de abogado, vuelvo a preguntarte, la respuesta es sencilla y más para un tipo listo y avisado como tú.

A Capito aquel retintín le dolió, nada dijo hasta ver en qué desembocaban aquellas maneras de doliente caído en catástrofe.

—Si soy tan buen amigo como Marcial de Bilbilis o más, según tú, ¿por qué él sabía lo que sentías por Marcia y yo no? ¿O es que te diste cuenta en Roma? —terminó su pregunta.

El otro no respondió. Ni siquiera se molestó en dar alguna excusa, no quería reñir con él.

—¿No me vas a contestar? ¿Vas a consentir que me largue a Roma sin darme una respuesta? ¿Qué tienes que esconder? —Su rabia iba creciendo—. Si consientes que me vaya de tu casa sin contestar mi sencilla pregunta, dame por fallecido.

Capito conocía el carácter extremista del médico, nada le extrañaban sus tremendas palabras, tampoco su creciente ira en aumento como un volcán a punto de explotar. Aquella situación era insostenible, el abogado callaba y el médico iba apretando los labios y convenciéndose de que no debía echarse atrás. Si no contestaba a su pregunta, perderían las amistades, poco le importaba que se tratara de su mejor amigo. Si eso sucedía, la culpa la tendría el abogado, así lo estaba decidiendo con su silencio. La tensión crecía entre los dos amigos, ninguno cedía. Diophanes buscó los ojos de Capito a modo de despedida, luego con frialdad le dijo:

—Acabas de elegir perder mi amistad —y se apresuró buscando la calle.

Deseaba golpear algo, era la primera vez que había pensado pegar a Capito, era consciente de la pequeñez del motivo, pero era tal su irritación que si su amigo hubiera hecho gala de modales chulescos habría sido imposible refrenar sus puños. Un pellizco en la garganta lo asfixiaba, necesitaba gritar para desquitarse. ¡Jupiter divino, padre de todos los dioses! Sus últimos días en la colonia se estaban convirtiendo en un suplicio difícil de aguantar. Pese a su excitación, era consciente de que vomitaba un malestar largamente reprimido contra Capito. Ese era el auténtico fondo de su rabia, y a la postre coleaba y veía la luz un resentimiento sofocado durante años con suma delicadeza, evitando odiar al que tenía por hermano; pero uno no siempre podía ser racional.

—Diophanes, espera, no puedo creer que te hayas puesto así por una tontería.

—Tontería para ti —respondió sin darse la vuelta y de nuevo apresuró sus pasos.

El abogado intentaba frenar una decisión tan pueril como aquella, pero al ver la decisión inamovible de su amigo le gritó que se detuviera.

—Está bien.

Pasaron al tablinum.

—Me gusta Marcia desde siempre, no podría precisarte la edad —dijo Capito a modo de confesión, hablaba en voz baja y con tono apurado—. Nunca te conté que estaba loco por Marcia y que soñaba cada noche con casarme y tener muchos hijos en un hogar feliz porque pensé que a ti también te gustaba. Durante mi estancia en Roma esperé año tras año la noticia de vuestro compromiso, de haber sido así, tenía más que pensado volver a Emerita para asistir a vuestra ceremonia y al convite y compartir vuestra alegría. No miento, habría sido difícil, pero terminaría por aceptarlo. Después del último año y sin ninguna noticia al respecto sobre vuestro enlace, tan esperado

por mí, empecé a albergar la esperanza, tenue al principio, de que si Marcia no se comprometía ni contigo ni con otros, quizás me estaba esperando a mí. Lo que significaba que tenía una oportunidad y debía intentarlo.

Hubo un silencio. A continuación Capito buscó la mirada de su amigo el médico.

—Ahora ya sabes por qué nunca has conocido mis sentimientos sobre Marcia, pensé que tú le pedirías matrimonio.

Por fin lo había soltado, después de tantos años desapareció un peso insoportable. ¡Menuda descarga! Ahora respiraba con placidez. Diophanes se sintió más que avergonzado, apreciaba la sensibilidad de Capito, pero jamás habría imaginado un interior tan grande, tan fuerte y tan blando al mismo tiempo. Sintió admiración por él y un terrible sentimiento de culpa sustituyó a la rabia. Él no parecía llevar tan bien la misma pena que esclavizó a su amigo en el pasado. Todo en el médico reflejaba desazón e intranquilidad, un manojito de emociones volubles e inestables que se reprimían y explotaban sin aparente razón.

—Nunca he aspirado a casarme con alguien como Marcia —decía sin nitidez en la voz, un colapso nasal impedía que hablase de un tirón.

—Tú habrías sido tan bueno como yo o como cualquier otro. Siempre he pensado que a ella le gustabas, de verdad lo creía.

—Alguien como yo no puede permitirse semejantes lujos —volvió a repetir desoyendo las palabras de su amigo.

—Deja de decir esa tontería. Si Marcia no se hubiera comprometido conmigo, me habría gustado que lo hiciera contigo. La habrías cuidado mucho. ¿Qué suerte hay mayor que tener médico en casa? Disponible a todas horas —sonreía el abogado—. Vamos a la taberna, hace mucho que no nos divertimos y tu partida a Roma bien lo merece. Te echaré de menos. Toda la colonia sentirá tu ausencia.

Aquel momento era una broma macabra del destino. Diophanes era consolado por el mismo que ocasionaba su desgracia. El médico necesitó un rato hasta recomponer su ánimo y sacar fuerzas para continuar el día. Ansiaba la taberna y temía los efectos del vino, pero debía encontrar algo de felicidad. Desde que comunicó que se marchaba de Emerita y su antiguo sentimiento de inferioridad salió a la luz, la realidad también se había vuelto la intensa amargura de su marcha, solapada con esforzados intentos por transmitir una imagen de normalidad. La idea de no ver a Marcia se transformaba en una horrible tortura, a veces había llegado incluso a pensar en el suicidio, pero solo por instantes, para acabar con su dolor, porque él era un luchador y nunca podría hacer algo así, además, peor lo había pasado su padre y nunca desapareció de él la sonrisa y el afán por hacer el bien. Solo el recuerdo de su padre y el ejemplo que le legó le ayudaban a mirar con arrojo el futuro. Cuando se tranquilizó, encaminaron sus pasos hacia la taberna; sus ojos enrojecidos mostraban la huella evidente del desafuero interno. Capito no quiso indagar en la profunda pena de su amigo, creyó que de ese modo su espíritu no tendría ninguna libertad para pasar un buen rato. Sus esfuerzos se concentraron en buscar su risa, algo que para un tipo

como él, tan serio, era un reto de primera. Por otra parte, Capito creía intuir las razones de su agobio, había que ser valiente o estar loco para marcharse del único lugar donde Diophanes poseía un refugio y contaba con gente a la que importaba su pena.

Los magistrados de la colonia de Augusta Emerita volvían a estar reunidos después de su tránsito por el foro. Los eructos de Valerio Hymino y de Tito Emilio dejaban constancia del buen aprovechamiento del paseo, en no mucho rato habían degustado a plenitud la caza y las morcillas en el puesto de la Arriscá. Los tres magistrados estaban de buen humor, realmente la comida templaba el ánimo de los hombres, afirmación que nadie osaba discutir a Tito Emilio por pesadez, la repetía con frecuencia. En cambio, que la comida fuera el placer número uno, el mayor de todos, sí daba lugar a debate entre los oyentes. Desde luego, la satisfacción rebosante del edil era prueba fehaciente de que, en él, teoría y práctica se aunaban sin conflictos. Furnio reía las gracias de sus colegas. Tras el estrepitoso fracaso de su plan, ahora así lo creía, casi no se atrevía a hablar. Durante el tiempo en que los otros resarcieron el estómago, él reflexionó. En efecto, sus palabras sonaban a locura. El duunviro había convocado la reunión acerca de las basuras como excusa, aunque los problemas expuestos existían y requerían pronta solución, sin embargo, prefería que sus colegas retomaran la reunión a su antojo y los dejó seguir a su aire. Furnio los escuchaba lamentarse, reír, bromear o criticar asuntos vulgares; él estaba allí con ellos, pero en su cabeza no había hueco para tales ligerezas, mascullaba para sus adentros.

Al cabo de un rato, Valerio Hymino requirió la atención de sus colegas para abordar los temas ya enunciados. Comenzaron por el traslado del vertedero antes de que las basuras se comiesen el área funeraria. La colonia de Augusta Emerita había crecido desmesuradamente en los últimos cinco años, había censados algo más de veinte mil habitantes, cifra que quizás se superase. Furnio engurruñó con gesto imperioso los ojos, despertando al presente, a la conversación sobre el rebosante vertedero. Los magistrados locales se devanaban los sesos buscando un lugar bastante más alejado de la muralla de lo que en la actualidad se hallaba cualquiera de las escombreras y basureros para luego expropiarlo. Ningún terreno municipal resultaba conveniente para la tarea de acoger residuos. Elegir el nuevo lugar era una decisión conflictiva, por el desencuentro que seguramente se produciría con el propietario. Nadie había olvidado las consecuencias de la última expropiación, cuando ardió una casa de campo que poseía el duunviro anterior a Furnio camino de Caparra con los animales dentro. ¡Toda una catástrofe! Nunca pudo demostrarse la autoría de aquel desastre, pero nadie dudaba de a quién pertenecía la mano incendiaria y asesina. Unos pasos rápidos suspendieron la concentración en las basuras. Dos toques de nudillos y la voz fuerte y desabrida de Cornelio Severo antecieron a la irrupción de dos

soldados que custodiaban a un joven con buenos ropajes.

—¿Qué te parece, Furnio? Ha venido a entregarse, como si pudiera enmendar el daño que ha hecho —Cornelio Severo se dirigió directamente al duunviro.

—¿Qué pasa aquí? —Valerio Hymino llamó la atención del flamen provincial, recordando con su intervención que había dos duunviros, importantes ambos.

—Es el hijo mayor de nuestro amigo Julio Ploto de Olissippo —confirmó la identidad del reo, que no oponía ninguna resistencia.

—¡Jupiter divino! —Furnio acababa de reconocer al muchacho—. Pero si eres más grande que tu padre. No te había reconocido. ¿Cómo está tu madre?

—Déjate de zalamerías y escucha lo que ha venido a decirnos —Cornelio Severo estaba sumamente alterado.

De la confesión del hijo mayor de Julio Ploto resultó que el empresario naviero era inocente, él no sabía de las ilegalidades en que su hijo se había embarcado. Hacía ya tiempo que el viejo vivía al margen del negocio, «ya he trabajado bastante, desde niño», decía cuando se le preguntaba por sus continuas vacaciones, «ahora quiero disfrutar del tiempo que me quede de vida». Muy de vez en cuando echaba un vistazo a las cuentas y a los cargamentos, y fue así como descubrió la firma de Otón, hecho que le pareció extraño. Su hijo el mayor estaba en Macedonia, y decidió indagar por su cuenta, a eso se sumó el encontronazo con Terencio, que terminó por convencerlo de que nada bueno se traía entre manos, pero jamás creyó implicado a su hijo en aquel entramado de corrupción. Era su ojo derecho, confiaba ciegamente en él, siempre había hecho gala de gran responsabilidad asumiendo mucho trabajo desde bien joven, incluso antes de tomar la toga viril ya conocía al dedillo el funcionamiento del negocio, le gustaba estar al tanto de todo y dar órdenes, hecho que su padre alabó. Era opinión de Ploto que una de las cualidades de todo empresario radicaba en no tener complejos a la hora de mandar y mantener bien a raya a los trabajadores. Nunca se debía permitir que un subordinado hablase más alto que el jefe; si se subía a tus barbas, el respeto disminuía. De manera que el gusto por no permitir rechistar a nadie del hijo mayor motivó en Ploto gran confianza en sus capacidades. Además y por otra parte, hacía años que caminaba solo y el negocio iba mejor que nunca.

Los hermanos más pequeños tenían encomendadas otras labores. El mediano se dedicaba a mantener los barcos en perfectas condiciones para la navegación, los reparaba y atendía la contratación de los marineros, personal impredecible, que exigía talante negociador y mano izquierda. En cuanto al pequeño, tenía un carácter ajeno a las grandes responsabilidades, prefería estar a cobijo de los mayores, le asustaba obsesivamente equivocarse, hecho que contribuyó a la armonía familiar, evitando los enfrentamientos por estar al mando.

El hijo mayor permanecía ante las autoridades emeritenses con el gesto contraído y la mirada perdida, no podía permitir que su padre pagase sus culpas. Contó que le pagaban buen dinero por mirar hacia otro lado durante los envíos de mármol. Los

cargamentos viajaban a los lugares más dispares del Imperio, aunque su firma diera fe de otros destinos y otros tonelajes. Ante la estupefacción de los senadores, juró que el único responsable del fraude era él, solo él se había beneficiado. Admitía su culpabilidad, había estafado a Roma, pero no era mal hijo... Y no podía permitir que su anciano padre pagase las consecuencias de su error, ni tampoco sus hermanos.

—Dice que ha cometido un error... —Cornelio Severo estaba exasperado, menuda jugarreta había causado a toda su familia—. ¡Eres un sinvergüenza! Ni más ni menos... Un criminal...

—Cálmate, Cornelio Severo. Ha venido voluntariamente a entregarse —decía atónito Furnio.

—Mi padre siempre ha sido muy honrado, no puedo permitir que pague por mis actos, debo ser buen hijo —repetía.

—¡Buen hijo! —Cornelio Severo ardía recordando al desahuciado Ploto, al que acusó de traidor, cuando solo protegía al deshecho inmundo que tenía por hijo.

Al escuchar de nuevo la voz del hijo alegando arrepentimiento, no pudo aguantar tanta hipocresía y le asestó un puñetazo que le reventó el labio. El soldado de la derecha empujó hacia atrás al reo, aminorando con sus buenos reflejos el resultado final de aquel brazo fuerte e implacable, pero a él le fue imposible quedar exento del golpe y recibió parte del puñetazo y un chorro de sangre le salió de la nariz a borbotones. Cornelio Severo se desató incontenible ante el joven. Los senadores se vieron obligados a dejar su posición de espectadores para tomar parte activa en la defensa del detenido, bajo amenaza de recibir su condena por adelantado.

—Cornelio Severo, ¡para ya! —grito Furnio.

—Es injusto, ¡injusto! Toda la familia deshecha por este sinvergüenza al que yo mismo ahogaré...

El despacho de Furnio parecía un campo de batalla. Dos soldados y Cayo Voconio y Valerio Hymino se empleaban a fondo en contener al sacerdote, cuya rabia concedía más virulencia a sus bravíos golpetazos. El reo permanecía en un rincón llorando con las manos sobre la cara. Estaba firmemente arrepentido, pero, excepto salvar a su padre, nada más podía hacer. Cornelio Severo fue reducido; escupía al suelo desahogando su furia.

—¡Soltadme! ¡Soltadme de una vez! Nada haré contra ese malnacido.

El enfrentamiento había dejado en el sacerdote señales visibles. Tenía las pupilas dilatadas, el poco cabello disperso y la toga rota a mitad del hombro. Estaba sudando y escupía rabia, movía automáticamente la cabeza hacia el techo y el suelo, e intentaba tranquilizarse, evitando mirar al detenido. Furnio se situó frente a él, debía sosegarlo antes de hablarle. Cayo Voconio y Valerio Hymino, que también habían recibido algún tortazo y más de un empujón y zarandeo, ajustaban sus togas como podían, sin dejar de vigilar a Cornelio Severo, que todavía rezumaba cólera. Tito Emilio se había guarecido en una esquina y se mantenía alerta por si la bronca se renovaba, su frondoso cuerpo se desestabilizaba a la mínima y no debía exponerse.

—¡Cálmate, Cornelio Severo! ¡Eres muy agresivo! Pero ¿qué comes, hombre? ¡Menuda fuerza! —Los colegas se quejaban de la zurra recibida.

—¡Estás en plena forma, querido flamen! Uno contra cuatro y a tu favor —dijo el edil desde su acorazado rincón.

—¡No seas cobarde, Tito Emilio, y colabora contra el gladiador! —gimió Valerio Hymino.

—Este asunto no es causa de burla bajo ningún concepto —fueron las duras palabras que Cornelio Severo dirigió a toda la sala y fueron acatadas sin reservas.

—No perdamos los nervios, mi buen amigo —solo Furnio se atrevía a intentar calmarlo.

El flamen provincial abandonó el despacho entre bufidos, no estaba seguro de poder contener su malestar contra el hijo de Ploto y prefirió marcharse. En el pasillo contiguo, con las manos apoyadas contra la pared, medio escondido entre las estatuas y columnas del fondo, prolongaba su respiración para tranquilizarse y frenar el odio que sentía, deseaba golpear una y otra vez al detenido que lo había obligado a condenar a Julio Ploto sin compasión. Ahora se arrepentía del trato poco piadoso que había concedido a su gran amigo. La altanería con que lo trató le dolía sin atenuantes y sentía una gran culpa, de la que hacía responsable al hijo. La culpa, más la ira y la impotencia, constituían un cóctel difícil de manejar.

—¡No puedes torturarte de esa manera! ¡Qué ibas a saber tú...! —Furnio salió tras el amigo, parecía leer su pensamiento.

—Tú tampoco sabías nada, pero le diste la cara —respondió el otro.

—Cada uno es como es y ahora de nada sirve echarte culpas que no ayudarán.

—Debo hacer algo —el flamen estaba decidido a enmendar su comportamiento.

—Cornelio Severo, debo decirte algo y me lo vas a permitir por los muchos años de amistad —los dos se miraron—. A Julio Ploto no le gustaría que trataras así a su hijo, aunque sea culpable... No hagas con el hijo lo mismo que con el padre, contén la rabia y deja actuar a la justicia.

Aquellas palabras hirieron su honor, fueron como un mazazo. Durante unos segundos se quedó perplejo, pareció abrirse ante él otra comprensión de una realidad que le era ajena. De repente, una nueva mirada caló en la consideración de los acontecimientos... «no le hagas al hijo lo mismo que al padre», repetía las palabras de Furnio como repetía, quizás, su error. Una sencilla frase que reprobaba su carácter, una crítica dura. Nada respondió, se sentía confundido, pero contra todo pronóstico esas palabras contuvieron la explosión de su ira.

—¡Voy a visitar al procurador! Tengo que contarle enseguida lo que ha pasado. Me marcharé con ellos a Roma —dijo, tras un breve silencio, sin hacer referencia a las palabras de su amigo—. ¡Espero que me dé permiso! Pondré esclavos y carros, todo lo que haga falta para no ser una carga durante el viaje, pero debo partir aprovechando la caravana. Julio Ploto necesitará un amigo cuando vea detenido a su hijo, y allí estaré yo, junto a él, será mi manera de pedir perdón —agregó cabizbajo,

bajando el tono de voz.

—Me parece buena idea —Furnio le puso la mano en el hombro.

—¡Cuánta crueldad nos guarda el destino! ¡Qué duros golpes deben enfrentar nuestros pobres corazones de hombres! —exclamó vivamente afectado.

La jaqueca de Diophanes y Capito se iba mitigando gracias al brebaje de hierbas de Calpurnia. No había casa en la colonia que no guardase entre sus pociones mágicas aquel líquido, cuya fórmula ella se negaba a descifrar y que era infalible para el malestar de estómago y de cabeza, compuesto especialmente para las resacas de los vinos emeritenses. La salida diurna de Capito y Diophanes para celebrar sus muchos años de amistad había dejado huella del exceso. Por fortuna, el malestar de la resaca impedía al médico estar pendiente del viraje que tomaba su destino, solo podía pensar en vestirse con rapidez para no llegar tarde a la cena. A Arria Pale le hubiera gustado presentar un exótico faisán para homenajearle con exquisiteces, ya que sabía que él era ferviente admirador de su carne, sin embargo debían conformarse con jabalí. Por fortuna, la llegada a última hora de las tetinas de cerda, de las que Diophanes predicaba elogiosos beneficios, entre ellos su grasa para dar lustre al cutis, favoreció la intención de la anfitriona de agasajar con delicados bocados la despedida, que debió modificarse por el deseo multitudinario de participación. La noticia de la marcha del médico impactó a la población. Nadie quería que se fuera a Roma, y cuando se supo lo de la cena, muchos mostraron empeño en estar presentes. Y así, se pensó en la opción de preparar un refrigerio en un corralón cercano a la casa de Furnio. A este lugar se trasladarían los comensales tras cenar y allí podrían acudir los que tuvieran gran interés en decir adiós al médico.

Marcia se mostró exultante todo el día, desprendiendo una energía agotadora, desde que se levantó parecía haber recuperado su antiguo carácter, haciendo gala de un estado de euforia que solo podía representar un mal presentimiento, en opinión de la nana, a la que el cambio repentino la tenía nerviosa. Tampoco había pasado inadvertida a la madre la tregua en el ánimo de la hija, pero bien sabía ella que solo era una máscara para contener la tristeza y la desolación por la partida del amigo.

Otra preocupación más distraía a Arria Pale. Se trataba del asunto prohibido, del que no se podía hablar recordando las palabras de su esposo y que era el causante de aquella secreta y asfixiante vigilancia que sufrían sin fin. No sabía qué manejos se traían en el gobierno, pero a ella la fiesta posterior a la cena la agobiaba sobremanera. Fuera de la casa y con el bullicio de nuevos invitados, los peligros se multiplicaban. Sin embargo, debía tolerar ese cambio por poco que le gustase. Las horas apremiaron al día entre componendas y sin tregua se instaló la noche. Y con la sombra, llegó la cena de despedida. Los invitados fueron puntuales. Solo faltaban por llegar Cornelio Severo y Capito. El ambiente destilaba un humor melancólico y la amabilidad consolaba tierna la pérdida del ilustre emeritense. Los invitados picaban los entrantes



que les servían en el mismo salón en el que celebrarían la cena. Fuera, en el atrio, Arria Pale hacía gestos a la nana preguntando por Marcia. Ya había pasado demasiado tiempo desde que la dejó afanada en la tarea de maquillar sus ojos almendrados y plenos de juventud. La nana subió en su busca y, poco después, recordando tiempos pasados, bajaban ambas riendo y cuchicheando. Y entonces, Marcia tropezó en el atrio con el homenajeador y hacia él dirigió todas sus atenciones sin reparar en nadie más. Todo su mundo estaba ante ella. Todo su mundo era él. Se abalanzó y lo abrazó llevada de un enconado desparpajo.

—Había caído sobre mí un mal de ojos que me tenía trastornada, pero eso se ha terminado y esta noche quiero estar a tu lado y despedirte como se merece mi mejor amigo —dijo a modo de presentación y disculpa, como si estas palabras bastaran para enmendar su conducta pasada. Acto seguido volvió a abrazarlo.

La cercanía de Marcia y pensar en el roce de sus pechos contra el cuerpo de Capito produjeron en él un temblor de rodillas que controló estirando las piernas, pero el sobresalto de su rostro fue imposible de corregir tan rápido. Marcia tiró de él.

—Le he dicho a mi madre que te ponga a mi lado en la mesa.

—¿Y Capito?

—Al otro.

Diophanes siguió a Marcia. Se dejaba llevar por la gracia de la joven, que parecía regalarle su corazón. La nana torció el gesto, las cosas se le complicaban a su niña, como la llamaba, ella sabía el sufrimiento que padecía: amaba a escondidas. ¡Cómo se habían torcido las cosas! Y lo peor estaba por venir, porque la nana sabía que Marcia no podría aguantar junto a un hombre que no amaba, aunque fuera la viva reencarnación de una divinidad. ¡Aquel matrimonio sería una tragedia! El estado de Marcia ya lo anunciaba para quien supiera leer entre líneas. Apenas unos días antes escupía odio contra el médico, al que decía aborrecer, y ahora aquel cambio repentino, como si no sucediera nada, era la confirmación de que vivía a merced de los vientos de la inestabilidad. El médico sonrió a la nana, se hallaba preso del mal de amores y sus tristes ojos suplicaban piedad, se había acostumbrado al rudo trato de su íntima amiga y aquellos repentinos cambios contribuían a trastornar su sistema nervioso, ya de por sí alterado. La nana sintió pena por los dos jovencitos, amantes desterrados, y tiró del brazo de Diophanes deteniéndolo. Debía decirle que todo esto era culpa suya, así lo creía ella, que llevaba días trajinando la manera de detener un compromiso teñido de fatalidad.

—Perdemos un gran médico en Emerita, pero usted deja en esta casa su corazón, a mí no me lo puede ocultar. Cuide esa cara que lo dice todo.

Mal empezaban... Las palabras de la nana le dejaron petrificado. Tardó en reaccionar, enseguida salió tras ella y la alcanzó al otro lado del pórtico antes de entrar en la cocina.

—Nada de decir tonterías, puedes acarrear un problema grave a muchas personas.

—Mi boca es una tumba.

Marcia hacía gestos a Diophanes y este apuntó hacia su estómago y señaló a la nana.

—Te equivocas en lo que dices. ¿Me oyes? —espetó el médico furioso por aquella intromisión... Pero ¿quién se creía ella?

—De eso nada, aunque si te sirve de consuelo, ella lo tiene más difícil... Está enamorada de ti y debe casarse con otro... Pero le pasa por caprichosa y por no tener la cabeza en su sitio... Ya le dije que se prometía a lo loco, pero nada, no me hizo el más mínimo caso, y Capito no se merece tampoco que le engañe.

—¿Por qué me cuentas esto? No conduce a ningún sitio.

—Estoy faltando a mis deberes con la casa de Arria Pale, a la que adoro, y a lo mejor debo pagar un precio grande por ello... No creas que no lo he pensado... Pero es que no puedo ver a mi niña un día más así, sufriendo por amor... Ella esperaba todos los días que te declarases, pensaba que tarde o temprano lo harías, pero la maldita declaración no llegaba... ¿Y a quién no le gusta Capito? Es el mejor candidato sobre la tierra que una mujer podría desear por esposo... Y él sí se le declaró. Mi niña temió quedarse soltera, ya es mayor... Pero nada más decir sí, sabía que se había equivocado, y el día del circo...

Se hizo un vacío. Diophanes presionó a la nana para que siguiera hablando, agarró sus muñecas e insistió con fuerza, pero esta se zafó y corrió a la cocina. Del salón procedía un gran bullicio. Marcia sacó la cabeza desde la otra punta del pórtico.

—Todos preguntan por ti —dijo con tono jovial al médico, levantando el brazo para animarlo a llegar cuanto antes.

—Voy enseguida, un momento.

El médico salió a la calle. Andaba unos pasos y volvía sobre ellos. No sabía cómo se sentía, no sabía si aquella noticia era buena o mala, pero estaba angustiado porque se sentía obligado a actuar. No podía dejar las cosas como si no sucediera nada. ¡Ella le amaba! Todo su universo había cambiado, debía luchar por Marcia, todavía no se había casado, solo se había prometido. ¡Ella le amaba! Su pensamiento le devolvía una y otra vez aquel descubrimiento ¡Ella le amaba! ¡Había sido un tonto! ¡Cuánto se acordaba de su padre! Se rascaba la barbilla a toda prisa intentando hallar la solución a aquel dilema. Era imposible lo que él pretendía, alguien saldría herido, daba igual cómo maniobrara. A lo lejos divisó a Cornelio Severo y a Capito aproximándose hacia la entrada. Y todo giró en su cabeza. La imagen de su amigo atenazó su breve entusiasmo. Nunca hallaría una solución para ese embrollo. La angustia le consumía, maldecía su suerte. Capito se paró frente a él, lanzando una sonrisa cómplice, y el médico pensó que se iba a volver loco.

—¡Vaya con el homenajeador! Con resaca, supongo —señaló el flamen—. Capito trae el purnin. —Con este nombre se conocía el brebaje de Calpurnia—. Aunque quizás nuestro médico conozca remedios mejores. Vaya cara que tenéis los dos...

Los tres llegaron al salón en medio de la más unánime queja por el retraso. Eran los únicos que faltaban. Diophanes no quería estar inactivo, temía encontrarse con sus

obsesivos pensamientos y no saber qué camino tomar; saludaba a unos y otros hablando sin parar. El primer sorbo de vino le provocó una arcada que controló sin mucho problema. La zozobra interior le producía un movimiento continuo de su pierna derecha. Se zambulló en otro trago. Marcia estaba en medio de Capito y de Diophanes y parecía la mujer más feliz del mundo, manejaba la situación a la perfección, era como regresar al pasado, al juego de seducción y conquista que tanto había practicado. Atendía las demandas y solicitaba la atención de los dos hombres sin que ninguno quedase fuera de sus zalamerías y engatusamientos. La sutileza en los miramientos y los halagos de los que hacía partícipe a los dos amigos otorgaba un lugar especial a cada uno, que respondían bajo una respetuosa galantería. Aquel universo propiciaba una intimidad que los hacía sentir satisfechos. Cada uno tenía un espacio y los tres parecían cómodos en él, al menos en apariencia.

—¿Cómo te fue con el procurador? —comentó Furnio al flamen de la provincia.

—No ve inconveniente en que marche con ellos. Además he puesto a su servicio dos carros y los esclavos que me ha pedido, así que ha sido ventajosa mi incorporación al grupo, andaban un poco escasos de vigilantes, casi toda la guarnición se marchó con los detenidos. ¿Sabes?, creo que el procurador se ha alegrado de saber que Julio Ploto es inocente, le tomó aprecio —sonrió y después de unos segundos continuó—. Perdona la tardanza, estaba con los preparativos del viaje, hace más de una década de la última vez que fui a Roma.

Furnio palmeó su espalda alabando la decisión de ir a buscar a Julio Ploto, necesitaría cuidados.

—Furnio, sabes que vengo diciéndote que debemos informar sobre la fuga del carnicero y su compinche. Algunos senadores me han comentado que les da igual que tengan lepra, quieren verlos, así que, debemos dar la cara cuanto antes, la mentira no podrá sostenerse por más tiempo. Es necesario soltarles la noticia antes de que me marche, por lo menos contarás con mi apoyo, porque te van a freír vivo cuando se enteren de la verdad, no sé. ¿Tú cómo lo ves?

—Más negro, imposible, será demoledor... Me van a acusar de todo. Lo peor es el pánico que puede cundir de nuevo entre los emeritenses.

—Esos se han marchado de aquí.

—Pero quienes les ayudaron siguen en Emerita.

—Tampoco lo sabemos con certeza.

—Sí lo sabemos, Cornelio Severo. No te hagas ilusiones, tenemos sospechosos que, por cierto, nada se inmutaron cuando les dije que tenía los libros sibilinos.

—Nos quedamos sin nuestro protector, Furnio. Se nos marcha para la bella Roma —se entrometió en la conversación el invitado de la izquierda—. Sería bueno hacer alguna ofrenda a Esculapio para que nos envíe un digno sucesor.

Calpurnia ponía cara de asco mientras servían las bandejas de pollos estofados y jabalíes asados. Arria Pale había tenido buen cuidado de remojar las carnes de estos animales desde hacía unos días en leche y miel para ablandarlas y esperaba que las

piezas dentales que a más de uno se les movían como la tierra al ser labrada pudieran aguantar en su sitio para evitar los chascarrillos del pueblo.

—¿Qué ocurre, Calpurnia, no están blandas las carnes? —comentó en voz baja la anfitriona.

—Tienen un comer exquisito, me ha dicho Sulpicio Superster, pero a mí no me va mucho ni el pollo ni el jabalí, prefiero el conejo... Ya ves, de gustos baratos...

—Hay que ahorrar, Sulpicio Superster, ¿no? Si quieren plumas en la cabeza y vestidos brillantes por lo menos que se recorten en la mesa —intervino Tito Emilio, que solo había escuchado la réplica final de Calpurnia.

—Mi querido edil, a la vista de la abundancia de vuestro plato no creo que pudierais aguantar bien los recortes que predicáis para las demás —dijo la de Metellinum con aires de ofendida.

—Ahí me has dado, mi querida y elegante vecina —y prosiguió—. Por eso llevo la toga de hace varios años. A mí que me den carnaca de la buena.

—Este hombre nos da un disgusto cualquier día con tanto comer. Diophanes, hijo, a ver si antes de marcharte consigues convencerlo de los beneficios de las verduras —comentó Julia con cierta resignación—. Con los buenos espárragos que dan estas tierras, por cierto, que estamos en plena temporada.

—Pues ya sabes, Julia, si no quiere comer espárragos, por lo menos que te ayude a recogerlos —añadió Calpurnia—. Que bien le vendrían a nuestro insigne edil unas flexiones.

El comentario hizo reír a los invitados y al propio Tito Emilio, que se mesaba la barriga como protegiéndola de los sacrificios propuestos.

—Las verduras para los conejos de Calpurnia... sin ofender, ¿eh? —dijo inclinando la cabeza hacia su vecina y hacia Sulpicio Superster—. Y con permiso de las mujeres —añadió ante el abucheo de estas—. Y, por supuesto, el de mi esposa.

Y a la de Metellinum no le quedó otra que sonreír ante la gracia ingenua del magistrado.

—Mi querido edil, luego no venga con lloriqueos cuando el reflujo no le deje sitio para los postres. Quien demasiado come...

—Poco caga... —dijo Valerio Hymino al oído de Tito Emilio, en clara alusión a la reunión sobre las basuras de la mañana. El edil no pudo aguantar la risa y el bolo masticado salpicó el pecho del duunviro, que no pudo quejarse al ser promotor del recordatorio.

—Tito Emilio, a ver si te comportas, que no eres un niño —le riñó su esposa.

—Con los años vuelven para atrás —agregó Arria Pale ante el apuro de Julia.

La noche iba transcurriendo más animada a medida que el alcohol ejercía su influjo. Marcia reía sin poder contenerse. No estaba bien visto que una mujer decente manifestase en público los abusos del alcohol. Se podía beber, pero sin excesos. Marcia sabía que había llegado a su tope y colocó la mano sobre el vaso para indicar al sirviente su negativa. Capito, por su parte, preguntado por los invitados más

inmediatos, relataba su aventura en el circo una vez más, no había día que no le recordasen lo que allí sucedió, para todos era un héroe. Diophanes y Marcia habían reanudado su antigua amistad con ferviente interés y charlaban amigablemente, con la misma pasión que antaño. Marcia quería saber qué haría su amigo en Roma, por qué nunca le había referido que pensaba marcharse. Le asaltaban multitud de preguntas sobre su futuro, equivalentes al deseo de Capito por besar sus labios, ahora que conocía el secreto de su corazón. Marcia no dejaba de mirarlo con ternura, acercaba el oído para escuchar sin distracciones. Diophanes le contó que durante el tiempo que sirvió como médico junto a los sublevados gobernadores hispanos, tanto Galba como Otón manifestaron su deseo de que pudiera instalarse en Roma con ellos cuando alcanzasen el poder y ser así el médico privado del emperador. A cambio, obtendría títulos, riquezas, lo que deseara. Marcia abrió los ojos, por qué no se había quedado allí, interrogó. El emperador de Roma era la máxima autoridad, un dios, y ponía el mundo a sus pies, preguntó con inocencia.

—Porque te quiero, regresé por ti, pero llegué tarde —fue su respuesta.

La chica tomó la copa más cercana y sorbió un trago largo sin respirar antes de que el médico pudiese detenerla.

—Mantén a tu hija lejos del vino o mañana ocuparás el primer puesto en los chismes de la colonia —dijo lacónica Calpurnia a Arria Pale.

—Esta hija mía no está nada bien, quizás sufra algún maleficio o qué sé yo.

—Algo tiene, por mucho que se maquille, tiene los ojos amusgados.

Arria Pale se acercó a Marcia, que había dejado la copa y tenía palpitaciones.

—No me encuentro bien, llama a la nana que me acompañe a la habitación.

—Pero ¿qué tienes? Si estabas bien hace un minuto —dijo la madre.

—Madre, por favor, no puedo hablar, no tengo fuerzas, de repente... No sé.

—Dile algo a Capito.

—Luego se lo dices tú, no quiero interrumpirlo.

—Diophanes, ¿qué ocurre? Dice que se encuentra mal.

—Probablemente el vino... Déjala que descanse, mañana estará perfectamente.

Arria Pale acompañó a Marcia a la habitación, donde la dejó en compañía de la nana. Volvió al salón con cierto descanso, el vino era un mal compañero, así pues consideró un regalo esta reclusión temporal, se evitaban los peligros de la calle. A Furnio y a Capito les pareció oportuno que la joven se retirase ante el exceso de bebida, para los demás había tenido un corte de digestión sin importancia. A esas alturas de la cena nadie prestaba mucho interés a las pequeñas incidencias. La animación habían alcanzado su cenit, había llegado el momento de hablar en favor del homenajead. Sexto Furnio Juliano tintineaba con un cuchillo la copa de cristal y acaparaba la atención de los presentes evitando su traslado al otro festejo.

El duunviro tosió, ya las primeras palabras dejaron entrever la emoción en su voz, y, pese a hablar para todos, su mirada se desviaba a cada momento y con cada elogio hacia el médico. Hizo un recorrido por la vida de Diophanes desde su llegada a

Emerita. Los dioses le habían premiado con una sola hija, su deseo de tener varón nunca fue escuchado, pero en cambio el destino le había permitido disfrutar y compartir un lugar privilegiado en la vida de dos espléndidos muchachos, no hacía falta citar nombres. Arria Pale secaba sus ojos, su gran corazón acogió sin reservas y con total entrega la dedicación hacia el pequeño Diophanes, también hacia Capito. Todavía mantenía viva la imagen del sabio médico tracio entrando en Emerita, en un carro medio destartado, sucio, hambriento y sin soltar la manita del pequeño que viajaba con él. Furnio miró a Arria Pale, parecía adivinar los recuerdos que apresaban a su esposa y reservó unas palabras para el padre de Diophanes, el inigualable médico al que la mayoría de los presentes conocieron y que llegó desde la conquistada Tracia, adueñándose del corazón de los habitantes de aquella colonia que nunca podrían agradecer con suficiencia la sabiduría y el cariño de un hombre que, pese a su desgraciada vida, mantuvo siempre abierta su alma al cariño y alejada de ella la revancha. Diophanes se emocionó y hacía pucheros evitando llorar. Capito, a su lado, rozó con suavidad su brazo, también él era huérfano de madre, conocía la desgracia de la muerte, esa dura cara de la vida que a todos atrapa tarde o temprano.

Tras el receso de tristeza por el sentido homenaje, el propio duunviro se impuso la obligación de animar los decaídos espíritus, encontrando un hueco para traer a la memoria los bellos y felices momentos que también formaban parte de la existencia del chico. Aquel intermedio pareció aliviar la carga del discurso anterior y la mayoría aprovechó para llevarse algo a la boca, con un gesto que pretendía sacudir la añoranza y la pena, al fin y al cabo, celebraban la libre decisión del joven médico de marcharse a Roma, donde le esperaba un futuro brillante.

Llegó el momento de callar y materializar el homenaje. Los senadores que asistían a la cena conocían el regalo que, a instancias del duunviro, Augusta Emerita otorgaría a Diophanes, vinculando para siempre su vida a la de la colonia, como hace todo buen padre con su hijo, toda patria auténtica. Se trataba de una propuesta ideada por Furnio, secundada por los demás magistrados y apoyada asimismo por un buen número de senadores informados oficiosamente a causa de la marcha apremiada del médico que no daba tiempo a organización oficial.

—Diophanes, quedas emplazado a volver a Augusta Emerita —dijo Furnio, manteniendo con la entonación el misterio de sus postreras palabras, y luego con satisfacción concluyó—. Porque queremos entregarte el anillo que lucen los caballeros y dignificarte así, querido médico, restaurando el honor que os arrancaron a ti y a tu ilustre padre al condenaros a vivir fuera de vuestro hogar y alejados de vuestra familia. También queremos reconocer tu sabiduría y tu preocupación por el bienestar de esta colonia, que hoy es tu patria y te quiere como a un hijo suyo.

Todos aplaudían mientras el médico escondía su llanto entre las manos. Bonito gesto que llegaba demasiado tarde, pensó recordando el rostro de Marcia. La primera que lo abrazó fue Arria Pale. El joven seguía llorando sin moverse, cual momia petrificada. Su estado de rigidez era tal que la matrona no conseguía penetrar en su

pecho y rodearlo con los brazos. Poco a poco abrió los codos y pudo recostar su cara en el hombro de aquella generosa madre emeritense, así permaneció hasta que fue capaz de contener la llorera. Luego, con los ojos agotados por las lágrimas, se dirigió a Furnio, que tenía el corazón en un puño y cuya toga también sirvió de pañuelo. Nadie hablaba, todos mantenían baja la cabeza, reconociendo la mala suerte de Diophanes padre, precisamente sus grandes conocimientos fueron premiados con la esclavitud y la vida militar. Diophanes hijo sentía que le devolvían parte de su vida, un trocito ínfimo, aunque tarde.

Furnio le comunicó que el senado de Emerita sería el peticionario del título y el pagador del dinero que se necesitaba para elevar su condición social, deseaban restaurar conforme a ley su prestigio en sociedad. El final de estas palabras dio paso a una ovación contundente. Los invitados a la cena le daban la enhorabuena y lo elogiaban sin parar. El estómago del médico acusaba los nervios por tantas noticias importantes, tenía acidez y molestias que repuntaban a intervalos irregulares. Una vez finalizado el solemne homenaje, los invitados empezaron a desfilar hacia el otro festejo. Las bebidas del anfitrión eran servidas sin tacañería, pero todos sabían, porque lo anunciaba él mismo, que rebajaba el alcohol para ayudar a sus invitados a mantener la cabeza en su sitio, cuestión fastidiosa, porque estos preferían beber sin cortapisas. En pocos minutos se desalojó el salón y el bullicio cedió al silencio. Capito esperó para dirigirse a Diophanes y lo abrazó.

—Yo nunca he necesitado que tuvieras ningún título para ser tu hermano —susurró en su oído. Y nuevamente las lágrimas volvieron a desparramarse por aquellos marchitos ojos.

—Hijo, me marcho a la otra celebración. Mañana te llevarán los esclavos lo que te he preparado para el viaje. Cada día pediré a mis lares por tu bienestar —prometió Arria Pale—. No te sientas solo en Roma, recuerda que tienes un lugar en esta casa y que mencionaremos tu nombre como si estuvieras en la colonia —sonrió la mujer—. Ahora prométeme que volverás a Emerita en cuanto puedas.

—¡Qué buena eres, Arria Pale! Siempre has estado pendiente de mí —dijo entre dientes el médico evitando compungirse de nuevo—. No conocí a mi madre, pero aún hoy, cuando sueño con ella, me la imagino parecida a ti, cariñosa, amorosa, generosa, amable. Tuve suerte de tenerte.

—Bonita forma de decir que me quieres, o ¿no? —Arria Pale lo tocaba al hablar, lo iba a echar tanto de menos—. Mi querido muchacho, la colonia emeritense te debe más a ti de lo que crees, has cuidado de todos nosotros como un médico con corazón. Si tu madre viviese, estaría tan orgullosa de ti como lo estoy yo.

Aquellas palabras también tocaron el alma de Capito, su semblante se encogió.

—Después de mi padre, la persona a la que más debo es a ti —contestó Diophanes.

—Pero ¡qué cosas dices!

—Digo la verdad, ya sabes, a veces una virtud, a veces un defecto.

Y la matrona marchó agarrada de los dos muchachos, uno de cada brazo.

A esa misma hora, la guardia conducía a la esposa del procurador de la provincia lusitana y a otras autoridades imperiales de menor escalafón en el orden administrativo a la segunda fiesta en honor del médico. Los de Roma habían cenado con sobriedad en la domus de Servilio Modesto, que no pudo negarse a organizar un pequeño refrigerio con motivo de su marcha de la colonia, ante el ataque de histeria de Polonia al escuchar, en un principio, la negativa de su esposo a realizar ese miserable acto social, como ella lo calificó. «Ni un pastor», llegó a decirle, «se despide así de sus ovejas». Polonia llevaba días con la misma cantinela. En ocasiones argumentaba que otros, con motivos menores, tiraban la casa por la ventana y le advertía de la mala imagen de aquella sorprendente reclusión, pues se marchaban de tapadillo, como dos búhos temerosos. Al viejo y trabajador Servilio Modesto nada molestaban las palabras de su esposa. Él tenía sus razones, muchos años y un cansancio inacabable, y no hubo manera de convencerlo. También los colaboradores insistían, aduciendo una circunstancia tras otra en favor del acto social. Así confluían en el pretendido evento su marcha de Augusta Emerita, el final de su carrera profesional y la desarticulación de la banda del mármol cuya repercusión había sido aprovechada por instancias imperiales para frenar conciencias culpables. Por otra parte, estaba el carácter alegre y festivo de su esposa, que necesitaba volar de la asfixiante rutina de Emerita. En la balanza del servicio prestado al Imperio por Servilio Modesto había una gloria tras otra que ensalzar, incluyendo el cariño de quienes trabajaron codo a codo junto a él durante tantos años, logro nada desdeñable cuando es tan alta la cúspide del poder, tan fuertes las presiones y tan profundas las heridas de las traiciones. Pese a la abundancia de méritos y a la inteligente dialéctica esbozada por muchos para organizar un sencillo acto social en honor de Servilio Modesto, al que todos querían despedir, pues les parecía una ignominia dejarlo ir sin más, y por más que insistieron todos, él no cedió ni un ápice, nada, su salud se lo impedía, decía una y otra vez, sin añadir sílaba alguna. No había posibilidad de contrarréplica. De modo que a todos quedó claro que la despedida de Servilio Modesto tendría lugar el mismo día del viaje a Roma y que sería el único momento en el que de forma breve podrían expresarle la fortuna que había representado para el imperio su compromiso con la justicia y el trabajo. El magistrado no estaba dispuesto, después de tantos años de servicio a los demás, a hacer algo que no estuviera motivado por su voluntad; nada de obligaciones, normas, protocolos y otras fuerzas ajenas a su nueva felicidad, de modo que fue inflexible hasta el final. En cuanto a Polonia, y puesto que era su deseo, acudió al festejo de Diophanes con un pequeño séquito que la acompañaba gustoso. La asistencia a la fiesta de tan insignes invitados era un engorro para los organizadores, que debían preparar un recibimiento especial y estar atentos a sus deseos, aún así, debían considerarlo un signo de distinción.

—Yo sin mi esposo no voy a ningún sitio, querida, por muy aburrida que esté, me encuentro rara sin él —dijo la de Metellinum.



—Calpurnia, ten cuidado con tus palabras, que has bebido un poco y no estás acostumbrada —Arria Pale temía que pudiera ofender.

—¡A ver si te piensas que no sé beber!

Capito hacía señas a Diophanes para que fuera a rescatarlo.

—Realmente la fama es agotadora —dijo el abogado.

—¿Otra vez te han pedido que cuentes lo del circo?

—Y no será la última, me temo.

Los pesados pasos regulares de los porteadores, que habían recibido la orden de ir a la máxima velocidad, y sus sofocadas respiraciones constituían una letanía próxima a un himno de legionarios. Este soniquete se unía al brillante resplandor de las teas, cada vez más visible y luminoso, conformando un compás que anunciaba la llegada de los importantes invitados. En cabeza, la litera de la esplendorosa Polonia, que hacía los honores de su posición a la perfección, tras una vida temprana expuesta a todo tipo de liturgias públicas, cuestión que nunca significó para ella ningún sacrificio, amaba participar en tales ceremonias y representar su papel. Los emeritenses hicieron un pasillo para recibir con cierta oficialidad a los singulares invitados. Frente a la puerta de entrada, en el extremo más decorado del corralón, se hallaba una mesa repleta de frutas, dulces y algunos platos con aceitunas, berenjenas, frutos de mar y algunas carnes embuchadas. Se habían colocado braseros dispersos para aliviar la temperatura nocturna. Polonia encabezaba la comitiva que en fila india se dirigía hacia la mesa presidencial, donde les esperaban Diophanes, Arria Pale y Furnio, Valerio Hymino y su esposa Lorenza, así como Calpurnia y Sulpicio Superster.

En cuanto vio un hueco, la nana hizo señas a Diophanes desde la puerta. Apenas terminó el ceremonial, el médico procuró zafarse de quienes le reclamaban. Marcia parecía haber empeorado, le informó la nana. Poco tardaron en volver a la domus de Furnio y menos aún en llegar hasta la habitación de la joven. La nana se quedó fuera, ella había cumplido su parte. Marcia no percibió el sonido de la puerta, el breve y suave crujir del pomo. Diophanes permaneció de pie en mitad de la habitación; asistía al más contundente desconuelo, parecía predecir el fin del mundo. La joven levantó dos veces la cara para limpiarse los mocos antes de darse cuenta de la presencia de su amado unos pasos más allá. Cuando eso sucedió, la figura del hombre se le antojó la de un dioscecillo de la familia que venía a reconfortarla.

—Marcia, ¿qué te pasa? —No pudo evitar la pregunta que luego se le antojó estúpida.

—Que te quiero, desde siempre, desde niña.

Diophanes se quedó clavado al suelo, inamovible. Una contestación clara y directa, sin ambigüedades, sin dudas. Notó el sudor que le corría por la nuca y las axilas y una punzada dolorosa en el estómago. Permaneció anclado al suelo, como una pieza de barro. En realidad hacía serios esfuerzos por contener el impulso de abalanzarse sobre su amiga. La imagen de Capito presidía su voluntad, y eso

mantenía aletargada su naturaleza. Entonces Marcia se levantó y corrió hacia él, y toda la contención del médico empezó a desmoronarse barrida por los sentimientos más auténticos. Se abrazaron sin remordimientos, sin temor a dañar a nadie, y largas lágrimas recorrieron las mejillas de ambos.

—Todo esto es culpa mía —dijo el médico limpiando las mejillas de Marcia.

—No, es mía, por haber aceptado a Capito —susurró Marcia sin fuerzas—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—No podemos hacer nada, me voy pasado mañana. El tiempo juega a nuestro favor. No será difícil olvidarnos de esta locura.

—Es que yo no puedo olvidarte —susurró ella—. Llevo semanas intentando cambiar lo que siento, imaginando que no existes, y ni siquiera consigo borrar tu imagen de mis continuas visiones. Te tengo aquí todo el tiempo —dijo señalándose la sien—. Solo el sueño me trae algo de descanso. He procurado no verte, no hablarte, pero todo es en vano. Porque te quiero —y volvió a llorar sobre el hombro del médico—. Ya no puedo más, y ahora que sé que tú me quieres, no estoy dispuesta a seguir sufriendo. Lo nuestro tiene remedio, convenceré a mis padres de mi equivocación y dejaré a Capito.

—Eso no puede ser. Es nuestro amigo y no podemos traicionarlo. Reflexiona, ¿has perdido la cabeza? No puedo hacerle esto a Capito, antes prefiero perder un brazo o morir si hace falta.

—Tú no puedes amarme y hablar así. ¿Crees que yo quiero dañar a Capito? ¿Eso es lo que piensas...? Lo que tú no ves es que yo no puedo seguir así más tiempo, porque voy a perder la cabeza o a morirme. ¡Qué sé yo! —continuó lamentándose Marcia. El hipo rompía la regularidad del llanto, y mostraba una imagen patética de la chica, con la cara hinchada, unas venillas rojas surcando las mejillas y profundas ojeras—. ¿Prefieres perderme a mí? ¿Yo te importo menos que Capito? Pues de todas maneras sufriré, porque yo no voy a casarme con él.

—¡Padre, que tu serenidad guíe mis pasos y Jupiter nos ampare! Bien sabes padre que yo no he buscado esto. —El médico hablaba para sus adentros, con los ojos cerrados—. Padre mío, qué destino más funesto se halla en mi camino... ¿Por qué los dioses se ensañan con nuestra casa? Hace demasiado que nos abandonaron...

Marcia se había dejado caer sobre el colchón de lana y lloraba con el mismo desconsuelo de antes.

—No llores, Marcia —suplicó el médico—. No soy capaz de verte en este estado. Cálmate, mañana vendré y buscaremos una solución, ahora debo volver a mi despedida, quizás me anden buscando.

—Mañana será tarde, yo no voy a pasar una noche más en el infierno que me consume entre estas paredes.

—No me lo pongas más difícil, todo esto es una locura y necesitamos pensar.

—¡Pensar! ¡Qué quieres pensar si tú te vas de Emerita y yo estoy prometida a otro! Es el fin, prefiero la muerte.

—Juno diosa del hogar, protege la débil mente de... —Diophanes no pudo terminar la frase, luchaba contra él y contra ella, era demasiado—. Marcia, vente a Roma conmigo —aventuró desesperado.

—Es imposible, mi padre nunca me dará permiso.

—Podrías escapar. Para cuando se den cuenta estaremos lejos de Emerita — también a Diophanes se le disparaba la imaginación.

—No puedo darle ese disgusto a mi madre. Mi conciencia me amenazaría sin tregua como un puñal en manos enemigas.

—Tomes la decisión que tomes, tus padres sufrirán, es inevitable.

Marcia se derrumbó. Estaba exhausta emocionalmente, y desde que Diophanes le descubrió sus sentimientos no había cesado en el empeño de hallar un camino para los dos. Cualquier decisión que asomaba era una locura. Sin embargo, algo por dentro la hostigaba, le impedía renunciar al hombre que amaba. Sería capaz de pasar por encima de todas las convenciones sociales, del sufrimiento de Capito, aguantaría las habladurías de todos y soportaría el castigo de sus padres y la pena de estos, su mayor tortura.

—Me pregunto una y otra vez y no encuentro la respuesta, dímelo tú, querido Diophanes —incredó la joven—. ¿Por qué no podemos estar juntos? Si nuestro amor es grande, superará los obstáculos. Mi amor puede con todos ellos. ¿Y el tuyo? ¿Hay algo más grande que tu amor?

—No, yo te quiero, te quiero, te amo con ardor... Pero todos celebran mi marcha, y ¿qué hago ahora? Además, tu posición es complicada, dime, ¿qué harás tú?... Luego está Capito...

El médico se sintió perdido. Ladeó la cabeza y fijó su mirada en Marcia... ¡Hacía tanto que la amaba! ¡Casi había olvidado lo bella que era! Sus ojos verdes y su amplia sonrisa eran irresistibles... ¡Qué cobarde había sido! Había preferido perderla antes que enfrentarse a sus propios demonios. ¡Cuántas noches había pasado imaginando el calor de sus labios sin hacer nada! Marcia se acercó de nuevo buscando consuelo, el médico temía su avance, sentía desvanecerse irremisiblemente a cada paso las barreras de la cordura, dejando libre el más salvaje y contundente deseo. Sabía que no debía besarla, sería su perdición.

—Encontraremos solución para nosotros —susurró ella con dulzura.

Estas palabras fueron el fin. La esperanza se adueñó del presente. Marcia colmaba toda la soledad que la entrega a sus pacientes no conseguía mitigar. Ansiaba besarla. Ella se mantenía abrazada a su cintura cual raíz potente de vida, transmitiendo su alegría bajo el goce sublime de saberse correspondida, y él percibía esa pertenencia como un perfecto anclaje al universo que lo llenaba de compañía, de energía y paz. El abrazo de Marcia le llegaba multiplicado, era como si el mundo entero le abrazara, tal era su sensación de plenitud. Después de tanto vacío supo que solo al lado de ella se sentiría satisfecho, lleno, feliz. Desde ese instante también supo que no podría vivir sin Marcia. Debía sacrificar a Capito. Era una traición irremediable, cuestión de vida

o muerte. Fue lo último que pensó y sintió antes de sucumbir a la gloria de amar a Marcia. Quizás mañana se arrepintiese, pero ahora debía hacer lo único por lo que merecía la pena vivir. Rozó los hombros de Marcia y con suavidad la separó, justo el espacio necesario para buscar sus ojos, entrelazar sus manos y fundir su boca en el hueco caliente y húmedo por donde se grita al viento la palabra amor.

## Tiempo de cambios

«Nunca se sabe en qué parte del camino el destino nos sorprenderá con sus cambios... es entonces cuando el sabio se pone en cabeza, avanza sin dificultad, al compás de lo nuevo».

Servilio Modesto se marchó de Augusta Emerita con discreción, sin pompa, con la satisfacción del deber cumplido, defendiendo al imperio de los ladrones y a sus ciudadanos del derroche de unos recursos que les pertenecían, con la seguridad de un legado perdurable en el tiempo que protegería del olvido la misión de toda su vida, su compromiso con la justicia. La detención de autoridades romanas y de ricos empresarios, grandes personajes con pretendidas maniobras de exención a la ley, unida al largo tiempo y a la magnitud del robo, confirió a esa actuación de una publicidad extra y una complejidad procesal densa, sustanciada a través de ingentes montones de pergaminos que debieron pasar por un sinnúmero de manos para el conocimiento y resolución del delito. Las diferentes administraciones del imperio, local y provincial, se vieron implicadas en el procedimiento. Por tanto, muchas fueron las personas y muchos los lugares que tuvieron constancia de las detenciones y en todas se registró el nombre del ilustre procurador lusitano como responsable de tal gesta. Así que el destino obró con equidad y el nombre de Servilio Modesto se asoció a cualidades tan dignas como el trabajo, la honradez, la integridad, la inteligencia y la justicia. ¡Todos recordarían el ejemplo del procurador! Su marcha, además, fue el inicio de una etapa de cambios y acontecimientos insospechados que encumbrarían a la colonia o la eclipsarían, estaba por verse.

Furnio había llegado al despacho bien temprano para ultimar la sesión de la curia que se reuniría poco después del mediodía. Debía presentar las cuentas de la colonia, justificar los gastos públicos e informar sobre la recaudación de impuestos. Era una sesión extraordinaria convocada por él y que aprovecharía para informar sobre la fuga de los presos. El tema presupuestario pretendía borrar protagonismo a la cuestión segunda del orden del día, a la que había denominado asunto extraordinario de importancia para la colonia; nadie intuía la historia que les iba a contar. Los gallos habían cantado con bravura, anunciando con sus cánticos la ordenación natural de otro día. Las nonas de noviembre, noveno mes del calendario, según los antiguos, esbozaban tras la fría helada mañanera el duro invierno que en poco menos de un mes se avecinaba. Las vestimentas marcaban también el inicio de la nueva estación, con la utilización de los apelmazados mantos de lana a los que muchos añadían capuchas, y últimamente se venían usando además unos sombreros de fieltro con ala corta o

ancha, novedad en Roma. Furnio no era muy dado a innovar con la primera distinción que observaba en los viajeros de fuera y menos si la estética primaba sobre la comodidad, él utilizaba su bardocuculo, con cierta ornamentación dada su condición, pero sin ostentación, así se llamaba la capa a la que se cosía la capucha.

Esa mañana Sulpicio Superster hizo su aparición en el despacho del duunviro con el sombrero de fieltro sobre la cabeza y un ala ancha alrededor, llamando la atención por lo extravagante de la propuesta. Calpurnia había convencido al provincial de que vivir acorde con los tiempos era un signo de actualidad, y en eso debía pensar cuando algunos ignorantes lo mirasen con asombro o, incluso, convino la mujer, si se reían de él con el atrevimiento propio del populacho, dando por supuesto que los más adinerados entenderían las coquetas sugerencias. Sulpicio Superster, que había propuesto a su esposa el traslado de domicilio a Emerita, muy conveniente a su carrera política, no deseaba incomodarla mientras se lo pensaba, que era la respuesta que había obtenido de ella. De modo que el oriundo de Metellinum se había colocado el sombrero como ella le indicó y se presentó en el despacho del duunviro para enterarse de lo acontecido durante su ausencia.

El provincial no había podido despedir a Servilio Modesto, pues asuntos imprevistos modificaron su agenda. El día después de la despedida de Diophanes llegó un correo comunicando graves problemas de salud de uno de sus hermanos, la cosa no pintaba bien, era urgente, así que Sulpicio Superster regresó a Metellinum y al cabo de trece días, cuando la enfermedad por suerte remitió, pues resultó ser una intoxicación alimenticia, volvió a Augusta Emerita. El primer recado que Sulpicio Superster aseguró fue la visita a Furnio, deseaba conocer de primera mano la marcha del procurador, y el duunviro, gustoso con la visita del amigo y pese al apretado trabajo que aún le restaba, le contó lo siguiente:

—Servilio Modesto fue uno de los primeros en llegar a la puerta norte de la muralla, lugar escogido para la despedida —empezó Furnio—. El procurador quería emprender camino al canto del gallo, bien temprano. Apenas se veía cuando el grupo de viaje, siguiendo las indicaciones de Hermes, se colocaba para una mejor defensa ante un improbable ataque de algún grupo de pillaje. No sabían de la existencia de bandidos por esas tierras, pero el viejo no se fiaba de los hispanos, tenía grabado a fuego las historias escuchadas en su infancia sobre el peligroso bandolerismo de Hispania. Ya hacía mucho de eso y tampoco la naturaleza lusitana era la misma, pero ser precavido no venía de más, contestaba, y los viajeros vadeaban sus trastos conforme Hermes ordenaba sin rechistar. Casi había concluido la organización del grupo cuando Servilio Modesto y Polonia se dirigieron a los que habían acudido a despedirlos.

»En representación del concilio de la provincia se personaron dos provinciales, Servilio Modesto dio a entender que con ellos bastaba, y su secretario personal, nada de adioses y menos aún de grandes discursos. Eso sí —continuó Furnio—, a algunos de los que allí estábamos nos entregó varias cartas, prefirió despedirse de esta

manera, de un modo más íntimo. Y a mí me entregó tres, una de ellas para ti.

El duunviro se levantó, giró el cuerpo y de un baúl sacó un rollo lacrado que entregó a Sulpicio Superster. Este sintió una gratitud indescriptible al verse incluido. Furnio describió, con la emoción desvanecida tras dos semanas de distancia, el momento final en que el viejo abrazó uno a uno a quienes allí estaban. Arria Pale acompañó a Furnio en ese acto mitad oficial, mitad personal. Polonia había sido una romana abierta que había querido pertenecer a Emerita mientras allí vivió y que optó por mezclarse con la gente de la colonia y colaborar en las causas comunes de las vidas de sus amigas. Arria Pale abrazó a Polonia con fuerza, abatido el ánimo y tristes los ojos. La romana, en cambio, feliz con su vuelta a Roma, la confortó con promesas de reencuentro que la emeritense intuyó irrealizables, pero agradeció la intención. Arria Pale entregó a Polonia un pañuelo de seda bordado con sus iniciales y una vasija de bronce cincelado el puente y la inscripción de Augusta Emerita. La romana lo celebró con profusión y agradecimientos abundantes, debía besar a sus amigas de la asociación, encargó a Arria Pale, y a continuación soltó una perorata de consejos y recomendaciones para ellas. La emoción de las mujeres fue creciendo y se hizo extensiva a los allí presentes, confiriendo al momento la magia de los corazones cuando anhelan a los demás un destino favorable.

También fue muy especial la despedida de Servilio Modesto y Furnio. El abrazo de ambos fue sincero, los dos sabían que seguramente no volverían a verse y los dos se apreciaban con la complicidad de quienes ven en el otro un espejo de sí mismo. «Si la edad no mandase tanto, me quedaría en Emerita para aprender grandes cosas, que tú sí podrías enseñarme. Tienes alma de poderoso estadista». Esas fueron las palabras que Servilio Modesto dedicó a Furnio al oído mientras lo abrazaba. Un pellizco hizo vibrar el corazón del duunviro, que contuvo la respiración y las ganas de estrujar al procurador por tan generoso reconocimiento. Cuando Servilio Modesto lo soltó, el duunviro tiró de su mano para reclamar brevemente su tiempo, él también deseaba decirle algo, honrarlo como se merecía, y delante de todos se arrodilló ante él y en voz alta, quebrada por la emoción, le contestó: «¡Cuánta grandeza hay en la humildad de su alma! Si al César le precedieran sus acciones, mi estimado procurador, no tendría su excelencia competidor a tal puesto. Aquí me tiene si algo desea, soy el más fiel de sus servidores». Y luego se levantó y de un modo menos solemne añadió: «Usted me conoce bien, sabe que no hablo por hablar». El procurador le miró a los ojos y no dudó en responder: «Lo sé». Luego siguió adelante abrazando a los que faltaban.

Furnio no contó a Sulpicio Superster las palabras exactas que ambos se dijeron, le parecía presuntuoso reproducir tantos halagos que ahora no venían a cuento, más se extendió en la explicación del regalo que la colonia de Augusta Emerita entregó al procurador.

Se trataba de un mosaico portátil rectangular, realizado sobre una placa de barro cocido, con teselas minúsculas, a veces más pequeñas que un vago de cereal, de un

codo y medio de alto por dos y medio de ancho, de temática militar. Hubo desacuerdo inicial en el motivo que inspiraría la decoración del mosaico portátil, por lo que decidieron consultar a Halys, que les habló de una casa de Pompeya en la que vio un mosaico que representaba la batalla de Issos con un valiente Alejandro Magno a caballo y con traje militar que era una obra de arte, quizás se podría imitar ese diseño, sugirió. El tamaño impedía plasmar una batalla, pero no quedaría mal simbolizar a Servilio Modesto como un joven militar con una espada en la mano izquierda y las riendas en la derecha, sobre un caballo engalanado. El traje del procurador sería el que adoptaron los pretorianos en ese tiempo, coraza moldeada en forma de tórax y alargada con lambrequines, un casco con visera salida y carrillera articulada sellada con una bonita cimera de plumas verticales. La propuesta de Halys aunó un consenso mayoritario y él mismo abrevió con su boceto el trabajo del pintor de figuras. El procurador recibió la dádiva con sorpresa, y al destapar el trapo que la envolvía, la perplejidad se instaló en su rostro.

—¡Habíamos metido la pata! A Servilio Modesto no le gustan las guerras y yo lo había olvidado por completo —se explicaba el duunviro—. Pero haciendo gala de su corrección, él dijo: «Magnífico caballo el que monto, imaginaré que cabalgo a la conquista de mi esposa Polonia. Muchas gracias a Emerita. Os honra el gesto».

—Je, je... —El provincial no paraba de reír—. ¿Cómo olvidaste que odiaba las guerras?

—Yo que sé. ¡Menuda equivocación! —confirmó Furnio—. Tengo la cabeza en tantas cosas...

—A propósito, ¿tú crees que costará mucho un mosaico para decorar el suelo de mi salón? —Con la pregunta de Sulpicio Superster se zanjó definitivamente la explicación sobre la pared de la marcha del procurador.

—¿Estás interesado o es curiosidad?

—Intento convencer a Calpurnia para trasladarnos a Augusta Emerita, con un mosaico podré engatusarla mejor.

—¡Me congratulan tus palabras! Aquí tienes las puertas abiertas y mi apoyo en lo que necesites... ¿Has mirado casa?

—No tan rápido, Furnio, Calpurnia no ha dicho sí aún —determinó el otro—. Y no quiero adelantar acontecimientos.

—De todas formas, a ver de qué me entero, imagino que será imprescindible un buen terreno de cultivo, ¿no? —comentó Furnio.

—Imaginas bien, Calpurnia antes se desharía de mí que de sus plantas —concluyó Sulpicio Superster con resignación.

—Tenemos que encontrar una casa con un jardín irresistible. ¡Algo que la impacte! A media mañana Demetrio vendrá a cobrar el regalo del procurador, podrías hablar con él.

—Eso haré, entre tanto voy a consultar los precios para los abonos, tengo la tierra de los olivos más muerta que viva.



—¿A quién pedirás precio?

—A Antestio Persico, quiero saber el precio de las heces de los caballos, si no fueran muy caras las mezclaré.

Sulpicio Superster se marchó con la carta de Servilio Modesto; su gratificante sonrisa se correspondía con la satisfacción de su corazón. Furnio lo acompañó hasta el foro, necesitaba tomar el aire. ¡Cuánto amaba Furnio el foro! Era el corazón de la colonia. El magistrado se quedó un rato respirando el aire frío del mes de noviembre, observando el vaivén de los bultos que componían el paisaje, los pulmones se le oxigenaron y la cabeza descansó.

Antes de retomar la tarea, apresuró el paso en dirección al despacho de Valerio Hymino, aprovecharía para preguntar por las casas en venta, le hacía mucha ilusión que Sulpicio Superster se trasladara a Emerita. Al acercarse, en el extremo del pasillo, despuntaron unas voces enfadadas que le hicieron detenerse. No se entendía qué decían, eran voces sofocadas que se atropellaban hablando. Furnio advertía que la historia de los libros sibilinos cada día le afectaba más, le carcomía, sospechaba de todo el mundo, analizaba todo lo que acontecía fuera de la rutina llegando a conclusiones un tanto paranoicas. A él, que de por sí veía pájaros donde ni nido había, el legado se le volvía por días una carga insostenible. El miedo le invadía y descontrolaba su natural estado de sosiego, era algo aterrador, que lo superaba, y él mismo justificaba sus excesivos razonamientos y obsesiones, retroalimentando su neurótica forma de actuar.

Se acercó a la puerta de Valerio Hymino y pegó la oreja para tratar de escuchar lo que se hablaba, le animaba la valentía de descubrir culpables de terribles delitos que nada reprocharían a su leve incorrección. Nada perdía si le pillaban y a lo mejor mucho ganaba, se dijo para atenuar la vergüenza de su falta. Se diferenciaban tres voces en el despacho de Valerio Hymino, aunque el contenido era un batiburrillo de sonidos sin orden. Por momentos, Furnio captó unas palabras claras.

—No vuelvas a pedirnos más dinero, hemos pagado más de lo que convinimos —dijo uno de ellos.

—¡Fuera de aquí! —señaló el duunviro furioso, alzando y conteniendo la voz por segundos—. No volváis a mi despacho. Furnio hace preguntas a todo el mundo, algunos están bastante mosqueados con tantos misterios y tanta sospecha, parece que busca algo, no sé qué sabe, pero no me fío —Valerio Hymino seguía irritado—. Y que os quede bien claro, nunca olvidéis que sin mi ayuda nada habríais conseguido. Favor con favor se paga.

—¡Maldito chantajista! Hemos pagado con creces tu influencia. Nada te debemos, no olvides que somos senadores de Augusta Emerita equiparados a ti. No sigas por el camino que vas, no conduce a buen puerto.

—¿Me amenazas? —increpó el duunviro con altivez.

—Nunca se sabe lo que puede hacer un hombre acorralado, y desde luego no será pagar más, tienes tanto que perder como nosotros.

—Largaos de aquí —gritó de nuevo Valerio Hymino.

Furnio echó a correr para guarecerse. Entró en un amplio salón donde trabajaban los funcionarios municipales. La vida burocrática se articulaba allí, siempre estaba lleno de ciudadanos que pagaban sus tasas, que pedían cita a los magistrados, que denunciaban y se quejaban de algunas medidas del gobierno y donde se resolvía cualquier asunto de tipo organizativo que afectase a la convivencia. El magistrado se quedó tras la puerta y la dejó entreabierta con los nervios por las nubes. No le habían pillado, era un signo de benevolencia de los dioses, ahora tocaba ver el rostro de aquellos dos sinvergüenzas. La excitación le provocaba espasmos en el pie izquierdo, que no paraba de chocar contra el suelo. En cuanto a Valerio Hymino, al que supuso responsable de la huida del carnicero y su compinche, no pudo evitar decepcionarse, le dolió conocer la verdad. Los senadores aún tardaron un rato en salir del despacho, caminaban rápido por el pulido suelo marmóreo, ambos en silencio. Furnio los vio de soslayo, pues no quiso abrir la puerta y asomarse. Ese simple gesto ninguna sospecha habría levantado, pero el miedo le impedía maniobrar, lo paralizaba. Solo cuando ellos salieron al foro, pretendió descubrir su identidad, pero fue imposible. Al girar la cara se encontró con un funcionario que le hablaba extrañado por su conducta. Furnio se zafó con explicaciones inverosímiles de sus preguntas y el otro vio cómo se marchaba y lo dejaba con la palabra en la boca.

Furnio caminaba veloz como flecha en mano de Cupido, pero el destino, jugueteón ese día, prefería posponer la solución final, de manera que, antes de alcanzar el foro, alguien detuvo su marcha tirándole de la toga. Furnio tampoco había oído a Valerio Hymino, que lo seguía voceando su nombre. Sin prestarle atención, se despojó de su mano y salió al foro. Miró al gentío y divisó a la pareja de senadores antes de que el podio del templo los tragase, y salió corriendo, despejando con cierta bravura a los paseantes que protestaban, pues todavía estaba a tiempo de descubrirlos. Uno de ellos lucía coronilla calva, de estatura y era complexión media, y el otro parecía tener un pelo sin descuidado, en el que destacaban mechones despuntados lacios, y las hechuras similares a su compañero.

—Pero ¿qué te pasa? ¿No me oyes? ¿Qué son estas prisas? Debo hablar contigo antes de la sesión —vociferó Valerio Hymino sujetando de nuevo a Furnio, que no le hacía ningún caso.

—Hay tiempo luego. Debo ir a un sitio —dijo Furnio sin desviar la mirada de la plaza.

Valerio Hymino se dio cuenta de que algo le sucedía, pues observaba el foro como un poseso.

—Te acompaño, no tengo nada que hacer —se le ocurrió.

—Imposible —el duunviro empezaba a perder los estribos. No podía creer que la solución a sus preocupaciones se le escapara de las manos y encima por culpa del miserable Valerio Hymino—. ¡No me toques!

—Pero ¿qué te ocurre?

Furnio dudó, estaba al límite, quizás fuera mejor decirle que lo sabía todo.

—¡Déjame en paz! —Y comenzó a correr por el foro perseguido por el otro.

La carrera duró poco, había demasiada gente. Valerio Hymino parecía la sombra de Furnio, no se despegaba, incluso chocaba con él cuando este tropezaba con algún transeúnte. Al llegar al templo no había resquicio de los perseguidos, pero Furnio decidió entrar por si acaso.

—¡Furnio, para ya! Vas de un lado para otro sin concierto.

—¡Y a ti qué te importa! —contestó de malos modos el duunviro.

Valerio Hymino lo agarró de la toga con fuerza.

—La gente te mira, pareces un loco.

Sin hacer caso, salió del templo y aminoró el paso hasta salir del foro, donde definitivamente paró por lo infructuoso de la búsqueda.

—Llevas una temporada un tanto extraña. ¿Qué ocurre? Parece que ves visiones y peligros por todas partes. La gente se hace preguntas, no solo yo.

—No consiento que tú me des lecciones. Nuestra conversación ha terminado.

—¿Me tienes por un insulso ignorante, incapaz de aportar nada a tu ideario de estoico maravilloso?

—Te tengo por más listo de lo que tú te crees.

Valerio Hymino no quería enfadar a Furnio, tenía por donde callar. Bajó la cabeza y pidió al duunviro que se tranquilizara y dialogaran fuera de los oídos del vecindario que los miraban con expectación. Una vez en el despacho, Valerio Hymino fue al grano, le preguntó por el asunto de extraordinaria importancia que Furnio llevaba en el orden del día, no quería enterarse por la tarde, tenía derecho a una explicación como magistrado de igual rango que él. Furnio sabía que tenía razón, así que no se anduvo por las ramas, se lo contó directamente. ¡Era un buen momento para ver su cara! Él ya conocía la noticia. ¡A ver cómo reaccionaba!

—Hace tiempo que el carnicero y su compinche se han escapado con la ayuda de alguien —recalcó.

—¡Eso es imposible! Y entonces, ¿quién está ahí abajo?

—No hay nadie —dijo Furnio enfurruñando la boca y con la cabeza baja.

—Pero nos dijiste que tenían lepra —insistió el otro sulfurado—. De eso hace más de un mes.

Furnio no podía contener los nervios. ¡Valerio Hymino debería dedicarse al mundo del teatro! ¿Por qué no ejercía de mimo o actor? ¡Con lo bien que mentía y actuaba! Sospechaba que Valerio Hymino estaba implicado en la fuga de aquellos salvajes criminales y no podía acusarlo. ¿No era triste su destino? Debía callar y escuchar cómo le maltrataba con sus hirientes palabras, como si fuera menos que un perro sarnoso. Su colega se despachó a gusto. Siempre había esperado una equivocación, un fallo en el hacer de Furnio para devolverle los desprecios que él había sufrido, y ese día por fin había llegado, y desde luego lo aprovechaba. Su pecho rezumaba rencor por las veces que el correcto Furnio le había recriminado moral y

políticamente, y solo porque él era seguidor del estúpido Séneca y se tenía por ser superior. Cuando discrepaban, Furnio imponía su criterio; siempre le pedían consejo primero a él, parecía que era el único duunviro, el que importaba, el único que dedicaba su tiempo a trabajar por el bien de la colonia, el cumplidor exquisito de las leyes. Pues no, no era perfecto. Valerio Hymino tenía a Furnio por un ridículo aguafiestas que no discernía lo bueno de la vida, las ventajas de esa posición. Él, el sufrido Valerio Hymino, se tenía por un ser humano que luchaba por el bien de todos, incluido el suyo propio. ¡Qué había de malo en eso! ¡Si uno no atiende primero a sus cosas, tampoco lo hará con las de los otros! Así pensaba él. Ser magistrado no era tan maravilloso como podía suponerse. No se cobraba por dedicar tiempo a solucionar los problemas de los demás y encima debían cumplirse los munera, cantidad a su juicio desorbitada. No se hablaba abiertamente del gravamen que suponían los munera y que indisponía a muchos a ejercer la magistratura, pero cada día más, las clases altas percibían este pago obligatorio como una rémora. Por supuesto, la solvencia de la fortuna, las ganas de reconocimiento y obtención de prestigio en sociedad y el afán de poder, contrarrestaban los aspectos negativos de quienes perseguían hacer carrera política. El tema de los munera había instado encendidos debates entre Furnio y Valerio Hymino. Este justificaba la obtención de beneficios privados después de tanta generosidad y creía que Furnio pensaba igual que él, pero solo por alardear de ser más honorable defendía la postura contraria. Furnio zanjaba la queja señalando con el dedo al otro, al que espetaba que solo quería cosechar, pero no arar ni sembrar. En este momento, sin embargo, las tornas habían cambiado, ahora Furnio escuchaba con la cabeza gacha, sin replicar. ¡Cuánto tiempo había esperado Valerio Hymino una victoria! Desde el primer día en que se eligió magistrado al otro y en la primera discrepancia ya se salió con la suya.

—Voy a pedir tu cabeza, que no te pille por sorpresa —fue el colofón a la bronca.

Furnio se hundió en el sillón, era un gesto que explicaba con creces su estado. Si se aprobaba su dimisión, nada diría en su provecho... debía asumir la responsabilidad. Su pensamiento voló junto a Cornelio Severo; debió seguir su consejo y avisar de la fuga enseguida, quizás las cosas no habrían llegado tan lejos, por lo menos debió contarle antes de su marcha a Roma. Abatido se hallaba cuando Tito Emilio se presentó en el despacho y se dio cuenta de que algo ocurría, el semblante de Furnio no precisaba interpretación.

—Esta tarde me defenestraréis, incluido tú, Tito Emilio —señaló Furnio a la pregunta del edil.

—No temas, no será peor que el final de Julio César —bromeó el otro con evidente mal gusto.

—Entonces diré: ¿También tú, Tito Emilio? —El duunviro recorría la historia.

—¡Jupiter nos salve! Pero ¿qué te ocurre? —Tito Emilio ya no reía.

Y Furnio se lo contó todo, con pelos y señales, incluyendo a los libros sibilinos en la historia. Ahí radicaba el problema de todos sus males. Desde que le encomendaron

ese legado su vida había dado un vuelco hacia el precipicio. Los peligros le acechaban, temía por su vida y la de los suyos. Si no le creía, podía hablar con Halys, él daría cumplido testimonio de cuanto confesaba. Estaba cansado de la tensión, de sufrir. El jovial Tito Emilio enarcaba las cejas como si no acertara comprender el batiburrillo de misterios que, a bocajarro y uno tras otro, Furnio enumeraba. Cada novedad en su historia parecía más inverosímil que la anterior. Precisamente en el punto segundo del orden del día informaría a la curia de la huida del presidente de los quincecenviros.

—Que se escapen unos presos lo puedo entender —dijo el edil, indulgente—. No es nada nuevo, pero tu tardanza en comunicarlo molestará a los senadores... Pero ¿y cómo se han escapado? ¿No habrán sido los esclavos?

Furnio daría la cara por los esclavos, no podía dejar que ellos cargasen con culpas ajenas.

—Furnio, ¿me tienes por amigo?

El otro se sorprendió.

—Por supuesto —respondió.

—No hables de estos libros sibilinos y de que el carnicero es no sé qué sacerdote de Roma. Los demás senadores pensarán que te justificas con una historia sin pies ni cabeza... Te digo esto, no porque tema que se rían de ti, amigo, sino por que puedan tomarte por loco.

A Furnio le llegaron al alma las benevolentes palabras de Tito Emilio, se le veía preocupado por él, su actitud risueña y poco dada a los formalismos se había esfumado.

—Llevas una temporada un tanto extraño, a veces te hablamos y estás en otro sitio. Ahora lo entiendo... Estabas preocupado. La verdad es que este asunto es gordo.

Furnio agradeció a su amigo el ánimo de no agravar el conflicto, no parecía haberle impresionado la historia que le había contado, pero Tito Emilio era así, quitaba hierro a los problemas.

—Yo no voy a pedir tu dimisión.

—Gracias, necesito apoyo, Valerio Hymino irá a por mí.

—Valerio Hymino está celoso de ti, de la confianza que el pueblo te tiene.

—A partir de ahora, eso es pasado.

—Puede ser, Furnio, quizás, pero no adelantemos acontecimientos. Tú no hables de los libros y yo saldré en tu defensa.

—Tito Emilio, serás uno contra todos.

—Furnio, se trata de ti, todos te conocemos... Ya veremos qué pasa.

Demetrio llegó a la hora convenida interrumpiendo la conversación. Venía a cobrar el regalo de Servilio Modesto. Furnio respiró hondo, debía poner mejor cara, no era un espíritu vagando en la desgracia y el abismo.

—Bueno, yo me marchó —dijo Tito Emilio al ver a Demetrio.

—Muchas gracias por tus palabras, no las olvidaré.

Tito Emilio se volvió.

—¡Ah, Furnio, se me olvidaba! Con este lío no te he contado el motivo de mi visita. Seré breve, perdona, Demetrio —dijo al escultor, que salió a regañadientes, tenía prisa, reiteraba—. Será un instante, Demetrio. Verás, Furnio, mi hijo también se ha ido a Roma, un día después de que lo hiciera Servilio Modesto.

—No me he enterado. ¿Y por qué se ha marchado? —dijo el duunviro sorprendido.

—No le hemos querido dar publicidad, ha sido una decisión de última hora y le ha llevado a romper el compromiso con Claudia. Pobrecilla, viene a casa todos los días a ver si Marco Emilio cambia de idea y vuelve. Pero te aseguro que ese no dará marcha atrás. En una jornada cogió a la caravana del procurador y hace cinco días embarcaron para Roma. No quería que te enterases por ahí de lo de mi hijo.

—No sabía que Marco Emilio ansiaba ir a Roma.

—Siempre tuvo ese sueño. Regresó a Augusta Emerita por las fiebres que cogió mientras acompañaba a Galba y a Otón en su camino a Roma. Y ahora, plenamente restablecido, estaba loco por volver al ejército. Saber que Diophanes se marchaba fue el empujón definitivo.

—Y tú, ¿qué dices?

—Yo no puedo impedirle seguir el camino que le hace feliz. Algunos me han dicho que como padre debería haberlo hecho. Pero, a fin de cuentas... ¿quién soy yo para robar a mi hijo su felicidad?

—¿Y su madre? ¿Qué dice Julia? —preguntó Furnio—. Es vuestro único hijo.

—Julia tiene un disgusto tremendo, desde que se fue no ha querido salir a la calle, ni siquiera para ir al mercado, que a ella tanto le gusta, se pasa todo el día consolando a Claudia y las dos no paran de llorar. ¡Qué se le va a hacer!

—Y los padres de Claudia, ¿cómo se lo han tomado?

Tito Emilio se mordió los labios.

—Están muy ofendidos por el comportamiento de mi hijo. Han prohibido a la chiquilla que venga a casa, aunque ella lo hace a escondidas.

El edil dibujaba con las muecas de la cara su impotencia. Se situaba en el lugar de la otra familia y sabía que el comportamiento de su hijo era una humillación que a nadie gustaba, y menos con una boda ya comprometida. No, su hijo no había obrado bien, él era consciente de eso, incluso alguna vecina le había dicho a Julia que ni los esclavos tenían entre ellos un comportamiento tan desconsiderado. No estaba bien visto romper el compromiso matrimonial y menos sin dar explicaciones al cabeza de familia de la parte agraviada. Tito Emilio agacharía la cabeza, aguantaría el chaparrón, y tarde o temprano la cosa se calmaría, sobre todo si Claudia se comprometía de nuevo. Por otra parte, el edil también veía justo que su hijo buscara su bienestar, y pese a su obvio mal hacer, él lo defendería. Tito Emilio agregó:

—Yo sabía que Marco quería marcharse y que tarde o temprano lo haría. Le

advertí que rompiera con Claudia y que diera la cara ante el padre, pero los jóvenes hacen lo que quieren. ¡Qué más podía hacer! ¿Lo iba a arrastrar de la mano como a un crío? —Tito Emilio balbucía pidiendo clemencia—. Los padres de Claudia vinieron ayer a mostrarnos las quejas y a decirnos que pedirán la indemnización legal. Yo no me opongo a ello, les dije que no hace falta que vayamos a juicio. Les daré lo que haga falta, no discutiré ni un sestercio, aunque me temo que ni todo el oro del mundo los contentará.

—¡Vaya! —adujo Furnio sorprendido—. Pues nada sabía.

—Me marchó, hablaremos más tranquilamente, Demetrio espera —se despidió el edil.

Furnio comprendía a los padres de la joven Claudia. Marco Emilio y Claudia pensaban casarse al año siguiente, igual que Marcia y Capito. A veces escuchaba a las dos muchachas compartir la ilusión de la boda.

Tito Emilio no demoró más su charla con Furnio, visitaría la biblioteca para interrogar a Halys y le pediría explicaciones sobre el galimatías de los libros sibilinos. ¿Qué clase de invención contaba el duunviro que le tenía trastornado y absorto?

—Ya no tienes prisa —dijo Tito Emilio al ver a Demetrio entretenido con Sulpicio Superster.

—Los negocios son los negocios, voy a ver si engaño a nuestro amigo de Metellinum —sonrió con exageración el otro.

Demetrio estaba de muy buen humor, ofrecía amplios datos y elogiaba sin parangón el arte del mosaico, cuya demanda comenzaba a gestarse con pasos lentos, pero cuya previsión auguraba amplios beneficios. Al cabo de un rato, el suficiente para no pecar de impertinente, el duunviro subrayó a sus acompañantes que debía ultimar unos datos para la sesión del senado.

—Demetrio, te pago y vuelvo al trabajo, no puedo entretenerme más o no tendré preparada la sesión.

Nadie hizo ningún reproche a Furnio. Sulpicio Superster y Demetrio se marcharon a la taberna del Chano, cuya cocina tenía buena fama. Las tripas en adobo eran la especialidad y el reclamo de muchos de sus asiduos; además, ponían mosto sabroso y una variedad de vinos muy apreciados, «los rojizos», bastante pastosos.

—Con un vino se hacen más rápido los negocios —comentó Demetrio con guasa.

—Empecemos por el precio —convino el de Metellinum frenando al escultor.

—Primero te contaré el trabajo que tiene un mosaico —dijo el otro algo más serio, tras lo cual pidió dos cazuelas de tripas especiadas—. Invito yo, amigo. Las teselas son unas piezas pequeñas cúbicas...

—¡Oh, oh, oh! Vamos, vamos, adelanta... mi pobre sabiduría llega hasta ahí.

—Perdona, quería decirte que mi taller solo trabaja la piedra y el vidrio, otros trabajan la cerámica.

—¿Qué diferencia hay? —arguyó el de Metellinum.

—El efecto final con cada material es distinto —retomó Demetrio la palabra deseando hablar sin interrupciones—. Por ejemplo, el vidrio refleja mejor la luz y quedan unos brillos muy intensos, con la piedra se consiguen tonalidades muy vivas y hermosas. Mi taller trabaja muy bien el mosaico de suelo.

—¿Y eso? —interrumpió de nuevo el oyente.

—Hasta hace tres años era muy reticente a elaborar mosaicos de suelos, tenía la convicción de que no resistirían las pisadas y se hundirían, y no era el único que lo pensaba, ¿eh? Aulo Gayo me había comentado que en Roma llevaban tiempo haciendo mosaicos de vivos colores, pero yo me negaba a cambiar de opinión porque no quería arriesgarme. Luego tuve oportunidad de comprobarlo con mis propios ojos... y entonces... me convencí y empezamos a elaborarlos. Además, para qué vamos a engañarnos, una vez se supo que en Roma casi todas las casas con señorío cuentan con un mosaico de suelo y que aguanta bien el pisoteo constante, la demanda está subiendo como la espuma, y yo no he querido quedarme atrás.

—Me alegro. ¿Y los precios?

—Como imaginarás, depende del tamaño, del material y de la dificultad del dibujo —arguyó el escultor sin precisar cantidad.

—Pero ¿son muy caros? —volvió a preguntar el de Metellinum ante la incertidumbre de terminar la conversación sin saber una cantidad exacta.

Demetrio tomó en serio por fin la insistencia de su cliente.

—Si quieres un mosaico barato, Aulo Gayo trabaja un tipo de pavimento liso con figuras geométricas a base de polvo de ladrillo y teja, en rojo, blanco y negro, es lo más barato que se despacha, y también trabaja el guijarro, que queda prensado al pavimento mediante una mezcla de cal y arena, que tampoco sale mal de precio. En cuanto a los demás tipos de mosaicos, infinitamente más bonitos aunque algo más caros, yo soy el más barato. Nada te diré sobre el resultado final pues todos tenemos ojos para apreciar lo que vemos y cada uno su propia opinión al respecto. Sabrás que soy amigo de Aulo Gayo, vaya eso por delante, y bien le he informado de que los artistas no solo necesitan la inspiración de las musas, también conviene mucho a la obra la mano del amo. Él cuenta con un taller más grande y con más medios que el mío, incluso a veces algunos de sus operarios trabajan para mí, y te puedo demostrar que esos mismos hombres en mi casa van con más cuidado que en el taller de su jefe... ¿Cómo te lo explicas? En fin, que le dije a mi amigo, el gran artista itálico, que debería quedarse más tiempo por aquí, controlando lo que hacen sus empleados, o cambiar de encargado, que a mi parecer es un poco descuidado y le da igual recto que torcido..., bueno, ese es otro tema. ¡Él verá! Aulo Gayo es buen hombre y gran artista, ¡por Jupiter que lo es! Somos buenos amigos... Por cierto... —Había acudido a su mente la relación de Aulo Gayo y Sulpicio Superster—. Si tú vives en casa de Aulo Gayo. ¿O ya no? ¿Estás enfadado con él?

Sulpicio Superster sonrió. Demetrio se preguntaba y se respondía.

—No, no... Mejor no se ha podido portar y se porta con nosotros, ninguna queja.



¡Ya! —Y Demetrio se quedó a la espera de alguna explicación más.

—Verás, le encargamos un trabajillo y a Calpurnia le pareció algo caro, así pues, antes de encargar algo tan valioso como un mosaico, quiero preguntaros precio a los dos, también le visitaré a él, como supondrás, espero que no te moleste.

—Negocios son negocios. ¿No? Lo mismo para ti que para mí... Aunque insisto, cuando observes mis trabajos no dudarás en encargarme uno.

—Veo que te vendes bien.

—Querido amigo, soy un artista, pero a fin de cuentas mortal, necesito comer, así que vender es parte de mi obra; pero nunca engaño a nadie.

—No quería ofender.

—Lo sé, lo sé. Cuando terminemos las tripas, te llevaré al taller para que veas dos encargos que se están elaborando.

—Las tripas están muy sabrosas —dijo Sulpicio Superster mientras chupaba un chorretón rojo que le resbalaba por el dedo anular—. Bueno, maestro, espero tu explicación sobre cómo hacéis los mosaicos... intenta impresionarme, porque tanta tardanza en hablar de dinero me huele a caro por demás.

—Ni mucho menos —el escultor sorbía un trago de rojizo apresurando la contestación—. Si quieres un dibujo complejo, por ejemplo, en la parte central, debemos elaborar unos paneles con teselas más pequeñas que van aparte, diseñaríamos primero el dibujo y lo dividiríamos según el colorido, a continuación sacamos una plantilla de cada parcela y sobre ella se colocan las teselas siguiendo el modelo. Las teselas las colocamos invertidas, me explico, la cara que se verá debe quedar pegada a la plantilla, cuando esto está hecho transportamos esta plantilla con las teselas invertidas.

—¿Y no se desprenden con el traslado?

—Pues sí, algunas teselas se desprenden, pero no hay problema, se vuelven a colocar y si se estropea alguna la cambiamos, sin incremento del coste para el cliente, por supuesto.

—Me esperaba un procedimiento más complicado —concluyó el de Metellinum.

—Ja, ja, ja... es que no he terminado, amigo. Antes de colocar las teselas hay que preparar bien el suelo para recibirlas. ¡Fíjate, yo creo que esta es la parte más difícil! El suelo se alisa y sobre él se coloca una capa de gravilla y piedra como aislante de la humedad, encima se le echa otra capa de mortero compuesta de cal en una parte y de grava y fragmentos de terracota en otras tres restantes, y luego va una tercera capa compuesta de arena mezclada con ladrillos, cal y tejas machacadas, y por último se coloca un mortero muy fino de arena y cal sin fraguar y sobre él se colocan las teselas siguiendo las líneas de un boceto fijado a la superficie que sirve de guía. —Tras observar la cara del provincial, el escultor añadió—. Te veo pensativo.

—Pues ¿no me decías que trasladabais el mosaico con las teselas ya colocadas?

—Depende de la dificultad del dibujo, si es sencillo, se colocan las teselas directamente sobre el boceto que sirve de guía y se incrusta en el mortero, si el dibujo

es más complejo se elabora aparte.

—¿Y tú tienes práctica en los dos?

—Sobre todo nos han encargado mosaicos de los sencillos y hemos teselado la superficie directamente.

—Pero ¿tienes experiencia en el otro?

—Hombre, en este último no tenemos tanta experiencia, solo hemos hecho un mosaico, pero es mi mayor gloria, yo mismo ayudé al maestro que tengo. Se lo hicimos al gobernador Otón para uno de los comedores de la vivienda oficial y quedé muy satisfecho. Sulpicio Superster miraba fijamente al escultor, ya se encargaría él de ver la gran obra que decía Demetrio haber realizado. El de Metellinum estaba decepcionado con la experiencia de Demetrio, después de tanta rimbombancia se esperaba mejores credenciales. Un sabor agridulce se adueñó del hombre, que no dudaría en exigir las comprobaciones precisas si se ajustaban en el precio antes de servir de prueba al parlanchín escultor.

—Amigo Sulpicio Superster, te veo desanimado, no valen tanto los mosaicos para bolsas pudientes. Acompáñame, para comprar, mejor convencimiento son los hechos que las palabras... Necesitas ver nuestro trabajo, y apuesto un mosaico a que quedarás impresionado —dijo el escultor un tanto achispado después de hartarse del vino rojizo peleón.

—Ya veremos, maestro, ya veremos —contestó el otro sin ningún convencimiento.

Arria Pale había invitado a almorzar a Capito todos los días desde que faltaba su padre, pero él, aduciendo exceso de trabajo, no accedió ninguno de ellos, tampoco por la noche, porque le apetecía relajarse tras la dureza del día. Se ocupaba de las finanzas familiares y de los asuntos de su despacho, que iba viento en popa. Al principio, a la matrona no le extrañaron sus negativas, pero últimamente le parecía que inventaba una excusa tras otra para no recibir ni siquiera las cenas que le preparaba y que ella personalmente le acercaba con el objeto de visitarlo; unos días despachaba con clientes asuntos jurídicos, otros había acudido a una reunión de última hora pese a ser noche cerrada, y así, con tan pueriles argumentos, los sirvientes daban largas a la mujer. La noche anterior, uno de estos sirvientes transmitió a Arria Pale un mensaje de Capito: agradecía la comida que le traía, pero sus propios siervos insistían en preparar su manutención, y el joven Capito no quería incomodarlos. De modo que por favor pedía a Arria Pale que no se molestase en llevar ningún guiso más, él se encontraba bien de salud y de ánimo, le desbordaba el trabajo, en cuanto pudiese, visitaría a la familia. Aquel mensaje sorprendió a la mujer. Sentía la obligación de cuidar de Capito, no era una cuestión de edad, por demás, contaba él años suficientes y experiencia para valerse por sí mismo, ni tampoco era un asunto de falta de recursos; fortuna y servidumbre poseía. Lo que mantenía a Arria Pale

pendiente del chico era un instinto de protección que sentía como madre sustituta y que la llevaba a cumplir ese papel con devoción. Recordaba las últimas palabras de Matidia en el lecho, y sabía que murió tranquila porque confiaba plenamente en que Arria Pale cuidaría siempre de su hijo, y este compromiso fue lo último que la moribunda escuchó antes de perder la conciencia y morir. Esa promesa vivía presente en el corazón de Arria Pale y la tenía intranquila, algo le pasaba a Capito.

Marcia y Arria Pale almorzaban sin Furnio.

—Hija —dijo con preocupación la madre—. Encuentro raro a Capito, he llegado a pensar que no quiere verme.

—Pero qué cosas se te ocurren, pásame las coles. ¿No las encuentras más fuertes? A mí me gustan más así —dijo Marcia cambiando de tema.

—Es por el tomillo —contestó la madre, y continuó insistiendo en la sensación que tenía—. A lo mejor sin darme cuenta lo he ofendido. ¿A ti te ha dicho algo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pues algo le pasa, lleva varios días evitándome, ni siquiera sale cuando le llevo la cena.

—Olvida el tema y las cosas volverán a su cauce.

—No me gusta pensar que le haya incomodado algo de mí, prefiero pedirle perdón. Me duele que no me reciba —Arria Pale hablaba disgustada.

—Seguro que no es nada.

—Pues sí, algo tiene que ser, eso es seguro... ¿Me escuchas? Te digo que no quiere recibirme, ayer mismo me dijo por boca de un sirviente que no le llevase nada más. Fíjate la cara que pondría que el esclavo me cogió con grandes gracias y elogios la cena. Dime la verdad, por favor, hija... ¿Te ha dicho algo?

—No me ha dicho nada, madre, eres pesada... ¿eh?

—Entonces le preguntaré a tu padre. Y tú deberías ir a verlo si él no puede venir, que te acompañe la nana. Recuerda que está solo.

—Sabe cuidarse bien.

—A veces eres un poco fría, Marcia. Las mujeres deben cuidar mejor de sus esposos —le riñó la madre—. Parece que no te importa si Capito está mal.

—Es que no creo que esté mal solo porque a ti se te haya metido en la cabeza que no quiere verte.

—¿Y cómo sabes tú que no le pasa nada? Si hace nueve días que no pisa esta casa. —La mujer se quedó pensativa, luego frunció el ceño y añadió—: ¿O le ves a deshoras?

—Eso nunca, te lo digo en nombre de tus queridas vestales —espetó Marcia ofendida—. Llevo los mismos días que tú sin verlo.

—Pues de hoy no pasa que le cuente a tu padre lo de Capito y vayamos a verlo los dos, o él solo, me da igual, pero nos recibirá quiera o no, a ver qué ocurre.

—No, no, deja a padre fuera de esto.

Arria Pale titubeó, entonces ella estaba en lo cierto como había intuido y algo ocurría.

—Dime de una vez en qué he metido la pata.

—No se trata de ti —Marcia hablaba tan bajo que no se la escuchaba—. Capito y yo hemos roto.

—Pero ¿qué dices? ¿Que habéis roto? —Arria Pale no daba crédito—. Tú estás loca... ¡No digas tonterías! —dijo azarosa, con la voz quebrada.

—Hace quince días que hemos roto —explicó la joven con un tono algo más alto.

—¡Eso es imposible! ¡No me lo creo! No sabes de lo que hablas, quizás estés peor de la tristeza, llevas una temporada muy rara..., todo esto es culpa mía por no llevarte a ningún sitio para que ayuden a tu espíritu contra las malas querencias... hay demasiada envidia... ¡Capito es un mozo que despierta pasiones! Más de una lo querrá para su hija... o a lo mejor para ella... ¡Las hay peores que los lémures, aunque estén vivas! ¡Hija mía, mi niña! ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Un largo silencio cubrió la sala, madre e hija lloraban. Arria Pale pensaba que Marcia había perdido el juicio y que quizás ya no hubiese remedio. A la hija le dolía la reacción de su madre, que ponía de manifiesto el terrible daño que le causaba esta realidad que se negaba a aceptar. Marcia había temido este día, aunque tarde o temprano tenía que ocurrir y casi lo agradecía. Ninguna de las dos decía nada. Arria Pale lloraba sin consuelo abrazada a su hija y esta, intentando contener las lágrimas, pensaba cómo le diría que había sido ella la que había dejado a Capito.

—Madre, hay cosas en la vida mucho peores que esta, no llores... no es para tanto —dijo la joven.

—Pero... ¿es verdad lo que dices?

—Sí, es cierto, es verdad, pero no debes preocuparte, yo estoy bien. ¿No me ves? Llevo unos días de mejor humor. ¿No me lo has notado?

—Pobre niña, pero si en tu estado no sabes distinguir lo bueno de lo malo, mi cielo.

Marcia no podía alzar la voz y decir todo lo que en realidad pensaba y sentía, debía comprender a su madre, para ella aquello era una desgracia y una vergüenza.

—¡Los hombres se han vuelto locos! —Arrancó Arria Pale llena de indignación—. Fíjate tu pobre amiga Claudia, el Marco Emilio ese, bicho malo... y ahora tú. ¡Y encima Capito! ¿Quién se podía esperar algo así de él?... ¡Si lo quiero como a un hijo! Vaya con el abogado, viene de Roma con la cabeza trastornada... pero a ti no te ha tenido que enredar en sus caprichos. ¿Por qué ha permitido que las cosas lleguen tan lejos? No debió celebrar el acto de compromiso, y menos en sociedad, si no pensaba casarse contigo. ¿No crees, hija?... A esto no hay derecho. ¡No hay derecho! Si uno se compromete, no debe haber vuelta atrás, y, si no, que se lo piensen antes... ¡Qué te parece! Cuando Cornelio Severo se entere, ese cambia de opinión, ya veremos qué dice cuando venga su padre...

Arria Pale lloriqueaba a cada rato.

—Madre, en Roma no es tan importante romper los esponsales, fíjate que incluso puedes divorciarte si estás casado.

—A Capito lo han cambiado en Roma... Pero lo que yo digo es que, si quiere libertad y andar con unas y otras, ¿por qué tiene que comprometer tu nombre?

—Madre, yo no he hecho nada con Capito.

—Pero ¿quién puede asegurar eso? Si tuvieras un novio nuevo, ¿tú crees que no le iba a importar tu anterior compromiso?

En medio del disgusto de Arria Pale, Marcia se acordó de Diophanes. Sus recuerdos le procuraban un breve refugio. La última noche, Diophanes le explicó que se marchaba porque debía prestar servicios a la casa del emperador, se lo solicitaron durante la campaña militar. En ese tiempo de traiciones, disponer de un médico de confianza suponía una seguridad impagable. De esta forma conseguiría el título de senador romano y el nombramiento para alguna magistratura en La Lusitania. Este sería el pago que exigiría por sus servicios. La última noche, los amantes se forjaron muchas ilusiones e imaginaron historias creíbles a sus ojos. Diophanes hacía reales sus ensoñaciones, con el título de magistrado lusitano y redobles de tambores, amparado por un cortejo fastuoso, llegaría a la colonia y se encaminaría a casa de Furnio y delante de todo el vecindario pediría la mano de la mujer por la que respiraba y vivía. Diophanes prometió a Marcia que regresaría en un año, tiempo prudente para consumir el compromiso con el César. ¿Podría aguantar ella ese tiempo? Era una pregunta crucial. Marcia debía ser sincera, pues la respuesta marcaría el destino más inmediato de ambos, porque si ella no se sentía con fuerzas de romper el compromiso con Capito, hacerlo público y aguantar sola el mal trago, el médico sacrificaría sus planes. Marcia respondió que sí y el futuro se orientó en esa dirección.

Diophanes, amante de las teorías y la oratoria, había evaluado aquella situación como un problema matemático y esbozaba su conclusión con una simplificación que excluía los sentimientos: de seguir Marcia con el abogado, tres vidas se echarían a perder para siempre, en cambio, con el nuevo compromiso, solo una de esas vidas sufriría durante un tiempo. Aquella manera de exponer el conflicto solventó las contradicciones y la culpa de los amantes, estimando que tan abrumador argumento sería entendido por la colonia, que terminaría por perdonar el daño infligido a Capito.

Así transcurrió la última noche para ellos, animados por un romántico encuentro carnal que los fundió en un ser único. Marcia conocía por fin el paraíso inolvidable del que Calpurnia les había hablado. El recuerdo en brazos de Diophanes constituía una escena petrificada en la mente de la joven a la que acudía una y otra vez buscando fuerza, pues sabía que no le saldría gratis romper un matrimonio ya concertado con alguien tan respetado como Capito. Había sido un atrevimiento por su parte: una mujer y sin mediar motivos, se armaría una buena. La incompreensión de su madre reflejaba el calibre de otros juicios.

Arria Pale hablaba y hablaba desahogando su confusión, no entendía cómo el chico amable y servicial que se marchó de Augusta Emerita siendo todo corazón, volvía convertido en un sinvergüenza. Tal era el estado de amargura y derrota de la madre que Marcia fue incapaz de contarle la verdad, que la única responsable de la ruptura del noviazgo había sido ella, y que Capito intentaba que variara su parecer.

Por su parte, Capito estaba sufriendo mucho por más que intentaba mantener el control de sus sentimientos y la rutina de su actividad diaria, aparentando que nada sucedía. El abogado, incapaz de entender las razones de Marcia, que no hablaba claro y nada convincente alegaba, al cabo de diez días escuchando incoherencias, concedió a esta un tiempo de reflexión. Capito había sufrido como nadie los cambios de humor y la titubeante actitud de Marcia, a veces más que fría, y le resultaban extraños estos vaivenes emocionales que afloraban sin aparente motivo. Y ahora, sin más, decía que le dejaba. Creyó enloquecer. Durante los días inmediatos a la resolución de Marcia se negó a creer que fuera en serio, todavía la consideraba su novia, terminaba sus quehaceres y la visitaba al anochecer. Pero poco a poco, el abogado fue perdiendo fuelle, a su invariable pregunta le sucedía una perorata de inconsistencias que lo cabreaban y lograron frustrarlo. Para él, lo peor de todo radicaba en desconocer las razones del desenamoramiento de Marcia. Capito se sentía un títere movido por los hilos de un duro corazón, y en esas circunstancias se acordaba especialmente de Diophanes y de su segunda patria, y un vivaz deseo de volver a Roma y desaparecer de Emerita se acoplaba a las tripas. Diophanes habría sido un estupendo intermediario, capaz de hacer hablar a las piedras. Y eso era lo que Capito necesitaba, un buen amigo, pues la soledad se clavaba en sus tripas como una lanza mortífera. Parecía que el vacío se lo tragaba. Él era un tipo solitario, contaba un caudal de exiguos amigos y a excepción de estos no gustaba revolverse en sociedad, eso, unido a su marcha a Roma para estudiar leyes, lo habían desconectado de la comunidad, y ahora notaba la soledad y la falta de consuelo en otros royendo sus entrañas. Pensó en Halys, creyó buena idea buscar un hueco y departir con él, cuyos conocimientos y experiencias eran apreciadas por el abogado, mitigando su odiado aislamiento. Se sentía extraño, deshabitado de su compacta serenidad. Últimamente no lograba descifrar con claridad sus sentimientos, no estaba seguro de lo que sentía, a veces una terrible rabia le roía las entrañas y le empujaba a odiar a Marcia, pero al poco descubría nuevamente un amor verdadero por ella, dispuesto a esperar el tiempo necesario a que la razón regresara a la mente de su amada. Sus propios vaivenes emocionales lo tenían desquiciado, no estaba acostumbrado a que el corazón marcara el rumbo. Al dejar de visitar a Marcia, confió en que la paz se restauraría en su espíritu, pero no contó con el afán de Arria Pale de velar por él, la cual noche tras noche se presentaba en su domus con las cenas. Capito, temeroso de derrumbarse al verla, repelía estas visitas. La ruptura de Marcia también lo alejaba de su segunda madre y crispaba al abogado con celos incontenibles; deseaba conservar a Arria Pale pendiente de él, sus cuidados le daban seguridad, una sensación de protección, de

compañía y de pertenencia filial, y por nada del mundo quería prescindir de ese estatus. Capito sabía que la dulzura de Arria Pale desbarataría sus defensas, y no era él quien debía dar explicaciones, que, por otra parte, desconocía. Lo único que el joven agradecía de su desolación era la profunda melancolía que lo embargaba y consumía, que propiciaba el resurgir genial de su espíritu poético. Alimentado por el sufrimiento, al ardor de la desdicha, florecieron versadas composiciones y soberbias palabras acudían a su pluma sin vacilación, con apremio, cautivando a su autor. En los cinco días de mortificación, Capito había obtenido una excelsa cosecha que consideraba a la altura de los salones de lectura más en boga de Roma y digna de publicarse si reconocimiento buscaba a su labor. Su vena literaria gozosa defendía su actual estado; sin embargo, enorme devenía el pago a tal oficio, a juicio de su mente. Y era su mente lo que necesitaba parar, pues con frenesí gravoso lo acercaba a la obsesión de necesitar a Marcia para vivir. Se aferraba a todo lo que le concediese paz entre sus nuevas aficiones: los paseos. Las caminatas le ayudaban a parar la mente, a no sentir, aunque a veces, como si de una vasija rebosada se tratase, de sus ojos, imposible contener tanta tristeza, brotaban lágrimas salvajes para vergüenza del abogado, que no podía esconder entonces su infinito desconsuelo. Todas sus ilusiones de casarse con la única mujer a la que siempre había amado se habían roto, y con ellas su corazón.

Furnio había comido media torta de carne un rato antes de la hora prevista para la sesión del senado. Tenía el estómago contraído por los nervios y no pudo pellizcar nada más. Amontonó en una primera fila los documentos que le servirían de guía para exponer la cuenta de gastos en rituales públicos y algunas obras imprevistas y sin importancia surgidas por el desgaste ordinario, poca cosa, y que serían inspeccionados por los demás magistrados y posteriormente por los senadores interesados. Luego tenía preparada otra columna con las concesiones otorgadas a empresas, asociaciones o particulares implicados en la realización de estos rituales, obras o servicios, por si algún despistado reclamaba información al respecto. Al menos las cuentas cuadraban a la perfección. El trabajo diario, llevado con tesón y organizado bajo su mente cuadrículada, muy dada a estructurar y ordenar lo que se le presentaba, permitiría a Furnio obtener un pequeño triunfo antes de confesar el grave fallo que ensombrecería su estupenda gestión. Los ciudadanos debían estar satisfechos con el nuevo duunviro, los impuestos se gestionaban bien, se gastaba el dinero público de Roma y de la colonia con prudencia y ahorro, y se miraban al dedillo las mejores ofertas en la concesión de las obras y servicios.

Los sobornos pretendidos por algunos hallaron la exclusión a sus propuestas directamente. Furnio era un tipo honrado, cualidad vital a la hora de manejar el dinero de los demás. Por otro lado, el duunviro contaba pequeños éxitos que contribuían a aumentar los ingresos para el erario público, pues había promocionado

bien los actos de generosidad en favor de la comunidad que solían realizar a título privado los individuos con más fortuna. Su iniciativa premiaba a quienes suscribían actos beneficiando a los demás y consistía en publicar su nombre en un bando expuesto en las puertas de todos los edificios públicos y en conceder entradas gratis y sitio de honor para él y su familia en los espectáculos públicos durante un año. Se pretendía animar la buena voluntad con tales ventajas, todo ello teniendo presente que por ley no se podía realizar este tipo de actividad en época electoral. En la colonia el último acto de este tipo había sido realizado por Norbano Mensor, que regaló buena cantidad de aceite y ungüentos olorosos para las termas un mes antes de morir asesinado.

Valerio Hymino estaba de acuerdo con Furnio en la contraprestación que debían recibir los generosos benefactores públicos, por servir tal medida a los de su clase, pero no estaba tan de acuerdo a la hora de ensalzar el tema de las virtudes humanas y con gran pasión defendía que estos grandes hacedores que de sus bolsas se quitaban los dineros tenían sus propios objetivos, buscaban su nombramiento como magistrado, el ascenso en la escala social, las alianzas matrimoniales o querían ver el nombre de su familia exhibido y perdurable en el tiempo, otras veces buscaban simplemente gozo para sus oídos al escuchar a sus conciudadanos hablar bien de ellos, o ser respetados en los espacios públicos con pleitesías. Seguramente también habría benefactores a los que movería el bien de los demás, decía perplejo Valerio Hymino, sin convicción ninguna y cara de cinismo, no todos pensarían en la obtención de prestigio con la inversión, pero los generosos de corazón a los que satisfacía sin más la felicidad de la ciudadanía eran los menos. Y mientras Furnio enumeraba ejemplos del buen hacer del hombre, Valerio Hymino se reía pregonando la ingenuidad de su colega; para él estaba claro que estas buenas acciones enmascaraban estrategias para alcanzar y mantener cuotas de poder. Valerio Hymino sostenía sus belicosos argumentos con ímpetu; le gustaba enzarzarse con Furnio, del que odiaba sus alegatos en pos de continuos ideales, y le venía bien discrepar contrariándole, ya que le detestaba.

En cuanto al trabajo realizado por Furnio en el poco tiempo desde su elección como duunviro, solo un año había pasado, la balanza se inclinaba hacia los aplausos. Durante este periodo había peleado mucho por la colonia. Cuando se planteó el problema del agua y la necesidad de acudir a instancias imperiales para la financiación de un acueducto, nadie quiso vérselas con Nerón y sus comisarios, la fama del emperador disuadía las pocas iniciativas. Y Furnio se prestó sin vacilación. Respecto a la incorporación de un nuevo magistrado en el gobierno de la colonia, también el duunviro se ofreció para estudiar el funcionamiento de la figura del cuestor: encargado de administrar y custodiar los fondos públicos. Creía conveniente, para trasladar una opinión fiable, realizar un informe sobre el terreno, es decir, pensaba trasladarse a Urso en La Bética, donde tenía entendido que llevaba mucho tiempo funcionando un cuestor. Los avatares e imprevistos pospusieron su



culminación, aunque nadie dudaba de su futura consecución. Además, en favor de Furnio debía contarse especialmente la fabulosa carrera de carros producto de sus munera, nunca esta contribución había gustado tanto.

Con el pensamiento en todas las acciones a su favor, memorizadas para su defensa, Furnio veía aproximarse la hora de la sesión. El ruido de algunas voces le anunciaba que debía ponerse en marcha, había llegado el temido momento. El escriba encargado de redactar las actas esperaba en la puerta para recoger la documentación. Furnio hacía esfuerzos por saludar a todos los senadores con los que se cruzaba, estaba tan avergonzado de su comportamiento que casi le costaba hablar. Su mente los imaginaba momentos después señalando con el pulgar en clara alusión a su muerte política. Algunos que entretenían el saludo con otros comentarios debían contentarse con un hombre a medio gas al que le temblaba la voz y al que creyeron ofuscado en la presentación de enredosos documentos financieros.

Cuando entró en la sala, casi estaban ocupados los ochenta y dos escaños existentes. De los cuatro magistrados que presidían la tribuna de autoridades solo faltaba por incorporarse Cayo Voconio. Furnio dio un traspie al subir los escalones que elevaban la tribuna. Antes de sentarse, miró a Valerio Hymino, que rio con el mayor de los desprecios, le pareció que sus labios le dedicaban palabras fulminantes de extinción, «pediré tu cabeza y nadie socorrerá tus súplicas, mereces el calabozo ocupado por los presos que se escaparon. Un inútil como tú no puede ser duunviro». Valerio Hymino tenía prisa por comenzar, su buen humor encogió aún más a su colega, que sentía un inmenso calor en la cara. Chasqueó los dedos para indicar al escriba que debía llamar al orden a los senadores, en breve se realizarían los actos de encomienda a los dioses. Valerio Hymino pretendía adelantar el protocolo y no demorar tanto tiempo las actuaciones previas. Furnio se entretenía mirando el colorido de las paredes dibujadas por Halys, que daban al lugar un tinte trascendental, repletas de alusiones al orden divino; sería por las circunstancias, pero los dibujos se le antojaban sirenas de grandes alas que volaban sobre ellos devorándolos. Debía controlar las fantasías catastrofistas que se le ocurrían y que encontraban caldo de cultivo en los sugestivos y anómalos acontecimientos.

—No creo que tengáis objeción en comenzar, pocos senadores faltan y ya es la hora —Valerio Hymino se dirigió a los magistrados en el estrado.

—Podríamos esperar la presencia de Cayo Voconio al menos, ¿no? —Esbozó Tito Emilio guiñando un ojo a Furnio.

—Aquí lo tenemos —dijo triunfante el duunviro, hoy era su día de suerte.

Tras el edil aparecieron los senadores rezagados. El aforo de la curia se completó y solo tres escaños permanecieron vacíos. Valerio Hymino honró a los dioses y otorgó la palabra a Furnio, que dio lectura al orden del día; hablaba bajo y por petición de algunos senadores del fondo debió levantar la voz. No quiso aclarar el punto segundo del orden del día, indicó que al finalizar el informe económico lo desvelaría, y entonces Valerio Hymino, impaciente y sin control, lo interrumpió

viendo que el misterio que socavaría su carrera política seguía incólume. La voz de este sonó rotunda, y a Furnio se le antojó el prelude del fin, al que se entregó sin visos de entretener el camino, para fin de su tortura.

—Queridos senadores emeritenses, interrumpo a mi buen colega para evitaros vivir en la ignorancia por más tiempo. Como veis —y señaló a Furnio—, cuento con su aprobación, pues nada contesta a mi intromisión. —Valerio Hymino disfrutaba, se regodeaba con su discurso, que había levantado expectación—. Nuestro duunviro no se atreve a poner nombre al punto número dos, lógico, tiene deseos de posponer su destitución... Me explicaré, seré breve y claro... Quiero que todos sepáis que yo me he enterado esta mañana. Hace por lo menos un mes que el carnicero y su compinche se han escapado de la celda, eso de que tenían lepra y no se les podía visitar era mentira. Furnio nos ha mentado a todos...

En principio la noticia fue acogida bajo el más incrédulo silencio. Los senadores se interrogaban entre sí evaluando la veracidad de la noticia, nadie sabía nada.

—Os veo desconcertados —prosiguió Valerio Hymino—. Así me quedé yo esta mañana cuando nuestro justo, trabajador, leal y buen amigo Furnio, preguntado por mí, se dignaba comunicarme semejante ignominia. Así es, por mucho que os cueste creerlo, el honorable, magnánimo y perfecto Furnio...

—No te recrees en tan insignes elogios hacia Furnio, a todos nos es conocida tu extraordinaria estima hacia su persona —dijo Tito Emilio, cortándole el uso de la palabra—. Creo que no le has dicho nunca tantas florituras como hoy.

El comentario despejó una ligera mueca en la boca de algunos senadores, que comenzaban a reaccionar pidiendo una explicación.

—Pues sí, que hable, que hable, porque yo aún no he conseguido saber cómo se han fugado los presos —replicó triunfante Valerio Hymino haciéndose eco de la agitación de la sala.

—Si sus señorías lo permiten, tomaré yo la palabra —respondió de nuevo Tito Emilio—. Asumo toda la responsabilidad de lo que ha ocurrido, porque mía y solo mía ha sido la culpa de la fuga del carnicero y su compinche.

Furnio miró a Tito Emilio con los ojos fuera de órbita y este le indicó con la mano que lo dejase continuar, sabía muy bien lo que hacía.

—Pese a la prohibición de nuestro bien querido Furnio, querido al menos por la mayoría —y miró a Valerio Hymino que se mordía los labios y se aguantaba las ganas de pegar al viejo por estropear su momento de gloria y ponerlo en evidencia—, debo confesaros que mi curiosidad por visitar al carnicero y su compinche me llevó a contrariar tal prohibición, lo que, ahora me consta, pagaré bien caro... Una noche de hace algo más de un mes me presenté en los calabozos solo, cubriendo mi identidad con la capa, los carceleros no querían dejarme pasar y entonces les enseñé el anillo que me distingue como senador y les dije que contaba con el beneplácito de los duunviro y que se arrepentirían si tenían la desfachatez de impedirme pasar siendo ellos esclavos. Como seguían sin permitirme el paso, les dije que en ese mismo

momento iría en busca de Furnio y lo levantaría de la cama y que se atuviesen a las consecuencias, darían con los huesos en el mismo calabozo que los presos, y estarían a pan y agua de por vida por contrariar a un senador; entonces se arredraron y me permitieron la entrada. A esto último contribuyó, mal que me pese admitirlo, que les pagué algún dinero.

—¿A los esclavos? —preguntó un senador abochornado por la conducta de su colega—. Pero ¿a quién se le ocurre semejante insensatez? Luego se ponen como se ponen, que a veces hasta te plantan cara y tienes que emplear el látigo.

—¿Y cuál era tu empeño en ver al carnicero? —saltó otro—. No entiendo tanta urgencia, podían pegarte la lepra. ¿Por qué tanto interés en verlos?

—No tengo otra contestación que mi curiosidad.

—Vaya contestación. ¡Maldito sinvergüenza! ¿Crees que puedes presentarte aquí en la curia haciendo chistes sobre mí... con esa cara dura de viejo senil? —Valerio Hymino estaba rojo de ira—. Y ahora nos dices, como si tal cosa, que tenías curiosidad. Tu curiosidad me importa un pepino. ¡Vas a pagar bien caro tu chifladura, viejo loco!

Valerio Hymino se abalanzó sobre el edil, al que levantó de su asiento, y lo tiró por los escalones de la izquierda. Antes de que nadie pudiera reaccionar, el duunviro tuvo tiempo de guantear la cara de Tito Emilio, que también se llevó más de un puñetazo en el abdomen.

—¡Basta ya, salvaje! —Furnio intentaba pararle—. ¿No ves que es un anciano? No sabe lo que dice, él no tiene culpa de nada. —No podía consentir que Tito Emilio pagase sus errores.

—¡Furnio, ven! —El duunviro se agachó en respuesta a su llamada para ayudar a Tito Emilio, que yacía arrinconado entre los escalones y la pared, con sangre en el labio inferior y algunos cortes en la ceja, y que hacía gestos de dolor con la mano en alto, tenía torcida la muñeca y la espalda—. Sé lo que hago —le dijo al oído—. No actúo a lo loco, no puedes marcharte, debes parar los pies a Valerio Hymino, te lo ruego... Sus desmanes han llegado demasiado lejos.

Furnio se incorporó, dejando que otros senadores atendiesen al viejo edil, se dio la vuelta y cerró los ojos, a lo lejos escuchaba la voz incendiaria de su colega gritando contra él y contra Tito Emilio, todavía tenía ganas de cargar contra alguien, en realidad contra él, Tito Emilio solo se había interpuesto. La tensión lo hacía golpear sus puños contra la madera del estrado pidiendo que pagasen sus culpas los dos magistrados, y entonces Furnio sintió una rabia que le salía del estómago y le subió hacia arriba. Los ojos perdieron la visión, los mofletes se movían al son de un calor que creyó le quemaba la cara y en unos segundos explotó y se abalanzó contra Valerio Hymino descargando toda la tensión acumulada. Rodaron enzarzados en golpetazos que se infligían mutuamente. La pelea duró el breve espacio que tardaron en reaccionar los otros senadores, pero fue suficiente para acabar ambos con las togas rotas, marcas de rasguños en la cara y Furnio con unas vibraciones dolorosas que

resonaban en su abdomen y entrecortaban su respiración. Varios senadores sujetaban al envalentonado Valerio Hymino, que aún rezumaba furia; los golpes recibidos no lo habían achantado y amenazaba a su colega completamente convencido de la mentira que acababa de escuchar. Aquella burda invención del edil para salvar a Furnio era una patraña inverosímil y, aunque no comprendía los motivos de aquella estrategia, él estaba plenamente seguro de la identidad del culpable, a quien juraba y perjuraba hacerle la vida imposible.

—Malnacido —gritaba con odio—. Pagaréis caro la fuga del carnicero, esto no es solo cosa del viejo inútil ese —Valerio Hymino respiraba y cogía resuello para volver a la carga—. Ándate con ojo, Furnio, te voy a perseguir como la sombra de un gemelo y terminarás pagando tus culpas, a mí no me engañáis vosotros dos, yo no tengo los ojos tan cerrados como estos. —Y señalaba a los restantes senadores, a los que terminó por enfadar con tanta hostilidad—. No te resbales lo más mínimo, porque te vigilo de cerca, es cuestión de esperar, ya recibirás tu merecido. ¡Maldito seas, maldito! ¡Te mataré! —terminó diciendo, mientras hacía esfuerzos por librarse de los brazos que lo sujetaban.

Pese a los golpes recibidos, a Furnio le había sentado bien desahogarse con Valerio Hymino.

—Pongamos paz a este bochornoso espectáculo —Cayo Voconio hablaba desde la altura que le daban los escalones de la tribuna sin demasiado éxito.

Tras múltiples intentos de poner orden, pospusieron la sesión para dos días después, resultaba imposible siquiera mantener un orden en las intervenciones. Además, el estado de desenfreno de Valerio Hymino no permitía avanzar, pues amenazaba con repetir el lamentable episodio anterior. Los acólitos del bando del airado magistrado lo habían convencido de que debían esperar unos días, él debía tranquilizarse, se requería tiempo para analizar el extraordinario suceso, elaborar las preguntas pertinentes y disponer los castigos que estimasen justos, convenía asimismo reflexionar sobre qué iban a decir a la ciudadanía. Valerio Hymino, arrastrado por los suyos, salió del senado vociferando; los intentos por calmarlo resultaban frustrantes.

En la curia se organizaban grupos improvisados de senadores que se hacían preguntas y opinaban sobre el camino a seguir, no había mucho consenso en las pretensiones de cada uno, lo acontecido era algo singular que excedía toda estipulación preconcebida. En torno a Tito Emilio se arremolinaban senadores llenos de dudas: cómo consiguieron salir los presos de la celda, querían saber, a lo que el edil explicó que se acercó demasiado a ellos y lo enredaron con la toga entre los barrotes, casi estuvieron a punto de estrangularlo, y por eso los carceleros debieron abrir la cerradura; cuánto dinero les entregó a los esclavos, era otra cuestión demandada, quinientos sestercios a cada uno, dijo avergonzado ante los silbidos de sus oyentes; también se preguntaban cómo el carnicero y su compinche pudieron escapar de Augusta Emerita, para lo que el viejo senador tras desgranar los hechos

concluyó no tener respuestas. Tito Emilio saciaba la curiosidad de los senadores en medio de un punzante dolor en el costado que se acrecentaba con el paso de la tarde. Antes de marcharse, tuvo tiempo de explicar que enredó a Furnio en su descabellada acción al pedir tiempo para enmendar su locura, consiguió convencerlo porque esa misma noche organizó varias partidas de búsqueda de los dos presos. Siempre pensó que su error quedaría en un horripilante susto y nada más, pues resultaba inimaginable que dos hombres solos, sin conocer la zona ni disponer de medios, pudieran esquivar las fuertes medidas que se adoptaron. De modo que expuso ante los demás senadores, para expiar culpas y compensar el error cometido, el completo dispositivo de búsqueda que organizó. Y así, describió las dos semanas siguientes como las peores de su vida. Todo su personal iba a caballo, tenían instrucciones de peinar todos los caminos y los posibles escondites correspondientes a un radio de acción que se les explicó con detenimiento. A cada grupo, constituido por tres personas, se le asignó una zona distinta y medios adecuados de defensa para hacer frente a los salvajes asesinos, además de comida y dinero, todo lo cual les dio para quince días más o menos. Sin embargo, el final a todos les era conocido, se presentaron con las manos vacías, sin rastro de los asesinos. La cacería había fracasado.

Algunos senadores propusieron la posibilidad de que los participantes se hubieran tomado un descanso, pero entonces él contestó que les había prometido mucho dinero, nadie preguntó cuánto, si entregaban a los presos vivos o muertos, era la única manera que tenía de asegurarse de que los improvisados expedicionarios cumplirían su misión. Sobre el infructuoso final se hacían conjeturas, se aludió a que la fisonomía de los dos presos no era conocida por quienes los buscaban a pesar de la descripción del edil. También, se podrían haber separado para escapar mejor, o quizás alguien les habría dado cobijo o habían tenido suerte y durante la noche algún carro los había alejado lo suficiente para marcar una distancia decisiva. Nada se podía afirmar con certeza, salvo que habían escapado. Tito Emilio explicaba su historia sin atisbo de vacilación y sin rarezas que hicieran sospechar de la invención, cada parte entroncaba bien con la anterior y la siguiente, había sido hilada cuidando la verosimilitud de los hechos y cada pregunta que se le hacía era contestada con sentido común, sin culpa aparente y con la mayor naturalidad.

A Furnio le parecía todo aquello fruto de un ensayo, hasta los detalles más nimios tenían su coherencia, y los sentimientos acompañaban las palabras, de modo que el edil se sorprendía, se abatía, se esperanzaba o se entristecía, según la parte del relato que viniese a colación. Tito Emilio mentía fenomenal, fue la conclusión de Furnio. Finalmente el edil movió la cabeza anunciando lo inexplicable que parecía todo aquello; una tontería imprudente había devenido en la peor pesadilla de su vida. El viejo magistrado tomaba aliento, le dolía la espalda, le costaba respirar y hablar, sus últimas palabras las pronunció entre sollozos pidiendo perdón a sus compañeros y anunciando que aceptaba el castigo que estimasen justo, pero también pedía

clemencia.

Furnio callaba y escuchaba, quería mantenerse en el poder, desde esa posición le sería más fácil descubrir qué ocurría en el senado de Augusta Emerita, más concretamente que ocurría con Valerio Hymino, del que sospechaba tener algo que ver con los libros sibilinos. Mientras enmudecía y se convertía en cómplice de la mentira del edil, su cara manifestaba más y más perplejidad sobre la personalidad de Tito Emilio, era nuevo para él descubrir la facilidad con que este mentía, nunca antes se había percatado de este defecto o quizás virtud, sus palabras resultaban tan convincentes que le dio miedo tal desparpajo, no era una cuestión intrascendente bailar al son de Tito Emilio, de momento ya lo había involucrado en su supuesta invención, claro que tampoco podía olvidar que sus mentiras lo habían salvado o, al menos, eso pensaba él. Tito Emilio mandó recado a su casa para que vinieran los esclavos con la silla portátil, los dolores de la pelea y la caída ya se manifestaban visibles sin ninguna contemplación. Furnio se mantuvo a su lado acompañándolo en la espera de los esclavos.

—¿Cómo has tenido valor para contar tantas mentiras? —dijo cuando todos se habían marchado.

—¡Bah! Uno empieza, empieza y le van saliendo las cosas. Yo te conozco desde niño y supongo, mi buen amigo Furnio, que habrá una explicación para la fuga de esos dos. Seguro que tú has hecho bien tu trabajo... ya estoy viejo, no espero hacer mucho más en esta vida. Y esta mentira al senado era necesaria; uno a mi edad se va permitiendo ciertos lujos, no sé si me entiendes.

—La verdad, no mucho, aunque reconozco que los motivos de cada uno son diferentes.

—Es o nosotros o ellos, la cosa funciona así... —Y gesticuló una pretendida sonrisa que terminó en un alarido—. Valerio Hymino me ha zurrado bien, ¿eh? Lo peor ha sido la caída, me he dado con el filo del escalón y tengo un dolor agudo aquí... Ya veremos en qué termina —y señaló el costado—. Bueno, Furnio, como te decía, a mi edad todo es más subjetivo y pocas cosas van importando, excepto vigilar a Valerio Hymino, al que le gustan demasiado los regalos.

—¿Sabes algo concreto?

—No es el momento, ya hablaremos.

—Debo darte las gracias por haber salvado mi trasero, no quiero parecer desconsiderado, pero no entiendo por qué lo has hecho, casi prefiero pagar mis culpas.

—No seas mojigato, ¿no ves que estoy feliz?, lo único que espero es que no me cierren las puertas del senado, no quiero manchar el nombre de mi familia, que desde siempre se ha sentado en la curia, y además las sesiones me entretienen mucho. ¿Qué castigo recibiré?

Furnio negó con la cabeza.

—Si fuera por Valerio Hymino, nos desterraría a los dos de la colonia.

—Puedes apostar —confirmó el edil.

—¿Y a mí por cubrir tu versión, qué me esperará? —añadió Furnio fiel a la invención del rechoncho magistrado.

—Con el perro rabioso de Valerio Hymino todo el día vigilándote tienes suficiente pena —y juntó los labios hacia fuera advirtiendo lo cansino de aguantar a un tipo como él—. A propósito, ahora que estamos solos, cuéntame cómo se fugaron los presos.

—Prometo contarte esa historia otro día, ahora me duele la cabeza con tantas emociones.

Furnio necesitaba tiempo para inventar su propia mentira, a él no se le daba nada bien la improvisación, si se lanzaba a ella tenía la certeza de que le pillarían. Apenas subió el magistrado gordinflón a la silla portátil, el duunviro tomó el camino de su casa, deseaba llegar y sentir paz en los cuidados amorosos de Arria Pale, quien también ansiaba su llegada por motivos diferentes.

Los esposos se encontraron en la cocina; Arria Pale probaba los guisos de esa noche apartando la porción correspondiente a la cena de Capito, que un día más acercaría a su casa, pero esta vez insistiría en hablar con él, esperaría sin prisas, totalmente decidida a pedir explicaciones sobre la ruptura del noviazgo con su hija. Ese pensamiento la ocupaba, cuando escuchó a Furnio y salió al atrio, entonces observó más detenidamente el aspecto de su esposo, que parecía la sombra de un triste mendigo. Luego se fijó en sus ropas, tenía la toga anudada en varios puntos que recogían los jirones rasgados. Entonces, todos sus planes cambiaron. Arria Pale corrió a abrazarlo. La sinuosidad de su cuerpo se adaptó a la piel del esposo como la esponjosa y rica miel, y como esta, ese dulce contacto suavizó el cercenado interior de su amado Furnio.

## Llega el nuevo procurador

«La vida es apasionante por lo inesperado.  
Fuera de todo control, nuestros primeros pasos son auténticos».

—Las cosas se complican; debemos hacernos con los libros sibilinos cuanto antes — dijo el que mandaba.

—A ti no te resultaría difícil hacerte con ellos, no sé por qué das tantas vueltas; además, el servicio que me pediste lo he cumplido con mucho, a mí no me involucres en más enredos —agregó el senador—. No deseo ocasionar ningún mal a Furnio. Fue mi condición primera, recuerda lo que hablamos.

—Condición que siempre se ha respetado, yo tampoco deseo que le ocurra nada al duunviro, salvo si fuera ese el único camino.

—No hables así, yo no he pactado participar en ningún crimen.

—La vida es imprevisible, y a veces los hechos acontecen sin más, complicándolo todo, sin permitirnos más posibilidad que cumplir nuestra obligación, ni otro remedio que hacer lo indeseable... Además, también yo he cumplido lo que te prometí, amigo mío, de modo que estarás a mi servicio hasta que los libros estén en mi poder, ese fue el trato.

El senador emeritense reculaba contrariado por las palabras de su interlocutor, y, aunque nada contestaba, nunca permitiría que a Furnio le ocurriese algún mal, era un mandato que imperaba sin ambigüedades en su fuero interno. Él podía ser un interesado o tener sus desacuerdos a la hora de gobernar, pero no era un criminal.

—Repito, no entiendo por qué no haces algo para obtener los libros.

—Porque no quiero verme implicado; mi intervención únicamente se produciría si no existiera otra opción. Aquí soy útil y necesito guardar mi posición, nadie sospecha de mí.

—Y todas estas prisas, ¿a qué vienen? No entiendo por qué has tenido que mandarme llamar de madrugada y levantarme a estas horas...

—No podemos correr riesgos, insisto, es crucial que nadie pueda relacionarnos y quería mantenerte informado. Ayer me enteré de la identidad del nuevo procurador y me quedé estupefacto, no es quien presumíamos, los legalistas nos han cogido por sorpresa y nos han dado una lección magistral de estrategia política, nos han vapuleado como a principiantes... En el último momento, este grupo al que nosotros llamamos los legalistas, integrado por senadores, ha hecho valer sus intereses y ha conseguido de Galba el nombramiento de un miembro de ellos como procurador de La Lusitania. Esto es un revés. ¡Es inaudito! La decisión del emperador nos ha



sorprendido a todos.

—La cosa parece grave, ¿no?

—Claro, es lo peor que podía suceder. A ver si me explico, mi grupo lleva tiempo siguiendo la pista de los auténticos libros sibilinos, que finalmente recalaron aquí en Augusta Emerita, lugar al que me enviaron al cobijo de órdenes imperiales, ya que tuvimos suerte al aceptar Nerón nuestras sugerencias. Su encargo protege mi identidad —repitió mientras pensaba cómo se las habrían apañado sin su asistencia—. O más bien me inclino a pensar que los dioses desean favorecernos. En realidad, mi grupo es el que mejor defenderá los intereses divinos, por eso sé que ganaremos esta batalla. El intrépido joyero nunca supo dónde se metía cuando adquirió los libros que nos traen de cabeza. Yo estoy lejos de toda sospecha, de hecho, ni siquiera el nuevo procurador puede imaginar que tiene un enemigo tan cerca, nunca me he significado, siempre he estado en la sombra, nadie sabe para quién trabajo.

Con esta confesión el de Emerita sintió temor, veía la cara oscura del que mandaba, realmente era un ser camaleónico que supo ganárselo a la primera, que le presentó el engaño bajo palabras limpias, un negocio, lo llamó, cada uno haría por el otro una cosa y la única condición era el secreto absoluto del asunto. Ahora se daba cuenta de cómo le había manipulado en una historia que trascendía incluso su fértil imaginación.

—Los libros sibilinos son una herramienta decisiva para influir en el gobierno del mundo —pronunció la última palabra como si todo el esfuerzo y sufrimiento valieran la pena en la consecución de tal fin—. Cuando Galba ocupó el poder, vimos una gran oportunidad de medrar y afianzar definitivamente unos intereses que benefician al mismo Imperio. Ahora trabajamos al servicio del emperador, por eso no entiendo cómo ha otorgado este nombramiento... —Algo iba mal, parecían decir sus palabras—. El emperador nos clarificó que primero organizaría la casa, en alusión a Roma, y después nombraría a los magistrados de las provincias... no sé qué estrategia han utilizado los legalistas para que Galba nombre a un procurador de su cuerda, pero no me gusta que hayan influido en su ánimo. ¡A saber qué argucias habrán utilizado! Galba está comprometido con nosotros por lazos imperecederos, aunque la política en Roma pende de un hilo. ¡Maldita sea! Y yo sin saber qué hacer. Ojalá me envíen un correo, de no ser así, tendré que actuar por mi cuenta y es arriesgado errar.

—Y todo lo que me cuentas. ¿Qué tiene que ver conmigo? —espetó el emeritense exigiendo una explicación sobre la parte que le concernía.

—Lo que sucede en el Imperio afecta a todos —dijo el otro, molesto al percibir en su interlocutor un abrumador deseo de desentenderse de un problema de primer orden—. Para que comprendas lo que digo, seré claro y conciso. Existen dos bandos persiguiendo los libros sibilinos... con ellos, obtendremos cuantos favores deseemos del emperador, o para ser más exactos: podríamos gobernar el Imperio. Y mi grupo tiene grandes planes al respecto.

—Y el bando para el que trabajo, ¿cómo se llama? Espero estar del lado del

ganador.

—¿No te lo imaginas? Nosotros somos el bando de los sacerdotes —contestó con grandes aspavientos y tono pomposo—. Galba está de nuestra parte, siempre que consigamos los libros, claro. Te contaré una pequeña historia y entenderás por qué... Servio Sulpicio Galba tiene setenta y tres años, pronto cumplirá setenta y cuatro, el nueve de las calendas de enero. Ha sobrevivido a su mujer Lepida y a sus dos hijos, y es un ser extraordinario, cuya vida está tocada por las manos de los dioses, como demuestran algunos presagios y portentos conocidos por todos. Siendo Galba solo un niño, Augusto le tiró de la mejilla y le dijo: «También tú, hijo, gustarás nuestro poder». ¿Qué te parece?... ¡Magnífico! ¿No? Pues hay más, otro día durante su infancia su abuelo ofrecía un sacrificio para conjurar un rayo, y en medio del mismo un águila le arrebató de las manos las entrañas y las depositó en una encina, entonces le vaticinaron que su familia alcanzaría el supremo poder, a lo que el abuelo contestó riendo que cuando las mulas pariesen... ahora viene lo mejor, mientras Galba preparaba la sublevación contra Nerón ocurrió un portento horrendo para todos, menos para él..., sí, sí, sí, lo que piensas, el parto de una mula —dijo con total convencimiento—. Como imaginarás, mientras los demás veían negros presagios en el hecho, él adivinaba la bendición de los dioses para su misión.

»Y esto no es todo —el romano había tomado fuelle y parecía recitar de memoria un pasaje mil veces leído—. Habiendo tomado ya la toga viril, a Galba se le apareció la diosa Fortuna en sueños, reprendiéndolo porque estaba cansada de esperar a la puerta de su casa y diciéndole que se marcharía con el primero que la acogiera. Entonces Galba se despertó, fue al atrio y allí estaba la imagen, la tomó en sus brazos y poco después la llevó a su villa veraniega de Tusculo, donde cada año le ha ofrecido un pervigilio.

»Y aún te digo más, porque su vida está llena de distinciones —el de Roma le tenía devoción—. Su carrera política comenzó antes de la edad reglamentaria como pretor y pronto conoció el pueblo su nombre, porque en los juegos en honor de Flora introdujo un espectáculo con elefantes funámbulos nunca visto. Luego fue gobernador en la Aquitania y más tarde cónsul durante seis meses. Algo después Calígula le nombró comandante en jefe de la Alta Germania, donde puso buen empeño en robustecer a los soldados a su mando y pronto contuvieron a los pueblos bárbaros que habían penetrado en la Galia. Cuando Calígula murió, muchos le animaron a aprovechar aquella oportunidad y hacerse con el mando del Imperio, pero él se inhibió, por lo que Claudio le quedó muy agradecido y siempre le mostró gran consideración.

»Posteriormente le fue dado el gobierno de África para pacificar esta provincia que andaba revuelta y prestó sus servicios con tanto éxito que obtuvo insignias triunfales y un triple sacerdocio, atiende a esto, fue nombrado miembro de la cofradía de Tito Tato para velar por el culto sabino, de los sacerdotes de Augusto y, el tercero, de los quinceviro, colegio encargado de custodiar e interpretar los libros

sibilinos. —El de Roma paró de hablar para tomar aire tras su didáctica explicación.

—Por tanto, deduzco que no habrá nadie más agradecido que Galba si le lleváis los auténticos libros sibilinos.

—Él es un sacerdote, es de los nuestros y será el salvoconducto para reformar una parte de la política de Roma que no se lleva correctamente.

El de Emerita se quedó boquiabierto, cuánta historia había tras algunos seres. Cuando su admiración por Galba dejó de obnubilarlo, siguió vigente su falta de comprensión en otros terrenos y no dudó en aprovechar la ocasión para enterarse bien de dónde se había metido.

—¿Debemos temer al nuevo procurador de La Lusitania?

—No creo que tenga idea de quién soy yo, aunque tomaré precauciones, pero desde luego nada sabe de ti. Más peligro veo en su posición, pues pretenderá conseguir cuanto antes el objetivo que lo ha traído hasta tu pueblo... —añadió el que mandaba con tono suspicaz.

—¿Algo que objetar sobre mi querido pueblo? —protestó el emeritense.

—No me has dejado terminar... —señaló el que mandaba con irritante sorna—, que con paciencia se convierte en una colonia romana de primer rango, la sigilosa Augusta Emerita.

—Bien orgulloso estoy de mi tierra, y tú no haber venido si tan poca cosa te parece, no es buen camino venir a la tierra de uno con esas ínfulas...

—Con tu chispa y buen humor, no te hacía tan protestón por una simpleza de palabras —dejó caer para exacerbar la rabieta de su subordinado, que no entró al trapo y prefirió enterarse de los planes de su bando.

—Pero tú no eres un sacerdote, ¿no? —inquirió de repente al darse cuenta de lo poco que conocía a la persona que lo había reclutado.

—Claro que no, pero soy un fiel servidor; les debo mucho.

—Y digo yo... quizás os tendría más cuenta engatusar la voluntad de Otón, según todos los indicios será el próximo emperador de Roma, total al viejo Galba no le pronostican demasiado tiempo en el poder.

—Tienes razón. Con Galba vivo tenemos asegurado nuestro proyecto, ha prometido a la casta sacerdotal cuantas reformas estimen oportunas.

—Galba, este ser casi divino... —dijo el senador haciendo alarde del sarcasmo—. Por su incombustible destino terrenal... —añadió explicando la frase, que no había gustado al otro.

—Por el bien de todos, esperemos que viva el doble de lo que lleva.

—Bueno, sí —añadió para apaciguar el tono—. Pero dime, ¿qué sucedería si muriera antes de que llevéis a cabo vuestras reformas?

El interlocutor se mordía los labios. Eso sería un obstáculo leve, pensaban ellos.

—Mis amigos creen que no habrá gran problema en convencer a Otón de nuestra postura política, claro... siempre y cuando presentemos el aval de los libros. Otón es muy supersticioso y lo interpretará como un signo de los dioses —el hombre se

detuvo desanimado.

El senador emeritense comprendía la importancia de obtener los libros en breve, solo le faltaba averiguar las pretendidas reformas de los sacerdotes en cuyo nombre se habían realizado dos asesinatos, o debía ser más preciso, dos que él supiese.

—Y dime, ¿qué queréis hacer cuando tengáis poder para ello?

El de Roma recordó su proyecto, y sus esperanzas crecieron al esbozarlo, así lo describía la pasión que reflejaban sus grandes ojos, que se iluminaron con una luz llena de locura.

—Galba ha prometido velar por nuestros intereses. Roma es un caos de religiones, los cristianos proliferan a escondidas y también las religiones extranjeras, nuestros dioses pierden fuelle y nosotros estamos cansados de ceder tanto espacio a los que vienen de fuera, al final seremos ceniza con tanta permisividad. Queremos prohibir el culto a los dioses extranjeros, este caos de divinidades no beneficia a nadie. Las finanzas de los colegios sacerdotales están por los suelos, no hay colegio que no se queje de las actuales circunstancias y todos estamos de acuerdo en que no puede haber tanta condescendencia... Con tantos credos no gana nadie, se reparten las donaciones de dinero, los sacrificios, las ofrendas y las súplicas. Las arcas del Imperio hace tiempo que se olvidaron de nuestros dioses y las aportaciones individuales son insignificantes, se dividen demasiado con tantos compromisos, un poco para muchos no beneficia a nadie, así, ninguna religión sobrevivirá. Los templos se están deteriorando, acabarán destruidos. Nuestro bando quiere preservar al imperio del fin, no debemos olvidar que su nacimiento surgió gracias a nuestra ferviente fe en los dioses de nuestro pueblo. ¡Todos éramos un único corazón! ¿Qué es eso de acoger a los dioses extranjeros sin más? Los que quieran rendir cuentas en nuestro territorio a los dioses de fuera, al menos que paguen algún canon... ¡Pues no! En lugar de eso, apostamos por levantar templos para ellos. ¡Y a los demás que nos den! Si quieren convivir y formar parte del Imperio de Roma, que se ciñan a nuestras normas y acepten nuestros dioses como únicos, y si no y en última instancia, vuelvo a repetir, que paguen impuestos y no nos asfixien a los demás... Esto es lo que piensa el bando de los sacerdotes que aglutina a la mayoría de los colegios sacerdotales de Roma. Debemos volver a los orígenes, a la entrega incondicional a las divinidades que nos han permitido construir el imperio que hoy somos. Si no luchamos por lo nuestro, será el caos, y te aseguro que no tardará en llegar...

—Creo que Otón es gran seguidor de Isis.

—Llegado el caso, habrá de hacerse una excepción con la diosa egipcia —respondió el que mandaba con alegría, solventado las trabas sin prejuicios.

El de Roma hablaba llevado de una ciega fe. Terminó el discurso haciendo un esfuerzo de contención, todavía tenía más retórica con que argumentar la restricción de los dioses extranjero. El ideal perseguido por la teoría se basaba en la preservación de la madre patria. En cambio, la realidad de sus palabras hablaba de dinero, eran demasiados a repartir. El senador emeritense lo escuchaba con expectación, quizás

fuese verdad el vaticinio del romano y fuese perniciosa la amplitud de cultos permitida, en cualquier caso, no era momento para la reflexión, y aprovechó el silencio para anunciar su despedida, aún estaba a tiempo de dormir un rato.

Arria Pale se había puesto una fecha límite para informar a su esposo del grave asunto que se les planteaba. Hacía una semana que se había enterado de que Marcia había dejado a Capito y no al revés, como en principio supuso. En las calendas de diciembre estuvo a punto de decírselo, pero el estado de Furnio, taciturno y ausente, retuvo su intención para evitar sumarle nuevas preocupaciones; sin embargo, no pasaría de los idus, que devenían al día siguiente. Debía saber la deshonra a la que se enfrentaban por el capricho de Marcia. La madre se lamentaba una y otra vez ante la hija por el mal obrar de su prometido, y a esta no le quedó más opción que contarle la verdad. Al principio Arria Pale se negó a creerla, tal impacto le causó. Sin embargo, a medida que se convencía, un enfado magnánimo la hostigaba. Dejó de hablar con Marcia, pues solo barbaridades le venían a la lengua y prefirió callar; días después, más calmada, intentó sonsacarle los motivos de su decisión, luego se enzarzó en la misión de convencerla de volver con Capito. A todo el mundo le surgían dudas cuando se trataba de tomar grandes decisiones, pero debía tener valor y seguir adelante, argumentaba en vano para traer el raciocinio a la hija. En el momento actual, amenazaba con todo tipo de castigos en respuesta a su detestable conducta. Sus palabras fueron duras, pronunciadas con lágrimas en los ojos pero sin vuelta atrás; le dijo que no consentiría un comportamiento como el suyo en su casa, un comportamiento que deshonraba a su familia y el nombre de todos sus antepasados, que nunca dieron que hablar. La ruptura con Capito era una tragedia. Desde el día de los esponsales, Arria Pale no había dejado de hacer planes de boda y de hablar de la felicidad de Matidia en el otro mundo. Y ahora, sin motivo y de repente, el destino se corrompía.

Arria Pale estaba tan desesperada que había pedido ayuda a Calpurnia para enmendar la trastornada mente de su hija, y esta le había preparado un brebaje que la tenía adormilada. Calpurnia estaba convencida de que Marcia o bien sufría algún tipo de encantamiento o algún mal de ojo que la desquiciaba y la inducía a obrar sin sensatez, porque no entendía que a su edad y con semejante prometido acometiera una decisión tan poco juiciosa. Por si acaso, esa tarde practicarían un ritual de magia.

Arria Pale también organizaba continuas ofrendas a los dioses, en especial a la gran madre cuidadora del hogar, como llamaba a Vesta. Para su mejor miramiento había levantado un altar junto al de los dioses lares y había ordenado a una esclava mantener la llama permanentemente encendida, como en Roma. Marcia necesitaba sentir la llama del hogar en su templo interno, debía nutrirse de la fuerza que la entrega al hogar otorga a toda mujer, solo así podría sentir el calor de sus emociones y podría ser feliz regalando su corazón. Arria Pale sabía que a su hija todavía le

faltaba esa entrega interior, aún era un ser frío, pero tenía la completa seguridad de que un día Marcia sentiría el calor de su corazón, su fuego, la llama de Vesta, y sería para siempre, porque Marcia era una persona muy amorosa aunque bastante inmadura.

«Diosa Vesta, hija de Jupiter y de Ops, concede a mi única prole el privilegio de que arda en su corazón el fuego que nos da la vida», era la frase que encabezaba el ritual que Arria Pale ejecutaba tres veces al día. La matrona sentía muchos remordimientos por la decisión de su hija y cargaba con la obligada misión de hacerla cambiar de parecer, pues su viejo temor de siempre, de ofender a los muertos, había cobrado protagonismo. Desde niña había escuchado historias de almas que vagaban entre los vivos trayendo el mal a las casas elegidas, y temía más a Matidia que al vivo Cornelio Severo. Encima, observar a Marcia tranquila con su decisión la desquiciaba aún más, sus palabras se alejaban del acostumbrado titubeo, desconocidos entresijos velaban su nuevo parecer, y solo el tiempo demostraría la profundidad inquebrantable de las raíces que mantendrían a flote su nueva decisión.

A pesar de las dificultades, Marcia no daría marcha atrás, solo pensar en yacer junto a Capito como había estado con Diophanes le descomponía el cuerpo y le repugnaba. Debía aguantar, quedaba por delante lo gordo: el castigo de su padre.

Arria Pale desayunaba junto a Furnio, era el día cuarto del mes de diciembre. Él tomaba una infusión de hierbas más risueño que días precedentes; su cambio obedecía a una invitación hecha por el recién nombrado procurador de La Lusitania. Era algo excepcional, por la presurosa convocatoria y la reducida comparecencia, solo él acudiría en nombre de Emerita.

—Esta mañana te acompaña el buen ánimo, te veo entusiasmado con la visita al procurador. ¿Y cómo dices que se llama? —preguntó Arria Pale.

—Abelardo Aldo Cecilio —Furnio leía el pergamino que le había remitido el procurador.

—¡Qué nombres más raros tienen los de Roma! —respondió Arria Pale engurruñando los ojos.

—Me he informado. Aldo es un gentilicio que proviene de Germania, y Abelardo también, en cambio Cecilio, como se le nombra de forma extraoficial, es romano.

—O sea, que él no es romano —concluyó la mujer.

—Por lo visto sí es nacido en Roma, pero sus ascendientes provenían de tierras germanas y él ha querido conservar el nombre de la familia.

Arria Pale vio su oportunidad.

—Hablando de la familia, debo comunicarte una noticia... —Tras la introducción se detuvo, no acertaba a seguir.

—Te escucho —repuso el duunviro levantando la cara.

—Es que no sé cómo decirte... es algo terrible lo que debo contarte... —Y empezó a emocionarse—. Pero debes saberlo cuanto antes... —Otra pausa—. Llevas unos días un tanto ausente, bueno, más bien llevas una temporada algo raro, y yo no

he querido echar más leña al fuego, por ese motivo no te he dicho nada, pero tampoco puedo callarme por más tiempo, porque se acabará sabiendo y no puedes enterarte por ahí... No estaría bien.

—Pero bueno, qué ocurre, qué me has ocultado tan grave.

—Es sobre Marcia... —Y la esposa volvió a titubear, sollozando.

—¿Está enferma?

—No, eso no... Ha dejado a Capito —y se echó a llorar sin consuelo.

Furnio se quedó atónito. ¡Cuántas tonterías! Y se agachó a consolar a Arria Pale.

—Pero como puedes tomarte en serio sus chiquilladas, mujer... Esta noche hablo con ella y verás como todo se arregla —dijo el padre sin darle más importancia—. Habrá reñido con Capito y te ha dicho lo primero que se le ha ocurrido..., no llores más, querida, no quiero verte así... Tendré una conversación seria con Marcia, ya no es ninguna niña y debe comprender que no se puede jugar con todo, y menos con el matrimonio.

—Esto no es una simple cabezonería, Furnio —y volvió a llorar desconsolada.

—Parece mentira que no conozcas a tu hija —Furnio continuaba escéptico.

—Vuelvo a repetirte que han roto en serio, mejor dicho, ha roto tu hija, hace casi un mes que se lo dijo a Capito.

—A decir verdad..., estos días le he echado en falta —dijo Furnio, pensativo—. Pero escúchame, cariño —hablaba con mimo, en un susurro—. Durante la tarde visitaré a Capito, él me contará qué ha pasado y luego hablaré con Marcia. Y antes de que acabe el día todo se habrá solucionado —animaba a Arria Pale masajeándole los hombros, le partía el corazón verla con semejante disgusto—. Y ahora, querida... debo ver al procurador, sería una irreverencia no llegar puntual.

El duunviro no había otorgado crédito al grave anuncio, de ahí sus reconfortantes palabras. Como pater familias mediaría en la solución del conflicto entre los novios, los exhortaría sobre la vida en común, los desacuerdos en la convivencia de una pareja eran moneda de cambio habitual, no podían permitir que una disputa les alejara tanto, porque ningún matrimonio mantiene vivo el amor con una distancia tan grande.

Furnio caminaba contemplando el colorido de las piedras que componían la calzada. No llegaba a la centuria la fundación de la colonia y su aspecto denotaba un avance espectacular. Bien habían empleado el tiempo sus antepasados, pensaba el duunviro. El padre de Furnio, que alcanzó el duunvirato entrado en la ancianidad, le contó muchas historias de la colonia. El empedrado de Augusta Emerita no se ejecutó de inmediato, antes trazaron las vías a cordel sobre el terreno y acotaron las manzanas residenciales. Las calles eran de tierra batida y se cruzaban en ángulos rectos. De aquel tiempo aún se conservaba el ancho de estas, por lo general rondaban los veinte pies, igual que el decumano máximo que bajaba hasta la puerta del puente. La

pavimentación actual alternaba sin orden planificado gamas de grises, pardos, negro y tonos azulados. Ochenta mil pies de calzadas urbanas intramuros servían para organizar la convivencia. El duunviro se abstraía mientras sus pies le transportaban como a un autómeta, sus pensamientos acudían sin solicitud previa... las calles eran los caminos de la vida... las decisiones que vamos tomando y nos llevan a un lado u otro... a Furnio le gustaba filosofar y había encontrado material en las piedras que soportaban el peso, una sólida pavimentación a base de dioritas, gabros, anfibolitas y cuarcitas, escogidas por su dureza, como la vida misma, interpretaba, que a veces decide aplastarte y pisarte sin compasión. Furnio sintió pesar en la utilidad de las piedras, estaban allí para ser pisadas..., hallaba cierta sintonía entre el destino de ellas y su actual situación.

Un pestañeo de sus ojos alejó los pensamientos pesimistas, prefería centrarse en su difunto padre, en su empeño por adecentar las calles. El duunviro mantenía actualizadas sus sensaciones, visulizaba los carbones, cenizas y las cáscaras de algunos frutos mezclarse con la tierra, dando una impresión de insalubridad alarmante. Su padre le había explicado que convenía empedrar las calles al compás de la construcción del saneamiento, para aprovechar la bóveda de las cloacas en su apuntalamiento, aunque construir las dos cosas al tiempo retrasase la deseada pavimentación de las mismas. Cambiar el material que conformaba las calzadas fue tarea compleja y peligrosa. Las piedras, la mayor parte de gran tamaño, incrustadas casi en la misma proporción la parte visible de la otra, eran colocadas sobre la tierra entre varios operarios mediante rodillos y era frecuente ver a los vecinos observando esos trabajos poniendo en peligro sus vidas, y, aunque ninguna muerte debió lamentarse, sí hubo bastantes sustos y más de un accidente por la temeridad de algunos curiosos.

A Furnio todo aquel mundo en torno al gobierno de la colonia le parecía maravilloso en boca de su padre, y recordaba desde siempre su anhelo de ser elegido duunviro cuando la edad lo permitiese, después de tomar la toga pretexta, aunque la ocasión le había llegado bastante más tarde. Le gustaba el poder, daba sentido a su vida, creía que podía dirigir con éxito la convivencia del vecindario y en su fuero interno creía que podía hacerlo mejor que los demás.

Los barrenderos espabilaron la tarea al divisar a Furnio. La urgencia venía de las heces de los caballos, aunque los deshechos depositados eran variados. A veces rascaban tanto la tierra para limpiar las menudencias incrustadas en los rincones que posteriormente debían reponerla para evitar los hoyos que acababan formándose. Furnio aminoró la marcha, le imponía su cita con Abelardo Aldo Cecilio, al que nadie conocía excepto Arria Pale. Si Valerio Hymino supiese de la misma montaría en cólera, pensó. El senado emeritense, reunido dos días después de la accidentada sesión en que se conoció la fuga de los temidos presos, emitió un veredicto. Todas las actuaciones competencia de Furnio debían ser revisadas por el otro duunviro, en vista de la desatinada decisión de no informar de la fuga hasta pasado un mes. Valerio



Hymino había puesto el grito en el cielo. Toda la responsabilidad en la fuga de los presos y por tanto la principal sanción recayó en Tito Emilio, considerado el culpable del conflicto. Tito Emilio no podría participar ni hacer acto de presencia en las sesiones del senado, y debería esperar cinco años para pedir su reingreso, momento en el que nuevamente valorarían tal posibilidad. Asimismo le restringían algunos de los derechos propios de su condición de senador, entre otros y por dos años, el uso de un lugar privilegiado en los actos públicos, medida que disgustó sobremanera al edil al ponerlo en evidencia ante el pueblo. Se trataba de darle un escarmiento, fueron las duras palabras que justificaban la medida. Por último, también se le condenó a pagar una importante multa que cubriría los gastos de actuaciones inmediatas para buscar a los fugados, aunque nadie necesitaba razones para sancionar al edil.

En el caso de Furnio, en cambio, su reputación le precedía, y sus munera habían engrandecido su persona, por tanto no se admitió ninguna sanción pecuniaria ni mucho menos su destitución, como predicaba el enfurecido Valerio Hymino fuera de sí, que debió conformarse con controlar cada decisión de su colega. Conociendo la inquina entre los dos duunviros, nadie apostaba por que la cosa terminase bien y todos preveían una próxima dimisión de Furnio, decidido, sin embargo, a aguantar el temporal en un esfuerzo de moderación y control del que ni él mismo estaba seguro, pues nadie lo desestabilizaba tanto como Valerio Hymino.

En cuanto a la ciudadanía, decidieron informar de la fuga del carnicero y su compinche, pero sin dar detalles inquietantes, es decir, entendieron conveniente mentir para no alarmar a la población. Redactaron un bando, pregonando que, «Reclamados desde Roma el carnicero y su compinche, fueron enviados hacia la capital con una pequeña escolta a la que abordaron en medio de la noche, dándose los presos a la fuga». Una vez comunicada la grave noticia, el bando, paternalista, templaba las circunstancias, «Pero los emeritenses nada debían temer, los crímenes del pasado habían sido fruto del azar y aquellos miserables asesinos no plantarían un pie en Augusta Emerita, donde ya eran conocidos». Insistían en el mensaje, «Nada debía temer ningún vecino, sus vidas estaban a salvo. El senado habían adoptado fuertes medidas de vigilancia por si acaso». Solo hacía una semana que habían lanzado la noticia y todavía andaban los emeritenses bastante revueltos, con las orejas de punta, más al creer probable la lejanía de los asesinos de la colonia, pues todos confiaban en que no volverían al mismo lugar en el que fueron detenidos, se recuperaban del susto con rapidez.

Abelardo Aldo Cecilio ocupaba la que fuera residencia de Otón. La guardia apostada en la entrada reclamó la atención de Furnio, que enseñó su invitación con decisión y con la misma resolución fue conducido al salón de recepciones oficiales, cuyo mobiliario en nada había variado desde su última visita. Abelardo Aldo Cecilio hizo su aparición por una puerta lateral sorprendiendo a Furnio en el deleite de los mármoles regalados por Cassio y Terencio. Esos nombres le transportaron al pasado. Ni un año había acontecido desde que volvió de Roma y ¡tantas cosas habían

ocurrido...! «Esos meses valían el triple del tiempo...», pensaba el duunviro, cuando Abelardo Aldo Cecilio llamó su atención tan cerca de su persona que, al girar buscando la voz que resonaba grave y firme, casi tropezó con el imponente cuerpo del procurador, cuyo porte, ropajes y gestos describían a un magistrado dispuesto a ejercer el poder y la preeminencia de su posición bajo una falsa modestia que a duras penas escondía su soberbia.

—Sexto Furnio Juliano, duunviro de Augusta Emerita, bienvenido a mi humilde morada.

Furnio bajó la cabeza, y con aplomo y respeto, contestó:

—Aquí me tiene, procurador, para servirle y ayudar desde mi modesta posición. Espero que el viaje no haya sido molesto en exceso. Quiero que sepa que me enaltece su solicitud... —no pudo terminar la frase, el brazo alzado del procurador le ordenaba el fin de su intervención.

—Me han hablado muy bien de ti, espero que podamos entendernos a la perfección y a la primera, no me gusta perder el tiempo —dijo tajante, sin preámbulos.

—Servilio Modesto es una persona extraordinaria, imagino que coincidirá con mi opinión...

—¿Quién? —contestó el nuevo procurador con desprecio.

—Su antecesor en el cargo.

Era inverosímil que no conociera a Servilio Modesto.

—¡Ah...! No he tenido el gusto de conocerlo personalmente, al viejo magistrado le han gustado demasiado las provincias, y hacer carrera tan lejos de la capital y durante tanto tiempo supone perder lustre dentro de casa... No sé si me entiende.

Furnio juzgó la réplica de una mezquindad supina.

—Mi querido Furnio —prosiguió Abelardo Aldo Cecilio—. Soy consciente de que en estos territorios tan alejados de la principal Roma no se entiende de protocolo, cuestión del todo deseable, pero... ¡qué le vamos a hacer!... Por ello no creo que lo tomes a mal si te digo que es conveniente mientras habla el procurador de La Lusitania no interrumpir.

—Lo he entendido perfectamente —contestó Furnio sin pretensión de acercamiento, de un plumazo se le habían quitado las ganas de honrar a su superior.

Abelardo Aldo Cecilio era un tipo robusto, alto y de espalda tiesa, lo que provocaba que la moderada barriga que se adivinaba bajo la túnica respingase levantando un poco las telas que lo adornaban. Iba ataviado con la toga de magistrado que perfilaba los laterales con una banda púrpura. La cara redonda contenía en sus proporciones justas los demás elementos, ojos grandes y azules, boca carnosa a la misma distancia de la barbilla que de la nariz rectangular, cejas dibujadas que rodeaban la longitud del ojo y pestañas bien pobladas que alargaban su expresión. El perfil de Abelardo Aldo Cecilio representaba la perfección de un efebo, y las arrugas de la edad no habían desechado la cautivadora imagen que poseyera, todavía viva por

los muchos cuidados y adornos de los que gustaba hacer gala. Así, evitaba dejar visible la despejada coronilla utilizando un peluquín perfectamente fusionado con el pelo restante, peinado hacia delante con mechones superpuestos, al estilo de Augusto. Le gustaban las puntas rizadas con el calmistro, pero al ser un atrevimiento de Nerón, no consintió adoptar tal imagen. Se pulía los dientes con polvo de asta y perfumaba su aliento con perejil, era una manía, odiaba el olor putrefacto de la boca. En cuanto a su genio, Abelardo Aldo Cecilio no era persona equilibrada, algunos días amanecía encantador y las peores torpezas eran admitidas por él con gracia y otros días, en cambio, no había manera de darle gusto por más que uno se lo propusiera. Era un ser cambiante y prepotente que no dudaba en humillar a sus inferiores y sacar su dulzura y otras armas para conseguir la confianza de quien a él convenía. El séquito de sirvientes tenía como norma ceñirse a sus volubles deseos y lograban tolerarlo al ser depositarios de la benevolencia de su señor cuando menos lo esperaban.

—Todavía está la servidumbre descargando arcones de los carros, no he tenido tiempo de nada, ni siquiera he convocado al concilio de la provincia. Por cierto... sí me es conocido que no estás en este órgano. Quizás podría nombrarte miembro, sería totalmente de mi agrado.

Abelardo Aldo Cecilio calló para ver la impresión que su oferta causaba en el duunviro, desconcertado ante el sugerente ofrecimiento.

—Querido Furnio, espero tu respuesta, no se debe interrumpir al procurador cuando habla, pero es del todo conveniente contestarle cuando así lo solicita.

—Procurador, debo confesar con el mayor de mis respetos que me asombra escuchar su propuesta y que por supuesto sería un honor formar parte de tan insigne órgano, pero las normas, que desconozco, no sé si lo permitirán...

—Las normas no están por encima de la voluntad del procurador de La Lusitania —dejó caer como si tal cosa.

Furnio se sentía como en la cuerda floja, aquella conversación no tenía ningún sentido, la desconfianza se sumó a la mala impresión que le causaba el magistrado y la alarma sobre un posible desastre le contrajo el estómago.

—Lo que su excelencia diga —farfulló sin convicción, evitando incomodar a su interlocutor.

—Luego te presentaré a mi familia, cuando terminemos nuestra conversación. Me gustaría que las conocieras y digo las... porque tengo cuatro mujeres a mi cargo, imagina qué locura cuando se ponen pesadas... aunque las adoro, no podría vivir sin ellas... y dime, amigo, creo que tú tampoco tienes ningún varón, ¿no?

Furnio se limitaba a seguir la corriente al magistrado totalmente irritado, pues se dio cuenta de que le había investigado, lo que representaba un abuso insalvable para él.

—El procurador está en lo cierto, solo tengo una hija —respondió guardando las distancias.

Abelardo Aldo Cecilio enmudeció de repente, acompañaba el sigilo con una

mirada directa al duunviro, que bajó la cabeza deseando desaparecer. Aquel silencio se alargó. Vaya tipejo raro, pensó Furnio temiendo el siguiente paso.

—Augusta Emerita está tocada por los dioses —dijo el procurador como despertando de un letargo, en un tono más propio de un recital de poesía—. Seguro que sabrás que Marco Salvio Otón será el próximo emperador del mundo, para beneficio de tu pueblo.

De nuevo otro largo silencio, Furnio esperó un tiempo y añadió receloso.

—No sé si el procurador desea que hable.

—Por favor, Furnio, adelante, adelante —así le gustaba al romano tratar a sus súbditos, con dominio—. Quizás mis primeras palabras fueron algo rotundas, pero no debes preocuparte, es momento de hablar con total libertad, únicamente... —dijo entre risotadas de bufón—, procura no interrumpirme, es lo mínimo que puedo pedirte. ¿No crees?

—Sí, sí... no debe temer más interrupciones, sé cuál es mi sitio —y siguió, mientras el desprecio crecía en su interior—. Augusta Emerita no está tan lejos de nuestra querida Roma, hay provincias más alejadas que ella, como Antioquía o Palmira, y se las respeta y ama —esperó por si el procurador quería añadir algo—. Emerita está al día en todo. Sepa, excelencia, que nuestra comunicación con la gran metrópolis es incesante, tenemos correo permanente con Roma. A la espera nos hallamos de que nuestro ilustre gobernador Marco Salvio Otón sea nombrado por el grandioso Galba su sucesor.

—Grandioso sería en el pasado, ahora es un vejestorio que sobre todo estorba y al que se le ha ido la cabeza..., se cree más que un dios —apostilló Abelardo Aldo Cecilio, dejando claro que Galba y él no eran buenos amigos a pesar de su nombramiento.

Furnio se sintió satisfecho defendiendo a la colonia, anhelaba borrar de Augusta Emerita el estigma de ser un destino de segunda.

—Resulta muy conveniente que tu colonia esté tan bien informada, eso me evitará entrar en detalles sobre Roma. Quizás te hayas preguntado por qué te he hecho venir tan pronto, cuando ni siquiera yo estoy instalado, ¿no?

—Sí, señoría.

—El sentido de mi temprana invitación es hacer un canje contigo. Ya te he dicho que no me gusta perder el tiempo.

Furnio tenía taquicardias, la palabra canje solo podía aludir a su legado.

—A cambio de los auténticos libros sibilinos, que tú me darás, yo te entregaré un compromiso firmado por Galba y otro por Otón para construir en Augusta Emerita un nuevo acueducto. Creo que fuiste hace poco a Roma a suplicar a Nerón la construcción de uno. ¿Estoy equivocado?

—Está en lo cierto, si queremos que Augusta Emerita crezca, el agua es vital.

—Estoy de acuerdo contigo y tus ojos verán esta obra. Si con Galba no llega, a Otón poco le falta para tomar las riendas del gobierno. Poco antes de partir para mi

nuevo destino, los rumores de un levantamiento del ejército de la Germania comandado por Aulo Vitelio corrían por toda Roma, y según tengo entendido, Galba cree que el nombramiento de su sucesor los apaciguará. Así pues, como te decía, lo mismo a esta hora ya tenemos a Otón designado sucesor para bien del Imperio, que necesita alejarse de más guerras y asentar la paz. ¿Qué me dices? Te traigo buenas noticias, ¿no?... Un emperador que gobernó La Lusitania durante diez años y que os construirá el acueducto que necesitáis. Esta promesa no es vana, luego te enseñaré el documento que garantiza su construcción, para que tengas total garantía de que mis palabras están refrendadas por su voluntad. Por supuesto, también sigue en pie mi proposición de nombrarte provincial, a todos nos gusta salir beneficiados en los negocios, y si la diosa fortuna quiso hacerte depositario de los libros sibilinos, es justo que recibas tu parte.

—No sé de qué libros me habla procurador, no tengo nada —dijo Furnio sin convencimiento de ninguna clase.

—¡Ah, no, no, no! Has escogido el peor camino para entenderte conmigo —el procurador había elevado el tono de voz y se recolocó sobre la gran silla de plata que lo aguantaba—. A ver si me explico de una vez. Sé que tienes los libros, otra cosa es que me los quieras dar. Pero después de mis palabras sabrás lo que te conviene. Este canje del que te he hablado es el lado amable de hacer las cosas, lo llaman... «por las buenas». También hay otra manera de obtener los libros «por la malas». No tengo inconveniente en utilizar un método u otro, a mí me da igual... Si en menos de una semana no tengo los libros en mi poder, cuenta que tú no vivirás más allá de esa fecha, y tu familia... no sé..., lo pensaré, me dejaré llevar por los hados... O quizás lo haga al revés, primero las mataré a ellas, solo para verte sufrir, y aunque entonces me supliques, amigo mío, no habrá vuelta atrás. Así que este es el momento de elegir.

—Es que los libros no los tengo conmigo.

—Pues ves a buscarlos.

—Necesito tiempo.

—¿Cuánto? —El procurador no aflojaba.

—Por lo menos quince días.

Las risas de Abelardo Aldo Cecilio resonaron como un aullido animal, un chirrido loco.

—No sé dónde están los libros, no sé si mientes o no, pero... ni aunque estuviesen en Oriente te daría quince días.

A Furnio le entró tal tembleque que el procurador se detuvo por si le daba un ataque.

—Te veo algo nervioso, amigo mío, has cambiado hasta de color de cara... Furnio, Furnio, Furnio... ¿dónde te has metido? Esta historia te viene grande, además, para qué quieres tú unos libros tan valiosos. ¿Qué pensabas hacer con ellos? Nadie te ofrecerá un trato mejor que el mío. Más bien creo que deberías estarme agradecido: primero, por quitar este peso de tus hombros, y, segundo, por procurarte

beneficios que de otra manera nunca llegarían. Piénsalo con detenimiento, me pareces un hombre razonable e inteligente. Así te describieron otros. A lo mejor he dicho las cosas sin mucha suavidad, pero es que no me gusta engañar a nadie, ni andarme por las ramas... No seas estúpido, te ofrezco un trueque en el que los dos salimos ganando. Eres un tipo con suerte... ¿Qué me dices?

—¿Tengo elección?

—Sí, claro que la tienes. Ya has escuchado mis palabras anteriores, fueron claras y precisas... ¡Elige ahora! ¡Se me agota la paciencia! —Abelardo Aldo Cecilio se había levantado y avanzaba hacia Furnio, quien no reculó por vergüenza—. Estoy ofreciéndote mucho, muchísimo, a cambio de algo que a ti no te sirve para nada ni puedes entender. ¡Te portas como un estúpido obstinado! Y eso es algo que detesto. ¡Decídate ya! ¡Ah!, y como me has hecho enfadar, mi ofrecimiento inicial de proponerte para el concilio de la provincia no lo respetaré.

Y a continuación se puso a contar del número quince hacia atrás.

—No siga, procurador, le traeré los libros.

—Tienes diez días, y cuenta que soy generoso.

—Gracias —dijo el duunviro abatido, más por la tensión del encuentro y la agresividad del otro que por perder de vista los libros, que a la postre iban a beneficiar a Augusta Emerita, si Otón mantenía su compromiso. Además, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Querido Furnio, verás como esta noche duermes más tranquilo. ¡¡Ah!! Y puedes llamarme Cecilio, como lo hacen mis amigos, salvo en los actos oficiales, como es lógico. —El procurador se dirigió a la puerta principal en busca de su esposa y de sus tres hijas.

Furnio odiaba al procurador como nunca lo había hecho con otro semejante.

Las cuatro damas aparecieron sonrientes y ricamente vestidas. No les faltaba ningún detalle que expresara riqueza, finura y linaje. El duunviro no se sorprendió por su falta de moderación y las examinó con atención pero sin descaro, temía incomodar a la vanidosa familia del procurador. Tanta exageración chocaba con el gusto del duunviro. Las cuatro tenían la misma estatura y había que observarlas con cierta agudeza para descubrir a la madre, cuyo rostro presentaba más arrugas que el de sus hijas, pero con las pinceladas convenientes y el adorno preciso podría pasar por la hermana mayor de ellas. La madre se adelantó coqueta, sonriente, con maneras estudiadas; nada era natural en la dama, que actuaba como si fuera un oficio del que sentirse orgullosa. A su saludo le siguió el de sus hijas por orden de edad. Las dos mayores eran un calco de la progenitora, plasmaban sin fisuras el estilo matriarcal, un bellissimo envoltorio que guardaba, misterioso, la auténtica personalidad. Se comportaban fieles a un protocolo. Solo la más pequeña, más reservada y recatada en el atuendo, mostraba rasgos originales, tenía un bonito cuerpo de estrecha cintura, su cara era la de alguien sin grandes gracias, sus ojillos negros y pequeños transmitían sosiego, y su boca carnosa y su fina nariz ocupaban el centro de un rostro redondo,

sin demasiado atractivo y escasa pintura, y aunque adolecía de adornos en el pelo, solo una peineta de hueso que sujetaba unos rizos naturales teñidos de cobrizo, la naturalidad de su imagen inspiraba cercanía. En cambio, la madre y las hermanas se excedían luciendo una moda barroca a la que ningún detalle faltaba. Bajo la estola bordada en vivos colores llevaban otra túnica de la que pendían algunas gasas dando majestuosidad a sus movimientos apenas orientasen los brazos en alguna dirección. A la rica vestimenta se sumaban alfileres, tocados, lazos y joyas. Llevaban las mejillas coloreadas con nimio, un toque chillón en contraste con la crema de la cara, a base de harina de habas. La madre lucía los rizos más esbeltos que sus hijas, con peluca incorporada para elevar los bucles en la parte superior. En el escote asomaban unos pechos jóvenes elevados majestuosos por la fascia, un refuerzo colocado en la base del pecho. Las hijas mayores no llevaban los rizos tan alborotados, ni el escote tan descarado, pero sí se ornamentaban sin control. Ambas coloreaban de azafrán sus ojos, azules como los de su padre, eran hermosas y parecidas entre sí, con claro predominio de los genes paternos, bastante más exuberantes que los maternos, depositados estos, en cambio, en la hermana pequeña. Las dos mayores no temían acaparar la atención, y más bien se adivinaba cierta competencia en ellas por hacerse con las miradas y los aplausos de los demás.

—Me complace conocerlo, duunviro, mi esposo nos anunció ayer su visita y nos animó a recibirlo con nuestras mejores galas. Es nuestro deseo que se encuentre bien entre nosotras; si necesita alguna cosa, no dude en comunicarlo —dijo Abelarda Alda Fabiana con melodía, encanto y tal movimiento de manos que parecía tañer una lira.

—Sepa, señora, que sus dulces palabras y la presencia de sus hijas y de su señoría misma son un honor para un humilde emeritense como yo, que agradece hayan tenido la deferencia de saludarme.

—Querido duunviro, se recogen sus loas. ¡No sabe cómo celebro su buena educación! Siempre he creído que las maneras decorosas son un aval de éxito en cualquier empresa, para mí es importante causar buena impresión a la primera... se consigue una predisposición a llevarse bien con el otro... ¿No cree? —preguntó como si conociera el carácter de su esposo y quisiera marcar distancias. Furnio asintió—. Apenas nos instalemos, celebraremos una cena exquisita de presentación, vaya preparando las galas —dijo entre risas.

—Querida, no adelantes acontecimientos —intervino Cecilio, al que fastidiaba que su esposa tomase en público la iniciativa.

Abelarda Alda Fabiana caminó hasta reunirse con el procurador, lo besó y le pidió perdón de forma zalamera y en público para enmendar su manía de planificar el futuro.

—Solo trataba de ayudar, lo siento. Creí que habíais hablado de esto.

—Hay asuntos que tratar más importantes que el banquete, querida.

El procurador se dio por satisfecho, aunque decidió relevar a su esposa del papel protagonista al estimar que había suavizado lo suficiente la tensión entre los dos

hombres. Abelardo Aldo Cecilio permitía cierta relevancia a Fabiana en el orden público, porque sus formas le granjeaban deseables ventajas. Sin embargo, también debía limitar su papel, porque era precisamente esta cualidad de su esposa la que ponía en evidencia su carácter áspero, ególatra y cambiante. El procurador tomó la palabra y se dirigió a Furnio como si se hallara en presencia de un amigo, y fue nombrando a las hijas por orden de edad, de mayor a menor, aunque solo mediaba un año de diferencia de una a otra. La mención de cada una iba acompañada de una ristra de cualidades que parecía más propia de una exhibición de esclavos con sus atributos durante la venta en los mercados.

—Abelarda Alda Faustina, Abelarda Alda Felicia y Abelarda Alda Clementina.  
Las hijas sonrieron.

Furnio recibió el aire frío del mes de diciembre como un signo revelador de su libertad. Por fin había acabado la cita. En plena calle sentía desaparecer la sensación de ahogo que asfixiaba sus pulmones, como si estuviera envenenado el aire que insuflaba vida a la recién llegada familia de Abelardo Aldo Cecilio. Un leve mareo, parecido al brusco despertar de un mal sueño, sorprendió al duunviro, constituía la antesala al dolor de cabeza anunciando el descanso hurtado. La visita a las termas no se haría de rogar. Tomó el cardo principal. Conforme se distanciaba de Abelardo Aldo Cecilio el bienestar invadió su espíritu. El balance se advertía positivo, había pactado un canje sumamente beneficioso para Emerita y no estaba dispuesto a dejarse llevar por su habitual desconfianza. El planteamiento del procurador, visto sin sus amenazantes palabras y su cara odiosa, resultaba un trato favorecedor. Ya hacía tiempo que deseaba liberarse de los libros sibilinos. Si Roma incumplía la promesa del acueducto, nada perdían que tuvieran ganado. Furnio se agachó a beber de la fuente situada en el cruce de las dos calles principales; el agua salía helada y contrajo la boca por el dolor. Furnio era de los pocos ciudadanos que disponían de agua en casa, cuya conducción debió costear desde la cisterna de almacenaje empleando una tubería de plomo. La fuente en que el duunviro refrescó su pesado aliento era de las más hermosas de la colonia. El frontal de piedra de ocho codos de alto tenía labrada la figura de una loba con dos cachorros.

Después de enjuagar varias veces la boca, el duunviro subió un trecho del cardo hasta llegar a la esquina con el decumano del foro, donde aprovechó la parada para tocar el granito que recubría el fuste del soportal situado en la esquina, desgastado por el roce continuo del eje de los carros. El día anterior Valerio Hymino había mandado a dos operarios municipales a reparar algunas esquinas colocando sobre ellas un refuerzo de granito sin ni siquiera consultarle. Desde que recibió el apoyo del senado para controlar su trabajo se había convertido en el único duunviro con poder. Desde entonces, se concedió el derecho de dirigir la convivencia municipal sin el parecer de nadie o, al menos, sin el suyo. Furnio había caminado hasta las termas



observando los refuerzos de las esquinas por las que pasó, los quitagolpes, como todo el mundo los llamaba. Ya en las termas, el magistrado bajó la cabeza, marchando con prisa, como si llegara tarde a una cita, y saludando con el brazo levantado a quienes reclamaban su atención.

—Buenos días, duunviro —dijeron dos vecinos aposentados en el caldarium.

—Pues sí que son buenos, la verdad —resolvió Furnio jovial.

—A día de hoy, los oficios están hechos —dijo uno—. Con las aceitunas ya aliñadas en la mesa, ¿no, duunviro?

—Y bien comidas —respondió este.

Los tres sonrieron sin añadir nada más, disfrutaban acompañados del agua y del silencio, para descanso de la mente y el cuerpo. Al cabo de un rato, con la entrada en el caldarium de dos senadores, los bañistas veteranos abandonaron la piscina. El cambio provocó un pequeño alboroto, suficiente para sacar a Furnio del estado de quietud.

—Hacía tiempo que no le veíamos por aquí —dijo Antestio Persico.

—Con los años uno va perdiendo las buenas costumbres —contestó Furnio deseando no alargar en demasía la bienvenida.

—Lo que debería ser al revés —se sumó a la conversación el otro senador—. Yo vengo todos los días en invierno, mis achaques de reuma y el agua caliente son almas gemelas.

—Bien empleas tu tiempo —le refirió Furnio.

—Querido Furnio, había pensado pedirte audiencia para tratar el ancho de las puertas de la muralla —aprovechaba el encuentro Antestio Persico, que explotaba todas las oportunidades.

—Muy bien, pues hazlo cuando quieras —le contestó el duunviro.

—No espero solucionar nada metidos como estamos en esta bañera —Antestio Persico gesticulaba ratificando cuanto hablaba—. Desde luego no es lugar este para exponer mis quejas, ni tampoco es costumbre mía tratar temas serios en un lugar tan poco propicio, pero me gustaría saber si mis necesidades y las de la colonia van de la mano, solo por ver si puedo vislumbrar alguna solución a mis problemas.

No en vano tiene un negocio que trasciende fronteras, pensó Furnio, sus caballos son puros como el dueño, de primera ambos, a poco que te descuides te embaucan y encima les das las gracias. El duunviro no contestó; efectivamente, no era el lugar para hablar.

—Dejemos el asunto si no —comentó el empresario molesto por la desatención del magistrado—. Me acercaré a hablar con Valerio Hymino, que ya conoce mi problema —realmente era un lémur, masculló Furnio para sí, al que acababa de dar un mazazo.

—Habla, Antestio Persico, te escucho —contestó el duunviro sin mirarle.

—Creo que debíamos agrandar algunas puertas de la muralla para que puedan entrar más carruajes grandes de doble tiro —expuso el empresario equino.

—¿Y eso por qué? Si el tráfico está bien regulado como está, que yo sepa no hay retenciones de carruajes para entrar o salir de la colonia.

—Ese no es el problema, lo que ocurre es que... al haber tan pocas puertas para el paso de estos carros, a veces hay que dar un gran rodeo para entrar o salir.

—Hasta ahora nadie se había quejado —insistió el duunviro.

—Entonces seré el primero. Mis exportaciones de caballos aumentan de día en día, el negocio va viento en popa —explicó Persico cambiando de actitud—. Cada día tengo más animales y necesito aumentar la vitualla. Los carreteros se quejan del rodeo que deben dar con los carros llenos hasta llegar a las puertas de acceso a la muralla, más las muchas vueltas para atravesar Emerita, con los saltos de cota que hay en algunas calles y las prohibiciones de circular por otras.

—Tenemos muchas puertas...

—Por favor, duunviro, vivo en Emerita —interrumpió el empresario dispuesto a evidenciar sus conocimientos en el tema—. Tenemos cuatro maravillosas puertas de doble arcada para acceder a las dos vías principales y luego otras cuatro con el ancho necesario para que los carros de doble tiro no tengan problemas... —rio ante la evidencia—. ¡Vale! Por ahí pueden pasar mis carretas, pero no por las restantes, que son la mayoría, porque o bien son la mitad de estrechas o en el caso de las poternas... ¡Ya me dirá! Si son de uso peatonal, aunque pueda pasar por ellas una montura, a mí no me soluciona... Con que dígame, duunviro, ¿a que mi queja tiene fundamento?

—Debemos hablar con datos más precisos. Me parece bien que concertemos una reunión. Podría ser mañana.

—A primera hora lo espero en su despacho.

—Me gustaría que llevaras algunos datos para examinar con precisión cuál es el problema, el lugar de procedencia de las carretas y las calles que recorren, el número, los días y las horas de circulación, a ver qué se puede hacer.

Antestio Persico resopló mientras escuchaba a Furnio, mirando de reojo a su acompañante a ver si salía en defensa de sus carretas, pero el otro ni se dio por aludido. Furnio era un hueso difícil de roer, y lo peor es que no aceptaba sobornos, aunque Antestio Persico sabía que si veía razonable un proyecto lo defendería a muerte. De momento no había dicho no.

Arria Pale había concedido la tarde libre a la servidumbre para evitar público en el acto de purificación de Calpurnia contra el mal de ojo de su hija. A Marcia le preocupaba la incansable organización de actos para sacarla de su estado. La envidia, los celos y la codicia de otros la habían conducido al precipicio, en opinión de su madre, que había pedido ayuda a Euterpe, a ver si en Roma se sabía de remedios más efectivos contra el mal de ojo. Al acto de purificación asistían pocas personas, solo Sabina y Calpurnia, que conocían la ruptura de Marcia y Capito. Calpurnia había realizado en secreto y como favor personal algunos actos de limpieza, sin embargo,

no quería que la identificasen con estas prácticas, tenía la convicción de que no la mirarían igual si se extendía su nueva condición. Contra los curanderos, brujos y adivinos existían muchos recelos en la sociedad, no por dudar de su necesaria existencia, sino por temor. Calpurnia se había vestido con una túnica blanca y se había soltado el pelo dejándolo caer de forma natural, con la raíz cardada y un lazo blanco alrededor de la frente para despejarlo de la cara. Estaba descalza, con los pies vendados hasta la rodilla. Su aspecto imponía, pues contrastaba con su elegancia habitual y la asemejaba a una mendiga de las que vivían del subsidio alimenticio del César en Roma.

—Pero... bueno, querida. ¿Cómo te has puesto así? Si no te conociese, sentiría pavor —esgrimió Sabina mirándola una y otra vez.

—Las cosas deben hacerse bien. ¿No ves las ojeras de Marcia? —increpó enfurruñada—. El mal de ojo la tiene perdidita, ni los amuletos la han protegido. La envidia es un mal antiguo e incurable, amiga, y a nuestra jovencita la llevan mirando mal mucho tiempo y mucha gente. Cuando una ejerce de maga debe protegerse de las energías que pretende alejar. Y las que miran, también, por si acaso —dijo las últimas palabras medio en serio para provocar a la vieja Sabina.

—Lo que tú digas, Calpurnia.

Arria Pale había seguido las instrucciones de la novel hechicera y durante la mañana dio a beber a Marcia una infusión para purificarla, a base de jazmín, lavanda, canela y salvia.

—Vamos a empezar cuanto antes —dijo Calpurnia.

Además de las cuatro mujeres, también estaba la nana por expreso deseo de Marcia. Ella era su mejor consuelo, y la había persuadido de la conveniencia del ritual, «esto siempre viene bien, aunque lo tuyo con Capito no tenga remedio», fueron sus palabras exactas. Marcia emulaba la indumentaria de Calpurnia. Realizarían el acto de magia en uno de los corredores del atrio, al aire libre, a pesar del frío. Arria Pale no consintió adecentar ninguna habitación, creía que se impregnaría de mala energía. Además, según Calpurnia, el ritual sería breve y podrían soportar las bajas temperaturas sin perjuicio para la salud. El ancho del corredor acogía sin apretamientos el cuerpo de la nana, situada en la punta exterior, el de Arria Pale en el medio y el de Sabina en el extremo más protegido. Calpurnia se situó de espaldas a estas y Marcia frente a ella. En el suelo se había dispuesto un ramo de romero hervido. La de Metellinum cogió el romero ya frío y lo restregó varias veces por el cuerpo de Marcia, mientras susurraba un sonsonete similar al vuelo de una mosca. Las acompañantes movían la pandereta con espontaneidad, las sonajas metálicas repicaban sin melodía ni coordinación, a discreción del ritmo individual de cada una. Marcia permanecía con los ojos cerrados; aquel estrambótico ritual la agitaba interiormente, debía contener sus ganas de gritar que era feliz, correspondida, que su amor tenía nombre y que pronto se casaría. Aquella estridencia malsonante procedente de las panderetas era una tortura, y Marcia luchaba por permanecer ajena

al ruido de la improvisada banda musical. La hechicera apretaba el ramo contra el cuerpo de la ojerosa muchacha y la molestia del tallo seco del romero, que le arañaba la piel a veces, venía a unirse al cosquilleo que sus finas puntas le producían, ocasionando un nervioso movimiento en la hechizada, que se rascaba la piel al paso del ramaje. Calpurnia se detuvo y comenzó a parpadear, entornó los ojos medio en trance, el sonido de su voz se elevó quebrada, la emoción crecía por momentos, la hechicera parecía dejar el mundo de los vivos dando más y más vueltas sobre sí con el ramo por todo lo alto. Ahora su voz se había convertido en un chillido contenido. Luego dejó el romero a un lado y comenzó a girar en torno a Marcia a dictado de fuerzas ocultas. Las panderetas acompañaban la excitación de la oficiante, zumbando sin orden ni concierto. La sugestión de la danza de Calpurnia alcanzó a las acompañantes, que contorsionaban el cuerpo según las limitaciones de la edad, solo Marcia se mantenía al margen de la dramatización, observando con tristeza a las convocadas entregadas a un patético ritual inservible. Después de un rato, la de Metellinum llegó a la extenuación, la fatiga era evidente, las profundas inspiraciones antecedieron al silencio y unos segundos después todo se paró. El tiempo se percibió imperecedero. La muchacha rompió el reposo con un llanto ahogado, símbolo de la tensión. Debían dejarla llorar, el mal de ojo la abandonaba. Después de unos minutos, Marcia calló, Calpurnia la colocó la última en la procesión que culminaba el ritual, la de Metellinum iba la primera, y se dirigieron al jardín de la casa, donde debían enterrar el romero y regarlo con agua, lo que hicieron entre todas.

—Ahora queda una última cosa —esbozó triunfante la maga.

A Marcia se le erizó el vello, todavía no había terminado aquella pesadilla.

—Debes dar a beber una gota de tu menstruación a Capito.

A Marcia le temblaron las piernas, creyó desfallecer.

—No se va a morir —suscribió Calpurnia—. No será el primero ni el último al que le hacen un conjuro de amor. —Arria Pale fruncía el ceño, pensando en la dificultad del encargo—. Si dejas caer la gota de sangre en un vaso de vino, ni cambiará de color ni se notará el sabor, Arria Pale. —La matrona seguía con cara de contrariedad—. Te aseguro que no cambia el sabor, no me mires así, y si quieres mantener el amor del apuesto abogado por tu voluble hija, ya sabes lo que tienes que hacer —estas palabras eran un reproche para la joven. Así era Calpurnia, lo mismo daba que quitaba.

Marcia se acercó a la nana y se giró para que nadie pudiera oírla.

—Antes me quito la vida que permitir un conjuro de amor para unirme a Capito —susurró.

—Antes de llegar más lejos es preferible contarle toda la verdad a tu madre.

La nana tenía razón.

Había llegado el momento de visitar a Capito. Ya hacía un rato largo que había

anohecido, el mes de diciembre era muy oscuro, la noche duraba demasiado, pensó Furnio. Se encaminó hacia el despacho de su futuro yerno. Antes de hablar tantearía el terreno, para no preocupar al abogado con pamplinas. Cuando llegó, lo recibió el imberbe jovenzuelo ayudante de Capito y aspirante a abogado. Capito atendía una contienda acerca de unas lindes que tenía enfrentados a dos vecinos de la colonia, se escuchaban las voces, y a tenor de la excitación, ninguna conciliación se intuía. Furnio departió con el jovenzuelo sobre su futuro en el mundo de las leyes. Su admiración por Capito se traslucía en cada palabra, incluso empezó a practicar deporte bajo un programa organizado por su jefe. El ayudante rebosaba inocencia, el exterior no lo había maleado, concluyó el duunviro, al que agradaban sus razonamientos, algo pueriles y carentes de la sabiduría de los años, pero del todo idealistas.

Al rato salieron las partes enfrentadas. Unos tenían mejor cara que otros y desde luego al abogado se le cambió la suya al ver a Furnio. El duunviro se dio cuenta y lo atribuyó al cansancio de la cita, sería breve. El abogado saludó a Furnio con los ojos, y este se apartó, procurando no molestar. Capito se demoró en la calle. La presencia de Furnio era para él una contrariedad que lo enfurecía. Unos minutos después se dirigió al magistrado sin afecto, indicándole el lugar de la reunión, luego dio instrucciones al aprendiz, y a continuación y tras inspirar varias veces, fue al encuentro de Furnio, quien nuevamente, al verlo, esbozó una sonrisa amplia. Capito no correspondió la cortesía, pues solo una mueca casi imperceptible salió de sus labios; era difícil precisar su significado.

—Hace tiempo que no te veo, no sabía si te encontrabas bien y he venido a comprobarlo —comenzo Furnio cohibido, no estaba acostumbrado al joven brusco y serio que tenía ante sí.

—Pues ya ves, mi estado de salud es perfecto —contestó el otro tajante sin añadir un apoyo que motivara la continuación de la charla.

—¿Tienes noticias de tu padre? —continuó Furnio dispuesto a entablar conversación a toda costa.

—Viene de camino, antes de que finalice el año estará de vuelta.

—¿Viaja solo o con nuestro amigo Ploto?

—En la carta no da tantos detalles, solo sé que está bien, que en diez días volverá a Emerita y que en Roma todos se han vuelto locos —precisaba las incidencias con rapidez para satisfacer de un plumazo la curiosidad del duunviro.

La actitud del abogado, su seriedad y sus maneras no daban lugar a confusión alguna, estaba molesto o preocupado. Miraba a Furnio unos segundos y luego ladeaba la vista, y se mostraba evitando la complicidad, con pocas ganas de hablar y ningún deseo de agradar. Era como si el Capito que él conocía, dulce y nada hostil, hubiera desaparecido.

—Te percibo serio —Furnio no demoró más el motivo de su visita—. ¿Todo va bien?

—Querido duunviro, nunca me he tenido por un ser frívolo. Si me deja la mujer a la que he amado y por desgracia todavía amo, mi antigua prometida, sin ningún motivo más allá del designio de su egocéntrica existencia o sin ningún motivo que se atreva a reconocer, pues a tu pregunta, un tanto... digamos estúpida, responderé que todo no va bien.

Furnio se quedó petrificado. Capito se había tomado en serio las niñerías de su hija.

—Pero ¿cómo puedes hacer caso a Marcia?

—Ella era mi prometida. ¿A quién voy a hacer caso, si no? Hago caso a las palabras que han salido de su boca con absoluta libertad y plena consciencia. También hago caso de la frialdad que emana de su corazón. Sé con certeza que no me ama, y quiero que sepas que nada tengo contra Arria Pale o contra ti, pero a vuestra hija nunca la perdonaré por haber jugado conmigo y con mis sentimientos. No se ama a alguien y luego se deja de hacerlo de la noche a la mañana. —Capito hacía serios esfuerzos por contener la rabia, se le había calentado la boca y le apetecía maldecir a aquella chica que roía sus entrañas como la peor de las ratas.

—Hablas como si no fuera posible una reconciliación —insistía Furnio.

—Y es así. Me temo que seas tú el mal informado. ¿Has hablado con tu hija?

—No. Esta misma mañana me he enterado de vuestra ruptura por boca de Arria Pale, que está sufriendo lo indecible, más venía a verte para conformidad suya que por otorgar yo importancia a las palabras de mi hija.

—Entonces, duunviro, permite que te conteste, quizás tu retraso en conocer una noticia tan importante se deba a que solo te interesa la colonia y no tu familia, porque ya hace un mes que tu hija rompió conmigo.

Sus palabras herían como una daga afilada, buscando dañar como el fino roce del frío metal. En medio de aquella explosión de furia, no podía tomar en serio las palabras del muchacho, que con él desahogaba su dolor. Sin embargo y a la vista de su estado de ánimo, el mismo en que se hallaba su esposa, debía dar extrema importancia a la grave decisión de su hija.

—Quisiera disculpar mi falta de responsabilidad en los asuntos familiares que como padre me competen, en mi descargo, sin embargo, quisiera añadir que nada extraño he visto en mi casa hasta el día de hoy, ningún comportamiento anormal han tenido mi mujer ni mi hija, y jamás se me podía pasar por la cabeza que Marcia pudiera hacer una cosa así —Furnio hablaba con afecto—. Dime, hijo, qué habrías hecho tú en mi lugar, interrogar a Marcia cada día, vigilarla, no sé... Estoy tan asombrado como tú.

—¡Yo no estoy asombrado, Furnio! —Capito elevó el tono habitual de su voz—. Estoy muy enfadado, mucho, porque no entiendo nada. ¡Marcia ha jugado conmigo, con mi entrega! Me ha abandonado, me ha dejado tirado. Siempre he guardado mis sentimientos como un tesoro dispuesto a no entregarlo a las primeras de cambio, y ella ha escupido sobre ellos y los ha pisoteado. ¡Se ha reído de mí! Y no se lo

consiento a nadie.

Capito dio un golpe en la mesa. A Furnio le dio miedo el volcán interior que el joven controlaba a duras penas. Capito a las malas podría sorprender a todos, pensó, de hecho, ya lo había demostrado en el circo, tenía valor y fortaleza para luchar como nadie.

—¡Maldita sea! Mi vida se ha destrozado por culpa de tu hija...

—Cálmate, hijo, cuéntame qué motivos te ha dado ella para romper el compromiso.

—No me digas que me calme, y desde luego poco te voy a contar —la rabia hinchaba las venas del cuello del abogado—. Si quieres saber algo, habla con tu hija.

Furnio se levantó, allí no arreglaba nada, solo conseguía provocar más al joven.

—Esto lo arreglo yo. Mañana mismo vendré con mi hija y tendrás una disculpa por su inaudito comportamiento —pronunció apoyado ya en el quicio de la puerta.

—Jamás volveré con Marcia; ella no me quiere.

—¡Por todos los dioses, el mundo se está volviendo loco de atar! —exclamó Furnio, y se marchó.

Recorrió el camino hasta su casa de una cabalgada, parecía volar. La estupefacción ponía un gesto inamovible en el rostro del duunviro, un asombro absoluto presidía su ánimo; el asunto era gravísimo por descabellado. ¡No podía ser verdad!, se repetía una y otra vez, alguna explicación habría que su locuela hija se habría guardado. ¡Una tontería, seguro!, se decía para animarse. Llegó a casa y buscó a Marcia y Arria Pale.

—Quiero hablar con las dos —dijo con aplomo y gravedad.

Arria Pale se echó a llorar y Marcia supo que había llegado el momento que más temía.

—¿Tú has dejado a Capito? —preguntó para confirmación de la fatídica noticia.

—Sí, padre —Marcia bajó la cabeza.

—¿Por qué?

Arria Pale reanudó el llanto.

—Es que no le amo —dijo en voz baja mirando al suelo.

—Levanta la cara, hija —agregó el padre—. Te tengo por una mujer con juicio. Si existe una razón distinta a la anterior debes decírmela.

—He dicho la verdad.

—Pues no me vale tu verdad. A tu edad las acciones tienen unas consecuencias que deben asumirse, no eres una niña. Me da igual por qué te prometiste con Capito, en ese momento debías conocer tus sentimientos, nadie te obligó. Además, y sobra lo que te voy a decir por obvio, si ahora no amas a Capito, solo unos meses después de tu compromiso, es que tampoco le amabas cuando te comprometiste con él. Ni tu madre ni yo te hemos buscado marido, hemos querido que fuera tu corazón el que se

entregase sin restricciones y cuenta que tienes edad suficiente para estar más que casada, pero hemos esperado pacientemente aun a riesgo de saber que el tiempo no pasa en balde... —Furnio hablaba con delicadeza, intentando explicar por adelantado las razones de la decisión que ya había tomado. Hizo una pausa—. Capito es el mejor marido que podrás encontrar, con él te prometiste, celebramos vuestro compromiso, convinimos las arras y ningún daño te ha hecho, bien al contrario, siempre ha intentado darte gusto en lo que ha podido. Eso es lo que todos hemos visto. Insisto... te vuelvo a preguntar, ¿te ha hecho algún mal Capito? ¿Algo que nadie sepa?

—Siempre me ha tratado con cariño, ha sido muy bueno conmigo. —Marcia no podía manchar el buen nombre del abogado con las mentiras que se le pasaban por la mente para salvación suya.

—Entonces te casarás con él como tú misma decidiste. Y conste que como padre tengo potestad para obligarte a ello. Nunca he pretendido imponerte nada, he respetado tus decisiones, pero esto no puedo permitirlo. Capito es un gran hombre, con él serás feliz, es cuestión de tiempo que le ames, y cuanto antes lo aceptes, mejor, algún día nos agradecerás la terrible imposición que en este momento crees sufrir.

Marcia se echó sobre el regazo de su madre llorando, deseaba morir antes que casarse con Capito.

Un correo de Roma llegó a última hora del día exigiendo con urgencia ver a Abelardo Aldo Cecilio.

—No he parado desde Norba Caesarina, donde me entregaron la carta para el procurador. Viene de Roma, de Marco Salvio Otón —dijo el correo a la guardia de la puerta.

Se informó al procurador de la llegada urgente del correo. Al conocer la procedencia, una sonrisa se apoderó de su rostro devolviéndole unas facciones complacidas. Bajó y sin mirar siquiera al hombre cuya cara ennegrecida por el polvo del camino mostraba los signos del esfuerzo, abrió el sobre lacrado con el sello de Otón y leyó.

Querido Cecilio, poco falta para mi nombramiento como sucesor de Galba, por fin se recompensarán mis acciones, yo... que mi carrera y hasta mi vida arriesgué en la empresa que llevó al viejo a ser el dueño del mundo, yo... su más fiel servidor que a muchos apacigua en su contra, yo... que merezco el honor de ser emperador más que nadie, que tan duramente he sufrido en mis carnes las injusticias de otros como Nerón. Por fin los hados me recompensan, la hora de restaurar mi honor está pronta, es cuestión de días o quizás solo de horas. Tengo a mi lado a mi fiel Seleuco que en todo me anima. Que este correo que te envió te mantenga al día de lo que en Roma acontece, pero que sirva también para animar la causa que nos une, no temas que nuestros planes



esperen un poco más de lo previsto. En mejor hora te escribiré palabras más dulces. Por tu parte, consigue cuanto antes los libros sibilinos y házmelos llegar enseguida, que mi hora está cerca, no lo dudes. El tiempo de Galba entre los vivos ya cuenta hacia atrás, su fin está próximo.

Marco Salvio Otón.

—Esto no dice nada nuevo. Mira bien que traigas buenas noticias la próxima vez que veas mi rostro o te costará cara la parsimonia de otros —ese fue el pago que recibió el correo por sus servicios y desvelos. Esas fueron las crueles e injustas palabras del procurador cuyos desmanes ya empezaban a ser conocidos por sus súbditos.

Abelardo Aldo Cecilio releyó varias veces la nota de Otón, maldiciendo al viejo Galba. Su muerte no llegaba, como tampoco la añorada designación de su sucesor. La impaciencia consumía al procurador, él mismo hubiera estrangulado con sus manos al emperador, por suerte para el miserable se encontraba en Augusta Emerita, donde solamente la consecución de los libros sibilinos justificaba su estancia en un territorio de piojos e ignorantes. Antes de azuzar al correo de vuelta, escribió una nota para Otón.

Mi señor, gran emperador seréis que por bien se os recordará, no tengáis prisa por alcanzar la cúspide del poder, dicen que después de una larga espera el éxito sabe más dulce. Cuando os llegue esta misiva, estarán en mis manos los libros sibilinos, prometí al tal Furnio la construcción de un acueducto para tu patria chica y fue golosina suficiente para conseguirlos. No me fío de que nuestros enemigos no estén ocultos vigilando nuestros pasos, mandadme cuanto antes escolta para nuestro tesoro, y lo que ellos tarden en andar el camino de vuelta, estarán en tu poder nuestros queridos libros, para gloria del imperio y de vuestro gobierno.

Vuestro fiel siervo y amigo por siempre,  
Abelardo Aldo Cecilio.

## Contradicciones

«No es fácil creer en conceptos elevados  
y estar a la altura de los mismos.  
Se requiere una voluntad firme y un corazón  
dispuesto al sufrimiento más infinito».

La misma noche que Furnio tomó la decisión de obligar a su hija a casarse con Capito, esta en la desesperación más abismal de su suplicio decidió quitarse la vida. Hizo acopio de las plantas de Calpurnia que encontró en casa, las coció y bebió un brebaje pastoso que le hizo perder el conocimiento. La encontró su madre, que había pasado la noche en vela y le hacía frecuentes visitas. Afortunadamente, la mezcla de unas plantas con otras contrarrestó sus efectos, y solo consiguió una fuerte jaqueca los dos días siguientes y abundantes dolores de estómago y diarreas durante una semana. La casa del duunviro era un hogar de luto donde reinaba la tristeza y el silencio. Desde el día en que recibió la feroz crítica de Capito, Furnio se culpaba por la descabellada decisión de Marcia, y entonces decidió imponer la razón a toda costa. Mas había escogido mal momento para ordenar la vida de su hija, antojándosele, de repente, un desastre toda ella. Aún peor resultó su intromisión. Al sufrimiento de su corazón por el fallido suicidio de Marcia, se unió la determinante negación de esta a comer y a beber, en suma, a vivir. Además, las dramáticas súplicas de Arria Pale implorando un cambio de castigo por temor a perder a Marcia contrariaban la rectitud del nuevo camino emprendido por el padre en pos del cumplimiento de los principios exigidos a todo buen cabeza de familia. Su convicción sobre cómo debía actuar se oponía seriamente a la flexibilidad que requería la delicada situación de su casa. Furnio estaba dividido, en conflicto consigo mismo; actuase como actuase, no acertaría. La contradicción le impedía decidirse. No podía perder a Marcia, tampoco zanjar el incumplimiento matrimonial como si fuera cuestión baladí, tenía sus obligaciones como padre, no quería enemistarse con Capito, y además, le importaba la mirada de toda la sociedad evaluando su proceder.

Como remate a la presión interna y externa del duunviro, esa misma mañana apareció un esclavo de Capito con un mensaje. El abogado se había enterado de lo sucedido por la nana y reclamaba una respuesta a esa tragedia en la que él figuraba como protagonista. La nota portada por el esclavo era clara, él nunca se casaría con Marcia, no consentiría tener por esposa a alguien que prefería morir que serlo. El esclavo portaba un documento redactado por Capito cancelando el contrato matrimonial. Según establecían las leyes, la familia del abogado recibiría el doble de lo pactado en concepto de arras como consecuencia del incumplimiento de la parte

contraria.

Furnio no salía de su asombro, los movimientos se sucedían apresurados y se sentía muy inseguro, además, él esperaba hablar con Marcia en mejor momento, pues aún no había perdido la esperanza de que recapacitase, y, por supuesto, Cornelio Severo debía estar al tanto antes de tomar una decisión irreversible, de modo que entregó otra nota al esclavo. Sin embargo, Capito aspiraba a finiquitar todo vestigio de relación anterior, su orgullo había sido mancillado en lo más profundo y reaccionaba rápido, defendiéndolo con apremio. La nueva nota del abogado era demoledora; si en el plazo de un mes no se resarcía la cantidad consignada en el contrato por incumplimiento, exigiría su derecho en los tribunales. Por último, comunicaba que la presentación de su petición de resarcimiento había sido conocida por Valerio Hymino, quien ratificaría, en caso de necesidad, conforme a derecho, que la propuesta había sido presentada en tiempo y forma a Furnio. «Vaya si lo hará», fueron las palabras del duunviro cuando acabó de leer el segundo mensaje.

Viendo a su antiguo yerno tan decidido a solventar la ruptura y a su hija tan reacia como el primer día a volver con él, Furnio contestó que cumpliría la ley y antes de treinta días pagaría su deuda, firmando el documento que hondeaba en manos del esclavo para conformidad del abogado, que demostraba la máxima diligencia en su trabajo. Por otra parte, Cornelio Severo volvería en dos o tres días, de modo que rehusó discutir con Capito ninguna cuestión más, pues le encontraba intratable. Parte de la tensión vivida esos días desapareció cuando el esclavo se marchó con su firma, ya no tenía que obligar a su hija a contraer matrimonio, el propio Capito le había descargado de esa obligación, y ahí tenía él su justificación y su salvación ante la sociedad. De todas formas, a Marcia no le saldría gratis un comportamiento tan nefasto. Apenas una hora después de las idas y venidas del esclavo de Capito, Marcia recibió la primera carta de Diophanes, y casi le dio un síncope cuando su madre se la entregó. En ese momento nada sospechó Arria Pale, fue el ánimo paulatino en el espíritu de su hija, en el que renacía una ilusión profunda por las cosas más insignificantes, lo que la hizo intuir el motivo de su ruptura con Capito.

*Roma, un día después de los idus de diciembre.*

*En la hora duodécima, bajo un cielo plagado de estrellas.*

Querida Marcia, imagina que estoy ante ti y siénteme, siente mis labios pegados a los tuyos, mi sien junta a la tuya, mis dedos entre tus manos, tu cara en mi pecho, siente que estoy contigo mimando cada suspiro, respirando en tu aliento y abrazado a ti, fuerte, fuerte, pegados ambos, como si fuésemos uno, gozando de nuestro amor sin cortapisas, libres como las estrellas que adornan el infinito y en cuyo brillo único veo tu presencia. No te tengo, pero estoy contigo a diario a través de mi imaginación y en mis sueños, gracias doy a Esculapio por ellos, sueños dulces en los que juntos visitamos enfermos,

como hacíamos en Augusta Emerita. También me gusta imaginarte a la luz de nuestra última noche, no dejo de verte entre las sábanas, tu cuerpo perfecto, el pelo revuelto y tus ojos de gata, verdes como la hierba atravesando mi pecho, tus verdes ojos almendrados, luz de mi camino, huella en mi piel... cuando me siento solo en esta grandiosa e inigualable civitas, te veo en ellos, te huelo en mi cuerpo, tú eres mi refugio... ¡Qué lejos estás! Por mucho consuelo que busco... ¡Te echo tanto de menos! Siento tanto tu falta. Aquella noche en que fuiste mía..., la revivo una y otra vez, ansiando volver a tenerte... por ella moriría, por conservar ese recuerdo también, porque te amo. ¡Cuánto echo de menos mis días llenos de ti! Solo mi deseo de prosperar y tener un buen título que te permita vivir con el honor que mereces me lleva a intentar esta locura que me exige no verte. Te quiero, te quiero, te quiero... Me pasaría escribiendo esas dos palabras las horas muertas, en miles de papiros, para que sintieras la profundidad de mis sentimientos... Me acuerdo también mucho de la colonia, de la vida allí, de mis vecinos emeritenses, de sus calles... (si tu padre viese algunas de Roma, no se quejaría de suciedad, aquí tiran de todo y si no tienes cuidado puede caerte encima un cubo de agua o de cosas peores). ¡Cuánto te gustará conocer Roma, mi amor! Aquí hay muchos pisos de varias alturas, son construcciones tan altas que no permiten pasar la luz del sol. ¡Debes conocer Roma!

Mi amor, ya falta menos para conseguir lo que he venido a buscar, ya sabes qué mueve mis actos, debo procurarme un estatus acorde al tuyo para que tu padre apruebe nuestra relación y esté orgulloso del esposo de su hija, no quiero que lamente el cambio de yerno. Por nosotros estoy en Roma, porque aquí tengo una oportunidad de ascender socialmente, y en ese sentido, amada mía, parece que las cosas me están saliendo bien. Ahora te contaré. Antes, debo pedirte que me escribas lo imprescindible para saber que estás bien y qué sucede ahí, cuéntame si ya has roto con Capito, yo cuento con que has sido capaz... No sabes cuánto pienso en esto, a veces me obsesiona y cuando el pesimismo se apodera de mí también lo hace un dolor intenso en el pecho... es ansiedad... menos mal que soy médico, ja, ja... debo reírme cariñoso, para aflojar mi preocupación, escíbeme rápido o me volveré loco pensando lo peor. A veces dudo, lo veo todo negro, como si no fuera posible lo nuestro, y el corazón se me parte..., necesito saber de ti para no asfixiarme en esta cárcel que es la incertidumbre, yo haré todo lo increíble porque nuestro amor salga adelante... pero debo saber si tú estás bien y si has roto con Capito. A veces me culpo por venir a Roma en este momento, si necesitas que vuelva a la colonia, dímelo, nada es más importante que tu bienestar. Tampoco dejo de pensar en Capito, no sé cómo voy a decirle lo que tú ya sabes. ¡Qué difícil es esta vida! Cuando no puedo dormir y solo la fatalidad me embarga, es el pensamiento de mi futuro contigo lo que me anima y me

recuerda por qué estoy aquí... Pero no quiero hablarte de cosas negativas, solo buenas, dulces y buenas... porque si has roto con Capito, como deseo con toda mi alma, lo tendrás difícil. ¡Ay, mi amor! No quiero que sufras... Por favor, piensa en lo mucho que te quiero y en nuestro futuro feliz... Coge mi mano y resiste, pronto estaré allí para siempre. No dejes de escribirme, Marcia. Te quiero en cuerpo y alma.

Te contaré otro orden de cosas que también desearás conocer. Debes saber que Cornelio Severo me ofreció la casa que tiene en Roma para que la usara el tiempo que hiciera falta, pero no pude aceptarla, casi no podía mirar sus ojos limpios, ignorante de nuestro amor. Me ha tratado como a un hijo, con generosidad y afecto, incluso así me llama, no quería que estuviese solo en Roma teniendo él alojamiento de sobra, pero no pude quedarme bajo su mismo techo, me alojé en una pensión, aunque por poco tiempo, pues a los dos días de mi llegada, apenas mandé aviso a Marco Salvio Otón, me citó y me procuró mejor estancia. Hemos tenido una suerte infinita, Marcia, él será el próximo emperador, se dice en todos sitios y él así lo prevé y así me lo ha confesado en privado. Lo tiene todo preparado para ese momento y ha visto en mi vuelta a Roma un signo más de que se acerca su tiempo y los dioses le protegen. Así pues, imaginarás que no he tenido ningún problema para entrar a su servicio, dice que confía en mis conocimientos, durante años se lo he demostrado. Además, me está agradecido por mi alistamiento en el improvisado ejército de sublevación contra Nerón, lo que ha beneficiado enormemente mi ingreso en el grupo de confianza con el que gobernará. Yo le he contado lo nuestro, he sido del todo sincero, y él ha comprendido los motivos que me han llevado a Roma, me ha prometido que una semana después de su proclamación como emperador tendré mi título de senador romano. Ante mis dudas al respecto, dice que no habrá ninguna dificultad en mi nombramiento, pues ya tiene una lista de senadores a los que destituirá apenas tome el mando, son aquellos que apoyaron su marcha a La Lusitania cuando lo decidió Nerón y no se mantuvieron neutrales, así me lo ha confesado. He llegado al siguiente acuerdo con Otón, apenas me nombre senador, volveré a Emerita para arreglar mi vida privada, es decir, para casarme contigo, y después tendremos que volver a Roma para ejercer mi profesión de médico al servicio del emperador, he pensado que quizás tú quieras estar cerca de tus padres y no te guste la idea de vivir un tiempo en Roma, no sé... A lo mejor y por el contrario, te parece una idea magnífica... en cualquier caso, cuenta que solo será un tiempo y te prometo suplir con mi cariño la falta de tus padres. Tú querías conocer Roma, ¿no? Imagínate qué oportunidad..., estaremos muy cerca del emperador, a lo mejor nos invita a sus fiestas... He visto animales enjaulados para soltar en el anfiteatro, son increíbles. Cuando conozcas Roma te encantará, no puedes imaginar lo

fascinante que es... la cantidad de templos, termas, monolitos, edificios públicos que tocan el cielo, obra de los dioses... menos los mendigos y los esclavos, claro... Por hacer alguna crítica, aludiré al excesivo gasto de mantener esto, aunque no deseo opinar tan alegremente pues llevo aquí poco tiempo. Volviendo al tema principal, cuando tú y yo llegemos a Roma ya desposados, el emperador me nombrará magistrado de la provincia lusitana, «debe ser una magistratura menor, Diophanes», me dijo sin dejar de reír. Pero eso me da igual, lo importante es volver a Emerita como magistrado de la provincia. Mientras se estabiliza Roma, estaré al lado de Otón como médico personal y tendré un sustituto en La Lusitania. Y cuando la paz se instaure en el Imperio, volveremos a Augusta Emerita, suplico a los dioses porque acontezca cuanto antes. Todo sale a la perfección, amor mío, pronto estaré junto a ti preparando nuestra boda, seguro que antes de lo que tú esperas.

Tiene gracia este hombre, me refiero a Otón, ahora que he debido negociar con él me cae mejor aún, quizás sea un poco vanidoso, no deja de hablar de lo bien que ha gobernado La Lusitania, a la que quiere como a una hija, dice... En fin... ¡Nadie es perfecto!... Yo creo que exagera un poco, pero lo cierto es que fue buen administrador y ahora espero que cumpla las promesas que me ha hecho... No quiero dudar de sus palabras. ¡No, no dudaré! Son las mismas que pronunció durante la campaña militar, donde ya entonces me pidió que no me fuera, cree en mi lealtad y en mis servicios profesionales... ya sabes que la vida de los emperadores, si bien en la cima, está en constante peligro, las conspiraciones forman parte de la misma realidad que su ilimitado poder. Por eso la lealtad vale tanto... Incluso me ha dicho que, si intentan comprarme, no tenga cortapisas en decir no. Él siempre me dará más que los demás... Tampoco es una bicocha ser emperador en este momento, ¿eh? Ya ves, le faltan ojos para vigilar su vida...

Ahora te voy a contar algunos secretillos de belleza de Otón, al que le gusta cuidar cada parte de su cuerpo con esmero. ¿Sabes que se depila todo el cuerpo? Lo hace con un mejunje que se llama dropax, no sé si lo conocerás, nunca te lo he oído nombrar, hecho a base de pez, aceite, ceras y resina. También le gusta aclararse la piel y estirársela, y me ha contado que para eso desmenuza raíces de melón salvaje, las deja secar al aire, luego las hierve en agua, las machaca y se aplica la cataplasma resultante. Te confesaré que en nuestra segunda reunión, donde acordamos los términos de mis servicios, me trajo esa pasta y por la noche me la di en la cara... a lo mejor cuando nos veamos no me conoces... de lo rejuvenecido que estoy... ja, ja... También te mando otro remedio contra las arrugas y las manchas del recetario de Otón, algo más costoso de elaborar que el anterior, pero en opinión de nuestro próximo César no hay unguento mejor, tienes que conseguir el astrágalo de una ternera blanca y hervirlo hasta que se vuelva gelatina, entonces te la

aplicas con un paño. Los resultados son espectaculares, en palabras de Otón, un regalo de los dioses a la juventud... ¡Como ves, no pierdo el tiempo en Roma! Hasta los secretos de belleza del futuro emperador te cuento, solo me vi con él dos veces, pero departimos largo tiempo, en especial de La Lusitania, dice que gracias a su marcha de Roma todavía conserva la vida, que de haberse quedado cerca de su íntimo amigo le habría matado tarde o temprano, y que al fin ha comprendido a los dioses, pues gracias a la decisión de Nerón, podrá él cumplir su propio destino de ser emperador. Continuamente agradece su destino a las divinidades, de más sabes lo supersticioso y lo religioso que es Otón, al que siempre acompaña el astrólogo Seleuco.

Bueno, creo que ya he hablado bastante del futuro emperador... Concluiré con hechos para tranquilidad tuya. Volveré a Augusta Emerita en cuanto Otón me nombre senador, para entonces será César, no puedo precisar un plazo exacto, pero será pronto, pues ya tiene, incluso, planificadas las primeras medidas de su gobierno. ¡Pronto estaremos juntos, amor mío...! ¡Ah, se me olvidaba! Y no solo a nosotros nos sonríe la suerte. Los dioses otorgan a los emeritenses destinos nobles... Me refiero a Marco Emilio. ¡Ha cambiado las armas por la pluma! Sí, ya sé que le odias por haber dejado a tu amiga Claudia, pero no le juzgues con vara corta, mira nuestro caso, para muchos será hasta peor... ¿Te acuerdas de que quería hacer carrera en el ejército? Pues ha encontrado algo mejor... Dice que su padre conoce en Emerita a gente muy poderosa que tiene contactos en Roma, y debe ser cierto, porque al poco de llegar se presentó ante Galba y este le tiene a su servicio. ¡No me invento nada! Un día en que acudí a la llamada de Galba allí lo encontré, en su corte. ¿Qué te parece? ¡Me alegro por él! Claudia encontrará mejor pretendiente, Marco Emilio no estaba hecho para la vida apacible de la colonia, tarde o temprano se la hubiese jugado. La verdad, querida, si hubiera sabido lo bien relacionado que estaba, le hubiese pedido un favor para mí... Bueno, bromas aparte... A Cornelio Severo solo le he visto dos veces en Roma, he intentado esquivarlo, sin embargo me mandó recado para examinar a su amigo de Olisippo y no tuve otro remedio que acudir, también iré a despedirlo pasado mañana, que vuelve para Emerita, y le daré correspondencia para tus padres. Se marcha con Julio Ploto. ¡Qué lástima! Este hombre es una sombra, el corazón le falla, tiene unas arritmias muy feas. Ya les he dicho que esto no es broma y el ritmo cardíaco hay que controlarlo. Sin embargo, lo peor de todo es la depresión que padece, dice que no puede vivir sabiendo a su hijo en la cárcel. Cornelio Severo está siendo de gran ayuda para él. Y yo, cuando los veo juntos, como dos hermanos, no dejo de pensar en Capito... Excepto perderte a ti, por él estaría dispuesto a todo. Si pudiera compensar mi traición, cadenas me pondría para toda la vida...

Las estrellas me llaman al descanso, ninguna resistencia opongo al mismo, porque en él te hallo junto a mis enfermos, ellos cada día con mejor salud y nosotros cada día más felices. Te prometo que así será, tus días de infelicidad tienen las horas contadas. Pronto volveré a Emerita con mi título de senador.

Tuyo para siempre, Diophanes.

Tan subyugado se encontraba el duunviro por su situación familiar que no había recogido los libros sibilinos escondidos en su villa. La noche anterior había soñado con los ojos azules del romano, de ellos emanaba sangre a borbotones. La pesadilla le puso sobre aviso de la finalización del plazo de entrega. La pesada cruz de su custodia desaparecería. Al mediodía salió a la calle en dirección al senado y de repente le asaltó un sirviente de Abelardo Aldo Cecilio que le aguardaba con disimulo. Le hizo entrega de una nota lacrada del magistrado. Era la tercera nota del día.

Se acaba tu plazo.

Antes de que finalice el año tu familia solo será pasado.

Tienes tres días para cambiar este destino.

Peligra el acueducto.

Furnio le contestó que al día siguiente a la hora séptima estaría en su residencia con el encargo y le pidió clemencia para el acueducto, no había hecho la entrega antes por estar en plazo. El sirviente se marchó a toda prisa, llevaba mucho tiempo apostado ante la casa del duunviro, había seguido las directrices de su señor al pie de la letra, aun así temía su castigo por la tardanza, su señor era muy impaciente. El duunviro saldría al amanecer con un esclavo camino de su villa de recreo. El recordatorio del procurador cambió el rumbo de Furnio. Después iría al despacho, pero antes debía buscar a Halys, al que tenía descuidado. Lo encontró en la biblioteca transcribiendo a autores consagrados. Tenía a su cargo a diez púberes y estaba contento con el trabajo de los muchachos, la mayoría tenía letra clara y les gustaba trabajar. Los avances en la construcción de la biblioteca municipal eran notables.

—Primero fui a buscarte a casa, pero Euterpe me indicó que te encontraría por aquí.

Hoy hemos terminado de copiar los libros de Plinio que me traje y estoy más que satisfecho con el resultado final, tendremos una biblioteca de lujo. —Halys destilaba satisfacción—. A propósito, ¿cómo está tu hija?

A Furnio le dio un vuelco el corazón, no contaba con que se supiera tan pronto lo de Marcia.

—Bien —respondió deseando que el otro se conformara con una respuesta tan



vaga.

—Lo del mal de ojo es difícil de tratar, a ver quién cura el daño que hace la envidia, no es sencillo. Estamos a merced de la maldad.

—Claro, claro —Furnio deseaba cambiar de tema.

—Me alegra que esté mejor, si necesita nueva cura contra el mal de ojo puedo hacer una búsqueda más exhaustiva, mis conocimientos al respecto son escasos.

—Preguntaré a Arria Pale, a mí me parece que está mejor.

—Tú dirás qué necesitas, querido duunviro.

—Verás... ¿Tienes inconveniente en acompañarme a mi despacho? Creo que será un lugar más adecuado.

—Su excelencia dirá —convino el liberto tras el cambio de foro.

—Verás, hijo, he tomado una decisión sobre los libros sibilinos sin consultarte, pero no me quedaba otra opción y a la postre hasta me ha parecido conveniente e inteligente, aunque, repito, tampoco tenía otra salida.

El duunviro relató a su amigo el encuentro con Abelardo Aldo Cecilio con pelos y señales, describió la encerrona del procurador, el irónico canje planteado y la violencia que la presencia del magistrado generaba con sus gestos hoscos y sus agrias palabras, todo lo cual acrecentaba en Furnio las ganas de acabar con aquella relación y el vínculo que la sostenía.

—¿Por qué querría negociar contigo? ¿Por qué darte algo a cambio? Con las amenazas habría bastado. ¿Para qué recompensarte?

—Supongo que ha querido convencerme, lo cual dicho así suena a eufemismo. Piensa, amigo mío, que por las buenas no tendría que medir fuerzas, a lo mejor cree que yo pertenezco a algún bando de los que van tras los libros, no imaginaré que estoy solo en esto. ¿No te parece? —Halys escuchaba las reflexiones del duunviro—. Eso me contaste, que había dos bandos, ¿te acuerdas?

—Sí, sí, claro, claro que me acuerdo... Simplemente estoy asimilando lo que me dices... No sé... Quizás tengas razón...

—Él desde luego le va a entregar los libros al emperador. Bien a Galba o a Otón, al que gobierne.

Halys estaba serio.

—¡Ya! ¿Y por qué no me has contado esto antes? Desde el principio me he implicado en este asunto y te he orientado. Nada había salido mal, no entiendo por qué me has ocultado esta información.

—No he pretendido ocultarte nada, lo de mi hija no está siendo nada fácil, he apartado lo demás... Por favor, no deseo hablar de Marcia, me gusta venir al despacho para que mi mente se ocupe de otros menesteres... El asunto es muy delicado, ha dejado a su prometido... y vivimos días...

—¿¿¿A Capito???

El duunviro bajó la cabeza; la reacción de Halys le ponía en antecedentes de cómo responderían los demás, y eso que él venía de Roma, lo que hundió su ánimo.

—Yo no he podido hacer nada, Halys, en principio la obligué a seguir con el noviazgo y a cumplir con el matrimonio, pero el propio Capito, por orgullo supongo, ha desistido del compromiso... Yo no he podido hacer nada, hijo, me enteré tarde y...

El duunviro hablaba con un nudo en la garganta, se sentía obligado a explicarse justificando su labor de padre, pero tampoco pretendía desvelar intimidades.

—En Roma esto pasa todos los días, no es este un asunto de tanta severidad como leo en tus ojos... Cuesta dinero, pero así se arreglan la mayoría de las desavenencias. Ya sabes... el dinero todo lo puede... Y el reproche social es relativo, cada día el matrimonio se acepta sin tantos actos preliminares, uno se empareja o se casa, y si se rompe antes o después, será que no se entendían... Claro que Roma es más grande que Emerita, ¿no? La gente opinará y se entrometerá en los asuntos ajenos sin que se lo pidan... Dime, Furnio, quizás tus amargas palabras guardan relación con la enemistad de Cornelio Severo...

A Furnio no se le había pasado por la cabeza una enemistad con su gran amigo Cornelio Severo, y la sugerencia en boca de Halys, dicha de forma tan natural como una consecuencia lógica y directa derivada de la afrenta de Marcia, sonaba a certeza, y las alarmas se dispararon convocando los peores temores del magistrado, al que poco importaba ahora qué dirían los demás, pues empezaba a temer la reacción del que consideraba más que un hermano.

—Hoy mismo iré a ver a Capito. ¿Sabes cómo está? —Furnio negó con la cabeza—. Descuida, ni una escueta sugerencia haré sobre la ruptura —enunció Halys al comprobar la cara demudada del duunviro—. Pero es mi amigo y le vendrá bien distraerse... no temas, tenemos conversaciones pendientes. Hace tiempo que no le veo, nada le extrañará que vaya a buscarlo. Marcia era el amor de su vida, estará destrozado.

—Eres su amigo, en vuestra amistad nada dispongo.

—Agradezco tu respeto.

Halys hablaba con cierto peso en la garganta, le había sentado fatal la negociación del duunviro a título individual, prescindiendo de su consideración.

—Mañana entregaré los libros sibilinos. A la hora séptima estaré en la residencia del procurador con ellos y todo habrá terminado. ¡Por fin! Estos libros son peligrosos, aunque al final tendré recompensa.

—¿Lo vas a hacer por dinero?

—No. Lo voy a hacer por la vida de mi familia, ya te lo he dicho. Te aseguro que ese Cecilio no hablaba en broma, poco le costaría usar la navaja sobre el cuello de mi mujer y de mi hija, de eso estoy convencido, hasta creo que disfrutaría con esa salvajada... También lo hago por mi propio descanso; el legado del joyero excede con mucho mis competencias. Además, no debemos olvidar el maravilloso beneficio de un nuevo acueducto para la colonia. A propósito —dijo recordando una idea que había tenido antes—. Tú debes conocer a Cecilio, es senador romano.

Halys esperó antes de contestar, levantó la cabeza y tragó saliva, debía disimular

su enfado por lo que él consideraba una traición y un desagrdecimiento a su esfuerzo. ¡Había puesto en peligro su propia vida! Sabía que no podía exigir nada. Su desconsuelo era absoluto, de modo que su dolido interior no consentiría prestar ningún servicio a esta causa.

—Sé quién es, pero no lo conozco. Me alegro de que todo haya acabado y te deshagas del tesoro que te legaron, unos libros que son el corazón de Roma, su esencia, cuando Roma ni siquiera soñaba dominar la mitad de sus territorios —el liberto no fingió su aflicción.

—Halys...

—No te lo iba a decir, pero verás que estoy molesto con tu manera de hacer las cosas. ¡Cómo has creído que a mí me daba igual lo que hicieras con ellos!

—No podía hacer otra cosa. El procurador me convocó en su residencia y una vez allí me amenazó. ¿Qué habrías hecho tú?

—Me deberías haber informado enseguida.

Furnio bajó la cabeza, el liberto tenía razón. Halys estuvo ahí desde el principio. Para él los libros sibilinos eran una de las maravillas del mundo.

—Lo siento, muchacho, tienes razón.

—Debo irme.

El bibliotecario no esperó ninguna disculpa más, agarró el tirador de la puerta y salió cargado de papiros para la transcripción de sus púberes, enseguida se alborotaban si faltaba el trabajo. Furnio, apoyado en el quicio de la puerta, llamó al liberto.

—Halys, si puedo hacer algo mañana cuando vea al procurador, dímelo.

El joven se acercó, no convenía publicitar un secreto aunque poca vida le quedara.

—Ya no se puede hacer nada, es el fin —y se marchó abatido.

Furnio se sintió derrotado y exhaló una hondonada de aire para descanso de su zozobra, exhausto por el calibre de los conflictos que asolaban su vida, a los que quizás se sumase el término de su relación con Cornelio Severo, como había sugerido Halys. El magistrado volvió a sentarse mirando el suelo pensativo. Cornelio Severo debía entender la ruptura del compromiso matrimonial, nada podía hacerse para enmendar la unión, no debía obcecarse con su familia como si de una afrenta insalvable se tratara. A Furnio le dolía la cabeza, y se acordó de su idolatrado Séneca, en el que halló inspiración para sus obsesivos interrogantes. Lo primero era atajar sus devaneos mentales, no debía preocuparse por el futuro, nada de anticipar las desgracias. Segundo, tampoco conseguiría cambiar lo que excedía de su competencia. Y tercero, debía aceptar el destino de las personas que lo rodeaban, un variado mosaico de nombres, y pensaba en Marcia y Capito, en Abelardo Aldo Cecilio y los libros sibilinos, en el gobierno de la colonia y las cortapisas de Valerio Hymino, también en Cornelio Severo, en Halys, y especialmente en Arria Pale; en ella, por motivos bien distintos afortunadamente. Escribió sus nuevos propósitos

apuntalándolos en su voluntad, los llevaría encima por si los pensamientos negros hostigaban su calma. Al término de sus reflexiones, encendió varias lucernas, la tarde y la noche se fundieron.

Comenzó su trabajo revisando una propuesta del gremio del comercio para organizar un mercado. La colonia contaba buena tradición en cerámicas y vidrio, y destacaba la joyería, sobre todo la plata. El mármol y su talla artística ocupaban de igual manera un lugar notable. Y desde luego, las prendas teñidas de rojo que representaban un signo de poder económico. En Augusta Emerita se producía ese tinte a gran escala, era la exportadora número uno en el Imperio, y la mayoría de sus barriles desembarcaban en Roma. Las tierras emeritenses contaban con un inquilino al que se mimaba favoreciendo su reproducción con ventajosos fines comerciales. El insecto conocido como chinchilla era tan ilustre poblador. Por otra parte, destacaba la yeguada de Antestio Persico, reconocida entre las mejores del Imperio, aunque también había otras, pero de menor prestigio. El presidente del gremio iría en persona al senado para defender la idea presentada en primera instancia al duunviro. Si se aprobase su propuesta, en la que solicitaba la utilización del circo para celebrar la feria y una pequeña financiación para hacer frente a los gastos de difusión, el duunviro presentaría diferentes fechas para ser votadas en la misma sesión. Furnio les había confirmado que los senadores no se opondrían a la utilización del circo por parte de los comerciantes, artesanos y empresarios, al fin y al cabo, beneficiaba a la colonia y a sus habitantes. En cuanto a la cantidad solicitada para publicidad, era insignificante, aunque no aseguraba la posición del senado. A Furnio aquella iniciativa privada le parecía una idea magnífica, no había mejor forma de ver crecer a un pueblo que a cobijo de la implicación de sus habitantes. El duunviro buscaba fechas posibles para la realización del gran mercado, mejor en primavera, sin los fríos que arreciaban las ganas de no moverse de la lumbre, igualmente revisaba las peticiones hechas por otros gremios, el calendario de festividades religiosas y los eventos públicos o privados ya previstos para el año próximo. Furnio anotó preguntar al presidente de la asociación bética por el viaje de sus asociados a Hispalis. Antes de precisar fechas para la celebración del mercado debía tener en cuenta la marcha de los béticos. Esta asociación aglutinaba a un grupo numeroso de emeritenses descendientes de la provincia bética, que peregrinaban cada cinco años a Hispalis con motivo de una procesión de culto en favor del difunto Julio César, gran protector y amante de la civitas. De todos era conocido el gran fervor que siempre manifestó Julio César por Hispalis. Durante varios días organizaban espectáculos sobrecogedores, nadie regateaba los sestercios oportunos que garantizaban el éxito del culto, convirtiendo el acto evergético en una carapulta para su carrera política. Furnio debía consultar fechas con los béticos, de momento había encontrado una en abril y dos en el florido mes de mayo.

Furnio encendió nuevas lucernas y restregó sus ojos por el visible cansancio, debía hacer un receso, se levantó y movió varias veces las extremidades y el cuello,

intentando desentumecer las articulaciones. La tensión contraía la musculatura y solo los estiramientos recomponían su esqueleto. Necesitaba un retiro, cuánto comprendía a su admirado Servilio Modesto, con todo, el duunviro empezaba su carrera política. Deseaba marcharse a casa, ojalá y Antestio Persico se presentase cuanto antes. Furnio miraba las estrellas y sonreía confortado por la convicción de que los grandes destinos albergaban inmensos sufrimientos y obstáculos en su vivir, aunque la historia recogiera sus éxitos como si solo ellos merecieran recordarse. Cierta vergüenza corroía a Furnio al equiparse en su fuero interno a personajes extraordinarios, «de alguna forma habré de darme fuerza», se contestaba atenazando sus propios reproches, «pura vanidad», le devolvía su rígida conciencia. Pensó en sus planes para el día siguiente, que exigían un adelanto en el descanso nocturno, ya no era joven y la cabalgada dejaría su impronta. A pesar de todo, estaba feliz por entregar los libros sibilinos.

—Duunviro, no podemos pedir un magistrado más diligente. El nuevo año asoma la cara y tú aquí metido. Reitero mis alabanzas, pocos quedan como tú —canturreó el empresario en la puerta mientras golpeaba con los nudillos, solicitando un permiso que se había otorgado.

Furnio saludó a Antestio Persico sin conceder gracia a sus elogios, pues sabía que a la mínima contrariedad manifestaría otra cara déspota y egoísta, que buscaba devolución a sus favores y recompensas a sus servicios.

—Traigo toda la documentación que me pediste para valorar mi solicitud. Es el motivo de retrasar unos días la reunión —Antestio Persico traía los deberes.

—Te esperaba hace rato.

—Precisamente esta tarde se ha empeñado mi esposa en invitar a la cena que doy mañana a unos parientes con los que llevo tiempo enfadado.

—Será una cena importante.

—Mi hijo se afeita la barba en las calendas de enero. Durante el acto público de invocación a Jano.

—Nada me ha dicho Valerio Hymino de que hubiese solicitudes al respecto —indicó el magistrado sin mucha extrañeza por su falta de información.

—Pues pregúntale, porque tengo entendido que mi hijo no es el único que se afeitará este año la barba.

—¡Ya! —El otro duunviro declaraba la guerra abiertamente.

Furnio procuró calmarse, era lo mismo de siempre, Valerio Hymino le apartaba del gobierno, y cada día estaba más enfadado con él, por no poder escupirle una verdad que ponía de manifiesto las injusticias de la vida; precisamente él estaba pagando las culpas de Valerio Hymino, el verdadero autor de la fuga del carnicero.

—Ya tienes un hombre en casa.

—Tengo muchas esperanzas puestas en él, la verdad, es un chico muy trabajador, de la mejor raza, como mis caballos, a los que adora. Lleva el negocio en la sangre.

—Yo le he visto bregar con ellos, les habla como si fueran personas, sin duda ama

a los caballos.

—Por supuesto, duunviro, lo que se mama desde el nacimiento es el todo de uno... Yo he procurado inculcarle amor por los caballos, a él y a los gemelos, los animales saben la calaña del que les monta. Ahora... no olvidemos nunca que el animal, animal es, y debe saber que las riendas las lleva el jinete y él manda. Mi hijo se ha criado entre caballos, prefiere estar con ellos antes que con las personas..., ya sabes lo retraído que es.

El duunviro sonrió. Le ofreció unos dulces caseros que Arria Pale le había preparado para los días que volvía tarde a casa. Antestio Persico se decantó por una pasta de almendra.

—Tienes una excelente cocinera. Dile a Arria Pale que las pastas son exquisitas.

—Se lo diré, le gustará el cumplido —agregó el duunviro.

Con brevedad comentaron el rito de afeitarse la barba por vez primera, que marcaba el paso de la pubertad a la vida adulta. Las cosas habían cambiado bastante. Cuando ellos se afeitaron la barba, los rituales eran privados, una ceremonia y un sencillo banquete entre los más allegados a la familia. Sin embargo, el asentamiento de la élite de Roma y la escenificación pública del afeitado habían influido en la colonia. En la actualidad aprovechaban el cambio de año para promocionar unos fastos similares a los del espejo en el que se miraban, la gran madre. El nacimiento de un nuevo año, con el trascendente ceremonial de invocación a Jano, a quien solicitaban buenas nuevas para él, convergía en el momento ideal para la bienvenida a la edad adulta de los púberes.

—¿Y cómo ve nuestro insigne duunviro mi petición? ¿Tendré alguna oportunidad?

—Querido Persico, hasta ahora no se me atribuyen poderes adivinatorios.

—¡Ya! —masculló el empresario con silbante desaprobación, menuda respuesta.

El duunviro esperaba que Antestio Persico se soltase, pero parecía no atreverse.

—Además de la información sobre el número de carretas, su recorrido y otros datos que me pediste para valorar mi solicitud, me he permitido hacer un simple esquema de cómo solucionar mi problema de una manera sencilla, casi sin costes.

Furnio le dejó explicarse.

—Si ampliásemos el hueco de las cuatro puertas que señalo en el mapa, terminarían para mí los tormentos.

—¡Cómo pueden darte tantos disgustos cuatro puertas!

—Tú tienes tus tierras y sabes tan bien como yo que el ojo del amo es el que engorda el caballo, derrochando no se va a ningún sitio, un poco de aquí, un poco de allá, deja de ser poca cosa... ¿Me explico?

—Perfectamente. Debes estar tranquilo con tu petición, veré qué se puede hacer, mi respuesta será fundada, la razonaré con números, mi conclusión será objetiva.

—Amigo Furnio, deseo que tu respuesta más que objetiva sea positiva, casi se pronuncia igual —sonrió.

—Debes tener presente la posibilidad de que no se puedan quitar las piedras sin que se derrumbe la muralla. No acabo de entender cómo mejorará tu negocio la modificación de las puertas.

—Yo soy el que da la cara, pero hay más de dos que también consideran que son pocas las puertas que tenemos para el paso de carruajes mayores.

—Centrémonos en ti. Explícame tu problema exacto.

—Si el cochero que me trae paja y grano para mis caballos circula por las calzadas de circunvalación de Emerita hasta mis cuadras, me cobra un peaje más alto, porque se incrementan las millas y paso a estar dentro del siguiente tramo de precios, tramo que supero por poco y por supuesto no estoy dispuesto a pagar, y si circula por la colonia, tiene que callejear tanto que vierte mucho grano. Ten presente, Furnio, que tengo cientos de caballos y necesito cantidades importantes de aprovisionamiento. Además, me parece más sencillo abrir el hueco en las puertas y no pedir un cambio de sentido de la circulación o pedir que cubráis de tierra las calles, porque es precisamente el traqueteo sobre las piedras lo que hace que se vierta tantísimo grano, pese a las mallas laterales. Pierdo un buen dinero.

—Las piedras frenan la velocidad de los carros y evitan muchos accidentes. Quizás sea más fácil que tú cambies de proveedor —sugirió el duunviro.

—Es el más barato de todos.

—Debes comprender, Antestio Persico, que mi posición como magistrado me exige mirar por el bien común de la colonia.

—La colonia somos los que vivimos en ella y nuestro bien es el suyo.

—Todos somos emeritenses, pero tu bien puede no ser el mío o el de otros. Voy a estudiar tu solicitud con el deseo de beneficiarte, pero no sé si será posible.

—No pido tanto, piénsalo bien —el empresario miró a Furnio fijamente—. Tengo un caballo marrón con una cola blanca y unas manchas en las patas de atrás que le encanta a Marcia, y a mí me gustaría que lo tuviera, de hecho han querido comprarlo y no lo he vendido acordándome de tu hija. Pensaba decírtelo, por si querías regalárselo, pero ahora estoy dispuesto a llevártelo a la puerta de tu casa.

—No puedo aceptar un regalo tan caro, podrían pensar que acepto sobornos.

—Nadie tiene por qué saber que el caballo es un regalo.

—Yo no acepto sobornos, comprende que tampoco desee que puedan pensarlo.

Antestio Persico se dio por vencido.

—Amigo Furnio, serás el único..., desde luego pensé que eras más listo... En fin... tampoco me preocupa lo que tengas que decirme, de sobra es conocido, incluido el populacho, que poco gobiernas desde el apercibimiento del senado —el empresario equino hablaba con desprecio—. En otras instancias más importantes ha sido bien recibida mi petición y también mi ofrecimiento, se ve que la gente es más humilde y no se hace tanto de rogar.

—Basta ya. Sal de mi despacho, igualmente recibirás mi contestación sin que tus palabras me condicionen. Y ten presente que sigo siendo uno de los duunviro de

Augusta Emerita.

El portazo originó una leve corriente de aire que inclinó la llama de la lucerna más grande y la hizo parpadear. Furnio tenía el estómago revuelto, no podía consentir tanta desfachatez al frente de la colonia, y ahora asomaba, sin vacilación, la sombra de la corrupción. ¡Era inaudito! El comportamiento de Valerio Hymino hacía saltar por los aires los ideales de Furnio, todo lo que él pretendía combatir lo acusaba en su compañero. Tito Emilio ya lo dijo claramente el día que sacrificó su carrera para que él le parase los pies. Y ahora las palabras de Antestio Persico lo confirmaban, los sobornos existían, «serás el único» había dicho, lo había oído con claridad. Si él tuviera pruebas contra Valerio Hymino lo juzgaría de inmediato. Si no podía demostrar que estaba detrás de la fuga del carnicero, al menos lo apartaría, impidiendo que la corrupción gangrenase la democracia que él defendía igual que Séneca. Antes de abandonar el despacho el ruido de unos pasos le hizo levantar la vista.

—Amigo Furnio, por fin te encuentro —dijo Tito Emilio sonriente. Desde la sanción del senado, apenas había salido, y hasta había declinado atender las visitas—. Vengo de tu casa.

—Me alegra verte con tan buen ánimo.

—De peores he salido, compañero.

—Y dime —el duunviro rodeó la mesa—. ¿Te encuentras repuesto de tus dolencias? Me acerqué a verte —Furnio no llegó a acabar la frase, Tito Emilio le interrumpió.

—Supongo que entendiste mi negativa, he pasado unos días francamente malos, poco a poco las cosas se calman, lo del senado ha sido un trago amargo, muchos senadores, a los que hacía mis amigos, me han hecho llegar su reprobación, otros me saludan, pero noto su antipatía...

—Tito Emilio, yo...

El antiguo edil volvió a interrumpirlo. Imaginaba que Furnio estaría intranquilo por la historia inventada sobre la fuga, la mentira al senado y las consecuencias de su error.

—No sigas, Furnio, supongo por dónde vas —Tito Emilio levantó la mano—. Tengo mis motivos para haber mentado al senado. Si tienes algún remordimiento o culpa por una sanción que no me corresponde, olvídate, nada me pediste, yo inventé toda esta historia y te convencí. Tu defenestración no habría servido para nada.

Claro que se sentía culpable. Había permitido la mentira del antiguo edil para salvarse, aunque este tuviera sus motivos personales. Y era esa una contradicción que apenas toleraba y chirriaba en su interior. Solo descubrir los tejemanejes de Valerio Hymino la justificaban.

—No quiero incomodarte con mis preguntas sobre tus motivos... pero no comprendo por qué has preferido mentir.

—Eso es cosa mía que prefiero olvidar —la artificial sonrisa se desvanecía.



Se hizo un silencio.

—Gracias, yo sigo siendo duunviro por ti —Furnio entrelazó las manos sobre la cabeza.

—Pareces un águila a punto de desplegar las alas sobre su presa.

Furnio aleteó las manos en posición horizontal, en una intentona cómica de bromear.

—Reconoce que nunca has tenido chispa para la guasa, eres un serio estadista que cambiará las imperfecciones del género humano.

—Ay, amigo, con bastante menos me conformo, la vida me pone a prueba una vez tras otra. Lo tuyo me quita el sueño.

—No empieces de nuevo o me marchó, acabo de exculparte, no sigas por ahí.

—¡Dame un abrazo!

—¿Cuántas pamplinas más soltarás? Los abrazos son para los entierros y las bodas.

El duunviro se sintió en presencia de un desconocido. Su amigo era muy amigable, ahora, en cambio, se mostraba desafiante, cortante, sin afinidad con él. Furnio volvió tras la mesa.

—Me marchaba ya —el duunviro no intentaría un nuevo acercamiento.

—Mi querido Furnio —Tito Emilio hacía gala de mejores modales—. A veces no se entiende bien mi guasa, venga un abrazo, que hace tiempo que no nos vemos.

Se abrazaron casi sin tocarse, el encuentro se encauzaba, y bromearon con complicidad como antes del enredo. Tito Emilio quiso saber cómo le iba con la sanción del senado, mucho tenía que contarle Furnio en ese sentido, Valerio Hymino le ocultaba todo, gobernaba en solitario, haciendo y deshaciendo a su antojo.

—En otra ocasión, con más tiempo por delante, me gustaría que hablásemos de nuestro amiguísimo Valerio Hymino —anunció el duunviro—. Ahora debo marcharme.

Caminaban por el pasillo del edificio administrativo. Tito Emilio escuchaba al duunviro sin añadir ningún comentario, resultaba raro que no apostillase ninguna reflexión más suave a los juicios de Furnio, él siempre quitaba importancia a las cosas. Furnio le preguntó por Marco Emilio y el alma del viejo resucitó del letargo, le contó que había recibido una carta de él que le hizo tan feliz que lo animó a pisar la calle y a aguantar los desprecios de sus camaradas. Al parecer, Roma había cautivado a Marco Emilio, todas sus expectativas se cumplían y ningún inconveniente le deparaba el destino, y Tito Emilio gozaba de la suerte de su hijo, del que hablaba sin detallar sus servicios en la corte de Galba, pues la envidia podía destruir la honorable posición que ocupaba.

—Al final, la felicidad de los hijos es la nuestra. ¿No crees? —preguntó Tito Emilio mientras salían del edificio administrativo.

—O nuestra desdicha —contestó Furnio.

Aprovechando el momento, el duunviro desahogó la angustia y los

remordimientos que la decisión de Marcia le generaba. Su hija había hecho lo mismo que Marco Emilio, lo cual representaba un atrevimiento mayor dada su condición femenina. Por otro lado y aunque cuestionable, Marco Emilio tenía un motivo, en cambio Marcia parecía no tener ninguno. Furnio se consoló con Tito Emilio hablando de sus tormentos actuales. El viejo tenía una vara menos severa a la hora de juzgar y unas circunstancias similares, lo que fomentó en Furnio un sentimiento de cercanía, no hacía falta disimular los miedos, aparentar fortaleza.

—Y ahora..., espérate que Cornelio Severo no se lo tome a la tremenda. Llegará mañana, pasado debe officiar la ceremonia de año nuevo. ¿Tú qué me dices?

—¿Qué te voy a decir yo? Mi hijo no se ha portado bien con su novia, la ha dejado tirada, esa es la verdad y lo sé, y aunque compensemos a la familia con dinero, la falta queda. ¡Pero qué se le va a hacer! Mi hijo quería probar suerte en Roma sin compañía. Y yo no podía condenarlo a ser infeliz. Solo te digo que Marco Emilio está por encima de todo y lo defenderé donde haga falta, y tú deberías hacer lo mismo.

Durante la mañana, el viento había soplado con intensidad, la noche se anunciaba desapacible y a lo largo de la madrugada helaría como venía siendo costumbre, así llevaban casi un mes, lo propio de la fecha. También era habitual la niebla mañanera, los más viejos decían que se debía al río y esperaban su llegada para iniciar la matanza de cochinos. Las chacinas, el tocino y la carne necesitaban el frío para curarse. El mal tiempo no había impedido el cuantioso tráfico de personas y carros en Augusta Emerita, la algarabía reinante en el foro anunciaba, dos días después, el inicio del año que se hallaba a las puertas. Furnio y Tito Emilio subían la escalinata de mármol del templo. La iluminación del edificio, en contraste con su oscuro perímetro, lo revestía de un aura de misticismo que incitaba a la entrega religiosa. La altura del templo, que hacía insignificante al hombre invitándolo a postrarse ante el inconmensurable poder divino, la belleza de sus elementos, sus dimensiones, el lujo de sus adornos, engrandecía la morada de los dioses. Los dos magistrados saludaban a los vecinos en el pórtico. Tito Emilio se sentía fuerte entre las columnas del imponente templo, debía aprovechar, su fuerza podía desvanecerse en segundos.

—Muchos emeritenses no saben lo que tienen —el antiguo edil reflexionaba imbuido por la majestad de las construcciones que lo rodeaban.

Furnio lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Muchos de nuestros vecinos no han salido de Augusta Emerita y creen que estos edificios son normales, deberían visitar otros lugares para apreciar nuestros tesoros, así no criticarían tanto.

—Debo marcharme, Tito Emilio, si quieres nos vemos mañana cuando entregue los libros sibilinos al gobernador y te cuento cómo me ha ido —dijo el duunviro.

—¡Quédate, Furnio, te lo ruego! Hacía tanto tiempo que no me encontraba bien...

—Ya conoces mis planes y por demás mi edad —lamentó el duunviro con resignación.

—¡Tu edad! Ya me gustaría a mí tener tus años...

—Si no me marchó, mañana no remontaré la cabalgada. Quedamos en las termas al atardecer —y echó andar mientras hablaba—. Si el gobernador no me saca los ojos o algo así...

Unos minutos después Furnio se hallaba en casa, se dirigió a la cocina y comió un buen pedazo de queso con aceitunas, luego, con un puñado de uvas pasas, buscó a su esposa. La estampa le resultó grata. Encontró a Marcia peinando a Arria Pale, charlaban entre risas, a la joven se la veía feliz, hablaba animadamente preguntando por la visita a la asociación de mujeres y su madre reproducía los cotilleos chistosos. Furnio entró, no pretendía entrometerse en el cálido momento entre madre e hija, pero debía acostarse. Cuando Marcia lo vio, bajó la cabeza torciendo el gesto, que pasó de la alegría a la tristeza en segundos.

—Mañana antes del alba iré a visitar nuestra villa, quiero evaluar las labores del campo y comprobar la producción de aceite.

—¿No estás contento con la cosecha de este año? —se interesó Arria Pale.

—Ha sido buen año de aceitunas, pero hay que echar un ojo, la pereza es defecto común en todos nosotros.

—Pasado mañana es año nuevo. ¿No puedes dejar la visita para una fecha mejor? ¡No pensarás pasar la noche allí! —exclamó su esposa.

—Vuelvo en el mismo día.

—¿Por qué tanta prisa? Te va a resultar agotador.

—Debo ir, tengo motivos importantes, querida... no deseo hablar más del asunto.

—Me interesaba por tu salud —replicó Arria Pale un tanto ofuscada.

—Buenos motivos son siempre los tuyos, lo sé, pero se impone la obligación, todavía tengo edad para hacer el trayecto de ida y vuelta en el día.

Arria Pale miró a Furnio interrogante, finalmente anunció en presencia de su hija.

—Mañana me gustaría salir con Marcia para hacer recados. No podemos tenerla encerrada. Las cosas deben volver a su cauce.

—Me parece bien —dijo Furnio para sorpresa de las mujeres. Las palabras de Tito Emilio dulcificaron su actitud—. Dame un beso, hija —Marcia abrazó al padre y lo achuchó agradecida.

Para Marcia había sido un día especial. Diophanes le había escrito y le reiteraba su amor y su compromiso, pronto se casarían; ese convencimiento la fortaleció. Como colofón se sumaba el perdón de su padre. Solo el pesar de Capito, al que adivinaba envuelto en una tristeza atormentada y de cuyo recuerdo huía para no sentirse indigna, enturbiaba la plenitud de su dicha. Por su parte, Arria Pale tenía un nudo en el estómago, era consciente del esfuerzo que hacía Furnio y le producía una ternura que la colmaba de amor. A ella también la había decepcionado Marcia, pero le resultaba más fácil perdonarla, ceñirse al corazón por encima de cualquier otra

apreciación y ser más flexible. Pero no era ese el caso de su esposo, su ser era más rígido y le costaba cambiar, ir en contra de su idea, de lo que consideraba correcto, le creaba grandes reparos internos y le producía buena dosis de culpa, vergüenza y un inmenso caos en su esquema de funcionamiento. Furnio era un juez tirano para él mismo. Arria Pale comprendía el profundo amor que representaba este acto de perdón.

—Podéis salir, ya no temo por vuestra seguridad —qué gusto le daba a Furnio decir aquello. El comentario pasó desapercibido a las mujeres—. Marcia, debo resolver un asunto urgente, después hablaremos tú y yo seriamente, tu comportamiento merece un castigo. No se me ha olvidado lo que has hecho.

—Sí, padre —dijo Marcia conteniendo el gozo.

La oscuridad obligó al duunviro a retrasar la salida hacia sus tierras, acarreándole mal humor desde el inicio del día. La dilación se tradujo en un espoleo constante del caballo en cuanto la luz permitió la marcha. Un soldado del gobernador y un siervo propio, al que obligó a esconder entre sus ropas un cuchillo, le servían de escolta. Tomaron la vía de la Plata que atravesaba Hispania de norte a sur por la parte oeste y pararon dos veces. Los cuádriceps del duunviro vibraban con ritmo acelerado y el apretado vendaje de la zona lumbar aliviaba algo el desgaste. La visita a su villa sin previo aviso evidenció la confianza de Furnio en las personas que dirigían su negocio agrícola, pues andaban metidos en plena faena, nada de haraganear a falta de los ojos vigilantes del dueño. En la casa solo encontró a las dos esposas de sus capataces con los hijos pequeños que aún no podían trabajar. Una de ellas echaba pan duro y los restos de comida a los cerdos y la otra se afanaba amasando la plasta de trigo molido que más tarde cocería en un horno de leña. El niño de más edad cuidaba de dos pequeñajos que se arrastraban por el suelo, se erguían tambaleantes y luego caían. La mujer de la cocina enseguida sirvió comida y bebida al jefe y a sus acompañantes, lo que Furnio y el soldado agradecieron arramblando con todo. El duunviro gesticuló permitiendo al siervo incorporarse a la comilona; este pellizcaba la comida con pudor y se retiraba. En cambio, el soldado romano, amparado en la primerísima posición de su señor, devoraba a ritmo de vértigo como si de un anfitrión glotón se tratara. La mujer que alimentaba a los animales tocó una campana y pronto los dos encargados se personaron, alegrándose vivamente de ver al magistrado. Los hombres tenían un sinfín de problemas que contar y alguna que otra buena noticia. Hablaban azorados, quitándose la palabra uno a otro, deseaban mostrar al duunviro los rosales que habían plantado a comienzos del otoño entre las viñas, de ellos había partido la iniciativa. Este carácter emprendedor fue la virtud determinante apreciada por Furnio en la elección de los encargados, que acudían por voluntad propia a cualquier acto agrícola del que pudieran obtener información, nuevos experimentos, avances en la producción. En estas reuniones compraban semillas mejoradas o hablaban placenteramente del tema que a todos los unía sin parecer unos cansinos. De este modo se enteraron de un experimento exitoso que les permitiría adelantarse a las

plagas en las viñas. Habían escuchado que la salud de los rosales era un medio fiable para anticiparse a una enfermedad de la cepa. Si a los viñedos les atacaba algún bicho, los rosales caían a la primera, anunciando el inicio de una plaga, por lo que esta sería más fácil de combatir. El duunviro reconoció con bellos elogios el interés de sus encargados, prometiendo volver en breve; entonces, les dijo mostrando gran apremio, sería el momento de plantear iniciativas, problemas y demás cuestiones, también hablarían de cifras, añadió sin precisar si les quería subir el salario o regañarles por los bajos beneficios de las aceitunas de ese año.

En vista de la prisa del patrón, ninguno de los hermanos alargó el encuentro. Los escoltas del duunviro preparaban el camino de vuelta. El soldado hacía estiramientos ante las miradas y risas de las mujeres y los niños, mientras el esclavo imitaba con torpeza sus movimientos, cual obediente discípulo de maestro célebre. Furnio aprovechó para sacar los libros sibilinos de su escondrijo. Un rato después apareció con un paquete no muy grande envuelto en piel de cabra, cambió su caballo y el del esclavo y comunicó la partida. El soldado se acercó al magistrado y le pidió el bulto, así lo había ordenado el procurador, mas no existía orden escrita y Furnio se negó amenazando defender el paquete con todas sus armas, incluido el esclavo y su cuchillo, y el otro rehusó una pelea que no les conduciría a ningún sitio.

—Inteligente soldado, haces bien. Esto —y señaló el envoltorio— llegará ante el procurador sin ningún problema, estoy tan resuelto a que sea así como tú.

El soldado, acostumbrado a las duras campañas militares, aguantaba sin mucho coste el regreso a Emerita, debiendo aminorar su ritmo al perder de vista al magistrado y al esclavo, que hacían altos en el camino a cada rato, pues les costaba llegar.

Un poco después de la hora séptima, el soldado y Furnio se presentaban ante el exultante procurador romano, que despidió sin atenciones al leal militar y demandó sin demora el bulto de piel que portaba el de Emerita. El éxtasis se apoderó de Abelardo Aldo Cecilio, que pareció olvidarse del mundo. Sus manos nerviosas mostraban gozosas el objetivo que lo había conducido a tierras lusitanas. ¡Por fin suyos! Sus apabullantes ojos azules daban cuenta de la excitación incontrolable que albergaba en su interior. Tal era la levedad y sutileza de sus dedos al desatar la cuerda y tan real su delicado trato, que escondieron por momentos el alma cruel de Abelardo Aldo Cecilio, transmitiendo una inusual y cautivadora sensibilidad, imposible de creer en él. Y fue en ese instante cuando Furnio recibió la prueba del poder de los libros sibilinos, al observar una efímera pero increíble transformación en la esencia misma del gobernador.

A primera hora de la tarde, Arria Pale visitó a Sabina. El día anterior había prometido llevar a Marcia a la asociación. Dos esclavas las acompañaban portando pastas de huevo y canela y unos pestiños recién rebozados en miel. Además llevaban

unas botellas de bebidas caseras sin alcohol. La madre de uno de los tres chicos que se afeitarían la barba al día siguiente pertenecía a la asociación y había pedido colaboración para organizar el banquete del primer día de año nuevo.

—¡Aquí llegan más dulces! —gritó Calpurnia a la llegada de Arria Pale—. Y qué buena compañía detectan mis ojos. Querida Marcia, mi adorable jovencueta, estás guapísima hoy, así me gusta verte, sonriente —Calpurnia se dirigió a la muchacha abriendo los brazos para besarla.

—Pero bueno, y esta qué ha bebido esta mañana... —dijo una de las asociadas en voz baja a la de al lado—. Con el pico que tiene... Si es tu hija o la mía la que deja al novio la pone de vuelta y media.

—Cállate, Severina, estas son todas amigas de Arria Pale, qué le van a decir, mujer —añadió otra.

—Es que no hay vergüenza ninguna —contestó la primera igual de ofendida.

—Voy a beber —dijo la otra marchándose ante el temor de que las pudieran oír.

En casa de Sabina las socias habían depositado las aportaciones comprometidas para la celebración del banquete del día siguiente. Habían llevado aceitunas machacadas y ralladas, vinos, uvas, dulces, chorizos variados, tocino y lomo embuchado, bellotas, castañas e higos. Mientras las mujeres de la asociación organizaban la recogida de los presentes y conversaban excitadas por la llegada del año nuevo con todas las expectativas e ilusiones que se espera del tiempo futuro, Calpurnia, con mucha gracia, acaparó a Marcia buscando la confianza de la muchacha. En la asociación de mujeres, Marcia estaba a salvo de los juicios públicos. Las opiniones particulares se supeditaban a la armonía del grupo y al respeto hacia Arria Pale. La ruptura entre Marcia y Capito empezaba a airearse a ritmo de huracán y se aplaudía entre los patricios más influyentes por representar una espléndida oportunidad para sus hijas. Capito era una aspiración más que conveniente, de manera que su soltería desataba ofrecimientos casaderos con prontitud, todos temían quedarse atrás.

El magistrado Sexto Furnio Juliano se metió en la bañera de agua templada sin sentir el peso de su cuerpo, como si una nube lo transportase y lo moviera por él. Sonrió a Tito Emilio, que estaba desparramado en el caldarium, y agradeció que no cambiara de lecho, pues necesitaba la relajación que le producía mantener la mente en blanco. Los ojos cerrados apartaban toda información de su energía mental. Se hallaba en paz, ya no tenía consigo los libros de la muerte, y aunque solo temor le inspiraba su nuevo depositario, prefería haberlos entregado y desentenderse de un destino que le venía grande. En la fluidez del agua halló calma; al menos durante un rato permaneció ajeno al débil murmullo de los pocos que se hallaban en las termas ese día tan señalado, a esa hora tan tardía y en una época tan poco atractiva a los remojos. Al cabo de ese tiempo, el antiguo edil le chistó desde el caldarium harto de

esperar, no se aguantaba las ganas de saber qué había pasado en casa del gobernador con los libros. Furnio abrió los ojos tras el aumento de volumen de la llamada de Tito Emilio; la dureza del mármol y el vacío del edificio la convertían en un atronador eco, persistente y ensordecedor. El duunviro le indicó paciencia con un gesto de la mano, pero, ante la insistencia del viejo, se trasladó sin más remedio. Otras dos personas acompañaban a Tito Emilio zambullidas por entero, salvo nariz y boca, que sobresalían del agua cual espigas en la tierra. Con la entrada de Furnio, se incorporaron del letargo con ganas de entablar diálogo sobre la celebración del año naciente y la invocación a Jano. Furnio escuchaba la animada perspectiva que los demás tenían sobre el año que nacía, también él tenía esperanza en lo que estaba por venir. Jano era el dios de los comienzos y los finales. Para Furnio los sucesos actuales encajaban sin fisuras en su tiempo presente. Varios finales se daban a pocas horas de despedir el año. El futuro que pronto sería presente representaba una ansiada añoranza de comienzos fértiles. ¡Ojalá Jano le deparase inicios prósperos! Especialmente le pedía al dios de las dos caras sosiego en su vida para poder trabajar por la colonia sin interferencias. Quizás era algo imposible... demasiados cabos sueltos. Los dos sujetos que les acompañaban en la bañera no tenían visos de finalizar sus peroratas. Se les había soltado la lengua, especialmente a uno de ellos, al que le dio por relatar intimidades. Aquella oleada de información personal molestó a Furnio, y al rato disculpó su ausencia y huyó con Tito Emilio a la camilla de masaje.

—Menos mal que me has sacado de allí —agradeció el anciano levantando las cejas—. Cuando a Doroteo le da el día parlanchín lo único que nos queda es coger la puerta, ya sabes la fama que tiene de hablar y hablar, y con tal de no callar, te cuenta lo primero que le viene a la mente, igual da que sean intimidades tuyas o de cualquiera, cosas que a nadie interesa. Yo se lo he dicho como amigo: «Doroteo, te pierde la boca, eso no se le dice a la gente, si acaso, a la mujer, y ya está».

Furnio concretó al masajista sus puntos de dolor y enseguida volvieron a la conversación, no podían dejarlo para más tarde, era noche de volver pronto a casa.

—Llevo toda la mañana acordándome de ti, no quería que te pasara nada malo.

El duunviro giró la cabeza en señal de gratitud, pero Tito Emilio miraba en sentido opuesto.

—Tenemos un bicho malo dirigiendo la colonia —así comenzó el duunviro su relato, la tristeza invadía cada una de sus palabras—. A lo mejor hay suerte y se marcha pronto, porque me da la impresión de que solo ha venido a La Lusitania a por los libros sibilinos.

En ese momento el antiguo edil giró la cabeza y coincidió con los ojos de su amigo. Mostraba una expresión de extrañeza en su cara por la afirmación de Furnio, obligándole a reiterar apreciaciones antiguas.

—No me mires así, ya te he dicho que esos libros son muy importantes. Recuerda que son el motivo de la muerte de nuestro joyero y del abogado Norbano Mensor. Un montón de gente persigue esta reliquia de valor incalculable, aunque a mí me da

igual, yo quería deshacerme de ellos y por fin lo he logrado. Se me ha quitado un peso de encima bárbaro, no sabes tú bien...

—Es que me cuesta creer lo que me cuentas —dijo el otro un tanto apabullado—. Me pareció tan inverosímil el secreto que me contaste que siempre he pensado que inventabas algo.

—Pues te juro que todo es verdad. Esos libros son la cara misma de la muerte por mucho que los consideren una insuperable protección para la unidad del imperio. Te lo digo yo... y si no, ¡mira cuánta sangre mancha sus viejas páginas!

Tito Emilio parecía desorientado y suplicaba nueva información que le hiciera comprender aquella crónica truculenta. Furnio respondía a sus curiosidades. A medida que el viejo se sumergía en la historia, la inocencia de su sonrisa dio paso a un rostro endurecido. La mueca de sus labios, apretada y rígida, mostraba una preocupación que debía acallar sin concesiones, de modo que se esforzó por seguir escuchando sin alterarse, aunque tomaba conciencia de la realidad con ojos inquisidores; él no había supuesto tanto. No comprendía cómo habían hurtado las premoniciones de los libros al desarrollo del Imperio y cómo se habían atrevido a incendiar un templo. Cuando Furnio concluyó, Tito Emilio aludió a Abelardo Aldo Cecilio.

—¿Y qué tal te trató? ¿Te amenazó o algo así?

—Ya te conté cómo me humilló en la primera cita, solo le faltó darme una patada en el culo. En esta ocasión ha habido de todo, pero la mala calaña le sale a las primeras de cambio, le riega la sangre, a mí no me engaña. Cuando le entregué los libros, desató el paquete extasiado; estaba inmensamente feliz, te lo aseguro. Sus ojos brillaban y hasta la voz le había cambiado, solo elogios vertía su lengua de serpiente. Después de un tiempo mascullando y riendo de satisfacción, se dedicó a hojear las páginas, hasta darse cuenta de que yo seguía allí, entonces se giró y me despidió sin mucho preámbulo, como un loco que actuase sin sentido. —El duunviro hizo una parada y puso cara de asco y de temor—. Y al despedirme, volvió a su ser, el odio reapareció, se acercó, y en un susurro en el que podía casi masticar su aliento, me dijo que no debía hablar con nadie de ese incidente, así lo llamó, se refería no solo a la entrega en cuestión, sino a la existencia misma de los libros sibilinos. Añadió que si me iba de la lengua me buscaría, daba igual el lugar que habitase. Incluso, añadió con pleno convencimiento, volvería del mundo mismo de los muertos para matarme, a mí y a los míos.

—Tal y como lo cuentas, hasta a mí me da pavor.

—No te puedes imaginar sus ojos azules traspasando como un punzón de hielo mi piel y su aliento quemando mis mejillas. Pocos seres han visto mis ojos tan próximos a la monstruosidad.

Hubo una pausa en la conversación. El perfume de la pasta que aplicaban los masajistas les ayudaba a instalarse en una realidad más confortable.

—¿Y el procurador qué hará con esos libros? ¿No estás intrigado?



—Lo que yo quiero es olvidarme de ellos, no saber más de su mortífera existencia, y tú debes hacer lo mismo.

—Por supuesto, amigo, mi boca está sellada, nada de esta conversación trascenderá al exterior. En boca cerrada no hay lugar a lémures que envenenen los espíritus.

—Te acabas de explicar a la perfección.

—Mi curiosidad es entre tú y yo. ¿Para qué los querrá él? —insistió el viejo.

—¿Para qué? Pues... para llevarlos a Roma, a sobornar la voluntad del emperador que gobierne, si no... ¿para qué iban a poner en peligro sus vidas matando a gente? ¿Por nada? Hablan de proteger al Imperio, pero lo que quieren de verdad es mandar en él, aunque sea por detrás. ¡Imagínate...! Tener al emperador a merced de tus intereses y los de tu clan... —El duunviro hablaba con pasión, había tenido acceso a la trastienda del Imperio, al juego de poder que se libraba a espaldas del mundo visible—. No te lo vas a creer, pero me armé de valor y antes de marcharme le pregunté por el acueducto que me ofreció para Emerita.

—¿Y qué? —quiso saber el otro.

—Primero río, me dijo que tenía cojones al preguntar una insignificancia en un momento como ese.

—¿Un acueducto es cosa baladí?

—Ya ves, el agua que es la esencia de la vida... Bien, que diga lo que quiera, poco nos importa. Me contó que dentro de poco llegarían soldados de Roma para llevarse los libros y que mandaría un mensaje a Otón para recordar el ofrecimiento que hizo a nuestra colonia. La verdad, Tito Emilio, poca confianza tengo yo en esa promesa.

—¿Y lo de tu nombramiento para el concilio de la provincia?

—Ni le pregunté. Ya me dijo que no, y tampoco yo lo deseo ahora, tendría que ver la cara del procurador, y su presencia me revuelve el estómago.

De repente Furnio detuvo las manos del masajista y se sentó en la camilla.

—¿Qué pasa? —preguntó el viejo.

—No me perdonaría que te pasara algo malo por los secretos que te cuento y, por supuesto, no te perdonaría que le ocurriera ningún mal a mi familia porque te fueras de la lengua. Esta historia es peligrosa, toca palos tan altos que jamás serán velas de nuestros barcos.

—De mi boca nada saldrá, para mí ya pertenece al mundo de los recuerdos.

—Entonces, demos por zanjada la conversación, deseo disfrutar de mi liberación.

Los masajistas palmeaban la piel y la pellizcaban con suavidad proclamando el fin del masaje. Solo faltaba deslizar unas plumas que a veces causaban cosquillas, se animaba con este método a abandonar la camilla.

—Vale, vale, parad, parad —gritaron ambos revolviéndose llenos de escalofríos.

Mientras se vestían, Tito Emilio añadió.

—Furnio, tengo que darte una noticia que no te va a gustar, pero no quiero

guardármela y que mañana te lleves una sorpresa desagradable.

El duunviro se dio la vuelta.

—Claro, dime lo que sea.

—Anoche cuando te fuiste entré en el templo, hacía frío. Me encontré con Valerio Hymino, que andaba en compañía de Aureliano. Me voy a ahorrar la cantidad de improperios que me regalaron valiéndose de mi suspensión en el senado, bien se rieron de mí, aunque pronto les llegará su hora.

—¿Aureliano también?

—Aureliano tiene un terreno baldío cerca de la vía de la Plata, camino del santuario de Proserpina, y está convenciendo a Valerio Hymino de que se lo expropie para hacer el nuevo vertedero, a buen precio, ¡claro! Así que, si Valerio Hymino rebuzna, él rebuzna el doble, ahora es su perrito faldero.

—La expropiación, el precio y todo lo demás no puede hacerse a espaldas del senado, está por ver que se salga con la suya —dijo rabioso Furnio.

—Con lo que tendrán pensado ganar, desviarán lo suficiente a la promoción de los votos necesarios. Y dime, si no tienes nada que perder y puedes ganar algo, ¿por qué no vas a aprobar esa propuesta?

—Desde luego, si no te has educado en la ética, pasa lo que pasa. Para ejercer la política debe educarse uno previamente, si no, la corrupción te atrapa.

—Siempre atrapa, creo yo.

Furnio no quería hacerse el inocente, ni precisar las palabras de Tito Emilio, no era momento de discutir sobre porcentajes.

—Voy a despedir el año con una úlcera sangrante por culpa de Valerio Hymino. Se está pasando bastante, pero se equivoca si cree que esto va a quedar así, me niego a conformarme con sus manejos y a callarme como si los aprobara.

—Yo estoy contigo. Así no se puede gobernar, no salimos de una cuando ya estamos en otra, al final enfrentará a todo el senado, ya verás. Antes de que me suspendieran veía cosas turbias y empecé a guardar información por si la necesitaba, ahora veo que nos vendrá estupendamente para parar los pies de Valerio Hymino.

—¿Los pies? Yo quiero su cabeza —dijo Furnio con alegría gracias a las palabras de su amigo—. ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—Sin pruebas, ¿de qué sirve hablar? Ya te lo dije el día que dimos la noticia de la fuga, que debías quedarte para pararle los pies.

—Eso será ya mismo, no voy a consentir un gobierno a merced del lema «voy a hacer lo que me dé la gana y llevarme lo que pueda». Y dime, ¿Cayo Voconio tiene idea de todo esto?

—Yo no le he dicho nada, no sé si él habrá visto algo raro, a mí nunca me lo ha mencionado.

—¿Crees que podremos contar con él o también habrá entrado en el juego?

—No estoy seguro —sonrió con humildad el viejo.

—En cuanto pasen las fiestas acabamos con Valerio Hymino, estoy dispuesto a

todo —agregó Furnio con firmeza y plena convicción—. Cada día lo soporto menos. Él y el nuevo procurador se echan un tiento en malignidad, y encima hacen gala de ello, actúan con orgullo, lo que me es del todo incomprensible.

Habían salido del edificio termal y un manto de oscuridad cubría la noche. El frío presidía el fin del año, por suerte, había amainado el viento del día anterior dulcificando a la población las sensaciones térmicas. Era esta una noche en que se relajaban las costumbres. Las calles más céntricas de la colonia se llenaban de borrachos cantarines y mujeres de mala reputación, mezclados con familias respetables que las transitaban a los sones de cánticos populares. Se visitaban las casas amigas e incluso, a veces, llevados por la alegre generosidad de las fechas, algunos vecinos abrían sus puertas para compartir un rato de diversión. Los dos hombres se hallaban en el foro de la colonia.

—Furnio, querido amigo, verás —titubeó Tito Emilio, y el duunviro adivinó que todavía quedaba algún palo que vadear.

—No te andes por las ramas, Arria Pale estará nerviosa pensando si me habrá ocurrido algo, es tardísimo. Si hay algo más, dímelo.

—Ayer, Valerio Hymino y Aureliano estaban juntos porque preparaban la ceremonia de mañana.

—Tradicionalmente lo hace el flamen provincial y no el de la colonia.

—Cornelio Severo no llegará para officiar la ceremonia de mañana. La salud de Ploto ha retrasado su vuelta, y como Aureliano es el flamen de la colonia, Valerio Hymino ha pensado que él officie la invocación a Jano.

—Otra decisión más que no me ha consultado.

—Lo que quería decirte es que Cornelio Severo te había dirigido la carta a ti para informarte del hecho y Valerio Hymino ha recogido tu correo y lo ha abierto.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo él ayer, con una chulería y una prepotencia que buscaban bulla, si fuese más joven me hubiera tirado a sus barbas, el muy sinvergüenza se vale de mi vejez. Es un descarado.

—Lo que está claro es que desea informarme de su derecho a abrir mi correo. ¡Hasta ahí podíamos llegar! —dijo Furnio hecho un basilisco—. Esto es imperdonable, ahora mismo voy en su busca.

Tito Emilio daba grandes zancadas intentando seguir el ritmo de su amigo, pues se temía lo peor. La gran escalinata del templo no ayudó al anciano a acortar distancias, de hecho, al llegar arriba debió pararse, le faltaba el aire, y la respiración entrecortada le sonaba tan áspera que le hacía necesario un esfuerzo ímprobo de recuperación que le impedía avanzar ni un solo paso más. No veía qué sucedía dentro, pero el estruendo repentino aventuraba la presencia de Valerio Hymino en el templo.

Cuando el antiguo edil entró en el edificio levantado a las divinidades, solo Plutón, el más despiadado y temido de los dioses mayores, estaba presente, así lo

anunciaba el cabello de los dos duunviros tan alborotado como la espesa barba del severo dios. Las mujeres gritaban y se apartaban a medida que el cuerpo a cuerpo se desplazaba por el interior del templo. Mientras, los hombres hacían amagos de intervenir, pero diversas circunstancias les disuadía de esa primera idea. Los había que disfrutaban viendo a dos senadores pelear, con sonrisas en la cara una vez superada la sorpresa inicial, otros intentaban intervenir al tiempo que preservar su propia integridad, de modo que de nada servían las alejadas brazadas lanzadas al son de los golpes, y por último, algunos otros, se limitaban a gritar para que los demás hicieran algo. Los senadores se desplazaban con cada embestida a lo largo del edificio provocando un gran trájín y revuelo entorno a ellos. El griterío puso en guardia a los esclavos que custodiaban la entrada al templo. Tito Emilio, dando codazos hasta abrirse paso, se acercó a los duunviros, fue imprescindible en su avance recordar su condición de senador, y llegó a la primera fila del embrollo cuando Aureliano agarraba la toga de Furnio. Entonces decidió involucrarse tirando de la capucha de Aureliano para evitar que embistiesen a Furnio por todos los frentes. El senador gritaba desahogado amenazando sancionar a quienes miraban y ni un dedo movían para parar aquello. Al final, fueron los vigilantes del templo los que impusieron orden, más acostumbrados a estas lidias. Valerio Hymino daba pequeños saltitos intentando zafarse de las manos que inmovilizaban sus zarpazos. Furnio, con sangre en la toga proveniente de un corte en la ceja, se tapaba la pierna derecha completamente al aire tirando del trozo de algodón raído que pendía del hombro.

—Eres un loco, todos nuestros vecinos te han visto atacarme —gritaba furioso Valerio Hymino, limpiando la sangre del labio que al gotear le teñía la dentadura—. El senado se enterará de este incidente imperdonable y si hace falta iré a ver al procurador de la provincia. Prometo que te arrepentirás. Todos te han visto pegarme. ¡Guardias, detened a Furnio!

Pero los esclavos no se atrevían a realizar tan alto encargo.

—¡Furnio, estás acabado! Ahora sí que te tengo —seguía gritando entre grotescas risas, enseñando las amígdalas y pasando sin pausa al histerismo, entre la intranquilidad de los vigilantes, que no se fiaban de su estado.

El ataque sorpresa de Furnio había enloquecido a Valerio Hymino, y la furia y la risa se alternaban en él sin orden ni motivo, su interior era un torbellino de emociones a merced del mayor impulso. Después de varios meneos, lograba desasirse de las manos de los vigilantes, a los que amenazaba con tanta agresividad que los labios se llenaban de saliva, que espurreaba a borbotones.

—¡Furnio, eres el hazmerreír de Emerita y la vergüenza de nuestro senado!

Aquellas hirientes palabras indignaron a Furnio, que sin mediar aviso, se volvió y lanzó un puñetazo al estómago de su colega, que coleó gritando como una fiera. Valerio Hymino terminó de enloquecer. No se entendían las palabras que escupía su boca, mezcladas con baba y restos de sangre. Había perdido el control y no atendía a nadie. Parecía sufrir un ataque de epilepsia ante la mirada desconcertada del público,

que asistía impávido al espectáculo. Aureliano intentaba calmar a Valerio Hymino en vano. Por su parte, Tito Emilio apartaba a Furnio del gentío advirtiéndole del mal camino que había escogido para la venganza. El vaso de Furnio había rebotado. Valerio Hymino había conseguido su objetivo: sacarlo de su calma habitual.

—¡Esto te va a costar caro, Furnio! ¡Tengo testigos! —Volvió a chincar el duunviro.

Escuchar a su colega como un perro rabioso quemaba el estómago de Furnio. Valerio Hymino nunca tenía bastante.

—¡Hymino! —Furnio reclamó su atención—. Como tú bien dices, estos vecinos son testigos..., pues que se enteren de que pronto te revolverás en la cárcel por los abusos de poder que tienes en tu haber y que demostraré ante el senado y ante el mismo pueblo que ahora nos ve y escucha. ¡El pueblo se enterará de todo! ¡Olvídate de salir elegido una vez más para meter la mano!

Valerio Hymino luchaba por volver al combate.

—No eres digno de llevar la toga y no te dejaremos ensuciar el nombre de Augusta Emerita con tus manejos —Furnio se desquitaba como podía.

El pueblo emeritense asistía desconcertado a la retahíla de acusaciones que se dirigían sus gobernantes. Valerio Hymino tenía fama de avisado, trabajador y persona activa, y Furnio era el garante mismo de la ley, la moderación y el sosiego. Algo grave pasaba para que ni siquiera esperaran a ventilarlo en la intimidad.

—Quiero en mi despacho la carta de Cornelio Severo, ya sabes de qué hablo.

Aquel tono de mando indignó a Valerio Hymino sobremanera, y ante la aparente calma de todos, se abalanzó sobre Furnio, pero el gentío le cerró el paso.

—Valerio Hymino, si me tocas te mato. No lo digo por decir, ¡te mato! Óyelo bien claro. Tus maquinaciones están mejor bajo tierra.

Tito Emilio empujó a su amigo fuera del templo, el bochornoso espectáculo debía acabar.

—¡Furnio! ¿Has perdido la cabeza? Has pegado a Valerio Hymino y le has amenazado ante todos.

—Lo sé, lo sé, pero hay límites que no deben traspasarse y uno debe plantarse.

Los vecinos salían del templo cuchicheando, todavía alterados y llenos de asombro.

—¡Vámonos de aquí! Somos la atracción del foro, parecemos vulgares actores.

Sexto Furnio Juliano odiaba comportarse como un bárbaro, era impropio de su moderación, pero tampoco permitiría que se rieran de él como le sucedió al emperador Claudio, al que muchos consideraron un bobo. Tito Emilio acompañó a Furnio hasta casa, donde, al entrar este, la debilidad se apoderó de él, desapareciendo la fuerza que había exhibido en el templo y estando a punto de desvanecerse. El masaje le había repuesto de parte de los esfuerzos del día, pero la pelea le había

devuelto al mundo de los dolores. ¡Cuánto sentía ofrecer solo migajas a su esposa e hija! El último día del año había dado de sí con intensidad abrumadora. ¡Cómo explicaría su horrible estado! Arria Pale, que había invitado a Sabina, a sus amigos de Metellinum y a otros a compartir el fin de año, llevaba tiempo pendiente de la vuelta de Furnio y advirtió su llegada.

—¡Furnio, Furnio! —corrió hacia él—. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó al ver la toga rota y los rasguños en su piel desnuda.

Las lágrimas de Arria Pale rozaron el labio de su esposo, que le escoció con virulencia. En la intimidad del lecho, Furnio se deshizo en lágrimas aflojando la tensión aún contenida. Arria Pale no dejaba de abrazarlo y trataba de calmarlo entre cálidos susurros y caricias, y cuando él pretendió cumplir con la obligación de atender a su familia y a los invitados, ella lo eximió de semejante sacrificio. Solo un minuto más tarde dormía profundamente, mientras un manantial salado, como por arte de magia, afloraba de sus ojos cerrados.

## Amistades rotas

«—La grandeza de la amistad es el apoyo desinteresado,  
estar por el mero deseo de hacer bien al otro.  
—Excepcional es un sentimiento tan puro.  
—Quizás, depende de cada cual, está en cada uno».

Con el año recién estrenado, tres días después de las nonas de enero, catorce años más tarde de que Nerón fuera proclamado emperador, llegaba a la capital lusitana Cornelio Severo procedente de Olisippo. El viaje desde Roma, con Julio Ploto enfermo y moribundo de dolor al dejar entre los barrotes de su mismo calabozo al mayor de sus hijos, sabiéndole culpable, había sido una odisea; cuidarle y recordarle que tenía otros dos hijos más y una esposa por los que vivir y que cada cual debía enfrentar su destino, fue tarea espantosa para el flamen lusitano. En principio, desde Carthago Nova pensaron viajar a Castulo, donde tomarían la vía augusta hasta Corduba, una de las cuatro grandes calzadas de Hispania. De Corduba marcharían a Itálica y de allí a Emerita por la vía de la Plata. Ploto, sin embargo, no estaba en condiciones de soportar las inclemencias del viaje por tierra, y menos aún deseaba pasar por Augusta Emerita, de modo que finalmente se decidió el viaje por barco. No era buena temporada para navegar, pero Cornelio Severo ningún reparo oponía a la voluntad de su amigo, que no dejaba de repetir que una muerte en el mar era una merecida recompensa a su vida, mientras el emeritense tocaba sus amuletos protectores al escuchar tamaña muestra de locura.

El día de la llegada de Cornelio Severo a Augusta Emerita lo pasó durmiendo y haciendo uso de sus envidiadas bañeras, y tampoco le faltó la compañía de Capito, ansioso por su vuelta. El hijo interrogaba con pormenores acerca del juicio cuya expectación había convocado en Roma incluso a personajes ajenos al litigio. Se encausaba a altos dignatarios de varias provincias del Imperio por expolio de sus recursos naturales, a lo que se sumaban multiplicidad de delitos menores. El escándalo había alcanzado a distintas provincias romanas, incluidas algunas de dominio reciente, como la de Ponto, conquistada seis años atrás bajo gobierno de Nerón. Lo que daba idea de la excelencia de los autores. La celebración del juicio se había convertido en un espectáculo para las clases populares, que acudían diariamente a recibir la llegada de los ilustrísimos reos al tribunal, contra los que vertían la rabia acumulada de sus desgracias. A este hecho se sumaba la inestable situación en Roma, un polvorín que todos esperaban explotase en breve y un caos de alianzas donde la traición era el movimiento natural para salvar el cuello. Nadie se fiaba de nadie. La hipocresía y la calumnia eran malas artes necesarias para

sobrevivir cuando se auguraba una nueva guerra y la mayoría ansiaba posicionarse a ambos lados de las trincheras.

Cornelio Severo había salido de Roma antes de las calendas de enero. Tuvo que esperar en Carthago Nova, poseedora de un puerto próximo al de Ostia que la convertía en receptora inmediata de cada cambio que se producía en la capital, y que era fuente fidedigna de las noticias más recientes. Allí se enteró Cornelio Severo de grandes movimientos. Le contó a su hijo que no estaban claras las novedades llegadas desde territorio germano, aunque ninguna duda cabía: el tiempo de Galba se agotaba, los signos certeros e ineludibles se sucedían y hasta los ciegos veían claro el rumbo que se avecinaba. Según le había contado un pretor romano que volvía a La Bética, las legiones germanas del alto Rin en las calendas de enero no prestaron juramento de fidelidad al emperador, como era tradición, sino al senado y al pueblo de Roma, lo que podía traducirse en que deseaban otro gobernante. Bien conocida era la incesante protesta de estas legiones al ser privadas de las recompensas merecidas por su impecable trabajo contra los galos y su jefe Vindex, que luego resultaron ser aliados de Otón y Galba en el levantamiento contra Nerón, hecho que constituía el origen de todo el conflicto. Galba no les había perdonado su posicionamiento contra él, y las legiones del Rin, ignorantes de los movimientos políticos de cada cual, solo comprendían su verdad: que habían aplastado a los galos en su rebelión contra el entonces odiado César. Desde el inicio de la aventura de Galba, este y el ejército germano se habían entendido mal, aunque era al nuevo César al que más convenía una rectificación. Según parece, seguía explicando Cornelio Severo a los ojos atentos de Capito que ni pestañeaban, en cuanto las legiones de la Germania inferior supieron lo del juramento de sus legiones hermanas, proclamaron emperador en Colonia a su general Aulo Vitelio, enviado poco tiempo antes por el mismo Galba, en sustitución del antiguo comandante; paradoja del destino... De manera que este hecho solo podía significar que Aulo Vitelio declaraba la guerra a Galba. Aulo Vitelio tenía bajo su mando a las siguientes legiones: I Germánica, V Alaudae, I Itálica, XV Primigenia, I Marciana liberatrix, III Augusta y XXI Rapax. Capito no dejaba de menear la cabeza mientras su padre le ponía al día sobre los impactantes sucesos. ¡Menuda historia!, pensaba para sus adentros, y luego añadió, atónito y en voz alta: «Tiene gracia, padre, la vida es el mejor de los poemas épicos». Y mientras lo decía se le venía a la cabeza su propia historia de amor, también absurda e inverosímil. Desechando de su mente la traición de Marcia, así es como sentía el obrar de su exprometida, y en vista de lo poco que su persona podía hacer al respecto, prefirió centrarse en la succulenta información que su padre le suministraba.

Cornelio Severo subrayaba la desbordada ambición del hombre como causante de la mitad de los males del Imperio, refiriéndose a la posición adoptada por Aulo Vitelio. Por su parte, Capito creía imperdonable el poco respeto que se le brindaba al divino emperador, era demencial semejante atrevimiento, y en referencia a la falta de valores del general sublevado, hasta los que recibían las gracias y parabienes de



manos del emperador osaban atentar contra él, objetaba con maneras de orador. Malo era el camino al que conducía esa falta de principios, concluía el abogado. Otros viajeros habían asegurado a Cornelio Severo que las legiones de la alta Germania, tras jurar fidelidad al César en las calendas de enero, habían enviado una delegación a los pretorianos indicándoles que no aceptaban un emperador elegido en Hispania sin tener en cuenta a las más poderosas legiones del mundo, cuya fuerza y valentía en el campo de batalla habían agrandado los límites del Imperio hasta lo que antes se consideraba casi un sueño. La grandeza de la madre Roma era obra de ellos, y su decisión debía ser tenida en cuenta a la hora de elegir emperador, y que, por tanto, hacían saber que no querían a Galba y dejaban la designación del nuevo César a los pretorianos, mas sin que estos olvidasen que tal elección debía ser aprobada por ellos. Los días de Galba tocaban a su fin.

Cornelio Severo comunicaba las novedades con pasión y fidelidad, gustoso de ser portador de primicias tan importantes y de transmitir la historia viva de Roma, aunque otros fueran los hechos con los que le hubiera gustado embelesar a los demás. Por si la sublevación del ejército germano no fuese suficiente, los augurios enviados por los dioses no podían ser más negativos para Galba. Todo hacía presagiar lo peor, imposible sería conservar la divina corona, aunque el antiguo gobernador de La Tarraconensis, con semejantes auspicios, sobre todo lo que deseaba era mantener la cabeza. Estos mismos viajeros le contaron a Cornelio Severo que en la celebración de las calendas de enero, a Galba se le cayó la corona estando de pie, sin hacer él movimiento de ningún tipo, y luego, al tomar los auspicios, las aves echaron a volar y se escaparon todas. La propia actitud del emperador ante lo sucedido alertaba a un público atónito, los malos presagios se precipitaban.

En este punto de la conversación, padre e hijo se acordaron de Diophanes, cuya empresa veían peligrar al amparo de la nueva situación, a menos que el viejo emperador nombrase a Otón cuanto antes sucesor y el ejército aceptase tal nombramiento. No era Marco Salvio Otón un personaje denostado por el ejército, bien al contrario, a la mínima oportunidad y desde hacía tiempo había buscado el apoyo de los soldados y para ello les prometió las añoradas recompensas ofrecidas por Galba, al que despreció por incumplir su palabra. Pero de nada parecía servir a Otón su estrategia con la soldadesca, insinuaba Cornelio Severo, concediendo como un puñal traidor las noticias más frescas conocidas el día mismo de su partida. Y así narró a Capito sus últimas averiguaciones. El día en que marchaban a Olisippo desde Carthago Nova, en el barco procedente de Ostia que atracó media hora antes de la salida del suyo, algunos romanos contaban la demencia de Galba. Las informaciones hablaban de que el viejo, como se le llamaba en plan despectivo, aterrorizado por las noticias que llegaban desde Germania y en consenso con el senado, había adoptado hijo a efectos sucesorios al joven Calpurnio Pisón Liciniano, de inmejorables referencias parentales, al ser descendiente de Pompeyo Magno y del triunviro Craso. Cornelio Severo torció el gesto de la boca. Era la peor noticia de cuantas Diophanes

podría recibir. El padre hilvanaba las últimas informaciones. Galba tenía el convencimiento de que le restaba autoridad la falta de descendencia viva y se arrepentía de no haber elegido antes a su sucesor. Para el viejo emperador era una cuestión vital contar con el apoyo del senado, sin embargo parece que no pensaba lo mismo sobre el ejército, al que nunca hizo ninguna concesión, y en esa misma tónica continuaba pese a la revuelta de las legiones germanas; ninguna oportunidad ofreció al ejército representado en el cuerpo de élite de los pretorianos, ni siquiera les consintió opinar sobre la elección del que habría de ser su nuevo jefe, y mucho menos les consultó, y eso que eran ellos los que podían disponer con más facilidad de su vida. Por tanto, no era de extrañar que los pretorianos echasen chispas con todo lo que sucedía, los desprecios de Galba eran constantes, incluso en el acto de presentación de su sucesor, Calpurnio Pisón, ninguna alusión hizo al pago de la deuda contraída con ellos, bien al contrario, mostró una condescendencia insultante hacia su guardia, a la que parecía retar y brindar su cabeza con cada acción nueva. Todos coincidían en que los pretorianos la liarían, era cuestión de tiempo. Padre e hijo no entendían cómo un general de los ejércitos romanos con tantos éxitos a sus espaldas podía cometer semejantes errores cuando se trataba de salvar su propio pellejo, quizás se hubiera vuelto loco de verdad.

Cornelio Severo dio por terminada la sesión informativa sobre Roma, lo que permitió a Capito retomar el asunto de Diophanes. Su padre le contó que lo había visto poco, pues estaba muy entretenido en ganar el beneplácito de Otón y pasaba bastante tiempo al servicio de este, que lo había acogido con las manos abiertas por las magníficas predicciones de Seleuco, que eran para él las tablas de la ley. Con los últimos cambios tampoco Diophanes se salvaba del precipicio, ya no sería el médico del próximo César. De todas formas, Capito sabía la valía profesional de su amigo y no dudaba de que se haría un hueco en Roma. Quedaba por ver cómo se tomaría el antiguo gobernador de La Lusitania su frustrado deseo de dirigir los destinos de la nación, aunque Capito sugería a su padre que, como estaban las cosas, con los pretorianos a buen seguro urdiendo alguna conjura, pasar a segunda fila y ser todo discreción era la decisión más sabia. Los tremendos movimientos políticos acaecidos habrían cogido por sorpresa a más de uno. El abogado imaginaba el profundo entusiasmo de Diophanes al vivir la política de Roma en primera línea, a él, que tanto le gustaba cambiar el mundo, buscando en su reforma la convivencia perfecta y la justa organización de la comunidad. El abogado escribiría una carta a su amigo sin falta, para que lo tuviera al corriente de cuanto sucedía a su alrededor y para animarlo, solo esperaba que la prudencia le acompañara y supiera callar, a veces Diophanes se dejaba llevar por sus ganas de mejorarlo todo. ¿Qué pensaría de Roma? ¿Le habría decepcionado?, se preguntaba el abogado conoedor de la ambigüedad de parecer del médico. Diophanes odiaba Roma por conquistar Tracia y desgraciar la vida de su familia, pero también la admiraba como potencia civilizadora con un mundo más refinado que los bárbaros nunca podrían ofrecer. Todo eran conjeturas

sobre Diophanes, ninguna certeza se tenía sobre su suerte.

—Lo único que puedo hacer, padre, es escribirle y esperar su respuesta.

—También podemos ofrecer algún sacrificio a los dioses —sugirió el flamen.

Cornelio Severo y Capito hicieron un alto en la conversación, el flamen ansiaba comer y beber sin cortedad y su estómago reclamaba la satisfacción que el largo viaje había frustrado sin compasión. El viaje junto a Ploto le había pegado las tripas al estómago, decía él para explicar su falta de apetito. Algunas veces la necesidad le había acuciado formando un hormigueo inaguantable en sus intestinos, entonces había tomado algo de comida aparte, pues sentía gran culpa por disfrutar de ella en presencia de su amigo, que se había negado a tomar nada; en otro tiempo, Ploto no habría perdonado este placer bajo ningún concepto. De manera que comer sin culpa y en compañía de su hijo, que había encargado un festín de bienvenida, con el salón caliente gracias a los enormes braseros, le pareció un privilegio que le hacía inmensamente feliz.

—Hijo... —Cornelio Severo carraspeó tembloroso—. Los dioses me quitaron a tu madre antes de tiempo, pero me han recompensado con el mejor de los hijos que un padre desearía tener —y entonces puso su mano en la del hijo, un singular reconocimiento de afecto en un mundo donde ser hombre se demostraba en el campo de batalla—. Estoy tan orgulloso de ti; hijo, nunca te lo he dicho, pero el tiempo que permanecí junto a Ploto no dejé de acordarme del gran hombre en que te has convertido... —Las lágrimas afloraron a sus ojos vidriosos.

—Yo lo sé —añadió Capito nervioso—. No hace falta que lo digas.

—Sí, sí hace falta —siguió el padre, todavía viva la dolorosa experiencia junto a Ploto. Experimentaba una emoción muy intensa—. A mí me hace falta, Capito, hijo. Nunca te he valorado como te mereces, no sé ni por dónde empezar, con todas las cualidades que posees...

—Gracias, padre, tampoco yo podría desear un progenitor mejor.

Al cabo de un rato, repuestos ambos de la angustia de airear las emociones, comían y bebían, alternando las dentelladas con la charla sobre la celebración de las calendas de enero. Capito le describió el oficio de Aureliano, que le había sustituido en la invocación de Jano. En opinión del abogado no estuvo mal su actuación, pero quedó eclipsada por la pelea de la noche anterior entre Valerio Hymino y Furnio convertida en el objetivo de los cotilleos durante todo el día. Cornelio Severo no daba crédito, Furnio peleando..., ni se lo imaginaba, y reclamó del hijo mayor información. Capito le recomendó preguntar directamente al duunviro, él le había contado lo poco que sabía. A Cornelio Severo le sorprendió esta respuesta por la actitud despreocupada de su hijo, que siempre había mostrado mucho interés por la política.

—¿Has cambiado de parecer y no quieres formar parte del senado? —preguntó de repente Cornelio Severo.

—Padre, por supuesto que deseo entrar en la curia de Augusta Emerita —despejó

Capito la incógnita.

—Pues da por sentado que este mismo año estarás entre nosotros —resolvió el padre con agrado—. Hay plazas vacantes. Le preguntaré a Furnio cuándo podríamos hacer la propuesta para tu admisión.

Nuevamente salía a relucir Furnio. Capito entonces se levantó, salió del comedor y al cabo de poco entró con tres pergaminos que entregó a su padre. Ahora sí que excluiría el tema de Furnio, pensó con rotundidad. El joven abogado había estirado el tiempo en ausencia de su padre, no solo había atendido su despacho con diligencia, su necesidad de tener la mente ocupada y trabajar hasta la extenuación, buena manera de convocar el sueño, le había llevado a prestar mayor atención al negocio familiar. Había pasado varios días poniéndose al corriente en el desarrollo de las labores agrarias y observando el funcionamiento del personal, y sobre esta base y el testimonio de otros propietarios de grandes fanegas, había elaborado un estudio concluyendo que se podría obtener un rendimiento mayor de las tierras con una serie de medidas que pasaban por despedir al encargado del negocio, definido como un modelo de desidia y mal ejemplo para los demás. Las palabras de Capito eran claras, el encargado era un holgazán tirano y maltratador, daba poca comida a los esclavos y les aplicaba demasiados castigos, y estos le devolvían el golpe fastidiándole en cuanto podían, así perdían las viñas, los olivos, el trigo, cualquier cultivo, y en última instancia perdían ellos. Cornelio Severo estaba impresionado con el informe elaborado por Capito, había un montón de números, inversiones necesarias para modernizar el trabajo, recomendaciones sobre la poda y la sustitución del actual encargado por un trabajador más viejo, en el que Capito había encontrado las cualidades de un buen jefe. Cuando el padre hechó un vistazo al pergamino, sintió el orgullo de quien comprueba que su sucesor será mejor que él, y se sintió viejo y cansado. La experiencia en Roma había sido tan intensa y tanta la fatiga acumulada que los números y las letras bailaban ante sus ojos. Además, el recuerdo de Ploto invadía su corazón. La certeza de la inmensa pena que consumiría los días de su amigo le tenía secuestrado el ánimo, que iba y venía impredecible. La amargura se agravaba otro tanto al acordarse también del lamentable estado de Crispula, encamada y medio moribunda desde que su hijo mayor se marchó a Roma.

—Estás ausente, padre, estarás cansado —y quitó de sus manos los pergaminos—. Ya habrá tiempo para un estudio más exhaustivo.

Nada añadió Cornelio Severo, su rostro apagado hablaba por él. El entusiasmo por contar la situación del Imperio le había dado una energía que por momentos se agotaba. También en Capito se dejaba sentir la fatiga. Azuzado por su adicción a escribir de la mano del dolor, había compuesto más de una decena de poemas, fruto de sus noches en vela, algunos de los cuales había leído ante Halys, en un intento desesperado de expresar sus emociones, su soledad, su angustia y su amor no correspondido, y aunque pretendía disfrazar esta necesidad de desahogar la pena bajo el manto de su amor hacia las letras, era evidente la asfixia de su corazón. Capito

encontró en el bibliotecario un receptor glorioso de sus composiciones, siempre tristes, pero de buena calidad, como había resuelto el experto oyente. Al lado de Halys su obra se encontraba a salvo de las miradas reprobatorias con las que tropezó su espíritu en edad temprana, antes de marchar a Roma, cuando decidió sacar de su interior su singular pasión y la mala respuesta de los demás estigmatizó su confianza de poeta. Aquella lamentable experiencia desechó su pretensión de hacer de la poesía una dedicación seria de futuro. Pero ahora vivía otra etapa, y aunque pocos habían sido los escauceos de mostrar en público su obra, aquel breve atrevimiento había sido suficiente para comprender que su pluma no era tan mala como los oídos que tiempo atrás escucharon su voz.

Cornelio Severo se había acomodado en un amplio diván cercano a uno de los braseros, removi6 los carbones para avivar el fuego y las cenizas se desplomaron. Grandes rosetones en las mejillas del viejo indicaban alg6n exceso en el consumo de vino. Capito se sent6 a su lado, ten6a ganas de estar con su padre; las palabras de este reconociendo su val6a le hab6an tocado el coraz6n y deseaba hacerlo feliz, tanto como aquel valiente gesto le hab6a hecho a 6l. El abogado le cont6 un mont6n de patochadas, chismorreos de la colonia, para atraer su sonrisa. En ocasiones agrandaba los puntos c6micos para arrancar una carcajada de la vieja cara de su padre, que a la luz rojiza de los carbones parec6a tener m6s surcos y arrugas que nunca. Cornelio Severo respond6a gustoso a los esfuerzos de Capito por prolongar la conversaci6n.

—No s6e qu6 habr6a pasado de no haber viajado a Roma a recoger a Ploto —dijo Cornelio Severo con la voz distorsionada por los efectos del alcohol.

—Supongo, padre, que habr6a muerto all6, en Roma —a6adi6 Capito.

—Eso puedes jurarlo por los dioses del Olimpo —canturre6 sin dudarlo—. Apenas llegu6, los hijos menores volvieron con la madre. Fue deseo de Ploto que la atendieran. Adem6s, no deseaban tropezar con el hermano mayor, pues siguen furiosos con 6l.

—¿Y qu6 dicen ellos de todo esto? ¿No sab6an nada...? Parece extra6o.

—Reniegan del mayor, dicen que ya no pertenece a la familia, sus bocas no paran de echar pestes como serpientes venenosas, increpan y maldicen contra 6l a todas horas —objet6 el flamen—. Se sienten enga6ados y traicionados, juran y perjuran que ellos no han recibido ni un miserable denario de las actividades de su hermano, de las que nada sospechaban, siempre creyeron que todo estaba en regla, confiaban en 6l, al que ve6an como un padre, 6l tomaba las decisiones y dirig6a el negocio del transporte naval con acierto —el hombre insinuaba lo incomprensible de la vida—. La familia no puede creerse lo que est6 ocurriendo, les parece mentira.

—Con la 6nica objecci6n de que el hermano mayor ha admitido su implicaci6n.

—T6 lo has dicho.

Luego hubo un silencio, Cornelio Severo pensaba sus palabras.

—De todas formas agradezco al universo que metiera en mi cabeza la idea de viajar a Roma, ha sido de importancia vital para Furnio y para m6 —el padre baj6 la

voz como si desvelara un secreto. Capito agachó la cabeza frunciendo el ceño al escuchar el nombre del duunviro—. Gracias a este viaje he podido comprender con exactitud la posición que ocupamos Furnio y yo en una batalla que se libra a espaldas de los ojos del mundo, y también a los nuestros, aunque pensemos lo contrario, bajo el gobierno de poderes ocultos cuya influencia traspasan nuestro cuerdo entendimiento.

Capito escuchaba sin intervenir.

—No he querido transmitir mis averiguaciones en la carta que envié a Furnio por lo delicado del tema. —Cornelio Severo se limpió la comisura de los labios al notar un depósito de saliva—. ¿Sabes? —continuó en un susurro, regresando al mundo de los acertijos—. Creo que Furnio y yo seguimos vivos porque ignoramos la verdad y desde luego porque podemos dar algún nuevo servicio a la causa a la que servimos tanto como ignoramos.

—Si sigues por ese camino despertarás en mí una intriga que habrás de satisfacer aunque el sueño llame a tu puerta —convino Capito.

—De momento, no.

—También debo decir, padre, que me estás asustando, te pones demasiado misterioso y no sé descifrar si el peligro es real o más bien es el vino quien dicta tus palabras...

—No dudes que el peligro es cierto, como que me llamo Neo Cornelio Severo, de la gens Cornelia, descendientes de ilustres senadores romanos desde los tiempos mismos de la fundación de Roma —agregó sobreactuando, con la pretensión de que sus modos magnificados anunciaran con suficiencia la gravedad de sus noticias—. Hemos estado engañados desde el principio, no ha sido el azar quien ha organizado los hechos espantosos que han sucedido en esta pequeña colonia, ni tampoco algunos otros más insignificantes. Poderosos hilos humanos, por así llamarlos, han programado nuestros pasos, moviéndonos como marionetas con una sutileza tal que yo creo que nunca nos habríamos enterado de la verdad.

—Creo, entonces, que nada mal estaría que yo esté al tanto de tus averiguaciones.

—Estoy contigo, pero antes de ponerte al día, debe ser Furnio quien me autorice a ello, a sus manos llegaron los libros sibilinos y él fue el escogido por otros.

—Entiendo —dijo simplemente.

Cornelio Severo había hecho un descubrimiento sumamente importante sobre los famosos libros sibilinos que desvelaba a medias sus pesquisas, y estaba sobradamente orgulloso de cómo le siguió la pista al primer hecho que no encajó en la historia que los emeritenses soñaban resolver y cómo su tenacidad obtuvo recompensa al conseguir rescatar la verdad oculta. El vino ganaba terreno y Capito determinó que había llegado la hora de irse a la cama.

—Perdona que hable a medias, hijo... —Las palabras se pisaban el turno.

—No importa, padre, tengo claro la gravedad de tus descubrimientos, habrá tiempo para todo. Ahora es muy tarde y nos conviene a los dos descansar.

Cornelio Severo se fue a la cama y el hijo prometió seguirle tras apagar las lucernas, pero aún tardó un rato, pues se recostó pensativo en el diván. El abogado conocía la excelsa relación de su padre y Furnio, eran como hermanos. Enterarse de la ruptura del compromiso por parte de Marcia sin justificación de ningún tipo sería considerado por su padre una tremenda desgracia para su casa y no estaba seguro de cuál sería su reacción. De momento decidió no comentarle nada. Su pretensión consistía en dilatar la felicidad de su padre, merecía unos días de asueto después de su dura experiencia junto a Ploto, al menos un alivio antes de enfrentarse al terremoto que asolaría a las dos familias.

Sexto Furnio Juliano estaba arrepentido y avergonzado por no haber mantenido a raya la ira contra su colega, el otro duunviro de la colonia. Recordaba el último día del año y no se reconocía en el papel instigador de los hechos ocurridos en el templo, y sin embargo era absolutamente cierto que había actuado como un bárbaro. Furnio necesitaba recuperarse tanto física como anímicamente, los hechos y vaivenes de los últimos meses habían socavado su serenidad y necesitaba reconocerse en la piel de siempre, de modo que llevaba algo más de una semana recluido en casa, en la que solo Tito Emilio lo había visitado. El duunviro se pasaba parte del día intentando poner claridad en el caos que presidía su pensamiento y que lo llevaba a dispersar su acción sin objetivo preciso, cuando no a paralizar la misma por indecisión. La primera reflexión concluía en la necesidad de meter entre barrotes a Valerio Hymino, de modo que en las visitas de Tito Emilio, empeñado en la misma batalla, diseñaban estrategias para sacar a Valerio Hymino de la escena política. Con la información de que disponían, idearon una trampa. Valerio Hymino ni siquiera olería el riesgo de corromperse sin tapujos, si dinero había de por medio, pues ya llevaba muchas ilegalidades que, con el refrendo impune del paso del tiempo, se estaban convirtiendo en derechos adquiridos por él. Por otra parte, en la mente de Furnio estaba la huida del carnicero y su compinche cuando pensaba en detener a Valerio Hymino. No imaginaba los motivos de este para tal conducta, daba lo mismo, lo único cierto era que los asesinos se habían esfumado. No obstante, reconocía las excelsas mañas del magistrado para marginarlo del gobierno, era un rival de primera categoría, en Roma sus servicios cotizarían al alza. El empeño de Furnio de acabar con él y todo lo que representaba conducía su propósito, y en eso se empleaban Tito Emilio y él. Puestos a perseguir a Valerio Hymino, el antiguo edil debió explicar circunstancias imposibles de obviar, las llamó maniobras, colaboraciones... no sabía bien cómo calificar ciertas actuaciones suyas del pasado poco apropiadas. Esas fueron las tibias palabras de Tito Emilio para explicar sus trapos sucios. De esta forma se enteraba Furnio de los trapicheos entre las magistraturas de la colonia y sin frustrarse asumió que la corrupción marchaba pareja a la naturaleza de muchos hombres. No se hacía el inocente, tampoco deseaba pasar por ignorante. Tito Emilio contó el origen de sus

manchas, él era una persona a la que gustaba ir por libre y odiaba las normas, con tantas normas no se podía improvisar, solía decir para defender su idea de que la vida no podía cerrarse tanto, era imposible respirar, de modo que si detrás de traspasar las normas había una buena causa, allí estaba él para luchar por ella.

A Tito Emilio le gustaba la gente y le gustaba ayudarla en sus problemas, lo cual era absolutamente cierto, y solo cuando surgía el conflicto estimaba conveniente establecer criterios de buena convivencia, como tildaba a las leyes establecidas a su libre albedrío. De manera que poco le costó a Valerio Hymino inventar historias que Tito Emilio jamás cuestionó, primero de sus errores, como tampoco se opuso, en ocasiones, a exceptuar la aplicación de las normas de contratación de las obras y servicios de la colonia, adjudicando ciertos contratos con criterios misericordiosos más que legales. Todo esto ocurrió mientras Furnio viajaba a Roma para solicitar un nuevo acueducto. En ese tiempo Valerio Hymino reclamó a Tito Emilio la revisión de algunas contrataciones; era la manera de introducir sus garras en el procedimiento de adjudicación. Aprovechando la ausencia de Furnio y la salida del concurso de mantenimiento y limpieza de las fuentes públicas, convenció a Tito Emilio de la difícil situación económica que estaba atravesando la familia de uno de los empresarios que se presentaba a la adjudicación del servicio. El viejo magistrado casi recordaba las palabras exactas de Valerio Hymino, la adjudicación del contrato salvaría a cierto empresario de una mala racha en los negocios, para él y su familia significaba tener un plato de comida todos los días, además de salvar la vida de su hijo con una grave enfermedad para la que no había cura. Valerio Hymino arrancaba la humanidad del viejo, esgrimiendo en voz alta el mismo razonamiento que el otro se hacía en su conciencia: para el resto de participantes, esta adjudicación supondría un incremento de sus fortunas, no así para Décimo; además, todos disponían de herramientas adecuadas para prestar un buen servicio y Décimo no sería más caro que la propuesta más barata presentada. Tito Emilio pidió ver al hijo enfermo del candidato, tras lo cual accedió a incumplir la ley. La segunda vez, Valerio Hymino contó una nueva mentira del calibre de la anterior. Le costó algo más convencer al edil de que pasara la mano, pero finalmente volvió a convertirse en su cómplice. Al principio Tito Emilio estaba orgulloso de cómo habían actuado favoreciendo a las familias que más lo necesitaban, sin embargo fue el descubrimiento de las mentiras del duunviro y su conocimiento del precio que costaba su influencia lo que le hizo enfrentarse a Valerio Hymino y negarse a colaborar más, aunque para entonces el taimado magistrado lo tenía en sus manos y lo chantajeaba sin miramientos ni remordimientos. Tito Emilio se sintió engañado y pisoteado, usado para provecho personal y ninguneado después. Valerio Hymino mantenía callada la boca del edil, asegurándole que a todos contaría que amañó las adjudicaciones, confirmándole que los beneficiados testificarían en su contra y nunca admitirían haber pagado a Valerio Hymino y, por supuesto, sí jurarían haberle pagado a él. Tito Emilio estaba vendido. Luego llegó Furnio de Roma y el otro duunviro paró el juego. Todo el mundo sabía



que Furnio no se corrompía y que tendría valor de llegar hasta el final y acabar con él, por eso le tenía tanta inquina.

Furnio escuchó el relato con la certeza de que decía la verdad, conocía bien cómo pensaba el antiguo edil. El magistrado ofreció a su amigo un compromiso sencillo, no le acusaría ante los demás, también él había cometido errores en atención a un bien mayor. A cambio, Tito Emilio no ocuparía otra responsabilidad pública, su buen corazón no era motivo suficiente para actuar sin control, sin ningún sometimiento, creyendo ciegamente a otros a poco que mediaran fines ideales en sus argumentos. Según Furnio, se podía tener buen corazón y buena cabeza, se podían hacer buenas leyes, justas para todos. Tito Emilio no discutió nada a su amigo, en su edad convenía ceder estas batallas; lo primordial era derrotar a Valerio Hymino, que lo había tratado como a un tonto. Aclarado el lugar de cada uno, se lanzaron a la tarea con ilusión. Para acabar con Valerio Hymino necesitaban un colaborador, elegir a la persona adecuada era detalle fundamental para el éxito de la empresa y lo más difícil de conseguir, no todo el mundo estaba dispuesto a granjearse un lémur de por vida únicamente por ideales. Por lo demás, la avaricia del corrupto duunviro sería su perdición. Furnio deseaba evitar que calara en la clase senatorial el pensamiento de que la tarea de gobierno era un negocio personal, a cuya sombra desaparecería el imperio de la ley, y el caos, tan temido por él, irrumpiría como la peste en la vida de la colonia arrasándola. El día noveno del mes de enero Furnio y Tito Emilio postergaron sus reuniones. Furnio esperaba la visita de Cornelio Severo en su casa y Tito Emilio puso rumbo al foro, el corazón de la colonia, donde coincidiría con alguien, no había lugar mejor para buscar distracción.

En la plenitud de la mañana que acogía el escaso sol de esos días, llegó Halys a la biblioteca, quería examinar los últimos textos copiados. En esas andaba cuando entró en el habitáculo, en silencio y con la mayor discreción, un forastero que localizó al liberto y atrajo su atención provocando una fuerte impresión en él, su corazón se disparó y la angustia ocasionó una palidez mortal en su armonioso rostro. El bibliotecario señaló la puerta y ambos desaparecieron sin llamar la atención. El forastero llevaba una gorda paenula de rica lana con capucha amplia que casi le tapaba el rostro disimulando una fea cicatriz en forma de media luna que nacía en la frente y acababa cerca del mentón del lado derecho; era una cicatriz vieja, sin coloración en sus bordes, plenamente integrada y flácida que dejaba un recuerdo imborrable de la faz del hombre, oscura y siniestra, calificativos que lo decían todo de aquel individuo de mediana edad y estatura, enjuto, de ojos marrones profundos, tez amarillenta y nariz algo curva y huesuda. Las huellas impresas en su repulsivo rostro hacían pensar en una dedicación peligrosa. Este sujeto, que atendía al nombre de Lobo, despertaba el misterio incluso con su caminar sigiloso, que parecía surcar el aire. Halys y Lobo se vieron las caras en el foro, mezclados en el barullo protector de

ese espacio público.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el bibliotecario directamente, sin más saludo.

—Nuestra misión, ya sabes.

—Sí —señaló abreviando—. No te esperaba, últimamente me mandan un mensajero con una carta que interpreto bien, quizás no fuera necesaria tu presencia aquí.

—¿No soy bien recibido? —insinuó Lobo.

—Mis palabras atienden exclusivamente a mi deseo de preservar el secreto de nuestra misión, tu persona podría levantar sospechas.

—Sé mantenerme en mi sitio, nunca he sido un estorbo, más bien todo lo contrario, arreglo lo que unos y otros estropeáis —dijo Lobo, recreándose en sus últimas palabras, a las que acompañó con un gesto sobre el estómago del otro que le hizo contener la respiración—. Tranquilo, nadie está contra ti, en Roma están contentos con tus servicios, de momento. El muchacho nuevo ha sido una buena adjudicación, nadie le conoce, está lejos de toda sospecha.

—Hago todo lo que se me pide.

—Se te tiene en buena estima.

—Nunca pensé que contraería una deuda de por vida... —agregó Halys.

El otro rio enseñando sus dientes amarillos.

—A ti no te quedó más remedio que aceptar lo que tú mismo calificaste de buen trato, como tampoco te queda ahora otra opción que cumplir tu parte... —Lobo calló unos segundos—. Lo importante es que sigues vivo, ¿no? También Euterpe.

—Eres un bicho malo. ¡A ella no la nombres! —dijo Halys conteniendo su genio — ¿A qué has venido? Suéltalo ya, por favor.

—Así me gusta, mejores modales. Por suerte para ti, hemos recuperado los libros sibilinos —anunció Lobo, que permaneció un rato hurgándose los dientes mientras miraba fijamente la reacción del otro—. Y también por suerte para ti, fue buena la información que nos diste sobre el traslado a Roma de los mismos. Los libros iban protegidos por diez soldados, dejamos que se confiaran, teníamos controlada la vía de la Plata hasta Gades, donde les dimos billete para la barca de Caronte —concluyó Lobo con una sonrisa por su poética expresión.

Halys respiró con alivio, los libros volvían al bando de los sacerdotes.

—¡Quieran los dioses que todo acabe pronto! —dijo Halys con alegría.

—¡Quieran los dioses romanos, te falta por decir! —puntualizó Lobo con sarcasmo.

Nada le gustaban a Halys aquellas veladas insinuaciones sobre su lealtad.

—¿En Roma se tienen dudas sobre mi posición?

—Primero de todo, en Roma están contentos porque por fin tienen a buen recaudo los libros sibilinos. Segundo, y no te voy a mentir —siguió hablando el mensajero—, ha sido tu última información sobre el traslado de los libros a Roma lo que te ha

salvado la vida. Los sacerdotes no entienden por qué no actuaste antes y obtuviste los libros, el portador confiaba en ti, según tus propias palabras, haría lo que tú le dijese, es decir, que te los habría dado si se los hubieras pedido, y eso es lo que no entienden en Roma.

—Pensé que no debía arriesgar la misión, además, fue voluntad del gran sacerdote venir hasta Emerita, lo que no se me dijo. ¿Por qué vino hasta aquí? ¿No se fiaba de mí? Pues que no olvide nadie que sus locos asesinatos sí que pusieron en peligro la misión; además, solo mi ayuda logró liberarlo, a él y a su siervo, he tenido que hacer auténticos malabares para que nada se descubriera... Debo recordar también que llevé a Roma los libros sibilinos, se comprobó que eran los originales, los auténticos —Halys espurreaba saliva al hablar deprisa, no quería dejarse en el tintero ninguna alegación en su favor—. Sugerí traerme a Emerita otros falsos y asunto concluido, los de aquí ningún cambio habrían notado, pero se desestimó mi apreciación.

—Esa cuenta ya está saldada. Tu contacto ha pasado a mejor vida, por desgracia también nosotros hemos tenido infiltrados en nuestro bando, aunque hemos hecho limpieza y te aseguro que el ejemplo de cómo ha terminado sus días el impostor obrará milagros en otros que apuesten por ese camino.

El regusto por matar se notaba en cada palabra de Lobo. Halys no quiso preguntar qué le había sucedido a la persona que vio en Roma, su contacto. El liberto pertenecía y trabajaba para el bando de los sacerdotes después de que le salvaran la vida tras la sentencia impuesta por Nerón a raíz de la conjura urdida por Cayo Calpurnio Pisón.

—Nada puede demostrarse contra ti, pero el próximo error te costará la vida, no lo olvides, primer mensaje del bando de los sacerdotes... Que sepas que ha sido el propio presidente del colegio de los quinceviro que te ha salvado el pellejo porque tú hiciste lo mismo con él y su siervo, al que tanto estima.

—¡Jupiter me ayude! Hago todo lo que puedo y están pensando en quitarme del medio. ¿Qué clase de protección se me brinda por mis servicios? Yo soy fiel al bando de los sacerdotes, les estoy eternamente agradecido por haberme librado de Nerón, aunque pienso que no debería ser un impedimento para que guarde mis espaldas y vele por mi vida y la de mi esposa, hemos corrido demasiados peligros, demasiadas veces la voluntad de aquel monstruo me colocó en el precipicio. Euterpe ha sufrido mucho. Y la verdad, me molesta que en Roma se me cuestione. Estoy deseando vivir en paz, creo que ya es hora, ¿no?

—No te resbales, es lo único que te digo, tarde o temprano me entero de todo, y mi trabajo siempre sale adelante, antes o después, de todas formas y aunque no me creas, soy más amigo que enemigo.

Halys no respondió a las palabras de Lobo. Era un personaje enigmático, nadie sabía de quién recibía las órdenes y a quién daba cuentas, pero siempre estaba al tanto de todo y su nombre era temido, sinónimo de muerte.

—Estoy aquí en Augusta Emerita para vigilar al procurador de La Lusitania, al

rabioso Abelardo Aldo Cecilio, ahora más rabioso que nunca —siguió hablando Lobo—. Los senadores lo han castigado y lo han obligado a permanecer aquí en Emerita, de la que él pensaba marcharse en pocos meses, lo han hecho responsable directo del robo de los libros y la masacre de los custodios.

—Pero si fue él quien consiguió los libros apenas llegó. ¿Cómo lo castigan?

—También fue quien los perdió, lo cual es un error imperdonable, porque en Roma ya no es tan fácil hacerse con ellos. El tiempo se agota y la gente anda más nerviosa que de costumbre.

Lobo relató la información esencial que Halys debía saber. Galba, contra todo pronóstico, había designado sucesor a un joven senador de una rica familia, y el general Aulo Vitelio se había levantado contra Galba al mando de las legiones del Rin, que iniciaban el retorno a Roma para disputar el puesto al viejo emperador. Nadie quería ofrecer los libros a un emperador con tan pocos apoyos y cuyos días estaban contados.

—No sé cuánto tiempo me quedaré en la colonia, el suficiente para vigilar a unos y a otros y asegurarme de que nada se cuece aquí que pueda afectar a la capital, parece que todo anda un poco trastocado, con tantas revueltas... —concluyó Lobo, dejando claro que el liberto también estaba bajo vigilancia.

—Me sorprende que en Roma quieran prescindir de tu valiosa persona en unos momentos tan movidos como estos —Halys devolvía un pequeño dardo envenenado.

—¡Cuidado con tus insinuaciones! No soy persona de mucho aguante y ninguna explicación debo darte a ti, al que podría quitar del medio y solo recibiría loas de la organización. —Lobo hizo un movimiento con la mano en el cuello del liberto, que dio un paso atrás—. A buen entendedor, pocas palabras bastan —y añadió—. Si me necesitas, deja el mensaje donde ya sabes, dos veces al día pasaré por allí, antes de la hora quinta y poco después de que caiga la noche.

—¿Dónde te alojas?

—Eso no es asunto tuyo, hemos terminado.

—Quisiera saber algunas cosas más sobre la situación de Roma, Lobo.

—Las palabras que debía transmitirme han sido dichas ya. —A continuación dio media vuelta y su figura fue desapareciendo poco a poco del foro.

En el año sesenta y cinco se organizó una conjura contra el emperador Nerón, al mando de la cual estaba el senador romano Cayo Calpurnio Pisón ayudado por el tribuno pretoriano Subrio Flavio y el centurión Sulpicio Asper y algunos más. Nerón había prometido devolver a los senadores los poderes que ostentaban durante la república, promesa que incumplió, motivo del levantamiento de los mismos con el fin de restaurar la república. La muerte de Nerón se había previsto seis días después de los idus de abril, la acción se desarrollaría en el templo del dios Sol y el arma había sido escondida en el templo de Ceres por Escevino, otro senador. Finalmente, el liberto Milico descubrió el complot y lo denunció ante Epafrodito, secretario de Nerón. Este mismo Milico aprovechó las circunstancias para denunciar también a

otro liberto, llamado Halys, cuyo gusto por las letras le acercaba al emperador demasiado y levantaba las envidias entre sus iguales, que hacía tiempo atacaban la hombría del joven de bello rostro. Halys tuvo suerte, nada estaba claro en la conjura excepto los organizadores más destacados. Fue entonces cuando apareció un grupo de sacerdotes de gran poder que convenció a Nerón de la falsa acusación sobre este liberto y los beneficios que le ocasionaba a su persona tener a alguien como Halys cerca, alguien que podía comprender su naturaleza, reforzar su talento y acompañar su labor creadora. Nerón les hizo caso y ahí empezó la deuda de Halys con los sacerdotes, que habían conseguido su propósito, tener cerca del César un informador directo.

Gracias a la prudencia de Halys, que nunca aspiró a vivir de la escritura, aunque tenía sobradas cualidades y una exquisita formación, pudo sobrevivir cerca de Nerón, al que cualquier éxito ajeno le arrancaba un odio destructivo. Así ocurrió con Lucano, el sobrino de Séneca, que, enfrentado a Nerón a causa de las letras, fue acusado sin pruebas de haber participado en el mismo complot. Finalmente se suicidó, como su tío. El enfrentamiento entre Lucano y Nerón se produjo cuando este le prohibió declamar en público y él no se resignó a guardar silencio, siendo el origen del malestar un concurso en el que participaron ambos. El poema de Lucano, «Bajada de Orfeo a los infiernos», obtuvo el primer premio y mayores aplausos que el de Nerón, que recitó un poema describiendo la transformación de Níobe y no gustó tanto. Afortunadamente, Halys nunca había sido competencia para Nerón, hecho que lo salvó de sus garras.

Más tarde, cuando los servicios de Halys no eran tan requeridos por Nerón, el bando de los sacerdotes estimó oportuno embarcarlo en otra misión. Con gran inteligencia convencieron al César de la conveniencia de dar a conocer sus composiciones a todos los súbditos del Imperio. El proyecto fue acogido por este con una ilusión inaudita. ¡Cómo no se le había ocurrido a él semejante posibilidad! Su obra literaria, pensó el trastornado César, engrandecería su nombre en los territorios más alejados. De modo que Nerón se convirtió en el más ferviente apoyo y el mejor aval de dicho proyecto, estaba convencido de que esta singular iniciativa inmortalizaría su nombre no solo como gran estadista, también como poeta y literato. Así fue como el emperador permitió la salida del muchacho hacia la alejada Augusta Emerita, donde el bello liberto tenía dos misiones: crear una biblioteca y otra secreta: conseguir los libros sibilinos.

Por fin parecía que sus súplicas habían obtenido el beneplácito de los dioses y el destino le concedía algunas gracias, la principal, alejarse de Nerón. La naturaleza desconfiada y vivaz de Halys, como de serpiente escurridiza, provenía de las circunstancias, llevaba demasiado tiempo en la corte de Nerón, a la que llegó, siendo todavía un imberbe, durante su primera etapa de gobierno, caracterizada por una política juiciosa y de amplias miras administrativas por todos elogiada, incluido el Senado, al que por entonces escuchaba. Pero aquel periodo acabó y llegó el

despropósito. El liberto había asistido al nacimiento del monstruo Nerón, al que la locura y la crueldad arropaban sin límites, había matado a su madre, envenenado a su hermanastro Británico y despachado a muchos otros que le habían servido con fidelidad exenta de duda, de manera que Halys tenía claro que su vida valía menos que un soplo de aliento al expirar. Su camaleónica personalidad le había permitido librarse de las múltiples sentencias de muerte, destierro y otros castigos que el emperador dictaminaba, la mayoría sin argumentos. Lo cierto era que el pacto con los sacerdotes le pareció una oportunidad maravillosa para alejarse del núcleo de podredumbre que rodeaba a Nerón.

La nueva tarea de sus jefes no le pareció muy difícil. Las explicaciones de su contacto no estaban perfiladas al dedillo, y su vaguedad no era muy del agrado del joven, al que podrían reprochar sus movimientos, pero también había margen para ponerse a cubierto. Su contacto le había anunciado que debía conseguir los libros sin armar mucho alboroto. El destino fue determinante en los hechos que acontecieron a la postre y que favorecieron con increíble fortuna al bibliotecario. Sin hacer nada, Furnio le entregó los libros, y en esa tesitura, Halys concibió el plan de entretener la misión y estimó pertinente dejar los libros en manos de aquel, que seguía sus indicaciones al pie de la letra. Los libros estaban controlados y la vida del liberto preservada de las garras del bando contrario. El reloj corría a su favor, y en esa espera el bibliotecario se sentía a salvo. Ya hacía rato que Lobo había desaparecido del foro, pero el impacto de su visita resucitó viejos miedos como callos adheridos a su pulso. El bibliotecario tenía el susto en el cuerpo y deambulaba ajeno a la realidad de la plaza, con el estómago encogido y el corazón desbordado. Parduzcas ojeras acentuaban sus cansados ojos castigando la belleza de un rostro medio divino. Todo alrededor de Lobo olía a muerte; las buenas noticias salidas de su repulsiva boca le dejaban un sabor agrídulce. Y en esa actitud taciturna, ensimismado en sus pensamientos, encontró a su aliado emeritense, el senador que le había ayudado a liberar al carnicero.

—Mi querido y buen amigo Halys, gentil romano donde los haya —saludó vivamente el senador.

—Vaya susto que me has dado —contestó el otro aterrizando de sus pensamientos.

—No me extraña, tenías la cabeza colgando del cuello, ¿descubrías una teoría metafísica? —El senador pasó una mano por el hombro del muchacho—. Llevo un rato observándote y no has parado de dar vueltas, apuesto a que no has probado bocado.

—No tengo ganas de comer, las náuseas me ahogan el estómago.

—¿Algún problema, muchacho?

—Olvidemos las penas —concluyó el liberto imperial.

—Pues entonces vayamos a tomar una sopita de ajos en el puesto de Marcela la Arriscá.

—No me hables de comida.

—Las sopas calientan los estómagos del frío y esta de ajos lleva pan que absorbe de maravilla las bilis, te apuesto a que calmará la destemplanza de las tripas, que se ponen así porque no les echamos cuenta, hazme caso.

Halys se dejó llevar, quizás la sopa calmase su desazón igual que las malas noticias revolvían los estómagos.

—Hace un rato que me he tomado unos chorizos y unas habas con tocino y por vergüenza no he chupado el cuenco de barro.

—¿Y dónde te cabe tanto? —preguntó el muchacho sin ninguna sorpresa. El otro se encogió de hombros—. ¿También donde Marcela?

—No, en el puesto de la otra esquina, fuera del foro.

El puesto de Marcela consistía en un pequeño fuego de vivas brasas, a punto desde las primeras horas del día. Sobre los rojos carbones unas trébedes en círculo calentaban los distintos peroles que preparaba Marcela con comida caliente. Continuamente había gente comprando caldos, sopas y hasta legumbres para calentar el cuerpo. Un pequeño mostrador de lata medio tambaleante en forma de semicírculo separaba a los venteros de los clientes. Por dentro del mostrador no había mucho espacio, entre cubos, barriles y aperos de servicio. Junto a Marcela, insignia del negocio, se movía con parsimonia su esposo, que asumía sin conflicto su segundo lugar en aquel mundo de líquidos humeantes. Marcela la Arriscá, como la llamaban por la guasa y el cachondeo con el que gustaba desenvolverse, era una mujer de casi cincuenta años, de redonda cara y figura, su leve sobrepeso no dificultaba sus movimientos y su sonrisa era la más poderosa arma de atracción para la prosperidad de la caja. La vendedora rebosaba simpatía incluso con los transeúntes que pasaban de largo, a los que llamaba la atención cuando había tiempo para ello. Marcela la Arriscá tenía mucha alegría, nunca estaba triste y trasteaba de un lado para otro quitando la mayoría de los esfuerzos al endeble de su esposo, que sufría sus culazos sin ningún disgusto y con una fina sonrisa, más encogida que la de la Arriscá, pero del todo sincera.

—Marcela, cuando su señoría pueda, dos estómagos tristes la reclaman.

—Ay, ay, excelencia, si me visitara más no dejaba yo que el estómago se le viniese a menos.

—¡Cuánta razón tienes! Pero qué se le va a hacer... Habrá que trabajar, ¿no?

—Y que no falte, excelencia... ¿Qué va a ser?

—Dos sopas de ajo. —El senador se acercó a la mujer y le guiñó un ojo—. Por favor, que se le vea bien el jamón, que no sea solo pan... Ya sabes que buen servicio, buen pago.

—Con usted, señoría, voy yo a cualquier sitio, diga que sí —devolvió la mujer con alegría sabiendo que la propina sería sustanciosa—. ¡Arriscao! —gritó Marcela con chispa a su esposo, al que se le había quedado el mote de ella—. Dos cuencos de barro, tráelos de color rojo —y giró la cabeza correspondiendo el guiño del senador,

que ya sabía por otras veces que eran más hondos que los otros.

La sopa era una delicia, el caldo tenía su grasa y se percibía el sabor fuerte y picante del ajo frito, que dejaba caldeada la boca con un aroma intenso. Al senador emeritense le encantaba sentir la solidez pesada del ajo inundando el paladar; hecha con mucho amor, gritaba la Arriscá cual eslogan de marca propia, y con ingredientes de la tierra, añadía enseñando los dientes. Y luego, con gran sarcasmo, terminaba por decir... Que si no..., mucho te quiero perrito, pero pan poquito... No, no, aquí donde la Arriscá mucho pan, mucho pan, ja, ja...

—¿Quién era ese de la capa con capucha? —preguntó el senador.

—¿Quién? —repitió Halys haciéndose el despistado.

—Uno que tenía una cicatriz imponente.

Halys lo miró dudando si interpretar uno de sus papeles. La sopa le había calmado el estómago y le había dejado una sensación de calor y bienestar que no deseaba perder.

—En otro momento quizás te responda.

—Ahora es buen momento para escucharte —respondió el magistrado local.

—No lo es para mí —agregó el liberto.

—Si me vuelves a pedir ayuda, te mandaré al cuerno, me la he jugado por ti y tengo derecho a saber qué pasa.

—Te la has jugado porque te convino lo que te ofrecí, te la has jugado por eso, no te confundas, nunca lo has hecho por mí.

—Eres poco agradecido, joven. A los de Roma se os olvidan pronto las hermandades. En su momento mi ayuda te salvó la vida, mientras que quizás a mí me suponga la cárcel. Si cuento mi historia, sonará a invención, nadie la creerá. Concluyendo, que mi futuro está atrapado y en cambio el tuyo parece estar libre como el viento.

Halys sabía que decía la verdad, y sintió pena y una especie de solidaridad por su aliado.

—Este hombre que has visto —finalmente prefirió apaciguar al magistrado por si volvía a necesitarlo— trabaja para las mismas personas que yo y ha venido a comunicarme que los libros sibilinos están en las manos adecuadas. Ha terminado todo.

—No pareces muy contento por las buenas noticias.

—Sin embargo, lo estoy, otros menesteres enturbian mi felicidad —dijo el liberto con la cara mustia.

—¿Y tú qué harás ahora? ¿Te marcharás a Roma con los sacerdotes?

En los planes del joven no había tal opción.

—Pero bueno, no hace mucho me llamaste de madrugada y me soltaste un discurso lleno de ardor, parecías el líder de vuestro grupo... ¿Ya te da igual que el Imperio se llene de religiones, como me dijiste? —increpó el magistrado exigiendo respuestas.



—Lo único que yo deseo es vivir en paz, me da igual las religiones que haya.

—Muchacho, no puedo creer que te den igual todas las religiones, no te entiendo, juraría que creías con firmeza en tus ideas, que era firme tu verdad, y ahora dices lo que dices —se explicó el senador—. Aunque yo pienso que ninguna religión hace daño, y si alguien cree en ella, por qué quitar ese apoyo a nadie.

—Pues acabas de escuchar mi verdad, guardada en lo más profundo de mi interior. He podido sobrevivir porque siempre he puesto el máximo empeño en representar lo mejor que he podido todos los papeles que otros me han asignado, en creer lo que otros me han obligado, otros, cuyas espadas siempre han estado vigilantes sobre mi cuello, defendiendo así la vida de mi esposa y la mía —dijo con tristeza.

—Y ahora, ¿qué papel representas? ¿El de mejor lacayo de sus jefes o cuál?

—¡Qué triste me siento! Ojalá supiera cuál, estoy harto de medir mis palabras, de medirlo todo, de seguir la corriente que otros marcan. —Halys aguantaba las emociones apretando los labios—. Estoy seguro de pocas cosas, entre ellas que quiero a mi esposa y que me gustaría vivir aquí en la colonia, entre libros y pinceles.

El cuenco de la sopa calentaba los dedos y los dos se aferraban a este calor incombustible.

—Siempre he pensado que eras una persona feliz, a mí me has engañado, muchacho.

—Olvida lo que te acabo de contar, todos tenemos complicaciones en nuestras vidas.

El senador emeritense se calló, por primera vez tenía la sensación de estar ante alguien en el que la mentira y la verdad se mezclaban sin fronteras.

—Vamos a darnos un chapuzón de agua caliente —dijo el senador deseando sonsacar al liberto el estado del contrato que tiempo atrás convinieron—. Debemos alegrarnos por los libros sibilinos. ¿Crees que volverán a molestarnos desde Roma?

—Solo el tiempo despejará esa incógnita.

Arria Pale rumiaba la preocupación por la vuelta de Cornelio Severo. Desde entonces, todas las tardes ponía pies en polvorosa hacia la asociación de mujeres acompañada de Marcia y de la nana. Ciertas cuestiones pertenecían al universo masculino y correspondía al cabeza de familia resolverlas. Furnio debía hacer frente a su amigo, y la culpa y la vergüenza se lo comerían. Arria Pale tenía el corazón encogido desde que su hija rompió con el abogado, no era solo el cariño que le tenía a este, era también la certeza del buen hombre al que Marcia renunciaba y su duda sobre el sano juicio de su hija para elegir esposo. Ni ella ni Furnio pretendieron nunca arreglar un matrimonio de conveniencia para la economía de la familia o para su prestigio, apostaron por conceder libertad al corazón de Marcia, dejarlo libre en el camino del amor, bello sendero ese, pero en vista de lo ocurrido, de su irresponsable

y más que reprochable conducta, ahora se cuestionaban sus propias decisiones y dudaban del acierto de las mismas.

La ruptura del noviazgo entre Marcia y Capito ya era *vox populi*. Arria Pale deseaba saber qué se decía al respecto, de modo que había mandado a las calles a las sirvientas más antiguas, cuya fidelidad era innegable. El encargo era claro, espiar los chismes sobre su hija que ella imaginaba entretendría al vecindario, misión a la que ellas se prestaron gustosas. Después de unos días deambulando por los corrillos de comadres y de transitar el foro y las termas, en su cotidianeidad prohibidas, transmitieron las averiguaciones a su jefa con celo eficaz de buenas trabajadoras. Capito era el protagonista indiscutible de las habladurías. Las tres mujeres coincidían en sus versiones con sutiles diferencias, a Capito se le consideraba una celebridad y su soltería había sido recibida como una bendición de los dioses. Las muchachas se volvían locas por él, daba igual su estrato social, les gustaba a todas, y las más descaradas no dudaban en comentar las medidas de su porte con picardía. Su hazaña en el circo había disparado las fantasías sobre sus cualidades, y así informaban de que Demetrio había recogido la excitación de la comunidad moldeando una estatua a tamaño real de Capito, y aunque la iniciativa había sido suya, en cuanto acabara el trabajo la ofrecería al senado para rendir honores al valiente abogado que impulsaba el nombre de su pueblo tras las murallas. El escultor se había hecho eco de historias que ondeaban por la colonia, algunas próximas a relatos mitológicos, donde se exageraban los atributos y virtudes del héroe con exhuberancia digna de otros mundos. De la variedad de versiones que competían por el favor del público como verdadera, la inspiración de Demetrio se había prendado del relato de un asalariado que trabajaba con caballos y que aseguraba haber visto a la diosa Iris, mensajera de los dioses, volar sobre los de Capito prestándoles sus alas, de este modo consiguió su carro impulso suficiente para alcanzar la meta a pesar del cuchillo en la espalda del conductor; este mismo joven aseguraba haber visto la estela de colores del arco iris que la diosa Iris deja siempre que vuela. A Demetrio le pareció sublime aquella visión y moldeaba el cuerpo de Capito con pequeñas alas que lo aproximaban al mundo de los cielos, al que todos parecían encumbrarlo. Además, las sirvientas no olvidaron hablar de los munera que permitieron la hazaña y lo presente que tenía el pueblo las arcas privadas de la que habían procedido. La generosidad de Furnio atemperaba las críticas hacia su casa. Su apoteósico prestigio entre el pueblo impidió al resto de sus correligionarios condenarlo al ostracismo. Este agradecimiento de la colonia hacia el recién estrenado duunviro estaba presente cuando se hablaba de su hija, y así se lo hicieron saber las sirvientas a Arria Pale. El ama escuchaba con atención las historias traídas por el servicio, las dejó hablar en vista del fervor que manifestaban por el tema, del que parecían informar con absoluta libertad, enmendándose entre ellas cuando sus versiones no coincidían o alguna hablaba largo tiempo. El físico de Capito llenaba sus bocas; sobre él se despachaban las mayores bondades. Ninguna olvidaba la hombría y el deseo que su musculosa figura despertaba en el sexo

opuesto. Cuando la matrona advirtió una recurrencia desmesurada del mismo punto, interpeló a la servidumbre sobre el encargo en cuestión, exhortándolas a reconducir el alboroto alentado por la naturaleza femenina. Las sirvientas centraron entonces sus pesquisas en los rumores y comentarios sobre la decisión de Marcia, a la que se juzgaba con más severidad dependiendo de la voz de origen. Si provenía de la clase alta, se alegraban con expresivo regocijo por la ruptura entre ellos y nada más añadían en público. En cambio, si nada podían sacar de este hecho, los comentarios tildaban a Marcia de loca por atreverse a romper con semejante efebo. Arria Pale escuchaba con atención los juicios y las críticas, convenía estar al tanto. Por otra parte, la matrona suponía que la soltería de Capito no duraría mucho, pues le harían todo tipo de solicitudes de matrimonio. ¡Ojalá y cuajasen!

Esa tarde Marcia estaba especialmente alegre, incluso se había maquillado para ir a la asociación. A su madre no le había pasado por alto la exaltación de su ánimo, que parecía unido a la correspondencia recibida el día anterior: tres cartas de Diophanes de un grosor llamativo. Y lo que su mente explicaba consecuencia de la estrecha y larga amistad entre ambos, su intuición desbarataba con un presentimiento turbio. El descenso de su hija a las puertas de la muerte condujo a Arria Pale a observarla con atención continua. La rápida recuperación de aquel trance devenía antinatural y generaba en la madre un sinsabor que pronosticaba un futuro fatídico. Marcia pasaba página a su fugaz noviazgo con Capito como si ningún vínculo les hubiese unido. Cuanto más feliz veía a su hija, más rara se sentía Arria Pale, más peligros presentía, menos entendía qué sucedía. Marcia estaba radiante, la poderosa luz del amor calentaba su ser.

—Parece que Diophanes tiene muchas cosas que contarte —insinuó Arria Pale camino de casa de Sabina ante la mirada suspicaz de la nana.

—Madre, allí en Roma no conoce a nadie, y dice que le hace bien escribirme, que se siente menos solo.

—Pero tendrá más amigos con los que desahogarse, ¿no?

—Claro, padre también ha recibido otra carta —respondió Marcia, haciéndose la distraída ante las inculporias palabras de su madre.

—¿Y qué te cuenta? —insistía Arria Pale.

—Supongo que lo mismo que a padre, las cosas de Roma —dijo con nerviosismo mal disimulado.

—Pero a tu padre solo le ha escrito una carta, y tú ya llevas bastantes.

—¿Te molesta que me escriba Diophanes? —Buscó Marcia una salida a la encerrona.

—De ningún modo, jovenzuela, yo misma le insistí a Diophanes, le quiero como a un hijo y me importa lo que le ocurra, como también quiero a Capito.

—¿Y ahora qué tiene que ver Capito en todo esto? —dijo Marcia visiblemente molesta.

—Lo nombraré cada vez que lo crea oportuno, de la noche a la mañana no voy a

olvidarme de él, y si no te gusta, te aguantas.

Se hizo un incómodo silencio que nadie se atrevía a traspasar. Al cabo de un rato y en vista de que llegaban a casa de Sabina, Arria Pale zanjó el tema.

—Esta noche hablaremos sobre Diophanes o, mejor, me dejarás leer sus cartas, estoy tan preocupada por él...

—Pero si está bien... las cartas son para mí.

—No creo que tengas inconveniente en que las lea yo, ¿no? ¿Qué puede decirte que yo no pueda saber?

La nana le dio a Marcia en el brazo, era mejor decirle que sí, ya buscarían luego cualquier excusa. Si insistía en lo contrario, sospecharía aún más. Aunque también podía ser el momento de confesar su secreto noviazgo.

—¡Por fin llegáis! —saludó Sabina con impaciencia en cuanto las vio—. Hace rato que os esperábamos, queremos vuestra opinión porque tenemos dudas sobre el remate del mantel. ¿Encaje o bordado?

Apenas tomaron asiento, una esclava les sirvió una infusión de menta, luego saludaron a las socias y se sumaron a la conversación común. Abelardo Aldo Cecilio había convidado a la curia emeritense y sus familias a la fiesta que pensaba organizar. Apenas supo el nuevo procurador provincial que debía quedarse en Augusta Emerita más tiempo del que sus planes habían previsto, recondujo su planteamiento inicial. Era obvio que no podía vivir al margen del pueblo al que gobernaba, debía integrarse, era el discurso que explicaba su cambio de actitud y esta novedosa iniciativa, de la que se reía con descaro y desprecio en su fuero interno. Bien poco le importaban los lusitanos, solo ansiaba controlar la situación, no era persona de gastar energías en balde, y aunque tenía empleados oídos y ojos en la misión de estar al día, era imprescindible conocer personalmente a quienes debía controlar, no había llegado adonde estaba fiándose de unos y otros. Este era el auténtico trasfondo que había revolucionado la asociación y había propiciado la cena convocada. Una de las socias había sugerido llevar un presente a la familia del primer mandatario, y las demás aceptaron con entusiasmo. Habían encargado tres alfileres para las hijas del procurador, una pulsera para la esposa, un sello para el insigne romano y, por último, habían acordado bordar una mantelería cuyo remate no lograba la unanimidad del grupo. Unas veían más fino el encaje y otras apostaban por la elegancia del bordado.

—Me han dicho que las hijas del procurador son bastante feas —dijo Calpurnia—. Las salva el arreglo.

—¿Alguna de vosotras las ha visto? —añadió una de las socias.

Todas negaron con la cabeza.

—A mí me han dicho que son muy guapas y que no pierden el tiempo preservando sus llamativos atributos, por eso el procurador no las deja salir. Los de Emerita no gozamos de rango bastante para el coqueteo de las refinadas féminas —contó otra.

—¿Y a quién le importa lo que piense ese de nuestra gente? —dijo con el orgullo

herido Calpurnia, a la que nadie opuso reparo en su consideración de emeritense—. Tampoco él es tan importante...

—Sí que lo es, de momento ocupa el puesto del gobernador —afinó Sabina.

—Pero solo es el procurador.

—Para el caso da lo mismo, él manda y nosotras obedecemos. ¿O tú no obedeces, Calpurnia? —le dijo una.

—Yo solo obedezco a mi Sulpicio Superster, y cuando no consigo engañarlo...

Las risas fueron generalizadas.

—Pues yo he escuchado a mi marido decir que en el primer concilio de la provincia que celebraron, el procurador les dejó claro que ellos tenían voz, toda la que quisieran, pero el voto de los consejeros lusitanos estaba supeditado a su propia consideración —informó una patricia joven con un bebé en los brazos.

—Por Venus, qué bien habláis las de Pax Iulia, ¿cómo has dicho? ¿Supeditar? —Se metió Calpurnia buscando la brega.

La joven se quedó muda y visiblemente ofendida ante tamaña muestra de desprecio. Apenas conocía a nadie en Augusta Emerita, a la que se había trasladado después de dar a luz, hacía poco tiempo. Su esposo había sido nombrado miembro del concilio lusitano y vivían temporalmente en la colonia. Las labores de la maternidad dejaban poco tiempo libre a la joven, que, no obstante y aconsejada por su madre y su marido, se asoció a la asociación emeritense para buscar la compañía de otras mujeres de su mismo rango.

—Calpurnia, a ver si tienes más consideración con la chiquilla, que acaba de mudarse, igual que tú —le riñó Sabina—. Hija, tienes nuestro apoyo para lo que se tercie.

—Perdona, chiquilla —se disculpó la de Metellinum—. No era mi intención ofenderte.

—No le hagas ningún caso, cuando la conozcas mejor, verás que tiene un corazón de oro —se solidarizó Marcia con la muchacha.

La joven de Pax Iulia aceptó las disculpas, pero no se atrevió a decir nada más.

—Pues a mí me ha dicho Tito Emilio que el procurador tiene los ojos de un azul intenso como el mar —dijo Julia.

—Pero a ver, de verdad, es que os gusta ponerlos finas... —Volvió Calpurnia a la carga—. ¿Cuántas habéis visto el mar para decir eso?

—Yo he visto el mar, porque he viajado en barco hasta Roma —dijo victoriosa la joven de Pax Iulia.

Marcia enseguida reclamó su atención preguntándole por la metrópolis de sus sueños.

—Pues debo deciros que yo sí conozco al procurador —habló por primera vez la esposa de Antestio Persico, llamada Eleodora, convirtiéndose de ese modo en el centro de atención—. Vino con su familia la semana pasada para ver los ejemplares de nuestra cuadra.

—¿Y qué más? —reclamaron las demás.

Eleodora era una mujer de estatura pequeña, carnes escasas y parca en palabras, sin embargo, la belleza de su cara la acompañaba sin avaricia, no tenía rival, igual que su discreción, que a nadie importunaba.

—Pues no puedo decir mucho más. El procurador me pareció algo inquisitivo, pero tampoco creo justo hablar mal de él sin conocerlo bien.

—¿Y las hijas?

—Son muchachas normales, educadas y amables, y desde luego muy bien vestidas.

—Eleodora, para ti no hay nadie malo —intervino Calpurnia—. Decir eso de las romanas es como no decir nada.

—No me gusta hablar mal de la gente, Calpurnia.

—Pero podías contarnos algún detalle, ¿no? ¿Saben montar? ¿Compraron algún caballo? —insistió otra de las socias.

—Ya sabéis que en los negocios de mi marido no me meto.

—¡Pero qué sosa eres, Eleodora! —Calpurnia soltaba sin filtro lo que pensaba.

La protesta de las contertulias fue generalizada ante la imposibilidad de sonsacar nada sustancioso de la mujer.

—¡Tranquilidad, amigas! Si queréis chismes, os voy a contar uno de los buenos pero sin revelar la fuente, así que no me preguntéis por ella, que se me puede ir la lengua —arrancó una con salero—. Por lo que sé, el procurador y su esposa no se llevan nada bien, por lo visto cada uno tiene sus amigos íntimos... Ya me entendéis —añadió con picardía y media sonrisa.

—¡Venus nos proteja! Todo eso son habladurías de mal gusto, mejor haríamos no hacer caso de ellas —resolvió Arria Pale en tono conminatorio.

Algunas de las socias se miraron. Nadie contestó a Arria Pale, pero a la mayoría les apetecía cotillear sobre la familia del procurador, representantes del modelo a imitar.

—¿Irás, Marcia, a la fiesta del procurador? —preguntó la hija de una socia con un tono tan vehemente que ocasionó de inmediato la atención de Arria Pale.

—¿Y tú? —contestó con garbo Marcia, ajena a la polémica, con desenfado, y luego continuó hablando con la de Pax Iulia como si tal cosa.

—Domitila, debes moderar tus impulsos animales, hija —salió al quite Calpurnia, deseando ridiculizar a la joven, de la que odiaba su ampulosa vanidad.

—Le he preguntado a Marcia porque me gustaría que fuésemos juntas a la fiesta —contestó la otra, dirigiéndose a Calpurnia con dulzura, a la que continuamente buscaba caerle en gracia, del todo convenía tener contenta a su lengua de pájaro que nada callaba. A continuación desató hacia todas las socias la sonrisa más candorosa e inocente que había ensayado—. ¿Qué me dices, Marcia?

—Debes buscar otra compañía, joven Domitila, yo no iré a ninguna fiesta —contestó la aludida con una sonrisa aún más embaucadora por su frescura y

autenticidad.

En ese momento Arria Pale volvió a tener uno de los presentimientos que tanto la descomponían. Era imposible que Marcia no quisiera ir a esa fiesta, que constituía un acontecimiento de primer orden incluso para las naturalezas más retraídas, no era propio de ella renunciar a semejante jubileo con tanta conformidad.

—Si no tienes con quien ir, puedes venir conmigo, Domitila —volvió a entrometerse Calpurnia intentando crear polémica.

—Pero ¿cómo le haces caso, Calpurnia? Domitila vendrá con nosotros, por supuesto —zanjó el tema su madre.

En ese momento Julia cambió de asunto.

—¡Tengo una buena noticia! Ayer recibí otra carta de mi hijo Marco Emilio —contó con una alegría que se disipó al momento—. ¡Cuánto le echo de menos! No sé cómo su padre ha consentido que se fuera a Roma.

—Ya sabes cómo son los hombres, la carrera política es lo primero —dijo una socia.

—Pero es como yo le dije a mi hijo. ¿Por qué no ingresas en el senado de Emerita? Es nuestra tierra —la mujer se emocionó con el recuerdo de sus propias palabras.

—Vamos, vamos, Julia —la meció con cariño Sabina, intentando tranquilizarla—. En Roma no está solo, allí están mis hijos, está Diophanes y otra mucha gente, lo que importa es su felicidad. Yo también pasé lo mío cuando mis hijos se marcharon, encima los dos, pero ellos están contentos y es lo que cuenta; te acostumbrarás.

—No creo que pueda acostumbrarme a su ausencia.

—¡No seas pamplinosa, mujer! —sentenció Calpurnia.

—No es por ofender, pero quien no tiene hijos no sabe lo que se siente —se defendió la otra harta de aguantar a la de Metellinum.

—Las que no somos madre porque la naturaleza así lo ha querido también tenemos corazón, no somos bestias, ¿sabes? —La interrumpió Calpurnia dolida—. Creo que no valoras la suerte que tu hijo tiene y que muchos querrían. No es nada raro que los jóvenes quieran ir a Roma, yo lo encuentro de lo más natural para los que tienen la sangre viva. A tu querido hijo le han salido los planes mejor de lo que esperaba, se le han abierto las puertas en la capital del mundo... Vamos, que no es para estar todo el día con el moco tendido —terminó la perorata en tono ligero.

—No he querido ofenderte, Calpurnia —agregó Julia deseosa de apaciguarla.

—Eres muy llorona, mujer, muy llorona, todas las tardes tienes que llorar, y no es para tanto, que tu hijo no se ha muerto, se ha ido a Roma y está en la corte de Galba, ¡recuérdalo! Y no en las legiones o mendigando por las calles, como hay muchos.

Las palabras de Calpurnia fueron acogidas por las contertulias con aprobación.

—¿Y cómo ha conseguido meterse en la corte del emperador? —preguntó otra, madre de un amigo de Marco Emilio—. ¡Qué bien relacionados estáis! Ahora mi hijo también quiere marcharse a Roma y no para de hablar de lo bien que le va allí a tu

hijo —dijo dirigiéndose a Julia—. Su padre no le da permiso y de momento respeta su voluntad, pero no me fío, cualquier día nos da un susto.

—Menuda suerte la vuestra, quieran los dioses que siga en casa por mucho tiempo —contestó Julia—. ¡Ojalá mi marido hubiera hecho lo mismo que el tuyo! Pero Tito Emilio es un blando y mi hijo se ha salido con la suya.

Después de una breve pausa, la triste matrona se serenó algo más.

—Marco Emilio no me cuenta nada de su trabajo y poco de lo que pasa en Roma, es a Tito Emilio a quien sonsaco.

—¡Cuenta, cuenta! —pidieron las demás unánimemente.

—Todos en Roma creen que Galba nombrará pronto sucesor a nuestro Otón, pero todavía no lo ha hecho, y me parece que es importante que lo nombre cuanto antes, porque él ya es viejo y además el ejército no lo quiere.

—¿Y el ejército apoyaría a Otón?

—Sí, porque les ha prometido cumplir las promesas que Galba les hizo.

—Pues mis hijos dicen que a Otón tampoco lo quieren las legiones que están por donde los bárbaros —Sabina contribuyó a la conversación.

—No creo que eso sea tan importante, ¿no? —añadió otra—. Lo digo porque los bárbaros están muy lejos.

—Según cómo se mire —intervino Marcia—. Esas legiones están en Germania, por encima de la Galia, y tienen mucho poder porque han ganado muchas guerras —hablaba animadamente, Diophanes la tenía informada al dedillo—. Hace un frío que pela todo el año.

—También dicen mis hijos que el pueblo está harto de Galba, le tienen miedo porque tampoco ha sido fino con el acero —agregó Sabina—. Roma desea un nuevo emperador y a lo mejor hay otra guerra.

—¿Guerra otra vez? Pero ¿quiénes? —dijo alguien.

—Yo creo que entre el ejército.

Ninguna de las mujeres de la asociación entendió bien contra quién lucharía el ejército, pero nadie quiso preguntar, hablar de guerra traía mal agüero.

—También me han hablado mis hijos del gran juicio que se está celebrando en Roma, ya sabéis, por el robo de nuestro mármol lusitano. —Sabina recordó con un suspiro a su difunto Pompeyo Prisco—. No sabéis la que tenían organizada esos dos lémures, sinvergüenzas y odiosos asesinos, a los que deseo que ajusticien lentamente. Al menos, me queda el consuelo de que la muerte de mi esposo no fue en vano y de que los culpables paguen lo que hicieron.

Cuando la congoja no impidió el desahogo a Sabina, les contó con pelos y señales el relato del macro juicio que se desarrollaba en Roma y del que sus hijos la tenían al día. Les reveló que Julio Ploto era inocente, que había protegido al mayor de sus hijos, que fue a Roma a entregarse. La noticia causó estupor. En cuanto a Cassio y Terencio, aún no les había llegado el turno.



Cornelio Severo llevaba toda la mañana descansando; había contratado los servicios de un masajista ante su desgana por salir. Le acompañaba una tristeza inusual que relacionaba con el agotamiento físico y la desazón persistente por la desgracia de su amigo Julio Ploto, que ahora ya, sin necesidad de paños calientes, entendía como una terrible calamidad. Poco después de la hora sexta, decidió ir en busca de Furnio, lo había echado en falta. El interés por trasladarle las insólitas primicias sobre Roma devengaba buena medicina contra el decaimiento y la pena. Se encaminó al foro. Hacía días que no se le veía por el senado, ni por ningún otro sitio, le dijo Valerio Hymino con impronta de éxito, lo que a Cornelio Severo le dio mala espina. A continuación, sin darle cancha, abandonó el foro y se personó en casa de Furnio, y tuvo suerte, su amigo estaba allí, en el despacho, mirando absorto el techo.

—Viejo amigo, ni un solo día he pasado en Roma sin acordarme de Emerita y de su gran duunviro —Cornelio Severo entró con las manos abiertas—. Te eché de menos en la inconmensurable metrópolis del mundo, centro del destino de todos nosotros, sus súbditos, y a pesar de tanta grandeza, mis días allí estuvieron cubiertos de una tristeza que ni recordar quiero.

—Aquí, amigo mío, también hemos sufrido tu ausencia, y yo más que nadie.

Se abrazaron con distancia, palmeando la espalda cada uno del otro mientras sonreían. Estaba claro, Capito no había puesto en antecedentes a su padre. Quizás fuese lo mejor. Cornelio Severo preguntó por Arria Pale y Marcia, estaba deseando verlas. La respuesta de su amigo fue escueta, evitando dar pábulo y protagonismo a un tema que a la postre sería la amarga guinda del reencuentro. Prefería gozar de la amistad de Cornelio Severo siquiera algunas horas más. El duunviro justificó su breve respuesta en atención a un deseo que se imponía: saber de Julio Ploto.

Cornelio Severo luchaba por quitarse de la cabeza el casi permanente pensamiento y la agobiante agitación interior que sentía al recordar la cruel historia del amigo, cuyo final sin esperanza, sin futuro, abría una herida en las profundidades de su alma. Y así, le confirmó que la justicia seguía su proceso y al hijo mayor de Ploto lo juzgarían por delito de alta traición a Roma, lo que le aseguraba pena capital o trabajo en las minas que en ningún caso convalidarían por el exilio. Servilio Modesto logró una rectificación pública del tribunal para restaurar el honor de Julio Ploto, que a este, en semejantes circunstancias, importaba bien poco; rectificación que también se realizaría en la colonia de Augusta Emerita de donde salió como detenido y en Olissippo, su población de origen. También se le concedería a Julio Ploto una compensación económica, a la que no renunció por empeño de Cornelio Severo. Hasta el final lucharon los dos lusitanos por salvar al joven. En privado lograron audiencia con Servilio Modesto, que concedió la entrevista a sabiendas del fiasco en que se embarcaba, pero su conciencia no le permitió negar esta petición, el último recurso del empresario naviero. Así se lo refería Cornelio Severo a Furnio, recordando aún ese día como una llaga sangrante, deteniendo sus palabras en una congoja inmisericorde que entrecortaba su voz de vez en cuando.

—Lloré, Furnio, lloré como un imberbe, todavía lloro cuando recuerdo a Ploto a los pies de Servilio Modesto suplicando por la vida de Asilio, porque cambiaran la cárcel por el exilio. —Se hizo un profundo silencio. A medida que se imbuía en los recuerdos, la garganta se le paralizaba. Cornelio Severo se levantó y se acercó a las estanterías del fondo evitando llorar. Imposible se le hacía contener la pena, las lágrimas irrumpieron incontenibles, rodaron copiosas. A Furnio un velo de confusión pareció nublarle los ojos, sentía paralizados sus músculos, no podía moverse de la silla, no podía consolar a su amigo, un temor a caer fulminado le mantenía como un palo incólume pegado a ella. Al cabo de un rato, Cornelio Severo prosiguió—. Si lo hubieras visto, Furnio, besando los pies de Servilio Modesto, agarrado a sus tobillos; varios sirvientes debieron acudir para levantarlo, pero él siguió arrodillado ante nuestro amigo, cambiando su vida por la de su hijo, babeando, gritando porque alguien se apiadara de él y le matara, puesto que yo no se lo permitía..., no logro quitarme ese momento de la cabeza, bueno... no logro arrancar de mi cabeza tantos momentos..., parecen poseerme, no sé, no me siento yo.

—¿Y Servilio Modesto? —preguntó Furnio repitiendo la pregunta por segunda vez con un tono de voz más alto.

—Servilio Modesto habló poco, entendía a Ploto, comprendía su situación, pero nada estaba en su mano, y dudo que de haber podido salvarlo, lo hubiera hecho. Mantuvo la mirada fija sobre los papeles de la mesa, aguantando la tensión del momento con los labios apretados. Sus últimas palabras fueron: «Mediaré una condena justa. Me interesaré por él mientras yo viva, y quizás algún día, cumplida parte de su pena, se pueda recurrir para que le conmuten los años que le resten de cárcel por el exilio». Nos dejó en la sala y se marchó. Al salir me agarró el antebrazo como si quisiera apoyarse en él y me dijo: «Dime tú, ¿qué puedo hacer yo si el muchacho es culpable?».

Cornelio Severo pronunció la última palabra en susurros. La dureza del recordatorio ahondaba la pena. El hombre hacía un serio esfuerzo por controlar las emociones.

—En otro momento te contaré con detalles las sesiones del juicio a las que asistí gracias a Marco Emilio, que tenía autorizaciones de Galba. Mucho debo decirte sobre el juicio, digno protagonista de una amplia sesión informativa —anunció el flamen provincial—. En Roma todo es ampuloso. Ahora entiendo mejor el estilo en los pleitos de mi hijo, al que atribuí cierta petulancia como jurista, sin embargo, viendo a otros y la parafernalia por la que se guían, me he dado cuenta de que es así como lo hacen en Roma. Aquello es otro mundo, otro mundo —concluyó dando por zanjado el tema.

A continuación cambió de tema y espetó interrogante a Furnio por los acontecimientos de la colonia. Furnio solventó su curiosidad de un plumazo: nadie había muerto en su ausencia, nadie se había marchado, ni tampoco conocía ningún nacimiento. Sin embargo, importantes movimientos en otros ámbitos podían

destacarse. Furnio hablaba lentamente, enjuiciando la ocasión más propicia para exponerle su martirio particular. De momento no lo veía factible, apenas hacía unos segundos que su amigo se había derrumbado, una novedad en su imagen de hombre duro. El duunviro seguía contrariado, pendiente de contener la culpa que lo destrozaba, se sentía desleal hacia la casa de su amigo, solo el caos que nublaba su juicio y lo alejaba del mundo real, como si la presencia de Cornelio Severo fuera la de un fantasma y la suya la de un mero observador, le impedía arrodillarse como hiciera Ploto ante Servilio Modesto y suplicarle un perdón del que por anticipado se sentía indigno. Furnio luchaba porque la multiplicidad de ideas y emociones que invadían sin control su cabeza y su corazón no se percibieran en el exterior. La dispersión y la obsesión le impedían tranquilizarse. Deseaba conversar con naturalidad y alegría, constatando sin remedio la impedimenta marcada por sus severos miedos. Cornelio Severo percibió la ofuscación de su amigo, pero la achacó al exceso de trabajo y finalmente tomó la palabra. Furnio se la cedió con insistencia, deseaba saber de Roma, y el amigo no retrasó el pregón de la noticia estrella.

—En el puerto de Carthago Nova, el mismo día que partíamos para Olisippo me enteré por persona de rango del anuncio de Galba sobre la designación del sucesor. Contra todo pronóstico, ha recaído en el joven senador Calpurnio Pisón —dijo con orgullo.

—¡Eso es imposible! —soltó Furnio incrédulo—. El mismo Galba había hablado de Otón.

—La verdad es que nunca dije nada sobre ese extremo, al menos en público. Me temo, compañero, que todos, incluido nuestro antiguo gobernador, así lo creíamos, y en Roma el que más y el que menos lo daba por hecho, y muchos ya se habían acercado a Otón ofreciendo sus favores, riquezas y cualquier cosa que les ayudase a medrar cuando el otro hispano se convirtiera en César. Ya sabes cómo es la política —Cornelio Severo se rio—. Esos deben tirarse de los pelos a estas horas, han invertido mal... —En su tono había regusto de venganza hacia los hipócritas errados.

—¡Ya...! —Furnio se quedó pensativo y atónito.

—Me he enterado de un sirviente del emperador que le ofreció todos sus ahorros a Otón, un millón de sestercios le dio en pago por obtener el cargo de intendente y de su correspondiente ascenso social, claro. Pero ¿cómo puede un esclavo ahorrar tanto dinero, aunque esté al servicio del emperador? Habrá robado al César, ¿no crees? —Ante el silencio de Furnio, Cornelio Severo siguió su discurso informativo—. Ese se habrá quedado mudo... Mejor dicho, mudo precisamente no, porque creo que apenas Galba nombró sucesor a Calpurnio Pisón, el generoso sirviente corrió presuroso a pedirle el anticipo a Otón.

—Pero ¿y por qué ha optado por ese heredero? —dijo Furnio sin valorar ni detenerse en los chismes.

—¡Quién sabe! Mi opinión personal, que no es docta en la materia —de nuevo sonrió—, me dice que Galba no rige bien, y solo la demencia explica esa decisión.

Podríamos pensar que pretende acercarse al senado de Roma aminorando las desavenencias con ellos, ¿no?, pero nada encaja. ¿Por qué ha recortado, entonces, sus derechos como le ha parecido? Y también se ha llevado por delante a más de uno.

—Querido amigo, pareces un experto estadista —intervino Furnio sorprendido.

—Roma enseña a marchas forzadas. Esa civitas te cambia. Tú ya la conoces...

—Depende de la volubilidad de cada cual —contestó Furnio mientras se daba cuenta del matiz negativo de la apreciación, pero el flamen no se dio por aludido y él obvió las explicaciones que su cabeza amontonaba ya, por si acaso.

—Volviendo al tema, o se ha enemistado con Otón o su cabeza se guía por senderos que jamás comprenderemos los seres cuerdos... No hay más.

—A lo mejor Otón vuelve como gobernador a Augusta Emerita.

—No lo creo, hay destinos más apetitosos, intentará medrar en Roma, pienso yo.

—¿Tú crees que nuestro actual procurador, el casi divino Abelardo Aldo Cecilio, será nombrado gobernador? Es un ser que me repugna. El otro día hizo llegar una invitación al senado para una cena.

—¿Una invitación al senado de la colonia?

—Una cena en febrero, todos los decuriones con sus esposas y un hijo —dijo agobiado—. Pero ¿de dónde sacará la vajilla, cubiertos y demás vituallas para tanta gente?

Los pensamientos de Furnio consiguieron hacer reír al amigo.

—¡Qué inocente, Furnio, poca cosa estimas tú gran obstáculo para nuestros gobernantes imperiales!

El comentario no los distrajo de la conversación inicial.

—¿Y el ejército? ¿Apoya el nombramiento?

—Sobre ese particular nada me dijeron mis casuales informantes —prosiguió Cornelio Severo—. En Roma no he dejado de escuchar que la soldadesca va por libre. A lo mejor, si el joven senador les hace alguna concesión, le brindarán su apoyo... pero, por nada a cambio, no creo. El ejército está muy hartó.

—Pero si Galba pertenece al ejército... Lo que se barruta de tus palabras es una lucha por el poder que nos llevará de nuevo a la guerra. Esto pasa desde que la dinastía Julio Claudia acabó sus días. Antes se aceptaba el heredero correspondiente y el César era respetado y su autoridad admitida sin más por el resto de los mortales.

—¡Marte nos guarde, Furnio! No quieras ver las cosas a medias, si hasta nosotros sabemos cómo se las han gastado los emperadores y sus familias de aquí para atrás, conspirando entre ellos y matándose cuando hacía falta, la diferencia ahora es que el campo de batalla se ha agrandado.

—Gran diferencia, porque las espadas de los soldados se llevan por delante a más inocentes que el veneno de los Césares.

—Entonces, según tu teoría, ¿era mejor aguantar las patochadas y locuras de Nerón? Por decirlo con suavidad y no llamarle asesino.

—Entiéndeme, yo comparto que a Nerón había que apartarlo. ¿Cuánto hace que

murió? ¿Seis meses? Solo digo que poco tiempo ha bastado para el caos y el descontrol, demasiados intereses pujando por el mando, y será la espada del más fuerte quien gobierne. Por eso insisto en que si el ejército no apoya a ese muchacho, en mal momento le ha llegado la gloria —dijo Furnio.

—A lo mejor es el motivo de que Galba haya apostado por un senador y no se haya decantado por un militar.

—Pocas conclusiones caben si no tenemos certezas sobre los planes de nuestros soldados. Hasta Emerita han llegado noticias de que las legiones de Germania buscan yesca, vamos, que es cuestión de tiempo que se subleven. Así que resultará crucial para el joven Calpurnio Pisón tener a estos de su parte, ¿no crees?

—Sí, en eso coincidimos —señaló Cornelio Severo plenamente enfrascado en la discusión—. Además, están los pretorianos, que tienen sus propias aspiraciones, incluso las legiones de Oriente al mando del general Vespasiano podrían probar suerte.

—¡Ah! Ninguna información tenemos en la colonia sobre esas legiones —explicó Furnio—. Servilio Modesto me habló de Vespasiano, me contó que se distinguió en la invasión de Britania bajo el mando de Aulo Placio, y tales fueron sus méritos que recibió elegías triunfales a su llegada a Roma.

—En Britania también se distinguió Servilio Modesto en tareas administrativas, ¿no?

—Pues sí —confirmó el duunviro—. Pero ninguna floritura ha recreado su lengua sobre él, en cambio a Vespasiano lo ha enaltecido con elocuencia, le tiene en gran consideración como militar, me contó que hace dos años fue designado para conducir la guerra contra los rebeldes judíos que amenazaban la paz en las provincias del este y, pese a las dificultades, restableció con éxito el control absoluto sobre Judea.

—Yo he escuchado hablar de él en Roma, por lo visto se disponía a sitiar Jerusalén cuando se suicidó Nerón, y ahora, con órdenes o sin ellas, de Galba mantiene la paz en estos belicosos territorios —agregó el flamen—. Pocas señales de vida da, al menos de momento, supongo que tendrá bastante con mantener a raya a los de allí, que poseen un carácter levantisco y se tiran a las barbas romanas sin medir las consecuencias.

Los dos disfrutaban conversando, ensayando teorías de estadistas en su pequeño feudo.

—Poco tardaremos en saber las intenciones de unos y de otros, viejo amigo, pero me parece craso error nombrar sucesor de forma tan arbitraria, sin consultar al menos a las legiones que ya han mostrado su disconformidad —confirmó Furnio a modo de augurio—. Y hablando de otra cosa, este nombramiento no conviene a Diophanes. ¿Qué sabes de él? Ayer recibí una carta suya. Otón, que entonces se presumía el futuro César, lo había designado el primero de sus médicos personales, con semejante valedor sus ilusiones estaban hartamente justificadas. —Torció el gesto—. Pero ahora, lógico es deducir que su suerte ha cambiado.

—Ciertamente sí. Por lo pronto, ya no será médico del emperador, pero la posición de Otón es de primer rango y los conocimientos de nuestro médico serán codiciados en cuanto se conozcan sus habilidades. No debemos preocuparnos por él, no sabes lo bien que se desenvuelve en Roma —dijo Cornelio Severo plenamente convencido—. No nos hemos visto demasiado, y eso que he apelado a él varias veces debido al deterioro de Ploto, pero me ha costado que me atendiera, no ha venido a mi primera solicitud.

—¿Estás molesto con él? —preguntó Furnio.

—Como te he dicho antes, Roma deslumbra, sin embargo no esperaba que tanto... —agregó el flamen, rencoroso y visiblemente contrariado—. De todas formas, no debes hacerme caso, reconozco que el muchacho atendió a Ploto con el celo de siempre, supongo que mi excesiva preocupación se tornó exigencia impertinente, no sé, no le demos más vueltas —el hombre dudaba del calibre de su enfado—. Algo parecido he advertido también en Marco Emilio, que parece extasiado en la esplendorosa urbe.

—Roma no es cualquier cosa, ¡Roma lo es todo!

—Espero que ponga los pies en el suelo pronto, ese joven no sabe el polvorín en el que se ha metido. La corte de Galba es oropel con los días contados.

—No seas exagerado, Cornelio Severo.

—Tito Emilio le ha conseguido el empleo con su mejor intención, como cualquier padre, sin embargo, no le ha hecho ningún favor en los tiempos que corren. Date cuenta que el nuevo emperador lo mismo acepta y mantiene la corte de su antecesor que pasa a cuchillo a sus servidores.

—No sabía que Tito Emilio tuviera unos contactos tan bien avenidos en Roma.

—Eso mismo le dije yo a Marco Emilio —convino Cornelio Severo—. Varias veces he intentado sonsacarle cómo ha llegado directamente allí. En una ocasión me contó que su padre tenía un conocido con mucha influencia en las cimas del poder.

Una sirvienta distraía la tertulia portando humeante carne en salsa salida de los carbones.

—Furnio, no podré resistirme a hincarle el diente al muslo de pato —dijo complacido el invitado, que tras el restringido régimen estaba dispuesto a un festín permanente.

—Estás en tu casa, ya lo sabes —replicó el amigo.

—Más que nunca, tu casa es la mía, ahora que vamos a emparentarnos legalmente —y añadió—: Y por supuesto al revés, a ver si haces uso de las bañeras que tanto te gustan.

—Añoro tus bañeras, más de un senador ha mostrado deseo de procurarse unos baños como esos, algunos, desean distinguirse con unas termas privadas...

—O con las tuberías de plomo de tu casa, que valen un ojo de la cara —devolvió los halagos el flamen.

—Tus bañeras son más codiciadas que mis tuberías —ambos rieron con ligereza

—. Hablando de bañeras y de bañarse, ya sabes que debo dejarme ver en los sitios públicos, y las termas especialmente me relajan...

—Por cierto —interrumpió Cornelio Severo—, ¿qué ha sucedido con los libros sibilinos?

—Entregados y bien entregados están a mi detestado Abelardo Aldo Cecilio. Por fin me deshice de ellos... A Halys no le gustó mi decisión, pero no podía hacer otra cosa. Me amenazó con matar a Marcia y a Arria Pale.

—¡Jupiter nos proteja! —Alzó la voz Cornelio Severo con verdadero estupor, dejando la presa en el plato—. Mis queridas mujeres están bien, ¿no?

—Por supuesto, si se le ocurre tocarles un pelo, por mucho mando que tenga y mil soldados para defenderse, ese no sale vivo de Emerita.

—Cuéntame —le pidió volviendo sobre la carne churruscada.

Mientras Cornelio Severo daba buena cuenta del muslo, chupando cada hueso y ternilla, y hacía buena mella en el pan con nueces que Arria Pale había preparado, el duunviro le contó paso a paso el primer encuentro con el nuevo procurador y los siguientes contactos hasta la entrega de los libros sibilinos, deteniéndose especialmente en la hostilidad sin límites de Abelardo Aldo Cecilio. Tanta violencia prometía cada mensaje y tanta agresividad cada nimio detalle, que el duunviro estaba amedrentado. Furnio se explayaba, solo con el flamen podía hacerlo sin cortapisas. Y por supuesto, no iría a la cena, aunque Arria Pale se lo suplicara.

—Pues me parece que el insigne romano no es el mayor de tus problemas —silbó con gracia Cornelio Severo mientras a Furnio se le encogía la respiración.

—Me decías... —La sangre agolpada en la sien de Furnio le provocó un ligero mareo.

—Perdona, no quería asustarte —añadió el flamen al ver su reacción.

—No te entiendo —siguió Furnio con el mismo decaimiento.

—Me refería a Valerio Hymino.

—¿Qué te ha dicho ese bicho? —solicitó recuperando el brío encendido por Abelardo Aldo Cecilio.

Cornelio Severo se servía otro vaso de vino.

—Más que sus palabras ha sido el tono de su voz.

Muchos en la colonia podían constatar la enemistad manifiesta de la que ambos duunviro hacían gala, sin hipocresías desde que Furnio se enzarzase a puñetazos en el templo.

—Pues que ría ahora que puede. Cuando el senado se entere de todos los delitos que comete aprovechándose del cargo, prevaricación se llama..., y que también practica la extorsión, lo enviará a los calabozos de los que sacó al carnicero, culpándome de su fuga —acometió el berrinche con tal vehemencia que no respiró y las últimas palabras se ahogaron en su pecho.

—¿Qué me cuentas? —preguntó Cornelio Severo con vivo interés.

—Gracias a Tito Emilio, que andaba callado porque le gusta hacer las cosas a su

antojo, sin ley ni concierto que lo baraje, ya sabes tú de qué pie cojea el viejo — torció la cara el duunviro—, estoy enterándome del uso que hace Valerio Hymino de su poder y de los amplios beneficios que le genera su servicio como magistrado. Andamos, Tito Emilio y yo, en la tarea de desenmascararlo.

—Por lo que veo, me he perdido importantes cosas... en mala hora me marché.

Las últimas palabras de Cornelio Severo frenaron en seco las farragosas explicaciones de Furnio. Hablar de sus dos enemigos, Abelardo Aldo Cecilio y Valerio Hymino, lo había despistado de su inicial pretensión. El duunviro comenzó a angustiarse sintiendo que cada confianza hacia Cornelio Severo sin despejar la cuestión principal era disfrutar de una complicidad que no le pertenecía. Se imponía la verdad o la cobardía acabaría tragándose.

Cornelio Severo siguió hablando ajeno a las contradicciones que asfixiaban a Furnio.

—He de reconocer que te visitaba con la convicción de traer noticias asombrosas, y resulta que durante mi ausencia se han partido las mejores peras —dijo sonriendo—. Al menos, me tendrás reservado un pequeño cometido en este barullo.

Ahora o nunca, se repitió el magistrado.

—¡Si tú supieras cuántas cosas han ocurrido en tu ausencia! —Las palabras salieron como prólogo de la tragedia que se avecinaba.

—Soy todo oídos, además, parece que las mujeres quieren regalarnos el tiempo. ¿Dónde están?

—En casa de Sabina, con las cosas de la asociación.

—¡Ahhh! Mi querida esposa habría sido ferviente defensora de la asociación. ¡Ya lo creo! —agregó el flamen con nostalgia.

—Quería contarte una cosa que afecta a tu familia y a la mía, y aunque nunca será un buen momento para ello, no debo alargarlo más o sería una nueva traición.

Cornelio Severo levantó la ceja y giró la cara buscando los ojos de su amigo. Creyó escuchar bien, pero aquellas palabras no encajaban.

—Verás, hace un mes o quizás algo menos que... —Furnio se armó de valor y devolvió la mirada a Cornelio Severo directamente a los ojos. Esperó unos segundos a fin de conferir un breve ceremonial a su importante mensaje—. Supongo que no hay otras palabras más que estas que se me vienen a los labios...

El flamen de la provincia no comprendía a dónde quería ir a parar.

—Verás, amigo, Marcia ha roto el noviazgo con Capito.

El otro abrió los ojos ante la más severa de las sorpresas.

—Pero si Capito no me ha dicho nada al respecto.

—No sé cuáles serán sus razones para no hacerlo, pero te digo la verdad.

—¿Y qué le ha hecho mi hijo? —subrayó temeroso de la respuesta.

—Ese es el caso, que no le ha hecho nada a Marcia. Por más que insistimos, ella dice que su decisión no tiene que ver con el comportamiento de tu hijo, que en todo momento se ha portado como un caballero. Sus razones son de índole espiritual, dice



que no le ama —Furnio lo dijo con la vergüenza más inmensa, sin adorno ni tapujos.

—¡Pero que tonterías son esas! —espetó a la explicación de Furnio que no tenía ni pies ni cabeza—. Tu hija debe estar hechizada si te contesta así.

—Lo hemos intentado todo, rituales mágicos, sacrificios a los dioses, súplicas, la hemos cubierto de amuletos, y sigue en sus trece.

—Esto lo soluciono yo —repuso convencido.

—¿Qué piensas hacer? —Furnio estaba asustado.

—Voy a hablar con ella —respondió dolido.

—No lo creo conveniente. Tu hijo ha desistido del casamiento después de las reiteradas negativas de Marcia y nos ha reclamado el resarcimiento conforme a ley por el incumplimiento del pacto acordado. Debes saber que ha roto relaciones con mi casa.

—¡La juventud se ha vuelto loca! Esto lo arreglo yo reuniendo a los dos para que hablen. ¿Qué te parece? —Buscó el flamen la anuencia de la otra parte—. Si los chicos no son capaces de solucionar el problema, intervendremos nosotros, que conservamos el juicio intacto.

—Me gustaría que así fuera, pero creo que la situación no tiene vuelta atrás.

—Me niego a aceptar tu interpretación, y añadido, cobarde por demás, esto es un pequeño contratiempo que puede enmendarse. Hay que luchar por el acercamiento.

—Intento explicarte que ninguno de los dos quiere que se celebre la boda.

El padre del despedido Capito se levantó del butacón y se puso a caminar de un lado a otro buscando respuestas que no llegaban. Según Furnio, todo estaba perdido. Marcia y Capito no serían marido y mujer.

—Pero vamos a ver, Furnio, ¿qué ha hecho mi hijo a tu hija?

—Nada —reiteró cada vez más decaído—. Capito no le ha hecho nada a Marcia.

—Pues entonces habrá boda. Lo de tu hija es temporal, y si no lo es, que apechugue con las consecuencias de sus actos, ya no es una niña.

—Pero ¿te da igual escucharme decir que mi hija no quiere a Capito?

—Si Capito no le ha hecho ningún mal, debo decirte que sí, me da igual lo que diga tu hija. El tiempo arregla los entresijos del corazón, y estoy convencido de que Marcia acabará amando a mi hijo, como lo amaba hace dos días —con los brazos en jarra retó al amigo—. Dime, Furnio, desde cuándo se ha visto que una mozuela pueda hacer a su capricho en cuestiones de esta naturaleza, y para más escarnio, los demás tengamos que aguantar tales desvaríos, como si fuera el dictado del César. Debes obligar a tu hija a casarse, ella dio su palabra y celebramos las arras ante todo el mundo.

—Cornelio Severo, perdóname, pero no voy a obligar a mi hija a casarse con quien no ama, aunque no tenga razón. No puedo hacerlo, estuvo a punto de quitarse la vida.

—Pues más vale que lo hubiera hecho, menos trastorno nos causaría tal cosa que danzar al dictado de su voluntad poseída.

—No te honran estas palabras —dijo Furnio atribuyendo la maldad al enfado.

—No me hables de honra. Tu casa se deshonra a sí misma.

—Amigo mío, tu hijo tampoco quiere a Marcia.

—Ya hablaré yo con mi hijo —su rencor iba distanciando su corazón—. Lo habrá dicho después de rebajarse como un miserable, él... que nunca ha hecho daño a nadie. Mi magnífico hijo, al que hasta los dioses distinguen con grandes cualidades —a Cornelio Severo se le iba hinchando la vena del cuello—. Tú conoces a Capito.

—Tienes toda la razón, hermano, e imploro tu perdón para mí y los míos —dijo Furnio cabizbajo—. En cuanto a los cumplimientos que marcan la ley en estos casos, no habrá reparos por nuestra parte en acatarlos, esos y otros que estiméis oportunos.

—Así pues, por tus palabras deduzco que no obligarás a tu hija a casarse con mi hijo.

—No puedo hacerlo, si me pidieras otra cosa, no dudaría en intentarlo.

—No te pido otra cosa, te pido que impongas orden en tu familia y tu hija cumpla su palabra. Y te lo advierto, si no metes en cintura a esa malcriada, terminará en el peor arrabal —disparó Cornelio Severo pretendiendo herir en lo más profundo—. ¿Desde cuándo se ha visto que una mocosa consentida llegue tan lejos? ¿Has perdido el juicio, Furnio? Ni en la misma Roma, capital de las mayores glorias pero también de los mayores desmanes morales, he visto yo semejante dominio de las mujeres, al dictado de sus caprichos. ¡Pero qué es esto! ¡No consentiré ninguna vergüenza y agravio sobre Capito! Tenlo presente. Mi hijo ama a Marcia con todo su corazón, y no merece semejante desprecio —hubo un silencio—. Nunca se ha visto algo así en la colonia. ¡Es intolerable, intolerable! Y veo que tú apoyas la postura equivocada.

—Es mi hija, mi sangre.

—¿No tienes nada más que decirme?

—Por nada en el mundo deseo perder tu amistad, hemos afrontado la dura vida de la mano.

—Una mano que me niegas en el momento en que más me hace falta.

—Pero si tu hijo debe tener mujeres a cientos.

—Pero él quiere a tu hija, y tu hija, cuando los dioses la acompañaban, dijo que se casaría con él. Y así debe ser, diga ella lo que diga.

El silencio de Furnio convenció al sacerdote de su postura inamovible.

—Cuando hable con mi hijo de esto, tendrás noticias mías.

Cornelio Severo cogió la puerta y volvió la cara levemente ante las súplicas de Furnio, que se abalanzó sobre él.

—No quiero perder tu amistad, Cornelio Severo, dejemos que los chicos sigan su camino, esto no tiene que acabar de esta manera, después de tantos años, si me ignoras, me moriré de pena.

—Será la misma pena que acompaña a mi hijo, y puesto que permites que la locura de tu hija destruya mi casa, no nos queda otro remedio que afrontar el destino que ella nos impone.

—Es mi hija, Cornelio Severo. ¡Apiádate, por Jupiter!

—No solo tú eres padre, también yo amo a mi hijo, y a él me debo antes que a nadie, y máxime cuando es la víctima, no lo olvides. Y otra cosa te diré, bien cierta: veo que en tu casa manda tu hija, ya no eres el pater de esta familia, no eres respetado por sus miembros, en caso contrario, no habríamos llegado a esta situación. No me cabe la menor duda de que todo esto se produce porque tú lo consientes, no hay excusas, esta debilidad será el fin de tu estirpe, verás como el tiempo me da la razón. Recuérdalo. —El flamen hizo una pausa para calmar el acaloramiento que por momentos lo enervaba. Luego su voz adquirió un tono neutro, lejos se hallaban los efluvios emocionales—. Y por si necesitas escucharlo, no quiero saber nada más de vosotros, ni de ti, ni de Arria Pale, ni de la que es motivo de nuestra ruptura. Cualquier comunicación necesaria entre nuestras familias se hará a través de terceras personas.

Cornelio Severo salió dejando la puerta abierta; ningún saludo brindó a los siervos, que conocía de toda la vida y acudían presurosos a mostrarle la bienvenida. En esa casa, hasta entonces él era uno más. Furnio permaneció apoyado en el quicio de la puerta mientras veía la figura alejarse con el negro presentimiento de que se marchaba para siempre. Todo había sucedido como esperaba. Su hermano, su apoyo, su confidente, le daba la espalda. Una parte de su fuerza y de su corazón desaparecía con la pérdida de Cornelio Severo. Su soledad, más que nunca, era infinita, y su tristeza un puñal mortífero clavado en su ánimo.

## Una carta: Roma y la guerra civil

«La guerra, que no conocamos esa cara,  
la del monstruo, la del odio, la del fin».

Marcia había vuelto a recluirse, esta vez la imposición partía de ella. Sentía tantos remordimientos y tanta culpa al ver a su padre cargar directamente con las consecuencias de su decisión que pretendía demostrar con la privación de libertad, a la que otorgaba condición indispensable en la felicidad, los amargos sentimientos que la mortificaban. Arria Pale le había subido a la habitación un grueso paquete procedente de Roma, esta vez no figuraba nadie como remitente, pero tampoco hacía falta identificación alguna.

—Supongo que será de tu amigo Diophanes —dijo con requiebros insinuantes de voz.

—¿Algún problema, madre? Cada vez que me entregas una carta suya me vienes con alguna.

—Dime, querida. ¿Qué le cuesta escribirnos a tu padre y a mí? Tenemos que preguntarte a ti para saber algo de él, y la verdad, lo juzgo incorrecto.

—Cuando lea la carta, os comentaré cómo está.

—Más que amigos, parecéis novios, solo existes tú, se ha olvidado del mundo — Arria Pale miró a Marcia con desaprobación.

La joven respingó sobre el colchón de lana y la masa de fibras irregulares la volteó levemente hacia un lado, la correspondencia cayó y azarada se arrastró a cogerla.

—Estoy en lo cierto, ¿no?

—Nunca he dicho una cosa así.

Arria Pale cerró la puerta y Marcia se olvidó con rapidez del incidente, estaba ilusionada por el grueso bulto que portaban sus dedos, más parecía un envío para el batanero que otra cosa. La muchacha examinó con avidez los dos atadillos de dos cuartas de largo y una y medio de ancho, su sonrisa de par en par dibujaba sin ambages la felicidad de un corazón correspondido. Escogió uno de los dos escritos, el que hablaba de ellos. Sus ojos se perdieron entre las líneas acompañados de una intensa emoción que evocaba, como si fuera real, la presencia de su amado.

*En Roma, cercana la medianoche.*

*Tres días después de los idus de enero.*

Mi amada Marcia, mi querida futura esposa, cuánto te añoro, cuánto deseo que trascurra el tiempo que le resta a mi empresa para volver a verte. Vivo a tu lado, porque estás en mi recuerdo permanentemente, en mi mente, en mi corazón. Pero poco sincero sería si no te dijese que la distancia me consume, no tocar tu piel, no tener tus besos detiene mi pulso. Únicamente confiar en un futuro a tu lado, al lado de los hijos que regarán nuestro amor, mantiene viva la llama de la esperanza y la fe en mi proyecto, y sobre todo mantiene firme mi convicción de que hice bien viniendo a Roma, a prosperar en sociedad para ofrecerte lo mejor, para cerciorarme de que mi posición enorgullece a tu padre.

Esta carta es un mensaje optimista para nosotros. Los dioses vuelven a acompañarme desde ayer, aunque no sé por cuánto tiempo, espero que el suficiente para obtener el éxito que me tocó buscar aquí, entre las espadas en alto de unos y otros. Desconozco hasta qué punto han trascendido a la colonia los sucesos que se han sucedido en la capital del Imperio y que te describo en la otra carta con pelos y señales. Como me pediste, he redactado un escrito de la actualidad de Roma que puedes enseñar a los demás, y es en él donde te relato cómo Otón se ha hecho con el poder. Otón es el nuevo César, mi querida Marcia, desde ayer. Este acontecimiento debemos celebrarlo en la distancia, no olvides hacer alguna ofrenda a los dioses, a Vesta, a la que tu madre tanto venera, o a Juno, o al mismísimo Jupiter, pero debemos ser agradecidos con las divinidades, deben seguir de nuestra parte, mi empresa no es nada fácil en estas horas.

A pesar de que Otón es el nuevo emperador, por encima de él mandan las actuales circunstancias, que pueden calificarse de peligrosas, inestables y tensas. No me gustaría preocuparte con mis palabras, ya te he manifestado que inmejorables noticias afianzan el objetivo de mi viaje, pero debes saber la verdad de cuanto sucede y no estar engañada, los vaivenes son impredecibles, un día estás en los altares y al siguiente descendiendo a las inmundas cloacas. Esta es la síntesis que mi carta corroborará. El día décimo de las calendas de enero, ante las noticias procedentes de Germania que aseguraban el levantamiento de las legiones al mando de Aulo Vitelio contra el emperador, a las que todo el mundo teme por ser el cuerpo de élite del ejército romano, Galba, por fin, nombró al esperado sucesor a fin de contentar a los insurgentes, ya que él y también otros consideraban que su edad y la falta de descendencia era el problema de fondo de la rebelión de estas legiones. Opinión que no compartimos ni Otón ni tampoco yo. Ambos sabemos que los soldados del Rin están molestos desde que se enfrentaron en las Galias a Galba en favor de Nerón, aún emperador, y fueron castigados por ese motivo.

Y ahora viene lo mejor, querida Marcia. Ante el asombro más absoluto del

senado, Galba designa heredero a Calpurnio Pisón, al que también pilló desprevenido su propia elección como sucesor del César. Este nombramiento para la clase senatorial era la mejor noticia de cuantas podrían haber recibido, ten presente que Pisón es uno de los suyos, y de paso, con este nombramiento, se eliminaba a los militares del gobierno y supuestamente se atajaban las disensiones entre el emperador y el senado. Como podrás imaginar, los senadores pasaron del estupor a la más gloriosa celebración en poco tiempo. Sin embargo, para mí, para otros que apostaron por Otón, para los pretorianos que tenían el convencimiento de que el lusitano les reintegraría lo suyo, como por demás este se había comprometido a hacer, y para el propio Otón, la decisión de Galba fue un mazazo sin calificativos. ¡No había noticia peor que esa para todos nosotros! ¡Imagina! Me sentí morir, creí que nunca podríamos casarnos, que nos condenarían a sufrir eternamente la lejanía de nuestros corazones. Los cinco días que mediaron desde que se nombró a Pisón hasta que Otón se hizo con el trono por la fuerza han sido un martirio para mí, la preocupación destrozaba las venas de mi cuerpo, a punto de explotar de rabia. Pero... no deseo detenerme en aquel entonces, los hechos hoy son otros, te los narro ordenados.

Galba, el décimo día de las calendas, tras informar al senado, acude al campamento de los pretorianos y les comunica el nombre del heredero. Como imaginarás, para su cuerpo de guardia este nombramiento fue nefasto, y encima ni una simple consulta se les hizo aunque fuera para guardar las apariencias. Y luego, y para terminar de irritarlos, Galba comete la osadía de no refrendarles las prometidas prebendas. De manera que su prepotencia y sinrazón sellaron su muerte. Y cinco días después, Otón, que esperó la señal de Seleuco para actuar, se hizo con el poder, por supuesto con la ayuda de los pretorianos, bien resueltos a colaborar contra Galba, cuyos desplantes y humillaciones no estaban dispuestos a tolerar más. Por otra parte, Otón llevaba tiempo escuchando las demandas de estos soldados y, como buen estadista, intuía que sin la conformidad de su guardia personal su vida adolecía de esperanza y su corona de proyección, por tanto, prometió entregarles lo que se les adeudaba al llegar al trono. Y buena prueba de estas promesas lo puede corroborar mi testimonio, porque ante mí y ante otros arengó a los militares diciéndoles que él únicamente se quedaría con lo que ellos le dejaran. Y sinceramente, cumplirá su palabra y otorgará a los pretorianos las prebendas que piden, no es tonto y tiene presente el escarmiento que Galba ha recibido de la mano de estos por desoír su malestar. En la otra carta explico cómo se produjo la muerte de Galba. ¡En buena hora le mataron! Sé que no está bien desear la muerte a nadie, pero esa muerte fue nuestra salvación, Marcia, así que espero que puedas perdonar mis viles sentimientos, para mí justificados, pero crueles y egoístas. De momento, la

rueda de la fortuna ha querido seguir apostando por nuestro amor.

Mi adorada Marcia, muchos escollos embarullan nuestro camino, a todos prometo enfrentarme. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! No me canso de decírtelo, en susurros, a voces... eres el motor de mi vida. Los días se me hacen eternos sin escucharte, y ahora, más que nunca, recuerdo los tiempos que pasábamos juntos curando a los enfermos, los mejores, a falta de conocer los que vendrán. Marcia, la lusitana de ojos verdes más guapa que existe, y ¡qué digo la lusitana! ¡Me corrijo! La mujer más guapa del mundo... No, no me excedo... Para mí, no hay otra como tú. ¡Te quiero! Te he querido desde siempre, desde que tengo uso de razón. Ruego a los dioses por que tu padre me acepte como un simple médico si no logro ascender. Soy un hombre libre y con antepasados ilustres, pero no para Roma, cuya ley nos rige y es la que cuenta. Suplico por que la bondad de tu padre quiera tenerlo presente. Te digo esto porque no veo claro mi destino, a pesar de las dulces palabras de Otón. ¡Promesas que sobrepasan con mucho mis expectativas! Pero de momento, solo promesas. Te sigo contando: el día anterior a la muerte de Galba, me reuní con Otón a petición suya. Más que nunca y dado el mar de peligros a los que el emperador se enfrenta, quiso saber si estoy dispuesto a apoyarlo hasta el fin. Él conoce el motivo de mi venida a Roma, me refiero al auténtico, es decir, mi deseo de ser nombrado senador. Ese día en que fui llamado por Otón, prometió elevarme a ese rango máximo, y concederme el uso de la toga y el anillo. Sus palabras fueron claras, las repito para que puedas alegrarte cada vez que las leas, me dijo:

«Primero debo deshacerme de Galba, es un estorbo para todos. Luego debo hacerme con el control del gobierno y calmar los exaltados ánimos que el levantamiento de las tropas del Rin han provocado, sublevación que no será un problema porque estoy dispuesto a todo para agradar a Aulo Vitelio. Le ofreceré el gobierno conjunto del Imperio llegado el caso, aunque antes tengo pensados otros beneficios que quizás lo satisfagan con excelencia, estoy dispuesto a convertirme en su yerno. En fin, de una manera u otra contentaré a los del Rin y detendré esta insurrección. Luego me ocuparé de los pretorianos, cuyas espadas me ayudarán a derrocar mañana a Galba, servicio que pagaré con creces, sin escatimarles nada, porque sin la ayuda de ellos nada de lo que ya vengo pensando y en esta hora te comunico tendría razón de ser, y luego... después... mi fiel médico emeritense, te toca a ti. No dudes que cumpliré mi palabra y obtendrás lo que te corresponde por cuidar de mi salud. Bien te conozco como médico en mis muchos años de gobierno en la provincia, por eso confío en tu lealtad y tus conocimientos, que impedirán a mis enemigos atentar contra mi cuerpo. Cuento que me evitarás los males terrenales que pudieran desviarme de mi destino divino antes de la hora que me reserva la vida y no la ambición de otros. Mi buen Diophanes, de gran elocuencia y celo

profesional y de triste historia familiar, al que pronto los dioses resarcirán de tantas injusticias a través de mi persona. Debes saber, para tu alegría y orgullo, que no me llevará más de un mes aprobar tu nombramiento como senador romano».

¿Qué me dices, Marcia? ¡Es fantástico! ¿No? ¡Esas fueron sus palabras y esa fue la primera de sus promesas! Y no te creas que he tenido que rogar, simplemente expuse el coste de los servicios que en su día me fueron solicitados y se me concedió a la primera. Supongo que estarás contenta. Bueno, pues todavía hay más, cariño, esta es solo la primera de sus promesas. ¡Ahí va la segunda! Dice que me nombrará gobernador de la provincia de La Lusitania. Sí, sí, sí, no me he vuelto loco, eso me ha dicho, que ocuparé su antiguo cargo, vacante desde que él se fue. Al principio no me lo creía, pero lo dice en serio. Luego añadió para halagar mi vanidad que ni el César más joven empezó su carrera de honores con una distinción tan alta como la mía. En fin..., mi cara debió ser de estupefacción e incredulidad total, porque justificó tanta dádiva diciéndome que son momentos de gran peligro, donde las lealtades y los apoyos públicos son peligrosos y deben recompensarse con las mayores gracias. Mi amada Marcia, qué feliz me hace hablarte de un futuro tal. ¡Ha merecido la pena nuestra separación! Quiero aferrarme a la esperanza que me nace, no de las palabras de Otón, sino de los hechos positivos que ya han acaecido y que confirman con absoluta rotundidad sus planes. Según me dijo aquella noche Otón, La Lusitania sigue sin gobernador. Con carácter temporal sus funciones están delegadas en el nuevo procurador, un tal Abelardo Aldo Cecilio que quizás conozcas. Otón lo tiene atragantado, no sé por qué, y me ha recalcado que jamás lo nombrará gobernador por más quebraderos de cabeza que las presiones de senadores romanos de gran abolengo provoquen con sus insistentes solicitudes. Otón me ha asegurado que dejará su antiguo puesto vacante hasta que yo pueda marcharme a Augusta Emerita, e insistió en que dejará a Cecilio de segundón para mortificarlo. Sin pelos en la lengua canturrea que no vale ni medio denario y que por más pataletas que tenga y por más que la líe, nada conseguirá, no cederá a sus presiones y a la de quienes le representan aquí en Roma, lo dejará pudrirse de rabia por no hacer bien su trabajo.

No sé de qué asuntos habla, pero a mí me benefician. Ya me dirás en tu carta qué sabes del romano que os gobierna y al que espero tratar como un subordinado bien pronto. Quieran los dioses que así sea. Más adelante, cuando todo se asiente, arrancaré de nuestro César un plazo para mi vuelta a Emerita como gobernador. Por ello, ruego con pasión a los dioses que no se demore el florecimiento de la paz en el Imperio y otorguen a Otón la oportunidad de gobernarnos, pues será un buen mandatario.

Llega el momento de nuestra despedida... No sé si será buena idea lo que



voy a confesarte... ¿Sabes? No dejo de pensar en Capito, quizás sea una crueldad preguntarte por él... Nosotros... que hemos sido sus verdugos, al menos yo me siento con esa culpa... Si lo crees oportuno, dime alguna cosa sobre él. Para mí sigue siendo un hermano.

Y ahora, por fin, mi amor, debemos separarnos. Voy a hacerlo con unos versos, nunca me gustó este misticismo de la poesía, siempre he preferido otras lecturas y he tenido otros entretenimientos, pero desde que mi corazón es correspondido por el tuyo, me nacen algunas emociones intensas que, pese a mi vergüenza, deseo escribirte.

*¡Qué tendrá Roma!  
Que a los hombres vuelve poetas.  
¡Qué tendrán las piedras que la sustentan!  
Gloria de su historia, fe de su valor,  
muestra de su grandeza,  
de la enormidad de su destino.*

*¡Qué tendrá el amor!  
Que a mi alma trae la poesía  
transformando la vergüenza en atrevimiento  
y la dureza de corazón en dulzura y sensibilidad.  
¡Qué bello es enamorarse!  
Viviendo la plenitud de la dicha bajo su cobijo.*

*¡Qué tendrá Marcia!  
Que ni hablaros de ella quiero, para preservarla.  
¡Qué tendrán sus ojos!  
Que han embrujado mis sentidos  
y para siempre me han atado a ella.  
¡Qué tendrán tus ojos verdes, amor mío!  
Poseído me siento desde que me miraron  
y quieran los dioses que nunca dejen de hacerlo  
y siempre me halle, como ahora,  
loco de amor por ti, Marcia.*

*Beso tus labios, Diophanes.*

\* \* \*

*En Roma, pasada la medianoche.*

*Tres días después de los idus de enero.*

¡Querida Marcia! ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus padres?

Yo no me encuentro mal en Roma, aunque os echo mucho de menos a todos. Echo en falta la colonia, y a mis pacientes, que espero hayan encontrado buenas manos para atajar sus dolencias y oídos benevolentes dispuestos a escuchar sus quejas insufribles. No dejes Marcia de ayudar al médico nuevo, tus cuidados siempre hicieron un efecto beneficioso a los pacientes.

Me acuerdo mucho de ti, mi querida amiga, de las veces que hemos hablado de Roma y de cuánto te gustaría conocerla, y debo decirte que Roma es mucho más de lo que imaginas, podría describirte sus dimensiones, la altura y grosor de sus muros, sus columnas que traspasan los cielos, la rica ornamentación de sus plazas, templos, termas, de unas proporciones y unas formas que los dioses deben envidiar, porque Roma es un paraíso, una civitas para soñar, un lugar ideado para el goce más genuino de los sentidos. ¡Cuánto te gustaría Roma! Espero que algún día puedas verla con tus ojos y vivir el bullicio de sus calles y de su emocionante devenir, no exenta tampoco de malos olores y mendigos, pero que en nada incapacitan su esplendor.

Mi alegre amiga, podría llenar la carta de cifras y de datos que te proporcionasen una idea de la maravilla que me rodea, pero nunca sería una aproximación de la realidad. ¡Debes venirte! ¡Convencer a tus padres! Y si ellos no pueden acompañarte, yo te acogeré con mucho gusto, el viaje no es peligroso si se toman algunas precauciones, y domus buena no ha de faltarte, como tampoco servidumbre. Ya te comenté que vivo con Marco Emilio en una maravillosa mansión que posee un importante sacerdote romano y que la ha acomodado para nosotros y nos la ha cedido sin fecha para abandonar, con habitaciones suficientes para alojar a una legión. Sé que vosotros tenéis aquí casa propia y parientes, de modo que tendrías sitio de sobra si la voluntad de tus padres te concediesen este deseo que tanto ansias cumplir, y tampoco debemos olvidarnos de los hijos de Sabina, que te acogerían con el mayor de los entusiasmos, a los que veo con frecuencia, pues han contratado mis servicios médicos. ¡Ojalá y puedas conocer Roma! Lucha por cumplir este sueño, pocas cosas merecen tanto la pena, nunca te arrepentirás. Roma conquistará tu corazón, de sobra te conozco, y sobrecogerá hasta tu respiración como ocurre con los viajeros que la ven por vez primera, como me ocurrió a mí. Y hablando de servicios médicos..., me alegra comunicarte agradables noticias acerca de mi futuro profesional, un futuro que preocupó a tu madre al conocer mi marcha y que se ha encauzado de manera inmejorable, lo que debes decirle para su tranquilidad. Tu madre siempre me ha mirado como a un hijo, así lo siento yo y mi gratitud con ella será eterna, no echés en

olvido contarle mis éxitos, ella se alegrará más que nadie. Como te decía, si he sido acogido en Roma como médico de reputación ganada, se debe a las referencias de respetadísimas personas que me conocían, entre ellas, Servilio Modesto. La confianza de ellos en mí ha resultado firme baluarte para muchas familias de la aristocracia que han demandado mis servicios apenas llegué, y me he convertido sin esfuerzo en el médico personal de algunas de las grandes fortunas de Roma, de manera que poco he tenido que mendigar el trabajo, pues me estaba esperando. Junto a los más ricos, también hay gente que viene adonde me alojo a solicitar mis servicios. Gracias a mis generosos clientes puedo atender a los más humildes, cuyo pago suele ser el agradecimiento y la felicidad que en sus ojos nace, pero los brillantes sestercios relucen por su ausencia, claro; ya sabes que bien miro el dinero y soy el primero en vender mis conocimientos al más alto precio, pero también que no suelo denegar el auxilio a los más pobres, porque así me lo enseñó mi padre, que sintió el respaldo de ellos cuando más lo necesitó y prometió acordarse de la generosidad de los desheredados en cuanto la suerte le sonriese. De manera que no doy abasto a las consultas que me llegan; muchas veces es el cansancio el que limita mis servicios, el cuerpo el que dice basta. Pero no se queda aquí la fortuna que los dioses me tenían reservada. Y ahora que repiquen los tambores... que suenen bien altos..., pues... soy el médico del César, me explico mejor, el médico de Otón, nuestro nuevo César desde ayer. Sé que mis palabras te producirán un inmenso desconcierto y, cómo no, ¡gran alegría! Celebra mi rotundo éxito y el de Otón junto a otros que también se alegrarán por ellos, y por supuesto informa a tus padres, a los que escribiré en cuanto disponga de un respiro.

Todos los emeritenses deben celebrar el ascenso al trono de Otón, pues diez años de gobierno en nuestra provincia han dejado su huella en él y veremos pronto ese fruto. Según sus propios comentarios, en cuanto dirima asuntos prioritarios para la supervivencia del Imperio, como los denomina, piensa adoptar medidas que encumbren a Augusta Emerita a la cima del esplendor. Nuestra colonia gozará de una época dorada, como la casa aún por terminar de Nerón, una época de crecimiento y desarrollo. El programa de gobierno que Otón arbitrará para Emerita responde a su deseo de gratificar a los lusitanos por la gran acogida de la que fue depositario al llegar a la colonia en sus horas más bajas, diez años atrás, cuando la traición de Nerón y de su amada esposa Sabina Popea le robó la vida misma. Otón me ha hablado de él, de su pasado, y aprovechando que soy lusitano, me comenta viejas historias de la provincia y otras más nuevas, pero siempre recordando con mucho cariño a Augusta Emerita, donde llegó resabiado y molesto por ese exilio velado al que le había confinado Nerón el loco. Poco a poco nuestra tierra le enseñó el valor de las pequeñas cosas, que en nada le satisfacían por entonces.

Estas son palabras de Otón, tan dulces al hablar de la Lusitana como flexible mi cálamo al transcribirlas. En Emerita halló a unos súbditos que le entregaron su respeto y cariño, su trabajo y cuanto esfuerzo se solicitó de ellos, y por eso cree oportuno beneficiarla como se merece, nombrando un gobernador perteneciente a La Lusitania. Además, dedicará a nuestro territorio un programa con medidas económicas sin parangón, con la finalidad de enaltecer a la colonia y hacer de ella la pequeña Roma de Hispania, incluso habla de construir un cuarto acueducto y ampliar el puente. ¡La fortuna sonrío a Emerita!

Quiero hablarte de nuestro común amigo Marco Emilio, también a él rinde pleitesía la rueda de la suerte. Cuando llegamos tenía reservado un puesto al lado de los auxiliares de Galba, quien ni siquiera lo conocía, aún así, sus recomendaciones debían ser inmejorables pues entró directamente en la corte. La llegada de Otón le ha beneficiado otro tanto, y ya sabe, no por boca del emperador, aunque sí por la de otros que cerca se hallan de este, que su carrera prosperará a ritmo de vértigo, y aunque su actitud sobre tales rumores parezca petulante y algo contumaz, se le ve confiado en su veracidad hasta el punto de decir que lo más preocupante para él en estos momentos son las envidias de los que llevan más tiempo en la corte y hasta su puesto temen perder, si no su cabeza. De modo que deduzco que la suya la siente segura, lo que deseo de todo corazón, también deben ser valiosos e importantes sus hacedores, pues no para de asegurarme que bien pronto se convertirá en uno de los asistentes directos del nuevo emperador.

Querida Marcia, después de hablarte un poco de todo y todos, voy a relatarte los sucesos históricos a los que me he referido en líneas anteriores. Sin pretenderlo me voy a convertir en un historiador al servicio de Augusta Emerita. Intentaré ser fiel y no tergiversar los sucesos, a día de hoy no muy claros del todo. Te cuento para que lo cuentes. El cambio de Galba por Otón se ha producido como consecuencia de un golpe de estado urdido por nuestro antiguo gobernador. Otón se ha hecho con el poder por la fuerza y, claro está, le ha costado la vida al otro hispano. Intentaré reproducir de forma escueta, pero precisa, los duros sucesos acaecidos en Roma desde el comienzo del año que ya presagiaban profundos movimientos, y juro en nombre de Jupiter que todo lo que te escribo es tan cierto como que me llamo Diophanes y nací en Tracia.

En las calendas de enero, ¡fíjate cómo empezó el año!, el ejército del Rin se levantó contra Galba, noticia que no pilló desprevenido a nadie en Roma. Es tradición que en las calendas de enero las legiones presten juramento de lealtad y obediencia al emperador, a lo que se negaron las legiones de la Germania inferior, que sí prestaron su juramento al senado y al pueblo de Roma. El significado de semejante acción tenía justo pronóstico: antes o

después estas legiones se sublevarían, como ocurrió a los pocos días. Siguiendo su ejemplo, las legiones de la Germania superior hicieron lo mismo, aclamando ambas como emperador a su general Aulo Vitelio. En cuanto estas noticias llegaron a oídos de Galba, su respuesta no se demoró e inmediatamente decidió hacer algo para tranquilizar a la soldadesca del Rin, y entonces, el diez de las calendas nombró sucesor, pero no a Otón. Contra el pronóstico de la mayoría y para sorpresa del propio heredero, el nombramiento recayó en un joven llamado Pisón, de estirpe aristocrática e ilustres antepasados. Su padre, Craso Frugi, fue cónsul durante el gobierno del emperador Tiberio, su hermano mayor había sido yerno del emperador Claudio, y Mesalina exigió su muerte al ver en él un rival para su hijo Británico. También otro de sus hermanos fue cónsul durante el gobierno de Nerón y murió ejecutado hace poco más de un año fruto de una acusación de alta traición por parte de Aquilio Regulo. Me han contado que hay sospechas de que en la muerte del padre de Regulo intervino un familiar de Pisón, de modo que Aquilio Regulo se vengó de la familia de Pisón acusando a su hermano de alta traición. Ojo por ojo. El elegido por Galba, Pisón, no tiene carrera de honores, pues ha pasado largo tiempo en el exilio, la gente dice que para alejarse de tantas intrigas y enemigos como tiene su familia, sin embargo y pese a su larga ausencia de Roma, nadie se sustrae al destino escrito en las estrellas y lo que tiene que ser será.

Los más entendidos dicen que Galba escogió a Pisón por tener el mayor número de imágenes de antepasados gloriosos en el atrio de su casa, y no te extrañe que así sea, porque nadie conoce ninguna excelencia ni mérito a este joven, cuyo mayor logro es formar parte de la familia que le deparó el destino. La designación de Pisón disgustó a mucha gente, entre ellos al cuerpo de guardia del emperador, al que este ha ido enfadando poco a poco al incumplir promesas hechas, se han sentido traicionados y vejados, creen que se ha estado riendo de ellos y se han resistido a consentirlo más, como también a perdonar tanta humillación. Y por todo esto, Marcia, se produjo la hecatombe, y ayer Otón, con el apoyo de la guardia pretoriana, acabó con la vida de Galba. Sobre los hechos se escuchan distintas versiones, distintas solo en detalles nimios que el tiempo esclarecerá. Te narro el rumbo de los sucesos:

Apenas supo Otón la designación de Pisón como sucesor de Galba, la ira se apoderó de él y decidió poner en marcha un plan que nunca antes creyó necesario, al atribuirse la condición de sucesor natural de Galba. Mas, después del nombramiento, no dudó del camino que debía seguir, ni se arredró ante las posibles dificultades. Buscó a cinco soldados de la guardia imperial para preparar el complot, les entregó diez mil sestercios y les prometió otros cincuenta mil a la finalización de su empresa. Estos cinco soldados buscaron a otros dos cada uno que recibieron la misma cantidad inicial y la misma

promesa de los cincuenta mil al triunfo de la operativa y, siguiendo órdenes de Otón se limitaron a esperar la mejor circunstancia para ejecutar el plan. El momento idóneo llegó dos días después de los idus de enero, o sea, cinco días después del nombramiento de Pisón, obedeciendo las predicciones de Seleuco, sin cuya anuencia Otón nunca se ha atrevido a dar un paso, supersticioso como el que más. Elegido el día, Otón se marchó como siempre a ver a Galba, pues nada raro debía percibir este en el transcurrir de sus últimas horas. Por su parte, los soldados que participaban en el complot dividieron sus posiciones, unos cuantos se colocaron en las afueras de palacio para guardar la espalda a Otón y otros en el foro, junto al templo de Saturno, exactamente al lado del miliario, un mojón de oro muy conocido en Roma que fue levantado por Augusto y está cubierto por todos los nombres de las principales ciudades del Imperio y la distancia entre ellas y Roma. ¡El miliario es increíble! Ya te he dicho que aquí todo son maravillas dignas de la más ostentosa imaginación. Volviendo a mi narración, Otón se marchó a ver a Galba y cuentan que se dieron el beso de costumbre y luego Otón permaneció al lado del emperador mientras realizaban el sacrificio, y yo incluso las predicciones del arúspice que le advirtió de que debía guardarse de un peligro y de que sus asesinos estaban cerca, y, por lo tanto, no debía salir de palacio. A continuación y según lo acordado, se acercó un liberto a Otón y pronunció las palabras convenidas que encubrían la señal, «los arquitectos ya están aquí», anunció a media voz. Acto seguido, con el pretexto de ver una casa en venta, Otón se marchó, y apenas puso los pies fuera de palacio montó en la litera que le esperaba junto a varios de los pretorianos contratados. Inmediatamente los portadores azuzaron su caminar con garra en dirección a los cuarteles de la guardia pretoriana, sin embargo, mucho antes de llegar al campamento, los portadores se detuvieron exhaustos y Otón, que no estaba dispuesto a demorar sus planes ni un segundo, echó a correr, y fue entonces cuando sus cómplices, corriendo tras él, lo levantaron en hombros aclamándolo como el nuevo emperador. Este loco entusiasmo inicial de unos pocos, pronto se convirtió en un manto de aclamaciones, todos le arropaban sin ningún interés por la suerte del antiguo emperador, con la venganza de los resignados que despiertan. Y así, zarandeado por el movimiento de la masa, loca de júbilo, llegó Otón al cuartel de los pretorianos, que apenas se aclararon sobre el turbador espectáculo, se sumaron a la insurrección como si una exaltada liberación explotase cargada de razones. Ahora solo faltaba la cabeza de Galba para saciar la venganza de su guardia personal, que a la postre acabó siendo el verdugo más cruel y el más decidido en asestar el golpe definitivo a su jefe.

Tan grande fue la agitación exterior y tan rápido el contagio y aceptación del nuevo liderazgo imperial, que pronto informaron a Galba sobre la rebelión

de Otón contra su persona. Pocas voces quedaban al lado del viejo emperador en ese momento crucial, algunos insistieron en que de marchar con rapidez hacia los cuarteles todavía había tiempo de controlar la insurrección, pero él prefirió quedarse en palacio y ceñirse la lorica de lino que tenía a mano. Los sublevados, para hacerle salir de palacio, le tendieron una trampa. Lanzaron falsos rumores anunciando el fin de la conjura, asegurando que los cabecillas habían sido ejecutados y que el resto de la soldadesca se hallaba de parte de Galba, lo cual llegó a oídos de este, que se convenció de la conveniencia de dirigirse al foro aprovechando el cambio de tendencia nuevamente. Y allí solo, sin ningún defensor, vio entrar a Otón al frente de la tropa. Cuentan que el pueblo huyó y el viejo y acabado emperador se supo engañado y consciente de su futuro más inmediato. Había llegado su hora, Caronte le tenía reservada la barca. Sobre el momento mismo de la muerte he escuchado más de una versión; todos aseguran que sus palabras son ciertas, que vieron los hechos con sus propios ojos, pronto habrá más claridad al respecto. Yo, por mi parte, y a riesgo de apostar por una falsedad que deba rectificar en el futuro, me inclino por creer a un amigo que me contó lo siguiente.

—Créete lo que te digo porque es verdad, sé cómo sucedió pues no hui como la mayoría. Yo estaba en el foro cerca de él y te aseguro que Galba inclinó voluntariamente a los soldados el cuello y les dijo, matadme, puesto que así lo queréis, entonces un soldado clavó su espada en la garganta del viejo, que unos segundos después se desplomó muerto.

Querida Marcia este ha sido el final del general romano y casi hispano que acabó con Nerón. Yo creo que, pese a los errores de su última etapa, murió como un valiente, como un digno guerrero. En cuanto a Pisón, el sucesor, no corrió mejor suerte. Transitamos tiempos complejos, la nada y el infinito conviven en sintonía, ¿no crees? Lo mismo te nombran emperador que te cortan la cabeza. Hoy más que nunca ansiar la gloria es una peligrosa ambición que solo persiguen los locos, una vez que das la cara y te expones, luego no hay marcha atrás. Eso le sucedió a Pisón, que solo tuvo cinco días para sentirse el dueño del mundo. En cuanto a su muerte, mi amigo me dijo que el muchacho se había refugiado en el templo de Vesta creyendo que los sagrados lugares lo protegerían, pero de nada le sirvió, pues los soldados lo encontraron, lo sacaron del templo y a las puertas del mismo lo mataron.

Todo esto sucedió ayer, Marcia, unos acontecimientos que ya forman parte de la historia de Roma y de todos nosotros. Te habrás quedado impávida al leer mis palabras, como quienes te escuchen. Yo mismo, mientras escribo, más parece que hablo de una invención que de la realidad. Además, en Roma el tiempo transcurre a una velocidad superior, y me cuesta adaptarme a tanto descontrol como nos gobierna, a tanta imprevisión, siento mucha inseguridad, pero también me llama mucho la atención lo interesante del momento que

vivo. Tengo una posición privilegiada, y procuraré que no me pase factura, al fin y al cabo yo solo soy el médico, nada dispongo, ni nada ordeno.

También espero, querida amiga, no haber incomodado tu sensibilidad con mi relato. He supuesto que te gustaría saber la verdad, y aunque mis palabras puedan resultarte un tanto sanguinarias, nada te he ocultado, incluso ten bien seguro que conoces más detalles que muchos de los que aquí viven.

Termino rogándote una plegaria a los dioses. Quizás podría pensarse en una ofrenda unánime de toda la colonia a nuestras divinidades por una larga duración de Otón al frente del Imperio, pues gran beneficio obtendría Augusta Emerita si así fuera, de modo que estimo de lo más oportuno no dejar pasar esta oportunidad y aprovechar la coyuntura a tope. Cuando tu padre lea estas líneas seguro que estará de acuerdo conmigo.

Por último, amiga, pedirte que me escribas y me tengas al tanto de los sucesos de la colonia, a la que llevo en mi corazón como a cada uno de sus habitantes. Por mi parte, haré lo mismo y seguiré escribiéndote para que sepas todo lo que aquí sucede.

Desearos que Esculapio os proteja y que podamos vernos cuando los hados me tengan reservada la vuelta a mi tierra en la que tan feliz he sido.

Querida Marcia, te llevo en mi corazón.

Amada colonia, sois el refugio de mis días.

Siempre tuyo, Diophanes.



## Un conflicto irresoluble

«A veces no hay salida,  
con esa opción también debemos contar».

En cierto modo, encontrarse solo y derrotado conseguía un efecto tranquilizador en el duunviro Furnio, no podía perder más, había tocado fondo, y la firmeza de saberse abajo, en un lugar límite, tangencial al suelo, le garantizaba una seguridad proveedora de fuerza y libertad. En este momento, más que nunca, apostaba con orgullo de felino por reivindicar su postura sin ambigüedad, sin duda, con fe. Y estaba decidido a desenmascarar al otro duunviro en la trama de corruptelas que había impuesto como modelo organizativo de la colonia. No lo negaba, asumía su falta de piedad para con su otro colega, deseaba verlo en los mismos calabozos de los que rescató al carnicero dilapidando la confianza del resto de senadores en él y consiguiendo acumular todo el poder en su persona. ¡Brillante jugada de experto estadista! Y por eso, él, que seguía siendo también duunviro, no podía quedarse de brazos cruzados permitiendo que lo marginara con argucias de mercenario, como tampoco debía enfrentarse a su colega con los puños cerrados, más propio de un arrabalero sin control que de un sereno gobernante, debía evitar a toda costa dar una imagen patética bajo el desistimiento de la inteligencia y con la voluntad resquebrajada, bamboleada al primer sentimiento emergente. Todo este maremagno emocional y mental convivía en un difícil equilibrio dentro de Furnio. Su idea fija, enfermiza obsesión a la que se hallaba comprometido sin visos de revisión, consistía en seguir el plan al que se habían aferrado Tito Emilio y él para vencer a Valerio Hymino. Al servicio de este plan, Furnio había convocado al senado, enmascarando la convocatoria tras pretendidos beneficios para los vecinos. La semana anterior consiguió sembrar intencionadamente dudas entre los senadores al respecto del procedimiento de las obras de reparación de las calzadas de acceso a Augusta Emerita. Nadie tenía noticias de que se fuese a acometer ninguna obra de esta magnitud y, de la forma más inocente, consiguió armar cierto revuelo entre los senadores por la ocultación de una decisión de tanta envergadura, que poco o mucho debía servirse de fondos públicos. Las voces más representativas del senado se dejaron oír en el despacho del desmandado Valerio Hymino, entre ellas, Cayo Voconio, convertido por las circunstancias en el único magistrado ante el que este mostraba alguna consideración. Unos y otros presionaron, y al final, a regañadientes, Valerio Hymino incluyó en el orden del día un punto informativo al respecto de un proyecto del que, a título individual y sin contar ratificación alguna, ya había adquirido compromisos.

A Furnio le valía esta primera embestida contra Valerio Hymino de la que estaba seguro saldría airoso, siendo su colega ducho en tergiversar y manipular los hechos. Las explicaciones en el senado no delatarían sus continuas tropelías y, quizás, sus iniciativas pudieran apreciarse salvadoras de la desidia de la colonia, tales eran las habilidades del que tenía enfrente. Sin embargo, la pretensión de Tito Emilio y de Furnio se cumplía obligando a Valerio Hymino a dar publicidad del hecho en la curia. El plan ideado se sometía riguroso a vericuetos diseñados; por ellos caminaba con fluidez, exhibiendo un éxito alentador, aunque tan prematuro que la prudencia y la humildad debían presidir bastante más tiempo el desarrollo del mismo.

En estos momentos y gracias al buen inicio del plan, a los dos maltrechos perdedores les acompañaba la confianza. Furnio y Tito Emilio habían conseguido lo más difícil, encontrar a alguien dispuesto a exponerse a las iras y maledicencias del otro duunviro. El protagonista era un empresario de buena fortuna venido desde Olisippo a Emerita diez años atrás y cuya ambición le llevaba a soñar con el uso de la toga propia de los senadores, ensoñación que no ocultaba sino que aireaba con orgullo de objetivo digno. Silano Anso sabía que su sueño era posible si su bolsa era lo suficientemente hermosa y generosa. Por eso, la idea de sufragar de su bolsillo las calzadas de acceso a Emerita le parecía inversión bastante para ingresar en el senado emeritense por el procedimiento extraordinario. Quince días antes del momento presente tuvo lugar una entrevista entre Furnio, Tito Emilio y Silano Anso, origen de la convocatoria del senado para ese dos de febrero. En aquel encuentro los magistrados emeritenses mostraron sus cartas, no les quedaba otra, ellos promocionarían el ascenso de Silano Anso, pero él debía aportar una cantidad que impresionara a los demás senadores y le hiciera merecedor de ese honor, incluso debía admitir un compromiso posterior de nueva inversión si afloraban reticencias insalvables por parte de los decuriones. De modo que esta aventura en la que Silano Anso se embarcó sin más averiguaciones que las breves explicaciones de sus proponentes tenía sus riesgos, pero él la entendió como una oportunidad única y accedió de inmediato. Furnio y Tito Emilio entregaron a Silano Anso el proyecto que lo catapultaría al senado y la persona a la que debía ofrecerlo, a cambio, él les informaría de sus acuerdos, especialmente de los secretos. Esta enigmática solicitud la hacían porque, con toda probabilidad, el magistrado al que presentaría su oferta requeriría dividendos para sus cuentas privadas, a lo que él accedería sin cortapisas, pues llevado a efecto el plan se le reintegraría tal cuantía.

En aquella visita los emeritenses desnudaron sus intenciones irremediabilmente. Si el empresario accedía a conchabarse con ellos, debía conocer el verdadero objetivo perseguido: la detención de Valerio Hymino por extorsión, lo cual sucedería solo si él informaba públicamente, es decir, si lo denunciaba, aclaró Silano Anso, sintiendo que sus visitantes disfrazaban la parte más sucia del trato con palabras excesivamente suaves. La afirmación de Furnio abrió una brecha en la voluntad del empresario, unos segundos de dudas, pero finalmente accedió. Una última pregunta finiquitó el asunto,

el empresario deseaba saber las rencillas pendientes con el duunviro al que él debía camelarse, dijo guiñando un ojo cómplice a los dos. Furnio ilustró su curiosidad, demasiado poco pedía, le explicó que le cautivaba la corrupción y practicar tal afición. Ninguna extrañeza mostró Silano Anso, que no reclamó concreciones al respecto y se limitó a aceptar el pacto..., las ganas de ascender pesaban más que la sucia persecución a la que se prestaba, al fin y al cabo, del otro partiría el soborno, según le aseguraban. El contrato se selló con éxito, ambas partes escondieron sus reticencias, para no desanimarse las callaron; ahora la de ellos era una relación de parásitos, se necesitaban unos a otros.

Al parecer, Silano Anso era un tipo trabajador y no tardó ni un día en tomar contacto con Valerio Hymino, que acogió su proposición con absoluto beneplácito. Sus contactos se prorrogaron varios días más y hacia el final de la semana ya tenía el duunviro maquinada la puesta en marcha de esta obra y embolsada en sus arcas particulares la mitad de la dádiva solicitada al empresario. El acuerdo convenía la otra mitad cuando Valerio Hymino consiguiese la aceptación de Silano Anso entre los miembros del senado. El rápido movimiento del plan permitió a Furnio crear los oportunos rumores sobre el proyecto en cuestión. Valerio Hymino había picado el anzuelo.

El segundo día de las calendas del mes de febrero amaneció atormentado y con chuzos irregulares sin intervalos predecibles, que caían a destiempo empapando a los más confiados en los cielos pardos. Los viejos agricultores habían advertido signos inequívocos de inestabilidad en la atmósfera y habían pronosticado un mes de febrero con aguaceros que aparecerían y se marcharían sin previo aviso. Y estas predicciones parecían cumplirse con puntualidad astral. Desde el día anterior el frío invernal tendió una tregua ascendiendo unos grados significativos, mientras las nubes cubrían los cielos y el llovizneo tenue daba paso por momentos a densos chubascos con granizos incluidos. Para ese día, a primera hora, se había convocado el senado de Augusta Emerita. Halys había concluido el encargo de embellecer el interior del edificio, pocos remates faltaban en la policromía. El olor de la pintura y de la trementina de abeto utilizada como disolvente lo impregnaba todo. El malestar entre los duunviros preocupaba a la curia, que comprobaba cómo la ciudadanía se interesaba por sus desavenencias. Cada vez se escuchaban con más insistencia las voces enfadadas de los emeritenses: al final, pagamos nosotros sus enredos, y a eso no hay derecho, decían con sonora impaciencia al comprobar el quebranto de sus intereses.

El orden del día constaba de los siguientes puntos:

Punto 1.º.- Informar del permiso solicitado a Roma para constituir la asociación del colectivo de las Artes.

Punto 2.º.- Nombramiento de un nuevo augustal tras la marcha de Diophanes a Roma.

Punto 3.º.- Fijación de la fecha definitiva para el mercado de la provincia.

Punto 4.º.- Presente del senado a Abelardo Aldo Cecilio a entregar en el banquete.

Punto 5.º.- Retomar el debate del nuevo magistrado: El cuestor.

Punto 6.º.- Solicitud de ingreso de dos nuevos senadores: Capito y Sulpicio Superster.

Punto 7.º.- Aclaración de la puesta en marcha del proyecto de ensanchamiento y reparación de las calzadas de acceso a Augusta Emerita.

Valerio Hymino había llegado al despacho bien temprano, ayudado por esclavos de su casa que habían alumbrado con antorchas la marcha hasta el foro. Los rumores sobre las obras de las calzadas le tenían crispadísimo, alguien se había ido de la lengua y no podía ser otro que Silano Anso, aunque no las tenía todas consigo, porque cada vez que se entrevistaron su despacho era un hervidero de gente que entraba y salía, y aunque los términos del convenio se habían hecho en el más absoluto secreto, no podía descartar que alguien hubiera escuchado algo y esa primera información se inflara por pura inventiva de unos y otros, como pasaba con todos los rumores. Por otra parte, nada ganaba Silano Anso con espolvorear ese tipo de intimidades, al contrario. A su favor contaba con que nadie de los que pidieron explicaciones había mencionado nada concreto, solo vagas especulaciones de las que tampoco acertaban a esclarecer su origen. Si Furnio andaba detrás de todo el enredo, le daba igual, su palabra tenía poco crédito. El mayor de sus problemas estribaba en el control que la curia realizaría del proyecto, dificultando el beneficio extra, impidiéndole exprimir a Silano Anso hasta el último sestercio, era perro viejo y olía la desmedida ambición como un manantial rebosante. Su desazón, sin embargo, persistía, el estómago le escocía y las bilis quemaban su esófago y la laringe. Algo pasaba con la presa, se lo cantaba su fino olfato de cazador, que lo mantenía en vilo, alerta. Apenas las tenues claridades de un sol apagado atravesaron el estrecho ventanuco del despacho, el duunviro se levantó y se dedicó a husmear en las estanterías, entre los papiros desperdigados con notas sobre entregas privadas y que, sin florituras, no eran otra cosa que las corruptelas que en los últimos cuatro meses, y ya antes, habían engordado su capital para alegría de su avaricioso y explotador ser. Entre esos legajos figuraban ciertas pruebas que debían desaparecer, su despacho no era lugar seguro, no se perdonaría su desidia si alguien accedía a sus secretos más viles por negligencia o temeridad, debía trasladarlos a su domus. Estos papiros eran la prueba del comprensivo carácter de Valerio Hymino. Con semejante anuncio y sin complejos, lo dejaba caer ante sus chantajeados vecinos, a los que convencía de ser una persona razonable pues permitía que se le pagaran los favores a plazos, y sus oyentes, a los que cuadraba el trato aunque la rentabilidad no fuera tan alta, debían morderse la lengua y rezongar por detrás.

—Buenos días, Valerio Hymino —anunció vitalista Cayo Voconio en contraste

con el mortecino día.

—Temprano te divisan mis ojos. ¿Trabajo pendiente?

—Por mi parte, no, pero estaba pensado..., puesto que Furnio y tú no os lleváis...

—Guardó silencio ante una previsible protesta del otro que no llegaba—. Que quizás te venga bien mi apoyo, por si quieres preparar algo para la sesión de hoy.

—Me apaño bien solo, no me gusta dejar las cosas para el último momento. Todo está listo —dijo con desgana y desconfianza.

—Al verte tan temprano por aquí imaginé que no sería así —insistió el otro.

—Imaginaste mal.

—No es malo pedir ayuda, desde que te ocupas también de los asuntos de Furnio no hay quien te vea el pelo, y el trabajo en exceso tampoco es bueno.

—También tú tienes más trabajo desde que Tito Emilio no ejerce de edil y no voy a molestarte.

—Más que molestarme, entendería un detalle tu ofrecimiento —señaló el muchacho pretendiendo ser un ejemplo—. Y de hecho, voy a proponer en la sesión de hoy que se nombre otro edil, es necesario. Del mismo modo reclamaré que se permita a Furnio volver a sus habituales responsabilidades o bien, si no goza de la confianza de la cámara y en tanto se celebren elecciones, dimita y se nombre a otro duunviro de forma provisional. No es bueno para la colonia, ni para ti, ni para mí, que estemos solos en nuestras labores.

Valerio Hymino dejó de moverse y se cuadró frente al edil pidiendo guerra.

—Quizás tu capacidad no sea suficiente para hacer frente a una emergencia, pero la mía da de sobra para trabajar como único duunviro el tiempo que haga falta —satisfecho con su respuesta, el magistrado se encaró con Cayo Voconio—. También tú has venido temprano y dices no tener nada pendiente, ¿qué buscas, jaleo?

—Tus palabras me incomodan, simplemente trataba de ayudar.

—¡Ya! Pero he dejado claro que no preciso ayuda, así que tu insistencia ofende y no acierto a comprenderla. O vienes a hacer de recadero, no sería la primera vez...

Cayo Voconio entendía las palabras que faltaban y ponía nombre propio a la insinuación.

—No vengo de parte de nadie, pero ese alguien tiene razón cuando dice que es bueno para todos que se gobierne por pares, a lo que añado yo que es especialmente bueno cuando el impar es alguien tan oscuro como tú.

—Furnio y tú, tú y Furnio, mis ojos han de veros desahuciados como perros sarnosos...

No hubo lugar a más réplica, porque apareció Furnio interrumpiendo un discurso que prometía asestar el golpe definitivo a la batalla dialéctica.

—¿Algún problema? —señaló con autoridad.

—Ninguno, Furnio, ¡vámonos! Valerio Hymino lo tiene todo a punto para la sesión, en ella dará explicaciones, pues de otra manera no suelta ni un maldito dato.

Las encrespadas bilis de Valerio Hymino se revolvían, se dejó caer en el butacón

con gesto contrariado y al cabo de unos instantes golpeó la mesa con desahogo, tenía que echar a Furnio del gobierno como fuera, lo aborrecía, más no podía odiarlo.

—No tenía idea de que Valerio Hymino y tú tuvierais discrepancias mayores — subrayó Furnio sorprendido.

—He intentado mantenerte al margen de mis barullos, con los tuyos tienes suficientes —explicó Cayo Voconio comedido.

—Pero ¿qué ocurre?

—Nada y todo. Me explico. Sucede lo de siempre, que Valerio Hymino no quiere dar cuentas a nadie de su gestión, y eso no puede ser. Cuando estabas tú se frenaba, pero ahora no hay manera... Tito Emilio siempre ha manifestado dudas sobre su gestión, en más de una ocasión me lo ha referido.

—Lo sé —interrumpió Furnio.

—Nunca me ha hablado claro, pero no ha dejado de insistirme en que pregunte por esto, por aquello, por este, por aquel, que tenga cuidado... Vaya por delante que yo no tengo ninguna acusación contra Valerio Hymino, que por otra parte trabaja más que nadie, pero me indigna que no haya claridad en su gestión y que no suelte información... Si no hace nada malo, ¿por qué esta actitud? Me pone nervioso. No quería decirte nada, porque nada puedes hacer tú y menos ahora.

—Hay que apretarle las tuercas en el senado, con el respaldo de los demás, a ver por dónde sale.

—Veremos a ver.

Llegó la hora tercera, el momento temido y deseado por Furnio. Quizás fuesen los cielos grises que apagaban los corazones, pero el barullo habitual y previo a las reuniones del senado se tornó silencio, incluso en el vestíbulo, donde se concentraban los senadores en corrillos lenguaraces. El funcionario que ejercía de escriba adelantó sus pasos entrando en la curia. El mármol regalaba un frío extra a la estancia que obligaba a los esclavos a trajinar con los carbones de los braseros y los tizones a cada rato, tenían entretenimiento, también extra, con los cuidados de la calefacción.

Para la sesión de esa mañana se presentaron los ochenta y un senadores que componían el estamento. A Tito Emilio se le permitió asistir sin voz ni voto, y ocupaba el banco trasero junto a Capito y Sulpicio Superster. El acto de encomienda a los dioses, indispensable para iniciar la sesión, lo dirigió Valerio Hymino, y luego, sin ningún rodeo, entraron de lleno en el trabajo. El primer punto del orden del día ponía al corriente a los senadores: Roma otorgaba el permiso a la Asociación de las Artes de Emerita para su constitución. Al día siguiente darían traslado de la autorización a su presidente. Todos aplaudieron. El permiso suponía reconocer el trabajo sobresaliente de los artistas de Emerita, especialmente de su presidente, Demetrio. Tras la contundente ovación, un tanto irreal proviniendo de un ambiente tan poco festivo, entraron en el punto segundo. El colegio de augustales había solicitado la

sustitución de Diophanes por un nuevo sacerdote y adjuntaba la propuesta de Halys, que aunaba consensos. Valerio Hymino leyó la carta enviada al senado por el colegio exponiendo las razones de su elección, y las reticencias iniciales se salvaron. Así lo reflejaba la votación. Nadie se opuso, catorce senadores se abstuvieron y una mayoría aplastante de sesenta y siete votos confirmaron la idoneidad de la propuesta. Sin distracciones se pasó al tercer punto del orden del día. La sesión mantenía un ritmo rápido. Para abreviar la vaga proposición sobre las fechas de celebración del mercado por parte de sus promotores, Valerio Hymino directamente anuló la fecha de marzo sin oposición del resto de senadores y estableció la votación de dos días concretos, según su parecer, sometiendo a consulta, bien los idus de abril o las nonas de mayo. No era una votación muy comprometida y se siguió el procedimiento del brazo alzado, ganando la fecha de abril a la de mayo por cuarenta y ocho votos contra treinta y cuatro. Media hora más tarde del inicio de la sesión ya se bandeaba el punto cuarto, la agilidad se imponía, el tiempo se estiraba como la arcilla caliente. Furnio se sentía incómodo sobre el estrado. Por un lado, la voz de Valerio Hymino sonando en exclusividad, con su timbre amenazante y despótico, le provocaba sensación de exclusión, y por ahí se colaba un miedo que lo empequeñecía. Cuando eso le ocurría, recuperaba mentalmente las razones que movían su actuar. Por otra parte, su posición en el estrado, frente al resto de senadores, le hacía sentirse vulnerable. Desde el inicio de la sesión luchaba denodadamente por evitar la mirada de Cornelio Severo, al que había localizado hacía rato y al que miraba de soslayo de cuando en cuando, percibiendo en su indiferente actitud una chulería que aplastaba aún más su ánimo, cargado de reproches y culpas. El escriba leyó el punto cuatro del orden del día. En menos de dos semanas debían acudir a la recepción que el procurador de La Lusitania, Abelardo Aldo Cecilio, dispensaría al senado emeritense. Valerio Hymino quiso tener unas palabras de celebración para esta decisión del mandatario romano, todo un signo de deferencia hacia ellos, sin embargo, el discurso fue acogido por sus colegas con evidente sorna, que mostraba las nulas relaciones entre el procurador y el senado de Emerita. Nunca Abelardo Aldo Cecilio dio muestras de acercamiento, interés o respeto por el senado, ni siquiera una nota de presentación a ellos, detalle mínimo que hasta los más desapegados gobernantes romanos habían tenido.

—Valerio Hymino, ¡compañero! Guarda este pomposo discurso para los oídos del procurador —dijo Antestio Persico a voz en grito.

—Eso, eso... para el día de la cena, el que más y el que menos sabe lo que hay —dijo otro para desespero del duunviro, que resoplaba evitando encararse con ellos.

—Tranquilízate, Valerio Hymino, sabemos comportarnos y ante el procurador lo haremos mejor que nadie... y si hace falta, le besamos el culo, más que nada para darle por ahí, porque me han dicho que dice de nosotros que somos poco finos.

—Perdona, Manlio Celio, yo solo beso el culo de mi esposa —aclaró Lucio Fabio para colmo del desparrame de los demás.

Las risas fueron generalizadas. Los senadores habían despertado del letargo.

Valerio Hymino se retiró y se sentó a la espera de que el receso decayera por sí mismo. En realidad los otros senadores decían la verdad, Abelardo Aldo Cecilio siempre les había mirado con bastante prepotencia. Todavía recordaba el día en que le visitó en representación de la colonia ante su falta de interés por contactar con ellos, lo que nunca había sucedido. Con mejor o peor tino, los de Roma siempre habían procurado tener buenas relaciones. Valerio Hymino recordaba con humillación el mal trago que le hizo pasar el de los ojos saltones como ranas, así le llamaba en privado desquitándose del despecho. De modo que hacía bien en no salir en su defensa.

Poco a poco el silencio volvió a la sala y fueron los mismos senadores quienes reclamaron la intervención de Valerio Hymino, que leyó la carta enviada por la asociación de mujeres. Nada había escapado a la planificación de las mujeres, y la cámara no ofreció ninguna resistencia ni cuestionamiento al proceder de estas, todo lo contrario, delegaron con ligereza y alegría la responsabilidad reclamada por ellas, sobre todo porque les ahorraba el trance agrio de preparar un banquete deslucido por las malquerencias de Abelardo Aldo Cecilio.

Y así, bajo la productividad del consenso, se llegó sin mucho devengo al siguiente punto del orden del día, el número quinto. El escriba leyó el enunciado con solemnidad. Cayo Voconio, sentado al lado de Furnio, le dijo algo al oído. El punto quinto abordaba un asunto complejo y nada claro. Era necesario establecer un debate profundo sobre la conveniencia de una nueva magistratura para la custodia y administración de los fondos públicos. Hacía varios meses, justo antes de que todo se embrollase, Furnio se había comprometido a realizar una investigación sobre la cuestura. En un primer momento pensó visitar personalmente varios municipios donde existía esta figura, pero con el devenir de los sorprendentes acontecimientos pospuso su labor y finalmente decidió cambiar el método de evaluación. Había mandado a los municipios escogidos una carta adjuntando un cuestionario y solicitando un informe sobre esta magistratura. La respuesta de los municipios se demoraba, y no podía presentar ninguna conclusión o ideas para el debate.

—En realidad, sí que han llegado varias cartas contestando tu petición, solo falta la respuesta de Urso —añadió Valerio Hymino a la intervención quejosa de Furnio.

—¡Esto es intolerable! —Furnio se levantó mientras Cayo Voconio intentaba apaciguarlo tirándole de la toga—. Creo que no hace falta que diga nada más para que todos comprobéis el abuso de Valerio Hymino sobre mi persona —dijo dirigiéndose al resto de senadores—. Y esto solo es un pequeño ejemplo de su proceder, aunque bastante clarificador. Poco a poco me va quitando del medio, acaparando todas las decisiones, evitando que me llegue información...

—Cumpló con las funciones encomendadas por esta curia, que te retiró la confianza por liberar al carnicero, insuficiente castigo a tus desmanes en mi opinión —le cortó Valerio Hymino.

—¡Fuiste tú el que liberó al carnicero! No te creas que me trago tus sucias argucias.



—Calmaos, compañeros. ¡Por Jupiter! Serenidad os pido a ambos —Cayo Voconio se había interpuesto entre los dos duunviros—. Poco le importa a esta curia acusaciones de este calibre cuando Tito Emilio ya confesó su imperdonable error.

—Cayo Voconio, ¿así calificas tú las mentiras de Furnio? —insistía Valerio Hymino disfrutando del embrollo.

—Tomo la palabra —señaló Cayo Voconio al escriba—. Aprovecho las idóneas circunstancias para exponer ante todos que esta situación es insostenible para la colonia. Hablaré con claridad, debemos restablecer las competencias a Furnio.

—¿Y qué legitimidad te asiste a ti para hacer esta propuesta cuando la curia ya se pronunció? —cortó Valerio Hymino la intervención del edil—. No eres una persona imparcial en este asunto y deberíamos quitaros del medio a los dos.

—¡Claro que sí y dejarte a ti al mando de todo! —espetó Furnio, que se aguantaba a duras penas ante el discurso provocador del otro.

Cornelio Severo se levantó, y su potente voz y su presencia grandiosa le otorgaron un espacio por el que no peleó.

—Senadores de Augusta Emerita, solicito en primer lugar sosiego ante el bochornoso espectáculo de nuestros representantes que no son capaces de resolver sus diferencias en otro lugar. De todos es sabido, puesto que hasta la ciudadanía lo comenta, que nuestros duunviros no pueden ni verse. Hago una propuesta que deseo sea votada de inmediato. Conmino a nuestros magistrados a respetar el sagrado lugar en el que nos sentamos, de modo que pido respeten sus turnos, eviten los insultos y se dediquen a informar de sus propuestas con civismo, y si esto no es posible, entonces deberíamos convocar elecciones cuanto antes.

Cornelio Severo ató las rabiets de todos de un plumazo. Él ya había sido duunviro varios años atrás. Su buen gobierno, su carácter enérgico y profundamente solidario y comprometido con los demás le otorgaban un carisma aceptados por todos, era un líder natural. En vista de la posición unitaria de sus colegas, volvió a intervenir.

—Estimados magistrados de Augusta Emerita, ya sabéis lo que opinamos la mayoría de nosotros, hablad por turnos y sobre los problemas de la colonia. El que no sea capaz de controlar sus rabiets que dimita.

A sus palabras siguió un silencio helador. Luego Furnio solicitó permiso a la curia.

—Ruego perdonéis mis crispados nervios —Cornelio Severo había bajado la mirada, la de Furnio se paseaba ante los ojos de los senadores anteriores y posteriores de su amigo sin atreverse a detenerlos ante él—. Le pregunto a Valerio Hymino, ¿por qué no se me han entregado las respuestas de las cartas que envié para evaluar la cuestura? Valerio Hymino debe comprender que su conducta es nefasta para la colonia. No se obtiene nada bueno impidiéndome trabajar.

—No te entregué las cartas en cumplimiento del castigo impuesto por la curia. Recuerda, querido, que se te privó del honor de gobernar esta colonia.

Cayo Voconio levantó la mano y sacó de la mesa unas actas.

—Valerio Hymino, estás confundido en las limitaciones impuestas a Furnio por la curia. Aquí tengo el acta levantada en esa sesión, en la que se convino que Furnio no podría tomar decisiones sin que tú le diceses el visto bueno, pero nunca se acordó que ni siquiera pudiera ver la correspondencia que llega a su nombre.

Valerio Hymino se levantó del asiento.

—Queridos senadores, también yo deseo dirigirme a este órgano principal y máxime de la colonia para haceros saber que no tengo ningún tipo de confianza en Furnio y que recelo de sus actos, por lo que pido se le releve de sus funciones. Yo tengo capacidad suficiente para hacer frente al trabajo que sea necesario hasta la celebración de las elecciones.

—Con todos mis respetos —Cayo Voconio no estaba dispuesto a semejante tropelía, que traspasaba los límites de la desfachatez y la decencia—. Si algo hay que votar es la restitución de las funciones a Furnio. Ha cumplido con creces el castigo impuesto por esta curia y su cordura en el gobierno se impone como una necesidad de primer orden, precisamente por la transparencia en su gestión, a la que se niega Valerio Hymino. Así pues, aprovecho para informaros de que nuestro duunviro no quiere dar cuentas a nadie de lo que hace, a Furnio, porque está sancionado, y a mí porque no lo considerará oportuno, supongo, o porque no le da la gana, y lo digo sin faltar, aprovechando este respetable foro para resolver el problema. Concluyo dejando constancia de que nadie sabe lo que hace.

—Eso no es cierto, el que me niegue a informarte a ti no significa que no esté dispuesto a dar cuentas al senado. Escriba, por favor.

En ese momento entraron dos esclavos municipales portando ingente cantidad de expedientes ante la estupefacción de los dos magistrados. La pila de papiros indispuso a Cayo Voconio, el efecto visual atesoraba a Valerio Hymino en la cualidad de trabajador sobresaliente. Aunque se podía ser sinvergüenza y trabajador, pensó el edil.

—No quiero que se eche en olvido mi petición de relevar a Furnio de sus funciones, el castigo que se le impuso fue insuficiente para su falta.

Furnio bajó la cabeza, debió aguantar el rifirrafe de unos y otros sobre su persona y pese a las ácidas críticas vertidas contra él, dio por válido el mal trago al permitirle esclarecer el nombre de sus contrarios y medir las fuerzas antagónicas en el senado. Casi en soledad, Cayo Voconio aguantó cada embestida del sector anti Furnio deseoso de echarlo del duunvirato, y se mostró como un líder indomable. Tito Emilio, al que también se nombraba en la batalla, se reconcomía sin poder intervenir, y Cornelio Severo, cuya autoridad habría favorecido a su antiguo amigo, no ejercía su influencia. El ardor de la discusión derivó en un adelanto del punto séptimo del orden del día, traído a la palestra por Cayo Voconio a colación de los desmanes de Valerio Hymino y como muestra de los mismos, pero Valerio Hymino se negó a hablar de los rumores antes de votar la destitución de Furnio.

Arria Pale y Marcia habían quedado con Calpurnia en un puesto del mercado. Dos esclavos las seguían golpeteando con desidia el carro de madera contra la diorita. Con ellos marchaba una esclava encargada de reservar los servicios del masajista en las termas y tres taquillas, que vigilaría, para las pertenencias de las patricias. Calpurnia deseaba remojarse en las termas, y había insistido una y otra vez hasta obtener el consentimiento de Arria Pale. La de Metellinum avistó el brazo levantado de Marcia saludándola. Pocas zancadas las separaban.

—Mi encantadora Marcia. ¡Qué bonita sonrisa traes esta mañana! ¡Ay, hija...! ¡Quién tuviera tus años! —saludó Calpurnia gesticulando de forma teatral.

—Pero si pareces mi hermana, Calpurnia —le devolvió el elogio la muchacha.

—Sí, claro, pero tu hermana la mayor —dijo entre bromas—. ¿Y cómo venís andando? ¿Para qué están las literas? —Y luego, apartándose, añadió—. Si te haces miel, te comen las abejas... Me explico, ¿no?

—Nos apetecía estirar las piernas —le dijo Arria Pale con inocencia.

—Hija... para eso están los masajistas, que te estiran las piernas y la imaginación —añadió con sonrisa cómplice—. ¡Una pena que no estiren otras cosas!

—Siempre estás con lo mismo —le reprochó Arria Pale con burla—. Además, no deberías decir algunas cosas delante de Marcia.

—Tu hija sabe más que tú y yo juntas, ¿o no? —preguntó elevando la voz.

—No escucho nada, podéis hablar con tranquilidad.

Arria Pale no tenía criterio establecido para las compras; según veía, le arreciaban las ganas de unos productos u otros. Breves indicaciones bastaron a los sirvientes para solicitar el género y las cantidades, movimientos que nadie más podría haber interpretado.

—Y dime, querida, ¿ya tienes prevista las ropas para la cena del romano? Yo añadiré una muselina dorada y aprovecharé la estola de la boda de mi sobrina.

—Nosotros no iremos a la recepción del procurador.

—¿Al final no has convencido a Furnio?

—Ni lo he intentado. Furnio lo detesta, solo con pronunciar su nombre se pone de los nervios, además, Marcia tampoco quiere ir.

—Creo que las hijas del procurador están muy interesadas en conocer a Capito.

—Poco me importa —aseguró la matrona con mala cara.

—Como miembro del concilio de la provincia, Sulpicio Superster ha tenido tratos directos con el procurador. Parece que le ha caído en gracia —dijo dándose importancia—. Y es al provincial que más ha consultado. Yo he intentado sonsacar a mi marido sobre el ilustre, pero hija... ¡como el que oye llover!... No suelta prenda, solo me ha dicho que debemos dar tiempo al tiempo.

—¿Y eso qué significa?

—Mi traducción, querida, es que a mi marido no le gustó el procurador, pero ya sabes cómo es. Le gusta dar oportunidades. En cambio yo —y golpeó con la mano

derecha el pecho— cazo al vuelo a la gente, pocos me engañan.

—La verdad es que ves los defectos de los demás a la primera.

—Ni un pelo tengo de tonta —se reafirmó en sus cualidades.

—¿Y las virtudes?

—¿Las virtudes? —Calpurnia sonrió con vehemencia—. En general tenemos más defectos que virtudes y, por otra parte, respóndeme, qué se le saca a las virtudes... — La mujer continuó su exposición con desenvoltura y convencimiento—. En cambio, piensa en la cuenta que nos tiene ver lo malo de los demás. Nos engañan menos, y por lo tanto, menores son los sofocones, ¿o no?

—Nunca había pensado una cosa así —dijo Arria Pale embobada ante un planteamiento tan original.

—Querida, yo te adoro, amiga mía. ¿Qué haría sin ti? Pero la verdad sea dicha... eres demasiado bien pensada y no sé que le sacas tú a eso...

Marcia se había encontrado con su amiga Claudia.

—Madre, si no hay inconveniente me gustaría quedarme con Claudia, luego iremos las dos a las termas.

Desde que Marcia rompió con Capito, a Arria Pale le daba pavor que se metieran con ella y procuraba protegerla.

—Déjala que se marche —insistió Calpurnia al ver a la madre titubear—. Le vendrá estupendamente estar con gente de su edad y en la calle, la vida es para vivirla. Además —dijo en exclusiva para su amiga—. Ahora que está soltera debe buscar cuanto antes un novio.

Arria Pale tragó saliva, desde luego la de Metellinum no podía ser más desconsiderada.

—Qué cara se te ha puesto, mujer, te hago el comentario en confianza, Arria Pale.

—Por favor, Calpurnia, te pido discreción y algo de sensibilidad, a mí no se me quita el disgusto.

—Perdóname, querida, pero sus razones tendría tu hija para romper con Capito.

—¿Qué razones! Los maleficios y la magia, y solo eso. ¿Quién nos querrá tan mal que hasta el espíritu le han envenenado a la pobre? Somos una familia que procuramos el bien para todos y hacemos lo que está en nuestra mano. ¿A quién habremos ofendido? ¡¡Vesta, socórrenos, luz de mi esperanza!!

—Querida, cálmate, yo veía enferma a Marcia al principio, cuando hizo lo que hizo. Pero ahora, la veo tan espabilada como siempre, aunque desde luego, lo de dejar a Capito no lo entiende nadie, bien se estarán lamiendo algunas con la tontuna de Marcia. Bueno... ¡A lo hecho, pecho! Ahora lo principal es que no se quede soltera.

Arria Pale se acongojó sin disimulos al escuchar a su amiga hablar con tanta frialdad. Habían roto relaciones con la familia de Cornelio Severo, incluso algunos parientes de su gens les habían retirado el saludo, nunca imaginó ella que el destino le tendría reservada miseria tan grande como la de perder en vida a seres queridos. Las paredes de su habitación, fiel compañera de sus solitarios desahogos y vigía de sus

sufrimientos, testimoniaban sus indecibles padecimientos, que procuraba ocultar para no agravar el mal de su esposo.

—¡Tranquilízate, mujer! —Calpurnia cambió el tono arrepentida de su despreocupación.

Arria Pale podía desahogar sin fingimientos la tremenda pena que se tragaba a solas.

—Estoy destrozada. Veo a mi paisana a todas horas desde su tumba pidiéndome que haga algo por nuestras familias. ¡Y no puedo hacer nada, Calpurnia! Nadie me hace caso.

La de Metellinum la consoló procurando no llamar la atención.

—Quizás más adelante Cornelio Severo te escuche, ahora es demasiado pronto.

—No quiere saber nada de nosotros. No sé cómo Furnio lo puede sobrellevar sin derrumbarse, con tanto aplomo. Conmigo se muestra como si no pasara nada, pero le conozco, por dentro no hay disfraces, le debe reconcomer hasta el tuétano.

—Cornelio Severo le ha contado a Sulpicio Superster que vuestras familias han roto relaciones, es lo único que mi marido me ha querido contar. Me habla de lo que le parece y según le da. Piensa que soy tonta, pero me las gasto por detrás, y hasta que no me entero, no paro...

La de Metellinum presumía de su útil método de persuasión.

—... para que luego me diga que tengo la lengua muy suelta. ¡No tiene ni idea! —agregó engurruñando los ojos ante la falta de reconocimiento a su despierta inteligencia—. ¡Suelta cuando quiero! —Luego carraspeó retomando el tema principal—. Si quieres, indago.

—Como quieras, querida —concedió Arria Pale sin energía.

—Ahora vamos a despejarnos un rato y a callar bocas —dijo la otra con actitud enérgica.

La mirada despistada de Arria Pale obligó a Calpurnia a continuar por lo bajo razonando.

—Lo mejor que podemos hacer para las que se alegran de tu desgracia es quedarnos encima de ellas, o sea, que de llorar o poner malas caras, nada de nada, déjalo de puertas para adentro. Pórtate como si la diosa fortuna estuviera a tu entera disposición —Calpurnia hablaba con rabia—. A esas piojosas las preparo yo.

Así era Calpurnia, pensó Arria Pale dejándose llevar. Cuando dejaba de ser una egocéntrica y se apiadaba de las desgracias de los otros, se entregaba por completo, no había amiga mejor.

Valerio Hymino provocó en el senado un debate entorno a Furnio con la pretensión de estigmatizarlo y despojarlo definitivamente del ejercicio de su magistratura. El imperio ejercido unilateralmente le supo a poco, e ideó un ataque fulminante contra él. Su irracional estrategia nacía del odio y de la impaciencia por

gobernar en solitario y pasaba por alto demasiadas razones, que a la postre se volvieron en su contra. Los acólitos de Valerio Hymino arremetieron contra Furnio aireando y esgrimiendo idénticos argumentos, aburridos por su empleo excesivo e insignificantes por su leve contenido. Se habían olvidado de que el principal inculpado en la fuga del carnicero no había sido él y de que ya se había impuesto el castigo correspondiente, pero especialmente se habían olvidado de la respetabilidad de que gozaba Furnio y de los generosos munera con que había obsequiado al pueblo. Bastó una breve alocución de Cayo Voconio a su favor para que las voces mayoritarias de la cámara siseasen su oposición a los esbirros de Valerio Hymino. Cornelio Severo fue uno de los pocos que se abstuvieron en la votación, cuyos contundentes resultados evidenciaron el mensaje de la mayoría: los dos duunviros debían entenderse hasta las próximas elecciones, salvo que alguno quisiera dimitir, que no fue el caso.

El rostro taciturno de Furnio contrastaba con la alegría de Cayo Voconio, incapaz de disimularla. El edil gozaba con el frustrante chasco que mantenía a Valerio Hymino indispuerto, cada parte del cuerpo de este parecía difuminarse, desde la despejada coronilla hasta la huesuda planta del pie. Para Valerio Hymino, encontrar tan frontal oposición a la destitución de Furnio, supuso un estacazo impensable. Las bilis volvieron a revolverle el estómago y a quemarle la garganta y el esófago; hasta sus orejas echaban humo. Incómodo en su asiento, contraía la garganta para amainar la ira, mientras la acidez le subía y le bajaba por el tubo digestivo, debiendo dar grandes tragos de saliva para evitar vomitar la podredumbre que le corroía por dentro.

Cayo Voconio creyó oportuno terminar de bajar los humos al duunviro adelantando el último punto del orden del día.

—Honorables senadores, del todo hallo oportuno aclarar el punto séptimo del orden del día en este momento, adelantándolo. Quisiera aprovechar el mandato firme de que se gobierne por pares para preguntar a Valerio Hymino, que ha llevado esta esforzada carga en solitario —no pudo evitar sonreír, siendo correspondido por parte del público—, sobre los rumores que han llegado a oídos de todos acerca de las obras de acceso a Augusta Emerita. No creo equivocarme si aseguro que este senado jamás ha discutido ni evaluado ningún proyecto al respecto.

Nadie se opuso al adelanto. Valerio Hymino remoloneó antes de intervenir convirtiendo el silencio en opresiva y amenazante tensión. Poco asustaban al duunviro aquellos zopencos, a los que despreciaba profundamente, por echarle la zancadilla, ya se cobraría aquella felonía a las primeras de cambio. Valerio Hymino se sentía contra el mundo, y lo que era peor, tenía la firme convicción de que ganaría la guerra, su prepotencia lo situaba fuera de la realidad.

—Os exhorto a que presentéis pruebas sobre la existencia de un proyecto al que yo haya dado el visto bueno, comprometiendo a la colonia sin consentimiento de este senado y sin seguir los pasos preceptivos para este tipo de actuación. Además, quiero hacer constar que yo no he escuchado ningún rumor.

Las risas se extendieron aumentadas por el eco.

—No encuentro gracioso este asunto, cuyo único menester consiste en invalidar mi gestión y a mi persona al frente de la colonia —el ronroneo de los senadores mostraba disconformidad con las palabras del magistrado—. Y, la verdad, me indigna sobremanera que sin ningún tipo de pruebas se me acuse de traicionar nuestras reglas de funcionamiento. Quizás haya voluntades interesadas en tirar por tierra el inmenso trabajo que con mucho gusto, sí, pero también con mucho esfuerzo, he realizado en beneficio de todos.

—Nadie te acusa, Valerio Hymino —interrumpió Cayo Voconio—. Te pregunto sobre los rumores que todos hemos escuchado.

—¿Quiénes sois todos? —preguntó el otro de mal humor.

Frente al estrado un enjambre de brazos extendidos corroboraba las palabras del edil. Eran muchos, para su sorpresa, y sintió vértigo, cualquier traspié levantaría un mar de sospechas.

—Las palabras de Cayo Voconio no son correctas y le conminaría a que la próxima vez que ponga en tela de juicio la honradez de alguien traiga pruebas.

Uno de los senadores se levantó y alzó la voz:

—Ve al grano, Valerio Hymino. ¿Qué hay de ese contrato para reparar las vías de acceso a Emerita? ¿Existe o no? Habla claro.

—No existe ningún contrato. Es una miserable patraña para echarme del lugar que me corresponde, pero seguiré siendo el duunviro de Augusta Emerita a pesar de los esfuerzos de algunos... baldíos, gracias a los dioses.

—¿Estás acusando a alguien de inventar calumnias contra ti? —preguntó Cornelio Severo clavando los ojos en el magistrado como lanzas afiladas.

—Lo que yo digo es que no se puede venir aquí con enredos y sin pruebas.

—Querido duunviro, te recuerdo —agregó Cayo Voconio, evitando que el victimismo del otro manipulase al resto— que te he solicitado en varias ocasiones, tan recientes como el rumor, información sobre el tema que tratamos, y que ha sido, precisamente, tu negativa a atenderme lo que ha provocado que estemos en el senado, porque, te guste o no, los rumores existen.

Cornelio Severo pidió la palabra y con ostentosos ademanes se dirigió al hemiciclo.

—Quede constancia de mis palabras —dijo, asegurándose de que el escriba se daba por aludido—. No sé qué piensan sus señorías de las intervenciones con que nuevamente nos obsequian nuestros magistrados, a mí me confirman mis sospechas de que debemos convocar elecciones anticipadas. Observo imposible un entendimiento entre ellos, tienen más interés en dejarse en evidencia unos a otros que en trabajar por el bien común. De manera que quizás sea eso lo que deberíamos plantearnos abiertamente. ¿Por qué no convocar elecciones?

De pronto la pataleta de Valerio Hymino se disipó ante la observación del flamen provincial, cuya intervención había dejado pensativo al resto del senado. Antestio

Persico pidió la palabra para compensar el cariz que tomaban los acontecimientos, las cosas debía permanecer como estaban, de otro modo sus intereses amenazaban disiparse.

—Amigos todos, senadores de Augusta Emerita —el empresario equino se dejaba caer subrayando cada palabra—. No debemos precipitarnos en nuestras conjeturas. Este es un lugar para el debate y lógico es que se debata. ¿Para qué, si no, nos reunimos? Personalmente no tengo impedimento en escuchar a cualquier miembro del senado, tampoco a nuestro duunviro Valerio Hymino, que al tomar decisiones en virtud del cargo se expone a nuestras críticas, por eso creo que debemos ser más comprensivos y no lanzarnos a aventurar los peores presagios. Opino, querido flamen, que debemos ser algo más optimistas —terminó Antestio Persico con retintín.

—Amigo Persico, comprendo que en el senado se dialogue, como bien expones, para eso nos reunimos. Mi propuesta anterior obedece a que los magistrados que nos representan se dedican a ponerse la zancadilla y no a resolver problemas, y es un obstáculo insalvable para el trabajo en equipo. Lo estamos viendo hoy.

—Amigo Cornelio Severo, ten presente que la gestión y el gobierno de la colonia en el pasado ha sido inmejorable. Particularmente, veo un buen equipo en Valerio Hymino y Furnio, sus virtudes se complementan. Sus desavenencias actuales son fruto de una mala racha y, conociendo a los dos, superarán sus insignificantes diferencias. Además, la convocatoria de elecciones no garantiza nada, pongamos que los dos duunviro se presentan y son reelegidos. Entonces, ¿qué?

Valerio Hymino decidió zanjar el maldito punto séptimo del orden del día.

—Por favor, ruego atención —el magistrado se había levantado, necesitaba dar algún otro argumento o le costaría cara su falta de flexibilidad—. Hace unos días recibí la visita del conocido constructor de Olissippo, Silano Anso, al que todos conocéis. Su empresa ha trabajado para nosotros recubriendo de mármol los edificios públicos en los últimos años, no necesita más presentación. Me dijo que desea realizar una gran donación a la colonia, a la que le unen lazos sentimentales por considerarla una patria amable que lo ha acogido como a un hijo natural, y por eso había pensado reparar las vías de acceso a Emerita y adecentar los espacios más próximos a las puertas de entrada de la muralla.

—¿Y qué distancia pretende cubrir? —preguntó un senador.

—La distancia exacta no la sabe —contestó con repentina amabilidad el duunviro—. Aún debe recorrer los accesos para concretar el punto de arranque de las obras.

—Es un ofrecimiento maravilloso que vendría de perlas a la colonia —subrayó Furnio, al que convenía mostrar cuanto antes su opinión favorable.

—Yo pensé lo mismo cuando me habló de la donación que deseaba hacer —contestó Valerio Hymino.

—¿No ha pedido nada a cambio? —dijo Furnio, cruzando los dedos para que su colega picara el anzuelo.

—Nada —contestó contundente Valerio Hymino, que continuó con la explicación



de forma natural. A Furnio le sorprendió el aplomo de su colega—. En principio Silano Anso parecía convencido, pero no sé si al echar las cuentas pensará lo mismo. Las cifras de esas obras deben ser bastante cuantiosas, por eso tampoco quería dar publicidad al tema, solo es una propuesta sin fundamento, pensaba traerlo al senado cuando fuese firme. Me ha sorprendido que el tema sea público.

—Si quieres, lo llamamos mañana y que aclare el ofrecimiento —anunció Furnio presionando más.

—No veo oportuno que intervengas en este tema —dijo el otro midiendo sus palabras—. Silano Anso vino a verme a mí y debo hacerme cargo yo. No creo que tengas ninguna objeción al respecto, ¿no? —preguntó encarándose con Furnio, que movió la cabeza de un lado a otro mostrando su conformidad—. Además, debe ser él quien tome la iniciativa de nuevo. No conviene parecer ansiosos.

—Tienes razón. Estoy de acuerdo contigo —añadió Furnio con la mejor disposición.

Atrás, en el banco, Tito Emilio esbozaba una sonrisa soltando suaves cabezazos de aprobación que escapaban a los ojos de los demás.

—Me alegran las claras palabras de Valerio Hymino —intervino Cayo Voconio, adaptándose al ambiente dialogante que había surgido—. A quien pido disculpas por mis suspicacias anteriores que obedecían exclusivamente a la falta de información. Ojalá la buena voluntad que nos une ahora sea duradera. Ruego a los dioses que oriente a estos tres magistrados —y señaló al estrado.

—Me uno a tu ruego —animó Valerio Hymino—. Solo agrego a tus correctas palabras que, en lugar de tres magistrados, deberíamos ser cuatro. Me explico; desde que escuché esta mañana esa sugerencia en tu boca llevo dándole vueltas. ¿Te acuerdas? Querías proponer la elección de un nuevo edil.

—Sigo en esa idea si al resto de senadores le parece oportuno —confirmó Cayo Voconio, escondiendo el recelo que le inspiraba tan comprensivo razonamiento.

Valerio Hymino había intuido la conveniencia de adelantarse a la propuesta anunciada por el otro: la elección de un nuevo edil. Debía tomar la delantera y proponer a alguien de su entera confianza. Nadie mostró oposición a tal nombramiento en tanto llegaban las elecciones. A pesar de ser una iniciativa surgida sin aviso previo y sin publicidad, como caída del cielo, varios fueron los candidatos que mostraron su conformidad en disputarse el privilegio. Aparte de los propuestos por Valerio Hymino y por Cayo Voconio, un espontáneo al que nadie representaba dio a conocer su candidatura. Nadie se opuso tampoco a votar a mano alzada, y resultó ganador por amplio consenso el de Valerio Hymino: Quinto Julio.

Este convocaba la aquiescencia de la cámara, ya que se llevaba bien con todos. Era un tipo casi calvo con especial habilidad en adecentar sus cabellos hasta el punto de simular melena de singular modelo, todos le decían que, de vivir en Roma, su peinado crearía moda, al menos entre los calvos. A Quinto Julio no le molestaban esas bromas, al contrario, le encantaba participar en ellas con la gente, aunque el

motivo de las burlas fuera su imagen. Quinto Julio era una persona sin ambiciones cuyos actos se dirigían al socorro del prójimo. Muchas veces le ofrecieron responsabilidades, a las que se negó; no era de enfadarse con sus semejantes, era su alegato para apartarse de tales ofrecimientos; sin embargo, para trabajar, siempre podía contarse con él, los títulos sobraban. El nuevo edil gozaba de redonda barriga, típica de su edad, según decía, oponiéndose a los intentos de su esposa de restringir su alimentación. Su rostro rechoncho mantenía estirada su piel, blanca y suave, sin arrugas. Sin embargo, su boca desdentada le traía mil disgustos, solo le quedaban cuatro incisivos, un canino, dos premolares y un molar, aún así, era incapaz de acudir al médico a arreglarse la cavidad, y se las apañaba bien para masticar y deglutir los alimentos, decía cuando la dificultad provocaba sonoros ruidos en la mesa para espanto de su esposa, a la que le parecía de lo más ordinario.

Furnio no estaba descontento con la elección de Quinto Julio como edil, lo creía incapaz de urdir tramas contra nadie, aunque sí podía dejarse manipular por Valerio Hymino para no enfrentarse a él. Las razones esgrimidas por este para convencerle suponían una misteriosa incógnita. Lo cierto era que el nuevo edil disfrutaba más que nadie de su reciente condición, bromeaba con los más cercanos y aceptaba de sumo agrado las numerosas felicitaciones. La curia en pleno le brindó un sonoro aplauso de forma espontánea y le reclamó unas palabras, que no se demoraron. El nuevo edil abogaba por el consenso y el trabajo bien hecho, con el corazón en la mano, en beneficio de la colonia. La improvisación sonó sincera, su humanidad avalaba sus intenciones, aglutinando de forma natural la aquiescencia de todos los grupos en torno a su persona. Y así, sin pretenderlo, Quinto Julio se revelaba un carismático líder.

Valerio Hymino invitó al nuevo edil a ocupar su lugar, y este subió al estrado, inclinó la cabeza hacia los senadores y luego hacia los magistrados, y se sentó, colocando los pliegues de la toga sobre el brazo del sillón con la misma habilidad que sus cabellos. Ahora el estrado parecía más sólido, como si el sitio vacío hubiera ejercido de sumidero, tragándose la energía. Con más reposo en el ambiente del que empezaron la sesión, se pusieron a finalizar el orden del día. El punto sexto se ventiló rápido, pues todos ansiaban terminar. Nadie se opuso al ingreso de Sulpicio Superster y Capito en la curia, y se les dio la bienvenida con alegría y pleno reconocimiento, pero sin excesivas reiteraciones, así como convinieron la toma de posesión para otro día, fieles al protocolo del caso. Más se festejaron las felicitaciones de los nuevos ingresos en la calle, donde a pesar del ambiente gélido, ninguno de los senadores tenía prisa por volver a casa. Solo Furnio entendió obligatorio desaparecer de semejante escenario, y ni siquiera Tito Emilio lo retuvo, solo le dedicó un movimiento de ojos para felicitarse por la marcha del plan de Silano Anso.

La plaza se convirtió en espacio de celebración, y la felicidad impulsó el corazón de Cornelio Severo, que pensó en perdonar a Furnio, fue un insignificante segundo movido por el gozo, pero enseguida apareció el sufrimiento y con él el deseo de

venganza. Debía devolver lo mismo que había recibido, dolor, vergüenza, traición, decepción..., movió la cabeza para desembarazarse de las ideas que lo aprisionaban y entonces divisó la figura de Tito Emilio campeando hacia él y salió a su encuentro, enterado de sus reiteradas visitas.

—Querido amigo, estoy al corriente de cada una de tus visitas, siento de veras no haberte recibido, pero ya sabes lo alarmistas que son los médicos.

—Te ha sentado bien la reclusión, tienes buen aspecto, y eso que no hace tanto que volviste de Roma y los viajes largos nos dejan baldados —aprobó Tito Emilio sin muestras de malestar. Julia le había explicado que el motivo real de su ostracismo era la enemistad con Furnio—. ¡Me alegro de tu vuelta y de que hayas recuperado la salud!

—Estoy convencido de ello, querido amigo, nos unen muchos años de amistad —señaló Cornelio Severo pensativo—. ¿Cuántos, Tito Emilio?

—Los mismos que tengo —contestó nostálgico—. El tiempo vuela.

Cornelio Severo convino melancólico, era una afirmación cierta.

—Adivino el propósito de tus visitas: Marco Emilio, supongo.

—Pensé que llevaría mejor su ausencia, pero no es así, y para colmo debo dar ánimos a su madre. En fin, es lo que él quería. ¡Sea nuestro sacrificio por su felicidad! Y dime, cuéntame, ¿cómo está? Nos escribe, pero las cartas tardan demasiado en llegar. ¿Se encuentra bien como dice? ¿Qué tal lo has visto?

—Debéis estar tranquilos, está feliz, disfrutando de Roma, yo diría que extasiado, como todos los que llegan, no ya por las dimensiones de las maravillas que la visten, sino por la cantidad de ellas. Si un foro te sublima, a tu espalda tienes un templo que te embelesa y enfrente unas termas más grandes que nuestra colonia. Deberías volver a Roma, Tito Emilio, está hecha para gloria de los dioses, que al posar la mirada en nuestro mundo ven algo digno de su elevada majestad.

—No sigas... o cogeré las maletas, que te advierto no las hago por mi esposa, que ve peligros donde no los hay. Pero dime, está trabajando con Galba, ¿no?

A Cornelio Severo le extrañó su duda. Siempre que habían preguntado a Marco por su extraordinario empleo había escurrido el bulto diciendo que era cosa de su padre, que conocía a alguien en la colonia, lo cual desconcertó al flamen provincial, que estaba seguro de relacionarse al máximo nivel. Y, sin embargo, él no conocía a nadie con tanto poder.

—¿Cómo? ¿Tienes alguna inquietud al respecto?

Tito Emilio sintió pisar terreno resbaladizo.

—Nunca se sabe... En su carta nos ha contado lo satisfecho y feliz que está de trabajar en la corte de Galba, pero yo no me fío, porque él, con tal de quedarse en Roma, podría inventar cualquier cosa.

—De todas formas, no entiendo esto, Tito Emilio. Según tu hijo, tienes un contacto en la colonia bien relacionado en Roma y precisamente a través de él has conseguido que se le admitiera dentro de la corte. ¡Cómo no vas a estar seguro de que

es un auxiliar del equipo del emperador!

—Bueno, no sé, nunca se sabe —empezó a titubear—. Desde luego, Marco Emilio llevaba una carta de recomendación para trabajar al lado de Galba, bien es cierto... Aunque, llegado el momento, ¿quién puede estar seguro de que las promesas se cumplen?

Cornelio Severo mostró una mirada inquisitiva, y Tito Emilio sintió que le reclamaba un nombre.

—No puedo decirte quién es la persona de la que conseguí la recomendación —se excusó, percibiendo el túnel tenebroso en el que se adentraba.

—Amigo, lo que me intriga de esta historia realmente es por qué tanto enredo y ninguna claridad... No sé... Nunca le pediría a esa misteriosa persona una recomendación para mi hijo o algo por el estilo, si es lo que te inquieta.

—Me ha pedido que guarde su anonimato. ¡Por qué tengo que darte tantas explicaciones!

Cornelio Severo intuyó algún embrollo oscuro. Tito Emilio era incapaz de guardar un secreto, por qué no hablaba claro. El atribulado patricio intentó cambiar de tema.

—Estoy muy contento por la nueva condición de tu hijo, estaba cantado que entraría por la puerta grande en la curia, está llamado a tener un destino honorable.

—Tito Emilio, no he acabado —dijo Cornelio Severo con absoluta voz de mando—. Me da igual saber quién es la persona que tan gran favor te ha hecho, pero dime, ¿a costa de nada?... ¿por su gran corazón?, ¿por amistad?... Estamos hablando de trabajar en la corte del emperador, no hay mayor aspiración. Perdona las suspicacias, pero me atrevo a decir que incluso el nuevo procurador no podría medrar con tanto éxito como tu gran valedor. En realidad, no conozco a nadie que tenga tanto poder en la colonia.

—Piensa lo que quieras, yo no he hecho nada malo —contestó Tito Emilio con gravedad, defendiéndose—. He favorecido a mi hijo, pero nadie ha salido perjudicado por mis actos.

—Pero ¿de qué me hablas? Ten por seguro que me enteraré del jaleo en que te has metido.

—Solo dices tonterías, una tras otra. ¿De qué pretendes acusarme? Te repito que yo no he hecho nada malo, así que no intentes meterme en ningún lío, estas acusaciones son cosa tuya, a lo mejor porque también quieres enfadarte conmigo.

—Conforme, Tito Emilio —subrayó el otro ofendido por la alusión velada a su situación con Furnio, deseaba que desapareciese de su vista antes de golpearlo, como le pedía el cuerpo—. Como te acabo de comentar, tu hijo se encuentra bien de salud y es feliz en Roma, donde espero que el destino le reserve una carrera brillante, y ahora, si me disculpas, me esperan los demás.

Tito Emilio salió del foro a buen paso, en dirección a su casa. El corazón le latía rápido batiendo sobre la sien, sentía la cara caliente y las ganas de gritar le asaltaban.

No quería volver a angustiarse, como ya le pasó. La cabeza no paraba de dar vueltas, buscando explicaciones que justificaran su trato con Halys. La culpa era de aquellos increíbles y malditos libros. Lo importante para él, y así intentaría que lo creyeran los demás, llegado el caso, es que la población nunca había corrido peligro con la fuga del carnicero. Tito Emilio se repetía una y otra vez ese importante punto del trato que tanto peleó con Halys. Si llegaba el momento, la colonia debía saber que la seguridad de sus vecinos fue innegociable. A medida que sumaba justificaciones en su defensa, Tito Emilio se sintió más seguro. Su discurso mental acababa con la misma frase con que el liberto imperial lo había convencido definitivamente: los asesinatos habían sido una necesidad para la buena marcha de un bien superior al individuo, el destino del Imperio romano. Pronunciada con el éxtasis de Halys, a Tito Emilio le parecía irrisorio su mayor temor: que le pillaran desprevenido y no supiera responder a las acusaciones de sus convecinos, por eso repetía un argumento tras otro, una y otra vez, hasta memorizar las palabras exactas. Tan obsesivo y exigente esfuerzo lograba recompensarlo, porque conseguía convencerse de la banalidad de aquella liberación y del gran servicio que había prestado a la patria, aunque acabó con la cabeza como el suelo del circo en plena carrera de cuadrigas.

También la cabeza de Cornelio Severo se había disparado, calibrando versiones sobre el misterio de Tito Emilio. Una especie de intuición se apoderó de él, la clave de la intriga residía en los libros sibilinos. ¿Qué otra cosa podía ser? ¡A nada rodeaba tanta maquinación!

—Voy al templo, no tardaré mucho —le dijo a Capito, que asintió entre trago y trago de ponche, disfrutando de su nueva posición como senador emeritense.

En realidad buscaba soledad para reflexionar. Atravesó el pequeño jardín lateral del templo inundado de pequeñas hojas, con la cabeza embarullada con datos inconexos. De forma impulsiva miró hacia el ventanuco del despacho de Furnio. La tarde caía y una difusa luz salía de allí, le echaba de menos, y sintió nostalgia del tiempo compartido y deseó renovar la dulce alegría de tener a Furnio en su corazón. ¡Maldita seas, Marcia!, pensó. Ella era culpable de aquella lamentable circunstancia y, sin embargo, pagaban otros. ¡Maldita desvergonzada! ¡Era peor que una bruja, que una miserable arrabalera! Después de escupir contra Marcia todo tipo de desahogos, apaciguó su espíritu concentrándose en los libros sibilinos.

Al rato, volvió a pensar en Capito y un bufido de rabia le devolvió al enfrentamiento con Furnio. Este fallaba al aceptar la decisión de su hija, porque él, dado el caso, la hubiera obligado a cumplir su palabra. Por eso estaba enfadado con su antiguo amigo, porque había traicionado su amistad por un motivo incomprensible. Cornelio Severo era un volcán rebosante de sentimientos contradictorios que lo llevaban de la rabia al desprecio, de la furia a la decepción, y cuando empezaba a tocar la compasión, huía de ella temeroso de ser tan blando como le reprochaba a Furnio, porque si se guiaba por esa misma compasión, entonces traicionaría a su hijo y jamás podría perdonárselo. De modo que su sentido de la lealtad y la amistad lo

colocaban en arenas movedizas que lo arrastraban como a una escuálida serpiente. El ánimo contradictorio de Cornelio Severo repercutía en su vitalidad; por momentos le faltaba su desbordante energía, le faltaba el aire y buscaba la reclusión. Unos minutos atrás era el hombre más feliz del mundo con la admisión de Capito en la curia, y ahora, en medio de la angustia y el hastío, solo deseaba desaparecer, volver a casa y concentrarse en los libros sibilinos, ellos, con sus quiméricas características, lo entretenían. La tensión en la nuca agravaba su desesperanza, y caminaba cabizbajo hacia su guarida, como un lobo herido, pero con las fuerzas suficientes para matar.

Capito lo siguió con la vista hasta que desapareció, sus vidriosos ojos aún contenían chispa bastante para aguantar la juega a la que se había entregado. El honorable abogado se negaba a compadecerse por su estrenada soltería y, tras un periodo de reflexión, había determinado huir de la reclusión, estar aislado no le ayudaba a mirar el futuro con valentía y no estaba dispuesto a llorar por Marcia más de lo que ella lo había hecho por él. Y con ese propósito se adentró en las correrías, tan alejadas de su vida cotidiana, una insólita querencia para sobrellevar la amargura.

Calpurnia pasaría en tercer lugar por la camilla del masajista, deseaba que le tocara Leo, el profesional con las mejores manos, con dedos fuertes y ágiles, lo que atestiguaba alzando los ojos con picardía. Calpurnia pregonaba su favoritismo por Leo y el muchacho se deshacía atendiendo cada una de sus pamplinas. Arria Pale la reñía, hablaba demasiado alto y en exceso, pero la otra le contestaba sin contemplaciones, «hay que ser generosa con quien una sabe que va a apreciarlo y con Leo me tienen buena cuenta las zalamerías, no sabes cómo se entrega». La pudorosa educación de Arria Pale desaprobaba el atrevido comportamiento de la de Metellinum, aunque más de dos veces se mordía la lengua, porque Marcia y Calpurnia se aliaban ante sus remilgos y la hacían sentir anticuada y vieja.

—Si vivieras en Roma te morirías, hija —le decía Calpurnia—. Hay que ver cómo te pones porque se me ha caído la toalla, no se merece tanto reproche mi torpeza... anda que Leo no está acostumbrado a ver mujeres desnudas, que se va a asustar... Hay que darle gusto a la vista, hija... Que nos vamos a morir de asco. Además, dime tú, ¿qué mal le causo a Sulpicio Superster? ¡Y qué te crees tú, que él no mira! Él y todos, ¿eh? El tuyo también... Vamos, Arria Pale, cambia la cara, mujer, nos divertimos de forma inocente —luego añadió restregando sus manos por los senos—. No me digas que no estoy de buen ver todavía.

Con esta y otras tontunas, como las llamaba Arria Pale, se entretenía Calpurnia cuando le tocaba un masajista de los buenos, especialmente Leo, pues le maravillaban las miradas libidinosas del sexo masculino. Ese día, Marcia y ella la esperaban en el vestíbulo.

—No sé por qué hemos tenido que salir de la sala de masajes, aquí hace frío.

—Ya sabes cómo se pone Calpurnia, no me gusta reírle las gracias y, siendo

sincera, me incomodan sus chiquilladas, por calificarlas con suavidad. Sus tonterías le acarrearán problemas, y de eso tenemos bastante en nuestra casa, ¿no te parece?

La alusión de la madre impedía la protesta de la joven.

—He advertido a Calpurnia que la gente habla demasiado, incluso cuando no tienen nada que contar, así que ella verá... porque una vez que estás en boca de unos y otros, inventan lo que no está escrito.

—Bueno, madre, tranquilízate, si son bobadas.

Arria Pale prefirió no contestar, o le reprocharía una vez más la ruptura con Capito.

—Hablando de tranquilizarse, te veo muy tranquila con la decisión de tu padre de no asistir a la fiesta del procurador.

—Porque me da igual ir.

—La verdad, me sorprenden tus palabras. Es un acto del mayor rango, dicen que el procurador ha pedido aves de tierras lejanas y otras carnes, y que llevan tiempo decorando tres salones. Asistirán otros gobernantes de Roma, los duunviros y ediles de las cuatro colonias de la provincia, y algunos senadores del concilio provincial. ¡Va a ser un acto distinguidísimo! Al parecer, la mujer y las tres hijas del procurador son bellísimas y el padre las esconde de los indígenas lusitanos, así nos llama cuando se enfada, porque en Roma pueden casarse al más alto nivel. Mis amigas lucirán estola nueva para estar a la altura.

—Y a mí, ¿qué? Me da igual el procurador y sus hijas. En cambio, se ve que a ti no.

—Me encantaría ir al banquete. No tenemos en Emerita tantas oportunidades de intimar con los de Roma.

—¿Y por qué no vais?

—Ya sabes que tu padre no tolera al procurador, y no quiero disgustarlo —dijo la madre resignada.

—¿Y no podrías ir con Calpurnia y Sulpicio Superster?

—¿Y dejar a tu padre solo? Ni se me ocurre —le recriminó Arria Pale—. Yo no soy viuda para ir a un acto de esa dignidad sin él. Además, precisamente a Sulpicio Superster lo han invitado un rato antes que a los demás, según Calpurnia, le ha caído en gracia al procurador. Por cierto, también me ha dicho que las hijas del procurador desean conocer a Capito, tienen los ojos azules y el pelo rubio.

—Madre, dejé a Capito porque no lo quiero, y si alguna de ellas se enamora perdidamente de él, mejor que mejor, se me quitaría un peso de encima. —Le decía la verdad. Por las noches la nana y ella suplicaban a Juno por el corazón de Capito; hasta que no volviera a enamorarse, Marcia no se sentiría en paz. Sabía que había destrozado a quien siempre la quiso, y en silencio también ella se lo reprochaba.

Semejante aseveración, exenta de celos, revelaba claridades insuperables. Tanta indiferencia hacia un gran amor, poco tiempo después, significaba otro gran amor latente.

—Desde que nos leíste la carta de Diophanes me asaltan una serie de dudas —el giro en la conversación desconcertó a la hija.

—Y eso a qué viene ahora, estábamos hablando de la fiesta del procurador.

—Al mencionar a Capito me he acordado de repente de Diophanes, es una lástima que se encuentre en Roma, porque sería un buen consuelo para su gran amigo —Arria Pale esperó la reacción de Marcia, muda y con cara de espanto—. Hija, ¿tú le escribes a Diophanes?

—Ya sabes que sí —respondió esperando que se abrieran los cielos.

—¿Y le has dicho que has roto con Capito?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Verás, en la carta que nos leíste de Diophanes, no te pregunta qué tal te encuentras tú por la ruptura con Capito o qué tal se encuentra él.

—No pregunta por Capito porque le escribiré directamente.

—Lo averiguaré.

—En cartas anteriores sí me preguntaba, pero le dejé claro que no me hablara más de ese asunto —Marcia luchaba por no ser descubierta.

—Se habrá quedado mudo cuando se ha enterado de lo vuestro.

—Bueno... Sí. Cuando se lo dije no podía creerlo y me escribía largos párrafos indagando sobre mis motivos, luego insistí en no hablar sobre Capito y lo respetó.

Arria Pale siguió tanteando, las explicaciones sonaban a mentiras, a imaginación fértil.

—De todas formas, me disgusta que insista en que te marches a Roma con él.

—Sabe que llevo tiempo diciéndole a padre que me encantaría conocer Roma.

—Por eso me parece peor, te embelesa con golosinas que no puedes probar.

—Diophanes volverá pronto a Emerita, a lo mejor padre permite que lo acompañe a Roma cuando vuelva a marcharse... le conocemos de toda la vida... es de fiar.

—Sabes que eso nunca ocurrirá. Soltera y del brazo de un amigo no puedes irte a Roma —la cara de Marcia denotaba más y más su contrariedad—. Marcia, hija, no veo que te importe gran cosa casarte, como le sucede a otras muchachas. ¿No lo deseas?

—Claro, madre, es mi mayor deseo, ese y conocer Roma.

—No parece que pongas excesivo empeño en el matrimonio, lo de Capito ha pasado hace poco y me parece bien que no acudas a la fiesta, también estará él, y los cotilleos no cesarían, pero... a ver cómo me explico —Arria Pale se lo soltó, llevaba tiempo con la sospecha—. Creo que Diophanes y tú tenéis algún secreto...

—¿A qué te refieres? —interrogó con la voz entrecortada.

—Al secreto que me ocultas.

—¿La nana te ha dicho algo?

—Deja a la nana tranquila. Soy tu madre y soy más vieja, sé leer tu corazón.

Marcia se lanzó al cuello de su madre y se puso a llorar.

—Por favor, hija, hay gente por todos sitios. ¡Cálmate! Vamos fuera.



—Es verdad, madre, Diophanes y yo estamos prometidos, ese es nuestro secreto. Nos queremos, madre, le quiero de verdad, estoy segura, moriría por él, ni siquiera sé cómo aguanto sin verlo —Marcia aprovechó y lo largó.

—¡Juno nos proteja, hija! Ya hace tiempo que lo sospechaba. Es una locura, Marcia. No podéis comprometeros, es liberto de tu padre.

—Es un gran médico, madre, está junto al emperador velando por su salud. Otón lo nombrará gobernador de La Lusitania, madre... Por eso se ha marchado a Roma, para hacer méritos y poder casarse conmigo, y yo le quiero, le quiero, más que a nada en este mundo... Esperaré lo que haga falta y me casaré con él.

—¡Y Capito!, Vesta nos proteja. Cuando se entere Capito montará en cólera.

—A lo mejor tenemos suerte y para entonces anda con alguna de las hijas del procurador.

—Marcia, hija, nos vas a traer la ruina, cuando Capito se entere se va a armar la guerra. Cornelio Severo nunca permitirá que Diophanes vuelva a trabajar como médico en la colonia y lo mismo intenta que lo destierren de Augusta Emerita.

—Madre, le nombrarán gobernador y mandará más que Cornelio Severo.

—Tú sabes que quiero a Diophanes tanto como a Capito, pero es que de siempre ha sido que una patricia se case con un patricio, con alguien de su mismo estatus, no podemos ir contra la tradición, hija. Lo que quieres hacer es un atrevimiento, va en contra de nuestro mundo y los dioses no te lo perdonarán.

—Al contrario, madre, los dioses han unido mi camino y el de Diophanes.

—No digas tonterías, los dioses nunca van contra la tradición. En Roma se mezcla la gente, y eso será su perdición, pero en la colonia se respeta lo antiguo y se hace lo que se debe —la madre intentaba que entrase en razón.

—Las cosas cambian, madre. Mira si cambian que hasta los césares viven a merced de los soldados y no del senado ni del pueblo.

—¡Ahora sabes de política! Esto no tiene nada que ver con la política.

—Para mí no es tan importante que sea médico y que sea de Tracia, él es romano. Cuando nos casemos, Diophanes entrará en el senado por influencia de padre.

—Pero Marcia, eres tú la que entra en la familia de tu esposo y no al revés. ¡Por Jupiter!

—Pero si él no tiene familia, solo nos tiene a nosotros. Siempre le has dicho que era como un hijo para ti, igual que Capito. Ahora qué pasa, ¿que ya no le quieres?

—¡Cómo no voy a quererlo! Pero esto es diferente, es una locura. Tienes que olvidarte de él.

—Madre, tienes que apoyarme, y también padre, porque si no lo hacéis me marcharé a Roma con él, viviré como pueda, me da igual lo que diga la gente. Os quiero muchísimo, a padre y a ti, pero Diophanes es el hombre que el destino me ha reservado y mi lugar está con él, con vuestra aprobación o sin ella me marcharé.

—Cada vez estoy más convencida de que a ti te han embrujado, no puedes tener tan poco juicio y decirme estas cosas. Vas a terminar conmigo. Durante toda mi vida

no he hecho otra cosa que procurar el bien de los que me han rodeado, he sido dique de contención para los infortunios que acarrea la vida. Y han sido muchos, créeme... Y no me merezco las palabras que acabo de escuchar, con esa soberbia. Si no necesitas la aprobación de tus padres, me parece muy bien, y si te quieres marchar, también.

Arria Pale se dio la vuelta y se marchó.

—¡Madre! Calpurnia todavía no ha terminado.

La madre atravesó los jardines y luego la puerta, y cuando Marcia se convenció de que no volvería, corrió tras ella enjugándose las lágrimas. Arria Pale detestaba el frío corazón de su hija, eso era lo más indignante, que no intentase convencerla de que entendiera sus planteamientos. De repente los padres eran unos extraños a los que nada se consultaba, de los que no cabía ningún consejo y cuyo parecer y pensamiento no importaban lo más mínimo. Marcia pronto alcanzó a su madre y se colocó a su lado sin hablar, siguiéndole el paso. Al entrar en la casa la madre señaló el piso de arriba. Arria Pale odiaba las discusiones, para ella la palabra armonía constituía el valor esencial que el buen juicio de una esposa aportaba a la familia, el mejor regalo para sus miembros, una dádiva que conducía a la unión de todos. Como madre había intentado conducirse bajo ese ideal, sin embargo, también tenía un límite, y frente a él era capaz de detener el mundo. Y eso era lo que sucedía, había explotado, su cólera no se había esfumado como otras veces. De repente, estaba más que harta de Marcia, le diría las cosas claras y le daba igual el desamor que provocaran sus razones. Le aterraba su crueldad y afán de venganza, sentimientos que intuía encerrados en un lugar oscuro, por momentos accesibles. También Marcia divisó el hartazgo de su madre, la percibía diferente, y dio marcha atrás de inmediato. Tener a su madre en contra provocaría su fin; sin su alianza las fuerzas la abandonarían y sería incapaz de enfrentarse a su padre. De repente, Marcia se sintió empequeñecer mientras su problema se agravaba, era imposible complacer a todos, y se hundió.

—Madre, ¡¡¡perdóname!!! Perdóname por todo. Los dioses me han marcado un destino difícil. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo sobreviviré? Hay días que no aspiro a más, parece que la felicidad me está vedada —las lágrimas diluviaban.

—Si no dejas de llorar, me marcharé. ¡Ya vale de hacerte la víctima! Nadie te obliga, estás decidiendo tú.

Arria Pale ordenaba el tocador como si nadie la acompañara, parecía indiferente a todo, también a las intenciones de hablar de Marcia, fallidas por el hipo y las lágrimas, que no cesaban.

—Madre, por favor, atiéndeme, te lo ruego, te necesito. Siempre has estado a mi lado y no puedo pensar que no vaya a seguir siendo así.

Arria Pale había reducido la velocidad de sus movimientos, pero seguía de espaldas a Marcia.

—Me pareces una mala hija, una hija egoísta que no se merece los desvelos ni los sufrimientos de sus padres. ¡No te mereces nada! Lo has tenido todo, pocas cosas se

te han negado en esta casa, hasta el casamiento nos negamos a negociar, dejando libre tu corazón. A tu padre y a mí nos surgió el amor y nos ha ido bien, y deseábamos que pudieras tener esa suerte, pero no contábamos con que eres diferente a nosotros, que agachábamos la cabeza y rogábamos a nuestros padres. Pero tú, tú te empeñas en hacer daño a cuantos te quieren, nos pides que te comprendamos, cuando ni siquiera eres sincera con nosotros, al ocultarnos lo que haces... en secreto. Pero haces lo que quieres y los demás tenemos la obligación de comprenderte, ¿no? Ahora vienes con que te has comprometido con Diophanes...

—Tienes razón, madre —contestó.

—¿Con el permiso de quién te has comprometido? Haces lo que te viene en gana, primero te prometiste con Capito, se celebró el compromiso y te paseaste ante los ojos del mundo de su brazo, como una novia enamorada, y luego, de la noche a la mañana, acabaste con esa promesa. Pero no tienes bastante con ese escándalo que ahora te comprometes por tu cuenta, y encima, con el mejor amigo de tu anterior novio. Dime, ¿cuánto durará esta vez el capricho?

—Toda la vida.

Arria Pale se echó a reír con absoluta ligereza.

—¿Quién puede tomarte en serio? La otra vez también era para siempre y mira...

—Nunca he pretendido ni ofender, ni hacer daño a nadie...

—¡Faltaría más! —exclamó la madre, que no salía de su angustia.

—¿Y qué hago?

—Pensar mejor las cosas, hablar con tus padres, tener en cuenta a los demás y mirar tu condición, porque desde luego no creo que quieras compararte con los esclavos a los que pocos miramientos se les exige, ni para el casamiento ni para otras muchas cosas, ¿no?

—Nunca pensé en prometerme a Diophanes hasta que él me descubrió su corazón. Me ama desde que éramos niños, se había resignado a perderme, pero al final prefirió luchar cuando supo que sus sentimientos eran correspondidos. Y lo son, madre, yo le quiero, de verdad. ¿Crees que no le quiero? Cuando salgo a la calle veo las miradas, escucho las risas y los cuchicheos a mi espalda. Me ha costado mucho dejar a Capito. Madre, tienes que ayudarme, no sé qué hacer. ¡Cómo voy a solucionar esto! Me voy a volver loca. ¡No podría casarme con otro hombre! No sería capaz de rozar ni sus manos, ¿me entiendes, no? Solo se me ocurre quedarme soltera, si es lo menos gravoso para padre y para ti. Tarde o temprano Diophanes se olvidará de mí.

Al mencionar el nombre del médico el desconsuelo invadió el ánimo de la muchacha, que se recostó contra el colchón mientras las lágrimas afloraban sin medida. Arria Pale sintió una opresión en el pecho, le dolía verla sufrir, la rabia había cedido. Entonces no se le ocurrió otra cosa que llamar a la nana.

—Señora... —dijo la nana con la mirada fija en el suelo.

—Tú sabes lo de Marcia y Diophanes, ¿no? Di la verdad —ordenó Arria Pale.

Antes de hablar, la nana miró a Marcia.

—No hace falta que la mires, precisamente te he mandado llamar para escuchar otra voz más cuerda que la de mi hija y, por supuesto, para que digas la verdad.

—Nana, contesta a mi madre sin temor de dañarme —Marcia le concedía libertad.

—Perdone señora, ya sabe cuánto significa Marcia para mí.

—Pues ten mucho cuidado con no saber a quién te debes. Contesta mi pregunta, para eso te he hecho venir —subrayó la madre, impaciente—. ¿Qué me dices?

—Que se quieren de verdad, señora.

—Y lo de Capito, ¿cómo te lo explicas?

—Si me permite la opinión... —Arria Pale asintió elevando las palmas de las manos en señal de prontitud, y la nana fue al grano—. Marcia no quería quedarse soltera, su edad para tener hijos se está pasando, y como Capito le pidió el matrimonio..., pues... se confundió. Además, Capito tiene muy buena presencia y unas cualidades que a nadie desagradan. Si se me pide que hable claro, mejor él que cualquier otro. Sin embargo, yo siempre he creído que existía algo único entre Diophanes y Marcia. La mirada entre ellos siempre ha tenido un brillo especial y cuando se les veía juntos se percibía la complicidad. Si Marcia no acudía al consultorio, Diophanes venía a preguntar qué ocurría, y el singular entusiasmo de ella con los enfermos, por mucho que le guste ayudar, siempre he creído que se debía más a la compañía del médico que a otra cosa. A mí me hablaba continuamente de Diophanes, todo lo que hacían, lo que planeaban, como hacen las enamoradas. Llevan muchos años pasando los días juntos, eso lo sabe usted. Creo que se quieren desde niños, pero al pertenecer a clases diferentes nunca se han atrevido a romper esa barrera hasta el final.

—Me parece que estás muy contenta con esta desgracia.

La nana no contestó.

—Responde, nana.

—Señora, perdone mi atrevimiento... ni siquiera tengo condición, bueno, sí, la de esclava, no me quejo, su casa es el mejor de los destinos que cualquiera podría desear...

—Nana, yo te quiero como una hermana —dijo Marcia con delicadeza.

—¡Mi querida niña! ¿Qué no haría yo por ti? —La nana empezó a acongojarse—. Señora, solo puedo decirle que me importa la felicidad de las personas por encima de todo, y eso, a veces, está alejado de la categoría a la que uno pertenece, yo solo miro que las personas se quieran y se respeten, claro... que tampoco tengo ninguna aspiración mayor y no soy quién para juzgar los intereses de los más pudientes.

Arria Pale bajó el nivel del enfado.

—Ya... y qué me dices de Capito, del insufrible e inmerecido trato que ha recibido.

—Marcia nunca pensó prometerse y luego dejarlo. El destino, señora, el destino.

—¿Tú crees que Marcia y Diophanes se quieren?

—Sí, eso es seguro. Los dos son bastante parecidos, desde pequeños se metían en los mismos líos y disfrutaban con ello.

—Eso no hace falta que lo jures —le cortó Arria Pale—. Pero sigue, sigue.

—Pues eso... de pequeños les gustaba meterse en los charcos, se ponían la ropa perdida, les gustaba inventarse aventuras y jugar a las mismas cosas, incluso de los tres, ellos dos eran los que más se peleaban. Capito era diferente, muchas veces prefería mirar cómo jugaban y elegía los juegos más tranquilos.

—Y ahora dime, nana —continuó la madre—. ¿Te parece bien lo que ha hecho Marcia?

—No soy imparcial, señora, estoy del lado de Marcia, y si ha obrado mal, lo siento por Capito, pero por encima de todo deseo que ella sea feliz. Los dioses la perdonarán con las súplicas y los ofrecimientos. Nosotras..., Marcia y yo les suplicamos a diario. A veces nadie tiene la culpa de las cosas que suceden, simplemente suceden. Con el tiempo, todos comprenderán. No creo que Capito tarde mucho en encontrar otra pareja. A mí me gustaría que Diophanes y Marcia se casasen, se quieren y no veo por qué tienen que ser infelices. Diophanes no es patricio, pero puede darle mejor vida a Marcia que ningún otro hombre, y por ser patricio nadie es más feliz que otro. Aunque todo esto lo diga yo, señora, que como ya he dicho, mi mayor aspiración es que me quieran.

—Gracias, nana, por tu sinceridad. Marchaos las dos, por favor —añadió la madre con el corazón roto—. Y tú, Marcia, no salgas de casa.

Arria Pale no podía pensar, le rondaban las imágenes de los tres jóvenes desde corta edad. Capito y Diophanes, a los dos los quería. Pero como bien decía la nana, lo principal era la felicidad de Marcia. Arria Pale sabía que si admitía el amor entre Diophanes y su hija desaparecería toda posibilidad de reconciliación con Cornelio Severo y Capito. La elección de Diophanes sellaba una nueva traición, y cabía pensar en represalias por parte de Cornelio Severo. ¡Quisieran los dioses que Capito encontrase pronto esposa! Marcia debía guardar su compromiso con Diophanes en secreto hasta que su antiguo prometido se desposase. ¡Ojalá eso sucediese! Y enseguida se curase el herido corazón del abogado. ¡Quisieran los dioses que alguna de las hijas del procurador despertase en él nuevamente el amor! Tan buen casamiento ayudaría algo más, si no al perdón de Marcia, sí quizás a la indiferencia o al olvido. Una profunda respiración precedió a la elección de Arria Pale. Elegía resignarse; era el único modo de mantenerse al lado de su hija. Quizás el tiempo lograra lo imposible, el tiempo que todo lo cura o por lo menos lo suaviza.

## Celebración y muerte

«Así es la vida: un continuo reír, un continuo llorar.  
Una cosa y la contraria».

La élite de Augusta Emerita no había escatimado en gastos para situarse a la altura de sus anfitriones en el banquete al que había sido invitada, pretendiendo demostrar que eran una provincia valiosa y un buen destino en el que hacer méritos. Nada más clarificador que el ejemplo de Otón, gobernador lusitano y emperador en la actualidad. Augusta Emerita no era el fin del mundo, y allí estaban los más pudientes, honorables y avezados patricios emeritenses para demostrar al procurador lo equivocado de las palabras que tan alegremente había escupido en público, denigrando sin el menor pudor a la provincia a la que había sido destinado.

Al banquete del procurador estaban invitados, en un primer llamamiento, casi todos los miembros del concilio provincial, excepto aquellos que en algo contrariaron a Abelardo Aldo Cecilio y sobre quienes había ejercido un trato vejatorio para reconducir su comportamiento. A estos los había invitado al segundo llamamiento, junto a los senadores de la capital. El primer grupo estaba compuesto, además, por los cargos nombrados en Roma para el gobierno de La Lusitania y ciertas familias escogidas de la colonia o de la provincia, a las que el procurador deseaba recompensar por diferentes motivos. Entre los elegidos se hallaban Cornelio Severo, cuyo sacerdocio lo encumbraba como autoridad de primer orden, y el afamado y atrayente Capito, cuya gesta aumentaba de gloria al discurrir de los días y que se veía obligado a enseñar la pequeña cicatriz ante la insistencia de las mujeres, que aprovechaban la ocasión para palpar el musculoso torso del valiente corredor. Al saludo privado del procurador, oficialmente así se denominó a esta primera invitación, también se había convocado a Antestio Persico, que había regalado un imponente caballo negro con manchas pardas a Abelardo Aldo Cecilio en la confianza de que tan generoso regalo le reportaría alguna ventaja. Otros invitados eran el recién elegido edil Quinto Julio y Valerio Hymino, escogidos ambos con la intención de subordinar las decisiones de la curia emeritense al entendimiento del gobernante romano, exigencia que este dispondría sin escrúpulos, en pago a las deferencias tenidas con ellos. Valerio Hymino acudió acompañado de Lorenza, su esposa, que usualmente se negaba a comparecer en las celebraciones públicas, pero quiso asistir a esta, y no se despegaban de Calpurnia y Sulpicio Superster, conscientes de las buenas migas que el augur, provincial y recién nombrado senador de Augusta Emerita hacía con el mandamás. A Valerio Hymino estar entre los elegidos al saludo

privado le llenó de vanidad. Que el resto de senadores supiera de esta apreciación de Abelardo Aldo Cecilio hacia su persona le suponía un reconocimiento que le hacía sentirse especial, de categoría superior, y que solo podía interpretarse como el prelude de su pronta elección para el concilio provincial. Junto a este sentir superficial, convivía en el duunviro una repugnancia secreta por su benefactor, consecuencia del trato denigrante sufrido en privado, en las dos ocasiones en que le había visitado, a cual más infame, en las que el delirio de los ojos azules y saltones del mandatario romano había dejado traslucir la locura que anidaba en su persona.

El banquete tenía lugar en la residencia oficial de Otón, que después lo fue de Servilio Modesto, y ahora, en tanto se produjese el nombramiento del nuevo gobernador, lo era de Abelardo Aldo Cecilio. Hasta tres salas contiguas fueron habilitadas para recibir a más de trescientas personas, todas ellas recubiertas de rico mármol de Eborá, comunicadas por gruesas puertas de madera labrada cuyas hojas al abrirse convertían los salones en un espacio único. Por cada casa invitada podían acudir un máximo de tres personas, cuatro en casos puntuales. Al procurador le traía sin cuidado la elección de esos miembros, con tal de que asistiese el pater familias. Por otra parte, era imposible disponer de triclinios para todos, así que solo los invitados al saludo privado disfrutarían de semejantes comodidades ocupando el salón del medio. Los demás debían conformarse con sillas forradas con brillantes sedas para mayor relumbre y enormes mesas redondas tapizadas a juego. Abelardo Aldo Cecilio tenía muchas manías, que sus sirvientes advertían al personal contratado. La primera, no mirar jamás a los ojos del procurador, ni aunque este alabase su excelente servicio, para él los esclavos eran necesarios para el buen vivir de los ricos, solo por ese motivo, por todo lo demás los consideraba despojos caros de mantener.

El saludo privado del procurador tenía lugar el quinto día después de las nonas del mes de febrero, a la hora sexta. Los invitados habían sido advertidos de que el retraso era sinónimo de puertas cerradas, incluyendo el banquete posterior. Esa fue la primera norma del dignatario, que no soportaba la impuntualidad. Tampoco consentía abrir la puerta antes de la hora y aún se demoraba algo más, calculaba el tiempo bajo parámetros marciales, pura táctica militar, no demasiado tarde, para evitar hoscos comentarios contra él, pero sí el tiempo suficiente para dejar constancia de quién tenía el mando y cómo le gustaba ejercerlo, con pleno dominio sobre sus súbditos. Los invitados esperaban invadiendo la calzada. Incluso los colaboradores romanos y otros cargos políticos menores pero de cierta importancia se encontraban allí; estaban acostumbrados a los despotismos del procurador, y aunque conocían la norma de Abelardo Aldo Cecilio de hacerlos esperar, temían sus desvaríos y sus extravagancias, y nada excepcional les parecía un adelanto de sus costumbres, a la espera de cazar infidelidades que represaliar; ya antes otros sufrieron su tiranía por motivos tan minúsculos como inverosímiles. El frío contoneaba las figuras sin las delicadezas y las finuras exigidas al estrato social que representaban. Los cielos

permanecían azules sin amenaza de lluvia y todavía a esa hora lucía la luz de la tarde. El mes de febrero hacía honor al recurrente calificativo de impredecible, febrerillo el loco, bajo sus alas, lo mismo lluvia, que viento, que frío, incluido sol bravo y modorro si le daba por ahí. A pesar de la buena temperatura, la espera en la calle no era agradable, pero nadie se atrevía a protestar ni un ápice y una nerviosa algarabía marcaba la congregación. El pueblo, enterado del festejo, vedado el gozo del lujo, observaba aquella estampa profundamente alejada de su realidad, y con silencio manso acataba su lugar en la pobreza.

Por fin se abrieron las puertas. La masa aglomerada ejercía cierta presión sobre el inicio de una fila que se formó por exigencia de los soldados de guardia. Un pasillo de servidores daba la bienvenida a los invitados y marcaba el recorrido. Cada sector tenía su lugar en el salón indicado por finos auxiliares, encargados de organizar la celebración, atender a los asistentes, vigilar la labor de los esclavos y tener apunto los espectáculos contratados. A cada paso el mármol lo inundaba todo, se derrochaba este caro material en cada detalle que la vista advertía, tan reluciente y pulido que servía de improvisado espejo donde recolocar los postizos. Ubicados los invitados en sus lugares, se sirvió bebida y apetitosos pastelitos. Algo más tarde se convidarían chucherías saladas y vino bueno y caro, traído de Roma en barricas de madera especial para conservar su aroma duro y resistente, del gusto del procurador, que agasajaba con las mejores fruslerías a sus queridos huéspedes, explicaban los auxiliares con sonrisa de oreja a oreja. Abelardo Aldo Cecilio, su esposa Fabiana y sus tres hijas, Faustina, Felicia y Clementina, no demoraron su aparición. Se abrieron las puertas con gran ceremonial y sin previo aviso. Todos los invitados se levantaron a la entrada de las personalidades y reclinaron sus cabezas. Los más allegados a ellos escondían la copa y los más distantes tragaban con disimulo o devolvían el bocado a la servilleta.

—Tengo ante mí a las más exclusivas dignidades de nuestra Roma, amada por todos, y de la gran provincia a la que sirvo, la desconocida Lusitania. Vosotros sois tales deidades —y estiró el brazo ante sus invitados para que no tuvieran ninguna duda—. Me atrevo a compararos con quienes guían el destino del mundo sin temor a ofenderlos, porque bellos son mis sentimientos. A vosotros ofrezco esta humilde morada como si de vuestra casa se tratara, y en vuestro nombre, amigos, organizo esta recepción que espero aúne nuestros intereses y nuestra colaboración. Gracias a todos por venir, deseo que sepáis que mi esfuerzo y el de mi familia quedarán recompensados si logramos vuestro disfrute con cuantas sorpresas os esperan, que han sido organizadas con esa única misión.

Las palabras del procurador y la gentileza de su tono produjeron el efecto correspondiente: deslumbrar sin medida a los menos experimentados en el mundo de la política. El aplauso no se hizo esperar, chocaron las palmas con frenesí. La intervención del anfitrión rezumaba cariño, elegancia y delicadeza, y muchos lusitanos, tras la cortés bienvenida, estimaron mentiras los feos comentarios que se



vertían sobre él.

—Voy a presentaros a mi familia, impaciente por conoceros y echar raíces en esta hospitalaria tierra —el mohín de las féminas marcaba un límite a las exageradas palabras del padre.

—Mi bella esposa Fabiana, permitidme esta licencia un tanto petulante, y mis queridas hijas, Faustina la mayor, Felicia la segunda y la más pequeña, Clementina.

La esposa paseó ampliamente la mirada por el salón mientras movía las manos con sutileza, en un baile de dedos enjoyados que engatusaba a los espectadores. Las dos hermanas mayores se dieron a las artes de la seducción, encandilando a cuantos se prestaban al juego, expertas alumnas de las prescripciones maternas: un pestañeo coqueto, luego otro más largo, ahora una pícara sonrisa, luego una caricia lenta del cabello, adelantaban el hombro contoneando la cadera, y así, tantas otras poses insinuantes que dominaban a base de repetirlas ante el espejo, corrigiendo los excesos o las suavidades irrelevantes. Tal era la maestría de Faustina y Felicia que al finalizar el padre la perorata habían realizado una selección de los miembros masculinos a los que prestarían sus encantos. Cuando el padre fijaba la vista en ellas, procuraban bajar la cabeza mostrando una modosa inocencia que no engañaba a este, que las había pillado en suficientes renunciados. Sus hijas representaban de forma sobresaliente la comedia de pusilánimes jovencitas como él ante sus gobernados la de diligente y generoso hacedor. La familia del procurador se daba al arte de la escena con absoluto magisterio. Fabiana instruía a sus hijas en las técnicas de seducción al género masculino, convencida de las buenas cualidades de las tres. La pequeña era rebelde y no prestaba la menor atención a sus explicaciones, pero todavía era pronto para darla por perdida, el matrimonio aún le quedaba lejos. Fabiana les decía, la seducción es el arte de volver locos a los hombres sin que estos se den cuenta, debe parecer que ellos mandan, cuando en realidad decidimos nosotras, una debe aliarse con sus virtudes y moldear los defectos. Y este es el auténtico aprendizaje de toda mujer y el más difícil. Y así, concretaba, nunca debéis levantar la voz más que la de vuestros conquistados, algún día esposos, sed amables y cariñosas, cuidad vuestro aspecto, vuestro aliento, vuestro olor; cuando os miren, deben ver la imagen de una diosa; procuradles cuidados, tened detalles con ellos y, sobre todo, ganad vuestra batalla en la cama. Si jugáis estas bazas con acierto, cuanto deseéis os lo procurarán, y aún más. Fabiana dedicaba un extenso capítulo al sexo, las aleccionaba sin recato. Todo esposo debe gozar en la cama, eso es fundamental para la base de un matrimonio duradero, sus deseos deben satisfacerse evitando la tentación de soliviantar necesidades en otros lechos. Para Fabiana solo existía un rival más fuerte que la seducción femenina: el dinero y la posición que con él se adquiriría. Faustina, Felicia y Clementina no pertenecían a la élite superior de Roma, pero la carrera política de su padre no había alcanzado un tope, aún podría escalar posiciones. Por otro lado, las hijas eran bellísimas, por lo que la madre tenía grandes expectativas sobre su futuro, al menos para Faustina y Felicia, el caso de Clementina ya se vería. Fabiana era el mejor

ejemplo para corroborar sus teorías. Su padre fue un simple duunviro del norte de Italia. Conoció a Abelardo Aldo Cecilio como colaborador del recaudador de impuestos de Roma. Cuando su padre le dijo que se trataba de un influyente personaje que llegaría lejos, y dado que su progenitor no tenía la mínima intención de acercarse a Roma para medrar y, por tanto, su casamiento se reducía a migajas comparado con su ambición, decidió aprovechar sus escasas oportunidades. Para Fabiana conquistar al actual procurador fue una fina labor a la que se entregó sin darse por vencida en momentos de dificultad extrema, tanto por la existencia de otras mujeres como por el irascible carácter de este. Pero ella no flaqueó. Y cuando Abelardo Aldo Cecilio volvió a Roma con los impuestos cobrados, en su mano izquierda llevaba una alianza, seis meses después se casaron.

Menos de una hora después de la aparición de los anfitriones ya se servían las bebidas con alcohol y los aperitivos salados. A las muchachas se les permitía beber un vino dulce mezclado con limón y agua muy rebajado. Los invitados habían sido advertidos del protocolo que debían observar, siempre en función de la gentil familia. No debían moverse de sus triclinios hasta que el procurador los saludara, y después, si deseaban levantarse, tenían prohibido surcar las proximidades de la ronda seguida por Abelardo Aldo Cecilio. El gobernante saludaba personalmente a sus invitados acompañado de Fabiana, cuya educación y estilo encandilaba a mujeres y hombres, ella siempre tenía a punto una sonrisa que a nadie excluía. Las primeras atenciones del procurador fueron para Capito, que acaparó el protagonismo por un tiempo largo, preguntado primero por su gesta en el circo y arrollado, después, por un montón de preguntas íntimas que ofendían su carácter reservado, a las que contestaba con apática brevedad. Fue preguntado por sus días en Roma, su interés por la política, la marcha del despacho de abogados y hasta sus perspectivas de futuro. Cuando la ronda siguió su curso, Faustina se las ingenió para retener a Capito. Felicia y ella no atacaban al mismo tiempo, a la hermana mayor le gustaba ser la primera en conquistar, opinaba que las flechas de Cupido se insertaban mejor sobre un corazón con espacio libre. Por fortuna para el bienestar de la familia, a Felicia le gustaba coquetear en segunda instancia, para que la presa pudiera comparar, tal era la seguridad que gobernaba sus fríos actos. El único inconveniente para tan brillante alumna radicaba en que la hermana mayor jugara sucio impidiendo su acercamiento, como era el caso. Viendo que Faustina no soltaba el trofeo, Felicia inventó estrategias con diligencia, buscó a otro muchacho, y sin aprecio y con ligereza lo utilizó para acercarse a su hermana y a Capito. Ahora vería Faustina, en un periquete se la jugaría. En ese momento entró un auxiliar que habló al oído del procurador y ambos se retiraron. El abogado aprovechó la tesitura para disculpar su marcha. Faustina y Felicia se quedaron perplejas ante el insólito desplante, también el acompañante, aunque por motivos bien distintos. Él, a diferencia de las hermanas, se sentía el centro del universo ante su abundante suerte, tenía colgadas de cada brazo a las más bellas y cotizadas muchachas. Las dos jovencitas siguieron las enseñanzas de su madre y lejos

de parecer molestas por la huida de la presa optaron, con su mejor sonrisa, por atender otras demandas masculinas.

Abelardo Aldo Cecilio hizo pasar al mensajero y se dejó caer en el butacón de plata.

—Imagino que debes tener hambre, sed, y además no hace falta que menciones lo del baño... —La mano del procurador insinuó el tufo que desprendía el hombre.

—Algo de agua, excelencia, para calmar esta sed que abrasa mi lengua.

—Se te traerá el agua hora mismo, y en cuanto termines de hablar llegaré todo lo demás. ¡Cuéntame! ¿Qué sucede? ¿Quién te manda?

El mensajero pronunció una frase que permitía identificar al remitente sin revelar su identidad. Las noticias procedían del grupo de los legalistas.

—Excelencia, hablo por boca de otros —el mensajero se calló ante las risas altas y despreciativas del romano.

—No han debido escogerte por tu inteligencia —las risas del procurador entrecortaban su voz—. Espero que sean otras tus cualidades y que al menos goces de memoria y fidelidad a quien te paga.

—Por supuesto, excelencia, mis disculpas —ya habían avisado al hombre de las malas pulgas del destinatario. Las palabras de los de Roma le advertieron de que debía transmitir el mensaje como si anunciara la muerte de un hijo, y puesto que ninguna muerte debía vocear, bien claro tenía él que sus palabras no sentarían bien. Sin embargo, cuando aceptó el encargo pensó que allá cada cual con sus miserias. A él le regalaban el caballo utilizado en el servicio y un dinero que le venía muy bien, únicos miramientos a los que se ceñía.

Los legalistas contrataban un recadero cada vez, para evitar que los emisarios asiduos descifrasen intrigas.

—Me mandan a decirle, excelencia, que los libros están en poder del nuevo emperador Otón y que le han llegado por cauces no correctos, de modo que son otros quienes tienen la sartén por el mango y los que se beneficiarán de esta posición, porque Otón les ha dicho que sí al trueque.

—Continúa.

—Dicen que los suyos no van a salir mal parados porque Otón se ha reunido con ellos y se ha comprometido a darles el poder y el sitio que otros les quitaron. —El mensajero hizo una pausa recapitulando la información—. Pero, excelencia, me han dicho también que han preguntado al emperador por la situación de usted en Augusta Emerita, para que se le permita volver a Roma o se le dé un cargo más acorde con... —El hombre titubeó ante la intimidante mirada del otro y bajó los ojos— con..., con..., porque usted vale mucho.

—¡Acaba!

—Excelencia, con todos mis respetos, que Otón no piensa moverlo de aquí, porque usted no ha cumplido su palabra de darle lo que le prometió, y que se quedará en Emerita y de segundón —la última palabra la pronunció en un susurro.

—¡Maldita escoria!, ¡deshecho inmundo! ¡Me lo prometió, me dio su palabra! ¡Esto es una injusticia que no voy a consentir! —El procurador se había levantado e intentaba serenarse, soltando bufidos ininteligibles—. Es un ser despreciable, ojalá y la chusma le arranque la cabeza y luego la tiren al Tíber para que las sombras lo devoren. Él sabe muy bien que a mí me robaron los libros. ¿Por qué me castiga? Vine hasta aquí para rescatarlos, a esta tierra de despojos.

El silencio heló el ambiente.

—¿Qué más tienes?

—Que sus amigos harán todo lo que puedan para que Otón comprenda su situación y cambie de parecer, pero que usted debe tener paciencia, ahora es mal momento y este asunto es de pequeña envergadura comparado con la guerra civil que se avecina. Excelencia... que espere un poco más.

—¡Esperar yo! ¡Que me he sacrificado por todos ellos! Por la causa común —dijo a gritos haciendo burla de sus propias palabras—. Eso me dijeron, estarás protegido, Cecilio, eres de los nuestros y tu causa es la de todos. Se premiará tu marcha a Hispania, no harás en balde este esfuerzo. —Luego se dio la vuelta quedando frente al mensajero, que empezó a tiritar—. ¿Es esta la protección de la que hablaban? —le increpó.

La vena de la sien derecha se había hinchado en su recorrido, conformando un perfil explosivo de Abelardo Aldo Cecilio, que se situó rozando la nariz del mensajero. El hombre se tapó la cara con las manos. El mandatario resopló sobre su cara manchándole de saliva. El otro no se movió, si siquiera quitó su mano de la cara cuando el procurador lo cogió por sus malolientes ropajes y lo empujó contra el suelo, y allí, agazapado, se quedó.

—Recupera la compostura, estás ante el procurador de La Lusitania —dijo entonces con acritud para terminar riendo a pleno pulmón.

El hombre se levantó, no escuchaba con claridad las órdenes del dignatario; tal era su nerviosismo y tan visible que el propio Abelardo Aldo Cecilio decidió exonerarlo de las culpas de otros.

—Cuéntame qué sucede en Roma, espero que puedas ofrecerme alguna noticia de alcance.

—Excelencia, soy una persona pobre, no añado ni quito nada a lo que sucede en los grandes palacios.

—Con que estés al día de lo que se habla en la calle me basta. ¿Podrás darme gusto?

—Claro que sí, mi señor.

—Pues ya te falta tiempo para largar...

—Excelencia... En Roma el pueblo vitorea a Otón llamándole Nerón. No sé por qué, señor, pero a él no le molesta, sonrío cuando le llaman así y levanta los brazos. Además, por si no estaba claro que le agrada el nombre de Nerón, ha vuelto a colocar sus bustos y estatuas en lugares públicos y ha devuelto el cargo a algunos de los

administradores y libertos del antiguo emperador.

—El poder vuelve majaretas a los césares antes de corromperlos. ¿No crees?

—Lo que usted diga —contestó el mensajero sin recapacitar.

—Por algo existen las clases. ¿Cómo podrías tú gobernar si no sabes responder a una cuestión tan sencilla? El pueblo debe limitarse a obedecer a las grandes mentes. ¡Quién puede poner esto en duda! —Tras el inciso volvió a interesarse por la situación de Roma.

—Señor, también he escuchado que quiere terminar la casa dorada de Nerón y con mis propios ojos he visto que las obras se han retomado.

—¡Ya! —añadió con prepotencia—. Y ahora dime, ¿por qué me has hablado de guerra civil si Galba ha muerto y Otón solo lleva un mes al mando?

El mensajero permaneció callado, la cabeza baja y los brazos rígidos.

—Te he hecho una pregunta y no me gusta esperar. Puedo azotarte, acabar contigo y tirarte al Ana, y nadie preguntaría qué han sido de tus miserables huesos.

—Excelencia, lo poco que sé lo escuché de tapadillo, cuando me vi en la calle con los senadores que acompañaban al que me ha mandado —dijo con nerviosismo.

—Pues precisamente son esas las noticias que más me interesan, las que se escuchan sin corresponderle a uno. ¡Suéltalo!

—Sus ilustrísimas comentaban que no se fiaban de Otón, que era un mentiroso, con todos mis respetos para el César..., y que hablaba según le convenía. Decían que nadie se había tragado en el senado que los soldados le hubiesen raptado en plena calle y por la fuerza le obligasen a aceptar el poder, como les dijo cuando se presentó allí ante ellos, porque todo el mundo sabe que el levantamiento lo lio él. Luego hablaban de que Otón también les había dicho que ejercería el poder de acuerdo con el senado, pero que eso tendrían que verlo ellos para creerlo. Y después, excelencia, hablaron de que Otón había mandado una comisión a negociar con las tropas sublevadas del general Aulo Vitelio que bajaban a Roma desde Germania. El emperador quería que esta comisión informase al general que se había elegido un nuevo emperador, que era él, y que estaba dispuesto a compartir el poder con Aulo Vitelio y a casarse con su hija, si este lo creía oportuno, por la paz del Imperio.

—Y tú no sabrás qué le ha contestado Aulo Vitelio, ¿no?

—Con todos mis respetos, no creo que lo sepan ni ellos, excelencia, porque la comisión se mandó un día antes de que yo partiera para Emerita.

—¡Ojalá Aulo Vitelio le corte la lengua y le saque el corazón a Otón! Me ahorraría trabajo —dijo para sí con un tintineo del dedo índice sobre la barbilla. Luego, dirigiéndose al hombre, agregó—. Bueno, bueno... Ves cómo no eres tan tonto como quieres aparentar... ¿No sabrás algo más? Tengo unas exquisiteces a punto de servirse en el convite que celebro, y si tus noticias lo merecen, podrás tomarlas en las cantidades apetecidas.

El mensajero, satisfecho del buen ánimo que sus novedades causaban en el procurador más que por las viandas ofrecidas, se apresuró a soltar otros enredos que

también había logrado escuchar.

—Excelencia, estos señores reían mucho, porque la misma noche en que Otón se proclamó emperador tuvo una pesadilla que lo hizo caer de la cama. Por lo visto, algunos auxiliares corrieron en su ayuda al oír los gritos, entonces Otón les contó que los manes de Galba aparecieron en su sueño y lo empujaron del lecho. Según decían, desde esa noche no ha parado de hacer sacrificios expiatorios para aplacarlos y no se despega de su astrólogo Seleuco. Otro día consultó los auspicios y el mar se precipitó en una terrible tempestad, vamos, que los espíritus no le son favorables, que tiene la negra.

—Finalmente parece que la suerte estará de mi parte —señaló pensativo Abelardo Aldo Cecilio—. ¿Algo más?

—Excelencia, creo que mucho oí para las horas y el miedo que tenía, sepa señor que me citaron en plena noche y en mitad de la calle, como si fuéramos pendencieros de tres al cuarto.

—Vete y que te pongan de comer lo que apetezcas, pero no esperes vino bueno, la información no ha sido todo lo abundante que hubiera deseado.

El mensajero se marchó dando generosas zancadas. A pesar de la luz limpia y abundante del palacio y del cobijo de sus refulgentes paredes, había pasado más miedo ante el procurador que durante la reunión con los de Roma en aquella oscura, pútrida y solitaria calle.

Abelardo Aldo Cecilio se tomó su tiempo para madurar las noticias de sus aliados, de los que se vengaría tantas veces como la vida le permitiese. Se sentía traicionado. Los mismos compañeros que le aseguraron buen pago a sus servicios y no dejaron de alabar su valentía, ahora escurrían el bulto reclamando más tiempo. Él había cumplido su parte del trato. Llegó a Emerita y se hizo con los libros sibilinos dando la cara, exponiéndose, identificándose, lo que todos deseaban evitar en unos tiempos donde justamente eso era lo peligroso, pues se perdían las oportunidades de cambiar de bando, de acusar a otros o de escurrir el bulto si la cosa se ponía fea. Del robo posterior ninguna culpa le asistía, otros debieron prever ese tipo de eventualidad. ¡Por qué entonces le dejaban en el camino! Bien lo sabía Abelardo Aldo Cecilio, solo protegían sus culos malolientes en el senado de Roma. Por eso le irritaba tanto la cobardía de sus camaradas. No le resultaban desconocidos los ataques perpetrados contra el senado de Roma de la mano de los últimos emperadores. No se vivían los brillantes días de la República, cuando el senado era respetado, en él se decidía la política y de allí salieron muchos de los grandes pensadores, estrategas, escritores y políticos del mundo civilizado. Ahora el senado era un órgano desprestigiado y peligroso para los césares, y los senadores sobrellevaban el pesado lastre de la espada sobre su pecho. Lo peor de todo era que no existía entre la clase senatorial ningún héroe dispuesto a elevar a este órgano a la categoría que le correspondía, todos ahuecaban el ala y solo aspiraban a sobrevivir, de modo que Abelardo Aldo Cecilio no esperaba nada de sus compañeros de filas. Las noticias del

mensajero lo alentaban algo, quizás fuerzas externas inclinarían la balanza hacia su causa. Si Aulo Vitelio se hacía con el Imperio, podría denunciar su indefensión. En cualquier caso, no se quedaría de brazos cruzados, lucharía por un destino más adecuado a sus méritos. Cuando el procurador se encontró dispuesto a procurarse alegrías, el salón se abrió. La algarabía reinaba y los auxiliares se sirvieron de una campanilla para llamar al orden.

—Disculpad mi retirada, cuando se es procurador y, como en mi caso, medio gobernador también, el peso de la responsabilidad no aguarda, gobernar está por delante de todo placer. Por eso os ruego entendáis mi ausencia... El bien de la provincia es lo primero.

—Un aplauso por nuestro procurador —gritó Antestio Persico ante la perplejidad de los demás, que no sabían si ese impulso estaba dentro de las correcciones debidas.

El aplauso quedó en suspenso, nadie se atrevió a secundarlo, ni siquiera el proponente, que tras dos palmadas se quedó frío de vergüenza. En cambio, al procurador le hizo gracia aquella extravagancia y Antestio Persico pudo respirar.

—Antestio Persico, querido amigo, me congratula tu generosa comprensión ante las incómodas molestias que conllevan las altas instancias.

El resto del auditorio aplaudió tras Fabiana, que inició el gesto sonriendo al empresario equino.

Abelardo Aldo Cecilio se dirigió al triclinio donde le esperaban Fabiana y Clementina. Durante su ausencia, Fabiana había cumplido con excelente desenvoltura el protocolo. La pequeña Clementina la acompañó en todo momento, de repente, las infructuosas lecciones de la madre parecían no haber caído en saco roto, todo lo cual causó gran estupor a esta, que le regalaba cualificados elogios. Clementina siempre se había negado a ser el centro de las miradas, prefería estar en segunda fila, de espectadora. De manera que resultaba extraño y extraordinario este radical cambio, máxime cuando era consciente de acaparar las miradas de los invitados. Fabiana había advertido a sus tres hijas: sois el espejo en el que se mirarán, cuidado la conducta. Y no le faltó razón. Los invitados las examinaban en todo momento, el atuendo, sus cabellos, sus gestos... Clementina atendía cualquier demanda con abnegación, prefería eso a estar pululando de flor en flor como sus hermanas, a pesar de su carácter reservado, disfrutaba con los requerimientos de los demás. Su cambio de actitud era preciso si deseaba atraer a Capito, del que se enamoró apenas lo conoció, él provocó la revolución de la que nacía la chispa y el impulso para coquetear. Clementina había escuchado hablar de Capito y, como le ocurrió a sus hermanas, la hazaña del circo le suscitó interés por su persona, pero fue durante el interrogatorio de su padre cuando la muchacha percibió una sintonía que la enamoró, y quedó prendada del abogado, descubriendo lo que el mundo titulaba con la palabra amor. No renunciaría a Capito, miel rodeada de moscas. También ella libraría la batalla de la conquista, incluso contra Faustina y Felicia, a las que había visto desplegar sus redes como nunca.

Fabiana y Clementina cumplieron el protocolo y volvieron al triclinio recibiendo abundantes visitas. Cuando un corro se despejaba, otro enjambre lo sustituía. En ningún momento estuvieron solas. Una de las invitadas más disciplinadas en atraer la atención de Fabiana y que sin ningún reparo ni cortedad acudía ante ella, una y otra vez, era Calpurnia. La de Metellinum utilizaba a modo de comodín a la mujer de Valerio Hymino, a la que no importaba el callejeo interesado de esta, dado su carácter extremadamente tímido, para ella el beneficio residía en el nulo esfuerzo para relacionarse gracias al protagonismo ansioso de Calpurnia. La simbiosis entre Calpurnia y Lorenza devenía de la máxima utilidad. Fabiana había deslumbrado a Calpurnia con creces, cumple el papel regente como quien ha nacido en la familia del emperador y lo ha desempeñado desde la infancia, pregonaba esta con admiración. Calpurnia no paraba de alabarla, incluso en su presencia, lo que a juicio de la otra era un exceso injustificable. Suenan extrañas, se decía Lorenza un tanto descolocada, tal cantidad de lindezas en boca de Calpurnia. Una de las veces en que esta esperaba su turno, se entretenía comparando a Polonia con Fabiana. Con análisis escaso, un ídolo destronaba a otro. Polonia era tan esplendorosa como Fabiana, más hermosa aún que esta, pero también algo menos espabilada a decir de Calpurnia, que percibió en la esposa del nuevo procurador una dama de largo recorrido, como apostillaba cuando destacaba la capacidad de alguien para elaborar estrategias que ejecutaría contra viento y marea para gloria de sus logros. La de Metellinum hablaba y hablaba, Lorenza hacía como que atendía, al fin y al cabo tampoco se solicitaba su parecer, por lo que podía perderse en aquella retórica hueca. Y luego añadía rumbeando, Fabiana es una mujer que manda. ¡Imagínatela en la cama con el procurador! Allí habría que pillarla, parece que la estoy viendo aconsejar a Cecilio con la dulzura de sus maneras, recalca la de Metellinum riéndose a pleno pulmón, lo que molestaba a Lorenza infinitamente, pues suponía que todos la oían, pero la otra seguía con su ruidosa perorata sin reparar en la estridencia del tono: nunca empuñará una espada para conseguir sus objetivos, no hace falta, su sonrisa es acero afilado. Con estas palabras acabó la serenata. Ya hacía rato que la de Metellinum vigilaba ansiosa la marcha de un provincial de Norba Caesarina que se le antojaba remolón en la despedida, de manera que con gracia y salero se acercó al sitio reclamando la atención de madre e hija, y el otro, excluido de las atenciones en un santiamén, sin tiempo para improvisar, cedió el puesto al punto. Calpurnia empujaba de las muñecas a Lorenza, le enseñaba cómo apañar lo que una quiere. Mientras, a Lorenza le temblaban las piernas ante el proceder de apisonadora de la otra.

—No caerá en saco roto tu invitación para conocer Metellinum —dijo Fabiana para tranquilidad de Calpurnia, que insistía en la invitación—. Tu esposo ha hecho saber al mío las increíbles mañas de los constructores de por aquí, que han aprovechado los obstáculos del terreno revirtiéndolos a su favor. Antes de volver a Roma debemos conocer el teatro de esa colonia, por supuesto, acompañados por vosotros si nos concedéis ese honor.



—Señora, no hay otra visita...

—Lámame Fabiana —interrumpió la de Roma—. Como sabrás, solamente en los actos oficiales debemos darnos a esas distancias, en los demás momentos prefiero la cercanía de nuestros nombres. ¿No opinas igual, Calpurnia?

—Fabiana, querida, tus deseos para mí son órdenes —dijo la de Metellinum sin dejar de sonreír. Sulpicio Superster había caído en gracia a Abelardo Aldo Cecilio, y ahora también las esposas se entendían a la perfección.

—Lorenza, si vuestro tiempo os lo permite, podríais acompañarnos —agregó Fabiana dirigiéndose a la otra mujer.

Aquel entramado de amabilidades, en el caso de Fabiana, era pura cortesía, ni un dedo movería por atender tales invitaciones sin averiguar la talla de sus súbditos. Poco le importaba adquirir compromisos, llegado el momento inventaría circunstancias que la eximirían de cumplirlos. Además, y como le gustaba decir a las hijas en su adoctrinamiento, la lengua movida por la educación no compromete.

—Para Valerio Hymino y para mí no cabría honor mayor —contestó Lorenza, a la que no salía la voz del cuerpo.

—Pues todo está dicho, en la fecha precisa se organizará lo que convenga.

—Querida amiga —al zanjarse el tema, la de Metellinum se apresuró a intervenir—. ¿Y sería mucha indiscreción por mi parte preguntar por la blancura de tu piel? Pareces una divinidad.

Fabiana se echó a reír con auténtica placidez, le gustaba ser adulada, y aunque formaba parte de un juego vanidoso que a nada conducía, recibir piropos la ponía de buen humor. Se acercó al oído de Calpurnia y le contestó.

—La harina de habas hace milagros, pruébala, querida. Y otra cosa, estos secretos no deben comentarse en una circunstancia como esta, ahora es momento de lucir nuestros encantos. —Luego se separó y añadió—: Tendremos ocasión de revelarnos nuestros pequeños truquillos. Las mujeres debemos aliarnos.

—Esa alianza debería ser de sangre..., porque hay algunas que se divierten quitando maridos —saltó Calpurnia sin pensarlo—. Yo digo que a esas habría que sacarle los ojos y no consentir que se rían en nuestras caras encima.

—Hablas con mucho ardor —Fabiana mostró prudencia antes de continuar con la insinuación—. No creo a tu marido de esos, de los que se dejan engatusar..., aunque también es verdad que, a veces, los hombres son un poco lelos, hija.

—No lo digo por el mío —y luego, poniendo el cuerpo tieso y hacia atrás, continuó—. Fabiana querida, si yo viese a alguna lagarta llamar la atención de Sulpicio Superster, no me para ni Vulcano con su mejor armadura, los mato a los dos.

—¡Qué exageración! Debes contener tus emociones, mujer, no sirve de nada ponerse así.

Las palabras de Fabiana contuvieron a la de Metellinum, que se frenó, debía aprender de ella, de su arte, se empeñaba en repetir como un mantra transformador.

—Y dime, en confianza —continuó Fabiana—. ¿Hay muchos escándalos de esos

en la colonia?

—Algunos hay, como en todos sitios.

—Querida, soy toda oídos, cuéntame qué se cuece y cómo se las ventila la gente.

Minutos después de la petición de Fabiana, Abelardo Aldo Cecilio hizo su aparición en el salón y las mujeres dieron por terminadas las confidencias con el compromiso de continuar en momento más oportuno. El procurador rastreó el salón para hallar a las dos hijas mayores, que se incorporaban a toda prisa al lugar familiar, ante la mirada reprobadora del padre.

—Sigamos con la diversión —espetó el procurador con fuerza en la voz.

Los invitados parecían estatuas. La sumisión era el efecto que provocaba el carácter irascible del mandamás.

—¿Dónde andabais vosotras? ¡Descaradas! —reprendió el padre sin ninguna consideración—. ¿Creéis propio de unas damas de vuestra clase mezclaros con estos ineptos medio indígenas de por aquí, que no aparecen ni en los mapas?

Las muchachas no contestaron, miraban a la madre para que mediara en el conflicto.

—Cecilio, me pareció oportuno dejar que las niñas conociesen a las gentes de este lugar, no hay nada malo en ello. Necesitan divertirse y no estar encerradas como si fueran vestales. Llevan preparando la fiesta desde el mismo día en que se lo dijiste. Además, no olvides que te pueden servir de apoyo para acercarte al pueblo. Por otro lado, amado esposo, conviene que te tranquilices y te diviertas tú también —dijo amansando su mano y modulando armoniosa la voz—. No debes acumular tanta tensión, ya sabes que los dientes se te mueven y eres demasiado joven para quedarte sin ellos..., deben estar en su sitio cuando lleves tu toga púrpura en Roma. —La apreciación arrancó una mueca de alegría en el esposo—. Deja que las niñas se diviertan esta noche y no las vigiles tanto. ¿Qué maldad pueden cometer entre tanta gente, ante tantas luces y, sobre todo, con tus ojos sobre ellas todo el rato?

—De acuerdo —asintió el procurador.

—Por favor, querido, una última cosa —añadió Fabiana tocando el mentón del esposo—. No debes reñirlas en público, no es propio de una educación de tu nivel.

Estas pequeñas zalamerías obraban milagros en el genio del procurador, aunque tampoco duraban demasiado. Fabiana giró la cara hacia sus hijas, todo se había arreglado. Las dos sonrieron deseando volver con la gente de su edad.

—Esperad a que vuestro padre os dé el consentimiento para levantaros, no conviene incomodarlo más de lo preciso.

—Fabiana, ¿debo poner más perejil en mi boca? Creo que el aliento me huele —requirió el esposo su atención.

Fabiana odiaba oler el aliento de Cecilio más que nada en el mundo, y de hecho lo evitaba. Contenía la respiración hasta que el aire caliente que se le pegaba a la cara cesaba. Luego, siempre contestaba que pusiese un poco más de perejil, por si acaso había hedor. Ni siquiera el mal carácter de su esposo superaba la repugnancia que le

producía aguantar esa hiel que generaba su cavidad. En alguna ocasión en que el procurador se demoró en la exhalación, un vahído la salvó de soportarlo.

—Cecilio, no sería de buena educación, ni siquiera de poca... olerte el aliento aquí, delante de nuestros invitados. ¿No crees, cariño? Si tienes esa sensación tan desagradable en la boca, come perejil y asunto arreglado.

—Llevas razón, como siempre, querida. ¿Qué haría yo sin ti?

Fabiana sonrió mientras pensaba que nada; sin ella, él no habría pasado de simple ayudante.

Abelardo Aldo Cecilio recibió enseguida la visita de varios provinciales y Fabiana la de Calpurnia otra vez, que apenas divisó que esta estaba libre, tiró de la estola de Lorenza para no perder la oportunidad.

—Quizás atosiguemos a la señora —sugirió Lorenza.

—No digas tonterías —contestó la otra abriéndose paso.

—La estamos acaparando, Calpurnia, y temo que nos diga algo, los demás también desearán hablar con ella.

—El que quiera que venga..., que se mueva, no hay otra... porque yo no me voy a quedar quieta por si a alguien se le antoja hablar con Fabiana. Y tú no mires tanto por los demás que también tienen pies y lengua... Y no vayas tan despacio, no sea que se nos adelanten. Y ten por cuenta, querida mía —añadió como quien explica la lección a un niño—, que a ti también te conviene relacionarte con ella, y no pongas esa cara de mosquita muerta como si no fueran verdad mis palabras.

—No digo que no, pero es que acabamos de estar con ella —las últimas palabras de Lorenza silvaron en el aire, Calpurnia para entonces hacía la correspondiente reverencia ante la dama, que no se cansaba de sonreír.

A Fabiana le había sorprendido el estilismo de algunas mujeres que habían acudido a esta primera recepción. Entre ellas se encontraba Calpurnia, que lucía una llamativa estola carmesí con unas blondas color crema rematando los puños y el cuello, y una gran lazada sobre la cintura del mismo tejido, realzando su escultural talle y reafirmando su elegancia natural. Sobre el flequillo rizado llevaba una diadema tan ostentosa que hasta Fabiana había reparado en ella. Lo que dio pie a la de Metellinum a informar de los asesinatos cometidos en la colonia. Tan pormenorizada explicación causó estupor en su ilustrísima y la reportera debió abreviar el regodeo morboso y confirmar varias veces que nada debía temer, la colonia vivía en paz y aquellos dos salvajes, aunque sin condena, habían sido tragados por la tierra. A Fabiana le encantaba conversar con Calpurnia, en poco tiempo la puso al día sin escatimar detalles; como le pirraba largar, se le podía preguntar por todo, que gustosa soltaba cuanto sabía. De manera que la pesadez de su insistente presencia compensaba a la noble dama, que había encontrado una confidente de primera.

En cuanto a Lorenza, sus ropajes eran sencillos y de excelente limpieza, y el blanco refulgía con luminosidad, eran los calificativos más destacados que se le

ocurrían a Fabiana, que encontraba en aquellas dos mujeres una representación de los polos opuestos de la naturaleza. Toda la ostentación de una, era insignificancia en la otra. Por su parte, y como no podía ser de otra manera, Fabiana había dedicado largas horas al diseño de las prendas para la fiesta, ropajes, joyas, tocados y demás complementos, debía lucir una imagen a la altura de su dignidad. En La Lusitania su familia representaba el poder de Roma y hasta sus atuendos debían reflejar aquella posición. A pesar del diseño, la calidad de los tejidos y lo novedoso del terciopelo con que envolvían sus estolas, era el atrezo en sus diferentes variantes el elemento que más diferenciaba a las de Roma, decorándolas en demasía para las amantes de la sencillez. El color de pelo rojizo de Clementina había sido muy comentado entre las chicas jóvenes, más dadas a emular los tintes amarillos, lo que en el caso de Faustina y Felicia constituía el principal motivo de envidia. Incluso Capito, más acostumbrado a la aristocracia romana que la mayoría de sus vecinos, reconocía la elegancia, el refinamiento y la distinción de la familia anfitriona, incluyendo a Abelardo Aldo Cecilio, cuyo toque de coquetería presagiaba la mano de su esposa.

Capito había sido el blanco de las miradas de las tres hijas del procurador, lo que advirtió al poco, ante el descaro de las dos mayores y el esfuerzo gigantesco por superar la timidez de la pequeña. Al poco de hacerse pública su ruptura con Marcia, las reuniones para concertar matrimonios con las mejores familias de Augusta Emerita se habían sucedido con impudicia, incluso habían acudido a su casa poderosas gens de otras poblaciones de la provincia y de fuera. El afamado abogado se había acostumbrado a recibir casi a diario proposiciones de todo tipo, unas conforme a los usos sociales y otras sin formalismos, y no pocas de estas eran insinuaciones para exclusiva satisfacción de la carne, si solo a ese punto podían aspirar sus devotas. Capito era el soltero más codiciado de la colonia, no apto para la mayoría de las economías, aunque las muchachas más descaradas se conformaban con satisfacer sus instintos más primitivos como si los dioses las premiasen con rica malvasía. Nunca había sido Capito esclavo de los halagos, tampoco amante de las juergas, ni de exigentes e intensos impulsos sexuales, pero una venganza inconsciente contra Marcia provocaba un deseo irrefrenable de aprovecharse de los ofrecimientos que provenían de las mujeres, más como desquite y humillación contra ellas que como disfrute personal. El género femenino no le dejaba tranquilo, y él hallaba en este hecho una razón de esparcimiento del todo deseable, un medio de socavar la injusta herida que su antigua novia había abierto en su corazón, inmerecida e inesperada, una brecha infectada de sangrante rencor. Con moderación, pues no era un ser dado a los excesos, su participación en las actividades más festivas había crecido desde su soltería al mismo ritmo que su vida sexual. Faustina y Felicia habían mirado a Capito con insinuación transgresora, y él se dejó seducir sin conceder la menor importancia a lo que entendía un sencillo e inocente juego, solo eso, creía controlar la situación y se animó a participar entusiasmado por el nivel de maestría de las concursantes.

La primera que acudió a él cuando el padre las dejó marchar fue Felicia, contoneando la cadera y la cintura, permitiendo que el cuello de la estola dejara al descubierto la clavícula y el hombro derecho, no había nada como el olor de la piel y su contacto para estimular al sexo opuesto. Capito la divisó a lo lejos y mantuvo la mirada, venía sonriéndole desde el otro extremo. Durante el trayecto, la joven atendió los requerimientos de cuantos la demandaban, convenía mostrar lo codiciada que resultaba al resto de la humanidad, no paraba de saludar, hacer carantoñas y gestos a quienes pretendían acapararla unos minutos, intenciones que ventilaba sin perder de vista a Capito, pero también sin hostilidad ni prisas, se debía a su posición. Casi a un palmo de Capito cuando este había salido del corro para recibirla, dos jovencitas detuvieron a Felicia para ofrecerle su amistad, su tiempo y toda la información que precisara sobre la vida en Augusta Emerita. Faustina, que había llegado por el flanco derecho, acarició la espalda de Capito y lo tomó del brazo.

—Espero que no te aburras, ya sabes cómo son estos festines... —Generalizó Faustina.

—¿Cómo podría aburrirme? Estaba deseando honrar al procurador y a sus bellas hijas.

—Si mi padre estuviera escuchándote, resultarías galante, pero... —la sonrisa de la joven atemperaba el previsible reproche que dejaban entrever sus palabras—, como no lo está, puedes dispensarme tus elogios libremente.

—Seguiré como mi dulce acompañante me reclame —el abogado intentaba salir del aprieto.

—Preferiría que tu ingenio hiciera las distinciones oportunas, al menos cuando estés conmigo.

Capito seguía confuso.

—Veo que eres un tanto inocente, me gustan los inocentes —dijo Faustina acercándose al oído de Capito, que rozó con vehemencia al girar la cara—. A las mujeres nos gustan que nos mimen en exclusividad, y aunque tengamos hermanas, preferimos que no nos metan a todas en el mismo paquete.

—Rectifico... —El abogado comprendió—. La bella Faustina.

—Ahora está mejor. Y dime, tengo entendido que no hace ni un año que volviste de Roma, de estudiar leyes si no me equivoco.

—Estás bien informada.

—¿No tienes pensado volver a la capital del Imperio? —interrogó—. Se me antoja aburrida la vida en una colonia tan pequeña, y más después de conocer Roma.

Las risas sinceras de Capito no sentaron nada bien a la muchacha, cuya contestataria pose exigía una explicación.

—Perdóname, no era mi intención causarte molestia alguna. Si tú supieras la cantidad de sucesos que ha deparado el destino a esta tierra en los últimos tiempos te aseguro que no pensarías lo mismo. Sabrás que nuestro nuevo emperador, unos meses atrás, era gobernador de La Lusitania, ¿no?

—Claro que lo sé, Marco Salvio Otón, como también el motivo de su destierro a Augusta Emerita. Sé muchas otras cosas, por ejemplo que el antiguo procurador Servilio Modesto detuvo a gente importante que llevaba robando mármol de unas canteras cercanas a Emerita durante mucho tiempo. ¡Un escándalo tremendo! No me acuerdo cómo se llama la mina, pero sé que no está lejos de aquí —a continuación Faustina cambió el tono haciéndolo más meloso—. Como no llevo tanto tiempo en Augusta Emerita, soy toda oídos para escuchar esos hechos con que el destino ha rescatado a tu tierra de la soledad de la insignificancia.

Las palabras de la joven causaron un leve enojo en Capito, aunque se cuidó de mostrarlo. Ciertamente, el concepto de amor a la patria comprendía unas variables del todo diferentes para Capito y Faustina. ¡Qué tendría que ver la soledad con el amor!, pensó Capito, ¡y con la tierra de uno!

—Querida Faustina, qué palabras más tristes escucho en tu boca, pero... ¡Cómo las dejas salir estando en presencia de un héroe! A él solo se le debería hablar de amor, valentía... —Felicia no terminó su declaración, su hermana mayor no iba a dejar ponerse en evidencia sin presentar batalla.

—Mi amada hermanita pequeña.

—Perdona, un año menor, lo cual solo tiene ventajas..., mira la tersura de mi piel.

—Todavía eres una niña y no se te deben tener en cuenta tus faltas de respeto, de tacto y de todo, diría yo —atajó la mayor como si la baza fuera suya—. Aún debes aprender a no interrumpir a las personas cuando hablan.

—Tienes toda la razón, Faustina, te pido mil disculpas. Le diré a padre que no has querido atenderme porque hablabas con Capito, y que te he transmitido su mensaje para que vayas a verlo enseguida, pero me has mandado callar. ¿Te parece bien esta respuesta a padre? Ya sabes que me la pedirá.

—No creo que padre te haya enviado a buscarme —señaló Faustina totalmente contrariada—. Está hablando con otros.

—Y eso qué importa —dijo Felicia con absoluto arrojo—. Bueno, me marchó, ya te he comentado mi respuesta para padre, no quiero que vayas a regañarme luego, que yo solo cumplo órdenes y ya sabes lo sensible que soy. No me gustan nada las riñas ni las voces.

—Perdona, Capito, enseguida vuelvo.

Antes de iniciar el paseillo, Faustina se acercó al oído de Felicia y le susurró, tonta, eso es lo que tú eres, prepárate como sea mentira lo de padre. A continuación, ambas se sonrieron y miraron a Capito, que observaba el espectáculo maravillado, convencido de la mentira de Felicia. Conforme Faustina caminaba hacia su padre, una pícara sonrisa en la hermana menor anunciaba la exactitud del pensamiento del abogado.

—¿No temes que tu padre te reprenda por tu mentira? —preguntó Capito.

—¡Ven! —Y agarró de la mano al abogado, que sintió el calor en la palma y un cosquilleo en el plexo—. Hasta que Faustina nos encuentre podremos hablar un rato

con más tranquilidad. Mi padre tiene un carácter de perros, decir lo contrario es una milonga que nadie se tragaría, y más después de conocerlo, pero también es una persona sensible y trabajadora a la que hay que aprender a llevar y ya está. Además... yo soy su favorita, y mis chiquilladas las tolera sin el menor enfado.

—Eres una chica peligrosa, tienes bajo control al personal...

—Y dime, mi héroe. ¿Te gustan las chicas peligrosas? Yo puedo serlo y mucho, pero también puedo ser la más dulce de todas, depende de tu voluntad... —Mientras Felicia hablaba, tocaba con disimulo la mano del abogado, que sin poder evitarlo se excitaba con la melodía de sus labios.

—No me gusta decirle a nadie, y menos a una dama, cómo debe ser y comportarse. Soy un mero receptor de lo que se me quiera entregar.

—Y dime. ¿Lo recibes todo? ¿Todo? —Incidió ella sin reservas, con picardía.

—Claro —subrayó Capito, deseando terminar aquella conversación en la que no se encontraba cómodo—. Todo lo bueno que una bella dama de nombre Felicia desee darme a conocer.

—¿Y si, por el contrario, fuese yo quien te pidiera que me dieras algo? ¿También estarías tan dispuesto a dar como a recibir?

Aquella apreciación de Felicia hizo parpadear a Capito, que de repente sintió cómo lo llevaba a su terreno y manejaba la conversación a su antojo. No solo era la muchacha más bella que conocía, también era lista, la más guerrera y la más suave, la más comprensiva y la más competitiva. Eso creyó entrever el abogado, que tan pronto era retado como seducido.

—Prueba.

—Me encantaría que me contases cómo conseguiste ganar la carrera en el circo. Es un hecho insólito, espectacular. Hay gente que no se traga lo que se comenta y dice que posiblemente envenenarías a tus contrarios o a los caballos...

El comentario molestó a Capito, sobre todo esa ligereza en la exposición.

—Debo decirle a mi querida e intrépida dama que alberga tales dudas porque no me conoce. Yo jamás y bajo ninguna circunstancia me convertiría en persona indigna por apropiarme de éxitos que el destino no ha puesto en mi camino. No quiero lo que no me corresponde, pero sí reclamo con la mayor honra lo que mi esfuerzo y mi valor me reporten. No sé qué se comenta en la calle, y poco me importa, puedes creerme. Solo hay una verdad para la que pido respeto, pues en ella se arriesgó mi vida. No temas creer y aún asegurar a otros que gané por méritos propios la carrera en el circo.

Felicia se dio cuenta de su metedura de pata.

—¿Cómo podría reparar esta falta de delicadeza imperdonable por mi parte? —constató escenificando el peor de los martirios para su corazón.

—Simplemente con que me concedas el beneficio de la duda me doy por satisfecho.

—¿Abusaría mucho de tu amabilidad si te pidiera que me narraras la carrera? Juro que creeré con absoluta fe cuanto me digas.

La joven tomó la mano de Capito y le imploró con cariño que le regalase la mejor de las prebendas que podría recibir, y él fue incapaz de negarse ante aquellos ojos azules como el mar que parpadeaban con inocencia pueril. Clementina había observado la escena mientras movía distraída la cubertería de la mesa auxiliar. Loca de celos, maldiciendo la impostura de su hermana, arremetió contra aquella parodia como quien defiende un territorio sitiado. Nadie se había acercado a la pareja, que permanecía arrinconada en un extremo manteniendo una atmósfera algo personal, una intimidad disuasoria para el resto de invitados, presidida por palabras al oído, sutiles caricias y un sinfín de gestos y otros jugueteos que, si bien eran del todo inocentes, pertenecían a los dos en exclusividad. Sin embargo, Clementina era también hija del procurador y no consentiría que Felicia siguiese acaparando a Capito. La pequeña se acercó despacio a la pareja, de espaldas a su hermana para pillarla desprevenida y evitar que la avergonzase.

—Acércate, chiquilla —dijo Capito rompiendo el insistente asedio al que lo tenía sometido la hermana mediana.

La cara de sorpresa de Felicia lo decía todo. No podía creerse que aquella mocosa pelirroja como el vino se entrometiera de esa manera.

—Desde el otro lado de la estancia se escucha el relinchar de los caballos sobre la arena del circo —dijo Clementina riéndose.

—Eres adivina o llevas un rato detrás de mí espionando la conversación.

—Mi querida hermana mayor es siempre tan locuaz y tan imaginativa como aparenta —agregó sin el menor sonrojo y con gran fuerza en la voz.

—¡Vaya, vaya, con la coneja pelirroja! —Intentaba mofarse la mediana.

—Sepa usted, señor abogado, que tengo todo tipo de apodos, coneja, rata, oveja... depende del día. Mi madre la riñe cuando la escucha hablarme así, pero no debería sufrir tanto. Sus calificativos denotan poco entrenamiento mental. Más bien lástima y no sofocones debería causar a mi buena madre escuchar semejantes memeces en boca de mi hermana Felicia, de manera que no vaya usted a sufrir por este inusual recibimiento, en el fondo me quiere muchísimo.

—De ningún modo. Lo paso divinamente entre ustedes, no me arredro yo por tan poca cosa, no tema.

A Capito le encantó el desparpajo del todo extraordinario de la hermana más pequeña.

—Estaba hablando con Capito —señaló Felicia con los brazos en jarra.

—Llevas hablando con nuestro invitado más de lo que nuestro padre se atrevería a sustraerlo a la vida de la fiesta. ¡Déjalo libre!

—¡Qué fina te pones!

—Soy una mujer ilustrada que no teme pregonar que lee a Ovidio.

Clementina se había informado sobre el abogado y desde hacía unos días leía a Ovidio, componía poemas, montaba a caballo, preguntaba a los subordinados de su padre por la política y el ejército. Intentaba no quedarse muda en su presencia.



—¿Qué poema prefieres de Ovidio? —preguntó Capito sorprendido por la coincidencia.

—*El arte de amar* —respondió ella, que se había aprendido unos versos por si acaso se brindaba la ocasión.

—Me gusta, aunque no es mi libro predilecto, pero sí la obra más conocida de Ovidio. ¿Sabes? A mí me encanta Ovidio.

—¡Qué casualidad! ¿Y cuál es tu poema favorito?

Antes de que Capito contestase y sabiéndolo interesado en la conversación con su hermana, Felicia prefirió despedirse.

—En mejor momento volveremos a hablar, me requieren unos invitados —concretó la joven dirigiéndose al abogado—. ¡Hasta luego, mi auriga preferido! ¡Héroe entre los hombres!

—Por supuesto, seguiremos hablando, Felicia —dijo cortésmente el abogado.

—No olvides que vamos por la vuelta primera y que debes relatarme todo el recorrido con pelos y señales. ¡Promételo!

—Con pelos y señales, lo prometo.

Felicia guiñó un ojo a Capito como despedida mientras hacía el vacío a su hermana pequeña, a la que prefirió no contestar. Clementina disfrutaba de un logro inaudito: sustraer un hombre a los encantos de Felicia. A ese hecho se unía la fluidez en el trato con Capito, al que consiguió entretener mejor de lo que sus catastróficos pensamientos vaticinaban, incluso arrancó de él promesa de montar juntos a caballo y de organizar un recital de lecturas en el palacete si su padre lo permitía. Con todo aquel futuro por delante, Clementina se relajó y mostró su auténtica personalidad. Capito disfrutaba de su compañía, no se sentía amenazado ni vigilante, y aunque no era una joven tan bella como sus hermanas mayores, le atraía su autenticidad, su fondo noble, sutil y delicado, su inteligencia viva, interesada en el conocimiento.

—¡Estimados huéspedes! —Abelardo Aldo Cecilio se dirigía a sus invitados tras el repiqueteo de una campana—. En menos de media hora llegarán los demás comensales y dará comienzo la cena, para entonces tenemos preparadas algunas actuaciones con las que espero deleitaros. La ocasión lo merece. Hasta ese momento, y aprovechando esta reunión más familiar, he dispuesto obsequiaros con una actuación de mis queridas hijas, que en ningún momento opusieron resistencia a mis deseos. Mi hija pequeña Clementina toca la lira y las dos mayores, Faustina y Felicia, cantan, y os digo más, cantan mejor que las diosas.

Un ejército de servidores preparó un pequeño escenario a varios palmos de altura sobre el suelo. Encima habían colocado al instante tres butacas y la lira. Resplandeciente y enorme les pareció a muchos aquel artilugio del que solo habían escuchado hablar. Las hijas del procurador subieron al escenario y, sin hacerse rogar, entonaron melodías tan sobresalientes que hasta quienes deseaban menospreciarlas debieron acallar las maledicentes críticas. Aquel entretenimiento duró alrededor de un cuarto de hora y fue un éxito rotundo que disparó el deseo imperioso de algunas

damas por tomar lecciones de canto y preparar la voz para amenizar sus propios banquetes. Después de la salva de aplausos con que se alimentó el satisfecho orgullo de las hermanas, el ambiente se calmó. Se aproximaba el momento de la cena. El estómago de los más tragones reclamaba el festín orgiástico con que la gula había extasiado su imaginación. El pequeño aperitivo del procurador no dejaba de ser una escueta fruslería. La familia imperial permaneció en el mismo lugar dando la bienvenida a la mayoría de invitados al segundo llamamiento, cuya cola abarrotaba el pasillo a lo ancho y largo. Allí debían esperar hasta que les tocaba el turno de saludar a los anfitriones, con los que intercambiarían breves palabras, brevísimas, como les habían aleccionado, en consideración a la excesiva presencia de convocados: sus nombres, la posición y cargo local o de otro nivel y alguna pamplina, de ser significativa, fueron las palabras del auxiliar. La gélida noche había caído y las estrellas titilaban radiantes en un cielo despejado. El desabrido viento que comenzaba a despuntar amenazaba empeorar el final del día. Todo presagiaba una buena helada, aún en plazo. Sin embargo, el procurador no tenía previsto aguantar tanto el convite como para sufrir el rigor de la pelona, además, con la sangre templada, el frío no eran tan ingrato compañero de regreso al hogar.

—Llevaba un rato buscándote —dijo Cornelio Severo a Valerio Hymino, que tenía la cara contrariada.

—Entre tú y yo, el procurador me revuelve el estómago. Estoy deseando terminar y marcharme, no debería haber venido, mejor habría sido buscar una excusa y listo — se desahogó el duunviro emeritense.

—Intenta no hacerle caso y síguele la corriente, como todos.

—Es que le gusta mortificarme, créeme. No ha parado de llamarme a su presencia desde que hemos entrado por la puerta para reñirme por todo. Dice que lo hace porque soy el principal gobernante de Augusta Emerita y hacemos mal algunas cosas. Pero, por la cantidad de bulla, supongo que hacemos mal todo. ¡Qué listo es Furnio! Bien sabe cuándo desaparecer.

—Perdona que te interrumpa, pero ya sabes que no soy público adecuado para escuchar tus desavenencias con Furnio.

Valerio Hymino se cortó. Como les sucedía a los demás, Cornelio Severo era una institución, y en su presencia controlaba el temperamento.

—En cuanto a Cecilio, procura quitarte del medio, que no te vea, a lo mejor se olvida de ti. Además, ahora llegan refuerzos y a otros tocará aguantar sus desvaríos —Cornelio Severo intentaba dar soluciones.

—Y qué hago, ¿me escondo? —Valerio Hymino llamó la atención de un criado para que le sirviera vino, también Cornelio Severo aprovechó el viaje—. Como has podido comprobar, mi triclinio encuentra su mirada de frente, debo tener la cara torcida para no verlo. Ya verás como además de estropearme el estómago me llevo a casa un esguince en el cuello. ¡Maldito mequetrefe! ¡No lo soporto!

—Parece que vuestro cariño es mutuo, ¿no?

—Ha empezado él, no me gustan sus humillaciones. Hasta el sitio en que me ha colocado parece ideado a propósito para el tormento.

—No exageres, Valerio Hymino, piensa que te ha invitado a la llamada privada, lo que te hace estar entre los seleccionados. No querría ni pensar cómo estarías de vilipendiado si te hubiese invitado entre los segundones.

El duunviro se quedó sin respuesta, no le gustaba el tono directo y retador de Cornelio Severo, y, aunque tenía razón, no estaba dispuesto a reconocer en el procurador ningún acierto.

—¿Para qué querías verme? —preguntó sin más al flamen.

—Quería saber qué sucedió con los esclavos de la colonia que dejaron escapar al carnicero y su compinche.

—Se les mandó a las minas de Eborra durante diez años como escarmiento.

—¿Y sus nombres?

—Ahora no me acuerdo de sus nombres, Furnio los tiene, pídeselos a él —sonrió el duunviro, sabedor de las nulas relaciones entre los antiguos amigos.

Cornelio Severo no dijo nada y aguantó las ganas de increparle el mal páncreas que tenía. Se las apañaría, disponía de otros medios para identificar a los esclavos.

—¿Y para qué necesitas esos nombres? —quiso saber Valerio Hymino.

—Es asunto mío —señaló Cornelio Severo mientras el otro volvía a pedir una nueva copa—. No bebas demasiado rápido, no vayas a darle al procurador motivo para el escarnio, contrólate con la bebida.

—¡Bah! La vida es un asco, y aquí hay demasiados indeseables.

Instintivamente, Cornelio Severo giró la cabeza para ver a quién se refería Valerio Hymino, entonces vio a Emiliano Paculo y Ulpio Rufo entrando al salón con sus esposas, simulaban un ahorcamiento entre risas, un desagradable gesto fuera de lugar.

—¿Y esos? —preguntó Cornelio Severo.

—A quién le importan esos dos. Desde que son senadores, no se les puede toser. ¡Qué se habrán creído! Están en el senado, pero nunca serán uno de los nuestros, por eso me hacen burla. ¡Cobardes!

—Si tienes problemas con ellos, puedes plantearlo precisamente en la curia.

—¡Olvídate de esos cretinos! Son escoria. Nos separan pequeñas desavenencias privadas sin la menor importancia.

Sulpicio Superster se acercó a Cornelio Severo y este aprovechó para desquitarse de Valerio Hymino.

—Perdóname, Valerio Hymino, debo zanjar un asunto de mi casa.

—Veo que he llegado en buen momento —intervino con cordialidad el de Metellinum cuando se encontraban a distancia prudente.

—¡Qué te voy a decir! Por ti mismo puedes empezar a opinar de unos y otros, ya llevas tiempo en Augusta Emerita.

Durante un rato dialogaron amigablemente saludando a los que se incorporaban al festín. La conversación se circunscribía a la situación en Roma, haciendo previsiones

mesiánicas en favor de la supervivencia del emperador Marco Salvio Otón.

—Quería preguntarte, ¿sigues organizando el correo con Roma? —concretó Cornelio Severo.

—Sí, de momento el procurador no me ha relevado de esas funciones.

—Llevo unos días buscando quien me quiera prestar un servicio postal. Y de momento no lo encuentro. Desde la colonia tampoco se tienen necesidades urgentes de mensajería, por eso me preguntaba si el Concilio tiene previsto mandar algo en breve. Es un servicio sencillo el que necesito, para Roma. Se trata de entregar una carta, que apenas abulta, un solo papiro dirigido a gente de la aristocracia, gente pacífica. Les pido un nombre que me deben traer. Como ves, nada complicado, un asunto insignificante, reitero, sin el menor peligro.

—Vas a tener suerte. Abelardo Aldo Cecilio ha redactado una carta para algunos senadores de Roma, en tres días saldrá.

—¿Se opondrá a que el mensajero porte otra? Te aseguro que es más fina que una mondadura de calabacín.

—Nunca se sabe con su carácter. Podríamos pagar al mensajero y evitar decírselo, pero yo prefiero que lo sepa. Déjalo de mi cuenta y prepara un ánfora con el vino que guardas —Cornelio Severo se alegró—. Pasado mañana debo verlo, traeré el vino y algunas plantas del dispensario de Calpurnia —y luego, pensativo, añadió—. Alguna contra la urticaria o para relajar la piel —y bajando la voz, informó—: El procurador es más presumido que nuestro emperador Otón, y ya es decir, ¿eh? También traeré un poco de perejil esponjoso. Creo que le gusta verme porque así tiene acopio permanente de plantas.

Cornelio Severo sonrió ante la pueril aseveración.

—Hablo en serio, amigo.

El deplorable carácter del procurador no hacía presuponer frivolidades tan femeninas en sus intereses, ni manías tan ridículas.

—¿Es muy importante la carta?

—Será decisiva para confirmar una sospecha. Mi hijo me ha dado un nombre, pero debo confirmarlo, las propiedades se venden y él lleva aquí casi un año.

—¡¡Ah!!

El provincial y augur requirió más información, y se explicó.

—Es muy probable que el procurador quiera saber qué se manda con tanta urgencia. Sería mejor que tuviera una respuesta creíble, no sería de extrañar que se le antojara abrir la carta. Y aunque sea un hecho despreciable, no me podría oponer.

—En la carta doy la dirección de una casa donde se aloja el hijo de Tito Emilio, aunque no sé si seguirá allí. Creo que pertenece a un sacerdote y quiero saber quién es. Una cuestión sin trascendencia.

—Sí parece un asunto sencillo, nada relacionado con la política, traiciones o subversiones. Le obsesiona el tema. A ver si tenemos suerte, el correo oficial tampoco será muy profuso.

Cornelio Severo y Sulpicio Superster entretuvieron la media hora siguiente, tiempo que tardó el procurador en saludar personalmente a todos sus invitados. Luego y sin más preámbulos se pasó a la cena. Hasta que cada familia consiguió saber el sitio que le correspondía con tan extravagante distribución, el jaleo fue tremendo. La organización del banquete era extraña en opinión de todos, que se interrogaban con los ojos cuando encontraban por fin el lugar de destino. Los tres salones se convirtieron en uno, y los invitados situados en los extremos se perdían de vista. Por otro lado, los triclinios en el centro presidiendo el festejo, unidos a las diferentes horas de la convocatoria, generaban una incómoda atmósfera de privilegios omitida solo en aras de la cordialidad y del incuestionable actuar del gobernante. Los esclavos sirvieron los entrantes calientes. Especial devoción suscitó el caldo humeante migado con pan y huevo, llegado directamente de los fogones. Luego le siguieron las carrilladas en salsa, mollejas e higaditos de pollo regados con abundante sofrito, berenjenas rellenas de carne, setas y habas, y las lenguas de flamenco, plato más exclusivo y uno de los favoritos en la dieta del romano, cuya terquedad en que pudiera ser degustado demoró unos días el banquete. A continuación de los platos calientes, se sirvió una alfombra de aceitunas y lechugas, coronada por caracoles, inaudito manjar para los lusitanos hasta ese instante. El desconcierto de estos aumentaba a medida que presenciaban embobados el protocolo seguido por los forasteros, que absorbían el contenido de la concha y escarbando en su interior extraían un gusano con una cuchara más pequeña llamada cochlear, cuyo uso nadie atribuía a esos fines y cuya utilidad había levantado tantas suspicacias como reservas su nombre. Luego rechupeteaban la concha con tanto ahínco que imaginaron llegarían a romperla y, por último, veían dibujarse en sus rostros una expresión de absoluto deleite para repugnancia de estos ignorantes observadores. Junto a la cuchara cochlear se había colocado el resto de cubiertos, la ligula, una cuchara más grande, esta sí conocida y utilizada en las mesas emeritenses, los cuchillos y los palillos. Superadas finalmente las dudas iniciales sobre los caracoles, algunos invitados, observando el fácil manejo de la fina cuchara y el sencillo rapto de la babosa, optaron por sorberla y chupar con avidez el caldo de la concha emulando a los romanos y a otros más ilustrados en las artes culinarias, evitando con tal desparpajo divulgar su ignorancia como si fuera reflejo del atraso de su tierra, y combatiendo así los gravosos descalificativos de Abelardo Aldo Cecilio sobre La Lusitania. Otros, en cambio, eran incapaces de ingerir aquel gusano y hasta las arcadas debían contener viendo a los demás relamerse con gusto ante tan grotesco alimento; esa asquerosidad, como calificaban al insólito bichejo entre los más cercanos, solo podrían tragarla bajo la punta amenazante de una daga. Nadie quería deshonorar al procurador, que hacía gala de las excelentes vituallas que había dispuesto para su banquete y que habían sido seleccionadas definitivamente tras ser informado de que tanto las lenguas de flamenco como los caracoles eran desconocidos en las mesas de la provincia que gobernaba con gran ilusión. Nadie lo

contrariaba en su discurso, pero los ojos de los comensales, abiertos como los de los sapos, insinuaban lo contrario, tildando de falacia tanto su pregonado feliz gobierno como los experimentos alimentarios a los que ellos, sus súbditos, eran sometidos. A veces los invitados prescindían de los cubiertos y se apañaban mejor con los dedos, y los esclavos, con los aguamaniles en las manos, corrían prestos realizando gráciles piruetas para no chocar entre ellos. Una vez se sirvieron los entrantes, un espectáculo de danzarinas de Creta distrajo la atención de los comensales. Las mujeres, nadando en velos de colores, solo dejaban ver sus ojos maquillados con intensidad y un pelo negro, largo y lacio, que asomaba entre las gasas y se bamboleaba al compás de las mismas. Los hombros y la cintura quedaban también al descubierto, y sus vaivenes causaban gran atención entre el público que, de vez en cuando, y ante la proximidad de las bailarinas y la longitud de sus telas, debían proteger la comida de ser arrastrada por las transparencias. El desparpajo de las danzarinas de Creta era indiscutible, y a él apelaban los que las preferían a las gaditanas, estas últimas muy de moda en las cenas de alto postín. Disyuntiva entre danzarinas de Creta o gaditanas devenía recurrente para quienes contaban el privilegio de haber apreciado el espectáculo de ambas.

—¿Silano Anso también ha sido invitado? He creído verlo —preguntó Valerio Hymino al grupo que conformaba su triclinio, entre los cuales se hallaban, además de su esposa Lorenza, Cornelio Severo y Capito, Sulpicio Superster y Calpurnia, y Antestio Persico y el edil Quinto Julio, que asistían sin acompañantes.

—No, aunque otros empresarios sí han sido invitados y él esperaba estar en ese cupo —respondió Capito.

—¿Quién es Silano Anso? Me suena —quiso saber Sulpicio Superster.

—Es un aventurero que ha tenido demasiada suerte, llegó a Augusta Emerita hace unos años y desde entonces no ha parado de engrosar su bolsa —la explicación de Valerio Hymino dejó al de Metellinum con la misma duda y a los demás con la boca abierta de estupor.

—El mismo día en que se aprobó nuestra pertenencia al senado de la colonia, mejor me referiré a la curia, expresión que me satisface más —Capito se apresuró a dar la correspondiente explicación a Sulpicio Superster—, figuraba en el orden del día una aclaración sobre unas obras en la calzada norte de acceso a Augusta Emerita, que pretendían ser una donación, un maravilloso acto de generosidad que estimo debemos aplaudir sin remilgos.

—Ah, sí, sí, ya me acuerdo —dijo Sulpicio Superster.

—Silano Anso es el generoso hacedor de tal iniciativa, y no se merece el calificativo de aventurero con demasiada suerte de nuestro duunviro. —Tras una pausa, Capito se dirigió a Valerio Hymino—. Esas palabras tuyas producen tristeza y merecen una disculpa, son groseras, despreciativas, incomprensibles y, para colmo, mentira. Me parecen del todo intolerables por lo injustas que son.

—Incluso en estas transacciones tan loables se tienen que atar muchos cabos, no te equivoques, jovenzuelo —despachó el otro.

—No subestimes mi inteligencia, ni me llames jovenzuelo, si lo fuera, no sería senador. Si, como dijiste en la curia, Silano Anso no pretende nada a cambio, ¿qué hay que atar? Él da y Augusta Emerita recibe. Así de simple. Y si no es así de simple, entonces posees información diferente a la nuestra.

—Tu hijo llegará lejos —respondió el duunviro, que solo deseaba cortarse la lengua—. Te doy la razón, Capito, el gesto de Silano Anso se merece mejores loas.

—Por cierto, parece que volvió a visitarte, ¿no? Así lo he entendido yo cuando has insinuado lo de los cabos que deben atarse —se sumó Sulpicio Superster.

—Preferiría no hablar más del trabajo durante la fiesta —Valerio Hymino quiso dar el tema por zanjado.

—Esperamos respuesta a la apreciación de Sulpicio Superster —insistió el abogado.

—Escuchadme bien, porque será lo último que diga. El fulano este me parece un tipo poco serio. Nos hemos visto más veces y no sé en qué acabarán nuestros encuentros, pero no me hace demasiada gracia tratar con él —todos escuchaban expectantes aquel arrebato—. Digo esto porque me ha amenazado... sí, sí... aunque no os lo creáis, se ha atrevido a amenazarme de muerte. ¿Qué os parece? Desde luego, le sigo tratando porque está empeñado en hacer una proeza por Emerita, si no..., a ese lo iba a aguantar su padre.

Aquellas palabras sorprendieron a todos.

—¡Jupiter divino! Dejemos los temas del gobierno para mañana. Es momento de divertirse y no de hablar de amenazas y muerte. No tentemos el destino, no vaya a traernos alguna desgracia —dijo Quinto Julio, al que Valerio Hymino agradeció le rescatara de sí mismo. Sus palabras cada vez embrollaban más el entendimiento de sus colegas, que intuían un laberinto de trapos sucios.

Los presentes aceptaron la propuesta del edil Quinto Julio en aras de la cordialidad del momento y acordaron tácitamente indiferencia a las graves confidencias de Valerio Hymino, que en boca de cualquier otro habrían generado más solidaridad.

—¿Dónde está Cayo Voconio? —preguntó Calpurnia, entusiasmada por asistir a tan interesante rifirrafe. Aquello le pareció emocionantísimo y a la vez muy injusto por excluir a las mujeres de aquel mundo solo hecho para hombres.

—Lo han sentado en la misma mesa que a los senadores Manlio Celio, Lucio Fabio, Antonio Murena y Pío Marco. Parecen reír de lo lindo —Cornelio Severo levantaba el brazo para saludar a Cayo Voconio, que preguntaba por gestos si podía levantarse. Cornelio Severo no sabía si estaba mal visto, pues no habían llegado a los postres—. ¿Creéis que Cayo Voconio se puede acercar? Tú qué dices, Capito, que estás más acostumbrado al protocolo de los de Roma.

—De mi experiencia no puedes fiarte. Hasta ahora nunca había visto este batiburrillo de mesas y triclinios. De todas formas, hay gente pululando de un lado a otro y el procurador no repara en ellos. Mira —y señaló a su alrededor—, la gente va

y viene y no pasa nada. Además, lo nunca visto... Han molestado a Abelardo Aldo Cecilio en pleno trajín de sus muelas y conservan el cuello.

La apreciación hizo reír al heterogéneo grupo.

—¿Y a quién se le pasa por la cabeza semejante atrevimiento? —quiso saber Calpurnia, a la que no se le había ocurrido acercarse a Fabiana durante la cena.

—Querida, mientras cenamos me dispensarás de visitar a Fabiana —indicó Lorenza en cuanto vio torcer la barbilla a Calpurnia.

Cornelio Severo movió la mano en señal de afirmación y Cayo Voconio se levantó.

—Voy a las letrinas —dijo Valerio Hymino a Lorenza aprovechando la algarabía causada por la presencia del edil.

—Di que te acompañen, no vayas a perderte.

—No te preocupes, a esta domus he hecho demasiadas visitas y conozco bien las letrinas, aprovecharé para fijarme en los detalles. ¡Son increíbles! No puedes imaginar el lujazo del cagadero —y bajó el tono de voz mientras le daba forma con las manos— y del resto de cosas, algunas no sé para qué sirven, pero podemos copiarlas para nuestra casa. Ni las termas privadas de Cornelio Severo igualan estos baños. ¿Has ido al de las mujeres?

—Todavía no. —Lorenza era de poco beber—. No tardes, tienes la comida en el plato.

—Me llevaré un buen vaso de mulsum, a esto no lo igualan ni los caracoles ni las lenguas de flamenco.

Lorenza torció la boca y se llevó el dedo a los labios. Valerio Hymino había bebido más de lo aconsejable y elevaba la voz más de lo deseable. ¡Cómo se le ocurría hacer críticas al anfitrión en voz alta! Menos mal que el procurador no se había percatado, porque Lorenza se había quedado petrificada por el miedo. Aparte de la sopa, Valerio Hymino casi no había probado bocado, limitándose a picotear sin ingerir cantidad consistente. Las preocupaciones habían hecho mella en su apetito, auténtica novedad, pues de ordinario devoraba con ansia, las carnes y chacinas sobre todo. Ante este insólito hecho, Lorenza, más proclive a dejar vivir que a intervenir en la vida de nadie, había tomado la determinación de interesarse por los asuntos de su esposo. Él se defendía de este repentino marcaje considerándolo más una intromisión que el auxilio invocado por ella. Valerio Hymino quitaba importancia a la tensión que le perseguía: sus constantes enfrentamientos eran fruto de gobernar con mano de hierro, inflexible. Finalmente, prometió acudir al médico, tenía continuos ardores que le quemaban el estómago, y aunque estaba seguro de tratarse de un mal pasajero, causado quizás por el invierno y sus heladas, visitaría a Publio Sertorio Niger al día siguiente. A la espera de un diagnóstico profesional, Lorenza no paraba de insistirle en que comiera más y bebiera menos, y dejara el cargo de duunviro, que tan peligroso le parecía.

Aún se hallaba Cayo Voconio en la mesa departiendo con sus colegas cuando



llegó el plato principal. Amenizado por un bombo, entró un cortejo de esclavos, en el que cada pareja portaba sobre los hombros un jabalí relleno de tordos recostado sobre una tabla. Esta osada y original presentación levantó de sus asientos a los invitados. Abelardo Aldo Cecilio, complacido por el recibimiento, tomó la palabra para explicar la elaboración del plato. Los jabalíes estaban cosidos por todos los lados, especialmente grueso era el repunte de la barriga que soportaba el abundante relleno. Los tordos, que medían un palmo y medio, estaban desplumados y abiertos en canal. Se habían asado regados con abundante salsa picante que los había teñido de un rojo intenso. En cada salón recaló un ejemplar. Los esclavos portadores dejaban caer el jabalí en una mesa auxiliar y tres matarifes lo despedazaban y servían los trozos acompañados por una guarnición de tordos, alcachofas y una garrapiñada de almendras, castañas y bellotas. La carne del jabalí tenía un guiso exquisito, comentaban quienes la probaban. Se le había añadido cardamomo, tomillo y romero, tras quemar el tupido pelaje y luego rebajar la dura corteza. Para afianzar más el sabor se hicieron unas rajadas profundas en el cuerpo del animal, cuyo hueco se relleno con las mismas especias. Todo lo cual, unido a varios días de sazón y asado lento, ocasionó la felicitación del procurador al cocinero, que había abandonado las cacerolas para servir personalmente las mejores piezas a su exigente jefe. Las caras de Faustina y Felicia repelían la fuente de carne que tenía ante sí su padre. Aquel revuelto de tordos enrojados decorando la cara del jabalí, con su hocico puntiagudo y sus orejas tiesas, inundó de asco el paladar de ambas, que no probaron bocado hasta los postres. En plena degustación del jabalí, sin ningún desfile ni propaganda, llegó un plato de cabrito a la cerveza y otro de cordero y miel. El procurador podría ser mala persona, decían en susurros los huéspedes, pero debían admitir que los alimentos con que les obsequiaba eran excelentes. Los eructos interrumpían las conversaciones entre los invitados, que relajaban la compostura a esa altura del banquete. Fabiana reconducía las maneras de Abelardo Aldo Cecilio con suavidad, pero este, con las tragaderas hasta arriba, también de vino, no se avenía a razones, excepto al mencionar el olor de su aliento, que provocó la restricción inmediata de sus ostentosas risas.

El banquete iba saliendo a pedir de boca. La comida y la bebida eran del gusto de los invitados, que perdido el miedo a su ilustrísima, más por efectos del vino que por otras causas, se atrevían a dirigirse a él sin previo requerimiento, casi siempre para ensalzar la magnífica fiesta a la que asistían, los majestuosos agasajos y la espléndida generosidad de la que hacía gala el anfitrión. Los excesos se hacían patentes a medida que transcurrían las horas. El volumen había aumentado y el tono de las conversaciones se elevaba más de lo normal. La gente se divertía alegre, los límites se relajaron y el cordial ambiente disipaba la mala imagen de Abelardo Aldo Cecilio. Había empezado con mal pie, pero cabía enmienda.

Calpurnia había satisfecho el hambre sin excederse en demasía para gloria de su hermosa figura, a la que sacaba un partido máximo, sin ser una mujer guapa, tampoco

fea, más bien de sinuosos rasgos, muchos la definían rara, su arreglo y sus cuidados la hacían destacar. Mucho antes que sus compañeros de triclinio había limpiado su boca para el resto de la noche, lo que significaba que nada más comería. Una copa de vino, si acaso. Desde ese instante se dedicó a observar otros triclinios. La crítica la entretenía, cuanto más feroz más desahogo sentía. Lorenza hacía rato que le sostenía la mirada sin hacer caso a los chismes que soltaba, enlazaba unos con otros de forma sencilla y natural, admirable para una mujer como la otra, a la que tanto costaba explayarse con un único tema.

—Lorenza, hija, te pregunto a ti, que parece que estás ausente —expuso Calpurnia con vehemencia.

—Yo confío en tu parecer, Calpurnia, me parece bien lo que dices.

—Pero si estoy diciéndote que lo veo fatal.

—Pues eso digo yo —Lorenza debió esforzarse algo más en la respuesta—. Que me parece bien lo que dices, o sea, que lo veo igual de mal que tú.

—A veces me da la impresión de que no me escuchas.

—No digas tonterías, mujer —respondió la otra—. Ya sabes que soy callada.

—Será eso. Venga, vamos a ver a Fabiana.

—Yo no voy, estoy esperando a Valerio Hymino.

—¿Y dónde ha ido que no vuelve? Ya hace tiempo que se marchó, ¿no?

Eso mismo pensaba Lorenza, que temía lo peor. Con tanto vino y el delicado estado de su estómago, lo más normal sería que estuviera recuperándose de la vomitona. La búsqueda de su esposo le otorgaba una coartada para declinar la invitación de Calpurnia.

—La hija de Natalia se ha pasado un poco con el escote, ¿no te parece, Lorenza? —preguntó la de Metellinum, que continuó hablando sin esperar respuesta—. Creo que tiene las tetas demasiado caídas para lo joven que es —y luego, fijándose más, remató—. Pero la culpa es de la madre, que no le pone el refajo más apretado, pero claro, donde no hay... —Ahora observaba a la joven en plena conquista—. Desde luego es espabilada para engatusar a los hombres. ¡Qué peligro! A quién habrá salido, con lo sosa que es la madre y las tontunas tan grandes que tiene el padre.

—Voy a las letrinas —dijo Lorenza—. Y así espabilaré a Valerio Hymino, que no me extrañaría durmiese la mona.

—Las letrinas de las señoras están en dirección opuesta. Te acompaño y así echo un vistazo más a fondo.

—Creía que querías ver a Fabiana.

—A la vuelta.

La mesa de Cayo Voconio era de las más visitadas.

—¿Dónde está Valerio Hymino? —preguntó Manlio Celio, uno de los integrantes. Ante la callada del grupo, decidió responderse a fin de soltar la broma que había preparado.

—No se le ve. Lo mismo está escribiendo un discurso de agradecimiento para

nuestro procurador, ya visteis el otro día en el senado que todo eran alabanzas para él, y desde luego nadie como nuestro duunviro para hacer la pelota.

—Tengamos la fiesta en paz, no vaya a escucharte —requirió Cayo Voconio haciendo gestos que aludían al innombrable.

—¡Cómo nos gusta hacer leña del árbol caído! —señaló Antonio Murena—. Lo que te pasa, Manlio Celio, es que estás renegado desde que Valerio Hymino fue reelegido y tú retiraste la candidatura, y encima ahora, para engorde de tu pena, casi no te invitan a la recepción, se habían olvidado de ti. —El estilo de Antonio Murena era contundente—. No carguemos contra Valerio Hymino por detrás y luego nos quejemos con cinismo de su poco aguante. Y lo digo yo, que tengo cuentas insalvables con él, pero voy de frente.

—Eso iba a decirte. No sabía que fueras tan amigo de Valerio Hymino —respondió el otro, dolido.

—¡Cuidado qué sueltas! Conmigo no enredas, que no lo voy a permitir. Yo soy amigo de las verdades, de quien las diga por su boca.

Manlio Celio prefirió callar y tragarse el orgullo, eran malas las predicciones si se aventuraba contra él. Antonio Murena iba por libre, nada de bandos, y las verdades... a la cara. No era demasiado hablador, cuando llegaba el momento votaba según sus entendederas y no se complicaba demasiado con las guerras de nadie. Sin embargo, en ocasiones, ante las injusticias manifiestas y en defensa de lo suyo, hacía acopio de una violenta energía que obligaba a respetar sus posiciones. Nada de tribunales para dirimir conflictos. Antonio Murena había comprobado que el cuerpo a cuerpo era el viaducto más sólido para evitar las añagazas de otros. De modo que todos se pensaban muy mucho ofenderlo. El cuerpo del senador Antonio Murena era una fortaleza inexpugnable, alto, de brazos grandes y bien definidos que daban seguridad, igual que la mole de músculos sostén de su esqueleto. Rozaba la cincuentena y aún conservaba un aire viril y desenfadado que gustaba a las mujeres, a las que conquistaba a pares desde que su esposa falleció ocho años atrás. Antonio Murena tenía ojos verdes y hundidos y mentón afilado, barbilampiño en oposición a las canas que inundaban a mansalva su cabeza y le otorgaban una presencia distinguida. Su piel clara se mantenía tostada, le encantaba dormir al raso en verano y la siesta bajo el sol de marzo y, sobre todo, le chiflaba el contacto con la naturaleza, le llenaba de energía, haciéndolo sentir más animal, más intuitivo. Antonio Murena desprendía gran magnetismo. Su oponente en el rifirrafe, el senador Manlio Celio, representaba un carácter contrario, incluso su aspecto físico lo pregonaba. Casado y con cuatro hijos, Manlio Celio contaba dos años más que el otro. Era alto, desgarrado, flaco y de incipiente joroba. Condenado a la categoría de piltrafa, acompañaba tal estampa el desaseo del pelo, graso, largo y escaso, con mechones que crecían a su aire. La cara, espejo del cuerpo, era puntiaguda, de color verdoso y ojillos chispeantes, y la nariz, que presidía el óvalo, destacaba cual montículo farragoso por grande, y angulosa hacia la mitad, a causa del prominente cartílago que a edad temprana se partió

creando una huella indeleble en su imagen. La intervención de Antonio Murena cambió el rumbo de la conversación. Nadie se atrevía a reírse del chupaculos Valerio Hymino y los senadores de la mesa zanjaron la desavenencia de un plumazo.

—Quería preguntarte si tiene cuenta hacer tantas millas para comprar en Hispalis —dijo Lucio Fabio a Pío Marco, mientras Manlio Celio se sumía en el silencio de mala gana.

—¿Todavía no has visitado su mercado? —preguntó Pio Marco, sorprendido—. Pues será el único que no hayas visitado... ¡Si has estado en el de Roma!

—Iría al de Roma todos los años. Lo que no encuentres allí, no existe, pero es imposible, claro... El mercado de Hispalis no lo conozco, y estoy dándole vueltas.

—El de Hispalis es enorme, tiene de todo, aunque yo no conozco el de Roma, sin duda el mejor. Merece la pena el viaje, jamás me he arrepentido de pasar las noches lejos de casa. ¿Qué quieres comprar?

—Semillas.

—¿Qué clase de semillas?

—Trigo y cebada.

—Nunca he comprado semillas de trigo y cebada, pero sí de avena, y me salió un buen forraje para el ganado, bueno... tú mismo pudiste comprobarlo, aunque al final tenías razón, ese cereal necesita más agua de la que trae el seco tiempo de por aquí, pero ese es otro problema. Los puestos de semillas tienen mucho meneo. La calidad está asegurada y el precio..., como en todos lados —concluyó Pio Marco a la pregunta inicial—. A mi mujer le encanta acompañarme, aprovechamos y traemos de todo.

—Decidido, habrá que ir. No había pensado llevar compañía, pero sería buena idea, cuando se lo diga a Liciano se pondrá loco. Le encantan los viajes, a mí todo lo contrario, con el polvo que se traga.

—Y dime, ¿quieres cambiar los cerdos por pan? —preguntó Pio Marco.

—No. El ganado es lo mío, no lo cambio por nada. Pero me gustaría sacar cerveza de trigo, no de cebada.

—¡Qué gran idea! Al modo germano... —Lucio Fabio era un genio.

—El que empieza algo nuevo es el que se forra —reforzó esta su iniciativa.

—Pero ¿tú conoces cómo se hace la cerveza?

—Estoy en ello, pero será mejor que esa basura que beben al norte del Tajo.

—Ya hablaremos del tema —dijo Pio Marco, pensando en su falta de perspicacia, a él nunca se le ocurrían semejantes primicias.

Tanto Pio Marco como Lucio Fabio eran senadores de Augusta Emerita y se dedicaban a la ganadería, formaban parte del equipo directivo de la única asociación de ganaderos de la colonia. Pio Marco tenía una importante villa de labor a pocas millas de Augusta Emerita, camino de Itálica, como la de Furnio, con grandes extensiones de tierra para pasto y una pequeña parte para cultivo de vegetales y hortalizas que daban abasto para el consumo doméstico y algún reparto agregado. La

villa contaba con un modesto matadero cuyas instalaciones permitían el despiece de cerdos, vacas y ovejas pertenecientes al señorío y a otras explotaciones ganaderas a escasa distancia. Como esencia de su personalidad, Pio Marco poseía el don de la normalidad, de sus propias palabras tal calificativo, dispuesto a reirse a la menor oportunidad y amante de la paz y la cordialidad en las relaciones personales. Admiraba a su amigo Lucio Fabio, cuyos pareceres seguía y cuyas aventuras emulaba como si fueran dictámenes del mismo Jupiter. De ojos negros y pelo del mismo color despoblado en la coronilla, su nariz chata y su gruesa boca enmarcaban una barba cerrada y oscura que rasuraba a diario. Su prominente barriga disputaba el exceso a la barba, y la altura disimulaba la imagen rechoncha que de otra manera desluciría un porte agraciado. En cuanto a Lucio Fabio, su villa se situaba más hacia el oeste, algo más pequeña, pero que no por ello reportaba dividendos menores, bien al contrario, consecuencia del carácter emprendedor de su dueño y de una planificación máxima. No había un palmo desaprovechado. Sus quesos, de mezcla y puros, hacían furor en la provincia, y ahora ideaba con obsesión traspasar esa frontera. La bonanza se asociaba con Lucio Fabio a cada nueva idea y el montante de sus ahorros florecía como las margaritas en primavera, por doquier, permitiéndole rondar sus sueños, que no eran otros sino la compra de importantes millas de tierra. Lucio Fabio provenía de una familia de ganaderos. El reparto sucesivo de las herencias le había birlado el título de mayor terrateniente que ostentase su abuelo. A este hecho se sumó la loca cabeza de su padre, que había perdido la mitad de sus tierras jugando a los dados, que todo había que contar. Lucio Fabio jamás perdonó a su progenitor semejante derroche, y como primer hijo varón había crecido obsesionado con la misión de restaurar el patrimonio que un día les perteneció, dando fe del poderoso linaje de sus gens. Lucio Fabio rozaba la treintena y tenía dos gemelos a los que inculcaba el valor indivisible de la tierra y la necesidad de trabajar unidos por ella. Tiempo atrás, cuando su esposa Liciano demandó un aumento de la familia, Lucio Fabio se negó tajante, la amenazó con no reconocer al niño el día octavo, como marcaba la tradición, y con abandonarlo, como también se le permitía, y ella, consciente de que no lo decía por decir, había abortado en dos ocasiones ante el miedo de que repudiase a su tercer hijo. Lucio Fabio no quería más descendencia, los gemelos fueron un castigo inmerecido del destino. Siempre había deseado un solo hijo al que entregar una herencia honrosa. El senador y ganadero Lucio Fabio era de estatura mediana, como su complexión. La moderación en cada miembro de su cuerpo y en los rasgos de su rostro le atribuía una perfección en la que destacaba, no obstante, la frialdad. Su boca de frambuesa carnosa se adecuaba a los moldes de la cara, la nariz, de efebo griego, reproducía la misma proporción hasta el redondo mentón que en la frente, de pelo castaño, ahuecado, y de ojos marrones, redondos como grandes soles, y rizadas pestañas como rayos luminosos. El senador era guapo, elegante, inteligente, agradable, y ejercía la manipulación como nadie.

Capito se había acercado a la mesa de Cayo Voconio buscando su compañía. La

buena amistad entre el edil y Furnio los había distanciado. En el camino hasta la mesa del edil varias chicas se le habían acercado, no dejaba de impactarle la cantidad de recursos de las mujeres para agilizar una conversación sin mediar afinidad ninguna con el interlocutor; en este caso, él. También las hijas del procurador se habían sumado a la fiebre conquistadora. Las dos mayores del procurador jugaban a conquistarlo con tal fuerza que lo arrastraban. Faustina lo engatusaba con poses tan ensayadas que sus encuentros se convertían en mero teatro, más no cejaba en su empeño de citarse a solas con el abogado, sin que se hiciera realidad por las intromisiones de Felicia, con mucho, la más temida de las tres, pues parecía empeñada en saltar del trampolín como si fuera experta en acrobacias suicidas. Felicia había arrancado un mudo sí a Capito, imponiéndole un improvisado encuentro público: un paseo por Augusta Emerita. Ni siquiera le había preguntado su disponibilidad, fijando la hora a su conveniencia, y desde luego ni se había planteado que a su acompañante no le apeteciera la enormidad de su presencia, acostumbrada a tener a los hombres a su absoluto capricho. Por otro lado, Clementina, que ninguna competencia representaba para sus hermanas, había conseguido de Capito tiempo para montar a caballo y deseo de hacerlo.

—Por fin he llegado —Capito lanzó un bufido dirigido a Cayo Voconio, que ocupaba un extremo de la mesa.

—Ser un héroe tiene su precio —contestó divertido, simulando una genuflexión por el carácter divino de su acompañante.

—Ha sido más duro atravesar el salón que las siete vueltas del circo.

—No exageres —rieron—. Tu padre está allí con Sulpicio Superster y Antonio Murena.

—Venía a charlar un rato contigo, hace tiempo que no te veo.

Capito se interesó por cierta excitación y alboroto de gentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Cayo Voconio.

—No sé. Sulpicio Superster y mi padre se van con Marco Julio, espera, pregunto.

Sacó la cabeza para dirigirse a Antonio Murena, pero el jaleo era monumental.

—Ahora vengo, no me oye —le dijo a Cayo Voconio, que a su vez se levantó curioso.

Al poco, volvió Capito sin despejar del todo la incógnita.

—Cada uno dice una cosa, parece un desmayo de Calpurnia, creo.

—¿Cómo?

—Por lo visto, Marco Julio iba al baño y se encontró llorando a Calpurnia y a Lorenza, otro dice que no están llorando, que Calpurnia se ha desmayado.

A la par que se difundía la noticia del desmayo, por el salón principal entró a la carrera uno de los criados del procurador. Su semblante lívido y el atropello de los invitados hacía presagiar una urgencia. Ni siquiera Abelardo Aldo Cecilio reprendió al sirviente.

—¿Cómo? ¡Eso es imposible en mi casa!

—Puede comprobarlo, excelencia.

—Quita, majadero, inútil —y con su soberbia habitual lo echó a un lado.

Abelardo Aldo Cecilio tardó poco en comprobar las certeras palabras de su esclavo. La estancia destinada a termas y letrinas contaba con un cadáver tendido en el suelo, al lado del último agujero afecto a las deposiciones. Era un hombre que yacía de espaldas, inundado por un inmenso charco de sangre que se desparramaba lentamente.

—Este se ha vaciado como un cerdo, no le debe quedar ni un palmo de sangre en las venas —señaló el procurador ante el cuerpo con absoluto desprecio. Lorenza lo oyó y se abalanzó sobre él gritando desahogada.

El procurador recibió un pescozón de la mujer antes de que esta se desmayara. Cornelio Severo recogió a tiempo el cuerpo minúsculo de la viuda, evitando que se golpeará contra el mármol.

—¿Quién es esta loca? —gritó el procurador, suponiendo la respuesta.

—Es la esposa del fallecido, excelencia, que además ha descubierto el cuerpo. Está destrozada, debemos entender la reacción que ha tenido. Lo mismo nos sucedería a todos, es horrible —dijo Sulpicio Superster todavía demudado por el hallazgo.

—La entiendo, claro que la entiendo, pero quítenla de mi vista, no vaya a destrozarle la cara de un puñetazo.

Las palabras del procurador no concitaron la aquiescencia de los presentes, y debió rectificar y explicarse ante el rictus reprobador de estos.

—Se me ha tirado encima —remedó altanero—. El instinto de supervivencia es incontrolable, un impulso defensivo, por eso he dicho lo del puño.

—En estos momentos deberíamos... —Sulpicio Superster pensó mucho sus palabras siguientes ante la mirada inquisitiva de Abelardo Aldo Cecilio, él no era nadie para darle instrucciones—... Apaciguarnos todos un poquito... —El augur cambió el final de la frase.

—¿Quién es este hombre? Dadle la vuelta —dijo el procurador comiéndose las últimas palabras del provincial, su opinión no era requerida.

—Es Valerio Hymino excelencia —respondió tranquilo Cornelio Severo.

—Ya decía yo que me sonaba la cara de ella. ¡Tú! —señaló con el dedo al sirviente que lo había avisado del incidente—. Trae a varios esclavos de los que están en la cocina para que se pongan delante de la cortina e impidan el paso a la gente. Los que quieran mear que vayan al de las damas. Y adviérteles de lo siguiente: si les preguntan qué ocurre y abren la boca, les corto la lengua yo mismo. Luego, ve en busca de Maximiliano, que está de guardia en la puerta, que venga a hablar conmigo y que no deje salir a nadie. Voy a poner soldados en los salones, es lícito pensar que el asesino sea algún invitado. ¡Me cago en sus muertos! ¡El malnacido está comiendo, bebiendo y riéndose de mí a la cara! Hay que tener huevos para venir a mi casa a matar a alguien. Ese no sabe dónde se ha metido, cuando lo encuentre, lo desollaré

con mis propias manos —mientras daba las órdenes, intentó levantarse del suelo, pero el bíceps femoral no respondía y provocó ayudas externas que el procurador rechazó. El vino tenía la culpa, de lo que daban buena cuenta los ojos, más rojos y más azules que nunca.

En el pasillo de las letrinas, a resguardo del terciopelo, permanecían los senadores Marco Julio, Cornelio Severo, Sulpicio Superster y el procurador. Calpurnia, muda y ausente, y Lorenza desmayada fueron conducidas al piso superior por sirvientes que levantaban sus cuerpos con la levedad de las plumas. Sulpicio Superster hizo amagos de marcharse con su esposa, cuando el procurador reclamó su atención.

—No te vayas, Sulpicio Superster, necesito tu ayuda —el tono del hombre era un mandato—. Las mujeres estarán bien con Fabiana. No te apures, tu esposa se repondrá enseguida, solo lleva el susto en el cuerpo. He llamado al médico que atiende a mi familia, lo trajimos de Roma, podemos confiar en él plenamente. Aquí tenemos una labor urgente —insistió cabizbajo. Una especie de creciente preocupación sustituía la rabia anterior. Por su parte, el de Metellinum tenía meridianamente claro la inutilidad de resistirse a las órdenes del procurador, más que nunca odiaba haber caído en gracia a su ilustrísima.

Fabiana corrió a la habitación de invitados del primer piso. El médico llegó poco después. La primera dama estaba descompuesta. La expresión de su cara, contraída, acentuaba dos líneas rectas sobre el inicio de cada ceja que hasta entonces parecían no haber existido, bisbiseaba un discurso ininteligible en medio de un movimiento continuo de Lorenza a Calpurnia y viceversa, una y otra vez, repitiendo la palabra accidente como resumen de la fatalidad ocurrida, incapaz de admitir la comisión de un asesinato en las letrinas del palacete. Su desconuelo y nerviosismo crecían por momentos, hasta que una descomposición histérica, incluyendo el vaciado de las tripas, ocasionó la atención del médico, a quien sustrajo de los cuidados de las otras dos. Para la romana era inaudito que alguien osara matar en su casa, en medio de un festín y de aquella forma tan desagradable, y, sin embargo, la información era absolutamente verídica. La víctima presentaba varias puñaladas y una brecha profunda en la cabeza, extremo al que se había aferrado Fabiana hasta convencerse de que la muerte fue un terrible accidente, se había resbalado, un mal golpe en la sien, repitió hasta dormirse, entonces el médico bajó a examinar al finado.

El palacete del procurador tenía las cocinas frente a la inmensa puerta de la calle, atrás de todo, un espacio grandioso con varios fuegos de leña. La fachada de la cocina se disimulaba por unas amplias escaleras que conducían a los pisos superiores, limitadas a su vez, en el otro extremo, por un pasillo tapado a la vista mediante unas cortinas de terciopelo negro. Este invisible pasillo se ideó para preservar la espera de los invitados a las letrinas, medía quince pasos de largo y cuatro de ancho. Contaba con tres asientos bajo cuyo sentón de cáñamo se escondía una palangana para los vómitos. Al final del pasillo se hallaban las letrinas masculinas, con una zona destinada a los cagaderos, hasta diez, y otra para termas. Los cagaderos consistían en



un banco corrido adosado a la pared en forma de ele contruidos sobre la parte que se dejaba a la derecha y al frente al abrir la puerta. En cada lado figuraban cinco orificios a distancia fija y en medio de ellos un pequeño comodín para apoyo del brazo que representaba figuras de animales. El interior del banco era hueco y por él fluía una corriente de agua canalizada que lavaba el espacio continuamente, arrastrando los residuos hasta otra canalización que conectaba con las cloacas, lo que evitaba los malos olores. Además, a los pies del banco se abría un canal de agua que permitía lavar las esponjas con las que se aseaban los invitados al hacer sus necesidades. El acceso a la zona termal se producía por un resquicio practicado en la pared libre, de excelente remate pero talla no muy alta, que obligaba a encorvarse para acceder a ella. El frío material de Eborá favorecía con soberbia el esplendor del conjunto.

Abelardo Aldo Cecilio sintió ganas de vomitar, pero antes dio órdenes a Sulpicio Superster.

—Valerio Hymino era uno de los vuestros. Así pues, te encargarás tú de averiguar quién lo ha hecho. Tómate el tiempo que necesites, pero debes dar con el culpable. Es una necesidad del Imperio. Fíjate bien, ¡del Imperio, digo! Nadie viene a mi casa a reírse de mí, es imperdonable. Este crimen no quedará impune, sería un mal ejemplo para todos y Roma no lo consentirá.

—Y si ello no fuera posible, excelencia —se rebeló tímidamente el provincial.

—No digas simplezas, es demasiado pronto para escuchar lamentos. Me fijé en ti nada más conocerte porque aprecié en tu persona una sobresaliente firmeza de espíritu. ¡No me defraudes! Tendrás los nombres de los que han venido a la fiesta y pondré a tu disposición el apoyo que necesites. Pero me darás un culpable. ¿Me hago entender con claridad?

—Perfectamente —respondió el otro.

Antes de hacer público el nombre del investigador al que todos debían atender sin escurrir el bulto, Abelardo Aldo Cecilio envió al senador Marco Julio a la fiesta para que confirmara la muerte de Valerio Hymino y la prohibición de abandonar los salones. Luego, se marchó a vomitar.

—Cuenta conmigo —se ofreció Cornelio Severo cuando el procurador los dejó—. Investigaremos juntos, seremos un equipo. Cambia esa cara, algo sacaremos en claro —insistió el flamen provincial ante el otro, que movía la cara alelado.

—¿Quién ha podido hacer algo así? ¡Es espantoso! ¿Crees que ha podido ser el carnicero o su compinche? A lo mejor han vuelto —se desahogó el provincial.

—No, por supuesto que no. Esa idea debes descartarla. Conozco a todos los que han venido esta noche a la fiesta. Yo vi al carnicero y a su compinche. Esos dos no son. Sin embargo, cuando se conozca la muerte del duunviro, el que más y el que menos lo pensará, lo cual es nefasto. —Cornelio Severo frunció el ceño pensativo y añadió cambiando de tercio—. ¿Sabes? Me alegra que Furnio no haya venido a la fiesta, él sería el primer sospechoso.

—Desde luego, se ha hecho un inmenso favor. ¿Deseas retomar la amistad con él?

—Lo deseo, pero no lo haré. Mi hijo es lo primero —a continuación recolocó la toga, y con los antebrazos al aire, libres para trabajar, propuso inspeccionar el lugar.

El médico apareció mientras buscaban pistas en la zona. El cuerpo de Valerio Hymino se mantenía caliente, inundado por la sangre. El trajín de los visitantes tiñó de rojo pequeños espacios de las letrinas, debían tener cuidado. El médico arremangó la toga del finado; presentaba una puñalada en el cuello que había roto la vena yugular externa, más fina que la interna, y otras dos puñaladas en el brazo y en el abdomen. Las heridas se habían practicado sobre el lado izquierdo del cuerpo. Tras observar el escenario, concluyeron: podría haberlo hecho un solo asesino, aunque debieron vigilar el recinto. Si no, mucho se arriesgaba. A lo mejor fue un impulso, nada planificado, pero costaba creerlo. En todo caso, a Valerio Hymino lo pillaron por sorpresa, no presentaba signos de forcejeo, de hecho, la toga permanecía ataviada al detalle, seguramente conocía a su agresor y nada temía de él. También concluyeron que vomitaba cuando le asestaron la puñalada mortal o bien levantaba la cabeza del agujero. El rostro de Valerio Hymino era espeluznante, irreconocible, una mezcla de sangre y vómito que permanecía incrustada en algunas zonas asemejándose a la costra de los leprosos. Otra parte de la cara, que había entrado en contacto con el canal del agua, se había lavado deshaciéndose de la pasta maloliente. También la toga se había teñido a trozos por la sangre y el vómito. En lo referente a las heridas, cabía confirmar que la puñalada en el cuello había sido mortal, no obstante, el asesino había clavado dos veces más el puñal, una en el brazo y, cuando se giró, otra en el extremo del abdomen, esta de forma superficial, casi un rasguño. Era razonable pensar en la prisa del asesino, aún debía recorrer el pasillo e integrarse en el banquete. A pesar de las heridas, las rojas huellas que maquillaban el mármol sugerían, por la altura que alcanzaron y el dibujo, que el duunviro, tras el salvaje apuñalamiento, consiguió levantarse, y una vez arriba, se desmoronó atizándose con el mármol que cubría el cagadero. La fractura en la cabeza acabó con su último aliento.

Valerio Hymino era un ser humano por encima de todo, un vecino de la colonia muy conocido, activo y participativo en los actos públicos, mantenía negocios con muchos en la localidad y su posición como senador y en los últimos años como duunviro, pues había sido elegido por tres veces para el cargo, lo situaba en la cúspide de la maraña social. Su muerte era repudiable, un acto cruel. Nadie merecía acabar así sus días, en medio del vómito y sin el llamado de Caronte. El médico se unió a las improvisadas oraciones de los lusitanos, cuando alguien vino a buscarlos de parte del procurador. En el salón principal el espectáculo era dantesco, deplorable y más que reprochable. Abelardo Aldo Cecilio, sin distinciones, había sentado en el suelo a sus invitados y relataba sus planes atemorizando a la masa, sospechosa por igual del crimen. Si Fabiana hubiera acompañado a su esposo, no habría consentido semejantes maneras, y habría atemperado su odiosa tiranía. Sus palabras fueron

claras: todos serían cacheados y examinadas sus ropas, sin excepciones. Lo harían los soldados bajo su vigilancia y la de Sulpicio Superster, y por petición de este se aceptó la intervención de Cornelio Severo y Capito. Además del cacheo, los hombres fueron sometidos a un interrogatorio en el que debían aclarar todos sus movimientos desde el inicio del banquete. Aquel intento por controlar la situación y afianzar sobre la marcha posibles pesquisas que permitieran señalar sospechosos resultó un galimatías. El vino hacía mella en el recuerdo de la mayoría y apenas lograban hilar historias coherentes. Nadie parecía inocente bajo aquellos pormenores, sin pies ni cabeza, pues la descripción de los hechos no sostenía ninguna coartada. Todo resultaba ridículo, era imposible encajar las informaciones de unos y otros, se contradecían, y aunque se les sometía a careo en el momento, con esta medida se metía en el ajo a nuevos invitados cuya información a su vez, liaba más la trama. No hizo falta demasiado tiempo para que los investigadores confirmaran lo infructuoso del proceso dispuesto por el procurador. Además, como todos los invitados servían para ratificar el testimonio de los otros, nadie podía marcharse. Después de cuatro horas de investigación, Abelardo Aldo Cecilio los dejó salir de su casa con apreciaciones finales, recomendaciones y otras necedades de tamaña intimidación que revolviéron las tripas y encogieron el alma de sus invitados.

La salida del palacio se produjo en tropel y en silencio, no había empujones, ni prisas ni demoras. El ritmo de todos se acompasó como si de condenados se tratara sometidos al escarnio de la población, así se sentían muchos al salir a la calle, agradecían a los dioses la oscuridad de la noche, protectora de su vituperada dignidad. Nadie imaginaba cómo el asesino había escogido semejante lugar para su crimen.

Dentro, en el palacio del procurador, permanecía Sulpicio Superster, al que no le quedó otra que pasar la noche allí, junto a Calpurnia, que se negaba a marcharse sin su amiga Lorenza. En cuanto a Cornelio Severo y Capito, abandonaron el palacio algo más tarde que la mayoría. El camino hasta la casa lo recorrieron en silencio, el cansancio hacía mella en su ánimo. ¡Parecía mentira que Valerio Hymino hubiese fallecido! ¡Era increíble! ¡Los hechos reflejaban un desatino del destino, un error! Una vez llegaron a la domus, padre e hijo encendieron una vela para alumbrar el alma del duunviro, que merecía las mejores consideraciones en su travesía, luego suplicaron a sus dioses manes que lo protegiesen en este momento final, que no lo olvidaran en semejante trance. Su muerte había sido un inmerecido castigo a sus pequeños desmanes. ¡Los hados se habían excedido! Junto a la vela prendida, permanecieron en el recuerdo del finado hasta que el sueño los venció. Había sido un día interminable y extraño, de humillación y deleite, de coquetería, de seducción, alegre y triste, como la vida misma. Un día que contenía el movimiento del universo.

## Celebración y muerte

«Investigar hasta alcanzar la verdad.  
¡La verdad! Que tantos poseemos y tan distintas caras tiene».

Los días que siguieron a la muerte de Valerio Hymino transcurrieron envueltos en una atmósfera gris violácea, húmeda, fría, desapacible, entre chubascos que no paraban de caer. Los grandes nubarrones se sucedían escupiendo a quemarropa tanta agua que el entierro del duunviro y la cremación de su cuerpo debió posponerse por dos veces consecutivas. Los preparativos del funeral fueron una odisea que superó a Lorenza desde el principio. El único hermano varón del finado fue llamado a la domus del procurador el día después del asesinato, y debió hacerse cargo de la desgracia ante la abstracción dominadora en que se sumergió la voluntad de la viuda. La desolación de Augusta Emerita por la muerte atroz del duunviro se dejó sentir en la actividad diaria. Se decretó luto oficial, se cerraron las termas, se suspendió el mercado, cesaron las representaciones oficiales y se incrementaron los actos de expiación a los dioses en los alrededores al templo, clausurado a causa de los parentalia, fiestas dedicadas a los difuntos. El dolor, el miedo y el pesimismo florecieron sin parapeto entre los conciudadanos del duunviro, que no daban crédito a los hechos acaecidos y adivinaban en las mortificaciones de los emeritenses asesinados el castigo, quizás, a la conducta pretérita del actual emperador Marco Salvio Otón, cuyas acciones en Roma no se podían calibrar de despóticas, revanchistas o desacertadas y, sin embargo, no disipaban los tintes de guerra civil escritos en el aire. Otros en la colonia buscaban explicaciones distintas a la muerte de Valerio Hymino y temieron hallarse ante la vuelta del carnicero y su compinche. Diversas conjeturas dividían la opinión de los emeritenses, aunque en el ánimo de la mayoría parecía afianzarse la creencia de que sufrían un castigo divino, lo que situaba a Nerón a la cabeza de la conjura contra ellos, pues de allí y de Tarraco habían partido sus verdugos. Los viajeros que recalaban en Emerita y propagaban las noticias de Roma contribuían a consolidar este pensamiento mágico de sus habitantes, que escucharon en boca de aquellos noticias inverosímiles: les habían contado que Otón consentía entre sonrisas que le llamaran Nerón, que las antiguas estatuas de este presidían algunos espacios públicos y que la primera actuación del antiguo gobernador lusitano consistió en librar muchísimo dinero, hablaban incluso de cincuenta millones de sestercios, para terminar la casa dorada de Nerón. ¡Qué incongruentes acciones conducían la política del nuevo emperador! Ante estas negras teorías, los más optimistas debieron emplearse a fondo, luchar contra esa resignación destructora. Este sector se negaba a aceptar un futuro

tan horrible como el pregonado por algunos y convocaron la imaginación al servicio de posturas más agradables. En su arenga, revocaban los peores auspicios de aquellos, insistían sin contemplaciones en una premisa: un emperador vivo tenía más poder que los espíritus de otro muerto. Nerón fue emperador, pero de ningún modo podía olvidarse que Otón lo era en este momento. De esta guisa y con apreciaciones similares los emeritenses se lamían las heridas ante la pérdida de Valerio Hymino, cuyos muchos años de poder le habían otorgado un papel relevante en la vida de su pueblo, que ahora necesitaba buscar una explicación a esta muerte salvaje que los dejaba huérfanos, desamparados, confusos, tristes y temerosos.

Dos días después de la fecha prevista inicialmente, el quinto tras los idus de febrero, Valerio Hymino fue incinerado. Ese día amaneció más despejado de nubes, la amenaza de lluvia persistía, pero el sol asomaba de forma intermitente y el hermano de Valerio Hymino decidió celebrar el entierro. Todo el pueblo se volcó en el último adiós a su duunviro, en nada interfirió el frío, ni el agua rezumada por la tierra que rellenaba los charcos, tampoco la llovizna caída con retraimiento que, no obstante, pincelaba la capa de algodón de los dolientes. Las muestras de cariño de los asistentes se sucedieron hasta el fin del ritual y eso que la pira se apagó varias veces a causa del chirimiri, alargando el entierro más de lo prudente; al final, todos terminaron ateridos y exhaustos. El hermano de Valerio Hymino organizó unas exequias dignas de un emperador, ningún elemento de la tradición se omitió y hasta el más leve detalle se adornó exuberante en ese tránsito. A las disposiciones de la familia sobre el refrigerio del día posterior a la cremación, culmen de los fastos funerarios, se sumó el gobierno de la colonia donando buenos sestercios en concepto de alimentos y lo hizo con prodigalidad. Tan opípara aportación fue considerada un dispendio por Furnio, que debió tragarse su opinión en circunstancias tan particulares. Y no fue el único desafío para el duunviro vivo. Su posición exigía que él entre otros, también Cornelio Severo como flamen provincial y Sulpicio Superster como provincial y augur, dirigieran unas palabras despidiendo al difunto. El discurso de Furnio fue breve, se centró en el desvelo, tesón, diligencia y vigor de su colega para desempeñar sus funciones, obvió añadir, al servicio de la colonia, porque detestaba la hipocresía. La intervención de Furnio levantó grandes expectativas, públicamente se conocía la mutua animadversión de los duunviro, pero este salvó el embrollo con dignidad de sabio, ilustrando a sus oyentes con grandes frases de célebres pensadores, que rellenaban las florituras hurtadas al difunto. Con todo, sus palabras, hasta donde llegaron, fueron sinceras, halagando a Valerio Hymino en la tenacidad con que enfrentaba los problemas de la colonia. Las restantes exhortaciones públicas, con un lenguaje más llano y más emotivo, fueron tan aplaudidas como el cerebral elogio de Furnio. A pesar de la grisácea luz que socavaba los ánimos y la barbarie asesina que robó los días a Valerio Hymino, el hermano del interfecto era un tipo alegre que pretendió un funeral hermoso capaz de atenuar la dosis extra de morbo. En cuanto a la viuda, poco le importaba el funeral y sus detalles. Ella no asistió, parecía estar en el limbo, no se

enteraba de nada y siempre decía sí a las pretendidas muestras de apoyo de quienes la visitaban. Según el médico del procurador, no era la primera persona en estado de sonambulismo, fue el término del romano, incapaz de hacer frente a un suceso trágico. Lorenza no lloraba, casi no hablaba, estaba alelada, ausente, apenas comía y el sueño, trastornado, le asaltaba sin aviso ni consideraciones sociales, desmoronándose a la primera orden de su cuerpo, y a veces, en pleno pésame, había cerrado los ojos para desasosiego de sus visitas. Necesitaba tiempo, era el diagnóstico que todos barajaban. No solo la viuda faltó al entierro, también la familia del procurador de la provincia. Nada obligaba a tan ilustres personajes, sin embargo, y en atención a las circunstancias, algunos creyeron que se harían presentes. No fue así. No obstante, la intermediación de Fabiana arrancó de su esposo una disculpa con poema incluido, un hermoso cuenco de cerámica para las ofrendas de alimentos y una jarra de vidrio con remates en oro para el vino, útiles imprescindibles en la nueva vida de Valerio Hymino, también flores, y un funcionario de Roma como cabeza visible de la consternación del jefe. Con esta demostración creyó Fabiana atemperar posibles críticas, una solución elegante que salvaba con provecho la imagen de los dirigentes.

La muerte de Valerio Hymino lo cambiaba todo en el gobierno de la colonia. El senado de Augusta Emerita sería convocado al término de los parentalia. En aquella sesión se tomaría la decisión de nombrar nuevo duunviro o confiar la suprema representación de la colonia a una sola persona, el actual magistrado Sexto Furnio Juliano. Convocar elecciones municipales se desechaba por completo. Sería, por tanto, un debate apasionado. Furnio y Cayo Voconio defenderían un duunvirato doble como freno a los desmanes del poder, pese a las desventajas que dos caracteres mal avenidos pudieran generar. Para saldar eventuales controversias bastaba aceptar como axioma irremediable el sometimiento al reglamento de la cámara, obligando al gobierno a un riguroso y exhaustivo control de sus actuaciones. Furnio estaba persuadido de las ventajas de su opinión, sin embargo, decidió sustraerse a los debates officiosos de unos y otros, tenía tarea bastante con desvelar el secretismo impuesto por el difunto en las competencias atribuidas transitoriamente.

La muerte de Valerio Hymino despejó un periodo tormentoso para Furnio. Todo empezó con la visita al alba de Cayo Voconio el día después del banquete de Abelardo Aldo Cecilio, la prontitud del mensajero devenía inquietante. En efecto, el edil anunció el desastre antes, incluso, de saludar a su amigo. El aspecto envejecido, descuidado, y el desaliento de Cayo Voconio se acentuaban por el desmadre de la cena y la vigilia posterior, y escoltaban la veracidad de la primicia, ¡Valerio había sido asesinado! ¡Aquel suceso lo cambiaba todo! ¡Era un hecho insólito! Y Furnio amplió sus obligaciones habituales. Por un lado, acompañaba a la viuda solventado las gestiones y trámites legales como si fueran parte de sus funciones, y, por otro, ofreció cobertura a Sulpicio Superster en la intrincada tarea encomendada por Abelardo Aldo Cecilio, cuyas escalofriantes palabras alarmaban. Según le había

informado Sulpicio Superster, las palabras de Abelardo Aldo Cecilio fueron claras: el asesinato de Valerio Hymino no quedaría impune, se castigaría públicamente, exhibiendo las mañas de Roma cuando le iban a la contra, lo mismo daba si cogían al culpable o a cualquier otro. Para Abelardo Aldo Cecilio lo importante era hacer justicia al honor de su casa, mancillado en sus narices. A ese ultraje se sumaba la paradójica sospecha sobre Furnio. Abelardo Aldo Cecilio le había dicho, entre los sospechosos no descartes a Furnio, él pudo idear el asesinato y dejar en manos de otros su ejecución, procurándose una coartada impecable, cuidado con él. La investigación del crimen era ministerio prioritario para Sulpicio Superster, que se reunía a diario con Furnio, sin que la colaboración del fiel escudero Cornelio Severo supusiera un obstáculo. Sulpicio Superster era un formidable nexo coordinador.

—Cornelio Severo partió hace cuatro días para las canteras de Eborá, me aseguró que para la ofrenda de mañana estará entre nosotros.

—¿A las canteras de Eborá? —Furnio no sabía hasta dónde saciar su curiosidad.

—Por lo visto es un asunto viejo. Quería hacer unas preguntas a los esclavos que liberaron al carnicero y su compinche.

—Con eso, ¿ahora?

—Veo que tienes interés...

—Creía que era materia cerrada... simplemente —el duunviro no deseaba presionar a Sulpicio Superster—. Y entonces, cuéntame, ¿Lorenza te ha puesto pegas para el ritual de mañana a medianoche?

—Ni ella ni Hymino el menor. Al contrario, agradecen mis servicios. Mañana estaremos muy acompañados durante los feralia, a ver si conseguimos que el alma de Valerio Hymino hable, tengo preparado un completo ritual liberador para facilitar el movimiento de su espíritu, a lo mejor revela el nombre de su asesino.

—¡Ojalá! Si hay alguien capaz de remover los cielos, ese es Valerio Hymino.

—Conservo esperanzas en el protocolo previsto, lo he organizado a conciencia.

—No lo dudo amigo.

Los feralia cerraban la conmemoración de los parentalia, festividad fúnebre en la que parientes y amigos, durante nueve días, visitaban las tumbas de sus familiares consumando en su honor sacrificios u ofrendas de leche, vino, miel y harina, entre otros alimentos. Se organizaban pequeños festines para fortalecer los lazos protectores entre los vivos y los muertos. El ceremonial del último día, a medianoche, los feralia, ponía punto y final a los parentalia, y se creía con fervor que esa noche las almas de los muertos se movían libremente entre los vivos.

—¡Entremos en materia! Vayamos con los sospechosos. Por algún sitio habrá que empezar —sugirió Sulpicio Superster con cara de sello imperial—. Me avergüenza poner en jaque la honorabilidad de nuestros amigos.

—Y sin embargo, a Valerio Hymino lo asesinaron y merece que se descubra la verdad, piensa en ello cuando creas en la inocencia de nuestros vecinos.

—Cierto, cierto... pero me angustia mi posición, nunca me habían puesto entre la

espada y la pared. Así me siento, para acusar a uno voy a dudar de muchos...

—Tampoco sabemos que el crimen sea obra de una sola persona.

—Te veo tan entero Furnio, menos mal que cuento contigo.

—Si mi valedor fuera Abelardo Aldo Cecilio, estaría peor que tú. ¡Créeme! La presión del procurador abrumba a cualquiera.

El silencio del provincial fue breve, luego desenrolló un grueso fajo de papiros divididos por cuadrículas, con nombres, fechas, motivos, oportunidad, procedencia de la sospecha y algunos espacios en blanco en los que se apostillaban particularidades llamativas.

—Como me sugeriste, para la recogida de datos he tenido la gentileza de mencionar al ilustre procurador provincial, por boca de quien he proferido amenazas y otras calamidades, y debo confesarte que no ha podido ser más productiva la respuesta de nuestros conciudadanos. Poco han tardado en despellejarse. He descubierto muchos enemigos de Valerio Hymino, aunque no sé si con razones tan poderosas como para matarlo.

—¡Cuéntame! Yo también tengo portentosos descubrimientos.

—Valerio Hymino chantajeaba a Emiliano Paculo y Ulpio Rufo.

—Cierto. Lo corroboro y añado que yo mismo fui testigo de ese hecho hace algunos meses —Furnio tomó la palabra espontáneamente con fascinación sobrevenida de testigo escrupuloso—. Estaban en el despacho de Valerio Hymino, la violencia de las voces me persuadió de entrar y estuve escuchando desde la puerta. Cuando salieron no adiviné las identidades de aquellos dos, más pendiente de evitar que descubrieran mi deplorable acto de espionaje. Sin embargo, hace poco, los vi llegar al senado y fueron una inspiración, pues supe que eran ellos los hombres que buscaba y até cabos. El día que los pillé, Valerio Hymino los chantajeaba y ellos lo amenazaron de muerte, estaban muy exaltados.

—Y no es para menos, la cosa viene de lejos. Por lo visto, hace años, antes de tu elección como duunviro, estos dos ya habían planteado a Valerio Hymino donar la cantidad que él entendiese necesaria y para el destino que él dispusiera a cambio de obtener la condición de senadores de Augusta Emerita. Según la versión de ambos, Valerio Hymino jugó con ellos, se aprovechó de sus riquezas y se rio en su cara.

—Emiliano Paculo y Ulpio Rufo no son de los que despilfarran, seguro que dicen la verdad —planteó Furnio circunspecto.

—Dicen que Valerio Hymino les engañó, les prometió que la curia los admitiría si él promovía el ingreso; según sus palabras, era el decurión con más poder y prestigio en el senado y pocas veces se negaban sus iniciativas. A cambio les exigió pavimentar la vía de la ronda noroeste, es decir, la que pasa por su casa de recreo, para conformidad de la cámara senatorial. Luego debieron sufragar otras fruslerías, dos mosaicos para esta misma casa y un busto suyo, cuyo resultado aborreció, por lo que debió encargar al taller de Aulo Gayo otro. Al cabo del tiempo supieron por otro senador que aquella promesa ni siquiera se había presentado en el senado.



—Me lo creo, así era Valerio Hymino —dijo el duunviro recordando las zancadillas orquestadas en su contra.

—Y ahí no queda la cosa, de todas formas voy a confirmar estas palabras, me han dado el nombre del senador que les informó de que Valerio Hymino nunca había propuesto su ingreso en la curia —sentenció Sulpicio Superster hilando con prudencia la información.

—¿Quién es?

—El senador Manlio Celio.

—¡¡Ah!! Manlio Celio no es trigo limpio, él y Valerio Hymino en ocasiones han sido inseparables —masculló Furnio entre dientes—. Aunque este es otro tema, o quizás no, ya veremos. Perdona, sigue contándome.

—Bueno, como te decía, según Emiliano Paculo y Ulpio Rufo, cuando se enfrentaron a Valerio Hymino recriminándole su burla, este les dijo que no podían ser admitidos los dos al mismo tiempo, que había tanteado el terreno y los senadores no estaban por la labor de aceptar a dos adlectis a la vez. Al final volvió a chantajearlos y les exigió una nueva entrega de dinero si pretendían ser admitidos a la par, porque debía comprar voluntades. ¡Por supuesto, ninguno quería ser segundo en entrar! Así que cedieron y pagaron, y nuestro fiambre recibió en su bolsa privada una más que generosa cantidad de denarios. Además, y para conformidad del senado, les obligó a costear la cubrición de mármol del podio del templo de este foro. Y no acaba aquí la avaricia del susodicho, ya que después de pertenecer a la curia les hacía pagar un canon por cualquier iniciativa que pretendían plantear en el orden del día. Y atento a mis siguientes palabras: ¡un canon más elevado que a los senadores de origen! De manera, Furnio, que si damos veracidad a sus palabras, aquí, camarada, en el senado de Augusta Emerita, se ha estado pagando hasta por respirar, creo yo.

Sexto Furnio Juliano creía reventar de rabia. Él lo intuía, no existían pruebas, pero sí mucha oscuridad. Valerio Hymino olía a corrupción y su lengua, de día en día más envenenada, destilaba la pestilencia insidiosa de la avaricia, sin más dios que el dinero. Ahora le remordía la conciencia y le arrobaba la culpa no haberse dado antes a la búsqueda de evidencias, había traicionado la ley, el respeto sagrado a su imperio, cuyo fraude traía el caos. Debería haber hecho algo más... cualquier cosa, menos permanecer inmóvil. Ni siquiera tranquilizaba su conciencia la trampa que le tendió al final, con Tito Emilio y la ayuda de Silano Anso.

—Furnio, no debes echarte la culpa de lo que se ha hecho por detrás, demasiados son los consentidores, te lo digo absolutamente convencido —Sulpicio Superster lo conocía bien, a Furnio le gustaba mortificarse para demostrar su autenticidad—. En esta historia cada uno tiene su parte de responsabilidad y a todos ha interesado el juego de te doy te quito, de Valerio Hymino. La carga que te adjudicas no es encomienda para un solo mortal, y que yo sepa, divinidad todavía no eres, ¿no? —agregó con pretendida sorna. Al menos derrumbó el adusto rictus del duunviro, cuyas montaraces arrugas se revelaban constriñendo la nariz.

—Lo he intentado, quería detenerlo, debes creerme, deseaba descubrir el sucio juego de mentiras podridas que se traía, pero mi error con el carnicero me ató las manos, me restó respetabilidad y retrasó mi empresa...

—No debes martirizarte más, muchos confiamos en tu honradez, era imposible destapar el negocio del siglo... el que más y el que menos tenía sus intereses.

—Aún así, hice poco y hemos tenido que llegar a esta situación para conocer la verdad. ¡Parece mentira! —Se torturaba el magistrado.

—Furnio, debes aceptar el estado de las cosas sin culparte y mirar hacia delante. De lo contrario, no avanzaremos en la investigación. —La exigencia del duunviro era un látigo poderoso a cuyo quiebro sus capacidades se multiplicaban. Furnio avanzaba tomando como adalid la responsabilidad y se paralizaba con la culpa.

—¡Tienes razón! Esta investigación solo ha comenzado, debo alejar el pesimismo.

—Juiciosa actitud. Ahora voy a nombrarte a otra persona que también amenazó de muerte al duunviro. Y fuimos unos cuantos quienes lo escuchamos de boca de Valerio Hymino la noche del asesinato. Se trata de Silano Anso, el empresario. ¡Parece que la cosa ha empezado por los adlectis! ¿Eh?, ¿cómo lo ves? Este individuo también pretendía ingresar por el procedimiento extraordinario en el senado y también se sometió a la influencia engañosa de Valerio Hymino.

El duunviro sonrió. Escuchó atentamente el relato de Sulpicio Superster, esta vez sin interrumpir. Durante el banquete, de forma casual, surgió el nombre de Silano Anso, y Valerio Hymino aclaró que el desprendido empresario Silano Anso lo amenazó de muerte, no era un ser tan inocente como su apariencia mostraba. De modo que lo visitaría.

—Sin embargo, Silano Anso no asistió a la cena —se adelantó Furnio.

—Recuerda que tú tampoco, y estás entre los sospechosos —el aludido entornó los ojos, su excelencia le tenía tirria, lo que no entendía, pues le había proporcionado los libros sibilinos en plazo, conforme acordaron—. Soy de la opinión de desenredar esa madeja, tampoco perdemos nada.

—Antes, debes enterarte de una pequeña historia.

Furnio informó a Sulpicio Superster. Él no era el único magistrado que adivinaba trapicheos en las tareas municipales del fallecido duunviro, la negligente conducta de Tito Emilio podía aseverar tales devaneos. De modo que ambos, Tito Emilio por razones que más tarde explicaría y él, tendieron una trampa a Valerio Hymino y encontraron en el fanático y vehemente deseo de Silano Anso la complicidad necesaria. Furnio explicó el desarrollo sucesivo del plan hasta el día anterior al banquete de Abelardo Aldo Cecilio, en el que se contrajo un convenio verbal: Valerio Hymino se comprometió a hacer campaña para la admisión de Silano Anso en el senado emeritense y este a realizar la donación exigida por el magistrado más el soborno oportuno, que los estrategas, Furnio y Tito Emilio, celebraron como una gran victoria. Ahora, este plan carecía de sentido. Todo había terminado repentinamente.

Sulpicio Superster no reaccionó con extrañeza a las palabras de Furnio, a pesar de tratarse de una primicia insospechada. Desde que el engorroso protagonismo de investigar recayera sobre él y las pesquisas se iniciasen, cada indagación, cada testimonio, suponía un inédito descubrimiento de una realidad soterrada y oscura. Sulpicio Superster pareció interesarse por la posición de los rayos del sol. Desde el día anterior, el astro lucía con valentía deslumbrando con el reflejo de su luz ciertos espacios cubiertos por el agua que aún no se había filtrado. La trayectoria de los rayos avisaba del transcurso de las horas y de los menesteres por cumplir. La mañana claudicaba inexorable. El duunviro advirtió inquietud en el provincial y abrevió sus confidencias.

—Mañana seguiremos hablando si tienes prisa —dijo Furnio.

—Puedo quedarme un periquete si aún tienes algo importante que añadir —determinó el otro.

—Bueno, sí, hay una cosa. Seré breve. Debes saber que Antestio Persico también era chantajeado por Valerio Hymino. No hace mucho tiempo me presentó una iniciativa para llevar al senado, necesitaba tenerme de su parte, que informara positivamente sobre su petición y la apoyara con mi voto. Consistía en ampliar cuatro puertas de la muralla para que sus carretas no diesen tantas vueltas por la colonia, dice que llegaban medio vacías a las cuadras. Mi respuesta fue estudiar la proposición, lo cual le enfadó muchísimo. Y entonces dejó caer que en otras instancias serían bien atendidas sus necesidades y que yo no le hacía falta y bla, bla, bla, bla... Se despachó a gusto.

—¿Y por qué no acudió a Valerio Hymino como primera opción?

—Claro que acudió, pero supongo que le pediría un pellizco tan elevado que vino a verme a mí.

—Iré a hablar con él. Además, Antestio Persico llevaba la túnica manchada de un color parduzco el día del banquete. Me dijo que se le había vertido el vino y se había frotado la inmensa mancha. Y yo te pregunto, ¿a quién se le ocurre restregar la túnica en medio de un banquete y pasado de rosca?

La última frase sirvió de despedida. Sulpicio Superster levantó la mano y anunció su vuelta al día siguiente. Oscurecía pronto en el mes de febrero. Su incómoda prisa provenía de la paranoica personalidad de su jefe, Abelardo Aldo Cecilio, que en cualquier momento, si la investigación no se resolvía y las urgencias lo vencían, culparía al primer inocente que se le pasase por su chalada mente.

Arria Pale y Calpurnia concluían su visita diaria a la viuda Lorenza, bastante acompañada por las mujeres de su familia, vecinas y amigas, aunque el vaivén de tanto gentío parecía incomodarla cuando su mente regresaba del limbo. Poco a poco iba aterrizando en el presente. No lloraba la pérdida de Valerio Hymino, las lágrimas se retenían en la cuenca de sus ojos, salvo algunas infractoras del régimen del olvido.

Esa mañana le resultaba especialmente insidiosa la presencia de la camarilla que respaldaba su dolor y no había podido evitar el enfado al mínimo agobio ocasionado por una pamplina de Sabina; cortesía, sin embargo, al entendimiento de la mayoría. El mal de Sabina consistió en llevar varios bizcochos para deleite de las visitas cuando se le había dicho que no hacía falta que trajese todos los días un obsequio. Después de la belicosa contestación a la también viuda, Lorenza se recluyó, ordenando que no se la molestase bajo ningún concepto. Sabina no se tomó a mal los modales de la anfitriona, habida cuenta del débil y sensible espíritu que siempre la había caracterizado y su siniestra y dolorosa coyuntura. A Lorenza la comunicación con la gente le suponía un esfuerzo inconmensurable, máxime en esos momentos, donde su necesidad de aislamiento era total, y las fuerzas le fallaban al divisar tantos ojos a los que entregar un gesto amable o sus palabras, cualquier señal agradeciendo una compañía que no la condenaba al vacío del calor humano. A pesar de la amorosa actitud de quienes la rodeaban, la viuda deseaba la soledad con tanta ansia que temía gritar su verdad y herir a quienes no hacían sino quererla y cuidarla. De modo que aguantaba hasta que su cabeza se marchaba de aquel follón o la agresividad y la rabia por contener su necesidad le jugaban una mala pasada. Cuando Lorenza se enclaustró, muchas de las visitas se marcharon, entre ellas, Arria Pale y Calpurnia, que aprovecharon la litera de esta para pasear. Allí ya no pintaban gran cosa, decidió Calpurnia y apoyó Arria Pale.

La de Metellinum era gran amante de las literas; junto a la vestimenta y al adorno personal, marcaban la categoría de las personas sin atender a otro tipo de presentaciones, lo que resultaba de lo más ventajoso y resolutivo. Sulpicio Superster solía transigir en los gustos de su esposa, aunque no era partidario de tanta exageración, en cambio, la profusión de ornamentación que esta pretendía en las literas se le hacía insoportable, revelaba una ostentación inadmisibles, quizás en armonía con la gran urbe, pero fuera de toda corrección en Augusta Emerita, donde salir a la calle con una litera como aquella era prestarse a la burla. De manera que ni la litera personal del provincial ni la común del matrimonio tenían más perifollo que el ordinario del lugar, por el contrario, la de Calpurnia no podía ser más vistosa, y a ella le enloquecía. Cuatro esclavos la cargaban, que marchaban custodiados por otros dos, uno delante y otro atrás. El primero abría la comitiva separando al gentío y el último evitaba la venganza de quienes se sentían maltratados por los empujones del primero. La litera de Calpurnia, abierta en un solo lateral, preservaba la identidad de sus usuarios con muselinas triples que se ladeaban con facilidad para fisgonear, disponía de techo desmontable y lucía forrada de terciopelo morado con ribetes granates y filigranas doradas en forma de ondas, apelando al estilo romántico de su dueña. Cuando Calpurnia se cruzó con la litera de Felicia, varió el rumbo aleatorio del paseo y ordenó seguirla. La litera de Felicia, escoltada con exceso, anunciaba la jerarquía de la ocupante, y al primer ruido de botas, retumbando cual mortífero armamento, los ciudadanos despejaban el camino. Pronto se desveló su identidad: era

la hija del procurador y Capito la acompañaba. La jovencuela paseaba sin intención de privacidad, arrogante, seductora, exhibiendo una sonrisa felicísima, como de imán. Exhibir a Capito era un privilegio del que hacía gala con gozosa petulancia. Felicia daría qué hablar. Capito le advirtió sobre esta eventualidad, insinuación que Felicia agradeció con la más rumbosa sonrisa. La segunda hija del procurador promovía batalla contra sus dos hermanas. Capito era un capricho que comería de su mano. Fabiana aún no había ensayado táctica para la conquista. Sí, en cambio, Clementina, y el día anterior montaron juntos Capito y ella. Dejarse ver veinticuatro horas después con otra de las hijas de Abelardo Aldo Cecilio atraería todo tipo de especulaciones. Él no hacía nada malo, no se aprovechaba de aquellas chicas que no aceptaban un no por respuesta. Capito, además, conocía el beneplácito de Fabiana para aquellas inocentes actividades de su prole y en nada la importunaban; remedando a Fabiana, Felicia insistía en que se sentía sumamente complacida por una amistad tan honorable como la de Capito, argumento que tranquilizaban al soltero más codiciado de la provincia. Cuando Calpurnia divisó a los ocupantes de la litera, aseveró amorío futuro que en nada disgustó a Arria Pale, suponiendo en tal enamoramiento una oportunidad de reconciliación entre su esposo y Cornelio Severo.

—Durante el banquete del procurador, Capito no hizo ascos a nada —convino la de Metellinum.

—Querrás decir a nadie —corrigió Arria Pale el lenguaje despectivo.

—Tú me entiendes, ¿no? —aclaró convincente Calpurnia—. No es por criticar... pero, en ciertos casos, la galantería masculina debería prohibirse, da lugar a equívocos, podemos convencernos de atributos que no existen.

—Pero, bueno... eres tremenda, querida. En el banquete del procurador dudo yo que ninguna de las invitadas, jóvenes o viejas, fuese sin arreglo.

—Hay niveles de fealdad irreparables hasta para el cincel...

—¡Qué bruta eres, Calpurnia! —le cortó la otra.

—Estoy en confianza, ¿o no? Las hay que no tienen freno y se lanzan a conquistar al héroe más hermoso de la colonia sin ruborizarse lo más mínimo. ¡Qué valor, hija! ¡Qué valor!

—Cada una es como es —atajó Arria Pale—. ¡Mira! Felicia y Capito se bajan de la litera.

Calpurnia miró en la dirección que señalaba el brazo de Arria Pale.

—Y Marcia, ¿cómo está? ¿Se anima a dejarse ver?

—Ella sale a todos los sitios como antes —comentó la madre.

—Como antes, no. Y, si no, ¡respóndeme! ¿Cuándo se habría quedado Marcia tan pancha sin asistir al banquete de Abelardo Aldo Cecilio?

—Bueno, mujer..., igual igual que antes no está, se encuentra algo más apática.

—¿Y no le palpita su corazoncito?

—Que yo sepa, no.

—Las madres sois las últimas en enteraros de las cosas, bien lo sabe Vesta, a la

que tanto veneras.

Arria Pale dio un respingo, conocía a su hija y no le extrañaba que Marcia en un arranque de inocencia, confianza y estupidez, hubiese hablado a Calpurnia de su nueva situación.

—Si tienes algo que añadir, soy toda oídos —se brindó Arria Pale.

Calpurnia no le contestó, estaba pendiente de la escena protagonizada por Felicia y Capito. El abogado bajó de la litera con ella y saludó a la muchedumbre con recato, siempre en segundo plano, para volver a confinarse enseguida, brindando el estrellato a la hija del procurador, que no se arredró por el repentino abandono. Bien al contrario, ella conocía su papel y lo interpretó a la perfección. El público amagaba con darle la mano y Felicia correspondía el gesto con distinción y pundonor, sin pereza, bajo la atenta mirada de la guardia. Calpurnia la observaba concienzudamente y estimó correcto saludarla ante la complaciente, servicial y cordial respuesta de la romana al pueblo que la acogía sin reservas, como si fuera la emperatriz de Roma. La de Metellinum se fue acercando al creciente gentío, caminaba precedida por un esclavo que solicitaba con suaves codazos un hueco para su señora. Al poco, Calpurnia se hallaba en primera fila; la joven romana la reconoció y la trató con consideraciones de gran personalidad, causando el solaz de la otra, como si las miradas del público se devengasen en su favor. Calpurnia se sintió apabullada por el magnetismo y la sensualidad de Felicia, cuyo penetrante oteo desnudaba al individuo más seguro, imantando las voluntades de quienes se sometían a su mágico influjo. A pesar de la envidia que causaba en Calpurnia observar tantas lindezas aglutinadas en una persona distinta a ella, debía reconocer el hechizo de Felicia. Capito aguardaba la compañía sin apremios, comprendía el papel de su amiga y agradecía que lo representase en exclusividad, respetando la marginalidad que a él correspondía.

—Querida, se me ha hecho tarde —se quejó Calpurnia en cuanto subió a la litera. Arria Pale aplaudió la decisión, también ella debía volver.

—Desde el encargo del procurador, Sulpicio Superster parece un cadáver andante, ha perdido peso y el poco culo que tenía ha desaparecido. No te rías, te lo digo en serio —comentó Calpurnia enunciado con gravedad la irreparable pérdida.

—El mío tampoco dispone de mucho músculo en esa zona, si te sirve de consuelo.

—Consuelo, ninguno, querida. Capito, ese, ese sí da consuelo a la vista, alguna vez lo he observado en la palestra. Daba gusto verlo entrenar, hija.

—Yo de Capito no digo ni mu, recuerda... hace solo dos días iba a ser mi yerno, así que cambiemos de conversación, que te avivas como las antorchas en aceite —la cortó Arria Pale incómoda—. ¿Sabemos o no quién asesinó a Valerio Hymino?

—Sulpicio Superster me ha prohibido hablar del tema, no me cuenta nada, pero yo sé quién mató a Valerio Hymino o por lo menos quién tenía un buen motivo.

—¿Y quién es?

—Antonio Murena.

—Pero ¿tienes pruebas de lo que dices o son imaginaciones tuyas?

—¡Imaginaciones! ¡Claro que no! ¡Qué cosas tienes! —La de Metellinum atemperó el malestar—. Desde que murió Lucina, Antonio Murena anda con unas y con otras, no te descubro nada nuevo, ¿no?

—Sí, sí, claro... Antonio Murena nunca se ha escondido.

—Yo no critico sus revolcones, aunque debió esperar más tiempo antes de darse a estas licencias. No llegó ni al mes de abstinencia... vamos, que fue enterrarla y darse a la buena mesa, por decirlo finamente.

—Mientras Lucina estuvo en vida, su comportamiento fue correcto, creo que eso es lo que cuenta.

—No me creo que sus prisas no te molesten.

—No es asunto de nuestra incumbencia. Al grano, querida, que te vas por las ramas.

—Hoy, en casa de Lorenza... No sé si has advertido una cosa, la hija menor de Antonio Murena traía una buena cesta de frutas con dos esclavas. Ninguna de ellas ha entrado y Lorenza ha rechazado la fruta a la criatura, que ninguna culpa tiene. Y todo porque Valerio Hymino forzó a una de las esclavas de la casa del otro a acostarse con él. No pongas esa cara. ¡Lo que te cuento es tan cierto como que los dioses nos gobiernan! Lorenza siempre ha querido estar al margen de todo, y al final se ha enterado hasta de las infidelidades del necio de su difunto, lo digo claramente, aunque esté feo hablar mal de los muertos. Muy suave lo apodo.

La cara de Arria Pale desconocía obviedades.

—La verdad es que Valerio Hymino nunca ha apreciado mucho a Lorenza, ella siempre en casa y él por ahí, a sus anchas, yo nunca lo he visto bien, pero no es un tema que me corresponda juzgar... ¡Y con una esclava!

—La esclava es bastante exótica. Me he informado y parece que siempre ha dado de que hablar... Pero ahora tiene sus años y el tiempo a nadie perdona, su belleza se ha cuarteado y su exhuberancia se ha ido con los quilos de más.

—Entonces, Valerio Hymino se acostaba con ella.

—Solo se acostó dos o tres veces, quien se acuesta con ella es Antonio Murena.

—¡Qué me dices, Calpurnia! No tenía ni idea.

Calpurnia comenzó por el principio. Ella se llevaba muy bien con su criada personal, a la que encomendó la tarea de ponerla al día en la vida privada del nuevo vecindario, para lo cual, la mandaba con recados a otras casas de linaje, promoviendo las buenas relaciones con otras esclavas que la tenían enterada de todo.

—Los esclavos siempre saben lo que ocurre en la casa de sus amos, y para desgracia nuestra, se lo cuentan entre ellos. ¡Y a las pruebas me remito!

Su criada la informó al detalle. Antonio Murena llevaba años de relaciones con esa esclava, quien aseguraba que ambos se amaban y que el senador, su amo, pensaba manumitirla y casarse con ella, y que, si no lo había hecho ya, era porque sus tres hijas pondrían el grito en el cielo, así que esperaba al casamiento de la menor para dar

el paso definitivo.

—No hace mucho —Calpurnia bajó el tono— mi esclava me contó el gran escándalo que se formó en casa de Valerio Hymino. Por lo visto, el difunto obligó a esta esclava a acostarse con él bajo amenaza de difundir las relaciones con su amo y la esclava accedió para no perjudicarlo. Pero como quería intentarlo una y otra vez, la esclava se negó y Valerio Hymino la violó, palabras textuales de mi sirvienta, y entonces ella se lo contó a Antonio Murena, que se personó en casa de Valerio Hymino y le dio una paliza. Dicen que ni todo el servicio logró pararlo. Valerio Hymino se salvó, porque se atrincheró en el despacho mientras los esclavos lo sujetaban como podían. De esto hace unos tres meses. Fue así como se enteró Lorenza.

—No me lo puedo creer, por una esclava caer tan bajo.

—Los hombres son idiotas, y encima te corroboro que Antonio Murena está loco por la esclava y, nunca mejor dicho, querida. El día de la paliza no se cortó ni un pelo y ante los presentes anunció que esa esclava era su mujer, exigiendo respeto para ella. ¡Todo un escándalo! Y por supuesto amenazó de muerte a Valerio Hymino.

—Me cuesta creer lo que me cuentas —le dijo Arria Pale.

—En casa de Lorenza no hay sirvienta que no esté al tanto de la historia, puedes preguntar a cualquiera. Y ahora contéstame sinceramente. Conociendo a Antonio Murena y la gravedad de los hechos, ¿podría ser el asesino o no?

—Desde luego, querida, desde luego. Me dejas de piedra. Te sugiero que se lo cuentes a Sulpicio Superster —y luego, pensativa y azorada, añadió—. No sé por qué sucede... pero a veces los hombres se ciegan y beben los vientos por malas mujeres, incluso llegan a perder todo por ellas, a lo mejor los hechizan. No sería Antonio Murena el primero que acaba sin nada por culpa de una esclava.

—Hay muchos canallas que hacen más por estas brujas que por sus esposas —sentenció Calpurnia con cara de malas pulgas.

Un rato permaneció aparcada la litera en la domus de Arria Pale. El tiempo se esfumaba entre las palabras. La trágica muerte de Valerio Hymino, las querencias con las esclavas y los amoríos de Capito daban para conversaciones interminables. Arria Pale atravesó el portón de su casa con paso apresurado. Marcia la asaltó, llevaba un rato esperándola ansiosa. A media mañana había recibido correspondencia de Diophanes, temió perder la cordura, flotar en una pesadilla. Con esa rara confusión entre realidad y ensoñación, necesitaba hacer partícipe a alguien de la misiva de su novio, oficialmente el gobernador de La Lusitania. Entre otros avatares, Diophanes la informaba de que Otón había firmado ya el edicto que lo nombraba para tal cargo. El destino premiaba a los amantes.

—Tranquilízate, Marcia —le dijo su madre.

—Es que... es verdad lo que te cuento —insistió ella a punto de llorar—. Mira, ven, lee tú misma la carta.

—Vamos a dejarlo para después de comer.



—Madre, ¿me has escuchado? Diophanes es el nuevo gobernador de la provincia y vivirá aquí en Augusta Emerita. ¿Cómo me dices que te lea la carta luego?

—Está bien, léela ahora.

—No es muy larga, madre —Marcia abrazó a Arria Pale y comenzó a llorar histérica, ese nombramiento era vital para la buena dirección del noviazgo. Así lo creía—. Dudo de que padre se oponga a que me case con Diophanes. Debemos decírselo.

—¡Calma, Marcia! Anda, léeme la carta.

Marcia leía agitada por tanta dicha, sin poder contener las lágrimas, que rodaban rebeldes por sus morenas mejillas.

*Amada mía, mi querida niña, inspiración de mis días.*

*Luz cubre mis miedos con solo nombrarte.*

*Fuego arde en mis manos al coger la pluma para escribirte.*

Los días me pesan en Roma a la que tanto ansié conocer, pero mi temeraria decisión de venir hasta aquí y tu valiente espera y la ruptura con Capito, nuestros enormes sacrificios y sufrimientos han sido laureados por los dioses. Esto te cuento: heme aquí, ante ti, para servirte y servir a La Lusitania y a nuestro César, Marco Salvio Otón, en virtud de mi nuevo oficio como gobernador de tu provincia. Sí, sí, no equivocan tus ojos las palabras leídas. Esta mañana dictó Otón mi nombramiento como nuevo gobernador de La Lusitania. Tengo el edicto firmado entre mis manos y podemos darlo por válido. Aún debe ser sancionado por el senado, pero es mero trámite, amor mío. Desde hacía tiempo, Otón, cuando estaba de buen humor y las noticias eran favorables a su causa, me llamaba gobernador para animarme, y ahora, amainadas las incertidumbres del inicio de su gobierno, controlados los reparos de algunos sectores, ahora, que ya figura estampada su firma en el pergamino, no deja de repetírmelo. Será vanidad, mi adorada Marcia, pero suena tan bien mi nombre para ese cargo... y aunque no sea romano, encaja a la perfección. ¡Pronúncialo! Lucio Furnio Diophanes. ¿No te suenan acordes divinos de lira? La generosidad y gentileza del emperador es tal que para evitar añagazas en el senado me ha querido obsequiar con el nombre de sus antepasados, pero yo he renunciado y he mantenido la gens de tu padre. Según el edicto, soy el nuevo gobernador de la provincia imperial de La Lusitania, Lucio Furnio Diophanes. Falacia parecen mis noticias después de tantas desventuras, pero es absolutamente cierto que soy el magistrado de mayor rango en nuestra adorada tierra. ¡Estoy al mando! Como cierto, también, que mis sueños, al igual que los tuyos, se han hecho realidad. Espero que esta revelación te haga tan feliz como a mí. No dejo de pensar en ti, en tu familia, sobre todo en tu padre, y me veo entrando en tu casa, a la que tanto echo de menos, despojándome de mis prebendas como un cliente más, como hacía

antes de marcharme, respetando la sagrada voluntad de mi difunto padre y el altruismo y benevolencia del tuyo al manumitirlo. Luego me colocaré mi anillo de senador, regalo de Otón, para pedir tu mano con el honor que le corresponde a tu casa. Revivo en mi mente esa escena una y mil veces. Ahora, por fin, sé que tu padre no me cerrará las puertas. ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto te quiero, Marcia! ¡Tu amor lo vale todo! Tus ojos verdes, tus labios...

Te cuento otras primicias:

No parto aún para Augusta Emerita por servir a Otón hasta el final, es de justicia que ahora, más que nunca, así sea. De todas formas y contando con mi provisionalidad, de la que el César es consciente, se ha ido rodeando de un equipo de médicos que le son fieles hasta donde se puede aseverar este hecho, y debo confesarte que no carecen de pericia profesional, con humildad he de reconocerles conocimientos más avanzados a los míos en ciertas competencias. La medicina en Roma está muy adelantada, utilizan asombrosos aparatos y operan hasta la cabeza, así que, como verás, este viaje también en lo tocante a mi profesión ha sido más que un acierto. Seguro que estarás deseosa de conocer tan deslumbrantes invenciones como te refiero, así al menos me he sentido yo como médico, deslumbrado. Pero esa carta puede esperar. No temas, nada se me olvidará, voy tomando nota de los conocimientos que me son ajenos y que me brindan estos magos de la medicina ante los que me arrodillo por su maestría, agradeciendo a Esculapio que los haya colocado en mi camino. ¡Son genios! El caso es que, confirmada la valía del equipo médico del César, ha dejado a mi elección seguir o no a su lado, pero le debo todo a Otón y juzgo correcto aguantar algo más. Marcia, solo será un mes, no sé, quizás dos, por eso debes preparar el terreno, enfrentar un último suplicio: informar a tu padre de nuestro compromiso y nuestro amor. Debemos ser fuertes y confiar, estamos en la recta final. Desafiantes obstáculos hemos superado. ¡Menos mal que tu madre está de nuestra parte! ¡Arria Pale, de portentosas virtudes, tantas... como sus admiradas vestales! ¡Extraordinaria esposa y madre! Cuida de ella y protégela, tienes un tesoro. ¡Ojalá yo hubiera conocido a la mía! Que espero vele por mí y por ti en la morada del otro mundo.

En Roma, de día en día, la cosa se pone más fea y la guerra con el general Aulo Vitelio es inevitable. ¡Es un hecho! Hace poco, Otón mandó una comitiva a este general ofreciéndole compartir el poder, incluso se ofreció a casarse con su hija. Pero tales propuestas han sido desatendidas. Aulo Vitelio quiere la guerra a toda costa. Sabemos que los legados del general rebelde, Aulo Cecina y Fabio Valente, vienen hacia Roma con gran contingente de soldados como avanzadilla, junto a los soldados de las Galias, que se han posicionado a su favor. Más tarde, con el terreno allanado, Aulo Vitelio emprenderá la marcha. Se sabe que Aulo Cecina ha atravesado la Helvecia

con treinta y dos mil hombres y Fabio Valente ha cruzado la Galia Amica con idea de bajar por los Alpes, suponemos que por el paso del Cenisio, al menos eso escucho entre los asesores militares de Otón. Es cuestión de tiempo que se reanude la guerra fratricida. Nosotros contamos con las siete legiones del Danubio al mando de Vespasiano, a las que Otón ha reclamado desde su posición en el Oriente y que vienen de camino. Por otro lado, hemos conseguido reunir dos nuevas legiones con gladiadores y siervos. Y por último, también podemos contar con el grueso de la soldadesca presente en la capital y la guardia pretoriana. Pasado mañana mandará Otón la flota a las costas de la Galia Narbonense para atacar por la retaguardia e impedir el avance de las tropas de Fabio Valente.

En cuanto a los pretorianos, gracias a la nueva orientación de Otón hacia ellos, han respondido con muestras insuperables de fidelidad a la causa del César, demostrando estar a la altura del destino para el que han sido escogidos, y, si no, juzga tú misma el siguiente episodio protagonizado por estos y que al menos a mí, que lo viví en primera persona, me dejó petrificado. Fue increíble: los pretorianos, por error, pretendiendo salvar al emperador de un levantamiento de la clase senatorial, han fulminado a inocentes militares. Resulta que los infantes de marina debían transportar hasta Roma algunas armas y no sé por qué motivo decidieron trasladarlas a los cuarteles al anochecer... El caso es que tanto secretismo levantó la sospecha de la guardia pretoriana, que nada sabía sobre esta incidencia y supusieron hallarse a las puertas de una nueva conjura. De modo que, sin mediar ninguna orden y temiendo por la vida de Otón, se precipitaron hasta el palacio profiriendo gritos contra el senado a los que creyeron instigadores de la conspiración. ¡Ojo, querida, conspiración que no existía! Algunos oficiales intentaron detenerlos cuando entraron en palacio, y perecieron en su misión. Al final, este ímpetu por salvar a Otón superó las numerosas barreras humanas que los separaban de él y, manchados de sangre, se personaron ante todos nosotros, que estábamos cenando. ¡El susto fue mayúsculo! No sabíamos qué sucedía y muchos pensamos que era nuestro final en el mundo de los vivos. Enseguida preguntaron por el emperador y sin mediar más explicaciones accedieron al comedor contiguo. No pararon hasta verlo sano y salvo ante sus ojos, y después, a base de mucho diálogo, salieron del error en el que estaban. Descansaron ellos y descansamos todos. Desgraciadamente, si bien el César ha podido comprobar hasta qué punto alcanza la lealtad de los pretorianos, también el error y la práctica ansiosa de su oficio han costado la vida tontamente de algunos soldados que custodiaban el palacio. ¡Qué tristeza! Conocía a algunos de los fallecidos. Pero así es la vida, nunca una victoria es dulce del todo.

Ahora voy con otro suceso, antesala del esplendor que debemos esperar

del gobierno del gran Marco Salvio Otón. Como sabes, el emperador es muy supersticioso y cada nuevo hecho lo interpreta a favor o en contra de su victoria en esta guerra. Por un lado, la actitud de los pretorianos ha consolidado sus buenas sensaciones sobre el enfrentamiento que se avecina con Aulo Vitelio. Y para colmo de su suerte, han aparecido unos libros que se llaman sibilinos y que le han sido ofrecidos por el presidente del colegio sacerdotal de los quindecenviros. Un sacerdote muy importante aquí en Roma. Otón tiene mucha fe en estos libros, que contienen adivinaciones sobre el futuro y los remedios para contener a los enemigos. Seleuco ha instado a Otón a quedarse con este ofrecimiento sin titubeos. Literalmente, nos hallamos, Marcia, ante un descubrimiento histórico, pues los libros sibilinos se daban por desaparecidos en un incendio de hace más de un siglo. El hecho de que lleguen a las manos de Otón en estos momentos, a su entender, es motivo de confianza en el resultado victorioso de la contienda que se avecina. No creas que ha sido minúsculo el precio solicitado por este sacerdote al César. Le ha exigido prohibir el culto de todos los dioses que no sean romanos y destinar un peculio mayor al sostenimiento de estos últimos. Otón al principio no quería aceptar, pensó en quedarse con los libros por la fuerza, pero Seleuco le aconsejó no mancharse las manos de sangre a causa de los libros sagrados, por lo que se ha visto obligado a pactar con estos miserables. ¡Imagínate! Los que profesemos culto a otros dioses, en el futuro, tendremos que escondernos como hacen ahora los cristianos. Solo el culto a Isis se permitirá, porque es la diosa que venera el César y la prohibición de su culto era inadmisibles. Ya le tiene pasión a Isis, ¿eh? Al final se llegó a un acuerdo. Otón ha prometido realizar esta reforma cuando termine la guerra civil y los sacerdotes han aceptado. ¡Ah! ¿Y sabes otra cosa? Estos libros estaban en Augusta Emerita, vienen de allí. Dice Marco Emilio que su padre ayudó a conseguirlos, hizo un favor a alguien importante y por eso él fue aceptado en la corte del emperador. Más alto no se puede llegar y en menos tiempo, ¿eh? Bueno, yo tampoco debo quejarme. Nuestra colonia está llamada a tener un sitio en los anales de la historia. ¡Fíjate, unos libros tan maravillosos escondidos en nuestra colonia! ¡Es increíble! He intentado sonsacar a Marco Emilio más detalles sobre la fascinante historia de estos libros, pero él dice que no sabe nada más. Por otra parte, comentarte que Marco Emilio está perfectamente integrado aquí, anda rompiendo corazones, no quiere oír hablar de novias. Tu amiga se ha librado de un buen libertino, créeme, y te lo digo yo que me considero su amigo.

Amada mía, no puedo extenderme más, pero estarás informada de cuanto vaya ocurriendo. ¡Ojalá ganemos la guerra! Suplica a los dioses por que así sea, no dejes de hacer sacrificios, ya ves que recompensan nuestro dolor y nuestros pesares.

Te quiero. Siempre tuyo. Diophanes.

Esa tarde, las tres hijas del procurador compartían su tiempo con la prole de otros nombramientos de Roma, muchos de los cuales recalaban en Emerita como inicio del curso honorífico que los haría ascender en la política nacional. La aparición de las tres hijas del procurador reavivó el grupo juvenil. Los chicos disfrutaban frenéticos de la compañía de las hermosas y dulces muchachas, risueñas, habladoras, guasonas y seductoras, que supieron ganarse la amistad de las chicas como garantía de una paz firme en la cuadrilla. Ese fue el sabio consejo de Fabiana para sus retoños. Lo primero, obtener la confianza y la aceptación del sector femenino, lo más difícil; fundamental, respetar los flirteos y amoríos antiguos y adaptarse a las costumbres predeterminadas, respetando el lugar de cada cual sin imponer cambios, al menos, al comienzo. La sección masculina serpenteaba cauces diferentes; ellos funcionaban movidos por otras necesidades y prioridades. Para Faustina, Felicia y Clementina era terreno abonado, pan comido. Las hermanas acogían el coqueteo masculino con zalamería, pura vanidad sin más pretensión, lo que pronto fue detectado por sus adeptos, que flirteaban sin otro anhelo. Sufridos los primeros fracasos, cada cual sabía dónde estaba su sitio. Para las mujeres del grupo era perfecto que ellas aspirasen a tanto y ellos se enterasen enseguida, pues las atenciones se repartían. Por lo demás, la corrección de las tres hermanas favoreció su integración. Esa tarde tocaba reunión en el palacete del procurador provincial. Para aliviar el tedio, cada poco se contrataban los servicios de personajes con habilidades singulares, en otras ocasiones se organizaban lecturas públicas y cada dos por tres cenaban juntos. A todos complacían los encuentros en casa de Abelardo Aldo Cecilio, pues el servicio, las viandas y hasta las bebidas eran de calidad superior. Esa tarde figuraba entre los invitados Capito, que prometió acudir a partir de la hora octava, pues se había ralentizado el trabajo del despacho a causa de sus compromisos sociales. Fabiana entreabrió la puerta y con la mano solicitó la presencia de Faustina, que salió alborozada: su amiga Clotilde, la hija del legado para asuntos internos, le contaba de ciertas esclavas suyas a las que había pillado metiéndose mano.

—Dime, madre —respondió Faustina todavía entre risas.

—Necesito tu opinión. Vayamos a mi cuarto, no soy capaz de elegir una peluca para esta noche y no me fío de la ornatix, esa con tal de acabar me escupiría la melena —protestó Fabiana.

—No seas cruel con Lilita, te quiere bien, su espíritu simple la llena de dudas.

—Me pone histérica, le pregunto cuál me queda mejor y me mira sin soltar prenda.

—Madre, es que teme defraudarte. Como sueles tener las cosas claras...

—Sin embargo, hay días que el buen gusto y el criterio me abandonan. Menos mal que os tengo a vosotras.

Fabiana se arreglaba en un cuarto anexo a su dormitorio por el que se colaba su

esposo cuando deseaba jarana. A Fabiana le horrorizaba dormir con Abelardo Aldo Cecilio, tenían aposentos distintos, no soportaba los olores provenientes de las carnes sudadas ni el aliento mañanero. La previsión de tales hedores y los frecuentes roces con su esposo la impedían descansar. Pasados los fulgores de la pasión, todo en él era desagradable. En esas ocasiones, antes de que el procurador abriese los ojos, Fabiana ya había levantado al séquito, que raudo preparaba la bañera; después la vestían, maquillaban y perfumaban para aborrecimiento del marido, que detestaba un olor tan fuerte al inicio del día, ella lo sabía y lo hacía aposta, aunque luego tuviera que disculparse, era su manera de desquitarse por infringir el pacto de no amanecer juntos al alba. En su tocador, Fabiana poseía distintas palanganas de envergaduras dispares, un espejo de cobre y otro de plata, varios peines y ungüentarios de todo tipo y tamaño para limpiar su piel, hidratarla, colorearla, mejorar las manchas del sol y secar las espinillas rebeldes. También guardaba como oro en paño un tarro con aloe vera que le había regalado Calpurnia junto a sus potenciales cualidades. Calpurnia sentía adoración por el aloe vera y había convencido a Fabiana de sus etéreas propiedades hasta el punto de hacerla adicta al ungüento. En el otro extremo de la habitación poseía un anaquel con un sinfín de cajas donde guardaba los perfumes, multitud de cremas para usos dispares, aparatos como el camilstro, redes, horquillas, lazos, gomas, postizos y pelucas. A continuación, una cómoda con fruslerías que la sacaban de más de un apuro, y junto a esta, un bargeño de señorial estructura y talla anormal por sus amplias dimensiones, cuyas gavetas se cerraban con llave por custodiar abundantes y magníficas joyas.

—Quería consultar tu opinión —reiteró la madre en presencia de Liliana—. Ya que esta pánfila no se decide por ninguna peluca. Me las han traído nuevas de Roma.

—¡Qué preciosidad! —respondió emocionada Faustina acariciando los mechones.

—Mira esta —y señaló una de las dos pelucas rubias—. Esta está teñida con el sapo de Maguncia. Y esta otra —y levantó la de color más claro—. Esta la han teñido con una mezcla de sebo de cabra y ceniza de haya.

—Señorita, las dos son preciosas, ¿verdad? —dijo Liliana justificando sus dudas.

—Y luego está esta de aquí. —Fabiana la sacó de la caja—. Es preciosa, mira qué brillo, negro ébano, importada de la India. Este negro absoluto está muy de moda en Roma, hay gran demanda, hasta el punto de que las han incluido entre las mercancías que deben pagar impuestos de aduanas.

—Razón de más para que escojas una de las pelucas rubias. ¡No querrás ir como todo el mundo! ¿No? La primera es la que más me gusta, además, es del mismo tono que el pelo de Felicia y el mío. Iríamos las tres a juego.

—No digas pamplinas, se notaría la peluca, a lo natural no llega nada —luego cogió las tres pelucas y se las probó una a una, haciendo visajes frente al espejo. A continuación añadió—. Aquí en Augusta Emerita ninguno de estos colores está visto, tampoco el negro brillante, los de aquí tienen tonos marrones. ¿No crees que el color negro enaltece el blanco de mi piel y me rejuvenece? Por aquí no lo lleva nadie y a

mí me vuelve loca.

—Madre, no le des tantas vueltas a la peluca, tendrás oportunidad de lucirlas todas, y, si te has encaprichado de la negra, pónstela y date gusto —sentenció Faustina.

—Te haré caso, tienes razón. ¡Qué más da! Si todas me sientan estupendamente.

—En otros asuntos deberías poner la vista, se te pasan por alto.

Fabiana se dio la vuelta y con la mano mandó salir a Liliana del cuarto.

—Habla sin rodeos.

—Creo que Felicia se está excediendo en su educada atención a Capito, madre. Hoy se ha paseado por toda Emerita con él.

—Lo sé, yo misma le he dado permiso.

—Debes saber que hasta oídos de mis amigas ha llegado que Capito quiere cazar a alguna de las hijas del procurador. Con Felicia y Clementina se ha dejado ver y esta noche lo han invitado a la lectura.

—Creo que estás celosa, Faustina. Si quieres salir con Capito, no vengas aquí a que yo te despeje el camino. Tú tienes los mismos encantos que tus hermanas, utilízalos.

—No puedo creer lo que oyen mis oídos. ¿Tú quieres a un palurdo por yerno por mucho abogado y héroe que sea?

—No desprecies a la gente de las provincias. Recuerda, yo provengo de una de ellas. También te diré, con tristeza, que yo no te he enseñado a humillar así a la gente —le riñó la madre—. De las provincias han salido hasta los césares. Debes tener más vista. La fortuna de ese chico es inmensa, mayor que la de muchos en Roma. Quizás no sepas que hay senadores en Roma que lo son gracias a la renta de las tierras que poseen en las provincias. Me he informado sobre Capito y su familia. La madre murió, provenía de una gens mejor que la de tu padre, para tu información. El abuelo de Capito fue gobernador de La Lusitania y ocupó en Roma algunas magistraturas que bien le vendrían a tu padre. ¿Te vas enterando? Capito ha estudiado leyes en Roma con los mejores, posee dinero, familia, contactos y conocimientos para llegar lejos. Además, es un muchacho con altas cualidades, uno de esos que con darle un poco de amor entregan a las mujeres el mundo. Y para rizar el rizo, su presencia quita el hipo. Hablaré claro: a mí no me parece mal que Felicia se pasee con él, manda un mensaje claro a las chicas de la colonia, para que ninguna despliegue redes. Ten presente que tu hermana no tiene un pelo de tonta, y si no le conviene, lo dejará. ¿Qué te crees?

—No me esperaba esto de ti, madre. Apoyas a Felicia más que a mí —espetó airada Faustina.

Fabiana se levantó y agarró del brazo a la hija mayor.

—¡Mírame! —La madre insistió ante el retardo de la hija—. Felicia sabe lo que hace. No debes preocuparte por sus intereses, si eso te tiene angustiada. Si el problema es que tu hermana se te ha adelantado, perdona, la culpa la tienes tú. De

todas formas, pronto nombrarán a tu padre gobernador y con tu belleza podrás tener a quien desees, no debes apurarte tanto.

—Clementina también sale con Capito.

—Esa niña sí me preocupa, es más pequeña y para colmo más tonta. Habrá que meterla en cintura poco a poco. ¡Cuánto castigo me va a dar!

Los argumentos de la madre no consolaron a Faustina, que salió del tocador aún más celosa, resabiada y competitiva. Esa noche también ella tantearía el terreno y lucharía por el héroe.

Arria Pale apenas había pegado ojo durante la noche. No sabía qué le pasaba, pero la noticia de Diophanes y su extraordinaria suerte le sonaban a pesadilla, no sentía tan buenas sensaciones como el azar dictaminaba. Intentó tranquilizarse, daría por duradero lo que se presentaba como auténtico. Marcia y Diophanes habían obrado con valentía más propia de fieros generales que de simples mortales, los apoyaría sin ambages. Furnio ni por asomo barruntaba las revelaciones venideras. Esa mañana, la luz gris de febrero lo despertó bastante más tarde de la hora que en él era habitual. El cansancio había hecho mella en su carácter industrioso e infatigable. Arria Pale, en cambio, se había levantado antes de la suya, quería buscar las palabras introductorias al nombramiento de Diophanes, que se le resistían.

Desde que el alba portara las primeras luces, el trasiego de gentes y carros, permitidos con carácter de excepción por la celebración de los feralia, imponía un ritmo más acelerado al de otras jornadas. Las familias, mayoritariamente las señoras con sus esclavos y las de posición más sencilla con ayuda de hijos u otros parientes, se unían al dictado de la sangre para tener a punto los preparativos más prosaicos del rito, cuencos, ungüentarios, jarras, flores, alimentos, líquidos. Los hombres preparaban el ceremonial, convertidos en oficiantes, a falta de contratación de sacerdote, que obtenían buenos peculios de los feralia, pues eran solicitadísimas sus virtudes. La noche de los muertos era un tiempo muy especial, las almas de estos llegaban del más allá para hablar a sus familiares vivos y acompañarlos con sus apariciones. La mayoría de la población creía abiertamente en las más esotéricas muestras de dicha presencia: había quien aseguraba que se había levantado un aire envolvente, otros que un pequeño ruiseñor había gorjeado durante la declamación de una poesía, en otros casos surgían nieblas de la nada, olores de incienso, de manzana, florales. Otra de las creencias más habituales consistía en que los difuntos penetraban en el pensamiento de sus familiares para hacerse entender, telepatía mortuoria. El motivo de tal intromisión seguía veredas dispares, a veces exigían mayor contribución al mantenimiento debido a su tumba, otras prevenían sobre una desgracia o señalaban la idoneidad de alguna decisión conflictiva. Algunas viudas atestiguaban bellas palabras de amor del difunto, mientras que otras luchaban en los tribunales con confidencias de este. La celebración de los feralia emplazaba las más



sutiles fórmulas de conexión con el más allá, que admitían tantas variables como extravagancias se pregonaban.

Arria Pale marcharía al área funeraria, donde la esperaba Marcia con algunas esclavas, después de hablar con su esposo, en eso habían quedado madre e hija. El duunviro se aseó y antes del frugal desayuno visitó el altar de los dioses lares y penates, aligeró los rezos y cambió los cuencos con alimentos. En ese trajín no divisó a Arria Pale, que se acercaba con retrechería. Con lisonjas inacabables, Arria Pale daba coba a las explicaciones de Furnio acerca de las irregularidades de la gestión de Valerio Hymino, así pretendía predisponerlo a sus intereses, y se embarcó en loas tan exageradas sobre las virtudes de Furnio que hasta él las juzgó próximas al ditirambo griego.

—¡Con qué buena esposa me premió el destino! Tus palabras ahogan mis preocupaciones. Hoy te percibo algo eufórica, y no es una queja, ¿eh?

—Es que debo darte buenas noticias. Por fin mis labios te obsequiarán con alegrías —Arria Pale hablaba impostando la voz, sacando más entusiasmo del que su receloso interior sentía.

—Pues... qué bien, me encanta verte tan complacida —dijo Furnio con parsimonia.

—¡Ya verás cuando te enteres!

—¿Y podría ser ahora mismo? —agregó con cierto sarcasmo.

—Diophanes ha sido nombrado por Otón gobernador de La Lusitania —arremetió empujando las palabras.

—¿Cómo te has enterado de esa noticia? —preguntó Furnio incrédulo.

Arria Pale dudó.

—¿Por qué me preguntas eso?

—La gente habla mucho, no hay que hacer caso a todo lo que se oye —sentenció él, sin deseo de frustrar la alegría de su mujer.

Arria Pale discurría, quizás contribuyese al propósito final que Furnio se enterase de la correspondencia fluida entre Marcia y Diophanes.

—Se lo ha dicho el mismo Diophanes a Marcia. Ayer llegó la carta. Todo lo que sabemos de Roma es por él, le escribe a diario y, desde luego, no inventa nada.

—¿Y cuándo volverá a Augusta Emerita como gobernador? —preguntó él sin más.

—Como mucho, tardará tres meses.

Furnio se quedó pensativo, luego se echó a reír, primero con prudencia y después con estrépito, impropio de su recato. Arria Pale no tenía idea de los motivos del furioso regocijo.

—Si esta noticia es verídica, lo que no dudo si Diophanes la confirma, Abelardo Aldo Cecilio va a sufrir una profunda crisis nerviosa, no quisiera estar en el pellejo del mensajero. Te aseguro que dentro de sus cálculos no está haber venido a nuestra apestosa colonia para quedarse de segundón. ¡Menuda sorpresa!

Las risas hicieron crepitar su naturaleza contenida. Furnio disfrutaba de lo lindo con aquel nombramiento. Por fin vendría a gobernar la provincia lusitana alguien de la tierra, a quien le importaban los lusitanos. Furnio reconocía la falta de experiencia del médico, debía brindarle sus conocimientos, hacerle saber que no estaba solo en esa gran responsabilidad, evitando que su impericia y bisoñez le fuesen a la contra, y más teniendo enfrente a Abelardo Aldo Cecilio, que, hasta donde él lo conocía, removería el Olimpo para zafarse de la inmerecida designación de un liberto para un puesto que consideraba le correspondía a él.

—Me alegro muchísimo por Diophanes. Mañana por la tarde le escribiremos felicitándole por su notable éxito.

—Me parece muy buena idea —Arria Pale se echó encima sin reprimir las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —Furnio no lo entendía, hacía unos instantes resplandecía con tonos dorados, como los rayos del sol.

Arria Pale intentaba serenarse, el corazón le latía deprisa. ¿Por qué tendría que irles a la contra el futuro? Debía confiar.

—¿Por qué lloras? —repitió el esposo paciente y confuso.

—Porque, verás... —Arria Pale le hizo un gesto para que aguardase—. Tengo miedo de que Abelardo Aldo Cecilio organice alguna jugarreta contra Diophanes.

—Pero qué imaginación, mujer.

—No tanta, mira cómo acaban los emperadores y la gente de Roma. Ese Cecilio me da mala espina.

—Desde luego a Diophanes no le resultará ventajoso tener en su equipo a Abelardo Aldo Cecilio, pero da por sentado que se hará valer.

—No he conocido a nadie tan repulsivo como él.

—Querida, estás un tanto impresionada por el procurador. Solo le has visto una vez... quizás han sido mis opiniones las que te han dispuesto en su contra.

Furnio afirmaba con convicción sus palabras, pretendía vencer sus propias suspicacias. Abelardo Aldo Cecilio no recibiría a Diophanes en son de paz, y alguien debía alertarle a este del matón que ocupaba su sitio. Por otra parte, Diophanes se enfrentaba al hecho de que no le respaldaban unos apellidos aristocráticos ni disponía de otros mecenazgos distintos al del César, cuya pervivencia pendía de la guerra civil.

—Y dime, ¿qué cuenta de la guerra? —continuó Furnio deseoso—. Esa guerra no se podía parar —concluyó al escuchar el relato de Arria Pale, que se sabía de memoria la carta.

—Temo por la vida de Diophanes, que acompañará al emperador —enunció la mujer.

—Ciertamente, las guerras son terribles, y últimamente, además, parecen inevitables. Ni un año y ya llevamos tres con esta. No había remedio, mandaban las armas.

—¡Ah! Y ya puedes decirle a tu amigo Tito Emilio que su hijo se enraíza por

tierras de Roma como los alcornoques en nuestra villa.

—¿Y eso? —preguntó Furnio con hilaridad ante la graciosa expresión.

—Según Diophanes, anda con unas y otras y no quiere novia, le gustan todas las mujeres y vive muy feliz así.

—Eso ya lo sabe Tito Emilio, que siempre ha dicho de su hijo que es culo de mal asiento y que Roma le viene como anillo al dedo. Fíjate que ya lo conoce todo el mundo en Roma y hasta tiene influyentes contactos, según su padre.

—Pues el hijo habrá salido a él, de él habrá heredado esa facilidad para los contactos de provecho y para hacer amigos...

El tono misterioso de Arria Pale provocaba interés por las palabras omitidas.

—¿Qué quieres decir? —Le siguió la corriente el esposo.

—Cuenta Diophanes en la carta —alardeó ella, pues pocas veces embelesaba a su esposo con sucesos que él desconociera— que un contacto de Tito Emilio en Augusta Emerita es el responsable del puesto de Marco Emilio en la corte de Otón. Así que debe ser un contacto buenísimo, como los de su hijo —apostilló la mujer, a la que fastidiaba la fanfarronería de Tito Emilio—. Supongo que tú sabrás de quién se trata, ¿no?

—Pues no, no conozco a nadie con tanto poder que viva en la colonia.

—Pues alguien será, entérate —agregó Arria Pale con gracia—. Será Abelardo Aldo Cecilio... tiene que ser alguien de muchísima categoría para conseguir que Marco Emilio esté al lado de Otón. ¿Y qué favor tan grande le haría nuestro compadre?

—¿Cómo? —A Furnio le dio un vuelco el corazón.

—Tito Emilio hizo un favor al de Roma y el otro le compensó por ello. Es lo que nos cuenta Diophanes en su carta.

—¿Puedo leerla? —se precipitó lívido.

Arria Pale, nerviosa, intentó salir al paso.

—Ya sabes lo celosa que es Marcia de su correspondencia.

—Pues no conocía ese celo, solo quiero leer lo que dice de Tito Emilio.

—No dice nada, yo te lo puedo resumir —sugirió la esposa.

—Escucho, adelante —dijo con cierta urgencia.

—Tito Emilio consiguió los libros sibilinos que estaban en Augusta Emerita para alguien importante que le devolvió el favor colocando a su hijo en la corte del emperador.

—¿Y qué sabes tú sobre los libros sibilinos? —preguntó el duunviro espantado.

—No mucho, lo que dice la carta, que Otón ganará la guerra contra Aulo Vitelio por la buena suerte que traen esos libros, ya que con ellos se puede saber el futuro, y que por lo visto se creían desaparecidos en un incendio de hace muchísimo tiempo.

El duunviro se quedó alelado. ¡Manudo mazazo! Acababa de descubrir al liberador del carnicero y su compinche. Él siempre había imputado tal perversidad a Valerio Hymino, y ahora comprendía por qué este, a su vez, lo acusaba a él. ¡Era de

locos! Las piezas encajaban. Esta vez Tito Emilio no podría limpiar su conciencia con tanta facilidad, no se trataba de una inocente necesidad. La excarcelación del carnicero no fue un hecho baladí. ¡Aquel sacerdote era una bestia, un vil asesino!

—Furnio, querido. ¿Qué he dicho, no te alegras por Diophanes?

—El nombramiento de Diophanes es lo que me da fuerza para seguir creyendo que no siempre las malas artes ganan la partida y que la verdad acabará triunfando.

—¿Te alegras o no por nuestro querido Diophanes? —Arria Pale rehuyó la perorata, a ella le interesaba su futuro yerno y no las divagaciones filosóficas en que el duunviro se enredaba a la primera.

—Me alegro muchísimo. Insisto, mañana se lo haremos saber, sé que le agrada. No quiero que se sienta solo. —Cabeceó en señal de disgusto—. Perdóname, querida, voy a preparar la llamada a nuestros difuntos.

Furnio se disculpó. Acababa de descubrir muchas cosas de vital trascendencia, aún quedaba un enigma preeminente, el nombre del socio de Tito Emilio, el importante romano, el que había excarcelado al presidente de los quinceviro y robado los libros sibilinos durante su traslado a Roma. En este punto, Furnio se sonrió. Abelardo Aldo Cecilio le obligó a entregar los libros y otro se los había birlado a su excelencia. Arria Pale lo observó mientras subía la escalera, parecía preocupado. ¿Qué le había dicho? Mejor sería no buscar pesadumbres extras. Los muertos no debían esperar más, les tocaba el turno, no fueran a enfadarse y durante la noche vengasen su negligente indolencia.

Sulpicio Superster había cursado mensaje para Cornelio Severo tras desayunar. Según las previsiones de este, amanecería en su cama el día de los ferialia aunque debiera cabalgar sin descanso, lo que devino innecesario. El viaje a las minas de Eborá fue un éxito.

Las minas de Eborá seguían a pleno rendimiento, como en época de Cassio y Terencio, aunque ahora, sin las antiguas evasiones, la productividad incrementaba un digno montante. Un funcionario imperial se encargaba de todos los yacimientos de La Lusitania y respondía bajo pena de muerte de las corruptelas propias y ajenas. Era un tipo severo que no admitía errores y al que no temblaba el pulso con el látigo, la muerte de los esclavos por agotamiento dejaba constancia de sus exigencias y sus maravillosos miramientos hacia Roma. A Cornelio Severo las explicaciones del funcionario acerca de su buena gestión en Eborá le importaban un bledo, aguantó los melindres justos y al comprobar cómo su interlocutor se jactaba sin límite de sus excelencias administrativas y hasta enumeraba los incontables halagos obtenidos por sus cualidades, determinó suspender tamaña petulancia y sin el menor recato, casi con hostilidad, zahareño, cursó petición de ver enseguida a los dos esclavos de su interés. Él mismo iría a buscarlos, apostilló a su solicitud. Todo valía con tal de librarse del mandamás pedante y engreído, tan cruel con los esclavos como lameculos

con sus superiores.

Los dos esclavos, que trabajaban en la misma zona desbrozando la roca, fueron conducidos a un espacio al aire libre y apenas vieron a Cornelio Severo corrieron hacia él, se arrodillaron y se hincharon de llorar. Un rato después, más tranquilos, los esclavos respondían solícitos quitándose la vez. El resumen fue este: las canteras eran un lugar espantoso que acabaría matándolos antes de cumplir su castigo, diez años de trabajo, ellos no estaban hechos para aquel tajo. Los dos esclavos estaban muy arrepentidos del fallo de aquella noche y nuevamente solicitaron comprensión, los engañaron, les enseñaron el sello de senador y siendo ellos esclavos no podían desobedecer, y luego no pudieron ver cómo asfixiaban al viejo senador y consentirlo. Cornelio Severo les prometió implorar por ellos.

Recordaban la noche de la desgracia sin equívocos. Había bajado hasta ellos un hombre emboscado en una capa con gorro y con un trapo cubriendo su rostro, eso fue lo que más rechazo les produjo cuando les dio la orden de liberar al carnicero y a su compinche para interrogarlos, pero luego les enseñó el anillo de senador y les dijo que iría en busca de Furnio, cuyo mandato él acataba y en cuyo nombre él actuaba, y que pagarían cara su desobediencia. Les dijo, continuó uno de los esclavos, que irían a las mazamorra de los presos y que estarían a pan y agua de por vida. Tenía la mano gorda y él también lo era, no muy alto. Les ofreció quinientos sestercios. Pero ellos nunca vieron el dinero. Finalmente, lo dejaron pasar y, cuando se dieron cuenta, el compinche del carnicero lo había enredado con la toga entre los barrotes y amenazaba con estrangularlo. A ellos no les quedó otro remedio que abrir la celda. Estaban muy arrepentidos. Cornelio Severo les preguntó por el nombre del senador. Los esclavos bajaron la cara, no se atrevían a acusar a tan alta excelencia, ellos no eran personas.

—Fue Tito Emilio, ¿no? —concluyó Cornelio Severo.

Los esclavos bajaron la vista de nuevo.

—Hablad o nunca saldréis de aquí.

—Sí —respondieron liberando el secreto.

—¿Y por qué no lo habéis delatado? No es la primera vez que os hacemos esta pregunta.

—El carnicero nos amenazó —contestó uno de ellos temblando.

El esclavo de Sulpicio Superster entregó la respuesta, se reunirían durante el almuerzo en casa de Cornelio Severo. Al augur le pareció perfecta la invitación, tendrían tiempo e intimidad para conversar con desahogo, debía ponerlo al día tanto de sus labores detectivescas como de su compromiso con la familia de Valerio Hymino para solemnizar los feralia en su honor. Calpurnia comprendía el oficio en favor de Valerio Hymino, aun así, llevaba a regañadientes faltar a sus difuntos y tenía un humor de perros, y eso que Sulpicio Superster le prometió organizar unos agasajos especiales una semana después en Metellinum. Durante la mañana, el augur finiquitó los últimos detalles de la ceremonia nocturna y en la hora precisa se marchó a la domus de Cornelio Severo, debía dejarlo al cargo de la investigación durante su

ausencia. No era buen momento para marcharse a Metellinum, pero Calpurnia no se conformaba con otra solución. El viejo nomenclátor, en activo a petición suya, abrió la puerta al décimo aldabonazo, andaba arrastrando los pies y le fallaba el oído, pero se resistía a ser un inútil.

—Soy Sulpicio Superster, tengo una cita con tu señor —se presentó el provincial.

—Le espera en la tablinum, sígame.

El de Metellinum prescindiría gustosamente de las atenciones del nomenclátor, daba lo mismo cuántas veces visitase a su amigo, siempre debía presentarse como si fuera la primera. La cara del sirviente, impertérrita, seguía los dictados de un cuerpo encorvado y lento, parecía un autómatas de coordenadas fijas. No había vida fuera de esos movimientos perennes. Sulpicio Superster recorrió el patio porticado que conducía a la tablinum. El nomenclátor le hizo esperar; como cada vez, cerró la puerta para abrirla al instante y darle paso, el amo aguardaba su presencia. Sulpicio Superster esperó a que el esclavo emprendiera la vuelta, temía arrollarlo con la agilidad de sus movimientos. En la tablinum, Cornelio Severo lo esperaba impaciente. El abrazo fue afectuoso, breve, entre saludos campechanos y cordiales. El señor llamó a la servidumbre, que, contraria al ejemplo del nomenclátor, se personó diligente con entrantes para abrir boca y delicioso vino. A continuación organizaron dos mesas auxiliares en las que depositaron cubiertos, loza, bebida, dos aguamaniles, una sopera con humeante caldo y otra ensaladera honda y con tapa rebosante de sabroso conejo en salsa de perejil. Al anfitrión le apetecía comer mientras hablaban.

—Me gustaría que pudieras saludar a Capito antes de marcharte, aunque no sé muy bien cuándo volverá, el trabajo del despacho lo tiene muy absorbido y... —dijo el hombre con cierto retintín—, también su abigarrada vida social. No para.

—No pareces conforme.

—Que quede entre nosotros —añadió Cornelio Severo para evitar meteduras de pata—. Mi hijo es mayor de edad y siempre ha dado muestras de gran responsabilidad. Confío plenamente en él. Poco me importa si sale con unas y con otras, hace bien en divertirse, no me meto. Lo que me preocupa es que se deja llevar por las hijas de Abelardo Aldo Cecilio como si tal cosa, estas chicas no son como las demás, se han encaprichado con él y quieren jugar, lo cual nos puede meter en un atolladero. Para el procurador, los de aquí somos poca cosa. No me gustaría tener problemas con él, ¿comprendes?

—Ufff —resopló el amigo.

—¿Qué me dices?

—Abelardo Aldo Cecilio... Le tengo ojeriza, tirria, antipatía, le creo capaz de crueles salvajadas, confieso que me infunde pavor. Quizás deberías hablar con Capito.

—Tendré que hacerlo, a ver por dónde me sale. —A continuación, empezó a narrarle sus pesquisas en las minas.

Sulpicio Superster escuchaba el relato de su amigo atentamente, no comprendía

su euforia. Aquella historia ya se sabía.

—Estos hechos son conocidos por todos, ¿no? El mismo Tito Emilio se autoinculpó. Se le destituyó como edil y se le apartó del senado.

—Sí y no. Me explico. Esta historia es verdad, pero el origen de todo es un hecho que no conoces. El caso es que Furnio interpretó esta explicación de Tito Emilio ante el senado como una invención suya. El viejo cargaba con la responsabilidad de la fuga pero mantenía a Furnio en el duunvirato para acabar con Valerio Hymino, al que creímos el auténtico culpable de la huida del carnicero y su compinche. Solo Furnio y yo conocíamos la identidad del detenido, debíamos evitar que trascendiera, por eso alegamos que padecía lepra. Ya ves, trucos del destino, pretendimos engañar al senado de Emerita inventando una historia y precisamente los engañados fuimos nosotros y todos los demás conocedores de la verdad. ¡Curioso! Donde las dan las toman.

—¡Qué enredo! Y todo esto a qué viene. ¿Cuál era vuestro interés en proteger a ese asesino?

—Esta historia parte de un legado que recibió Furnio del joyero asesinado Alexander y que nos trajo de cabeza desde entonces. Ahora ya no importa nada. Aquel legado envenenado está lejos de aquí. Dile a Furnio que Tito Emilio lo hizo porque le prometieron a su hijo Marco Emilio una posición preeminente en la corte del emperador, como así ha sido.

—No tengo inconveniente en transmitirle estas palabras, mañana mismo lo veré antes de marcharme a Metellinum. Pero, a decir verdad, creo que no entiendo esta historia del todo.

—Es una historia que le pertenece a Furnio —repuso el flamen entrecortando su respuesta, mientras zampaba un guiso de judías, berenjenas y calabacín con mucha cebolla frita—. Que te la cuente él si quiere.

—Y si es tan importante la encomienda, ¿por qué no se lo dices tú mismo? Me consta que Furnio no tendría ningún reparo.

Cornelio Severo se echó a reír con vehemencia y se atragantó; debió pasar un rato y beber varios sorbos de vino para dejar su garganta limpia.

—Estaría bueno que tuviera reparos, ¿no crees?

—Quiero decir que está deseando recuperar la amistad contigo.

—¡Que le den! ¿No tiene a su hija en casa? Ni un reproche le ha hecho en público. Es mi hijo quien ha debido comerse toda esta mierda, después de haberse prometido delante de todo el mundo. Mi hijo se merece un respeto.

—¿Qué castigo merece Marcia, en tu opinión?

—Quedarse soltera de por vida, que nadie la quiera, que no tenga descendencia. Eso le deseo.

El silencio lo inundó todo. Cornelio Severo seguía comiendo como si tal cosa. En cambio, Sulpicio Superster se quedó frío. La reconciliación se aventuraba misión imposible.

—De modo que no hay posibilidad de reconciliación, ¿no?

—¿Vienes de parte de Furnio?

—No, no, no, soy yo quien pregunta —señaló el augur temiendo enredar las cosas.

—Me extrañaba que fuese él, ningún amago ha hecho por arreglar nuestra relación, ni una miserable intentona.

—¿Estarías dispuesto a recibirlo?

—Por supuesto que no —contestó el otro resuelto y contundente.

—Entiendo, lo que deseas es que intente arreglar las cosas para poder humillarlo, ¿no es eso?

—Eso es precisamente lo que su hija ha hecho con mi hijo, humillarlo, despreciarlo. ¿Dónde se ha visto una cosa así? Ojo por ojo y diente por diente, decía la ley del talión. Yo creo en eso. Si Furnio de verdad quiere mi amistad, primero que humille a su hija, que reciba lo mismo que ella entrega.

—Por Jupiter, ¡Cornelio Severo! ¡Cómo hablas así! ¿Tú crees que Furnio hubiera consentido a Marcia obrar de la forma en que lo ha hecho, de saberlo?

—A mí lo que me importa es lo que le han hecho a Capito. Todo lo demás, a día de hoy, me importa un comino.

—No te creo, lo que pasa es que estás dolido y tu lengua escupe el berrinche —dictaminó Sulpicio Superster.

—Si Furnio quiere tenerme como amigo, que le dé un escarmiento a su hija, y no se hable más.

Sulpicio Superster no insistió. La venganza resonaba como un vótor con demasiada fuerza. En plena degustación de las verduras, el augur se encogió por un leve retortijón, sentía unas molestas punzadas en la tripa que no se esfumaban, quizás se arreglase con comida más copiosa, que aplacase los afligidos jugos gástricos. La sopa aún seguía caliente cuando el esclavo la esparció en los cuencos. El intenso olor de la fritanga de conejo acentuó su apetito. Decidió hacer caso a su salivación, incesante cual manantial. Y apenas sorbió el caldo, solicitó conejo. La conversación se recondujo hacia un terreno más pacífico. Hablaron de los feralia de esa noche. Sulpicio Superster refirió el fabuloso rito que había ideado para Valerio Hymino, tenía esperanza de contactar con él, en cuyo caso imploraría el nombre de su asesino. Hymino el menor le había asegurado que dispondría de cuantos utensilios había solicitado. Las confirmaciones del hermano satisfacían al augur, odiaba que su trabajo desmereciese por la desidia de otros. En cuanto a Cornelio Severo, oficiaría su propia liturgia. Para acarrear las avituallas había contratado los servicios de una empresa. Cornelio Severo suspiró, le abordaba la memoria de Arria Pale, que desde la muerte de Matidia había atendido su altar con amorosa devoción como si fuera una hermana, y sus palabras recrearon bellas evocaciones. El augur se sorprendió por ese atisbo de humanidad, habría jurado que toda la familia de Furnio estaba condenada al ostracismo. Arria Pale parecía ser caso aparte. El conejo en salsa de perejil hacía las



delicias de los dos patricios, que no dudaban en pedir más caza, más salsa y más pan para arrebañar la sustanciosa pringue. Con el estómago repleto, entre colosales migas de pan coloreadas por el aceite y las especias, la fluida conversación derivó a la actualidad de la investigación. Cornelio Severo debía estar al tanto de las pesquisas, porque tomaba el mando temporalmente. El tema de la investigación y el estómago a tope los tenía tan entretenidos que no oyeron a Capito cuando entró sigiloso.

—¡Capito! —El padre dio un pequeño respingo ante su inesperada aparición.

—Estabais tan abstraídos que no he querido interrumpir.

—Marte nos asista ante tan severo recato —imploró Sulpicio Superster—. Venga un abrazo, que hace tiempo que no te veo y me alegro mucho. —Capito se mantuvo rígido, no era muy dado a las cercanías corporales invasoras. Él también se alegraba, pero no hacía falta ningún exceso para demostrarlo.

El abogado volvía del despacho, estaba un tanto agobiado e incluso abrumado por su disparada vida social, pero el cuerpo se lo pedía. No quería pensar, ni sentir, y sus salidas favorecían este bienestar superficial. Las líneas de la investigación estimularon el interés de Capito. El augur desentrañó los hallazgos obtenidos hasta entonces. La tarde anterior su esposa le había puesto al día sobre la violenta situación vivida entre Valerio Hymino y Antonio Murena, de dominio público en Emerita, pero de la que él y, por lo visto, Furnio, cuyo nombre sustituyó por otros, no tenían ni idea. De modo que Antonio Murena era un nuevo sospechoso, un gran candidato a juzgar por el desafortunado y trascendental incidente. Luego quedaban los adlectis. Valerio Hymino les hizo chantaje antes y después de su ingreso en la curia. Y a otros senadores que estaban por descubrir. No podía aventurar hasta dónde alcanzaba la red de extorsión.

—Yo puedo aportar una nueva fechoría de nuestro taimado difunto. Es increíble, ¡cuánto puede dar de sí la avaricia! Menuda estela de damnificados —dijo Capito totalmente interesado.

—Cuando quieras —propusieron casi al unísono los otros dos.

—La noche del banquete... —Capito hizo tiempo antes de continuar—. Todavía no se conocía el asesinato de Valerio Hymino, me acerqué a departir con Cayo Voconio y me puso al corriente de ciertas habladurías que incumben a la investigación. Al parecer, en las últimas elecciones Valerio Hymino había prometido al senador Manlio Celio promover su candidatura para el duunvirato. Se comentaba que este no podía hacer frente a sus deudas porque está arruinado y que Valerio Hymino le prometió hacerse cargo de los gastos de su campaña y de sus posteriores munera. Llegado el momento, Manlio Celio hizo pública su candidatura, tras lo cual el difunto se echó para atrás sin darle más explicación y lo dejó con el culo al aire. Su arruinada economía fue *vox populi*. Desde entonces, y como es lógico, Manlio Celio no lo podía ver y dejaba constancia de su mezquindad a todo el que quisiera escucharle.

—¿Y cómo es que no se dirigió a Furnio? —Al mencionar el nombre, Sulpicio

Superster se calló.

—Sigue, me decías de Furnio —le animó Capito.

—Perdona —insistió el augur.

—No hay nada que perdonar a Furnio —dijo Capito con aplomo.

—¡Ah, no! —Cornelio Severo alzó la voz.

—Padre, conoces a Furnio. ¿Qué mal puede querer contra mí? Ninguno. No se pueden controlar los actos de los demás, bastante tenemos con controlar los nuestros.

Capito sorprendió a los dos hombres. El padre se molestó.

—Parece que no te duelen las heridas —le dijo al hijo con requiebros en la voz.

—Solo intento ser justo. La única culpable es Marcia.

En ese intervalo el esclavo les llenó la copa de mulsum.

—Sulpicio Superster, me decías... sobre Furnio —Capito volvía a la investigación.

—Si el senador Manlio Celio quería hacer daño a Valerio Hymino, ¿por qué no se dirigió a Furnio, siendo la enemistad entre ambos de dominio público?

—Yo creo que Furnio no habría apoyado a Manlio Celio, no se fía de él. En otras épocas, él y Valerio Hymino han sido amiguísimos —aventuró Capito.

—¿De modo que podemos considerar a Manlio Celio como sospechoso? —preguntó el augur.

—Habrá que visitarle, veremos qué sacamos en claro —se puso al mando Cornelio Severo.

—¿Te marchas? —intervino Capito dirigiéndose a Sulpicio Superster.

—A Metellinum. Por una semana.

—Si te parece, yo visitaré a Silano Anso —se ofreció el abogado—. La noche del crimen, justo antes de marcharse a las letrinas, no sé si os acordáis de lo enfadado que estaba Valerio Hymino porque decía que Silano Anso lo había amenazado de muerte. Además, también me gustaría visitar a Antestio Persico, esa sonrisa elegante esconde montañas de resquemores.

Sulpicio Superster se vio forzado a contar la historia que a medias tenían Tito Emilio y Furnio con Silano Anso, no quedaba otra.

—Furnio, Furnio, adalid de la justicia —canturreó Cornelio Severo—. Te están dando por todos sitios... je, je. Cuando sepa que su amiguísimo Tito Emilio estaba conchabado con otros de Roma y que liberó al carnicero, va a arder en deseos de desaparecer. Ojalá se quemara en ellos.

—No te honra hablar así, padre —dijo Capito.

—Pues hablando de honestidad... —Cornelio Severo aprovechó—. No creerás que tienes algo que hacer con las caprichosas chiquillas del procurador. Esas amistades son peligrosas.

—Sobre ese tema, hablaremos sin ningún invitado al que importunar con nuestras intimidades —contestó el abogado serio y molesto. Luego se despidió de Sulpicio Superster asegurándole que podía contar con su dedicación en favor de la

investigación.

La marcha de Capito también impulsó la despedida de Cornelio Severo y Sulpicio Superster.

En el mes de febrero la noche caía enseguida inundando de oscuridad el espacio. Para la celebración de los feralia no se esperaba a la medianoche, bastaba la ocultación del astro. Por otra parte, el frío del invierno contribuía a adelantar la llamada a los difuntos. Sulpicio Superster se marchó con tiempo, necesitaba prepararse internamente antes de officiar el rito, sentir la sintonía del universo, unirse a ella. Los feralia oficiados por augures presuponían lujos al alcance de pocos. Sulpicio Superster se plantó su túnica verde, símbolo de esperanza, y sacó el velo blanco que más tarde colocaría en su cabeza y el bastón augural que portaría en la mano derecha. El de Metellinum se dejó caer sobre un amplio butacón y comenzó a respirar con sosiego hasta dejar la mente en blanco, vaciándola, haciéndola más perceptiva a la interpretación de cualquier símbolo, cualquier señal de Valerio Hymino. Una potente energía invadía el interior de Sulpicio Superster con tanta fuerza que se le encogía el pecho y se le erizaban los vellos. Todo pronosticaba el triunfo de la velada: Valerio Hymino se mostraría. En la confianza de alguna revelación, la sugestión se apoderó del augur, que aprovechó el canal de conexión abierto con el difunto para montar en su litera y hacerse conducir hasta el área funeraria donde descansaban las cenizas de Valerio Hymino por los siglos de los siglos.

## Caminos que se cruzan, verdades a medias

«Ninguna inteligencia alcanza las artes adivinatorias. Mas... el don de la intuición, sublime y portentoso, proclama las virtudes en los espíritus aventajados».

Para Furnio el mes de marzo estrenaba el tránsito del invierno a la primavera. Aún no calentaba el sol lo suficiente, decían los más frioleros. Lo cierto era que los días registraban más horas de luz, y para el duunviro, ese hecho era el síntoma del cambio. Esa mañana, cuatro días después de las calendas de marzo, Sexto Furnio Juliano acompasó su despertar al brío atronador del gallo. La casa permanecía en penumbra mientras estiraba sus músculos aliviando las zonas contraídas. Se preveía un día intenso, emocionalmente demoledor. El duunviro dejó el estipendio preparado y se marchó antes de la llegada de los clientes. Tenía prisa por arreglar entuertos. Primero interrogaría a Silano Anso y luego debía dar con Tito Emilio, ajustar cuentas con él, aclarar una traición de lo más canalla y execrable, y, por muy increíble que a su corazón pareciera, cierta por demás. ¡Y luego estaba Halys! ¡El gran impostor! ¡La pieza clave! ¡El liberto de Nerón despejaba la incógnita! No habían sido pocos los recovecos recorridos por su científica mente para hallar el nombre que faltaba. Ahora lo entendía todo, excepto una cuestión que no acertaba a responderse: ¿Por qué Halys no le había pedido los libros sibilinos? Furnio recordaba con nitidez cuánto le impresionó el nivel de compromiso del bibliotecario cuando decidió ir a Roma a indagar sobre el legado. ¿Por qué, entonces, no le robó los libros? Si Halys hubiera entregado al carnicero lo que buscaba, por lo menos Norbano Mensor habría esquivado las garras del cruel asesino y su matarife. ¿Por qué no salvó esta vida? Halys, Halys, Halys... Furnio llevaba días pensando en él, había sido su marioneta, sin voluntad y sin libertad, haciéndolo servir a unos intereses en los que no creía. Más adelante llegaría el turno de Halys. Ese día le tocaba a Tito Emilio, que lo había manipulado como a un patán timorato. Furnio azuzaba el látigo de la culpa sobre sus desgastadas fuerzas, parecía no tener bastante con las traiciones amigas que arreciaban por doquier. Y lo peor de todo era que su boca se hallaba sellada. Tito Emilio ya había sido castigado por un delito que a Furnio se le antojaba ridículo tras conocer la verdad; y encima, para tormento del duunviro, si alguien pedía el retorno al senado de Tito Emilio, nadie comprendería que Furnio se posicionase en su contra, pues en todo momento el viejo fue su protector. De manera que, le gustase o no, había quedado enredado en la tela de araña del antiguo edil, que al mismo tiempo era su verdugo y su salvador.

Contra tanta estafa, existía una única senda: contar la verdad ante la curia de

Augusta Emerita, empezando por el principio, por el legado del joyero Alexander, las peripecias de los libros sibilinos, los fantasmales individuos que se habían cruzado en su sosegada vida, las faltas cometidas persiguiendo preservar un bien superior. Y que ellos, el senado de la colonia: lo absolvieran o lo condenasen. Quizás había llegado el momento de sincerarse. ¡Cuánto echaba de menos la fuerza y el apoyo de Cornelio Severo! Si su gran amigo lo acompañase, su desvalimiento no gozaría de tanta prédica.

Todo se desmoronaba alrededor del poderoso Furnio. ¡El mal augurio le hostigaba! Tantas ganas de alcanzar la gran magistratura, el duunvirato, tanto anhelo de emular a su padre para que estuviera orgulloso y la única impresión que le acompañaba es que tenía un cenizo, él, tan poco dado al mundo de las ocultaciones; su filosofía se desvanecía sin remedio. Furnio entreveía su gran transformación interior, percibía tales síntomas: el mundo iba convirtiéndose en su enemigo, lo acorralaba, percibía en los demás un deseo de infringirle daño y, entonces, le apremiaba urgente la misión de cortar las cabezas de quienes le intimidaban y hasta él se asustaba de esa rabia interna tan sometida que parecía despuntar con una fuerza extraordinaria ante el infortunio de su presente. Cuando la amenaza se agrandaba, prefería concentrarse en el color blanco para calmar la desazón de su espíritu. Después de relajar la musculatura decidió sumergirse en la blancura inmensa de la esperanza. Su cabeza era un torbellino de pensamientos inconexos que se solapaban a ritmo de vértigo. Una espiral se había apoderado de su mente. El presente, el pasado y el voraz futuro conducían al abismo. Debía parar el catastrófico espejismo o acabaría agotado sin ni siquiera mover un dedo. Últimamente el agotamiento y su piel dibujaban su figura. Se concentró pensando en blanco, respirando en él, necesitaba disponer de energía, el día sería agotador sin añadir figuraciones extras.

Luego de un rato, la calma lo revitalizó y con esa agradable sensación bajó a tomar un poco de pan de trigo con miel. Entró en la cocina, excepcional en la usanza de los señores, pero Furnio necesitaba el olor de aquellos carbones que le recordaban a su infancia. Poco tardó Marcia en acompañarlo, demasiado temprano para su costumbre aunque no para su nuevo objetivo: recuperar la confianza de su padre. La cocina estaba trasteada por dos viejas esclavas, piezas históricas del escaso mobiliario que la componía. Al padre y a la hija les gustaba el intenso aroma de las fritangas y guisos que a todas horas impregnaba las paredes de la cocina y que las dos achacosas sirvientas llevaban tatuado después de toda una vida entre esos tabiques. La cocina había sufrido modificaciones, la última, la usurpación de parte de su terreno para agrandar las letrinas construidas a continuación, provocando un sesgo importante en esta, que había adquirido forma poligonal. La cocina disponía de una pila de honrosas dimensiones que permitía el acomodo de las dos cocineras. A continuación se extendía el horno de leña y los fogones, ambos recubiertos por dos bóvedas individuales para salida de humos que se unían dos codos por debajo del techo como galantería del constructor. Aprovechando la reforma, en la pared torcida se habían

empotrado tres tinajas para depósito de legumbres, verduras, hortalizas y frutas, y en la parte superior, cacerolas, cazuelas y cucharones colgaban de la pared dispuestos al uso continuo. En el muro de enfrente varias hornacinas rematadas por ladrillos conformaban una hilera de arcos, un toque decorativo que rompía la austeridad del espacio cuyo carácter utilitario reflejaba cada detalle. Vasijas de barro de todos los tamaños y formas, y otras de cristal hermozeaban estas hornacinas, a las que se accedía mediante un taburete. En la parte inferior se había cimentado un armario de mampostería cerrado con tela y repleto de baldas. En el medio de la cocina, una pesada mesa de roble con cuatro sillas, dos taburetes y dos bancos de doce pulgadas permitía el acomodo de quienes allí recalaban. Las esclavas dedicadas a la cocina nunca compartían asiento con sus dueños; sin embargo, se permitían otras licencias, como ese día, en el que discutían vivamente sobre los cambios alimenticios de los últimos tiempos.

—Mi abuela me lo decía siendo yo una niña, cuando vivíamos en Roma —decía la más vieja y más gorda—. Durante su vida solo comió gachas de harina y de trigo, lo llamaba puls. Y sus padres y sus abuelos también. Nosotras hemos tenido más suerte, ahora la comida ha variado bastante, y la bondad de nuestro amo, claro.

Furnio y Marcia permanecían ajenos a la conversación de las mujeres, embelesadas en la tarea de pelar varios conejos. La de menor edad, no por ello joven, intervenía poco.

—Date cuenta lo seca que sería aquella pasta, el puls, menos mal que ahora añadimos sesos, vino especiado y otras golosinas... hasta ostras hervidas... pocas veces, de acuerdo, pero también las hemos probado. ¡Quién se lo iba a decir a mi abuela! Pero ¿qué haces? —señaló la esclava parlanchina mientras sacudía las manos mojadas y desperdigaba en la cara de la otra un torrente de gotas de agua.

—Ya he terminado con mis conejos —dijo la compañera con calma enseñando la encía encallada y las abundantes mellas—. Ahora voy a cocer las peras.

—¿Las peras? ¿Para qué?

—Te lo dije ayer, voy a preparar un postre de peras nuevo.

La más vieja mantenía el entrecejo fruncido ante la iniciativa de la más callada, que se tomaba demasiadas demandas últimamente.

—Después de cocer las peras, las maceraré con pimienta, comino, miel, vino dulce, garum y aceite, y luego añadiré los huevos cocidos y listas para servir. Sé que a la señora le gustará mucho, le encantan las peras.

—No creas que voy a dejarte utilizar el garum para tus experimentos, con lo caro que es, además, no es tiempo de peras.

A continuación se armó un alboroto, en el que debió intervenir Furnio dando el visto bueno al postre de peras motivo de la reyerta, para algarazara de una y enojo de la otra. Más allá de la breve intervención de Furnio, padre e hija permanecían ajenos a las disputas de las cocineras, que siempre andaban queriéndose y odiándose a la par.

—Padre, ¿y tú gobernarás con Diophanes? —preguntó Marcia con la boca llena.

—Claro que no, Marcia, para asesorar al gobernador, además del procurador, los legados y otros cargos menores, está el concilio de la provincia, y yo no pertenezco a él.

—Pero podrías pertenecer, ¿no?

—Sí, porque soy duunviro.

—¿Y tú querrías? Porque seguro que Diophanes te tiene en mente.

—En estos momentos, nada me desagradaría más. Dicho de otro modo, no.

—¡Padre! —A Marcia le parecía un sinsentido la respuesta.

—Si Diophanes lo necesita, estaría dispuesto a entrar en el concilio, pero solo por ese motivo. De todas formas, hija mía, prefiero no pensar tan a largo plazo.

—A mí me encantaría veros juntos gobernando.

—No digas pamplinas, Marcia. No seas tan fantástica y ten los pies en el suelo. Él es el gobernador y no necesita mandar a medias, las decisiones las tomará bajo su entendimiento, por muchos asesores que lo aconsejen.

—¿No estás conforme con la suerte de nuestro Diophanes?

El padre sonrió ante el cariñoso fervor que mostraban las palabras de su hija.

—Mucho, además confío en que será un buen gobernante.

Al pronunciar la frase tan desahogadamente, la duda se adueñó del duunviro, encogió el estómago, una punzada traidora avisaba, se le prohibía la entrega y la solidaridad con el mundo. Sintió miedo de perder al médico, era una sensación rara que lo angustiaba. Temía el futuro, temía confiar.

—Ayer recibí otra carta suya. Una página, apenas dice nada.

—¡Ah! —dijo el padre—. ¿Para qué escribe, entonces?

—Me prometió escribir cuando se marchó a Roma.

—La verdad es que Diophanes es un chico excepcional. Si su padre lo viera, se sentiría muy orgulloso de él. Creo que soy lo más parecido a un padre que tiene, si Otón no me ha quitado tal posición, claro —dijo Furnio perfilando una ligera sonrisa—. Ahora que es gobernador podrá buscar a su familia de Tracia, conocerlos, eso complacería a Diophanes padre.

—No le metas en la cabeza veneno, sufre con ese asunto y yo no quiero que sufra.

Furnio ni siquiera ladeó la cabeza para contestar, pero apreció excesiva la protección de Marcia. Debía hablar con Arria Pale, era conveniente que Marcia entendiese la nueva circunstancia de Diophanes, ya no era el amigo de la infancia, ni el sencillo médico junto al que visitaba a los enfermos. Era el gobernador de La Lusitania. El tiempo de Diophanes era oro y estaba tasado.

—¿Y qué cuenta el triunfante médico en las escasas líneas? —continuó el padre.

—Algunos de los asesores de Otón han intentado convencerlo de que no presente batalla, el hambre y las vicisitudes del terreno derrotarán a la gente de Aulo Vitelio y lograrán más que las espadas manchadas de sangre. Pero Otón prefiere la guerra antes de que Aulo Vitelio se incorpore a sus tropas. Además, la soldadesca está ansiosa por pelear, desean desquitarse. Así que en unos pocos días Otón, Diophanes y el resto del

séquito abandonarán Roma para reunirse con las tropas. Madre y yo suplicamos a Vesta todos los días para que conserve la vida de nuestro gobernador y también la del emperador.

—Así sea.

—Padre, ¿tú crees que las mujeres de la colonia tendrán a Diophanes por buen partido?

—¿Cómo? No te entiendo.

Marcia agachó la cabeza.

—¿Tú crees lícito que Diophanes se case con una patricia? Como su padre fue esclavo... lo digo por eso —añadió bajando la voz.

Furnio se mostró confundido. Hacía tanto tiempo que sentía a Diophanes como a un hijo que ese planteamiento le sorprendió. Furnio siempre consideró la historia de Diophanes padre como una de las muchas injusticias insalvables de la expansión y el dominio del imperio. ¡Quién podía negarlo! El avance de Roma se cobraba su precio.

—Lo que cuenta es el presente. Y si no, fíjate bien, la corte de los últimos césares ha estado repleta de libertos que los han aconsejado. —Furnio cabeceaba confirmando sus reflexiones—. También es innegable que sufrieron la ignominiosa perversidad de sus demencias y pagaron con sus vidas, pero no más que algunos de los más honorables senadores de Roma... Estoy en lo cierto, ¿no?

—Padre, ¿cómo contesta tu respuesta a mi pregunta?

¡Cuánto le gustaban a su padre los discursos!, pensó Marcia.

—Yo quiero a Diophanes como a un hijo, le tengo en mejor estima que a muchos patricios de raigambre bien celebrada. Las leyes le otorgan derechos y su nombramiento lo sitúa en las cotas más altas del estatus social, pero quién sabe qué pensará cada cuál.

—¿Para ti, padre?

—Para mí es lícito.

De repente Furnio miró a Marcia. ¿Por qué tanto interés? La insistencia de la hija y su tono le sonaban a trampa, y le dio miedo verse comprometido por la inocente conversación, como si hubiera dicho un sí aniquilador. A veces, le costaba distinguir la realidad de la ficción, la verdad de la hipocresía. Por un momento pensó que Marcia se había enamorado de Diophanes. La mirada del padre, sin titubeos, seria y firme, desnudó la verdad de Marcia. Esta se quedó lívida a los ojos escrutadores de aquel juez, como si le arrancara su secreto. Solo fueron unos instantes, luego la mirada de Furnio fluctuó, se volvió vacilante, su instinto le abandonó y la confusión ocupó su lugar.

—Pero vamos a ver... ¿En qué líos vas a meterte? Bastante en entredicho estás para que busques nuevos descréditos a tu imagen, cosa que no voy a consentir una segunda vez, por más brebajes que vuelvas a tomar. En tus manos queda tu destino. Hasta ahora ni siquiera hemos hablado de lo sucedido con Capito, he preferido verte recuperada de tu crisis de nervios, pero no eches en olvido estas palabras que con



amor de padre te digo en el día de hoy: responderás por lo que hagas aunque me chantajeas con beber cicuta, de modo que no obres a lo loco y piensa en las consecuencias de tus actos. No eres una niña, ¿hablo claro?

—Bastante, padre, discúlpame, no deseo entretenerme y debo despertar a madre.

Marcia le plantó un beso en la mejilla y no esperó contestación. Furnio agradeció su retirada, lo último que deseaba eran nuevos descubrimientos.

Un cuarto de hora más tarde, el duunviro, en ejercicio de su magistratura para relajar posibles rebeldías, solicitaba la presencia del empresario Silano Anso. Su parva indumentaria dejaba traspasar el frío lo que le provocaba un temblor de rodillas y ademanes nerviosos, sus manos se debatían promiscuas en un movimiento incesante. Silano Anso hizo esperar al duunviro un rato indecoroso, a propósito y sin el menor reparo, así mostraba el profundo malestar que lo reconcomía por las frecuentes visitas de unos y otros que trataban de colgarle el asesinato de Valerio Hymino, cuando él ni siquiera había participado en el banquete. Aparte de la increíble sospecha sobre su persona, su fastidio provenía de la inevitable postergación de su ingreso en la curia. Debía esperar nuevas oportunidades que a su ambición se le antojaba una insufrible eternidad. Al cabo de un tiempo, inacabable para Furnio, la descortesía del sospechoso agravó las presunciones en su contra, y luego, en medio de una fragorosa corte, apareció Silano Anso con una sonrisa del todo falsa, que daba la sensación de desmontarse ante el más insignificante obstáculo.

—¡Cómo son estos esclavos! Mira que he dado orden de que te llevarsen al tablinum —dijo Silano Anso con regocijo disimulado para humillación de Furnio.

—Los esclavos son fiel reflejo de sus amos, esta desmerecida espera nunca habría tenido lugar en casa de un patricio —Furnio devolvía el escarnio.

—Tendré a bien recibir cuantos apuntes me regale tu buena sapiencia, amigo. — El gesto del empresario era contrario a sus dóciles palabras.

Una vez en el tablinum, cargado de pinturas al estilo de las casas de más postín, Furnio planteó el motivo de su visita sin adornos.

—¡Cómo cambian algunos cuando no vienen a pedir! —declaró Silano Anso en clara alusión a la animadversión que transmitía el duunviro.

—Observo que la demagogia es lo tuyo y que bien pronto se te ha olvidado que mi petición fue un regalo para ti. No hace tanto, nuestros intereses eran comunes, ninguna queja recibí entonces, más bien agradecimiento por una oportunidad que buscabas desde hacía tiempo.

—Pues ya ves cómo cambia todo, el regalo al que aludes ha resultado ser veneno que ensucia mi nombre.

—Tu nombre lo has ensuciado tú solito, al parecer amenazaste a Valerio Hymino de muerte. Nadie te pidió que amenazases al difunto, recuerda, debías hacerle una propuesta y esperar.

—Valerio Hymino era un ser repugnante —respondió el otro sin hacerle caso—. Pero nada tengo que ver con su muerte, aunque me alegra.

—Suenas feo eso que dices —dijo Furnio mirando directo a los ojos del otro.

—Pero es la verdad, pensamiento de muchos hipócritas que vienen a sonsacarme cuando a ellos les ha venido que ni pintado la muerte de Valerio Hymino —espetó el empresario sin dejarse amedrentar—. Por ejemplo, tu caso —anunció sin pudor.

—Aclaremos las cosas: la primera, vengo a interrogarte y lo hago en tu casa, si no me facilitas mi labor, mañana vendrán los lictores y te llevarán a mi despacho. Segunda, no conoces a Abelardo Aldo Cecilio, él primero te saca la lengua y luego te hace hablar con ella bajo sus botas, puedes elegir, si yo no te vengo bien, lo mismo el procurador te hace entrar en razón. Tercera, amenazaste a Valerio Hymino, lo que nadie te pidió, es tu responsabilidad hallarte en este berenjenal.

—Querido Furnio, si yo le amenacé y soy sospechoso de su muerte, tú, que le pegaste, ¿qué eres?, y no eres el único que le zurró, estoy bien enterado.

Furnio no entró al trapo, pero las palabras de Silano Anso eran dardos que lo abrían en canal.

—No discutiré más contigo. Si no aclaras los términos de mis preguntas, darás cuenta directamente al procurador romano.

—Está bien, ¿qué deseas saber? —añadió el otro sin más reparos, de sobra había dejado manifiesta su queja.

—¿Por qué le amenazaste de muerte? —inquirió Furnio aprovechando su rendición.

—Tal y como acordamos Tito Emilio, tú y yo, fui a verle con la proposición de ingresar en la curia de Augusta Emerita. Le dije que era consciente de que mi pretensión valía dinero. ¡Menudo bicho! La de veces que habrá lidiado esta vereda —Silano Anso casi reverenciaba la pericia del muerto—. ¿Qué crees que pasó? Me miró y me dijo que volviese mañana. Así, sin más... Quería tenerme humillado para negociar por lo alto... —El empresario miraba de soslayo—. Estuve tentado de no volver, pero luego pensé que él ganaría y que mis deseos de entrar en la curia se merecían mejor soporte que el abandono al primer vendaval. Al día siguiente me presenté en su casa, esta vez valió la pena. Me dijo que ya pensaría en las necesidades de la colonia y me informaría, y a continuación pasó a tratar asuntos más particulares, me pidió opinión para una reforma que necesitaba en su casa, la quería gratis, por supuesto, conservo un dibujo que me hizo. Al día siguiente, además, llevé a dos operarios para que corroboraran mi versión llegado el momento, jugada que también me salió redonda, pues me escribió las condiciones para mi ingreso en la curia, pergamino que puedo aportar. ¡Imagínate! El prepotente Valerio Hymino... estaba tan feliz por el sumiso robo al que me presté que fanfarroneó ante mis trabajadores de lo bien que me quedaría la toga. Aquel hombre era un pozo sin fondo, pretendía saquearme tantos denarios para su beneficio personal como mi debida contribución a la colonia. Yo acepté sus condiciones —Silano Anso rio con sarcasmo—. Me

tranquilizaba pensar en la venganza, en la cara que pondría cuando lo denunciara. Luego, al tercer día, cambió todo. Quedamos en el foro, me dijo que esperaba de mí una última cosa, me dijo que le constaba la reforma que le hacía a Antonio Murena... —El empresario se paró, respiró hondo y lo soltó—. Quería que violase a una de sus esclavas... Si no lo hacía, me prometió que jamás formaría parte del senado. Aquella perrería me volvió loco, no tengo palabras para describir cómo me sentí, se me revolvió el estómago y una quemazón se me instaló en la garganta que me asfixiaba, fue entonces cuando le cogí por el cuello y le dije que lo iba a matar, y también prometí decírselo a Antonio Murena.

—¿Y lo has hecho? —quiso saber Furnio.

—Claro que no.

—¿Y cuál es tu relación con el resto de los adlectis? —La pregunta causó tribulación en Silano Anso.

—Los conozco de vista.

—Eso no es cierto, Augusta Emerita es pequeña. Yo te he visto con ellos.

—Alguna vez, pero no son mis amigos.

—Sé que habéis mantenido contactos, si te empeñas en desdecirme, mañana nos reuniremos, tú, Emiliano Paculo, Ulpio Rufo y los que investigamos de forma oficial u oficiosa. Allí podréis hablar de las cosas que tenéis en común.

Silano Anso se cuadró.

—Valientes mequetrefes. Quieren salvarse a mi costa, ¿no es cierto? —El empresario de Olissippo solicitó confirmación a sus maliciosos presentimientos.

—Dímelo tú —Furnio sabía que soltaría lo que fuera.

—Conozco a Emiliano Paculo y a Ulpio Rufo. Hace tiempo les consulté mis posibilidades de acceder al senado, nunca han estado dispuestos a ayudarme. Son unas ratas que se olvidan de su gente, se creen por encima —Silano Anso hablaba deprisa—. El día que amenacé a Valerio Hymino de muerte, ellos entraron en el despacho al escuchar las voces, fue una casualidad. Yo estaba fuera de mí y me propusieron un plan, pero jamás me alié con ellos; no me fiaba.

—¿De qué estás hablando?

—Estaban organizando un complot para parar los pies a Valerio Hymino.

—¿Para matarlo? —preguntó Furnio absolutamente estupefacto.

—Hablaban de darle una paliza, partirle las piernas... algo fuerte, pero no matarlo.

—¿Quiénes? —presionaba Furnio con cara de pasmado.

—No lo sé. De Emiliano Paculo y Ulpio Rufo había partido la idea, eran los organizadores, según me dijeron, pero no sé cuántas personas más formaban el grupo —Silano Anso detuvo su confesión y miró a Furnio al objeto de atribuirse más credibilidad—. Yo necesitaba a Valerio Hymino vivo, ¿o tú habrías accedido a promocionar mi ingreso en el senado si no es por el pacto que hicimos?

Furnio no contestó. Poco le importaba el reproche de Silano Anso. En realidad

sintió una especie de paz que relajaba su espíritu al corroborar el sentimiento tan negativo que el fallecido generaba en todos.

—¿Qué respondes a mi pregunta? —insistió el empresario.

—No he venido a contestar tus preguntas, he venido a que tú contestes las mías.

Silano Anso bufó y luego siguió.

—Solo espero que Valerio Hymino no te haya dejado su lugar, nunca me pareciste alguien odioso, no te conviertas en eso.

Sexto Furnio Juliano respondió con una risa despreciativa, aunque en su fuero interno se veía caminar de la mano de la mala ralea.

—¿Cómo puedo tener la certeza de que tú no formabas parte del grupo de Emiliano Paculo y Ulpio Rufo?

—Tendrás que fiarte de mí.

—Ya... —Furnio se movió hacia la puerta y antes de abrirla agregó—. A buen seguro se requerirá más información sobre tus interesantes secretos. Quedaría adecuado a la fachada de hombre de mundo que te gusta sostener no hacer esperar a quienes investigan en nombre del procurador de Roma.

—Perdona —interrumpió el empresario haciendo caso omiso a estas palabras—, y sobre nuestro secreto, el que compartimos tú y yo con Tito Emilio... ¿se pueden desvelar aquellas conversaciones? —Deletreó con énfasis cada sílaba—. Por si me preguntan en otros foros... como es una investigación con tantos cabecillas...

Silano Anso conseguía tocarle las pelotas hasta el final.

—No es necesario mantener el secreto de nuestro antiguo... objetivo. Nunca olvides que tus sueños penden de un hilo. ¿Roto o no?, depende de ti —abrevió misterioso.

—¿Apoyarás mi ingreso en la curia de Augusta Emerita?

—Está por ver que no estés entre los asesinos.

—¡Maldito seas! La muerte te persiga hasta en los sueños... Eres la mala sombra de la mala bestia del antiguo duunviro. Rogaré a los dioses para que escarmienten tu despotismo y nos protejan contra ti. Y que sepas que iré a ver a Cornelio Severo... hace mucho que deseabas quitar del medio a Valerio Hymino... Lo sé bien. ¡No me callaré! ¿Me oyes? ¡No me callaré!

Furnio salió del tablinum tarareando una melodía y encorajinando aún más al empresario. Lo que Silano Anso pudiera largar le daba igual. Parar la estela de corrupción instaurada en la colonia le parecía una más que legítima pugna con el antiguo duunviro.

No se vieron, cada uno enzarzado en sus inmediatos menesteres. Pero Furnio y Sulpicio Superster cruzaron el mismo cardo al poco. Furnio marchaba al encuentro de Tito Emilio con el corazón bombeando desafortunadamente. En cuanto a Sulpicio Superster, sentía la invisible presión del procurador, se le hacía raro no tener noticias

de él y presentía hallarse en la calma anterior a la destructora tempestad. Agradecía el auxilio colaborador de Furnio y Cornelio Severo, pero la responsabilidad ante Abelardo Aldo Cecilio era exclusividad suya. Esa mañana Cornelio Severo visitaría al senador Manlio Celio y él interrogaría a Emiliano Paculo y Ulpio Rufo en casa del primero. Llegó puntual a la cita. Apenas cruzó el vestíbulo, los dos adlectis asomaron sus cimbreantes figuras con lisonjeras actitudes y palabras efusivas de bienvenida, le esperaban impacientes en el atrio dejando constancia de su afán cooperador. Sulpicio Superster les siguió el juego y se dejó reverenciar, al fin y al cabo, qué podía perder. Por demás, sabían Emiliano Paculo y Ulpio Rufo el motivo de la visita del provincial, su pusilánime y timorata reacción, más propia de lameculos redomados, obedecía al miedo atroz porque se descubriera la conjura contra el difunto Valerio Hymino. Ellos eran los cabecillas de aquel complot que, sin llegar a actuar, urdieron maquinaciones de lo más rastreras. Si sus intenciones respecto al finado salían a la luz, se les otorgaría un papel prevalente entre los sospechosos, a menos que dieran con el culpable. Por eso estaban aterrados, no habían hecho nada, pero habían conspirado para hacerlo.

Apenas saludaron al provincial, iniciaron una sarta de elogios sobre Metellinum para influir en su benevolencia. Emiliano Paculo y Ulpio Rufo no creían justo el declive de la misma a raíz del nacimiento de Augusta Emerita y la vía de la Plata. No se debió consentir la pérdida de su destacado poder, por eso, ellos pensaban proponer al senado algún acto de enaltecimiento de Metellinum, que nacida de la mano del cónsul Quinto Cecilio Metello Pío más de cincuenta años antes que Augusta Emerita, fue la población más relevante del área lusitana con estatus jurídico de colonia mucho antes que aquella. Así iniciaron su apología sobre Metellinum, con la sola idea de ganarse el corazón de Sulpicio Superster. No debía olvidarse, hablaban con tono de orador, cediéndose la vez con armonía, la dignidad de su teatro, prolongado sobre la ladera sur del cerro, con capacidad para cuatro mil personas y un complejo sistema de contrapesos para subir y bajar el telón. Luego le llegó el turno al foro, también objeto de encendidas loas, cuyas estatuas no tenían nada que envidiar a las de Emerita ni por su tamaño ni por su excelente talla. El arrebató sobre la colonia fue tan exagerado que hasta Sulpicio Superster se sintió en la obligación de corresponder a este panegírico apuntando algunas anotaciones históricas sobre el pasado de su fundador Cecilio Metello. Y así, Sulpicio Superster, gran conocedor de la historia de Roma, se remontó a la guerra civil entre Mario y Sila para situar a Metello en Hispania. Sertorio, sobrino de Mario y pretor de la Hispania Citerior, fue destituido del cargo por Sila al resultar ganador en la pugna con Mario. Entonces, se levantó contra este y se convirtió en rebelde adueñándose de toda la Hispania norte y gobernándola durante varios años, hecho que motivó la decisión de Sila de enviar a Cecilio Metello a Hispania, donde crearía el campamento militar del que surgirá Metellinum. Metello contaba entonces más de cincuenta años, y dieciséis después moriría. El provincial arrugó la frente, hizo una pausa, había abreviado bastante la lección de historia, pero

le parecía suficiente contribución para saciar las interesadas ponderaciones sobre Metellinum.

—Es una historia larga —añadió finalmente—. A lo mejor os resulta aburrida, pasó hace mucho tiempo —sonrió satisfecho ante un público tan vehemente.

—No importa, nada mejor nos espera. ¿No te parece, Ulpio Rufo?

—A mí me encanta la historia —contestó el otro, entregado a la momentánea concordia.

—Debéis perdonarme, materia de otro calado requiere mi atención y, como imaginaréis, también la vuestra, por eso he venido —las palabras del provincial provocaron un cruce de miradas entre los adlectis—. Prometo seguir con la vida de Sertorio, fascinante donde las haya. La historia es una de mis aficiones.

Los adlectis se plegaron a los deseos de Sulpicio Superster, tenían la sensación de hallarse ante un intelecto superior que no tardaría en arrugar las mentiras que habían ensayado. Los esclavos habían servido vino con pan y aceitunas.

—La investigación se halla en un punto muerto —inició el preámbulo al interrogatorio—. Hay un montón de gente en la colonia que odiaba a Valerio Hymino, pero puestos a valorar la existencia de un motivo y la oportunidad para la comisión del crimen, sois vosotros los que encabezáis la lista de sospechosos.

—Estarás de broma, ¿no? —saltó Ulpio Rufo con estridencia, sin disimular su azoramiento y tomando la voz cantante, algo inhabitual en él.

—Calma, calma... sin pruebas el procurador no podrá hacer nada contra vosotros. Es imposible que se salte la ley. Pero debéis comprender que tengo que rendir cuentas de mi investigación, al menos debo presentar mis pesquisas para que compruebe que mi trabajo lo he desempeñado con presteza y esmero.

—Perdóname, provincial, con mis respetos, a ti lo que te importa es salvar tu culo, de sobra conocemos a Abelardo Aldo Cecilio. Recuerda, fuimos nosotros los que nos abrimos a ti el día que viniste a interrogarnos por vez primera, te contamos nuestra historia para que nadie inventase chismes y, por supuesto, porque no tenemos nada que esconder. Bien conocemos el paño cuando se trata de salvar el pellejo. Removimos secretos que muchos callan, y ahora veo con claridad el resultado de esa generosidad —la vehemencia de Ulpio Rufo resultaba extraña, pues habitualmente prefería mantenerse en un segundo plano—. Nos abrimos en canal como los cerdos para su sacrificio y me disgusta con enormidad que nuestra sinceridad haya tenido semejante pago. Vienes sin pruebas a decirnos que somos los principales sospechosos gracias a lo que nuestra boca soltó con la mejor intención. —E inició un paseíllo nervioso, como una presa en las fauces del depredador.

—¡Cálmate, Ulpio Rufo! —exigió el otro adlectis—. El provincial no ha terminado.

—Si no estáis implicados en el asesinato, poco debéis temer, creo yo.

—Tememos lo mismo que temes tú, basta ya de falsedades. Tememos al procurador —Ulpio Rufo seguía fuera de sí—. Imagínate qué hará Abelardo Aldo

Cecilio para comprobar nuestra inocencia. Así que, perdona que me altere, pero lo mismo deberías investigar más y mejor.

—Necesito ayuda.

Se hizo el silencio y durante un rato nadie intervino. En vista de la opacidad a su sugerencia, Sulpicio Superster continuó con su petición.

—El día que nos vimos me dijisteis que, al ser adlectis, vosotros pagabais un canon mayor a Valerio Hymino, por lo que deduzco que los demás también pagaban, aunque fuera una cantidad menor. ¿Chantajeaba a todos?

La pregunta del provincial exigía una delación de primera magnitud. Los adlectis temían cometer una indiscreción sin retorno, dar nombres, involucrar a otros y romper la confianza que día a día procuraban ganarse en el senado; eran unos advenedizos y su lugar podría cuestionarse. Emiliano Paculo, bastante más sereno que su colega, esbozó estas razones ante Sulpicio Superster, que entendió natural el planteamiento y les advirtió de que intentaría garantizar el anonimato, pero no lo prometía. Los adlectis hablaron a solas. Su decisión se circunscribía a unos términos simples en la peor disyuntiva: el destierro del senado o el destierro del mundo de los vivos bajo el látigo furibundo del procurador.

—Empecemos por Antestio Persico —el provincial aprovechó la oportunidad—. Sabemos que Valerio Hymino lo chantajeaba. Fue a ver a Furnio para presentarle un proyecto: agrandar cuatro puertas en la muralla para el paso de sus carretas. Suponemos que antes también visitó a Valerio Hymino, ¿qué sabéis?

Los dos adlectis se miraron, no les quedaba otra que explicarse, habían cedido.

—Lo de menos es el chantaje, siendo verdad que Valerio Hymino le solicitó el canon. Este conocía un secreto que Antestio Persico intenta tapar por todos los medios: su abuelo fue el primer adlectis de la colonia. Era comerciante, más rico que muchos patricios, pero él no lo era, aunque Antestio Persico se vanaglorie de ese estatus a todas horas. —El provincial no pudo disimular su sorpresa—. Así es, puedes preguntarle. El caso es que Valerio Hymino lo tenía enfilado. Un día sí y otro también decía que iba a publicarlo en un edicto, que lo colgaría en la puerta del templo y que todo el mundo se enteraría de su no tan divino origen; gustaba denigrarlo con estas perlas y otras del mismo porte. Le decía que sus caballos perderían prestigio y nadie los querría. Imagínate qué desfachatez, si los caballos de Antestio Persico tienen pedigrí asegurado. El caso es que este lo tomaba en serio y no le plantaba cara, y juzgaba que toda su yeguada bajaría de categoría. Créenos, a Antestio Persico el prestigio lo hostiga en vida tanto como lo hacía el difunto, para él es lo más importante del mundo.

—Y vosotros, ¿cómo conocéis la condición del abuelo de Antestio Persico?

—Por Manlio Celio, mantenemos buenas relaciones con él —hablaba de nuevo Emiliano Paculo—. Manlio Celio ha sido el perrito faldero de Valerio Hymino, era su paño de lágrimas, está arruinado, lleva años guardando las apariencias, pero en la colonia muchos lo saben. Valerio Hymino lo auxiliaba, el propio Manlio Celio nos lo

ha confesado. De todas formas, la relación entre ellos era de amor y odio. Un día, sin más, Manlio Celio nos visitó y nos dijo que Valerio Hymino no tenía pensado hacer nada de lo que nos había prometido para nuestro ingreso en la curia, aunque sí recoger las prebendas de su bien pagada influencia. Ahí empezó nuestra relación con él.

—¿Y os informaba por puro altruismo? —Sulpicio Superster trataba de aclarar la confesión.

—Las confidencias, llamémoslas así, fueron desahogos a las coces de Valerio Hymino. Manlio Celio es impredecible, lo mismo le da por hacer de salvapatrias que por hundirla. —Emiliano Paculo hizo un inciso, sin prisa bebió y se metió un montón de aceitunas con pan en la boca—. Deberías probar nuestra cosecha del año pasado, fue excelente, prueba, prueba —le decía a Sulpicio Superster mientras escupía los huesos.

—No soy muy dado a los refrigerios a deshora, cualquier cosa me quita el hambre.

—Como quieras, pero es un delito no probar las olivas y el vino —inquirió Emiliano Paculo entre ironías—. Aunque prometo no acusarte ante el procurador.

—Je, je, je, je... esa es buena —dijo Ulpio Rufo solazándose como un niño pequeño.

Sulpicio Superster no los secundó.

—Y cómo es posible que Furnio no esté al tanto de tales tejemanejes, parece imposible estar tan ciego.

Los adlectis rieron a boca llena, y a Emiliano Paculo le saltó un trozo de aceituna machacada que quedó prendida en su toga para asco del provincial, que divisó el proceso.

—Esclarece su mente tú —agregó Emiliano Paculo, pidiendo el relevo a Ulpio Rufo mientras él no paraba de comer.

—Todo esto sucedía antes del nombramiento de Furnio como duunviro, por eso Valerio Hymino no lo tragaba, con él no podía manejar a su antojo.

—Pero entonces, el anterior duunviro, Marco Julio... —Renovaba Sulpicio Superster su curiosidad.

—Marco Julio no quería problemas, es un hombre tranquilo, y al ver que todos cedían ante Valerio Hymino, se echó atrás y aguantó hasta las elecciones.

Emiliano Paculo masticaba sin cerrar la boca, haciendo breves incisos en el atracón de aceitunas para dirigir las explicaciones de su amigo. Le sugirió a Ulpio Rufo que relatase el notorio alejamiento de Manlio Celio respecto a Valerio Hymino, habida cuenta de que salía a relucir el tema de las elecciones. Ulpio Rufo, obediente, contó que Valerio Hymino convenció a Manlio Celio para presentar su candidatura al duunvirato, como ya había sido edil con anterioridad, las leyes se lo permitían.

—Le dijo que no debía preocuparse por el dinero, que él lo solucionaría, tanto la campaña electoral como los posteriores munera. El resto de la historia quizás la



sepas. En el momento decisivo, Valerio Hymino, sin mediar explicación, se negó a contribuir económicamente como le había prometido. Debes saber que Manlio Celio recurrió a nosotros para que le prestásemos dinero y poder enfrentar las elecciones, a cambio, nos facilitó una lista de senadores chantajeados por Valerio Hymino.

—¿Accedisteis? —preguntó el augur totalmente entregado a las maniobras del gobierno emeritense.

—Pues sí, provincial, íbamos a financiarlo entre los dos, así nos desquitábamos de los desprecios de Valerio Hymino. Pero luego, Manlio Celio se echó atrás, nos dijo que no se sentía con fuerzas para enfrentarse a Valerio Hymino. Por otro lado, la candidatura de Furnio gozaba de enardecidos acólitos, era previsible que ganase y no quiso gastar nuestro dinero a lo tonto.

—¿Y sabes una cosa? —señaló Emiliano Paculo retomando el protagonismo—. Los sobornados por Valerio Hymino se pusieron al lado de Furnio y le dieron su apoyo de forma ostensible, mandando un claro mensaje a aquel, que debió retirar sus antiguas mañas. Aunque el que tiene la sangre infecta no cambia...

Antes de contar la última estafa organizada por Valerio Hymino, los adlectis proporcionaron a Sulpicio Superster la lista de los senadores que años atrás habían sido chantajeados.

—Excelencias, me entregáis un valioso material, no os arrepentiréis, estamos un paso más cerca de dar con el asesino.

—Ya, ya..., a ver si es verdad —concluyó Ulpio Rufo con cara de malas pulgas.

—Una recomendación, augur, que a todos nos vendría bien. Las desgracias se ceban con Emerita, sería prudente organizar una expiación pública —añadió Emiliano Paculo empujando la copa de vino.

—Debo pensarlo bien antes de proponerlo, requiere un ritual enrevesado —explicó Sulpicio Superster.

—Termina, Ulpio Rufo, cuéntale lo de Lucio Fabio.

—Vosotros diréis, soy todos oídos —el provincial estaba radiante.

—Nuestro colega Lucio Fabio —prosiguió Ulpio Rufo— trabaja incansable para restaurar el patrimonio de su casa, como a todo el mundo le consta. Compró un terreno que Valerio Hymino poseía a pocas millas del área funeraria paralela a la vía de la Plata. La transacción se hizo en el despacho de Capito. Él debe tener copia de la compraventa.

—El terreno de Valerio Hymino está en una zona magnífica, no demasiado alejado de la colonia, pero sí lo suficiente para montar unos cebaderos de cochinos. Las ordenanzas municipales obligan a alejar estos negocios unas millas de la población —completaba el otro la exposición.

—¿Y dónde está el desaguisado? —preguntó Sulpicio Superster.

—Pues que Valerio Hymino, tras vender su terreno, preparó una propuesta para el senado: la expropiación del mismo. El interés público de la expropiación sería trasladar el vertedero que se está comiendo el área funeraria de detrás de la muralla

por la zona oeste. ¡Imagínate cuando a Lucio Fabio le llegaron los rumores de lo que Valerio Hymino pretendía!

—Me hago cargo —señaló pensativo el provincial.

—Es una canallada sin nombre —apostilló Emiliano Paculo—. Una canallada.

—Y un robo manifiesto —inquirió Sulpicio Superster—. Menudo sinvergüenza, no maquinaba nada bueno.

—A nadie extraña que se hayan cargado a Valerio Hymino. Con su muerte muchos respiran en la colonia. Te diré más, entre bromas hay quien sugiere que se honre a su asesino con una moneda, como hacen los emperadores, que se prene su busto y alrededor la inscripción «Salvador de Augusta Emerita».

—¡Jupiter divino! —se desahogó el augur.

Arria Pale no empleaba la silla portátil demasiado a menudo, pero sí esa mañana. Había tomado la decisión de visitar a Cornelio Severo, de interceder por su esposo, de suplicar su perdón. Arria Pale era una mujer realista, pero no por ello desatendía las empresas difíciles. Ciertos pretextos la excitaban en esta atrevida determinación, no solo el amor a su esposo y a la familia de Cornelio Severo. Desde que ambos clanes rompieron relaciones no había pasado una sola noche en que no divisase en las neblinas del sueño a Matidia Porcia Cato. Matidia la dulce, de alegre sonrisa, de corazón abrigado, de porte imperial. La plenitud de su ser reflejaba hechizo y magnetismo. Su cuerpo, estirado, grácil, de busto y trasero redondos. Su pelo largo, castaño y brillante; al menos tres palmos de rizos le caían sobre la espalda. Un flequillo amplio coronaba su cabeza, sin profundidad en los tirabuzones y sin horquillas que lo sujetasen al cuero cabelludo, abiertos, libres al viento, confiriéndole aires de melancolía, de sirena rescatada. Ojos redondos como soles radiantes. Así era Matidia, alegría vibrante. La boca y la nariz se perfilaban bajo líneas finas sumisas al liderazgo de los ojos, enmarcado el rostro en un óvalo más pronunciado en la barbilla. Hasta en la pira funeraria, mientras se quemaba, desprendió olor a azahar embriajando los corazones. Nadie en la colonia había olvidado a Matidia.

Hija del gobernador romano de La Lusitania Marco Porcio Cato, que permaneció en el cargo trece años, nombrado durante el imperio de Claudio y antecesor de Marco Salvio Otón, su muerte durante el parto de su único hijo Capito causó una inmensa tristeza en Emerita, que adoraba a la joven romana por haber renunciado a la posición de su casa para unirse en matrimonio a Cornelio Severo, descendiente de la importante gens Cornelia, aunque para Marco Porcio Cato las celebridades de antaño, la más destacada Publio Cornelio Lentulo, Espinter, ciento cincuenta años antes edil curul bajo el consulado de Cicerón y años más tarde cónsul, no constituían atributos suficientes para equipar la reputación de ambas casas en el presente y nunca consideró a Cornelio Severo esposo digno para Matidia. Pese a todo, fue incapaz de negar a su hija el consentimiento para el matrimonio, pues ella no había hecho otra

cosa en la vida que entregarle felicidad. En vista de la valiente muestra de amor de Matidia, el pueblo la idolatraba y su muerte fue una tragedia que solo el paso de los años logró suavizar. Con el recuerdo de Matidia a flor de piel, Arria Pale llamó a la domus de su amigo. El viejo nomenclátor la condujo hasta el atrio, se alegraba de verla, como el resto de la servidumbre, acostumbrados a sus continuas visitas desde hacía décadas. Tras la muerte de Matidia, ella había vigilado la vajilla y las copas, la pintura y el estado de la casa en general, había organizado los menús semanales y la despensa. Nadie cuestionaba sus órdenes. Arria Pale era de la casa. Se corrió la voz de su presencia y todos se asomaban a reverenciarla. Al rato, bajó un esclavo.

—El amo no se encuentra bien, le ruega que se marche —dijo, sin atreverse a echarla.

—No me iré, díselo a tu señor. Le esperaré el tiempo que haga falta, es importante mi visita —despachó con una sonrisa, conteniendo los nervios.

Pasaban los cuartos cuando Cornelio Severo descendió, despacio, cada una de sus pisadas rebotaba metálica en el suelo. Una opresión en el pecho obligaba a Arria Pale a tomar aire por la boca; aquel desasosiego rompió en un sudor frío que se concentraba en las axilas. La servidumbre puso pies en polvorosa. Cornelio Severo se frenó en el último escalón, y con él, el zumbido de aquellas pisadas. Arria Pale inspiró profundamente, infundiéndose una falsa prestancia y suplicando a Matidia amparo. Luego se giró y buscó la figura de Cornelio Severo, ahora lo tenía enfrente, se fue acercando y cuando encaró sus ojos se postró a sus pies, y desahogó toda la tensión.

—Lo que haga falta, me disculparé como haga falta —Arria Pale yacía tocando el suelo sin disimular su llanto.

—Divina Vesta, no consentiré ninguna humillación de tu persona en esta casa que también es la tuya —Cornelio Severo respondió mientras la levantaba por los codos con la liviandad de una pluma—. Vayamos a la tablinum.

Cornelio Severo caminaba al compás de Arria Pale, sujetándola de un codo como impulsándola. Ya en la tablinum, Arria Pale continuó llorando. El flamen le daba la espalda situado frente a la figura de un gladiador capturando un leopardo con sus redes. Dejó que Arria Pale se desahogara, luego le habló mirando la pintura.

—Arria Pale, cuánto te debo y qué horas más tristes sacuden nuestras vidas. Desgraciadamente no podemos cambiar los hechos —la voz del hombre se fue modulando hasta acabar con una dureza reprobadora—. Esto es culpa de tu hija.

—No digas eso, por Vesta, comprende la locura de la juventud.

—No tiene nombre lo que tu hija ha hecho, haces bien en llamarlo locura. ¿Por qué no la encerráis? Los locos no andan por ahí —Cornelio Severo dio salida a sus ansias vengadoras.

Arria Pale no cejó en su empeño. Había supuesto reproches similares, hablaba un corazón herido. Ella conocía su misión: suavizar el ansia de represalia, la inmensa rabia que horadaba el alma de su amigo. La comprensión y el amor lograrían el

objetivo, y el tiempo, claro.

—Me pone furioso que tu esposo te mande a tratar asuntos que corresponden a los cabezas de familia. Es un cobarde, un maldito cobarde —añadió con amargura.

—He venido por mi cuenta —dijo ella con voz neutra.

El silencio acompañaba cada intervención, se medían las palabras. Arria Pale tomaba fuelle para empujarlas cuando rezongaban en su tráquea.

—He venido a hablarte, Cornelio Severo.

Ninguna respuesta. La mujer entonces desenrolló un pliego con un discurso que había ensayado decenas de veces.

—Querido y añorado amigo, debes saber que por las noches viene Matidia a visitarme en sueños, me pide que abras tu corazón, que no lo cierres, que nada bueno te va a traer esa venganza que te reconcome contra mi esposo. No puedes olvidarte de los duros momentos que hemos enfrentado juntos, de las desgracias a las que nos hemos sobrepuesto apoyándonos los unos en los otros. Siempre hemos sido una piña, nos hemos cuidado, nos ha importado cada suceso que la vida nos ha traído, buenos y malos. Por fortuna, hemos celebrado juntos muchos éxitos. Hablo de tu familia y de la mía. Me acuerdo del día en que Capito dejó de ser impúber y se afeitó la barba. ¡Qué feliz estaba! Siempre ha sido tan responsable... y qué gran banquete ofreciste tú, regalando panes a los mendigos, fue un acontecimiento maravilloso. Qué rápido se va el tiempo... Capito ha crecido imparable. Parece que fue ayer cuando terminó sus estudios sobresaliendo en todas las materias o cuando tuvo aquellas fiebres tan altas y mandamos buscar esas plantas tan raras. ¿Te acuerdas cuánto nos costó localizarlas? También se me viene a la memoria el día que decidió estudiar leyes. ¡Qué felices estabais tú y Furnio! Sabíais que no os defraudaría, que podría llegar lejos. ¡Qué generoso fuiste, Cornelio Severo! Lo animaste a marcharse a Roma siendo tu único hijo, quiero pensar que te ayudó el saberte acompañado por nosotros en Emerita. Y luego, por fin, llegó el día de su marcha a Roma, día de dicha y de tristeza... Y también me acuerdo del maldito día en que Marcia rompió las relaciones con él y todo nuestro mundo se destrozó. —Arria Pale paró, limpiando las lágrimas que desbordaban sus ojos. Dejó de leer. Improvisó—. Son nuestros hijos, nos duelen, pero es la vida de ellos. Son jóvenes —recalcó—. Quiero a Capito, te quiero a ti. Quise a Matidia como a una hermana y la recordaré mientras viva. Sé que mi hija ha obrado mal. Os pido perdón a Capito y a ti, día tras día hasta que muera estoy dispuesta a soportar las expiaciones que estiméis oportunas, y Marcia me acompañará. No sé, dime qué deseas que hagamos para restaurar el honor de tu casa, lo que se te ocurra para reparar esta afrenta de mi hija, que nunca entendió sus propios sentimientos, porque Marcia peca de ingenua, de alocada, pero no de maliciosa... He pensado que quizás te satisfaga que mi casa convoque a los antiguos invitados a los esponsales para pedirlos públicamente perdón y exonerar a tu hijo de cualquier tacha que pudiera suponerse motivo del cambio de parecer de mi hija.

Arria Pale había terminado la argumentación. El sollozo la escoltaba, cual lira,

marcando la cadencia del sonido y el aliento ahogado, repitiendo palabras anuladas por los susurros. El silencio inundaba la tablinum. Cornelio Severo permanecía impertérrito. La emeritense no sabía cómo seguir, el calor le quemaba el pecho y las mejillas.

—Háblame, Cornelio Severo, he venido a escucharte, a conocer tus condiciones, a implorar tu perdón. Deja que los chicos resuelvan sus problemas. —La mujer esperaba la explosión del amigo, que seguía mudo—. Por favor, te lo suplico... Haré lo que me digas. He criado a Capito, le quiero, no soporto perderos.

El llanto volvió a su garganta y se convirtió en una tristeza que aullaba. Cornelio Severo tenía los ojos humedecidos, pero la tensión de su mandíbula impedía las lágrimas. Al cabo de un rato Arria Pale volvió a la carga. Matidia lo haría rezongar.

—Si Matidia viviera sé que pensaría como yo, que Matidia te rogaría como te ruego yo, te suplicaría como lo hace mi corazón, te haría comprender como lo intentan mis palabras. Marcia se someterá a tu castigo.

La emeritense temió el órdago lanzado, obvió añadir «siempre que sea razonable».

—Matidia nos habría perdonado, nunca habría consentido que nuestras familias se desuniesen. Su amor la habría conducido por el camino del perdón. ¡Te lo suplico, atiéndeme! —Arria Pale no podía implorar más, la enorme congoja se lo impedía. La figura de Cornelio Severo se filtraba como un bloque ante su retina—. Te lo suplico en nombre de Matidia, perdona a mi hija —dijo en un último esfuerzo.

—No vuelvas a nombrar a Matidia, hace mucho que nos abandonó.

—No te has vuelto a casar, sé que su espíritu te acompaña. Deja que ella guíe tus actos.

El silencio recuperó el protagonismo, se impuso, se dilataba cada vez que Arria Pale dejaba de hablar. En vista del inmenso vacío, desesperada, planteó un último interrogante.

—¿Permitirías la entrada de mi marido en esta casa?

Tampoco estas palabras obtuvieron respuesta. Arria Pale se vino abajo y desahogó su amargura con un llanto que terminó por agotar sus energías, después enjugó los ojos hinchados y rojos cubriéndolos cuanto pudo con el velo.

—Gracias por recibirme y escucharme. Por el bien de nuestras familias volveré otro día, este desencuentro debe tener solución —dijo ella.

—No lo hagas, ya te mandaré recado con alguna respuesta.

—Gracias.

Una sonrisa cambió la fisonomía del rostro de Arria Pale contrastando con el tormento de sus ojos mustios, ajados y vacíos. Era una victoria paupérrima, pero un éxito al fin y al cabo.

El procurador lusitano Abelardo Aldo Cecilio había decidido finalmente, en

contra de las pocas voces que se otorgaban la confianza de discrepar a su parecer, siempre con mucho tacto y prudencia, que el envío de los impuestos recaudados en la provincia se pospondría a la resolución de la guerra. Si ganaba Aulo Vitelio, pretendía obsequiarle con unos dineros sustraídos al actual emperador, demostrando así su pequeña contribución a la causa. Las lealtades por anticipado eran muy bien recibidas y mejor pagadas. Abelardo Aldo Cecilio intentaba medrar en el mundo de la política con semejantes estrategias, quizás algo pueriles, más no hallaba otra senda.

La baza de los libros sibilinos se había volatilizado. Nadie se aventuraba a predecir el resultado de la vecina hostilidad, ni a posicionarse abiertamente en ningún bando, a excepción de los que detentaban el poder. Abelardo Aldo Cecilio prefería que ganase Aulo Vitelio. Las disquisiciones sobre la guerra entretenían al mandatario pendiente de los correos que llegaban. Algunos días consideraba gozar de una posición ventajosa lejos de la gran urbe, así nadie le señalaría con el dedo ni arrancaría su cabeza bajo acusaciones de conjuras, además era joven y tenía tiempo de escalar posiciones. Otros, en cambio, no le satisfacía en modo alguno hallarse fuera de Roma, le resultaba obvio que se olvidarían de él y que otros en el lugar conveniente lucirían la suerte del destino. Todo estaba en el aire. Los correos de Roma ofrecían información escasa; la última refería movimientos de las tropas de Otón. La flota se había enviado a las costas de la Galia Narbonense y las dos legiones de gladiadores y esclavos marchaban hacia el norte, hacia el Po, al encuentro de la avanzadilla capitaneada por Aulo Cecina que ya había atravesado la Helvecia con más de treinta mil hombres. Al margen de las informaciones tácticas, ninguna supremacía predominaba.

Tanta incertidumbre provocaba tensión, frustración, miedo y desesperanza en el procurador lusitano, estar en la cuerda floja lo ahogaba, su posición peligraba por muy humilde que a su ambición pareciera, y su ruin e inestable carácter sufría cambios repentinos de humor que desembocaban en rabietas inesperadas, accesos de ira y actos inexplicables que agobiaban a su familia y a los subordinados. Desde la llegada del correo de hacía tres días la serenidad y la desesperación se alternaban con brevedad inusitada, sus emociones subían y bajaban persiguiendo el rastro de las olas, era imposible aguantar tanta fugacidad. Abelardo Aldo Cecilio sentía una impotencia tremenda al ver escribirse la historia alejada de su nombre. Esa mañana había explotado dos veces maldiciendo a Aulo Vitelio, olvidándose con la más espontánea franqueza de que era partidario de él.

Fabiana, despierta a cada uno de sus desmoronamientos, debió emplearse a fondo, sacar a relucir sus cualidades de experta funambulista, convencerlo de que era una suerte no estar en medio del caos: en menos de un año habían caído dos emperadores y estaba por ver si no se le sumaría otro más. Ella insistía en que pronto llegaría su turno y que saber esperar era la gran cualidad de los más nobles césares. Él la escuchaba, su voz dulce, su seguridad, sus razones, su forma, dejándolo intervenir cuando una brillante idea acudía a su mente con ansia e impaciencia de ser liberada;

luego de tal excelencia, ella lo transportaba de nuevo a la calma, esa placidez que le transmitía con tanta maestría. La eficiente Fabiana se había empapado la vida de la dinastía imperial julio-claudia buscando recursos en los que inspirar sus discursos, estudiando el obrar de los que cimas tan altas alcanzaron. Cuando sus palabras se encasquillaban chocando con el apocamiento, el declive y la melancolía de su esposo, y no conseguía aplacar sus demonios, ella le contaba alguna anécdota de los divinos emperadores que certificaba su posición.

—Yo creo que para obtener el nombramiento de gobernador lo más acertado es demostrar las habilidades a través de una procuratela. No estimo propio de una inteligencia superior intrigar en Roma, donde muchos salen chamuscados, sobre todo en los últimos años. Y no necesito recordarte ningún nombre. Aquí estamos a salvo, lejos de aquella locura. Mi querido Cecilio... si eres el que mandas aquí. ¡Qué más quieres! —le decía con la voz más melosa que acertaba a entonar—. Sigue trabajando. La fortuna premia de muchas maneras.

Abelardo Aldo Cecilio cabeceaba convencido.

—Quiero verte contento, porque el destino nos cuida, querido, ten confianza, nos aguarda un futuro brillante. Tú vales muchísimo y tendrás tu oportunidad.

El procurador suspiraba resignado, con desmedida exageración, como si un potente torbellino le hurtase el aire. Cuando lo dejó en calma, Fabiana se retiró a las bañeras. El esposo disfrutaba de la lira de siete cuerdas y la tibia, una flauta de hueso cuyo sonido le chiflaba. La tibia era como la voz de Fabiana, calmaba su espíritu. A Fabiana no solo le asustaban las consecuencias de la guerra, otros menesteres de orden más interno la mantenían vigilante, le preocupaba seriamente lo que a todas luces parecía una chiquillada. La amistad de Capito con Felicia y Clementina había acrecentado los celos de Faustina, convencida de que su hermana había embaucado con mentiras a Capito indisponiéndole en su contra, ni se planteaba que alguien pudiera rechazarla. De manera que había alertado a la servidumbre. Cualquier cosa que sus ojos u oídos captasen al respecto, debían comunicarlo sin dudar. Esa mañana Faustina degustaba por anticipado las mieles del complot que urdía contra Felicia.

—Dame la redecilla —dijo la joven romana a la esclava personal—. A mi padre le encanta ver mi pelo recogido en este saco de mugre, así que todo sea por contentarlo, se le convence mejor cuando está de buen humor. Estas dos se van a preparar, a mí no me la juega nadie. Al adefesio de Clementina se le van a quitar las ganas de salirse del tiesto, y a la otra, de ser tan puñetera y tan víbora.

La esclava al oírla se puso tan nerviosa que no acertaba a colocar las horquillas. Cuando Faustina estaba de malas pulgas le daba pellizcos por cualquier cosa que hacía.

—Déjalo ya, debo bajar... Y trae. —Le quitó varios pasadores y los prendió de un plumazo sobre la zona más suelta de la redecilla—. Así está bien.

Faustina entró en el salón sin hacer ruido, ocupó un lugar discreto pero a la vista del padre y simuló que la música la embelesaba extasiando su espíritu, adoptando el

mismo alborozo que él. Al finalizar la pieza, Abelardo Aldo Cecilio chasqueó los dedos dirigiéndose a la hija, que salió del arrobamiento a una velocidad asombrosa.

—Querido padre —lo besó con suavidad, sin dejar de sonreír, como si le hubieran pegado los labios a los lados—. Ojalá esa alegría que hace brillar tus ojos dure para siempre. ¡Qué música tan exquisita! —Faustina demoró unos segundos el paso hacia otro territorio—. Padre, ¿todo bien en Roma? ¡Pido a los dioses que así sea! No quiero que sufras más.

Abelardo Aldo Cecilio la miró con desidia, le traía a la mente un tema que él deseaba olvidar.

—¡Oh!, eso... Ahora no, por favor, descanso de la permanente preocupación de la odiosa guerra que hasta el sueño me disipa por las noches. ¿A quién carajo se le habrá ocurrido iniciar una guerra? Ni siquiera han limpiado la sangre que dejó la cabeza de Galba en el foro.

—Lo siento padre, no pretendía incomodarte —añadió con auténtica aflicción.

—Bueno, bueno... cambiemos de tema, cuéntame algo que no sepa, querida, estoy aburrido de las pamplinas que me traen los correos. ¿Qué me cuenta mi hermosa hija mayor?

La cosa parecía enderezarse. Faustina tenía al padre donde precisaba. ¡Ahora vería Felicia cómo se las gastaba ella!

—Los asuntos que a mí y a mis hermanas nos suceden son frívolos e irrelevantes, padre. Poco tienen que ver con los problemas del Imperio, te parecerían tontunas mis preocupaciones, no deseo aburrirte.

—Marte guerrero, asiste mis súplicas. ¡Cuánta reticencia me ofreces, hija! ¿Pues no te digo que deseo olvidar lo que me consume? Cuéntame tus absurdos, eso precisamente me apetece escuchar, tonterías, una tras otra, una tras otra... —El hombre rio mostrando sus dientes de tiburón para repugnancia de la joven.

Si no fuera su padre, Faustina creía que lo odiaría y no podría soportarlo. Era insufrible hacerse la tonta como lo hacía su madre. ¡Qué resistencia la de ella! No sabía si admirarla, apenarse de su cruz u odiarla por no decirle cuatro verdades a aquel disparatado ser con el que ellas habían aprendido a transigir con obediente destreza.

—Ahora mis hermanas están bastante entretenidas con Capito el abusón, que bien aprovecha los alegres ofrecimientos de Felicia y Clementina... en exceso, diría yo, en atención a la honra adeudada a nuestra posición como representantes del César.

Las palabras de Faustina despertaron el interés del padre.

—Habla con más claridad —dijo Abelardo Aldo Cecilio.

—¿Tengo tu permiso? —Faustina quería asegurarse.

—Hoy parece estar algo sorda, hija mía —añadió él con una entonación impaciente.

Había llegado el momento de soltar el estallido.

—Bien, padre, es mi obligación de hermana mayor informarte de que mis dos



hermanitas, sobre todo Felicia, están excediéndose con el puerco abogadillo este de Emerita. Clementina siempre ha sido un poco lela, padre, y su ser timorato la retiene en los márgenes de la rectitud, pero Felicia está dando mucho que hablar. ¡Total!... Para no casarse con ese don nadie... ¡Ah, sí, perdona mi olvidadiza memoria! Ha estudiado en Roma y ha ganado una carrera en el circo... El gladiador de las leyes, cuyas intenciones con Felicia deberías cortar cuanto antes.

—No acierto a comprender tus recelos.

—Padre, hablan en toda la colonia de Felicia, le tienen apodos, la ligera, y otros, la picaresca, y se ríen de nuestra casa por tales ligerezas... También dicen —Faustina hizo un gesto de recato, puro teatro—... Dicen que... para tener padre los ojos tan saltones, bien poco ve lo que tiene en casa.

—¡Pero qué paparruchas son estas! ¿Estarás de broma, no? ¡Cómo no me ha informado tu madre sobre estas calumnias! No se lo perdonaré.

—Cálmate, padre —dijo Faustina con inocencia.

—Esto no quedará así —clamaba a gritos—. Estos malolientes emeritenses se van a enterar... je, je, je... ¡Qué se habrán creído estos cretinos! Son solo excrementos fétidos y boñigas hediondas. ¡Todos! No valen ni para dormir, empezando por el bastardo de Furnio. Ese, ese es el que ha levantado esas miserables injurias y aún no se ha enterado de que conmigo no se juega. Él informó del viaje de los libros sibilinos a Roma, y ese hecho a mí no se me ha olvidado... je, je... ¡Cómo se me iba a olvidar! Si podría conducirme al declive político. Furnio pagará con creces su desfachatez, voy a cargarle la muerte del insolente Valerio Hymino... Y aunque no vino al banquete, hallaré el modo de encasquetársela.

Faustina se tornó pálida; observó a los músicos que se desentendían de la escena. No sería la primera vez que la ira del procurador alcanzaba a sus inofensivas personas.

—Padre, no hablo de Furnio —la hija decidió entrometerse en medio del intempestivo siroco—. Hablo de Capito.

El hombre la miró con los ojos a punto de explotar en sus órbitas.

—¡Y a mí qué! Aquí mando yo. Todas esas habladurías las ha inventado Furnio, estoy absolutamente convencido, conozco al tipejo, ya me la ha jugado una vez, pero pagará por triplicado su insolencia. Como dice tu madre, hay que saber esperar. Aprenderá de una vez por todas que una mierda de duunviro no le planta cara a un procurador de Roma.

A medida que Faustina escuchaba a su padre despacharse de forma desmedida con las maniobras para comprometer a Furnio en la muerte del otro duunviro, comprendía que había despertado al monstruo. La puerta del salón se abrió de golpe. Fabiana, alertada por la esclava de su hija, maquillada a medias y despeinada, entró con la sobria elegancia de una reina desairada.

—Querido, cálmate, se oyen las voces hasta en la planta de arriba, no le conviene a tu tensión, esposo mío —le dijo con dulzura casi teatral mientras sus ojos

desencajados trituraban a la hija mayor—. Cecilio, espero que no hayan sido las chiquilladas de Faustina las que te han incordiado de esta manera, debemos darle a las niñas obligaciones que centren su mente en hechos más provechosos.

—Fabiana, ¿tú sabes lo que se dice de mí en Emerita?

—Que eres el mejor candidato para ser gobernador... —le contestó la esposa.

—Querida, ¿no me creerás capaz de aceptar las burlas de los pestilentes emeritenses?

—Pero ¿de qué hablas? —Fabiana temía lo peor.

—Que te lo diga tu hija.

Faustina no se atrevía a hablar.

—No pongas cara de mosquita muerta, nadie te salvará de tus conspiraciones —dijo la madre lanzándole una mirada de absoluto desprecio—. No tenemos bastante con la guerra que vienes a sembrar la ira de tu padre con embustes.

—Dile a tu madre lo que dicen de mí en la colonia —señaló el padre vacilante.

—¡Dímelo! —Se acaloró Fabiana.

—Dile lo de los ojos saltones —alentaba el padre a medias.

Faustina reprodujo avergonzada algunas palabras, otras las cambió por expresiones menos hirientes. La madre maquinaba. Faustina se había metido en este lío por sus errores y aprendería de la mano de su padre con la dureza de su crueldad, nunca más se atrevería a engañarle, a lo mejor así se le pasaban los celos que la consumían de una vez por todas.

—Querido, yo tengo ojos en toda la colonia y nadie se atreve a mencionar tu nombre, te temen, cariño, como tú deseas. Estas sucias mentiras tienen su amparo en los celos de tu hija mayor con la del medio. Debes creerme, esta sucesión de falsedades buscan indisponerte en contra de Felicia, ¿o no?

—Padre, perdóname, perdóname —asintió la mayor sin justificarse.

El plañidero y quejumbroso sofocón de Faustina era la única certeza expresada en tanta farsa. Abelardo Aldo Cecilio recibió esta evidencia con enorme alivio, como si levantaran una losa de su pecho, y contra todo pronóstico, perdonó a Faustina con liberalidad, atribuyendo sus patrañas a una travesura boba y a una pataleta de niña caprichosa e ilusa.

—Que se vaya a su cuarto, hoy no almorzará —ordenó la madre, a la que el enojo no se le había pasado.

—Pero si ha sido una chiquillada. La verdad, me causa risa comprobar hasta dónde llegáis las mujeres con los celos. ¡Qué cosas más tontas ocupan vuestras cabezas!

—Chiquillada o no, lo que ha hecho no está nada bien y merece un castigo.

—¡Ah! ¡Claro que sí! Faustina se llevará su merecido... Ya pensaré en algo, sobre todo me ha molestado que se haya metido con mis ojos. ¿No te gustan, querida? —le recriminó el hombre—. Siempre había pensado que os encantaba el color azul que habéis heredado de mí y del que tanto presumís.

—Claro que sí, padre.

—¿Y si os sacara los ojos a las dos y me los comiera? ¿Os gustaría?

—Por favor, Cecilio, piensa lo que dices —precisó Fabiana aterrada—. Son tus hijas y esta broma es de mal gusto.

—¿Te ha hecho gracia, Faustina?

—Vete a tu cuarto, hija —conminó la madre.

Faustina desapareció; el pánico le había descompuesto el estómago y le urgía ir a la letrina. A la muchacha le había salido todo al revés. Sus ojos azules se embebían en la acuosidad del mar embravecido. Odiaba y temía a su padre. Nunca más podría ver cómo besaba a alguien sin adivinar tras ese gesto el ósculo del tal Judas, que según había escuchado decir traicionó al dios de los cristianos causándole la muerte.

El destino parecía resistirse a la voluntad firme de Sexto Furnio Juliano de arreglar cuentas con Tito Emilio. La burda falacia de la amistad que les unía no nublabla ya la mente de Furnio, sus ojos traspasaban la apariencia. Lo esencial subsistía diáfano: Tito Emilio actuaba movido por intereses exclusivamente personales, ajenos a la amistad, a la lealtad y en especial a la sinceridad, y por la vigencia de aquellos mentía, traicionaba, delinquía. Por segunda vez una sirvienta le informó de que el amo no había vuelto. El duunviro debió hacer un ejercicio de moderación incondicional para no vociferar su fastidio, arrancando sus zancadas con urgencias iracundas. Decidió deambular. De todas sus manías, la que peor soportaba era planificar su tiempo y no cumplir tales previsiones. No hallar a Tito Emilio en la domus, retardando con ello sus quehaceres, había azuzado su malestar contra él. Se encaminó al puente, el sol flirteaba a bocajarro. El calor en el rostro relajó su expresión. Le resultaba raro el vagabundeo zigzagueante de un lado a otro del pretil del puente. Luego debió reconocer la vergüenza succionadora que lo retraía y aislaba de sus conciudadanos. Demasiado le importaba la opinión de estos, qué pensarían al verlo distraído, con el trabajo por hacer. Hasta tal punto se juzgaba el duunviro que si alguna persona se fijaba en su desidioso entretenimiento simulaba otear con tesón las aguas del Ana, como si debiera acometer una iniciativa de gobierno, tareas más trascendentes y enjundiosas a la del disfrute. No obstante, con la brevedad de una estrella fugaz, por momentos se sustrajo al qué dirán y gozó del ocio impuesto, efímeros instantes que llenaron su alma de alegría que poco duraron, mera alucinación, pues en el segundo en que divisó lejano el saludo de Cayo Voconio se reavivó con virulencia su frustrado objetivo. Entonces subió hasta el foro, pocas trancadas separaban el puente de la plaza.

El azar premió su carácter voluntarioso. Tito Emilio abandonaba el foro acompañado por alguien. Lo siguió a una distancia prudente. Bajo el anónimo acecho llegó a casa del exsenador. El agobio de tanta prórroga asaltó a Furnio con virulencia impaciente, e hizo resonar la aldaba sin confiar en una ocasión más oportuna, estaba

hasta la coronilla de dar vueltas. Tito Emilio fue informado, y sin ningún margen, apenas un periquete, apareció con los brazos en alto. Había regresado de Norba Caesarina hacía dos días. La visita de Furnio le produjo una inmensa alegría, que el viejo expresó con aspavientos. Sus ojos y su aliento no engañaban, Tito Emilio había bebido un poco más de la cuenta. Con movimientos desordenados se recolocaba la toga, gris de luto por Valerio Hymino, una muestra más de sus embustes, que le caía del hombro una vez y otra. Furnio se dejó zarandear sin corresponder a las muestras de afecto del anfitrión.

—Mi buen Furnio —el hombre tiró de él—. Ven, mira... —dijo con júbilo—. Te presento al hermano pequeño de mi mujer. Vive en Norba Caesarina y ha venido con su esposa a visitarnos ¡por fin! Lleva doce años diciendo que volvería a Emerita y se ha cumplido lo que parecía una leyenda.

El cuñado se mostraba campechano y risueño, al estilo de Tito Emilio. La hilaridad retardaba sus respuestas.

—Os he traído un regalo de Norba Caesarina —señaló con ilusión.

—No tengo buenas noticias que ofrecer, de modo que no me creo merecedor de tales albricias —respondió Furnio—. Sería mejor dejar el entusiasmo para después de mi visita. Luego celebraréis sin la cortapisa de mi comparecencia.

Tito Emilio se sintió chafado en su exultante ánimo. No obstante, insistía en obviar el desaire del duunviro y disculpaba su displicente contestación sumándole atributos que en modo alguno Furnio recompensó, ni siquiera en deferencia a la presencia del familiar, que abría los ojos ante aquella intransigente negativa a sumarse al ambiente de algazara reinante.

—Es lo que tiene ser duunviro en solitario de la colonia. Los asuntos no pueden esperar —fanfarroneaba Tito Emilio, eximiendo a Furnio de la manifiesta animadversión que escupía.

En vista de la celeridad esgrimida por el duunviro, pasaron al tablinum. Tito Emilio se mantuvo callado ante la insuficiente elocuencia para transformar el extraño talante de su amigo. La domus del patricio pertenecía a la primera distribución de tierras que se hizo con la colonización de las legiones x Gémina y v Alaudae casi cien años atrás. Muchas de estas casas habían evolucionado con la construcción de un segundo piso y de locales comerciales y muchas habían estrechado el espacio porticado al aire libre que precedía a la acera. Tito Emilio conservaba la hechura primigenia de una sola altura. El alegre patricio vivía en el decumanus máximo, la arteria principal norte-sur que dividía la colonia por encima del foro municipal, cuya parte trasera casi rozaba su huerto. En el atrio se replicaba el estilo pictórico del vestíbulo compuesto de llamativos estucos pintados sobre molduras imitando cuatro vistosas pilastras como si fueran incrustaciones de mármol, tal era el brillo de la pintura y el destello de los colores. Entre las columnas se distribuían vertiginosos macetones de helechos, arecas y, menos crecida, lavanda. Tito Emilio poseía una gran casa; sin embargo, el oneroso mármol apreciado en las últimas reformas de algunos

vecinos de su mismo estatus no representaba en su vivienda el símbolo más destacable del triunfo económico. El tablinum contaba con columnas avanzadas en perspectiva con el efecto de dar profundidad a la habitación en sus paredes más estrechas y en las otras dos, y copiando la decoración del Ara Pacis de Roma se proyectaba una combinación de medias pilastras con guirnaldas de hojas y frutos. En cuanto al triclinio, era una amalgama de murales acompañados de algunos revestimientos y molduras que pretendían mostrar sin tanto derroche la finura y la excelsa economía de su propietario. Las visitas tocaban aquellos dibujos para comprobar si existía el relieve que se proyectaba o era una ilusión y las paredes estaban planas.

—¿A qué ha venido tu grosería de ahí fuera? —espetó Tito Emilio al cabo de un rato, extrañado por el insolente obrar del otro.

—Se llama sinceridad. Estoy muy enfadado contigo por tus continuas y disparatadas mentiras, por tu traición. Por tus delitos. Sé la verdad, lo sé todo.

Tito Emilio no se anduvo con paños calientes, se imaginaba por dónde iban los tiros.

—Tú dirás —añadió el viejo patricio sin más.

—Fuiste tú el que dejó que se fugasen el carnicero y su compinche.

—Sí.

—¿Quién te lo pidió? Y ¿qué recibiste a cambio?

—No me hables como si yo fuera un despojo, tú un dechado de virtudes y esto un interrogatorio —se defendió Tito Emilio—. Tú engañaste al senado diciendo que no podían bajar a los calabozos por el contagio de lepra... El abnegado Furnio, él sí bajaba a ver al prisionero ante la renuencia de todos a exponer su salud. Por cierto, ¿qué pensabas hacer con el carnicero? ¿Juzgarlo? No me hagas reír. ¿Tú crees que podrías irle a la contra a alguien de su posición? ¡Iluso! Yo solventé un problema gordo para ti.

—Por entonces... que te quede claro, yo tenía los libros sibilinos en mi poder. Si no lo hubieses liberado, habría sometido al carnicero a juicio. Otra cosa es que desde Roma me hubiesen parado los pies si tanto poder tenían el criminal y su grupo. Mi única culpa es que confié ciegamente en Halys y él pertenecía al mismo bando que ese esperpento al que tú devolviste la libertad. Si Halys me hubiese pedido que soltase al asesino por el bien de los libros sibilinos, le habría entregado los libros para que los llevara a Roma, pero nunca habría liberado al sacerdote.

—Eso lo dices ahora.

—Lo juro por mi vida y la de Arria Pale, que me fulmine un rayo si miento —respondió tajante el duunviro—. También a ti te enredó Halys, ¿no es cierto? No sé qué te contaría para hacerte partícipe de toda esta mierda, lo que sí me queda claro es lo que te pagó por tu contribución. No fueron ideales lo que te movió a arriesgarte, fue el dinero, el poder... Pues implora a los dioses para que gane Otón la guerra, porque, si no, tanto esfuerzo no habrá servido de nada.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me importa mi hijo? ¿Que lo hice por él? Pues ya lo sabes. Él quería marcharse a Roma y yo tuve la oportunidad de que lo hiciera por la puerta grande, cualquier padre habría actuado como yo, ¿no crees?

—¡No! —exclamó Furnio asqueado—. Solo miraste lo que ganabas. Cualquier padre no habría hecho lo mismo, eres cómplice de un vil homicida. ¡Es inconcebible! ... Recuerda, le diste la libertad a un asesino. Él se llevó por delante la vida del joyero Alexander y de nuestro amigo Norbano Mensor. Los torturó. Es de justicia que paguen por ello, se lo debemos.

—¡Nunca hubiésemos juzgado al carnicero!

—Eso fue lo que te dijo Halys. Total..., si al final lo iban a liberar, ¿por qué no adelantarte tú y cobrar por ello?

—Piensa lo que quieras. Mi actuación no cambió el destino, si acaso lo adelantó. Furnio comenzó a reír con desprecio.

—El destino. ¡Quién lo sabe! De nada te servirá lo que has hecho si gana Aulo Vitelio. ¿O irás corriendo a Roma a ver qué trabajos sucios se precisan? Será tu nuevo oficio, asesino a sueldo... Eso sí... tu hijo seguirá en la corte, que es lo más importante. ¡Qué gran cima guía tus actos, amigo! ¡Qué gran verdad persigue tu vida!

—Pero ¿quién te has creído que eres? Márchate de mi casa —apuntó Tito Emilio.

—Desafortunadamente no puedo encarcelarte, me embrollaste en las impudicias de tus falsedades. Pero tenlo claro: si pudiera lo haría. ¡Eres un deshecho inmundo!

—No más que tú —sentenció el viejo acalorado—. También tú te equivocas, no eres el adalid de la amistad que pregonas. Ahí tienes a tu amado Cornelio Severo, penando como un perro y todavía no has hecho nada para reparar la afrenta de tu hija. También esa es tu obligación como padre y como amigo. ¿Qué me dices? ¡Responde!

—El hombre pretendía morir matando—. Así que no vengas a mi casa a darme lecciones morales de las que le gustaban a tu aplaudido Séneca. Tu admirado mentor, lecciones que ni él mismo aplicó en su vida, igual que tú.

—No te atrevas a nombrar a Séneca, qué sabrás tú.

—Más de lo que te piensas, maldito engreído. Eres tan cobarde como Séneca.

—Séneca prefirió suicidarse en vez de morir a manos del emperador, su antiguo alumno —balbució Furnio herido por las calumnias a su maestro—. ¡Valentía sin igual!

—¡Séneca! ¡Séneca! Él no vivió como un estoico. ¡Qué me dices de su obra contra Claudio! —Tito Emilio hizo un inciso para recordar el nombre—. No me acuerdo, pero bien que lo ridiculizaba, justamente por una conducta que precisamente debió aplaudir como estoico y todo por seguirle la corriente al bastardo de Nerón. O la carta que envió al senado justificando el asesinato de Agripina. ¡Eso no tiene nombre! O su silencio en el asesinato de Británico y de otros.

—Eres un mendigo de la vileza, tus palabras sobre Séneca así lo demuestran. Su vida fue una vida de aciertos, su muerte fue valiente y fiel a su doctrina como estoico. Pocos en la historia podrán superar ese más que admirable final suyo, yo diría

sublime, y sin embargo tú pretendes ensuciar su nombre rebuscando nimiedades que solo sus adversarios se han atrevido a espolvorear para ensuciar su prestigio y su gran labor. La inmensa mayoría de las acusaciones contra él fueron infundadas y falsas. Y dime, ¿para qué me hablas tú de Séneca? Para dignificar tu nombre con el oprobio del suyo. ¡Eres un ser rastreo!

—Vete de mi casa o tendré que echarte.

—Me voy sin necesidad de recurrir a la fuerza —dijo Furnio cabizbajo y abatido—. Me voy citando a Séneca, al que tanto parece detestar, invocando una gran frase suya que dudo conozcas, más inclinado te percibo a las calumnias que a la sabiduría.

Entonces el duunviro, sin artificios pero de forma afectada, miró hacia arriba y canturreó:

—«Vuelvo más avaro, más ambicioso, más sensual, aún más cruel y más inhumano, porque estuve entre los hombres». Y yo agrego, porque quise y confié en Tito Emilio.

Estas palabras pincharon el corazón del viejo, que se dio la vuelta. Sabía que había obrado mal liberando al carnicero. Desde su fuga no había transcurrido un solo día en que no temiera la coyuntura actual. Y ahora, ante la lengua implacable de Furnio, era incapaz de reconocer su falta y apelar al indulto. En su lugar, había tratado de armarse de razones, repartir las culpas y todo se había ido al traste.

—Por favor, respóndeme la pregunta —añadió el duunviro con el alma destrozada—. Halys fue el que te ofreció el trato, ¿no?

—Si ya lo sabes, qué más da mi respuesta.

—Tienes razón.

Tito Emilio le había sorprendido de lo lindo, nunca se hubiera imaginado en él, que a veces parecía un zascandil, una defensa de su causa tan ágil, tan gallarda y fiera. Había involucrado a Séneca en su intento por vencer. ¡Le revolvió las tripas su osadía! Con el corazón partido, la sien latiéndole a mil y una gran debilidad en sus extremidades, el duunviro se marchó. Lloraba por su ídolo, Séneca, por sus ideales, por la pérdida del viejo Tito Emilio, al que apreciaba; lloraba por su soledad, por Cornelio Severo, por la tragedia de Ploto; sentía una tristeza infinita. El mundo era un fraude. En la calle miró al horizonte suplicando a los dioses un rayo para él y así ganar la partida a los tormentos que lo estaban volviendo loco.

La visita de Arria Pale a Cornelio Severo no lo había dejado impasible como su silencio incitaba a suponer. Durante las horas siguientes el recuerdo de Matidia se adueñó de él con ternura. Muchas veces ella quería regresar a su memoria y él la apartaba, en todas las circunstancias su ausencia siempre le resultaba dolorosa y luchaba por escupir ese vacío que jamás consintió llenar con ninguna otra mujer. Matidia era corazón, de eso se enamoró Cornelio Severo. Fuese o no el espíritu de Matidia, lo cierto era que el flamen provincial sintió enormes deseos de reanudar

relaciones con Furnio. Una queja, sin embargo, sí tenía contra él, pues a pesar de ser Marcia la hacedora de la desgracia contra Capito, correspondía a Furnio como cabeza de familia arreglar el desaguado, y para Cornelio Severo era imperdonable su tardanza en tomar la iniciativa. Este constituía su mayor reproche. A su vez, y a duras penas, el flamen provincial reconocía que tampoco él había ayudado a recomponer la situación, bien al contrario, la había inflamado mandando mensajes a Furnio por boca de otros con los peores auspicios. Sin embargo, ahí estaba Arria Pale, su valor en territorio adversario lo cambiaba todo. Cornelio Severo había contado perpetuamente con el apoyo de Arria Pale, con su tiempo, su dedicación y en especial con sus amorosos sentimientos, que tanto le recordaban a su esposa muerta. El corazón de Arria Pale había moderado sus instintos vengadores, disipado parte de su irritación y ablandado sus emociones. En ese estado bienhechor el flamen añoraba el profundo vínculo que le unía a Furnio, verdad irrefutable, como lo era asimismo su inexperiencia en mantenerse en el estrato de los sentimientos, esfera donde él se hallaba profundamente perturbado, incómodo e ignorante. Perdonar, comprender, amar, aceptar, provocaban en el hombre un estado interno que detestaba; se sentía vulnerable, frágil, sin escudo, expuesta su debilidad a los ojos del mundo y a la impudicia de este, pues el flamen albergaba la certeza de que otros aprovecharían su entrega para blandir la daga y amortajarlo, esa era su percepción y su verdad. De modo que Cornelio Severo se hallaba dispuesto al amor, al perdón, alegre y abierto a la par que desconcertado y receloso. En medio de tal contradicción, bajo el vasallaje del recuerdo melancólico de Matidia, permaneció escondido en la habitación hasta tomar fuerza. Los esclavos cuchicheaban haciendo cábalas de lo sucedido. Llegado el almuerzo, su voracidad se había aplacado; con todo, zampó de lo lindo. Luego volvió a recluirse y dos horas después retomó sus responsabilidades, tardó un tiempo considerable en ataviarse la toga, no dejaba de recolocar las arrugas que subían desde la cintura hasta el brazo izquierdo, a la altura del pecho fruncía la tela alisando los pliegues como si desease fijarlos al conjunto sin posibilidad de movimiento alguno, buscaba la seguridad que no sentía por dentro, que la tela permaneciese tiesa como el escudo de un legionario. Finalmente salió a la calle en busca del senador Manlio Celio, debía hacerle el interrogatorio comprometido con Sulpicio Superster.

En el mes de marzo el tiempo se estiraba, las tardes daban más de sí y la oscuridad del invierno dejaba paso al florecimiento de la naturaleza, a la exaltación de la vida, de la belleza. El color verde brotando de la tierra con brío inusitado enseñoreaba los patios y los huertos de los emeritenses y las tierras de labor. Cornelio Severo llegó ansioso a la domus de Manlio Celio, cobijaba su ánimo un desencuentro con la liviandad que no dominaba, sus músculos parecían más flácidos que nunca, los tendones amenazaban evaporarse y tentaba sus huesos una y otra vez como si fueran a deshacerse. El magistrado sentía como si el calor de su corazón le robase la fuerza vital, venciéndose a la supremacía de su voluntad, de su instinto de dominar y existir por encima del mundo. Con esa sensación de estar desintegrándose trabó con esfuerzo la



aldaba sobre una puerta entreabierta robusta y vieja. El senador Manlio Celio acudió a su encuentro, su endeble y añosa figura se cimbreaba por el vestíbulo bajo unos andares particulares por los que era reconocido, pretendía marcharse, salía para el foro municipal. Cornelio Severo le obligó a quedarse: empresa imperiosa de atender traigo yo, esbozó sin rodeos, y luego sus gestos de jefe indicando el recorrido hacia el atrio no dejaron más opción a Manlio Celio que ponerse a su servicio, en nada ayudaba tenerlo a la contra. Cornelio Severo tenía esa costumbre: mandaba como si fuera un derecho de nacimiento, sin prejuicios ni apuros y sin miedo a que otros cuestionasen su dirección.

—Dada la urgencia de tu visita deduzco asuntos graves. Este es sitio de paso —añadió con discreción Manlio Celio—. Entiendo conveniente quitarnos del medio.

—Consideración idónea que te agradezco, no deseo demorarme, lo cual dependerá de ti —respondió Cornelio Severo bajo un halo amenazante que provocó el pestañeo compulsivo del otro.

Hablaron de las trivialidades del día a día hasta acomodarse en el patio trasero que Manlio Celio poseía al final de su propiedad y que daba idea de las riquezas de un pasado más lustroso.

—Se trata de la muerte de Valerio Hymino —destapó directo el núcleo de la visita.

—Me lo imaginaba. Aquí estoy para lo que precisas.

—Me alegra tu disposición a colaborar. Ya sabes que ayudo a Sulpicio Superster a esclarecer la muerte del difunto y que este lo hace por mandato de Abelardo Aldo Cecilio, decidido a dar con el asesino del duunviro cueste lo que cueste. Vengo a verte por dos motivos, el primero, porque gozabas de una posición de privilegio y confianza en la relación con Valerio Hymino y supongo me podrás hablar de ciertos lances que solo un amigo íntimo —Manlio Celio carraspeó incómodo— conoce de otro.

Los incisos de voz y la mirada inquisitiva del flamen aceleraron la intervención de Manlio Celio, que se sintió amenazado.

—¿Y el segundo motivo? —El enjuto senador intentaba capitanear la conversación.

—Vayamos paso a paso, centrémonos en el primero —ordenó Cornelio Severo—. ¿Qué hechos interesantes me puedes anunciar sobre Valerio Hymino? Me refiero a alguna jugada de las tuyas... Seré más explícito y muy sincero. Todos sabemos que le gustaba fastidiar en general y en especial si podía sacar tajada del abuso. Nos entendemos, ¿no?

—Perfectamente. Pero no te engañes. Durante algún tiempo fuimos íntimos, aunque eso pertenece a una etapa antigua.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? Tengo entendido que pensaba pagarte la campaña en los comicios pasados, y además, si ganabas, los munera.

—Tú lo has dicho, has puesto la fecha, desde entonces. Me dejó con el culo al

aire después de que presenté mi candidatura al duunvirato, a lo que añadido para más repateo que fue él quien me convenció de presentarme sabiendo que no gozo de una saneada economía en estos momentos —dijo indignado Manlio Celio, sabedor de que el mendaz mecenas del asesinado lo sumaría al carro de los sospechosos.

—¿Y qué sucedió entre vosotros para que él te la jugase de esa manera? —Arañaba Cornelio Severo poco a poco las respuestas.

—Nada, creo que no quiso malgastar su dinero al saber que Furnio se presentaba. Pero Valerio Hymino jamás reconoció algo sí, en el último momento se limitó a decirme que me había ido de la lengua y no merecía su ayuda, echándome a mí la culpa de su proceder. —El senador Manlio Celio hizo un inciso. La tensión del recordatorio llenaba de aire sus mandíbulas y le obligaba a fruncir la boca originando profundas líneas verticales sobre el labio superior—. No es cómodo para mí hablar de este asunto, y menos con Valerio Hymino difunto. Si estuviera vivo al menos podría despotricar contra él, pero encima debo morderme la lengua... hablar mal de un muerto no está bien, trae mala suerte.

Manlio Celio se atusaba el pelo nervioso. El flamen decidió aprovechar la tesitura para arrancarle cuanto antes las verdades que buscaba; no tenía ganas de aguantar monsergas, le enervaba soportar sandeces y hacerse el tonto.

—En definitiva... que tú tenías un motivo para desear su muerte. Debo avisarte de que eres un posible sospechoso y tu nombre saldrá en la lista que daremos a Abelardo Aldo Cecilio caso de no dar con el culpable. Al procurador le gustará escuchar tu historia personalmente y, si lo estima conveniente, no dudará en utilizar métodos que el imperio atribuye a los bárbaros. Insisto, por tu bien, ofrécame nombres que investigar y sus motivos para el crimen. Guardas información, lo sé.

Manlio Celio se había quedado traspuesto. Fue al cabo de un rato cuando reaccionó.

—No tienes ninguna prueba contra mí; no entiendo cómo os atreveréis a darle mi nombre a Abelardo Aldo Cecilio, cuando soy una víctima de Valerio Hymino, solo eso.

—Por si te sirve de consuelo, también hay otros sospechosos. De ninguno tenemos pruebas, pero todos tenéis razones. Créeme, tu historia es la de otros a los que también se la jugó... existen muchos odios, profundos, devastadores. Si no conseguimos pruebas, presentaremos la lista de sospechosos a Abelardo Aldo Cecilio y él averiguará lo demás. Así de claro nos lo ha dicho.

El senador Manlio Celio se tocaba los pies bajando su derrengada figura, parlotando frases a medias sobre su inocencia. Luego subió las manos frotando sus rodillas, defendiendo su nombre y el de su casa. Era irrisorio pensar en él como un asesino, con su tamaño, su fuerza, su edad, además, él era hombre de paz, aseguraba persuadido, él jamás se conduciría por el camino de las armas. Únicamente en su fantasía había deseado el fuego abrasador para el canalla Valerio Hymino. El interrogador esperó hasta tenerlo abatido, entonces el cuchillo deshollinador del

procurador salió a la luz.

—Más pretextos tienes tú que nadie para hablar y desembuchar lo que sepas. No mereces que el procurador te arranque la piel a tiras por el asesinato de Valerio Hymino —terminó de rematar el flamen de la provincia.

—Debo ser franco —anunció finalmente el otro—. Sé de dos personas que podrían tener motivos para matar a Valerio Hymino. Me refiero a bellaquerías de no hace mucho, lo que sucede es que no me gusta acusar a nadie sin pruebas.

—Te entiendo —dijo Cornelio Severo con la tranquilidad de quien sabe que ha ganado la partida—. De todas formas, tal y como yo lo veo, la cosa es simple: o tú o ellos. Cuanta más información tengamos, mejor investigaremos, más fácil será cazar al asesino, y todos los inocentes, tú entre ellos, quedaréis libres y vuestros nombres limpios de tantas calumnias. Debes defenderte. Tu nombre también ha salido a la arena por boca de otros.

—Jupiter me proteja. No soy un mártir, pero tampoco un asesino —matizó con énfasis.

—Dame esos nombres, debemos atar cabos.

Manlio Celio terminó de desmoronarse, no le quedaba otra opción.

—Hace poco tiempo, quizás dos meses, Valerio Hymino vino a verme, traía dinero, quería reconciliarse conmigo, decía que se había portado mal permitiendo mi descrédito, que se aireasen mis finanzas y que todos en la colonia me humillaran y se riesen de la bufonada de las elecciones. Con esta suerte de lindezas y sin ninguna delicadeza se personó en mi casa, eso sí, por lo menos admitió su culpa. En señal de arrepentimiento me entregó dinero —el senador bajó la cabeza—. Debes saber que lo acepté, primero me negué por dignidad, pero luego...

La vergüenza del hombre liquidaba hasta su orgullo corporal, abatiendo un poco más su chepa.

—Por favor, entiéndeme, mi casa lleva arruinada mucho tiempo —continuó el senador justificando su conducta—. No sabes lo duro que es vivir en la indigencia, rechazar invitaciones para cenar porque al llegar mi turno no podría corresponder los obsequios anteriores, ver a mi familia padecer y carecer de lo más sencillo.

—Me hago cargo —respondió Cornelio Severo—. Aceptar ayuda no es indigno, provenga de quien provenga —fue la coletilla que le salió, puro impulso solidario que en el fondo no compartía.

—Gracias. Acepté el dinero de Valerio Hymino por auténtica necesidad, sabía que él no lo hacía por mí, por compasión, sino porque estaba solo, sin amigos, no tenía a nadie que deseara su compañía. Al aceptar sus sestercios sabía que debía escucharlo y pensé que podría soportarlo, pero nunca volví a ser su amigo.

—Ya —dijo el otro asintiendo.

—Voy al grano. Te daré los dos nombres de sus últimas víctimas. El primero es el senador Lucio Fabio. Hace poco Valerio Hymino le vendió un terreno por la zona de las lomas, al que, echando un rato, se puede llegar andado desde la colonia. El

contrato de compraventa lo firmaron en el despacho de tu hijo, él fue testigo. Lo importante de este asunto es que Valerio Hymino pensaba proponer a la curia la expropiación de este terreno para trasladar el basurero que se come al área funeraria cercana a la muralla, por la zona del río Barraeca. Por supuesto, Lucio Fabio se enteró y fue a ver a Valerio Hymino para deshacer el trato, pero este no quiso saber nada del asunto y se aferró al contrato que tenían firmado. Lucio Fabio prometió matarlo, dijo que no se saldría con la suya y que solo por encima de él aquella expropiación se llevaría a cabo.

—Capito no me ha referido nada sobre la venta de ese terreno —opuso Cornelio Severo pensativo—. Tampoco me extraña, es bastante reservado y cuando se trata de sus clientes lo es aún más.

El senador Manlio Celio parecía más descargado al largar los nombres. A pesar de su intento por mantener las manos secas, el sudor había aumentado y la toga socorría la humedad.

—Terminemos cuanto antes, tengo recados urgentes para esta tarde.

—Prosigue, cuando tú quieras —le indicó Cornelio Severo.

—La segunda persona es Lorenza.

Cornelio Severo elevó las cejas agolpando los frunces de la frente en una franja estrecha, una reacción que pregonaba con imperio la sorpresa de aquellas palabras. La viuda Lorenza sería la última persona a quien nadie acusaría.

—¡Qué tontería es esa! Pero si a Lorenza no le sale la voz del cuerpo.

La repulsa del flamen provincial era lógica. Los incesantes movimientos de manos de su interlocutor lograron serenar la tajante convicción de Cornelio Severo. Debía escuchar primero.

—No me he vuelto loco. Escúchame. Quizás Lorenza no tenga nada que ver en la muerte de su esposo, posiblemente, ¡yo qué sé! Pero debes escuchar lo que me pasó con ella. Vino a verme después de que se presentase en su casa el senador Antonio Murena y se montase la de Neptuno y Marte en una. De este episodio estarás enterado, ¿no?

—Sí, y toda Augusta Emerita también.

—Cuando llegó a mi casa estaba fuera de sí, jamás en mi vida la he visto en ese estado, no parecía propio de ella, era como si estuviera poseída por un lémur. Apareció sudando en pleno invierno, con los ojos ensangrentados de tanto llorar, me dijo que Valerio Hymino no merecía vivir y que ella se encargaría de que Caronte lo llamase cuanto antes. No podía creerse que hubiera tenido relaciones con las esclavas de su casa. Me contó, fuera de sí, que desde el principio supo que otras ocupaban la cama de su esposo, ramerías sobre todo, a ella le daba igual, hacía años que no eran amantes, casi lo prefería, ella era una persona solitaria y que la dejasen en paz era su mayor deseo. Sin embargo, que Valerio Hymino se hubiera acostado con las esclavas de su casa no podía perdonárselo, era una humillación irreparable. Al parecer no solo se había acostado con la esclava y amante del senador Antonio Murena. A raíz de

aquel episodio llamó a sus esclavas y todas le confesaron haberse acostado con el amo y más de una juró haber abortado de él. Aquellos testimonios la trastornaron. Me pidió que ideásemos un plan para matarlo, me dijo que me daría todo lo que le pidiese, que conocía mi situación financiera y que todos mis problemas acabarían. Por supuesto, le dije que no, y al mantener mi negativa me respondió que le daba igual mi cobardía, que buscaría aliados más generosos y valientes, que intercedería ante el procurador Abelardo Aldo Cecilio, al que no le temblaría el pulso. Yo no la tomé en cuenta, pero luego supe que había ido a ver al procurador, me lo dijo el mismo Valerio Hymino, al que le pareció una radical extravagancia aquel capricho de su mujer.

—Interesante, interesante —Cornelio Severo seguía estupefacto.

—No puedo ayudarte más, amigo, debo marcharme —entonces Manlio Celio se levantó del asiento sin ningún protocolo—. Discúlpame, pero salía cuando tú has llegado y me urge atender asuntos prioritarios de mi casa.

Cornelio Severo dio el visto bueno. ¡Menudo notición le había soltado! El enjuto senador caminaba hacia el vestíbulo a toda prisa, parecía no afectarle la gravedad. La publicidad de las últimas canalladas de Valerio Hymino aligeró su etérea estructura corporal. Cornelio Severo aceleró el paso intentando situarse a la altura de Manlio Celio, la flojera de su cuerpo se sumaba al abotargamiento de su mente y en dos ocasiones el anfitrión debió esperarlo en honor al decoro obligado. Ya en la calle, los dos hombres bajaron en silencio y veinte pasos más adelante, en la encrucijada del cardo y el decumano, se despidieron tomando caminos dispares. El vaporoso y libre trotar del viejo senador Manlio Celio contrastaba con el contundente movimiento de Cornelio Severo, satisfecho por los magnánimos secretos obtenidos. El peso de los misterios se había trasladado de bando.

## En dirección al principio

«Viviendo en el aire es fácil caer».

La colonia de Augusta Emerita era tan supersticiosa como la gran metrópolis y cualquier proclama que alentase el mundo de lo sobrenatural era acogida con disparatada certeza. Después del crimen de Valerio Hymino y el levantamiento en armas del general Aulo Vitelio contra Otón, la ciudadanía asumía las venideras calamidades como voluntad inapelable del Olimpo y discernía con increíble sugestión una era convulsa de catástrofes para la colonia. Esa mañana, decimoquinta del mes de marzo, las calles de la colonia eran ocupadas por la muchedumbre jubilosa que se encaminaba a orillas del río Ana a celebrar los fastos de Anna Perenna presididos por el alegre alboroto del vino, el baile, el canto y el amor. En esta celebración existía la costumbre de beber tanto vino como el cuerpo aguantara bajo la consigna de solicitar a los dioses tantos años de vida como vasos pudieran apurar, de modo que un objetivo superlativo y sublime promovía el alcohol en generosas cantidades. A más vasos de vino, más años de vida, señalaba la costumbre.

Esta conmemoración gozaba de gran acogida en Augusta Emerita, pero no entre la clase patricia, que la juzgaba ordinaria. De modo que ese día las mujeres de la asociación no acudirían a orillas del río a achisparse y desmelenarse como permitía la tradición, ellas se decantaban por celebrar los quincuatra del diecinueve de marzo a su manera, organizando banquetes entre amigos y familiares en los que correlativamente invitaban y eran invitados y entre otras gentilezas se intercambiaban regalos y alabanzas. Los quincuatra oficiados en puridad eran unos días de asueto para estudiantes y artesanos en honor a Minerva, y mientras en Roma se celebraban combates de gladiadores y el emperador distribuía dinero y trigo a los ciudadanos, en Augusta Emerita, en cambio, se circunscribía la solemnidad al desarrollo de juegos de competición entre los más jóvenes.

Esa mañana Cornelio Severo había mandado recado a Furnio para citarlo a la hora séptima, y este respondió que allí estaría, agradecido por ser recibido, disipando posibles controversias. Cuando el esclavo se marchó, el duunviro no aguantó la presión y sufrió un pequeño ataque de ansiedad, no podía respirar, el corazón le latía estrepitosamente y la tensión provocó un revoltijo en su interior que lo hacía sudar; se sintió desfallecer mientras Arria Pale limpiaba el sudor de su abrigado rostro. Por fortuna, el desmayo duró pocos minutos. A petición expresa del enfermo, cuyo malestar parecía no reportarle ninguna secuela excepto el susto, Arria Pale y Marcia marchaban a la asociación.

La madre hablaba sin parar, nerviosa, desahogando la ristra de tormentos que socavaban la fuerza de Furnio. Marcia asentía agobiada, temía las consecuencias del encuentro con Cornelio Severo y se aferraba al fantaseado regreso de Diophanes, sacando de ahí la esperanza. La hija se había maquillado al detalle, con profusión y paciencia, adornando la cabellera de rizos; deseaba estar bella, incluso la ropa que la cubría destacaba en su armario entre las más suntuosas. Tanto la estola como la palla combinaban colores y exhibían remates bordados sobre un fondo brillante, a juego también el cíngulo, ajustando la estola a la cintura y permitiendo realzar unos vaporosos pliegues. Tanto acicalamiento se debía a la carta de Diophanes recibida dos días atrás en la que no aseguraba fecha fija de vuelta a la colonia pero daba a entender la cercanía del momento, por ser mero trámite la guerra en curso.

Tal aseveración devenía un disparate en semejante tesitura. Otorgar tales garantías a un proceso en curso era una demencia de la que el médico tenía conciencia, no se le escapaba la imprudencia de comunicar un triunfo anticipado, carente de base. Sin embargo, las victoriosas expresiones de Diophanes obedecían a un propósito: amparar a Marcia, no dejarla a merced de las informaciones nefastas y rumores que en Roma pululaban. Allí se criticaban las prisas de Otón por iniciar la empresa bélica sin reparar en el protocolo debido a los ritos religiosos. Algunos en la gran urbe pregonaban que el César insultaba a los dioses desatendiendo esta formalidad, lo que convergía en una negligencia sumamente inoportuna. El emperador había sacado los escudos sagrados del templo de Marte en las calendas de marzo como obligaba la religión, pero a continuación era preceptivo depositarlos cada noche en un lugar distinto hasta el último día del mes. A partir de entonces, los asuntos de estado podían llevarse a cabo, no antes. Sin embargo, Otón había decidido partir para el combate tras la celebración del equirria, el día decimocuarto del mes, lo que a ojos de la población era un incumplimiento grave que los dioses se cobrarían. Por tanto, esa, y no otra, era la razón que incitaba a Diophanes a asegurar la fe de Marcia en el final feliz de la guerra, evitando que malas noticias mellasen su espíritu y sucumbiera a las tinieblas.

El caso es que la carta de Diophanes surtió el efecto deseado y Marcia procuraba emperifollarse, como si él fuera a aparecer en la primera esquina al llamado de los tambores, y no consentía salir sin la correspondiente compostura. El médico ilustraba la correspondencia con su letra alargada, tan esbelta como su nariz, y comenzaba con una interminable letanía de fabulosos epítetos dedicados a Marcia, y a veces interrumpía el curso de la narración para recalcar la adoración que sentía por su secreta prometida, incisivos primorosos de estar en la pasión del lance amoroso y que fuera de las lidias del amor convergían en un empalagamiento atosigante. A Marcia le sabían a gloria, y excitaban sus sentimientos al máximo, despidiendo una risita floja de tierno goce. Luego de melindres amorosos, Diophanes encaraba la crónica de la realidad, que Marcia leía con avidez y el corazón en un puño, a pesar de los paños calientes del médico a cada desaliento en el curso de los acontecimientos. De lo

reseñado se extraía el corolario de que Roma era un caos en guerra. Contaba Diophanes que se esclarecían ciertos enigmas. Hasta el emperador Marco Salvio Otón habían llegado algunos rumores: estando Galba con vida, ya extrañaba la rebelión de Aulo Vitelio contra él, precisamente un mes después de que Galba lo nombrase nuevo jefe de las legiones germanas. Ahora salía a la luz un posible motivo de Aulo Vitelio para aquella rebeldía, cual era su sospecha de que algunos en la corte de Galba querían acusarle de corrupción en un cargo anterior para librarse así de él, y que había sido el legado Fabio Valente quien lo había animado a levantarse en armas contra Galba al percibirlo predispuesto a la rebelión. Alzamiento que tras la muerte de Galba seguía adelante, aunque ya no le asistiesen los antiguos motivos.

En estos momentos las ansias por el poder supremo reemplazaban posibles injusticias anteriores; poder y solo poder, remachaba Diophanes, era lo único que deseaban los condenados sublevados. Por otra parte, y haciendo caso a los rumores, especificaba Diophanes, también se había destapado el motivo de Fabio Valente para azuzar a Vitelio a la insurrección, al parecer, el primero era una fiera descabalgada que ambicionaba el imperio a sus pies, estaba harto de hacer el trabajo sucio y que luego los jefes se olvidaran de las recompensas prometidas. Fabio Valente se quejaba a boca llena, pregonando a diestro y siniestro que había sido él quien había serenado a las legiones de la Germania inferior en el primer periodo del gobierno de Galba e incluso también quien había ejecutado al antecesor de Aulo Vitelio por traición, a petición, ¡cómo no!, de Galba, y que fue exclusivamente la avaricia de este, que se olvidaba pronto de sus promesas, lo que le obligó a cambiar de lealtades.

Seguía explicando Diophanes que ahora, en cambio, se hallaban en el tiempo de Otón y que aquellas razones correspondían al pasado. Debía reconocerse sin ambigüedad: otro era el generoso talante de Otón, que prefirió compartir el poder antes que embarcarse en una guerra; pero ellos, los rebeldes, no quisieron la paz. El tono de enojo de Diophanes se hacía patente en la carta por la injusticia que representaba... Diophanes animaba a Marcia a la súplica y a realizar sacrificios a los dioses y, en otro orden de cosas, le relataba intimidaciones militares a las que tenía acceso por su privilegiado puesto al lado del César. Y así, le contaba bajo estricta privacidad que Otón confiaba en que Aulo Vitelio se vería bloqueado por la nieve de los Alpes, al menos el tiempo suficiente para que las tropas de Vespasiano, leales a él, llegasen con oportunidad de disputar las escaramuzas primordiales, pues se tenía mucha fe en ellas, siete legiones en total, las únicas con tantos éxitos como las germanas, temidas por estas. Según detallaba el médico, el único acceso de las legiones del general Aulo Vitelio a Italia consistía en rodear los Alpes para bajar por la vía Domitia, y allí se estaba concentrando el mayor contingente militar del que disponía Otón, por supuesto contando con que el deshielo de los Alpes no sonriese a los germanos. Esta última coyuntura era fundamental, tanto... que Otón inmolvaba un animal a los dioses cada día que permanecía en Roma a fin de que el frío arreciase y la nieve de los Alpes se mantuviera. Otón siempre había tenido claro que de haber



guerra acompañaría a sus soldados a la batalla, de modo que a la lectura de esa carta, el emperador y su séquito, Diophanes entre ellos, ya habrían partido para Placentia, al norte de Italia, el día después de celebrar el equirria, el decimocuarto día del mes.

Marcia echó cuentas, Diophanes emprendió su marcha a la guerra la tarde anterior. Durante el equirria se purificaba al ejército, Marco Salvio Otón aprobó ese momento como el más idóneo para iniciar su movimiento hacia la batalla. Diophanes se mostraba esperanzado en el final feliz de la guerra y en su pronta resolución. En cuanto al asunto de Capito, mostraba firme garantía de que todo se arreglaría cuando regresara a Augusta Emerita, él se encargaría, Marcia no debía inquietarse. Razonable y realista o no, el caso es que Marcia creía a pies juntillas el discurso de Diophanes, deseaba convencerse de que su futuro matrimonio bien pronto se aceptaría bajo el prisma del amor, de dos enamorados que antepusieron sus sentimientos a las convenciones del mundo.

—No vayas a comentar el desmayo de tu padre, nadie tiene por qué enterarse, luego se inventan muchas tonterías —dijo Arria Pale con voz cansina.

Marcia no contestó, lo que levantó las sospechas de su madre.

—¿Me has escuchado? Hoy pareces aturdida —agregó.

—No diré nada, madre.

Las sirvientas de Sabina las condujeron al salón habitual de sus reuniones.

—Vamos, por fin llegan las tardonas. ¿Cómo os habéis retrasado tanto? Se va a enfriar el vino —dijo Calpurnia con los brazos en jarra, moviéndose con salero.

Detrás de Calpurnia se irguió quejumbrosa Sabina, a la que no importaba hacer de segunda anfitriona, correteando hacia las invitadas con bravas zancadas que avanzaban poco. Claudia se levantó en tercer lugar deseosa de abrazar a Marcia, a la que no veía últimamente.

—Como no sales, me apeteció venir a la reunión de vejestorios para verte —soltó por lo bajo mientras se colgaba de su cuello.

Marcia se emocionó con la calurosa acogida de su amiga. Claudia tenía el ánimo por las nubes, no paraba de hablar y reír. ¡Por fin la dicha la tomaba de la mano!

—¡Qué bien que hayas venido! Esa sonrisa pícara me huele a chamusquina. Dime qué pasa o, mejor, cómo se llama.

—Es Publio Sertorio Niger —dijo la joven canturreando las sílabas.

—El médico, ¡pero Claudia!

—Desde que Diophanes falta no has vuelto a pasarte por el consultorio y no te enteras de nada. Me acuerdo mucho de Diophanes, ¿cómo le irá?

—Diophanes vendrá pronto a la colonia como nuevo gobernador —soltó en susurros Marcia, atolondrada y embriagada sin medir las palabras.

—¡Pero qué dices! ¿Estás loca? Eso es imposible —los ojos de Claudia bailaban clamando aclaraciones.

Las amigas se sentaron en una esquina, tenían grandes novedades que contarse. Marcia explicó lo que sabía de Roma y el nombramiento de Diophanes como

gobernador, primicias que Claudia recibía con los ojos como platos. Tuvo la prudencia de callar su secreto noviazgo y detalles militares tácticos. Al compás de Marcia, intervenía Claudia contando a trompicones, según se hacía con el espacio, su vida amorosa que avanzaba a toda marcha. Su relación se ubicaba en el apogeo del arrebatador frenesí. Los ojos de Claudia se embelesaban en los de Publio Sertorio Niger provocándole chiribitas de colores, ninguna tacha hallaba en los actos de su enamorado. Ella que siempre andaba gemebunda con su antiguo novio, ahora disfrutaba como nadie del amor, y más que nunca se convencía del error y la desdicha que vivió junto a Marco Emilio. ¡Había estado ciega y más que ciega! Publio Sertorio Niger no hacía falta que dijera cuánto la amaba, su querencia se traducía en los más sutiles actos. ¡Menuda diferencia! Ya nada le importaba el destino del miserable aquel, al que no debió amar tanto, siendo como resultó tan egoísta, embaucador y mal bicho. Desde Roma le habían llegado a Claudia las pamplinas que Marco Emilio contaba en público y que esta simplificaba criticando la cantidad de tontunas y sapos que soltaba su lengua, instigada por una fantasía infantil del todo impropia a su edad. Mientras Claudia comparaba a sus novios, Marcia hacía grandes esfuerzos por no añadir su gran confidencia. Y a duras penas se mordió la lengua mientras imaginaba el momento en que pudiera gritar al mundo su amor.

—Venga, mis tontuelas jovencitas, tantas risas y tantos momios, probad las bebidas de hierbas —animaba Calpurnia a Marcia y Claudia y vitoreaban las demás—. No solo las desgarbadas y malolientes comadres a resguardo del Ana tienen derecho a tomar un buchito.

—¿Y si nos sienta mal? —Se preocupó Arria Pale por la inestabilidad de Marcia.

—Para eso están los esclavos y las literas, nadie tiene por qué enterarse, y los maridos que no píen, estamos organizando los quincuatro y tenemos derecho a un tiempo de asueto, ¿no? —Calpurnia superaba cualquier obstáculo.

—Eso, eso. —Las demás ovacionaban la resolutiva determinación con palmas.

—Calpurnia, no bebas más que las revolucionas a todas —sonrió Sabina.

—Sabina, amiga, para el dolor de cadera el vino viene de maravilla. Hazme caso y toma un vasito, que baja la inflamación.

—Tienes toda la razón, ya soy vieja, no tengo aquí a mis hijos ni a mi Pompeyo Prisco y me gusta pasar un buen rato con mis amigas, que le den a la cadera. Además, mientras me acuerdo de los mareos se me olvida la cadera —concluyó renqueante, y en un pis pas empujó el codo tragando con garbo dos vasos.

—¡Y vosotras! Euterpe y Arria Pale —espetó Calpurnia uncida de autoridad—. Dejaos de remilgos. Juno nos apoya. ¡Venga! Que sois las últimas en llegar y os llevamos ventaja —las demás rieron ante las ocurrencias sandungueras de Calpurnia.

—Yo no puedo, estoy embarazada —contestó Euterpe con delicadeza.

Se armó un terrible revuelo con la noticia de la romana. Las asociadas interrogaban ufanas cómo lo llevaba, el tiempo de gestación, si tenía náuseas, sueño, el nombre, si ya contaba con el acopio de telas para las cacas y orines. Una vez

solventadas las cuestiones pertinentes, cada una contó su propia experiencia, especialmente el temido momento del parto. Todas procuraban hablar de la maternidad sin robar el romanticismo al hecho más importante de sus vidas y al más transformador de su realidad, suavizando los inconvenientes. Las presentes zarandearon con suavidad la tripa de Euterpe, traía suerte tocarla, de modo que algunas no quitaban las manos ante la agradecida resignación de la joven liberta. El embarazo sirvió de motivo para brindar varias veces. Una vez exaltada y agasajada la maternidad de la chica, los ánimos se centraron en organizar los quincuena del diecinueve. Se apartaron los dos últimos días para el banquete de los amigos. Calpurnia se brindó a organizar uno de ellos, el otro se sorteó entre las socias que quisieron.

—Me alegro mucho de que nos recibas en tu casa, Calpurnia —se acercó una de las invitadas—. Tengo ganas de conocerla.

—Pues si no la conoces ya es porque no has querido, porque las piedras no se mudan de sitio y yo a nadie he prohibido la entrada en ella.

—Pero qué gracia tiene nuestra Calpurnia.

—Cómo se hace la tonta esta —dijo Calpurnia torciendo la cara hacia Arria Pale y cogiéndola del brazo y guiándola hacia otro lugar.

—No le contestes —le devolvió Arria Pale abatida.

—A esa no la metes tú en una bronca ni queriendo, es una pontebién y con esas no hay quien pueda. Le dan la vuelta a todo.

—No seas picajosa, Calpurnia, deberías estar agradecida de que todo el mundo no tenga las mismas ganas de bulla que tú.

—Pero ¿qué te pasa hoy? Mira..., una cosa te digo, que Lorenza tenga esa cara de rancia cuando voy a verla no me extraña, pero a ti, que yo sepa, no te pasa nada.

—¿Ha querido recibirte Lorenza? —preguntó Arria Pale cambiando de tema—. Porque a mí las esclavas me dieron excusas por dos veces y no he vuelto. Lo está pasando fatal, y esa dichosa manía suya de aislarse es aún peor... pero a veces se hacen las cosas como se puede. Y dime, Calpurnia, tú que te enteras de todo, ¿se sabe algo nuevo de lo de Valerio Hymino?

—Sulpicio Superster no consiente que se hable del tema en casa, o por lo menos delante de mí. No me cuenta ni esto —y la mujer señaló la última falange del dedo índice—. Y mira que le doy la tabarra haciendo todo tipo de suposiciones.

—Pero ¿y qué suposiciones haces? ¿Sabes algo?

—Sé lo del senador Manlio Celio, no me digas que eso no da para matar a Valerio Hymino.

—¿Y cómo te enteras de tantas cosas?

—A veces, cuando tu marido o Cornelio Severo visitan a Sulpicio Superster, les espío.

—¡Ahhh!

—Es que me puede la curiosidad. ¿Quién habrá sido? —Calpurnia hacía

ademanes como si se estrujase el cerebro buscando respuestas—. De todas formas no creas que voy desencaminada en mis corazonadas —añadió con aires de importancia—. El otro día el procurador mandó llamar a Sulpicio Superster, es la primera vez desde que le encargó la investigación, entonces le dije que aprovechara y le preguntara si tenía algún dato, porque yo creo que él se encontró con el difunto antes que nosotras.

—¡Qué tontería más grande! Si fuera así, habría dado la voz de alarma.

—Eso mismo le dijo la guardia cuando salió de las letrinas, lo escuchamos Lorenza y yo, te lo juro por todos los dioses, y él contestó que no estaba bien visto que el anfitrión se presentase con una noticia así ante sus invitados, podría dar lugar a equívocos. Luego arrancó con prisas hacia el salón y los otros se colocaron en sus puestos como si nada. ¿Cómo íbamos a saber que se refería a lo de Valerio Hymino?

—Pero cómo fue capaz de hacer sus necesidades al lado del muerto.

—Qué ilusa eres. ¿No has escuchado hablar del procurador? Es un lémur vivo.

—Calpurnia querida, cuéntame esto, que me tienes intrigada.

—Lorenza quería ir en busca de Valerio Hymino porque tardaba mucho. La guardia que vigilaba las letrinas echaba a los invitados que se levantaban a mear o a lo que sea porque estaba el procurador, los mandaban a sentarse. Cuando abrimos la puerta para salir al pasillo, un invitado nos dijo que a él lo habían echado, pero Lorenza decía que ella se quedaba allí hasta que pudiera pasar y yo me quedé con ella. De vez en cuando abríamos la puerta para saber si el procurador había terminado, y escuchamos lo que te he comentado. Cuando Abelardo Aldo Cecilio entró en el salón, nos dejaron pasar. Y fue cuando vimos lo que vimos. Tengo clavada en la retina la imagen de Valerio Hymino lleno de sangre, no se me va. Por eso digo que cuando el de Roma accedió a las letrinas el duunviro estaba muerto, por narices, no queda otra.

Arria Pale abría la boca y se mordía los labios.

—¿Cómo puede alguien ver a un muerto y tener esa sangre fría? —se preguntaba.

—Yo creo que les pasa a los que viven en Roma, los de allí están acostumbrados a todo, no parecen humanos.

Hacía un rato que las esclavas de Sabina habían llevado los ingredientes para amasar los dulces que luego degustarían en el banquete de los quinquetra.

—Esas dos —incredó Sabina con la voz tomada—. Los secretitos se comparten.

—No vayas a decir nada de esto. Ni se te ocurra —dijo Arria Pale a Calpurnia con cara de terror.

—Pues claro, si se entera Sulpicio Superster de que voy chismorreando acerca de la investigación lo que sea, me manda azotar, y lo digo en serio.

—Ya sabes, guarda la lengua bien, que es el tema del momento y mucho tardamos en sacarlo a relucir. Ten cuidado con el vino, que hace hablar a los muertos.

—La próxima vez que mi esposo vaya a officiar un feralia le voy a dar una botella de vino para los difuntos, a ver si a alguno le da por largar —añadió la otra sarcástica.

—No tienes remedio, eres incorregible —le recriminó Arria Pale con cariño.

El procurador de la provincia tenía apostados soldados en las puertas de la muralla que recababan información de todo el que entraba y salía, y perseguían cualquier chisme que ofrecer a su jefe. El romano preveía hallarse en la antesala de su ratificación como gobernador de La Lusitania y se impacientaba por saber qué se cocía en Roma. Fabiana añoraba como nunca una salida a los delirios de su esposo, que continuamente necesitaba razones para aguantar el puesto de segundón. Encima, la guerra civil demoraba un nombramiento accesorio, irrelevante en tan dramática situación, los albores del infierno. La incansable Fabiana repetía con locuacidad que el César no estaba para asuntos de relatividades provincianas cuando su propio cuello peligraba sucumbir. Abelardo Aldo Cecilio comprendía las explicaciones de su esposa, pero tan abrumador era su deseo de ascender, que le costaba asumir la realidad, y su rabioso carácter se resentía con peregrinas intransigencias y necesidades que a todos costaba sobrellevar. Su salvaje obsesión le impedía aguantar la frustración traída por la coyuntura, vivía amargado y amargando a los demás.

Fabiana temía que el conflicto entre Otón y Aulo Vitelio fuera para largo y la tierra emeritense se convirtiera para ella y sus hijas en una cárcel. El esfuerzo de la esposa por contener la locura del gobernante mellaba sus sentimientos, provocándole una desgana absoluta para el sexo. Su esposo era un ser egocéntrico que no amaba a nadie y Fabiana se iba desencantado de tantos paños calientes, quizás, si a él le fuera bien en política y medrase alto, a ella le podría compensar la agonía que aguantaba sin quejas, de lo contrario, una vez repartidas las cartas y estando las seguridades resueltas, bien se encargaría ella de desentenderse de su mezquino esposo, ni siquiera dudaría en poner a otra en su cama si fuera la solución. Fabiana se hallaba exhausta, al borde del precipicio, y el presente la empujaba. Día a día la locura cegaba a su esposo, que no hacía sino meter la pata.

Durante la última lectura pública, de eso hacía diez días, Abelardo Aldo Cecilio no dejó de observar al abogado emeritense como si fuera culpable de seducir a sus hijas al estilo de las ramerías del arrabal, engatusándolas como si no mereciesen más consideración que aquellas. Las muecas de la cara del primer mandatario descifraban el fragor de un nuevo frente. A Fabiana no le pasó desapercibida la vigilancia atenta y disimulada que ejerció su esposo sobre el atractivo abogado, al que se acercaba bajo un cortés disfraz, espolvoreando las buenas maneras. Al procurador no le caía mal Capito, su perfil representaba el de un conveniente yerno, con tanto capital como el de su casa, sin embargo, decidió agrandar el único punto negativo que podía encararsele: y es que todas sus hijas parecían venirle bien y públicamente dejaba constancia de sus canallas intenciones. Esta idea del procurador fue tomando fuerza en los días siguientes, y sin más motivos que su firme convencimiento, sin advertir a sus hijas o a su esposa, citó a Capito esa mañana, los idus de marzo. Mientras

conducían a Capito a la presencia del procurador, una de las sirvientas lo reconoció y juzgó de interés comunicarlo al ama. En el imponente salón, Capito sintió aumentar los latidos de su corazón, algo no iba bien. El nerviosismo le impedía quedarse quieto. De golpe, un crujido chirriante, brusco y pesado predecía la entrada de alguien, el desasosiego se le disparó. Unos segundos más tarde, Abelardo Aldo Cecilio entraba en la sala con los dos lictores que acompañaban sus salidas.

—Parece ser, honorable abogado, que no tiene usted ningún defecto por el que pudiera atacársele —dijo el gobernante a modo de bienvenida.

—Es un gran reconocimiento el suyo, procurador, gracias, no siempre situamos entre las prioridades resaltar lo positivo de nuestros semejantes.

Al procurador le pareció graciosa la respuesta. A Fabiana, que accedió al salón detrás de su esposo, le impactó la sutileza de la contestación. Ese cuerpo de impresión guardaba un dechado de virtudes. ¡Menuda joya! ¡¡Ay!! Si ella fuera más joven... Capito era un partido increíble.

—No te había oído entrar, querida —advirtió el procurador mirando de soslayo y mosqueado. La esposa no dejaba de sonreír a Capito, que se deshacía en querencias y alabanzas hacia ella—. Cuando hayas terminado de molestar, agradecería que te marchases a los asuntos domésticos de tu incumbencia y me dejases hacer las funciones que me competen.

—Perdona, querido —dijo ella tragándose las ganas de escupirle—. Supuse que serían asuntos privados al alcance de mi posición.

—Son asuntos de otro orden, aquí no pintas nada.

—¿Alguna novedad en Roma, amado mío? ¿Alguna pequeñez legal que necesita del asesoramiento de un abogado? —insistía ella traspasando el límite.

—Nada que te importe. ¡Vete y no molestes más! —Fabiana saludó y se retiró; si insistía, pincharía al ogro, y no podía permitir que la pusiera en evidencia.

A Capito le impresionó el vozarrón grave del procurador y el cambio brusco de los rasgos de su cara, cuyas facciones se habían distorsionado, y se sintió intimidado. De repente se acordó de la noche del crimen de Valerio Hymino y de la cruel transformación del insigne romano. Abelardo Aldo Cecilio tosió, respiró unos segundos y luego pretendió ajustar su timbre de voz, desencadenando unos horrendos graznidos que hacían temer la expulsión de la nuez.

—Perdona a mi esposa, a veces las mujeres son tan entrometidas que merecen la arena del anfiteatro.

Capito palideció. ¡Menudo bestia! Mantuvo la mirada fría, no asintió a las palabras del procurador, ni el más leve gesto que hiciera pensar en su aprobación. El gobernante apreció el rictus.

—Joven amigo, parecen no hacerte gracia mis bromas..., no me entiendes, hemos tratado poco, eso puede arreglarse... Me refería a que a veces las mujeres son bastante inoportunas, necesitan un pequeño susto para enmendar sus acciones, de lo contrario no te las quitas de encima, uff, son un fastidio... Solo a veces, claro está —

incorporó la coletilla con una entonación más suave.

Capito pensó que no lo arreglaba y se abstuvo de agregar ninguna apreciación que enredase más la situación, deseaba saber qué quería y marcharse.

—Espero que nuestro encuentro esté presidido por la armonía y el mutuo y buen entendimiento, después del pequeño descalabro inicial.

—También ese es mi deseo, excelencia —correspondió Capito.

—Te he mandado llamar porque no hay nadie que hable mal de ti —Capito sonrió—. Quizás si escucháramos a la gentuza que te dejó con el anillo puesto podríamos escuchar alguna pestilencia sobre tu persona... —Capito volvió a quedarse helado, estaba en presencia de un sádico al que excitaba dañar a otros—. Aunque de esa, ¿qué podíamos esperar? No me extraña su comportamiento con semejante progenitor, pero... ya te digo, muchacho, bien nos desquitaremos las espinas con esa familia, tú y yo iremos juntos. Ya verás lo que les tengo preparado.

Capito iba a hablar, no podía consentir que metiera sus intereses en el mismo saco, pero el hombre se puso a reír como un poseso.

—Sigamos —el anfitrión retomó la palabra ante la más absoluta pasividad de Capito—. Te iba diciendo que eres un muchacho sin tacha, un joven que complacería todas las pretensiones de cualquier padre con hijas casaderas... Y ese soy yo, tengo tres hijas hermosísimas con las que parece llevarte bastante bien.

Capito comenzaba a comprender las intenciones del procurador para horror suyo.

—He imaginado que un hombre de tu posición, conocimientos y arrojo, manejará a la perfección su patrimonio y sabrá sacarle excelente rentabilidad, además, supongo que apetecerás un brillante futuro al máximo nivel. Por supuesto, no a cobijo de los caballos como un vulgar corredor, ya sabes que muchos corredores son esclavos... con que..., nada de carreras de caballos nunca más, lo entenderé como una tontería que te aturdió el cerebro y que no volverá a suceder —el procurador hablaba sin parar, mezclando los temas. Capito estaba cada vez más convencido de su locura—. Yo espero gozar dentro de poco de una posición de primer rango en Roma, estoy a la espera de recibir mi nombramiento como gobernador de La Lusitania. Cuando eso suceda, mi influencia no será desdeñable y, por supuesto, por mi yerno Capito haría lo que hiciera falta. Has recibido una educación propia de la élite, me han informado. Bien —dijo sin más prolegómenos y sin contar con el otro—. Ya intuirás el motivo de mandarte llamar. Estaría dispuesto a aceptarte como yerno, dicho lo cual, necesito de ti varias cosas antes de decidirme. Primero, necesitaría saber el patrimonio de que dispone tu familia y el capital. Si conoces tu linaje, sería de gran ayuda que me hablaras de él, en Roma estar emparentado con gente de abolengo cuenta, aunque los muertos ceniza son. Segundo, debo asegurarme de que estás dispuesto a luchar dejándote la piel para conseguir una carrera política, cuanto más alta mejor. No me gustaría invertir esfuerzos en ti y que luego fueras un vago cuyos ascensos pienses son cosa mía, y olvídate de las legalidades para medrar, es lo de menos, y, si no, mira Claudio dónde llegó siendo tartamudo. Ya te aconsejaré a quién debes arrimarte y

cómo funcionan las cosas en Roma. Y tercero, aunque es lo de menos, si no tienes inconveniente y ya que te llevas tan bien con mi tercera hija Clementina, me gustaría que fuera ella la elegida para desposarse contigo. Bien, ¿qué opinas de todo lo que te acabo de comentar? Te he alegrado el día, ¿no? ¿Quién te lo iba a decir? Un chico de pueblo emparentado conmigo, ¿eh?

Capito no se hallaba la piel, era tan fuerte la sensación de irrealidad que pensó que no podría hablar. Creía estar flotando.

—¡Ah! Una última cosa te pediría, aunque supongo que a tu juicioso carácter no se le escapará. Si vas a casarte con Clementina, deja de salir con el resto de mis hijas, no digo que no puedas hablar con ellas, es bueno que te lleves bien con la familia, pero en público debes evitar que se te vea con Faustina o Felicia. No me gusta dar que hablar a la gente y ofender sin necesidad a la joven Clementina. Las mujeres se toman muy a pecho estas cosas. Y la verdad, a mí me importa bastante el qué dirán. Es un pequeño sacrificio el que te pido, ¿no te parece?

Capito seguía anonadado, ni el venenoso Rufino con sus pequeños cuchillos se lo había puesto tan difícil. Era una auténtica debacle lo que acababa de ocurrirle. No sabía si reír dadas las imbecilidades escuchadas por boca de aquel chalado presuntuoso o echarse a temblar por el barullo tan bestia en el que acababa de sepultarse. Capito se encontraba confuso, y optó por solicitar tiempo. Aquel engendro esperpéntico no barajaba la posibilidad de un no a su oferta. El visible aturullamiento de Capito jugó a su favor.

—Está bien —sugirió el procurador—. Tómame tu tiempo antes de hablar. Comprendo que a un chico de provincias como tú mi oferta le haya causado conmoción.

—Sí, señor, esa es la palabra. Excelencia, agradezco su oferta y solicito volver con mi padre para terminar de aclarar esto, creo que sería oportuno contar con él.

—Sí, de acuerdo, vuelve con tu padre y, por favor Capito, tráeme los datos económicos que te he pedido y no olvides mi recomendación de no salir con nadie que no sea Clementina en público.

A Capito se le ocurrió una última cuestión.

—Excelencia, disculpe.

—Llámame Cecilio, es lo más lógico dado nuestro próximo parentesco. ¡Ah! ¡Fíjate! Se me acaba de ocurrir, podríamos celebrar la boda en Augusta Emerita mientras espero mi nombramiento. Al fin y al cabo no tenemos cosa mejor en que invertir el tiempo, ¿no crees?

—Deseaba preguntar —Capito no le seguía la corriente— si Clementina ya conoce su propuesta.

—Por supuesto que no. Primero debo conocer tu situación económica antes de hacer público vuestro compromiso.

—Ya —dijo Capito—. Volveré pronto, excelencia.

—Pero antes, ven a mis brazos —el muchacho se adelantó unos pasos y la fuerza



de su suegro hizo todo lo demás. La imagen era impresionante, casi tenían las mismas dimensiones. Capito era un poco más alto y más musculoso que el procurador, pero la envergadura era semejante—. Me alegra tener un yerno, ya es hora de que lleguen los hombres a esta familia, estoy de las pelucas y de tantas cursiladas hasta las narices, aunque a la hora de los arrumacos vienen muy bien para entrar en calor... Ya me entiendes... Y ya verás qué bien te va con Clementina, a ella le gusta leer poesía como a ti, en la intimidad lo pasaréis en grande.

Apenas lo soltó, Capito salió disparado. El procurador estaba entusiasmado y deseaba contarle a su esposa las novedades. Uno de los lictores la buscó enseguida. El esposo gozaba de una cara esplendorosa, inusual en los últimos tiempos.

—Debo comunicarte una noticia que te hará muy feliz. Por eso te he mandado llamar con urgencia.

—¿Tiene que ver con el joven Capito?

—Sí, precisamente con él. Le he prometido la mano de nuestra querida Clementina.

—¿Cómo? Pero... que has hecho ¿qué?

A Fabiana le maravillaba una boda entre su hija Clementina y Capito, pero le horripilaba escuchar las maneras en que su esposo habría expuesto semejantes planes. A Capito no se le podía hablar con el despotismo que él acostumbraba.

—Y dime, ¿qué te ha dicho? —interrogó la esposa con la moral por los suelos.

—Que volvería con su padre. Se ha quedado tan perplejo que no ha dicho nada, absolutamente alucinado. Ah sí, solo me ha preguntado si Clementina lo sabía. Le he dicho la verdad, por supuesto.

—¿Y cuál es esa verdad, querido?

—Pues que antes de saber su solvencia económica no voy a proponer a mis hijas ningún proyecto de matrimonio.

—¿Así de claro se lo has soltado? —preguntó Fabiana agobiada.

—Soy el procurador y no debo andarme por las ramas, aquí mando yo.

—Y dime, amor mío —añadió la mujer con un palpable tono de aborrecimiento—. ¿Por qué Clementina?

—Yo quiero a nuestras tres hijas por igual, pero coincidirás conmigo que Clementina es la más fea de todas y prefiero guardarme a las dos mayores para casamientos en Roma, ¿comprendes? Faustina y Felicia pueden apañar grandes fortunas.

—¿Y sería demasiado... solicitar a mi inteligente esposo que me relate poco más o menos los términos de la reunión?

La proposición de Fabiana maravilló al esposo, que aún permanecía en la cúspide de la exaltación por la notable idea que se le había ocurrido, su jactancia no dejaba lugar a dudas. Ningún detalle se dejó en el tintero. Interpelado por Fabiana acerca de la respuesta de Capito de nuevo, el esposo manifestó extrañado que había hablado poco. Tal frialdad devenía inaudita y solo la sorpresa la explicaba, porque lo normal

era que la sangre le ardiese en las venas ante los designios de la fortuna. Un muchacho prudente, convenía Abelardo Aldo Cecilio mientras Fabiana lloraba desconsolada, jamás había sentido tanta vergüenza al escuchar a su esposo. ¡Cómo se le había ocurrido tratar a Capito como a un siervo! Toda aquella charla había sido un despropósito, un estropicio de difícil reparación. Abelardo Aldo Cecilio había metido la pata hasta el infinito. ¡Cómo saldrían de aquella! Cornelio Severo no era un cualquiera, en Roma emparentaba con gente poderosa. ¡Triada Capitolina, piedad, piedad suplico! Fabiana clamaba sin voz, no dejaba de llorar, incapaz de parar el manantial contenido desde hacía tanto tiempo... Sus defensas se habían pulverizado.

—No llores, mujer —le decía el esposo, henchido—. Organizaremos la boda en Augusta Emerita, nunca antes se habrá visto tal despliegue de majestuosidad.

—¡Cállate, por favor, cállate! —gritó Fabiana mientras abandonaba el salón.

—Mujeres... Tarde o temprano los hijos se van del hogar. Tampoco hay que ponerse así por un casamiento, ¿no creéis? —espetó el procurador a los lictores, mudos como estatuas.

Sexto Furnio Juliano había decidido reposar toda la mañana en contra de su esencial naturaleza. El desplome de su cuerpo le insinuaba la llegada del límite. Séneca hablaba de la moderación, que él también debía aplicar a los sinsabores. No podía cobijar más desgracias, debía perseguir la felicidad con más insistencia. Sin pensarlo dos veces, llamó a un masajista, al que brindó su cuerpo por dos horas, no deseaba presiones fornidas, ni tirones, suplicaba aceites olorosos y suavidades aterciopeladas. El duunviro durmió casi todo el tiempo que duró el masaje, y se despertó al roce de las plumas, anuncio del final. Luego comió ligeramente y se retiró al tablinum, donde nada hizo sino reclinarsse en un diván de caña vestido con mullidos cojines. Las arrugas de la frente, las inspiraciones forzadas y sus constantes reubicaciones indicaban la intranquilidad de su mente; optó por abrir los ojos y en esa posición de verticalidad descansó con la mirada perdida en el infinito, siendo atrapado por una siesta reparadora. A la hora convenida, los esclavos le avisaron, las mujeres no habían llegado aún de casa de Sabina. Furnio se atusó el pelo sin salir del tablinum, se recolocó la toga y marchó hacia el puente con antelación suficiente a la citación.

La celebración de Anna Perenna impulsaba la algarabía, y del río provenía un zumbido persistente. Grupos de gente se movían en cuadrillas de aquí para allá. Anna Perenna era un festejo de peñas y camarillas que al abrigo del alcohol se agrupaban para divertirse y desmelenarse. Caía la tarde y muchas pandillas buscaban el cobijo de las casas para continuar la jarana. El descenso de la temperatura, en declive pronunciado, obligaba a evacuar los márgenes del río, el trasiego de gentes era abundante. Furnio debió sortear los andares de borrachos que agarrados en filas interminables cantaban cimbreando sus cuerpos con desacompañados meneos, cada

cual tenía una cadencia; a veces se resquebrajaba la unidad del frente, pero nada cabía temer, bajo el mismo impulso y un auténtico interés por la unidad se rearmaban al punto, juntando sus sudorosos y malolientes cuerpos para avanzar. Las mujeres venían detrás de los maridos, arremolinadas alrededor de un carro con mula donde cargaban las sobras y los pocos aperos que necesitaban para los guisos y las livianas comodidades de un día de campo. Los niños, dependiendo de las edades, bullían entre sus madres o se cogían con otros simulando el mismo comportamiento de los hombres, a los que gastaban bromas tirándoles de la túnica o dejando caer pequeños chinatos o ramas a su paso, les privaba cualquier licencia que provocase la bulla zarrapastrosa y la lengua de trapo de sus padres.

Al cabo de un rato Furnio comenzó a sentirse descompuesto, un remolino de nervios le crecía en el estómago y creyó que el corrosivo huracán interno lo tumbaría. En medio de esta desazón puso pies en polvorosa a su destino, no fuera la cobardía a terminar con su dignidad, debía enfrentarse a ello cuanto antes. El nomenclátor, atento a su llegada, saltó del banco, todo un logro en su lentitud cotidiana.

—Pase, el amo lo espera.

El corazón del duunviro latía fuerte, sentía clavarse en él la mirada de los esclavos, su culpa era tan grande que incluso le pesaban quienes nada tenían que decir. Cuando llegó al tablinum se encontró a Cornelio Severo solo.

—La puntualidad siempre ha sido una cualidad en ti, pocas veces recuerdo que haya tenido que esperarte —espetó Cornelio Severo a modo de bienvenida.

—Gracias, tampoco tú te haces de rogar demasiado —añadió Furnio nervioso y agobiado por parecerlo—. Quería darte las gracias por tu citación.

—Convendrás conmigo que te hubiese correspondido a ti este acto —dijo Cornelio Severo directo, fiel a su estilo.

—Pensé que no querías saber nada de mí bajo ningún concepto.

—Hombre... los asuntos pendientes sí me gusta resolverlos, sobre todo cuando es a mi casa a la que se le adeudan. Y quede claro que habrá deudas que nunca podrán pagarse.

A Furnio esas palabras le destrozaron el alma. No respondió. Su cara de circunstancia agradó al flamen de la provincia, que la interpretó de arrepentimiento sincero. Su actitud vindicaba el perdón. Ninguno de los dos tenía prisas por hablar.

—No sé con qué castigo has resuelto parar los pies a Marcia, se le salen del tiesto.

—No hay la menor duda sobre el mal que mi hija ha causado, ninguna razón existe que justifique su actuación. Mi familia cumplirá lo que marcan las leyes, nada se os reclamará de la dote de Marcia. Es más, al respecto de las cuestiones económicas, si Capito o tú tenéis algún tipo de demanda añadida estaría dispuesto a negociar con vosotros.

—Vaya por delante que no es dinero lo que mi familia precisa. Obviamente, la dote de tu hija no la voy a devolver, y no solo porque así lo dice la ley, pero también por eso. Nos corresponde y en nuestro poder se queda.

Furnio hacía grandes esfuerzos por parecer sereno. Por su parte, Cornelio Severo disfrutaba con excitación poniendo los puntos sobre las íes.

—Aparte, me gustaría exigir varias demandas para reparar la dignidad de mi familia y de mi hijo —prosiguió el agraviado— aunque ninguna es de tipo económico.

—Te escucho.

—Siempre has sido una persona razonable, con la que se puede dialogar —espetó Cornelio Severo pretendiendo comprometer la vanidad de su amigo.

—Y tú tienes un gran corazón que sabe medir las voraces represalias que ciegan y azuzan la venganza. Bien conoces que el camino de la paz no atraviesa esas lindes —le devolvió Furnio la carga emocional.

Cornelio Severo lo observó diseccionando su rostro. Ante la mirada inamovible del sacerdote, Furnio sacó pecho y procuró no cerrar los ojos, invadidos por la agresividad de unas pupilas que quemaban con solo aguantar su contemplación.

—Hablar de ansias vengadoras en mi casa, y con el despecho inmundo que se nos ha causado a mi hijo y a mí, es atrevimiento grande.

—Solo pretendía espolear tu gran corazón hacia la bondad que, en ocasiones, te ha movido a realizar increíbles empresas.

—Hablando de bondad, si te hubiera nacido algún gesto de humanidad, de reparación, de generosidad por la inmensa humillación que tu hija nos ha ocasionado, nada de todo esto tendría lugar ahora, ni habría llegado tan lejos.

—Esperaba que tú tomaras la iniciativa y me indicases la senda, a la que me someto. En busca de una solución he acudido a tu llamada —dijo Furnio.

—Quiero que sepas una cosa. Me gustaría haberte visto a la puerta de mi casa suplicando que te recibiera, un día y otro, en aras a la amistad y el cariño que nos ha unido desde hace tanto tiempo y en atención a la abominable falta de tu hija. Menos ofendido me hubiera sentido. Sin embargo, he sido yo el que ha debido llamarte, lo cual me hace dudar de tus sentimientos hacia mi gens. Si este encuentro se lleva a efecto es gracias a la petición de Arria Pale, que ha acudido a sacarte las castañas del fuego, vergüenza tendría que darte.

—Siento no haber estado a la altura de lo que esperabas de mí. En vista de tu sinceridad, te recordaré que me han llegado tus mensajes por abundantes vías, todos hablando sobre tu intransigencia hacia mi casa y hacia sus miembros, y por respeto a dichos mensajes he permanecido al margen y no he actuado.

—Pero tu obligación como cabeza de familia era hacerlo. ¿Desde cuándo se falta a esos menesteres? ¡Y menos porque lo diga el ultrajado! Precisamente esto es lo que nos separa de los bárbaros.

—Una vez más, lo siento.

Cornelio Severo necesitaba escuchar el término lo siento decenas de veces, deseaba un arrepentimiento con tintes dramáticos, actuado, con súplica y mortificación incluidas, era la venganza mínima que se despachaba a la malignidad

sufrida.

—Agradece a tu mujer que podamos hablar.

—Así lo haré.

—En cuanto a mis peticiones, la primera de ellas es que preciso que invites a todas las personas que asistieron al banquete de compromiso entre Capito y Marcia y dejes claro que es tu hija y su locura lo que ha provocado el daño, que mi hijo nada tiene que ver. Deseo que tu hija personalmente se disculpe. Si tiene cara para dejar a mi hijo, la tiene para responder ante todos.

—Lo haré la semana próxima para no demorarlo más, si te parece bien.

—Tienes mi aprobación. En segundo lugar, quiero que convoques al senado y hagas lo mismo.

—Pero vamos a ver, Cornelio Severo, qué tienen que ver los asuntos del senado con los de mi casa. Estás mezclando los borregos.

—Nada, no tienen nada que ver, pero yo anhelo una disculpa pública ante nuestros colegas del senado.

—Quizás no acepten vear los asuntos privados en la cámara de gobierno, pretendes que la utilice para fines que no son de su naturaleza.

—Me da igual, deseo que lo intentes y pongas el máximo empeño en conseguirlo. Se te da muy bien improvisar.

—De acuerdo —dijo Furnio no muy convencido—. Si no lo consigo, qué debo hacer entonces.

—Organizar un convite, a eso nadie se negará. En última instancia, ambiciono una disculpa ante los senadores de Augusta Emerita por el agravio que se nos ha causado.

—¿Tú querrías estar presente? —El duunviro cerraba todos los pormenores.

—Procura disculparte en el senado, estaría más cómodo allí que cenando en tu casa. De todas formas, no nos pongamos en lo peor, dejemos que las cosas pasen y conforme sucedan se vayan resolviendo —Cornelio Severo no dudaba en nada.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Furnio un tanto perplejo.

—Tengo una última petición. Quiero que impongas a tu hija un castigo por su conducta.

—¿Has pensado en algo?

Cornelio Severo rio con jactancia molestando profundamente a Furnio.

—Me gustaría que se entregase al sacerdocio de la diosa Vesta en Roma.

—Pero ¿de qué me hablas? ¿Te has vuelto loco?

El flamen provincial disfrutaba viendo sufrir a Furnio tanto como lo había hecho él. Las pocas vestales que existían llevaban una vida de absoluto recogimiento, y aunque eran muy veneradas, su existencia transcurría entre cuatro paredes y la más digna castidad.

—Eso es lo que merece tu hija, el oportuno recogimiento que la lleve a la sensatez. No alcanzo a observar mejor destino, dada su errada conducta. ¿No opinas

lo mismo?

—Entiendo tu odio hacia Marcia, pero no obligaré a mi hija a casarse sin amar a su futuro cónyuge, ni la repudiaré por haber cometido un error. Es el primer novio que ha tenido, nunca antes ha dado que hablar. Y, créeme, siento en el alma lo sucedido con Capito, nada me hubiese hecho más feliz que el casamiento de ambos. Pero si Marcia ha descubierto que no ama a Capito, no la obligaré a casarse con él.

—Me da igual todo ese rollo...

—A mí no —cortó Furnio indignado ante la obstinación despótica del otro, que se creía con todos los derechos—. Un poco de respeto a mis palabras, he venido a solucionar un entuerto y no a tolerar agravios.

—Mis palabras no agreden. Exijo que Marcia tenga un castigo. ¡Esa es mi principal proclama! No soporto ver el sufrimiento de mi hijo, mientras ella sigue como si tal cosa.

—Esa apreciación no es real, Cornelio Severo. Te ciega el odio. Mi hija está muy disgustada.

—Pero ¿tú ves normal que se comprometa con él y luego a las semanas lo deje sin ninguna razón? Pero ¿qué clase de sentimientos tenía por mi hijo? Si Capito no causaría mal ni a los perros.

—No lo pongo en duda, es una gran persona. Pero ella no quiere casarse con él.

—Yo tampoco deseo por nada del mundo que tu hija se case con Capito. Si esa fuera mi condición para arreglar nuestra desavenencia, estaría castigando a mi hijo a vivir bajo los dictados de una loca. Pero debe tener una sanción por su comportamiento —insistía el flamen.

—Sabes que es imposible que sea una sacerdotisa vestal.

—Ja, ja, ja, ja —Cornelio Severo reía para desconcierto de Furnio—. Efectivamente, eso es imposible, pero no lo es que esté un año recluida en casa, sin salir.

Ahora era Furnio el que miraba a los ojos de Cornelio Severo sin pestañear.

—¿Capito está al tanto de nuestra conversación?

—Seré sincero, le he dicho que venías y me ha dicho que le daba igual lo que nosotros hablásemos, que era una cosa entre tú y yo. No quiere saber nada de Marcia, pero yo sí quiero que tu hija pague. No te puedes negar, Furnio.

—Sí que puedo negarme. La ley me obliga hasta donde me obliga y no deseo mortificar a mi hija para que tú te quedes más a gusto.

—Quiero una compensación a mi dolor y al de mi hijo con el dolor suyo. Tu hija es muy inquieta, una temporada en casa le vendrá bastante bien.

—Accedería a tu petición si me pidieras su reclusión durante tres meses.

—No me hagas reír, eso no hace pupa —discutía Cornelio Severo sin pelos en la lengua.

El duunviro quedó en silencio, no sabía cómo seguir.

—Seis meses, Furnio, sí..., con seis meses estaría dispuesto a aceptar —daba

marcha atrás el sacerdote.

—¿Nuestra amistad dónde quedaría? —interrogó Furnio desoyendo la cantinela sobre el destierro social de Marcia.

—No sabría precisarlo —dijo el otro sin resquicio de enternecimiento.

—Me gustaría que reflexionaras y te plantearas que yo no he podido hacer nada para cambiar los sentimientos de Marcia. A veces estas cosas suceden.

—Si hubiese sido al revés. Tú, ¿cómo te hubieses sentido?

Furnio sopesó su respuesta, era difícil ser franco sin pasar por el atolladero. El magistrado detestaba a quienes tenían una respuesta firme para cualquier experiencia de la vida sin ni siquiera pasar por ella y se lanzaban a aconsejar como oráculos clarividentes, imbuidos de la soberbia del ignorante que con dioses se compara.

—Supongo y solo digo supongo... que aparte de exigir las razones de tu hijo para obrar de tal manera y lo que por ley me correspondiese, habría dejado las cosas tal cual. Muchos hombres y mujeres existen para alborozar los corazones despechados, el mal de amores es cosa pasajera. Sin embargo, no negaré que sufriría al ver el dolor de mi hija, pero no por la humillación que tanto nombras tú —Furnio hablaba apagando la voz.

—Hablas con sabiduría... bien has dicho... supones.

—Si aceptas cuatro meses de reclusión para Marcia, estoy dispuesto a obligarla a cumplir el castigo.

Cornelio Severo no meditó nada.

—Acepto cinco meses y no me conformaré con menos —añadió de un tirón.

Las negociaciones habían satisfecho a medias las ilusiones y expectativas de cada uno. Apenas cruzaron más palabras a la conclusión del acuerdo, el enfriamiento de las relaciones había sufrido un deterioro oneroso, la confianza de épocas añejas y felices se había evaporado. De no resultar tan amargo, casi daba risa observar el desenvolvimiento de los antiguos amigos parapetados sobre todas las reservas del universo. Resarcir la vituperada ruptura de las dos familias exigía más prolegómenos y dedicación que un único encuentro. No era una cuestión de leyes, Cornelio Severo se había sentido traicionado y ese sentimiento era de espinesa redención. Apenas esclarecieron las divergencias, disculparon su retirada a causa de encomiendas aún pendientes y comprometidas para esa tarde relacionadas con la muerte de Valerio Hymino. Cornelio Severo debía reunirse con Lorenza y Furnio con Sulpicio Superster.

Cornelio Severo se acicaló diligente tras despachar a Furnio y se encaminó a casa de Lorenza, era primordial no llegar tarde. En varias ocasiones se había aventurado a visitar a la viuda espontáneamente, sin suerte. Esta era la tercera intentona y, tras dos fiascos consecutivos, optó por solicitar formalmente audiencia a Lorenza y, cumplimentando el exhorto, Cornelio Severo se hallaba plantificado ante la casa de la viuda, repeinado y con extra de menta para el aliento. El tablinum de la domus de Valerio Hymino consistía en una exuberante y lujosa decoración mezclada sin orden

ni gusto. La mirada sorpresiva de Cornelio Severo inspeccionando al detalle cada elemento del habitáculo, ya fueran pinturas, mosaicos o un conjunto de bustos que parecía una colección de divinidades imperiales furiosas, cesó con la presencia de la anfitriona. El recibimiento fue frío, pero sin aspavientos ni ojerizas. En realidad tampoco distaba mucho la seca bienvenida respecto a otras ocasiones más felices. Lorenza era así, de poca conversación, retraída, fría.

—Al fin puedo verte. Querida Lorenza, ¿cómo te encuentras? —saludó con amabilidad Cornelio Severo dándose la vuelta.

—Bien.

—Pero ¿bien del todo o solo un poco bien? —Exprimía Cornelio Severo las respuestas extraordinariamente simples de Lorenza que, si no fuera por su actitud pacífica y los muchos años de trato, sugerirían enquistadas cizañas.

—¡Oh! Bien, bien de verdad, gracias. Las nieblas que empañaron mi mente tras la muerte de mi esposo ya han desaparecido, lo que ocurre es que las ganas de salir no me acompañan, y aunque esta parece ser la mejor receta para que no vuelvan las nieblas, según el médico, no consigo dominar el deseo de soledad que me avasalla — se explicaba Lorenza con empeño en alzar la voz—. Pero ese esfuerzo, el de salir, digo, es demasiado para mí.

—He venido otras veces a verte... —dejó caer el hombre.

—Lo sé, lo sé y lo siento. Necesito saber con antelación que debo ver a alguien para arreglarme y sacar fuerzas, compréndelo.

Cornelio Severo recordó el tiempo que también él se escondió del mundo a la muerte de Matidia.

—Supongo que cada persona necesita superar las tragedias a su manera.

El gesto de pasividad de Lorenza denotó lo poco dada que era a las manifestaciones en general.

—En fin... —prosiguió el flamen ante el silencio de la viuda—. En vista de la trágica coyuntura traída por el destino, causa de mi visita, lo más adecuado es ir directo al grano para no molestarte con mi presencia. —Los ojos atentos de Lorenza hicieron recapitular a Cornelio Severo con vivacidad—. Permíteme que no me ande por las ramas sin que pueda interpretarse una ofensa mi celeridad por esclarecer detalles relacionados con la investigación del asesinato de tu esposo.

—Sí, por favor, adelante —contestó con franqueza.

—Un senador me ha comentado que le ofreciste dinero por matar a Valerio Hymino, aunque él no aceptó, cuando te enteraste de que se acostaba con la servidumbre de tu casa, lo que no es inhabitual, por tanto, supongo que se propararía también con menores, aunque nada se me haya asegurado. Tras esta negativa mencionaste que se lo pedirías al procurador. Hasta ahí nada me pareció raro, siendo una esposa vilipendiada por las tropelías de un esposo yacedor con la deshonra. — Cornelio Severo se expresaba sin ninguna sensibilidad al hablar de la deshonra de Lorenza, lo que convocó los colores de esta y una flojera itinerante en sus rodillas—.



Lo que me ha traído hasta tu casa es que tengo entendido que finalmente visitaste a Abelardo Aldo Cecilio. Y eso ya me parece algo más serio.

—Entre mi visita al senador Manlio Celio, que es de quien me hablas, y mi visita al procurador de la provincia transcurrió bastante tiempo. Una mujer ofuscada no aguanta tanto.

—A ese dato no le he dado valor —añadió pensativo el flamen provincial.

—No me acuerdo del tiempo exacto que pasó hasta que finalmente visité a Abelardo Aldo Cecilio, pero te diré que una mujer despechada con ansias de venganza lo primero que hace es matar a todo el hatajo de malas esclavas, perras inmundas que tiene a su cobijo, siquiera sea por el qué dirán, pues más de una aplaudiría mi hazaña y a más de uno se le quitarían las ganas de pasarse tanto de la raya.

—¿Y por qué no las mataste? —preguntó Cornelio Severo internándose en la sinceridad de Lorenza.

—Porque soy una mujer justa, aunque a punto estuve. La noche en que visité al senador Manlio Celio mi cabeza atravesó los umbrales de la locura y cualquier cosa podría haber resuelto que ahora no me dejaría vivir. La verdad..., supongo que sería el cansancio lo que me obligó a dejar la matanza de las esclavas para el día siguiente. Cuando me levanté, las lágrimas me salían a mares... No podía matar a las esclavas, yo conocía a Valerio Hymino, ¡créeme! Si se hubieran negado a cumplir sus deseos o me hubieran confiado lo que ocurría, él las habría matado. Las tenía amenazadas de muerte... Y esas muchachas qué podían esperar, siendo ellas esclavas y mi difunto un senador con tan mala ralea. ¿Cómo iba a quitarles la vida yo? ¡No podía cometer semejante atropello! Era a él al que me hubiera gustado asesinar... Pero ten por seguro que no lo hice, al menos no empuñé el cuchillo homicida. Otra cosa es que el poco amor que le profesaba muriera aquella noche en que me enteré de todo. Mi compañía en la cena del procurador era un asunto bien distinto que a mi capital beneficiaba y no me quedó otro remedio sino acudir, pero pocas cosas compartíamos ya, incluso habíamos visitado a Capito para separar nuestros bienes. En estos tiempos las mujeres tenemos algo más de libertad cuando los maridos se portan mal con nosotras, y, si se puede demostrar, se permite la separación de los patrimonios y a nosotras gestionar lo nuestro. ¿Lo sabías? Me alegro de que las mujeres tengamos la oportunidad de demostrar que somos capaces de administrar nuestras fortunas sin el auxilio masculino.

—Lorenza, acabas de reconocer que te habría gustado asesinar a Valerio Hymino y además tenías un motivo para hacerlo. ¿Sabes que eres sospechosa de su muerte?

—Confieso que pensé en quitarlo del medio pero..., Valerio Hymino no merecía que yo tuviera que pagar un precio tan alto por él, no lo valía.

Cornelio Severo estaba un tanto desarmado ante la sinceridad de la viuda.

—Entonces no mataste a Valerio Hymino, pero... ¿fuiste a pedírselo a Abelardo Aldo Cecilio?

—¿A pedirle que matara a mi esposo?

—Sí —dijo con cierta inocencia el flamen provincial.

—Pero qué cosas se te ocurren Cornelio Severo. ¡Me fascinas! ¿Cómo has podido pensar algo así?

—Bueno, le dijiste a Manlio Celio que irías a pedir al procurador que lo matara.

Antes de responder, Lorenza regaló una bonita sonrisa a su interrogador.

—Como ya te he dicho, aquella noche no estaba yo en mis cabales. Dije eso y diría otras tantas barbaridades más, te repito, me encontraba fuera de mí. No sé por qué Manlio Celio te ha contado esta pampolina si también él puede imaginar que fue una locura transitoria. Me figuro que trata de ventilar las suciedades fuera de casa, pues muchas manchas tiene de puertas para adentro, pero yo no voy a hacer lo mismo que él conmigo. Las cosas acaban sabiéndose —dejó caer la china.

—Esa noche debiste parecer bastante convincente. Manlio Celio otorgó valor a tus palabras y tu posterior visita al procurador las ratificó —Cornelio Severo remachó su idea sin tener en cuenta el comentario de la viuda.

—Sí, sí, sí... mera coincidencia, mi visita estuvo relacionada con asuntos de otro calado, exclusivos de mi incumbencia.

—Perdona, querida, debes ser totalmente franca —añadió el hombre.

—Está bien, te contaré una cosa que tarde o temprano saldrá a la luz, pero debes prometerme que hasta entonces esto no será de dominio público, no quiero que el nombre de Valerio Hymino se arrastre de boca en boca. Aunque no me haya respetado en vida, él ha sido una víctima en última instancia.

—Soy todo oídos —dijo Cornelio Severo preparado para escuchar una gran historia.

Lorenza habló lo justo, pero se explicó a la perfección. Ella no se metía en los asuntos de su esposo, nunca hablaban sobre temas económicos ni tampoco sobre los políticos. Desde hacía más o menos un año Valerio Hymino estaba destrozado físicamente, algunas crisis nerviosas y el dolor de estómago casi perpetuo lo tenían maltrecho. Ella le decía que debía dejar la política y tener una vida más tranquila. Algunos senadores y otros ciudadanos visitaban con cierta regularidad su domus; por asuntos de negocios, le decía Valerio Hymino, pero siempre acababan levantando el tono de voz, nunca eran visitas tranquilas. Lorenza confesó al flamen que imaginaba que trapicheaban unos con otros. Negocios sucios. El caso es que un día, seguía narrando la viuda ante un Cornelio Severo absorto, el procurador de Roma mandó llamar a su esposo y le dijo que iba a solicitar a la curia de Augusta Emerita una investigación sobre su patrimonio, porque las malas lenguas criticaban el incremento desmesurado de sus bienes y ganancias desde su acceso al cargo de duunviro y que las leyes permitían que pudiera evaluarse el capital de los magistrados no solo al final de su gestión; como además él había sido reelegido duunviro en varias ocasiones, estimaba del todo conveniente hacer tal tasación.

—Valerio Hymino no me contaba nada relacionado con estos temas, pero en

relación con este requerimiento de Abelardo Aldo Cecilio sí lo hizo. Creo que se sintió absolutamente desvalido, porque intuyó que el procurador iba totalmente en serio y llegaría hasta el final.

—No sabía nada al respecto y desde luego a la curia no ha llegado ninguna solicitud de su ilustrísima en esos términos —admitió Cornelio Severo.

—El caso es que le dijo a mi esposo que tuviera presente que sabía de sus negocios al margen de la ley —continuó Lorenza sin atender las impresiones del otro — y que todo lo que había ganado ilícitamente debía entregárselo a él o, si no, se quedaría con los bienes en prenda que todo magistrado pone a disposición del senado al prometer su cargo como garantía de buen gobierno, aparte de juzgarlo.

—¡Abelardo Aldo Cecilio con esas!

—Mi visita al procurador de Roma tuvo que ver con esto que te cuento. Le dije que estaría dispuesta a testificar en contra de mi esposo, estaba decidida a enterarme de todas sus malas artes. Lo único que le pedí a cambio es que respetara el capital que yo aporté a nuestro matrimonio, que fue bastante, porque..., si bien no pensaba divorciarme de Valerio Hymino, tenía la intención de vivir completamente al margen de él, y yo quería mi dinero. Ese fue el motivo de mi visita al procurador.

Cornelio Severo abría los ojos como si estuviera despistado. Nunca habría apostado por Lorenza en calidad de espía. Era cierto que Valerio Hymino la había ultrajado sin compasión con su indecente bellaquería, sin embargo, le costaba creer que Lorenza pudiera entregarlo a las garras de Abelardo Aldo Cecilio testificando contra él. La venganza de los corderos podía sobrecoger al más feroz de los lobos. Lorenza seguía hablando. El flamen parpadeaba obtuso grabando el testimonio de la no tan pánfila viuda.

—Dices que tenéis que dar cuentas ante él de la investigación, ¿no? Puedes corroborar entonces lo que te cuento.

—¿Y qué te dijo él?

—Ya sabes el motivo de mi visita a Abelardo Aldo Cecilio. El resultado de la misma es irrelevante para tu investigación.

—A lo mejor no —señaló el flamen.

—Pues entonces pregúntale a él, yo no voy a decirte nada más.

Cornelio Severo tuvo claro que así sería y se despidió cordialmente, agradeciendo la información. Faltaba algo, pero no sería la lengua de Lorenza quien lo soltase. Ya saldría a la luz, era cuestión de tiempo.

Sulpicio Superster había acudido al despacho del duunviro, allí habían citado a Emiliano Paculo y Ulpio Rufo. En tanto esperaban a los sospechosos, los dos magistrados seguían inmersos en el mismo debate que mantenían desde hacía unos días, no dejaban de darle vueltas y más vueltas al temerario lugar escogido para cerrar el pico a Valerio Hymino. Los asesinos —Sulpicio Superster hablaba en plural—

habían corrido un grave riesgo cometiendo el siniestro en las letrinas. Por resumir y sin excluir posibilidades, habían llegado a la siguiente conclusión: o bien se cometió el asesinato sin premeditación, el asesino y Valerio Hymino coincidieron en las letrinas y aquel arremetió de improviso contra este, lo cual no era de extrañar si Valerio Hymino abrió la boca y regaló cualquiera de sus acostumbradas perlas rastreras, o bien debieron ser varios los actores del crimen, uno o más ajustaban cuentas en las letrinas y los otros se dispersaban a lo largo del pasillo y bajo cualquier pretexto entretenían el paso al lugar. Esta venía siendo la teoría que cobraba más sentido y se alzaba como la más plausible, con todo, revestía extrañeza.

Naturalmente, la banda de los adlectis desempeñaba un papel estrella en la investigación, cumplimentando todos los requisitos para ser la ganadora del premio, sus miembros disponían de un motivo y de la oportunidad; excepto Silano Anso, los demás estaban invitados al banquete. La banda de los adlectis, como denominaron al grupo de sospechosos, estaría formada por sus promotores, por Antestio Persico, también Silano Anso, aunque él se eximiera, y el senador Manlio Celio, que la integraba por razones independientes a su origen social. En medio de las divagaciones de Furnio y Sulpicio Superster sonó un golpe seco y fuerte en la puerta del despacho. Los dos adlectis accedieron llenando con su miedo los huecos, el rictus de sus rostros exhibiendo lo que su breve salutación escondía; estaban asustados como rehenes a punto de palmar, y no era para menos, la citación lo decía claro, sospechosos principales.

—Os agradecemos la puntualidad —señaló Sulpicio Superster con gravedad y culpa disimulada, acusar con meras conjeturas le hacía sentirse mal. El provincial deseaba una confesión como prueba, tenía pánico de condenar a inocentes.

—Deseamos terminar cuanto antes lo que quiera que sea que hayamos venido a hacer aquí —dijo Emiliano Paculo con hosquedad.

—En la citación se escribía con claridad el motivo.

—Ese es un tema manido por el que nos habéis preguntado una y otra vez. Nada nuevo podemos aportar, de ahí que no sepamos a qué hemos venido. A no ser que Valerio Hymino haya hablado —sonrió Emiliano Paculo mirando a Ulpio Rufo, que ni un leve gesto de apoyo le devolvió, no estaban en posición tan desahogada para arrear con semejantes ironías.

—No estaría mal que Valerio Hymino hubiera hablado en los feralia, fue una posibilidad que perdimos. Sin embargo, nosotros tenemos una teoría de lo más convincente que llevaremos ante el procurador —el augur hablaba despacio, pensando cómo exponer unos hechos que la razón no exhibía con clarividencia.

Sulpicio Superster repitió en alto y para los nuevos espectadores los planteamientos que durante algunos días habían ocupado su divagar. Estas evidencias daban paso a una suposición final para disgusto de los acusados.

—Es cierto que queríamos dar una paliza a Valerio Hymino, eso no lo negamos —Ulpio Rufo se lanzó a defenderse. Decir la verdad parecía ser la única herramienta

de salvación—. Y también, incluso —en este punto miró a su camarada, que otorgó su beneplácito— que íbamos a ejecutar nuestro plan la semana siguiente al banquete, habíamos contratado a tres sicarios. No pensábamos matarlo, ni mucho menos, solo darle un escarmiento para que no volviera a aprovecharse de nosotros y nos dejara en paz.

—Y que nos tratara con respeto —añadió Emiliano Paculo con rabia— y no nos humillara cada vez que le parecía... porque... nuestro dinero bien que lo cogía, entonces no le parecíamos inferiores, ¿no? Me alegro de que lo hayan matado...

—Pero nosotros no fuimos, de verdad —apuntilló Ulpio Rufo temiendo que la ira de su amigo les hiciera más culpables.

Los dos magistrados se miraron y siguieron con la cantinela de sus argumentos.

—A Valerio Hymino lo debieron matar entre varios, si lo hizo una sola persona deberíamos encontrarlo y tocar su toga, porque tiene una suerte que ni Jupiter. Es decir, es poco menos que imposible que lo matase un único mortal. Vosotros y vuestra camarilla encajáis a la perfección en las circunstancias —exponía Sulpicio Superster.

—Decidnos cuál era vuestro plan para atemorizar a Valerio Hymino y quiénes las personas que habíais contratado —apuntó Furnio en otra dirección.

—Esas personas no son de Augusta Emerita —contestó Emiliano Paculo.

—Vaya, os quedáis sin justificaciones a las primeras de cambio —sentenció Furnio.

—Díselo, habla, Emiliano Paculo, es nuestra única coartada, por favor. ¡Qué sentido tiene callar! ¡Total!

Emiliano Paculo se hundió en la miseria, temía que la historia de los sicarios los apuntalara al precipicio.

—Aquí en Augusta Emerita hay gente a la que se puede encargar el trabajo, pero no queríamos que fueran de aquí. Silano Anso dijo que él conocía a unos tipos en Olissippo, tres, encantados de zurrar al que fuera con tal de ganarse unos cuartos, matones que se encargan de este tipo de cosas. Los mandó llamar.

—Sigue —insistió Sulpicio Superster.

—Debían venir a Emerita la semana siguiente al banquete del procurador. Los gastos corrían de nuestra cuenta, claro. Sus intenciones eran seguir al difunto durante unos días para vigilar sus movimientos y, una vez controlasen sus hábitos, trazarían un plan y le darían la paliza.

—Imagino que no os daría tiempo de avisar de su muerte.

—Así fue —se adelantó Ulpio Rufo—. Se presentaron aquí al día siguiente del crimen y creyeron lo que decíamos, porque en la colonia no se hablaba de otra cosa. De todas formas, tuvimos que pagar.

—Y abusaron bastante, pero tuvimos que ceder —subrayó el otro.

—Parece que todo el mundo quiere abusar de vosotros —anunció Sulpicio Superster con tono socarrón.

—Entre ellos, ustedes mismos, excelencias —convino Emiliano Paculo.

—Podréis imaginar que no podemos tomar en cuenta el testimonio de esos tiparracos de Olissippo —señaló Furnio—. Es imposible que deseen confesar la naturaleza de sus ocupaciones, son actividades delictivas que les traerían problemas.

—Estamos metidos en un buen lío. ¡Maldito sea Valerio Hymino! Hasta después de muerto nos va a complicar la vida.

Sulpicio Superster y Furnio veían esfumarse, desvanecerse como el humo, sus firmes convencimientos sobre la autoría del crimen por parte de los adlectis, pero luchaban contra esas vacilaciones.

—Por favor, Furnio, debes creernos. ¿Cómo vamos a planear un crimen en la casa de Abelardo Aldo Cecilio? ¿Quién puede estar tan loco? —Los adlectis se solapaban la intervención—. No se nos hubiera ocurrido. Siempre hay en ese pasillo soldados cuando el procurador está por ahí.

—A lo mejor teníais comprados a los soldados para que lo mataran, esa es otra posibilidad —sugirió Sulpicio Superster.

Los adlectis bufaron ante la inmensa paparrucha del hombre, a la que ni él mismo otorgaba crédito.

—Por cierto. ¿Y cómo sabéis tanto de las costumbres de los soldados de Roma? —preguntó Furnio.

—Siempre lo hacen cuando el de Roma está en las dependencias de abajo. El senador Manlio Celio nos lo ha dicho, a veces visita a Abelardo Aldo Cecilio, conoce a su esposa y a su hija mayor.

—No sabíamos que Manlio Celio se llevara tan bien con el procurador. ¿Tiene amistad con él? Cuesta creer que Abelardo Aldo Cecilio tenga algún amigo. ¿Por qué lo visita?

—¿También es sospechoso por ese motivo? Me parece que vosotros adjudicáis el muerto a cualquiera con tal de llevar algo al gran jefe —se envalentonó Emiliano Paculo.

—Eso, a ti, es lo que menos debe importarte, y lo que más, que seguís siendo los principales sospechosos, me refiero a todo el grupo. No os acusaremos ante Abelardo Aldo Cecilio, pero sí contaremos lo que sabemos de cada sospechoso y que él decida.

—Esa historia de la que estáis tan persuadidos no es consistente —se encaró Emiliano Paculo—. ¿Y de dónde íbamos a sacar nosotros el cuchillo con el que fue asesinado Valerio Hymino? Nos registraron, incluso a las mujeres.

—Los soldados del procurador sí llevaban puñales. Es una posibilidad que da sentido a nuestra historia y a vosotros os permitía matar a Valerio Hymino.

—¡Pero qué tontería más grande! Nada encaja —dijo Ulpio Rufo intentando desmontar la absurda teoría—. Conociendo a Abelardo Aldo Cecilio, no creo que sus soldados se prestasen a algo así. No habría dinero bastante que ofrecerles por semejante servicio.

El resto de la conversación entre los adlectis y Sulpicio Superster y Furnio

transcurrió en un tira y afloja. Los unos reventaban la teoría conspiradora en su contra y los otros acoplaban sus ocurrencias a los parches abiertos por los sospechosos. A pesar de que un mar de dudas inundaba a Sulpicio Superster, este siguió en sus trece de querer encasquetar al grupo de los adlectis la comisión del crimen de Valerio Hymino y concluyó el interrogatorio imponiendo un plazo para que presentasen pruebas en su defensa.

En cuanto los sospechosos se marcharon, los investigadores evaluaron sus nuevas dudas, más que nunca se hallaban en un atolladero sin salida.

—No tenemos nada consistente —dijo totalmente abatido el de Metellinum.

—Ya.

—¿Ocurre algo, Furnio? —preguntó el amigo al observar su cara de espanto.

—Es que hay algo... que, no sé... Me has descrito cómo transcurrió el banquete aquella funesta noche y hay un detalle que me llama poderosamente la atención... pero no sé... resulta embarazoso de exponer.

—Suéltalo, a esta altura de la investigación tenemos a mucha gente que deseaba ver muerto a Valerio Hymino, pero no sabemos cómo se las apañaron para matarlo, supongo que cualquier locura puede ser tenida en cuenta.

—¿Y si el asesino fue Abelardo Aldo Cecilio?

Sulpicio Superster solo dijo:

—¿Cómo?

—El procurador os hizo interrogar a los invitados en el mismo banquete. Hay algunos que te contaron que fueron a las letrinas y el procurador había prohibido el paso porque estaba él dentro. En ese momento Abelardo Aldo Cecilio pudo cometer el asesinato, ¿no? ¿Quién iba a pensar que el asesino era él? Y en cualquier caso, si alguien vio alguna cosa rara que relacionara al procurador con el asesinato, ¿quién iba a decirlo? ¿Quién iba a acusarlo? ¿No te parece? ¿Quién osaría a tal demente insolencia? Y, sin embargo, esta es la mejor opción de todas. Si Abelardo Aldo Cecilio fuera el asesino, todo cuadraría, sería la tesela que encaja en el mosaico.

Sulpicio Superster fruncía el entrecejo.

—¿Y los motivos del procurador?

—Conociendo a Valerio Hymino y al procurador, motivos sobrarían. ¡Piénsalo!

—¡Descendemos al infierno, Furnio!

## Movimientos incesantes, consecuencias impredecibles

«Todo se encadena.  
Si la vida trae lo que más odiamos,  
miremos dentro, sin falsedad».

Mi deseada Marcia, cuyas pupilas verdes enardecen el fuego que me consume en la distancia. Vivo soñando tus labios, añoro su sabor a fresa, aún reposa en mi aliento su huella. Y tu cuerpo, de líneas sinuosas inquebrantables, provocador. Me muero por arrullar, malcriar tu piel, por mimarte. Te amo, te amo... Tu nombre, solo pronunciarlo me traslada al atrio de tu casa donde tantas veces hemos disfrutado, en él, tus lunas verdes brillando cristalinas en el sol primaveral enamoraron mi corazón con yugo roqueño. También inexorables me asaltan los recuerdos de mi consultorio y de tu dedicación a los enfermos, recorriamos juntos tantos lugares buscando alivio a los padecimientos de quienes sufrían... tú conmigo, en tu afán desmedido de cuidarlos... Cuánto me gusta esa generosidad tuya con los más necesitados, con los más débiles, esa virtud terminó de enloquecer mi corazón, siempre te he amado, desde entonces más, primero en silencio y pronto, ansío, en comunión con el mundo. Sueño con esa dicha, que todos conozcan nuestros amores... En fin... No dejo de repetirme que pronto pasará este trance, ¡esta terrible guerra! Aquí, en el campo de batalla, lo peor de la raza humana se manifiesta imperecedero y hasta el más noble de los hombres debe corromperse para sobrevivir. La guerra malea el alma, la destroza, y solo vacío se adivina tras la esperanza...

¡Qué rabia! Ya he vuelto a hacerlo... Me refiero a que otra vez he interrumpido mi alegato amoroso con el recordatorio permanente de esta guerra. ¡Qué lejos me gustaría hallarme! Y, sin embargo, no hay mejor lugar para mi vocación. ¡Cuántas contradicciones me asaltan, cariño!... Perdona mi queja de niño, sé que debo conformarme con mi realidad, intentaré tolerarla a pesar de la brutal ferocidad que me rodea; por otra parte, no soy el único que la sufre, ni siquiera, justo es admitirlo, el que la sufre en propias carnes. Otros son los que mueren. Lleno mi cabeza de argumentos para cumplir el pacto acordado con el César, y aunque no era permanente sino temporal, ni guerra alguna abrigaba, no me queda otra que asistirlo en tan nefastas circunstancias. Esta promesa y mi indiscutible y necesaria presencia en el campo de batalla es lo que me impulsa a permanecer, mi asistencia a los moribundos, los lisiados, los heridos y cuantos acuden a mí con dolencias de toda clase, muchas de tipo



nervioso por el miedo a las espadas; y no es para menos, mi amor. La guerra es el fin del mundo, nos vuelve animales. No entiendo cómo los hombres se entregan con tan virulenta alegría e inconsciencia a las armas. Debo resignarme y aguantar por más que ya tenga en mi poder mi nombramiento como gobernador de La Lusitania y también el permiso de Otón para marcharme cuando desee, me libera de nuestro convenio, conocedor de mi inmensa urgencia. ¡Qué generosidad la suya! Los primeros resultados en las pequeñas escaramuzas avalan su virtud y la hacen posible, aún así, justo es reconocerla. La suerte nos ha sonreído desde el primer momento a pesar de los inmensos obstáculos que se preveían dado nuestro inferior contingente militar. A la llegada de Vespasiano los números se equilibrarán y, como dice Otón, entonces no habrá quien nos sople. Hasta ahora nos vamos apañando y gracias debemos dar a los dioses, que nos protegen con tanto celo que nos regalan las victorias. Por mis palabras supondrás que hemos entablado combate, así ha sido, y que hemos salido victoriosos, lo cual corroboro. No quiero que sufras con mis informaciones sobre la guerra. Ten claro que yo no combato y solo piso el campo de batalla cuando las brasas se han desvanecido. Todo está bien, recuérdalo siempre que la congoja te arrecie.

Te cuento: el legado Fabio Valente pretendía entrar en Italia rodeando los Alpes por una vía costera, la vía Domitia. Allí mandó Otón un grueso de nuestras escasas fuerzas y lograron derrotarlos. Ha sido una pequeña incursión la de los vitelianos y, por tanto, un éxito pequeño el del Otón, pero para nuestras tropas ha supuesto una inyección de moral increíble. Además, la decisión de Otón de priorizar soldados en la vía Domitia ha sido un acierto pleno, ha convenido muchísimo a la unidad de nuestras fuerzas y ha renovado la autoridad del César y la creencia en su sensato criterio. Al principio surgieron divergencias entre unos y otros sobre cómo manejar esta guerra, me refiero a los mandos militares superiores, era una decisión arriesgada la de Otón al desprenderse de las pocas fuerzas de que disponíamos, dispersándolas, podía habernos costado caro, pero no ha sido así. Los dioses están de nuestra parte, del lado de la justicia. No solo la contención del ejército de Aulo Vitelio hemos logrado en la vía Domitia, también hemos ganado una batalla nada desdeñable. Me refiero a que el temido deshielo de los Alpes finalmente se produjo. Un deshielo temprano en uno de sus pasos permitió a Aulo Cecina atravesar el macizo, al menos treinta mil hombres le acompañaban, nos superaban numéricamente, pero nuestra lucha ha sido la de un titán y hemos vencido cerca de Placentia. Este rotundo triunfo, en condiciones más desventajosas, ha intimidado al enemigo, que se va retirando hacia Cremona. Los nuestros están envalentonados y con gran confianza en nuestras posibilidades, no sé si tal ímpetu es mejor o peor, desde luego, estar acobardados no es nada bueno, pero quizás tanta sobreestimación tampoco lo

sea, en cualquier caso, se disfruta de los éxitos conseguidos y se descansa hasta el próximo combate.

El campamento militar se ha instalado en la zona de Bedriacum y el emperador tiene el puesto de mando a pocas millas de aquí, en Brixelo, a orillas del Po. Mantengo correspondencia continua con él y mañana o pasado le haré una visita. Al emperador le gusta saber cómo ha sido la batalla, la cantidad de heridos, el estado de los prisioneros, en fin, pormenores de las guerras que ningún consuelo conceden a las señoras. ¡A qué... crueldades gratuitas! Por otra parte, Marco Salvio Otón está que trina con Aulo Vitelio, dice que le sacaría los ojos de tenerlo delante. Al parecer, se ha quedado en una de las provincias galas administrando los territorios que controla como si fuera el emperador y organizando un nuevo reclutamiento en esa zona. Sabemos que desde Britania se le hará llegar un refuerzo de ocho mil hombres. Este incremento de fuerzas a favor del rebelde debe hacernos recapacitar sobre la oportuna estrategia militar y, aunque la suerte nos sonrío y hemos salido airosos en estos preliminares, cuando el César me pide opinión yo le digo que sería bueno esperar a que llegue Vespasiano. Lo demás es una osadía que no pinta bien. Suetonio Paulino, nuestro oficial más veterano, endurecido en incontables éxitos militares, opina como yo, recomienda al emperador no tomar la iniciativa y permitir que el hambre, el cansancio y las dificultades del terreno mellen a nuestros adversarios y les de tiempo a las legiones del Danubio a llegar. Ellas son nuestra mejor baza, aunque si los dioses se empeñan en tomarnos de la mano, como hasta ahora, ningún freno amagará nuestros éxitos.

A Otón le ha dolido muchísimo el rechazo de su invitación para compartir el poder ofreciendo casamiento a la hija del rebelde. ¿Qué más podía hacer? Incluso estaba dispuesto a sacrificar su amor por Estatilia Mesalina, la tercera esposa de Nerón, con la que desea casarse. Yo creo que si el destino le permitiera hacer una única pregunta a su oponente, antes que el día en que nos atacarán, preguntaría por qué ha dado calabazas a su proposición de bodas. Encima, Otón es bien parecido, ninguna mujer lo censuraría por su aspecto físico, se acicala tanto como ellas. De modo que no entiende los motivos de este veto. Tampoco ayuda en nada a su estabilidad el que sus asesores militares se peleen a todas horas, intentando convencerse los unos a los otros de que sus propuestas son las mejores. Su hermano mayor Otón Ticiano le pone la cabeza tarumba sobre la necesidad de planificar una próxima incursión dado que nadie la espera y a todos pillaría desprevenidos, le insiste en que debemos evitar que Aulo Vitelio se ponga al mando de sus tropas con los nuevos contingentes y que no podemos desaprovechar el éxtasis de las nuestras, gracias a los triunfos que nos preceden, pues están encorajinados y con la moral por las nubes, lo cual para Ticiano es elemento clave en la

victoria. Ya ves que tiene Otón motivos sobrados para la reflexión. ¡Ojalá acertemos!

Nada reseñas en tus cartas sobre tu padre y nuestro romance. A veces me da por pensar que no lo aprueba y por eso no me lo cuentas, para no disgustarme. Si es verdad, como me dices, que todavía no se lo has dicho, te ruego amor mío que lo hagas. Estoy un poco obsesionado con su respuesta, no hay día que no imagine las posibles contestaciones que dará. Si fuera negativa, ya procuraré cambiar su voluntad cuando me aposente en Emerita, pero tú díselo, que se vaya haciendo a la idea cuanto antes...

Voy a cambiar de asunto... Tu noticia sobre la muerte de Valerio Hymino también ha llegado hasta Marco Salvio Otón, que bien lo conocía después de tanto tiempo al mando en la colonia. Nuestro emperador no cesa de preguntarme por el estado de la investigación y de aleccionarme sobre la importancia de esclarecer este incidente. Dice que no debo permitir que el crimen quede impune, no solo en atención al hecho, sino también porque el asesino ha escogido un lugar muy significativo y podría interpretarse equivocadamente en otras instancias. El lugar del asesinato y las alegóricas circunstancias, en medio del banquete de Abelardo Aldo Cecilio, tienen a Otón más que perplejo, poderosa es nuestra evasión estableciendo locas y farrucas cábalas respecto al asesino. Marco Salvio Otón no conoce a Abelardo Aldo Cecilio, pero le han dicho que es de los que no aguantan las pulgas ni a varias millas de distancia, por lo que confía en que hallará al responsable del asesinato. Dado el carácter del procurador, también me instruye a diario para que no me deje comer el terreno por él, supone que siendo yo primerizo en las lindes del gobierno, pretenderá, sin duda, echarme a un lado. Por todo, deduzco que será un pajarraco de altura, pero si tu padre me asesora, yo me haré valer con mano dura. ¡Cuántas tareas me esperan nada más poner los pies en Augusta Emerita! Por la noche, mientras aguardo la llegada del sueño que no se reverencia con prontitud, miles de interrogaciones sobre el gobierno de La Lusitania me invaden. ¡Es una responsabilidad inmensa! Hay veces que percibo a Otón dispuesto a la cháchara, entonces le avasallo acerca de mis funciones y él, con sorna elocuente, me contesta que, sobre todo, tendré que firmar muchas órdenes y, dado que sé escribir y leer, no debo preocuparme por anticipado, y desde luego, me dice con sarcasmo, que lo fundamental es no perder mi nombramiento por si Aulo Vitelio resulta ganador. Esta advertencia me pone los nervios de punta, después de todo lo que estoy haciendo por el dichoso nombramiento, rebuznar tales bravuconadas es de absoluto mal gusto, aunque él últimamente bromea hasta con su pellejo y nos consulta sobre la belleza o fealdad de su cabeza en la pica de Aulo Vitelio. Así encara la muerte. Con semejante perspectiva, mi futuro debe parecerle un oasis delicioso.

Por fortuna, no tengo mucho tiempo libre para dar vueltas a la cabeza, lo que agradezco de veras dada mi propensión a preocuparme en exceso. ¡Ah!... se me olvidaba enumerarte la más importante de todas mis prioridades. Apenas llegue a la colonia debo casarme con la joven más bella de Augusta Emerita, a la que adoro. ¡Marcia! Ese es su nombre. No hay nadie a quien ame más, y ella me corresponde. Su cariño, tener su apoyo, envejecer a su lado, ilusionarme con alegría y optimismo por las pequeñeces de la vida se lo debo a ella, también mi integración en un mundo que no era el mío. Todo esto ha sanado mi herido corazón y ha compensado la trágica debacle de mi familia, lo cual es un milagro... incluso hay días que agradezco a los dioses que todo ocurriera como antaño sucedió, para que ella forme parte de mi presente... Para que tú, Marcia, existas. Has convertido mi odio hacia el Imperio en agradecimiento. Mira si te amo, lo eres todo para mí...

Diophanes paró de escribir. Se le había detenido el corazón, casi no tenía pulso en mitad de aquel bosque medio arrasado, en el norte de Italia, rodeado de arbustos enanos y matorrales, y con un fornido abedul en cuyo esbelto tronco apoyaba la espalda, a su vez acortado por racimos de hojas pendiendo hacia la tierra igual que las lágrimas que brotaban a mares de los ojos del médico, inundando sus pómulos rojizos arañados por el aire. Las escenas más dispares se sucedían sin atisbo de falsedad en la intimidad de aquel inhóspito paraje. Se oían gritos de furia venenosa peleando por no esclavizarse en una tráquea cobarde, y no eran excepcionales las escenas de angustia entre la tropa. Lo mismo se escuchaban cánticos espontáneos de moral optimista que riñas a las primeras de cambio, igual se escupían por la idiotez más pequeña que actuaban como héroes ante el acecho de peligros inusitados. De modo que todas las situaciones extremas se representaban en el devenir de un campamento militar en vías de entablar combate. Diophanes formaba parte de la estampa del lugar. Sobre el suelo que nutría al abedul, aterido de frío, el médico se ahogaba en su pena, las lágrimas sin cesar.

Aquellos soldados a los que salvaba la vida, sanando sus heridas y limpiando sus cicatrices, escuchando sus lamentos y sus historias, pertenecían al mismo ejército que causó el inmenso drama de su familia, la escisión de sus raíces. Y ahora él era uno de ellos, había cambiado de lealtades y le dolía su sangrante felonía; debía considerarse parte de la maquinaria que expandía el gobierno de Roma, que hacía posible la ley del César y de su senado. La sociedad que existía protegida por ese ejército era para Diophanes motivo de continua contradicción y sufrimiento, se debatía entre un deseo incesante de pertenencia a ella, a ese presente que constituía su señero bagaje, lo único conocido, y el odio por haberle hurtado sus orígenes, su auténtico hogar. Quería a sus vecinos y a veces también los odiaba por ser romanos. El médico nunca comprendió la infame injusticia que se le causó a su padre, no había justificación para la barbarie romana durante la conquista de Tracia, y una terrible bronca corroía su ser.

Diophanes padre conoció la tensión permanente y el cuestionamiento perpetuo de su hijo y siempre procuró aliviar la peligrosa irrealidad que lo descorazonaba y los sentimientos de traición que le asaltaban cada vez que se sentía romano, feliz e integrado en el mundo en el que había crecido y se había hecho un hombre. Ahora, inmerso en la guerra, en ese salvajismo que antaño detestó, lo comprendió todo como una chispa que ilumina el universo a pesar de su insignificancia. Discernió que la guerra no atiende a racionalidades, que en ella se hacen las peores cosas sin asomo de culpa, y uno vive feliz si consigue salvar el pellejo, es lo que cuenta, seguir en pie. Nadie mira al enemigo ni a su familia. La guerra convierte a cualquier hombre de cualquier territorio en adversario. Esto era lo que él jamás comprendió, el alcance de la guerra, como la vorágine de un huracán que lo arrasa todo a su paso. Ahora lo sabía y las lágrimas escupían el veneno que durante años lo corroyó sin cuartel; solo la benevolencia de su amante progenitor y los ojillos pilluelos de Marcia le devolvían la serenidad. En su nueva piel, bajo el prisma de una verdad reciente, se sentía inseguro, tambaleante, vulnerable, traidor, compañero, amigo, salvador y verdugo... pero se sentía extrañamente en paz. Acudía incesante a su memoria el recuerdo del padre. El día anterior a su muerte se lo dijo claro: «No libras mi guerra, Diophanes, hace mucho que yo acepté mi destino. Por favor, vive tus días en paz y acepta el tuyo, eres de Emerita, de recuerdos inexistentes no se construye una vida, ama a los que te hagan bien, sean lusitanos, béticos o tracios, pero vive tu presente lleno de amor, que nutre y sana infinitamente más que las guerras. Yo soy hombre de paz, recuérdalo siempre». Diophanes imploraba a los cielos el beneplácito del padre y asentía con humildad el rotundo valor de sus enseñanzas. Se mantuvo un buen rato recordándolo.

Luego su pensamiento voló hasta Marcia, cuyo amor le había ayudado de forma crucial, aunque inconsciente, a reconciliarse con el Imperio. Pronto él también daría órdenes a soldados que las ejecutarían sin conmiseración. Le aterraba equivocarse y volverse mezquino e injusto. Ahora la posición de dominador era la suya, mucha atención debía prestar para no convertirse en lo mismo que siempre odió. El dominado dominante. Diophanes limpiaba las cuencas de sus ojos que aún segregaban con automatismo algunas gotas. ¡Marcia! ¡Cuánto le debía! Lo era todo para él. Diophanes estaba excitado, se percibía febril, y por segundos, débil, otras veces confiado, y de nuevo las lágrimas volvían a aflorar, aunque ya sin tanta vehemencia, y al compás de esta mezcla de sentimientos empezó a sentir una gran liberación, la muerte de un yugo opresor de décadas. La vida le devolvía la compensación justa a su infortunio y le entregaba a Marcia, la hija de un senador romano que le amaba sin más consideración que su ser.

Exhausto de emociones redimidas, Diophanes se sentía un hombre de paz en medio de la guerra. Podía ser feliz, eso era lo que sentía después de vaciar su alma. ¡Qué agradable sensación! ¡Qué reposo más reparador! El amor de Marcia y de su padre y, ¡por qué no!, la experiencia misma de la guerra, constituían los elementos de su catarsis, de su nuevo nacimiento. Diophanes respiraba el aire puro, cargado de

oxígeno, le dolía la cabeza levemente y le zumbaba un oído, pero el gozo de su ser en paz, empequeñecía el tremendo desgaste del transformador momento. Al cabo de un rato, deshabitada su alma de la ira destructora, sosegada la mente, un sueño reparador lo cubrió como premio a su arrebatador aprendizaje.

En la provincia lusitana otra inmediatez componía las horas de sus habitantes. La guerra civil entre el emperador Marco Salvio Otón y el general Aulo Vitelio sonaba lejana. Las noticias sobre el desarrollo de los combates aventajando a algún bando no proliferaban y los cotilleos se atenían a conjeturas barruntadas sin consistencia de ningún tipo. Esa mañana fría y violeta del mes de marzo, que amenazaba ventisca racheada caso de evacuar las nubes su linfa potente, debía complimentar el duunviro trámites dolorosos, pues el bibliotecario llevaba tiempo requiriéndole. Sexto Furnio Juliano se aventuró a la calle dispuesto a enfrentarse al canalla liberto de Nerón, trapacero, fullero y tahúr. Ni asomo de virtudes hallaba en el fingido amigo; el blanco se había tornado negro. Las dioritas de la calzada se clavaban puntiagudas en la planta de los pies, la desproporción entre las piedras exigía atención a las torceduras bravas y los muros de la calle se apreciaban más duros y encrespados que nunca. Hasta el mármol exudaba un frío que calaba en los huesos. En breve arreciarían chubascos sin contemplaciones. Era un día desalentador. Las calles de la colonia constituían el atrezo oportuno al encuentro de ambos.

Halys se hallaba en la biblioteca copiando el libro cuarto de la *Eneida* de Virgilio cuando Furnio se personó dispuesto y con modales levantiscos. Halys pretendía hacerse perdonar, explicarse ante el hombre que le brindó una tierra a la que pertenecer, un censo en el que inscribirse. ¡Qué vida más cruel! Precisamente a él debió sacrificar.

—¡Ah! Ya has llegado —sentenció con seriedad el liberto dejando la pluma.

—La insistencia de tus mensajes me ha traído hasta ti, por desgracia, porque prefería darte por muerto.

—No esperaba saludos lisonjeros, pues soy consciente de mi culpabilidad, aunque el aprecio y la amistad que te dispenso...

—Basta de tantas falacias —cortó Furnio con genio—. Si insistes en seguir por ese camino de burdas falsedades me iré por donde he venido. Te prevengo, nada de nuevas mentiras, o igual que he llegado, me marcharé.

—Tienes todo el derecho...

—No necesito tu aprobación, dime por qué me andas buscando —arguyó el duunviro.

—Quisiera pedirte perdón.

—¿Y qué cambiará eso, si no creo nada que venga de ti?

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Quizás deberías pegarme si te sirve de desahogo. Te he causado daño por necesidad.

—Me has mentido, me has manipulado moviéndome a tu antojo, has puesto en peligro a mi familia. Me has traicionado —expuso Furnio sentenciando la razón de su enfado.

Halys agachó la cabeza y engurruñó los labios en señal de arrepentimiento. El silencio sirvió para templar a Furnio. Si había acudido hasta allí, debía escuchar lo que tenía que decir su enemigo. Al cabo de un rato, el duunviro volvió a explicarse.

—He venido por curiosidad.

—Quisiera explicarte el motivo de mi desleal proceder contigo.

—Adelante —dijo Furnio, que jamás perdonaría el riesgo que había corrido su familia.

—Todo empezó en Roma, en la corte de Nerón. Aquel tiempo fue un infierno. Los días transcurrían al son de los caprichos y los viles devaneos del César, no había normas a que atenerse y lo que un día recibía gustoso, al siguiente podía escupirlo bajo la amenaza más perversa. Nadie estaba a salvo de sus cambios de humor. En mi caso particular, estuve condenado a muerte por Nerón en dos ocasiones. Una de esas veces, en medio de un festín alentado por inhumanos adeptos que jaleaban la oscuridad de su alma, se le ocurrió la graciosa idea de matarme como lo haría un secutor en la arena del anfiteatro. Debí hacer de león, ponerme a cuatro patas y rugir como lo haría este animal, cada vez que me corregía me pegaba con la fusta del caballo. Así estuve tres horas, dando vueltas por aquel salón abarrotado de borrachos y degenerados que le seguían la corriente simplemente por temor, como obedecía yo, como obedecíamos todos, por puro pavor. Al final decidió perdonar mi vida en oposición al circo infame que espoleaba su vena sanguinaria. Y ahí me hallaba yo, con una sonrisa encarnada aceptando las peores humillaciones que a Nerón se le antojaban. Yo pude correr la misma suerte de otros a los que había besado en público como se hace con un hermano. Ese era el valor de sus actos. La nada. Con él nadie estaba seguro. Si mató a su madre, qué podíamos esperar los demás... En otra ocasión, se enfadó conmigo diciendo que el vino estaba más frío de lo normal. Yo ni siquiera tenía ese cometido dentro de la corte, pero se volvió hacia mí y se encaró por las buenas. Ese día me obligó a beberme media ánfora de vino, casi muero atragantado. Como aguanté el suplicio sin perecer, extenuado, medio asfixiado, recibí cinco latigazos extras. ¿Qué te parece? Con Nerón no viví ni un solo día de paz. Cada vez me salían con más frecuencia unos sarpullidos rojos que picaban a rabiar, aún conservo en la piel la marca de esas heridas —se subió la manga para mostrar las cicatrices, mudo testigo del pasado.

—No es necesario que me enseñes nada.

—Quisiera aclararte, ya que estoy desnudando la peor parte de mi vida, que jamás me sodomizó como algunos chismorrearon entonces, eso nunca sucedió —dijo Halys oteando el horizonte con la mirada perdida—. Sin embargo, me obligó a ciertas cosas que alcanzan la altura denigrante de la sodomía y que por pudor prefiero no revelar. De modo que mi estancia en la corte de Nerón fue la mayor esclavitud que nadie

podría soportar, el más terrible infierno. Y otros acabaron peor que yo, pues perecieron a manos de aquel animal tarado. Personas maravillosas que merecían la vida..., sí, sí..., perdí buenos amigos por aquellos días —gimió ensimismado—. El presidente del colegio sacerdotal de los quinceviro, el conocido en Emerita como carnicero, consiguió convencer a Nerón de la importancia de mis conocimientos en el mundo de las artes y el gran servicio y ventajas que le reportaba al César mantenerme con vida, y luego, más tarde, lo convenció de la importante misión que yo, entre otros, podría realizar: establecer bibliotecas en las capitales de todas las provincias del Imperio a donde serían trasladadas sus obras para divulgarlas ante sus súbditos, y de esta forma, recurriendo directamente a la vanidad del monstruo, este aceptó mandarme a Augusta Emerita.

Halys suspiró con gravedad. Su semblante atormentado revelaba los ultrajes y bajezas a los que había sido sometido en el pasado. A Furnio, de repente, aquel rostro se le antojó disipado de brillantes oropeles, más bien parecía el de un náufrago desvalido. El liberto de Nerón continuó el relato cabizbajo.

—Naturalmente, el sacerdote romano tenía planeado cobrarse mi deuda y me asignó la misión de hacerme con los libros sibilinos, pues soy conocedor de varias lenguas, entre ellas el griego. Pretendía que recuperase los libros enseguida, le daba igual que fuera por las malas, tal y como poco tiempo después hizo él. Pero mis planes no barajaban el asesinato, yo nunca tuve intención de matar al joyero, soy incapaz de sacrificar a nadie a sangre fría...

—Ya —fue la respuesta del duunviro.

—Yo quería hacerme con la amistad de Alexander y conseguir los libros por las buenas, aunque tuviera que robarlos, pero nunca matar; sin embargo, mi jefe tenía otras urgencias, otros andaban detrás de los libros y adelantarse era esencial para hablarle a Roma de tú a tú. Repito, como no formaba parte de mis planes matar a Alexander, el carnicero vino hasta Emerita con el sirviente de más confianza. El resto de la historia, por más o por menos, la sabes.

—Tú conocías que yo tenía los libros sibilinos. ¿Por qué no me pediste que te los entregara, a ti o a tu jefe? De esa manera, al menos Norbano Mensor estaría vivo.

—Mi idea era tener los libros controlados y alargar mi misión en Augusta Emerita. Temí que, de resolverse con rapidez, me enviaran a otro lugar. Euterpe siempre ha querido tener hijos, y yo deseo un hogar en paz, lejos de los tentáculos del poder de Roma. En cualquier caso, nunca te puse en peligro. Aunque no me creas, te quiero como a un pariente, pues mucho te debo.

—No seas embustero, si no diste mi nombre fue porque no te hizo falta para salvar tu pellejo —le espetó Furnio con firmeza—. El peligro siempre lo corrí yo, sobre mí y mi parentela recaía la amenaza, como al final ocurrió, cuando Abelardo Aldo Cecilio me obligó a entregárselos. ¿Por qué no los quisiste en tu poder? Yo te lo diré, era peligroso poseerlos.

—Siempre procuré velar por ti, Furnio. Todo estaba bajo control. No deseo



ningún mal a nadie, pero la vida me ha repartido horribles cartas y no deseo morir.

—Me has utilizado.

—Yo no planeé que Alexander te entregase los libros sibilinos.

—No es excusa, podías habérmelos pedido.

Halys ansiaba comprensión. Su conducta con el duunviro no había sido sincera, pero la vida le había empujado a defenderse con engaños. A pesar de todo, quería a Furnio.

—Has escuchado las vicisitudes de mi existencia, imagina mi gran cruz, ponte en mi lugar, solo quería hacer tiempo, quedarme en Emerita. —Hizo un intervalo, parecía cansado de los recuerdos—. Euterpe se encontró desde el principio con tu esposa y las otras mujeres, que la recibieron como si fuera una más. Ella no es muy dada a las relaciones sociales, pero a su manera se siente formando parte de un lugar en el que tiene su sitio y es feliz. Ahora ella está embarazada, y yo quería que tú y Arria Pale fueseis los padrinos.

La revelación apenas desvió al duunviro del tema central.

—Esa costumbre es de los cristianos, ¿no?

—Sí, los dos somos cristianos, supongo que no te incomodará.

—Cuáles sean tus dioses me dan igual, pero qué reglas rijan tus actos, no, me pusiste en peligro y también a mi familia.

—Sí, Furnio, eso es cierto, me pudo el miedo. Por eso quiero pedirte perdón.

—Pocas son las palabras de tu súplica, grande la concesión de tu petición. Siento mucho cómo ha sido tu vida, pero no puedo perdonarte, aunque sí te diré que alentaré a mi mujer a velar por la tuya. También quisiera aclararte una cosa, que no se te olvide: no puedo juzgarte, pero si pudiera, lo haría. Por suerte para ti, ya pagó Tito Emilio por la ayuda que te prestó liberando a tu jefe.

—Te ruego tengas piedad por mis pecados —exclamó Halys sin atender al veredicto—. Dime que me perdonas, por favor —el muchacho rodeó la mesa en la que se parapetaba el duunviro, y una vez delante, se arrodilló e imploró compasión.

Furnio tiró de la toga, a la que los dedos del joven se habían asido.

—No puedo, créeme, sería una farsa más grande que la tuya. Lo siento, no me pidas lo que no está en mi mano.

—Te prometo... —señaló Halys con precipitación, aunque no pudo acabar.

—En nombre de Jupiter, nada de promesas, no quieras imponer los vínculos que has destruido con agravantes —el tono altisonante y agrio de Furnio paró en seco el impulso del otro.

El silencio volvió a reinar. Halys comprendía la férrea posición del duunviro, quizás después de un tiempo, el corazón de Furnio se ablandaría.

—Y ahora, dime, ¿qué lazos te atan con el presidente de los quinceviro y el bando al que representa? —Furnio quería llegar al final.

—No hace mucho me mandaron un matón, Lobo —Halys suspiró—. Querían seguir teniéndome a sus pies. Estoy harto de tener miedo. No me moveré de Augusta

Emerita, deseo criar a mi hijo en estas tierras. Yo cumplí liberando al sacerdote, cumplí informando del traslado de los libros sibilinos a Roma, llevo toda mi vida cumpliendo y ya se ha acabado. Soy libre, Nerón murió —musitó cubriendo su faz—. Si quieren algún servicio más de mí, serán favores conforme a ley. Y si amenazan con matarme, que se preparen, porque pienso defenderme. Conque... no sé muy bien cuál es mi situación. De todas formas, la guerra entre los hijos del imperio tiene a los de Roma pendientes de batallas más importantes. Espero que olviden mi existencia.

El encuentro había llegado a su fin. No había resultado baladí la enfática descripción de las maldades de Nerón. El duunviro había limado sus belicosos sentimientos hacia el otro.

—Vive una vida en paz —determinó el duunviro.

Halys le siguió los pasos, no sabía muy bien qué hacer. Furnio notó su figura y se volvió.

—¿Qué sucede? —espetó con aspereza.

Halys se giró sobre sus pasos con los ojos húmedos y se quedó de espaldas al duunviro.

—Perdona, soy un loco que persigo imposibles, no tengo derecho a pedirte más, agradezco que me hayas escuchado, soy muy consciente de todo el mal que te he ocasionado. Estoy muy arrepentido.

Los sollozos entrecortaban las palabras de Halys. A Furnio no le conmovió, lo percibía parte del teatro del que el bibliotecario era experto: la manipulación.

—Ya —le contestó decepcionado, aunque sin atisbo de rabia en la voz. Luego se marchó.

Halys caminó hacia la mesa y se sentó escondiendo la cara entre los brazos. Estuvo llorando, sentía el calor de los sarpullidos emergiendo por salir. En esa posición se mantuvo hasta que los ayudantes llegaron, entonces se recompuso, solo la acuosidad de sus ojos y las hinchadas ronchas de las mejillas traslucían algún contratiempo.

Cornelio Severo era un hombre de acción, muy poco dado a largas reflexiones. La noche anterior, Capito le había dado a conocer la propuesta de matrimonio de Abelardo Aldo Cecilio. Según le informó, el procurador daba por supuesto el futuro casamiento con Clementina, y él estaba hecho un auténtico lío, no porque la joven de rojos cabellos no pudiera ser buena esposa y madre, ni porque no le atrajera como mujer, que sí le atraía. Sin embargo, tras lo de Marcia, él necesitaba tiempo para elegir esposa, y las prisas no eran buenas consejeras. Capito esclareció que, tras mucho indagar en sus sentimientos como si de un convaleciente ermitaño se tratara, era dudoso que su respuesta complaciera a Abelardo Aldo Cecilio: no podía responderle sí, tampoco no, y solicitaría con el mayor respeto y educación algo más de tiempo, pues necesitaba conocer mejor a Clementina, y eso, pese a no suponer un

rechazo frontal a la propuesta de Abelardo Aldo Cecilio, sentaría a este como si mil lémures le triturasen las bilis.

Desde que Capito le anunciara novedad tan extraordinaria, Cornelio Severo presagiaba aciagos vendavales. A la mañana siguiente, después de cumplir con los dioses y atender a los clientes, se encerró en el tablinum; necesitaba ordenar sus ideas. En primer lugar le había molestado que el procurador le hubiese obviado, ya que lo correcto dictaminaba que él, como padre del novio, fuera informado por el peticionario. Esta falta de respeto molestó a Cornelio Severo más que un hurto alevoso en un negocio. No eran ellos unos patricios cualesquiera dentro de la comunidad. Su gens emparentaba nobles cimas, un cónsul y dos pretores tenían en su haber y además el abuelo materno de Capito, Marco Porcio Cato, fue gobernador de La Lusitania una década atrás. Ninguna inferioridad sentía el flamen provincial respecto al actual procurador. Por otro lado, el capital, las tierras de labor, las otras propiedades y sus negocios componían un montante económico abultado, nada que envidiar al de Abelardo Aldo Cecilio, al que seguro superaría. A todas estas favorables condiciones se agregaba que Capito era hijo único. Cornelio Severo avistaba problemas en cuanto Capito contestase lo que ya tenía claro. El abogado accedió al tablinum en medio del trasiego del padre, que charlaba consigo mismo entretenidamente y en voz alta, gesticulando con la misma vehemencia que un magistrado en el atril de la curia.

—Semejantes modos achantarían al mejor abogado, resultas de lo más convincente —dijo Capito en tono burlón, abriendo un cajón del aparador.

—¿Qué haces aquí? —señaló el progenitor.

—Me había olvidado transcribir una cláusula nueva de un contrato de arrendamiento para esta tarde.

—Hijo... —empezó Cornelio Severo con reservas—. Debemos hablar del asunto del procurador, estoy preocupado por tu negativa a desposarte con su hija.

—Clementina, padre —Capito se paró en seco—. Me espero cualquier cosa. La ley no me constriñe a aceptar ningún compromiso por salir con ella en público. Lo que más me asusta es que pueda coaccionar a Clementina para que mienta, diciendo que me he propasado con ella o algo por el estilo. Eso sería lo peor.

Esa opción era uno de los mayores fiascos que podrían suceder.

—Bastante mal querría a su hija si hiciera una cosa así —sugirió el padre.

—No creo que Abelardo Aldo Cecilio quiera mucho a nadie.

—Quizás debería solicitar audiencia a Fabiana, ¿no crees? —insinuó el padre—. Con algún pretexto que no haga sospechar al procurador, para que amanse a la fiera.

—Desde que Abelardo Aldo Cecilio me planteó casamiento con Clementina, solo una vez he salido con ella. Pretendí que fuera en secreto, pero dudo mucho de que a su padre se le escapara esta baza. El caso es que yo anuncié a Clementina el ofrecimiento de su padre.

—¿Y qué? —interrogó el flamen, ansioso.

—No lo sabía, a ella no se lo había dicho —explicó Capito—. Padre, Clementina estaba maravillada con la idea de casarse conmigo, quería que la poseyera allí mismo, del gozo de la noticia. Y podrás imaginar cómo se quedó cuando le dije que necesitaba tiempo y que eso es lo que diría a su padre. Se me partió el corazón al ver su cara.

—Entonces... ella conoce tu respuesta.

—Sí, padre, no podía engañarla, le dije la verdad, que antes de decidirme necesitaba tiempo, salir con ella más veces, conocerla mejor.

—A lo mejor se lo ha comentado a su padre, o a su madre, y esta al procurador.

—No lo creo. En lo que conozco a Clementina es una persona prudente y consciente de la trascendencia de las cosas, vive en el mundo real, tiene los pies en el suelo y mide las consecuencias de los actos.

—¿Y cómo se lo tomó? —insistió Cornelio Severo.

—Clementina entendió mi respuesta, estaba disgustada porque me ama y desearía que yo pudiera corresponderla y darle a su padre una contestación afirmativa, pero dijo que tenía todo el derecho del mundo a decir que no, que ella lo entendía, que a nadie se le impone un matrimonio. ¿Sabes, padre? Me dieron ganas de decirle que sí, al comprobar lo comprensivo de su carácter —Capito lo explicaba con dulzura—. Me preguntó si en mi respuesta intervenía algún tipo de sentimiento por alguna de sus hermanas mayores, y al decirle que no, se tranquilizó bastante.

En medio de la conversación uno de los esclavos les ofreció pan con miel y padre e hijo aceptaron el obsequio con agrado, haciendo un alto para degustarlo sin prisas. Luego planearon cómo hacer frente al embolado. No había otra, solicitarían audiencia y acudirían juntos. Entre tanto, Capito prefirió bromear sobre su soltería, parecía que el destino se lo ponía difícil y las partes no terminaban de bailar al compás. El abogado sorbía con deleite la miel que chorreaba por el borde del pan y se mostró interesado en la investigación del crimen, deseaba cambiar de tema, y Cornelio Severo aprovechó para interrogarle sobre algunos extremos que él podía clarificar. De momento, solo tenían sospechosos sin más pruebas que el enfrentamiento con el finado. El abogado atendía entre lametón y lametón. Valerio Hymino había dejado una estela concurrida de damnificados, y ahora habían tenido conocimiento de una última y flamante ruindad del asesinado: la estafa al senador Lucio Fabio. Capito movió la cabeza asintiendo.

—En efecto, yo poseo copia del contrato de compraventa entre Lucio Fabio y Valerio Hymino —aseguró el abogado—. Solo puedo testimoniar que las dos partes estaban de acuerdo en el precio, que las tierras fueron examinadas por mí y por Lucio Fabio en cuanto al lugar de localización y las millas que se le vendieron y que todos los datos eran correctos. El precio tampoco fue motivo de mucha polémica, yo mismo insté a Lucio Fabio a comprar una vez que Valerio Hymino bajó la cuantía inicial, que tampoco estaba alta. ¡Quién podría imaginar sus actos posteriores! —El abogado movía la cabeza—. Hay que ser desalmado para mentir con tanto descaro y robar sin

asomo de remordimientos.

—¿Podemos demostrar sus mentiras?

—Si antes de cerrar el trato tenía en mente la expropiación futura y a nadie lo contó, no se puede demostrar la estafa —certificó el abogado conforme a derecho—. Lo único demostrable es que unos meses más tarde la expropiación de ese terreno figuraba en el orden del día que pretendía presentar en la siguiente sesión de la curia y que entregó a Cayo Voconio. Este se lo contó a Lucio Fabio y, según me dijo él mismo, el edil increpó a Valerio Hymino por la ominosa injusticia que suponía la expropiación, a lo que el otro respondió que era el lugar más adecuado que él hallaba para trasladar las basuras y que si alguien tenía otra propuesta mejor, podía presentarla en el senado, que allí se discutiría y se votaría, que él no imponía nada. Por supuesto, omitió hablar sobre la canalla venta. El senador Lucio Fabio, totalmente indignado, vino a verme unos días antes de la muerte de Valerio Hymino para que intentase convencerlo de que no podía proponer la expropiación de sus tierras o lo denunciaría por haberlo estafado.

—¿Y qué? —apremió el padre.

—Lo que temíamos los dos. Fui a verlo y me confirmó que no desharía el trato y que tampoco cambiaría su propuesta en el senado. Valerio Hymino no había obrado a lo loco, conocía perfectamente las consecuencias de sus actos, de modo que no insistí. Yo aconsejé a Lucio Fabio que buscara la instancia del senado para hacer valer su queja. Este echaba babas, estaba descontrolado, le parecía increíble cómo se la había jugado.

—Y ahora, ¿qué ocurrirá?, ¿prosperará la expropiación? —Lanzó al aire la pregunta.

—No creo —señaló Capito—. Mi voto no lo tendrá.

—Ni el mío tampoco.

La curiosidad de Capito sobre los restantes sospechosos y su urgencia en modificar el contrato originó la salida a la palestra de los últimos nombres.

—¿Lorenza?! —dijo con excitación de repente el abogado ante la sugerencia de su padre.

—Sé que resulta difícil de creer —Cornelio Severo solicitaba paciencia hasta explicar su hipótesis—. Con todo lo que ha sufrido esta frágil criatura, de haber liquidado a su esposo, casi mueve mi corazón al agradecimiento, es decir, que yo tengo mis simpatías por Lorenza. Lo que ocurre es que algo por dentro me hace desconfiar de nuestra menuda y ausente viuda, es una sensación, cada vez que hablo con ella las tripas se me encogen como en ayunas. Ya sé que mis sensaciones no tienen categoría de prueba, pero creo... que no me cuenta todo lo que sabe.

—Es una mujer muy inteligente y muy sensible, pero no está hecha para este mundo. Halys la ve mucho, tengo entendido que es la socia más activa de la biblioteca. No creo que haya sido Lorenza, es totalmente imposible, padre.

—¡¡¡Ah!!! ¡Quién sabe! —contestó el otro. Y luego añadió—. Sé que es cliente

tuyo, y quizás tú nos podrías aclarar los pequeños secretos que a mí me niega.

—Bien conoces las reglas del juego, padre. No insistas en esa demanda, la confidencialidad con el cliente es sagrada —Capito dio por zanjada la tentativa.

—Verás, querido hijo, iré al grano. Si no me informas sobre determinadas cuestiones, cuando el procurador interrogue a Lorenza, y te aseguro que lo hará, tu nombre saldrá a relucir y te llamará, eres su abogado.

Capito torció el gesto, sí, él sabía algunas cosas, pero... hasta qué punto afectaban a la investigación o serían relevantes para ella, no estaba claro.

—Padre, no quisiera poner la zancadilla a la investigación, sin embargo considero que las pequeñas consultas que Lorenza me ha hecho y en su momento el difunto, no tienen nada que ver con el asesinato de este. Así que prefiero no decirte nada — Capito defendía las normas de su profesión.

—Si las consultas te las ha hecho Lorenza y también te las hizo Valerio Hymino, me atrevo a sugerir que tenían que ver con la separación de sus bienes. Lorenza quería gestionar directamente su patrimonio y que su esposo no pudiera meter las manos en él. ¿Estoy en lo cierto o no?

El abogado abrió los ojos, no esperaba semejante respuesta.

—¿Cómo sabes tú eso? —interrogó Capito.

—Por Lorenza, sé que vino a verte con Valerio Hymino para incoar la separación de los bienes de ambos. Después de enterarse de que se había acostado con todas sus esclavas no quería saber nada más de él, lo odiaba, incluso a mí me ha reconocido que quiso matarlo en un arranque de locura, y como su mentalidad le impedía romper el matrimonio, al menos quería recuperar su patrimonio y la gestión del mismo.

—La verdad es que no sé qué deseas preguntarme, si sabes más que yo, casi.

—Pues deseo saber cuál fue el resultado de su consulta, al menos dime qué dice la ley al respecto.

—Legalmente eso es imposible. Es decir, mientras una mujer esté casada, ella puede gestionar su patrimonio bajo cuerda, tomar sus propias decisiones, pero su esposo debe estar conforme y cualquier acto jurídico que desee formalizar debe contar con la aquiescencia de este, que es quien firma y figura en los documentos oficiales. De modo que, ante la ley, él tendría la última palabra.

—No es eso lo que me contó a mí Lorenza —el flamen quería aclarar totalmente las diferencias—. Me dijo que si una mujer podía demostrar una mala conducta de su esposo se le permitía gestionar sus bienes.

—No sé qué te diría Lorenza, pero hablando de forma general, te aclararé que la mala conducta demostrable del esposo lo que permite a la esposa es separarse, y entonces la ley le consiente que se quede con el patrimonio que aportó al matrimonio o con la parte proporcional del que exista, si este menguó.

—Ahora se me despejan ciertas neblinas...

Cornelio Severo se quedó pensativo, las incoherencias se ordenaban.

—En conclusión, tu respuesta a la pretensión de Lorenza fue negativa, porque ella

no quería divorciarse de Valerio Hymino, solo divorciar sus bienes, y no hace falta que nadie me confirme que el difunto tampoco querría divorciarse, no por amor, claro está, sino porque perdía bastante y el dinero parece ser que era lo único que le importaba.

Cornelio Severo fue tejiendo sus conjeturas mientras discurría en voz alta. Tras consultar a Capito y ante el resultado negativo a su propósito, Lorenza halló una nueva vía de rescatar sus pertenencias cuando Valerio Hymino le contó que el procurador pretendía quedarse con los bienes que entregó en prenda como garantía al acceder al duunvirato. Entonces fue cuando Lorenza visitó al procurador intentando llegar a un acuerdo: ella entregaría pruebas de las ilegalidades de su esposo y él reservaría y respetaría el dinero del patrimonio de ella.

—¡También sabes eso! —le dijo Capito confirmando así sus teorías.

—Sí, también. Lo que no sé es qué le replicó Abelardo Aldo Cecilio.

—¿Y no te lo imaginas?

—¿Tú lo sabes? —increpó el padre.

—Sí lo sé, y tú si lo piensas detenidamente podrás figurártelo. ¿Te imaginas al procurador cediendo parte del botín a la menguada y sufriente Lorenza?

—Pero a él también le interesaba, así ella le entregaba en bandeja a Valerio Hymino.

—A Valerio Hymino ya lo tenía cazado. De todas formas, que te quede claro que a él Valerio Hymino le daba igual, al que le tiene tirria es a Furnio, porque está convencido de que dio aviso del traslado de los libros sibilinos a Roma. ¿Te acuerdas de los libros sibilinos? —Cornelio Severo asintió—. Y por tanto y en última instancia considera a Furnio responsable de la matanza de los custodios de los libros y de que no le hayan ascendido a gobernador.

Se hizo el silencio. Ciertamente Capito y él debían dedicar más tiempo a conversar. Esta información le produjo absoluta perplejidad. Los hilos del poder se movían bajo cuerdas invisibles que finalmente exhibían jocosas y altaneras el resultado de las intrigas. Curiosamente, se sintió atenazado por un miedo repentino del que pocas veces tomaba conciencia. Abelardo Aldo Cecilio era un personaje siniestro que le daba mal agüero. Retomando las líneas de la investigación, Cornelio Severo volvió a intervenir.

—Por todo esto, Lorenza es tan sospechosa de matar a su esposo como los demás —afirmó con rotundidad—. Como te digo, incluso llegó a confesarme que se le pasó por la cabeza tal fechoría, y no solo a mí, pretendió materializar su intención y visitó a Manlio Celio para proponerle que asesinara a su esposo sabiendo que necesita dinero.

—¡Valiente sinvergüenza está hecho Manlio Celio! —Capito no dejó continuar a su padre. Se hacía extraño advertir un vivo resentimiento en el flemático temperamento de este—. A que no sabes que espía a la curia para Abelardo Aldo Cecilio. El procurador conoce su indigente situación y lo tiene a su servicio, y le paga

bien. Él y solo él reveló los datos económicos de Valerio Hymino. Y desde luego, cuenta que no solo hablará de Valerio Hymino. ¡Espiar a los suyos para el desalmado ese! Me indigna hasta la coronilla —añadió con acritud—. El difunto vino a verme tras ser llamado por Abelardo Aldo Cecilio y me dijo que sabía demasiados detalles sobre su vida, alguien debió dárselos. ¡Porque todo era verdad! Por eso Valerio Hymino estaba tan preocupado, porque la amenaza del procurador no era una broma, iba en serio con lo de quedarse con los bienes de la garantía.

—¡Jupiter divino! Manlio Celio se vengó a lo grande.

—Parece que sí.

Cornelio Severo estaba más que sorprendido. No dejaba de pensar en los nuevos vericuetos que se abrían en la investigación. Después de comer debía verse con Sulpicio Superster y Furnio, y las novedades que aportaría eran como armas letales. Por muchos esfuerzos que hacía, no descubría conexión aparente en la multitud de datos recopilados, quizás los otros la hallasen.

—El senado de Augusta Emerita debe enterarse de que Manlio Celio nos espía, para que cada cual actúe en consecuencia. Es un tema delicado, debemos proceder con prudencia, no vaya a tomar represalias el procurador. Y Manlio Celio debe estar al tanto de nuestros conocimientos para que sepa por qué todos le dan la espalda. Le saldrá cara su nueva ocupación. ¡Se arrepentirá! ¿Y tú cómo te has enterado de esto, hijo?

—He visto a Manlio Celio en el palacete del procurador varias veces. Las hijas del procurador, sin querer, me han contado cosas. Yo mismo se lo pregunté a Manlio Celio y no fue capaz de decirme que no, solo respondió que no ha hecho daño a nadie, únicamente al que tenía que hacérselo, es decir, a Valerio Hymino... Pero ¿tú te fías de un elemento así?

Cornelio Severo levantó la mano ligeramente y la dejó caer. Él no se fiaba.

—Te dejo, padre. Me espera el contrato y ya es tarde.

—Muy bien, hijo, mi querido hijo, el orgullo de cualquier padre, no hay gloria más grande que tenerte... Tu madre habría sido tan feliz al conocerte... —De vez en cuando al flamen le brotaba la nostalgia.

—Por favor, padre, no vayas a ponerte triste, sabes que lo detesto.

—Claro que no. Perdona, voy cumpliendo años y la importancia de las cosas va cambiando con ellos.

—¿Sabes? —dijo Capito—. Echo en falta a Arria Pale, sus visitas, sus atenciones.

—Y yo.

El desapacible día dio de sí cuanto pronosticaba. La lluvia comenzó a media mañana y entrada la noche aún no había cesado. Las calles encauzaban como diques resistentes el torrente de agua que desfilaba durante el aguacero, luego tal intensidad cedía el turno al sirimiri, que no cesó en ningún momento sino para alternarse con las



precipitaciones más potentes. Las sillas portátiles pululaban abundantes en las jornadas pluviosas tanto como en los rigores veraniegos. A media mañana Furnio volvió a casa a buscar su silla, su apocada fortaleza no aguantaría un chapuzón de órdago. El duunviro había acabado su consulta con Cayo Voconio y se dirigiría a las termas, suspiraba por la temperatura benefactora del caldarium.

Una vez allí, se sumergió sin prisas, protegido del gélido e ingrato día. Después se concedió un relajante masaje, que lo adormeció. Las carnes templadas le estimularon el ánimo y el apetito. Con la piel arrugada y un ligero debilitamiento por el largo periodo zambullido, Furnio renovó la tarea porteadora de sus esclavos, que nuevamente lo condujeron a los despachos del foro. Antes de retomar el trabajo y esperar a Sulpicio Superster y Cornelio Severo, eligió de la cantina de la Arriscá una sopa de ajo humeante y carne de cerdo frita con mucha cebolla y salsa. Las viandas eran de buen tamaño. Los esclavos se las acercaron y acordaron con él una hora de recogida. Furnio estaba deseando volver a la paz del hogar con Arria Pale y Marcia, esa noche cenarían juntos, lo había prometido, últimamente iba a su aire. El magistrado devoró con ansiedad la comida, a pesar de sentirse saciado antes de apurar la carne, un extraño hormigueo le instaba a arrebañar cuanto el cuenco contenía, mojando pan en la salsa una y otra vez, nada que ver con su habitual freno. Con la barriga llena, quiso dormir, pero le fue imposible en un lugar como aquel, con una ventana diminuta, pequeño, asfixiante y lleno de recuerdos. Su padre lo había ocupado tiempo atrás durante muchos años. Últimamente añoraba su cobijo, su compañía pacífica y cariñosa. De él, ninguna crueldad recibió, pocos consejos y toda una vida ejemplarizante. Furnio cabeceaba sobre la rígida silla. Y entre cabezada y recuerdo fueron pasando las horas. La tarde se había convertido en noche adelantada y la lluvia atizaba el mármol de la fachada con arrojito salvaje. La llegada de los visitantes alteró el eco ensordecedor y cansino del agua.

—Cae el agua racheada y la paenula se me ha humedecido por los hombros —se oyó decir a Cornelio Severo antes de entrar.

Los investigadores sacudían y recolocaban sus atuendos.

—No entiendo por qué no tienes la silla cerrada —dijo el provincial y augur.

—Me asfixia cerrar una cosa tan chica, con las cortinas tengo bastante. Además, tampoco llueve tanto por estas tierras.

Furnio salió.

—Menos mal que ha empezado a diluviar hace un minuto —dijo el duunviro asomándose al pasillo.

—A mí me ha pillado entrando por el foro —sonrió Sulpicio Superster.

—Yo también acabo de llegar —respondió el flamen dirigiéndose al de Metellinum, aún en cuarentena la recién restaurada amistad con el duunviro— Antes he visitado el templo preparando la fiesta a Cibeles. A pesar de la generosidad de la diosa obsequiando nubes fecundas y caudalosas este año, no debemos descuidar las ofrendas, debemos tenerla complacida y, aún mejor, entusiasmada para que aleje la

sequía de nuestros campos. Y ya se sabe, marzo lluvioso hace a mayo florido y hermoso.

—Sí, amigo, pero no te excedas en los preparativos o tendremos que salir a nado —gorgojeó entre carcajadas el provincial.

Furnio llamó a un ordenanza para que encendiera las antorchas fijadas a la pared en vista del gigantesco claroscuro que emergía de la luz de las lucernas. Luego, encargó bebidas calientes de los tenderetes del foro que causarían baja en breve. Lo desapacible de la noche incitó a los hombres a aprovechar el tiempo. Furnio relató extrañado la falta de documentación en el despacho de Valerio Hymino. Él y Cayo Voconio habían rebuscado y no habían hallado un solo pergamino. Era inusual, Valerio Hymino era un tipo trabajador, tenaz, muy ordenado y organizado. Mientras hablaba buscaba la aquiescencia en los ojos de sus tertulianos y repartía con equivalencia la complicidad entre ambos, sin embargo, Cornelio Severo se mostraba recatado en acogerla.

—A mí no me asombra mucho, quizás sea por lo que os voy a contar.

Entonces Cornelio Severo fue desgranando la conversación anterior con Capito. Abelardo Aldo Cecilio estaba decidido a reclamar los bienes de Valerio Hymino entregados en prenda al acceder al duunvirato, si este no le daba el aprovechamiento obtenido de sus actividades ilícitas, de las que el otro había tenido conocimiento por medio de un senador espía informante del romano. La primicia sulfuró a los oyentes.

—Pues pensaría que era yo —insinuó Furnio en tono mordaz—. Pero vamos, que si estaba en esa creencia era porque no sabía lo mal que me llevo con el procurador.

—Lo del espía, ¿va en serio? —indagó incrédulo Sulpicio Superster.

—Y tanto. Tenemos un espía entre nosotros de nombre Manlio Celio. Por dinero. Los otros dos exageraron la expresión.

—¿Y Valerio Hymino lo sabía? —preguntó Sulpicio Superster.

—No lo tengo claro, quizás lo sospechase. Lorenza sí lo sabe, pero no sé desde cuándo.

—Vaya, vaya. Esto es un enjambre de avispas.

El descubrimiento dio lugar a visibles expresiones de estupefacción. Menuda noticia. Era un asunto delicado, debía evitarse a toda costa cualquier conflicto con Roma. No obstante, se inclinaban por creer que el espionaje formaba parte del particular estilo de Abelardo Aldo Cecilio, sería cosa suya, ninguna orden respaldaría aquella estrategia, era la conclusión de los tres. Por otro lado, la curia emeritense debía guardarse del espía. En principio informarían a los otros dos magistrados.

—Desde luego, me parece sumamente conveniente que lo sepan los ediles. Pronto llegará Diophanes y todo cambiará, que se prepare Abelardo Aldo Cecilio, sus manejos tienen los días contados.

Desde que supieron lo del nombramiento de Diophanes lo esperaban impacientes. Durante un rato, elucubraron interpretaciones que conectaban la muerte de Valerio Hymino con el tema del espionaje. Y como siempre, se toparon con el problema

irresoluble del lugar donde se cometió el asesinato, que además ocurrió cuando se había comido y bebido en exceso y las letrinas eran transitadas con urgencias. Luego debía contarse con los soldados apostados en el pasillo. Todo parecía un despropósito. Ni uniendo la labor de los profusos sospechosos podían imaginar con claridad cómo pudo cometerse el asesinato. Nadie había visto nada. O nadie quería hablar. En este punto, intervino Furnio.

—Si el culpable fuera Abelardo Aldo Cecilio, todo tendría lógica.

Ni Cornelio Severo ni Sulpicio Superster se extrañaron de la acusación. Solo se miraron. Furnio exponía que se había enterado por boca de Arria Pale de la afirmación reiterada de Calpurnia, que siempre había mantenido que Lorenza y ella fueron a buscar a Valerio Hymino y tuvieron que esperar en el salón a que el procurador usase las letrinas. Y no solo ellas esperaron, también más gente, por ejemplo, el senador Flavio, con el que hablaron.

—Si edificamos una teoría en la que Abelardo Aldo Cecilio sea el asesino, podemos construir un relato consistente.

—Tienes razón, incluso le custodiaban la entrada —razonaba concentrado el de Metellinum—. Pero, llegados a este punto... ¿cómo lo probamos? ¿Por el testimonio de mi esposa? Calpurnia es un tanto exagerada y puede convertir una peripecia en una gran hazaña.

—Ya, pero, según cuenta, Lorenza vio lo mismo y tiene un temperamento distinto al de tu esposa —concluyó Cornelio Severo—. Y luego está Flavio, al que deberíamos interrogar mañana mismo. ¿Vamos juntos? —Se dirigió al provincial.

—Está bien, a primera hora. ¿Y qué más podemos hacer? —Sulpicio Superster estaba un tanto atorado—. Temo que pronto me llamará el procurador.

—Solo podemos decir la verdad. No vamos a cargar el mochuelo a ningún inocente —instó Cornelio Severo, empachado y aburrido de tanto temor.

—Diophanes es nuestra salvación. Abelardo Aldo Cecilio tiene la mano muy ligera —denunció Furnio.

Al respecto de sus ligerezas, Cornelio Severo sintió que debía advertir al duunviro de la especial aversión y ojeriza que le dispensaba el procurador.

—Furnio, debo prevenirte contra Abelardo Aldo Cecilio.

El duunviro recibió aquella información con excelente talante pese al contenido, era un avance cualitativo en la recuperación de la amistad.

—Abelardo Aldo Cecilio cree que tú diste el chivatazo del traslado de los libros sibilinos a Roma y también que en Roma le han castigado por ese episodio, privándole de un destino más relevante.

—Menuda necedad. Yo no tengo nada que ver con eso. Pero ¿este egocéntrico ser no se ha dado cuenta de que en Roma están en guerra? ¿Quién va a estar pendiente de nombrarlo gobernador para que pueda presumir más? —Furnio se abochornaba.

—Estoy de acuerdo, pero ten cuidado, va a por ti.

Cornelio Severo lanzó conjeturas al aire sobre aquel chivatazo fantasma. Nada

dijo Furnio sobre el liberto Halys, esa era otra historia.

Los esclavos de Sexto Furnio Juliano cumplían con puntualidad las demandas de su amo. Hacía tiempo que lo esperaban bajo la techumbre sobresaliente del edificio municipal. Tenían los pies empapados y tiritaban a cada rato, absteniéndose, no obstante, de refunfuñar los inconvenientes de la exasperante espera. Un mal comentario acerca del amo podía castigarse con diez latigazos, la privación de alimentos u otra sanción establecida por ley. Los dignatarios salieron con caras mustias y se despidieron con brevedad, seguramente se habían dado antes calurosos adioses entre los muros del edificio. Furnio agradeció la espera a los esclavos, que iniciaron la marcha casi al galope. Poco tardaron en llegar a la domus para descanso de todos. El calor del hogar pareció al duunviro un oasis. La breve exposición a la lluvia había originado grandes lunares en la paenula de Furnio, que subió a cambiarse de ropa. Cuando bajó al salón ya estaba la mesa dispuesta para la cena, igual que la compañía. La inmediatez de la reunión evitó que se obsesionase con las informaciones de Cornelio Severo y su cada vez más nítida suposición sobre la autoría del crimen. Ningún resorte conseguía activar que frenara el pavor hacia Abelardo Aldo Cecilio, del que temía su mano vengadora ajusticiando su garganta. Cuanto más pensaba en el procurador como asesino, menos dudas tenía al respecto.

—Creo haber visto una litera salir de casa querida —dijo Furnio.

La mesa de la cena estaba cubierta de flores. Arria Pale había previsto varios elementos armonizadores en el salón. Una palangana de bronce en cada extremo contenía velas perfumadas con esencias de azahar. Diversos signos fálicos se habían acarreado para espantar los malos espíritus y limpiar ese lugar. El deprimente ambiente del exterior se contrarrestaba con alimentos calientes: caldos vaporosos para las secas y ateridas gargantas y cremas de verduras humosas, a modo de salsas, acompañaban a las carnes de caza que componían el plato principal.

—Sí, padre, era Calpurnia.

—¿Tan tarde?

—Nuestra querida amiga se aburre mucho en casa. Sulpicio Superster trabaja bastante, al parecer, con la investigación se pasa todo el día visitando a unos y otros, y si no, está metido en el tablinum y le prohíbe la entrada —explicaba con una sonrisa Arria Pale.

—Además, padre, dice que Sulpicio Superster nunca le presta atención, ni a lo que dice, ni a lo que hace, ni siquiera por él.

—Vaya... habrá que abrir los ojos de nuestro augur, no me parece Calpurnia de las que aguantan sin más ni más.

—Pues ya ves que no es así, se merecería más atenciones. Ella es muy detallista y está siempre pendiente de Sulpicio Superster —Marcia estaba de parte de Calpurnia, con la que hacía unas migas estupendas.

—Marcia, no conviene opinar ni meterse en la vida de nadie —añadió Arria Pale—. Solo trae problemas. Además, Calpurnia nos cuenta su versión, pero qué sabemos nosotras —Arria Pale hablaba lentamente. Marcia se lo tomaba todo a pie juntillas—. ¿A ti Calpurnia te ha pedido que hagas algo? Pues con escucharla tenemos de sobra.

—Perdona, madre, me da pena Calpurnia.

—Creo que tienes que dar a tu padre una noticia, ¿no es así, Marcia?

Aquella clara interpelación pilló a Marcia por sorpresa. Ella y su madre habían planeado revelarle a su padre el amorío con Diophanes durante la cena. Marcia llevaba toda la mañana ensayando cómo lo haría, pero en ninguno de sus ensayos el estilo directo y al principio de la cena había sido una opción. El nerviosismo se apoderó de la muchacha. ¡Por qué había tenido su madre que empujarla con tal brusquedad! Furnio dirigió la cabeza hacia Marcia. La zozobra se instaló en su estómago.

—Dime, Marcia —pidió Furnio con tal seriedad que a la hija se le encogió el corazón.

—¡Oh, Furnio! Cálmate, por favor, la noticia que debe darte Marcia es una alegría, aunque revista ciertos inconvenientes.

El padre estaba en vilo. ¡Qué podía ser ahora! Peor que lo de Capito no habría nada.

—Podemos cenar, madre, y al final se lo comento —añadió Marcia en medio de un ataque de nervios.

—Ahora no tengo hambre, Marcia —puntualizó Furnio dispuesto a dirigir aquella tragicomedia—. Y aunque la tuviera, primero deseo escucharte.

Arria Pale se levantó del triclinio y se sentó al lado de Marcia, que también se había incorporado.

—Venga, Marcia —Arria Pale deseaba terminar, posponer las actuaciones por cobardía o pereza nunca generaba resultados favorables.

—Padre, dejé a Capito porque amo a Diophanes.

—¡Por todos los dioses! Pero... ¿qué escucho? ¿Qué nueva insensatez me cuentas?

—¿Insensatez? ¿Por qué insensatez? ¿Desde cuando el amor es una cosa de locos? —La madre le había prometido echarle una mano y ahí estaba, intentando suavizar la respuesta a la impactante noticia.

—¿Cómo que por qué? ¿Desde cuándo amas a Diophanes? Es la primera noticia que tengo.

—Desde siempre —arguyó Marcia invadida por una nube de emoción que casi le impedía hablar.

—Pero ¡qué tonterías son estas, Arria Pale! Esta niña no está bien de la cabeza y algo tenemos que hacer con ella. No dice más que disparates.

—Es verdad, padre.

—Tú cállate, no quiero volver a oírte, solo hablas sandeces y paparruchas. Si no

hemos tenido bastante con lo de Capito, ahora nos sales con estas. ¿Qué te has creído?

—Cálmate, Furnio, y déjala hablar —intentaba sosegarlo la mujer.

—Pero ¡cómo voy a calmarme! Solo escucho estupideces y pamplinas de una niña mimada que necesita un buen castigo. Creo que tendremos que optar por inscribirla a un sacerdocio con reclusión, eso es, una buena temporada sin ver el sol y comiendo gachas le sentará muy bien. Ya estoy más que harto de tanta chaladura en esta casa.

—Por favor, deja que se explique, ni siquiera la has escuchado, querido.

—Quizás ese sea el problema, que siempre ha tenido voz en cuestiones que deberíamos haber determinado sin contar con ella —añadió irritado dirigiéndose a Arria Pale.

—Furnio, ¡por Vesta! Te llevan los lémures. No te reconozco, cálmate antes de decir más barbaridades.

Acto seguido, la esposa, a petición del hombre, llamó a la servidumbre, que sirvió el vino de la cena y se volvió a marchar. Dos vasos de vino seguidos y agua en las muñecas para aminorar su enfado y el duunviro se marchó al atrio a rebajar la tensión que consumía su mandíbula y reclamaba con dureza unos buenos bofetones a Marcia por caprichosa, rebelde, alocada y un sinfín de calificativos que se le ocurrían conforme su mente iba registrando la buena nueva de su hija. La vida disipada que Marcia llevaba se iba a terminar, maquinaba el padre, si no se casaba y empleaba su tiempo en sacar adelante una familia, iría a servir a diosas que requiriesen atenciones continuas, para que valorase la libertad de la que siempre había hecho gala sin pagar ningún precio y que ahora, al padre, se le antojaba la artífice de todos los males. Un buen rato estuvo Furnio en el atrio, un montón de vueltas dio a aquel corredor y varias veces subió a la habitación. No podía permanecer quieto. Cuando el movimiento nervioso lo consumió volvió a entrar en el salón, bastante más dispuesto a escuchar, aunque el enfado le corroía las entrañas. Se sentó en el diván y reclamó la intervención de Marcia, que no se consolaba de ninguna de las maneras.

—Padre, Diophanes me ama —el hipo le impedía hablar con continuidad.

Furnio la interpeló con genio, mientras llorase no la escucharía. Si no era capaz de hablar como una persona adulta se marcharía a su habitación y en otro momento retomarían la conversación. Marcia hizo un ímprobo esfuerzo y se lanzó a hablar.

—Diophanes nunca pidió mi mano porque es liberto y siempre pensó que a Capito le correspondía casarse conmigo. Capito no me pidió antes la mano porque creía que Diophanes y yo sentíamos algo el uno por el otro, pero en vista de que Diophanes no daba ningún paso, se decidió él. Yo quería casarme, quiero casarme. Todos pensáis que me dan igual las cosas y no es así. También sé que debo casarme cuanto antes, se me pasa el tiempo. Cuando Capito me lo pidió, me entusiasmé. No quería quedarme sola, quiero tener hijos y vivir como lo hacéis vosotros dos. Yo quiero a Capito, le he tratado desde pequeña. ¡Cómo no voy a quererlo! Por eso

acepté. Pero no le amo igual que a Diophanes, y de eso me di cuenta cuando hirieron a Capito en el circo. En ese momento me descubrí dando gracias a los dioses porque no le hubiera sucedido a Diophanes. Ese día creí volverme loca al darme cuenta de mis verdaderos sentimientos. Primero intenté luchar contra ellos, dejé de hablar con Diophanes, que al final se enteró del motivo de mi silencio y decidió luchar por mí y anteponerme a Capito. Los dos nos hemos amado desde siempre, padre. Lo siento. Lo siento mucho. Me equivoqué al prometerme a Capito. Yo hubiera preferido que esto fuera de otra manera, no dar que hablar en la colonia y desde luego no haber herido a Capito ni a Cornelio Severo, ni haberte enfrentado a él. Tengo en mi pecho esa pena, aunque pienses que soy una egoísta. Ahora ya sabes toda la verdad. Lo dejé porque me di cuenta de que si no podía casarme con Diophanes prefería quedarme soltera.

Después de la confesión, Marcia reclinó el torso sobre las piernas de la madre, que miraba a Furnio con cara de contrariedad. Un llanto repentino y anudado en el esófago desembocó sin freno. Furnio se levantó, necesitaba estar solo. Ellas podían comer. A él se le había cerrado la tráquea. Furnio se retorció de rabia entre las paredes del tablinum. Por qué tenía que ser Diophanes, por qué. Para Capito sería un golpe mortal, una traición. No había paños calientes. Le dolía en el alma la más que probable ruptura con la casa de Cornelio Severo apenas se supieran los sentimientos de su hija y Diophanes. Arria Pale y él habían soñado en la intimidad con la unión de Marcia y Capito, pero a Diophanes tampoco le habrían cerrado las puertas. Sin embargo, la cobardía de marcharse sin enfrentarse a su amigo Capito había decepcionado a Furnio abiertamente. Antes de volver a hablarse de compromiso matrimonial, el médico debía rendir cuentas ante Capito, como un hombre, como un amigo. Dar la cara. Era lo mínimo. Y luego ya se vería lo demás. De nuevo en el salón, el gesto del duunviro se percibía bastante más relajado. Arria Pale se levantó y fue hasta él mirándole a los ojos pidiendo una explicación.

—Tranquila, tranquila —la sosegó Furnio.

Los tres volvieron a sentarse en sus triclinios.

—Marcia, me hago cargo de tu situación con respecto a Diophanes. Mi consentimiento no lo tienes, ni para bien ni para mal. Antes debo hablar con Diophanes de algunos asuntos de suma importancia que deben quedar resueltos. ¿Está claro?

—Gracias, padre, gracias —la alegría de Marcia se debía más al nuevo tono de su padre que a sus palabras, que nada prometían. Este arranque alborozado ocasionó una puntualización del padre.

—No sé si me hago entender correctamente. No estoy diciendo que cuando hable con Diophanes vaya a darme mi consentimiento. ¿Está claro?

—Sí, sí, claro, padre, claro.

—Otra cuestión. El día de mi reunión con Cornelio Severo me exigió un castigo para ti, Marcia, por tu comportamiento. Y me comprometí a cumplirlo.

A las dos mujeres se les encogió el alma.

—Cornelio Severo quiere que te recluyas en casa durante cinco meses.

Las dos respiraron.

—De acuerdo, padre, lo cumpliré.

El castigo resultaba pecata minuta proviniendo de Cornelio Severo, desmesurado en el amor, desmesurado en la venganza.

—Empiezas mañana —dictaminó Furnio.

Marcia asintió obediente. Luego el padre continuó con el asunto recién destapado del amorío con el médico, concretando pormenores.

—¿Cuántas personas saben lo tuyo con Diophanes?

—Madre y la nana.

—¿Calpurnia? ¿Alguna de tus amigas?

—No, nadie más —respondió Marcia, sumisa.

—La nana siempre ha sido discreta, mañana la interrogaré para ver a quién se lo ha dicho. Para mí es vital que nadie se entere de este asunto, sobre todo porque no tienes mi consentimiento para casarte con Diophanes y sin él no te casarás. Antes de nada, Diophanes debe dar la cara ante Capito y explicarle por qué tú has roto con él. Así se comportan los hombres, y en ese sentido Diophanes me ha defraudado. Lo demás ya se verá, quiero que lo tengas claro para que no haya sorpresas. Insisto, meditaré mi decisión final. ¿Y cuándo piensa volver? ¿No tiene ya su nombramiento como gobernador? ¿A qué espera?

Marcia le contó cuanto Diophanes le relataba en sus cartas. Con el permiso del padre buscó la última y se la leyó haciendo algunas salvedades. Diophanes estaba en el campo de batalla y su padre debía saber cuánto se había expuesto por obtener un nombramiento que promocionase su linaje, elevándolo a la altura de la notable gens de su futura esposa. La arrobada lectura pretendía favorecer e inclinar la opinión del duunviro al enlace, que estuviera orgulloso de su futuro yerno. El padre comprendió el mensaje que su hija le trasladaba, pero nada nuevo añadió.

—Marcia, mañana mismo escribiré a Diophanes. Espero que vuelva cuanto antes. Los asuntos aquí pendientes son de envergadura grave y urgente y, como él mismo cuenta en la carta, tiene sobrado permiso de Otón. Poco más resolveré por correspondencia.

Arria Pale sonrió a Marcia cuando se sintió a salvo de la mirada del esposo. Para ser la primera embestida, y teniendo en cuenta que Furnio pondría a prueba, de nuevo, la amistad de Cornelio Severo, no había reaccionado demasiado mal.

Los soldados iniciaron la marcha, había llegado la hora de cumplir las órdenes de Abelardo Aldo Cecilio, debían detener a un senador emeritense por la muerte de Valerio Hymino. La embravecida tarde se fue cerrando cediendo el relevo a la noche oscura, sin estrellas, con una helada bizarra y el gorgoteo del agua resbalando por todos los rincones. Hacía media hora que había escampado y casi nadie transitaba las



calles de la colonia, excepto quienes perseguían los excesos y placeres de la vida disipada de las cantinas y prostíbulos. El procurador de la provincia lusitana lo había dejado claro, si se resiste os autorizo a atar sus manos y a amainar sus gallardías con el uso del látigo. Él es un senador emeritense, pero yo soy el procurador de toda La Lusitania nombrado por Roma y tengo más autoridad. El sonido potente del calzado claveteado militar, al unísono, y las antorchas bien candentes originaban una estampa con eco que motivaba la salida de los tugurios de quienes los regentaban. La formación de soldados siempre era un espectáculo que imponía a la población civil. Apenas tardaron unos minutos en llegar a la domus del senador. Tomaron el cardo principal hasta llegar al cruce con el decumano. En ese punto comenzaron a bajar y un poco antes de llegar a la puerta del puente giraron a la derecha. La domus de Furnio estaba hacia la mitad de la calle. Tocaron la puerta con resuelta energía. El esclavo asomó la cara con preocupación dada la hora, y en cuanto la figura de la soldadesca fue captada por su retina, sin preguntar nada, corrió en busca del amo, que salió de inmediato, seguido por Arria Pale y Marcia.

—Sexto Furnio Juliano, senador y duunviro de Augusta Emerita —casi gritaba el soldado al mencionar el nombre.

—Sí, soy yo.

—Tengo orden firmada por nuestro procurador provincial de llevarlo preso, acusado de la muerte del duunviro Valerio Hymino.

—Pero ¡qué broma es esta! Ni mi familia ni yo estuvimos esa noche en el banquete del procurador. Dime, ¿cómo pude matarlo?

—No es ese asunto de mi incumbencia. En lo que a mí y a mis hombres concierne, debemos llevarlo preso y ya está. Sepa que de resistirse estoy autorizado a utilizar la fuerza.

—Quisiera leer el mandamiento.

El soldado se lo entregó. Las palabras dejaban todo bastante claro. Furnio se giró hacia Arria Pale y Marcia, que se habían abrazado.

—Debo ir.

A continuación se dirigió al soldado.

—Supongo que puedo coger mi capa y dar algunas órdenes a los esclavos antes de marcharme.

—Sí puede hacerlo, pero las mujeres se quedarán con nosotros.

Arria Pale y Marcia torcieron el gesto, la muchacha arrancó a llorar con estridencia. Furnio intentaba tranquilizarlas con la mano sin reparar mucho más en el disgusto de Marcia. Solo unos minutos tardó en volver a la entrada, que congregaba, curiosamente y pese a la disuasión de las temperaturas y el intempestivo horario, a un corro de vecinos que miraban con pavor y extrañeza los hechos.

—Ya estoy preparado. Deme un momento para despedirme de mi mujer y mi hija.

—Dese prisa —dijo el soldado con hartazgo por la espera.

Furnio lo miró con odio. ¿Qué pretendía? Se presentaba en su casa a esas horas,

así por las buenas, y lo asediaba constriñéndolo a dejar todo al punto, sin más pruebas que sostuvieran el delito imputado que el interés personal del bellaco procurador por acabar con él. Para Furnio, esta detención definía como ningún otro acto de Abelardo Aldo Cecilio la autoría del crimen que a él perseguía atribuir, vengándose de este modo del cambio de bandos que sufrieron los libros sibilinos en el último momento. Furnio permanecía sereno, confiaba en que las cosas se arreglarían. Él no había matado a Valerio Hymino. La verdad acabaría imponiéndose. Furnio abrazó a Arria Pale y a Marcia, que curvaron sus brazos para acogerlo.

—Esto es un error —les dijo por lo bajo—. Todo se solucionará. Me ayudaría saber que vosotras vais a estar bien el tiempo que dure esta enajenación del procurador.

—Sí, sí —confirmó Arria Pale tomando fuerza.

—Este bribón no se saldrá con la suya y él acabará apagando estas fechorías que su perro ser le dicta. ¿De acuerdo?

—No te preocupes por nada. Somos fuertes. Tenemos gente que nos apoya — Arria Pale no podía convertirse en una carga para su esposo en semejante eventualidad.

—Marcia, quiero que tú también seas fuerte.

—Vale, padre, sí, sí —dijo ella secándose las lágrimas.

—Está bien, así procederemos. He dejado orden a los esclavos para que vayan a casa de Sulpicio Superster y de Cornelio Severo, también de Cayo Voconio. Ellos vendrán y decidirán los siguientes pasos. Ahora mismo, Marcia, escribirás una carta a Diophanes contándole que yo me he enterado de vuestros sentimientos y vuestras intenciones y que no deseo bajo ningún concepto que se dé publicidad de los mismos, antes debemos hablar los dos. Esta nota debe ser escueta, que no ocupe mucho espacio, y como supondrás, que nadie se entere del contenido. Luego escribirás una segunda carta y le cuentas mi detención para que regrese a Emerita enseguida. Él puede parar esto. Pronto se solucionará todo. Deseo que sepáis que sospechamos del procurador como asesino de Valerio Hymino. ¿De acuerdo? Sabremos más cuando Abelardo Aldo Cecilio dé la cara. Cornelio Severo y Sulpicio Superster actuarán bajo el mandato de la ley y pronto volveré a casa. A ver cómo se las va a ingeniar para culparme a mí de algo que ha hecho él, a ver qué pruebas presenta en mi contra.

—Furnio, quiero ir con los esclavos a casa de Cornelio Severo.

—No, Arria Pale, por favor, tu presencia no hará falta. Sé que Cornelio Severo no me dejará en la estacada, lo conozco bien, no lo hará. Vendrá en cuanto se entere.

—Pues entonces, te acompañaré al palacete del procurador —Arria Pale intentaba contenerse, pero su agitación delataba su tensión interna.

—Amor mío, debemos tener la mente clara más que nunca. ¿Venir conmigo? ¿Para qué? Abelardo Aldo Cecilio no te dejará entrar. Es un animal insensible. Poco le importaría que un carro de bellotas te pasara por encima en mitad de la calle. No te auxiliaría y no quiero que te arrastres ante él. Eso le complacería.

—Hablaré con su esposa —insistía Arria Pale.

—Esta noche no, dudo que ella sepa algo. Repito, esta noche no. Otra cosa, Marcia, cuando llegue Cornelio Severo quiero —dijo dirigiéndose a la hija— que te acerques a pedirle perdón.

Marcia se lanzó a los brazos de su padre sin poder contener los sollozos. Arria Pale terminó por emocionarse, se dio la vuelta y se limpió sus propias lágrimas. El padre contuvo a Marcia por los hombros.

—Debes ser una mujer fuerte si quieres ayudarme.

—Es que no puedo dejar de llorar, padre.

—Pues te limpias las lágrimas y coges aire. Todo acabará bien, debes confiar.

—Quiero matar al procurador, padre, por hacernos esto.

—Así es la vida, pequeña, y no vuelvas a pronunciar la palabra matar, ya ves las consecuencias que genera tanta violencia.

—¡Senador! Ya ha tenido tiempo suficiente para la despedida. Viene conmigo por las buenas o por las malas.

Furnio se colocó en el medio de la formación con la cabeza erguida. Empezaron la marcha, el duunviro asentía agradecido a los vecinos que se habían ido congregando alrededor. Sus caras y sus gestos de aliento le daban valor, fortaleza, saber que sus amigos estarían respaldándole también y, sobre todo, su inocencia. La incongruente escena petrificó al público, que siguió con la mirada al duunviro hasta que el fulgor de las antorchas fue remitiendo y se tragó al grupo. Luego se precipitaron a socorrer a Arria Pale, que les dijo no saber nada de lo que estaba sucediendo.

—Todo es un error —anunciaba la mujer ante la pequeña masa que quería apoyarla sin saber muy bien qué hacer.

—Claro que sí, mañana se aclarará esta confusión —contestaban a coro.

Los esclavos de Furnio salieron al poco divididos en tres grupos. Arria Pale dirigía a uno de ellos que marchaba camino de la domus de Cornelio Severo, no soportaba la quietud, devenía inviable a su nerviosismo aguardar la llegada de sus amigos. Andaban con celeridad empapando las suelas del calzado, no llovía pero la cantidad de agua caída mantenía los charcos rebosantes. Los esclavos de Cornelio Severo permitieron la entrada de Arria Pale antes incluso de avisar a su señor. Enseguida apareció el amo, algo andaba mal.

—Cornelio Severo, el procurador se ha llevado preso a Furnio hace un momento, acusado de matar a Valerio Hymino.

—¿Cómo?! No puedo creer que se haya atrevido a tanto. Cuéntamelo todo.

Arria Pale se echó en sus brazos. Al flamen provincial no le quedó otra que abrazarla. El llanto no cesaba. Los esclavos de una y otra casa lamentaban la desgracia entre murmullos y pequeños quejidos. Cornelio Severo resguardó bajo su contundente corpulencia la fragilidad de la mujer. Aguantó el tiempo que esta necesitó. El calor de su presencia insufló fuerzas a Arria Pale y al rato logró contener

su pena y describir con calma la detención. A continuación le entregó el pergamino que Furnio había escrito para él. Había otros dos para Sulpicio Superster y Cayo Voconio.

—Vamos a tu casa cuanto antes. Debes estar tranquila, te juro que Abelardo Aldo Cecilio pagará cara esta insolencia.

Antes de salir dio algunas instrucciones a sus esclavos y marchó de vuelta a casa del amigo. Furnio tenía razón, Cornelio Severo no había pestañeado ni un segundo sobre el lugar que le correspondía. A su lado, Arria Pale se sentía completamente a salvo. Cuando llegaron a la domus del duunviro, ya se encontraban allí Sulpicio Superster y Calpurnia, que lloraba junto a Marcia como dos actrices en pleno culmen de una tragedia griega. Al entrar Cornelio Severo en el tablinum, Calpurnia acompañó a Marcia fuera de la sala, pretendía evitar cualquier conflicto. Al rato llegó Cayo Voconio.

—Marcia, has de cumplir el encargo de tu padre —señaló Arria Pale con un tono más firme que de costumbre.

—Ahora mismo, madre.

Arria Pale y Calpurnia marcharon a la cocina, donde las encargadas de los fogones habían preparado tisanas calmantes y otras con vino dependiendo del destinatario. Calpurnia insinuó a su amiga que echara a las cocineras, hablarían con más libertad.

—No te fíes jamás de los esclavos. Por muchos años que lleven a tu servicio, no tendrán miramientos en darte la patada cuando menos lo esperes.

—Estas dos pobrecillas no tienen ni familia siquiera. Siempre las he tratado con corrección. ¿Por qué me iban a querer mal? Y además, ¿adónde iban a ir? Mi casa es la suya, aquí comen lo que desean y duermen caliente. Si las manumitiera, no se irían, me consta.

—Tú hazme caso.

Arria Pale adoptó una postura más conciliadora y las mandó a la cama.

Los hombres habían leído las instrucciones de Furnio. Había dos cuestiones esenciales a resolver con premura y diligencia. Apenas amaneciese, confirmarían con el senador Flavio la crónica de Calpurnia. No cabía dudar de sus palabras en principio. También interrogarían a Lorenza, a ver cómo relataba ella esa parte de la celebración. Era lógico que nadie se atreviese a sugerir la posibilidad de que Abelardo Aldo Cecilio fuera el asesino, ni siquiera a contar abiertamente que este ocupaba el baño antes de descubrirse el cuerpo sin vida de Valerio Hymino, insinuando lo insinuable. El otro objetivo consistía en buscar un mensajero presto a la partida aunque se le anticipase una tarifa de reyes. Calpurnia y Arria Pale se reunieron con los tres senadores. Calpurnia volvió a contar lo que vio aquella noche. Debía disiparse cualquier duda sobre su sobriedad, ella nunca bebía y Lorenza tampoco. La mujer narraba acalorada la famosa escena, ella no decía que Abelardo Aldo Cecilio hubiera matado a Valerio Hymino, pero sí afirmaba que cuando accedió

a las letrinas debió encontrarse con el muerto, porque ellas entraron a continuación y allí estaba.

Marcia bajó con dos pergaminos en la mano. Al entrar en el tablinum, sus ojos buscaron a Cornelio Severo, no reparó en nadie más, se dirigió hacia él y se postró a sus pies.

—Perdona, perdona, tío —así lo llamaba de pequeña—. Perdóname, perdóname, por favor, ayuda a mi padre y castígame a mí.

Aquella escena producía una gran consternación agravada por la coyuntura presente. Nadie se agachó a socorrer a Marcia, tampoco Arria Pale, era un peaje que ella debía sufragar en solitario. Al principio Cornelio Severo se mostró impertérrito, como si no fuera con él lo sucedido, pero Marcia no se movió de su sitio ni levantó la cabeza y aquella imagen terminó por desvanecer las reticencias del hombre ante la muchacha.

—Levanta —señaló Cornelio Severo con toda la autoridad de su poderosa personalidad—. Nunca dejaría tirado a tu padre ante tamaña injusticia. Soy un hombre de honor como él. Pero tú no eres como tu padre. Me has causado un gran dolor, a mí y a mi casa. No me parece este el mejor momento de arreglar lo que se pueda arreglar, si es que se puede. El tiempo lo dirá. Es momento de atender la urgencia que nos ha reunido en hora tan triste. Dice tu padre que hay un correo al que conoces y que por excelsa bolsa partiría esta misma noche. Mete los dos pergaminos que nos ha indicado tu padre aquí —señaló un tubo de piel hueco por dentro para portar documentos.

La muchacha siguió las instrucciones de Cornelio Severo.

—Abrígate, saldremos ahora mismo a buscar al mensajero. Iremos contigo Cayo Voconio y yo y unos cuantos esclavos con antorchas.

—Entonces, Cornelio Severo, ¿puedo salir de casa? —preguntó Marcia con inocencia.

—Necesitamos todos los pies y manos a nuestro alcance para resolver este desaguisado. Te doy permiso para salir en tanto se soluciona este problema. Luego iniciarás tu reclusión, tal y como acordé con tu padre.

—Gracias, tío —resolvió Marcia casi con alegría.

—Por favor, Marcia, no me llames tío —dijo Cornelio Severo visiblemente incómodo—. Ya hace tiempo que creciste.

## La llegada del nuevo gobernador de Roma

«Nada es eterno, tampoco la mala suerte».

Seis días después de las calendas de abril, el asentamiento de Diophanes a pocas millas de Augusta Emerita, con su séquito y una pequeña guardia cedida por el todavía emperador Marco Salvio Otón, tenían revuelta a la colonia y en vilo a Abelardo Aldo Cecilio, que se había enterado por cauce accidental, bastante lejos de la oficialidad deseable, de que sus funciones temporales como primera autoridad habían cesado a causa del nombramiento del nuevo gobernador. El mandatario interino de Augusta Emerita, hasta entonces principal, ya podría entregarse en cuerpo y alma a sus auténticas competencias, resumidas en controlar, recaudar y a poder ser incrementar los dineros de la provincia.

Abelardo Aldo Cecilio bramaba embravecido desde que se enterase del nombramiento de Diophanes, y no había otro asunto que ocupara su mente ni otras palabras que distrajeran su lengua. Se convirtió en una obsesión destructiva. Que fuera liberto no era un motivo que a él personalmente le molestase. Ya venía ocupando esta gente gran poder incluso en la corte de Roma. Ese cartucho lo utilizaba en su prédica porque sabía que los ambiciosos acogían con agrado cualquier excusa para quitar del medio a un posible rival, pero solo por eso, no había en la utilización de estos argumentos un convencimiento personal, bien al contrario. Que alguien sin gens en su linaje se abriese un hueco entre lo más florido del estamento senatorial cuando el origen constituía de por sí una promoción o un obstáculo para medrar en política, a él le decía bastante de la valía del protagonista, aunque fuera por sus grandes dotes para la adulación desmedida.

La gran pataleta del procurador se relacionaba con la felonía procedente de sus compañeros del senado de Roma, por los que había expuesto su vida, por los que se había dejado convencer para aceptar un puesto de segundón en una provincia sin atractivos y a los que no perdonaba que lo dejaran tirado como a un perro y no enviaran un miserable correo para adelantarle la designación de Diophanes como gobernador lusitano. La resolución procedía del emperador, axioma cierto, pero ellos debían sancionarla, estaban al corriente por tanto. No había excusas. Él no se merecía aquel trato. Debió enterarse por Sulpicio Superster y Cornelio Severo el día después de la detención de Sexto Furnio Juliano. A eso no había derecho, lo trataban como a un don nadie, manipulándolo y riéndose en su cara, peor que a los esclavos. Además y para mortificación de su persona, al desentendimiento de sus amigos de Roma se sumaba la inmensa complicación de los planes para juzgar a Furnio. La fortuna había

estimado ponerle la zancadilla y lo conseguía con grácil entreno. La investidura del médico devenía un fiasco a sus intereses: el gobernador era liberto del duunviro emeritense. ¡Menuda tragedia! Tanto empeño y trajín, disipados como las nubes se desdibujan a cada rato en los cielos. Abelardo Aldo Cecilio trinaba. El odio lo consumía en dirección al abismo. Hasta Fabiana había desistido de orientar sus actos, buscaba quitarse del medio y proteger a sus retoños y que el nuevo gobernador metiera en cintura a su esposo. Tal era el hartazgo de Fabiana que había escrito a sus parientes contando el desquicie que sufría la mente de Abelardo Aldo Cecilio, estaba por resolverse si permanente o no. El procurador se embebía en la violencia y el peligro, y esos precipicios no estaban hechos para Fabiana y sus hijas, que preferían las confortables seguridades de un hogar más pacífico.

El descenso al infierno se acrecentó el día siguiente a la detención de Furnio. Poco tiempo había durado el triunfo de ver encarcelado al duunviro emeritense, su venganza se desvanecía como la espuma del mar. Así transcurrieron los hechos: esa mañana, Cornelio Severo y Sulpicio Superster adelantaron la visita al senador Flavio. Todavía no bajaba con fuerza la luz del sol cuando se personaron en su casa y reclamaron la presencia del amo por problemas de primer orden. La emergencia justificaba la imprudente hora de visita. Flavio, que estaba en la cama, bajó en un periquete, hecho un adefesio, los pelos asentados por el agua en la coronilla y desperdigados y enredados con caracoles rebeldes por detrás, la toga a medio fruncir, con irreverentes pliegues sobre el hombro que ocasionaban un revoltijo de incómodo maniobrar. Gran cantidad de perfume empapaba al individuo compensando el conjunto. El profundo olor a menta y lavanda que desprendía el viejo senador no desagradó ni distrajo la atención de Sulpicio Superster, acostumbrado al exceso oloroso de su esposa; en cambio, Cornelio Severo se alejaba disimulando la pestilencia del tufo.

—Decidme, amigos, qué asunto requiere vuestra siempre grata visita a mi domus.

El aspecto ridículo y fachoso del anciano era compatible con su ostensible preocupación.

—Verás... anoche fue detenido el duunviro acusado de matar a Valerio Hymino.

—Perdona, ¿podrías repetirme?

Flavio fue a sentarse tras una amplia mesa de madera. Los otros reiteraban el motivo de la visita mientras él atendía las impactantes novedades sin asimilarlas del todo.

—Pero si Furnio no fue a la cena.

—Seguramente no tiene ninguna prueba contra él, a menos que la haya fabricado, de eso nos enteraremos en breve, porque lo visitaremos enseguida.

Flavio no salía de su asombro. Hacía un esfuerzo por concentrar la información que los magistrados constataban, rumiándola como podía, su mente todavía no se había despabilado. Los otros debían repetírselo, mientras él, poco a poco, encauzaba el motivo de aquella madrugadora reunión.

—Bueno..., vamos a ver... Claro que fui a mear, y ¿quién no? Pero, cómo queréis que me acuerde de cuándo fui a mear si no me acuerdo ni de lo que comí ayer. Del banquete hace mucho, y yo estoy viejo y desmemoriado, no recuerdo mucho de aquella noche, excepto el miedo que pasamos detenidos por aquel loco y encima con Valerio Hymino muerto allí mismo. ¿Sabéis qué os digo? Que no quiero recuerdos de aquella noche, agradezco que se hayan evaporado.

—No tenemos inconveniente en ayudarte a recapitular. Haz un esfuerzo, debemos ayudar a Furnio —agregó impaciente Cornelio Severo.

—¡Y cómo puedo ayudar a Furnio! Un viejo chocho como yo nada puede hacer —respondió Flavio atemorizado.

—Creo que tendremos que obligarte a rememorar tus recuerdos enterrados —añadió Cornelio Severo haciendo aspavientos. Detestaba la cobardía—. No estamos para pamplinas. A Furnio lo han detenido injustamente y no vamos a permitir que lo ajusticien por un crimen que no ha cometido.

—Señores, tranquilidad... —decía Flavio con parsimonia mesándose los rulos de la nuca.

—¿Qué te parecería la tranquilidad si fuera tu culo el que estuviera en los calabozos del procurador acusado de matar a Valerio Hymino? ¡Algo horrible! ¿No? Estarías deseando que este y yo fuésemos a menear la conciencia de los cobardicas como tú. ¡De modo que ya puedes empezar a hablar! —Cornelio Severo increpaba a Flavio y este se escurría retrayéndose en la silla.

Tras un silencio lacónico, el flamen resolvió estimular tanta reticencia.

—Quizás sería conveniente, Sulpicio Superster, para ahorrarnos un tiempo precioso, que relates lo que tu esposa y Lorenza vieron.

El de Metellinum, de forma resumida y convincente, narró la exposición de Calpurnia.

—¡Estáis locos! ¿Creéis que yo soy alguien para acusar a un procurador de Roma?

—Luego..., es verdad lo que Calpurnia viene diciendo —reprochó Cornelio Severo.

Flavio mantenía los labios apretados, el ceño fruncido y una actitud hosca contraria a la generosa colaboración.

—Escúchanos, Flavio —señaló menos hostil Sulpicio Superster—. Nadie te pide que acuses al procurador de matar a Valerio Hymino. Se trata de que cuentes lo que te sucedió: que la guardia del procurador te mandó a tu sitio cuando fuiste a las letrinas porque él estaba dentro. Solo eso. Lo que nosotros pretendemos aclarar es que Abelardo Aldo Cecilio debió encontrarse con el cadáver del duunviro cuando estuvo en las letrinas, porque entre él y Calpurnia y Lorenza no entró nadie más.

—Ya —dijo el hombre entre dientes.

—No sabemos si el procurador mató o no a Valerio Hymino, pero desde luego es una perogrullada que Furnio no lo hizo.



—Lo que cuentan Calpurnia y Lorenza es verdad. Los soldados me mandaron al salón. Cuando entré, ellas estaban al lado de la puerta y me dijeron que la dejase entreabierta, observaban por la rendija lo que ocurría en el pasillo. A mí me hizo gracia la postura y la desvergüenza de las dos espiondo agitadas. Veréis —continuó el viejo vencido—. No quiero problemas con el procurador, le tengo pánico. Nos trató como a criminales, a nosotros, ¡la élite de la colonia!

—Pues razón de más para que colabores con nosotros y mandemos a este pirado de vuelta a Roma.

Una vez engatusado el senador a la causa y con el permiso del mismo para utilizar su oportuna concurrencia a las letrinas, los investigadores se plantaron en casa de Lorenza, que, contra todo pronóstico, se mostró dispuesta a testificar lo que fuera preciso acerca del accidental espionaje. Su natural mesura cedió pasó a un fiero deseo de acabar con Abelardo Aldo Cecilio. Lorenza les contó las exactitudes de la antigua visita al procurador en la que ofreció sus servicios contra el esposo. El lenguaraz diablo la humilló, se rio de ella y juró que hurtaría al matrimonio cuanto pudiera y más. Le dijo que él se encargaría de ajusticiar a ambos, a Valerio Hymino por mangante y a ella por esposa arpía. Con una rabia seca pero bien enraizada, Lorenza recordaba detalles del terrible encuentro: el sudor de sus axilas cada vez que el de los ojos saltones se le acercaba, el tic de su boca cuando elevaba la voz como de cascada incontenible o cuando agitaba sus brazos igual que un huracán devastador. Sulpicio Superster y Cornelio Severo le presentaban la oportunidad de vengarse. Su temperamento no le permitía ser brazo ejecutor, pero sí los dedos que empujan a la par de otros.

Con la energía renovada por la colaboración optimista de Lorenza, Sulpicio Superster y Cornelio Severo emprendieron camino a la domus de Abelardo Aldo Cecilio. Los soldados no les impidieron el paso, pues apreciaron como normal la presencia de tales autoridades. Tras la detención del duunviro, Abelardo Aldo Cecilio esperaba algún movimiento procedente de la curia emeritense, por lo que supuso petición de audiencia por parte de Cayo Voconio o del nuevo edil, a los que despacharía como a pueriles infantes. Sin embargo, la presencia de Cornelio Severo, al que tenía por enfrentado con el detenido, y de Sulpicio Superster, al que había otorgado ciertas gracias, le sentó como si una daga le cortara una oreja y se la hicieran tragar. ¡Qué hacían aquellos dos allí! La determinación de ambos de no moverse hasta ver al procurador provocó una hora después la consecución del objetivo. El procurador los recibió con una sonrisa que no tardaría en desaparecer.

—Que grata compañía me depara el día de hoy con la visita de estos grandes amigos y servidores de la colonia, como el que os habla —se dirigía a ellos con una hipocresía rayana en la burla—. ¿Y qué asunto atrae vuestra presencia a esta humilde casa? A disposición de todos, por supuesto.

—La detención de Sexto Furnio Juliano —indicó sin dilación alguna Sulpicio Superster.

—¡Ah!, eso... Mal asunto.

El procurador se levantó y se dirigió hacia ellos.

—Me permitirás, Sulpicio Superster, que antes de tratar ese desagradable asunto salude a nuestro honorable flamen, con el que pronto me unirán lazos de sangre.

Aquella apreciación provocó un gesto de sorpresa en Sulpicio Superster.

—Por la cara de nuestro amigo, deduzco que no sabe nada.

Cornelio Severo inclinó la cabeza ante Abelardo Aldo Cecilio, le tocaba intervenir en un turno inicial.

—Excelencia, no considero oportuno difundir ninguna propuesta cuando su señoría ni siquiera ha recibido una contestación por parte de mi casa.

—¡Ah! Claro, lógico. Me agrada tu respuesta, veo que he escogido una casa con lucidez para entregar a mi pequeña Clementina en matrimonio. Estoy satisfecho y además convencido de que Capito hará dichosa a mi hija, se complementarán como el anillo al dedo, y Capito no podrá quejarse de esposa sin estirpe, ¿eh?... Por cierto, bastante más que esa medio actriz que tenía por novia. ¡Ah sí! Hija del que tenemos encerrado. Estarás contento, Cornelio Severo, hemos matado dos pájaros de un flechazo. Te he ahorrado la venganza —y rio como un poseso.

Solo por aquella intervención Cornelio Severo lo hubiera destripado como a un pollo.

—Excelencia —esgrimió el flamen con las tripas casi en la boca—. Estimo más conveniente no mezclar las cosas. En otro momento le visitaremos Capito y yo para hablar de todo con más intimidad.

—Claro que sí. Por supuesto, tendremos que hablar de dotes y otros detalles monetarios. Mañana mismo te mando un ordenanza con la fecha.

—De acuerdo —Cornelio Severo le seguía la corriente.

Luego, el procurador se volvió a sentar y ordenó a los otros dos que ocuparan las sillas que les habían colocado a unos pasos de este.

—Y ahora resolvamos el asunto del duunviro que os trae hasta aquí.

Sulpicio Superster miró a Cornelio Severo y este arropó con su gesto las palabras venideras.

—Excelencia, me había encomendado con la ayuda de Cornelio Severo investigar las circunstancias de la muerte de Valerio Hymino.

—Eso mismo —ratificó el otro con expectación.

—Excelencia, hasta ahora nuestras pesquisas nos muestran varios sospechosos. Sin embargo y precisamente Sexto Furnio Juliano, al que ha encarcelado por asesinar a Valerio Hymino, no forma parte del repertorio de sospechosos relacionados en nuestras averiguaciones porque no gozó de oportunidad para apuñalarle.

—Pero pudo ponerse de acuerdo con otros que sí estuvieran en el banquete, ¿no?

—Sí, claro, pudo, pero ¿tenemos el testimonio de esas personas? ¿Alguna

prueba?

—Claro que no, si tuviese el testimonio de alguien, hace tiempo que lo habría cosido a latigazos.

Esas palabras olían a demente vesania, sugerían una violencia implacable. Cornelio Severo se mordía los labios y Sulpicio Superster intentaba con paciencia hacer entrar en razón al procurador.

—Excelencia, las leyes no permiten detener a un hombre acusado de matar a otro si no existen pruebas de tal acusación.

—¡Ya! —Fue su concisa respuesta.

—Debemos guiarnos y respetar la ley. Si no tiene pruebas contra Furnio, debe soltarlo. Todo el tiempo que el duunviro esté encerrado se está atacando la sagrada ley, al senado de Augusta Emerita y a la colonia y, por supuesto, a la misma Roma, y permítame que le prevenga de que si hasta ella llegan las quejas por esta inaudita e injusta detención podría poner en peligro no solo la progresión de su carrera política, sino su honorabilidad personal. No es asunto insignificante la detención del duunviro. Sepa que tiene familia en Roma bien relacionada y el apoyo de toda la colonia y su senado.

—A ver, Sulpicio Superster, que yo me entere, en calidad de qué vienes a verme. ¿Como investigador o como perro de presa de la curia de la colonia?

—Excelencia, él viene como investigador, el perro de presa soy yo, que llevo toda la vida en la curia de mi colonia —le contestó Cornelio Severo a punto de explotar.

Abelardo Aldo Cecilio aceptó entre jocosas carcajadas la intervención de su futuro consuegro.

—Excelencia —Sulpicio Superster volvía con el razonamiento y las formas amables—. Llevamos tiempo haciendo el trabajo que nos encomendó. Hemos investigado y descubierto mucho fraude, corrupción y otros delitos que el finado había causado contra bastantes personas, y sospechamos de ellas. Esperaba que su señoría antes de detener a nadie me pidiera cuentas de la investigación encargada. Como no ha sido así, al enterarme de la detención de Furnio he supuesto que su excelencia tendría pruebas contra él, pruebas que yo no he conseguido. Por eso, y sin ánimo de ofenderle, he venido a conocerlas.

—¿Pruebas? ¿Necesitas pruebas? Yo te daré pruebas...

—¿Dónde están? —Atosigó el provincial harto de tantas evasivas.

—En este momento no puedo presentároslas, pero prometo que las tengo y que en breve podréis disponer de ellas.

—Excelencia, con permiso —Cornelio Severo se levantó de la silla—. Sepa usted que Sexto Furnio Juliano es mi amigo y que no dejaré títere con cabeza hasta que lo suelte. Bien sabe su señoría, de sobra y por demás, que es del todo injusta su detención y que obedece a una venganza personal que nada tiene que ver con la muerte de Valerio Hymino. Hablemos claro, es la única manera de entendernos.

—No consiento a nadie que me enfile con ese tono y tamaña prepotencia —gritó

Abelardo Aldo Cecilio fuera de sí—. Para dirigirse a mí hay que sentarse.

—No me da la gana sentarme. Me va a escuchar hasta el final por su propio bien. Incluso puede que me agradezca en el futuro las advertencias hechas en el día de hoy —las palabras del flamen contuvieron al romano—. Sulpicio Superster y yo no estamos solos en esta empresa. Además del senado de la colonia, tenemos el respaldo del nuevo gobernador de La Lusitania, cuya autoridad está por encima de la suya, señoría.

—Dices necedades, buscas amedrentarme, pero no lo conseguirás. ¡Guardias!

—Diophanes, así se llama el nuevo gobernador de La Lusitania —espetó Cornelio Severo. No estaba jugando, no lanzaba un órdago, decía la verdad.

Abelardo Aldo Cecilio se removió en el sillón de plata en el que gustaba apalancarse. Allí era una divinidad, resplandecía como el metal que enaltecía el trono. En él se sentía como un rey, le gustaba apodarse Tarquino El Soberbio, curiosamente, el último rey de Roma que ejerció un reinado despótico ascendiendo al trono al matar a su suegro. El sobrenombre devenía reflejo fiel de su personalidad. De repente se detuvo y se volvió hacia los hombres.

—Me suena ese nombre. No es romano. ¿Quién es?

—Era el médico de la colonia, señoría, de origen tracio.

Las risas despuntaron sobre la bóveda y el eco retumbó como un relámpago sobre sus cabezas. Definitivamente, al procurador se le había ido la cabeza.

—Un cualquiera elegido gobernador, eso no me lo creo.

—No miento, excelencia —certificó Cornelio Severo al mando de la situación.

El flamen de la provincia le dio someras explicaciones del lugar de este médico en la vida del actual César. Abelardo Aldo Cecilio escuchaba atentamente. Aquella historia recalaba en su arrojo soliviantándolo. Por momentos, un fuego que se avivaba desde las entrañas fue sulfurando su entendimiento, creyó volverse loco. Y un ataque de furia lo devoró.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gritó.

Dos soldados abrieron la puerta a toda prisa y se personaron con la cara desencajada.

—¿Vosotros sabéis algo del nombramiento de un tal Diophanes como gobernador de estas tierras?

Los hombres se miraron, era el fin.

—Algo habíamos escuchado, excelencia.

—¿Cómo? ¿Y por qué nadie me ha dicho nada? —vociferó desesperado.

Alargó la pierna derecha y largó una patada a uno de los soldados en la entrepierna que hizo que se retorciera de dolor. Luego se dirigió al otro.

—¡Contesta! ¡Que me contestes! ¿Por qué yo no sé nada?

—A nosotros nos lo comentó el otro día el correo de Roma. Creíamos que su excelencia lo sabía.

—Todos estáis en mi contra. Esto no va a quedar así. Lo próximo que haré será

personarme en Roma e informar al emperador —la saliva aumentaba y, convertida en baba, caía sobre su impoluta toga—. Los unos con los otros estáis compinchados para tenderme una trampa, queréis mi cabeza. ¡Malditos! ¡Malditos!

Cuando terminó de increpar al otro soldado se lanzó a abofetearlo. Cornelio Severo y Sulpicio Superster hacían amagos de separarlo, pero debían emplearse a fondo y decidieron vocear al resto de la soldadesca, que acudió presta ante el escándalo del salón. Los magistrados locales reaccionaban sumándose a las peripecias de los alarmados militares, debía evitarse una tropelía, el apaleamiento del imberbe legionario. Aquellos tres se interpusieron en medio de la yesca. El soldado tirado en el suelo apenas se defendía y recibía una somera paliza. Al final los puños del descontrolado romano cedieron el pulso ante la mole humana arremolinada sobre su cuerpo cual muralla imbatible. Cabizbajo, abatido y aún dolido, permaneció sentado en el suelo escupiendo baba a destajo. El pecho se le aupaba como un terremoto en el punto crítico. Poco a poco los ojos del procurador recobraron la cordura y el vaivén de su caja torácica disminuyó.

—Todos deseáis mi fin, pero vosotros a mí no me conocéis. Ni toda la curia de Augusta Emerita podrá conmigo —dijo absorto en los ojos de Cornelio Severo—. Soy más fuerte que todos vosotros juntos.

Nadie contestó. Abelardo Aldo Cecilio se levantó y se atavió la toga manchada de sangre. Volvió a escupir sobre el mármol.

—En cuanto se vayan estos dos —añadió con desprecio—, me enviáis al correo de Roma.

Los soldados recogieron del suelo al compañero; negros moretones fieramente reventados exhibían sumisos los nudillos de aquel pandillero de Roma que, por momentos, se granjeaba la enemistad de sus súbditos.

—¿Por qué debo creer que el gobernador está de parte vuestra y pide pruebas? ¿Por qué no se ha dirigido a mí? —increpó a los emeritenses.

—Como simple mortal no dispone de poderes adivinatorios —rio Cornelio Severo, al que nada importaba importunar al dirigente—. Un correo partió anoche para Bedriacum. Allí se encuentra al lado del emperador. El mensajero le hará llegar en una semana cuanto sucedió anoche en Augusta Emerita. En él relatamos que en su nombre vamos a solicitarle que nos presente las pruebas que posee contra Furnio, y en caso de que no existan, le reclamaremos su liberación, puesto que es inocente.

—¡Me habéis mentado diciéndome que venís en nombre del gobernador y este ni siquiera lo sabe...! ¿Cómo os habéis atrevido?

—En poco hemos mentado, ilustrísima, si acaso podría decirse que nos hemos adelantado al mandato del gobernador. En todo caso, en vuestra mano queda demostrar nuestra ligereza. Presente esas pruebas que posee contra Furnio y la fuerza de la ley caerá sobre nuestra soberbia iniciativa.

—Cornelio Severo, eres un descarado impertinente y bien caro pagarás esta insolencia. Yo no olvido una afrenta y un agravio tan humillante como el tuyo.

El procurador gritaba en medio de un ambiente tenso que nada bueno traería.

—Insisto, si nos hemos sobrepasado y su señoría dispone de pruebas, recibiremos el castigo correspondiente —contestó Cornelio Severo con la mayor placidez.

—Entonces... pongamos las cosas en su sitio —comentó el romano sin atender las palabras del otro—. Ningún apoyo os ha otorgado el tal Diophanes para que vengáis a reclamarme en su nombre. ¿O me equivoco? —cantó victoria Abelardo Aldo Cecilio mirando al de Metellinum y despreciando la presencia del flamen.

—Es cuestión de tiempo, excelencia, pero imagínese qué ocurrirá cuando dentro de pocos días el gobernador se entere de lo que está sucediéndole a su antiguo señor y vuelva a Augusta Emerita con urgencia y sepa que sin pruebas ha mantenido preso a Furnio —dijo Sulpicio Superster en tono neutro— en contra de nuestra petición. Porque una cosa sí debería tener clara su excelencia, y es que Diophanes está de parte nuestra aunque de momento no se haya enterado de la que se está armando aquí.

—Lo mínimo que a usted le sucederá será su vuelta a Roma cargado de deshonra. Eso... si Roma desea evitar un escándalo. De todas formas, desde el senado de la colonia vamos a denunciarlo para que sea juzgado —añadió Cornelio Severo elevando la voz y provocando las ínfulas del otro.

—¡Tú!, ¡tú! —Abelardo Aldo Cecilio se dirigía a Cornelio Severo impotente—. ¿Tú quién te crees que eres? Antes de que te des cuenta te habré destruido a ti y a tu casa. No quedará rastro de tu estirpe, te mataré, te reventaré la cara como a los cernícalos.

El mismo procurador reparó ante aquellas palabras, debía contenerse o metería la pata. A su boca le apetecía desquitarse sin suavidades, incluso la piel añoraba las hendiduras del combate.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí los dos! Sois basura, como lo es la colonia esta donde pensáis que me pudriré.

—Por favor, excelencia, no pierda la cordura ni se eche la ceniza encima. Le rogamos que suelte a Furnio —Sulpicio Superster apenas alzó la voz.

—¡Fuera he dicho! Si no desaparecéis, mando que os arresten ahora mismo y os metan en el mismo calabozo que el mamarracho por el que venís a protestar.

—Juro por Jupiter, padre de todos los dioses, que llegará el día en que su excelencia se tragará estas palabras —le increpó con rencor Cornelio Severo.

—Antes de eso, he de verte yo mordiéndote el polvo del camino con mis botas sobre tu cuello. Tenlo bien presente.

Los dos hombres se retaron. Las palabras cesaron y se instaló una gélida brisa que disipaba la clemencia y la misericordia. Antes o después, alguno ejecutaría su venganza. A Sulpicio Superster se le encogió el alma, casi no se atrevía a respirar, había escuchado decir que en su juventud Cornelio Severo arrancaba de cuajo las trenzas de los bárbaros que hasta su mano llegaban. Tampoco Abelardo Aldo Cecilio se quedaba atrás. Por mandato suyo, su secretario personal advirtió al recién nombrado concilio provincial del carácter abominable de su jefe. El mismo

procurador, señaló el secretario en una insólita intervención, sacó los ojos de uno de sus súbditos al pillarlo en un renuncio grave; con que debían andarse con tiento. De modo que Sulpicio Superster, conocedor de los extremos capaces de liderar cada parte, se prometió suplicar a los dioses para que la devastadora confrontación no se produjese.

A la desaparición de los lusitanos le siguió la comparecencia del correo de Roma, que vino a rubricar los extremos ya conocidos. Abelardo Aldo Cecilio golpeó una sola vez en plena mandíbula al mensajero, que cayó al suelo gimoteando como un perro, luego lo sometió a privación de alimentos para que aprendiera sobre lealtades y prioridades. Después se encerró en un despacho privado e intentó serenarse. Cuando la adrenalina transitaba su cuerpo, su mente dejaba de funcionar. Llamó a su esposa; ella siempre dilucidaba con acierto el fingimiento menos oneroso. Se trataba de ganar tiempo. Sin embargo, en esta ocasión no se hallaba Fabiana entregada a los mismos objetivos que su esposo. Ella consideraba lo más idóneo renunciar al cargo, nada de nuevos enfrentamientos, regresar a Roma era lo mejor. Los desvaríos, la torpeza y la crueldad de su esposo parecían acrecentarse en aquella tierra lusitana, y aunque su carrera se resintiese con la renuncia, siempre podría esperar un tiempo prudente y medrar asido a velas más fuertes.

A Fabiana le consumía la rabia. La sorpresa del nombramiento de un vulgar médico para el puesto hurtado a su cónyuge era lo de menos. Lo peor era el encarcelamiento de Sexto Furnio Juliano sin pruebas que lo avalasen. ¡Cómo se le había ocurrido! Si tanta inquina le corroía hacia Furnio, debería haber fabricado pruebas en su contra antes de encarcelarlo. Esa decisión había sido una desfachatez que lo llevaría al descalabro político y a su linaje al aniquilamiento social. Ninguna familia que se preciase solicitaría matrimonio con sus niñas ante la desprestigiada reputación del ascendiente, lo cual para Fabiana era lo peor que podría sucederles.

Ver llorar a Fabiana conmovió sinceramente a Abelardo Aldo Cecilio, pues pocas veces lo había hecho ante él. El procurador intentó arroparla en su desdicha, y ella lo rechazó emitiendo un ultimátum, no le daba ninguna oportunidad más, ellas cuatro regresaban a Roma. Furnio debía ser liberado de manera inmediata, ese era su veredicto. Abelardo Aldo Cecilio cedió. No obstante, lo haría después de la hora octava, ya caída la tarde, el frío de la celda reconduciría sus ideas. Por otra parte y haciendo gala de una absoluta y absurda prepotencia, ordenó la presencia de dos guardias de forma permanente en la domus de Furnio, que lo seguirían a todas partes, para su protección, se justificaba. Pero a nadie engañaba.

La curia de Augusta Emerita fue emplazada de forma extraordinaria para esa misma tarde, les costaba creer el arrebató del procurador, contra el que estaban sumamente indignados y dispuestos a exigir las compensaciones correspondientes. Manlio Celio se mantenía en silencio y acobardado por si a alguien se le ocurría

acusarlo de tener algo que ver con aquella tropelía, en vista de los servicios de espionaje prestados. Cornelio Severo llevó la voz cantante durante la sesión, convirtiéndose en el propagandista más incendiario contra Abelardo Aldo Cecilio. Su indignación contagiaba al resto y nadie disentía de las verdades predicadas por él.

Al procurador le fallaron las formas y el fondo —exclamaba entre gestos airados y con un vozarrón de tormenta—, debió presentar denuncia ante la curia y desde luego corroborarla con pruebas. ¡Furnio no es un miserable esclavo al que cuesta bien poco quitar de en medio! O al que se puede arrastrar al descrédito público sin más, paseándolo por las calles de la colonia arrestado.

Cumplidas ovaciones arrancaban entre los senadores emeritenses. La curia, de forma unánime, cursó un dictamen que al día siguiente entregarían los dos ediles al procurador. Le instaban, primero, a excarcelar al magistrado emeritense. En segundo lugar, le emplazaban a dar las oportunas explicaciones ante la curia de Augusta Emerita por sus actos. Y tercero, compelián al procurador a limpiar el nombre de Furnio a través de un edicto. El flagrante abuso de poder debía costar un precio. Dependiendo de las explicaciones de Abelardo Aldo Cecilio, decidirían o no elevar la sangrante falta ante Roma y el César. La curia de la colonia llegaba a este acuerdo mientras Furnio estaba siendo liberado, noticia que fue recibida por los emeritenses como una gran victoria. Pronto se difundió entre el vecindario y se coló en la curia, que convino acudir a la domus del magistrado. El desfile de aquella masa, enaltecida y dignificada por sus togas almidonadas, con porte grave, convertía el cortejo en una especie de escenificación divina con tintes alegóricos. El ambiente de triunfo y regocijo que rodeaba la domus de Furnio se multiplicaba en el interior. Dentro, los setenta senadores que acudieron ese día al senado vitoreaban su vuelta a casa, mostrándole su apoyo y clamando justicia. La poderosa marea hipnotizó a Furnio provocándole una explosión de sentimientos incontrolados que no alcanzaba a expresar con palabras; sintió el fuego protector de la unión. Luego, subido sobre un poyete que protegía el arriate de flores más próximo a la escalera del piso superior, extendió los brazos y todos callaron.

—Amigos, soy inocente, ¡soy inocente!... —enfaticó alzando la voz. A lo que siguió un alboroto estridente y retumbón—. Gracias por creer en mí, por estar a mi lado. Gracias a todos, especialmente a Cornelio Severo... —La emoción turbó su determinación y tuvo que parar un momento antes de pronunciar el nombre siguiente—. Y a Sulpicio Superster, también gracias a Sulpicio Superster —prosiguió— por visitar a Abelardo Aldo Cecilio. Mucho valor ha requerido este lance, han sido punta de lanza en terreno enemigo, escudos contra espadas invisibles, hábiles gladiadores desarmados ante fauces leoninas, los dos han arriesgado sus vidas, y no me excedo en tal consideración, amigos, bien lo saben quienes tienen el placer de haber tratado con su ilustrísima —pronunció con sarcasmo—. Os debo mi libertad y quién sabe si mi vida —masculló compungido señalando a sus dos aliados—. Gracias —luego hizo acopio de energía y se dirigió al resto de la muchedumbre—. Entre todos



conseguiremos averiguar las pretensiones del procurador, al que plantaré cara con vuestra ayuda. —Se hizo un tiempo muerto. No se oía nada, excepto el susurro hueco de la respiración—. No es momento para hablar de mezquindades ni de pregonar dolorosas cuitas. Tiempo habrá. Estoy feliz por mi liberación y mi mayor deseo es compartirlo con vosotros, desde luego, bajo la afirmación más categórica de mi inocencia, aunque otro sea el foro en que se resuelva este incidente y mi nombre se limpie sin bosquejo de dudas. Se me ha detenido acusado de matar a Valerio Hymino y yo os juro por mi familia y por mi cargo que es una cruel falacia y que no descansaré hasta destapar esta ignominia. Debemos tener confianza en que triunfará la verdad y que pronto se desvelará a nuestro entendimiento lo que en el día de hoy se mantiene como un negro secreto —se limpió los ojos y respiró con profundidad—. Es ocasión esta para el agradecimiento y la celebración, para deciros que no saberme solo ante esta descarada e insolente injusticia ha fortalecido mi ánimo y que sois vosotros el bastión de mi fuerza y de mi luz. Y ahora, amigos míos, aprovechemos esta incidental debacle para disfrutar de unos aperitivos que tengo el honor de ofreceros con el mayor cariño y gratitud. Celebremos pues...

El gobernador de La Lusitania, Diophanes, había recibido la desesperada carta de Marcia y Cornelio Severo compeliendo su vuelta a Augusta Emerita ante el descalabro del gobierno de Abelardo Aldo Cecilio, que se había representado como un nefasto sustituto. Aquella petición estableció de inmediato un orden de prioridades diáfano. Las dudas de días anteriores se disiparon. El deseo de demostrar su lealtad al César no podía supeditar por más tiempo su partida hacia Augusta Emerita. Las cosas en la colonia parecían ir de mal en peor. De momento la guerra se mantenía en un punto muerto. Los pequeños combates anteriores dieron la victoria a Otón, que seguía debatiéndose entre esperar a las tropas de Vespasiano o lanzar la gran ofensiva contra las tropas de Aulo Vitelio que se replegaban hacia Cremona, donde se barajaba se concentrase el grueso definitivo. Hacía tres días que las tropas de Otón y de Aulo Vitelio, al mando de Aulo Cecina, se habían enfrentado en la localidad de Placentia con triunfo de los primeros. Se trató de una pequeña escaramuza que en nada decidía la guerra, pero que vigorizaba el ánimo de los de Otón como ninguna otra dádiva. Y era sabido que una moral ganadora hacía parte del éxito. Desde los mandos hasta la soldadesca rasa referían alegremente que sus contrincantes tenían a los dioses en su contra y estaban condenados al fracaso.

Carta en mano, Diophanes recorrió la escasa milla que separaba el campamento militar concentrado en Bedriacum de la pequeña guarnición que acompañaba al emperador. Debía anunciar al César los lamentables hechos que se sucedían en Augusta Emerita y la importancia de su marcha para poner orden. Al concluir su relato, el mismo emperador alentó su partida, repitiendo casi al pie de la letra los argumentos del médico: debía sacar pecho por Roma, dejarla en buen lugar y

transmitir a los lusitanos que él, el César, les profesaba un cariño especial. Incluso prometía que una vez venciese en aquella odiosa guerra volvería a visitar esas tierras duras y secas, pero amadas en su corazón por el calor de sus gentes. Resuelto por tanto su regreso a la colonia con la aquiescencia tranquilizadora de Otón, Diophanes se interesó por la guerra. Poco podía decirle el emperador, no se atrevía a aventurar cuándo se produciría la batalla final, sus generales no se ponían de acuerdo y él no sabía qué hacer. Lo que sí pudo adelantarle es que una guarnición con no muchos hombres esperaban a las escasas fuerzas de Aulo Cecina junto al templo de Cástor y Pólux para impedir su avance hacia Roma. Según las previsiones, el enfrentamiento se produciría en dos o tres días a lo sumo, y esperaban que el factor sorpresa rindiese cuentas a su favor. Poco más trataron el emperador de Roma y su médico, quien supo agradecer la enorme generosidad del hombre más poderoso de la tierra, comprometiéndose a dignificar su nombre en la colonia lusitana o donde quiera que el destino deparase el asiento a sus huesos.

En la tercera jornada de las calendas de abril arrió a la colonia emeritense un pequeño grupo de soldados. Amanecía cuando llegaron. Partieron junto al gobernador lusitano desde el norte de Italia y a la altura de Caesar Augusta se adelantaron, jaleando la cabalgada para dar cuentas con carácter oficial a Abelardo Aldo Cecilio de una serie de cambios que se producirían en los días venideros. Portaban el nombramiento del nuevo gobernador de La Lusitania y una carta sellada del todavía emperador Marco Salvio Otón con directrices claras. Así pues se le anticipaba a Abelardo Aldo Cecilio la llegada del gobernador y su pequeño séquito, que permanecerían en un campamento temporal el tiempo imprescindible para descansar del apremiante viaje y preparar su aparición triunfal en la colonia. Se esperaba la colaboración de Abelardo Aldo Cecilio.

Una vez cumplida la misión de informar al procurador, el grupo de soldados, haciendo acopio de todo tipo de víveres, se dirigió a un descampado a solo tres millas de la puerta norte de la colonia, donde erigió el campamento en el que Diophanes haría la parada previa a la entrada en Augusta Emerita. Desde el momento en que las tiendas de cuero se apuntalaron a la tierra engalanando el desnivelado terraplén, este paraje se convirtió en el emplazamiento más transitado de la colonia. Todos celebraban esta elección complacidos con su nuevo dignatario y esperanzados en que miraría por la colonia como ningún otro. En instancias superiores, la designación de Diophanes frustraba las expectativas de ascender de muchos segundones. Por suerte para él, no representaba Abelardo Aldo Cecilio una figura que convocara la unión entre sus camaradas, ni un liderazgo que suscitara pasiones con los ojos vendados.

Como estaba previsto, el sexto día de las calendas de abril arribaría el gobernador al campamento levantado por sus hombres en medio de una concentración de gentes que se habían aglomerado espontáneamente. El soldado al mando de la avanzadilla abandonaba de madrugada el campamento para salir al encuentro del médico. Acompañaban a Diophanes veinticinco soldados, media docena de asistentes

personales y otra media encargada de las más diversas tareas. El gobernador debía ser informado del apiñamiento de gentes en torno al campamento; resultaba difícil garantizar su seguridad, informó apurado el soldado, por si el gobernador decidía cambiar sus planes.

—En mi tierra me hallo confiado, no temo por mi vida, y si tuviera que morir, tampoco vislumbro lugar mejor para ello. Así pues, sigamos con los planes y dejemos que mis vecinos, gozosos por mi nombramiento, puedan acercarse a mí, su nuevo gobernador, que también gozoso los recibe.

El médico sintió una vergonzosa perturbación, disfrutaba siendo alguien importante al que los demás se acercaban a felicitar, al que admiraban. Debía reconocer que le había puesto de buen humor la noticia de sus paisanos que aguardaban su llegada durante horas en caminos polvorientos. Su nombramiento había ocasionado una expectación prodigiosa. Aquellos tres días se habían convertido en un persistente peregrinar, incluso senadores habían dejado recados que portaba el informante. El cansancio del viaje pareció esfumarse. De vez en cuando una punzada en el estómago le recordaba lo indecoroso de sus sentimientos. Uno podía estar arriba sin sentirse por encima, pero él creía firmemente que el destino le colocaba en el lugar que le correspondía por ser superior, inteligente, capaz y perfecto. Sintió remordimientos, debía evitar que saliera al exterior esa cara oculta, que otros la vieran, controlar lo que tanto había criticado de los romanos, quizás el abuso de autoridad de estos había empezado por ahí, al sentirse omnipotentes, sobresalientes y predominantes, al ser continuamente alabados por todos los súbditos. Intentó atajar este goce inmoral escuchando las explicaciones del soldado.

Un poco antes de la hora cuarta, empezaron a retumbar en la lejanía seis tambores cuya potencia y claridad fue creciendo al unísono que el entusiasmo de la masa que, cansada por la espera, recobraba la vivacidad. La estampa de la llegada de Diophanes era digna de los mejores recibimientos del pueblo romano a los grandes conquistadores. Quienes se hallaban en las cunetas de los caminos ardían en la misma admiración por su médico que los habitantes de Roma por sus victoriosos generales. Habían deshojado arbustos y arboledas que caían al paso de Diophanes, alfombrando de un verdor renacido las piedras del camino. Algunos vecinos portaban obsequios de sus huertas y zahúrdas. Aquella marea humana estaba enardecida por la fortuna de un hombre que a muchos había recompuesto la salud sin cobrar sus servicios; en ocasiones por nada y en otras por simples hogazas de pan, verduras o aceitunas. Aparte del jaleo y el runrún de voces, risas y cantos, la llegada del médico hasta su refugio temporal se desenvolvió sin ningún incidente. Luego improvisaron la colocación de dos baúles, el más pequeño sobre el grande, y Diophanes se subió. Mucho había cambiado el atuendo del médico idealista desde que partió de Augusta Emerita no hacía tanto, primer símbolo de sus grandes logros. Diophanes llevaba la toga praetexta con su franja púrpura sobre el borde, los calcei rojos y hasta el anillo en el dedo anular, regalo de Marco Salvio Otón.

—Queridos emeritenses, lusitanos, amigos míos. —Nadie jalonó el discurso, había una curiosidad absoluta, un silencio sepulcral—. Me honra este recibimiento. No esperaba vuestra presencia hoy aquí y me conmueve la alegría de vuestros corazones por mi designación. En cada uno de vosotros me veo. No encuentro palabras bastantes para daros las gracias. Aceptad mis servicios futuros como prueba de mi entrega total al pueblo de Augusta Emerita y a la provincia de La Lusitania. Juntos conseguiremos un futuro de prosperidad, lleno de posibilidades de progreso para todos. Pertenece a la mayor civilización que ha existido nunca, sintámonos orgullosos de eso. Roma nos quiere, nos protege, nos apoya, nosotros somos Roma y ella se nutre de todos y cada uno de nosotros, y muy especialmente el César, Marco Salvio Otón, que vela por nuestro bienestar y aún en la distancia no se olvida de ninguno de sus súbditos. Un mensaje traigo de sus labios que debéis saber. Me dijo, recuerden siempre los emeritenses que entre ellos me sentí como en casa y pronto, si me deja esta maldita guerra, he de volver a aquel mi hogar. Por eso, imploro a los dioses que permitan a nuestro amado César ganar esta guerra que divide los corazones romanos y que él detesta. Os encargo supliquéis por su destino, cuyo beneficio es el de los lusitanos; mejor estamos en este bando cuyo líder nos siente parte de su familia que en el de cualquier otro, para el que seremos una provincia más. Hasta ahora Marco Salvio Otón lleva ventaja en esta contienda, pero aún se ha de librar la batalla definitiva y es ahí donde todos debemos apoyarlo, con nuestras súplicas y sacrificios, para que los dioses le sean favorables, como hasta ahora. Quisiera despedirme garantizándoos un gobierno justo. A vosotros me debo, que seréis mis fiadores, el tiempo y mis actos hablarán por mí. Perdonad el rato corto que dedico a esta salutación, pero me gustaría recibir personalmente a los que tengan ese empeño, seguid por favor las órdenes de los soldados para una organización eficiente.

—¡Viva La Lusitania! ¡Viva Roma! ¡Viva el César!

Diophanes era un maniático del orden y le gustaba planificar su tiempo de principio a fin. Esta primera jornada a las puertas de la colonia fue intensa y de importantes repercusiones. Especialmente dos encuentros cambiarían radicalmente sus ideas y entristecerían el regreso a su tierra. La primera de esas citas se celebró con Cornelio Severo y Sulpicio Superster, y la segunda tendría lugar con la visita de su amigo Capito, que acudió a recibirlo como el más fiel de sus vasallos y dejó el campamento como el más beligerante de sus enemigos.

—Pasad, pasad, amigos míos. ¡Cuánto celebro veros! Ya os echaba de menos — señaló el nuevo gobernador con una amplia sonrisa ante el alborotado Cornelio Severo, que no cabía en sí de gozo, y Sulpicio Superster—. Fuera todos. Cerrad y que no pase nadie.

Los pormenores de su estancia en Roma, el transcurso de la vida entre esas calles que más se asemejaban a un continente por la proporción, más de un millón de habitantes según el último censo, su excelso nombramiento como gobernador, su estrecha relación con el César y Marco Emilio, la guerra que se libraba en el norte de

Italia y finalmente su regreso a Augusta Emerita ocuparon la primera parte de la reunión. Diophanes hablaba apresurado, con una celeridad próxima a los sagitarios disparando flechas en el fragor de la batalla, no quería obviar ninguna de las experiencias halladas en Roma o las trascendentales novedades vividas al lado de Otón. Sus palabras narraban hechos que un día compondrían las páginas de la historia de Roma. El entusiasmo del médico era correspondido por continuas preguntas, curiosidades y observaciones de sus interlocutores, que escuchaban avizor y obsequiosos el animado relato. A pesar del deseo por expresar los estimulantes meses de residencia en Roma en toda su magnitud, Diophanes conversaba con bastante urgencia, le movían las prisas por conocer la dimensión del runrún de la detención de Furnio. Sin tregua enlazó sus explicaciones con una petición perentoria sobre la situación del duunviro y las relaciones con Abelardo Aldo Cecilio.

Cornelio Severo tomó la palabra y empezó por la conclusión final: Abelardo Aldo Cecilio había matado a Valerio Hymino.

—Pero nada de esto me decías en la carta —esbozó con sorpresa Diophanes.

—Ten en cuenta que las palabras se las lleva el viento, pero la tinta tiene mayor consistencia. Comprende, no era ese un cauce adecuado.

—Pero ¿y las pruebas? —insistía el médico.

—Tenemos los testimonios de Lorenza...

—Y el de mi esposa —intervino Sulpicio Superster tomando el relevo—. También existe un senador, Flavio. No cabe más opción, el asesino de Valerio Hymino tuvo que ser el procurador, la razón grita su nombre una y otra vez. No hay otra. Las letrinas en que apareció muerto el duunviro eran custodiadas por dos soldados apostados en la entrada para impedir que nadie molestase a su excelencia mientras desahogaba su vejiga. En cuanto Abelardo Aldo Cecilio abandonó las letrinas, la esposa de Valerio Hymino y la mía se acercaron a ver qué le ocurría a Valerio Hymino, que tardaba mucho y se había embriagado de lo lindo. Y así fue como ellas lo encontraron muerto. Entre el acceso del procurador y el de las mujeres nadie entró.

—Pero bueno, vamos a ver, pudo suceder que estuviera muerto antes de que entrara Abelardo Aldo Cecilio y este no dijera nada.

—Sí, puede ser —repuso Cornelio Severo—. Pero ¿a qué tanto teatro? Cuando le comunicaron la muerte de Valerio Hymino hizo como que no sabía nada...

Detalladamente los dos senadores dieron cumplida cuenta de la investigación llevada a cabo por encargo del procurador. El médico recibía pasmado la cantidad de corruptelas que complicaron los días de Valerio Hymino y a las que poco costaba culpar de cómo acabó su vida. ¡Había personas que vivían para destruirse!, pensó.

—¿Y cómo creéis que debo intervenir yo?

—Primero, haciéndote cargo de la investigación —aconsejó Cornelio Severo—. No sabemos si tienes instrucciones del César...

—Que se haga justicia —aclaró el médico.

—Entonces, creemos inexcusable expedientar a Abelardo Aldo Cecilio. Desde la colonia presentaremos una queja formal al César victorioso en la guerra, ojalá sea Otón. Es intolerable que sin pruebas se encierre a nadie y menos a un duunviro.

—Cuestión aparte, debes saber que quizás encuentres un tanto desorientado a Abelardo Aldo Cecilio —esbozó con cautela Sulpicio Superster.

—¿Desorientado? ¿De qué me hablas? ¿Es afín a Aulo Vitelio? ¿Promotor de intrigas en mi contra?...

—Pues, a mi juicio, y no soy médico, creo que se le va la cabeza. Me refiero a ese tipo de desorden hermano de la locura.

—Yo simplemente creo que es agresivo, impulsivo, de malas pulgas y que le gusta la sangre más de lo habitual —puntualizó el flamen provincial.

—Podría ser... —señaló el otro—. En todo caso la fama de sanguinario de la que goza le hace justicia. En el concilio provincial nadie habla, ni mucho menos se le lleva la contraria. Allí no pintamos nada. Aparte del abuso contra Furnio, existen hechos intolerables que hemos sufrido, como el día del asesinato de Valerio Hymino, que nos obligó a sentarnos en el suelo durante horas, incluidas las mujeres, nos cacheó y nos amenazó a todos. Y hace poco, el día que fuimos a reclamar la liberación de Furnio y le informamos de tu nombramiento..., le sentó tan mal que le dio una paliza a un soldado de su escolta en nuestra presencia.

La cara de Diophanes se avinagraba por instantes.

—Ten presente, querido amigo, que tu elección ha chafado los planes de Abelardo Aldo Cecilio. Te aviso, ten cuidado con él —insistía Cornelio Severo—. Párale los pies desde el primer día, intentará comprobar hasta dónde puede llegar contigo. Con él, ten ojos en la espalda, te harán falta.

El gobernador se tapaba la boca. Se confirmaban las peores predicciones.

—De todas formas, nosotros estamos de tu parte. Con su carácter se ha echado la tierra encima él solito. Te cuento esto para que vayas prevenido. No tendrás frente a ti a un pollo, sino a un león hambriento.

—¿Y Furnio? —quiso saber de repente.

—Furnio está bien. Abelardo Aldo Cecilio ha colocado dos soldados en la puerta de su casa para protegerlo, dice —las risas de Cornelio Severo sonaron tan grotescas como la medida del procurador.

—¿Y eso a qué viene?

—No viene a nada, trata de humillarlo. La ha tomado con Furnio, le tiene más tirria que a mi persona, y ya es decir —añadió con guasa el flamen.

—Ahora me explico algunas cosas que mi impericia e ingenuidad política no me han permitido valorar adecuadamente —el médico se justificaba—. Hoy, uno de mis hombres me ha dado a conocer la desenvoltura de unas gestiones encargadas antes de mi llegada. Entre ellas, la visita a Abelardo Aldo Cecilio para entregarle mi nombramiento y solicitar de forma oficial su marcha de mi residencia. Yo prefería entrar en Augusta Emerita mañana, pero, según el procurador, debía esperarme cuatro

días a que él hiciera la mudanza, y tampoco ha concretado ningún extremo sobre la ceremonia de mi entrada. Mi permanencia en el campamento cuatro días es excesiva. ¿No os parece que voy a tragar demasiado polvo?

—Por supuesto —contestaron los dos secundando la sarcástica sonrisa del otro.

—Ahora mismo mandaré un correo comunicando a Abelardo Aldo Cecilio que haré mi entrada en Augusta Emerita mañana durante la tarde, por lo que debe abandonar mi residencia esta noche. Si alega no tener tiempo para la mudanza, le informaré que mi primera tarea será enviarle sus enseres. Para entrar mañana en Emerita necesitaré la ayuda de la colonia. ¿Cuento con vosotros?

Los dos asintieron.

—También tengo planes para mi venerado señor —dijo con humildad en referencia a su antigua condición—. De madrugada lo visitaré, disfrazado y acompañado de dos o tres hombres.

Diophanes era un hombre resolutivo, no temía al monstruo al que relegaba de categoría, le echaba redaños. Se necesitaba un hombre así. Cornelio Severo y Sulpicio Superster se marcharon satisfechos, llevaban tarea apremiante, convocar de urgencia al senado de la colonia y después informar al procurador de las acciones de apoyo que brindarían al gobernador en la entrada a su pueblo. Cornelio Severo se relamía previendo un nuevo hachazo a su enemigo, la adrenalina le impulsaba. Sin embargo, a Sulpicio Superster esta injerencia en las competencias del procurador, del que ciertamente no sabían si ya tenía preparada alguna medida sobre la ceremonia, no le parecía muy atinado.

Agonizaba la tarde y alrededor de treinta personas componían la fila de los agraciados que saludarían al gobernador. Los demás debieron resignarse a mejor ocasión. La extenuación de un día colmado de intensa acción y emociones llegaba a su fin. Y en ese estado de frágil supervivencia se hallaba cuando divisó a Capito al final de la cola y se le estremeció el alma. Las palabras de Furnio en aquel mensaje taxativo y furtivo instando su regreso exponían con claridad diáfana su parecer respecto al comportamiento del médico: «Un hombre no se esconde, un hombre no traiciona, un hombre asume las consecuencias de sus actos». Con estas palabras le reprochaba Furnio que él no había actuado como un hombre y menos como un fiel camarada. Y ahí estaba Capito, para permitir su conversión en honesto adulto y amigo leal. Los ojos de Capito brillaban al comparecer ante su amigo, se palpaba la intensa emoción que guardaba su piel. El abrazo se convirtió en un puñal que atravesaba la garganta del médico. Se sintió miserable, como un gusano. Y por primera vez se cuestionó si merecía o no haber sido elegido gobernador. Capito no se merecía la verdad que él debía mostrarle y, sin embargo, esta existía con la misma fuerza que el dolor que causaba. El abogado, ajeno a los remordimientos del otro, lo percibió cansado, abatido, como todo héroe que culmina sus sueños. Pronto las huellas del esfuerzo desaparecerían y solo el brillo de sus éxitos alimentaría su ser. Capito estrechaba con afecto el brazo del médico, no dejaba de sonreír; se alegraba

tanto por la fortuna del amigo... Cada acto bienintencionado de Capito era un suplicio para Diophanes.

—Qué elegante te veo, todo un romano avezado en lidias políticas, ¡vaya!

Diophanes recibió el comentario como un mazazo; su amigo no pretendía herirlo, pero su susceptibilidad era hija de las circunstancias y de sus miserias.

—Los tracios son romanos también, ¿o no? Bastante caro nos costó.

La suspicacia desmontó a Capito, que parpadeó.

—No creo que haya mejor designación que la tuya para el puesto de gobernador. Mi corazón se alegra por tu ventura —dijo con absoluta convicción.

—Ya lo sé, amigo, lo sé. Perdona. Estoy molido, pero feliz de verte.

—Pues claro... —Recobró el otro el ánimo primero—. Mi gozo es también profundo por tu fortuna, nadie gobernará mejor que tú. Estaba deseando que volvieras. Tus nuevos compromisos impedirán que nos veamos como antaño, pero desde luego disfrutaré más de ti que si estuvieras en Roma. Te he echado de menos. No ha sido un tiempo fácil para mí, pero no será hoy el día en que hablemos de penas.

—¿Ocurre algo?

¿Por qué le había dicho eso?, pensó Diophanes al segundo. Dejaba pasar una oportunidad para sincerarse. ¿Cómo podía preguntarle algo así? ¡Menudo hipócrita!

—Nada tan importante que merezca nuestro tiempo —declaró Capito tragándose el recuerdo de Marcia.

—Estoy a tu entera disposición. Pediré que nos traigan vino y algo de comer.

—No quisiera robarte demasiado tiempo, veo que estás en las últimas.

—Tienes razón, pero aún no te vayas, necesito que hablemos —Diophanes sintió un nerviosismo incontrolado.

—Sobre todo tú. ¡Has estado junto al César de Roma! Lo cual no sucede todos los días. Hazaña singular para uno de provincias.

—Y más en mi caso, ¿no? —El gobernador volvía con los recelos.

—Desde luego, en tu caso es todavía más meritorio, y solo en ese sentido lo refiero, como todo un mérito —Capito no quería enfados.

Diophanes lo sabía. Su procedencia nunca había sido motivo de escarnio o de exclusión entre ellos. Nunca debió demostrar nada a Capito, que siempre lo trató como a un hermano.

—Cuando mi padre me dio la noticia de tu nombramiento, mi primera intención fue escribirte, pero luego me dijo que pronto vendrías a causa de la detención de Furnio, por eso no te felicité. Al procurador se le ha ido la cabeza —dictaminó su veredicto—. Muy cuerdo no anda.

El tema de Abelardo Aldo Cecilio ocupó los siguientes minutos. Capito estaba al tanto del estado de la investigación y hablaron sobre ella evaluando a los sospechosos. Durante un rato el gobernador olvidó su secreto y sintió la dicha de contar con su amigo Capito. A la memoria llegaban recuerdos irrepitibles de su niñez



junto a él.

—La carrera política del procurador tiene los días contados, igual que su estancia en Emerita, te lo aseguro. En Roma corren tiempos revueltos, y eso lo salva, cuando la guerra acabe ningún emperador permitirá actuaciones tan negligentes como la del procurador, al fin y al cabo lo representan a él y es él quien sale perjudicado. Cuando hay que subir impuestos y contar con el pueblo, es absolutamente conveniente tener contenta como mínimo a la élite de cada provincia.

Diophanes lo escuchaba atentamente, Capito jamás hablaba por decir algo. Ojalá Abelardo Aldo Cecilio embarcase pronto para Roma y desapareciese de la provincia lusitana a la que ningún aprecio le unía. Aún no había escuchado ningún comentario a favor del procurador y habían sido muchos los que le hablaron de él.

—Y no sabes lo mejor —dijo Capito, envolviendo de misterio sus siguientes palabras—. Aunque el padre sea un criminal y un loco, las mujeres de su familia colman de distinción lo que él estropea. Bien siento por ellas que se empañe la finura de sus modales y las metan en el mismo saco que al padre.

—Hablas del clan con cierta familiaridad, ¿no?

—Digamos que he gozado del favor de las hijas de Abelardo Aldo Cecilio, con las que me he divertido bastante —en este punto Capito guiñó un ojo a Diophanes.

El médico se empujaba a hablar, era el momento oportuno para sacar a relucir el tema de Marcia, parecía estar entusiasmado con la amistad de aquellas chicas. Además, se suponía que debía extrañarle su actitud seductora, puesto que estaba comprometido con Marcia, y para más extrañeza, este nuevo papel un tanto libertino discordaba con su carácter. Pero Diophanes no se arrancaba, empezó a sudar, las ideas se agolpaban en su mente y las palabras se ahogaban en la garganta. No sabía cómo empezar y las palabras de Furnio le horadaban el alma, «debía ser un hombre, sacar a Capito de su ignorancia».

—Las tres son guapísimas —las cejas de Capito y su media sonrisa predecían alguna confidencia, pero Diophanes no sabía cómo interpretarlo—. Las dos mayores gozan de una belleza que persuadirían las inusitadas hazañas de legendarios héroes, hay que tener cuidado, podrían esclavizar la voluntad de un hombre sin temple. Pocas mujeres he conocido de igual belleza. Por cierto, ¿sabes que el procurador me ofreció la mano de su hija pequeña? Sí, sí, no miento. Claro... eso fue antes de que mi padre y él se amenazaran sin ningún viso de reconciliación.

Diophanes se estremeció. Quiso hablar, las oportunidades se le ofrecían a pares, pero el lenguaraz abogado, otro rasgo insólito en su nueva personalidad, narraba con apetito sus aventuras y desventuras con lo más primoroso de la élite romana.

—Por cierto, cuidado con esas dos hermanas. Ahora posees una condición principal y eres un partido sobresaliente, y yo creo que las aspiraciones de las chicas están a la altura de su cautivadora hermosura. ¿Qué ocurre? —Se detuvo Capito—. ¿Te has comprometido en Roma? ¡Bellaco! Te delata el gesto...

—Hablando de compromiso. Ya sé que Marcia y tú habéis roto —soltó

Diophanes como pudo.

Por fin salía la mugre, ahora llegaría el suplicio.

—No deseaba hablar de ella en este momento de gloria para ti —Capito cambió en seco—. Todavía me duele, pero estoy decidido a olvidarla cuanto antes. Te ruego no la vuelvas a nombrar hasta que un día mi corazón suelte la espina.

—Y, sin embargo, debemos hacerlo.

Capito no dijo nada, a qué esa insistencia, prefería hablar de la guerra, del César, había tanto de qué conversar... Diophanes sorbió de un trago el vino de la copa.

—Debo hablarte, confesarte un secreto que pocos conocen.

Capito se separó, la actitud de Diophanes provocó sus recelos.

—Adelante —pidió sin imaginar nada.

—Marcia te dejó porque yo le declaré mi amor unos días antes de marcharme a Roma y ella me aceptó. Lo siento. Debería habértelo dicho antes de mi marcha, pero no pude, me faltó valor.

Capito se dio la vuelta, le zumbaban los oídos. Su mirada quedó frente a la luna menguante y las estrellas. El corte del cuero en la tienda permanecía levantado y el espejismo del universo absorbió su tristeza. Al cabo de un rato, el abogado intervino.

—De haber sido al contrario, yo jamás me hubiese metido en medio. Si tú hubieses estado prometido a Marcia, yo jamás le hubiese dicho que la amaba.

—La he amado en silencio desde que éramos pequeños.

—Yo también, ¡maldita sea! Y me fui a Roma en parte por eso, gustoso te despejé el camino. ¿Por qué no le declaraste tu amor durante esos años? Lo tenías fácil y ningún impedimento, pero esperaste a que estuviera comprometida conmigo para meterte entre nosotros. Si no lo hubieses hecho, ella se habría casado conmigo.

—Esperé hasta que pude ofrecerle algo conveniente a su categoría. Yo daba por perdido su amor. Era feliz por vosotros dos. Entonces Otón me presentó una oportunidad de labrarme un porvenir brillante, un futuro digno de ser ofrecido a alguien como Marcia, y no dudé en hacerlo. Si Otón no me hubiese ofrecido esta oportunidad me hubiese aguantado.

—Somos muy distintos. Lo que para ti constituye un motivo, para mí no lo es. Por carecer del ofrecimiento de Otón no me hubiese aguantado yo. Por un amigo sí.

—Debes comprenderme...

Capito lo paró en seco. Se había dado la vuelta.

—¿Comprenderte? Maldito felón. ¡Comprenderte! Me tienes entre tus primeros enemigos. ¡¡Aaaaaaaaggggggggg!!

Un grito desgarrador precedió al estruendo de la ira. El poco mobiliario de la tienda acabó hecho añicos antes de que los soldados pudieran controlar aquel cuerpo macizo que clamaba por arrancar las espinas que destrozaban su corazón. Para entonces, Diophanes había salido de la tienda y respiraba de cuclillas en un lugar solitario con la toga a medio componer y los ojos inyectados en sangre, incapaz de aliviar su amargura. Capito pronto se controló, respiró profundamente y reclamó su

caballo, nada le retenía. Los soldados permanecieron atentos a sus siguientes movimientos, pero él perdió todo interés por enfrentarse y se marchó asido a las riendas del caballo y declamando en voz alta, como si el teatro acogiera su dolor y aquellos espectadores la pieza dramática en la que él era protagonista:

—Agudas saetas han atravesado mi corazón; que el cruel Amor opera ahora en país conquistado. ¿Me rendiré, o bien, con mi resistencia, aumentaré aún esta súbita llama?

Diophanes lo escuchó con el alma hecha añicos, era una cita de Ovidio, y en silencio se despidió de quien nunca más disertaría de amores o poetas en la misma mesa que él. Los dos habían elegido. La soledad que atenazaba sus miembros se le representaba cual lanza que hace diana plena en el corazón, lo había destrozado; pedazos que nunca volverían a recomponerse. Capito tenía razón, él era un desertor, había volatilizado la amistad. Entre las palabras de Capito había una frase que cincelaba su conciencia y lo martirizaba con una culpa extenuante, «si tú hubieses estado comprometido con Marcia, yo no hubiese luchado por ella». Solo Marcia podía salvarlo de sí mismo. Convocó su rostro; por primera vez ninguna imagen perfilaba su mente. Tampoco ella, su gran amor, acudía en su ayuda. En cambio, sí aparecieron los soldados que debían protegerlo.

—El gobernador necesita estar solo —abrevió, y desaparecieron de su vista sin abandonarlo, conviniendo turnos de vigilancia, y cuando cayó rendido entre matorrales y flores silvestres, le tendieron una capa de algodón.

Pronto sacudía el poder los tentáculos, como proféticamente le advirtiera Otón el día de su investidura. Ya era gobernador de La Lusitania para lo bueno y lo malo.

El relente de la madrugada en el mes de abril provocó el tiritar de Diophanes. El temblor de su cuerpo puso en alerta a la soldadesca. Se acercaron al gobernador. Pese al castañetear de su cuerpo, él no daba en sí, el cansancio lo mantenía postrado. Un rato más tarde el frío y la humedad cumplían la misión centinela y el médico se levantó arrastrando la manta.

—Gracias, compañeros. El destino ha ordenado que mi felicidad no sea completa en mi regreso a Augusta Emerita, pero os aseguro que no logrará enturbiar la dicha de tanto bueno como me acompaña. Entre mi suerte os tengo a vosotros. Poco tiempo hace que nos conocemos y ya dais cuenta de vuestras cualidades. Gracias. Pasad a la tienda conmigo, debo encargáros un último servicio antes de que podáis descansar como se merecen vuestras magníficas asistencias.

Dos horas más tarde, el candor brillante de las estrellas y de un par de antorchas portadas por cada acompañante del gobernador permitían visitar a Sexto Furnio Juliano. El trote de los caballos convergía suave por las calles de la colonia. La guardia que custodiaba la domus de Furnio mostraba sus recelos sobre las intenciones de unos viajeros que en horas tan intempestivas pretendían acceder a la misma.

—Solo os pedimos que nos anunciéis. Si Furnio rechaza nuestra visita, nos iremos —dijo el gobernador encubriendo su nombre.

—Nos parece sospechosa esta hora —dijo el guardián más delgado.

—Hemos venido a esta hora porque es la más conveniente a nuestros intereses. Os ruego que me dejéis notificarlo al nomenclátor.

Los soldados se miraban, no terminaban de verlo claro. Entonces uno de los acompañantes del gobernador echó hacia atrás sus ropajes y se identificó con su graduación y los otros dos recularon con nerviosismo. Aún lo entendían menos.

—Cumplimos órdenes del procurador de la provincia, Abelardo Aldo Cecilio — señaló el más charlatán, en la confianza de que tales apellidos disuadirían a los recién llegados, extendida la fama de su jefe.

Los acompañantes de Diophanes lo miraron.

—Os halláis ante el nuevo gobernador de La Lusitania —depuso finalmente el médico con la intención de evitar el encontronazo que se aventuraba—. Mi nombre es Diophanes y os debéis a mis órdenes. El procurador no puede infligiros ningún castigo por atenderlas; en ese caso, respondería ante mí. De cualquier forma, para evitar disputas que en nada fomentan la cordialidad entre mi séquito, os relevo de informar al procurador sobre mi visita.

Los soldados que custodiaban la morada de Furnio respiraron aliviados; de dar cuentas a Abelardo Aldo Cecilio, como mínimo algún mamporro se llevarían.

El nomenclátor se alegraba de ver a Diophanes. Subió a avisar al amo, que despejó el rostro con agua y bajó azorado y emocionado. Por fin vería a Diophanes. ¡Qué buen gobernador defendía su tierra! El médico se encontraba turbado, la carta de Furnio no le daba garantías sobre el trato que recibiría.

—Mi querido Diophanes, nuestro impetuoso médico. ¡Cuántas ganas tenía de verte! Por fin estás aquí. ¡Cuánto me alegro por tu suerte! —Furnio abrazó el cuerpo rígido del médico—. Pero qué buen aspecto tienes pese a esta hora indecente. ¡Qué alegría! Sulpicio Superster y Cornelio Severo vinieron anoche a informarme. No sabes cuánto te hemos echado de menos, llegas en un momento crucial...

Mientras Furnio lo recibía y le hablaba a trompicones, sin orden ni organización, sobre diferentes cuestiones, Diophanes se descomponía preguntándose por Marcia, sus ojos relampagueaban fijos en la escalera. En cualquier momento ella bajaría como una ninfa divina. Poco rato pudo perderse en abstracciones, pues Furnio reclamaba su participación a cada frase. Pasaron al tablinum, animados por algunas golosinas que las viejas cocineras dejaron preparadas.

—Señor —le dijo Diophanes a Furnio en un arrebatado de distanciamiento y protocolo—. Quisiera ver a Marcia antes de marcharme, aunque fuera unos segundos.

El semblante de Furnio se oscureció y el gorgoteo de su voz evitó los aterciopelados tonos de afecto. La euforia primera del duunviro se desvaneció, rescatando el tremendo enfado que le revolvía las tripas. Diophanes sacaba a relucir la infamia y adelantaba el conflicto.

—Ese es asunto bien diferente que requiere claridades y generosidad.

—Estoy descansado, la hora no me obnubila, deseo escucharte tanto como ver a

Marcia —contestó Diophanes ansioso.

—El comportamiento de mi hija y el tuyo ha sido el de dos impúberes egoístas y crueles, por decirlo de forma suave —sentenció Furnio—. Vais a destrozar a Capito, para el que solo tengo elogios y al que quiero como a un hijo, como te quiero a ti. Para agravar la desvergüenza habéis organizado un bochornoso espectáculo que ha mancillado la reputación de mi hija, es decir, de mi casa. Que nunca se te olvide, me va a costar la amistad de Cornelio Severo. Y a Arria Pale, que todo calla, la habéis herido en las entrañas. ¡No sé en qué pensabais los dos! Sinceramente, por lo menos a ti te tenía por más cabal.

—Señor, no hay muchas reglas cuando el amor te atrapa. Nos queremos Marcia y yo. Le daré una vida buena, solo me mueve ese deseo.

—¡Marcia! Yo sé de las veleidades de mi hija, pero francamente me ha sorprendido que tú las hayas empujado por derroteros tan incorrectos. Como te decía en mi mensaje, qué mínimo que anunciárselo tú a Capito antes de que mi hija rompiera su compromiso. Eso es lo que hace un hombre. Tu cobardía ha lacerado casi de muerte mi confianza en ti, infinita ha sido mi decepción por tu conducta. Al Diophanes que yo creía conocer lo tenía por honrado, valiente, responsable y justo, nunca pensé que tuviera que esconderse detrás de una mujer y la dejara sola dando la cara. Y da la casualidad de que mi hija es esa mujer y que yo soy quien debe otorgaros el consentimiento para casaros y... sin falsedades... todavía lo debato en mi interior, tengo grandes dudas al respecto. ¿Quién me garantiza que no la abandonarás ante un problema como ha sucedido en este caso?

—¡Señor!

—Te ruego, Diophanes, que dejes de llamarme señor como si no gozaras de mi amistad. Si nos ponemos formalistas debería llamarte excelencia o algo parecido, y quizás hasta pedir audiencia para mantener una simple conversación.

—Querido Furnio —el médico empezó de nuevo, la vergüenza consumía el discurso—. Tú conoces la historia de mi familia. Nuestra decidida y beligerante apuesta por la patria cuando los romanos la conquistaron fue fatídica, y no solo desaparecieron las riquezas que poseíamos, sino la mayoría de los miembros de mi estirpe. Ciñéndome al presente, ni mi condición ni mi bolsa me hacen merecedor de tu hija. Te hablo de hombre a hombre, con el corazón en la mano y la mente nítida, comiéndome el orgullo. Nunca me sentí digno de casarme con Marcia, pero el destino quiso variar mi suerte y Otón me brindó una oportunidad en el último momento y yo no quise renunciar al amor de mi vida, a Marcia. No pensé mucho en nada, salvo en nosotros dos... ¿Debí decírselo a Capito? Sí, pero necesitaba tiempo y Marcia ya tenía fecha para la boda. No quiero excusarme, acepto que no obré con acierto y juro por mi vida que no volverá a suceder.

—Son las circunstancias y las respuestas a estas las que definen las cualidades de un hombre, no sus palabras.

—Yo me embarqué en una guerra para elevar mi condición social. Siempre he

abominado de las guerras, aborrezco lo que traen, destrucción, miseria, caos. Lo hice por una razón más grande que mi pensamiento. Por amor. Supuse que sería el camino para estar junto a tu hija.

—No negaré que me agrada tu ascenso en sociedad. Pero escucha una verdad que también te digo, hubiera preferido que el sencillo y laborioso médico Diophanes solicitara la mano de Marcia en tiempo y forma adecuada, de mejor agrado habría consentido al casamiento, con que... te lo acabo de decir todo.

—Espero, finalmente, que tus dudas se clarifiquen y me permitas casarme con Marcia —solicitó directamente el gobernador—. No viviré en Augusta Emerita si no puedo casarme con ella, aunque sea mi desdicha. No podría soportar verla desposada con otro. Y tampoco desearía ser gobernador, a mí lo que me gusta es curar a la gente.

—Repito, aún no lo tengo decidido.

—¿Qué opina Arria Pale? —Diophanes se atrevió a tentar a la suerte.

—Arria Pale es incapaz de ver sufrir a Marcia, ya la conoces, ella la dejaría casarse con un bárbaro del norte, de los que arrasan hasta los templos de Vesta.

—O sea, que Arria Pale sí me acepta —resumió el médico.

—Soy yo quien debe daros el consentimiento, y no permitiré que la llorera victimista de mi esposa o de mi hija influyan en mi decisión final. Creí conocer a otro Diophanes, y no quiero entregar la vida de mi hija a alguien para quien primero está su culo.

—No estás siendo justo, Furnio.

—No me hables de justicia. Si hubieses obrado conforme a ella, yo no tendría que romper mis lazos con Cornelio Severo y Capito. Podría ser feliz.

—Eso sí que lo siento.

Resultaban descorazonadoras tantas pérdidas. Diophanes agachó la cabeza, también él había perdido a Capito y sentía el hueco que su falta provocaba, como el aire varado hostiga los pulmones hasta la asfixia. El médico intentó sobreponerse, no era momento para la congoja, no podía permitirse la debilidad, ahora no. Diophanes huía pies en polvorosa hacia sus metas, ya recuperaría los cadáveres a su paso, excepto el de Marcia, cuya renuncia implicaba su propia muerte. El enfado de Furnio ralentizaba la programación del médico. El tiempo apremiaba y debían subrayarse cuestiones de índole urgente.

—Cuando tomes una decisión, házmelo saber, te lo ruego.

—Desde luego —puntualizó Furnio.

Un segundo más tarde Diophanes se recompuso la túnica, y con este gesto y de un plumazo se desprendió de sus primeros intereses para ocuparse de otras labores.

—Ahora te hablo como gobernador. Hoy mismo, en torno a la hora octava, haré mi entrada en Augusta Emerita por la puerta norte. Los detalles se concretarán esta mañana en el senado de la colonia, quería que lo supieras. Mañana mismo desaparecerán estos guardianes de tu puerta y me pondré con la investigación de la muerte de Valerio Hymino. En palabras de Otón, debe ventilarse ese crimen cuanto

antes. En mi primer despacho con Abelardo Aldo Cecilio, tu detención, al igual que la investigación, serán temas preeminentes. —El mohín desalentador del médico al nombrar a la bestia provocó la compasión del duunviro. Ciertamente contaba con una tarea difícil para empezar a gobernar—. Una seguridad puedes tener, tu detención no quedará impune.

—Gracias —dijo el otro.

—Perdona la urgencia de mi visita y la premura y superficialidad con que esbozo asuntos que requieren mayor atención y tiempo, que es justamente de lo que no dispongo dadas las circunstancias...

—Agradezco y reconozco el esfuerzo de visitarme en estos momentos —le espetó Furnio, consciente del sacrificio y del empeño del joven—. Gracias nuevamente.

—Tendremos ocasión de conversar con tranquilidad, largamente —continuó el gobernador—. Y ahora te imploro me permitas ver a Marcia por lo menos unos minutos. Te lo suplico, Furnio, he perseguido este encuentro desde el mismo momento en que me fui de la colonia. No me niegues esta pequeñez.

—Marcia se haya cumpliendo una reclusión de cinco meses en casa a petición de Cornelio Severo.

—No pretendo salir del tablinum o de donde tú me indiques. Te lo ruego.

—De acuerdo. La llamaré, y también a Arria Pale, no me perdonaría que la haya dejado al margen, pero que conste que solo os veréis en calidad de amigos, ¿entendido? —Girando el cuerpo, Furnio volvió a hablar—. Otra pequeña cuestión de la que te informo para evitar malentendidos desagradables, la puerta del tablinum permanecerá abierta.

Diophanes cabeceó, no le quedaba otra que aceptar tan restrictivas estipulaciones.

—Todo me queda perfectamente claro.

El gobernador no mostró su fastidio, que era bien grande. Superior y más poderoso era su deseo de ver a Marcia, aunque tuviera que cortarse las manos y atarse la lengua. Arria Pale fue avisada en primer lugar, y llegó con el pelo revuelto en un recogido improvisado y una capa sobre los hombros. Diophanes esperaba en el tablinum. La mujer alargó los brazos, venía moqueando desde la escalera. La llantina no cesó ni siquiera durante el abrazo, pleno de emoción, rebosante de ternura.

—¿Cómo estás? Mi querido niño. No sabes cuánto hemos temido por tu vida en esa horrible guerra. Nunca entenderé el afán por matarnos los unos a los otros —Arria Pale estaba emocionada—. Ni un solo día hemos dejado Marcia y yo de rogar por tu salud, por tu vida y porque volvieses pronto a Emerita —la matrona se iba calmando—. Y ya te tenemos aquí, entre nosotros, con los tuyos —los abrazos se sucedían. El médico contenía su emoción—. Sé que eres el nuevo gobernador. A mí me da lo mismo tu ilustre cargo. Lo que yo deseaba era tenerte vivo y cerquita de esta tierra, de la gente que te quiere. Si a ti te hace feliz tu designación, a Marcia y a esta vieja añosa también nos llena de satisfacción. ¡Muchacho!, mi muchacho. Si solo eres un mozuelo flaco y decidido...

—¡Qué buena eres, Arria Pale! Yo también tenía muchas ganas de volver a veros.

Arria Pale miraba a Diophanes como seguramente lo habría hecho su madre, y el médico se emocionó al sentir un cariño tan intenso y tan profundo en aquella afable y humilde mujer que a todos se entregaba porque su condición era esa, ser vida, ser armonía, ser amor.

—¿De vernos? —le dijo Arria Pale con una entonación que en ella no sonaba a reproche sino a complicidad—. Sobre todo de ver a quien yo me sé... Pero hijo, cómo habéis organizado este follón. Marcia ha sufrido muchísimo durante este tiempo, igual que Capito. Él no se merecía algo así. Yo estoy muy disgustada. Siempre os habéis llevado los tres como hermanos, es preciso que os reconciliéis.

—De momento no lo creo posible. Capito supo anoche por mí el motivo de que Marcia rompiera con él.

Arria Pale comenzó a sollozar de nuevo. Diophanes intentaba consolarla inútilmente. Mientras, en el piso superior, Furnio esperaba en la puerta a que Marcia se compusiera. Los ruidos más singulares se multiplicaban en el interior y un vaivén de pasos locos hacían suponer el diligente acicalamiento de la muchacha, que salió en un pispás de la habitación, maquillada, perfumada, y con la melena cardada y recogida en un moño de lo más vistoso.

—Padre, ¿estoy guapa? —requirió la muchacha sin reparar en su disgusto.

—A Diophanes se le hace tarde, bajemos —Furnio debió cambiar su actitud ante el embeleso, la alegría y la inmensa ilusión de Marcia.

Apoyada en el quicio de la puerta, Marcia esperó a que su amado advirtiese su presencia. El tiempo se detuvo en la mirada de los dos. Así, en la distancia, con la vista envuelta en una tela de araña que atrapaba el mundo infinito de los amantes, un calor intenso se extendió en el espacio que los separaba. Arria Pale se echó a un lado. Diophanes sonreía cada vez con más amplitud y Marcia iba andando lentamente hacia él, conteniendo su desbordado interior. Permanecieron uno frente a la otra con las manos entrelazadas unos segundos, luego Marcia rompió a llorar y entonces Diophanes la abrazó. Todo el universo se fundió en aquel abrazo interminable. El médico sostenía el cuerpo de la joven, que amenazaba con desvanecerse. Fundidos en una única y prolongada masa carnal, que ningún sonido emitía, salvo la respiración copiosa de un sentimiento desbordante y el plañido de alcanzar un sueño, obviaron la comparecencia de otros en aquel encuentro.

Al cabo de un rato, cuando las emociones no abrumaban las palabras, el padre intervino, compasivo, para concederles unos instantes. El tablinum no se cerraría, pero Arria Pale y él esperarían fuera. Marcia se limpió los ojos sonriendo con los labios escarlata en los que Diophanes soñaba vaciarse. Los amantes se sentaron uno frente al otro, entrelazaron las manos y conversaron en susurros, las palabras se perdían entre las risas. La muchacha no deseaba hacer comentarios sobre el deprimente periodo vivido en la colonia, insistía en no contar el mal trago, eran recuerdos dolorosos y no quería empañar un momento tan especial. En cambio, el



médico no paraba de hablar. Todo quedaba a medias en aquel maremagno de intensa y extensa experiencia. Finalmente, Diophanes sacó a relucir el tema de Capito. Marcia debía saber que Capito le tenía por enemigo desde que la noche anterior le confesara la verdad. ¡Por fin! Marcia descansó. El gran secreto se conocía por quien dueño del mismo era. Ese paso debía darse para que fluyera el futuro. El tiempo se consumía rápido, los amantes parecían fantasmas, exhaustos por la disolución de un presente tan codiciado. Existía una sensación de irrealidad ante tanta premura. La imagen de Diophanes parecía verdad y mentira a un tiempo, nada se ataba con solidez y Marcia tenía la sensación de que Diophanes se marcharía para siempre y que ese amanecer divino y súbito en que apareció como nacido del cielo solo había supuesto un intervalo en sus sueños. ¿Cómo vivirían sin verse? Era una eternidad. Luego, además, las dudas del padre consintiendo o no la relación se enraizaba como espada sobre el cuello de los amantes.

—Creo que ya es hora de que nuestro querido gobernador vuelva al campamento, ha sido una noche corta o larga, según se mire —convino el duunviro—. Te espera un largo y brillante día para el que debes prepararte.

—Padre, ¿mañana podré acudir al foro provincial a escuchar a Diophanes?

—Por supuesto que no. Tienes un castigo que cumplir.

Marcia no replicó.

—Furnio, hay dos peticiones que deseo hacerte antes de marcharme.

—Tú dirás —respondió el otro con un tono más amable.

—Me gustaría contar contigo entre mis nuevos asesores —señaló el médico lentamente.

—Abelardo Aldo Cecilio no puede verme, será difícil que estemos los dos en el mismo espacio y no surjan chispas.

—No hablo de proponerte para el concilio de la provincia, de momento no realizaré ningún cambio. He pensado organizar un consejo asesor más pequeño, gente de la que me pueda fiar.

—Para mí será un honor, pero no sé cómo se interpretará este cambio en Roma.

—No será un consejo que figure como tal, será secreto.

—De acuerdo, aunque debes tener en cuenta que quizás las circunstancias cambien y no me quieras a tu lado.

Todos los presentes comprendieron la indirecta.

—Esas circunstancias componen mi segunda solicitud. Rogaría me dices una contestación sobre mi boda con Marcia de aquí a una semana, no hay tanto que pensar, los hechos han sucedido y son los que son.

—No me presiones.

—Padre, por favor —Marcia arrojó las manos del duunviro, que se deshizo de ella con embarazo—. Diophanes ya se lo ha dicho a Capito.

Los ojos del duunviro interrogaron al gobernador a ese respecto, que refirió escrupuloso el episodio de la noche anterior.

—Bien, cuanto antes suceda lo inevitable, mejor será —dijo Furnio con resignación—. De acuerdo, Diophanes, en una semana tendrás mi respuesta. Que sea lo que los dioses dispongan y nos tengan destinado.

Después de la marcha de Diophanes nadie volvió a dormir. Marcia estaba desquiciada, resultaba absurdo, injusto y cruel que tras una larga separación, de nuevo se abatiese sobre ellos la mala suerte impidiéndoles estar juntos. Favorecían su desquiciamiento las dudas de su padre sobre el casamiento. Marcia buscó la compañía de su madre, que la dejó explayarse y desahogar su angustia. Luego le aclaró algunas incógnitas bajo el compromiso del silencio. Furnio tenía pensado consentir el matrimonio con livianas condiciones. La primera, no darían publicidad de su relación antes de que Marcia concluyese el castigo impuesto por Cornelio Severo. Segundo, Diophanes y Furnio debían intentar por todos los medios entrevistarse con Cornelio Severo y Capito para exponer oportunas compensaciones y solicitar el perdón. Y tercero, la celebración de los esponsales y el futuro casamiento se desarrollaría en un acto sencillo e íntimo, alejado del jolgorio del primero.

Mientras escuchaba a su madre, Marcia no cesaba de llorar, los nervios se le habían desatado, la presión había aflojado y su cuerpo acusaba la entereza de contener tanta tensión. No quería ni pensar qué habría sucedido de dar su padre una respuesta negativa a la unión. Por fortuna, el tiempo de reclusión, aún siendo una eternidad en el corazón de cualquier enamorada, no resultaba tan aciago después de escuchar primicia tan favorable. Al menos, una cosa compensaba la otra.

El procurador de la provincia y su familia abandonaban a primera hora de la mañana, de tapadillo, la sede del gobierno. Tras el ultimátum de Diophanes, que dormiría en su nueva residencia la noche siguiente sin que circunstancia de clase alguna se lo impidiese, Abelardo Aldo Cecilio debió mover el culo y marcharse con el rabo entre las piernas. Fue una noche eterna y amarga para el procurador y su esposa, a la que incordiaba sin miramientos. Fabiana, en abierta disidencia de sus funciones como consejera, ratificaba cada ocurrencia de su esposo, solo aspiraba a separarse de él y toleraba su cansina diatriba de insultos y bajezas para no indisponerlo en su contra, pues había otorgado permiso para que ella y sus hijas partieran rumbo a Roma en unos días. Desde que Abelardo Aldo Cecilio conociera el nombramiento de Diophanes la locura lo había apresado y con celeridad se lo tragaba. Ella era realista, ningún buen puerto rescataría los deshechos del procurador lusitano, casi un cadáver político. Quizás un cambio en Roma. En cuanto al presente, nubarrones marrulleros se avistaban, y a Fabiana solo le interesaba quitarse del medio, marcharse de una tierra que solo les había traído mal agüero. Al romano le había carcomido las vísceras el dominio del médico con el ultimátum nocturno, resuelto a hacer prevalecer su rango. Tras recibir la notificación que lo echaba de su casa de una patada, así lo sentía, una sola idea guiaba sus actos: plantar cara al

medicucho.

Determinó que no se haría presente entre las autoridades que recibirían en primer término al gobernador en la puerta norte, ni tampoco entre las que lo harían en el foro de la provincia. Su ausencia era una declaración de guerra, y así lo daba a conocer, máxime cuando ningún clan senatorial ni militar sustentaba la designación, que sencillamente se había colado con oportunismo. A primera hora enviaba al campamento un mensajero excusando su ausencia, a causa de una dolencia de estómago. Antes del mediodía regresaba el emisario con instrucciones precisas del gobernador, que se comprometía a visitarlo en calidad de médico si con los remedios prescritos no disminuían en dos días las terribles dolencias descritas. También consolaba la decrepitud de su ánimo por perderse tan insigne evento con un texto breve que decía: «Debes pensar en tu salud ante todo. No temas, con la notoriedad de tanta eminencia en los fastos de mi llegada a Emerita, no se notará el vacío de tu hueco, pese a su lustre. Nos esmeraremos en que así sea, por la gloria del Imperio. Descansa en la paz del hogar». A Abelardo Aldo Cecilio le corroía el sarcasmo de aquella exigua contestación. Cada palabra condescendía su señorío. Su contrincante venía con la espada en alto.

Fue una mañana agitada. Los rumores sobre la entrada en Augusta Emerita del nuevo gobernador habían transitado de boca en boca, como la espuma nace, se extiende y se concatena en el movimiento permanente del mar, generando nuevamente espuma imborrable, movimiento infinito. Un bando confirmaba el rumor poco después de media mañana produciendo un ambiente de euforia generalizada en la ciudadanía, que trasteaba las calles comentando la noticia con igual revuelo que si se tratase de una exención de impuestos. Un redoble de tambores acompañaba al oficial que gritaba superando el cuchicheo de quienes se arremolinaban alrededor de él. Incesantes movimientos de personas componían un trasiego inusual en las calles de la colonia y sus alrededores hasta originar un reguero de peregrinos a lo largo de la vía que conducía a Toletum. El circo romano fue el lugar escogido por muchos para esperar el paso de la gran comitiva, deseaban ver al gobernador de cerca, lejos del enjambre que se vaticinaba poblaría sin resuello las calles. Dos millas antes del campamento, parte de la guardia impedía el paso de la masa ciudadana. El gobernador necesitaba culminar sus preparativos sin los ojos expeditivos de su pueblo.

Y bajo este hormigueo humano, llegó la hora. Todo el séquito de Diophanes había recibido instrucciones precisas para acompañarle en su camino como si lo hicieran senadores romanos. En estas circunstancias, debían prestarse sin apuros ni sonrojos a teatralizar el gran acto, convertidos en improvisados protagonistas, pues debían comprender que a los ojos del pueblo emeritense en ellos convergía la grandeza del imperio que los gobernaba. Las mejores vestimentas cubrieron los cuerpos de aquella

caterva inocente, temerosa y forzada a intervenir en unas galas que superaban con mucho los compromisos de sus tareas. Un poco antes de la hora octava, a punto la tarde de oscurecerse, el gobernador había llegado al lugar inicial de su recorrido. Las trompetas y los tambores, hasta entonces en silencio, reclamaban atención para el señorío al que precedían. Un enjambre de ciudadanos se orillaba en el camino. Algunos vitoreaban al gobernador silenciados a medias por la algarabía y la tamborada. El séquito, emocionado ante aquella explosión de admiración del pueblo lusitano, se atrevía a levantar la mano y acompasar la cabeza como si a ellos mismos les fueran dirigidas tales aclamaciones. Al llegar a la altura del circo romano, la masa triplicaba el número. Para tranquilidad del grupo, la turba era contenida por soldados de Roma que habían recibido orden del procurador de evitar exaltaciones de incontrolados. Los soldados romanos bajaban la cabeza al paso del gobernador, y este se emocionó ante el gesto y se sintió pequeño con la subordinación de aquellos hombres.

Entonces Diophanes se movió en el carro, se colocó la toga, cerró los ojos y respiró profundamente, debía convencerse de que él merecía todas aquellas loas, que el pueblo romano se lo debía, también a su padre y a sus antepasados a los que habían destruido, de modo que debía recoger sus muestras de cariño, creerlas sinceras y perdonarlos, sintiéndose en paz con el pasado. Al fin y al cabo, aquellos hombres tampoco eran culpables. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sus miedos no debían cercenar su confianza. Él no había hecho nada malo. En ese momento el rostro de Capito le pareció que sobresalía entre la multitud, miró hacia la izquierda y allí parecía estar, giró la cabeza y de nuevo los ojos de su antiguo amigo aparecían en una cara extraña, pero vivos, desafiantes y acusadores. Diophanes no conseguía librarse de una verdad que lo reconcomía. Su fijación por ser alguien con merecimientos a los ojos de la sociedad romana, de Furnio, lo había lanzado a robarle la novia a su amigo. ¿Por qué no pidió la mano de Marcia mientras era médico y Capito vivía en Roma? ¿Por qué no lo hizo? Esa era su culpa. Creía en las leyes romanas como los propios romanos. Era uno de ellos, siempre lo fue. La abstracción del gobernador ocasionó la llamada de atención del oficial a su lado.

—No me ocurre nada, estoy bien, gracias —fue su respuesta.

Sin ningún incidente, un poco antes de la hora novena el gobernador llegaba a la puerta norte. Bajó del carro. El cordón de soldados atrincheró un pequeño espacio. Sexto Furnio Juliano, Cayo Voconio y el también edil Quinto Julio se adelantaron para recibirlo, lo besaron y abrazaron. Breves palabras de Furnio resumieron a Diophanes cómo debía actuar, serenándolo dado su visible nerviosismo ante la imposibilidad de controlar la organización de la ceremonia. El séquito romano fue acomodado en dependencias oficiales, su papel había finalizado. Diophanes comenzó a bajar por el decumano máximo a pie, escoltado por los senadores de la colonia y con el equipo de magistrados a la cabeza. Una alfombra roja bajaba desde la puerta norte ocupando un tercio del decumano. Las casas enclavadas en la vía con sus

locales comerciales en el piso inferior dejaban caer guirnaldas de flores, que adornaban con su colorido el estrecho y abarrotado pasillo por donde bajaba el gobernador. La música no dejaba de sonar, y Diophanes, ahora a la altura de la ciudadanía, daba la mano a cada paso para horror de la soldadesca, que debía contener con más firmeza al pueblo. Los senadores emeritenses también luchaban por vigorizar su prestigio haciendo volar sobre la cabeza de los espectadores dádivas de contenido diverso: bolsas con trigo y jabones sobre todo. A veces el movimiento brusco de los receptores hacía temer un posible desorden, pues cada vez que se lanzaba al aire alguna de estas fruslerías se formaba un revoltijo entre quienes peleaban por pillarla. La euforia del pueblo emeritense provocaba absurdas contradicciones en el gobernador y alteraba sus sensaciones a cada rato, haciéndolo sentir incómodo y un tanto perdido. Bajaba por la vía casi ausente al tronío que generaba, sintiendo que una parte de él no quería estar allí o, al menos, no creía que fuera merecedor de un agradecimiento tan extremo; se sentía encogido, sobrepasado, aunque sus manos saludaban con la misma afirmación que la de un general henchido de proezas bélicas.

El duunviro aconsejó a Diophanes dirigirse a sus gobernados desde el púlpito instalado en el cruce con el cardo, habían esperado horas para recibirlo y sería conveniente a su imagen de buen magistrado dedicarles unas palabras. Diophanes no se negó, recibía los consejos de Furnio como provenientes de un ente divino. Sin embargo, al no tener previsto ningún discurso, un hormigueo se ubicó en sus intestinos con vocación de chafar su voz. Preguntó a Furnio sobre la conveniencia de tocar unos temas u otros, y este percibió claramente su enredo.

—No es necesario que hables demasiado ni que digas grandes cosas. El pueblo de Augusta Emerita está emocionado con tu nombramiento, con que des las gracias por la favorable acogida que te brindan será suficiente. Diophanes, háblales con el corazón; no desean palabras grandilocuentes de las que tengan que preguntarse el significado. Solo añoran que su gobernador se interese por ellos. Muchacho... — insistía Furnio encauzando al novel político—, lo harás bien, no dudes de ti. Esta muchedumbre te conoce, no eres un extraño que llega de Roma. Tienes el apoyo del pueblo. ¿Me entiendes? Habla como lo haces entre tus amigos.

Diophanes agradeció la muestra de confianza del duunviro. Aquellas palabras serenaban algo sus nervios. En medio de una nube se subió al improvisado púlpito de madera, un tanto destartado y tambaleante, como su seguridad.

—¡Pueblo de Augusta Emerita! —La voz le temblaba.

Furnio subió unos escalones y tiró de su toga.

—Recuerda, cualquier cosa que digas estará bien. ¡Serénate! Eres el gobernador de la provincia.

—¡Pueblo de Augusta Emerita! —volvió a empezar—. Capital de la provincia Lusitana, aquí tenéis a vuestro gobernador.

Los aplausos y el exacerbado murmullo silenciaban el excitado corazón del

gobernador.

—Es un día grande para mí, este en que regreso a mi tierra con labor honorable de serviros como gobernador de Roma bajo el imperio de Marco Salvio Otón —debió detenerse, volvieron los aplausos—, nuestro actual César y mi predecesor. Deseo gobernar con justicia, fiel a la verdad, con honestidad, conforme a la ley y en provecho de la gente a la que represento, que sois vosotros, en vuestro beneficio.

—Los dioses así lo quieran —le interpeló un ciudadano y volvieron los aplausos.

Diophanes levantó los brazos, incrementándose el ruido de la muchedumbre. Desde abajo, Furnio tiraba de su toga, no debía alargar más la salutación, se hacía tarde.

La bandada de autoridades giró tomando el cardo máximo, habían forzado la marcha, y enseguida pasaron por la residencia del gobernador. Diophanes la conocía por demás. Se hallaban en la última etapa. Las autoridades provinciales lo esperaban junto al gran arco por el que se accedía al foro provincial. Diophanes divisó entre la agrupación de togados a Cornelio Severo, invitado por su condición de sacerdote provincial, y a Sulpicio Superster, y calmó su preocupación. Dos individuos, uno alto y viejo, con barba y pelo canoso, y el otro igual de espigado, los mismos años, pero con bastantes más quilos rellenando la toga y la cabellera negra teñida, permanecían adelantados al conjunto. Imaginaba que se trataba de los legados encargados de los asuntos externos e internos. Estaba deseando conocer al otro legado, al de asuntos militares, y ajustar cuentas, era del todo inconcebible que no se hubiera personado en el campamento el día de su llegada y no hubiera puesto a su servicio todo el contingente de soldados a su cargo; claro que primero habría que examinar la función que Abelardo Aldo Cecilio había jugado en esta deslealtad. Las primeras suposiciones acerca de la identidad de las personalidades se revelaron ciertas. De forma bastante sucinta, pero cordial, los magistrados más aventajados le presentaron a los cargos de segundo rango y a los miembros del concilio provincial presentes en la colonia. El legado de asuntos internos tomó el mando y condujo al gobernador sin más preámbulos dentro de la plaza para la sencilla ceremonia que habían preparado. La premura había impedido mayores oropeles, aclaró el canoso anciano. La comitiva discurría por una alfombra colocada desde el arco hasta una de las paredes laterales del templo, la más cercana a la entrada. Por motivos de seguridad prohibieron la ocupación plena de la plaza, le dijeron a Diophanes, a quien se le hizo enorme el perímetro desierto, apenas habían dejado espacio para la asistencia del pueblo, pensó. Y luego habían delimitado otra superficie entorno al frontal del templo ocupado por lo más granado de la sociedad, a los que saludaría tras culminar su discurso en el templo. La estampa de la plaza a medio cubrir decepcionó al gobernador. Terminadas las explicaciones, supo que no montaría su caballo como había visto hacer a Otón siendo todavía impúber, tenía recuerdos del suntuoso paseo de su predecesor entre la masa, a la que tampoco podría saludar.

Había compuesto el discurso pensando especialmente en las clases populares, que

no lo escucharían, y quienes tendrían oportunidad de hacerlo lo detestarían. La desilusión apadrinaba a Diophanes igual que su desazón permanente, lo mismo se sentía desbordado por las aclamaciones y las multitudes que las echaba en falta. Por fortuna para Diophanes, Cornelio Severo acabó a su lado, templándolo a cada nueva desesperación. La presencia del sacerdote, su pose, contrastaba con la fragilidad nerviosa del bisoño gobernador e imponía confianza en este, recordándole que más adelante podría organizar un festejo digno de su condición. El médico agradecía el apoyo de Cornelio Severo.

De repente se dio cuenta de que el flamen no sabía nada de lo suyo con Marcia, en caso contrario no lo auxiliaría. Pensó en Capito, lo echaba de menos. Si no estuvieran enemistados, propondría su nombre para el cargo de procurador. ¡Cuánto admiraba a Capito! ¡Y cuánto le quería! Era propio de Capito resolver sus asuntos sin meter en medio a nadie. La actitud del abogado aún lo hacía sentir peor.

Las trompetas sonaban con bravura y el relinchar de los caballos de Antestio Persico atraía la atención, cautivando con sus filigranas a los congregados en mitad de la plaza, en el anillo despejado entre el espacio ocupado por el pueblo y el lugar de la clase alta. Con tanta premura, estas gallardías compondrían los únicos fastos de recibimiento al gobernador de Roma. Antestio Persico había engalanado a los caballos que reservaba para las exhibiciones y que en sintonía con los jinetes conseguían una danza original que mimetizaba al animal y al humano. Diophanes no disfrutó del espectáculo, a pesar del ambiente alegre y las continuas bullas y las palmas del gentío. Las trompetas volvieron a sonar. Llegaba la hora de escuchar al gobernador. La comitiva entró en el templo. El senado emeritense ocupaba las posiciones traseras; en las primeras filas se habían instalado los de Roma y los provinciales.

—Excelencias, amigos míos, grande es mi gozo e infinito mi honor al presentarme ante todos vosotros siendo gobernador de esta tierra lusitana en la que crecí junto a su ciudadanía, de la que forman parte distintos estamentos, para mí, todos importantes. En cada uno de ellos se refleja el amor por mi tierra y mi deseo de gobernar a cobijo de la justicia e igualdad. —Algunos ojos se miraron cómplices. No sería prudente construir un discurso sobre los estatus sociales—. Buscaré la prosperidad para todos. Estoy dispuesto a trabajar lo que fuere necesario y más. Soy consciente de mi falta de títulos —títulos dice, comentaban algunos entre dientes— que puede acarrear reticencias, infundadas —recalcó—, sobre mi valía para ocupar una gran responsabilidad como esta, pero pronto cambiará la opinión de quienes se hallen ante dudas de tal calibre, pues mañana mismo me lanzaré a cambiar el destino de una provincia que mucho tiene que decir y que aportar en el desarrollo del imperio, como así se ha visto tras los últimos acontecimientos en los que el dignísimo obrar y las hazañas de los grandes generales hispanos ha enderezado el rumbo de Roma. Admiro las agallas, la determinación y valentía de mi antecesor Marco Salvio Otón, ahora emperador, que se lanzó con la nobleza de su corazón y el arrojo de su

espada a una guerra para impedir el gobierno de un loco, que mucho antes debió hallar la muerte —no tiene pelos en la lengua, susurraban algunos, y otros se preguntaban, a quién se refiere, a Nerón o a Galba—. En Hispania residían los salvadores del destino de un pueblo, el romano, que merece pasar a la historia con letras mayúsculas por la justicia y el heroísmo de sus grandes gobernantes. Así me gustaría que me recordasen los emeritenses y los lusitanos, como un gobernador que fue justo para todos, para los que mucho tienen y los que tienen menos. Por eso, invocando el carácter divino de nuestro César, Marco Salvio Otón, y la grandeza de la diosa Concordia, en cuyo templo el destino ha querido que me reencuentre con los hombres y mujeres de mi tierra, quisiera que todos pudiéramos elevar una súplica ante esta diosa hermana de la paz y la conciliación, para una pronta finalización de la contienda que divide a nuestro pueblo: para que el amor de Marco Salvio Otón triunfe sobre la violencia y la ambición del general Aulo Vitelio.

Los allí presentes, siguiendo el ejemplo del nuevo gobernador Diophanes, se arrodillaron y cerraron los ojos; muchos cubrían su cara y abrían levemente uno de ellos esperando el momento de volver a postura más grata. Después del silencio y del recogimiento, la mayoría suponía que llegaría el acto de ofrenda, como era costumbre tras suplicar a los dioses, cosa que no ocurrió para sorna de quienes ya se posicionaban en contra del advenedizo gobernador y aprovechaban cualquier fallo para lanzar la crítica más despiadada.

—Y ahora, poco más me queda por deciros. Mis actos hablarán por mí, solo os pido que acompañéis mi proclama en honor de Marco Salvio Otón. ¡Viva el César! ¡Viva el pueblo de Roma!

Aquellos vivas quedaron un tanto deslucidos por la poca fuerza de los presentes, que poco importó a Diophanes, dispuesto a invocar la figura de Otón mientras le fuera posible.

—Por último —dijo el médico, que parecía haber recobrado la seguridad perdida—. Dedicaros a los presentes un agradecimiento sincero por esta bienvenida que, alejada de la suntuosidad de otras —recalcó con intención—, me está permitiendo celebrar con el pueblo lusitano mi designación como gobernador, pueblo al que pienso saludar tras una primera parada entre la selecta compañía que me aguarda en las inmediaciones del templo.

Diophanes no quería achicarse. Mandaba un mensaje claro y preciso. Él gobernaría para todos, pues siempre había juzgado duramente a los gobernantes que prescindían de su pueblo, que se alejaban de sus gentes, y él no haría lo mismo que aquellos a los que criticó, ahora el destino le cedía su oportunidad. De modo que actuó en consonancia con su conciencia, dejando bien claro que no permitiría que se le hiciera de menos y se le tratase como a un ignorante, pues tenía claro su lugar y hacia dónde marchaba.

Y ante el pasmo más absoluto de los organizadores, apenas dedicó el tiempo protocolario a saludar a las clases altas, para marcharse a continuación hacia el fondo



de la plaza donde se recreó abiertamente entre los más humildes, que lo acogían con auténtica locura y la más sincera devoción.

## Etapas que se cierran

«En ocasiones, los dioses, caprichosos, juegan con los hombres, con sus vidas y con su final. Y, a veces, nos conceden su compasión».

A la edad de treinta y siete años, y habiendo reinado tres meses y cinco días, Marco Salvio Otón se atravesó el pecho con un puñal tras perder la guerra contra su enemigo el general Aulo Vitelio, tres días después de los idus del mes de abril del año 69.

Uno de los asistentes, que permaneció hasta el final a su lado, en cumplimiento de las múltiples encomiendas del César, así se lo hizo saber a Diophanes a través de una misiva redactada el mismo día de la muerte de aquel. El final de Marco Salvio Otón acaeció al amanecer. Se había suicidado tras perder una batalla importantísima contra las fuerzas de su rival, y aunque algunos de sus generales le exhortaban a resistir y volver a la carga con las legiones de Vespasiano ya casi a la mano, él prefirió acabar con su vida y evitar más sufrimientos a sus tropas, en vez de seguir derramando la sangre de estas. No quiso asegurarse el poder a costa de tan grave riesgo y amenaza para el imperio y su gente, a pesar de que todavía no estaba todo perdido. Así justificaron los más cercanos la increíble decisión del César de sacrificar su vida.

Querido Diophanes:

En buen momento te fuiste, mientras la suerte era afín a la causa de Marco Salvio Otón. Ahora, a nuestro alrededor, solo nos queda desolación y muerte. Siento anunciarte que nuestro amado César, al amanecer del tercer día desde los idus de abril, se quitó la vida, clavándose un puñal en el pecho.

Sé cuánto le amabas, él también lo sabía, por eso te escribo contándote lo ocurrido y cumpliendo la voluntad del gran Marco Salvio Otón, a buen seguro acogido en las instancias celestes por los dioses divinos que lo tendrán como uno más entre ellos.

A cuantos seguimos al lado de sus cenizas, pues tal y como él ha dispuesto se inhumó su cuerpo apenas el aliento cesó en sus labios, nos invade una inmensa tristeza y desamparo, pero debemos mantenernos fiel a la memoria de nuestro emperador y, según ha previsto, cumplir sus asignaciones y seguir adelante con la cabeza bien alta porque hemos hecho cuanto de nuestra parte ha estado.

Todo se ha precipitado. El infortunio se ha cebado contra nosotros con exacerbada malicia, tanto como en los reveses sufridos por nuestros enemigos

en las primeras escaramuzas de esta guerra. Como bien sabes, Suetonio Paulino era partidario de permanecer a la defensiva hasta que llegaran las legiones del Danubio, sin embargo, acabaron ganando la partida Licino Procolo y Ticiano, al que Otón, por ser hermano, le ha concedido excesiva cuenta en sus apreciaciones militares, aunque ningún aval sustentó nunca su experiencia y por tanto su opinión. De modo que se decidió dar batalla al enemigo. Nuestras tropas estaban destinadas en Bedriacum y se dirigieron a Cremona, donde se hallaban las de Aulo Vitelio al mando de Aulo Cecina. Aulo Vitelio a su vez se encontraba a resguardo en la Galia organizando un nuevo contingente de hombres para su causa. Y, mientras, Otón, con escolta amplia y por consejo de sus generales, se retiró a Brecello a más de veinte millas del campo de batalla, a la derecha del río Po, tú mismo conoces el pueblo. ¿Por qué tuvimos que ir nosotros al encuentro de ellos? Ha sido nuestra perdición. Los mismos participantes nos han informado de cuanto ha sucedido. Al parecer, nuestras tropas llegaron sin guardar la alineación y cansadas por tan larga caminata, además éramos inferiores a las fuerzas enemigas. Insisto, ¿por qué nos movimos de Bedriacum? No dejo de hacerme esa sencilla pregunta. Diophanes, mucha soberbia observa este viejo auxiliar en nuestro fracaso, y quizás poco dominio de la realidad y prisa excesiva. No soy estrategia militar, pero ¿por qué no esperamos al gran Vespasiano? Nos ha vencido la prepotencia, amigo. También he escuchado que nuestros soldados no pudieron seguir ninguna estratagema porque el terreno estaba lleno de árboles y viñedos, por lo que la lucha se dio como se pudo, salvando los propios y naturales obstáculos del campo de batalla. Eso sí, nadie podrá nunca acusarnos de cobardes.

En la batalla se enfrentaron las siguientes legiones, en ambos bandos incompletas. A nuestro favor, contábamos con la guardia pretoriana, el grupo de gladiadores y las legiones I Adiutrix y XIII Gemina y parte de las legiones XI Claudia y XIII Gemina.

Los rebeldes, rabia me da con solo nombrarlos, disponían de la XXI Rapax y parte de la IV Macedonica y XXII Primigenia, al mando de Aulo Cecina, y al mando de Valente se encontraban la I Italica, V Alaudae y algunas fuerzas de la I Germanica, la XV Primigenia y la XVI Gallica.

Al parecer, nuestra I Adiutrix totalmente novata se enfrentó sin miedos a la XXI Rapax, hábilmente experimentada, y aunque arrebató el águila a esta, ella perdió varios estandartes y, lo más importante, a varios comandantes. La legión V Alaudae de Fabio Valente se comió a nuestra XIII Gémina, una auténtica escabechina, y también la XIV Gémina acabó maltrecha al ser rodeada por fuerzas enemigas superiores que acabaron con ella. A esta debacle se sumó la pericia de los auxiliares bátavos, que asestaron el golpe

definitivo a nuestro ejército. Estos cruzaron el río eliminando a los gladiadores y destrozando el flanco que protegía a nuestros hombres, cuya alineación se rompió definitivamente y con ella cualquier oportunidad de victoria. A raíz de este momento, la espantada de nuestras tropas, las que aún se mantenían en pie, fue un hecho generalizado. Viendo la gran catástrofe, muchos desertaron, y hasta con ellos fue generoso el corazón de nuestro César, que prohibió perseguirlos. Con gran complacencia más de uno los hubiese ajusticiado por cobardes y traidores. Todo esto te detallo para que nadie te engañe ni te cuente mentiras y puedas defender el nombre de Marco Salvio Otón donde quiera que vayas.

Cuando Otón recibió la primicia de nuestro estrepitoso fracaso no podía creerlo, ni él ni muchos otros que lo acompañábamos en el campamento. No sé el nombre del soldado que vino a traer tan fatal noticia, pero sí puedo decirte cuán inmensa era su alma y su fidelidad a nuestra causa. Al principio se le acusó de mentiroso, luego de cobarde por huir del campo de batalla, y hasta de traidor, entonces el muchacho se clavó su propia espada en el pecho para demostrarnos nuestra equivocación. Sí, sí, no he visto visiones y mis entendederas siguen intactas hasta la fecha. Te cuento la verdad. Todos asistimos a su gesta, del todo innecesaria, claro..., pero fue el camino del valeroso héroe para confirmar su palabra. Qué ejemplo, cuánto valor malogrado. ¡Qué horrible es la guerra! Solo trae desgracias, una detrás de otra. Ninguno de los que estábamos allí dábamos crédito al suceso ocurrido, al César le cambió el rictus y hasta creo que le creció la barba. Tan grande fue su impresión. Ya conoces la tremenda obsesión de Otón por hacer desaparecer la barba. ¿Recuerdas el día que prefirió no comer pan para guardarse las migas y frotarlas mojadas sobre la cara? Siempre ha estado convencido de que su barba se frenaba por la práctica de método tan poco ortodoxo. Llevo toda la mañana pensativo, trayendo a la memoria este tipo de cosas que son tan tuyas, para recordarlo con alegría. Y esta del pan me trae recuerdos candorosos... Si estuvieras aquí podríamos reírnos con sus boberías y llorar en compañía su desaparición, una pérdida irreparable para el mundo.

A partir de la muerte de este soldado todo cambió. A Otón le impresionó hondamente esta tragedia, y para mí que influyó en su decisión de no alargar más la guerra evitando destruir otras vidas como la de este joven. La alegría y la esperanza que respirábamos en el enclave del Po se tornó drama, que aún sigue pegado a la piel de cuantos aguantamos aquí y será difícil que nos abandone. Imaginarás que sigo en el campamento a la espera de que lleguen los vencedores, así es. Espero que respeten las cenizas de Otón y me permitan entregársela a quien él ha dispuesto. Su deseo ha sido que las reciban su hermana y Mesalina, ya sabes de su enorme pasión por esta, por hacerla su esposa sin importarle que fuera viuda de Nerón, el que fuera su amigo, su

enemigo... quién sabe qué era... A sus amigos más cercanos, a su hermano Lucio Salvio Otón y al hijo de su hermana les aconsejó ponerse a cubierto de la venganza enemiga, y a mí me dejó al cargo de sus restos y de la misión de entregarlos, como te he dicho, a ambas mujeres para su reposo. Se supone que solo soy un auxiliar y que mi vida ningún agravio crea a los vencedores, contamos con que se me permitirá vivir y cumplir las últimas voluntades de mi señor. Conmigo sus cenizas están a salvo y sus recuerdos también, nunca lo olvidaré y sé que tú tampoco.

En cuanto a tu nombramiento, el mismo emperador se preguntaba qué sucederá, si Aulo Vitelio alargará su mano hasta Augusta Emerita para deshacer lo hecho. Otón se inclinaba por pensar que problemas mayores lo tendrían ocupado y que tú podrías hacer realidad tu sueño de casarte con tu amada Marcia bajo la pompa y la fastuosidad de un gobernador. En cualquier caso, más no podía hacer por tus circunstancias, pero aún así se acordó de ti. Tú y yo, amigo, le debemos mucho, bien conoces mi historia como yo conozco la tuya.

Otra de las cosas que hizo en la tarde de ayer fue repartir entre su servicio el dinero de que disponía, y no fue poco, amigo, no fue poco. Luego dejó abierta la puerta de su tienda hasta la madrugada para recibir a todo el que quisiera, descansó brevemente y, como te decía al comienzo de mi carta, al amanecer se atravesó el pecho de un solo golpe. Muchos fuimos los que acudimos ante sus gemidos de agonía, en los brazos de su gente expiró y grandes lágrimas cubrieron su cuerpo, lágrimas de sangre, de sincero dolor, de gran desesperación porque hemos perdido a un emperador magnánimo que siempre obró por el bien de sus súbditos. ¡Gloria al César y a su memoria!

Completado el episodio último de esta guerra y el final de Marco Salvio Otón, poco más me resta contar sino desearte larga vida, llena de éxitos y de felicidad junto a Marcia, a la que grande es mi deseo de conocer. ¡Quién sabe! Quizás el destino me permita cumplir esta añoranza mía más adelante. Si sigo con vida tras cumplir mi misión, no estaría mal viajar hasta Augusta Emerita, nada me retiene en Roma, solo unas cenizas por las que gustoso moriría, pero que tienen dueñas. Suplicaré, amigo, por que la venganza de Aulo Vitelio no te alcance con sus tentáculos y puedas gobernar para beneficio de los lusitanos, porque yo, al igual que Marco Salvio Otón, confío y creo en tus cualidades de memorable estadista.

No hace falta más identificación si te digo que soy el soñador, ¿no? Como tú me apodaste.

Hasta pronto, mi añorado Diophanes.

Tu fiel amigo,

que compartió breve pero intensamente la vida contigo. Un pedazo de historia.

Esa misma mañana, la del decimosexto día de abril del año 69, Calpurnia hacía acto de presencia en la domus de Arria Pale acompañada de Sabina. La citación del gobernador requiriéndola pasada la hora sexta, la mantenía en un estado de excitación tan descontrolado que hasta Sulpicio Superster, cansado de adoctrinarla sobre la conveniencia de no dar publicidad a tal convocatoria, le había recomendado que visitase a sus amigas o marchase a las termas a desahogar los nervios, eso sí, insistiendo en la prudencia de sus comentarios. El asesinato de Valerio Hymino revolvía las entrañas de Sabina, que, prudente, no hacía comentario a la desenfrenada diatriba de su amiga y a su desorbitada imaginación, que, sabedora de las citaciones de la tarde, enlazaba historias superando las versiones más portentosas de los investigadores. A pesar de ser consciente del espeluznante tema de la convocatoria, ella rezumaba orgullo por su requerimiento, amaba ese mundo de poder tan masculino y que tanto le hubiese gustado detentar, pero que las mujeres tenían vetado, y puesto que Valerio Hymino era detestado hasta por su viuda Lorenza, la carga por disimular pena se aliviaba y los pelos en la lengua también.

—Querida, tienes que saberlo enseguida. Esta tarde he sido citada por el gobernador a causa del crimen de Valerio Hymino —le dijo sin mediar más presentación.

—¿Verás entonces a Diophanes? —interrogó Marcia, exaltada.

—Claro, me ha citado él, debo acudir con Lorenza.

—¡Qué nerviosa estarás! —añadió la muchacha alegremente sin percatarse del espinoso asunto del emplazamiento.

—No os podéis hacer una idea, no perderé el hilo de nada. Sulpicio Superster también irá, yo preferiría que no lo hiciera, porque me criticará con la vista y se me quitarán las ganas de hablar. ¡Ah, claro! Y también estará allí tu esposo —dijo apuntando con los ojos a Arria Pale—. Por fin esta tarde quedará libre de toda sospecha.

—Querida, nadie sospecha de Furnio, todo el mundo sabe que nosotros no fuimos a la cena y que fue detenido porque Abelardo Aldo Cecilio lo odia.

—Sí, ya, pero esta tarde, cuando se descubra al asesino, se le quitará un peso enorme —reincidía Calpurnia ante el visible malestar de Arria Pale.

—Eso da igual —intervino Sabina—. Aunque no se supiera quién es el criminal, nadie sospecha de Furnio.

—Gracias, Sabina —repuso Arria Pale.

Las dos se miraron con una complicidad que disgustó a Calpurnia.

—No me entendáis mal —intentaba explicarse—. Toda la colonia está deseando conocer el nombre del asesino, a eso me refería.

—¿Y qué dice Diophanes en la convocatoria? —preguntó Marcia.

—Querida, Diophanes no escribe nada, tiene una banda de auxiliares que lo hacen por él. Ahora dicta y los demás escriben.

—Antes, cuando yo le ayudaba en el consultorio, escribía sus notas, el estado de

los enfermos según los remedios, la proporción de las curas... bueno, lo que me pedía.

—Pues hija, eso ahora se ha acabado —le sonrió maliciosa Calpurnia.

—Y mejor así —añadió Sabina.

Los gestos de las demás la incitaron a explicarse.

—Verás, Arria Pale, nunca me ha gustado meter las narices en las casas ajenas — Sabina hablaba comedida—. Y siempre he defendido a Marcia de las críticas envidiosas. No obstante, debes saber que ciertas personas desaprobaban su conducta cuando ayudaba a Diophanes. Lo normal es que las mujeres nos ocupemos de la casa, entiéndeme, yo no lo veo así, y me parecía muy útil que Marcia aprendiese medicina. Mis hijos me hablan de que en Roma hay mujeres que tienen estas profesiones y ganan dinero. El caso es que... cuando dejó a Capito, había quien murmuraba que era por nuestro médico.

—Yo nunca he escuchado semejante disparate —espetó Calpurnia, perpleja por el comentario, a su juicio descabellado.

—Querida, hace poco tiempo que te has instalado en Augusta Emerita y el vecindario no te tiene confianza para confidencias maliciosas —Sabina se explicaba en tono conciliador—. Pero entre nuestras conocidas las hay muy mal pensadas.

—Pues danos nombres para guardarnos —sugirió la interpelada mirándose las uñas.

Arria Pale y Marcia enfrentaron sus ojos. La madre prefería distraer la conversación con el encuentro del gobernador. Marcia, en cambio, disfrutaba con todo aquello. No le importaba saberse el blanco de las arpías de lengua venenosa. Su futuro casamiento les daría en lo más hondo de su cicatera existencia.

—Pues ya que ha salido el tema —anunció Marcia mientras Arria Pale cerraba los ojos imaginando sus palabras—. Debo confesaros que en unos meses me casaré con Diophanes.

—¡Vesta Divina! —exclamó para sí la madre, invocando su protección.

—Tarde o temprano el tema saltaría por los aires. ¿Por qué no ir situando parapetos?

—Por el honor de mi hija y de mi casa os pido silencio. No es momento de que se conozca tal noticia.

Calpurnia tenía los ojos como platos, no sabía qué decir.

—Marcia, hija —expuso con su habitual serenidad Sabina—. Me alegro por vosotros. Diophanes goza de una posición insuperable y yo sé que siempre te ha querido, lo he visto en sus ojos desde que erais niños.

—Calpurnia, ¿qué me dices? ¿No te alegras por mí? Soy muy feliz —dijo Marcia.

La de Metellinum aún permanecía bloqueada. No sabía qué decir. En su fuero interno ardía un fuego acusador. El fuego y la ira de la justicia. Este descubrimiento la indignaba profundamente. Calpurnia no entendía que la recompensa a la mala conducta de Marcia fuese gozar del amor de dos jóvenes. Si Capito ya era un regalo

de los dioses, la actual posición de Diophanes era una oportunidad inmejorable de casamiento. Calpurnia no sabía qué le sucedía, pero no le agradaba que Marcia tuviera tanta suerte. No se la merecía.

—Calpurnia —insistió Marcia.

—Hija, me has dejado de piedra, no me lo esperaba, pero... ¿cómo ha pasado esto?

—Querida —Arria Pale tomó las riendas de la conversación—. Es una noticia apabullante, es normal que te quedes sin palabras. De momento, es un tema que debe permanecer secreto entre nosotras. Júralo por los dioses, Calpurnia, a nadie lo dirás, tampoco a Sulpicio Superster.

—Claro, mujer, te lo prometo, mis labios están sellados.

—Cuando llegue el momento os lo haremos saber de forma oficial. Hasta entonces, por favor, la discreción debe ser la tónica.

—Ya —respondió la otra con una curiosidad desbordante—. Pero ahora, cuéntenos Marcia cómo ha pasado lo tuyo con el gobernador.

Marcia hizo amago de contestar, pero Arria Pale se interpuso con decisión.

—No es prudente hablar del tema. Marcia, tienes cosas que hacer, márchate.

—Claro, madre —contestó la joven sabiendo que había metido la pata, pero tenía tanta ilusión que no pudo contenerse.

—Válgame Jupiter, Arria Pale. ¡Cómo te enciendes! Por lo menos, la podremos felicitar, digo yo. No todos los días se va a casar una con un gobernador —añadió Calpurnia.

—Sobre todo y lo más importante es que se quieren —concluyó Sabina, respaldando a la agobiada madre.

Sabina y Calpurnia felicitaron a Marcia sin entrar en pormenores amorosos mientras la joven acogía con un brillo sin reservas sus buenos deseos. Antes de marcharse, farfulló en tono burlón.

—Calpurnia, tienes una suerte loca por ver esta tarde a Diophanes. De buena gana te acompañaría. Preséntale mis saludos —y se echó a reír.

—Marcia, te esperan algunos quehaceres... —le recordó la madre, impaciente.

Apenas desapareció Marcia se instaló un silencio entre las tres amigas que Sabina supo reconducir con mucha corrección.

—Querida, debes estar tranquila, comprendemos los inconvenientes de que semejante noticia sea conocida.

—Os lo agradezco y os ruego por lo más grande que tengáis en vuestra vida que respetéis mi petición. Puede armarse una bronca tremenda —las otras dos lo suponían—. Capito lo sabe, pero creemos que Cornelio Severo no.

Volvió el incómodo silencio.

—Cambiemos de asunto, respecto a este, todo está claro —de nuevo Sabina salía al rescate—. A ver, Calpurnia, por qué no nos cuentas quiénes son las otras personas citadas para esta tarde, quizás podamos explicar quién mató a Valerio Hymino.



La de Metellinum escuchó la súplica con cierto hastío. La revelación de última hora había robado protagonismo a las inquisitivas especulaciones sobre la muerte de Valerio Hymino y su fantasmal asesino. Solo las insistentes demandas de las otras dos cautivaron nuevamente a Calpurnia y orientaron sus manidas deducciones sobre Valerio Hymino, cuya suerte, al fin y al cabo, estaba echada, y ninguna repercusión tendría sobre sus cenizas los mayores regocijos de la imaginación.

Esa tarde del decimosexto día de abril tenía el destino previsto planes no solo para el emperador de Roma. También los hados tenían los ojos puestos en otras vidas, sus tentáculos, por infinitos, apresaban sin contemplaciones a todo el que su antojadiza voluntad señalaba. Pasada la hora sexta, el gobernador lusitano había convocado a varios personajes de la vida pública emeritense ante quienes expondría la necesidad de resolver el crimen de Valerio Hymino. Era interés de Otón que esta monstruosidad cometida en su antigua residencia no quedara impune y el gobernador trataría denodadamente de cumplir dicho empeño. Los días que siguieron a la toma del poder, Diophanes, asesorado por Furnio, con quien pasaba secretas veladas conociendo la estructura política de la provincia, se abstuvo de tomar decisiones que su impaciencia le dictaba sin demora y de reformar el procedimiento a seguir en prácticamente toda la organización provincial. Asimismo, Furnio le convenció de no enfrentarse directamente con Abelardo Aldo Cecilio y menos de tomar la iniciativa en semejante hecho. Debía esperar y observar cómo se posicionaba su enemigo, que impelido por su propio carácter tampoco tardaría demasiado en dar la nota. En cuanto a la cantidad de enmiendas previstas en el diario de la vida lusitana, debía tener algo más de experiencia antes de tomar sustanciales y significativas decisiones, así se lo hacía ver Furnio, y aunque Diophanes en todo le hacía caso y hasta comprendía que debía tener una visión más exacta de cuanto lo rodeaba y que solo gobernando podría obtenerla, no había quien apartara de su fuero interno que muchas cosas cambiarían a su dictado y que no se dejaría seducir por el poder amedrentándose frente a los poderosos. Ahora él también era uno de esos poderosos a los que tanto despreciaba, le espetaba Furnio en sus largas conversaciones, insistiéndole en que debía serenar su idealista determinación de darle la vuelta a todo hasta averiguar si tal acción era un acierto o solo pertenecía a una percepción irreal fruto de la observación desde una posición diametralmente opuesta. De momento el duunviro consiguió parar los radicales cambios pretendidos por su futuro yerno y centrarlo en cuestiones más perentorias. Entre ellas, debía estar atento a la evolución del procurador, cuyo cambio de actitud sorprendió a todos, mas no los engañó, y esperaban en cualquier momento un renuncio a su reciente condición de ermitaño. A pesar del silencio de Abelardo Aldo Cecilio, las relaciones con él eran espinosas, un peligro vibrante rezumaba su presencia. Frente al romano temblaba incluso el aire; su amargura imposible de disimular, su ceño fruncido y su mudo antagonismo esbozaban venganzas contenidas

y ruindades próximas. En ningún momento se ofreció a explicar al gobernador el estado de su gobierno después de estar al frente del mismo casi un año. El otro tampoco demandó ningún tipo de esclarecimiento, prefirió solicitar actas, sentencias, leyes, números y tanta documentación como Furnio y el propio Sulpicio Superster le indicaban. La pertenencia de este último al concilio provincial fue crucial para no perderse en vericuetos de normas secundarias y asuntos administrativos de menor talla. Abelardo Aldo Cecilio tenía constancia del apoyo del de Metellinum, y toda la simpatía abrigada en tiempos no tan pretéritos se borró de un plumazo, convirtiendo su anterior avenencia en venenosa aversión con la misma falta de medida que su primera postura.

Esa tarde saltarían chispas. Profundas enemistades se verían las caras. Había llegado el momento de esclarecer quién mató a Valerio Hymino. El motivo de esta convocatoria convertía a casi todos en enemigos unos de otros. El gobernador los había convocado en el salón del trono de plata, allí se celebraría una audiencia múltiple. Diophanes tenía la secreta esperanza de que la arremetida generalizada contra los sospechosos acabaría sacando a relucir la verdad. Por otro lado, deseaba de todo corazón que Abelardo Aldo Cecilio fuera el culpable, como Furnio insistía cada vez que desenterraban el tema. A este encuentro asistirían los encargados de llevar a cabo la investigación, es decir, Sulpicio Superster, Cornelio Severo y Capito. Por otra parte y dada su antigua condición de inculpado, también se citó a Sexto Furnio Juliano, que iría acompañado de Cayo Voconio. Además, estarían presentes Abelardo Aldo Cecilio y los tres legados con mayor potestad en el gobierno de la provincia, amén de la cuadrilla de sospechosos contra los que no existía ninguna prueba decisiva pero sí una motivación manifiesta para el asesinato del duunviro emeritense. Entre estos se hallaban el grupo de los adlectis, Emiliano Páculo, Ulpio Rufo y Silano Anso, al que se había citado en la estimación de que envenenase y azuzase a los demás, y también Antestio Persico, al que molestaba profundamente tal agrupación. El gobernador los prefería enfadados, que escupiesen a destajo, que irriganen basura intentando salvar el culo, a ver si de este modo obtenían por fin un nombre. Otro sospechoso al que se había citado era el senador Manlio Celio, cuyos recientes trabajillos como soplón al servicio de Abelardo Aldo Cecilio caldearían el ambiente. El senador Manlio Celio odiaba a muerte a Valerio Hymino, en su imaginación miles de veces le había retorcido el pescuezo, como gustaba graznar cuando la humillación lo devoraba. El finado lo había traicionado de la peor manera, exponiendo su ruinosa situación económica a los ojos de todos, provocando en el vulgo hasta chistes. Bajo el mecenazgo de Valerio Hymino se había presentado a las elecciones, retirando su candidatura cuando este decidió por las buenas renunciar a prestar el aval prometido. Un golpe terrible en pago, justo, a todo el apoyo que recibía de él, una de las pocas personas que toleraban su presencia. Otro de los citados ese dieciséis de abril era el senador Lucio Fabio, estafado por el duunviro sin miramientos ni conmiseración. Años de esfuerzos esfumados. Toda una vida dedicada a devolver el prestigio a su

gens, luchando día a día con tenacidad, sacrificio y sudor por recuperar tierras y dinero, robándole horas al sueño, persiguiendo la quimera de restaurar en su clan el lustre de épocas pasadas, y Valerio Hymino resuelve robarle. Su sueño y su dedicación habían sido menoscabados sin contemplaciones por el miserable duunviro. Así se expresaba ante todo el que quisiera escucharlo desde que se supo que Valerio Hymino pretendía expropiarle por dos perras el terreno que previamente le había vendido. Un robo manifiesto. Lucio Fabio había dejado bien claro que no consentiría de ningún modo que la ruin y dolosa conducta de Valerio Hymino triunfara sobre el trabajo de toda una vida, él estaba dispuesto a acudir a la misma Roma. Para terminar de rematar el maremagno de rencores, acompañaba a este batiburrillo de variados personajes el belicoso senador Antonio Murena, por el espinoso asunto de su esclava. Todo el mundo tenía el convencimiento de que el aguerrido patricio no había escarmentado suficiente al duunviro y el ojo morado que rubricó la mano firme de su venganza era solo una muestra en espera de mejor oportunidad para el desquite. Y así era. Antonio Murena ansiaba ajustar cuentas con su enemigo, que había violentado a la esclava a la que pertenecía su corazón y divulgado una relación prohibida. Al mismo tiempo, este descubrimiento había sacado a relucir la impúdica conducta de Valerio Hymino con las esclavas de su casa, lo que había enloquecido a la pacífica e introvertida Lorenza, a la que también se había citado aquella tarde. Calpurnia acompañaba a la viuda, vivamente emocionada por su relevante protagonismo para trastorno de Sulpicio Superster, que no pudo impedirlo. Y, por último, también se había requerido al senador Flavio. Los tres confirmarían que Abelardo Aldo Cecilio conocía la muerte de Valerio Hymino cuando salió de las letrinas.

El emplazamiento del gobernador acogía una especie de cumbre mundial donde pareciera que naciones enemigas estuviesen llamadas a parlamentar en pos de un reparto de territorios que todas soñaban, de los que se sentían dueñas y a los que ninguna estuviese dispuesta a renunciar. Esta era la sombría visión, apocalíptica y escalofriante, que reproducía la mente del gobernador mientras observaba distante a sus convocados, agrupados unos con otros, charlando, amparando sus miedos en la confianza de hallarse ante uno de los suyos. El gobernador había otorgado permiso para la informal espera en tanto hacían acto de presencia el procurador de la provincia y los tres legados romanos cuya impuntualidad rayaba algo más que la descortesía. Los pomposos ropajes almidonados con esmero contribuían al protocolo de la escena. Una mesa rectangular se había situado en el centro de la habitación. Casi dos codos separaban a los convocados entre sí. En los laterales más estrechos se acomodaban tres personas y en los flancos más largos siete. En total resultaban veinte, eso... si finalmente hacía acto de presencia Abelardo Aldo Cecilio con los tres legados. Diophanes presidía la reunión en el ampuloso sillón de plata, colocado en el centro de una de las bandas más cortas. A su izquierda se sentaba Furnio, las dimensiones del sillón le acercaba bastante a este, lo cual era una ventaja a la hora de

consultarle cualquier cosa. Y a su derecha se hallaba Sulpicio Superster. A continuación de Furnio y a lo largo del lateral se situaban Lorenza, Calpurnia, Cayo Voconio y los senadores Flavio, Manlio Celio, Lucio Fabio y Antonio Murena por ese orden. Frente a Diophanes se había reservado el sitio al procurador y a dos legados del concilio provincial, mientras el tercero se sentaría en el otro flanco más amplio, que además acogía a Silano Anso, Ulpio Rufo, Emiliano Paculo, Antestio Persico, Capito y, por último, a Cornelio Severo, cuyo vecino por el otro lado era Sulpicio Superster.

El gobernador no tenía claro cómo enfrentar la dilación del procurador. Cornelio Severo creía conveniente dar comienzo a la reunión sin esperar más tiempo, en vista del retraso injustificado con que obsequiaba al resto de participantes, especialmente al convocante. Furnio, en cambio, era partidario de esperar hasta saber la respuesta que traerían los soldados a los que habían enviado en su busca. Era cuestión de poco tiempo y decidieron esperar, la participación de Abelardo Aldo Cecilio era fundamental, aunque les pesase a todos su mezquina conducta. El reflejo del lustroso mármol que forraba la estancia extraía los miedos y las culpas que poblaban las historias de los presentes. La mayoría eran sospechosos y lo sabían. Todos tenían razones para temer aquel encuentro, todos deseaban la muerte de Valerio Hymino, se alegraron y de saberse exculpados hubiesen empujado el puñal que cortó el aliento del finado sin remordimientos, bien al contrario, con el convencimiento de mandar a las profundidades marinas a un lémur reencarnado. Los emplazados disimulaban las angustias con aparente calma. La coyuntura aumentaba el vértigo. Las actitudes de cada cual mucho decían de sus personas. Lorenza atendía el repertorio de Calpurnia con la vista en un punto fijo. Esta, incapaz de guardar silencio, evitaba mirar a Sulpicio Superster por si reprobaba su continua charla. Por suerte para ella su esposo parecía olvidarla, y conversaba con Cornelio Severo y Capito con nerviosa distracción, e intentaba calmar al flamen, que trinaba con ostensible virulencia por la dilación de Abelardo Aldo Cecilio, cuya indecorosa conducta era observada como una declaración de guerra; aquello era inconcebible. El gobernador y Furnio apaciguaban las rebeldías y las quejas del resto de miembros. La espera excitaba aún más a los congregados. El senador Flavio respiraba frenando los nervios que le comían las entrañas, él intuía que lo utilizarían como armamento, sería la flecha que destruye la piel, que horada las vísceras y sucumbe en su cometido. Si no, a qué su citación. Flavio y Cayo Voconio intercambiaban algunas frases, pero ambos mantenían la seriedad y la reserva en la impuesta prórroga. Por su parte, en el senador Manlio Celio se advertía gran retrainimiento y sofoco. Parecía hechizado por la mala suerte, él mismo atemperaba sus actos al dictado de fuerzas veleidosas y mágicas que guiaban su voluntad por derroteros inescrutables. Se hostigaba pensando por qué siempre se arrimaba a fiera desbocada, por qué transitaba tantas veces los bajos fondos, el trabajo de alcantarilla, y por qué siempre salía mal parado y a relucir sus indignos posicionamientos. Él no era peor que la morralla que lo acompañaba, y, sin

embargo, sirvió de paño de lágrimas del odiado Valerio Hymino y ahora representaba ojos espías para el procurador romano. Una fuerza superior lo obligaba a ser víctima y verdugo. Esa era su defensa. Manlio Celio sabía que sus camaradas averiguaron sus recientes lealtades al servicio del monstruo, y aunque la necesidad condicionó su apuesta, tal era la ignominia de la que se hacía acreedor que la vergüenza lo tenía atrapado, así como la lengua y la vista, y la impaciencia por acabar el encuentro devoraba sus defensas. En cambio, los senadores Lucio Fabio y Antonio Murena mantenían sus ojos chispeantes y no habían dejado de parlotear desde que el gobernador les diera la bienvenida. Ambos eran sospechosos, pero tal era el resentimiento que aún atesoraban contra el asesinado y tan enorme el agravio de este contra sus personas, que venían dispuestos a defenderse con uñas y dientes de cualquier sospecha. No mataron a Valerio Hymino, pero si de sinceridad se trataba, más no podían alegrarse por que los dioses urdieran justicia con mano de hombre. Había llegado el momento de la verdad y ellos impedirían que enmudeciera al dictado de las correcciones debidas a los difuntos. El otro lateral se dividía en dos grupos bien definidos cuyos miembros entremezclaban sus conversaciones cuando la oportunidad incitaba a ello. Los adlectis habían prometido no ponerse la zancadilla cuando se anunciase la gran ventaja que el grupo portaba sobre los demás sospechosos. El hecho de aunar varias manos en la comisión del crimen les garantizaba el primer puesto entre los destinatarios de las sospechas, encima la contrata de personal para el escarmiento de Valerio Hymino aceleraba la consistencia de tal opción. Los tres senadores y el empresario parlamentarían por desquitarse papeletas de una versión que nunca existió y que en boca de los investigadores emeritenses sonaba a posibilidad cierta. Debía quedar claro, habían contratado los servicios de sicarios para romper las piernas de Valerio Hymino pero ni siquiera estos intervinieron. Los adlectis no se engañaban, parecían más culpables que los demás. El desliz espoleaba sus cabezas igual que el cascabel de las serpientes anuncia el veneno que destruirá los glóbulos rojos de sus víctimas. Antestio Persico era el que menos hablaba, la nacencia de su abuelo doblegaba su posición y su orgullo, temía el momento en que alguien jalease aquel secreto, no sabía cómo reaccionar ni qué debería decir, por qué a mí con estas, algo así... en la intimidad de su hogar se había atrevido a contestar con altanería a su imaginación, pero ante los demás preveía achicarse como una tortuga. No podía evitarlo, le irritaba sobremanera el reproche del mundo tanto como su encogimiento ante él. En nada ayudaba su compañero del lado izquierdo. Capito no tragaba a Antestio Persico y se limitaba a emitir monosílabos cuando este buscaba distracción. El abogado transitaba sus particulares demonios. Nada había comentado a su padre sobre la felonía del gobernador. Quizás una vez resuelto el asesinato de Valerio Hymino... ya vería. Lo cierto era que se moría de ganas por pegar a Diophanes. Su voz le perforaba el cerebro, no atendía a sus intervenciones, ferozmente le asaltaba un deseo incontenible de partirle la boca, de arrancarle los dientes y extirpar su lengua. Gozaba imaginándolo mudo. No quería

que volviera a hablar. Si los dioses le concediesen un capricho, no mataría al médico, lo dejaría mudo para el resto de sus días. Capito reparaba en su padre, que pujaba por mandar un destacamento a la domus de Abelardo Aldo Cecilio para que lo trajesen preso por desobediencia. Diophanes no sabía cómo barajar el entuerto, aquella situación no podía mantenerse. También los mensajeros tardaban demasiado en volver. ¿Y si se habían sublevado en su contra? Cualquiera malignidad cabía en Abelardo Aldo Cecilio. De repente empezó a percibirse, poco a poco aumentando el tronío, un ruido de pasos apresurados en tropel, y como un vendaval, Abelardo Aldo Cecilio echó la puerta abajo seguido por los tres legados.

—Excelencia, señor, antes de nada adelantar las disculpas por nuestra tardanza. Nos hallábamos los cuatro en mi casa prestos a acudir en hora, cuando una de mis hijas sufrió un desmayo y como pudimos la atendimos para no molestar a vuestra excelencia con memeces. Los tiempos cambian, señor, los gobernantes hacen de médicos y los médicos de gobernantes.

Las palabras de Abelardo Aldo Cecilio pronosticaban guerras y no parecían clandestinas. Los perdones se pronunciaban bajo la más indecente chanza que a todos revelaba la falta de respeto del subordinado. Diophanes estaba descolocado, no sabía cómo reaccionar, no quería que el procurador ganara la partida. Los presentes encogieron la respiración, solo Cornelio Severo mantenía firmes las hechuras y disfrutaba con la bravura del otro.

—Pues sí que están flojos sus señorías, cuatro personas para una muchachita flaca y baja.

Abelardo Aldo Cecilio se giró hacia Cornelio Severo. Un odio inmisericorde colgaba de sus mandíbulas. El flamen reponía con su simple réplica la dignidad esquilada a los presentes.

—Que casualidad, procurador... Tratándose de una reunión de vital importancia... —espetó sin más protocolo Diophanes.

—Esperemos, gobernador —Cornelio Severo no vaciló en intervenir— que nuestros ilustres romanos vengan frescos y el esfuerzo no les haya consumido las energías para la tarea que nos aguarda.

—Si este cretino no se calla...

—Disculpa. ¿A quién llamas tú cretino?

—Por favor, señores, este no es lugar para solventar los resquemores personales. Una vez que estamos felizmente reunidos, centrémonos en el objeto de la citación, que ya de por sí es empresa difícil y enquistada.

—Mis disculpas, excelencia, gobernador de La Lusitania —manifestó Cornelio Severo intentando molestar como podía.

Abelardo Aldo Cecilio se mordía la lengua y miraba al resto de mandos romanos. Ese bastardo emeritense las pagaría todas juntas.

—¿Dónde está la guardia? —interrogó Diophanes directamente a Abelardo Aldo Cecilio.

—¿Quién?! —gritó el procurador dispuesto a liarla cuanto antes.

—La guardia —repitió por lo bajo el legado para asuntos internos visiblemente descompuesto por la azarosa situación.

—¡Ah! Esos...

Diophanes no repitió la pregunta, el procurador se hacía el remolón, el silencio elevaba la tensión hasta cotas incómodas. Las mujeres se habían arrugado desde que apareció Abelardo Aldo Cecilio.

—Se han quedado en la entrada —respondió finalmente, como si allí mandara él.

—Mis órdenes no eras esas, quiero a estos cuatro soldados permanentes en el salón.

—Se ve cómo ejerce una autoridad que parece no tener —le retó Abelardo Aldo Cecilio.

El gobernador se mordía la lengua, se levantó, él mismo llamó al soldado de la puerta para que buscara a los demás. Todo iba a aclararse. Esperó a tenerlos delante.

—Ahora mismo quiero saber cuáles son vuestras lealtades —exigió el médico—. Soy el gobernador de la provincia lusitana nombrado por el actual César, Marco Salvio Otón. Si os ponéis en mi contra, el mismo emperador será conocedor de vuestra deslealtad con Roma.

Los soldados no dudaron.

—Excelencia, en ningún momento hemos atendido órdenes de otros. Su voluntad la cumplimos sin cuestionarla y contentos estamos de servir al imperio sirviendo a su excelencia.

—¿Por qué os habéis quedado en la puerta si teníais órdenes de traer hasta aquí al procurador y los legados?

Los soldados callaban.

—Responded.

—El procurador prefería entrar sin nosotros en la reunión.

—A partir de ahora responderéis personalmente por el incumplimiento de mis mandatos. ¿Está claro? Estoy dispuesto a hacerme respetar por cualquier medio, soy el gobernador legítimo de la provincia y no voy a achantarme.

Los soldados afirmaron con la cabeza.

—Abelardo Aldo Cecilio —Diophanes se revolvió hacia él, que ocupaba sin sentarse el otro extremo de la mesa— nos ha hecho partícipes con sus obras y palabras de su postura, ciertamente..., belicosa en mi contra, así la calificaría.

—Los presentes refrendamos su percepción, excelencia —confirmó Cornelio Severo.

—De modo que, si vuelve a producirse cualquier infracción por parte del procurador que sea merecedora de los tribunales —dijo mirando a cada uno de los soldados, a los que se les habían congelado hasta la bilis—, mandaré que se le detenga. Y truene o se mueva la tierra, se le detendrá, ¿entendido? Y si Abelardo Aldo Cecilio no cumple mis indicaciones, también se le detendrá por desacato a un

superior.

—Sí, excelencia —convergió los cuatro.

—Tú —indicó luego a uno de ellos—. Quiero una docena de hombres apostados en el pasillo. Vuelve a entrar cuando cumplas la tarea.

Furnio respiró. Diophanes tomaba las riendas, con Abelardo Aldo Cecilio no podía ser de otra manera, solo por las malas.

—Excelencia, ¿puedo hablar? —gimió el procurador conteniendo las ganas de escupir al medicucho, que ocupaba su sitio y le trataba peor que a un siervo.

—Adelante.

—Injusta por excesiva percibo su reprimenda, si se me permite, parece un berrinche de impúber.

—Por tocarme las narices no te voy a detener, tendré que aguantarme las ganas de proponer tu destitución a Roma hasta que allí estén para estas lidias. Pero te aviso, por insubordinación sí lo haré.

—Está todo perfectamente claro —respondió el otro en un susurro.

Abelardo Aldo Cecilio sintió una ligera quiebra en la nuca, un picotazo que lo mareó, creyó esparcirse por una nube. Aquella contestación le había noqueado. O sea, en cuanto pudiera, el mismo que le estaba usurpando el lugar que le correspondía, le decía a las claras y delante de todos que tenía previsto devolverlo a Roma con el rabo entre las piernas. ¡El mundo se había vuelto loco! ¡Las cosas más insólitas se imponían! A duras penas el procurador podía creer lo que había escuchado. Se sentó patidifuso y pensativo. Una melodía ocupaba su cabeza y le impedía concentrarse en la realidad presente. De repente, el estómago se le revolvió. Los legados ocuparon el lugar que Diophanes les indicaba apabullados. La chulería que presidiera sus actos se había diluido como por arte de magia, y los cuatro romanos se habían encogido. El ambiente se desdibujaba irreal, en cualquier momento podía saltar por los aires. Algo no funcionaba.

—Aclarados todos los puntos y con más de una hora de retraso, ningún preámbulo dilatará de nuevo este encuentro —el gobernador seguía adelante como si tal cosa.

Los corazones de los emplazados aplacaban su bombeo. Lorenza no respiraba y Calpurnia no pestañeaba, nunca se había imaginado las reuniones a las que asistía su marido de aquella guisa.

—La resolución de la muerte de Valerio Hymino nos ocupa. Le doy la palabra a Sulpicio Superster que al mando de la investigación irá relatando por qué os hemos citado a cada uno de vosotros.

—Que empiece por Furnio, ese es el criminal, mejor dicho, el pensador, y su amigo Cornelio Severo el ejecutor. Ellos, a ellos detendría yo si pudiera —Abelardo Aldo Cecilio hablaba sin pensar, sentía tal revoltura en las tripas y tal neblina en la razón que era incapaz de callarse.

—Silencio. Tu lengua destila veneno igual que tus entrañas —dictaminó



Diophanes.

Abelardo Aldo Cecilio se levantó. Ahora miraba a Furnio. El gobernador también se puso en pie.

—Furnio ha contaminado tu mente, te ha sorbido los sesos, y tú que te fuiste de Augusta Emerita siendo su cliente te crees obligado a hacer caso de sus mentiras y maldades. ¿No te das cuenta? Debes desengañarte. Furnio es un asesino.

Tal demencia concentraban los ojos del procurador que nadie contestó su discurso. El gobernador miró al equipo investigador, buscaba la aquiescencia de sus miembros para seguir adelante con el embiste que había preparado. Adelantaría el ensayo.

—Procurador, ¿su señoría no se ha planteado en calidad de qué ha sido citado hoy aquí, ante mí?

Abelardo Aldo Cecilio no entendió la pregunta. Los legados se revolviéron en su asiento, arreciaban huracanes.

—Procurador, también su ilustrísima es sospechoso de matar a Valerio Hymino.

—¿Qué, qué?

—Lo que ha oído.

Su cara lo decía todo, no se estaba enterando.

—Que cualquiera de los legados te explique lo que acabo de decir.

—Excelencia —dijo el legado de asuntos externos hacia el que se había dado la vuelta—. El gobernador lo ha citado como sospechoso de la muerte de Valerio Hymino.

Las risas se vertieron a raudales, se disparaban por aquella boca putrefacta y chiflada como puñales sedientos de sangre. El perejil no había conseguido disipar su hedor. Abelardo Aldo Cecilio expandió su locura con aquel graznido insoportable. Las mujeres se dieron la mano por debajo de la mesa.

—Os voy a matar a todos por intentar humillarme. Eso es lo que os proponéis los de Emerita, mancillar mi nombre y enviarme a Roma para que me juzguen como a un criminal. Habéis aprovechado que han nombrado gobernador a uno de aquí para atormentarme. Gobernador, ¿no ve claro lo que le digo? —Su dedo señaló a Cornelio Severo. Se había olvidado de Furnio—. Él, él es el culpable de esta insidiosa maquinación que su excelencia no debe consentir, no debe dejarse engañar. Tenga los ojos bien abiertos, porque los de aquí son extremadamente astutos. Los que tenemos poder debemos soportar a una camarilla de oportunistas y traidores que gozan con apuntalar nuestras cabezas sobre una pica y con ver nuestros cuerpos desmembrados. Están deseosos de ocupar nuestra posición. Pero si los de Augusta Emerita son unos perros ignorantes y rabiosos, cómo se les ocurre anhelar tan alta aspiración.

—Por favor, procurador, siéntese, he escuchado atentamente sus palabras y procederé con sumo cuidado. Gracias por su advertencia, la tendré en cuenta. Ahora prosigamos con la reunión.

Diophanes observaba al procurador fuera de lugar, no regía bien, su cabeza

disparataba sin sentido. Los ojos azules y saltones de Abelardo Aldo Cecilio devenían diáfanos, se movían dislocados, cual puerta abierta de par en par al mundo de la enajenación y el disparate. El procurador había traspasado la barrera.

—Procurador, voy a hacerle unas preguntas.

Abelardo Aldo Cecilio mantenía el ceño fruncido y la cara entre las manos, y cambiaba continuamente de posición como si un avispero incomodase su tranquilidad.

—El César nos exige tareas de lo más ingratas, y nosotros, sus leales súbditos, debemos obedecer —clamaba Abelardo Aldo Cecilio.

—Efectivamente, el César nos exige sacrificios —el médico le seguía la corriente—. ¿Se acuerda del día del banquete?

—Pues claro, nadie ha ofrecido nunca a estos lusitanos mejores viandas que las mías, todos los presentes pueden hablar de mis loables agasajos. ¿O no? Hasta caracoles hice traer.

El resto de los congregados bajó la cabeza, solo Diophanes se mantenía en el tú a tú.

—Señoría, ¿cuando usted entró en las letrinas se encontró muerto a Valerio Hymino?

—Sí, yo lo vi allí tirado —contestó sin más.

—No he escogido a estos cuatro soldados que ahora nos acompañan al azar. Son ellos los que hacían guardia en las letrinas el día del banquete, dos delante de las cortinas que esconden las letrinas y los otros dos vigilando la entrada a las mismas.

De repente, Abelardo Aldo Cecilio pareció volver al mundo del entendimiento.

—¡Ah no! No te voy a consentir que ensucies mi nombre. ¿A dónde deseas llegar? ¡Habla ya!

—Procurador, deseo que usted admita que fue la primera persona que vio muerto al duunviro emeritense y que disimuló tal hecho, no dijo nada. Se hizo el asombrado cuando otros le dieron la noticia estando ya en el salón del banquete.

Abelardo Aldo Cecilio parecía pensar con rapidez, miró a los legados y estos bajaron la cabeza, lo que le molestó profundamente.

—Sí, y qué, ¿eso es un crimen?

—¿Por qué mintió?

—Porque si decía la verdad podría parecer el asesino, y no podía consentir que nadie pensara mal de mí. Aquí soy forastero y la gente podría echarme la culpa, como parece que sucede en este foro de impostores.

—Procurador, vamos bien, intente mantener la calma. Nadie le acusa, solo deseamos desentrañar los puntos oscuros de la investigación. Cuéntenos que vio.

—Que lo cuenten ellos —dijo señalando a dos de los soldados que permanecían en el salón.

Diophanes desmovilizó a los soldados que repuntaban en la labor encomendada por el procurador.

—No —les indicó.

—Yo meé sin reparar en el difunto, fue al salir cuando me di cuenta y enseguida los llamé —se apresuró a responder.

Cornelio Severo pidió la palabra. Furnio tiró de la toga de Diophanes, debía dejar que Cornelio Severo metiera los dedos a Abelardo Aldo Cecilio, sacaría toda la mugre.

—Excelencia, querido procurador.

—¿A qué viene tanta rimbombancia al dirigirte a mí, si me odias? ¡No seas hipócrita!

—Intentaba mantener la cordialidad. ¡En fin! Como usted desee. Yo conozco las letrinas donde falleció Valerio Hymino, como muchos de los presentes, pero además vi el cadáver, llegué con Sulpicio Superster al poco de que se descubriera el cuerpo. Y le digo que es imposible que no viera usted al muerto dada la posición de Valerio Hymino, es más, debió hacer movimientos de atleta para no pisar el charco de sangre que escurría desde el cuerpo. Nuestro duunviro se vació enseguida, la herida mortal, la del cuello, ocasionó un chorro abundante. Recuerde el lugar, la pared también estaba teñida por la sangre.

Abelardo Aldo Cecilio se mantenía callado, con los labios apretados. Si él pudiera, en ese mismo lugar y delante de todos arrancararía los sesos a ese engendro sabelotodo y tocapelotas.

—Y díganos, entonces meó primero o meó después de que entrara la guardia.

—No tolero más tu tono conmigo. Eres un miserable don nadie que no puedes hablar así a un procurador de Roma. ¡Gobernador! Ordene que detengan a este hombre por su falta de corrección al dirigirse a mi persona.

—Por favor, respóndale, Cecilio —arremetió el gobernador sin hacer el mínimo caso.

Los sospechosos asistían alelados a aquel espectáculo que parecía tener un protagonista.

—Tú, tú también le sigues la corriente a este mequetrefe asesino. ¡Guardias, detened a toda esta gente! A las mujeres no hace falta. ¡Moveos ahora! ¡Os estoy dando una orden! ¡No veis que me van a la contra! —Abelardo Aldo Cecilio perdía los nervios.

La guardia no se movió.

—¡¡Cómo!! Esto es un complot contra mi persona. Vosotros —ahora señalaba a los legados—. Vosotros sois mis testigos. Menos mal que os tengo para que contéis lo que me están haciendo estos de Emerita, el emperador debe tener conocimiento de la trampa que me han tendido. Estos quieren que confiese un crimen que no he cometido —dirigió la mirada hacia el legado de asuntos externos—. En cuanto detengamos a esta chusma que nos rodea, mandas un correo a Roma dirigido al emperador.

Nadie se movía, ni la guardia ni los legados romanos. Abelardo Aldo Cecilio se

sintió solo y acorralado en su desesperación.

—Legado, ¿no va a cumplir mis órdenes?

—Excelencia, debe aclarar los hechos que discutimos cuanto antes y esta reunión acabará.

—Sois todos unos tarados. Tú también —increpó al legado de asuntos externos—. No te das cuenta de nada. Que yo aclare lo que sucedió..., estos quieren que confiese el crimen y solo eso. Nadie me vio matar a Valerio Hymino, así que soy tan inocente como el que más.

—Excelencia, ayude al gobernador, es lo que desea el César, diga lo que vio y podremos marcharnos —el legado se atrevía a hablarle, aún a sabiendas de que se jugaba el tipo.

—Definitivamente, eres un iluso, porque no quiero pensar que estás con ellos —y antes de que el legado contestase le arreó un mamporro.

Al primer gesto del gobernador, la guardia se dirigió a Abelardo Aldo Cecilio. Los hombres dudaban qué hacer y si debían intervenir todos. Rodearon al romano, pero no se atrevían a ponerle la mano encima.

—A mí no se me trata de esta manera. ¿Qué os creéis?

—Magnánimo romano —Cornelio Severo se atrevió a acusarlo directamente—. Durante la celebración de los ferialia, Valerio Hymino susurró el nombre de su asesino a Sulpicio Superster, que oficiaba la ceremonia. Y ese nombre es el suyo. Lo que no sabemos es si también le ayudaron estos soldados que ahora le rodean y que le asistían en esos momentos.

—Nosotros somos inocentes, cuando escuchamos los gritos y entramos, ya era tarde y no pudimos parar al procurador, el duunviro yacía moribundo.

Lorenza lanzó un quejido al aire y Calpurnia la abrazó. El destino volvía a unir las en disyuntiva cruel.

—Mentirosos, sois unos mentirosos, unos traidores a la patria, sois escoria, intentáis salvar vuestro culo. Sois vosotros, vosotros sois los asesinos —el procurador señalaba a cada uno de los soldados que lo rodeaban—. Ahora mismo os daré unos latigazos, mejor dicho, vais a probar mi daga, como entonces la probó Hymino.

¡Por fin! ¡Ahí estaba la confesión! ¡Ya lo tenían! ¡Había confesado delante de todos! Aquellas palabras fueron acogidas como una gran dádiva de los dioses, excepto por los tres legados romanos, que se arrepentían de haberse postulado tan abiertamente en contra del gobernador. Eran cadáveres políticos, nada tendrían que hacer en Roma si de una provincia llegaban marcados. Nadie apoyaría sus candidaturas, ni siquiera para puestos irrelevantes en el curso honorífico, hasta quizás los acusasen de sedición. Por lo demás..., hallar justicia y encerrar a su jefe por asesino les traía sin cuidado. El resto de congregados creía asistir a la representación teatral de una tragicomedia con final feliz. Lo primordial había sucedido: se habían librado de su cualidad de sospechosos. Más allá de la espeluznante escena, todos respiraban aliviados, la confesión los hacía libres y sus cuerpos flojos relajaban sus

traseros en la silla que los había mantenido a flote como por arte de magia. La tensión había sido tremenda. En su fuero interno aplaudían que la mano de Abelardo Aldo Cecilio pusiera fin a los desmanes del duunviro, aunque la debida corrección social les impedía expresarse sin pelos en la lengua. Por su parte, Lorenza se hallaba en paz. El círculo se había cerrado. De un plumazo la vida le permitía satisfacer las plegarias de sus oraciones. Por un lado, se detenía al asesino de su esposo, que había hallado un rival de su misma calaña para ajustar las cuentas que ella jamás se hubiera atrevido. Y por otro, la detención de Abelardo Aldo Cecilio ponía fin a un imperio de locura de la que ella sufrió severa humillación. Las dos personas a las que odiaba pagaban su enorme maldad.

—Ya le hemos cazado, excelencia de los infiernos, allí irá directamente, ni siquiera Caronte accederá a pasarlo al submundo. Buen dinero nos costará convencerlo de que lo lleve en su barca, pero con sumo gusto pagaré el que me pida, sin regatear ni un dinar, con tal de que no deje su espíritu entre nosotros. Todo es podredumbre en usted —fanfarroneó Cornelio Severo.

El leve chasquido inicial en la cabeza de Abelardo Aldo Cecilio aumentó de intensidad y en unos instantes sintió una explosión que inundó su percepción. Solo Cornelio Severo existía en su retina. Había llegado el momento, acabaría con el flamen lusitano aunque le fuera la vida en ello. Todo transcurrió en un suspiro. Algunos no tuvieron tiempo de reaccionar y otros se quedaron rígidos, pegados a la mesa presas del pánico. Había llegado el tiempo de la violencia. La guerra se hacía presente. Abelardo Aldo Cecilio empujó a los dos soldados que lo escoltaban por el flanco izquierdo y en dos zancadas se colocó frente a Cornelio Severo con la intención de que sus palabras azuzarían a su enemigo a tomar la espada. Igual le daba a Abelardo Aldo Cecilio ser acusado de un asesinato que de unos cuantos, porque su intención era llevarse por delante a todos los que pudiera, pero el primero sería Cornelio Severo. Los adlectis no movieron ni un músculo, solo temían que la contienda se apresurase a sus posiciones. Capito miró a su padre, que había salido al encuentro del procurador. Furnio y Diophanes se habían levantado. Este ordenó a los soldados detener a Abelardo Aldo Cecilio, pero ellos maniobraron con lentitud, ninguno quería ser el primero en enfrentarse al procurador con las fuerzas intactas. Diophanes corrió hacia el lugar en que se desarrollaba la refriega. Cornelio Severo había asestado un golpe a Abelardo Aldo Cecilio, que lo alcanzó en el hombro al ladear este la barbilla con pericia y fina resolución, más propia de un gladiador entrenado al punto que de un gobernante acomodado. Entonces el procurador aprovechó y golpeó como un martillo de hierro el estómago de Cornelio Severo que lo hizo encogerse y luego le dio en la entrepierna, de lleno, en vista del aullido del flamen que se retorció sujetando sus partes. Ahora le tocaba el turno a Capito, que tiró de la toga del procurador con tal fuerza que lo derribó al suelo. Los dos se enfrentaron en una batalla de puños, se revolcaban por el suelo y alternaban posiciones, los soldados desde arriban intentaban separarlos. Diophanes les gritaba que se echasen al suelo,

estos lo hicieron sin emplearse a fondo, siguiendo el vaivén con distancia. Furnio corrió hacia el lugar de la pelea. Abelardo Aldo Cecilio había sacado un puñal, intentaba clavárselo a Capito, le rozaba el cuello, del mentón salían algunas gotas de sangre. Capito no tenía fuerza suficiente para detener el musculoso brazo de Abelardo Aldo Cecilio, que empujaba con el brío de la locura. Furnio se echó sobre la espalda del procurador y este le arreó un cabezazo que lo tumbó hacia atrás. Capito aprovechó ese instante para zafarse de las garras de su verdugo, pero este volvió a atraparlo y le clavó el cuchillo en el gemelo. Los soldados, viendo la previsible sangría, se tiraron sobre Abelardo Aldo Cecilio, pero antes, justo en el momento en que este sacaba el puñal de la piel para volver a golpear a Capito donde pillase, Diophanes se abalanzó sobre él para impedir un nuevo daño a su amigo, y el brazo exterminador de Abelardo Aldo Cecilio no dudó en apuñalar el pecho del gobernador, que cayó desplomado en la hondura de la niebla que precede a la muerte. Capito gimió fuera de sí. ¡¡¡¡No!!! Un grito desgarrador que paralizó el aliento de todos. Para entonces los soldados bregaban con el procurador como podían. La guardia del pasillo había entrado al escuchar el griterío y ayudaba a sus compañeros a detener a Abelardo Aldo Cecilio, al que debieron matar entre unos cuantos para impedir que descuartizara a media centuria de combatientes. Cuando todo acabó, retiraron el cuerpo del procurador hacia un rincón. El ambiente era sobrecogedor. Algunos senadores emeritenses se habían escondido debajo de la mesa. Había sangre en muchas de las togas y por el suelo. Y sobre todo había un reguero abundante bajo el cuerpo de Diophanes. Capito se abalanzó llorando y levantó la cabeza de su amigo, que peleaba por decir algo. Lo puso de lado.

—Perdóname, te quiero como el hermano que nunca tuve, perdóname —susurraba en el oído de Capito, que lloraba como el mar en tempestad.

—Te perdono, te perdono, no te atormentes, sí, sí, sí, eres mi hermano, sí, sí, sí... —contestaba cada frase que el otro apuntillaba.

—No dejes sola a Marcia y dile que la quiero.

—Vivirás y se lo dirás tú. Traed vendas y telas —gritó—. Hay que impedir que salga más sangre. Rápido.

Calpurnia corrió hacia Diophanes y se postró abrazando su cuerpo, lo sostenía como lo hubiera hecho Marcia, había enmudecido y sus ojos vertían un caudal salado que acabó por marcar un surco en la pintura de la cara. El dolor se fundía en sus entrañas. No podía creer lo que había pasado y sin embargo la sangre de Diophanes desnudaba las medias tintas. El llanto se volvió quejido agudo, estaba destrozada. Pensaba en Marcia y la pena le asfixiaba la garganta. Sulpicio Superster corrió a auxiliarla y Cornelio Severo ocupó su lugar. Capito se levantó y se fue contra Abelardo Aldo Cecilio, al que propinó cuantas patadas pudo hasta desahogarse. Luego volvió junto a Diophanes.

—Sigue vivo, solo está inconsciente. No sé cuánto vivirá, pero hay que intentar detener la hemorragia. Que traigan agua también. Voy a por Publio Sertorio Niger,

nadie irá más rápido que yo —y desapareció.

Cornelio Severo y Cayo Voconio intentaban taponar la herida, mientras el primero advertía fuera de sí a los soldados que no dejaría pasar la desatención de sus funciones, habían sido unos cobardes o unos traidores a la patria, lo mismo le daba, pero en Roma se conocería su indigna conducta, impropia de hombres formados en las mejores legiones del imperio. Pediría que los ajusticiasen como a los traidores que abandonan la batalla para salvar su miserable culo. Sulpicio Superster acudía con trapos y vendas que los soldados habían obtenido. Lorenza permanecía con los oídos tapados sentada en la mesa, rígida como una punta. Furnio abrió los ojos, no acertaba a comprender la escena que estos capturaban. Un vahído optó por retraerlo de nuevo, pero pegó las yemas de sus dedos al suelo y consiguió mantenerse despierto. Las personas que lo rodeaban se movían con una lentitud irreal y percibía sus voces distorsionadas, a destiempo.

—No sabemos si Diophanes saldrá de esta. Pinta mal —le dijo Cornelio Severo, consternado.

Furnio no respondió, sintió un dolor agudo en el pecho, como si el corazón se le hubiese encogido y su cuerpo no recibiera oxígeno para mantenerse vivo. La garganta no emitía ninguna emoción, estaba atrancada. La opresión atenazaba el estómago, era una tapadera solidificada que clamaba por estallar, no podía hablar, tampoco acudían a él las lágrimas. El pecho empezó a subir y bajar, sentía un hormigueo que le quemaba la laringe, como si miles de hormigas atragantaran con su caminar la salida del aire. Se echó sobre el cuerpo del médico, le cogió la mano y permaneció así un rato hasta que un quejido profundo expulsó las hormigas y tronó su pena envuelta en una tenebrosa voz desde las cavernas de la tierra.

—¡Destino cruel! ¡No te lleves al muchacho! A muchos nos toca antes el turno. Llévate mi vida. Su hora no ha llegado y su padre no lo espera aún —acabó la frase en un lamento sin voz.

Furnio ayudaba a detener la sangre mientras increpaba a los dioses por sus aberrantes caminos, inhumanos para algunos hombres y en exceso permisivos para otros. En la voluntad de los dioses no había equilibrio ni moderación y mucho menos justicia. Calpurnia sintió la pena de Furnio y lo abrazó. Si Diophanes no sobrevivía, Marcia sucumbiría con él. También el destino se ensañaba con ella. ¡Cuánta negrura debía atravesar el amor que les unía! Un amor que merecía sobrevivir.

El resto de sospechosos compusieron sus figuras con el susto aún presente, se movilaron de sus parapetadas posiciones sin culpa por su pasividad, allí estaba la soldadesca para ejercer la defensa en la que finalmente se comprometieron los más allegados a Cornelio Severo. Sentían que aquello acabara así.

Aquel decimosexto día de abril, el destino arrancó la vida de Marco Salvio Otón al amanecer, y caída la tarde a punto estuvo de arrastrar la de su fiel gobernador

lusitano. Pero no quiso Caronte liderar esa barca, atendió las súplicas de Matidia y Diophanes padre, dos seres de amor con unos manes tan poderosos que contuvieron al barquero. Caso distinto fue el de Abelardo Aldo Cecilio, que se marchó a las tinieblas silenciado su nombre y omitida toda liturgia en su enterramiento. No habría paz en otros mundos para él, se le negaba la luz del tránsito. Nadie dudó de tal venganza, ni siquiera en atención a represalias de su espíritu. Era la mínima decencia a la que se debían los emeritenses después de las bajezas del monstruo. Se esperaba conocer la voluntad de Fabiana, a la que se informó de los hechos por si quería reclamar el cadáver, que, por supuesto, no hizo. Fue su manera de mostrar el desacuerdo con la política de su esposo y la oportunidad de desligarse de él para siempre. Si no existía una tumba que honrar, antes cabría olvidar su memoria. Y Fabiana no reclamó ningún despojo. No obstante, la carta dirigida al senado de Augusta Emerita en la que utilizó dos líneas para explicar la renuncia al cuerpo de su esposo fue una exposición bien compuesta de perdones a la colonia donde ella y sus hijas debían excluirse de las vergüenzas que solo correspondían a quien loco acabó volviéndose.

En los días siguientes, conocidos los hechos acontecidos en la residencia del gobernador y revelada la autoría del asesinato de Valerio Hymino, todos en la colonia ofrecían a los dioses cuanto podían para inclinar la vida del gobernador hacia la luz del sol. Superados los terribles compases de espera en la evolución de Diophanes, Publio Sertorio Niger permitió que se extendiera la noticia que, en privado, los más allegados al médico sabían desde hacía dos días de que Diophanes había salvado la vida y que era cuestión de tiempo que La Lusitania y en especial la colonia de Augusta Emerita pudiera celebrar el milagroso renacer de su gobernador al mundo de los vivos.

El día que Diophanes abrió los ojos, miles de lágrimas abrigaron su encuentro con Marcia, que con una fortaleza de espíritu inusual en su inmadurez, rescató a su prometido del mar salado que lo absorbía. La luz de Vesta por fin ardía en el corazón de la muchacha, transportando a los amantes a la plenitud de un futuro donde la unión de ambos se aceptaba sin más sacrificios, prohibiciones, mentiras o traiciones. Eran dos enamorados más, se les concedía tal derecho. Y Diophanes respiraba la luz de ese amor y de esa paz. Pero no solo ella se hallaba presente en momento tan feliz. Capito también había hecho compañía al médico en las horas más duras, y pronto Diophanes reclamó su presencia. Entonces Marcia se marchó.

—Perdóname —dijo rígido como una estatua.

—Diophanes, yo...

—Concédeme la gracia de dedicarte mis primeras palabras y de suplicarte el perdón —hablaba lentamente y sin fuerza ni entonación.

—Todo está perdonado.

—Debí decírtelo y quedarme en la colonia para proteger a Marcia. Pero primero estuvieron los títulos, y eso es lo que no me perdono.



—Solo puedo decirte, entonces, que no te juzgues tan duramente.

—Eres tan grande, Capito.

—Y otra cosa te digo. Quiérete tanto como has estimado mi vida. A veces es más difícil ser compasivo con uno mismo que con los demás. Nada de culpas. Debes hacerlo por ti y por Marcia, por todos nosotros. —El labio torcido del otro insinuaba sufrimiento—. ¿Te duele mucho?

—Parece que tengo el hierro dentro.

—Toda heroicidad conlleva dolor —Capito hizo un inciso—. Sabes que me has salvado la vida, amigo mío, cómo podré pagarte algo así.

—Ninguna deuda mantienes conmigo, solo, si tú lo deseas, la renovación de nuestra amistad.

—Nada me alegrará más. No hay cosa que más desee —Capito tragó saliva—. Aunque hay algo que debo decirte, por el momento, mantengo mis reservas con Marcia.

—Ella no debe pagar mis errores.

—Elegimos amar, pero no podemos elegir dejar de amar. Mis sentimientos fueron profundos y esa herida no está cerrada.

—Esperaremos sin prisas que llegue el momento en que los tres podamos sentarnos en la misma mesa.

—Gracias, amigo. Mañana volveré, ahora debes descansar. He dejado sobre la mesa un presente para esta ocasión especial.

Capito se marchó ante la mirada atenta y amable de Arria Pale, que lo acompañó a la puerta. La matrona volvió al momento con Diophanes y le tomó la mano. Le llegaba el turno. Nada le dijo, lo miraba complacida y le apretaba la mano, cuidándolo como si los días se sucedieran en esa única rutina. Le sonreía cuando veía que los ojos del médico lloraban y los limpiaba.

—Debes descansar —y lo besó en la frente.

El gobernador cerró los ojos y al atardecer volvió a abrirlos. Marcia estaba nuevamente a su lado, rabiosamente hermosa, una poderosa luz la enmarcaba.

—¿Cómo estás, amor mío? —canturreó a su oído.

—Con sed.

Bebió y se fijó en que había más gente que durante la mañana.

—¿Tendrías fuerzas para decir que me amas cuando te lo pregunte Sulpicio Superster?

—Marcia...

—No quiero esperar más, quiero ser tu esposa.

—Tu padre...

—Mucha gente ha velado tus sueños en los últimos días, entre ellos mi padre, que está fuera atendiendo las visitas de los vecinos.

—Pero él qué dice.

—Tenemos su permiso para casarnos.

Diophanes cerró los ojos y las lágrimas inundaron sus mejillas. No podía dejar de llorar, la emoción lo desbordaba y el pecho subía y bajaba con intensidad provocando un aullido de dolor. Marcia se preocupó y con suavidad calmó al médico. La herida podría abrirse.

—Casarme contigo es el motivo de todo esto. No me puedo creer que llegue tan pronto esa dádiva.

—Necesitamos casarnos, ya hemos sufrido bastante. Nadie nos arrebatará nuestra unión. Lo que esté por venir, que venga, pero quiero enfrentarme al futuro siendo tu esposa.

—¡Cuánto te quiero!

Sulpicio Superster se hallaba presente con la misión de officiar el casamiento. Marcia llamó la atención de quienes allí estaban, se colocó un velo con la ayuda de Calpurnia y cogió el ramo que le ofreció esta, que ya había empezado a moquear. Fue a buscar a su padre y luego zarandó a su madre en un abrazo que las unió felices. ¡Qué especial era su madre! Marcia no tenía más aspiración que parecerse a ella. Por último, nombró a la nana, escondida tras la comitiva, que adelantó sus pasos, portaba las alianzas. Sulpicio Superster fue breve.

—Sí, quiero —dijo ella.

—Sí, quiero —dijo él.

Y se besaron entre los mimos y las carantoñas de Marcia, cuyos ojos transparentes revelaban la profundidad del amor al que se entregaba.

Furnio se acercó a la pareja, besó a su hija y se sentó en el borde de la cama:

—Confío en ti, en la fuerza y la verdad de tus sentimientos. Nada me hace más feliz que tenerte en la familia. No hay para mí yerno con más méritos.

Diophanes cerró los ojos y volvieron a rodar las lágrimas.

—Diophanes —siguió el duunviro—. La desgracia es ocasión para la virtud. Séneca y sus enseñanzas nos muestran el camino, debo recorrer ese sendero, y no solo yo, hijo, también otros, también tú. Ya nunca seremos los mismos —acabó con un tono trágico.

—Podemos ser mejores —porfió el gobernador.

Se miraron serenos. Ilusión o no, estaba por verse.

Arria Pale esperó a que Furnio le diese la oportunidad de felicitar a los esposos. Luego, con gran misterio, anunció ser la depositaria de un presente que Capito le había entregado para ser leído en ese momento. Los esposos se miraron atónitos. Marcia abrió la caja; dentro había un pergamino, lo desenrolló y miró a los demás.

—Es una poesía.

Diophanes se acordó de la carta de Marcial y de la secreta devoción de Capito por la pluma, y las lágrimas volvieron a descomponer su paz. Recibía tanto... en su nueva vida, en tan poco tiempo, que le costaba retenerlo en su pequeña mochila.

*He vaciado mi mente reflexionando razones,  
pero solo en mi alma he hallado respuestas:*

*porque nos volvemos dura y fría piedra, solo protegernos buscamos,  
mas entonces la piedra alcanza a ser torre, erguida, vigía poderosa,  
pero tocar las olas no puede y su espuma,  
y llega nuestra propia muerte.  
No hay dolor. Tampoco vida.*

*Porque un día me hice piedra,  
pero siempre fui corazón.*

*Porque sois mi infancia, mis recuerdos,  
no hay memoria sin vosotros y en vosotros me veo,  
porque mi alma la forman las personas,  
y vosotros dos, Marcia y Capito,  
podio venturoso ocupáis.  
Porque un día nos unió el amor y felices fuimos.  
Yo me sentí completo.*

*Porque nada hay más grande que amar y perdonar.*

*Ha llegado la hora de desearos:  
una larga vida, una prole sana, unos manes protectores y amor a  
raudales.*

*Os quiso y os quiere, Capito.*

## Agradecimientos

A mi esposo, Daniel, por su cariño y por regalarme tiempo para escribir.

A mi prima Susana, un cielo grande que ha escuchado los vaivenes de este libro con enorme interés.

A los Pinos, con Ros a la cabeza. A mi tribu «Con la fuerza del corazón» y «El árbol de la Luz», que me ayudaron a crecer y a cuyo cobijo se materializó la fuerza para escribir.

Al Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, cuyo director J. M. Álvarez me facilitó y encauzó la lectura de algunos temas, y a T. Nogales, por prestarme algunos de sus trabajos.

Al Consorcio de la ciudad de Mérida, cuyos historiadores me atendieron siempre con generosidad y entusiasmo; a Fabián, por orientarme en la búsqueda de documentación; a T. Barrientos, F. Palma, A. Bejarano, R. Nodar, J. Acero, y en especial a Miguel Alba, por su inestimable colaboración y su aliento.

A la Editorial Kailas, que ha confiado en este proyecto, y a Ricardo Artola, que me ha orientado en este mundo tan desconocido.



MARIBEL CARVAJAL (Calamonte, Badajoz, 1970). Licenciada en Derecho por la Universidad de Extremadura, trabaja como funcionaria en la Administración Pública de Extremadura. *La ciudad de los libros prohibidos* es su primera novela. En ella hace un retrato de la sociedad romana en los años 68-69, situando la acción en la actual Mérida, lugar de residencia de la autora.